CARLOS GUILHERME MOTA | ADRIANA LOPEZ

HISTORIA DE BRASIL

UNA INTERPRETACIÓN

Revisión y traducción de
JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ



Ediciones Universidad
Salamanca



HISTORIA DE BRASIL

CARLOS GUILHERME MOTA Y ADRIANA LOPEZ

HISTORIA DE BRASIL:

UNA INTERPRETACIÓN

REVISIÓN Y TRADUCCIÓN DE
JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

BIBLIOTECA DE AMÉRICA, 41

Promueve la Fundación Cultural Hispano-Brasileña
y el Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca

Con el apoyo especial del Ministerio de Cultura de España y la Fundación MAPFRE

1ª edición: abril, 2009
ISBN: 978-84-7800-268-9
ISBN: 978-84-9012-199-3
Depósito Legal: S. 621-2009

Ediciones Universidad de Salamanca
http://www.eusal.es/
eus@usal.es

Composición: Intergraf
Teléfono: 923 19 07 54
Salamanca (España)

Realizado en España - Made in Spain

Impresión y encuadernación:
Gráficas Varona, S.A.
Polígono El Montalvo, parcela 49
E-37008 Salamanca (España)

CEP. Servicio de Bibliotecas

MOTA, Carlos Guilherme

Historia de Brasil : una interpretación / Carlos Guilherme Mota
y Adriana Lopez ; revisión y traducción, José Manuel Santos Pérez.
—1ª. ed.—Salamanca : Ediciones Universidad de Salamanca, 2009
728 p.—(Biblioteca de América ; 41)

1. Brasil-Historia. I. Lopez, Adriana. II. Santos Pérez, José Manuel.

94(81)



Para Luiz Eduardo Cerqueira Magalhães,
educador y amigo

ÍNDICE

Prefacio

¿Cómo entender las inmensas injusticias sociales existentes en Brasil? Nada mejor para responder a esta pregunta que acudir a la Historia, escudriñar sus intrincados caminos, desvelar las incógnitas y presentarlas en manera amena, directa y provocativa. Esto y más consigue el libro *Historia de Brasil: una interpretación* de Adriana Lopez y Carlos Guilherme Mota, ofreciéndonos algunas de las claves (imposible abarcarlas todas) que nos ayudan a explicar y a explicarnos por qué un país rico e inmenso registra las escandalosas cifras de pobreza y violencia que nos golpean desde los cuadros estadísticos y nos apenan caminando por sus ciudades. La respuesta, como se percibe a través de la lectura de este libro, no es sencilla.

La esclavitud, razón de ser del sistema de plantaciones exportadoras instaurado en el siglo XVI, es una de las causas, pero hay muchas otras. Hay que buscar también en las actitudes, comportamientos, intereses y estrategias de las elites dirigentes, responsables en buena medida de la perpetuación de prácticas sociales execrables mucho más allá del fin de la esclavitud. Es inquietante leer en las páginas del libro que la famosa «Conciliación» –la componenda entre los grandes bloques de poder que ha paralizado las necesarias reformas del sistema político brasileño en los últimos tiempos– ya se practicaba con asiduidad en las sombras del teatro del Imperio, durante el siglo XIX, coartando cualquier posibilidad de reforma en profundidad.

Brasil accedió a la independencia con las estructuras coloniales intactas. Sus elites no hicieron sino consolidar y extender a todos los aspectos de la realidad la que era conocida en Estados Unidos desde los tiempos de la Revolución como «la institución peculiar»: la esclavitud. Pocos parecían pensar, en el Brasil del siglo XIX, que era una institución peculiar; más bien se consideraba la columna vertebral de su ordenamiento económico y social. Así se entiende que la abolición llegara en fecha tan tardía como el 13 de mayo de 1888, cuando el país era señalado en todo el mundo como el único defensor del cruel y obsoleto sistema.

Como demuestran los autores, el final legal de la esclavitud trajo consigo la emancipación, pero no la integración de los antiguos esclavos, arrojados sin otra alternativa a la marginalidad más absoluta. Curiosamente, mientras se liberaba a un millón de esclavos de origen africano, se recibía en Brasil a varios millones de inmigrantes europeos, que supuestamente debían paliar la «escasez» de mano de obra. La estela de la esclavitud, además, seguiría estando muy presente en las mentalidades, como refleja el libro.

El fin del sistema esclavista trajo también un cambio de régimen, de Monarquía a República, pero la «Conciliación» continuó obrando su eficaz papel de reformar sin cambiar, colocando en las riendas del poder republicano a los beneficiarios de un sistema basado en las exportaciones de productos primarios, fundamentalmente el café, en cuyas plantaciones trabajaban ahora los inmigrantes españoles, portugueses e italianos.

Las convulsiones de los años 30, 40 y 50 hicieron surgir en el horizonte la figura de Getúlio Vargas, que en este libro queda retratado de forma magistral, con la inestimable ayuda del ministro Capanema. Tras el suicidio de Getúlio en 1954, el país no acabó de encontrar los nuevos términos para la «Conciliación», lo que se tradujo en el más importante intento de políticas reformistas vivido por Brasil, durante el efímero gobierno de João (Jango) Goulart. Demasiado para las elites tradicionales, que apoyaron el golpe militar del 64 que instauró la dictadura.

La transición vía transacción que cerró el régimen dictatorial, a partir de los años 80, volvió a poner en la cúspide política la palabra mágica, «Conciliación», que, si por un lado ha permitido el indudable reforzamiento de la democracia, por otro ha perpetuado los injustos patrones socio-económicos heredados del pasado. Los autores demuestran aquí que ni Fernando Henrique Cardoso

ni Lula han podido (o han querido) ahuyentar esta lacra del sistema político brasileño, que impide acometer las auténticas reformas transformadoras que el país necesita.

Este libro continúa la larga tradición de relatos sobre Historia de Brasil. Ya en el siglo XVI escribió Pero de Magalhães Gândavo una *Histoória da Provincia Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*, a la que siguió la gran obra de Fray Vicente do Salvador *História do Brasil*, publicada en 1627. Del siglo XVIII es la *História da América Portuguesa* de Sebastião da Rocha Pitta, escrita en los momentos dorados en que Brasil se convirtió en la parte más importante del imperio portugués.

El siglo XIX asistió al nacimiento de una historia nacional, o imperial, con Adolfo Varnhagen, el padre de la moderna historiografía brasileña, y su *História Geral do Brasil*, publicada entre 1854 y 1857. Después vendría Capistrano de Abreu y sus *Capítulos de História Colonial* (1907), profusamente citados en la presente obra. La monumental obra *História Geral da Civilização Brasileira,* coordinada primero por Sergio Buarque de Holanda y posteriormente por Boris Fausto, es otra de las grandes referencias en esta rica trayectoria historiográfica, en la que autores como Charles Boxer, Francisco Iglesias o Leslie Bethell, por nombrar solo unos pocos, dejaron también su impronta.

No obstante, el libro de Carlos Guilherme Mota y Adriana Lopez sobresale por muchos motivos: por su inteligente combinación de autores clásicos y de la más reciente historiografía, integrando en sus justos términos los diferentes enfoques políticos, económicos, sociales, de género y de historia de las mentalidades; por su compromiso en el intento de responder, desde la historia, a las grandes cuestiones que presenta la sociedad brasileña actual (de forma polémica, como destaca Alberto da Costa e Silva en el prefacio a la edición brasileña); en fin, por su capacidad para sintetizar sin simplificar. Todo esto es posible por la rica experiencia de los dos autores, que tienen una amplia trayectoria a sus espaldas, más ligada al periodo colonial en el caso de Adriana Lopez (con obras como *Franceses e tupinambás na terra do Brasil* o *Guerra, açúcar e religião no Brasil dos holandeses*) y centrada en la historia de la ideología brasileña contemporánea en el caso de Carlos Guilherme Mota (*Ideología da cultura brasileira* o *Idéia de revolução no Brasil*).

Si la obra es un hito en la historiografía brasileña, lo es aún más el hecho de que se presente en español. Es sorprendente la escasez de textos en nuestro idioma sobre historia de Brasil, a pesar de sus estrechas relaciones con España y los países de habla hispana, con quienes comparte muchos e importantes hechos históricos. Paliar esta grave carencia fue la razón principal de mi invitación a los autores, hace ya 7 años, para escribir esta obra y para asumir el arduo trabajo de su traducción. En esta tarea he contado con la inestimable ayuda de Carlos Guilherme Mota y de Adriana Lopez, que han revisado la versión española y han sido comprensivos con las alteraciones sugeridas en el texto original, encaminadas hacia una mejor comprensión del mismo por parte del lector en castellano, por lo que les muestro mi más sincero agradecimiento. Doy las gracias también a Víctor Zamorano por su ayuda en la corrección de notas y a Enrique Rodrigues-Moura por sus inteligentes observaciones en la traducción de textos barrocos.

Dada la proximidad de las dos lenguas, español y portugués, se han conservado algunos términos de especial relevancia en la lengua original, con el cuidado siempre de ofrecer la debida explicación, siguiendo el uso más común en la mayoría de las traducciones existentes.

La obra servirá para conocer mejor la realidad brasileña. Si esto se consigue, el esfuerzo no habrá sido en vano.

José Manuel Santos Pérez
Profesor de Historia de Brasil en la Universidad de Salamanca
Salamanca, septiembre de 2008

Introducción

Este libro ha representado un gran desafío para nosotros, los autores. Es una enorme responsabilidad ofrecer a los lectores preocupados con los rumbos del Brasil actual una interpretación crítica de ese pasado que se prolonga en este nebuloso presente. Y ello porque, considerados en perspectiva histórica, los graves problemas de nuestra actualidad colocan al país en una encrucijada aún más desafiante que en coyunturas anteriores. Pero es preciso darse cuenta de que el tiempo ha pasado. Hace más de un cuarto de siglo que Brasil salió de la última dictadura, con promesas renovadas, utopías y proyectos de un tiempo nuevo. De esperanzas que aún no se han concretado, de expectativas de un futuro mejor siempre aplazadas. ¿Pesimismo?

La esperada nueva etapa histórica debería caracterizarse por una democracia plena, moderna, con los poderes funcionando en equilibrio y las instituciones de la República actuando con rigor, sin los vicios paralizantes de las «herencias malditas» acumuladas. En la práctica, el ancestral mores coronelista, populista y asistencialista, reciclado en cada nueva fase histórica, permanece prácticamente intacto en los días actuales, bloqueando los intentos y los proyectos de innovación, en todas las esferas de la vida nacional.

Este libro está en proceso de elaboración desde hace más de cinco años, por invitación de nuestra editora Isabel Alexandre y del profesor José Manuel Santos Pérez. Se comenzó a principios del siglo XXI, cuando se pensaba que podrían ocurrir cambios de paradigma en la vida brasileña. Valía la pena responder al desafío, para arrojar alguna luz sobre los acontecimientos y procesos vividos entonces, aún bajo el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, cuando se hizo más perentoria la discusión sobre los problemas nacionales.

Avanzada ya la primera década del siglo XXI, aún no hemos salido del viejo dilema modernización versus arcaísmo, con la balanza inclinándose hacia este último término de la ecuación. Visto en perspectiva histórica, Brasil no se encuentra bien situado en la actual encrucijada de procesos desencadenados por la denominada

globalización[1], ni preparado para hacer frente a la profunda crisis de valores culturales, éticos, religiosos y políticos de nuestro tiempo, a despecho de los discursos modernizadores del gobierno Cardoso y de las arengas oficiales, cada vez más neopopulistas, del gobierno Lula.

El país vive hoy marcado por una profunda *malaise* sociocultural, uno de aquellos momentos decisivos en que podremos –una vez más– perder el tren de la Historia. «El problema brasileño es ese: Brasil perdió el tren del capitalismo. No hay ninguna duda que llegó atrasado», observaba ya, en 1978, el historiador Caio Prado Júnior[2].

En este libro intentamos responder al desafío de narrar una Historia que no esté marcada por ninguna visión particular, sea de clase o de partido, de tendencia o facción universitaria, o incluso, de los variados modismos que más parecen oscurecer que ayudar a la resolución de la crisis del pensamiento contemporáneo. En pocas palabras, procuramos no confundir, en el plano histórico-historiográfico, el modo con la moda, como advertía el geógrafo Milton Santos.

La temática tratada es amplia, y los enfoques combinan múltiples teorías y tesis oriundas de diferentes corrientes historiográficas y tendencias ideológicas. Esperamos, como sugería Machado de Assis, que «la dispersión no les reste unidad, ni la inquietud la constancia»[3].

El libro

Se trata de una obra dirigida especialmente al lector no especializado en Estudios Históricos, aunque interesado en adquirir una visión panorámica y crítica de nuestro pasado y de la historia contemporánea del país. Debe destacarse que, en los últimos años, la adopción de una visión panorámica no es la tendencia dominante de los estudios en esta vastísima área de conocimiento, excepción hecha de los libros didácticos y poco más[4].

[1] Es necesario relativizar este concepto. Como advirtió Raymundo Faoro en 2002, en su discurso de toma de posesión en la Academia Brasileña de Letras, en Río de Janeiro, al hacer el elogio de su antecesor, el nacionalista Barbosa Lima Sobrinho: «Lo que se ve en la actualidad es que la globalización, de la que se habla desde hace algún tiempo y hoy desenmascarada, aliena la economía, desviándola de su núcleo renovador. El nacionalismo imperfectamente realizado, por otro lado, apela a sustitutos imaginarios de su completitud», en *Carta Capita*l, n.º 221, São Paulo, 25-12-2002, p. 49.

[2] Añade el historiador: «No sirve de nada que sólo sea la elite la que estudie. La formación de técnicos depende de un nivel cultural que viene de abajo. En una masa muy grande, va seleccionando, seleccionando y va subiendo. Aquí no ocurre así, y esa masa brasileña usted sabe lo que es, ¿no? ¿Eso se puede transformar de repente, de un momento para otro? […] Una de las cosas características de ese poso de aristotelismo metafísico que existe en el brasileño: no se discuten los hechos, se discuten los conceptos. Hoy en día todo el mundo está discutiendo sobre la democracia. Ahora bien, nadie va a los hechos, al significado práctico de la democracia […] Todo queda en la discusión sobre el concepto». Entrevista a Caio Prado Júnior en la Folha de S. Paulo, 21-5-1978.

[3] Machado de Assis, «Lágrimas de Xerxes», en *Páginas recolhidas*. Disponible en: www.bibvirt.futuro.usp.br/index.php/content/view/full/1950. Consultado el 1-4-2008.

[4] Precursora de los estudios panorámicos de Historia de Brasil, debe destacarse la obra poco recordada de João Ribeiro, *História do Brasil (Curso Superior)*, de 1908, con varias reediciones, como

El lector atento percibirá enseguida las ventajas y desventajas de un proyecto como éste, que tiende a presentar un mayor volumen de informaciones, aunque abordadas con menos profundidad. Esto explica la extensión de la bibliografía consultada, de la que se incluye relación al final del libro, que podrá ser útil para los interesados en profundizar sus conocimientos en muchas de las cuestiones tratadas sólo de manera superficial.

Se ha trabajado en la escritura del libro desde hace algún tiempo. En este itinerario se han retomado ideas, fórmulas y tesis contenidas en algunos ensayos, libros y estudios publicados con anterioridad por los autores cuyos títulos están listados en la bibliografía. Esta interpretación de Brasil surge con nueva perspectiva, marcada por las decepciones, sí, pero también por las esperanzas de nuestro tiempo.

La contribución de los escritores que nos antecedieron en la ardua tarea de intentar entender Brasil está ampliamente contemplada, como no podía ser menos.

De este modo, nos hemos beneficiado de las hipótesis y reflexiones de grandes historiadores, desde Capistrano de Abreu, Oliveira Lima, Pandiá Calógeras, Charles Boxer, Magalhães Godinho, Caio Prado Júnior, Alberto da Costa e Silva, Evaldo Cabral de Mello o Kenneth Maxwell, o incluso del olvidado José Maria Bello, pasando por el combativo José Honório Rodrigues, los eruditos Sérgio Buarque de Holanda y Francisco Iglésias, el controvertido Darcy Ribeiro, los críticos José Murilo de Carvalho, Joseph Love, Warren Dean, y los más jóvenes, como João José Reis, por evocar algunos especialistas de renombre. Todos ellos se enfrentaron a las enormes dificultades que surgen por el camino de aquellos que se aventuran en la tarea de desvelar las especificidades históricas de Brasil en obras de mayor extensión y complejidad.

Aunque se haya adoptado una división tradicional en los principales periodos históricos (Brasil Colonia, Brasil Monárquico, Brasil Republicano), procuramos, en una perspectiva amplia, destacar los procesos, sistemas, transformaciones estructurales, acontecimientos y autores/actores que han definido una tendencia para cada periodo, etapa o fase. No se trata, en esta medida, de un libro que enfatice la historia económica, ni la historia estrictamente política y social, o la de la cultura y de las mentalidades. Se trata, más bien, de una búsqueda del sentido de las cosas, marcada por nuestro tiempo. Una interpretación, en suma.

Con la consulta de algunas de las mejores obras clásicas, hemos intentado establecer una conversación con la historiografía, pero también, y sobre todo, con el lector, por medio de epígrafes que sugieren –para cada época, personaje y contexto– un vasto mundo a descubrir y escudriñar. Es una manera de recordar y señalar que, en medio de tantos sinsabores y conflictos, siempre hubo pensamiento crítico en Brasil, y esto desde los tiempos de la colonia –cuando aún no se

---

la 17.ª, revisada y completada por su hijo Joaquim Ribeiro, Río de Janeiro: Francisco Alves, 1960. Más de medio siglo después, la obra renovadora del entrañable Manoel Maurício de ALBUQUERQUE, *Pequena História da Formação Social Brasileira*, Río de Janeiro: Graal, 1981.

había formado el Estado-nación brasileño, por decirlo así, independiente–, llegando hasta los días actuales. En esta perspectiva, nuestra interpretación no deja de ser optimista, a pesar de las dificultades que se viven en la actualidad: ¡el pensamiento crítico sobrevivirá!

Presentar una visión menos convencional, ésta es la intención de los autores, con el objetivo de estimular la imaginación histórica viciada en los caminos tradicionales, intentando responder a dos preguntas que no quieren callar: ¿qué fuimos? ¿Y qué somos? Cuestiones que pueden derivar en otras indagaciones en el marco general de las civilizaciones contemporáneas: en tanto que pueblo y cultura, ¿para qué vinimos? ¿Y adónde vamos? ¿Cuáles son los problemas histórico-sociales que se han manifestado a lo largo de la historiografía? ¿y cuáles han sido los acontecimientos silenciados y los proyectos innovadores aparcados, obligatoria o «cordialmente»?

Los autores han tenido en cuenta la dificultad de producir una Historia de Brasil tan vasta, en un momento en que las especializaciones profundizan cada vez más. Escribir una Historia de Brasil de punta a punta se convierte, por lo tanto, en una tarea temeraria.

Por todo ello es por lo que el libro tiene un subtítulo que expresa lo relativo de la empresa: una interpretación, entre las varias que ya se han hecho y las que están por venir, renovando –así esperamos– la propia visión de Brasil.

Agradecimientos

En primer lugar, a Luiz Eduardo Cerqueira Magalhães, lector exigente y fraterno, que ha seguido pacientemente y con sentido crítico la etapa final de redacción de este libro. A él está dedicado. Agradecemos también los comentarios a capítulos o partes de la redacción que nos han ofrecido Moacyr Pereira, Maria Aparecida de Aquino, Luiz Antônio Magalhães, Cláudio Lembo (el valiente crítico de nuestra «elite blanca y perversa»…) y Antônio Angarita. No podemos dejar de recordar el estímulo de Darcy Ribeiro (padrino, en 1964, de la promoción de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo, USP, exiliado ya en aquel momento), con quien después mantuvimos una fraterna polémica, pensando en escribir una Historia del Brasil contemporáneo que no tradujese únicamente «la visión del patriciado brasileño» (si estuviese vivo, diría que aún no hemos conseguido hacerlo…). A Edla Van Oteen y Sábato Magaldi, compañeros de trayectoria. A los amigos del Mackenzie, del Instituto de Estudios Avanzados de la USP, al jurista Oscar Vilhena Vieira y a la historiadora de la cultura Claudia Toni. A Judith Martins-Costa, Sueli Galego de Carvalho y Sandra Dolto Stump. A Paulo de Assunção, estudioso de los jesuitas, que resolvió dudas ancestrales. Al maestro y amigo Nestor Goulart Reis, así como a Ruth Verde Zein y Hugo Segawa, referencias en el campo de la Historia de la urbanización y de la Arquitectura. A Eduardo Portella y sus comentarios sibilinos sobre nuestra cultura… Al historiador José Manuel Santos Pérez, ex Director

y fundador del Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca y competente traductor de este libro a lengua española. A William Collier le debemos la discusión, en los momentos más difíciles, sobre la importancia de correr el riesgo intelectual, político y existencial de escribir, con intención poco académica, una Historia de un país tan irresoluto como Brasil que, como diría Graciliano Ramos en Memorias de la Cárcel –en el contexto del Estado Novo, bastante peor que el actual– es un País donde «Éramos insignificantes, menudencias suprimidas del organismo social, y podíamos ser arrastrados para arriba y para abajo, sin que esto representase una inconveniencia».[5] ¿No es esa, a fin de cuentas, la situación en la que se encuentra la universidad y, de modo general, los intelectuales en este marco histórico, del que es absolutamente necesario salir con urgencia?

A los amigos y colegas que entrevistamos, o de los que simplemente recogimos impresiones para «contrastar opiniones», como les gusta decir a los mineiros, especialmente a los juristas y profesores Dalmo de Abreu Dallari, Miguel Reale Júnior y al politólogo y diplomático Tarcísio Costa, que nos han ofrecido testimonios sustanciosos. Nuestro agradecimiento también a Marcus Vinicius B. Alves y a Isabel Alexandre, por su positiva apuesta y por su paciente impaciencia. A Luiz Guasco, atento con el contenido y cuidadoso con la forma de este libro. A Zeca Teixeira, minucioso organizador del texto. Una palabra especial para Cristina Marques que, con perspicacia y desvelo, se interesó por que este libro apareciera con menos defectos. A Vladimir Sacchetta, por prestarnos su talento y espíritu crítico en la producción de las imágenes, que no son simples «ilustraciones».

A lo largo de los últimos años, nuestra familia y amigos –Maria Antônia, en particular, a quien también está dedicado el libro, con cariño– oyeron y soportaron, no sin alguna ironía, nuestras variaciones ciclotímicas de humor ante los descubrimientos de nuevas cualidades, o más frecuentemente, de inesperados defectos o desaciertos en ciertos personajes o periodos históricos, tanto en el pasado como en el presente. «Brasil es un país para profesionales», advertía Antônio Carlos Jobim. Paciencia.

Como de costumbre, conviene destacar que tales amigos/lectores no tienen la menor responsabilidad en lo que se refiere a las conclusiones, eventuales equivocaciones u opiniones polémicas emitidas por los autores.

Serro Azul, Campos do Serrano, Brasil, abril de 2008
Los autores

[5] Graciliano Ramos, *Memórias do Cárcere*, Río de Janeiro: Record, 2008, p. 72.

Capítulo 1
Los primeros habitantes

Los tupís ocuparon en la prehistoria brasileña toda la franja costera frontal del territorio, asentándose preferentemente en las desembocaduras de los ríos y arroyos cercanos a colinas o a sierras costeras boscosas. En este proceso expulsaron de forma violenta a los hombres de los *sambaquis*, ocupantes de los sistemas lagunares de los estuarios, que se habían establecido en la orilla de las restingas, especializándose en la pesca y la recogida de mariscos. De esta forma, los tupís llegaron a la Amazonia.

Aziz Ab' Saber[1]

Al cabo de tres siglos, la población de la colonia portuguesa era casi la misma que en 1500, con la diferencia de que habían desaparecido 3 millones de nativos, a una media de un millón por siglo. [...] Algún aguafiestas podría preguntar por qué no se aprovecha el ímpetu de las celebraciones para realizar una acción de impacto en beneficio de los que pagaron la cuenta de estos 500 años.

José Murilo de Carvalho[2]

El problema de los orígenes

El origen de los primeros habitantes del vasto territorio que actualmente corresponde a Brasil es un tema bastante controvertido. Para algunos estudiosos, las poblaciones americanas habrían venido de Asia. Se discute también la posibilidad de que hubieran emigrado de Australia, de Melanesia y otras partes de Oceanía, en olas sucesivas. De cualquier modo, los vestigios encontrados en varios puntos del continente indican que los primeros habitantes de América del Sur llegaron a esta

[1] «Incursões à pré-História tropical», en Carlos G. Mota, *Viagem Incompleta. A Experiência Brasileira (1500-2000)*, vol. 1.

[2] «O encobrimento do Brasil», *Folha de S. Paulo*, suplemento Mais, 3/10/1999, p. 3.

parte del mundo hace aproximadamente 20.000 años. Diferentes culturas indígenas se desarrollaron de forma aislada sin mantener contactos con las civilizaciones de Europa, África y Asia.

América fue poblada mucho tiempo después que África, Asia y Europa. En América del Sur, en el área correspondiente al altiplano de Perú y de Bolivia, frontera de las cuencas hidrográficas que formarían el territorio brasileño, los quechuas constituyeron una civilización particularmente avanzada y jerarquizada, desarrollando una agricultura de regadío en terrazas en las laderas de los Andes.

En Minas Gerais, los vestigios del «hombre de Lagoa Santa» dan una antigüedad de unos 16.000 años. En Rio Claro, en el estado de São Paulo, se han encontrado restos óseos de hace 14.200 años. Restos humanos encontrados en Ibicuí (Rio Grande do Sul) tienen poco más de 12.000 años. Es de suponer que durante la última glaciación, hace unos 10.000 años, todo el territorio de esta parte de América del Sur ya estuviera poblado.

En la Cuenca amazónica, hace unos 6.000 u 8.000 años, surgieron grandes comunidades de cazadores-recolectores sedentarios. Estas comunidades vivían de la caza intensiva de pequeños animales y de la recolección de plantas acuáticas. A lo largo de ese periodo, bosques ricos en recursos vegetales cubrieron el valle del Amazonas. Hubo también en esa región una importante proliferación de moluscos fluviales y terrestres, además de peces de agua dulce, factores que estimularon el crecimiento demográfico.

Las primeras experiencias de cultivo de plantas se debieron producir en el Planalto Central hace aproximadamente 6.000 años, cuando se consolidó el clima tropical y sub-tropical. La alteración del nivel de los océanos, que en la época estaba de dos a cuatro metros por encima del actual, propició el poblamiento del litoral hace poco menos de 2.000 años. El surgimiento de una fauna diversificada transformó la costa en uno de los hábitats más ricos en proteína animal de todo el territorio.

Los habitantes de los *sambaquis*

Los primeros habitantes del litoral se alimentaban de peces, moluscos, tortugas y crustáceos. Vivían junto a grandes «basureros» formados por restos de moluscos, inmensos concheros también conocidos por el nombre de *sambaquis*, que en tupí significa «montón de conchas». La fase de mayor acumulación en los concheros, algunos con más de 50 metros de altura, se produjo de 5.000 a 2.000 años atrás. Su mayor concentración se dio en la costa entre los estados de Río de Janeiro y Rio Grande do Sul.

Los *sambaquis* presentan varios estratos arqueológicos, lo que lleva a creer que se ocuparon varias veces por grupos diversos. Sus habitantes fabricaban objetos de hueso, cuerno y concha, tales como puntas de lanza y de flecha, anzuelos, lijas, agujas, adornos, recipientes y bastones de hueso de ballena. Trabajaban la piedra, conocían la cerámica y enterraban a sus muertos en cuevas junto con colorantes, alimentos, instrumentos de trabajo y adornos. Los portugueses, futuros colonizadores del litoral, utilizaron los concheros como abundante fuente de cal para construir sus villas en São Vicente, Santos, Itanhaém, Iguapé, Cananéia y Salvador.

Dispersión y diversificación

La disputa por el territorio que actualmente comprende Brasil comenzó varios milenios antes de la llegada de los europeos a las costas del Atlántico Sur. Aunque existan indicios de que esta parte del continente ya tenía habitantes hace por lo menos 20.000 años, la mayor parte del territorio se ocupó hace unos 5.000 años, debido al significativo crecimiento demográfico de las poblaciones que habitaban en la ribera del río Amazonas.

La expansión geográfica provocó el surgimiento de grupos cada vez más individualizados, pertenecientes a dos grandes «troncos» lingüísticos, el Macro-Gê y el Macro-Tupí. Estos dos grupos constituyen las principales matrices lingüísticas y genéticas que contribuirían, en última instancia, a la formación del Brasil actual.

Existen varios indicios que muestran que el litoral entre los actuales Estados de Bahía y Río de Janeiro estaba poblado por comunidades de cazadores-recolectores originarios del nacimiento del Río São Francisco y del Araguaia, pertenecientes al tronco Macro-Gê. A partir de esa región habrían iniciado un movimiento de dispersión rumbo a la costa y, más tarde, al Planalto Brasileño, el vasto *sertão**, al cual serían confinados por los feroces tupí que dominaban casi por completo la costa en el momento de la llegada de los europeos. En un proceso que se desarrolló a lo largo de aproximadamente 4.000 años, los Macro-Gê se subdividieron en diversas familias lingüísticas.

Los tupí-guaraní

Mientras eso ocurría, otros habitantes pertenecientes al tronco Macro-Tupí formaron siete familias lingüísticas que se dividieron en grupos de lenguas y subgrupos de dialectos. Hace unos 5.000 años, los tupí-guaraní, una de las familias lingüísticas más prominentes del tronco Macro-Tupí, comenzaron a esparcirse desde la región del nacimiento de los ríos Madeira y Xingú. Todo indica que en ese proceso de expansión geográfica adquirieron y desarrollaron las técnicas que caracterizaron su modo de vida y que aún hoy permean nuestra vida cotidiana.

Los tupí-guaraní domesticaron algunas especias de plantas, aprendieron a fabricar cerámica, confeccionaron las primeras hamacas hechas de tejido de algodón y comenzaron a utilizar canoas para navegar por los ríos. Se convirtieron en horticultores semi-sedentarios y se hicieron profundos conocedores de los recursos de los bosques tropicales y sub-tropicales del corazón del continente.

3.000 años después, un nuevo brote de expansión demográfica y una sequía persistente obligaron a los grupos de horticultores y ceramistas tupí-guaraní a buscar nuevos hábitats. Hacia el inicio de la era cristiana, llegaron a los fértiles valles de los ríos

(*) El término *sertão*, cuyo significado literal es desierto, se usa mucho en Brasil para designar las regiones del interior, y sobre todo, para referirse a la vasta región semi-árida del interior de la región nordeste. Dada su importancia y su amplia utilización en el presente texto, se utiliza el término portugués. *N. del T.*

Paraguay, Paraná, Uruguay y Jacuí y sus afluentes. Paulatinamente, fueron poblando los territorios al este de esos ríos y avanzando en dirección a la orla marítima.

En los siglos VIII y IX, una nueva división derivó en la formación de dos grupos lingüísticos distintos: los tupí y los guaraní. Además de la diferenciación lingüística, surgieron distinciones en los modelos de alimentación y en la fabricación de cerámica. Los tupí se dedicaron al cultivo de la mandioca amarga, uno de sus principales artículos de subsistencia. Los guaraní se especializaron en el cultivo del maíz. El río Tietê (el «río verdadero», o «río de los ríos») delimitaba la frontera informal entre estas dos comunidades de habitantes semi-nómadas.

Señores del litoral

Cuando los portugueses llegaron a las playas y ensenadas del Atlántico Sur, los tupí-guaraní estaban completando la conquista del litoral. A comienzos del siglo XVI, varias comunidades tupí ocupaban una parte significativa de la costa entre Ceará y Cananéia. Los guaraní ocupaban el litoral entre Cananéia y la Laguna de los Patos y dominaban, además, el interior contiguo a esa franja costera. También hay divergencias respecto de cuántos serían esos habitantes. Los números varían entre 1,5 y 2 millones.

Vivir de la floresta

Las comunidades tupí, semi-sedentarias, practicaban una agricultura semi-itinerante, cambiando periódicamente de lugar de habitación. La densidad poblacional de estos grupos humanos era menor que la de las sociedades andinas de agricultura sedentaria. El cultivo de plantones en suelos poco fértiles provocaba la explotación temporal de trechos del bosque, agotados después de 3 o 4 años de laboreo. Después de esto, el suelo de la floresta tropical tardaba entre 20 y 100 años en regenerarse. Prueba de ello es que tras la llegada de los europeos, «la extinción de las tribus que practicaban la roza y quema, el tipo de agricultura responsable del bosque ralo que perduró durante más de 10.000 años, provocó una revitalización de la Mata Atlántica a comienzos del siglo XVI»[3].

Una vez esquilmada la parcela de tierra, la comunidad buscaba otro trecho de bosque para desmatar. Antes de fijar residencia, los tupí quemaban la floresta y plantaban huertos de mandioca amarga en los claros. Cultivaban hortalizas tales como el frijol, el boniato, el ñame, el pepino y algunas especies de calabazas con semillas de alto poder nutritivo. Domesticaron la pimienta *cumari (capsicum baccatum)*, el algodón nativo, con el que tejían las hamacas, y el tabaco, utilizado frecuentemente para mitigar el hambre.

[3] Luiz Felipe DE ALENCASTRO, *O Trato dos Viventes*, *Formação do Brasil no Atlântico Sul*, *séculos XVI e XVII*, São Paulo: Companhia das Letras, 2000, p. 193.

La caza y la pesca completaban la dieta de los habitantes de las costas del Atlántico Sur. Mamíferos de pequeño tamaño, como zarigüeyas, perezosos, osos hormigueros pequeños y armadillos; roedores de gran porte como los puercoespínes, coipos (*ratão do banhado*, *Myocastor coypus*), *preás* (*Cavia aperea*), agutís (*cutias*, *Dasyprocta aguti*) y capibaras; felinos y monos, yacarés, ranas (como la *perereca* verde, *Phyllomedusa burmeisteri*) y sapos eran consumidos por los tupí. De las aves extraían plumas para sus vistosos adornos.

Al tiempo que deambulaban por la floresta en busca de esos animales, recogían frutas. Entre ellas, piña (*abacaxí*, *Ananas Comosus*), guayaba, *araçá (Psidium cattleianum)*, *pitomba (Eugenia luschnathiana)*, mangaba, *jaboticaba (Myrcia cauliflora)*, *umbu (Spondias tuberosa)* y maracuyá. «Las actividades de recolección proporcionaban, además, a los «brasílicos», materias primas (madera, corteza de árboles, cañas, resinas, lianas, fibras, piedras y barro) para la construcción de habitaciones y canoas, para la confección de armas, adornos, hamacas, cestos, vasijas, hachas y otros utensilios, así como para la preparación de tintas, venenos, medicinas, estimulantes, afrodisíacos y alucinógenos»[4]. Los tupí eran también navegantes y nadadores experimentados. Algunas de sus canoas tenían más de 30 metros de largo y transportaban más de 60 personas.

Las comunidades tupí del litoral fabricaban varios tipos de harina de mandioca y de pescado. La harina de mandioca fresca, llamada *farinha de pau*, era consumida inmediatamente. La «harina de guerra», asada y tostada en grandes sartenes de barro, duraba más de un año. Además de esto, preparaban otros derivados de la mandioca amarga, tales como la tapioca, la *carimã* [harina preparada a partir de raíces maceradas secas, ahumadas y machacadas] el *biju* [pasta de harina enrollada] y la *manipuera* [obtenida a partir del jugo de la mandioca hervida][5]. El pescado era consumido cocido o asado. La carne era ahumada y deshidratada, *moqueada*, o sea, asada en espetones sobre el fuego. Con el maíz y el *aipim* [la mandioca dulce], las mujeres tupí fabricaban el *cauim*, bebida alcohólica fermentada.

Para almacenar y preparar los alimentos, los tupís se servían de utensilios de cerámica, indispensables en la preparación y en el tratamiento de la mandioca amarga.

División «sexual» del trabajo

En las comunidades tupí, hombres y mujeres desempeñaban papeles claramente distintos. Los hombres realizaban tareas que exigían un intenso esfuerzo. Preparaban el bosque para el cultivo de los huertos, construían las casas, cazaban, pescaban e iban a la guerra. Cuidaban asimismo de la producción de armas, canoas y adornos. Decidían el destino de la comunidad y dirigían los actos rituales.

[4] Couto, Jorge, *Portugal y la construcción de Brasil*, Madrid: Mapfre, 1996, p. 81.
[5] Notas tomadas de Jorge Couto, *Portugal y la construcción de Brasil*, Madrid: Mapfre, 1996, p. 92.

Las mujeres trabajaban en los huertos, preparaban los alimentos y fabricaban utensilios de cerámica y cestos. En las expediciones de guerra cargaban las provisiones y ayudaban a sacar el agua de las canoas. Entre las mujeres había también una división de tareas por edad. Las más jóvenes tejían el algodón y preparaban el *cauim*. Las adultas se ocupaban de la labranza, preparaban la harina y transportaban alimentos, mientras que las viejas fabricaban recipientes de cerámica.

Las denominaciones originales de las poblaciones tupí se han utilizado hasta la actualidad. Las aldeas, denominadas *tabas* por ellos, constaban de entre 4 y 8 grandes habitaciones comunitarias llamadas *ocas*. Cada *oca* albergaba de treinta a sesenta familias nucleares. En los poblados costeros, más populosos, las aldeas tenían de 600 a 700 habitantes. Los núcleos menores no excedían de los 400 habitantes. En el caso de los tamoyos del litoral de los actuales Estados de São Paulo y Río de Janeiro, algunas *tabas* contaban con más de cinco mil habitantes.

Las habitaciones colectivas se construían en círculo alrededor de una plaza o patio central, donde se realizaban las actividades comunitarias y ceremoniales. Cada familia tenía derecho a un área de 7 a 10 metros cuadrados dentro de la *oca*, y en ella colgaban sus hamacas y encendían hogueras. En la parte externa colocaban las cabezas ensartadas de los prisioneros sacrificados.

La conquista del litoral

Las guerras de conquista del litoral no fueron más que una exacerbada disputa por los alimentos disponibles en la zona, sobre todo por las fuentes de proteína animal (peces, tortugas, moluscos y crustáceos) y por la sal, imprescindibles para la supervivencia de los amerindios. Eso explica por qué vencieron los grupos más numerosos, más cohesionados y tecnológicamente mejor equipados.

En ese largo conflicto, con motivaciones y valores profundamente diferentes de los de los europeos, los grupos de cazadores-recolectores del tronco Macro-Gê, peor organizados, fueron derrotados y se refugiaron en el *sertão*: no disponían de las técnicas de la agricultura de roza y quema, no fabricaban cerámica, no construían estructuras defensivas ni utilizaban canoas. Los tupí se referían a estos y a todos los demás grupos que aún no habían alcanzado su grado de civilización como «tapuias», literalmente, «hablantes de lenguas retorcidas», aunque el término tiene también las connotaciónes de los «otros», los «salvajes», o los «bárbaros enemigos», un prejuicio que sería incorporado más tarde por los portugueses.

La guerra constituía una institución fundamental en las sociedades tupí-guaraní. Fueran del mismo tronco lingüístico o no, todos los grupos locales vecinos eran considerados enemigos potenciales, siempre que no se estableciera una alianza con ellos. Esto se puede observar, sobre todo, en las comunidades tupí del litoral. La guerra en esa zona era endémica: una constante y sangrienta disputa por los hábitats más ricos, con el objetivo de capturar la mayor cantidad posible de enemigos para asarlos y comerlos por los vencedores en un ritual antropofágico, para horror de los primeros cronistas europeos que presenciaron esta singular costumbre.

Las campañas militares eran realizadas casi siempre en los meses de agosto, época de desove del mujol (*mugil cephalus*), y en noviembre, época de recolección de los tubérculos con los que se fabricaba el *cauim*, bebida indispensable para la realización de las ceremonias antropofágicas. Provistos de «harina de guerra», hombres y mujeres viajaban durante varios días para atacar al enemigo. El futuro «buen salvaje», descrito desde Pero Vaz de Caminha en su *Carta* hasta Jean-Jacques Rousseau en el siglo XVIII, no era ni más ni menos que un guerrero con muchos nombres, correspondientes a la cantidad de prisioneros capturados, ejecutados y ofrecidos en banquete a la *taba*.

Uno de los resultados de la guerra crónica entre los tupí del litoral fue el fortalecimiento de los grupos mayores y el fraccionamiento progresivo de grupos menores que, en última instancia, fueron exterminados. Esa estrategia fue adoptada por los tamoyos frente a los temiminós, llamados por los portugueses «gentío del gato», obligándolos a buscar refugio en territorios fuera del alcance de sus mortales enemigos.

La llegada de los europeos agravó el cuadro de hostilidades existente. En un periodo de aproximadamente medio siglo, los tupí que resistieron a la aculturación y a la esclavización fueron desplazados hacia el interior, mientras que los portugueses, los franceses y los castellanos iniciaban una nueva etapa en la lucha por el litoral.

El prisionero Hans Staden

El artillero y náufrago alemán Hans Staden fue autor de uno de los primeros relatos sobre la vida cotidiana en las *tabas* de los tupinambá que circuló por Europa.

Deseoso de conocer las Indias, Hans Staden embarcó en Holanda rumbo a Portugal en 1547. Allí consiguió pasaje como artillero en una nave destinada «a las partes del Brasil». El cargamento del navío estaba formado por *degredados* (desterrados) enviados por el rey de Portugal para enrolarse como colonos en la capitanía de Duarte Coelho, en Pernambuco. El viaje transcurrió sin grandes sobresaltos, aparte de las habituales zonas de calma y de los enfrentamientos armados con embarcaciones extranjeras. Dieciséis meses después, Staden volvió a Lisboa y de ahí continuó hacia Sevilla, donde consiguió embarcar en un navío que se encontraba en preparativos para un viaje al Río de la Plata, «tierra que debía ser muy rica en oro», según el relato de un viajero que acababa de llegar. Comenzaban ahí los infortunios del joven artillero.

Al llegar a la costa de São Vicente, los pilotos de la nao no consiguieron localizar el puerto y fueron sorprendidos por una tempestad y fuertes vientos. Después de varios contratiempos, naufragaron cerca de la isla de São Vicente, donde fueron acogidos por los colonos portugueses. Allí, el joven aventurero recibió una oferta de trabajo: cuidar de la defensa de una posición avanzada en la isla de Santo Amaro, sobre el canal de Bertioga. Los soldados portugueses rechazaban el puesto por considerarlo demasiado arriesgado, pues en el lugar donde se pretendía construir un fuerte sólo había una precaria vivienda. Su misión sería la de interceptar los eventuales ataques de los tupinambás, feroces enemigos de los tupiniquines y de sus aliados portugueses.

Staden permaneció en esa función durante cuatro meses. Al acabar el periodo, los regidores de la Cámara de São Vicente reclamaron que permaneciera en el puesto, alegando que el rey lo recompensaría tan pronto como supiese de su empeño en la defensa de la villa. Estimulado por la perspectiva de recibir tal recompensa, el mercenario alemán aceptó quedarse y defender el puesto durante dos años. Por recomendación del gobernador general, Tomé de Sousa, se construyó finalmente el fuerte de Bertioga, guardado por Hans Staden.

Un día, mientras cazaba con su esclavo carijó, fue sorprendido por una emboscada de los enemigos indios, que creían haber capturado a un *peró* (portugués). Tres días de viaje en canoa lo llevaron al destino final, una aldea cercana a Niteroi, donde, al llegar, Staden fue obligado a gritar: «Ya llego, yo, vuestra comida». La *taba* ejecutó el ritual que antecede al banquete antropofágico. Finalmente, sus captores decidieron regalarlo a un destacado guerrero indio, Ipiru-Guaçú, como prueba de amistad. Siempre que no quisiera matarlo y devorarlo para tomar nombre, su amo, el «Gran tiburón», lo mantendría en cautividad.

Gracias a la providencia divina, que siempre obraba varios prodigios meteorológicos cada vez que era invocada por el mercenario alemán, Staden escapó de convertirse en *moquém* (churrasco). Consiguió convencer a su amo de que no era portugués y de que sus hermanos franceses, cuando supieran que había sido bien tratado, le traerían un gran cargamento de objetos de metal. Después de casi diez meses de cautiverio, Hans Staden fue rescatado por una nao francesa, cuyo capitán pagó el rescate, según lo prometido. En febrero de 1555, el navío llegó a Honfleur, en Normandía.

Al volver a su tierra natal, Staden compuso un relato narrando sus aventuras en América, «para honrar y agradecer a Dios por su misericordia y liberalidad». Escrito bajo una óptica singular, la del mercenario prisionero, el relato escrito por Staden, *Dos Viajes a Brasil*, es uno de los primeros testimonios de la vida de las comunidades tupí del litoral e inaugura la tradición de los relatos etnográficos sobre el «gentío de la tierra». Este es su testimonio:

> Los tupinambás habitan enfrente de la citada gran sierra, muy próximos al mar. Su territorio se extiende, además, unas sesenta millas más allá de la montaña. En el río Paraíba, que nace en esta sierra y corre paralelo a la costa, desembocando seguidamente en el mar, tienen ellos también tierras, que habitan, ocupando una región de veintiocho millas de largo. Son acosados por sus antagonistas por todas partes. Al norte son sus vecinos una tribu de gentíos llamados guaitacás. Les son adversos. Sus enemigos al sur se llaman tupiniquines; los que habitan más al interior son los llamados carajás; próximos a ellos, en la sierra, viven los guaianás y entre ambos hay otra tribu, los maracajás, por los que son muy perseguidos. Todas estas tribus guerrean entre sí, y cuando alguien captura a un enemigo, se lo come[6].

[6] Hans Staden, *Duas viagens ao Brasil*, São Paulo: Edusp, 1974, p. 154.

Capítulo 2
Europa y el Atlántico a principios de la Edad Moderna

¿Por ventura aquella mitad del mundo a que llamaban cuarta parte no fue creada junto con Asia, con África y con Europa? Y, a pesar de ello, porque América estuvo tanto tiempo oculta, es llamada Nuevo Mundo: nuevo para nosotros, que somos los sabios; mas para aquellos bárbaros, sus habitadores, viejo y muy antiguo.

Padre António Vieira, *História do futuro*, cap. XI, Liv. Ant. 1º, 1664

Al tiempo que los guerreros tupís y los gês se empeñaban en una furiosa disputa por la costa, al otro lado del Atlántico, en el hemisferio norte, los habitantes de Europa occidental comenzaban a presenciar la lenta disgregación del mundo feudal. El crecimiento de las ciudades y de la población urbana y la expansión comercial eran tan sólo las señales más visibles del profundo cambio que marcó el inicio de la Edad Moderna.

Una de las principales características de la Modernidad en Europa occidental fue la centralización del poder en las manos de los reyes, factor fundamental en la formación de los estados nacionales. Los reyes, «por la gracia de Dios», estimularon la expansión ultramarina y comercial, proporcionando nuevas oportunidades para sus súbditos, sobre todo a los comerciantes, principales aliados de las monarquías en la lucha contra los particularismos regionales y los privilegios feudales. En la fase final de ese proceso, los señores feudales ya no podían continuar cobrando tributos sobre la circulación de personas y mercancías, ni acuñar monedas regionales. Tampoco podían mantener ejércitos propios o ejercer la justicia.

Nuevos tiempos

El proceso de «crisis del feudalismo» ocurrió de forma más rápida en algunas regiones de Europa, sobre todo las más urbanizadas. A pesar de ello, la mayor parte de la población europea continuó viviendo en el campo, pero nadie escapó al vendaval religioso y a la nueva ética traída por los vientos de la Modernidad. En las aldeas más remotas, en los confines del mundo rural, se oía hablar de la rebeldía religiosa de Martín Lutero y de Calvino.

El humanismo y la renovación artística, literaria y científica que se convino en llamar «Renacimiento», fueron estimulados y puestos al servicio de los nuevos tiempos, del comercio y del enriquecimiento de los cofres reales. Por otro lado, el cambio en la tecnología de guerra tuvo un papel fundamental en la centralización del poder político en las manos de los reyes. Las innovaciones técnicas en las artes bélicas, con la utilización de la artillería y las armas de fuego, exigían ejércitos más disciplinados y mejor entrenados. Además, los señores feudales no podían correr con los gastos cada vez más elevados del armamento y del aparato militar.

El «otoño de la Edad Media»

A finales de la Edad Media, la Europa cristiana ocupaba un espacio amplio, aunque muy fragmentado. La civilización feudal, nacida de la desintegración del Imperio Romano de Occidente, dio a esa extensa región una cierta coherencia legal y cultural. Superando el arraigamiento de las costumbres locales, el cristianismo proporcionó, bien de forma pacífica o por la fuerza, los parámetros éticos de la sociedad feudal y constituyó un factor de unión universalizante.

Por medio de mecanismos legales, gran parte del excedente de riqueza iba a parar a las manos de la nobleza propietaria de tierras, que además controlaba los aparatos de administración de justicia, obligando a los campesinos a trabajar en sus tierras. La mayor parte de estos campesinos eran siervos, sujetos a la gleba. Forzados a prestar servicios al señor, frecuentemente le entregaban parte de la cosecha.

El mundo feudal era esencialmente agrario y la sociedad estaba dividida en tres órdenes o estados: la nobleza, el clero y el pueblo (o Tercer Estado, concepto que se afirmaría en la Francia de la Edad Moderna, hasta la Revolución de 1789).

En los dos últimos siglos de la Edad Media, el mundo feudal sufrió una profunda crisis. Los rendimientos de los propietarios comenzaron a declinar, debido, en gran parte, al agotamiento de las posibilidades de explotación de la tierra, limitadas por la tecnología agraria de la época. Junto a esto, la propagación de la Peste Negra privó a los señores de brazos y cosechas, pues acabó con cerca de dos tercios de la población europea a lo largo del siglo XIV. Las tierras fueron abandonadas y hubo un empobrecimiento generalizado. Los campesinos reaccionaron a la penuria por medio de protestas violentas y revueltas, conocidas como *jacqueries*.

El estado moderno surgió a partir de esa crisis de grandes proporciones. El poder político y militar, antes monopolio de señores feudales, comenzó a cambiar de manos.

> Para la miseria y la necesidad había menos lenitivos que ahora. Resultaban, pues, más opresivas y dolorosas. El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado. El frío cortante y las noches pavorosas del invierno eran un mal mucho más grave. El honor y la riqueza eran gozados con más fruición y avidez, porque se distinguían con más intensidad que ahora de la lastimosa pobreza [...].
>
> Y todas las cosas de la vida tenían algo de ostentoso, pero cruelmente público. Los leprosos hacían sonar sus carracas y marchaban en procesión; los mendigos gimoteaban en las iglesias y exhibían sus deformidades. Todas las clases, todos los órdenes, todos los oficios, podían reconocerse por su traje. Los grandes señores no se ponían jamás en movimiento sin un pomposo despliegue de armas y libreas, infundiendo respeto y envidia. La administración de la justicia, la venta de mercancías, las bodas y los entierros, todo se anunciaba ruidosamente por medio de cortejos, gritos, lamentaciones y música. El enamorado llevaba la cifra de su dama; el compañero de armas o de religión, el signo de su hermandad; el súbdito, los colores y las armas de su señor [...].
>
> Por virtud de este universal contraste, de esas formas multicolores, con que todo se imponía al espíritu emergía de la vida diaria un incentivo, una sugestión apasionante, que se revela en los fluctuantes sentimientos de ruda turbulencia y áspera crueldad, pero también íntima emoción, entre los cuales oscila en la Edad Media la vida urbana.
>
> Había un sonido que dominaba una y otra vez el rumor de la vida cotidiana y que, por múltiple que fuese, no era nunca confuso y lo elevaba todo pasajeramente a una esfera de orden y armonía: las campanas. Las campanas eran en la vida diaria como unos buenos espíritus monitorios que anunciaban con su voz familiar ya el duelo, ya la alegría, ya el reposo, ya la agitación...[1].

De los «mundos cerrados» a la expansión ultramarina

La principal actividad de los feudos era la producción de alimentos y de manufacturas, comercializados dentro de pequeñas regiones económicas. Productores agrícolas y artesanos se reunían para intercambiar sus excedentes en las ferias regionales. A partir del siglo XII se puede observar la expansión de la población y del área cultivada en buena parte de Europa. Nuevas tierras fueron roturadas para el cultivo y se fundaron nuevas ciudades.

La venta de la producción excedente de los feudos posibilitó el surgimiento de una clase de comerciantes. Algunos, agentes de los propietarios de tierras y de campesinos medios, retenían parte de la producción –después de pagar al señor– y la vendían en el mercado. Otros eran agentes-residentes de comerciantes de ciudades distantes, generalmente situadas en el norte de Italia y, después, en el norte de

[1] Johan Huizinga, *El Otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid: Alianza Editorial, 2001. Versión de José Gaos, pp. 13-14.

Alemania. Los comerciantes se aprovechaban del hecho de que las comunicaciones entre las diversas regiones eran malas y lentas, además de haber en la Europa de la época zonas casi totalmente aisladas, obteniendo así el lucro con la disparidad de los precios de un lugar a otro. Este tipo de actividad era llamado comercio de larga distancia.

El sistema feudal sólo podía soportar una cantidad limitada de comercio de larga distancia, sobre todo de productos de lujo. El comercio de este tipo de productos dependía de las posibilidades financieras de los propietarios ricos. El crédito de los señores feudales dependía de las cosechas, a su vez escasas. El nivel de actividad comercial era, por lo tanto, bastante reducido. La circulación de moneda era casi inexistente, con la excepción de los centros urbanos.

La crisis del siglo xiv

El crecimiento experimentado durante los siglos XII y XIII cesó repentinamente en el siglo XIV y se produjo una contracción de las actividades económicas. Durante ese periodo la Europa cristiana experimentó un grado inusitado de conflictos sociales. Guerras, plagas y dificultades económicas precipitaron la crisis de un sistema en el cual la nobleza se apropiaba de la riqueza y no la reinvertía. Para compensar la caída de la productividad agrícola, exigía más trabajo de sus siervos. El «tono violento de la vida» –en la consagrada expresión del historiador holandés Huizinga– se manifiesta en todas las facetas y dimensiones. Dado el carácter sistémico de la crisis, la inestabilidad y la inseguridad eran totales.

A partir de mediados del siglo XV, se observa una nueva expansión demográfica. La utilización de técnicas extensivas de cultivo del suelo –las únicas conocidas por la civilización feudal– obligó a los europeos a buscar nuevas fuentes de alimentos. Este fue uno de los principales factores que incentivaron la expansión de las fronteras agrícolas internas y externas.

A finales del siglo XV, el trigo de la región del mar Báltico y de las islas atlánticas descubiertas y colonizadas por Portugal comenzaba a llegar a los puertos de Europa Occidental. El azúcar –producto originario de la India, cultivado en el Mediterráneo oriental e introducido en las islas de Madeira por comerciantes genoveses– se convirtió en una fuente adicional de energía en la dieta de los europeos.

Además de alimentos, la Europa feudal necesitaba madera para la construcción y el caldeamiento de las casas. La madera era también materia prima indispensable para la incipiente industria de construcción naval. Durante la Edad Media, los principales bosques de Europa occidental fueron talados y desaparecieron. Al principio de la Edad Moderna, la región del Báltico, al norte, se convirtió en la principal suministradora de madera y de pertrechos navales. El desarrollo de la industria textil en Europa también estimuló la expansión ultramarina. Hacían falta materiales para procesar tejidos, como tintes para lana y algodón, y goma para el acabado de los tejidos de seda.

Renacimiento comercial

Dos factores impulsaron la expansión geográfica europea de inicios del siglo XV. En primer lugar, la necesidad de alimentar a una población cada vez mayor provocó la roturación de áreas de frontera y la colonización de las islas atlánticas descubiertas por Portugal durante el siglo XV. En ese primer momento –tal como ocurriera durante la expansión de los siglos XII y XIII–, las fronteras más importantes fueron las internas. Los bosques se abrieron y se drenaron pantanos y ciénagas. La expansión atlántica fue la segunda expansión europea, la que se llevó a cabo en las fronteras externas.

En segundo lugar, la expansión comercial de finales de la Edad Media estimuló la búsqueda de metales preciosos, sobre todo de oro y plata. Entre los factores que contribuyeron a «enriquecer» la Europa occidental, merecen destacarse las Cruzadas, tentativa de recuperar los lugares sagrados de la cristiandad en el Mediterráneo oriental. El saqueo de las plazas musulmanas del Levante proporcionó botines nada despreciables. Además de esto, esos movimientos militares acabaron por intensificar los intercambios comerciales con los reinos musulmanes del Próximo Oriente. Para llevarlo a cabo, los europeos necesitaban metales preciosos, pues el comercio con el Oriente se saldaba en monedas de plata y oro.

La ocupación portuguesa de la plaza de Ceuta, en 1415, en el norte de África, tenía como objetivo controlar el flujo de oro proveniente de África central. El descubrimiento y la explotación de minas de plata en la Europa central también ayudaron a aumentar la cantidad de moneda circulante en los principales centros comerciales de la Europa cristiana.

Supervivencia económica

La expansión fortaleció el Estado moderno. La intensificación de las actividades comerciales significó que la monarquía podía cobrar más impuestos, lo que posibilitaba ampliar el número de funcionarios civiles y militares a salario de los cofres del tesoro real. Por otro lado, esto dio una posibilidad de supervivencia económica a la nobleza y enriqueció a la burguesía ascendente en las ciudades.

Llevando aún más lejos la expansión, la creación de imperios coloniales también tuvo entre sus consecuencias la de ofrecer a la nobleza alternativas para recomponer sus rentas. Algunos nobles recibieron tierras y el derecho de usufructuar el trabajo compulsivo de los habitantes de los territorios recién incorporados a esos imperios. Muchos nobles rehicieron sus fortunas, o por lo menos garantizaron su supervivencia en las cortes de los reyes.

La victoria de las monarquías sobre los poderes locales, representados por los señores feudales, diseñó el nuevo escenario político en Europa. Las guerras ya no son apenas locales o regionales: se hacen nacionales. Ahora, las alianzas entre los diversos países se establecen para alcanzar los objetivos nacionales de los estados. La diplomacia, cuya principal tarea era, tradicionalmente, resolver las disputas que surgían entre los pequeños estados, ciudades o familias rivales, se convirtió durante

esta época en un elemento importante en las relaciones entre los estados nacionales europeos.

Las monarquías nacionales

El principal resultado de la victoria de las monarquías sobre los señores feudales fue la formación de estados nacionales centralizados en torno a un rey, que gobernaba con auxilio de funcionarios públicos civiles y militares. Nacen los cuadros de la administración, los *experts* de la burocracia del Estado. Durante el siglo XV, varios reyes se sirvieron de estos instrumentos para restaurar el orden interno de sus reinos.

Las monarquías nacionales se consolidaron en buena parte de la Europa occidental en el paso del siglo XV al XVI. Las únicas excepciones se produjeron en la península Itálica y en el Sacro Imperio Romano-Germánico, que permanecieron divididos en varios principados y ciudades-Estado hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando ocurrieron las tardías unificaciones alemana e italiana.

Como resumió el historiador Immanuel Wallerstein:

> El empuje inicial de los «restauradores del orden» del siglo XV surgió de la «crisis del feudalismo». La presión económica sobre los señores había llevado a un incremento de la explotación de los campesinos y, consiguientemente, a rebeliones de éstos. También había llevado a guerras internas entre la nobleza. Los debilitados nobles se volvieron a los reyes para que les preservaran de la amenaza de aún mayores desórdenes. El rey se benefició de las circunstancias para aumentar sus riquezas frente a esta misma nobleza. Este era el precio de proporcionarles seguridad…[2].

[2] Immanuel Wallerstein, *The Modern World System I*, Nueva York: Academic Press, 1974. Hay versión en español: *El Moderno Sistema Mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid: Siglo XXI, 1979, traducción de Antonio Resines, pp. 189-190.

Capítulo 3
Europeos en el Atlántico Sur

> En su conjunto, y vista en el plano mundial e internacional, la colonización de los trópicos toma el aspecto de una vasta empresa comercial, más completa que la antigua factoría, pero siempre con el mismo carácter que ella, destinada a explotar los recursos naturales de un territorio virgen en provecho del comercio europeo. Este es el verdadero *sentido* de la colonización tropical, de la que Brasil es uno de sus resultados.
>
> Caio Prado Jr., *Formação do Brasil contemporâneo*, 1942

Al inicio de la Edad Moderna, los reinos cristianos de Europa Occidental comenzaron el largo proceso de expansión comercial y geográfica que se tradujo en el establecimiento de comunicaciones regulares con poblaciones y regiones del mundo hasta entonces desconocidas entre sí.

Los habitantes de algunas de esas regiones –como, por ejemplo, los del recién «descubierto» continente americano (el «Mundus Novus»), donde algunos pueblos vivían en un estado avanzado de civilización– ni siquiera sospechaban que existiesen otros pueblos y continentes. Por su parte, los europeos estaban informados de la existencia de países distantes en África y en Asia y conocían sus productos, si bien no sabían exactamente donde se encontraban. En los albores del siglo XVI, las grandes navegaciones pusieron a esos pueblos en contacto.

La vida de los habitantes de las costas del Atlántico Sur cambió radicalmente con la llegada de los europeos. La venida de aquellos hombres barbudos, poco aseados y cargados de relucientes y estruendosas armas introdujo a los tupís en la edad de hierro –para bien o para mal.

Las herramientas traídas por los europeos facilitaron el arduo trabajo en las rozas y en las florestas subtropicales. El contacto de los habitantes americanos con los colonizadores produjo una de las mayores catástrofes demográficas de la historia de la humanidad. En esa verdadera hecatombe, millones de indígenas murieron a lo largo de los primeros siglos de contacto entre civilizaciones,

víctimas de enfermedades contra las que no tenían inmunidad, y diezmados por el trabajo compulsivo y penoso en las minas y plantaciones del Nuevo Mundo.

El «nacimiento» de Brasil está íntimamente vinculado a los acontecimientos que marcaron el inicio de la Edad Moderna. Muchas de las contradicciones que vivimos actualmente son fruto de aquel momento histórico de encuentro y desencuentro entre culturas.

La ruta del Atlántico Sur

En el año de 1500, la armada de Pedro Álvares Cabral avistó el litoral del territorio que, posteriormente, sería llamado Brasil. El hallazgo de tierra hacia el poniente constituyó un capítulo más de la epopeya expansionista del reino de Portugal, que tenía como objeto, en última instancia, descubrir una ruta marítima hacia el Oriente.

La realización de ese proyecto, -la apertura de la llamada Carrera de la India– fue resultado de casi un siglo de inversiones y pesquisas. La monarquía portuguesa, en la persona del rey João I, y la Orden de Cristo –una entidad religioso-militar, administrada por el Infante Henrique a partir de 1420, que había sustituido a la Orden de los Templarios– lideraron el proceso que revolucionó la vida de los habitantes de las orlas marítimas del mundo que aparecía ante los europeos.

Los protagonistas de esa epopeya fueron los centenares –e incluso los miles– de marineros, *degredados*, misioneros, judíos, africanos y amerindios esclavizados.

Antecedentes de la expansión

Los portugueses se lanzaron al conocimiento y a la conquista del Mar-Océano en el amanecer del siglo XV, cuatro años después de conquistar la plaza de Ceuta, en 1415, por iniciativa del Infante Henrique de Avis. A partir de esa base en el norte del continente africano, los navegantes portugueses emprendieron el reconocimiento sistemático de la costa occidental de África, más allá del Cabo Bojador, el temido «cabo de las brumas» del imaginario cristiano de finales de la Edad Media. Según la leyenda, quien se aventurase a navegar por delante de Bojador sería tragado por una densa niebla.

Había, no obstante, una nueva realidad que minaba las leyendas y las creencias medievales: la expansión comercial, de la que el Infante participaba activamente, siéndole reservado el trato exclusivo de diversas mercancías, tales como esclavos, oro y marfil de las costas de Guinea. La Corona, también beneficiaria de los nuevos tratos (y «contratos») y de las «nuevas novedades», incentivó la expansión ultramarina, viendo en ella una fuente inagotable de recursos para mantener su independencia frente a la siempre presente amenaza del vecino reino de Castilla y de la nobleza, que se había sometido al poder de la Casa de Avis no hacía mucho tiempo, en 1385.

El ideal de cruzada contra el «infiel» musulmán fundamentó, inicialmente, la expansión portuguesa, aunque ya entonces –y como señal de los nuevos tiempos– se reconociese que sin el dinero proveniente del comercio, la conversión y el combate a los «infieles» y «herejes», así como la conquista de nuevas almas, eran tareas imposibles de realizar. Eso explica, en gran parte, los privilegios concedidos por el papado a los reyes de Portugal. Sucesivos pontífices de la Iglesia católica otorgaron a éstos la soberanía sobre todas las tierras, islas, puertos, comercio, rescates, pesquerías y conquistas «ya descubiertas o aún por descubrir», sin olvidar aquellos que habitaban esos territorios, sobre los cuales también se ejercería la dominación. Además, amenazaron con la excomunión a todos los príncipes y señores que desafiasen tales posesiones.

La contrapartida de ese ideal fue la necesidad práctica de reunir conocimientos acumulados por otras civilizaciones y definir áreas de relativa laicización donde imperaría la mentalidad racional y cuantificable del comercio y de la navegación. Fue necesario aprehender lo desconocido y traducir las nuevas realidades por medio de representaciones verificables, mensurables, concretas. «La experiencia es la madre de todas las cosas», decía Duarte Pacheco Pereira, cosmógrafo y navegante, autor del *Esmeraldo de Situ Orbis*, obra fundamental del Renacimiento portugués, fruto del mismo contexto en que se realizó *Os Lusíadas*, de Luís de Camões.

De la misma importancia fue el dominio de los espacios y de las rutas que permitieron el establecimiento de contactos regulares con otras culturas y el acceso a otros mercados y mercancías.

Legados culturales

Obras de astrónomos y matemáticos árabes, que estaban siendo traducidas en la península Ibérica desde el siglo XII, proporcionaron el instrumental teórico necesario para la navegación oceánica y posibilitaron a los navíos ir y –más importante aún– volver de esos viajes pioneros. Muchos de los elementos citados como responsables del avance de las técnicas de navegación eran conocidos por los marineros del Mediterráneo desde el siglo XIII, cuando se produce la introducción, utilización y perfeccionamiento de la brújula árabe por los reyes normandos de Sicilia. Como parte de ese mismo proceso, se asistió a la introducción y utilización progresiva de los guarismos árabes en las escrituras comerciales en sustitución de los romanos.

En el mismo siglo surgieron en Europa los portulanos, cartas de marear para ser utilizadas con brújula. Extremadamente precisos para la época, los portulanos presentaban listas de puertos del Mediterráneo con indicaciones sobre las profundidades, los accidentes y otras características de la costa. Con la intensificación de las actividades comerciales, los portulanos se convirtieron en herramienta indispensable para la navegación de cabotaje. A principios del siglo XV las ciudades catalanas de Barcelona y Mallorca, además de Venecia, Génova y Ancona, en la península Itálica, eran los principales centros de producción cartográfica de Europa.

El arte de dibujar cartas de marear sufrió una verdadera revolución con la traducción y publicación de la obra clásica *Geografia*, de Claudio Ptolomeo, bibliotecario alejandrino que vivió en el siglo II de la era cristiana, (90-168). En los ocho volú-

menes de la obra, Ptolomeo creó un sistema de coordenadas y situó, por medio de paralelos y meridianos, más de 350 puntos fijos, ocho mil lugares y delineó diversos itinerarios de viajes.

La imprenta, otra invención representativa del movimiento cultural que se denominó Renacimiento, posibilitó que se popularizase la *Geografia* a partir de su publicación en 1475. A partir de 1477, la obra de Ptolomeo comenzó a publicarse con cartas náuticas.

Esos eran los medios que permitían a los europeos tener una concepción de lo que era el planeta antes de establecer contacto con otros mundos, aquellos con los que no mantenían relación directa y que les eran totalmente desconocidos.

Henrique, el navegante

El Infante Henrique, apodado por los ingleses «el navegante», aunque nunca tuvo la experiencia de enfrentarse al mar, lanzó las bases materiales e intelectuales de la exploración sistemática de la costa africana, expandiendo el mundo conocido hasta entonces por los europeos.

Después de convertirse en gobernador del Algarve, en 1419, reunió un grupo de sabios, matemáticos y cartógrafos, entre los que destacaba el Maestre Jácomo de Mallorca, cartógrafo judío que inició a los discípulos de aquella que sería conocida como «Escuela de Sagres» en el arte de la representación del mundo conocido y en la confección de las «cartas de marear». En la primera mitad del siglo XV, los veleros de Portugal abrían las cortinas del Atlántico, alcanzando las islas de Madeira en fecha tan temprana como 1419. En 1434, Gil Eanes vencía al cabo Bojador, desafiando la superstición. Las naos portuguesas ya habían llegado al archipiélago de las Azores en 1427, y pocos años después llegaban a los de Cabo Verde (1460) y Santo Tomé y Príncipe (1470).

Tras la conquista de Ceuta, terminal de las caravanas de oro y marfil provenientes del Alto Níger y del Senegal, los portugueses se propusieron alcanzar esos territorios por mar, eliminando de este modo los intermediarios musulmanes del norte de África. En 1441, una carabela patrocinada por el Infante retornó de Guinea con oro en polvo y esclavos. En 1445, Dinis Dias llegaba a la desembocadura del río Senegal. A partir de entonces el tráfico de esclavos se hizo lo suficientemente importante como para que el Infante ordenase la construcción de una fortaleza y una factoría en la isla de Arguim. A mediados del siglo XV el oro de Guinea comenzaba a llegar a Lisboa, constituyendo un considerable estímulo para la expansión comercial.

> En el momento de su muerte, en 1460, el Infante D. Henrique era el concesionario de todo el comercio a lo largo de la costa occidental africana, aunque esto no significa que se encargase, él mismo, de todo el comercio. Por el contrario, podía (y lo hizo muchas veces) autorizar a comerciantes privados y a aventureros a hacer viajes, con la condición de pagarle un quinto de los beneficios (u otro porcentaje combinado). No se conocen bien las condiciones en que se dio continuidad al comercio en la década que siguió a la muerte del Infante, pero en 1469 se otorgó una concesión, basada en

> un contrato monopolista, a un rico mercader de Lisboa, Fernão Gomes, reservándose la Corona el derecho de monopolizar unas cuantas mercancías valiosas[1].

La experiencia de la navegación hasta las islas del Atlántico proporcionó el conocimiento del sistema de vientos y de corrientes de esa parte del océano. El descubrimiento y el control de la ruta de vuelta en arco, que se apartaba de la costa africana, bordeando el archipiélago de las Azores y evitando los vientos alisios y la corriente del nordeste, fueron elementos importantísimos en el proceso de expansión. La apertura de esa «autopista», por así decir, en el Atlántico Norte, posibilitó el regreso seguro de los viajes a la costa occidental de África, y, posteriormente, de América y de la India.

Monopolio del Atlántico Sur: «el vértigo del espacio»

A partir de mediados del siglo XV, los portugueses monopolizaban la navegación al sur de las Islas Canarias –las islas Afortunadas conocidas por los geógrafos romanos–, venciendo aquello que el historiador portugués Vitorino Magalhães Godinho denominó «el vértigo del espacio».

Otros factores se unieron, además, para que Portugal actuase como pionero entre las monarquías cristianas en la empresa de la expansión comercial europea rumbo a lo desconocido. La posición geográfica del pequeño reino sería de gran ventaja, dada la proximidad al continente africano y la presencia de corrientes marítimas que conducían casi de forma natural hacia las islas del Atlántico.

En segundo lugar, no podemos olvidar la experiencia adquirida por los portugueses en el comercio de larga distancia, que poco quedaba a deber a venecianos y genoveses. Aún más importante, los portugueses contaban con capital para financiar sus aventuras africanas y atlánticas, aunque en buena parte fuese de extranjeros. El hecho de haber en Portugal agentes residentes de la Liga Hanseática, la asociación de comerciantes de ciudades alemanas, y de las ciudades del norte de la península itálica, sobre todo de Génova y Florencia, es prueba de la existencia de inversiones de estos extranjeros en las empresas marítimas y comerciales portuguesas.

En la segunda armada de la India, comandada por Pedro Álvares Cabral, dos de las naves eran propiedad de particulares. De éstas, una había sido armada por el influyente comerciante florentino Bartolomé Marchione. En 1501, una nueva expedición a la «cuarta parte», bajo el mando de Gonçalo Coelho, destinada a verificar la extensión y las potencialidades económicas de la nueva posesión del rey de Portugal en el Atlántico Sur, contó con la participación de los florentinos Gerardo Verde y Américo Vespucio.

Las relaciones comerciales de Portugal con el norte de África y con el reino musulmán de Granada también fueron de suma importancia. La proximidad al complejo

[1] Charles Boxer, *O Império colonial português 1415-1825*, Lisboa: Edições 70, 1981, p. 51.

islámico-mediterráneo y el contacto regular con esas regiones, más avanzadas desde el punto de vista comercial, indican la existencia de una economía más monetizada y una población más urbanizada que en el resto de Europa occidental.

En el amanecer de la Edad Moderna, Portugal era un Estado centralizado. Experimentó un largo periodo de paz cuando el resto de la cristiandad permanecía enredado en violentas y agotadoras guerras civiles. Como señaló el historiador Immanuel Wallerstein, «para Portugal, la lógica de su geo-historia dictaba que la expansión atlántica fuese la empresa comercial más sensata para el Estado»[2]. El Estado portugués, en la persona del rey, crea nuevas instituciones políticas para administrar los nuevos intercambios y proteger la expansión territorial: surgen como consecuencia las capitanías, las armadas para defender el comercio contra los ataques corsarios y, sobre todo, los agentes de la hacienda, para recaudar los impuestos que financiaban las actividades ligadas a la expansión.

En la década de 1470, bajo el control del futuro rey João II, Portugal había construido un área económica coherente fuera de sus dominios europeos. Importaba marfil, pimienta malagueta, oro y esclavos de la costa africana. Las islas atlánticas suministraban azúcar, cereales, vinos y colorantes para la industria textil. En 1481, el mismo año en que fue consagrado rey, João II ordenó la construcción de la importante y estratégica fortaleza de São Jorge da Mina, en la costa de Benin. Al mismo tiempo, la monarquía asumía las riendas del proceso de expansión: el nuevo rey decretó que el comercio ultramarino era monopolio de la Corona.

La contrapartida del comercio con las islas del Atlántico y de Guinea ponía al reino lusitano en una situación singular, pues los productos utilizados en la compra de oro y esclavos eran de origen extranjero, sobre todo de Flandes, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia. Los productos africanos, a su vez, eran reexportados por Portugal, vía Flandes, al resto de Europa.

Por último, debemos recordar que ya a mediados del siglo XV y como consecuencia de todos los factores citados anteriormente, Portugal acumulaba una serie de conocimientos acerca de la navegación oceánica y una experiencia náutica sin par. La invención de la carabela, hacia 1440, permitió la navegación ceñida al viento, es decir, surcando el mar en un rumbo de más de 50 grados respecto a la dirección del viento. Inspirada en barcos del Mediterráneo, sobre todo de los árabes, la carabela era un velero de espionaje: su configuración permitía navegar en aguas poco profundas, auxiliando en el reconocimiento preciso de la costa y de los ríos. Al mismo tiempo, era una embarcación propicia para la navegación oceánica. Las piezas de artillería a bordo ampliaban los límites de lo desconocido, provocando la hostilidad de los habitantes del «mundo por descubrir».

[2] Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, Nueva York: Academic Press, 1974, p. 51.

Cartografiando al «otro»

Los portugueses contaban también con un vasto arsenal de informaciones para realizar la exploración sistemática de los nuevos territorios. Estos *roteiros*, o guías para los viajes, constituían verdaderos planes de investigación sobre los «otros» e incluían el análisis minucioso de puertos, abrigos, cabos, desembocaduras de ríos, lugares o mareas e incluso relataban las costumbres de los pueblos con los que entraban en contacto. No es de extrañar que el término «descubrimiento», en el sentido de exploración sistemática de un cierto lugar, se difunda solamente a partir de finales del siglo XV. En la década de 1480, los navegantes portugueses lograron nuevos avances en el campo de la astronomía y su aplicación a la náutica. Este hecho y la experiencia en la travesía del ecuador revelaron los secretos de la navegación oceánica en el hemisferio sur.

La creación de la «Junta de Matemáticos» en Lisboa en 1484, bajo los auspicios directos de João II, muestra el grado de participación de la monarquía en la empresa de expansión ultramarina. Martin Behaim, alemán de Nüremberg y médico particular del rey, participó activamente en ese grupo de estudiosos y fue responsable de la divulgación de las teorías matemáticas de su maestro, Johann Müller, conocido como Regiomontanus, que perfeccionó el astrolabio y elaboró tablas de declinación astronómica más precisas para auxiliar en la orientación durante la navegación oceánica. El propio Behaim participó en una expedición a Guinea y elaboró mapas de la región. Uno de sus mapamundis sirvió de base para la expedición de Cristóbal Colón en 1492: en esta carta, la Tierra era indiscutiblemente redonda.

Junto con las nuevas técnicas de navegación, que posibilitaron la conquista del Mar-océano, los portugueses utilizaban y perfeccionaban constantemente un arsenal de conocimientos tradicionales, tales como itinerarios, cartas de marear, tablas astronómicas, astrolabios y cuadrantes. La carta náutica surgió en esta época como instrumento de reconocimiento práctico para el apoyo a la expansión comercial, y como símbolo del imaginario pre-científico. Mezcla de mitos e imágenes reales, constituía un poderoso estímulo para la imaginación de la Europa cristiana, con raíces en el medioevo, pero era ya empleada con voluntad política y dirigida a la expansión comercial.

El descubrimiento de los cielos del sur

Los hechos marítimos portugueses de aquella época no tuvieron igual entre las naciones europeas. En 1487 Bartolomé Dias dobló el cabo de las Tormentas, rebautizado como de Buena Esperanza, en el extremo sur del continente africano. En 1498, Vasco da Gama llegaba a la India, inaugurando la que sería la ruta más lucrativa del comercio portugués en el siglo XVI: la Carrera de la India.

La tenaz monarquía portuguesa consiguió quebrar el monopolio veneciano de especias y drogas orientales, alterando radicalmente la hegemonía comercial en

Europa. En 1504, cuando las galeras venecianas llegaron al puerto de Alejandría, en Egipto, no encontraron ni una sola saca de pimienta esperándolos.

Tordesillas: la división del mundo

Sin contar con la experiencia náutica de Portugal y más preocupada en expulsar a los musulmanes de Granada y en extender sus intereses a Nápoles y a Milán, España acabó convirtiéndose en dueña de un inmenso imperio ultramarino gracias a la osadía y perseverancia de Cristóbal Colón.

Nacido en Génova hacia 1450, Colón se estableció en Portugal. Allí se casó con la hija de Bartolomé Perestrello y se instaló en la isla de Madeira, donde entró en contacto con la cartografía y con los activos navegantes portugueses. De ahí en adelante, tuvo la certeza de que sería posible llegar hasta la India navegando rumbo al poniente. Después de presentar su plan en varias cortes, recibió el apoyo de Isabel de Castilla, que lo nombró «Gran Almirante de Castilla», y «virrey de todas las tierras que descubriese».

En agosto de 1492, Colón zarpó del puerto de Palos con tres carabelas. El 12 de octubre de 1492, después de varios meses navegando rumbo a lo desconocido, creyó haber llegado a Asia. La noticia se propagó por toda Europa y Colón recibió apoyo de la reina Isabel para volver a las islas descubiertas.

Colón realizó tres viajes más en 1493, 1498 y 1502. En el último viaje alcanzó las costas de las actuales Colombia y Venezuela. Murió en Valladolid en 1506, convencido de que había descubierto un nuevo camino hacia el Oriente.

Antes incluso del viaje de Cristóbal Colón, las coronas de Castilla y Portugal se disputaban el derecho sobre los territorios y las islas descubiertas en el Atlántico. En 1454, el papa Nicolás V reconoció que Portugal tenía derecho exclusivo de explorar y comerciar en la costa occidental de África. Dos años después, en 1456, el papa Calixto III confirmaba esos privilegios a la Corona de Portugal.

En 1475, sin embargo, la reina Isabel I de Castilla manifestó el deseo de participar también en ese comercio. João II de Portugal mostró su desacuerdo, iniciándose negociaciones para resolver la disputa. Tales negociaciones sólo terminaron con la firma del Tratado de Tordesillas.

Tras el primer viaje de Colón, Portugal amenazó con enviar una flota a las tierras descubiertas por el genovés. España propuso entonces que los dos reinos discutiesen un acuerdo sobre los territorios que aún quedaran por descubrirse en Occidente. El papa Alejandro I, árbitro de esa disputa, fijó el límite de las conquistas de Portugal y España en las nuevas tierras en el Tratado de Tordesillas, firmado en 1494. Gracias al tratado, Portugal obtuvo ventajas territoriales en el continente americano.

El tratado también determinó que los habitantes de las nuevas tierras descubiertas por Portugal y España se harían «fieles servidores de Dios». Con esto, la conquista de los naturales de esa tierra aún no llamada América asumió la forma de una nueva cruzada contra los paganos.

Capítulo 4
De «tierra de los papagayos» a «tierra del brasil»

> El cielo que lo cubre es el más alegre; los astros que lo iluminan, los más claros; el clima que lo contempla, el más benévolo; los aires que lo refrescan, los más puros; las fuentes que lo fecundan, las más cristalinas; los prados que lo enverdecen, los más amenos; las plantas apacibles, los árboles frondosos, los frutos sabrosos, las estaciones templadas. [...] porque este jardín en continua primavera es el vergel del mundo, y si los antiguos lo alcanzaran, con razón podrían situar en él el Paraíso terrenal, el Letes y los Campos Elíseos, que por sus inclinaciones, lisonjeros o reverentes, a sus patrias fantasearon en otros lugares.
>
> Rocha Pita, *História da América Portuguesa*, 1730

La polémica sobre si el «descubrimiento» de Brasil por la armada de Pedro Álvares Cabral, en abril de 1500, habría sido o no premeditado, fue aclarada con las investigaciones del historiador portugués Joaquim Barradas de Carvalho, autor de una importante obra sobre el navegante y diplomático Duarte Pacheco Pereira, autor del libro *Esmeraldo de Situ Orbis*. Según él, el renacentista Duarte Pacheco habría sido, en el año 1498, el verdadero «descubridor» de las tierras del nuevo mundo al sur del Ecuador.

No obstante, en opinión de Barradas, «es imposible saber con exactitud si Duarte Pacheco Pereira llegó a considerarse a sí mismo como el descubridor de Brasil, o si pensaba que el viaje de 1498 fue la exploración de territorios conocidos con antelación». El autor concluye que tal viaje efectivamente ocurrió, muy probablemente bajo el mando de Duarte Pacheco, y que tuvo como destino las costas brasileñas, siendo incluso posible que la exploración avanzara más allá de la línea de demarcación del Tratado de Tordesillas. Lo que se sabe con seguridad, es que el navegante encontró en esas tierras, en palabras de Duarte Pacheco, «mucho y

fino brasil, con otras muchas cosas de que los navíos de estos reinos vienen grandemente cargados»[1].

En agosto de 1501 Manuel I enviaba a sus suegros, los reyes de Castilla y Aragón, un relato minucioso del viaje realizado por la segunda armada enviada a la India por la ruta del Cabo comandada por Pedro Álvares Cabral. En esa larga carta, el rey de Portugal hacía una breve mención al hallazgo de tierra en el hemisferio austral, «muy conveniente y necesaria para la navegación de la India». De esta forma, poco más de un año después del regreso de la embarcación que portaba la noticia de lo hallado y del reconocimiento de más de 150 leguas de la costa oeste del Atlántico Sur, se oficializaba la posesión de los nuevos territorios. Una pesada cortina de secretismo envolvió el descubrimiento americano. El rey de Portugal, Manuel I, llamado el «Venturoso» por haber sido el primer soberano europeo en enviar armadas para controlar las ricas tierras y las civilizaciones del Oriente, había prohibido, bajo pena de muerte, la divulgación de mapas que revelasen su localización.

Después de casi un siglo de exploraciones y de cuantiosas inversiones en la expansión ultramarina con el objetivo de alcanzar las Indias orientales, término impreciso que incluía los territorios entre la costa este de África y el archipiélago de Japón, el pequeño reino de Portugal recogía el fruto de sus esfuerzos. Como vimos en el capítulo anterior, sus barcos, sus soldados y sus marineros realizaron la proeza de ir y después volver de aquellos territorios distantes e inauguraron la que sería la más lucrativa ruta comercial del siglo XVI, la Carrera de la India.

Una vez descubierta la ruta del Índico, el éxito de la empresa financiada por la monarquía dependía del mantenimiento del monopolio de los productos del Oriente y del conocimiento de las condiciones climáticas y de los mares del hemisferio sur. Con estas premisas, el secretismo se convirtió en el hecho más importante de la estrategia que fundamentaba la política del pequeño, pero bien preparado, Estado portugués.

La «tierra de los papagayos»

Cuando la flota de Álvares Cabral ya había regresado del Oriente, la noticia del «hallazgo» de la Tierra de Santa Cruz –nombre dado por Cabral a la nueva posesión del rey– había alcanzado ya los principales puertos europeos. En 1503 comenzó a circular en París, en italiano, una versión alterada de la carta *Mundus Novus*, originalmente escrita por el agente comercial florentino Américo Vespucio, en la que se daban a conocer las primeras noticias sobre los nuevos territorios. También en la correspondencia enviada por espías venecianos y representantes de casas comerciales italianas en Lisboa, se alude con frecuencia al descubrimiento de la «tierra de los papagayos».

[1] Joaquim Barradas de Carvalho, *L'Esmeraldo de S. Duarte Pacheco Pereira et la Litérature Portugaise de Voyages à l'époque des grande découvertes*, pref. Fernand Braudel y Pierre Chaunu, París: Fondation Calouste Gulbenkian/Centre Culturel Portugais, 1983, pp. 61-64.

Cuatro años después, en 1507, el profesor de literatura y editor veneciano Fracanzio de Montalboddo publicó una obra que se convertiría en uno de los primeros «best-sellers» de los tiempos modernos: la recopilación de relatos de viajes titulada *Paesi Nuovamente Ritrovati*. En esta colección se recogían las cartas atribuidas a Américo Vespucio, en las que aparecía la primera descripción de los territorios pertenecientes a Portugal en el Atlántico Sur y de sus habitantes.

Lo contado en estas obras, que tuvieron sucesivas ediciones en italiano, alemán y francés, contribuyó de manera fundamental a la formación de una idea del Nuevo Mundo en el imaginario europeo, mucho más que la llamada «Carta del descubrimiento» enviada a Manuel I desde Brasil por el escribano Pero Vaz de Caminha, que acompañaba a Álvares Cabral en la flota de 1500, cuya existencia sólo fue conocida por el gran público en 1817.

Por otro lado, y basándose en los escritos de Américo Vespucio, se debe al cosmógrafo alemán Martin Waldseemüller la utilización del neologismo «América» para designar al nuevo continente en su obra *Cosmographiae Introductio*, publicada en 1507.

La «tierra del Brasil»

En 1501, un año después de la llegada de la nave con la noticia del descubrimiento, partía la primera expedición para investigar lo que había de provechoso en las nuevas conquistas del rey. ¿Sería verdad lo que relataba con su mirada perspicaz el florentino Américo Vespucio: que en esas tierras no se encontraba «nada de lo que se pueda sacar provecho, salvo infinidad de árboles tintóreos»?

La abundancia de madera de tinte (conocida como «palo brasil»), motivó que el rey contratara inmediatamente a comerciantes dispuestos a explotar el producto. La actividad de los arrendatarios del comercio del palo brasil dio como resultado la creación de dos factorías. La primera de ellas, la de Cabo Frío, estaba situada en el territorio del actual estado de Río de Janeiro. La segunda se creó en Pernambuco y era la más rentable, tanto por la menor distancia a Europa, como por la gran calidad de la madera, que comenzó a tener entre sus denominaciones la de «palo de Fernambouc». El producto era muy apreciado por los comerciantes de los mercados europeos, sobre todo por los de los Países Bajos, donde era utilizado en el teñido y acabado de los tejidos. El comercio del palo brasil provocó una feroz disputa que se prolongó durante décadas entre los armadores franceses y los portugueses al servicio del rey.

Los *lançados*, precursores de la colonización

Desde antiguo, Portugal utilizaba con frecuencia el procedimiento de «lanzar» a algunos de sus súbditos a tierras extrañas durante el reconocimiento de la costa occidental de África. Los *lançados* eran, la mayoría de las veces, condenados cuyas penas habían sido conmutadas por el exilio forzoso y actuaron en muchos casos

como precursores de la colonización. En ocasiones se integraban a las sociedades locales, pero otras veces eran eliminados por ellas.

En el transcurso del siglo XV se comprobó que la actividad de los *lançados* en la costa africana era de utilidad para los designios del imperio portugués, aunque fueran oficialmente condenados por el «desorden» en que vivían. Generaron los primeros mestizos de la colonización y, en la distancia, fueron intermediarios en el contacto entre las poblaciones africanas y los comerciantes y negreros portugueses. Muchos se hicieron *pombeiros*, nombre que se daba a los agentes del tráfico de esclavos africanos. Había también algunos que se exiliaban por voluntad propia, marineros que preferían la convivencia con infieles e impíos a las incomodidades y privaciones de la vida a bordo. Cuando comenzaron a frecuentar las playas y ensenadas del litoral occidental del Atlántico Sur, los portugueses continuaron «lanzando» súbditos con la intención de que aprendiesen el idioma de los nativos y, eventualmente, sirviesen de «lenguas», nombre dado a los intérpretes.

En el otro extremo de la gama de personajes que participaron en la epopeya de la expansión ultramarina europea estaban aquellos que eran dejados involuntariamente, por así decir, en tierras extrañas. Debido a la precariedad de las embarcaciones y a la actividad de corsarios y traficantes de varias nacionalidades, que disputaban rutas y mercados, los naufragios eran comunes, y cierto número de náufragos iba a parar a las costas atlánticas.

En algunos casos –como el de Diego Álvares, o «Caramurú», que, arrojado por un naufragio al litoral del actual estado de Bahía, se casó con Paraguaçú, la hija del jefe tupinambá, y fue recogido por *entrelopos* (contrabandistas) franceses–, los náufragos se convertían en figuras clave como intermediarios en los contactos entre los dos mundos. En el caso de muchos otros –como el del aventurero alemán Hans Staden, apresado por los tupinambá en Bertioga y tenido por portugués–, corrieron un riesgo serio de ser devorados por los indígenas.

La «opción» por la colonización

En las primeras tres décadas que siguieron a la presencia de la armada de Cabral, aparte de las precarias guarniciones de las factorías en los lugares en que se rescataban palo brasil, aves exóticas, monos, pieles de animales y esclavos indígenas, sólo algunos náufragos, «lenguas» y *lançados* atestiguaban la soberanía del rey de Portugal en el litoral americano del Atlántico Sur.

Envuelta en el espejismo de las riquezas del Oriente, la monarquía lusa descuidó durante casi tres decenios el territorio que más tarde sería su dominio en el nuevo continente. Al final de la década de 1520, para evitar que los traficantes franceses continuasen exportando productos como las maderas tintóreas o «brasiles», el rey João III decidió financiar directamente la colonización de sus posesiones americanas. En ese momento Portugal y Francia se encontraban inmersas en una guerra no declarada en torno al monopolio de las lucrativas rutas comerciales que se abrían en el Atlántico. Tratantes y armadores particulares franceses, llamados por los

portugueses *entrelopos*, desafiaban el monopolio real de madera de tinte en las playas de la «tierra del brasil». Del otro lado del Atlántico, la Corona contabilizaba los daños: los piratas y corsarios franceses habían asaltado y saqueado nada menos que 350 embarcaciones en treinta años.

Después de muchas dilaciones, João III decidió «ahuyentar a los ladrones del mar» y barrer de la costa los corsarios franceses, «que iban tomando en ellas mucho pié». La Corona portuguesa no estaba dispuesta a tolerar la presencia de súbditos extranjeros en el Atlántico Sur, cuyo control era vital para el éxito de la Carrera de la India. A partir de 1530, con el fin de evitar que los franceses permanecieran en la costa, el rey estipuló financiar la colonización de sus posesiones americanas.

La expedición de Martim Afonso de Sousa

A finales de 1529 comenzaron los preparativos de la que sería la primera expedición de colonización de los territorios americanos pertenecientes al rey de Portugal. Era, de hecho, una expedición fundadora, dado que el «Gobernador de la Tierra del Brasil», tenía plenos poderes civiles y militares para crear villas y poner todo en «buena obra de justicia». Comenzaba la lenta y cruel conquista de los territorios pertenecientes a los tupís del litoral. Se implantaba el embrión de la sociedad colonial.

Al mando de la expedición estaba Martim Afonso de Sousa, amigo de la infancia y protegido del rey. Experimentado en las guerras de Europa, era valiente y ambicioso hasta el punto de merecer el nombramiento del soberano para la inusitada tarea. Ese sería tan sólo el primer cargo en una larga carrera de servicios prestados a la monarquía en ultramar, que culminó con la gobernación del *Estado da Índia**, diez años después de haber fundado la primera villa del Atlántico Sur (São Vicente, en 1532).

Las órdenes dadas a Martim Afonso incluían la exploración pormenorizada del litoral entre Pernambuco y el río Amazonas y de la «costa del oro y de la plata», situada entre la isla de São Vicente y el Río de la Plata. De ahí emanaban relatos, reales o ficticios, de las riquezas de Paraguay y de la montaña de plata, las famosas minas de Potosí, alcanzadas por los españoles en 1546. En este momento, la posibilidad de que esos ricos territorios pudiesen estar dentro de los límites pertenecientes a Portugal por el trazado establecido en Tordesillas, era algo en lo que valía la pena invertir.

La flotilla levó anclas en la ribera del Tajo a finales de octubre de 1530. Pálido reflejo de las poderosas armadas destinadas a la India, llevaba un contingente de cerca de 500 hombres de armas y colonos dispuestos a probar fortuna en el Nuevo Mundo, a bordo de dos naos, dos carabelas y un galeón. Los barcos llevaban materiales de construcción y semillas. El cargamento se completó con animales domésticos y plantas recogidos durante la escala en las islas de Cabo Verde.

(*) La estructura imperial portuguesa en Asia, *N. del T.*

Barrer de la costa a los «ladrones del mar»

En cuanto la expedición avistó tierra, en las inmediaciones del cabo de Santo Agostinho, se inició la caza al francés. En el trayecto hasta Pernambuco fueron aprehendidas seis embarcaciones de *entrelopos* abarrotadas de palo brasil y de otros productos de la zona. Los lusitanos detuvieron a parte de la tripulación y algunos de sus miembros fueron ejecutados (el infeliz Pedro Serpa, piloto portugués que estaba al servicio de los franceses, murió ahorcado en las vergas de uno de los navíos abordados por orden de Martim Afonso).

Llegaron a la bahía de Todos los Santos el día 13 de marzo de 1531 para recuperarse. Diogo Álvares, el Caramurú, náufrago «que hacía 22 años estaba en esta tierra», recibió a los compatriotas y posibilitó el primer contacto con los tupinambás de la bahía, hasta ese momento proveedores de palo brasil para los franceses. «Aquí dejó el capitán dos hombres para comprobar lo que la tierra daba y les dejó muchas semillas», narra Pero Lopes de Sousa, hermano de Martim Afonso y futuro donatario, en su *Diário da Navegação*[2].

El 30 de abril de 1531 la expedición llegó a la bahía de Guanabara. Desembarcaron y permanecieron allí durante tres meses para reparar las naves. Cuatro hombres se adentraron en el interior y regresaron con algunas muestras de mineral. Una vez arreglados los navíos y con acopio de provisiones, partieron hacia el cabo de Santa María y el Río de la Plata. En ese trayecto, hicieron escala en las inmediaciones de la isla de Cananéia, donde se encontraron con el enigmático *lançado* que pasó a la historia como el «bachiller de Cananéia», junto con cinco o seis náufragos castellanos y Francisco Chaves, «lengua» de la zona. Este último se ofreció a conducir hasta ellos a 400 esclavos cargados de oro y plata. Para ayudarlo en la empresa, el capitán le cedió 40 ballesteros y 40 soldados con espingardas que nunca volvieron.

Las primeras villas

Mientras la expedición de Francisco Chaves se internaba en la espesura, la flota exploró el Río de la Plata. A finales de enero de 1532, retornaban a la bahía de São Vicente. Aprovechando las relaciones amistosas con los nativos, debidas a la presencia de los *lançados* João Ramalho y Antônio Rodrigues, Martim Afonso distribuyó tierras y repartió aproximadamente 100 colonos en dos villas, São Vicente y Piratininga. También «nombró en ellas oficiales y puso todo en buena obra de justicia, por lo que la gente toda tomó mucha consolación».

A pesar del éxito, la costosa expedición de Martim Afonso de Sousa no fue suficiente para persuadir a los franceses de que dejasen el litoral de la tierra del Brasil.

[2] Pero Lopes de Sousa, «Diário da Navegação armada que foi à terra do Brasil em 1530», en Carlos Malheiro Dias, *História da colonização portuguesa do Brasil*, Porto: Litografía Nacional, 1923, Vol. 3.

El alto costo de la operación llevó al monarca João III a optar por lo que podríamos llamar la «privatización» de la empresa colonizadora.

Donatarios y capitanes

A partir de 1534, la Corona portuguesa estableció el régimen de capitanías donatarias para promover la colonización del nuevo territorio. La costa de Brasil, del Amazonas a São Vicente, fue dividida en 12 capitanías hereditarias. Cada capitanía estaría gobernada por un capitán general. Cuanto este muriese, su primogénito heredaría los derechos del padre sobre la concesión. Cada donatario recibió del rey una franja de tierra cuya anchura variaba entre 200 y 650 kilómetros, además de plenos poderes para administrar justicia y privilegios fiscales y comerciales.

A pesar de estas medidas, la colonización del litoral de Brasil no se produjo de forma inmediata. Las cuatro capitanías situadas en el extremo norte no llegaron a ser ocupadas durante el siglo XVI. De las ocho restantes, únicamente las de São Vicente, Pernambuco, Ilhéus y Porto Seguro experimentaron un crecimiento poblacional y económico significativo.

Los donatarios tuvieron que luchar contra las adversidades de la geografía y del clima, las enfermedades y, principalmente, la fuerte hostilidad de los habitantes del territorio. La mayoría de las empresas colonizadoras de esta etapa fracasó. Sus núcleos poblacionales fueron diezmados o se vieron condenados al estancamiento demográfico y a la insignificancia económica. La colonización de Brasil parecía destinada al fracaso.

Los donatarios de tierras en Brasil eran nobles portugueses de limitados recursos. La Corona les concedió la ardua tarea de poblar y defender las porciones del territorio a cambio de privilegios, entre los cuales estaban: fundar villas y ciudades y conceder a éstas derechos municipales; distribuir *sesmarias* (extensiones de tierras) a colonos; aplicar la pena de muerte a esclavos, paganos y cristianos pobres; establecer impuestos sobre determinados productos, menos los que eran monopolio de la Corona; nombrar funcionarios y administrar la justicia; o autorizar la construcción de ingenios. Aparte de eso, los donatarios tenían derecho a recibir el diezmo de la producción de azúcar y de la pesca.

Sin embargo, la mayoría de los donatarios no tuvo éxito. Muchos no contaban con dinero suficiente para instalar ingenios. En casi todas las zonas, los aguerridos nativos no daban tregua, quemando ingenios y cañaverales. Muchos donatarios ni siquiera tomaron posesión de sus tierras. Otros lo perdieron todo. Visto el fracaso del régimen de las concesiones donatarias, la Corona decidió retomar los títulos que había concedido y asumir las riendas del proceso de colonización. La primera capitanía «rescatada» por la Corona fue la de Pereira Coutinho, que contenía el territorio del náufrago Caramurú y de la tupinambá Paraguaçú.

La fundación de la capitanía de Su Majestad

En 1549, el rey envió un gobernador general para fundar una nueva capitanía, administrada directamente por la Corona. Tomé de Sousa, primo de Martim Afonso, desembarcó en la Bahía de Todos los Santos junto con seis padres jesuitas, encargados de catequizar a los nativos y reformar las prácticas de los colonos, entre los que había un gran contingente de condenados y de personas castigadas con el destierro. Se iniciaba, esta vez con afán de perdurar, el poblamiento de la colonia luso-americana.

A Tomé de Sousa le sucedió en el cargo Duarte da Costa (1553-1558), y a éste Mem de Sá (1558-1572), verdadero conquistador del *Recôncavo** y de Río de Janeiro. Tras la muerte de Mem de Sá la Corona estableció en Río de Janeiro otra sede del gobierno, medida que facilitaría, como así se pensaba, la administración y la defensa de la colonia. Los resultados no fueron satisfactorios y Salvador volvería a ser, a partir de 1578, la única capital de la colonia.

La «capitanía de Su Majestad» se sumaba así a los núcleos de São Vicente y Pernambuco. A partir de este momento, la Corona consiguió imponer su dominio en el litoral brasileño, impidiendo la permanencia en él de rivales extranjeros y venciendo la combativa resistencia de los indígenas «brasiles». En 1565, el gobernador general Mem de Sá expulsó a una colonia de hugonotes, franceses calvinistas, que se estableció donde se sitúa hoy la ciudad de Río de Janeiro. La conquista del resto de la costa, de los espacios vacíos de Sergipe, que se convertiría en Sergipe del Rey, y de la «costa este-oeste», entre Paraíba y Maranhão, se completó a finales de siglo. Los ataques de los nativos a los moradores de la frontera agrícola continuaron, no obstante, a lo largo de los siguientes siglos. Al contrario de lo que preconizan las visiones idílicas del proceso de colonización, la conquista fue larga y sangrienta.

Tierras e «indios»

Los primeros contactos entre indígenas y europeos se realizaron de forma relativamente pacífica: ambas partes procuraban satisfacer sus intereses. En los territorios que corresponden hoy al estado de São Paulo y al de Pernambuco, el trueque de productos de metal por madera de tinte y animales silvestres entre portugueses y tupiniquines garantizó el éxito de la colonización en esas regiones. En la Bahía de Todos los Santos, Caramurú selló la alianza de los tupinambás con los representantes de la monarquía portuguesa.

La situación cambió de manera importante con la creación del gobierno general y con la inmigración de colonos portugueses, que llegaron por miles. Estos inmigrantes fundaron campos de cultivo, haciendas e ingenios azucareros, necesitando mano de obra para la labranza de sus tierras. La solución que encontraron los colonos fue el sometimiento de los indígenas que habitaban la costa. Los indios pasaron de ser

(*) Región circundante a la Bahía de Todos los Santos, *N. del T.*

considerados «buenos salvajes», a «salvajes irreductibles», «sin fe, sin rey, sin ley». Con frecuencia, los colonos portugueses aprovechaban las continuas guerras tribales y compraban a los prisioneros capturados en ellas.

En 1570 la Corona prohibió la esclavización de los indios, pero permitió que fuesen esclavizados los caníbales y los indios hechos prisioneros en las incursiones contra tribus hostiles (la «guerra justa»). Con el avance de la frontera agrícola y de las plantaciones de caña, los propietarios de tierras necesitaban más y más trabajadores. La industria del azúcar, principal ocupación de los colonos, demandaba un flujo continuo de mano de obra.

El incremento de las guerras, el cautiverio y la propagación de enfermedades como la viruela, diezmaron a buena parte de los tupís del litoral brasileño. Algunos consiguieron huir hacia el interior y desde allí entablaron una resistencia de siglos contra los conquistadores europeos.

A partir de mediados del siglo XVI la consolidación de la conquista portuguesa posibilitó la expansión del cultivo de caña de azúcar en las llamadas «tierras desocupadas», esto es, en las tierras arrebatadas a los nativos, casi siempre las mejores y más productivas. Al este de la villa fundada por Tomé de Sousa en 1549, la frontera agrícola avanzaba por el *Recôncavo* bahiano, donde año tras año se fundaban nuevos ingenios de caña de azúcar. La colonización se detuvo cuando llegó hasta las tierras de los aimorés, los «tapuias» del litoral.

En la capitanía fundada por Duarte Coelho en Pernambuco en 1535, los caetés fueron obligados a retroceder hasta el valle del río São Francisco, en Alagoas. Al norte, la colonización se paró en el trecho del continente próximo a la isla de Itamaracá. Al igual que en Bahía, los ingenios cubrían el paisaje y los campos de caña se extendían a lo largo de las tierras «desocupadas», donadas bajo la forma de *sesmarias*.

A comienzos de la década de 1570 había ya 41 ingenios en pleno funcionamiento en esas dos capitanías. Los bosques suministraban la madera para calentar las calderas y los peroles de cobre que transformaban la caña en melazas y azúcar refinado. Los indígenas sometidos y esclavizados proporcionaron la mano de obra en la primera y más costosa etapa de la implantación de la agroindustria azucarera en la colonia. Diezmadas por las enfermedades y por el cautiverio, centenares de comunidades aborígenes desaparecieron en manos de los colonizadores portugueses. En la década siguiente, el padre jesuita José de Anchieta se quejaba de que en los últimos 20 años, es decir, entre 1560 y 1580, más de ochenta mil indígenas habían muerto bajo la tutela de los colonos de Bahía, «y si preguntaran por tanta gente dirán que murió»[3].

Anchieta relata también cómo los portugueses engañaban a los «negros de la tierra» y los captaban para el cautiverio: «van al *sertão* y engañan a esta gente diciéndoles que

[3] José de Anchieta, *Informação do Brasil e de suas capitanias 1584*, São Paulo: Ed. Obelisco, 1964.

vayan con ellos al mar y que estarán en sus aldeas como están en su tierra y que serán sus vecinos. Los indios, creyendo que es verdad, se van con ellos y los portugueses, para que los indios no se arrepientan arrasan sus cultivos y así los traen, y llegando al mar los reparten entre sí, unos se llevan a las mujeres, otros a los maridos, otros a los hijos y los venden».

En palabras del historiador norteamericano Stuart B. Schwartz:

> El periodo de 1540 a 1570 significó el apogeo de la esclavitud de los nativos en los ingenios del litoral brasileño en general y, especialmente, en Bahía. En 1545, la capitanía de São Vicente, en el sur, tenía seis ingenios y tres mil esclavos, indígenas en su gran mayoría. En esa época se podían encontrar también esclavos indígenas en los ingenios de Pernambuco, de Bahía y de Porto Seguro. Durante las décadas de 1550 y 1560, la industria azucarera del nordeste entró en una fase de rápida expansión, acompañada por un crecimiento parejo de la cantidad de trabajadores forzosos. En 1570 Pernambuco contaba con 23 ingenios y los esclavos indios eran tan numerosos que el excedente se exportaba a otras capitanías. En 1583 había 66 ingenios y cerca de dos mil esclavos en esta zona. Dado que cada ingenio funcionaba con el trabajo de unos cien esclavos, los indios suponían en esa fecha unos dos tercios de la fuerza de trabajo de la capitanía, y ello durante un periodo de transición hacia la mano de obra africana[4].

A finales del siglo XVI, una vez agotado el suministro de mano de obra nativa, comenzaron a llegar los primeros esclavos africanos. Se produce entonces la expansión e intensificación del tráfico de esclavos ya existente con África occidental, una lucrativa actividad de la que se beneficiaban la Corona, poseedora del monopolio, y los negreros y contratistas que operaban desde las fortalezas de São Jorge da Mina, Axim, Santo Tomé y Luanda.

[4] Stuart B. SCHWARTZ, *Segredos internos*, São Paulo: Companhia das Letras/CNPq, 1988, p. 46.

Capítulo 5
Contra Tordesillas

> [...] al igual que el evangelio, el hijo de Dios fue anunciado en nuestros días en esa cuarta parte del mundo llamada América, y si el emprendimiento hubiese continuado tan bien como comenzó, tanto el reino espiritual como el temporal se encontrarían allí enraizados en nuestra época y más de mil súbditos de la nación francesa estarían allí ahora en plena y segura posesión, para nuestro rey, de aquello que los españoles y los portugueses dieron a los suyos[1].
>
> Jean de Léry, *Viagem à Terra do Brasil*, 25 de diciembre de 1577

La fundación de villas y el establecimiento del gobierno general en Bahía no fueron suficientes para disuadir a los franceses de intentar crear una colonia permanente en Brasil. Apenas seis años después de la llegada de Tomé de Sousa a la bahía de Todos los Santos, la monarquía francesa realizaba su primera incursión «oficial» en el Atlántico Sur, concediendo a Nicolás de Villegagnon, Caballero de la Orden de Malta, recursos financieros para crear la «Francia Antártica» en la bahía de Guanabara, donde ya se encontraban 25 colonos e intérpretes normandos.

La «ruta de los colorantes»

El interés de los súbditos franceses por la colonia portuguesa en América surgió probablemente en el momento en que la noticia del «descubrimiento» de nuevas tierras al poniente fue divulgada en los puertos de la Francia Atlántica. La llegada de la expedición de Binot de Gonneville, destinada a las Indias Orientales, a algún

[1] Jean de Léry, *Viagem à Terra do Brasil*, Río de Janeiro: Biblioteca Editora do Exército, 1961, pp. 29-30.

punto del litoral del actual estado de Santa Catarina y su naufragio en el canal de la Mancha, a pocas millas del puerto de Honfleur, con un cargamento de palo brasil, demostraban que la política de secretismo impuesta por la monarquía portuguesa era impracticable.

Las expediciones sucesivas de las que se tiene noticia indican que Francia pretendía, desde principios del siglo XVI, hacerse presente en la «ruta de los colorantes» y en el comercio del palo brasil, a pesar de la prohibición impuesta por el papa en el Tratado de Tordesillas. La monarquía francesa, sin desafiarla abiertamente, actuaba como si ignorase la exclusividad de navegación de los portugueses en esos parajes y recaudaba los impuestos generados por las lucrativas actividades de las comunidades de hombres de negocios del litoral atlántico.

La ascensión de Francisco I al trono en 1515 fue bien recibida por los habitantes de los dinámicos puertos de la Francia Atlántica. Francisco I nunca declaró la guerra a Portugal, pero permitió que sus súbditos causasen daños a los portugueses en sus límites ultramarinos. Amparados por el soberano, inauguraron la era de la piratería, del pillaje y del corso.

A comienzos de la Edad Moderna, los súbditos de Normandía y del reino de Bretaña, aún no incorporados plenamente a los dominios de la monarquía francesa, acariciaban esperanzas de poder contar con el apoyo financiero de la Corona para ampliar su participación en los beneficios que prometían las nuevas rutas comerciales. Animados por las declaraciones del joven rey, que invocaba la libertad de tránsito en los mares y los derechos implícitos de navegación y comercio, intensificaron los viajes a las bahías y ensenadas del litoral del Atlántico Sur en busca de madera tintórea, algodón, pimienta y animales salvajes, principalmente papagayos y monos.

Las guerras contra Carlos V

En una época de disputas y tensiones, en la que se desarrollaba la formación de los estados nacionales y se consolidaban los primeros imperios coloniales, la dura realidad europea parecía negar a Francia su trozo en el reparto de los nuevos mundos y de las rutas comerciales que se estaban abriendo. La muerte del emperador Maximiliano y la elección en 1519 de su nieto, el rey Carlos I de España, para el trono del Sacro Imperio Romano Germánico, arrojaron un cubo de agua fría en las pretensiones de los comerciantes y armadores de la Francia Atlántica.

En 1521, Francia y el Sacro Imperio iniciaron una larga y cruel guerra que se arrastró durante 27 años y que prácticamente arruinó a la monarquía francesa. Cercado por las posesiones de Carlos V, soberano de un imperio territorial en el que «no se ponía el sol», Francisco I tuvo que reaccionar a los ataques de su enemigo en varios frentes y sellar, si no una alianza, por lo menos un pacto de neutralidad con el soberano de Portugal, João III.

Como vimos en el capítulo anterior, en las primeras tres décadas del siglo XVI el comercio entre los franceses y los «brasiles» era mucho más intenso que el de los

propios portugueses, adjudicatarios de los «contratos» del palo brasil concedidos por el rey.

El recrudecimiento de los ataques de la piratería francesa a la navegación portuguesa estimuló a la monarquía portuguesa para llevar a cabo la colonización del Atlántico Sur. Lo especial de las relaciones diplomáticas entre los dos reinos, viciadas por el cinismo, propició la existencia del corso, una especie de piratería legitimada por la monarquía francesa.

Mairs y *perós*

La corona portuguesa no estaba dispuesta a tolerar la presencia de navíos extranjeros en el Atlántico Sur: la seguridad en esa área era vital para el éxito de la Carrera de la India. Tampoco pensaba compartir con nadie el monopolio del comercio del palo brasil. A pesar de ello, los franceses insistían en participar en ese lucrativo negocio, driblando el pago del «quinto» y abasteciendo los mercados consumidores de esas maderas directamente, es decir, sin pasar por Lisboa.

Los *mairs*, nombre dado por los nativos a los franceses, fondeaban en la costa y establecían tratos con los habitantes de la zona del *bois de Fernambouc* (palo de Pernambuco) y del *Recôncavo* de la bahía de Todos los Santos. Contaron para ello con la solícita colaboración del náufrago portugués Diogo Álvares, el célebre «Caramurú», y su parentela tupinambá que, dada la falta de navíos portugueses, se aprestaban a abastecer los franceses. En 1526, los hombres de negocios de Normandía equiparon nada menos que diez navíos destinados al comercio con los «brasiles».

Con el fracaso de la vía diplomática comenzó la escalada de la violencia entre los súbditos de Portugal y de Francia en los mares y las bahías del Atlántico Sur. Desde las playas de este lado del océano, numerosas comunidades tupí asistieron al enfrentamiento entre *mairs* y *perós* (portugueses). En efecto, a partir de la segunda década del siglo XVI, la violencia entre los súbditos de los dos reinos llegó a tomar proporciones de una guerra no declarada, como testimonian los relatos de las expediciones de patrulla realizadas a partir del inicio del reinado de João III (1521). El apresamiento de embarcaciones y la ejecución de sus tripulaciones se convirtieron en escenas corrientes a ambos lados del Atlántico.

La diplomacia portuguesa no ahorró esfuerzos ni riquezas para dar a entender sus intenciones: a partir de 1531, los embajadores lusos exigieron la anulación de todas las patentes de corso firmadas por el rey de Francia y el compromiso formal de que no sería emitido ningún otro documento de este tipo. También fue reclamado el reconocimiento del monopolio portugués definido en Tordesillas, la promesa de que los infractores serían castigados por las autoridades francesas, la devolución de las presas y el pago de indemnizaciones por los daños causados por los piratas franceses a la navegación portuguesa.

La «Francia Antártica»

El estado de guerra entre los súbditos de ambos reinos se hizo aún más intenso a partir de mediados de siglo, cuando llegó a la bahía de Guanabara la expedición colonizadora de la «Francia Antártica». Persuadido por el almirante hugonote Gaspar de Coligny, el rey Enrique II financió el equipamiento de dos navíos y desembolsó 10.000 francos para los gastos de viaje y de colonización. La expedición, destinada a convertirse en el espejo de la intolerancia religiosa de la metrópoli en pleno trópico de Capricornio, llegó en 1555 a la bahía de Guanabara.

A principios de la Edad Moderna, el vínculo religioso que unía a toda Europa se rompió de forma violenta y dramática, dando lugar a profundos conflictos. Las guerras de religión barrieron el Viejo Continente, se cobraron innumerables víctimas y motivaron persecuciones de uno a otro confín.

En Francia, la persecución por parte de los católicos a los calvinistas, los ya citados hugonotes, produjo ocho guerras civiles que se prolongaron durante la mayor parte del siglo XVI.

Villegagnon, virrey de la Francia Antártica

Los barcos destinados a fundar la Francia Antártica llevaban un heterogéneo contingente de colonos formado por caballeros, artesanos, soldados y cerca de 600 hombres que, en su mayoría, fueron reclutados a la fuerza en las prisiones de Rouen y París.

Al mando de tan variada compañía se encontraba el truculento Nicholas Durand de Villegagnon, vicealmirante de Bretaña. Así lo describe el historiador francés Paul Gaffarel:

> Después de haber llenado Europa con el ruido de sus hazañas y con su frenética actividad, soldado valiente, hábil marinero, ingeniero y diplomático según las circunstancias, imaginó este extraño personaje la fundación de una Francia americana con el fin de llamar, como si de un asilo se tratara, a sus compatriotas que deseasen gozar de libertad de conciencia, permaneciendo no obstante fieles a la Metrópoli[2].

El asentamiento francés adquirió pronto el aspecto de una colonia penal. La presencia de un establecimiento permanente de europeos interfirió profundamente en la vida de los tamoyos de Guanabara, que comenzaron a vender a sus prisioneros de guerra en vez de comerlos. La suerte de los colonos franceses no difería mucho de la de los esclavos indígenas: obligados a trabajar exhaustivamente bajo un fuerte calor, por la magra ración de dos medidas de harina de mandioca por día, muchos se debilitaban y sucumbían al clima.

[2] Paul Gaffarel, «Notícia biográfica à obra de Jean de Léry», en J. de Léry, *Viagem à terra*, p. 18.

El descontento se extendió por el precario asentamiento. El choque entre la severidad de las aspiraciones religiosas de Villegagnon, y la vida disoluta de los trujamanes y los nativos, provocó la primera revuelta en la colonia francesa. La rebelión de los colonos fue duramente reprimida, siendo sus líderes ejecutados.

Con la pretensión de reformar las costumbres de los colonos y temiendo «que los artesanos que yo contratara y para aquí trajera se dejasen contaminar por los vicios de los salvajes», Villegagnon solicitó a Calvino que le enviara misioneros.

Calvinistas en tierra firme

Los *mairs* burlaron las prohibiciones impuestas por Villegagnon y no se quedaron confinados en la soledad de la *briqueterie*, esto es, el cobertizo de madera y paja donde los franceses se alojaban cuando realizaban negocios con los tupinambá de la costa. Los *truchements*, también conocidos como *lançados* o trujamanes, que hacía tiempo poblaban la bahía, continuaron frecuentando las chozas de sus aliados los tamoyos.

Con la esperanza de contrarrestar la influencia de los *truchements* en la colonia, se preparó la segunda leva de colonos para la Francia Antártica. Entre los casi 300 hombres reclutados, se incluían 14 misioneros calvinistas. La expedición, al mando del sobrino de Villegagnon, Bois le Comte, llevó las primeras mujeres francesas.

Entre los misioneros enviados por Calvino había un joven zapatero de Borgoña llamado Jean de Léry. Hijo de padres reformistas, Léry salió a los 18 años de su ciudad natal rumbo a Ginebra para estudiar teología y asistir a las predicaciones de Calvino. A los 22 años, «tanto por la voluntad de Dios como por la curiosidad de ver el mundo», embarcó en la comitiva de misioneros destinada a la Francia Antártica. A él le debemos uno de los más importantes e interesantes relatos sobre la permanencia de los franceses en la bahía de Guanabara y la vida cotidiana de sus aliados tamoyos.

Jean de Léry cuenta que poco tiempo después de la llegada del contingente de protestantes enviado por Calvino, el virrey Villegagnon renegó de la religión reformada y comenzó a maltratar a los calvinistas, que acabaron dejando la isla de Villegagnon y se instalaron en tierra firme, donde convivieron con los tamoyos mientras esperaban la llegada de una nave que les llevase de vuelta a Francia.

El destino de la fe reformada en Francia tuvo un fin muy parecido al de los calvinistas que volvieron a la metrópoli. Durante la segunda mitad del siglo XVI las luchas religiosas entre católicos y hugonotes, verdaderas matanzas, asolaron Francia y diezmaron su población y recursos. El propio Jean de Lery, a su vuelta a Europa, se involucró en los combates, fue perseguido de nuevo y acabó por encontrar refugio en Suiza, donde acabó sus días. A pesar de todo ello, dejó una bella memoria de su experiencia en Brasil:

> Al decir adiós a América, confieso por lo que a mi respecta, que, incluso amando como amo a mi patria, veo en ella poca o ninguna devoción [...]; todo está italianizado

[con Catalina de Médicis y sus favoritos italianos] y reducido a palabras vanas, por eso lamento muchas veces no haberme quedado entre los salvajes, en los que observé más franqueza que en muchos de nuestros patricios que se dicen cristianos»[3].

La conquista de la bahía de Guanabara

Las noticias sobre la fundación de una colonia francesa en Río de Janeiro no tardaron en llegar a oídos de otra Catalina, la reina regente de Portugal. Como resultado de las medidas tomadas en la metrópoli, en marzo de 1560 llegaron a la bahía de Guanabara portugueses armados e indígenas reclutados por Mem de Sá en Bahía, Ilheus, Porto Seguro y Espíritu Santo, con el objetivo de desalojar a los intrusos.

Después de 12 días de negociaciones, las fuerzas comandadas por el tercer gobernador general de Brasil atacaron el fuerte Coligny. Siguieron tres días de intensa lucha. Al final, los franceses abandonaron la isla y el fuerte. Algunos consiguieron embarcar en sus naves y volvieron a Europa, mientras que otros se refugiaron en la costa.

El fuerte Coligny fue demolido inmediatamente por los soldados de Mem de Sá, «por no poder dejar gente que lo defendiese y que poblase la tierra»[4], motivo por el cual los franceses continuaron con un pie en la bahía de Guanabara. Los *mairs* que permanecieron en la zona continuaron abasteciendo los navíos galos con la ayuda de los tamoyos, a los que no sólo les suministraban armas de fuego, sino que incluso les enseñaban a utilizarlas.

La fundación de Río de Janeiro

Al saber de la conquista del fuerte Coligny y previendo un nuevo intento de los franceses para establecerse en la región, la reina envió otra expedición a Río de Janeiro. Este contingente, reunido bajo el mando de Estácio de Sá, sobrino de Mem de Sá, salió de la bahía de Todos los Santos en 1563. Contaron con la ayuda de indios tamoyos pacificados de Ubatuba –«reducidos» gracias a la eficaz retórica de los padres jesuitas José de Anchieta y Manuel da Nóbrega–, de indios temimimós de Espíritu Santo y de los tupiniquines de la costa de São Vicente.

Estácio de Sá salió de São Vicente rumbo a Río de Janeiro el 20 de enero –día de San Sebastián, a quien adoptó como patrón de la expedición– del año 1564. Desembarcó y fortificó su posición al pie del Pan de Azúcar. La batalla por la posesión de la bahía de Guanabara duró más de dos años. Debilitados por las continuas embestidas de Estácio de Sá, los franceses y los tamoyos fueron vencidos en dos enfrentamientos

[3] J. de Léry, *Viagem à Terra*, p. 227.

[4] Gabriel Soares de Sousa, *Tratado descritivo do Brasil em 1587*, 4.ª ed. São Paulo: Cia Editora Nacional/Edusp, 1971, p. 105.

–se supone que el primero tuvo lugar en el promontorio de Gloria y el segundo en la isla del Gobernador–.

En la batalla final, Estácio de Sá fue alcanzado por una flecha y murió. Mem de Sá capturó a los últimos franceses y comenzó la destrucción de todas las chozas rebeldes situadas entre la bahía de Guanabara y Cabo Frío. Centenares de indígenas fueron aniquilados, y más de 400 capturados y esclavizados. Los supervivientes de la masacre se refugiaron en el interior y abandonaron temporalmente la costa.

Una vez pacificada la zona, Mem de Sá eligió un nuevo lugar para fundar una ciudad, a la que dio el nombre de San Sebastián, defendida por cuatro fortalezas. El gobernador permaneció allí más de un año, en la que sería la segunda capitanía de la Corona.

Tras la expulsión de los franceses y con el sometimiento de los tamoyos, el gobernador dejó a otro sobrino, Salvador Correia de Sá, como representante suyo en la nueva capitanía del rey. Los franceses abandonaron la isla de Villegagnon –nombre por el que es conocida hasta hoy, un homenaje toponímico discutible al «virrey de la Francia Antártica»–, y salieron en busca de otras costas que se encontraran aún sin presencia portuguesa. Acabaron por reagruparse en la región de Cabo Frío, donde continuaron proporcionando a las naves galas productos de la tierra y apoyando los ataques de los tamoyos a los reductos de sus enemigos *perós*.

La expulsión definitiva de los franceses sólo se produjo en la década siguiente, gracias a una expedición organizada por el gobernador de Río de Janeiro, Antonio Salema, que viendo «tamaño desaforo, determinó sacar todo ese latrocinio del lugar»[5]. Con el auxilio del capitán de São Vicente, reunió una fuerza de 400 colonos y 700 indios para apresar a los tamoyos y a los franceses de Cabo Frío.

A los franceses que insistieron en continuar comerciando en las costas de Paraíba y de Río Grande, les correspondió el fin descrito por el historiador cearense Capistrano de Abreu: «Expulsados de Río de Janeiro, buscaron refugio en Sergipe; expulsados de Sergipe, se recogieron en Paraíba; expulsados de Paraíba, se refugiaron en Rio Grande do Norte; expulsados de Río Grande do Norte, se fueron a Ceará y Maranhão; y expulsados de Maranhão y Ceará, acabaron instalándose en la Guyana»[6].

La conquista de estos territorios ocupó las energías de los habitantes de las capitanías de Bahía y de Pernambuco durante buena parte de la segunda mitad del siglo XVI. Mientras esto ocurría, los franceses realizaron otra tentativa «oficial» de fundar una colonia de poblamiento en tierras pertenecientes a Portugal, la «Francia Equinoccial», como veremos más adelante.

[5] G. Soares de Sousa, *Tratado descritivo*, p. 107.

[6] Capistrano de Abreu, *O descobrimento do Brasil*, Río de Janeiro: Edição da Sociedade Capistrano de Abreu, 1929, pp. 89-90.

El padre capuchino Claude d'Abbeville participó en la misión enviada en 1612 para catequizar a los tupinambá de la «Francia Equinoccial». En ella, d'Abbeville narra el testimonio de un nativo respecto a los nuevos colonizadores:

> Vi la llegada de los *peró* a Pernambuco; y comenzaron ellos como vosotros, franceses, hacéis ahora. Al principio, los *peró* no hacían sino traficar sin pretender fijar residencia. En esa época dormían libremente con las muchachas, lo que nuestros compañeros de Pernambuco encontraban muy honroso. Más tarde dijeron que nos debíamos acostumbrar a ellos y que necesitaban construir fortalezas para defenderse y edificar ciudades para vivir con nosotros. Y así parecía que deseaban que formásemos una sola nación. Después, comenzaron a decir que no podían aceptar sin más a las mujeres, sino solamente aquella que Dios les permitía poseer por medio del matrimonio y que ellos no podían casarse si antes ellas no eran bautizadas. Y para eso eran necesarios *padre*. Mandaron venir los *padre*; y estos plantaron cruces y comenzaron a instruir a los nuestros y a bautizarlos. Más tarde afirmaron que ni ellos ni los *padre*, podían vivir sin esclavos para servirlos y para trabajar por ellos. Y de esta manera los nuestros se vieron obligados a suministrarlos. Mas, no satisfechos con los esclavos capturados en la guerra, quisieron también los hijos de los nuestros y acabaron esclavizando a toda la nación; y con tal tiranía y crueldad la trataron, que los que quedaban libres fueron, como nos, forzados a abandonar la región.
>
> Ocurrió lo mismo con los franceses. La primera vez que vinisteis aquí, lo hicisteis solamente para traficar. Como los *peró*, no recusabais tomar a nuestras hijas y nosotros nos considerábamos felices cuando ellas tenían hijos. En esa época, no hablabais de fijaros aquí; apenas os contentabais con visitarnos una vez por año, permaneciendo entre nos durante cuatro o cinco lunas. Regresabais después a vuestro país, llevando nuestros géneros para cambiarlos por aquello de que carecíamos.
>
> Ahora ya no habláis de estableceros aquí, de construir fortalezas para defendernos de nuestros enemigos. Para eso trajisteis un *Morubixaba* y varios *Padre*. En verdad, estamos satisfechos, pero los *peró* hicieron lo mismo.
>
> Después de la llegada de los *Padre*, plantasteis cruces como los *peró*. Comenzáis ahora a instruir y bautizar tal cual hicieron ellos; decís que no podéis tomar nuestras hijas si no es como esposas y después de haber sido bautizadas. Lo mismo decían los *peró*. Como estos, vosotros no queríais esclavos al principio; ahora los pedís y los queréis como ellos al final. No creo, sin embargo, que persigáis el mismo fin que los *peró*; de todas formas eso no me atemoriza, pues viejo como estoy nada más temo. Digo apenas simplemente lo que vi con mis ojos[7].

[7] Claude D'Abbeville, *História da missão dos padres capuchinhos na ilha do Maranhão*, São Paulo: Edusp, 1975, pp. 115-116.

Capítulo 6
Conquista y cautiverio: la Unión Ibérica (1580-1640)

Que me quer o Brasil, que me persegue?.
Gregório de Matos, *Soneto*[1]

Que os brasileiros são bestas,
e estarão a trabalhar
toda a vida por manter
maganos de Portugal[2].
Gregório de Matos, *Salvador de Bahía*, siglo XVII

El joven y fervoroso Sebastião I, rey de Portugal, contrariando las líneas generales de la política ultramarina establecida por João III, que dio prioridad al control de las rutas marítimas en el Atlántico y en el Índico, organizó en 1578 una gran cruzada para conquistar la plaza de Alcacer-Quivir, en el norte de África. El desastroso ataque portugués contra los «infieles» musulmanes culminó con la derrota de los contingentes lusos y con la muerte de Dom Sebastião, cuyo cuerpo nunca fue encontrado. A los portugueses les quedó la leyenda del «sebastianismo», según la cual el rey no habría muerto y volvería algún día para devolver a Portugal sus glorias pasadas, leyenda que, para algunas almas crédulas, se prolonga hasta nuestros días.

[1] [«¿Que me quiere el Brasil, que me persigue?»] Gregório de Matos Guerra (1636-1695), *Poemas Escolhidos*, org. J. Miguel Wisnik, São Paulo: Cultrix, 1992.

[2] [«Que los brasileños son bestias, / y tendrán que trabajar / toda la vida para mantener / zánganos de Portugal»] «Embarcado já o poeta para o seu degredo, etc.», en Gregório de Matos, *Sátira*, org. Ângela Maria Dias, 3.ª ed., Río de Janeiro: Agir, 1990, p. 114.

Muerto sin herederos, a Sebastião I le sucedió su tío, el viejo cardenal Henrique, que falleció dos años después, en 1580. Este hecho fue aprovechado por Felipe II de España, cuya madre era una princesa portuguesa, para hacer valer sus derechos al trono y anexionar el reino vecino ese mismo año.

La unión de las dos coronas no significó el fin de la independencia del reino luso, pues, por las disposiciones pactadas entre Felipe II y las cortes de Tomar, conservó su autonomía administrativa. Gobernado por un virrey, generalmente alguna figura de la nobleza portuguesa nombrada por la corte de Madrid, Portugal mantuvo la jurisdicción sobre sus posesiones coloniales.

Durante todo el periodo en que estuvo vigente la «monarquía dual» (1580-1640), el imperio colonial continuó bajo la administración de funcionarios portugueses y de hidalgos, cuyas tenencias y sinecuras drenaban el tesoro del reino. A esto se sumó el ataque persistente de los rivales protestantes, franceses, holandeses e ingleses a los principales puestos comerciales portugueses del *Estado da Índia*, a los almacenes de esclavos en el litoral africano y a las villas e ingenios del Atlántico Sur. El imperio ultramarino portugués se convirtió en el blanco favorito de los enemigos de España.

La contrapartida a los devastadores ataques contra las plazas coloniales fue la intensificación del contacto entre los colonos iberoamericanos y la disolución informal de los límites trazados en Tordesillas. La «disminución» de Brasil, pregonada por Fray Vicente de Salvador en 1624, apenas era visible. La intensa actividad esclavista de los «paulistas» en el interior del continente amplió la frontera territorial y puso en jaque el proyecto colonialista de los jesuitas españoles en Paraguay. Al mismo tiempo, desde la base de Río de Janeiro, se intensificaba el tráfico de esclavos africanos con destino al imperio colonial español gracias a los *peruleiros*, comerciantes portugueses que vía Buenos Aires realizaban negocios con el más atractivo de todos los mercados coloniales, la villa de Potosí en el Alto Perú. Tan importante era su presencia que los comerciantes españoles se quejaban, en Lima, de la «invasión» de cristianos nuevos portugueses en las plazas en que hasta ese momento habían ejercido el monopolio.

Plata y esclavos en la ruta de los *peruleiros*

Durante el periodo de la Unión Ibérica, los *peruleiros* llegaban hasta las minas del Alto Perú a través de la ruta que comenzaba en Buenos Aires. En la Villa Imperial de Potosí, actual Bolivia, se encontraba el principal centro productor de plata de América del Sur y era la principal concentración urbana del Nuevo Mundo, con ciento cincuenta mil habitantes. Su ubicación en una montaña estéril la obligaba a depender del exterior para su abastecimiento de todo tipo de alimentos y productos agrícolas de consumo de la población, lo que la convertía en uno de los mercados más lucrativos del planeta.

Las posibilidades de lucro que ofrecía Potosí fueron rápidamente percibidas por los *peruleiros* que, aprovechando la proximidad de las capitanías del Sur de Brasil

al puerto de Buenos Aires, penetraban en las posesiones españolas para realizar sus negocios, posibilitando de esta manera un aumento del flujo de monedas de plata hacia Brasil durante la Unión Dinástica. El comercio clandestino entre Brasil –sobre todo a partir del puerto de Río de Janeiro– y la América española, a través del Río de la Plata, floreció durante todo el periodo en que tuvo vigencia la Unión Ibérica. En el intercambio comercial, además de introducir productos manufacturados europeos, los portugueses vendían esclavos negros importados de Angola y de Brasil en gran escala. Prueba clara de este hecho es que, durante ese periodo, se constata un aumento significativo de la población esclava en los territorios situados entre el Río de la Plata y Potosí. Se calcula que llegaba a Potosí una media de 450 cautivos angoleños venidos de Río de Janeiro por año. En este comercio obtenían importantes beneficios tanto los *peruleiros* como las autoridades locales, que recibían sobornos por hacer la vista gorda al contrabando. Uno de los principales agentes del tráfico de esclavos angoleños hacia el Río de la Plata era el propio gobernador de Río de Janeiro, Salvador Correia de Sá e Benavides.

El historiador inglés Charles R. Boxer ha calculado que

> […] en aquella época, unos doscientos navíos de entre 100 y 400 toneladas salían cada año de los puertos portugueses con destino a Brasil, cargados principalmente de textiles y de otros artículos manufacturados. Es obvio que era demasiado para las necesidades de importación de una población calculada en 8.000 vecinos, y que buena parte de los artículos se destinaban a la reexportación de Brasil a Perú, a través del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán. […] El flete y los impuestos tenían un costo menor que los exigidos en las flotas oficiales que partían de Sevilla, lo que por sí solo basta para explicar el fenomenal crecimiento del tráfico con Brasil. Debido a ello, el costo de todos estos productos en la América española era mucho menor al ser importados de Portugal vía Brasil y Buenos Aires, que si se introducían por la ruta oficial, entre Sevilla y «Tierra Firme»[3].

De Bahía a Maranhão: la conquista de la costa este-oeste

Libres de la rivalidad castellana en el sur del continente, los portugueses pudieron concentrar energías para expulsar a los franceses de la costa este-oeste, situada entre el río Paraíba y el «gran río Maranhão», empleando para ello fuerzas militares organizadas en las capitanías de Bahía y Pernambuco. La posesión de este trecho del litoral aceleró la penetración hacia el río Amazonas, frontera «natural» de los territorios pertenecientes a Portugal en América.

Para efectuar la conquista de la costa entre Bahía y el río Amazonas fue necesario un enorme esfuerzo y gran cantidad de recursos del reino de Portugal y de los

[3] Charles Boxer, *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola 1602-1686*, São Paulo: Editora Nacional, 1973, p. 91.

colonos durante la segunda mitad del siglo XVI. La lucha contra los tupinambás y sus aliados franceses fue considerablemente cruenta. Unos y otros se vieron obligados a retroceder, víctimas del naciente colonialismo portugués, acosados por las relucientes espadas y las antorchas incendiarias de las huestes de conquistadores y sus ejércitos de «mamelucos» (mestizos de portugués e india) tupiniquines y portugueses, sedientos de tierras, mano de obra indígena y venganza. Para buena parte de las comunidades tupí del litoral de Maranhão, la alianza con los *mairs* fue más una cuestión de supervivencia. La destrucción, esclavización y sumisión de los tamoyos en Guanabara, de los tupinambás en el *Recôncavo* Bahiano y en el río Real, y de los potiguares en la costa este-oeste sólo se consolidaron después de la rendición en 1614 de la colonia francesa de la Francia Equinoccial en Maranhão. A mediados del siglo XVII, el único vestigio que quedaba de la presencia de los *mairs* en este territorio eran los hijos rubios de las concubinas indígenas (*cunhãs*) y algunos indios que hablaban francés.

El final de los tupinambás del río Real

En «Cergipe», al norte de Bahía, autoridades y colonos tardaron casi medio siglo en controlar la ruta terrestre entre Bahía y Pernambuco. Los tupinambás resistían ferozmente el avance de los portugueses y de sus tropas de mestizos y aliados tupiniquines. Las desavenencias de aquellos con los portugueses databan de tiempos del gobernador Mem de Sá cuando, atendiendo a los supuestos anhelos de los indígenas, dos misioneros jesuitas se dirigieron a la zona llevando la «buena nueva». Junto a ellos, «soldados y mamelucos, ávidos de esclavos, [...] plantaron la cizaña entre los tupinambás y les hizo perder su confianza»[4]. Se producía así el comienzo de la guerra contra los nativos del río Real, donde los franceses habían establecido una base para conseguir productos de la zona.

Los portugueses emprendieron en 1574 la primera campaña contra los nativos de Sergipe, durante la cual el cuarto gobernador general, Luís de Brito de Almeida, «guerreó de forma implacable contra los indios, aprisionando a unos, haciendo huir a otros, devastando aquellas comarcas por simple afán destructor»[5]. La conquista se completó 15 años después, en 1589, por la acción del gobernador Cristovão de Barros. Los tupinambás no pudieron hacer frente al ataque, realizado por tierra y por mar. Con los indígenas derrotados y en fuga el gobernador «distribuyó tierras y cautivos, quedándole de una y otra cosa muy buena porción, con la que estableció una gran hacienda de corrales de ganado»[6]. El resto de las tierras aprehendidas fue repartido como *sesmarias* y se convirtió en una de las principales fuentes de abastecimiento de bueyes para los ingenios de Bahía y Pernambuco. Se trataba de los «Corrales del Rey», aunque en aquella época el rey fuese español.

[4] João Capistrano de Abreu, *Capítulos de História Colonial*, São Paulo: Publifolha, 2000, p. 66.
[5] *Ibid*., p. 66.
[6] Fray Vicente do Salvador, *História do Brasil: 1500-1627*, 7.ª ed., São Paulo: Edusp, 1982. p. 186.

Contra los potiguares

En Paraíba, la acción de los depredadores había provocado la confrontación con los tupinambás, conocidos en la zona como potiguares, esto es, «los que se alimentan de camarones». La resistencia de estas comunidades, junto con las peculiaridades de la navegación en ese trecho del litoral, cuyo régimen de vientos y corrientes dificultaba el viaje de vuelta y las comunicaciones con Pernambuco, conllevó que la guerra por la conquista de Paraíba se prolongase durante más de 25 años. La enemistad surgió por la acción de los mestizos mamelucos, interesados en conseguir «piezas cautivas», esto es, esclavos, además de otras mercancías, mediante el robo, la violencia y el engaño. El rapto de una india del *sertão*, sirvió como pretexto para el inicio de las hostilidades entre los colonos portugueses y los habitantes de Paraíba. Dos ingenios fueron atacados y quemados, y uno de los propietarios «fue asesinado con todos los suyos [...], no hubo blanco o negro, grande o pequeño, macho o hembra, que no matasen y descuartizasen»[7]. Durante los siguientes 25 años, varias tentativas de colonización fueron patrocinadas por las autoridades portuguesas y por los colonos más ricos de la capitanía de Pernambuco, siendo todas ellas repelidas por los nativos con auxilio francés.

La lenta conquista de Paraíba

En 1580, un acaudalado colono pernambucano, Frutuoso Barbosa, se ofreció para conquistar el territorio cercano al río Paraíba a cambio de privilegios, tierras y nativos. Al llegar a la desembocadura del río dos años después encontró 7 naves francesas «descuidadas y varadas en tierra» y sin la mayor parte de la tripulación, que se encontraba tierra adentro en busca de palo brasil («haciendo palo», en la expresión de la época). Quemó 5 de los navíos y mató a algunos marineros. Creyendo que habían derrotado a los intrusos, los portugueses bajaron la guardia y sufrieron una emboscada de los nativos, escondidos en la selva, en la que perdieron a más de 40 soldados. Diezmado, el contingente portugués intentó en vano encontrar un lugar para erigir una fortificación en la orilla norte del río, pues en la orilla sur no había fondeadero. La tentativa fracasó ante la feroz resistencia de los nativos y los franceses, con lo que los conquistadores fueron obligados a volver a Pernambuco.

En una segunda acometida en el litoral de Paraíba, Frutuoso Barbosa se limitó a quemar barcos franceses, sin conseguir establecer un asentamiento. «Y así quedó todo como de antes, los enemigos más soberbios y las capitanías vecinas con riesgo de despoblarse», en las palabras de Fray Vicente.

En 1583, salió de Pernambuco una nueva expedición, formada por soldados portugueses y españoles, destinada a conquistar Paraíba. Una parte del contingente realizó el recorrido por tierra, y el resto por mar. Después de quemar algunos navíos

[7] F. V. do Salvador, *História*, p. 255.

franceses cargados de palo brasil y de amedrentar a los potiguares, fundaron una fortaleza y un poblado en las inmediaciones de la desembocadura del río Paraíba.

En la bahía de la Traición

A medida que los portugueses se apropiaban del litoral paraibano, los franceses se dispusieron a fortificarse en la bahía de la Traición, donde tenían tres herreros encargados de reparar las herramientas de los nativos. De este lugar salían los ataques que minaban la fortaleza construida por los portugueses en Paraíba. La táctica adoptada por los franceses acabó por surtir el efecto deseado: en junio de 1586 la guarnición de soldados portugueses y españoles se batió en retirada.

En poco tiempo, los nativos volvieron «en chusmas densas y aún más arrogantes»[8]. Además de ser superiores en número contaban con el apoyo inestimable de los franceses que, ante la imposibilidad de volver a su tierra, lideraron los ataques de los potiguares a la fortaleza.

A pesar de recibir refuerzos de Pernambuco, los soldados no resistieron. Cercada por los enemigos, la guarnición del fuerte de San Felipe y Santiago comenzó a desfallecer. Tres años de hambre, sed y penurias obligaron a los portugueses a retroceder a Olinda en junio de 1586. Antes de partir, el jefe militar de la expedición, el español Castejón, quemó la fortaleza y lanzó al mar las piezas de artillería, inutilizando así el esfuerzo realizado hasta ese momento. En Pernambuco se decía que «sin la firme mano del rey, nunca habría fuerza para esta empresa», como relata Fray Vicente.

La lucha por la costa este-oeste se reactivó pocos meses después. Fue decisivo el apoyo de «notables» de Pernambuco, que intentaban así evitar lo peor, esto es: «para que no crezca más aquel latrocinio y que no salga de allí algún gran ejército de franceses, que juntos con los potiguares destruyan lo que estaba ganado en la Paraíba»[9].

La expedición del oidor Leitão

Mientras se preparaba la expedición, los franceses y los potiguares asaltaron una aldea de nativos aliados de los portugueses y mataron a más de 80 personas. El oidor Martim Leitão comandó el contigente destinado a expulsar a los franceses y someter a los potiguares: «con el grado de general, sin interés en la captura de esclavos, mató a todos los prisioneros que pudo, arrasó las plantaciones, devastó las aldeas, imposibilitó tanto la resistencia como la residencia en las cercanías, dejó de ser intérprete de las leyes para convertirse en ángel exterminador», como nos dice el historiador cearense Capistrano de Abreu[10].

[8] J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de história*, p. 85.
[9] F. V. do Salvador, *História do Brasil*, *passim*.
[10] J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de história*, p. 86.

En octubre de 1586 la expedición partió de Pernambuco y tan pronto como llegó a la desembocadura del Paraíba se aprestó para comenzar la reconstrucción de los establecimientos abandonados por los colonos portugueses. Consiguió volver a levantar el fuerte y dotarlo de artillería, al tiempo que daba «una buena guerra» a los potiguares de la sierra de la Copaoba y que desalojaba a los franceses de la bahía de la Traición. En tan sólo dos semanas, los portugueses y sus aliados tabajaras, tupiniquines del *sertão*, asaltaron y devastaron 5 aldeas. Tras ello se dirigieron al litoral y llegaron a la bahía de la Traición. En pocas horas atacaron las aldeas, arrasaron sus campos de cultivo y quemaron cuanto se encontraron por delante. Lanzaron al mar las herrerías de los franceses e intentaron capturar a los herreros. Al día siguiente 24 arcabuceros descargaron sus armas contra una nave francesa, que desplegó velas inmediatamente intentando protegerse del asalto. La campaña comenzaba a dar sus resultados. Los franceses se vieron obligados a retroceder hacia Rio Grande. A pesar de su éxito, la expedición de Martim Leitão no consiguió doblar la resistencia de los potiguares y las guerras para someterlos continuaron hasta finales de siglo.

Tras el ataque a la bahía de la Traición, los franceses lograron rehacerse en el litoral de Rio Grande. Desde allí lanzaban ataques a los poblados y los ingenios de Paraíba. Comerciaban con los portugueses, «y de allí salían también a robar los navíos que iban y venían de Portugal, tomándoles no sólo las haciendas, sino las personas, y vendiéndolas a los nativos para que se las comiesen»[11]. También desde ese lugar partió una armada de 13 navíos para atacar el poblado de Cabedelo, en Paraíba, entablando un combate que se prolongó de viernes a lunes. Era perentorio, por lo tanto, conquistar la región de Rio Grande, en cuyas aguas llegaron a reunirse 20 embarcaciones procedentes de Francia.

Se organizó otra expedición en Pernambuco destinada a expulsar a los franceses del litoral nordestino y a tomar posesión del lugar. En enero de 1598, la vanguardia del ejército, venida por mar, desembarcó en Rio Grande y venció la resistencia del enemigo. En marzo se concluían las obras del fuerte de los Reyes Magos.

Blancos-indios

El mando de la fortaleza se entregó a Jerónimo de Albuquerque, cuyo papel en la pacificación de los nativos fue de gran importancia para el éxito de la misión. Hijo de Maria do Arco Verde, india potiguar convertida al catolicismo, Jerónimo consiguió convencer a las mujeres del lugar de que aceptaran la protección de los portugueses, teniendo en cuenta que éstas, «enfadadas por andar continuamente con el hato a las espaldas, huyendo por los montes sin poder disfrutar de sus casas, ni de las legumbres que plantaban, amenazaban a los maridos de que se irían con los blancos, porque antes preferían ser sus cautivas que vivir con tanto recelo y en

[11] F. V. do Salvador, *História do Brasil*, p. 267.

continuas guerras y combates»[12]. El tratado de paz con los potiguares fue firmado en presencia de un notario en Paraíba, en junio de 1599.

La incapacidad portuguesa para hacer respetar los tratados de paz que se acordaban con los indígenas explica, en buena parte, la resistencia de éstos a la conquista de sus tierras. Durante la retirada de una expedición de reconocimiento al litoral de Ceará, el comandante portugués capturó «tantos indios como pudo, tanto tabajaras, viejos amigos, como potiguares, aliados recientes»[13]. Cuando regresó más tarde al mismo lugar tuvo que enfrentarse a la hostilidad de los nativos y fue obligado a batirse en retirada.

La fortaleza de Ceará: Martim, el «negro de genipapo»

Más hábil que sus antecesores, Martim Soares Moreno fue el responsable de la alianza de los portugueses con los potiguares de Ceará. Versado en lengua tupí, la denominada por los portugueses *língua geral* (lengua general), conquistó la amistad del jefe principal, Jacaúna, e hizo cumplir el pacto de amistad firmado con los nativos. En varias ocasiones ayudó a la tribu de Jacaúna a combatir contra los franceses en el río Ceará, lugar utilizado por ellos como fondeadero. Se debe a Soares Moreno, en colaboración con sus aliados, la construcción del fuerte que daría nombre a la futura capital de Ceará (Fortaleza). Durante esta campaña capturó tres naves de corsarios que comerciaban en Iguapé y Mucuripe, jactándose de haber degollado a «más de doscientos franceses y flamencos, combatiendo desnudo, con arco y flechas, con la barba afeitada y negro de genipapo*»[14].

Poco a poco los portugueses lograban acortar la distancia entre Pernambuco y Maranhão, donde se refugiaron los franceses después de ser expulsados de Paraíba y de sus reductos en Rio Grande y Ceará.

La gran migración de los tupinambás

A medida que transcurría el siglo se agravaba la situación de los tupinambás, aliados históricos de los franceses. Algunos relatos de supervivientes indican que emprendieron una gran migración, huyendo de los colonizadores portugueses, que avanzaban sobre sus tierras en el Recôncavo bahiano, en Sergipe y en Pernambuco. Al tiempo que los colonos echaban raíces y fundaban ingenios en la costa, en el *sertão* se producía un intenso movimiento migratorio de los tupinambá, expulsados del

[12] J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de história*, p. 70.

[13] *Ibid.*, p. 71.

(*) Se refiere el autor al tinte negruzco, producido a partir del árbol conocido como genipapo (*genipa americana*), que usaban frecuentemente los indígenas como pintura corporal. *N. del T.*

[14] João Capistrano de Abreu, *Caminhos Antigos e Povoamento do Brasil*, Río de Janeiro: Livraria Briguiet, 1930, p. 236.

litoral por las armas de los colonos luso-brasileños. En ese largo éxodo por el interior del continente, los tupinambás se enfrentaron a los «tapuias» y ocuparon sus tierras.

Cuando los franceses llegaron a Maranhão para fundar la Francia Equinoccial, se calcula que había en la zona más de 40.000 indígenas viviendo en más de 60 aldeas, repartidos entre la isla y el continente.

La batalla final

En 1613 llegó a Lisboa, al mando de Soares Moreno, la vanguardia de un contingente cuya misión era recoger información para establecer una fortaleza en Maranhão. La expedición daba cuenta de que los franceses estaban colonizando la zona, «con el pretexto de que no tenían los reyes de Portugal más derechos allí que ellos»[15]. Bajo el mando del caballero Daniel de la Touche, señor de La Ravardière, construyeron el fuerte de San Luis en una isla de la bahía de San Marcos. Tan pronto como recibió la noticia, el rey de España dio órdenes para que los habitantes de Pernambuco organizasen un ejército y se encaminasen al lugar para expulsar a los intrusos, y con indicaciones para que fundasen un poblado y construyesen una fortaleza, «pues era de su conquista por la Corona de Portugal»[16].

Para la segunda expedición a Maranhão, el capitán Jerónimo de Albuquerque reclutó a una gran cantidad de nativos pacificados. El 24 de agosto de 1614 salieron de Pernambuco, llegando dos meses después al puerto de Guaxenduba y desembarcando en la bahía de Maranhão a través de una entrada desconocida para los franceses. El 28 de octubre comenzaron la construcción del fuerte de Santa María en tierra firme. Concentrados en la isla contigua, los franceses alertaron de la presencia de los portugueses en la bahía encendiendo una gran cantidad de hogueras. En el primer ataque, el día 12 de noviembre, los franceses capturaron tres embarcaciones portuguesas. Una semana después atravesaban la bahía 50 canoas y 7 navíos, incluidos los tres capturados a los portugueses, transportando 200 soldados y más de 2.000 guerreros tupinambás. Intentando evitar el cerco enemigo, los portugueses se lanzaron al ataque en una ofensiva desesperada. A pesar de la inferioridad numérica, pues contaban solamente con 80 arcabuceros y 100 arqueros, los ibéricos llevaron la iniciativa en la batalla, conocida posteriormente como de Guaxenduba. Según el testimonio dejado por uno de los expedicionarios portugueses, más de 90 franceses murieron en combate, otros 70 se ahogaron cuando huían hacia las embarcaciones y 9 fueron hechos prisioneros. Fueron quemadas 46 canoas de los tupinambás y más de 400 «salvajes» murieron ahogados. Los franceses perdieron en total 200 armas de fuego, entre mosquetes y arcabuces.

La Ravardière, que observaba el combate desde uno de los navíos, volvió a la isla de San Luis y en lugar de lanzar un nuevo ataque, entabló correspondencia con Jerónimo de Albuquerque. A las amenazas del comandante francés, éste respondía

[15] F. V. do Salvador, *História do Brasil*, p. 336.
[16] *Ibid.*, p. 336.

diciendo que los suyos eran «hombres que se sustentaban con un puñado de harina y un pedazo de serpiente cuando lo hay». Carta va, carta viene, el 27 de noviembre ambas partes decidieron suspender las hostilidades hasta finales del año siguiente. Establecida la tregua, dos emisarios, cada uno representando una de las partes, partieron para consultar a los reyes de España y Francia sobre quién debería quedarse en Maranhão. Mientras tanto se preparaban refuerzos en Pernambuco. Un contingente de más de 900 hombres armados transportando dinero, plantas y ganado, fue acomodado en 9 embarcaciones. Zarparon de Recife el 5 de octubre de 1615 y llegaron a Maranhão 12 días después. El 1 de noviembre las fuerzas comandadas por Alexandre de Moura atacaron el fuerte de San Luis. Después de dos días de combate, La Ravardière fue conminado a entregar la colonia y la fortaleza. Parecía poco probable que los franceses estuvieran dispuestos a resistir durante mucho tiempo. La noticia de que el capitán recién llegado de Pernambuco transportaba 20.000 cruzados de oro para indemnizarlos por la artillería del fuerte «les aumentó la tibieza aún más»[17].

En vez de indemnizarlos, Moura reunió a los franceses en dos navíos y los embarcó de vuelta a Francia «con las provisiones justas para el viaje», y sin artillería. Algunos, como el «lengua» Charles des Vaux, se quedaron en Maranhão contra la voluntad de los portugueses, y acabarían casándose con mujeres llegadas de las Azores. La mayoría eran herreros y «gente de utilidad para la conquista y los que mejor conocen el territorio».

En enero de 1616, para evitar que se uniese a los corsarios que infectaban los mares, La Ravardière fue llevado a la fuerza a Pernambuco, donde el comandante francés recibió dinero y honores de gobernador general. En 1619 lo encontramos de nuevo en Lisboa, exigiendo un aumento de la pensión estipulada por la corona, lo que motivó que lo encerraran en la torre de Belém. Aunque fue muy pronto puesto en libertad, se supo después que se preparaba en 1621 para invadir Brasil nuevamente, «de acuerdo con los holandeses», que acababan de crear la Compañía de las Indias Occidentales.

Capitanes de la conquista de Maranhão. Mamelucos y *mazombos*[18]

El futuro reservó destinos diversos a los capitanes de la conquista de Maranhão. Al capitán le correspondieron mercedes, probablemente tierras y nativos, y el añadido de una palabra más a su nombre. Jerónimo de Albuquerque Maranhão se estableció en la zona y murió allí en 1618, dejando un hijo, Antonio, en el ejercicio del poder. Este Antonio y su hermano, con veintidós años de edad el mayor, sin educación, criados en la ley de la naturaleza, reacios a la obediencia y a la disciplina,

[17] *Ibid.*, p. 316 y *passim*. Excepto notas que especifiquen otra fuente, las citas que siguen han sido sacadas de la misma obra.

[18] Nombre que se daba a la aristocracia azucarera pernambucana, sobre todo a los de origen portugués.

viciados por el mando absoluto[19], ambos «medio mamelucos, medio *mazombos*», provocaron una gran revuelta de los tupinambás, que se saldó con la muerte de más de 70 blancos.

Paralelamente se exacerbaba la disputa entre los conquistadores. Para evitar el agravamiento de las desavenencias en el fuerte de Santa María y de San Luis, se decidió enviar al intempestivo Francisco Caldeira a conquistar Pará y dar así salida a los enfrentamientos. En su compañía participó el «lengua» francés Charles des Vaux, que de esta manera, colaborando en esta nueva acción de conquista de los portugueses, hizo un último y melancólico intento de permanecer en Brasil.

En la guerra contra los pacajás, Caldeira mató a más de mil indígenas. Cometió verdaderos horrores con los tupinambás, que eran aliados y hablaban la *língua geral*, codificada por Anchieta en su célebre diccionario. Con el pretexto de haber debelado una supuesta rebelión, «prendió a los principales [...] y los mandó matar cruelmente; e imitando a Tulio Hostilio hizo que les ataran las piernas a dos canoas, a falta de caballos, corriendo la fuerza de los remos rumbos contrarios, ahogándoles y partiéndoles a la mitad casi al mismo tiempo»[20]. Fue Caldeira quien fundó el fuerte del Pesebre, a cuyo alrededor surgió la ciudad de Belém do Pará.

[19] João Capistrano de Abreu, «Prolegômenos», en *Livro V da História do Brasil de Frei Vicente do Salvador*, São Paulo: Edusp, 1982, p. 324.

[20] *Ibid.*, p. 322.

Capítulo 7
Azúcar y esclavitud: la conquista del trópico

> […] para que los que no saben lo que cuesta la dulzura del azúcar a quien la cultiva, lo conozcan, y sientan menos dar por él el precio que vale: y quien tenga a bien entrar en la administración de algún ingenio, tenga estas noticias prácticas, dirigidas a obrar con acierto.
> Es lo que en toda la ocupación se debe desear, e intentar.
>
> Del toscano André João Andreoni, S. J. (André João Antonil), *Cultura e opulência do Brazil por suas drogas e minas*, 1711

> El contacto entre esas dos especies humanas [señores y esclavos] no es una conexión de amor y de armonía, de bondad que produce el reconocimiento, la estima y el respeto. Es un intercambio de odio y de discordia, de aflicción y de permanente desconfianza.
>
> Del inglés Henry Koster (1815/1816), conocido también como Henrique da Costa

Los primeros ensayos agrícolas realizados por los integrantes de la expedición dirigida por Martim Afonso de Sousa a las costas del Atlántico Sur demostraron que el suelo de la colonia americana presentaba condiciones ideales para el cultivo de la caña de azúcar. En São Vicente, primer núcleo de población estable del litoral, existían ya 3 ingenios en el momento de su fundación en 1532. El más grande, llamado Ingenio del Gobernador, fue erigido por Martim Afonso en sociedad con inversores portugueses y extranjeros. La capitanía ya contaba con 6 ingenios de caña en 1548. En Pernambuco, el segundo núcleo de población estable, el donatario invirtió una buena parte de su capital y de sus energías en la expulsión y esclavitud de los indígenas y en la implantación de la industria del azúcar. Al final del siglo, gracias a las uniones celebradas entre colonos y nativas, la capitanía fundada por Duarte Coelho se convirtió en la principal y más rica región productora de azúcar en el imperio portugués.

El establecimiento del gobierno general en la «capitanía de Su Majestad» consolidó la expansión de la agroindustria azucarera en la Provincia de Santa Cruz (primer nombre dado a la América portuguesa). Tomé de Sousa tenía poderes para otorgar *sesmarias* a quien tuviese capacidad de invertir en el negocio del azúcar.

El interés de la monarquía por la expansión de la industria fue más allá del mero estímulo, dado que el propio rey poseyó un ingenio en el *Recôncavo*, llamado Pirajá. La ciudad de Salvador se convirtió en la sede del gobierno, de la corte suprema (la *Relação*, fundada en 1609), y de los agentes fiscales de la Corona, encargados de recaudar los abultados rendimientos provenientes de la tributación del negocio del azúcar. El tercer gobernador, Mem de Sá, responsable del avance y la consolidación de la frontera agrícola en el *Recôncavo* de Bahía, se apropió de una inmensa *sesmaria* en el corazón de la región y fundó en ella el Ingenio de Sergipe del Conde, uno de los más famosos del Brasil colonial, que después se integraría al vasto patrimonio de los jesuitas. Fue ese el ingenio que, a principios del siglo XVIII, sería descrito por el padre jesuita Antonil en su célebre libro *Cultura e opulencia do Brazil por suas Drogas e Minas*, una de las principales fuentes para el conocimiento de la vida colonial.

Con el avance de la conquista, la mancha agrícola se esparció en pequeños núcleos a lo largo de la costa de las capitanías de Espíritu Santo, Ilhéus y Porto Seguro. Río de Janeiro sería el tercer polo productor de azúcar y sobre todo del aguardiente hecho a partir de la caña, la cachaza. Más tarde, el cultivo se extendió hacia Sergipe y a la costa de Paraíba hasta Pará. En la segunda mitad del siglo XVI, las capitanías de Bahía y Pernambuco llegaron a ser los principales centros productores de azúcar del imperio portugués. La capitanía de São Vicente, que comprendía más de un tercio de la población de la colonia en 1550, perdió su primacía económica en favor de Pernambuco y posteriormente, de Bahía.

El azúcar en las islas atlánticas

Los portugueses habían ensayado los procesos de plantación, procesamiento y transformación de la caña en melazas y en azúcar de diversas calidades durante casi un siglo en el Algarve y en las islas del Atlántico. El azúcar era considerado como una más de las especias tropicales, tan apreciadas por los europeos al fin de la Edad Media. Artículo raro y muy buscado, su producción se limitaba a unas pocas islas del mar Mediterráneo, Sicilia fundamentalmente, y «hasta en los ajuares de las reinas llegó a figurar como objeto precioso y altamente estimado» como señaló el historiador paulista Caio Prado Junior[1].

La tecnología para la fabricación del azúcar fue introducida en Madeira por comerciantes genoveses, que veían con buenos ojos la expansión del cultivo de una mercancía tan apreciada en Europa. «Con sus 120.000 arrobas a finales del siglo XV,

[1] Caio Prado Júnior, *Formação do Brasil contemporâneo*, 20.ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1987, p. 28.

el azúcar de Madeira es uno de los grandes pesos del complejo de la Europa Atlántica, y desencadena la expansión de la mancha agrícola-industrial en las Canarias, las Azores y las islas de Cabo Verde, sirviendo así de foco de atracción tanto para el capitalismo ligado a la agricultura, como para las industrias textiles, metalúrgicas, tintóreas, etc., de las dos regiones que constituyen el 'centro', desde el punto de vista sociológico: las ciudades del norte de Italia y Flandes»[2]. En Madeira, el cultivo de caña de azúcar sustituyó al de cereales ya en la década de 1460. En las islas de Santo Tomé y Príncipe, en el golfo de Guinea, la producción se multiplicó de tal forma entre los años 1530 y 1550, que el trasplante de la agroindustria azucarera a las tierras del Nuevo Mundo no fue más que una prolongación de lo que pasaba en esas islas.

En la Provincia de Santa Cruz

El cultivo de la caña de azúcar fue la base material que propició el establecimiento de los europeos en el trópico. La colonia portuguesa tuvo en él su mayor fuente de riqueza, aunque con importantes variaciones. La caña, cultivada en mayor o menor grado en las capitanías costeras de la Provincia de Santa Cruz, se convirtió a partir del último cuarto del siglo XVI en el principal sustento económico de la colonia y en un estímulo para el desarrollo de otras actividades económicas, como por ejemplo el suministro de animales de tracción para los ingenios, que impulsó la expansión de la ganadería a gran escala.

En 1570 la Provincia contaba con 60 ingenios. De estos, 41 se situaban en las capitanías de Pernambuco y Bahía. Quince años después el número de ingenios en estas dos regiones se había más que triplicado, llegando a tener 131. A finales de siglo la colonia contaba ya con 150 ingenios esparcidos por las capitanías de Pernambuco, Bahía, Espíritu Santo, Río de Janeiro y São Vicente, siendo las dos primeras las que concentraban el mayor número de unidades productivas, un 80% del total.

Para estimular la producción de azúcar, cuyo mercado en Europa tuvo una importante expansión a lo largo del siglo XVI, la corona concedió a los productores una serie de privilegios e incentivos fiscales, tales como la exención de impuestos para los ingenios recién construidos, beneficios tributarios sobre el producto, reducciones del pago de tasas a la importación de mano de obra africana destinada a la industria azucarera y franquicias en los transportes.

El azúcar y el tráfico de esclavos africanos

A pesar de todo esto, y tal como se había demostrado en las islas atlánticas, el cultivo y procesamiento de la caña tenían limitaciones. La producción de azúcar demandaba grandes extensiones de tierra, pues agotaba el suelo y devastaba los bosques,

[2] Vitorino Magalhães Godinho, *Mito e mercadoria. Utopia e prática de navegar, séculos XIII-XVIII*, Lisboa: Difusão, 1990, p. 231.

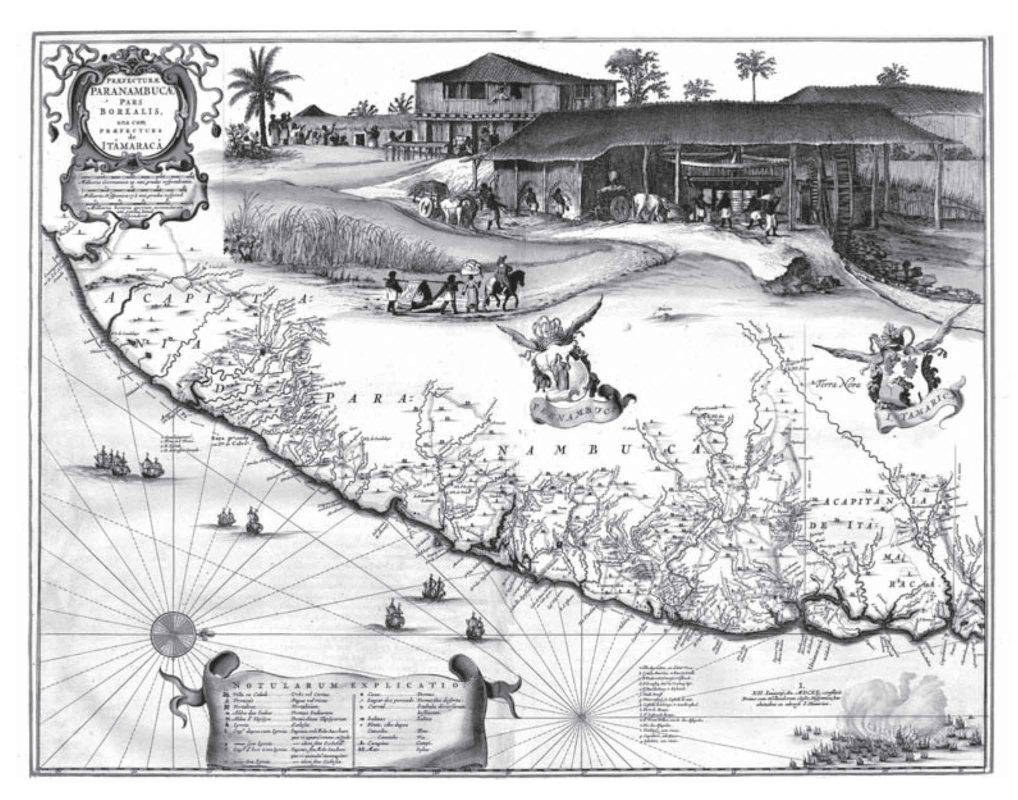
y necesitaba una abundante mano de obra. El primer problema no preocupaba, pues las tierras en ciertas partes del Nuevo Mundo eran especialmente adecuadas para el cultivo de la caña, ofreciendo recursos aparentemente ilimitados. Quedaba por lo tanto solucionar la cuestión de la mano de obra. Inicialmente, como vimos, los labradores y *senhores de engenho* (propietarios de ingenios azucareros) disponían de mano de obra suficiente, gracias a la esclavización de la población nativa. Pero como ya apuntamos, las enfermedades europeas tuvieron efectos devastadores sobre los nativos americanos. Este fue uno de los factores que más influyeron en la decisión de sustituir la mano de obra indígena por africanos. Además de esto, el tráfico de esclavos era, desde mediados del siglo XV, un ramo del comercio colonial bajo monopolio de la corona, por lo que es normal que ésta viese con buenos ojos la expansión de esta lucrativa actividad, de la que obtenía rentas y tributos. Por otro lado, los trabajadores esclavos africanos ya habían sido utilizados en gran escala para desarrollar varias islas del archipiélago de Cabo Verde, y en menor escala, en Madeira y en las regiones meridionales de Portugal. Para hacernos una idea de la situación demográfica de Portugal en 1550, recordemos que los cautivos llegados de África representaban un 10% de la población de Lisboa. Es probable que los primeros esclavos africanos llegaran a Brasil con la expedición de Martim Afonso de Sousa en 1531, comenzando a desembarcar en grandes cantidades a partir de finales del siglo XVI.

La expansión de la agroindustria del azúcar a Brasil fue la causa de la intensificación y desarrollo del tráfico de esclavos africanos en gran escala, convirtiéndose en uno de los sectores más rentables del comercio colonial. El binomio azúcar/esclavitud se configuró como un fenómeno estrictamente portugués durante casi un siglo. A lo largo del XVI, los negreros lusos se hicieron también con el lucrativo suministro de esclavos negros a las Indias de Castilla, el llamado «asiento», contrato cedido por la corona castellana a particulares. Los protagonistas de este tráfico, contratadores y negociantes portugueses, generalmente judíos y cristianos nuevos, abastecían los mercados hispanoamericanos y atraían la plata española hacia los cofres del reino de Portugal.

Los portugueses y el tráfico

El comercio de esclavos africanos en manos portuguesas se consolidó durante los siglos XV y XVI. El dominio luso del tráfico de esclavos negros hacia el Nuevo Mundo se produjo gracias al control que ejercieron, a través de varias factorías, sobre los territorios suministradores del África occidental. La más importante de estas factorías fue la fortaleza de São Jorge da Mina, construida en 1482 en el golfo de Guinea. Los esclavos figuraron desde muy pronto entre los principales productos africanos importados por Portugal, junto con oro, marfil y la pimienta malagueta.

Los portugueses firmaron en 1483 un tratado de amistad con el soberano del reino del Congo, que permitió usar las islas de Santo Tomé y Príncipe, enfrente de la costa africana, como almacenes en los que los esclavos de la Baja Guinea y



Mapa de la capitanía de Pernambuco en el Gran Atlas de Blaeu, 1662

del Congo eran reunidos antes de ser expedidos para su venta en Lisboa, en el Atlántico Sur o en la América española. La isla de Santiago, en el archipiélago de Cabo Verde, tuvo el mismo papel para los esclavos traídos de Senegambia. La fundación del puerto de Luanda, Angola, en 1575, dio nuevos bríos al rentable comercio de trabajadores esclavos africanos.

La mayor parte de los pueblos esclavizados por los portugueses, sobre todo aquellos que habitaban en las sabanas al sur de la floresta ecuatorial africana, conocía la agricultura itinerante y practicaba la rotación de cultivos para aprovechar mejor el suelo. La mayoría de los cautivos utilizaban objetos de metal, incluso de hierro y cobre en sus regiones de origen, y eran hábiles alfareros.

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, el tráfico de esclavos de la costa occidental de África hacia el Nuevo Mundo alcanzó proporciones de verdadera migración forzosa de centenas de miles de africanos. Se estima que ya en el siglo XVI, cincuenta mil cautivos habían cruzado el Atlántico rumbo a los ingenios de la Provincia de Santa Cruz. Eso explica que «fueran los esclavos negros los que habrían de constituir el pilar fundamental de la economía de las relativamente populosas plantaciones de

Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro»[3], sobre todo cuando los ingenios del Nuevo Mundo estuvieron debidamente capitalizados, lo que se produjo en principio gracias al trabajo de los «negros de la tierra», es decir, de los indios esclavizados.

Los esclavos provenientes de la llamada costa de Guinea, litoral situado entre Cabo Verde y el golfo del mismo nombre, frecuentemente islamizados, pertenecían a las etnias jolof, mandinga, fula, mossi y hausa (esta última era la etnia a la que pertenecían los *malês*, rebeldes esclavos musulmanes que en el año 1835 llegaron a tomar la ciudad de Salvador). Los bantús, provenientes del reino del Congo, de Angola y de Benguela, tuvieron como destino mayoritariamente los ingenios de Pernambuco.

Los agentes y los lugares del tráfico

Los *pombeiros*, portugueses blancos, mulatos, negros libres o esclavos de confianza, eran los principales agentes del tráfico de seres humanos en África. Se encargaban de llevar las caravanas de cautivos del interior del continente al litoral. La «guerra negra» –la compra de prisioneros resultante de luchas intertribales– era la principal y más violenta forma de obtener cautivos africanos, de la misma forma que la «guerra justa» sería el método utilizado por los colonos portugueses de Brasil para «reducir» y esclavizar a los nativos americanos. Otro recurso del que se valían los portugueses para obtener esclavos era la costumbre de exigir el pago de tributos a los jefes tribales locales (sobas) que se sometían a ellos. Este tributo se pagaba generalmente con cautivos. Una vez capturados, los esclavos eran cambiados por productos manufacturados europeos de bajo valor, tales como paños de algodón, barras de hierro y baratijas. Inmediatamente eran llevados a la costa, donde se retenían hasta que llegase el navío negrero, el temido *tumbeiro**. Durante este intervalo, las «piezas de la India» eran bien alimentadas para compensar la larga caminata hasta el litoral y eran obligadas a cultivar mandioca cerca del puerto de embarque. Antes de embarcar rumbo al Nuevo Mundo, los cautivos eran bautizados por un padre jesuita y recibían un nombre cristiano.

La tasa de mortalidad en los navíos negreros era altísima debido a la masificación, las pésimas condiciones sanitarias, la falta de higiene y agua fresca y los numerosos suicidios.

Aunque las cifras oficiales no arrojen demasiada confianza, se estima que a finales del siglo XVI llegaron a Brasil entre 10 y 15.000 esclavos al año, la mayoría provenientes de Angola. El contrabando era frecuente, al ser el tráfico de esclavos un monopolio de la Corona, con lo que los negreros intentaban burlar el pago de impuestos debidos a la monarquía. Además de las muertes provocadas por los motivos apuntados anteriormente, un incontable número de cautivos murieron en la travesía del Atlántico al ser lanzados al mar por los contrabandistas.

[3] Charles Ralph Boxer, *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola 1602-1686*, São Paulo: Editora Nacional, 1973, p. 108.

(*) Literalmente es la persona o el vehículo que lleva el ataúd a la tumba. *N. del T.*

La mayor parte de la población esclava se destinaba a Pernambuco, Bahía y Río de Janeiro, principales centros productores de azúcar en Brasil. En América, los esclavos africanos eran «los pies y las manos de sus dueños»[4], realizando los trabajos más pesados y agotadores de las plantaciones, de los ingenios y de los puertos en que se embarcaban las cajas de azúcar. Desnutrido, tratado con brutalidad por los capataces que lo obligaban a trabajar en periodos de más de 20 horas al día durante la zafra –de agosto a mayo– en los campos de cultivo, en las casas de molienda y en las calderas, no es sorprendente que la esperanza de vida de un esclavo fuese de 7 a 10 años. A esto se añadía la alta probabilidad de quedar mutilado por algún accidente, pues frecuentemente trabajaban bajo los efectos del alcohol.

Colonos portugueses: homogeneidad y diversidad

Tras el trasplante de la agroindustria azucarera a las regiones costeras de las conquistas americanas de la Corona portuguesa, se produjo un importante aumento de la inmigración de colonos lusitanos a Brasil. La rápida expansión de la industria azucarera en estos territorios a finales del siglo XVI fue uno de los acontecimientos más significativos en el mundo atlántico.

En un principio, el contingente de portugueses que emigraban a Brasil estaba mayoritariamente constituido por criminales y convictos que de esta forma conmutaban su condena. A partir de 1570 un número cada vez mayor de portugueses emigró voluntariamente a la colonia americana. Se trataba de marineros, mercaderes, representantes de casas de comercio de Portugal, artesanos que trabajaban por cuenta propia –albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, herreros–, asalariados que ejercían funciones como las de capataces o encargados en las plantaciones y en las haciendas de ganado, y los señores de ingenio, los dueños de las plantaciones de caña.

El capitán donatario de Pernambuco, Duarte Coelho, presentaba en 1549 en una carta al rey una descripción de los colonos de su capitanía:

> [...] entre todos los habitantes y colonos unos hacen ingenios de azúcar porque tienen poder para ello, otros cañaverales, otros algodonales, otros mantenimientos, que es la cosa principal y más necesaria para la tierra, otros se dedican a pescar, que también es muy necesario para la tierra, otros tienen barcos que andan buscando provisiones y tratando por la tierra conforme a la ordenanza que he promulgado, otros son maestros de ingenios, otros maestros de azúcares, carpinteros, herreros, alfareros y oficiales de recipientes y campanas para los azúcares y otros oficiales que estoy trabajando y gastando lo mío para adquirir para la tierra, y los mando a buscar en Portugal, en Galicia y en las Canarias a mi costa, además de algunos que traen los que vienen a

[4] André João Antonil (João Antonio Andreoni, S. J.), *Cultura e opulencia do Brazil*, São Paulo: Melhoramentos, 1923.

> establecer los ingenios, y aquí habitan, unos solteros y otros casados, y otros que cada día caso y trabajo por casar en la tierra [...][5].

De este modo la expansión de la agroindustria alcanzó proporciones asombrosas a partir de finales del siglo XVI. Si en 1584 cerca de 40 navíos eran utilizados para transportar el azúcar de Recife a Lisboa, en 1614 ya eran 130 los barcos que participaban en el negocio.

¿Cuánto cuesta el ingenio?

Se puede percibir, por tanto, que la expansión de la agroindustria azucarera no era una cuestión simple. Exigía una gran inversión –calculada en 20.000 cruzados hacia 1590– que debería cubrir los gastos en instalaciones para el procesamiento de la caña y la compra de mano de obra importada de África.

El ingenio, designación que incluía tanto los partidos de caña como la unidad fabril de su procesamiento, dominó la vida de esta parte del imperio portugués desde mediados del siglo XVI.

> Los ingenios desempeñaron una función decisiva en la modelación demográfica, económica, social y cultural de la región del nordeste en general y pernambucana en particular. La «máquina y fábrica increíbles» –como lo llamaba Vieira– constituía el centro en torno al cual se estructuraba la economía, se agrupaban los hombres y se organizaban las funciones religiosas, militares y administrativas[6].

Subproductos del azúcar

No todos los propietarios que cultivaban la caña de azúcar poseían suficiente dinero, o capital, para instalar un ingenio, si bien unos pocos, aunque poderosos, llegaron a tener un contable en la zona de producción y otro en Holanda. Algunos colonos recibían *sesmarias* y se dedicaban únicamente a la plantación de caña, que después era procesada por algún *senhor de engenho*. A estos se les llamaba «labradores». También había pequeños propietarios que plantaban la caña de azúcar para obtener otros derivados, como era el caso de los dueños de los trapiches. El aguardiente hecho con las melazas de caña era parte de la ración de un esclavo en la colonia. Una vez exportada a África, se convirtió en uno de los productos más importantes en el tráfico con Angola y con él hicieron fortuna los propietarios de los alambiques de Río de Janeiro. Las melazas, utilizadas para añadirlas al tabaco, también figuraban entre los productos favoritos para los negreros. La rapadura, de fácil transporte y muy demandada por los habitantes del *sertão*, encontraba una buena salida en el mercado local.

[5] José Antonio Gonsalves de Mello y Cleonir Xavier de Albuquerque, *Cartas de Duarte Coelho a El Rei*, 2.ª ed., Recife: Fundação Joaquim Nabuco/Editora Massangana, 1997, p. 114.

[6] Jorge Couto, *Portugal y la construcción de Brasil*, Madrid: Mapfre, 1996, p. 346.

El «contrato de Europa»

El negocio de la producción y comercialización del azúcar formaba una compleja red de intereses en la que participaban los *senhores de engenho* de las capitanías de Bahía y Pernambuco, los negreros portugueses de la costa occidental de África, armadores lusos, que a partir de 1571 obtuvieron exclusividad en el comercio con Brasil, y los comerciantes de las ciudades de los Países Bajos, Amberes sobre todo, que se encargaban de redistribuir el azúcar por el continente europeo, además de suministrar los productos manufacturados utilizados en el comercio con África occidental y con Brasil. Es de destacar también el hecho de que muchos capitalistas y hombres de negocios extranjeros invertían directamente en la producción de azúcar. Fue el caso del alemán Erasmo Schetz, radicado en Amberes, que compró el ingenio del gobernador en la capitanía de São Vicente. Administrado por factores alemanes y flamencos enviados desde Amberes por el propietario ausente, se empezó a conocer como Ingenio de los Erasmos, recientemente declarado como Monumento Histórico por el estado de São Paulo. Otro caso de extranjeros involucrados en el negocio del azúcar es el de los hermanos Cibaldo y Cristóbal Lins, alemanes naturalizados representantes de los Fugger de Augsburgo, que llegaron en 1540 a Pernambuco para producir y comercializar el fruto de la caña.

La expansión de la industria azucarera, en todas sus dimensiones, constituyó una fase en el dominio portugués de las especias tropicales. Tal como en el caso de la pimienta de la India, el clavo y la canela, Portugal mantuvo el monopolio durante prácticamente un siglo. Toda la empresa colonizadora tenía, tanto en la Provincia de Santa Cruz como en la India, aunque con formas diversas, un carácter acentuadamente mercantil. Lisboa era el principal puerto de destino del azúcar americano. Una parte de la producción se destinaba a las ciudades de Oporto, Póvoa de Varzim y Viana do Castelo, que armaba cada año 70 barcos destinados al comercio con Brasil. Parece fuera de dudas que las inversiones necesarias para esa expansión no siempre venían de Portugal.

La redistribución, el «contrato de Europa», nunca estuvo en manos de los portugueses. Inicialmente se concentraba en Amberes, en Flandes, desde donde se controlaba la distribución de ese tipo de productos y donde la pimienta portuguesa era cambiada por plata de Europa central. Tras la quiebra de las principales casas de crédito que financiaban a las coronas española y portuguesa, cuya bancarrota en 1556 y 1560, respectivamente, anunciaba el fin de la era de los Fugger de Augsburgo, el comercio de productos tropicales se desplazó al norte de los Países Bajos, concretamente a la ciudad de Amsterdam.

Uno de los principales especialistas sobre este periodo, el historiador norteamericano Stuart B. Schwartz, nos ofrece una apreciación actual sobre el inicio de la formación socio-económica de Brasil:

> La combinación de grandes cantidades de trabajadores que labraban los cañaverales en grupos y la necesidad de mano de obra especializada y con experiencia en la casa de molienda y en la de purgas, hizo que se crease en el ingenio una fuerza de trabajo socialmente diferenciada. Dentro de un régimen de variadas formas de mano

de obra, el predominio fue de la esclavitud, que fijó los parámetros para todas las demás formas de trabajo y relaciones sociales y tendió, por su propia importancia, a desvalorizarlas. La esclavitud en los grandes latifundios bahianos no fue improductiva, ni inherentemente contraria a las técnicas innovadoras; como en la Antigüedad clásica, proporcionó toda una matriz de actitudes y relaciones sociales con efectos degradantes sobre toda la fuerza de trabajo. Si bien la industria azucarera había caracterizado la formación inicial de la economía brasileña, la esclavitud se reveló como una forma de trabajo adaptable a otras actividades agrícolas, e incluso a los escenarios urbanos. Salvador y otras ciudades de la colonia dependieron totalmente de los brazos esclavos, y no hubo ninguna zona rural que careciera de ellos[7].

[7] Stuart B. SCHWARTZ, *Segredos Internos*, São Paulo: Companhia das Letras/CNPq, 1988, p. 120.

CAPÍTULO 8
LAS GUERRAS CONTRA LOS HOLANDESES[1]

La política de colonización aplicada por los portugueses en Brasil hasta mediados del siglo XVII es la misma que utilizaron los holandeses durante los 35 años de su colonización del nordeste: concentrar la atención y los recursos en los núcleos mayores, que para los holandeses se reducían a Recife, y controlar indirectamente las demás poblaciones. Enfrentados a las mismas condiciones, dos tipos de colonizadores se comportaban de forma semejante[2].

NESTOR GOULART REIS FILHO

LA CONQUISTA de las tierras de los indígenas y el avance de la frontera agrícola y ganadera perdieron fuerza, durante un largo periodo, debido a los ataques y a la ocupación del litoral de las capitanías de Pernambuco, Paraíba, Rio Grande (Estado de Brasil), Ceará y Maranhão (Estado de Maranhão)[3] por los ejércitos de la Compañía de las Indias Occidentales de las Provincias Unidas del Norte. Hemos convenido en llamar a este periodo «el Brasil holandés».

[1] Ver también, de Adriana LOPEZ, *Guerra, açúcar e religião no Brasil dos holandeses*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2002.

[2] Nestor GOULART REIS FILHO, *A evolução urbana do Brasil (1500-1720)*, 2.ª ed. rev. y ampl., São Paulo: Pini, 2000, p. 195.

[3] El 13 de junio de 1621, durante la Unión Ibérica, el territorio de la América portuguesa fue dividido en dos unidades administrativas autónomas: el *Estado do Maranhão* al norte, con capital en São Luís, que abarcaba las capitanías de Pará, Maranhão y Ceará (y que en 1737 recibirá la denominación de *Estado do Grão Pará e Maranhão*, con capital en Belém do Pará), cuyo territorio comprendía las regiones de los actuales estados de Amazonas, Roraima, Pará, Amapá, Maranhão y Piauí. Por otro lado, el *Estado do Brasil*, al sur, cuya capital era Salvador, formado por las demás capitanías. El *Estado do Grão Pará e Maranhão* sólo volvería a formar parte de Brasil en 1823, tras la independencia.

En 1624, mercenarios del ejército de la Compañía atacaron y ocuparon la sede del Gobierno General, en Salvador, donde se quedaron casi un año. En 1630, el ataque a Recife inició una larga guerra de ocupación y reconquista, en la cual todos los recursos materiales y humanos de la colonia, incluso los de las distantes capitanías «de abajo», fueron movilizados para expulsar a los invasores. El violento conflicto dio como resultado lo que algunos cronistas denominaron la «disminución» de Brasil, esto es, el despoblamiento de las capitanías al norte de Pernambuco y el empobrecimiento generalizado de la población colonial.

La crisis del capitalismo comercial europeo

Durante un siglo y medio, la economía-mundo europea se expandió a pasos acelerados. La apertura de rutas comerciales marítimas de larga distancia, el establecimiento de colonias de poblamiento y de factorías en los cuatro rincones del mundo conocido hasta la fecha, así como el descubrimiento de minas de metales preciosos en América, influyeron en el crecimiento del comercio y de la producción en una escala nunca vista con anterioridad. A partir de mediados del siglo XVII, sin embargo, el crecimiento se detuvo.

La disminución de la moneda circulante en los principales centros comerciales de la Europa occidental fue provocada por varios factores. El déficit crónico de metales preciosos en plazas de Asia, del Báltico y de Levante se agravó por la caída de la producción de las minas americanas y por el agotamiento de las poblaciones nativas, diezmadas por las epidemias y el trabajo compulsivo. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y los brotes de peste en Europa se sumaron al cuadro de adversidades económicas que derivó en una crisis de grandes proporciones, con repercusión en todas las orillas oceánicas visitadas por las embarcaciones europeas.

En el Atlántico Sur, la primera crisis del capitalismo comercial puso fin a un largo periodo de expansión de la producción de géneros tropicales destinados al mercado europeo. Los ataques de las provincias rebeldes (protestantes) del norte de los Países Bajos al imperio español de Felipe II, marcaron el inicio de la decadencia del poder naval y militar de las potencias coloniales ibéricas.

El cambio en el centro de la incipiente economía-mundo europea de las ciudades del norte de Italia a las ciudades del norte de los Países Bajos, coincidió con el inicio de las guerras de religión que barrieron Europa durante aproximadamente un siglo. Motivadas por diferencias religiosas, las prósperas ciudades del pequeño territorio de los Países Bajos se rebelaron contra el imperio de Felipe II en 1568, iniciando así una larga guerra de independencia contra la corona española. En esa guerra de 80 años, el imperio colonial portugués fue víctima de persistentes ataques.

Los Países Bajos del Norte

Antes de todo eso las 17 provincias que formaban los Países Bajos padecían bajo el yugo de los Habsburgo. Cuando apenas contaba con 6 años de edad, el futuro

emperador Carlos V heredó esos dominios de su padre, el duque de Borgoña, en 1506. En 1516 Carlos se convirtió en el soberano de las coronas de Castilla y Aragón.

Durante la larga guerra que libró contra Francisco I de Francia, en la primera mitad del siglo XVI, Carlos se sirvió de las flotas (y de los cofres) de las ciudades marítimas de Holanda y de Zelanda, que también fueron obligadas a participar en las embestidas lanzadas por el emperador contra los turcos, en nombre de la «verdadera religión». A cambio de esos servicios, la monarquía española ofrecía intolerancia religiosa.

Los resultados del Concilio de Trento (1545-1563), en el que se trazaron las líneas maestras de la Contrarreforma católica, sellaron el destino de los inquietos e industriosos habitantes de los Países Bajos.

El «Calvino» del Escorial

Más diplomático, pero más intolerante que su progenitor, Felipe II recibió de su padre los Países Bajos en 1554. Educado en España, el hijo de Carlos V, que no hablaba ni francés ni holandés, abominaba de los «flamencos», y tal vez por ese motivo fue por lo que contrarió los privilegios y las dispensas de que gozaban las prósperas ciudades de esas provincias. Tan pronto como asumió el trono se confinó en la Península Ibérica y nunca más salió de ella. Para los Países Bajos nombró una regente, Margarita de Parma, y un lugarteniente o «estatúder», el príncipe Guillermo de Orange. Aislado en El Escorial, el rey católico urdía planes para socavar el poder de las autoridades locales de los Países Bajos, dividiendo a la nobleza por medio de intrigas palaciegas. Con su empeño por la persecución de los calvinistas, el rey Felipe II, fanático y cruel defensor de la Contrarreforma en los territorios que le pertenecían por herencia paterna, precipitó el movimiento de emancipación de los Países Bajos.

La bancarrota de los Habsburgo, en 1557, puso fin al ciclo de prosperidad de Amberes, principal centro comercial de Flandes. A la crisis económica, provocada por el colapso de las finanzas de la monarquía española, se sumaron las crisis política y religiosa, y todo ello propició la expansión de la Reforma calvinista entre los manufactureros del textil de la región, lo que provocó la brutal reacción del rey español.

Fe impuesta a sangre y fuego

La represión ejercida por el Tribunal del Santo Oficio inflamó aún más la disputa religiosa entre el rey y los súbditos reformistas. Aunque los protestantes eran minoría, tras los horrores practicados por la Inquisición en Flandes y en Brabante, los iracundos predicadores calvinistas supieron movilizar a la población y dirigir el movimiento de independencia contra España. Para los seguidores de Calvino, las actividades comerciales eran tan importantes como las oraciones. Las actividades corsarias y piráticas contra los católicos, considerados por los protestantes como enemigos de la «verdadera fe», eran tan edificantes como un sermón.



Salvador de Bahía atacada por la flota de la Compañía Holandesa de Indias Occidentales en 1624

Bajo la espada del Duque de Alba

La persecución de los «herejes», dirigida con mano de hierro por el Duque de Alba a partir de 1567, agravó aún más la situación y difundió el terror entre los habitantes de las provincias del sur. Los Tribunales de los Rebeldes, más conocidos como «Tribunales de Sangre», juzgaban a los sediciosos sin tener en cuenta los usos y leyes del lugar. Más de mil personas fueron ejecutadas por motivos políticos y religiosos.

A los protestantes, llevados por un furor iconoclasta, se les castigaba por acciones vandálicas contra imágenes e iglesias, mientras que a los católicos se les punía por haber sido tolerantes, moderados y demasiado indulgentes con los «herejes» reformistas. En este clima de terror, muchos comerciantes y artesanos cualificados abandonaron el país, por no sentirse seguros. El estatúder Guillermo de Orange, que sería el líder de la revuelta contra Felipe II, fue uno de esos exiliados.

Al año siguiente, 1568, se iniciaría la guerra por la independencia. Gracias al nuevo ambiente creado por la declaración de libertad religiosa en 1579, medida revolucionaria para la época, los Países Bajos del Norte comenzaron a recibir grupos de inmigrantes que escapaban de las persecuciones religiosas en los Países Bajos del Sur (bajo dominio español) y en otras partes de Europa, incluso España y Portugal. Los que huían eran judíos sefarditas, calvinistas y luteranos, la mayor parte artesanos, comerciantes y banqueros.

En muy poco tiempo, las calles comerciales de Amberes, que solían ser las más concurridas y rutilantes de Europa, se volvieron sombrías y silenciosas.

La República de las Provincias Unidas del Norte

Las Provincias Unidas del Norte estaban formadas por siete estados minúsculos y densamente poblados[4]. A comienzos del siglo XVII su población equivalía a la del reino de Portugal, es decir, tenía más o menos un millón y medio de habitantes. La mitad de ellos vivía en ciudades, alcanzando uno de los índices de urbanización más altos de Europa. Hacia 1650, en el momento álgido de la «edad de oro», la población de los Países Bajos del Norte alcanzó la cifra de dos millones de personas.

Los industriosos habitantes de las provincias, sobre todo de Holanda, importaban cereales y se dedicaban a la producción de cultivos más rentables. Vivían de la agricultura y la ganadería, altamente especializadas e intensivas, de la fabricación de quesos y de la parte final del procesamiento de artículos manufacturados producidos por otros países. Los tejidos de lana de Inglaterra, por ejemplo, eran teñidos y acabados en los Países Bajos. Lo mismo ocurría con otros productos provenientes de Flandes, Francia y Alemania, que después eran reexportados para el resto de Europa, principalmente a España y Portugal. Con estos productos, los reinos ibéricos abastecían los mercados de sus imperios coloniales.

En el centro del mundo

El comercio con los países bálticos consolidó el dominio holandés (léase de la República de las Provincias Unidas del Norte) sobre las rutas comerciales europeas y ultramarinas de larga distancia. Navíos holandeses cargados con barricas de pescado salado atendían la demanda de la región del Báltico, haciendo competencia a los comerciantes de la Liga Hanseática[5]. A su regreso a los puertos de origen, los barcos transportaban madera y cereales. Dice la leyenda que después de derrotar a la flota de los enemigos hanseáticos, los holandeses regresaron a casa con escobas atadas a los mástiles, como señal de haber «barrido los mares».

De las siete provincias que acabaron conquistando la independencia de España, Holanda ejercía un papel preponderante. Concentraba cerca de un 40% de la población y era responsable de la mitad del producto nacional. Además, sus contribuciones suponían más de la mitad del presupuesto de los Estados Generales, el parlamento neerlandés.

No obstante, fue el comercio mayorista de trigo el que impulsó la fortuna de Amsterdam. Una vez derrotada la Hansa, en 1554, la mayor ciudad de Holanda se convirtió en el principal puerto de distribución de granos provenientes del Báltico. Unos años más tarde, el 70% del comercio de esta región, incluso de maderas y de suministros náuticos, estaba en manos de comerciantes residentes en Amsterdam y

[4] La República de las Provincias Unidas del Norte estaba formada por Holanda, Zelanda, Frisia, Utrecht, Güeldres, Overijssel y Groninga.

[5] Alianza de ciudades marítimas, al principio alemanas (Lübeck, Hamburgo, Bremen son las principales), cuyo monopolio comercial se mantuvo sobre casi todo el norte de Europa y el Báltico entre los siglos XIII y XVII.

fueron la base de su floreciente industria naval. La ciudad holandesa sería a partir de entonces el mayor centro de construcción naval de Europa. El comercio báltico era, sin ninguna duda, la principal fuente de riqueza de los Países Bajos.

Los granos provenientes del Báltico alimentaban, vía Amsterdam, a los países de la Península Ibérica. El vínculo con la economía de esta región garantizó el acceso a la plata de las minas de México y Perú y a la sal de Setúbal, en Portugal, esencial para las industrias neerlandesas de la pesca y del queso. La plata y el arenque salado garantizaban la supremacía holandesa en el Báltico.

En 1562, antes del inicio de la rebelión contra España, Holanda, Zelanda y Flandes contaban por lo menos con 700 barcos de pesca, y más de 20.000 hombres estaban empleados en la industria del arenque. La marina mercante de las tres provincias sumaba de 800 a 1.000 barcos y tenía una tripulación de más de 30.000 marineros, el doble de la inglesa en el mismo periodo[6].

Amsterdam, «inventario de lo posible»

En un corto periodo de tiempo, Amsterdam llegó a dominar el sistema de fletes en Europa, penetrando incluso en los mercados mediterráneos. Sus embarcaciones hacían las rutas entre los puertos de la Península Ibérica y el norte de Europa desde una fecha tan temprana como 1550. Su flota era mayor que la de todo el resto de Europa junta y ningún otro país podía competir con el bajo costo de los fletes holandeses.

Amsterdam era también el principal mercado de armas de Europa. El capital holandés financiaba la construcción de altos hornos en Suecia, capaces de suministrar hierro en cantidades suficientes para abastecer la creciente demanda de piezas de artillería. El consorcio Trip & de Geer dominaba el abastecimiento de armas destinadas al uso de los Estados Generales y sus aliados. Más de dos mil barcos, «cuyos mástiles y cordajes forman una especie de bosque tan espeso, que parece que el sol tiene dificultades en penetrarlo»[7], según un viajero francés, anclaban en Texel y en Vlie, a la entrada del Zuydersee, esperando su turno para cargar las mercancías que abarrotaban los almacenes del muelle. A comienzos de la «edad de oro», otros tantos navíos, los que formaban las armadas de las compañías de las Indias neerlandesas, esperaban el momento propicio para partir. La superioridad de Amsterdam sobre los puertos de las demás provincias provenía de su inmensa capacidad de almacenamiento, de la disponibilidad de productos y del gran volumen de dinero circulante que animaba sus negocios. Se trataba del principal centro financiero de Europa, contando con una red comercial interdependiente y crédito abundante.

[6] Fernand Braudel, *Civilização material, economia e capitalismo, séculos XV-XVIII: O tempo do mundo*, São Paulo: Martins Fontes, 1995, vol. 3.

[7] *Guide D'Amsterdam 1701*, *apud* F. Braudel, *Civilização material*, p. 166.

A finales del siglo XVI, las Provincias Unidas no sólo despuntaban como nueva potencia marítima del Atlántico Norte, sino que se convirtieron en el almacén por excelencia de todo cuanto era producido en el universo. El filósofo francés René Descartes, residente durante muchos años en los Países Bajos[8], decía en 1631 que Amsterdam era una especie de «inventario de lo posible», pues en ella se encontraban todo tipo de mercancías, provenientes de diversas regiones del planeta.

Durante la «edad de oro», Amsterdam concentraba varios tipos de industrias y manufacturas, como las de tejidos de lana y seda, orfebrería de oro y plata, cueros dorados, marroquinería, gamuzas, refinerías de azúcar, diversas industrias químicas y pulido de diamantes. También era el principal mercado europeo de embarcaciones de segunda mano.

Marineros y mercenarios

Mucho antes de la rebelión contra España, holandeses, zelandeses y frisones se alistaban como tripulantes en las naves españolas y portuguesas destinadas a África, Brasil o India. La experiencia que poseían en estas rutas ya era medio camino andado. El soborno hacía la otra parte. Así, mapas portugueses, considerados los más confiables y precisos, eran comprados por los holandeses a cambio de importantes sumas de oro. La piratería, practicada de forma intensiva desde el inicio de la rebelión contra España, también abrió un rico campo de adquisición de experiencia en el arte de navegar. La geografía se convirtió en el tema de estudio más popular en los Países Bajos; claro está, después de la religión. La publicación de mapas portugueses conseguidos por medio del soborno alimentó la fantasía de todo un pueblo de marineros. Los mapas grabados que inundaron las Provincias Unidas en la década de 1590 ilustraban los relatos de viajes, ampliando horizontes mentales y estimulando la imaginación y el espíritu de aventura.

Una guerra «mundial»

La guerra contra el «enemigo hereditario» se desarrolló en cuatro continentes y en los siete mares. La larga guerra colonial tomó la forma de lucha por el comercio de especias asiáticas, por el comercio esclavista de África occidental, por el comercio de azúcar brasileño y también de sal: el embargo comercial contra los rebeldes (decretado por Felipe II en 1585, 1595 y 1598) privó a la industria holandesa del pescado de la sal portuguesa procedente de Setúbal.

En 1598-99 los holandeses atacaron las islas de Santo Tomé y Príncipe y dieron así inicio a la guerra contra el imperio ultramarino portugués. En 1612 fundaron una fortaleza en la Costa del Oro, el fuerte Nassau, y rápidamente desbancaron el comercio portugués en la región. El fuerte se convirtió en la base estratégica para realizar

[8] Primero en 1618-1619, cuando hizo su instrucción militar, y después, de 1628 a 1649, habiendo vivido en diversas ciudades.



En la parte superior la ciudad de Olinda. Abajo, el "pueblo" de Recife atacado por los holandeses en 1630

operaciones en el litoral africano y en América. Desde entonces, entre 25 y 30 navíos neerlandeses partían anualmente rumbo al África occidental, donde intercambiaban tejidos por oro en polvo, marfil, cueros, goma y esclavos. En 1621, al final de una tregua que duró 12 años, más de 40 barcos realizaban esa ruta. La mayor parte de las monedas de oro acuñadas por la República de las Provincias Unidas se hacía con el oro de Guinea.

La conquista de las rutas de comercio de larga distancia de productos asiáticos y americanos se efectuó por medio de dos compañías de comercio que, tal como hicieran castellanos y portugueses con la sanción del papa en 1494, se dividieron el mundo en dos, como señaló Boxer.

El nuevo reparto del mundo

La Compañía de las Indias Orientales, fundada en 1602, se ocupó de quebrar el monopolio ibérico de especias y drogas de Oriente, además de controlar las rutas comerciales que lo alimentaban. La Compañía tardó casi medio siglo en conquistar ese objetivo. El dominio de la ruta del cabo de Buena Esperanza por parte de neerlandeses e ingleses sólo se consolidó a partir de 1640.

En lo que respecta a América, los neerlandeses aprovecharon la tregua de los doce años firmada con España (1609-1621) para ocupar las salinas de la Costa Salvaje, franja de tierra entre las desembocaduras de los ríos Orinoco y Amazonas. Las frecuentes visitas de los cargueros de sal de Zelanda y la presencia de rebeldes neerlandeses en las Guyanas rompían el principio de *Mare clausum*[9], defendido por las potencias ibéricas. De 1613 en adelante, los «herejes» intensificaron sus esfuerzos de colonización en esa región.

No todos los intentos de colonización realizados en esa fase tuvieron éxito. Los fuertes Orange y Nassau, en la desembocadura del Amazonas, no llegaron a consolidarse. Los portugueses expulsaron a sus ocupantes de la región y construyeron el fuerte de Belém do Pará en 1616, vetando el avance de los zelandeses en el Amazonas.

El negocio del azúcar

Los holandeses, sin embargo, tuvieron un gran éxito en la esfera del comercio y de la navegación. La tregua con España facilitó el avance de la presencia neerlandesa en el mundo colonial portugués. A la altura de 1621, los bátavos controlaban cerca del 66% de de la navegación, legal o clandestina, entre Brasil y Europa. Además, una buena parte del azúcar exportado por la colonia era comprada y financiada por comerciantes flamencos, brabantinos y judíos sefarditas residentes en Amsterdam, que en la época contaba con unas 25 refinerías para procesar el azúcar brasileño semirrefinado.

Tras la tregua se siguieron construyendo de 10 a 15 barcos por año para su participación en el comercio con Brasil. Entre 40 y 55 cajas de azúcar[10] brasileño entraban en los puertos de los Países Bajos todos los años.

[9] El principal artífice de la teoría de *Mare clausum*, o «mar cerrado», fue João III de Portugal. Con apoyo del pontificado, intentó apartar a las potencias rivales de la explotación y conquista de los nuevos territorios de ultramar. A partir de finales del siglo XVI, quedó claro que el pequeño reino de Portugal sería incapaz de mantener a sus competidores alejados del reparto colonial.

[10] Datos extraídos de João Antonil (João Antonio Andreoni, S. J.), *Cultura e opulencia do Brazil*, São Paulo: Melhoramentos, 1923, p. 172, permiten hacer cálculos aproximados del azúcar exportado: cada caja corresponde a unas 30 a 50 arrobas, que tenían aproximadamente 15 kilos. La producción anual de Brasil era de 37.020 cajas en la época; J. Antonil, *Cultura*, p. 171.

La Compañía de las Indias Occidentales

Cuando sólo habían pasado dos meses del fin de la tregua, y ante la fuerte insistencia de Zelanda, principal reducto de la «industria corsaria», los Estados Generales autorizaron la fundación de la Compañía de las Indias Occidentales (*West-Indische Compagnie*-WIC)[11]. La carta de monopolio atribuía a la empresa derechos exclusivos sobre la conquista, comercio y navegación en América y África.

La creación de una compañía de comercio adicional tuvo el efecto de «privatizar» las operaciones de guerra y la colonización en ultramar. Se exigía a las autoridades civiles su juramento de lealtad a la Compañía y a los Estados Generales. Los oficiales y los soldados, además, debían prestar juramento al príncipe de Orange. La Compañía de Indias Occidentales tenía autorización para firmar contratos y tratados con «príncipes y nativos» en el exterior, en nombre de los Estados Generales. Tenía competencias para construir fortalezas y dotarles de suministros, para nombrar gobernadores y otros funcionarios y para contratar soldados.

La ocupación del nordeste de Brasil

En 1624 los holandeses ocuparon y saquearon la ciudad de Salvador, de la que fueron expulsados al año siguiente, volviendo a atacarla en 1627. Por entonces los bátavos ya detentaban el control casi absoluto del Atlántico Sur, y habían capturado varias presas en la costa de Brasil.

En 1628 ocuparon la isla de Fernando de Noroña, siendo expulsados por fuerzas enviadas desde Pernambuco en 1629. En 1630 conquistaron la villa de Olinda. El hermano del donatario, Matías de Albuquerque, se refugió en Recife, que por aquella época era una insignificante villa de pescadores con unas 150 casas. Ante la inminente llegada de los holandeses, ordenó prender fuego a 24 navíos cargados con 8.000 cajas de azúcar, gran cantidad de palo brasil, tabaco y algodón. En un desesperado intento por repeler el ataque, incendió los almacenes del puerto, ocasionando pérdidas estimadas en más de un millón seiscientos mil cruzados.

Dos semanas más tarde el ejército invasor ocupó Recife. Matías Albuquerque y sus hombres huyeron hacia el interior, refugiándose en los ingenios y haciendas de la vega de Apipucos. Desde allí organizaron la resistencia en el fuerte del Bom Jesús, entre Recife y Olinda.

Los comandantes del ejército de ocupación intentaron en vano romper el cerco impuesto por las fuerzas de la resistencia. La posición de los dos partidos permaneció inalterada durante los primeros dos años de la guerra. Los invasores dominaban el puerto, el mar y la ciudad; los colonos luso-brasileños, auxiliados por precarios

[11] La Compañía estaba dividida en cinco cámaras (Amsterdam, Zelanda, Mosa, Noorderkwartier y Gróninga), bajo el mando general de los *Heren XIX* (*Heren*: señores, los 19 señores) o Consejo de los XIX, de los cuales 8 eran representantes de Amsterdam, 5 de Zelanda, mientras que el Mosa, Noorderkwartier y Gróninga tenían 2 representantes cada uno.

contingentes europeos, dominaban el interior, los campos de cultivo y el sistema productivo. Este *impasse* se mantuvo hasta 1632, cuando los holandeses consiguieron romper las líneas de la resistencia y dominaron todo el nordeste del Estado de Brasil, de la desembocadura del río São Francisco hasta Rio Grande. En 1633 conquistaron el fuerte de Ceará. En 1635 ocuparon Paraíba, Igaraçú y Rio Grande do Norte. El mismo año la resistencia ibérica perdió el cabo de Santo Agostinho, lugar por el que estaban recibiendo refuerzos.

En un callejón sin salida

Pasados cinco años desde el desembarque en la playa de Pau Amarelo (el 14 de febrero de 1630), los cofres de la Compañía de Indias Occidentales estaban vacíos. Los largos años de guerra y la fuerte resistencia de las fuerzas ibéricas transformaron la conquista de Pernambuco en una costosa aventura. Del inicio de sus actividades en 1623 hasta 1636, la Compañía armó 806 navíos. En esos 13 años, sus flotas capturaron nada menos que 547 navíos ibéricos, valorados en 37 millones de florines, incluido el valor del botín. A primera vista, esos números parecen favorables, pero los gastos para armar y mantener las flotas y los ejércitos sobrepasaban la cifra de 45 millones de florines. Además, estaban también los costos de la ocupación de Pernambuco, que superaban con creces el valor obtenido con las exportaciones de azúcar y palo brasil.

Durante esos años, la Compañía había acumulado una deuda de 18 millones de florines, cuantía nada despreciable, si tenemos en cuenta que la mayoría de los subsidios que le debían los gobiernos provinciales de los Países Bajos comenzaba a atrasarse. La Cámara de Amsterdam, por ejemplo, más interesada en el negocio de la sal portuguesa, dejó de pagar su cuota de contribución a la Compañía. Otras provincias ni siquiera habían satisfecho sus cantidades una sola vez.

Conquista y soberanía

La conquista de Pernambuco se había convertido en un inmenso saco sin fondo. Al principio, la divergencia de intereses entre los comandantes militares y el consejo político instalado en Recife aplazó la conquista del interior y, en consecuencia, perjudicó la buena marcha del negocio del azúcar.

Los comandantes de tierra y mar, Van Schkoppe, Arciszewski y Lichthart, no podían actuar sin tener el consentimiento de los cinco consejeros encargados del gobierno civil en la Nueva Holanda y sin contar con los recursos que ellos controlaban. La principal preocupación de los consejeros era conseguir beneficios para la Compañía, prestando más atención al lado comercial de la operación, en detrimento de la consolidación de la conquista y de las cuestiones de estrategia militar.

El proceso de toma de decisiones era muy lento. El coronel Arciszewski se quejaba en su diario de que, para cada decisión, se realizaban «diez conferencias y veinte intercambios de correspondencia», tras lo cual nada ocurría. Los comandantes se



Johan Maurits van Nassau, gobernador del Brasil holandés (1637-1644)

quedaban con las manos atadas a la espera de las raciones alimenticias de sus tropas para dar caza al enemigo. Eso explica, en parte, por qué las tropas de ocupación tardaron tanto tiempo en controlar las regiones productoras de azúcar del interior. Explica también por qué la Compañía, ante el revés financiero, decidió unificar los mandos civil y militar en su colonia americana. Se hacía necesario ir más allá de la piratería.

El conde de Nassau-Siegen

A mediados de 1636 la Compañía ofreció el cargo, o mejor dicho, el empleo, de gobernador general de la Nueva Holanda al conde Johan Maurits van Nassau-Siegen (1604-1679). Con 32 años de edad, Maurits van Nassau reunía las cualidades necesarias para el desempeño de la función. Había nacido en el condado alemán de Dillemburg, en el seno de una de las más antiguas y tradicionales familias europeas. Recibió una educación de corte humanista y protestante en Herborn, Basilea y Ginebra.

Interrumpió sus estudios al inicio de la Guerra de los Treinta Años, comenzando la carrera militar bajo la tutela de su tío, el estatúder de Frisia. Poco más tarde se alistó como voluntario en el Ejército de los Estados Generales de la República de los Países Bajos. Tuvo una destacada actuación en el sitio a Den Bosch, en 1629, y en la toma de Maastricht en 1632. La conquista de Schenckenshans, en abril de 1636, le dio fama en toda Europa. Durante los recesos invernales de las campañas militares, se retiraba a La Haya, en la refinada y cosmopolita corte de su primo Federico Enrique, el estatúder de Holanda. Allí conoció a poetas y escritores, pintores y arquitectos como Pieter Post, a quién encomendó el proyecto de una de sus residencias. Hablaba con fluidez alemán, francés y holandés, además de ser capaz de mantener una conversación en latín. Esos talentos le fueron muy útiles en la Babel que sería el Recife holandés.

Los elevados costos de construcción de su suntuoso palacio en La Haya, la *Mauritshuis*[12], parece que fueron determinantes a la hora de aceptar la invitación de los *Heren XIX*, ya que las condiciones financieras eran excelentes. El cargo de gobernador general tenía una remuneración para su titular de 1.500 florines por mes y una ayuda para gastos personales de seis mil florines. Además de esto, la Compañía pagaba los salarios del pastor, del médico y el secretario del conde. Mientras desempeñase la función de gobernador general, Nassau continuaría recibiendo su salario de coronel del Ejército de los Estados Generales y tendría derecho además al 2% de todas las capturas de barcos realizadas en el litoral

[12] José Antonio Gonsalves de Mello, en su obra *Tempo dos flamengos*, afirma lo siguiente con respecto a la *Mauritshuis* (Casa de Mauricio): «Mauricio inició la construcción de su casa junto al Vijver en La Haya en 1633, y envió desde Brasil maderas preciosas para la obra y no menos valiosas cajas de azúcar para hacer frente a los gastos». José Antonio Gonsalves de Mello, *Tempo dos flamengos*, 3.ª ed., Recife: Fundação Joaquim Nabuco/Massangana, 1987, p. 101. Los miembros del *Heren XIX* llamaban a la casa, con malicia, «Palacio del azúcar».

brasileño, tal vez el principal atractivo del cargo. El nombramiento tenía en principio validez para cinco años. Maurits van Nassau aceptó la posición en agosto de 1636.

Durante su estancia en Brasil, Nassau acogió a 46 sabios, científicos, artistas y artesanos, entre los que estaban su médico personal, Willem Piso, autor de uno de los tratados más completos sobre medicina tropical de la época, y el botánico, naturalista y astrónomo George Marcgraf. Los pintores Frans Post y Albert Eckhout representaron en sus cuadros aspectos bucólicos de la Nueva Holanda y sus exóticos habitantes.

Grandes planes para escasos recursos

Los directores de la Compañía diseñaron ambiciosos planes para el nuevo funcionario. Planeaban enviar una armada de 32 navíos y un ejército de 7 a 8.000 hombres al territorio recién conquistado. Sin embargo, la precaria situación financiera de la Compañía acabó imponiendo restricciones a los «designios» inicialmente trazados, y los directores tuvieron que conformarse con objetivos más modestos.

A duras penas, el consejo de los *Heren XIX* consiguió armar una flota de 12 velas y 2.700 soldados para acompañar al primer gobernador general de la Nueva Holanda. Impaciente con la demora en la preparación de la expedición, Maurits van Nassau partió de Texel el 25 de octubre de 1636 con apenas cuatro veleros. Llegó a Recife el 23 de enero de 1637 e inmediatamente inició los preparativos para expulsar a las fuerzas de la resistencia de Porto Calvo. Antes de salir de Recife ordenó que se rezase una oración pública, «para que no pareciese que se comenzaba empresa alguna sin el auxilio divino»[13]. Pero, advertía, «no conviene ahora que la práctica de nuestra religión sea introducida abiertamente»…[14].

En febrero, el grueso del ejército marchó por tierra. La artillería y los mantenimientos fueron transportados por una armada de 24 embarcaciones bajo el mando del almirante Lichthart. Dos semanas después, el comandante del ejército de la resistencia se batía en retirada y los holandeses capturaban el fuerte de Povoação. En 1637, los ibero-brasileños fueron obligados a retroceder hasta la orilla sur del río São Francisco.

[13] Gaspar Barléu, *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*, trad. Cláudio Brandão, pref. Mário Guimarães Ferri, São Paulo: Edusp, 1974, p. 36.

[14] *Ibidem*.

La «edad de oro» del Brasil Holandés

Deus está holandês?[15].
Padre Antonio Vieira

Para apaciguar a los *senhores de engenho* que se habían quedado en los territorios dominados por los holandeses, Nassau les prometió igualdad ante las leyes y libertad de conciencia. Si juraban fidelidad a la Compañía, tendrían el derecho de portar armas para defenderse de los bandidos, podrían volver a sus tierras y reconstruir sus ingenios. De un total de 149 molinos de caña, 65 fueron confiscados por la Compañía a la llegada de Johan Maurits a Recife.

Muy pronto se pudo ver una cualidad en la gestión del conde: la tolerancia, que se debía, en parte, al hecho de que los holandeses no sabían hacer azúcar. Sin la colaboración de los *senhores de engenho* luso-brasileños, la empresa azucarera no tenía como prosperar. Un resultado de esa política fue que tanto holandeses como luso-brasileños compraron ingenios entre 1637 y 1638, para lo que contaron con abundante crédito proporcionado por la Compañía.

Los «privilegios» concedidos a los moradores por el conde estaban pensados para reactivar el sistema productivo, desmantelado por la guerra de conquista y por las embestidas de las tropas llegadas de Bahía.

Además de perder el poder político, los *senhores de engenho* tuvieron que soportar los intermitentes ataques de fuerzas militares, de bandidos y de negros huidos y organizados en comunidades o *quilombos*. La política de «tierra quemada» adoptada por las autoridades metropolitanas con sede en Bahía tuvo bastante éxito en todas las fases del conflicto y afectó a la producción de los territorios ocupados. La astucia política del conde Nassau-Siegen moderó el rechazo existente entre los moradores luso-brasileños hacia las fuerzas de ocupación, si bien no logró eliminarlo por completo. El abismo entre los dos grupos de colonos sobrepasaba la cuestión religiosa, aunque esta fuese de extrema importancia en la época. A la diferencia de usos y costumbres, se unía la barrera idiomática.

Nassau ha pasado a la historia como uno de los más exitosos administradores coloniales. Durante su gobierno, la Nueva Holanda experimentó un brevísimo periodo de paz de poco más de tres meses. La colonia tuvo también un fenómeno de crecimiento urbano sin precedentes. Cuando dejó Pernambuco, en 1644, Recife y la Ciudad Mauricia (como Johan Maurits había bautizado a la extensión de Recife planificada por él) contaban con más de dos mil casas, y su población era la más cosmopolita de las Américas. La imagen de Nassau, un príncipe humanista en los

[15] Padre Antônio Vieira, *Sermão pelo Bom Sucesso das Armas de Portugal contra as de Holanda*, predicado en la Iglesia de Nossa Senhora d'Ajuda de la ciudad de Bahía en 1640, con el Santísimo Sacramento expuesto. Disponible en: www.cce.ufsc/~nupill/literatura/BT28030335.html. Consultado el 14-2-2008.

trópicos, se contrapone frecuentemente a la de los administradores portugueses cuya incompetencia, no exenta de avaricia, esquilmaba a los súbditos del rey[16].

Durante el gobierno de Johan Maurits, Pernambuco sirvió de base para lanzar sucesivos ataques a la costa occidental de África y del Caribe. El mandatario holandés fue el arquitecto del imperio atlántico construido en esos años por la Compañía de las Indias Occidentales. Contrariando órdenes del Consejo de los XIX, el gobernador general de la Nueva Holanda lanzó sucesivos ataques a los centros de comercio de esclavos africanos, actividad controlada hasta ese momento por los negreros portugueses. En 1641 organizó desde Recife un exitoso ataque contra la isla de São Paulo de Luanda, en Angola y contra la isla de Santo Tomé, en el golfo de Guinea, con la intención de dominar las plazas que proporcionaban los cautivos africanos al Brasil holandés. Nassau propuso a la Compañía que Angola y la Costa de Mina fuesen administradas desde Recife, pero los directores no accedieron a tal pretensión, pues no podían permitir que tales conquistas permaneciesen bajo su gobierno personal. No obstante, y gracias a él, el tráfico de esclavos angoleños fue a parar a manos de los holandeses.

La restauración en Portugal

La expulsión de los holandeses de Brasil puede ser interpretada como un capítulo de la lucha de escala mundial entre éstos, portugueses y españoles. Portugal, liberada del dominio español en 1640, continuó en conflicto con Holanda tras una breve tregua, expulsando a los holandeses de Pernambuco y de Angola unos años más tarde. Los bátavos, sin embargo, se apropiaron de importantes núcleos comerciales portugueses en Oriente. Como consecuencia, el Estado portugués entró en una profunda crisis financiera, naval y militar. Brasil ya no tenía el monopolio de la producción de azúcar, pues la competencia con las Antillas era muy fuerte. En esta situación, los *senhores de engenho* se vieron seriamente afectados.

La restauración portuguesa, en diciembre de 1640, alteró escasamente la situación en el Atlántico Sur. Uno de los primeros actos de João IV fue firmar una tregua de diez años con las Provincias Unidas. En realidad, la tregua tuvo vigor solamente en Europa, pues en el mundo colonial la guerra entre holandeses y luso-brasileños seguiría su curso.

El conde Maurits van Nassau dejó Recife, a su pesar, en 1644. A partir de ese momento, el dominio de la Compañía sobre Pernambuco se deterioró a pasos agigantados. Poco tiempo después de la firma de la tregua con Portugal (y para ahorrar recursos, cada vez más escasos), la Compañía decidió cortar efectivos de las guarniciones de la Nueva Holanda. Fueron licenciados los soldados mercenarios, ingleses, franceses y escoceses, con la única excepción de los holandeses y alemanes, y también todos los oficiales con rango superior al de capitán. La reparación de

[16] Ver, entre otros, especialmente el capítulo 4 del libro de A. López, *Guerra*, *açúcar*, pp. 121-155.

los fuertes debía ser autorizada por las autoridades de los Países Bajos, retrasando y complicando la ejecución de las obras necesarias para la defensa de las posiciones de la Compañía. La adopción de esta política tuvo como resultado el debilitamiento del poder militar holandés en el nordeste de Brasil.

En 1645, los luso-brasileños se rebelaron contra el cobro de deudas. Los portugueses contaban con la inestimable ayuda de Inglaterra, que emprendía en aquellos momentos su primera guerra naval contra los Países Bajos. En una expedición organizada por Salvador Corrêa de Sá e Benavides, gobernador de Río de Janeiro, en 1648, los portugueses recuperaron Luanda, en África. En 1654, los holandeses abandonaron Recife, expulsados, paradójicamente, con la ayuda de las armas que las fuerzas luso-brasileñas habían comprado a sus compatriotas comerciantes.

Los efectos de la guerra

A los moradores luso-brasileños, exhaustos de tantos años de guerra devastadora, les cupo la ingrata tarea de reconstruir la colonia. En el periodo de posguerra, toda la franja de tierra al norte de Olinda tuvo que ser recolonizada a partir de cero. La rendición de los ejércitos de la Compañía y la retirada de los holandeses no significaron un alivio para las poblaciones del nordeste, sometidas a tasas excesivas y expoliadas durante el conflicto. A los impuestos extraordinarios creados durante la guerra, se sumaron nuevos tributos. La caída del precio del azúcar agravó el panorama. La opulencia de los *senhores de engenho* pernambucanos era cosa del pasado.

Brasil permaneció en manos de los portugueses. No sería hasta 1661 que Portugal y los Países Bajos llegaron a un acuerdo sobre la indemnización que debía ser pagada por la restitución del nordeste: 650 millones de dólares americanos (considerando el valor del dólar en 1998), que debían ser pagados en 16 años con la sal de Setúbal. Además de esto, Portugal tuvo que abrir los puertos de su colonia americana a la navegación holandesa, bajar el precio de la sal de Setúbal y reconocer las conquistas holandesas realizadas en Extremo Oriente.

Los ataques al imperio ultramarino portugués sólo cesaron en 1663, tras la conquista de Malabar por los holandeses. Con la pérdida de las posesiones orientales, la economía portuguesa comenzó a depender casi exclusivamente de la reexportación de azúcar y tabaco de Brasil, junto con otros productos portugueses cuya venta proporcionaba los recursos para la compra de cereales, tejidos y otros bienes manufacturados del norte de Europa[17].

Después de 1654, los refugiados del Brasil Holandés optaron por el exilio en la Costa Salvaje y en las Antillas, llevando consigo las técnicas del cultivo y de

[17] Para estas y otras cuestiones véase la obra editada por José Manuel Santos Pérez y George F. Cabral de Sousa (eds.), *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil, 1624-1654*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, con novedosas aportaciones de Stuart Schwartz, Marcos Albuquerque, Rafael Valladares y Peter Emmer, entre otros.

la manufactura del azúcar. Los banqueros holandeses les proporcionaron créditos para la compra del equipo necesario a los colonos ingleses y franceses en el Caribe. Curaçao se convertiría en el principal centro de venta de esclavos en el Caribe, que, a partir de ahora, era ya un *Mare liberum*.

En Brasil, tras la derrota y expulsión de los holandeses, el régimen esclavista permaneció en vigor. Como destacó Evaldo Cabral de Mello, en su clásico *Olinda restaurada*:

> En medio de las más duras circunstancias, el amo hacía todo lo posible para mantener la posesión del esclavo, que podía ser alquilado o vendido en caso de necesidad. Al conquistar el fuerte del Arraial do Bom Jesús en 1635, los holandeses sorprendieron a más de doscientos negros que acompañaban a los *senhores* que se habían refugiado en él. En Tejucopapo, en 1646, los moradores pusieron a salvo a las mujeres y a los niños, mezclados con todos los esclavos de los alrededores. Al retirarse a Bahía en 1636, los *senhores de engenho* insistían en llevarse consigo a los esclavos, a pesar de los trastornos del viaje y de la imposibilidad de alimentar a tanta gente. La economía bahiana es la que más se beneficiaría del drenaje de mano de obra esclava que se produjo en aquellos momentos, convirtiéndose en la capitanía con el más numeroso contingente de esclavos de Brasil, récord ostentado hasta entonces por Pernambuco. Se sabe que uno de los más ricos *senhor de engenho* de la capitanía, João Paes Barreto, transportó a Salvador 350 esclavos. En los ingenios abandonados en la extensa región comprendida entre Recife y el río Una, el consejero Schott, en viaje de inspección, no vio una sola alma. Tan sólo en dos o tres ingenios quedaron algunos viejos y niños demasiado débiles como para aventurarse por los caminos. El negro que no fue a Bahía con su señor, huyó hacia los bosques del interior para unirse a los grupos de esclavos huidos, los *quilombos*, o para llevar una vida errante.
>
> La guerra no afectó en profundidad a la esclavitud como sistema, ni a la noción de esclavo como objeto cuya apropiación se podía realizar incluso mediante la violencia o el robo[18].

[18] Evaldo Cabral de Mello, *Olinda restaurada, guerra e açúcar no Nordeste, 1630-1654*, Río de Janeiro/São Paulo: Forense/Edusp, 1975, pp. 177-178.

Capítulo 9
La conquista de las almas: control y resistencia

> Toda la tierra que han pisado los sacrílegos piés de los de S. Pablo, ha quedado como apestada […] son lobos carnizeros […]. Las mujeres de buen parecer, casadas o solteras, ó gentiles, el dueño las encerraba consigo en un aposento, con quien pasaba las noches al modo de un cabrón en un curral de cabras […] hiriendo y matando con mucha crueldad, poniendo a veces a espada aldeas enteras de indios, no perdonando grande ni à pequeños, matando a veces que no eran los que trouxeron cautivos, como si no fuesen sino perros o caballos […], dejando solos por aquellos caminos tan esteriles sin comida, a los que cayeren enfermos, afastando los maridos de sus mujeres, hijos de sus padres, etc.
>
> Fragmento del informe dirigido al General de Bahía, en 1629, por el padre jesuita Antonio Montoya[1]

Desde los primeros momentos de la colonización, la monarquía portuguesa dio muestras de su interés por mantener el control sobre la vida religiosa de los habitantes del Nuevo Mundo bajo su jurisdicción. La instalación del gobierno general en Bahía coincidió con el auge de la Contrarreforma católica y de las guerras de religión en Europa. No fue casual el desembarco de seis padres jesuitas junto a Tomé de Sousa, teniendo la misión (éste fue el concepto fuerte) de fundar colegios y de convertir a la población de los nuevos territorios.

En 1540, el papa aprobó la formación de la Sagrada Compañía de Jesús. Sus miembros actuaban como «soldados del catolicismo», adoptando una jerarquía que en muchos aspectos se asemejaba a la de los militares, y recibiendo una estricta

[1] Citado en João Capistrano de Abreu, *Capítulos de história colonial*, São Paulo: Publifolha, 2000, *apud* Paulo Prado, *Paulística, etc.*, São Paulo: Companhia das Letras, 2004, p. 35.

educación destinada a obedecer. Formados bajo una rígida disciplina, los jesuitas diseminaron la doctrina católica a través de las misiones de catequesis que establecieron en una gran porción del planeta.

Los padres José Anchieta y Manoel da Nóbrega, integrantes de las primeras misiones jesuitas destinadas al Nuevo Mundo, fueron ejemplos típicos de la Iglesia de la Contrarreforma, militante y conservadora. Dirigieron misiones, además de fundar colegios y parroquias. En la América portuguesa, la Sociedad de Jesús tenía como atribuciones expandir la fe cristiana entre los nativos locales y velar por las buenas costumbres de los colonos que, a falta de mujeres europeas, convivían con las autóctonas. Los jesuitas también tenían el deber de elevar el nivel del clero en la colonia pues, como decía el padre Manoel da Nóbrega: «aquí hay clérigos, mas es la escoria que de allí viene… no se debía consentir embarcar a sacerdotes sin ser su vida muy aprobada, porque estos destruyen cuanto se edifica»[2].

El Patronato

El derecho de Patronato, es decir, el poder de nombrar los prelados de la iglesia, había sido concedido por el papa a los reyes de Portugal por medio de diversas bulas desde 1514. El estrecho vínculo entre el poder secular de la monarquía y el poder espiritual de la Iglesia fue una de las principales características del Antiguo Régimen. La conquista de las almas seguía a la conquista de las armas.

En contrapartida por la creación de una Iglesia, por así decir, «nacional», la monarquía recaudaba y administraba el décimo y otros impuestos eclesiásticos. Con los recursos provenientes de esos impuestos, la monarquía pagaba la construcción de capillas e iglesias y los salarios de los clérigos.

Los poderes del Patronato no se limitaban a la competencia fiscal y a la administración de los recursos materiales que permitían la instalación de misiones y parroquias en la América portuguesa. El estado portugués se arrogaba también el derecho de nombrar obispos y otros cargos eclesiásticos, con lo que controlaba una inmensa fuente de puestos y beneficios que se distribuían como mercedes a aquellos que tuviesen a bien servirlo. En esta esfera, como en el resto de la burocracia, el principal requisito para ser ordenado clérigo, en cualquier congregación, era la «pureza de sangre». Los candidatos a la ordenación no podían tener marcas de «judío, moro, morisco, mulato, hereje o de alguna otra infecta nación reprobada»[3].

Durante la colonización, la Iglesia era la responsable del registro civil de los principales eventos de la existencia de los moradores de cada parroquia. Éste incluía la

[2] Padre Manoel da Nóbrega, «Carta do padre Nóbrega para o padre mestre Simão, do anno de 1519», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Río de Janeiro, 1863, p. 433. También en Manoel da Nóbrega, *Cartas do Brasil, 1549-1560.* Col. Cartas jesuíticas I, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988, p. 77.

[3] Charles R. Boxer, *O Império Marítimo Português, 1415-1825*, 2.ª ed. Lisboa: Edições 70, 1981, p. 255.

inscripción de nacimientos, matrimonios y óbitos. El párroco y el capellán acompañaban la vida cotidiana de la población colonial y participaban en los momentos más importantes de la vida de los habitantes. En las localidades más distantes de los centros urbanos, en las haciendas y en los ingenios, el capellán casi siempre era el responsable de la enseñanza de las primeras letras a los hijos de los propietarios.

La Iglesia era responsable, por otra parte, de los raros momentos de diversión de la población colonial, pues la vida social de la colonia giraba en torno a las festividades religiosas: procesiones, vigilias, misas y otros rituales. El anglo-lusitano protestante Henry Koster, residente en Pernambuco a principios del siglo XIX, destacaba la importancia que se daba al ritual de la bendición del ingenio antes del inicio de la molienda, pues «sin que esa ceremonia sea realizada, ninguna de las personas empleadas en el ingenio, sea hombre libre o esclavo, quiere comenzar su tarea»[4].

El obispado de Brasil

Dos años después de la llegada de la comitiva de los jesuitas a Bahía, la Corona solicitó al jefe de la Iglesia de Roma autorización para crear el obispado de Brasil. La institución de un obispado en la colonia determinaba así el papel que jugaría la Iglesia católica romana en la compleja sociedad colonial.

El 25 de febrero de 1551, el papa Julio III separó la ciudad de San Salvador del arzobispado de Funchal, en Madeira. La población fundada por Tomé de Sousa fue elevada a la condición de ciudad, y la Iglesia de San Salvador se convirtió en catedral. Desde entonces, el obispado de Brasil fue colocado bajo la jurisdicción del arzobispado de Lisboa. La creación de un obispado en la colonia, directamente subordinado a las autoridades eclesiásticas de Lisboa, fue otro paso dado por la monarquía en la dirección de centralizar el poder en sus dominios americanos y ejercer su derecho de Patronato. A fin de cuentas, los reyes de Portugal, como los demás reyes absolutistas de la Europa cristiana, eran reyes «por la gracia de Dios».

El obispo desempeñaba importantes funciones. Además de velar por el mantenimiento de la moral y de las buenas costumbres cristianas, representaba directamente el poder metropolitano, asumiendo el gobierno de la capitanía en las ocasiones en que el gobernador general se encontraba impedido de ejercer sus funciones administrativas. Eso es lo que ocurrió durante la ocupación holandesa de Salvador en 1624-25. Con el gobernador preso, el obispo Don Marcos Teixeira asumió el mando de la resistencia contra el invasor.

El primero de ellos, el obispo Sardinha, se dio de bruces con los jesuitas y su «método» de catequización, considerado excesivamente tolerante con los nativos. No le interesaba convertir a los no europeos. Acabó devorado por los tupinambás después de naufragar en el litoral de Maranhão, cuando volvía a Portugal.

[4] Henry Koster, *Viagens ao Nordeste do Brasil*, 2.ª ed., Recife: Secretaria de Educação e Cultura, Governo do Estado de Pernambuco, 1978.

La «cruzada» contra el nativo americano justificó la esclavización y la desaparición de las poblaciones que fueron sometidas con las armas por los portugueses. La conquista ofrecía la posibilidad de «rescatar» las almas de los impíos. Curiosamente, ese era el término utilizado por los colonos que capturaban indios e intentaban eludir la prohibición del tráfico y la esclavización de los nativos, prohibición recomendada con ahínco por los misioneros de la Compañía de Jesús.

Primeros colegios

La Sagrada Compañía de Jesús tuvo un papel preponderante entre las órdenes religiosas que se instalaron en la colonia a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Los jesuitas contaron con el apoyo total de la Corona para efectuar la «conquista espiritual» de los nativos americanos y para moralizar las costumbres del muy heterogéneo contingente de colonos que desembarcaban en números cada vez mayores. Fundaron colegios, las únicas instituciones de enseñanza abiertas al público que existieron en la colonia, frecuentadas por los hijos de las elites coloniales.

La primera misión jesuítica fue fundada en Bahía por el padre Manoel da Nóbrega en 1549. Ese mismo año se fundó otra misión en São Vicente. El Colegio de Bahía abrió sus puertas en 1550 y recibió siete huérfanos de Lisboa. El mismo año se levantó el colegio de São Vicente, que además de tener una escuela de primeras letras, contaba con un aula de gramática latina.

En 1554, el padre José Anchieta reunió a unos 12 hermanos para que estudiasen gramática y sirviesen de intérpretes para los indios. En torno a esa pequeña *aldeia*, en el altiplano de Piratininga, surgió la villa de São Paulo. En 1566, el colegio fue cerrado y transferido a Río de Janeiro. Comenzó a funcionar allí en 1573, en el Morro do Castelo. Los jesuitas se beneficiaron inmensamente de la buena voluntad y la protección dada por el tercer gobernador general, Mem de Sá, y sus sucesores en Bahía y en Río de Janeiro. La destrucción de 160 aldeas tupinambás en el Recôncavo bahiano en las guerras de Paraguaçú dio a la compañía millares de indios «reducidos». Lo mismo ocurrió con la persecución de los tamoyos en la bahía de Guanabara.

La promulgación de una cédula en 1564, creando la *redízima*, esto es, la décima parte de todos los décimos y derechos que pertenecían a la monarquía, y destinándola a perpetuidad al sustento del Colegio de Bahía, garantizó a la Compañía de Jesús los recursos necesarios para la expansión de su obra misionera en el Nuevo Mundo. A partir de estas medidas, fueron fundados colegios en Maranhão y en Ilheus. Desde 1619, Recife contaba con una escuela de primeras letras, que se convirtió en colegio en 1655.

El monopolio de la educación mantenido por los jesuitas dio como resultado el aislamiento de Portugal y de las colonias de las principales corrientes de pensamiento de Europa occidental. En las palabras del historiador inglés Charles R. Boxer,

> Generalmente se desanimaba tanto a profesores como a alumnos de hacer fuese lo que fuese que les llevase a adquirir un juicio crítico e independiente, o a presentar

> propuestas que no fueran apoyadas literalmente por los textos de las autoridades establecidas o reconocidas, o que pudiesen poner en duda los principios y la autoridad filosófica de Aristóteles y de Santo Tomas de Aquino[5].

Se sumaba a estas restricciones la vigilante censura literaria ejercida por la sección portuguesa del Santo Oficio, que promulgó la primera lista de libros prohibidos, el *Index*, en 1547. El control de la publicación y circulación de libros garantizó el triunfo de la ortodoxia religiosa en Portugal y en el Imperio colonial ultramarino.

La libertad vigilada de los indígenas

Los jesuitas tuvieron un importante papel en la pacificación de los tupinambás hostiles a la presencia de los portugueses. El caso más representativo fue el de la «pacificación» de los tamoyos de la costa norte del actual estado de São Paulo. La misión liderada por el padre Manoel da Nóbrega partió de São Vicente rumbo a la bahía de Guanabara. Uno de los padres de la misión, el frágil Anchieta, eminente conocedor de la «lengua general», nombre dado a la lengua hablada por la mayoría de los habitantes de la costa de Brasil, consiguió apaciguarlos. Después de tres meses de permanencia entre ellos, «en los que más de una vez la vida de ambos corrió peligro», la misión de los jesuitas «los redujo a la deseada paz»[6].

Una vez pacificados o «reducidos», los indios eran reunidos en *aldeias* localizadas en las proximidades de los asentamientos de los colonos. En otras ocasiones, los cautivos de las «guerras justas» también acababan bajo la tutela de los jesuitas. Una vez aculturizados y ya fuera de la tribu, los indígenas cultivaban géneros de subsistencia y servían de parapeto para defenderse de los ataques de las tribus «rebeldes». Algunos prestaban servicios y trabajaban en los campos de cultivo de los colonos a cambio de salarios en especie. Según el historiador Luiz Felipe de Alencastro,

> Se trataba, en primer lugar, de crear agrupamientos de indios «mansos», con el objetivo de proteger a los moradores de los indios «bravos». En segundo lugar, los poblados se disponían en torno a las áreas coloniales, impidiendo la fuga hacia el bosque de los esclavos negros de las haciendas y de los ingenios. Por último, las autoridades y los moradores estimulaban la captación de indígenas para mantener contingentes de mano de obra compulsiva en las proximidades de las villas y de los puertos. Hay, no obstante, otro aspecto importante desempeñado por estas reducciones de indígenas, pues al interrumpir el movimiento migratorio de las tribus [...] acentuaban la disolución de los lazos sociales de los indígenas, haciéndoles más permeables a la catequesis[7].

Los intereses de los jesuitas chocaron muy pronto con las pretensiones de los colonos portugueses. La expansión de la industria del azúcar exigía un número

[5] C. R. Boxer, *O império*, p. 333.
[6] J. Capistrano de Abreu, *Capítulos de história*, p. 77.
[7] Luiz Felipe Alencastro, *O Trato dos Viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul*, São Paulo: Companhia das Letras, 2000, p. 181.

cada vez mayor de trabajadores cautivos. Los «soldados» de la Compañía de Jesús no pudieron hacer nada para evitar el «rescate», la «guerra justa» y los *saltos*, ataques contra las poblaciones indígenas, hostiles o aliadas.

En Pernambuco, donde el donatario había mantenido muchas de sus prerrogativas y su independencia, no había *aldeias* jesuíticas en las proximidades de la villa de Olinda. Según afirma Stuart B. Schwartz,

> … En Bahía, sede de la autoridad regia y de las actividades jesuíticas después de 1549, los discípulos de Loyola tuvieron mucho más éxito en la implementación de su política de protección a los aborígenes. Se establecieron 12 *aldeias* en las décadas de 1550 y 1560, la menor de las cuales, Santo Antônio, acogía a dos mil almas. Entre 1559 y 1583 fueron bautizadas cinco mil personas en ese mismo lugar, número que, multiplicado por las 12 *aldeias*, significa un total de sesenta mil indios bautizados. Hacia 1590, cuando la peste y los desplazamientos habían provocado ya bajas alarmantes en buena parte de las *aldeias*, las de Bahía todavía tenían de 3.500 a 5.000 individuos, el doble de los que se encontraban en las de Pernambuco[8].

Azúcar y religión

La mayoría de las órdenes religiosas que se instalaron en las capitanías del norte poseía ingenios y esclavos africanos. Los carmelitas y los benedictinos contaban con más de un ingenio en Bahía, cuyos lucros revertían en beneficio de las actividades de esas órdenes. Los jesuitas llegaron a poseer seis ingenios en Bahía, entre ellos el de Sergipe del Conde, en el *Recôncavo*, y el Ingenio Santana, en Ilheus. Los ingenios de las corporaciones religiosas, así como aquellos que pertenecían a particulares, utilizaban los mismos métodos de trabajo y la misma mano de obra esclava presentes en las demás explotaciones en la colonia. En el otro lado del Atlántico, en Angola, los jesuitas participaron activamente en el tráfico de esclavos africanos, justificando el negocio negrero con la alegación de que salvaban las almas de los desafortunados esclavos. Según concluye Luiz Felipe de Alencastro:

> En las esferas del mercado atlántico, la mano invisible de Dios conducía al africano para la salvación eterna en Brasil. Un «gran milagro», se producía con la deportación masiva de hombres en los *tumbeiros*, a través del océano. Gracias a Nuestra Señora del Rosario, los africanos eran salvados de África y llevados al trabajo redentor en las tierras brasileñas[9].

Los religiosos de la época no veían ninguna contradicción entre bautizar y esclavizar individuos, sobre todo si eran «personas de sangre infecta».

[8] Stuart B. Schwartz, *Segredos Internos*, São Paulo: Companhia das Letras/CNPq, 1988.
[9] L. F. Alencastro, *O trato dos viventes*, p. 183. La cita interna se debe al padre Antônio Vieira.

El Tribunal del Santo Oficio

El Tribunal del Santo Oficio fue creado en Portugal en 1536. Su principal objetivo era juzgar los «crímenes» de herejía, brujería, hechicería, bigamia y sodomía, además de ejercer la censura sobre todo material impreso. Ningún libro podía ser publicado sin antes pasar por la criba de los censores del Tribunal.

Brasil nunca tuvo un tribunal fijo de la Inquisición. Los casos eran remitidos directamente a la metrópoli y juzgados allí. A pesar de esto, el Tribunal realizó varias visitas de inspección en la colonia. Se enviaba a un visitador para recibir denuncias de personas sospechosas de haber cometido los crímenes castigados por el Santo Oficio. Tras la primera de estas visitas, realizada en 1591, el visitador regresó a Portugal con 121 confesiones y 212 denuncias.

Este método de control social, basado en la denuncia secreta y sin pruebas, estimuló la persecución de algunas personas por motivos que en muchas ocasiones no tenían nada que ver con la fe. Se hizo común delatar a los enemigos personales y a marginadas sociales, como prostitutas y hechiceras. Los esclavos que ponían en riesgo el orden colonial también podían ser acusados de practicar la brujería. En el caso de los cristianos nuevos, parece evidente que las denuncias estaban pensadas para eliminar «herejes» adinerados que se habían refugiado en aquel lado del Atlántico y de esta manera poder confiscar sus bienes.

Religión y resistencia

Es necesario recordar que la sociedad que se formó en la colonia experimentó la convivencia de prácticas religiosas de tres continentes, Europa, América y África. Los europeos impusieron el catolicismo, mientras los americanos y africanos resistían para conservar sus creencias, adaptándolas a la nueva realidad. En algunos casos hubo movimientos de resistencia a gran escala. Esa rebelión, conocida por los colonos portugueses como *santidade*, era expresión del sincretismo mesiánico adoptado por diversas poblaciones indígenas del litoral como forma de protesta contra la dominación europea. El culto de la *santidade* fusionaba creencias de los tupinambás con elementos del catolicismo. Los líderes se autoproclamaban «papas» y nombraban «obispos». Sus seguidores creían en ídolos que poseían poderes sagrados y que les daban fuerzas para resistir a los europeos. En sus creencias, gracias a estos ídolos volvería de nuevo el paraíso tupinambá. Según narra Stuart Schwartz,

> Las azadas labrarían solas los campos, los arcos dispararían en el interior de la floresta para conseguir caza mientras los cazadores se quedarían descansando en las *aldeias*. Los ancianos recuperarían la juventud, todos podrían tener muchas esposas y los enemigos serían destruidos o capturados y comidos. Para honrar a los «santos» se entonaban cánticos, se realizaban ceremonias que podían durar varios días y se consumían grandes cantidades de bebidas alcohólicas e infusiones de tabaco[10].

[10] Stuart B. Schwartz, *Segredos internos*, p. 54.

Las primeras manifestaciones del culto datan de las primeras décadas del siglo XVII. En 1610, el gobernador hablaba ya de la presencia de más de 20.000 indios y esclavos huidos en una de las *aldeias* de los seguidores de la *santidade*. Según Stuart Schwartz «los registros históricos del culto, muy fragmentarios, indican que durante todo el periodo de 1560 a 1627 la *santidade* sobrevivió en el sur de Bahía como un movimiento religioso sincrético, en el que primero indios y más tarde africanos o *crioulos* huidos se unían para organizar ataques contra poblados habitados por portugueses y especialmente contra las plantaciones de caña de azúcar y los ingenios del sur del *Recôncavo*»[11]. Finalmente, las autoridades realizaron varias operaciones militares que acabaron por dispersar a los seguidores del culto.

A los prosélitos indígenas se juntaban cada vez más esclavos africanos huidos de las plantaciones de caña de azúcar. Los africanos preferían dejar fuera del culto a las fuerzas que propiciaban la fertilidad, pues pensaban que esa mayor fecundidad sólo beneficiaría a los señores. En su lugar adoraban a los dioses guerreros. El espíritu de resistencia de los africanos motivó la contestación al orden establecido y la formación de *quilombos*, en un intento por preservar sus valores. Los *calundus*, esto es, las ceremonias religiosas afrobrasileñas celebradas por los negros en la colonia, fueron la forma encontrada por los esclavos para preservar sus rituales africanos.

La población colonial, incluida la de origen europeo, asimiló muchas creencias y rituales de origen americano y africano. Los rezos, las imposiciones de manos, la utilización de hierbas con fines medicinales y otras prácticas eran comunes en todos los estratos de la sociedad colonial. Muchos de estos rituales están aún vigentes. Los candomblés de hoy no son otra cosa que los *calundus* del pasado. Las *simpatias* (sortilegios), practicados actualmente derivan del sincretismo religioso que se produjo durante cuatro siglos de colonización.

La inquisición y los judíos, según Charles Boxer

En su libro *O imperio colonial portugués*, *1415-1825*, Charles Boxer describió los métodos de la Inquisición católica en su actuación contra los judíos:

> […] De 1536 a 1773, [el Tribunal de la Inquisición] concentró sus principales energías en descubrir y revelar todos los vestigios de judaísmo. Como máquina de persecución, la Inquisición portuguesa fue considerada más eficiente y más cruel que la célebre Inquisición española por las víctimas que experimentaron la severidad de estas infames instituciones. Las personas que eran llevadas a responder ante estos tribunales nunca sabían los nombres de sus acusadores, ni tenían información adecuada acerca de las acusaciones que se les habían imputado de forma secreta. Se utilizaban libremente tanto lisonjas como amenazas y torturas para arrancar confesiones de culpa real o pretendida de los acusados y, sobre todo, para inducirlos a denunciar a otros, comenzando por sus propias familias[12].

[11] *Ibid*., p. 55.
[12] Charles Boxer, *O império*…, p. 262.

Capítulo 10
Jesuitas y cazadores de indios

Por las callejas de la aldea, o a través de los campos, se deslizan sombras. Rebaños trágicos de esclavos indios o de Guinea. Mestizos perezosos y atrevidos. Potentados de gran séquito, henchidos de rudeza y solemnidad, que pasan y de repente desaparecen, tragados por el *sertão*[1].

Alcântara Machado, 1929

La villa de São Paulo hace muchos años que es república independiente, sin observancia de ley ninguna, ni divina ni humana[2].

Gobernador general Câmara Coutinho, marzo de 1692

Durante el periodo de vigencia de la monarquía dual (1580-1640), Portugal y su imperio colonial fueron anexionados por España, formando parte del imperio de los Habsburgo. En ese tiempo, la colonia portuguesa en América tuvo un desarrollo acelerado. La expansión de la agroindustria del azúcar en las capitanías de Pernambuco y Bahía, junto con el aumento de la población colonial, crearon un mercado para el aprovisionamiento regular de víveres y animales de tiro. Esta demanda, sumada a la conquista de las tierras de los cariris y de los aimorés en el interior de Pernambuco y de Bahía, posibilitó el avance de los rebaños de vacas

[1] Alcántara Machado, *Vida e Morte do Bandeirante*, intr. Sérgio Milliet, São Paulo: Martins/INL, 1972, p. 21. La primera edición es de 1929.

[2] La frase de Câmara Coutinho (gobernador general), fue citada por Paulo Prado en *Paulística*. *Apud* Paulo Prado, *Província & Nação/Paulística/Retrato do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio Editora, 1972, p. 66.

hacia el *sertão*, donde la Corona había concedido vastas *sesmarias*. En estos lugares fueron desmotadas extensas regiones en las márgenes del río São Francisco y sus afluentes para instalar *fazendas* (haciendas) de ganado, que se convirtieron así en la retaguardia económica de los centros agrícolas de la costa, suministrando animales para los ingenios, alimentos para la población urbana y cueros para la exportación y para el consumo interno.

La guerra contra los holandeses en el nordeste provocó, en un primer momento, la redistribución de los habitantes de ese territorio. El éxodo demográfico benefició a Bahía, que se convirtió en el centro de las operaciones contra los invasores y, en menor escala, a Río de Janeiro. El abandono de los ingenios y la quema de los cañaverales, que se producía a medida que retrocedían las fuerzas de la resistencia, desorganizaron la producción de azúcar. El reclutamiento de los moradores libres, principales responsables del cultivo de alimentos, provocó la más absoluta falta de víveres y una profunda y constante crisis de abastecimiento. La llegada del contingente europeo agravó la situación, obligando a las autoridades radicadas en Bahía a solicitar la colaboración de los productores de alimentos de las «capitanías de abajo»*.

En este contexto, las áreas de la colonia que se dedicaban al cultivo de productos de subsistencia, «ocupación devaluada socialmente, que sólo era de interés para grupos o áreas marginales»[3], ganaron un papel destacado y se convirtieron en la retaguardia de los frentes de guerra contra los holandeses en Brasil y en África.

A partir de 1625, el Gobierno General dependía cada vez más de las provisiones que llegaban del sur. Ese mismo año, el gobernador de Río de Janeiro, Martim de Sá, envió a su hijo a São Vicente en busca de hombres y suministros para reforzar el cerco de Bahía. En febrero, Salvador Correia de Sá partió hacia el norte con 100 indios y 80 blancos reclutados en las capitanías de São Vicente y Río. Los arqueros indígenas de las aldeas de los jesuitas de esas regiones infligieron importantes daños en las columnas de invasores holandeses. Prueba de ello es que la mayoría de las bajas bátavas fueron causadas por heridas de flecha.

En la meseta de Piratininga, la villa de São Paulo comenzó a ser uno de los principales centros productores de víveres de la colonia. «Las plazas del norte y Angola importan de São Paulo cal, harina de mandioca y de trigo, maíz, alubias, carnes saladas, tocino, chorizo, mermelada, tejidos bastos y jubones de algodón a prueba de flechas»[4].

La interrupción temporal del tráfico de esclavos africanos y de la navegación metropolitana tuvo como consecuencia la intensificación de las actividades de captura de indígenas por parte de los habitantes de la villa de Piratininga. La demanda de víveres y otros productos de subsistencia animaba a los cazadores de esclavos

(*) «Capitanías de abajo» era el nombre con el que se designaba a las capitanías del sur de Brasil: São Vicente, Río de Janeiro y Espíritu Santo. *N. del T.*

[3] Evaldo Cabral de Mello, *Olinda restaurada*, São Paulo: Edusp, 1975, p. 192.

[4] Luiz Felipe de Alencastro, *O trato dos viventes*, São Paulo: Companhia das Letras, 2000, pp. 194-195.

para salir en busca de más brazos para sus cultivos y de esclavos para realizar el transporte de las mercancías a través de la sierra. Los ataques de los *bandeirantes** paulistas contra las misiones de los jesuitas españoles de la Guairá suceden, en gran medida, para satisfacer esta demanda.

La villa de Piratininga

Su corazón es alto, grande y animoso[5].

Morgado de Mateus, 1766

Mientras los colonos del norte de Brasil se enriquecían gracias al azúcar, los colonos de las «capitanías de abajo», en São Vicente, invadían el interior del continente en busca de metales preciosos y de nativos.

En 1554, los padres de la Compañía de Jesús levantaron unas cuantas cabañas de adobe en una colina situada entre los ríos Anhangabaú y Tamanduateí. Con la ayuda de los habitantes de la villa de Santo André da Borda do Campo, y como defensa contra los ataques de los «nativos rebeldes», edificaron una empalizada alrededor del poblado de São Paulo de Piratininga, situado en las proximidades de la cresta de la Sierra de Paranapiacaba, en el interior de la capitanía de São Vicente.

Unos años después, en 1562, en la inminencia de un ataque de los tamoyos, el colono desterrado João Ramalho, junto a su suegro, el jefe indígena Tibiriçá y sus descendientes mestizos, pidieron refugio en el colegio fundado por los jesuitas, considerado más seguro que la villa de Santo André. Por petición de Ramalho, São Paulo de Piratininga consiguió el estatus de villa. La obstinación de los colonizadores acabó por triunfar sobre la hostilidad de las comunidades de tamoyos, que poco a poco retrocedieron y fueron sometidas o exterminadas. A partir de entonces, el flujo de colonos provenientes de Portugal se hizo más constante. A finales del siglo XVI, la villa contaba con unas 1.500 almas y 150 hogares permanentes. Pero, ¿quiénes eran sus habitantes? Aunque algunos alegaban un parentesco con la baja nobleza de Portugal, lo cierto es que los propietarios que finalmente echaron raíces en ese áspero y distante territorio, lo hicieron «porque la suerte les fue esquiva en su tierra natal», como dice el historiador paulista Alcântara Machado en su clásico *Vida e morte do bandeirante*. Modestos agricultores atraídos por las promesas de los donatarios, pequeños comerciantes de recursos limitados, cristianos nuevos en busca de

(*) Los *bandeirantes* eran los integrantes de las *bandeiras*, expediciones de blancos, mestizos e indios al interior o *sertão* para capturar indígenas y buscar oro. *N. del T.*

[5] Al lector entusiasmado con las maravillas del espíritu paulista, un aviso. La cita de Morgado de Mateus se encuentra en carta escrita al rey, el 11 de septiembre de 1766, refiriéndose a los *paulistanos* (naturales de la ciudad de São Paulo). Lo que no consta en el epígrafe –pero vale la pena completar– es que él prosigue diciendo que «su carácter es grosero y poco pulido, pero de un metal muy fino». *Apud* Paulo Miceli, «São Paulo e os tempos difíceis do Morgado de Mateus», en Zélio Alves Pinto (org.), *Cadernos Paulistas: histórias e personagens*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2002, p. 157.

refugio, artesanos y aventureros de todo tipo y especie componían la mayor parte del contingente de colonos. Casi todos llegaban a la meseta sin recursos, aunque muchos llevasen en la imaginación los relatos vivos de la expedición de Aleixo García a las sierras de plata y soñasen con las riquezas escondidas en los eldorados del *sertão*.

Cazadores de «negros de la tierra»

En la espera de que aparecieran los metales preciosos, lo que confería estatus a los colonos era la posesión de grandes *sesmarias*. Si en las capitanías del nordeste, dedicadas a la producción de azúcar, los esclavos africanos eran las «manos y los pies» de los colonos luso-brasileños, en las «capitanías de abajo» no hubo colono que no se sirviese del trabajo y de la colaboración de los habitantes autóctonos. Lejos de los más prósperos centros costeros de colonización, los paulistas partían frecuentemente hacia el *sertão* en busca de metales preciosos y, sobre todo, de indios, los «negros de la tierra», el «remedio» que les hacía más amena la existencia en medio de la extrema pobreza en que vivían.

En los primeros momentos, los nativos «mansos», que habitaban en las aldeas situadas en los alrededores de la villa de Piratininga, administradas por los padres de la Compañía de Jesús a partir de 1600, prestaban servicios en los campos de los colonos. Algunas de esas aldeas, como las de São Miguel, Pinheiros, Barueri, Guarulhos, Carapicuíba, Itaquaquecetuba, Itapecirica y Embú, estaban densamente pobladas y reunían a más de mil habitantes. Los tupiniquines de estos pueblos serían el grueso de las expediciones que realizaban las «entradas» al *sertão* para llevar a cabo el «descenso» de los nativos. Conocían bien las rutas y contaban con un agudo sentido de la orientación en los bosques hollados por sus antepasados durante siglos. Los *bandeirantes*, blancos y mamelucos que comenzaron a organizar y dirigir esas expediciones militares, adoptaron sus costumbres y se sirvieron de ellos en sus batidas. Caminaban descalzos, del mismo modo que sus aliados tupís. En sus largas marchas cargaban faltriqueras llenas de semillas de maíz, que iban sembrando por el camino, y de harina de guerra. Adoptaron como alimento algunas variedades de insectos (hormigas sobre todo) y hablaban la «lengua general», la mezcla de tupí-guaraní y portugués predominante en la meseta hasta el último cuarto del siglo XVIII.

A lo largo del siglo XVII, la esclavitud ilegal de los nativos «rebeldes» se convirtió en la principal actividad de los moradores que, saliendo de la villa durante largos periodos, años a veces, dejaban Piratininga prácticamente despoblada. Quien, impedido por la edad o el sexo, no partía por las veredas del *sertão*, mandaba a algún pariente o criado.

Situados en una región alejada de los centros de poder donde se impedía este tipo de actividad, los paulistas se dedicaron al tráfico de la «gente libre», de los «administrados», de la «gente de obligación», términos eufemísticos acuñados para esquivar la prohibición, decretada por la Corona, de esclavizar a los aborígenes.

La cuestión de la «libertad natural» de los «brasiles» también constituyó un motivo de disputa permanente entre los colonos y los padres de la Compañía, preocupados por evangelizar y aculturar a los nativos. La situación alcanzó un punto crítico en 1640, cuando los jesuitas fueron expulsados temporalmente de la meseta, después de su intento de obligar a cumplir un breve del papa Urbano VIII que proclamaba, alto y claro, la libertad de los indígenas.

Las *bandeiras* de finales del siglo XVI volvían del *sertão* con prisioneros de las tribus de los tupinambás, los tamoyos, los carijós y los tupinaés. Además de servir en los campos de cultivo de los propietarios de Piratininga, muchos eran utilizados también como porteadores, venciendo las escarpadas laderas de la Sierra del Mar, cargando a sus espaldas y a pie las mercancías y las personas que transitaban entre la meseta y el litoral. Otros eran vendidos en los ingenios de São Vicente o de Río de Janeiro e incluso conducidos a las capitanías «de arriba».

Los ataques a las misiones de Guairá y Tapes

Las incursiones de los *bandeirantes* paulistas a las misiones de los jesuitas castellanos de Guairá se multiplicaron a partir del siglo XVII. Paulistas y guerreros tupiniquines se adentraban por el Camino de Peabirú, viejo sendero tupí, rumbo a la Guairá, territorio situado entre los ríos Paranapanema, Iguazú y Paraná. En esta región de posesión dudosa, dado que los portugueses siempre consideraron que la línea de Tordesillas pasaba por el estuario del Plata, los jesuitas españoles habían creado once misiones entre 1622 y 1628.

Con el establecimiento de estas reducciones, los jesuitas españoles proyectaban la creación de un Estado teocrático dentro del Estado imperial, al mismo tiempo que pretendían detener el avance de los *sertanistas* de São Paulo. Conseguían así aislar a las comunidades guaraníes, apartándolas de la cercanía de los colonos portugueses y españoles que codiciaban con avidez esta reserva de mano de obra y se resistían al control ejercido por los jesuitas. Las autoridades civiles españolas, en connivencia con los paulistas y los colonos de Paraguay, prohibieron el uso de armas de fuego por parte de los habitantes de las misiones, dejándolos a merced de los feroces *bandeirantes* paulistas, que se lanzaron sobre ellos en varias oportunidades desde principios del siglo XVII.

Los expedicionarios se dieron cuenta inmediatamente de la ventaja que representaba capturar indígenas de las aldeas jesuitas. Además de vivir reunidos en grupos numerosos, estos nativos estaban habituados al trabajo en el campo. En 1602 se organizó la *bandeira* de Nicolau Barreto, autorizada por el gobernador residente en Bahía, Francisco de Sousa, a la que siguieron las de Manuel Preto, en 1609 y 1619, la de Sebastião Preto, en 1612, y la de Fernão Dias Pais, en 1623.

Ninguna de ellas se compara, sin embargo, con la *bandeira* armada en 1628 por Antônio Raposo Tavares, natural del Alentejo. Al cabo de dos años, sus participantes volvieron con más de cuarenta mil cautivos atados con cadenas. En las entradas realizadas entre los años 1627 y 1640, los paulistas capturaron a unos cien mil

indígenas, constituyendo «una de las operaciones esclavistas más devastadoras de la historia moderna», según el historiador Luiz Felipe de Alencastro. De estas levas de trabajadores cautivos se beneficiaron los grandes propietarios de tierras y de esclavos de la meseta.

Raposo Tavares: perfil de un *bandeirante*

En 1618 llegaba al puerto de Santos, en la costa de la capitanía de São Vicente, Antônio Raposo Tavares. Tenía 20 años y acompañaba a su padre, que había sido nombrado gobernador y *provedor da fazenda* (tesorero) de la capitanía. Cuatro años después, en 1622, el padre muere y el joven del Alentejo se casa con una de las hijas de la «aristocracia de la tierra» paulista. A partir de ese momento, desempeña un papel destacado en la organización de entradas al *sertão*.

En 1627, el nombre de Raposo Tavares figuraba en las actas de la Cámara de São Paulo, que lo denunció como «amotinador del pueblo» cuando organizaba una *bandeira* hacia el *sertão*. En 1628 lideró la gran *bandeira* contra las misiones de los jesuitas españoles en Guairá, que, paradójicamente, fue apoyada por la Cámara Municipal, pues un tercio de sus miembros, considerados «hombres buenos», es decir, la elite local, habían participado ya en otras entradas al *sertão.*

La mayoría de los guaraníes provenientes de los ataques a la Guairá fue llevada en cautiverio para trabajar en los campos y en los caminos de los paulistas. Según Alencastro,

> Los indios no sólo faenaban en los campos de trigo, mandioca y maíz, [sino que también se les ocupaba en el] transporte en el *sertão*, como remeros en los ríos y en la costa, en la pesca y caza para el alimento de las tropas, en la cría de ganado en las *fazenda*s de los jesuitas y de otros propietarios, en el corte y preparación de madera, en el servicio en alfarerías y tejares, en la construcción de fuertes, empalizadas, casas, barracas, en la apertura y la conservación de caminos, en la fabricación de barcos, como estibadores y en el trabajo en las embarcaciones…[6].

Las cualidades demostradas en tantos y tan exigentes tipos de actividades constatadas en esta lista no coinciden en nada con la supuesta «indolencia» e «inadaptación» de los nativos americanos al trabajo, presente en innúmeros relatos posteriores de cronistas e historiadores.

Unos pocos eran vendidos para los ingenios en las capitanías del norte. La interrupción del tráfico de africanos no llegó a estimular la formación de un mercado interno para los cautivos americanos. El botín de los participantes en las batidas estaba destinado, en primer lugar, a los campos donde se cultivaban productos de subsistencia. Debe tenerse en cuenta, además, que por encima del interés de los paulistas, estaba el interés de los negreros fluminenses, representados en la figura

[6] L. F. de Alencastro, *O trato*, pp. 196-197.

de Salvador Correia de Sá, que toman partido por los jesuitas en las querellas entre los paulistas y las autoridades civiles y eclesiásticas.

La legislación filipina condenaba abiertamente las actividades de los expedicionarios paulistas y la esclavitud de las poblaciones nativas, pero la distancia a los principales centros administrativos y la participación de la mayoría de los grandes propietarios y del propio donatario de la capitanía en las entradas, anulaban por completo las disposiciones oficiales a favor de la libertad de los indígenas. No es casualidad que, poco después de los ataques a las misiones de Guairá y Tapes, en el actual estado de Rio Grande do Sul, las autoridades metropolitanas activaran el Tribunal del Santo Oficio, la temible Inquisición, y lanzaran acusaciones de judaísmo contra los paulistas. Se pensó, incluso, en instalar un Tribunal en Río de Janeiro.

La Corona española tenía motivos de sobra para temer la unión de intereses entre los *bandeirantes* y los productores esclavistas de Piratininga y de Paraguay. Basándose en el testimonio de los padres jesuitas de Guairá, fue ordenada la prisión de Raposo Tavares y la destitución del gobernador de Paraguay. El *bandeirante* fue excomulgado por los jesuitas y separado del cargo de oidor de la Cámara.

El castigo duró poco, y el alentejano fue rehabilitado rápidamente por las autoridades coloniales de Río de Janeiro, lo que deja claro que, a pesar de las medidas adoptadas de cara a la galería, el poder civil necesitaba a hombres como Tavares, especialmente en los tiempos de guerra contra los holandeses.

En 1636, el temible *bandeirante* armó otra expedición contra las misiones de Tapes. En 1639 recibe la patente de capitán de compañía para ayudar en la leva que el conde de la Torre mandó realizar en las capitanías del sur. Al año siguiente, todavía bajo dominio de los Felipes, fue promovido al cargo de «gobernador del reclutamiento» y participó activamente en el alistamiento de soldados para el frente de batalla del norte. Formó parte, además, de la malograda tentativa de recuperación de Recife por la armada del conde de la Torre en enero de 1640. Informes escritos por los holandeses certifican la llegada, en septiembre de 1639, de dieciséis navíos venidos de Río de Janeiro con más de 1.200 soldados y gran cantidad de carne y harina, destinados al ejército del conde.

Tras los repetidos ataques de los paulistas a Guairá, los jesuitas españoles decidieron abandonar el lugar. En el episodio que pasaría a conocerse como «el gran éxodo», se llevaron a cerca de doce mil guaraníes hacia las regiones del río Uruguay y del Tapes, donde establecieron quince reducciones. Los ataques a las misiones de los jesuitas españoles sólo cesaron después de que los padres de la Compañía decidieran, por cuenta propia, responder con armas de fuego.

En 1641, la *bandeira* de Jerônimo Pedroso fue aniquilada a orillas del río Mbororé. Bajo el mando del padre jesuita Domingos de Torres, ex militar de carrera, cuatro mil guaraníes, portando 300 armas de fuego y *tacuaras*, cañones hechos de bambú que disparaban cargas de metralla, masacraron a cerca de 300 paulistas y 600 arqueros tupís. Los paulistas se vieron obligados, tras esta derrota, a buscar otras reservas de mano de obra para sus cultivos.

La expulsión de los jesuitas de São Paulo

Después del ataque de la *bandeira* de Raposo Tavares a las misiones de los jesuitas españoles en Guairá, los padres de la Compañía decidieron formalizar una queja contra los paulistas ante el rey Felipe IV y ante el papa Urbano VIII. En 1638, el padre Ruiz de Montoya, que presenció los ataques *bandeirantes* a las reducciones de Guairá, salió de Paraguay provisto de documentos suministrados por las autoridades civiles demostrando la práctica de la esclavitud de los indios, para presentar en la corte de Madrid. El rey creó inmediatamente una comisión para tratar el asunto, y al poco tiempo emitió varias órdenes proclamando, en términos genéricos, la libertad de los indígenas. Cabría a las autoridades civiles dar auxilio a los jesuitas en la defensa contra los captores de indios. Además de esto, las leyes obligaban a las personas a liberar a los indios que estuviesen bajo cautiverio, amenazándoles con ser castigados por la Inquisición y con la confiscación de sus bienes. Raposo Tavares y sus secuaces deberían ser detenidos y enviados a Portugal para ser juzgados. Los españoles que se empeñasen en colaborar con los *bandeirantes* serían desterrados a Paraguay. Al final de su estancia en la corte, Ruiz de Montoya obtuvo el tan ansiado permiso para armar a sus neófitos.

Un año antes de la misión a Madrid, los jesuitas de Guairá enviaron al padre Francisco Díaz Taño a Roma para presentar protestas contra el brutal ataque lanzado por la tropa de Raposo Tavares. A su regreso a América, el jesuita español traía entre sus pertenencias un breve papal, amenazando con la excomunión a aquellos que esclavizasen a los indios y que obligaba al clero a reprimir esa práctica criminal.

Aunque tuviese la intención de ir directo a Buenos Aires, el mal tiempo obligó al padre Díaz Taño y a los treinta novicios que le acompañaban a arribar a Río de Janeiro el 15 de abril de 1640. «Los jesuitas desembarcaron aquella misma noche, siendo escoltados hasta el colegio por Salvador [Correia de Sá], en persona, con una guardia de honor perteneciente a la guarnición local, formando una verdadera procesión iluminada por antorchas, bajo salvas de mosquetería y con el estruendo de las trompetas»[7].

Viéndose forzado a permanecer en Río de Janeiro hasta octubre, a la espera de vientos más propicios, Díaz Taño decidió divulgar el breve papal que traía consigo. Dos días después los jesuitas se reunieron en la colina conocida como *morro do Castelo* y decidieron dar publicidad al breve, antes de que llegase la versión traducida por las autoridades portuguesas. Se enviaron copias certificadas del breve a São Paulo y a Santos, y se solicitó a las autoridades eclesiásticas que divulgasen su existencia. La primera oposición a la publicación del breve se manifestó en el momento en que la asamblea general de las autoridades civiles y eclesiásticas de Río decidió apelar a la Justicia contra la decisión de Taño, en un intento por ganar tiempo y disuadir a los jesuitas de sus intenciones de obtener la liberación de los indígenas. En el puerto de Santos, en la capitanía de São Vicente, la publicación del breve, algunos

[7] Charles Boxer, *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola 1602-1686*, São Paulo: Editora Nacional, 1973, p. 143.

días después de la reunión de las autoridades de Río de Janeiro, provocó un motín. Los jesuitas se libraron por poco de ser linchados.

En Río, la reacción popular fue idéntica. La multitud se dirigió al colegio de los jesuitas y derribó la puerta a hachazos gritando, «¡matadlos, matadlos, echadlos, echad de aquí a los padres de la Compañía!»[8]. Salvador Correia de Sá y sus guardias aparecieron y salvaron a los jesuitas de la multitud enfurecida. Tras una nueva asamblea, las partes en conflicto decidieron entablar una batalla judicial en Lisboa, Madrid y Roma. El ambiente continuó siendo tenso en la ciudad hasta que los padres de la Compañía acordaron mantener el *status quo*, permitiendo que los colonos continuasen utilizando los servicios de los indios «particulares». Se comprometieron, además, a «devolver a sus dueños todos los indios que hubiesen huido de sus señores y buscado asilo en las aldeas de las misiones»[9].

La lectura del breve en São Paulo, realizada la mañana del 13 de mayo del mismo año, provocó la revuelta inmediata de la multitud y los mismos gritos de «matad, matad a los padres de la Compañía, que son la causa de todo esto». La animosidad del pueblo de São Paulo contra los jesuitas era tan antigua como la misma actividad de captura de indios ejercida por la mayoría de los potentados de la villa de Piratininga. El breve papal iba directamente contra la principal actividad, el «remedio» de los paulistas, precisamente en el momento en que la demanda de víveres tenía un mercado garantizado sin prácticamente ninguna competencia externa. Las disposiciones del breve golpeaban de lleno también a las demás órdenes religiosas, cuyos miembros participaban frecuentemente en las expediciones de apresamiento. Los jesuitas del Colegio de São Paulo se quejaban desde hacía tiempo de la participación de los oficiales de la Cámara, muchos de ellos ex alumnos suyos, y de miembros de otras órdenes eclesiásticas en las entradas al *sertão*.

Atrincherados en el Colegio, los padres de la Compañía vieron conveniente esperar la llegada de las órdenes del rey para hacer efectivo el breve papal. A pesar de la aparente calma, pues los jesuitas no fueron importunados ni sufrieron amenaza física alguna por parte de los habitantes de la villa, en la reunión de los consejos municipales de São Paulo y de Río de Janeiro se decidió que serían expulsados de la capitanía de São Vicente, conminándolos a que dejaran la villa y el Colegio. Salieron así para Santos, de donde partieron el día 3 de agosto. Se dirigieron a Río de Janeiro, donde pudieron quedarse gracias a la protección dada por el gobernador, Salvador Correia de Sá.

[8] Serafim LEITE. *História da Companhia de Jesus no Brasil*, Río de Janeiro, 1938-50, p. 37, vol. 6 citado por C. BOXER, *Salvador de Sá*, p. 145.

[9] Charles BOXER, *ibid.*, p. 147.

Los rebeldes paulistas y la restauración

En marzo de 1641 llegaba a Río de Janeiro, muchos meses después de producirse, la noticia de la restauración de la monarquía en Portugal. La nueva situación política y la posibilidad de que los súbditos rebeldes de la meseta de Piratininga no reconocieran al duque de Braganza como legítimo soberano, determinaron que João IV amnistiase a los paulistas de los «crímenes cometidos en las entradas al *sertão*», como dice el documento elaborado por el gobernador de Río de Janeiro.

El gesto conciliador no era fortuito: buscaba eliminar una de las fuentes de preocupación de la monarquía portuguesa, previendo que los desafíos realmente importantes que se presentarían no serían pocos. João IV necesitaba obtener el reconocimiento internacional de la independencia portuguesa, defender las fronteras contra un posible ataque español y obtener la reposición de las colonias americanas, africanas y asiáticas que habían sido perdidas a favor de neerlandeses e ingleses durante la Unión Ibérica.

En el auto de aclamación del rey João IV de Braganza, el nombre de Raposo Tavares figuraba inmediatamente debajo de la firma del representante del capitán donatario. La procuración otorgada a Tavares por los moradores y regidores de São Paulo para que representase sus intereses «en toda la capitanía, en todo Brasil y en el reino de Portugal, ante el rey Nuestro Señor D. João IV, y donde fuese necesario en dicho Reino», prueba el prestigio de que gozaba el *bandeirante* entre los habitantes de Piratininga. No es casualidad que el nuevo rey portugués amnistiara a los paulistas por los «crímenes cometidos en las entradas a los *sertões*».

Los paulistas aclamaron al nuevo rey, pero rechazaron la readmisión de los jesuitas, que habían vuelto a Santos escoltados por un regimiento de la guarnición fluminense. Salvador Correia de Sá, de visita en la ciudad, intentó establecer diálogo con los paulistas, pero estos, tan pronto supieron que el gobernador estaba de camino, bloquearon los senderos de la Sierra del Mar y cortaron las comunicaciones con la costa. En la meseta, los paulistas alegaron que habían obstruido las veredas de la sierra para evitar una rebelión de esclavos indios, pues ya comenzaba a circular la noticia de que Salvador Correia iba a liberar a los nativos y «llevarlos consigo, vestirlos y darles buen trato». Alegaron, también, que las cartas-patentes del gobernador sobre las minas y sobre la «capitanías de abajo» habían sido obtenidas «por medio de maniobras ilícitas, sin haber sido registradas en Lisboa, en debida forma», como nos cuenta el historiador Charles Boxer[10].

La Cámara de São Paulo continuó en estado de insurrección hasta 1654, el mismo año en que los holandeses fueron expulsados de Recife. Durante todo ese periodo, los paulistas consiguieron mantener el destierro de los jesuitas, la confiscación de sus bienes y el control sobre la población de las aldeas administradas por ellos.

[10] *Ibid*., p. 164.

Más allá de Tordesillas

Haciendo la vista gorda a las actividades de los súbditos de Piratininga, la Corona se sirvió de ellos para consolidar sus designios geopolíticos. Durante todo el siglo XVII, el territorio recorrido por los cazadores de esclavos y los buscadores de metales preciosos se amplió cada vez más, mirando por el «bien y aumento de la república».

La impresionante jornada de Raposo Tavares, que se internó en los bosques de Paraguay en 1648, subió el río Madeira y alcanzó el Amazonas cuatro años después, fue tal vez la más célebre de esas epopeyas. Al acabar el siglo, los inquietos paulistas descubrieron grandes depósitos de oro en las futuras Minas Gerais, de donde fueron expulsados por los *emboabas*, portugueses y bahianos venidos del litoral. Después vino el descubrimiento de las distantes minas de Cuiabá, el ciclo de los *monzones** y de las caravanas de mulas.

Los incansables (por no decir insaciables) hombres del *sertão*, salidos del arrabal de Piratininga, contribuyeron a dibujar las fronteras del Brasil de hoy. Aun así, la suerte continuaría siéndoles esquiva durante casi todo el periodo colonial y la villa continuó condenada a la insignificancia, al igual que las «capitanías de abajo», que no fueron más que un inmenso sumidero de aventureros rudos y marginales que se apropiaron de las fronteras del sur.

En las capitanías del sur, a comienzos del siglo XVII, los mestizos hijos de lusitanos e indios constituían el grueso de la población. Según Charles Boxer, «esto hacía un vivo contraste con la situación de Bahía y Pernambuco, donde la creciente importación de negros dio como resultado el rápido crecimiento de la comunidad mulata. La diferencia entre el mestizo y el mulato se expresaba de modo conciso cuando se decía que el primero no conocía a su madre, mientras que el último ignoraba quien era el padre. El indio mezclado seguía, por regla general, los designios del padre, convirtiéndose en cazador de esclavos que acosaba y capturaba a miembros de la raza a la que pertenecía su propia madre; el mulato, por el contrario, continuaba en su condición de esclavo, como su madre africana»[11].

Bandeirantes y *bugreiros***

Con el fin de la guerra contra los holandeses y la reactivación del tráfico de esclavos africanos, los paulistas se desplazaron hacia el norte, donde se convirtieron en *bugreiros*, esto es, fueron contratados por las autoridades de las capitanías de Bahía, Pernambuco y Piauí para exterminar a las comunidades indígenas que bloqueaban el avance del ganado y para cazar esclavos *quilombolas* (fugitivos) que amenazaban los cañaverales y los ingenios de las áreas productoras de azúcar. A cambio de esos servicios recibían *sesmarias* y se convertían en criadores de ganado.

(*) En portugués *monções*, expediciones realizadas en los siglos XVIII y XIX que, siguiendo los cursos de los ríos, mantenían comunicadas entre sí a las capitanías de São Paulo y Mato Grosso. *N. del T.*

[11] C. Boxer, *Salvador de Sá*, p. 39.

(**) *Bugreiro* significa, literalmente, cazador de *bugres*. *Bugre* era el nombre que despectivamente se daba a algunos grupos de indígenas. *N. del T.*

La expansión de la ganadería fue la causa de la lenta y constante ocupación de las tierras del interior del continente y de la formación de una red de caminos que comunicaban los centros urbanos del litoral con el *sertão*. Martim Afonso de Sousa y su primo, Tomé de Sousa, primer gobernador general de Brasil, llevaron los primeros ejemplares de ganado bovino, provenientes de las islas de Cabo Verde.

La primera *sesmaria* destinada a la cría de ganado fue donada a García D'Ávila, una especie de criado de Tomé de Sousa. Los descendientes del fundador de la Casa da Torre llegaron a poseer *sesmarias* de más de 260 leguas de frente en la margen pernambucana del río São Francisco. Otros grandes propietarios, herederos del maestre de campo Antônio Guedes de Brito, poseían 160 leguas en el interior de Bahía a principios del siglo XVIII, según la información dada por el jesuita Antonil. «Y, en estas tierras, una parte de los dueños dellas tienen corrales propios; y otra parte son de los que arrendaron sitios dellas», en las palabras del cronista. Algunas *fazenda*s de la región contaban con más de veinte mil cabezas.

Caminos del *sertão*. La «Guerra de los Bárbaros»

Los ganaderos avanzaron por el interior de Bahía en dirección a Piauí. Las guerras contra los holandeses estancaron momentáneamente la marcha de los rebaños de bueyes, y sólo sería retomada después del fin del conflicto, a pesar de la aguerrida resistencia de los habitantes indígenas de la zona. A partir de 1687 los colonos luso-brasileños se enfrentaron a una gran rebelión de tapuias de Ceará, la Confederación de los Cariris, en el conflicto denominado «Guerra de los Bárbaros», que se prolongó hasta 1697. *Bugreiros* paulistas y veteranos de las guerras contra los holandeses fueron convocados para acabar con los nativos rebeldes y conquistar sus tierras para los rebaños de vacas.

A principios del siglo XVIII, los descendientes de García D'Ávila, Domingos Afonso Mafrense, gran propietario de tierras y de ganado en el interior de Paraíba, Rio Grande y Ceará, y Domingos Jorge Velho, renombrado capitán de bosque y cazador de esclavos fugitivos, emprendieron la conquista del interior de Piauí.

> La región entre los ríos Parnaíba y Gurguéia fue transitada por primera vez con intenciones colonizadoras por el paulista Domingos Jorge Velho, en 1671. Combatiente y famoso cazador de amerindios, formó parte de la vanguardia en la destrucción del *quilombo* de Palmares, y fue descrito en los siguientes y poco elogiosos términos por el obispo de Pernambuco: «Este hombre es uno de los mayores salvajes con los que he topado; cuando se avistó conmigo trajo consigo a un «lengua», porque ni hablar sabe, ni se diferencia del más bárbaro Tapuya, mas en decir que es cristiano, y no obstante haberse casado hace poco, le asisten siete indias concubinas, y de esto se puede inferir como procede en lo demás»[12].

[12] Charles Boxer, *A idade de ouro do Brasil*, trad. Nair de Lacerda, 3.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 2000, p. 253.

En la primera mitad del siglo XVIII, los jesuitas heredaron las tierras pertenecientes a Domingos Afonso Mafrense. En 1739, los padres poseían treinta propiedades de unas 100 leguas en Piauí, en las que pastaban más de treinta mil cabezas de ganado y 1.500 caballos.

DE *CARNE SECA* Y *PIRÃO**

La preparación de la llamada *carne seca* o *carne de sol* (charque) se convirtió en la principal actividad de las capitanías de Rio Grande do Norte, Ceará y Piauí a lo largo del siglo XVIII. Las tiras de carne saladas y deshidratadas al sol eran exportadas a Bahía, Pernambuco, Maranhão, Pará y Río de Janeiro. En 1788, la ciudad de Olinda consumió nada menos que catorce navíos cargados del producto, cada uno de ellos con cerca de 72.000 kilos, el equivalente a la producción de dos mil bueyes. El alimento era consumido por todos los habitantes de la colonia, de los menos favorecidos a los más ricos. En las casas-grandes, el principal plato diario era la carne seca con *pirão* de harina de mandioca. Era también el principal elemento de la dieta de los esclavos africanos de los ingenios de la costa y raramente faltaba en la mesa del habitante del *sertão*. También formaba parte de la ración de los soldados y del avituallamiento de las tripulaciones de los navíos que anclaban en Brasil.

Las persistentes sequías que asolaron Ceará y Piauí en el último cuarto del siglo XVIII liquidaron casi por completo la industria de carne seca en la región. A partir de este momento, muchos ganaderos transfirieron sus «fábricas» a Rio Grande do Sul, que se convirtió así en una importante región productora de charque.

Los cueros también constituían una importante fuente de ingresos para los criadores de ganado, pues eran vendidos en el mercado local y exportados a Portugal. Sólo para tener una idea del volumen de ese comercio, antes de 1790, comienzo de una sequía que duró cuatro años, los ganaderos de la región de Aracati, en Ceará, exportaban anualmente más de treinta mil cueros de buey con destino a la metrópoli.

LA *FAZENDA*, SEGÚN CAIO PRADO JUNIOR

Con el objetivo de mostrar la existencia de una economía diferente, aunque complementaria, de la brutal esclavitud de los ingenios, el historiador y geógrafo paulista Caio Prado Jr. describió con las siguientes palabras las *fazenda*s, que constituían los núcleos organizadores de ese amplio y disperso universo local del habitante del *sertão*:

> Las instalaciones de una *fazenda* […] son sumarias: corrales y casas de vivienda, todo de construcción tosca, y todo lo que en ellas se encuentra. El personal empleado es reducido: el vaquero y algunos auxiliares, también llamados *fábricas*.

(*) Puré a base de harina de mandioca. *N del T.*

> Al que dirige todos los servicios de la *fazenda* se le remunera con el propio producto de ella, una cuarta parte de las crías. En las *fazenda*s más importantes a veces hay dos y hasta tres vaqueros que se reparten el cuarto entre sí. Los auxiliares o *fábricas* son de dos a cuatro, según las proporciones de la *fazenda*; están subordinados al vaquero y lo ayudan en todos los servicios. A veces son esclavos, pero es más común que sean asalariados, recibiendo una remuneración por mes o por año. Estos *fábricas* también se ocupan de los campos de cultivo que les proporcionan subsistencia, y que son plantados en los lechos al descubierto de esos ríos intermitentes del *sertão*, donde durante el estiaje se refugian los últimos restos de humedad[13].

El mundo del *sertão* tiene ahí su origen, y se desarrollará hasta cubrir vastas porciones del territorio, sedimentando la presencia luso-brasileña y articulando regiones distantes y aisladas de la colonia. Los caminos y fronteras del futuro Estado-Nación delinearán la estructura básica del país. En aquellas regiones interiores remotas, alejadas de la costa y de los principales núcleos urbanos, los hacendados y toda la constelación social que les rodeaba serán la base de la sociedad de los «coroneles» y de los «mandones». Un mundo de atavismos socioculturales y de esquemas mentales que darán origen a toda una literatura de alta densidad política y estética, tal como se puede leer en *Os Sertões* (1902), de Euclides da Cunha, y en *Grande Sertão. Veredas* (1956), de Guimarães Rosa.

[13] Caio Prado Júnior, *Formação do Brasil contemporâneo*, 20.ª ed., São Paulo: Brasiliense, 1987, pp. 192-193.

Capítulo 11
Conflictos y rebeliones coloniales

> Gigantes hay ladrones, y ladrones gigantes. Y así, es su dominio tan agigantado que nada les hace frente y, por eso, con razón todos los temen, y tiemblan. Son estos los poderosos por nobleza, por oficio, por títulos y otras cualidades que los hacen osados, intrépidos y dispensados; y cuando dan en hurtar no hay otro remedio que el de poner en cobro, con temor y pavor, o armarse de paciencia y entregar sin ninguna posibilidad de defensa las armas y las haciendas para comprar, con la pérdida de ellas, la ganancia de la propia vida[1].
>
> Anónimo, siglo XVII

En la segunda mitad del siglo XVII, tras la restauración de su independencia en 1640, Portugal continuó sufriendo amenazas externas en varios frentes, tanto en la metrópoli como en las colonias. Al dubitativo João IV le cupo la ardua tarea de obtener el reconocimiento internacional de la independencia, defender las fronteras contra los españoles y recuperar las colonias americanas, africanas y asiáticas perdidas a manos de neerlandeses e ingleses durante la Unión Ibérica.

Empujado «por la ambición de su mujer», el duque de Braganza aceptó convertirse en rey de Portugal. Mientras la nobleza maniobraba para hacerlo rey, «el duque esperó en sus tierras del Alentejo a que la revolución estallase en la capital, de la misma forma que después, siendo rey, dejó que se prolongara la guerra contra España sin comparecer nunca en el campo de batalla»[2].

[1] Anónimo (del siglo XVII), *Arte de furtar*, São Paulo: Martin Claret, 2006, p. 163. Atribuida anteriormente al padre Antonio Vieira, la obra sería de 1652 o, más probablemente, de 1744, *cf.* el estudio crítico (1906) de João Ribeiro, existente en la introducción de esta edición.

[2] Manuel de Oliveira Lima, *Pernambuco, seu desenvolvimento histórico*, 2.ª ed., Recife: Secretaria de Educação e Cultura-Governo do Estado de Pernambuco, 1975, p. 128.

En efecto, el 1 de diciembre de 1640 Portugal recuperó su independencia de España (la llamada Restauración). El octavo duque de Braganza fue aclamado João IV de Portugal por la nobleza, deseosa del retorno a la «forma legítima de Estado y de derecho», y antes de que se repitiese otra sublevación popular, como la ocurrida en 1637.

Con un equipo de hábiles negociadores y ejercitando el arte de la dilación, João IV trató de hacer las paces con los Países Bajos, cuya Compañía de las Indias Occidentales ocupaba entonces el litoral nordeste de Brasil. Trató también de buscar un aliado suficientemente fuerte que sirviera como protector en el conflicto contra España.

El frágil reino de Portugal iniciaba, en condiciones financieras dramáticas, una larga guerra para mantener la independencia y recuperar el patrimonio perdido durante el «largo cautiverio». La Corona se quedó sin los considerables réditos proporcionados por el comercio entre Lisboa y Goa, que pasó a ser controlado por las compañías de comercio holandesa e inglesa. A la monarquía portuguesa no le quedó más que un tercio del movimiento comercial anterior a los ataques.

La pérdida de los principales mercados de esclavos del litoral africano, aunque temporal, ponía en riesgo el lucrativo negocio del tráfico trasatlántico para las colonias de la América española y portuguesa. Durante los años de la Unión Ibérica, negreros y hombres de negocios portugueses detentaron el «asiento», el contrato de suministro de esclavos al imperio español en América. La ocupación holandesa del nordeste de Brasil privaba a la Corona de importantes lucros y ponía a Portugal a merced de un aliado voraz: Inglaterra.

La «pérfida Albión». Inglaterra, aliado y verdugo

Los Braganzas pagaron cara la protección ofrecida por Inglaterra. A pesar de que ya desde el comienzo las exigencias de los intereses comerciales y manufactureros ingleses fueron exorbitantes, Portugal firmó su primer tratado con el Parlamento inglés en 1642. Por medio de ese tratado, Inglaterra obtenía beneficios comerciales importantes y aseguraba la libertad religiosa de sus súbditos en territorio portugués, por no hablar de la inmunidad frente a la Inquisición, arma usada con frecuencia por los reinos que apoyaron la Contrarreforma católica para librarse de empresarios exitosos, en los diversos tratos comerciales y financieros.

A cambio de promesas de amistad y del reconocimiento de la independencia, Portugal aceptó la consideración de Inglaterra como nación más favorecida. Los súbditos ingleses tendrían extraterritorialidad e inmunidad legal, no pudiendo ser juzgados por los tribunales portugueses. El tratado nunca llegó a ponerse en práctica, pero sirvió de base para las formulaciones jurídicas que orientaron las acometidas posteriores de la Commonwealth en los dominios de Portugal.

En 1654, tras haber vencido en el primer conflicto entre Inglaterra y los Países Bajos por la primacía en los mares del mundo, Oliver Cromwell, *Lord Protector* de la Commonwealth desde diciembre de 1653, aprovechó para ratificar, unilateralmente,

las cláusulas del tratado de 1642, consolidando así la posición privilegiada del comercio inglés, es decir, de una activa burguesía comercial ascendente, en los dominios ultramarinos de Portugal. A cambio, Inglaterra no ofrecía más que su amistad.

João IV murió en 1656 sin ratificar el tratado por parte portuguesa. En vida había rehusado la cláusula de libertad de religión y de la inmunidad frente a la Inquisición, pero su sucesor no tenía elección. Ante la amenaza de la presencia de navíos ingleses, preparados para hacerse con la flota de Brasil, el rey Afonso VI firmó el tratado.

A partir de entonces, la comunidad de hombres de negocios ingleses residentes en Portugal comenzó a actuar según sus propias reglas, siéndoles aseguradas unas condiciones mejores incluso que las disfrutadas por los mismos portugueses. El acceso al comercio con Brasil y África occidental en términos de igualdad con los súbditos portugueses, figuraba entre las grandes conquistas de los comerciantes ingleses, y significó el primer golpe al monopolio comercial portugués[3]. «De nuevo», como señaló el historiador inglés Alan Manchester, «Inglaterra limitaba sus obligaciones a la manifestación de amistad, sin ninguna garantía de asistencia militar, mientras que Portugal se convirtió, virtualmente, en vasallo comercial de Inglaterra»[4].

Una difícil posguerra

En Europa, Portugal se enfrentó a los ejércitos españoles hasta que fue reconocida su independencia en 1668. En las largas guerras contra Holanda, el reino luso perdió algunos de sus principales mercados de esclavos en la costa occidental de África y las principales plazas comerciales del *Estado da Índia*. Estas pérdidas supusieron un duro golpe en los muy mermados cofres del tesoro real. Si todo eso no bastaba, Portugal también había perdido su marina mercante y de guerra, dependiendo del alquiler de navíos ingleses, alemanes y holandeses para mantener el flujo comercial de productos tropicales y el abastecimiento de sus colonias en ultramar.

En la América portuguesa, el periodo posterior a la Restauración (1640) y a la expulsión de los invasores holandeses (1654) fue de crisis y empobrecimiento. El fin de la guerra contra los holandeses en Brasil no trajo consigo el alivio fiscal esperado por los colonos luso-brasileños. Además de la pesada carga tributaria, resultante de los años de guerra, los productores de azúcar tuvieron que hacer frente a los competidores de las Antillas francesas e inglesas. Se creó así una nueva situación de competencia que acabó ocasionando la caída del precio del producto en el mercado internacional y agravó el endeudamiento de los productores con los comerciantes portugueses.

[3] En 1661 los holandeses obtuvieron condiciones semejantes, como indemnización por los territorios recuperados en América del Sur.

[4] Alan Manchester, *British Preeminence in Brazil*, Nueva York: Octagon, 1964, p. 9.

Empobrecidos, los *senhores de engenho* ya no eran capaces de importar productos de lujo y esclavos en las mismas cantidades que antes del conflicto. En Pernambuco, los comerciantes judíos y holandeses fueron sustituidos por comerciantes de la metrópoli, cuyos intereses estaban estrechamente ligados a los de la corona.

La crisis financiera obligó a la monarquía portuguesa a tomar una serie de medidas con el objetivo de centralizar la administración de su colonia americana. Como consecuencia de este proceso, las elites locales, sobre todo las de las áreas afectadas por la ocupación holandesa, perdieron poder político. La respuesta de la corona a la vista de la grave crisis económica fue compensar las pérdidas sufridas en el resto del imperio colonial portugués por medio del establecimiento de una administración de mayor presencia en Brasil. La burocracia, identificada con las políticas fiscales de la Corona, creció y se hizo más numerosa.

Al acabar las guerras de independencia, Portugal comenzó a depender casi exclusivamente de la recaudación de impuestos provenientes del comercio con Brasil. A pesar de mantener el mercado de esclavos de Angola, el reino luso ya no tenía en sus manos el monopolio de la exportación de esclavos africanos a la América española, el famoso contrato del «asiento». A partir de mediados del siglo XVII, los negreros portugueses tuvieron que enfrentar la competencia de holandeses e ingleses en las costas africanas. Con el final de la Guerra de Sucesión española en 1713, el «asiento» pasó a manos de los negreros ingleses.

Conflictos internos en la colonia

En los capítulos anteriores hemos visto que la colonización de Brasil por los portugueses no había sido de ningún modo tranquila. En primer lugar, los colonizadores tuvieron que enfrentarse a la feroz resistencia de los habitantes nativos, que, a su vez, fueron esclavizados, sufrieron infecciones o tuvieron que abandonar sus tierras para huir de los colonos.

La cada vez mayor presencia de esclavos africanos creó otro frente de conflicto en la colonia. Las fugas y las revueltas eran frecuentes, hasta constituir una de las principales preocupaciones de las elites coloniales, una minoría blanca en medio de la masa de esclavos de los campos de cultivo y de los ingenios.

Durante el siglo XVII los conflictos se generalizaron, afectando a todos los sectores de la sociedad colonial. Por si esto fuera poco, los cambios administrativos introducidos por la Corona, que pretendían centralizar y controlar con mayor rigor la colonia americana, provocaron disputas entre colonos y funcionarios del gobierno, entre colonos y jesuitas, y entre *senhores de engenho* y comerciantes.

La primera revuelta: Barbalho

El dos de noviembre de 1660, los moradores de la parroquia de São Gonçalo, hoy Niteroi, se rebelaron contra el pago de un impuesto per cápita creado por el gobernador de la capitanía de Río de Janeiro. La finalidad de este impuesto era saldar

los nueve meses de salarios atrasados que se debían a los soldados de la guarnición de la villa. Aprovechando la ausencia del gobernador, en viaje de reconocimiento por las minas de Paranaguá, los colonos se alzaron en armas, y bajo el liderazgo de Jerónimo Barbalho, proclamaron su rechazo al gobierno de Salvador Correia de Sá e Benavides, «a causa de las muchas tasas, impuestos y tiranías con que aterroriza a este pueblo extenuado»[5].

La rebelión de los moradores de São Gonçalo fue la primera revuelta popular contra los abusos cometidos por autoridades representativas de la metrópoli en la colonia. Un total de 112 personas, entre colonos y religiosos, firmaron el auto que depuso al gobernador Salvador y a su primo Tomé Correia en los días que siguieron a la revuelta, que dio como resultado el establecimiento del primer gobierno «independiente», por así decir, de la colonia.

El inicio de la trama se remonta al tiempo en que el tercer gobernador general de Brasil, Mem de Sá, completó la conquista de la bahía de Guanabara en el tercer cuarto del siglo XVI. Con la expulsión de los franceses y el sometimiento de los tamoyos, el gobernador dejó a su sobrino Salvador Correia de Sá como su representante en la nueva capitanía real. A lo largo del siglo, la familia de Sá fue sucediéndose en el cargo y ejerció más poder, autoridad e influencia que muchos capitanes donatarios. Tras la muerte del viejo Salvador, su hijo Martim de Sá ocupó el gobierno de la capitanía durante varios periodos. Al mismo tiempo, otros miembros de la familia, tanto Correias como Sás, ocupaban posiciones administrativas de menor importancia. En el transcurso del siglo XVII, los Correia de Sá se enriquecieron gracias a los servicios prestados a la corona en los dos lados del Atlántico y a costa de los cargos oficiales ejercidos.

Cuando Salvador Correia de Sá e Benavides, hijo de Martim, llegó a Río de Janeiro en abril de 1659 para ejercer su tercer mandato como gobernador, en su condición de general de la flota de Brasil y de capitán general del Sur, era el hombre más rico de la capitanía. Contaba con una vasta fortuna en tierras y cañaverales y poseía más de 700 esclavos, entre «negros de la tierra» (indios) y de Angola.

La rebelión atravesó la bahía de Guanabara y alcanzó la villa de São Sebastião do Rio de Janeiro, en una clara demostración del descontento de los habitantes con la mala administración de los recursos y con los métodos despóticos utilizados por la oligarquía de los Correia de Sá en los asuntos públicos. El 8 de noviembre, el pueblo en armas, junto con la guarnición militar, que se adhirió a la causa a cambio del pago de los salarios atrasados, comenzó a saquear las casas de los súbditos más adinerados de la villa, incluso la de Salvador. Todos los Correias fueron destituidos de sus cargos, y el hermano de Jerónimo, Agustín, fue obligado a asumir el cargo de gobernador.

[5] Charles R. Boxer, *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola 1602-1686*, São Paulo: Nacional/ Edusp, 1973, p. 326.

En su proclamación, los amotinados prometían fidelidad al rey de Portugal, Afonso VI, y exigían que se hiciese un riguroso examen de las cuentas públicas, para verificar por qué las fuentes de renta de la Corona eran insuficientes para hacer efectivo el pago a los soldados de la guarnición. Pedían también el restablecimiento de la tasa cobrada sobre el vino, que había sido abolida por Salvador, y la reducción del número de funcionarios y de dignatarios de la Iglesia mantenidos por las arcas locales. Pocos días después, varios parientes del gobernador ausente, e incluso su primo Tomé Correia, gobernador interino, fueron detenidos y embarcados para Portugal. Los amotinados adjuntaron al equipaje de los deportados una larga lista de acusaciones contra la familia, más 38 denuncias contra Salvador, siendo las más graves las siguientes:

> Al llegar a Río de Janeiro con la flota de Brasil en 1659, tuvo la función de gobernador hasta su partida para Bahía, dos meses después, aunque durante ese tiempo [su primo] Tomé Correia continuase recibiendo su salario como gobernador. Forzó a los ciudadanos y los hacendados a suministrarle brazos esclavos, maderas y bueyes para la construcción del [galeón] Padre Eterno en la isla del Gobernador, desforestándoles las tierras y obligándolos a trabajar en su galeón, cuando debían estar en sus ingenios moliendo caña. Abusó de sus poderes, inmiscuyéndose arbitrariamente en la vida de los comerciantes y de los dueños de navíos, providenciando el cobro de los diezmos del azúcar y de la tasa sobre la sal a través de sus propios agentes y restableciendo la fabricación y venta de aguardiente, que habían sido prohibidas por la corona. Con la posesión de grandes rebaños de ganado bovino, intentaba monopolizar el mercado de carne y obligar a los carniceros a vender solamente la procedente de sus pastos. Haciendo uso de la fuerza, o trampeando, se había convertido en el mayor propietario territorial y en el más importante dueño de esclavos de todo Brasil. Había instituido muchas tasas ilegales y había forzado al administrador a entregar cierta suma, en dinero, a los jesuitas[6].

Fue acusado también de ser el responsable del asesinato de un minero español en Paranaguá, de instalar mesas de juego en su casa, de las cuales los moradores salían «desplumados», además de malversar y dilapidar el dinero público y de practicar fraudes a gran escala junto a sus parientes y principales cómplices Tomé Correia de Alvarenga y Pedro de Sousa Pereira.

En febrero de 1661 una junta de consejeros, elegida por los vecinos de la villa y liderada por Jerónimo de Barbalho asumió el gobierno. El objetivo final de los participantes en la revuelta era el de garantizar que ni Salvador «ni ninguna otra persona de su familia fuesen escogidos para ocupar cargo alguno en Brasil, ni permitir tampoco que pudiesen volver»[7]. La falta de reacción por parte de las autoridades de Bahía y de Lisboa llevó a los rebeldes a creer que la expulsión del gobernador era un hecho consumado. Antes del amanecer del día 6 de abril, Salvador entró en la

[6] *Ibid.*, p. 328.
[7] *Ibid.*, p. 340.

ciudad y ocupó sus principales puntos fortificados. El mismo día en que retomó el control de la zona, convocó una corte marcial para juzgar a los rebeldes.

Jerónimo Barbalho fue condenado a muerte y ejecutado al anochecer. Su cabeza fue expuesta al público en la plaza, para servir de ejemplo y desanimar a los que planearan otros intentos de insubordinación. Los demás participantes en la rebelión fueron perdonados por el gobernador, pero los miembros de la junta electiva que gobernó la ciudad durante el levantamiento fueron enviados presos a Bahía, donde se les juzgó conforme a la ley.

Los rebeldes estuvieron en el poder cinco meses. Durante ese tiempo gobernaron la ciudad sin interferencia del gobernador de Bahía ni de las autoridades metropolitanas. Dejaron sin efecto todas las tasas impuestas por Salvador Correia de Sá. Posteriormente, el Consejo Ultramarino, órgano máximo de administración metropolitana para asuntos coloniales, prohibió que los miembros de la familia Correia de Sá volviesen a ocupar el cargo de gobernador de la capitanía. La corona mantuvo el embargo de los bienes de Salvador, decretado por la junta rebelde, y contribuyó a poner fin a los abusos cometidos por la oligarquía en la capitanía de Río de Janeiro.

Esta revuelta constituye un hito en el largo proceso de alejamiento entre los intereses de los colonos, por un lado, y las autoridades y sus ávidos representantes en la colonia, por otro.

La revuelta de Beckman

En la segunda mitad del siglo XVII, los colonos de Maranhão también se rebelaron contra las autoridades metropolitanas. En realidad, la protesta de los moradores fue motivada por las dificultades que tenían para la obtención de trabajadores esclavos negros y de algunos productos de la metrópoli. Maranhão era una de las regiones más pobres de América. Sus colonos no disponían de dinero suficiente para comprar esclavos africanos y, tal como ocurría en otras áreas marginales de la colonia, esclavizaban frecuentemente a los indios de las misiones de los padres jesuitas que se habían instalado en la región a partir de 1653.

El conflicto entre los colonos y los padres jesuitas, empeñados en proteger la libertad de los indígenas, se prolongó por más de veinte años. Durante este periodo la Corona apoyó a los jesuitas, pero la falta de trabajadores debía ser mitigada y por eso la metrópoli creó la Compañía de Comercio de Maranhão, para suministrar esclavos negros, bacalao y aceite de oliva a los colonos. La Compañía, sin embargo, no cumplió lo prometido, y este hecho provocó la revuelta de los colonos. En 1684, el *senhor de engenho* Manuel Beckman encabezó un movimiento contra las autoridades de la Compañía y los padres jesuitas que privaban a los colonos de trabajadores indígenas. Los almacenes de la Compañía fueron ocupados por los rebeldes, los jesuitas fueron arrestados y el gobernador, depuesto. Beckman se hizo cargo del gobierno local, pero no consiguió resolver los problemas que afligían a los colonos, lo que provocó una nueva revuelta. Tratando de remediar la situación, la Corona

envió a un nuevo gobernador a Maranhão. Éste consiguió sofocar la rebelión y tomó el control de los acontecimientos. Casi todos los participantes en la revuelta fueron presos y deportados. A Manuel Beckman se le aplicó la pena de muerte, muriendo en la horca.

El quilombo de Zumbí de Palmares

El contrapunto al crecimiento de la población esclava y del brutal régimen de trabajo a que eran sometidos los cautivos fue la formación de comunidades de fugitivos en los bosques y en el sertão. Esas comunidades, conocidas como *quilombos**, se hicieron cada vez más numerosas a partir del siglo XVII.

Los miembros de los quilombos, los *quilombolas*, saqueaban las haciendas y los ingenios en busca de armas y municiones, representando una constante amenaza al orden esclavista colonial. Se daba también el caso de algunos quilombos que intercambiaban productos en las villas y haciendas más próximas.

El quilombo más célebre de la colonia fue el de Palmares, localizado en la Sierra de la Barriga, en los actuales estados de Alagoas y Pernambuco. Allí, cerca de diez poblados formaron la Unión de Palmares, constituida por miles de quilombolas.

Aprovechando la ocupación de Pernambuco por los holandeses y la desorganización de las actividades de producción de los ingenios, centenares de esclavos negros se refugiaron en la sierra. Tanto holandeses como portugueses organizaron expediciones para desmantelar el quilombo, sin lograrlo. Gilberto Freyre lo describió de la siguiente manera:

> Entre los negros de Palmares el capitán holandés Blaer encontró tantos «campos de cultivo abundantes», tanto maíz, tantos plantones de banana, además de la caña de azúcar, de las alubias, de la mandioca y de las muchas palmeras, que el paisaje contrastaba con el de los ingenios: sólo cañaveral y restos de bosque. El de Palmares tenía otra variedad y otra alegría.
>
> La vida de la curiosa organización socialista estaba basada en el policultivo, aunque entre los quilombolas el complejo de la palmera hubiese adquirido una gran variedad de expresiones: de las palmas grandes hacían las chozas y las camas donde dormían; de las palmas menores, abanicos para avivar el fuego; de las cáscaras de coco pequeño hacían pipas y cuencos para beber agua, aún tan comunes entre nuestras clases populares.
>
> Otros usos que daban a la palmera eran comer la pulpa de los cocos y fabricar aceite, mantequilla y una especie de «vino de coco». Probablemente hacían también el «sabongo», dulce de coco con miel de caña, casi a punto de caramelo. No despreciaban tampoco unos bichos gordos, del tamaño de un dedo, que se criaban en

(*) La palabra «quilombo» es la forma aportuguesada del término «kilombo» de origen bantú y tiene varias acepciones en África: unión, asociación de hombres para ritos iniciáticos, campo de iniciación, cabaña, campamento… *Cf.* José Luis Ruiz-Peinado Alonso, «Amazonia Negra», en José Manuel Santos Pérez y Pere Petit (eds.), *La Amazonia brasileña en perspectiva histórica*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, p. 30. *N. del T.*

las palmeras: para ellos eran como los camarones del río Una para los blancos de las casas-grandes[8].

A esta visión utópica se contrapone la del Palmares histórico:

> El Palmares edénico era una sociedad aislada, en lucha contra la opresión exterior. El Palmares histórico era un enclave rebelde que mantenía intensas relaciones comerciales con los colonos portugueses y holandeses y con los núcleos indígenas circundantes. El Palmares edénico era una sociedad igualitaria. El Palmares histórico presentaba estratificación social interna y una elite dirigente claramente definida. El Palmares edénico era el lugar de la libertad, cercado por el océano de la esclavitud. El Palmares histórico era un elemento disonante, pero integrado en el sistema mercantil-esclavista, y en los quilombos de la Sierra de la Barriga, negros e indios capturados por los rebeldes trabajaban en régimen de esclavitud.
>
> La fábrica de la reinvención de Palmares funciona desde hace unas pocas décadas y ya ha producido dos versiones del mito. En la primera, el paraíso terrenal de Alagoas era un Estado africano puro, metáfora para la formulación original de las políticas de cuotas raciales. En esta segunda, adaptada a la actual propuesta de cuotas para negros e indios, emerge como Estado afro-indígena en las Américas. Pero el muro del mito continúa rechazando la presencia de los blancos, mulatos y cafuzos (mestizos de negro e india) que, huyendo de las autoridades coloniales, vivieron en el Palmares histórico[9].

Al finalizar el siglo, el gobernador de Pernambuco, la capitanía más amenazada por la presencia del quilombo, contrató a un bandeirante paulista, Domingos Jorge Velho, para destruir Palmares. En 1692, el ejército comandado por el experimentado *bugreiro* sufrió su primera derrota. Ante el revés, exigió más armas y hombres para acabar con los quilombolas de Palmares. La segunda expedición contra los quilombos de la Sierra de la Barriga contaba con más de 9.000 hombres.

En 1694, tras violentas luchas y un largo asedio, los paulistas consiguieron derrotar a los quilombolas. Zumbí, el comandante militar de los esclavos rebeldes, escapó y continuó organizando la resistencia de los ex cautivos a los ataques de las autoridades coloniales. Con la delación hecha por un quilombola preso y torturado, el escondrijo del líder fue revelado en 1695. Muerto Zumbí en combate, su cabeza fue cortada y expuesta en Recife.

La derrota de Palmares no significó el fin de los quilombos. Existieron en todas las capitanías de la colonia y continuaron amenazando el orden esclavista. La represión de los quilombolas fue constante y se convirtió en una de las principales preocupaciones de las autoridades y de los colonos.

[8] Gilberto Freyre, *Nordeste*, 2.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1951, pp. 230-231.

[9] Demétrio Magnoli, «Policiais do passado», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 30-11-2006, p. 3.

La Guerra de los *Mascates**

La crisis económica resultante del fin de la ocupación holandesa del nordeste provocó una serie de conflictos entre los gobernadores y los colonos de esa región. En aquel momento, más que nunca, gobernar significaba otorgar puestos de gobierno, dado que los cargos en la burocracia representaban una fuente nada despreciable de poder y renta. La venta ilegal de cargos públicos se convirtió en uno de los principales recursos de los gobernadores para complementar el escaso salario pagado por la corona.

De ahí que surgieran desavenencias entre la «nobleza de la tierra», celosa de sus privilegios en el ámbito del gobierno municipal, y los gobernadores. Ambos contaban con clientelas voraces, compuestas de amigos, fámulos y recomendados, que buscaban garantizar su propia supervivencia por medio de una buena colocación en la burocracia colonial. La situación se volvió crítica en Pernambuco, capitanía en que los efectos de la guerra contra los holandeses se hicieron sentir con más intensidad a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII.

Diez años después de la expulsión de los holandeses, el sistema productivo no daba señales de recuperación. Un tercio de la capacidad productiva de los ingenios continuaba inactivo, a pesar del estímulo fiscal de la exención del décimo ofrecido por la corona. A los impuestos abusivos y la caída del precio del azúcar en el mercado internacional, se sumó una epidemia de viruela que afectó a tres cuartas partes de los esclavos que había en los ingenios pernambucanos. La excesiva carga fiscal llevó a la deposición de Mendonça Furtado del gobierno de Pernambuco en 1666.

A medida que el siglo llegaba a su fin, se agravaba la tensión entre los comerciantes portugueses residentes en Recife y los productores luso-brasileños. Estos roces tomaron la forma de una contienda municipal entre Recife y Olinda, es decir, entre el acreedor urbano y el deudor rural.

Olinda era la principal ciudad de Pernambuco y funcionaba como sede de las principales instituciones locales. Allí tenían sus casas los *senhores de engenho*. Por otro lado, el puerto de Recife, a pocos kilómetros de distancia, era el principal lugar de embarque de las exportaciones de azúcar de la capitanía. Durante la ocupación holandesa, Recife creció y se hizo cada vez más importante. Sus habitantes eran ricos comerciantes portugueses, despreciados por la oligarquía de Olinda, que los llamaba despectivamente *mascates* o vendedores ambulantes.

La tensión entre los comerciantes y los *senhores de engenho* llegó a su punto más alto en el momento en que el gobernador de la capitanía se fue a vivir a Recife. La situación empeoró cuando Recife fue elevada a la categoría de villa, en 1709. Eso significaba que Recife ya no necesitaba someterse a la autoridad de la Cámara de Olinda.

(*) *Mascate*, literalmente: vendedor ambulante. En su uso peyorativo, era el nombre que daban los habitantes de Olinda a los comerciantes portugueses de Recife durante los siglos XVII y XVIII. *N. del T.*

En 1710, un grupo de sediciosos intentó asesinar al gobernador, que pudo huir a Bahía. Al mismo tiempo, los *senhores de engenho* consiguieron movilizar a las milicias rurales y al tercio de Olinda contra Recife. La situación continuó siendo tensa en la capitanía hasta la llegada del nuevo gobernador, Felix Machado, en 1711. Traía instrucciones para detener a los jefes de la sedición, reprimir a los sublevados y enviarlos a Lisboa.

Once sospechosos fueron embarcados hacia la capital lusitana en octubre de 1713. En noviembre comenzó la represión del movimiento en el interior. Más de 70 personas fueron arrestadas y sus bienes confiscados. Casi todos los presos enviados a Lisboa murieron en la prisión de Limoeiro. Sólo cuatro de ellos recuperaron la libertad. Los magistrados involucrados en la revuelta fueron condenados al ostracismo y nombrados para cargos en destinos remotos. En la visión de Evaldo Cabral de Mello, que analizó con agudeza las luchas entre la oligarquía pernambucana y las autoridades coloniales, la Guerra de los *Mascates* representó un duro golpe a la autoridad ejercida hasta ese momento por la nobleza de la tierra:

> La represión del partido de la nobleza liquidó la contestación política de la azucarocracia hasta comienzos del siglo XIX, pero la ascendencia de los pro-hombres en el campo continuaba siendo intocable en el medio rural. De todas formas, no se podía esperar un resultado diferente: la monarquía y los comerciantes *mascates* eran los principales socios de la economía de exportación basada en el azúcar, en la esclavitud y en la gran propiedad. A pesar de todo, la acción de la Corona no sobrepasó los límites de la ofensiva desencadenada en el gobierno de Felix Machado, pero no dejó de haber quien abogase, sorprendentemente, por una política que cercenase el poder de los pro-hombres y sus relaciones con la población libre, pero subalterna, del interior, derrocando uno de los pilares de ese poder, la propiedad de la tierra[10].

Como se puede ver, ahí radica el punto de partida de una historia multisecular de contestaciones, conflictos y luchas contra los grandes propietarios de la tierra.

En la misma época, lejos de la colonia, en Europa, nacía Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), que escribiría, años más tarde, el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755), en el que afirmaba: «Los frutos son de todos, y la tierra no pertenece a nadie».

Sus ideas, sin embargo, como las de otros ilustrados, solamente llegarían a la colonia en el último cuarto del siglo de las Luces, iluminando unas pocas mentes abiertas a los nuevos tiempos.

[10] Evaldo Cabral de Mello, *A fronda dos mazombos*, São Paulo: Companhia das Letras, 1995, p. 448.

Capítulo 12
El oro de las «Minas Generales»

> Los días nunca amanecen serenos; el aire está permanentemente nublado y todo es frío en aquel país menos el vicio, que está ardiendo siempre [...] parece que la tierra evapora tumultos; el agua exhala motines [...] destilan libertades los aires; vomitan insolencias las nubes; provocan desórdenes los astros; el clima es tumba de la paz y cuna de la rebelión; la naturaleza anda inquieta consigo misma y amotinada por dentro, tal como en el infierno[1].
>
> Don Pedro de Almeida, conde de Assumar, 1720

A finales del siglo XVII, tras las largas guerras contra Holanda y España, Portugal padecía por la pérdida de las principales plazas comerciales en Oriente. Se encontraba prácticamente desprovisto de fuerza naval y, debido a la competencia de la producción antillana, sufría las consecuencias de la caída del precio del azúcar, lo que hizo aún más crítica la situación de su balanza comercial.

En el último cuarto del siglo XVII Portugal intentó reaccionar ante la dominación comercial inglesa, pero el intento de instalar una industria textil competitiva mediante la contratación de técnicos franceses tuvo un resultado limitado. La creación de compañías de comercio privilegiadas, con el fin de hacer más rentable el comercio de esclavos africanos, no era más que un paliativo para encarar la dura competencia de los negreros ingleses, holandeses y franceses.

[1] Pedro de Almeida, *Discurso histórico político da sublevação que se intentou em Minas no ano de 1720*, citado en Silvio de Vasconcelos, *Mineiridade: ensaio de caracterização*, Belo Horizonte, 1968, *apud* Laura de Mello e Souza, «The Devil in Brazilian History», en *Portuguese Studies*, Londres: MHRA, 6 (1990), p. 90.

La estrategia de Portugal cambiaría radicalmente con el descubrimiento de oro de aluvión en cantidades significativas en el *sertão*. Gracias a la ventaja que representaba ese oro, todas las medidas mercantilistas puestas en práctica fueron abandonadas. Portugal buscó a partir de entonces eliminar el déficit de su balanza comercial externa echando mano del oro proveniente de Brasil.

El famoso tratado de Methuen, de 1703, firmado en un momento en que comenzaba con plena intensidad la Guerra de Sucesión Española (1702-1713), abrió el mercado portugués a los tejidos ingleses a cambio de oro, vino y de una base naval en la confluencia del Atlántico con el Mediterráneo. Creado en 1694, el Banco de Inglaterra adoptó el patrón oro gracias a la victoria comercial sellada por Lord Methuen.

Entradas y *Bandeiras*

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, colonos de las llamadas «capitanías de abajo» ya habían encontrado pequeñas muestras de oro. A finales del siglo XVII, paulistas errantes descubrieron vetas de oro en el *sertão* de aquella que sería la capitanía de Minas Gerais (Minas Generales). El nuevo descubrimiento reveló a los colonizadores una riqueza en metales preciosos jamás vista en la América portuguesa.

El encuentro de esos yacimientos de oro modificó profundamente el aspecto de la colonia. La minería posibilitó la formación de núcleos poblacionales estables en el interior del continente. Como consecuencia de esos hallazgos se crearon varias capitanías nuevas. En 1709, la Corona desmembró la capitanía de São Paulo de la de São Vicente. En 1720 creó la capitanía de Minas Gerais y en 1744, la de Goiás. La capitanía de Mato Grosso fue creada en 1748.

Por otro lado, el oro estimuló la decadente economía luso-brasileña, permitiendo que Portugal pagase las deudas con Inglaterra, su principal aliado y socio económico en Europa. Hasta ese momento, las haciendas de ganado habían sido las responsables de la lenta penetración hacia las áreas contiguas a los grandes centros productores de azúcar y tabaco del litoral, avanzando cada vez más en dirección al interior. El único caso en que esa regla no se cumplió fue en el sur de la colonia, en la capitanía de São Vicente. A partir de una pequeña población en la meseta de Piratininga, los colonos de la villa de São Paulo vivían de la captura de indios en las regiones más salvajes, indios que se vendían como esclavos para los centros agrícolas del litoral de la capitanía de São Vicente.

Como se ha dicho anteriormente, fue a partir de São Paulo desde donde se realizaron las primeras incursiones al interior del continente, poco después de los inicios de la colonización. Gracias a esas actividades de exploración, grupos de paulistas cazadores de esclavos descubrieron oro en grandes cantidades entre 1693 y 1695, suficiente como para solucionar el problema de desequilibrio de la balanza comercial portuguesa.

El «rey oro»

En 1706, João V ascendió al trono portugués. En ese momento las hostilidades de la Guerra de Sucesión Española estaban lejos de acabar, lo que ocasionaba importantes gastos al Estado lusitano. Incluso así, el nuevo monarca reinó con unas condiciones financieras excepcionales para un Braganza, a causa del oro y de los diamantes brasileños que llegaban a Portugal. Durante su largo reinado no tuvo que convocar las Cortes una sola vez. Cuando se firmó el tratado de Utrecht, que puso fin a la Guerra de Sucesión Española, el joven rey habría dicho, aliviado: «Mi abuelo temía y debía; mi padre debía; yo no temo ni debo»[2].

El fin de aquella costosa guerra, a la que Portugal fue arrastrado por exigencia de Inglaterra, junto con los parcos resultados obtenidos en términos de rectificaciones territoriales prometidas por el poderoso aliado en el mundo colonial, acabaron convenciendo a João V de mantener la neutralidad en los sucesivos conflictos que se anunciaban a comienzos de siglo entre Francia e Inglaterra, de proporciones titánicas. Con ello pudo dedicarse a la construcción del gigantesco palacio-monasterio de Mafra, iniciado en 1717 y que llegó a emplear a 45.000 operarios, con pretensiones de rivalizar con Versalles y el Escorial. En 1726, nueve años antes de su finalización, un soldado suizo que visitó la que se podía considerar mayor área de construcción de Europa, afirmó que era «seguro que tres cuartas partes de los tesoros del rey y del oro traído por las flotas desde Brasil han sido transformados aquí en piedras»[3]. El piadoso Braganza se cuidó también de demostrar su devoción en ceremonias religiosas de lujo extravagante. Las fiestas religiosas celebradas en Portugal durante su reinado hicieron que sólo quedasen 122 días de trabajo al año.

No obstante, João V consiguió recuperar, hasta cierto punto, el prestigio de Portugal en el escenario europeo. El oro de Minas Gerais hizo de Lisboa, de nuevo, una de las ciudades más ricas, populosas e insalubres de Europa. Todo esto costaba caro al tesoro y a los habitantes del imperio a los dos lados del Atlántico, que debían hacer frente a impuestos extraordinarios, los «donativos», destinados a financiar suntuosas construcciones, fiestas religiosas e, incluso, bodas reales. No había oro ni diamantes que bastasen para cubrir el desfalco causado por los gastos de la realeza.

> En el momento en que muere el rey Magnánimo, como lo llamaban sus súbditos, en 1750, era un imbécil fanático. Lejos del «ni temer ni deber», estaba aterrorizado con la muerte que se aproximaba y cosido a deudas. No había dinero suficiente en el tesoro real para pagar su funeral, y algunos de los criados de palacio, como el cochero de la reina, no recibían su salario desde hacía cinco años. Los pagos del Ejército y la Marina, especialmente los de las guarniciones coloniales más remotas, se atrasaban a menudo, en su totalidad o en parte, durante muy largos periodos[4].

[2] Citado por Charles Ralph Boxer, *O império colonial português, 1415-1825*, 2.ª ed., Lisboa: Edições 70, 1981, p. 162.

[3] C. R. Boxer, *O império*, p. 165.

[4] *Ibid.*, p. 166.

El descubrimiento del oro

La minería y el descubrimiento sucesivo de nuevos yacimientos atrajeron a una buena parte de la población y la mano de obra ociosa, tanto de los decadentes centros productores de azúcar de Pernambuco, de Bahía y de Río de Janeiro, como de Portugal. Este movimiento fue distinto a la penetración lenta y persistente de las haciendas de ganado en las márgenes del río São Francisco: se trató de una verdadera migración en masa. La noticia del descubrimiento de las minas llevó a la región todo tipo de aventureros y de gente de las más variadas condiciones. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, blancos, mestizos y negros, nobles y plebeyos, clérigos, vagabundos y prostitutas. Aparte de todo esto, las minas atrajeron hacia el interior a la mano de obra, esclava y libre, de las ciudades costeras y de las plantaciones de azúcar y de tabaco. Algunos *senhores de engenho* abandonaron sus tierras y partieron rumbo a las minas junto con sus esclavos, dispuestos a rehacer sus fortunas.

Pocos años después de ser descubiertos los yacimientos de oro ya no había trabajadores suficientes para realizar la explotación de las minas. La consecuencia inmediata de este hecho fue el aumento de la demanda de esclavos africanos para las minas y plantaciones de Brasil, la intensificación del comercio esclavista con África occidental y la búsqueda de nuevos mercados de esclavos en esa región. Se estima que en la década de 1720 la región de las minas recibía entre cinco y seis mil cautivos africanos por año.

Por otro lado, las minas recibieron también los excesos demográficos de la depauperada metrópoli. La expansión de la minería intensificó la corriente migratoria de Portugal hacia la colonia. La inmigración de colonos portugueses hacia América asumió proporciones imponentes y tuvo como resultado la promulgación de leyes que intentaban inhibir el impactante movimiento poblacional.

A finales del siglo XVIII el eje demográfico de la colonia se desplazó definitivamente hacia las capitanías «de abajo», principal causa por la que el Gobierno General fue transferido a la ciudad de Río de Janeiro en 1763.

La guerra de los *Emboabas*

El primer conflicto armado por la disputa de los territorios auríferos se dio entre paulistas originarios de dos villas de donde partieron *bandeiras*: São Paulo y Taubaté. El enfrentamiento entre los dos bandos se produjo cerca del campamento de São José, actual Tiradentes, en las márgenes del Rio das Mortes, llamado así a causa de la masacre mutua que se perpetraron los rivales.

El conflicto entre los paulistas, pioneros en el descubrimiento de las minas, y los recién llegados del litoral y de la metrópoli, apodados por los paulistas como *emboabas**, no tardó en producirse. Los primeros, considerándose a sí mismos

(*) Con esta palabra designaban los paulistas a los recién llegados, pues parece ser que se protegían las piernas y los pies con rollos de tela, asemejándose a ciertas aves denominadas así por los indígenas. *N. del T.*

señores de los «descubrimientos», pensaban que tenían privilegios en relación con los demás forasteros y comenzaron a acosarlos. Aprovechando la ausencia de representantes de la corona, imponían su voluntad en el reparto de los terrenos, quedándose con los más prometedores. Los campamentos de mineros crecían en medio de los insultos de los paulistas y la sumisión de los *emboabas*. El asesinato de un hospedero portugués provocó la primera reacción armada por parte de los forasteros. En 1708-1709 estalla la Guerra de los *Emboabas*, que fue ganada por los recién llegados junto con sus aliados bahíanos, y pudieron así expulsar a los paulistas de los campos auríferos de Minas Gerais.

El conflicto permitió que la Corona afirmase su autoridad sobre las nuevas regiones, pues los dos grupos rivales solicitaron auxilio inmediatamente a la metrópoli. Con el fin de la disputa, se envió a las minas a un gobernador y se creó una estructura administrativa para imponer los intereses imperiales. Después de la Guerra de los *Emboabas* fueron creados concejos municipales en Ribeirão do Carmo (actual Mariana), en Vila Rica de Ouro Preto y en Sabará. Se establecieron también cuatro comarcas, divisiones administrativas dirigidas por funcionarios reales. Como colofón, en 1720 se constituyó la capitanía de Minas Gerais.

Con la expulsión de la región minera, los paulistas tuvieron que conformarse con la captura de indios en el actual Mato Grosso. En 1718, el bandeirante Pascoal Moreira Cabral encontró oro en Cuiabá. A partir de 1720 se iniciaron los «monzones», expediciones a lo largo de los ríos entre São Paulo y Mato Grosso, rumbo a los yacimientos de oro. En la década de 1730 se encontraron nuevas vetas en Guaporé, lo que provocó el desplazamiento de la población de Cuiabá hacia esa localidad. La corona intervino de inmediato, prohibiendo la apertura de nuevos caminos que llevasen a las minas. Estos nuevos centros mineros permanecieron, en cierta forma, marginados con respecto a Minas Gerais. La distancia de los principales centros costeros, a cerca de 7 meses de viaje en canoa a través de territorios habitados por tribus hostiles, hizo que la población de esos núcleos se mantuviese en unos niveles relativamente bajos.

La legislación sobre las minas

La legislación portuguesa sobre las minas encontradas en América databa de 1603. En ella se estipulaba que la explotación de los yacimientos era libre, pero la Corona se reservaba el derecho a un quinto de todo el oro extraído. Esta antigua ley, puesta a prueba por los grandes descubrimientos de oro en el territorio que habría de constituir la capitanía de Minas Gerais, acabó siendo sustituida por el «Reglamento de los superintendentes, guardas mayores y oficiales diputados para las minas de oro». Para ejecutar el Reglamento se creó la Intendencia de Minas, organismo administrativo encargado de cobrar el quinto, resolver pleitos entre los mineros y entre estos y terceros, además de fomentar el desarrollo de la industria minera. La poderosa Intendencia de Minas era independiente de las demás autoridades coloniales, pues prestaba cuentas y obediencia directamente al gobierno de la metrópoli.

La Casa de Fundición, donde se recogía obligatoriamente todo el oro extraído y donde era fundido, ensayado, quintado y reducido a barras, que circulaban libremente, estaba subordinada a la Intendencia. Joaquim Felício dos Santos, historiador del Distrito Diamantino, caracterizó de la siguiente manera este sistema estrictamente basado en la tributación:

> La historia de Minas en los primeros tiempos, después del descubrimiento de los yacimientos auríferos, consiste casi únicamente en las variaciones de las maneras de tributación del oro en beneficio de la Hacienda real, y en la más o menos exitosa resistencia de los mineros a los abusos y a la severidad con que eran ejecutadas. El gobierno no tenía un sistema fijo, cambiando constantemente entre la capitación y el quinto, por un lado, y entre la circulación libre del oro en polvo o convertido en barras en las casas de fundición, por otro; lo que se ponía de manifiesto, no obstante, en todas las determinaciones gubernamentales, era el objetivo de aumentar los ingresos del fisco, sin dar la menor importancia a los intereses del pueblo y a los sacrificios que éste debía hacer para soportar la sobrecarga de impuestos[5].

La realidad demostró que el interés principal, por no decir exclusivo, de la Intendencia, y por lo tanto, de la Corona, tenía que ver con la cuestión fiscal y la recaudación del quinto. También eran rentables los tributos sobre las «entradas» a las minas, cobrados en los controles situados a lo largo del Camino Real, que unía Río de Janeiro a la región minera. En esos registros, la Corona cobraba impuestos sobre diversas mercancías, e incluso sobre los esclavos. Las tasas de la sal y el hierro alcanzaban un 100% de su valor.

La explotación de los placeres auríferos

El Reglamento determinaba incluso la forma por la cual debían ser distribuidos los yacimientos de oro. Cuando se descubría alguno, era obligatorio comunicar el hecho a las autoridades competentes, que iban hasta el lugar y demarcaban las «datas», o lotes que debían ser distribuidos a los mineros. El que hubiera encontrado oro tenía derecho a escoger su lote en primer lugar. A continuación la Hacienda Real separaba una «data», que después era vendida en subasta pública. Las restantes también eran subastadas. Cada minero recibía una superficie proporcional al número de esclavos que poseyese. La explotación de los lotes debería dar comienzo en un plazo de 40 días y su venta estaba prohibida, a no ser que el propietario demostrase que había perdido todos sus esclavos.

La explotación de los yacimientos se realizaba de dos maneras. Los placeres, también llamados «lavaderos» –establecimientos fijos que exigían una inversión en equipamientos para desviar el curso de los ríos y «lavar» la grava–, reunían a varios trabajadores, desde unos pocos hasta varias decenas, que trabajaban bajo dirección

[5] Joaquim Felício dos Santos, *Memórias do Distrito Diamantino da Comarca do Serro Frio*, 4.ª ed., São Paulo/Belo Horizonte: Edusp/Itatiaia, 1976, p. 45.

única y en conjunto. La otra modalidad era la de buscar oro de forma individual y aislada, efectuada por hombres solos llamados *faiscadores**. Algunos eran esclavos que pagaban una cantidad fija al propietario. Los instrumentos utilizados por estos individuos eran la batea, el carumbé (una especie de colador), y otras pocas herramientas.

Costo de vida y pobreza en las minas

Durante el auge del oro, la venta de alimentos y otros productos a los mineros propició la formación de grandes fortunas. Muchos se enriquecieron con rebaños de bueyes llevados desde Bahía a las minas, otros vendiendo comestibles y aguardiente a los esclavos. El padre jesuita João Antonio Andreoni, el famoso Antonil, registró así esa nueva característica de la vida social en la región minera:

> Porque como los negros y los Indios esconden bastantes octavas**, cuando hacen catas en las riberas, y en los días santos, y en las últimas horas del día cogen oro para sí mismos; la mayor parte de este oro se gasta en comer y beber: e insensiblemente dan a los vendedores un gran lucro [...] Y por eso hasta los hombres de mayor capital no dejarán de aprovecharse por esta vía de esa mina a flor de tierra, teniendo cocineras negras y dulces mulatas, y taberneros negros criollos, ocupados en ese yacimiento rentabílisimo y mandando venir de los puertos del mar todo lo que de costumbre busca y le apetece a la gula[6].

Los grandes beneficiados fueron algunos pocos potentados paulistas y portugueses. La mayoría de los que emigraron a las minas padeció hambre y pobreza. Casi todas las ganancias de los mineros se escurrían hacia las manos de los comerciantes de géneros y de esclavos. Los mercantes de origen portugués ganaron mucho con el monopolio de la venta de aguardiente, de tabaco y de carne de vaca. En pocos años se enriquecían y volvían a Portugal. Vila Rica, el principal centro minero de la capitanía, contaba en 1740 con 15.000 habitantes y cerca de 350 establecimientos comerciales –tiendas, almacenes y colmados– para abastecer a la población.

El camino hacia las conspiraciones: la revuelta de Filipe Dos Santos

En 1720 se produjo la primera revuelta provocada por el pago del quinto. La implantación de las casas de fundición para recaudar los impuestos debidos por los mineros provocó una violenta reacción de la población local contra las autoridades metropolitanas. Bajo el liderazgo de Filipe dos Santos los moradores de Vila Rica

(*) El término deriva del término *faísca*, lámina de oro. *N. del T.*
(**) Antigua unidad monetaria equivalente a 1.200 reis. *N. del T.*
[6] André João Antonil, *Cultura e opulencia do Brazil*, São Paulo: Melhoramentos, 1923, p. 223.

se rebelaron. El gobernador de Minas, el conde de Assumar, prometió estudiar las reivindicaciones de los mineros, pero invadió la villa con sus soldados. Los jefes del movimiento fueron arrestados en sus casas, previamente incendiadas por la tropa. Filipe dos Santos, considerado el principal responsable de la revuelta, fue ahorcado y descuartizado.

A partir de ese momento la Corona restringió aún más el acceso a las minas y la salida de la producción, con la intención de impedir el contrabando y la evasión fiscal. Se creó un sistema de salvoconductos, puestos aduaneros y peajes, destinado a controlar los caminos que conducían a los campos de producción minera.

El acceso a las minas se hacía por el Camino Viejo, que partía de São Paulo, y por el Camino Nuevo, desde Río de Janeiro, pasando por Paratí. Desde el norte, se transitaba la ruta del Rio das Velhas y del río São Francisco, hasta la ciudad de Salvador en Bahía. Se usaba también el Camino de los Bueyes, o de los «corrales de Bahía», muy transitado a pesar de las restricciones existentes para su uso. Por este camino llegaban bueyes, productos y forasteros en busca de oportunidades de enriquecimiento fácil en las minas. El viaje entre el litoral y la región de las «minas generales» duraba aproximadamente un mes.

A pesar de todas las medidas, la mayor parte del oro extraído en Minas Gerais escapó a la fiscalización oficial. El fraude generalizado en el cobro del «quinto real», el impuesto del 20% que se exigía a los mineros, fue el responsable del aumento del contrabando interamericano en la región del Plata.

Decadencia de las minas

La presencia de *faiscadores*, buscadores de oro individuales, indicaba, casi siempre, que se aproximaba el agotamiento de las vetas. A partir de mediados del siglo XVIII, el declive paulatino del volumen de oro extraído de las minas apuntaba ya esa tendencia. A finales de siglo quedaban pocos lugares donde la minería fuera productiva. En 1775, la capitanía de Minas Gerais contaba con 300.000 habitantes, es decir, casi el 20% del total de la población del Estado de Brasil. La mitad de ese contingente eran esclavos.

Con la decadencia de la producción minera, la casi totalidad de la población de las minas se buscó otras ocupaciones, principalmente la ganadería y la producción de géneros de subsistencia, destinados a la ciudad de Río de Janeiro, nueva sede del Virreinato de Brasil desde 1763. La industria de productos lácteos prosperó, así como la cría de cerdos para los mercados de Minas Gerais, Río de Janeiro y São Paulo. El ganado lanar proporcionó la materia prima que propició el surgimiento de una industria de paños rústicos, con los que se confeccionaban tabardos para uso de los esclavos.

La producción de diamantes

> Si, porque puede causar incendios, se tuviese que prohibir el fuego, cuántas molestias no padecería el mundo…[7].
>
> Cámara de la Villa de Ribeirão do Carmo, 1774

El hallazgo de diamantes en 1729 constituyó otro capítulo del ciclo minero de la colonia. En 1734 la Corona portuguesa creó la Intendencia de los Diamantes. Las rígidas reglas establecidas por la metrópoli con relación a la extracción de la piedra preciosa no tuvieron parangón en el mundo colonial constituido por los europeos. Nadie podía radicarse en el Distrito Diamantino, ni entrar ni salir sin autorización especial del intendente que tenía el derecho, incluso, de disponer de los bienes de los súbditos ya instalados y de decretar la pena de muerte sin ningún tipo de proceso o de posibilidad de recurso.

Por otro lado, aunque se encontraron diamantes en el Alto Paraguay, en Mato Grosso, y en los ríos Claro y Pilões en Goiás, la producción de diamantes quedó limitada al Distrito Diamantino de la comarca de Serro Frio, en la capitanía de Minas Gerais. La principal preocupación de la Corona, al crear el Distrito Diamantino, era reducir la producción y controlar los precios, además de facilitar el cobro de los impuestos y evitar el contrabando. Hasta 1740 estuvo vigente la extracción libre, mediante el pago del quinto. A partir de esa fecha y hasta 1771, la producción de diamantes de realizó por medio de concesiones y contratos, pasando después a ser controlada directamente por la Corona.

Para extraer los diamantes de los yacimientos la Corona empleaba esclavos alquilados, pues no los poseía directamente. En algunos casos, los propios funcionarios de la administración podían ceder sus esclavos para los trabajos de extracción. Los trabajadores libres eran excepcionales.

A pesar de toda esta gama de restricciones hubo quien desafió el monopolio. Los *garimpeiros*, figuras legendarias, eran individuos que infringían el reglamento e invadían los territorios prohibidos en busca de minerales. Vivían al margen de la ley y generalmente iban en grupos, muchas veces armados, enfrentándose a las autoridades.

A comienzos del siglo XIX, con intención de reanimar la producción de oro, la Corona abrió los territorios diamantíferos para explotar las vetas auríferas que albergaban. Aunque el resultado, en términos de volumen y productividad, quedase muy lejos de la expectativa creada, esta nueva fase de producción tuvo como consecuencia la pérdida de la exclusividad de la minería de diamantes por parte de la Corona. La apertura de las regiones diamantíferas asestó el primer golpe al monopolio real y al régimen fiscal que se estableció para su aprovechamiento.

[7] Cámara de la villa de Ribeirão do Carmo, «Representação em 17-10-1774», en Carlos Versiani, «Cultura e Autonomia em Minas (1768-1788). A construção do ideário não colonial», tesis de maestría, São Paulo: FFLCH-USP, 1996, p. 5.

No fue posible, como se pensaba, obligar a los productores de oro a despreciar las piedras preciosas que encontraban casualmente, o exigir que fuesen entregadas a las autoridades por precios muy inferiores a su valor real, fijados por la administración, y que generalmente no se pagaban sino con promesas y créditos. El contrabando se hizo incontrolable y la administración se vio obligada a cerrar los ojos.

El oro brasileño en Europa

Los burócratas del otro lado del Atlántico también tuvieron que dejar hacer. El oro brasileño, cuando no era contrabandeado en Río de Janeiro o en Bahía, llegaba a Portugal y encontraba fácilmente el camino rumbo a Inglaterra, la mayor suministradora de productos manufacturados consumidos en Portugal y en la colonia. Aunque la exportación de oro estaba estrictamente prohibida, buena parte del oro brasileño era utilizado para equilibrar la balanza comercial portuguesa con Inglaterra, que aumentó así el volumen de sus exportaciones hacia Portugal. Los barcos de guerra ingleses y el navío de pasajeros que realizaba el viaje semanal entre Lisboa y Falmouth, cuyo servicio comenzó en 1706, estaban oficialmente exentos de la inspección por parte de las autoridades portuguesas, lo que facilitaba la acción de los contrabandistas.

Se estima que entre 1700 y 1750 el flujo anual de oro brasileño de Portugal hacia Inglaterra alcanzó una suma de entre uno y dos millones de libras esterlinas. Los *moidores*, monedas de oro luso-brasileñas, circulaban corrientemente en Inglaterra.

Desde entonces, Londres se convirtió en el principal mercado de metales preciosos de la Europa occidental, condición que le permitió el dominio de las rutas comerciales en el Extremo Oriente, además de facilitar la adquisición de pertrechos navales en el Báltico. El oro de Brasil y los lucros acumulados por el tráfico de esclavos, sumados al pillaje sistemático del subcontinente indio a partir de 1760, constituyeron las condiciones financieras que posibilitaron la Revolución Industrial.

En Inglaterra, el oro brasileño daría un impulso a la Revolución burguesa, que inauguró así una nueva etapa de la historia del capitalismo, basado ahora en el binomio industria-imperialismo. En Brasil, la disminución de la producción conduciría a movimientos sediciosos y a conspiraciones, haciendo hervir las ideas de reforma y de revolución, profundizando así en la crisis del sistema colonial.

Capítulo 13
El despotismo de la razón: el marqués de Pombal

> Se habla continuamente de sistemas, los negocios generales se enredan con disputas; todo Estado tiene un consejo político; todo gobierno mantiene armadas poderosas; se declara la guerra, se hace la paz [...] ¿Pero no ven que si las riquezas de Brasil [por sus minas] se inclinaran hacia un lado, el poder político de Europa caerá todo para esa parte de la balanza?[1].
>
> Sebastião José de Carvalho e Melo, Marqués de Pombal, 1756

El recrudecimiento de la rivalidad en torno al control del comercio y de los productos coloniales desencadenó, durante el siglo XVIII, una serie de conflictos en los que se involucraron las potencias marítimas europeas. La disputa se centraba en el flujo de esos productos en dirección a Europa, en el tráfico de esclavos africanos a América y en el abastecimiento de los mercados coloniales.

Portugal y España, que en ese momento eran ya potencias menores, se vieron obligadas, en una lucha desigual, a defender sus imperios coloniales contra el asedio de Inglaterra, Francia y las Provincias Unidas del Norte. Portugal contaba con la ambigua protección inglesa, hábilmente sellada en 1703 por Lord Methuen en el Tratado que lleva su nombre. España, como resultado de la disputa dinástica entablada en la Guerra de Sucesión Española (1702-1713), se inclinaba del lado francés.

Dependencia y sumisión

Portugal, a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, se dejó enredar en una relación de dependencia con Inglaterra, principal beneficiaria del comercio con el

[1] Sebastião José de Carvalho e Melo, «Discurso político sobre as vantagens que o Reino de Portugal pode tirar da sua desgraça por ocasião do terramoto do 1.º de novembro de 1755», en *Memórias secretíssimas do Marquês de Pombal e outros escritos*, Lisboa/Sintra: Europa-América, s/d., p. 149.

reino ibérico y su imperio colonial. De América llegaban cargamentos de oro cada vez más voluminosos, suficientes para eliminar el déficit comercial resultante de la compra de productos manufacturados. Azúcar, cueros, tabaco y madera continuaban siendo los principales géneros tropicales reexportados desde Lisboa, aunque la comercialización del azúcar ya hubiera sufrido el impacto de la competencia antillana.

Inglaterra comenzó a beneficiarse de mucho más que del simple suministro de tejidos de lana y productos manufacturados. Los hombres de negocios ingleses residentes en Oporto y Lisboa, además, repatriaban las ganancias obtenidas mediante la actividad comercial, el crédito, los fletes y los seguros, resultantes de las transacciones con Portugal y con el mundo colonial luso.

Mientras se consolidaba esa adversa situación en el plano del comercio legal, el contrabando se hizo endémico, corroyendo las finanzas portuguesas. Especuladores y pequeños comerciantes utilizaban el sistema de flotas, vigente desde el siglo anterior, para exportar las mercancías destinadas al contrabando. Este comercio fuera del marco oficial adquirió vastas proporciones y llegó a mover mayores sumas que las del tráfico «legal».

El reformismo ilustrado de la era pombalina

A partir de 1750, como hemos visto, las minas de oro de Brasil presentaban signos de agotamiento. El metal no se había acabado, pero los portugueses no disponían de técnicos mineros para explotar las vetas incrustadas en las rocas graníticas. La nueva fase exigía también más inversiones, que los mineros se veían incapacitados para realizar. Mientras tanto, el oro de aluvión se agotaba rápidamente. La crisis se instaló en Minas Gerais, agravada por la agobiante presión fiscal.

La balanza de pagos mostraba que Portugal estaba en vías de sumergirse en una nueva crisis, agravada por la destrucción casi total de su capital. El 1 de noviembre de 1755 Lisboa quedó prácticamente arrasada por un terremoto y el posterior incendio. La reconstrucción de los dos tercios de la ciudad afectados requería cifras demasiado abultadas, más aún en un proceso de disminución clara de la producción colonial de oro y diamantes. Portugal se despertaba bruscamente de su sueño dorado. La situación habría adquirido proporciones catastróficas de no haberse producido la actuación de un personaje controvertido, Sebastião José de Carvalho e Melo, el marqués de Pombal, quien, desde el inicio del reinado de José I (1750-77), puso en marcha la «era de las reformas pombalinas», durante la cual casi todos los aspectos de la vida de la metrópoli y de sus colonias sufrieron el impacto de la acción del todopoderoso ministro.

El intento de asesinato del rey José I dio a Pombal el pretexto para someter a la más alta nobleza del reino de forma cruel y ejemplar, apartándola de los asuntos de Estado. La supuesta participación de un padre jesuita en el crimen fue aprovechada por el ministro para descargar su furia contra el poder paralelo ejercido por la Compañía de Jesús desde la restauración de la monarquía portuguesa en 1640.

El poderoso ministro Sebastião José

La principal característica de la nueva era fue el proceso de centralización de la administración del imperio portugués. La ascensión de futuro marqués de Pombal al ministerio de José I supuso un gran cambio en este sentido. Pombal, que gobernó Portugal de 1750 a 1777, fue responsable de una nueva visión del papel del Estado. Sus reformas iban encaminadas a revitalizar la política de monopolios mercantilista, con un control riguroso de la administración, del presupuesto, de la policía y de la Justicia.

En su calidad de «superministro», fue el artífice de la reconstrucción de Lisboa tras el terremoto de 1755 y de la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los territorios portugueses (1759). Estos dos hechos consolidaron su poder, dándole fuerza para la tercera gran tarea: la modernización de las mentalidades, basándose en la reforma del sistema educativo escolar y de la Universidad de Coimbra. Él y su equipo fueron los catalizadores de la *Aufklärung* portuguesa.

El marqués «desalmado»

> Sin ser Cromwell, me siento facultado para imitar su ejemplo, siendo, en mi calidad de ministro, protector de Portugal[2].
>
> Conde de Oeiras

Nacido en 1699, Sebastião José de Carvalho e Melo vivió más de tres cuartos de siglo. Hijo de una familia de la pequeña nobleza rural, realizó estudios en Coimbra, estando casi cuarenta años en la oscuridad. Se casó con una viuda aristócrata en 1733. Según el historiador Charles Boxer, el rey João V, adivinando en su carácter «rasgos de crueldad sádica», rechazó concederle un cargo importante en el gobierno con el pretexto de que era desalmado.

Antes de llegar al poder, en el periodo de 1739 a 1744, Sebastião José representó al rey de Portugal en Londres. En esta privilegiada posición pudo comprender mejor las razones de la hegemonía británica, las formas de organización y acción de los ingleses y el peligro que su poder representaba para los intereses portugueses, tanto metropolitanos como coloniales. En Londres se afilió a la Sociedad Real (1740) y estudió las formas de organización comercial y militar que hacían de Inglaterra una potencia.

De Londres pasó a Viena, defendiendo los intereses de Austria frente al Vaticano. Tras enviudar, se casó en la capital austriaca con María Leonor Daun, rica mujer y sobrina del comandante del ejército austriaco, el mariscal von Daun. Es importante esa unión en el marco de los matrimonios transnacionales, pues fue María Ana de

[2] El futuro marqués de Pombal, que aún era conde de Oeiras al inicio de su gobierno, pidiendo explicaciones al inglés Lord Chatham por haber sido quemada una escuadra francesa en la costa del Algarve. El epígrafe citado está en S. J. de Carvalho e Melo, *Memórias secretíssimas*, p. 70.

Austria, la mujer austriaca del anciano João V, quien, desde Lisboa y en su condición de reina regente, mandó llamar a Sebastião José para formar parte del gobierno portugués. En julio de 1750 ocupaba el puesto de Secretario de Estado para Asuntos Extranjeros[3].

Durante ese periodo se dio una relación directa entre el fortalecimiento del poder real, con la centralización de toda la máquina administrativa, y la explotación del oro brasileño. Más de la mitad de los ingresos del Estado provenía de ultramar, sobre todo de Brasil. La reconstrucción de Lisboa y las reformas deberían beneficiarse, por lo tanto, de esos retornos producidos por el sistema colonial.

En el mes de enero del año 1750, el mismo en que el conde Sebastião José accedió al cargo de secretario de Estado, se celebró la firma del Tratado de Madrid entre España y Portugal, el primero en delimitar los territorios ibéricos en la América del Sur. La principal preocupación portuguesa radicaba en velar por el respeto de los términos del tratado en la región amazónica, sobre todo en la cuestión del límite fluvial interior (ríos Guaporé, Mamoré y Madeira). Así, nada más llegar al poder, Sebastião José se vio lidiando con un problema internacional de gran envergadura que afectaba a la colonia.

Durante la primera mitad del siglo, españoles y jesuitas habían aunado sus acciones para controlar el expansionismo portugués en los territorios americanos, convirtiendo indígenas y confinándolos en *aldeias*. Sin embargo, en la segunda mitad, la preocupación causada por el poder alcanzado por los jesuitas se convirtió en un punto de acuerdo entre Portugal y España. Los ignacianos habían penetrado muy dentro del continente, instalándose a lo largo de los sistemas fluviales entre territorios de influencia portuguesa por un lado y de control español, por el otro.

La cuestión de la cuenca amazónica fue la chispa que incendió todo el conjunto, pues en esta región fueron adoptadas las primeras medidas para combatir y suprimir la presencia jesuítica, que contaba con raíces en el Estado y ramificaciones por los diversos territorios, y que estaba alcanzando proporciones imperiales. El reformismo utilizó esta vía para hacer acto de presencia.

La revolución cultural pombalina: una «escuela intelectual»

> La Universidad de Coimbra había experimentado el mismo destino que el resto del reino; de universidad no le quedaba más que el nombre[4].
>
> *Carta dirigida a Pombal*, 1777

[3] Si bien demasiado antipombalino, es clásico el estudio de Charles R. Boxer, «La dictadura pombalina y sus consecuencias, 1755-1825», en *El imperio colonial portugués (1415-1825)*, 2.ª ed., Lisboa: Edições, p. 70, 1981.

[4] «Carta IX [Londres, 30 de marzo de 1777; en inglés en el original]», en S. J. de Carvalho e Melo, *Memórias secretíssimas*, p. 268.

El día 22 de setiembre de 1772, cuando llevaba más de dos décadas en el poder, el marqués de Pombal volvió por fin a Coimbra. Se había formado en derecho por esta universidad, cuando aún era una institución atrasada, si se la comparaba con las contemporáneas inglesas de Oxford y Cambridge, aunque estas también estuvieran marcadas por el entumecimiento intelectual. Pombal nunca aprendió inglés, ni siquiera durante los seis años que pasó en Londres, pero dominaba el francés de manera fluida. Por lo que parece, era un ávido lector de libros, papeles y documentos de estado ingleses, en su traducción francesa.

Realizaba ahora, en Coimbra, una visita meticulosamente preparada para aplicar las deliberaciones regias de reforma de la Universidad, firmadas por el rey José I el mes anterior. Con «jurisdicción privativa e ilimitada», Sebastião José de Carvalho e Melo llegaba para poner en ejecución los nuevos Estatutos y para tomar otras providencias. Con todo el rigor del ritual universitario fueron nombrados nuevos profesores y se establecieron carreras con moldes renovados, lo que constituyó una verdadera ruptura, dado que los antiguos profesores, es decir, los jesuitas, habían sido expulsados o retirados. La visita del marqués a la tradicional universidad conimbricense abrió una nueva era en la historia del pensamiento jurídico luso-brasileño, con resonancias en todo el imperio portugués.

La reforma de los estudios, un hito en los anales de la cultura luso-brasileña, indicaba el deseo por parte de algunos sectores de la elite lusa de modernizar el país, adaptándolo al mundo civilizado europeo. El marqués reunió a su alrededor a un brillante y activo grupo de «ilustrados» que mostraba una aguda conciencia del atraso de Portugal en el mundo europeo y del lugar crecientemente periférico que ocupaba el país en el mundo en general, sobre todo en relación a las formaciones económico-culturales europeas en acelerado crecimiento, principalmente la inglesa.

Apoyada en Descartes, Newton y Locke, la filosofía de la Ilustración proporcionó los ingredientes para la acción reformista pombalina. En su cruzada antijesuítica y regalista, el futuro marqués atrajo a una notable constelación de intelectuales. Sebastião José llegó a participar personalmente en la redacción y distribución de textos que definían y propagaban los propósitos de aquella acción transformadora, tales como la *Deducción cronológica y analítica*, compilación de diatribas contra los jesuitas. Mayor divulgación tuvo la *Relación abreviada*, una narración, distribuida y financiada por el Estado, de la campaña conjunta de portugueses y españoles contra las misiones jesuíticas del sur de la colonia en 1750. Este texto, editado en varias lenguas y con una tirada de 20.000 copias, influyó en las acciones políticas que se produjeron en Europa en ese periodo y que llevaron, en 1773, a la supresión de la Compañía de Jesús por el Vaticano.

La «escuela intelectual» agrupada en torno a Pombal estaba integrada, entre otros, por personas del porte de Martinho de Mendonça Pina e Proença (1693-1743), seguidor de las teorías de Locke, que intentó aplicar a la educación, o Jacob de Castro Sarmento (1692-1762), cristiano nuevo, defensor de las ideas de Newton.

Nacionalización de la economía

Dos cuestiones cruciales, imbricadas, fueron abordadas por el equipo de Pombal. La primera consistía en saber cómo estimular la economía de un sistema tan amplio, que abarcaba territorios en Asia, África y, sobre todo, en América (Brasil), donde ya se había establecido un proceso exitoso de colonización. La segunda cuestión era igualmente importante: ¿cómo salir de la alianza con Inglaterra, foco de intensas ambigüedades y de dependencia? En efecto, la alianza había resultado ser fundamental para que Portugal mantuviese, desde 1640, su independencia en relación a España, con la que, además, existía un problema permanente expresado en las disputas en los territorios coloniales.

El periodo pombalino (1750-1777) constituye el momento decisivo de la problemática atlántica en que participaba el Estado portugués. Portugal y sus colonias, en su asociación con Inglaterra, se mantuvieron, en la *longue durée* de 1660 hasta 1807, relativamente a salvo de los grandes conflictos europeos. Con sus monopolios coloniales y todo el sistema administrativo y jurídico-político de control, la Corona se preservaba para sí esas fuentes generadoras de divisas.

Fue el Estado, a través de la política mercantilista pombalina, el que creó la burguesía, y no una burguesía preexistente la que dio otro carácter al Estado, controlándolo, contrariamente a lo que sucedió en el mundo anglo-americano. La tesis, de Kenneth Maxwell, debe, no obstante, ser matizada. De facto, fue una nueva facción de la nobleza, ya aburguesada, y representada por Pombal y su grupo, la que se instaló en el Estado, provocando su reforma desde dentro. Este mismo historiador demostró que Portugal mantuvo una política de beneficios recíprocos en el comercio externo, pretendiendo «crear también una poderosa clase de hombres de negocios portugueses, dotada de capitales financieros y humanos que le permitiesen desafiar a la competencia extranjera»[5].

Pombal y el poder

Con Pombal se asistió a un fuerte conflicto entre estamentos de la alta aristocracia *versus* líderes de las clases mercantiles. En realidad fue la antigua nobleza del reino portugués la que más se opuso a la política del marqués, en la medida en que la nueva clase mercantil la desalojaba del poder. El episodio de la tentativa de regicidio en 1758 es bien ilustrativo: Pombal aprovechó la oportunidad para castigar ejemplarmente a los aristócratas prominentes. Se produjo entonces una auténtica revolución palaciega, pues el brutal y ejemplar castigo fue efectuado en contra de la legislación vigente.

Al año siguiente le tocó el turno a los jesuitas. Ofreciendo como pretexto la resistencia de la orden a su política en América, Pombal los expulsó, acción a la que siguió otra similar por parte de Carlos III en España en 1767. Europa, «atónita

[5] Kenneth Maxwell, *Marquês de Pombal*, Lisboa: Presença, 2001, p. 193.

al principio», siguió el ejemplo en Nápoles, Parma y Francia. Los jesuitas, «rechazados incluso por el propio papa, ¡van a refugiarse al seno de las naciones protestantes contra las que habían sido llamados al mundo!»[6].

Pombal y la economía: regulación y reglamentos

Desde el punto de vista social y económico, la política pombalina representaba un nuevo sistema de intereses, centrado en el combate al contrabando y que introducía un concepto más adecuado del papel regulador del Estado en el comercio colonial, además de volver a colocar a Portugal entre las naciones competitivas en las relaciones internacionales.

De este modo, el imperio se defendía, fortaleciendo a los comerciantes más poderosos, esto es, a aquellos que tuviesen condiciones para disputar mercados con el capital internacional. Desde el punto de vista cultural e ideológico, se rompía la hegemonía de la orientación jesuítica, acarreando sin embargo, un serio problema, que debería ser replanteado por medio de la educación: el de la formación de cuadros pensantes para el nuevo orden.

En efecto, la expulsión de los jesuitas dejó a Portugal sin profesores de nivel secundario y universitario. Por este motivo, la reforma de la Universidad y la implementación de un nuevo sistema de educación secundaria serían las piedras de toque de la administración pombalina, y los oratorianos –críticos con los jesuitas– proporcionarían el instrumental conceptual e ideológico del gobierno reformista. Los recursos para estas reformas vendrían «en parte de las propiedades expropiadas a los jesuitas y aristócratas condenados por el regicidio»[7].

La reforma del Estado bajo Pombal

Visto en perspectiva, el conflicto del Estado portugués con el papado forma parte de un movimiento reformista europeo más amplio, cuyo sentido era disminuir el poder de la Iglesia conservadora en el continente y en las colonias, además de nacionalizar las iglesias. Todo el sistema de jurisdicciones, esferas de control político, social y económico fue desmontado.

Desde el punto de vista del Estado, la reforma de las leyes, de los tribunales y de los códigos sirvió para redefinir las nuevas obligaciones de los súbditos, pero no

[6] «En un determinado momento, la resistencia de Clemente XIII (1758-1769) hizo pensar a Pombal en la independencia de la Iglesia portuguesa; pero el Papa murió entre llantos, rechazando abolir la Compañía, y Ganganelli (1769-1775) fue elegido para consumar este hecho, exigido por Aranda, por Pombal, por Tanucci, por Choiseul –por Francia, España, Italia, y Portugal, es decir, por todo el concierto de las naciones católicas», en Joaquim Pedro Oliveira Martins, *História da civilização ibérica*, Lisboa: Guimarães, 1994. Esta edición tiene un prefacio de Fidelino de Figueiredo, de 1954; la 1.ª edición es de 1879.

[7] Kenneth Maxwell, «A Amazônia e o fim dos jesuítas», en *Ensaios tropicais e outros*, pref. Elio Gaspari, Rio de Janeiro: Paz e Terra, 2002, p. 141.

para garantizar derechos individuales. El crimen de lesa majestad adquirió una nueva reformulación, incorporando como tales los ataques a los ministros del rey.

La reconstrucción de Lisboa, asolada por el terremoto de 1755, dio fuerza al marqués para poner en marcha los nuevos roles que el Estado portugués asumiría en el mundo atlántico. El reformismo se apoderó del imperio: se incentivaron las empresas manufactureras, que seguían el modelo colbertiano y no el modelo inglés, además de otros tipos de actividad empresarial.

La costosa reedificación de la capital del imperio junto con la disminución de la entrada de oro brasileño obligó al gobierno a perfeccionar el sistema de cobro de impuestos. Se daba prioridad también a la estrategia militar y a la política colonial, bajo la coordinación de Mendonça Furtado, otro hermano de Pombal, que tenía una notable experiencia en Pará, de donde regresó en 1759. Conocedor del problema de la región norte, del papel de los jesuitas y habiendo participado en la Compañía de Grão-Pará e Maranhão, entraba ahora a formar parte del gabinete del marqués. Inspirándose en el ejemplo de la antigua Compañía de Comercio del Brasil, el gobierno aplicó ese modelo a otros dos centros importantes de producción, Pernambuco y Paraíba, dos de las más antiguas regiones geoeconómicas. En la nueva situación, la mano de obra esclava de origen africano, base del sistema de producción, era adquirida con capital de la Corona junto con el de inversores privados, recursos que, sumados, también proporcionaban los medios financieros necesarios para la adquisición de bienes europeos y la importación de más esclavos. Además entraron nuevos productos coloniales en el mercado mundial, como el algodón y el arroz.

Adicionalmente, en la metrópoli, la política económica se hacía con el uso de la regulación de las tasas aduaneras, manipuladas de modo que fomentaran la diversificación de las producciones brasileñas. El conjunto de esas reformas exigió un sistema reformulado, codificado, reglamentado y fiscalizado, basado en nuevas definiciones, justificaciones y explicaciones.

Con su actualización, el Derecho se mezclaba con la economía y, no menos importante, con la Contabilidad.

Cambio de paradigma: resultados

De 1760 a 1769, las relaciones entre el gobierno portugués y el papado se interrumpieron (hasta el punto de que un hijo del marqués fue expulsado de Roma), mientras la Iglesia reivindicaba su jurisdicción sobre Portugal. Pombal utilizó todos sus recursos jurídicos (como el Exequatur, el Placet y el Recursus ad principem) para reaccionar y atenuar la acción del Vaticano, fundamentándose en derechos históricos que los monarcas católicos portugueses venían formulando y ejerciendo desde el siglo XIII. Los juristas fueron movilizados para garantizar los avances del reformismo portugués.

El resultado fue que la Iglesia comenzó a vivir bajo un duro control del Estado. En 1769 la Inquisición dejó de controlar el Tribunal del Santo Oficio, que pasó a ser un tribunal real como los demás. El hecho se hizo sentir inmediatamente

en la disminución del número de reos muertos e, incluso, de condenados. Se abolió la distinción entre cristianos nuevos y viejos, y la censura literaria se puso bajo responsabilidad de la Real Mesa Censora. Las propiedades confiscadas de los condenados pasaron al Erario real. La muerte por el fuego fue abolida, junto con los autos de fe.

Se instaló así un nuevo clima de reformas, en el que se educaron y florecieron jóvenes como Tomás Antônio Gonzaga (el precoz autor del *Tratado de direito natural*, de 1772, dedicado al marqués ilustrado), Alvarenga Peixoto y muchos otros escritores notables. Algunos años después, el ideólogo de la Independencia de Brasil, José Bonifácio, nacido en Santos en 1763, todavía se beneficiaría, a la sombra del Estado, de ese ambiente de renovación.

En cierto modo, continuó existiendo una vigilancia del Estado, pero ya en versión pombalina, para dar forma al nuevo horizonte intelectual y político portugués. Ahí residiría una de las paradojas de la Ilustración de tiempos de José I, según Maxwell: la idea de que la censura debería moldear y proporcionar medios de estímulo a las ideas iluministas[8]. La Mesa Censora llegó a devolver a los libreros libros prohibidos por la Inquisición, como fue el caso de las obras de teatro de Voltaire y del *Esprit des lois*, de Montesquieu. Pero el control continuó, siendo excluidas obras consideradas ateas o materialistas, nocivas para la religión.

En 1761, diez años antes de la reforma universitaria, se podían encontrar manifestaciones como las del médico cristiano nuevo Antonio Nunes Ribeiro Sanches, que proponía la separación total entre Iglesia y Estado, y que tenía intención de introducir, en la Nación Portuguesa: «El método de comparar los efectos para llegar al conocimiento de sus causas; y de comparar y combinar estas para prever y conocer los efectos que de ellas se podrán seguir», tal como propusieron Bacon, Locke, Gassendi, Newton[9]…

Revolución en las mentalidades: la nueva idea de imperio luso-brasileño

La revolución cultural de este periodo no fue, por lo tanto, obra de un solo hombre. Había una elite de la que participaban el citado médico cristiano nuevo Ribeiro Sanches, el padre oratoriano Antônio Pereira de Figueiredo y João Pereira de Azevedo Coutinho, que estudiaron formas jurídicas para la secularización de sectores eclesiásticos. Este último, hermano del brasileño Francisco de Lemos e Faria, futuro rector de la Universidad de Coimbra, llegó a proponer el nombramiento de obispos sin autorización de Roma. Con esto, lo que se proponía de hecho era el aumento del poder de los obispos y la disminución del número de curas.

[8] *Ibidem*.

[9] Ver el estudio de Maria Odila da Silva Dias, «Aspectos da Ilustração no Brasil», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, vol. 278, Río de Janeiro, 1969, p. 116. Con respecto a António Nunes Ribeiro Sanches y otros educadores y reformistas portugueses durante el periodo pombalino, véase João Luiz Costa, *Contribuição às idéias no Brasil*, 2.ª ed., Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968, pp. 46-49 y 56-58.

La reforma de las mentalidades se debió también a la atención con que Pombal seguía lo que pasaba en el resto de Europa. Intercambiaba cartas con el jansenista Gabriel Duparc de Bellegarde, en el clima reformista de Utrecht, o hacía traducir una obra como la del alemán Justinus Febronius, *Do Estado da Igreja e poder legítimo do pontífice romano* (Lisboa, 1770, 2 vols.). El febronismo, como el regalismo, defendía la superioridad del Estado sobre la Iglesia, aunque reconociese la necesidad de la permanencia de la religión. Pombal, con su poder ya tambaleante y poco antes de su caída, en el momento de la inauguración de la estatua ecuestre del monarca el 6 de junio de 1775, escribió las «Observações secretíssimas entregues por ele mesmo oito dias depois ao senhor rei D. José I», documento en que hace un balance de su actuación como ministro los 25 años anteriores. Enfatiza en él la evaluación que hace sobre su obra universitaria, juzgando haberla mejorado, lo que ocurrió de hecho

> … por el otro establecimiento de tantos y tan eruditos profesores de todas las ciencias y de los estímulos para animar los de aquellos cuyos estudios son más arduos y más escabrosos; por el otro establecimiento de las sacrosantas leyes que, aboliendo los expurgatorios romano-jesuíticos, cerraron a los libros perniciosos las puertas que abrieron a los de sana y util erudición, y llenaron estos reinos de clarísimas luces que hoy abundan.

La colonia se ilustra. Estudiantes brasileños en Coimbra

> Portugal y sus remotas colonias cayeron en una situación de gran degradación. ¿Como pudo ocurrir algo así?[10].
>
> Abate Guillaume Raynal (1713-1796)

Tal actitud renovadora por parte de Pombal y su equipo, se inscribía en un movimiento más amplio de renacimiento científico europeo del siglo XVIII, con la exaltación del papel del hombre de ciencia en la construcción de un nuevo orden. La idea de *bonheur* descendía de la metafísica al mundo de los hombres, de la sociedad, de las innovaciones científico-técnicas, apareciendo escrita en las constituciones. El científico debía ser un hombre práctico y de acción, como demostraron con su ejemplo Monge, Lavoisier, Diderot o Buffon, entre tantos otros, en la Revolución Francesa y sus antecedentes. Además, en ese marco de cambios, la obra del abate Raynal (en Minas, algunos conspiradores se sabían partes del texto de memoria) incendiaba las mentes y los corazones.

[10] Título del cap. XXVII de *O estabelecimento dos portugueses no Brasil*, Río de Janeiro: Arquivo Nacional/Editora Universidade de Brasília, 1998 [1770]. Sobre el abate Guillaume Raynal, ver, en la misma obra, el excelente estudio introductorio de Berenice Cavalcante, «Dilemas e paradoxos de um filósofo iluminista», pp. 11-33.

¿Qué era «el hombre de la Ilustración»? Era el hombre de la razón, de la lógica, de la experimentación, de la ciencia, del derecho natural. Era el investigador, cosmopolita, reformista, antiabsolutista[11].

Eso da a entender por qué provenía del campo de la ciencias naturales y exactas un número cada vez mayor de estudiantes brasileños formados por la Universidad de Coimbra, además de otras como las de Montpellier, Rouen, Estrasburgo, París o Edimburgo. En su estudio, ya citado, «Aspectos da Ilustração no Brasil», fundamental para la comprensión de este momento de formación de cuadros científico-intelectuales y administrativos del imperio luso-brasileño, Maria Odila da Siva Dias constató la escasa repercusión entre los estudiantes brasileños del antiintelectualismo de Rousseau, «con su horror a los inventos y a los científicos». Tampoco se entusiasmaron con las ideas democráticas del filósofo suizo, «celosos como eran de sus privilegios de aristócratas». La mecanización, sí, era apreciada como medio de librar a los esclavos de sus sufrimientos –recuérdese el caso del «inconfidente» José Alvares Maciel, en Inglaterra– y liberarlos así de una condición reprobada por las leyes de la naturaleza. Rara excepción, José Bonifácio (1763-1838), lector de Camões y Heine, traductor de Buffon y Voltaire, abolicionista radical, llevará este tema al límite, durante la Constituyente de 1823[12]. De ahí que fueran los enciclopedistas franceses, y no Rousseau, los inspiradores de la «ilustración brasileña», con Voltaire al frente, alimentando la corriente de pensamiento que valoraba «relaciones pragmáticas entre los intelectuales y la sociedad[13].

Se trataba de un reformismo pragmático, de cambios, lo que, según Maria Odila, explica el hecho de que, entre los 568 estudiantes licenciados en Derecho (mayoría de un total de 866 graduados en Coimbra, de 1722 a 1822), 281 se habían licenciado, a la vez, en Leyes y Matemáticas o en Ciencias Naturales, acumulando dos o tres especialidades, lo que no era raro en aquel periodo[14]. Así fue en el caso de José Bonifácio y de Baltasar da Silva Lisboa, que cursó Derecho, además de Geometría, Historia, Física experimental y Química. La historiadora concluye que la mayoría de los que dejaron obras escritas se orientaron preferentemente hacia las Ciencias Naturales y la Medicina, predominando en la producción científica de ese periodo los

[11] Ver Michel Vovelle *et al.* ed., *O homem do Iluminismo*, Lisboa: Presença, 1997. También, Luís de Oliveira Ramos, *Sob o signo das Luzes*, Lisboa: Imprensa Oficial/Casa da Moeda, 1987. Un ilustrado en la colonia fue obispo y fundador del Seminario de Olinda: el escritor, J. J. da Cunha Azeredo Coutinho, *Obras econômicas (1794-1804)*, pres. de Sérgio Buarque de Holanda, São Paulo: Nacional, 1966. El mejor estudio sobre las reformas educacionales de Portugal sigue siendo el de Laerte Ramos de Carvalho, *As reformas pombalinas da Instrução Pública*, São Paulo: Saraiva/Edusp, 1978.

[12] Ver textos del Patriarca organizados por Miriam Dolhnikoff, org., *José Bonifácio de Andrada e Silva –Projetos para o Brasil*, São Paulo: Companhia das Letras, 1998. Además del clásico libro de Otávio Tarquínio da Souza, *José Bonifácio*, Rio de Janeiro: José Olympio, 1957, ver Emília Viotti da Costa, «José Bonifácio: homem e mito», en Carlos Guilherme Mota, org., *1822: Dimensões*, São Paulo: Perspectiva, 1972; y del mismo autor, el estudio «Projetos para o Brasil», sobre «la civilización de los indios» y sobre la emancipación de los esclavos, en Lourenço Dantas Mota, org., *Introdução ao Brasil: um banquete no Trópico*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

[13] Cf. M. O. da Silva Dias, «Aspectos da Ilustração no Brasil», cit., p. 106.

[14] *Ibid.*, p. 107.

estudios de Ciencias Naturales, en número superior al de investigaciones en ciencias puras o exactas.

Estas actitudes innovadoras, que valoraban las ciencias experimentales, llegaban con atraso a la metrópoli portuguesa. Fueron grandes los esfuerzos de actualización de la elite, incluidos los procedentes de la colonia que llegaban para graduarse. En los diez primeros años, después de la reforma de 1772, 238 brasileños se diplomaron en Matemáticas, Ciencias Naturales y Medicina, siendo 157 los licenciados en Humanidades (Leyes principalmente). En la década siguiente (1782-1792), se diplomaron 192 estudiantes en Ciencias y 105 en Leyes[15].

Esa fue también la tónica de la Academia Real de Ciencias, visible tanto en la obra del mineralogista José Bonifácio, como en la de Alexandre Rodrigues Ferreira, el naturalista que dio a conocer la Amazonia[16]. En el último cuarto del siglo XVIII, un batallón de viajeros, ingenieros y científicos se esparció por los dominios del imperio haciendo estudios, investigaciones, reflexiones. Se trataba de una acción de Estado orientada políticamente, pues identificaba a los estudiosos brasileños con los intereses de la elite rural brasileña. Esta orientación, a pesar de su énfasis en las ciencias de la naturaleza, o tal vez justamente debido a eso, estará viva en la mentalidad de algunos de los líderes de la Independencia. Cuando ésta se proclamó en 1822, se constató que, en la composición de la Constituyente de 1823 (cerrada poco después de su apertura por Pedro I), 34 diputados eran diplomados en Ciencias (12 en Matemáticas y Filosofía Natural); 9 en Matemáticas; 5 en Filosofía Natural; 3 en Medicina; 3 en Medicina y Matemáticas y 2 simultáneamente en Matemáticas, Filosofía y Medicina, mientras que sólo 21 se graduaron únicamente en Derecho[17].

Una nueva idea de imperio: científicos y bachilleres

La idea de un imperio luso-brasileño estaba presente en estas iniciativas, pues la publicación de memorias, estimulada por la Corona, era fruto de una necesidad, consciente, de fomentar la producción de materias primas para la industrialización de Portugal, de promover el renacimiento de la agricultura para compensar la caída en el rendimiento del «quinto» y la bajada del precio del azúcar a causa de la competencia antillana, junto con otras posibilidades que Brasil ofrecía al mercado europeo, perturbado por las revoluciones del cambio de siglo y por el huracán napoleónico. Se produce en ese momento, en la colonia, la introducción del tabaco de Virginia y del arroz de Carolina y la aclimatación de productos nuevos, como el añil, la cochinilla o el cáñamo, promoviéndose, además, el cultivo de algodón, el cacao, el jengibre y el café. En suma, hubo una participación directa del poder central en esa difusión de informaciones sobre las riquezas de la colonia y su diversificación.

[15] *Ibid.*, p. 116.
[16] *Ibid.*, p. 107.
[17] *Ibid.*, p. 152.

A finales de siglo, Rodrigo de Sousa Coutinho, reformista ilustrado, nombrado ministro por Maria I, movilizó un grupo de bachilleres y científicos brasileños. Pensando en los «vastos dominios» de la Corona y abrazando las ideas de la fisiocracia, importante corriente de la economía en la época, la política de D. Rodrigo era favorable a la agricultura en Brasil, pero no a las «manufacturas y las artes»[18].

Fue un periodo en que se inventarió y se investigó sobre casi todo, desde el aceite de papaya al achiote y al alcanfor; se hicieron además varios estudios geográficos y análisis estadísticos.

Mercantilismo tardío

La creación de compañías de comercio para concentrar el capital del reino en las manos de algunos pocos poderosos comerciantes y productores de vino –en perjuicio de los pequeños comerciantes y productores, grandes víctimas del despotismo ilustrado del marqués– provocó reacciones populares, que fueron violentamente reprimidas. A pesar de ello, el ministro Pombal llevó adelante su plan de reafirmar el poder de la realeza y minar los privilegios cedidos a los comerciantes ingleses. Por primera vez desde la formación del imperio colonial, Portugal adoptó una política colonial con moldes explícitamente mercantilistas, revisando los privilegios comerciales concedidos a Gran Bretaña, con el objetivo de consolidar un nuevo regalismo, tan en boga entre los déspotas ilustrados de las periferias europeas de la época. Se trataba de racionalizar y optimizar los recursos fiscales resultantes de las actividades coloniales, estimulando la producción de ciertos géneros tropicales y la emigración hacia ciertas regiones, garantizando así su posesión, defensa y poblamiento. De este modo, las llamadas reformas pombalinas se proponían conservar los dominios ya existentes y ampliar el poder del Estado portugués allí donde fuera posible.

Como se puede ver, tales medidas constituían un desesperado –y tardío– intento de mantener, bajo el régimen del monopolio, el dominio efectivo de las posesiones ultramarinas. La creación de compañías de comercio monopolistas, la reactivación de industrias, la reforma de la enseñanza, la creación de escuelas técnicas y de comercio estaban dirigidas a disminuir la dependencia con relación a Inglaterra sin romper la alianza militar, tan necesaria para el mantenimiento de la soberanía del reino portugués. En ese contexto, la neutralidad fue la condición de supervivencia del frágil imperio luso.

El ciclo revolucionario –dentro del cual se produciría, medio siglo después, la pérdida de la más preciosa colonia portuguesa, el Brasil– comenzó en 1776, por influencia de la Guerra de Independencia Americana (1776-1783). Unos años antes comenzaba el proceso de incentivos a la ocupación de territorios de frontera por parte de súbditos portugueses. El reclutamiento de colonos azorianos, por ejemplo, tenía como objetivo el poblamiento de esos territorios fronterizos. Los inmigrantes recibían

[18] Ver la posición de D. Rodrigo de Sousa Coutinho, con respecto a la política económica para la colonia, en el citado artículo de M. O. da Silva Dias, «Aspectos da Ilustração no Brasil», p. 118 y *passim*.

estímulos para poblar puntos importantes de la colonia, en los que la inmigración espontánea no se instalaba en número suficiente. En 1763, los primeros azorianos habían llegado al Estado de Maranhão (en la región que hoy corresponde al Estado de Pará). En 1769, los habitantes portugueses de la plaza de Mazagão, en el norte de África, abandonada aquel año, emigraron a la región del Estado do Grão Pará e Maranhão, dando origen a la ciudad (en el actual Amapá) que tomó el nombre de la que habían abandonado. En el otro extremo de la colonia, en la isla de Santa Catarina, parejas de azorianos recibieron tierras y poblaron el Sur de la América portuguesa.

Se trataba de ocupar, preferentemente con beneficios económicos, ciertas regiones estratégicas de la colonia americana. Se hizo imperioso y urgente poblar el norte de Brasil pues, a la vista de la presión cada vez mayor ejercida por Inglaterra, Francia y Holanda, era preciso crear allí una sociedad en sintonía con las regiones tradicionales de la colonización portuguesa. Algunos de esos proyectos acabaron siendo una verdadera catástrofe para las poblaciones locales. También resultó ser un gran equívoco la esperanza de que los indígenas reducidos en las misiones de los jesuitas en la Amazonia pudiesen ser asimilados y aculturados pacíficamente.

La reforma administrativa

La política adoptada por Pombal para estimular las actividades productivas en Brasil, en Grão-Pará y en Maranhão, atendía los intereses y los anhelos de los colonos de esas regiones del imperio. El perfeccionamiento de la administración y el aumento del control real sobre las colonias, elementos fundamentales de las reformas llevadas a cabo, complementaban la política orientada a la preservación del monopolio. Para ello, el Consejo Ultramarino fue redimensionado, y sus poderes reducidos.

En Brasil se abolieron las capitanías privadas aún existentes. Para hacer frente a la nueva situación demográfica de la colonia –y a los conflictos que se anunciaban en la frontera sur–, se creó en 1751 otra Corte Suprema de Apelación en Río de Janeiro. En 1763 Salvador dejó de ser la sede del gobierno general y fue sustituida por Río de Janeiro, la nueva capital del Virreinato.

Todas estas medidas vinieron acompañadas por una reforma fiscal. En Portugal se creó el Erario Real, dirigido por el propio ministro. En las capitanías del Estado de Brasil se instauraron varios órganos destinados a recaudar impuestos, en un intento por sustituir a los contratistas, que aún seguían ejerciendo sus actividades. El resultado de la implantación de esas nuevas políticas dejó bastante que desear: en 1774, la cantidad por impuestos embarcada en Río de Janeiro era la mitad del total enviado a Lisboa en 1749.

Para proteger y regular el comercio de azúcar y tabaco se crearon «casas de inspección» en los puertos del Estado de Brasil, con el fin de garantizar la calidad, controlar la oferta y mantener la estabilidad de los precios de esos dos productos. Estas instituciones contaban con la participación de comerciantes y productores locales, elegidos por las cámaras municipales. Paralelamente se crearon mecanismos para proteger de los acreedores externos a los deudores del interior.

Las reformas administrativas implantadas en la colonia crearon nuevas oportunidades de empleo para los colonos. Las burocracias civil y militar fueron ampliadas, las comisiones de inspección y los nuevos órganos de recaudación contaron con la participación activa de los moradores luso-brasileños, incluso en altos cargos. De esta forma, se reforzó el poder de las oligarquías locales sobre la vida política, un claro ejemplo de que era posible alcanzar los objetivos del imperio y al mismo tiempo preservar los intereses de las diversas «noblezas de la tierra».

Las reformas, sin embargo, no llegaron a alterar el estatus colonial. Como ejemplo de esto cabe resaltar que a pesar de haber sido realizada la reforma de la enseñanza en Portugal, se siguió prohibiendo el funcionamiento de imprentas en la colonia. La ausencia de universidades obligaba a los hijos de las elites coloniales a viajar a instituciones de enseñanza superior en Coimbra, Francia o España para obtener sus títulos.

Compañías de comercio

El «redescubrimiento» del Estado do Grão-Pará e Maranhão (1737-1823), una capitanía pobre hasta entonces y de poca importancia, se debió a la necesidad de delimitar y defender las áreas «periféricas» de la colonización contra el asedio de otras potencias y de los contrabandistas. La presencia de los colonizadores debía ser, ahora, un elemento disuasorio de las pretensiones de Inglaterra, Francia y Holanda en la región amazónica.

Por todo ello, Pombal fundó en 1755 la Compañía General de Comercio de Pará y Maranhão, concesionaria monopolista del comercio de la región. Al mismo tiempo decretó la expulsión de todos los comisarios volantes de la capitanía, con el objetivo de cortar los vínculos entre los comerciantes extranjeros y el contrabando. Se garantizaba así a la vez el doble objetivo geopolítico y fiscal, y se atenuaban los privilegios concedidos a los comerciantes extranjeros por medio de tratados comerciales.

La Compañía proporcionó créditos, herramientas y esclavos a los labradores y estimuló el cultivo de algodón, cuyo mercado, impulsado por la Revolución Industrial, se expandía rápidamente en Inglaterra. A partir de mediados del siglo XVIII, el algodón se convirtió en la principal materia prima industrial, gracias a los telares a vapor de Inglaterra que demandaban cantidades cada vez mayores de producto.

La Compañía de Paraíba y Pernambuco, fundada en 1759, fue la responsable de la reactivación temporal del hasta entonces estancado comercio de azúcar de esas dos capitanías. Muchos productores luso-brasileños se beneficiaron de él y participaron, aunque de forma minoritaria, en las transacciones comerciales emprendidas por la Compañía.

La cuestión del tráfico de esclavos

El resultado inevitable de la expansión de la agricultura en la colonia fue la intensificación del tráfico de esclavos africanos. Entre 1760 y 1775, la Compañía de Paraíba y Pernambuco importó más de 30.000 esclavos de África occidental a Brasil.

Entre 1757 y 1777, se importaron un total de 25.365 esclavos a Pará y a Maranhão, llegados desde los puertos de África occidental, sobre todo de Cacheu y Bissau, en la Guinea portuguesa. Hasta ese momento, los negreros portugueses visitaban con escasa frecuencia esos mercados de esclavos.

Cabe destacar que, aunque hubiese perdido sus principales mercados de esclavos en el África occidental, Portugal mantuvo una ligera ventaja sobre los demás competidores europeos en el tráfico de africanos. El tabaco bahíano, untado con jarabe de melaza, fue la clave del éxito portugués en el tráfico durante el siglo XVIII. Éste era el artículo más deseado por los socios comerciales africanos del otro lado del Atlántico, hasta tal punto que los holandeses permitían el acceso a los mercados de esclavos de Guinea a portugueses y bahíanos, mediante el pago de una tasa en tabaco.

La expulsión de los jesuitas

En el periodo de las reformas pombalinas, la expulsión de los jesuitas fue uno de los capítulos más dramáticos, osados y radicales, demostrando hasta qué punto se reafirmaba la soberanía del Estado portugués en la colonia y se procuraba extenderla. A partir de mediados de siglo, Portugal sería el centro de la propaganda antijesuítica, que acabó por provocar la supresión de la Compañía de Jesús por el papado en 1773.

Aparte del control sobre un gran número de indígenas en sus aldeias, eran significativos el poder y los capitales de los jesuitas en el Estado de Grão-Pará y Maranhão. No fue casual el nombramiento del hermano de Pombal para el cargo de gobernador, pues tenía como propósito, entre otros, evaluar la riqueza de las propiedades de la Compañía de Jesús. Además de haciendas de ganado con más de 100.000 cabezas, los padres jesuitas administraban un vasto patrimonio de tierras e ingenios, sin contar el hecho de la comercialización de las «drogas del *sertão*», evadiendo impuestos debidos a la Corona. Formaban un verdadero Estado dentro del Estado. La orden se negaba incluso a pagar el décimo y mantenía vínculos comerciales con contrabandistas ingleses.

Atendiendo las reclamaciones de los colonos, que pensaban que sería imposible el desarrollo de la región si los jesuitas mantenían el control casi absoluto de la mano de obra y de las posiciones estratégicas que garantizaban el ejercicio del comercio y del contrabando, fue suspendido el poder temporal de la Compañía de Jesús sobre los indígenas. Los jesuitas perdieron así el derecho a mantener a los indios aislados en sus *aldeias* y reducciones.

La legislación pombalina relativa a los indios, publicada en 1757[19], tenía como objetivo principal la integración efectiva de los indígenas como colonos. De acuerdo con la nueva legislación, el indio se convertía en súbdito, tal como cualquier otro

[19] Se trata del *Diretório que se deve observar nas povoações dos índios do Pará e Maranhão*, vigente de 1757 a 1798.

habitante libre de la colonia. Podía trabajar a cambio de un salario y estaba obligado a prestar el servicio militar. Se promovían decididamente el mestizaje y la aculturación, al menos sobre el papel. Se prohibió el uso de la *língua geral*. Poco tiempo después de la suspensión del poder temporal de los jesuitas, se produjo en 1759 la expulsión y la expropiación de sus bienes y propiedades.

A pesar de las buenas intenciones recogidas en él, el nuevo estatuto sometió a la población indígena a las formas más extremas de explotación y abuso. En la práctica, se mantuvo la concentración de los indios en poblaciones sujetas al gobierno de administradores civiles que deberían velar por su educación y por sus intereses, según el nuevo Directorio de los Indios[20].

Presionados por los colonos, muchos indios huyeron de la aculturación forzosa y abandonaron las aldeias. Otros murieron, como efecto del contacto más intenso con los europeos y de las enfermedades epidémicas. A finales de siglo, cuando el sistema del Directorio fue abolido, quedaban menos de 20.000 indígenas aculturados en la Cuenca Amazónica.

Ajustes territoriales: la definición de las fronteras. La frontera «viva» del Sur y la Colonia de Sacramento

Las guerras coloniales del siglo XVIII obligaron a las metrópolis ibéricas a redefinir las fronteras de sus dominios americanos. La disputa no fue pacífica: en muchas ocasiones la guerra sustituyó a la diplomacia. En los 27 años transcurridos desde la firma del Tratado de Madrid (1750) y del Tratado de San Ildefonso (1777), Portugal y España protagonizaron un enfrentamiento armado directo en la frontera del Rio Grande, un territorio correspondiente a los actuales estados de Santa Catarina y Rio Grande do Sul. El resultado final benefició a los portugueses, que se anexionaron varios territorios que pertenecerían a España según la línea trazada en Tordesillas.

Las fronteras definidas en el último cuarto del siglo XVIII corresponden, aproximadamente, a las fronteras del Brasil actual.

La colonización portuguesa del sur del territorio tuvo características distintas a las de otras regiones de la colonia. Los primeros colonos portugueses llegaron a los «campos generales», como se conocía la región, en 1719. Este territorio estaba en disputa entre Castilla y Portugal incluso antes del «descubrimiento» de tierras en el Atlántico Sur.

Las tensiones entre castellanos y portugueses en el Nuevo Mundo comenzaron ya con ocasión de la expedición de Nuño Manuel al Río de la Plata en 1514. En los mapas de la época el Río de la Plata, según la interpretación portuguesa, figuraba dentro de los límites territoriales pertenecientes al rey de Portugal, mientras que la interpretación castellana era la contraria.

[20] Como más tarde veremos, José Bonifácio defenderá la reactivación de esta institución para la integración de los indígenas.

Como se ha visto en el capítulo 6, durante la Unión Ibérica (1580-1640) se intensificó el comercio entre la región bonaerense y los territorios portugueses del sur, paliando así de forma significativa la escasez de plata que padecían los luso-brasileños. Con la restauración de la monarquía portuguesa, en 1640, los portugueses se vieron obligados a crear nuevos mecanismos para captar la plata peruana que llegaba hasta el puerto de Buenos Aires.

La fundación de la Colonia de Sacramento, en 1680, era la prueba de la importancia que habían cobrado los intereses portugueses en la región. Como lugar de encuentro entre los castellanos y los portugueses en América, la principal razón de ser del nuevo enclave era la obtención de plata peruana que por ventura llegase hasta Buenos Aires. La plaza comercial de Colonia de Sacramento, foco aislado de la ocupación portuguesa en el extremo sur, se convirtió en la principal base del comercio de contrabando de varias nacionalidades con las colonias del reino de España. Esclavos angoleños y manufacturas inglesas, holandesas y francesas entraban ilegalmente en los dominios castellanos a cambio de plata.

En la orilla sur del Río de la Plata, a 50 kilómetros de Colonia, la aldea de Buenos Aires era el puerto de entrada de ese comercio clandestino. Con la pérdida del asiento, el contrato de provisión de esclavos africanos a las Indias de Castilla, a favor de los ingleses en 1713, la Colonia de Sacramento adquirió un papel vital en la captación de la plata peruana. Por otro lado, el enclave portugués se convirtió en un importante mercado de cueros. A partir de comienzos del siglo XVIII, las flotas que iban a Lisboa desde Río de Janeiro transportaban siempre cargamentos de plata y cueros provenientes de Buenos Aires. El cuero tuvo gran importancia en el comercio atlántico del siglo XVIII. Aunque inferior en valor, su volumen fue comparable al del azúcar. Durante el mismo periodo la cría de ganado en las regiones cercanas a Buenos Aires se expandió para alimentar ese comercio exportador que abastecía a las industrias de cuero de Europa.

Foco permanente de tensión, el mantenimiento de Colonia era demasiado costoso para los cofres portugueses. Los castellanos jamás toleraron su existencia y procuraron, por todos los medios, eliminarla del mapa. A los pocos meses de su fundación, Colonia sufrió el primer ataque de fuerzas organizadas en Buenos Aires.

El «continente» de Rio Grande

El Rio Grande de São Pedro, área contigua a Santa Catarina, desarrolló una industria de charque muy importante durante la primera mitad del siglo XVIII. El charque ríograndense y sus bestias de carga alimentaban a los grandes núcleos urbanos de la colonia, desbancando la competencia de los centros productores tradicionales de estos géneros en el nordeste, sobre todo los de Ceará y Piauí. En poco tiempo, el sur adquirió un papel de peso en la economía de la colonia. A finales de siglo producía gran cantidad de trigo, exportado a las capitanías de Minas Gerais y de Río de Janeiro.

La presencia de colonos de las Azores en Santa Catarina indicaba que Portugal no tenía intención de abandonar su frontera sur. Los primeros colonos comenzaron a ocupar la región a partir de 1737. Esta zona, más que la plaza comercial de Colonia de Sacramento, se convirtió en el principal motivo del litigio entre Portugal y Castilla en la segunda mitad del siglo XVIII. En varias ocasiones, la disputa por Rio Grande acabó en guerra entre portugueses y castellanos.

La frontera ganadera y militar de Rio Grande atrajo a una buena parte de la población libre de las otras capitanías y constituyó un importante frente de la colonización durante la segunda mitad del siglo XVIII.

El Tratado de San Ildefonso (1777)

El Tratado de Madrid, firmado ya en tiempos de gobierno de Pombal, tuvo una corta duración: en 1761 un nuevo tratado anuló sus cláusulas*. Se volvía así al estado de hostilidad latente entre castellanos y portugueses. Como ya vimos, en el periodo que va desde la ratificación del Tratado de Madrid (1750) hasta la firma del de San Ildefonso (1777), se vivió en un estado de guerra crónica entre los reinos ibéricos en el extremo sur de América.

Utilizando como pretexto la participación de España y Portugal en la Guerra de los Siete Años, la Colonia de Sacramento fue atacada en 1762 por fuerzas castellanas organizadas desde Buenos Aires, bajo el mando de Pedro de Cevallos. El mismo Cevallos penetró en la región de Rio Grande al año siguiente.

Ataque a las misiones jesuíticas españolas

Al mismo tiempo en que eran atacados por el litoral, en Rio Grande, los portugueses intentaban detener el avance de los jesuitas castellanos en el interior del continente. El objetivo era eliminar las misiones del alto Paraná. Fueron enviadas varias expediciones para fortalecer las defensas de Mato Grosso y se construyeron varias fortificaciones y presidios en aquellos remotos territorios.

La guerra no acabó hasta 1776, con la expulsión de los castellanos de Rio Grande. El Tratado de San Ildefonso, firmado al año siguiente, puso punto final a la disputa entre los reinos ibéricos en la zona. Las fronteras occidentales corresponden aproximadamente a las actuales. A cambio, los portugueses entregaron la plaza de Colonia de Sacramento.

La reforma administrativa de los territorios españoles realizada durante la segunda mitad del siglo XVIII, parte integrante de las llamadas «reformas borbónicas», no auspiciaba un futuro muy tranquilo para la que fuera colonia portuguesa. El puerto de Buenos Aires fue elevado a la categoría de capital del Virreinato del Río de la Plata en 1776. La creación de una base naval en Montevideo daba a entender que España

(*) Tratado del Pardo, 1761. *N. del T.*

no pretendía mantener una convivencia tan estrecha con el contrabando realizado por luso-brasileños, portugueses y otros extranjeros.

La isla de Santa Catarina sería a partir de ahora la nueva base a partir de la cual Inglaterra organizaría su comercio de contrabando con el Virreinato del Plata.

A pesar de todos los esfuerzos de Pombal, Brasil acabaría constituyéndose como la principal base del comercio de contrabando de los ingleses en América del Sur. Las huellas dejadas por su ministerio, no obstante, fueron profundas, como veremos en los capítulos en que trataremos de los reformistas y revolucionarios de las «inconfidencias» y de la Independencia de 1822.

El Pombalismo: un balance

En la práctica del despotismo ilustrado en los Estados periféricos se observa que los consejos de dos de los padres del reformismo ilustrado francés, Voltaire y Diderot, no fueron oídos ni por Catalina de Rusia y ni por Federico el Grande. Ambos percibieron, tal como entendió Pombal, que en los filósofos y «extranjerizantes» había algo de nuevo y perturbador, imposible de aceptar, y mucho menos, de aplicar: en definitiva, la Revolución.

¿Cuál fue el significado del pombalismo? Según Faoro, fue «el fundamento del Brasil moderno»[21]. En su interpretación, la tesis básica de los filósofos de la Revolución Francesa está ausente en la ideología pombalina: la tesis de la legitimidad con base en la soberanía nacional, que se asienta, a su vez, sobre los derechos del ciudadano –el ciudadano como «agente único autorizado para constituir y desmantelar el sistema político». Ahora bien, «Pombal quería modernizar Portugal, adaptarlo al mundo, sin tocar los fundamentos de la autoridad política»[22].

La obra de Pombal tuvo un importante papel en la historia de Portugal y de Brasil, dejando huellas de tono liberalizante, «el límite extremo al que pudo llegar el reformismo». En palabras de Faoro, un

> …reformismo que presidirá la Independencia, con sus conciliaciones y transacciones, en la cual, para perpetuarse, los revolucionarios nativos ceden su ideario al poder, que apenas modifica su estructura. Los supervivientes de la «Inconfidência» y de la Revolución Pernambucana de 1817 aceptan la Independencia promovida por el trono, un trono sin ningún compromiso con la idea de la soberanía nacional, con muchas crisis individuales de arrepentimiento y muchos actos de conformismo, a veces resignado, a veces eufórico. Este patrón continúa, en Brasil, hasta hoy. En Portugal, por lo que parece, se quebró con la Revolución de los Claveles[23].

[21] Raymundo Faoro, «Aqui a Revolução era (e é) outra coisa», en *Istoé/Senhor*, São Paulo, 7-6-89, pp. 26-27.

[22] *Ibidem*.

[23] *Ibidem*.

Capítulo 14
La sociedad colonial: afirmación y ocaso

> Via-se a Liberdade Americana
> Que arrastando enormíssimas cadeias
> Suspira, e os olhos e a inclinada testa
> Nem levanta, de humilde e de medrosa.
> Tem diante riquíssimo tributo,
> Brilhante pedraria, e prata, e ouro,
> Funesto preço por que compra os ferros[1].
>
> Basílio da Gama, 1766

La sociedad colonial fue, según palabras del historiador portugués Vitorino Magalhães Godinho, «la sociedad del Antiguo Régimen, que en la esfera política correspondía a la monarquía absoluta, y que nació con los viajes de descubrimiento y los asentamientos ultramarinos y entró en convulsión, para morir en buena parte, a finales del siglo XVIII y en las revoluciones liberales del primer tercio del XIX»[2].

Si la definición del historiador es perfectamente válida para la metrópoli portuguesa, debe sin embargo ser matizada en lo que se refiere al mundo colonial, pues la estructura social sufrió desde el inicio algunas alteraciones profundas, con la presencia (y muchas veces con la resistencia) de los nativos y, poco después, con la migración forzada, en masa, de esclavos negros africanos, contingentes sociales de

[1] «Veíase la Libertad Americana / Que arrastrando enormísimas cadenas / Suspira, y los ojos y la inclinada testa / Ni levanta, de humilde y de medrosa. / Tiene ante sí riquísimo tributo, / Brillante pedrería, y plata, y oro, / Funesto precio por el que compra los hierros», Basílio da Gama, *O Uraguai*, *Canto V*. Accesible en: www.biblio.com.br/conteudo/basiliodagama/uraguai.html. Consultado el 18-2-2008. El autor nació en Tiradentes en 1741, y murió en Lisboa en 1795.

[2] Cf. el subcapítulo «Estratificação social e discriminações», en Vitorino Magalhães Godinho, *Estrutura da antiga sociedade portuguesa*, 2.ª ed. (corr. y ampl.), Lisboa: Arcádia, 1975, p. 71 y ss.

variadísima composición étnica, cultural y mental, no siempre dóciles y «moldeables» para adaptarlos a las estructuras del antiguo sistema colonial, como es sabido. Debe destacarse el hecho de que aún hoy persisten muchos rasgos de estructuras socioeconómicas, institucionales y mentales de las creadas en aquel periodo histórico que han resistido a las revoluciones y a los intentos de reforma ocurridos en los siglos XIX y XX.

Pues bien, ya en los inicios de la colonización, Martim Afonso de Sousa pusó todo «en buena orden y justicia», al fundar la villa de São Vicente en 1532. Así fue como se instauró el primer gobierno municipal en el lejano Atlántico Sur. En su condición de comandante militar, tenía autoridad plena para juzgar casos civiles y criminales –excepto cuando la acción afectaba a «hidalgos»– y podía distribuir cargos para ejercer la justicia en el lugar.

Dos años más tarde, al crear el régimen de capitanías hereditarias, la monarquía se desentendió del poder de juzgar a los súbditos a cambio de la lealtad de los donatarios. Ni los privilegios ni el poder otorgado fueron suficientes para vencer la resistencia de los nativos y la ineptitud de muchos de los donatarios. A algunos les faltó capital para colonizar, a otros la capacidad de administrar la justicia entre los colonos. Ahí residía, en última instancia, la esencia del poder de la monarquía durante el Antiguo Régimen.

Las cámaras municipales

Con la fundación de las primeras villas los donatarios trasplantaron al Atlántico Sur una institución que existía en Portugal desde 1504: el gobierno municipal. La *Câmara Municipal*, también conocida como *Concelho Municipal*, estaba formada por hasta seis *vereadores*, equivalentes a los regidores de los cabildos hispanoamericanos, dos jueces ordinarios –jueces sin formación oficial en derecho– y un procurador.

Aparte de éstos, había oficiales que auxiliaban en las distintas tareas. El escribano levantaba acta de las sesiones. El tesorero administraba las finanzas. Las Cámaras municipales cuidaban de asuntos esencialmente locales, como la construcción y mantenimiento de caminos, obras públicas y de defensa, la organización de la milicia y la regulación de prácticas comerciales y de trabajo.

El almotacén, inspector de los mercados, tenía como deber verificar la calidad de los productos y examinar los pesos y medidas utilizados por los comerciantes, a fin de evitar fraudes. Había también oficiales subordinados a la Cámara que no tenían derecho a voto, como el juez de los huérfanos. Se encargaba de administrar los bienes de los huérfanos y las viudas.

En el grupo de los oficiales subordinados se encontraban también: el alférez, o portaestandartes, que a veces ejercía el papel de escribano; el portero, que frecuentemente se ocupaba del cuidado de los archivos de la Cámara; y el carcelero, ya que el edificio de la Cámara también era la prisión.

Las villas más populosas contaban con el servicio de los cargos ya citados, teniendo además un *vereador* de obras, encargado de las construcciones, las obras públicas y la defensa militar.

Los oficiales de la Cámara se elegían de tres en tres años por medio de listas triples elaboradas por los *homens bons* de la villa. Éstos eran siempre los más ricos y poderosos –propietarios de tierras y de «negros», tanto «de la tierra», es decir, indígenas, como de África. Un agente de la Corona –el *juiz de fora*– supervisaba la elección de las Cámaras Municipales. Algunas de ellas tenían representantes de los trabajadores. Cada gremio o corporación de trabajadores de determinado ramo elegía a sus representantes para la Cámara, reuniéndose generalmente dos veces por semana.

Atribuciones de las Cámaras

La Cámara supervisaba la distribución y el arrendamiento de las tierras municipales y comunales. Promulgaba y cobraba tasas municipales, fijaba el precio de venta de numerosos productos y suministros, concedía licencias a los vendedores ambulantes y verificaba la calidad de sus productos. Concedía también licencias para la construcción y se ocupaba del mantenimiento de puentes, caminos, la cárcel y otros edificios públicos. La Cámara establecía también las fiestas públicas y las procesiones religiosas, además de velar por la seguridad de la ciudad y las normas generales de salud pública.

Para la realización de estas tareas, la Cámara contaba con ingresos provenientes de las rentas obtenidas de las propiedades municipales, de los impuestos que gravaban ciertos productos alimenticios y de las multas aplicadas por los almotacenes a los vendedores sin licencia o a los que manipulaban los pesos. Las hermandades legas, como la Santa Casa de Misericordia, financiadas por los colonos más acaudalados, se ocupaban de lo que hoy llamaríamos «salud pública».

Los *vereadores* y los jueces no recibían ningún salario, pero contaban con ciertos privilegios mientras ejercían el cargo. No podían ser detenidos arbitrariamente, estaban dispensados del servicio militar, no estaban obligados a alojar soldados, y se les exoneraba de la posibilidad de confiscación real de sus carrozas y caballos. El privilegio más importante era el poder enviar correspondencia directamente al rey.

Lejos de la vista del rey

Las inmensas distancias que separaban la Provincia de Santa Cruz de Portugal eran recorridas por veleros. En las estaciones propicias, si los vientos eran favorables, el viaje de ida duraba por lo menos dos o tres meses, medida de tiempo de las comunicaciones de la época. Desde Río de Janeiro y las «capitanías de abajo», el viaje se prolongaba un mes más. Los obstáculos físicos y la precariedad de las comunicaciones dejaban un amplio margen de autonomía a las Cámaras.

Las instituciones de gobierno local fueron las responsables de la implantación de la infraestructura urbana, como resume el historiador paulista Nestor Goulart Reis Filho:

> Entre las actividades transferidas al cuidado de los donatarios y los colonos, destacaban las correspondientes a la instalación de la red urbana. Se libraba así la Corona de la mayor parte de los gastos de la colonización del nuevo territorio, incluso en lo que se refiere a la fundación de villas y ciudades. La gran mayoría de los núcleos urbanos instalados en los dos primeros siglos de la colonización fue posible por el esfuerzo e interés de los colonos y los donatarios, con el estímulo de la metrópoli, pero sin su participación directa[3].

Las Cámaras eran responsables de la alimentación, manutención y vestuario de las guarniciones militares, además de los trabajos de mantenimiento de las fortificaciones y de los equipamientos costeros de defensa contra los piratas. La mayoría de las veces se encontraban endeudadas, pues gastaban más de lo que podían en fiestas religiosas, además de conceder con frecuencia préstamos extraordinarios solicitados por la Corona. Esto explica la continua precariedad en la realización y mantenimiento de obras públicas.

Una aristocracia nativa

De las regiones más remotas e inaccesibles a los dinámicos puertos de las capitanías del norte, las Cámaras servían el interés de los potentados locales, grandes propietarios de tierras y esclavos. En Pernambuco, hasta la ocupación holandesa en 1630, los Albuquerque Coelho mantuvieron prácticamente intactas sus prerrogativas de donatarios. En Río de Janeiro, los sobrinos de Mem de Sá gobernaron la capitanía durante casi un siglo hasta la expulsión del gobernador Salvador Correia de Sá en 1661, tras una revuelta popular. Hasta ese momento el clan Correia de Sá prosperó y participó activamente del contrabando de esclavos africanos al puerto de Buenos Aires a cambio de plata peruana, actividad vedada a los súbditos portugueses.

En la remota villa de São Paulo, en la meseta de Piranitinga, la Cámara organizó *bandeiras* al *sertão* en varias ocasiones para capturar indios, actividad prohibida por la corona a partir de 1570 y condenada por el brazo espiritual de la monarquía, la poderosa Compañía de Jesús. Cuanto más lejano el rey, más distante la ley.

Completaban este cuadro el nepotismo y la venalidad de los funcionarios reales. Durante todo el periodo colonial, las Cámaras fueron símbolo y expresión del prestigio, la influencia y el poder de los potentados locales.

[3] Nestor Goulart Reis Filho, *Evolução urbana do Brasil (1500-1720)*, 2.ª ed. rev. y ampl. São Paulo: Pini, 2000, pp. 19-20.

La justicia del rey: el oidor general

Antes de la instalación del Gobierno General, había cerca de 16 villas y poblados de colonos portugueses en el litoral del Atlántico Sur. Con la fundación de la ciudad de Salvador en la capitanía de Bahía, la monarquía pretendía coordinar las acciones militares y administrativas de las capitanías y los conjuntos poblacionales de la colonia. Por otro lado, era su intención reducir los privilegios cedidos a los gobernadores, entre ellos, el de juzgar a sus súbditos, visto que los donatarios controlaban todas las instancias de la Justicia y estaban exentos de las visitas de los corregidores, una especie de inspectores de Justicia.

Junto con el gobernador general, desembarcaron en la bahía de Todos los Santos un tesorero mayor, encargado del control de las finanzas reales, y un oidor general, que asumía la administración de justicia. Este magistrado acumulaba frecuentemente las dos funciones, económica y jurídica, convirtiéndose en el verdadero responsable de la supervisión de los intereses de la Corona en la colonia. En algunos casos, como el de Martim Leitão, cuya crueldad en la persecución de los nativos potiguares y de los franceses le valió la conquista de Paraíba, los oidores llegaron incluso a ser el brazo armado del rey.

Tal cúmulo de funciones acabó ensoberbeciendo a los magistrados. El cargo se sobreponía a la estructura ya existente de magistrados municipales y de oidores nombrados por los donatarios, motivo por el cual el sistema judicial de la colonia era confuso e ineficaz, y los reos esperaban años en las mazmorras antes de oír sentencia. La principal atribución del oidor general era visitar –y supervisar– las capitanías y servir de intermediario entre los oidores locales y la *Casa de Suplicação*, principal tribunal de apelación, con sede en Lisboa. Mem de Sá, tercer gobernador general de Brasil y miembro de la clase de los «letrados», la burocracia profesional de magistrados formada en la Universidad de Coimbra, había sido miembro de la *Casa de Suplicação* y ejerció el cargo de consejero del rey. Durante su gobierno, la Corona revocó de forma permanente el derecho de exención de visita. A partir de este momento, el gobernador general podría visitar las capitanías y ampliar el control de la monarquía sobre sus posesiones americanas.

Las leyes promulgadas por la Corona eran válidas únicamente para los súbditos europeos. Los indios se encontraban al margen del orden jurídico, viviendo bajo la sola protección de los jesuitas. A partir de 1560 se creó el cargo de *mamposteiro*, funcionario que velaba por la libertad de los indígenas, tema este que constituía un motivo permanente de disputas entre los magistrados de la Corona y las Cámaras Municipales.

Funcionarios del rey: nacidos para mandar

¿Quiénes eran estos servidores de que se valía la monarquía para imponer su soberanía en el Atlántico Sur? En su proceso centralizador, la realeza había creado miles de cargos y había cooptado a la nobleza mediante puestos de gobierno y conquistas militares. En definitiva, los nobles eran parientes del rey; en cierto sentido,

sus pares. Orgullosos y altaneros, creían haber nacido para mandar. Representaban a la Corona en las cortes europeas y en las colonias e integraban los Consejos reales.

A lo largo del siglo XVI, la monarquía tuvo a bien asesorarse, cada vez más, por los integrantes de una burocracia profesional, la de los magistrados con título de Derecho de la Universidad de Coimbra. Como señala el historiador Stuart B. Schwartz:

> Un observador del siglo XVII constató que una mezcla de *letrados* y nobleza con títulos académicos tomaría las mejores decisiones. Pensaba que los *letrados* sabían demasiado e intelectualizaban las cosas hasta tal punto que imposibilitaban la acción de gobierno; la aristocracia, los «idiotas», reaccionaba con rapidez, aunque a menudo sin sabiduría[4].

Mientras Portugal se mantuvo independiente, los cargos de la burocracia fueron ocupados por portugueses. Con la Unión Ibérica, los colonos nativos comenzaron a participar de la distribución de cargos de la burocracia real. Durante la crisis del siglo XVII, un largo periodo de recesión económica, la monarquía creó oportunidades de supervivencia para hidalgos destituidos, cazadores de esclavos indigentes y viudas ancianas. Una vez más, el objetivo era garantizar la fidelidad de esos sectores sociales.

El cargo público era considerado una fuente de prestigio social y causaba parecida fascinación entre la nobleza tradicional y entre la burocracia profesional de los letrados. La monarquía sacaba partido de la disputa entre estos grupos y aprovechaba para consolidar su papel como árbitro supremo.

El «estamento burocrático»

> Debe constatarse que los términos *clase política* y *nomenclatura* están en el lugar del término apropiado y cierto que circula en la filosofía y en la ciencia política desde Hegel y Max Weber: el estamento[5].
>
> Raymundo Faoro

Aunque se olvide que también en la obra de Karl Marx aparecía el concepto de *estamento*, este término se ha vuelto muy útil para la comprensión de la Historia de la formación social y política de Brasil.

Si examinamos más de cerca la administración colonial, se puede observar que la burocracia de la magistratura constituía un reducido grupo de funcionarios especializados. Los letrados ocuparon apenas unos 400 cargos durante los dos primeros siglos de la colonización. Este «estamento burocrático», descrito detalladamente por

[4] Stuart B. Schwartz, *Sovereignty and Society in Colonial Brasil*, Berkeley: University of California Press, 1973, p. 69.

[5] Raymundo Faoro, «O plano indefinido», en *Isto É*, São Paulo, 9-6-1993, p. 31.

el historiador *gaúcho* Raymundo Faoro, llegó a formar un cuerpo semiautónomo y con vocación de autoperpetuarse, con generaciones sucediéndose al servicio de la Corona.

El principal pre-requisito para ingresar en la carrera era poseer un diploma de Derecho Canónico o Civil de la Universidad de Coimbra. En el Colegio de São Paulo de la Universidad, los jesuitas incidían en sus lecciones en que la magistratura era una creación de la monarquía y que los investidos con el cargo debían sumisión total a la Corona. Eran funcionarios de la Corona, no funcionarios públicos. Debían su existencia a la monarquía y eran los guardianes del sistema. Todos los magistrados, por lo tanto, debían pasar por la criba de Coimbra, incluso los nacidos en la colonia.

Otro requisito era la «pureza de sangre». El candidato al cargo –y sus ancestros– no podía ser descendientes de «moro, mulato, judío, cristiano nuevo o cualquier otra raza infecta», según recogían las normas de admisión. También estaban excluidos aquellos cuyos abuelos habían ejercido trabajos manuales y actividades comerciales. La monarquía quería garantizar los servicios de una burocracia profesional competente, de origen social relativamente homogéneo, cuya ortodoxia religiosa y política pudiese ser contrastada.

Las Ordenaciones Filipinas

Con la unión entre las coronas de Portugal y España, en 1580, el reino portugués mantuvo sus leyes, costumbres, órganos administrativos e integridad territorial. Para asesorar al rey Felipe II fueron creados en Lisboa el Consejo de Portugal y el cargo de virrey. Por más que el acuerdo ratificado por las Cortes de Tomar, en 1581, garantizase autonomía a la justicia portuguesa, la judicatura fue objeto de intentos de reforma. El resultado más visible de este proceso fue la revisión de la legislación vigente en Portugal –las Ordenaciones Manuelinas de 1504 y 1521– y la promulgación de un nuevo código de leyes, las Ordenaciones Filipinas de 1603.

La *Relação* de Bahía

Antes de eso, se hizo evidente en la colonia que el sistema de apelaciones a la *Casa de Suplicação* retardaba las decisiones de la justicia y hacía muy lentos los procesos. En 1588, con objeto de agilizar los trámites judiciales, se creó un tribunal en Salvador, la *Relação*, cuyo modelo era la *Casa de Suplicação* de Lisboa. Vientos y tempestades impidieron la llegada de los jueces *desembargadores* de este primer tribunal y el proyecto se quedó en el cajón. A pesar de ello, con el tiempo, fueron atendidas las quejas constantes de la Cámaras Municipales contra los abusos cometidos por los gobernadores y el oidor general. En 1609 se implantaba finalmente la *Relação* de Bahía. Junto con los diez *desembargadores* del primer tribunal local, vinieron cientos de funcionarios menores, prácticamente sin otra función que garantizar la lealtad al rey.

A principios del siglo XIX, en vísperas de la Independencia, el *senhor de engenho* inglés Henry Koster hacía la siguiente descripción de este «estamento»:

> El número de funcionarios civiles y militares es enorme; innumerables inspectores sin nada que inspeccionar, un sin fin de coroneles sin regimientos para comandar, jueces para dirigir cada rama de la administración, por pequeña que sea, servicios que pueden ser hechos por dos o tres personas. Los sueldos aumentaron, el pueblo está oprimido, y el Estado no recoge beneficio alguno[6].

La presencia en la colonia de un grupo de «letrados» tenía como objetivo velar por las rentas de la Corona, los contratos del décimo y los impuestos sobre el azúcar y los esclavos africanos, con los que se pagaba la burocracia colonial. Uno de los *desembargadores* era juez de la Corona y funcionario de la hacienda, y su misión principal era reprimir el contrabando creciente entre Brasil y la América española, especialmente el intercambio de esclavos angoleños por la plata de Potosí.

Los *desembargadores* de la *Relação* formaron, al final del proceso, una clase separada dentro de las elites coloniales. Incluso desde esa posición, algunos se involucraron en el negocio del tráfico de esclavos, mientras otros adquirían *sesmarias* y se hacían *lavradores* o *senhores de engenho*. A pesar de la prohibición, los *desembargadores* de la *Relação* acabaron casándose con mujeres nativas, ligadas generalmente a la sacarocracia local, tanto en Bahía como en Pernambuco.

La nobleza nativa –los grandes propietarios de tierras y de esclavos– procuró enseguida firmar una alianza con la magistratura, con la intención de proteger sus intereses. Esa aproximación fue, hasta cierto punto, exitosa, pues los *senhores de engenho* conseguían, en caso de fuerte endeudamiento, evitar la confiscación de parte de su patrimonio, argumentando que el ingenio era un todo indivisible. Tierras, calderas, equipamientos y esclavos no podían ser vendidos separadamente. Promulgada por primera vez en 1636, la ley que prohibía el embargo de los ingenios por partes fue ratificada en 1673, 1681, 1686, 1690 y 1700 en Bahía.

La Santa Casa de Misericordia

Otra institución portuguesa trasplantada al imperio colonial fue la Santa Casa de Misericordia. Entidad establecida junto con la Cámara local, era una hermandad de caridad, cuya principal tarea consistía en cuidar de los cristianos menos favorecidos: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir a los desnudos, visitar a enfermos y presos, dar abrigo a todos los viajeros, rescatar cautivos y enterrar a los muertos en «campo santo».

En algunos lugares la Santa Casa de Misericordia mantenía hospitales que aún hoy llevan su nombre. La acción de la hermandad se limitaba a la comunidad cristiana, incluyendo a los esclavos. Administrada por los señores del lugar, mantenía un alto nivel de eficiencia y honestidad. El patrimonio de la hermandad provenía de donaciones de bienes dejados a su nombre. Se legaban propiedades y esclavos,

[6] Henry Koster, *Viagens ao Nordeste do Brasil*, 2.ª ed., Recife: Secretaria de Educação e Cultura-Governo do Estado de Pernambuco, 1978, p. 54.

bienes inmuebles, terrenos urbanos… Los esclavos legados eran liberados después de un cierto tiempo. Durante la mayor parte del periodo colonial, la Santa Casa de Misericordia cuidó de los pobres y necesitados y de los vagabundos.

La Misericordia funcionaba también como banco: pagaba herencias en varios lugares del imperio y prestaba dinero. Llegó a ser la mayor acreedora de los *senhores de engenho* del *Recôncavo* bahiano. Los gobernadores se servían de los cofres de la institución en caso de emergencia.

> En 1660, cerca de un sexto de la renta de los benedictinos derivaba de intereses sobre préstamos. Hermandades como la Orden Tercera de San Francisco, la Orden Tercera del Carmen y otras también eran acreedoras. El Convento de Santa Clara do Desterro, de las Carmelitas Descalzas, era otra fuente de fondos, si bien la más importante de estas instituciones prestamistas en Bahía era la hermandad benéfica de la Misericordia, que, por si sola, respondía por más de un cuarto del crédito concedido […]. La Misericordia incluía entre sus miembros algunas de las personas más acaudaladas e influyentes de la capitanía, muchas de las cuales eran también cofrades de la propia institución y frecuentemente eran también miembros de su consejo directivo[7].

Estas instituciones –las Cámaras, el gobierno general y la Santa Casa de Misericordia– fueron los pilares de la colonización portuguesa en América. Junto con la iglesia, fueron los agentes responsables de la consolidación del orden colonial.

Indios «mansos» y «rebeldes»

En páginas anteriores ya hemos destacado que en 1500, cuando llegaron los primeros europeos, los habitantes de la costa eran comunidades de aborígenes semisedentarios que no conocían la escritura ni los metales. Mientras los europeos mantuvieron factorías para obtener palo brasil, las relaciones con los indígenas fueron relativamente pacíficas.

Durante las primeras tres décadas del siglo XVI, *lançados* y náufragos europeos se unieron a las mujeres nativas. Los hijos mestizos de estas uniones fueron la primera matriz del poblamiento colonial. Eran súbditos del rey de Portugal y cristianos, al menos en teoría. En realidad, funcionaban como intermediarios en el contacto entre las dos culturas. En los lugares en que ocurrió este proceso, como São Vicente, la bahía de Todos los Santos y Pernambuco, el establecimiento de núcleos europeos de población tuvo más éxito, a pesar de la fuerte competencia de los franceses, que también dejaron descendencia mestiza en toda la costa de Brasil.

Las relaciones entre indígenas y europeos cambiaron cuando los portugueses decidieron apropiarse de las tierras de los nativos. La concesión de capitanías hereditarias y el establecimiento del Gobierno General alteraron el cuadro de esas relaciones.

[7] Stuart B. Schwartz, *Segredos internos*, São Paulo: Companhia das Letras/CNPq, 1988, p. 180.

La creación de núcleos estables de población en el litoral del continente americano no ocurrió de forma pacífica. Los indios reaccionaron violentamente a la presencia cada vez mayor de colonos europeos. No querían perder sus tierras, ni estaban dispuestos a admitir la presencia de extraños en sus territorios.

Además de esto, los europeos les obligaban a trabajar en sus cultivos. Muchos indios murieron o fueron sometidos a la esclavitud por los portugueses. Otros se sometieron a la dominación de los conquistadores, en busca de protección contra tribus enemigas. Otros huyeron al interior del continente, buscando refugio en los bosques.

Había, para los portugueses, dos tipos de indios: los «mansos», concentrados en *aldeias* y aculturados; y los «indios rebeldes», los que luchaban por mantener sus costumbres y su libertad. La política indigenista adoptada por la Corona permitía la esclavitud de los nativos en caso de «guerra justa», esto es, en caso de rebeldía. Aquellos que se dejaron someter, acosados por el hambre o por feroces enemigos, se quedaron en las *aldeias* administradas por los jesuitas y otras órdenes religiosas. Durante más de 80 años suministraron alimentos y mano de obra asalariada a los primeros ingenios y villas de la costa.

Una gran parte de los que mantuvieron contacto con los europeos murió víctima de enfermedades a las que no eran inmunes. En la década de 1560, grandes epidemias de viruela y sarampión diezmaron a los indios que vivían en contacto con los europeos. Otros sucumbieron bajo el peso del trabajo. La consolidación de la conquista y la implantación de la agroindustria del azúcar exigían cada vez más trabajadores. Las epidemias y las fugas, además de la baja productividad de los nativos, indujeron a los colonos europeos a recurrir al tráfico de esclavos africanos para suplir la demanda creciente de mano de obra de los ingenios.

La inmigración forzosa de los esclavos africanos

La mayor parte de los africanos obligados a inmigrar para el lado occidental del Atlántico Sur provenía de sociedades que se dedicaban a la agricultura intensiva y a la cría de ganado. La mayoría conocía la metalurgia. Esas habilidades les garantizaron un estatus superior al del nativo americano en la sociedad colonial. Además, se pensaba que la productividad de los esclavos africanos era tres veces mayor que la del nativo americano esclavizado.

A partir de la segunda década del siglo XVII, los cautivos africanos serían el mayor contingente de mano de obra de los ingenios del litoral nordeste (Paraíba, Pernambuco y Bahía). Todos los servicios que requerían braceros o trabajo manual eran ejecutados por esclavos negros. Incluso los artesanos de la colonia tenían sus negros para hacer el trabajo.

Centro y periferia

En el umbral del siglo XVII, por lo tanto, había dos tipos de sociedad en las áreas en que los europeos habían creado colonias de poblamiento. En el nordeste –donde

había cada vez más ingenios, y los puertos hervían debido a la actividad comercial resultante de la exportación de azúcar– la población de origen portugués aumentó significativamente. En esas áreas se realizó con éxito la transferencia de instituciones ibéricas, tales como las Cámaras Municipales, la *Relação* y la iglesia. En 1600, las áreas productoras de azúcar contaban con 100.000 habitantes aproximadamente, con una proporción significativa de mujeres europeas y cerca de 30.000 esclavos africanos. Éstos y sus descendientes afro-americanos y mestizos llegarían a ser la mayoría de la población.

En las zonas marginales de la colonización –la Amazonia y las capitanías «de abajo»– la presencia europea era claramente menor. En estas regiones, ligadas de forma secundaria a los grandes centros exportadores del litoral, la presencia de cautivos africanos y de mujeres europeas era rara o casi inexistente. Los patrones de cultura material y social estaban más próximos a la matriz indígena. El idioma hablado por la mayoría de la población era la *língua geral* y no el portugués. Los lazos que garantizaban la sumisión de esas regiones a las autoridades metropolitanas eran tenues y distantes y los colonos vivían allí un conflicto cotidiano con la Compañía de Jesús y su misión de «proteger» a los indígenas.

> La organización social variaba, por lo tanto, según la época y el lugar, así como variaba la proporción de europeos, africanos e indígenas de diversos orígenes. Esto tenía un efecto particular en la posición social de las personas de origen mixto. El cambio en el estatus de los mestizos y los *mamelucos* se produjo por las nuevas relaciones entre portugueses e indios, y por las transformaciones ocurridas dentro de la propia sociedad colonial. En la medida en que disminuyó la amenaza india, la importancia de los mestizos, en su papel de mediadores y traductores, también decreció en las áreas más pobladas de las capitanías de la costa. En los lugares en que se desarrolló una vibrante economía, basada en el azúcar, la minería y el cultivo de algodón, y donde se consolidó el flujo constante de inmigrantes europeos, junto con la gran corriente de inmigrantes forzosos africanos, y con el eventual desarrollo de instituciones europeas civiles y religiosas, así como la reproducción de jerarquías sociales basadas en patrones europeos, el papel desempeñado por los mestizos tendía a ser cada vez más reducido. No obstante, al continuar siendo reconocidos como diferentes de los esclavos africanos o de los negros, había una tendencia a otorgar un estatus común a todas las personas de origen mixto. Además, los mestizos comenzaron a ser separados y diferenciados cada vez más de la sociedad blanca. Este cambio constituyó una segunda fase en el proceso de integración de los mestizos a la sociedad colonial[8].

La sociedad del azúcar

El ingenio fue la institución social central de la vida colonial en las capitanías del nordeste. El cultivo de caña y su transformación en azúcar blanco o mascabado exigían una gran cantidad de capital y crédito, además de habilidades específicas.

[8] Stuart B. Schwartz, «'Gente da terra braziliense da nasção'. Pensando o Brasil: a construção de um povo», en Carlos G. Mota (org.), *Viagem incompleta. A experiência brasileira (1500-2000), Formação: histórias*, vol. 1, 2.ª ed., São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000, pp. 113-114.

Había, además de los *senhores de engenho* y los esclavos, una gran cantidad de trabajadores libres asalariados: herreros, carpinteros, toneleros, albañiles y técnicos dedicados a la preparación del azúcar. En la plantación y en el ingenio propiamente dicho, los esclavos africanos trabajaban sin cesar durante los meses de la zafra.

En la cima de la jerarquía social estaba el *senhor de engenho*, cuyo poder y prestigio eran casi absolutos. Con el transcurrir del tiempo, los componentes de esta elite se transformarían en una especie de «nobleza de la tierra», o nobleza nativa, un estamento que ejercía el poder político, social y económico. Con la concesión de cargos miliares ejercían, en sus propiedades o fuera de ellas, el monopolio de la violencia. Controlaban también las instituciones municipales y las usaban en beneficio propio.

Con incentivos fiscales y otros privilegios, tales como la exención del embargo de sus bienes para el pago de deudas, la Corona garantizaba la supremacía de este sector social. El carácter mercantil de la empresa de la caña y de la producción del azúcar y su vínculo con el mercado europeo, hacían del *senhor de engenho* una especie de empresario moderno, dependiente de una amplia red de crédito y distribución.

La residencia del *senhor de engenho*, la casa-grande, era el centro de la vida social. La familia patriarcal incluía parientes distantes, ahijados y dependientes, así como esclavos, criados domésticos y los hijos naturales nacidos en la casa-grande. Los llamados *agregados*, personas que convivían con la familia aunque no tuvieran parentesco, recibían un trato diferenciado según su estatus. Estas agrupaciones familiares amplias se entrelazaban y formaban verdaderos clanes de propietarios, ligados a través de matrimonios y asociaciones.

La mayoría de esas redes de familias patriarcales aliadas –u hostiles, según el caso– presentaba actitudes y comportamientos semejantes. Los hombres detentaban un poder casi absoluto sobre los demás miembros de la comunidad. Las mujeres eran sometidas a recato y obediencia, aunque hubiera unas pocas propietarias que dirigían la administración de sus tierras. La esclavitud africana se encontraba siempre presente en el trabajo y en las relaciones entre las personas, creando estructuras y patrones sociales específicos.

En el siglo XVII, un tercio de los *senhores de engenho* eran portugueses y otro tercio estaba constituido por nacidos en la colonia de primera generación. Lo que esto indica es que había una cierta movilidad dentro de este estamento social, que estaba lejos de ser una categoría estática y cerrada: comerciantes y magistrados adinerados compraban ingenios a propietarios arruinados, mientras que otros ascendían a esa condición por medio del matrimonio.

Los *lavradores de cana*, aquellos que no poseían capital suficiente para construir su propio ingenio, provenían de la misma clase que los *senhores* y aspiraban a llegar a su posición social. En tierras propias o arrendadas cultivaban caña, que después era molida en los ingenios. En este segmento social había desde gente rica hasta pequeños labradores, aunque también eran propietarios de esclavos. Mantenían una relación de cooperación y conflicto con los *senhores* a los que entregaban la caña para ser molida.

A la sombra de la casa-grande, en la categoría de los hombres libres, vivían también los asalariados y los profesionales especializados, tales como administradores, capataces y gerentes, además de los artesanos mencionados anteriormente. Los bajos salarios que se pagaba a estos profesionales libres estaban motivados por la presencia de los esclavos. Según fuera el tamaño de la empresa, el ingenio contaba también con un abogado, un capellán y un médico o «cirujano-barbero», como era denominado en la época.

El cultivo de tabaco tenía también a su alrededor una clase de productores, aunque menos acaudalada que la de los *senhores de engenho* y los *lavradores*. La dimensión de las propiedades y la cantidad de esclavos empleados en el cultivo de este género eran menores que las de los ingenios y los campos de caña.

Comerciantes y *mascates*

De los comerciantes ricos de la metrópoli, los principales eran los mayoristas, aquellos que exportaban vino, cobre, hierro y tejidos a la colonia y que importaban de ella azúcar, tabaco y cueros. Estos mercaderes, también llamados «hombres de negocios», formaban asociaciones de corta duración con otros comerciantes y capitalistas. Generalmente contaban con agentes comisionados que atendían sus negocios en los puertos coloniales.

A mediados del siglo XVII, una parte de esta clase de grandes comerciantes se estableció en las ciudades portuarias del Brasil colonial, desde donde intentaron diversificar sus actividades a través de matrimonios con mujeres pertenecientes a la «nobleza de la tierra». A pesar de este vínculo con los productores, la mayoría seguía siendo de origen portugués. La relación entre éstos y los productores no siempre fue cordial. Muchos *senhores* vivían bajo la presión de las deudas debidas a los comerciantes acreedores.

En la colonia, el comerciante conocido como *de sobrado*, esto es, que vivía en una casa de dos pisos y tenía más medios económicos, ocupaba un escalón más alto comparativamente que el comerciante *de loja*, o vendedor al por menor. A estos últimos, la aristocracia nativa les llamaba despectivamente *mascates*, pues el origen de su riqueza había sido a menudo la venta ambulante.

Burócratas e inmigrantes

Durante el siglo XVII hubo un cuantioso flujo de inmigrantes portugueses con destino a la colonia. Esto explica por qué cerca de dos tercios de los artesanos y casi todos lo comerciantes presentes en los territorios americanos eran portugueses. Junto a ellos llegaron los miembros de la burocracia, gobernadores, jueces y abogados, además de soldados y marineros.

> Debido a la importancia de la religión en la vida cotidiana, organizaciones como las hermandades de legos nos proporcionan una visión de la sociedad portuguesa y de la búsqueda de posición y reconocimiento dentro de ella. Ciertos grupos o profesiones

acostumbraban a concentrarse en determinadas hermandades, aunque hubiese variaciones regionales en sus preferencias. La Orden Tercera de San Francisco era, en Bahía, la preferida de los productores agrícolas aristócratas, que usaban la prohibición del ingreso de cristianos nuevos como estrategia para dejar fuera a los comerciantes. Éstos, a su vez, preferían la Orden Tercera de los Carmelitas. En Recife, los mercaderes controlaban de tal manera la Orden Tercera de San Francisco que los productores agrícolas estaban obligados a pagar el doble de la tasa de ingreso para ser admitidos como hermanos. Los artesanos también tenían sus cofradías preferidas, de menos prestigio que las de los grandes productores agrícolas y los comerciantes, que mismo así proporcionaban una cierta identidad corporativa[9].

Pardos y desposeídos

La categoría de los hombres libres no estaba formada solamente por los blancos europeos. Había también mestizos o *pardos*, personas que no pertenecían a las elites coloniales y tampoco eran esclavos. Este sector social ejercía actividades marginales, que no exigían de mucho capital. En este espacio medio hubo algunos que se convirtieron en pequeños hacendados. Otros se hicieron trabajadores asalariados, vendedores ambulantes, dueños de tabernas y artesanos.

La estructura de la propiedad de la tierra y la concentración de ésta en pocas manos impidieron el surgimiento de una clase de pequeños propietarios. En las tierras poco productivas y marginales, aunque todavía bajo el dominio del *senhor de engenho*, hombres libres negros, mulatos y blancos pobres cultivaban huertos y prestaban servicios como vaqueros y leñadores. En caso de guerra –como ocurrió durante la ocupación holandesa– formaban el grueso de la tropa. En tiempos de paz, pesaba sobre ellos el impopular reclutamiento. A pesar de ser libres, la mayoría de estos individuos no tenía acceso a la propiedad ni a recursos para comprar esclavos, principal medida de riqueza en la colonia.

Como la mayor parte del trabajo rural y urbano lo realizaban los esclavos, muchos hombres libres sin empleo no tenían donde trabajar, ni contaban con un medio de vida garantizado. La presencia de estos individuos tenía como principal característica la movilidad, la inestabilidad y la realización de trabajos precarios y temporales. Koster, refiriéndose a la situación de los hombres libres que encontró durante su residencia en Pernambuco a principios del siglo XIX, nos dejó el siguiente testimonio: «La posición que ocupan estas personas es insegura, y esa inseguridad constituye uno de los grandes elementos del poder que un latifundista disfruta entre sus jornaleros»[10].

Al final del periodo colonial, este grupo de personas se hizo cada vez más numeroso, ocupando una parte creciente de la población colonial. Eran los vagabundos y

[9] Stuart B. Schwartz & James Lockhart, *A América Latina na época colonial*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2002, p. 278. Hay edición en español: *América Latina durante la edad moderna. Una historia de la América española y el Brasil coloniales*, Madrid: Akal, 1992.

[10] H. Koster, *Viagens ao Nordeste*, p. 344.

delincuentes, gente que no tenía un lugar definido en la sociedad de amos y esclavos, vista como una amenaza permanente al orden social de la colonia.

Igual que hicieron los desterrados al inicio de la colonización, muchos de estos individuos participaron en las entradas y *bandeiras*, las expediciones que se adentraban en el interior del territorio. En caso de ser detenidos, conmutaban su pena por la participación en una de estas arriesgadas expediciones. Algunos se hacían *bugreiros* (cazadores de indios), o *capitães do mato*, (cazadores de esclavos fugitivos). Durante el siglo XVIII fueron enviados a servir en los presidios, establecimientos localizados en las llamadas «conquistas», las fronteras más remotas. Muchas veces eran reclutados para construir obras públicas, prisiones y caminos, además de trabajar en los campos de cultivo de los penales. Se trataba así de contener el bandolerismo y de eliminar amenazas potenciales al orden social.

La policía privada y los ejércitos particulares de los potentados contaron siempre con un número significativo de hombres libres sin empleo, que acabaron haciéndose *jagunços**. Los más belicosos acabaron huyendo a lugares distantes, lejos del brazo de la ley.

La sociedad de las minas

La principal característica de la sociedad de los primeros tiempos de la minería fue la movilidad. En la región de las minas, en las primeras décadas del siglo XVIII, había muchos esclavos y pocas mujeres europeas, motivo por el cual la mayoría de las uniones –entre hombres blancos y mujeres negras y mestizas, esclavas y libertas– se daba fuera de la institución del matrimonio. En 1804, es decir, mucho después del auge del ciclo de la minería, apenas un tercio de las uniones en la región era legal.

Tal como ocurrió en otras regiones de la colonia, la población mulata creció rápidamente en las minas debido a la alta tasa de libertos. En 1740, el número de mulatos y blancos era aproximadamente el mismo.

En lo que respecta a los esclavos, los mineros preferían los provenientes de la Costa de Mina, pues algunos ya conocían las técnicas y estaban habituados al trabajo de extracción del oro. Los africanos esclavizados representaban más de la mitad de la población en las ciudades y villas de Minas Gerais.

La intensidad de la vida urbana en la región de las minas creó una situación sin precedentes en la colonia. La formación del clan patriarcal no se dio en los mismos moldes que en las plantaciones y haciendas de ganado del norte y nordeste de Brasil. La figura del amo de esclavos también existió en las minas, pero su poder fue amortiguado por la proximidad de la presencia de los burócratas enviados por la Corona.

Por otro lado, como ya hemos señalado, los quilombos proliferaron allí más que en cualquier otra región de la colonia. La acción de los quilombolas fue constante en

(*) Matones a servicio de los señores, bandoleros. Así fueron denominados a finales del siglo XIX los seguidores de Antonio Conselheiro, el líder de la revuelta de Canudos. *N. del T.*

las áreas mineras y la preocupación con su presencia se manifestó en los documentos oficiales producidos por las autoridades metropolitanas y coloniales.

Ocaso colonial

A finales del siglo XVIII se observa un aumento significativo de la población colonial. Según los cálculos del historiador Hélio Vianna[11], en 1816, en la antesala de la Independencia, la población de Brasil llegó a los 3.358.500 habitantes, de los cuales 1.428.500 eran personas libres, lo que incluía a negros y pardos libertos, y 1.930.000 esclavos.

La población esclava constituía, por lo tanto, más de la mitad de los habitantes de la colonia. El desequilibrio entre los sexos –se importaban más hombres que mujeres– el trabajo agotador en los campos y en las minas y la manumisión de mujeres y niños, son factores que deben haber contribuido para que la tasa de crecimiento vegetativo de la población esclava fuera negativa, lo que obligaba a continuar importando mano de obra.

Debido a la miscegenación y a las manumisiones, el grupo que más creció fue el de la población libre de color. Esta parte de la población –aproximadamente 40% del total– tuvo altas tasas de natalidad y de mortalidad. Gran parte de los hogares estaba dirigida por mujeres. Éstas –gracias al pequeño comercio ambulante de venta de alimentos en los puestos de los mercados de barrio– sustentaban la casa y criaban a los hijos de las uniones no legalizadas.

Sobre el papel social, político e institucional de la Santa Casa de Misericordia y de las hermandades, y considerando *cum granum salis* la dimensión étnica, el historiador inglés Charles R. Boxer señaló:

> Mientras la Misericordia se preocupaba de la caridad a favor de un vasto grupo de pobres y necesitados, las otras hermandades de legos o cofradías de las varias órdenes religiosas restringían en general las actividades caritativas a sus propios miembros y sus respectivas familias. El estatuto social de estas Hermandades (Terceras, u Órdenes Terceras, como también se les denominaba), variaba desde aquellas en que la categoría de miembro estaba limitada a blancos «puros» de buenas familias hasta las que estaban constituidas fundamentalmente por negros.
>
> Las cofradías blancas más exclusivas construyeron maravillosas iglesias y salas de Cámara con retratos de sus miembros con pelucas, cuya aparatosa opulencia llevó a un visitante francés contemporáneo a preguntar si no se trataba de «una especie de *jockey club* religioso». [...] La composición de estas hermandades estaba hecha en términos raciales, teniendo los blancos, negros y mulatos sus cofradías respectivas. Había algunas que no hacían ninguna distinción de clase o color, y que aceptaban tanto esclavos como hombres libres; pero las hermandades de esclavos u hombres libres negros tenían generalmente a un blanco como tesorero, como estaba especificado en sus estatutos[12].

[11] Hélio Vianna, *História do Brasil*, São Paulo: Melhoramentos, 1967, p. 220.

[12] Charles Boxer, *O império colonial português (1415-1825)*, 2.ª ed., Lisboa: Edições 70, 1981, pp. 280-281.

Capítulo 15
«El vivir en colonias»

No es una de las menores desgracias el vivir en colonias[1].

Luiz Dos Santos Villena, 1801

> Vivir en el *sertão* […] No hay un hombre capaz, y de probidad, que se quiera sujetar a vivir en los *sertões* en medio de gente tan bruta […] El desorden en esta tierra está tan arraigado que hasta parece ser necesario dejarlo continuar en el mismo estado, así como a un enfermo ya muy arruinado […][2].

João Pereira Ramos de Azeredo Coutinho, 1799

Cuando los europeos se establecieron en el continente americano, no sólo trajeron sus instituciones sino también la religión católica, e impusieron su rey y sus leyes. A pesar de ello –y de los más de tres siglos en que se formó la sociedad colonial–, los habitantes del Estado-nación que vendría a llamarse Brasil, diferían en todo de los europeos. Éstos, a su vez, incorporaron elementos nativos y adaptaron sus leyes y costumbres a una nueva realidad, creada en una situación colonial, que alteró profundamente la vida de los habitantes libres y esclavos de Brasil, y que daría como resultado el surgimiento de una cultura propia.

A fines del siglo XVIII, ¿qué era Brasil? En los inicios del siglo, según el proverbio recogido por el jesuita Antonil, «Brasil es Infierno de los Negros, Purgatorio de

[1] Luiz dos Santos Vilhena, *Recopilação de notícias soteropolitanas e brasílicas*, vol. 1, Salvador: Imprensa Oficial do Estado, 1921, p. 289.

[2] *Ofício* del obispo y censor Azeredo Coutinho a Dom Rodrigo de Sousa Coutinho, de Recife, el 23-3-1799 (Pernambuco: Arquivo Histórico Ultramarino), mazo 17, p. 8.

los Blancos y Paraíso de los Mulatos y de las Mulatas»[3]. En el momento de apagar sus luces, el diagnóstico del jesuita aún podía aplicarse a la realidad brasileña. Fue dentro de un decorado como éste donde los habitantes de la colonia desarrollaron formas específicas de relacionarse y comunicarse, ya fuesen blancos, negros, indígenas o mestizos. Todo ello mediatizado por la esclavitud, por la brutalidad física y moral, bajo el ojo vigilante del *senhor de engenho*, tal como lo describió Gilberto Freyre en su clásico *Nordeste:*

> Es imposible imaginarlo –a ese centauro– fuera de la red patriarcal, sin ser el hombre a caballo, de gran sombrero, botas negras, espuelas de plata, fusta en mano, de quien los vigilantes de la plantación tomaban la bendición como si de un rey se tratase. Desde lo alto del caballo, este verdadero rey nuestro señor miraba los cañaverales que no podía ver desde la casa-grande: desde lo alto del caballo hablaba a gritos, como hacía desde arriba de la casa-grande a los esclavos, a los trabajadores, a los chiquillos de la plantación. El caballo daba al aristócrata del azúcar, cuando estaba en movimiento, casi la misma altura que le daba la parte alta de la casa-grande en las horas de descanso[4].

Todo ello intercalado también entre nuevas formas de resistencia a la opresión proveniente de la metrópoli y del gobierno del Virreinato. La conquista del interior amplió y diversificó la sociedad por todo el territorio, ahora con fronteras delineadas con menor imprecisión. Nuevas formas de despotismo y de violencia se afirmaban allí donde la ley, autoritaria *per se*, no llegaba.

La vida cotidiana en la colonia: tensión permanente

A finales del siglo XVIII, el núcleo colonial luso-brasileño contaba ya con unos cuatro millones de habitantes esparcidos por una extensa red de ciudades y villas –pues, en definitiva, los portugueses y los españoles eran seres esencialmente urbanos– dispersas en el inmenso territorio que corresponde al Brasil actual. Los centros urbanos más importantes eran, generalmente, los puertos de los principales núcleos de exportación de productos agropecuarios, minerales y piedras preciosas.

Hasta los últimos años del siglo XVII, la mayoría de los habitantes de la colonia vivía en el nordeste, alrededor de los enclaves azucareros de Bahía y Pernambuco. El descubrimiento del oro en Minas Gerais alteró el equilibrio demográfico de la colonia, al atraer un gran contingente de colonos hacia el interior proveniente de las capitanías «de abajo». La minería fue la gran responsable de la fijación de núcleos poblacionales estables en las capitanías de Minas Gerais, Goiás y Mato Grosso.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, Río de Janeiro ejerció de polo de atracción para el vasto *hinterland* de Minas Gerais y los campos de São Pedro. Al norte, el algodón dio un impulso significativo a Maranhão, principal productor de

[3] André João Antonil, *Cultura e opulencia do Brazil*, São Paulo: Melhoramentos, 1923, p. 92.
[4] Gilberto Freyre, *Nordeste*, 2.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1951, pp. 124-125.

esa materia prima. En esa región, negros y mestizos constituían la mayoría de la población, mal nutrida y analfabeta.

La violencia que se registraba en el cotidiano de la vida colonial se debía, en gran parte, a la presencia de la esclavitud en todas las actividades. Era común que los esclavos fueran tratados como animales por sus amos, pudiendo ser vendidos en cualquier momento o castigados por el mero capricho del *senhor* o del capataz. La vida de un esclavo era casi siempre sórdida, inhumana y corta. Las fugas, rebeliones y castigos eran frecuentes. La tensión entre *senhores* y esclavos era permanente, sobre todo en el mundo rural, que concentraba el grueso de la esclavitud africana o amerindia. En esta situación, *senhores* y esclavos, hombres y mujeres, blancos, negros y mulatos hacían frente al día a día de la casa-grande y de las *senzalas*, como se llamaba al lugar donde se alojaban los esclavos.

Hechas de piedra y de ladrillo, con cubiertas de teja, las casas-grandes procuraban reproducir los valores de la nobleza europea –de ahí la pretensión de los *senhores* de autotitularse como «nobleza de la tierra». Las numerosas estancias de la casa-grande eran habitadas por la familia y los *agregados* del propietario. Los esclavos vivían en las *senzalas*, habitaciones precarias e insalubres. Las condiciones de vida en ellas eran penosas, y la falta de higiene y la promiscuidad formaban parte del «infierno» de los esclavos en el insuficiente periodo de reposo que se les permitía. En los raros momentos de ocio, cantaban y tocaban instrumentos de percusión. Rezaban en los *calundus**. El trabajo era arduo casi todo el año. No había fines de semana, ni fiestas religiosas. Los meses entre las zafras eran:

> una época de ocio y, para algunos, de voluptuosidad, puesto que el monocultivo no facilitó, en ningún lugar de América, la formación de otros pequeños cultivos útiles, pequeños cultivos e industrias auxiliares al lado del imperante, el de la caña de azúcar. Sólo hubo los que se pueden considerar embriagadores, de gozo, casi de evasión, favorables al ocio, a la voluptuosidad, tales como el tabaco, para los *senhores*; la marihuana –plantada siempre en clandestinidad cerca de los cañaverales– para los trabajadores, para los negros, para la gente de color; la cachaza, el aguardiente, la *branquinha*[5].

Equilibrio inestable

Los habitantes de la colonia vivían en un precario equilibrio, estando su cotidiano sujeto a las oscilaciones del precio de los productos exportados de Brasil para el mercado europeo, además de a los infortunios de todo tipo dictados por los caprichos de la naturaleza, tales como inundaciones, sequías y epidemias que periódicamente diezmaban a la población.

(*) Según el diccionario Houaiss: fiestas o celebraciones de origen o carácter religioso, acompañadas de cantos, danzas y toques de percusión que generalmente representaban una petición o una consulta a divinidades o entidades sobrenaturales. *N. del T.*

[5] *Ibid*., p. 15.

La penuria o la prosperidad dependían de los ciclos de precios de los géneros tropicales. En los momentos en que el mercado internacional se mostraba favorable, las propiedades eran utilizadas exclusivamente para la producción de azúcar, tabaco o algodón. Para aprovechar el alza de los precios, los *senhores* compraban más esclavos y ampliaban la fuerza de trabajo empleada. La contrapartida era la caída drástica de la producción de géneros de subsistencia, que quedaba en segundo plano, con lo que éstos se hacían escasos y caros.

Con frecuencia, la población urbana de la colonia se veía afectada por el hambre. El abastecimiento fue un problema constante para los habitantes de las ciudades, pues los principales centros agrícolas se dedicaban a la producción de géneros tropicales para la exportación. En las ciudades, los alimentos eran pocos, caros y de dudosa calidad. La escasez de géneros de subsistencia provocó varias revueltas durante el periodo colonial. En las minas, el hambre contrastaba aún más con la riqueza, la ostentación y el lujo de las procesiones religiosas. Los más afectados por el desabastecimiento y la carestía crónica eran los que formaban parte de la población libre mestiza.

Agricultura destructiva

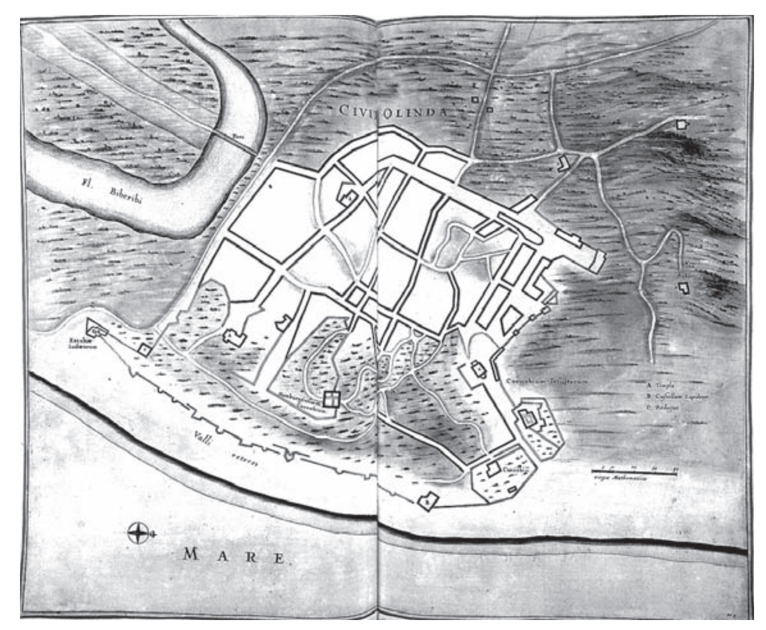
Los ingenios de caña de azúcar tenían también otro inconveniente: dependían de un suministro de leña abundante para purgar y refinar el azúcar. La leña, principal combustible utilizado en la agroindustria azucarera, provenía de los bosques que rodeaban los ingenios. Cuando los más próximos se agotaban, muchos ingenios simplemente cerraban por falta de combustible. La agricultura colonial era, esencialmente, una agricultura destructiva, pues no reponía los elementos que mantenían la productividad del suelo. Tres siglos de colonización dieron como resultado tierras agotadas y abandonadas, además de bosques devastados, a pesar de todos los esfuerzos que hizo la Corona por regular un uso más adecuado de la vegetación autóctona, para evitar la deforestación indiscriminada.

Ciudades y villas

En las ciudades y villas de la colonia, la vida era igualmente violenta. Era peligroso andar de noche por las calles de las grandes ciudades. «Todas las mañanas se encontraban por las calles los cadáveres de veinticinco a treinta personas asesinadas, a pesar de la vigilancia de los soldados que patrullaban toda la noche», según afirma el historiador inglés Charles Boxer, citando el testimonio de un viajero italiano que estuvo en Salvador en 1699[6].

En Pernambuco, la violencia llegó a tal punto que en varias ocasiones los gobernadores prohibieron a los moradores entrar armados en las ciudades y villas. En esta capitanía, durante la ocupación holandesa en el siglo XVII, la vida era de

[6] Charles R. Boxer, *A Idade de Ouro do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 2000, p. 164.



Plano de la ciudad de Olinda

una inseguridad crónica. Los hombres libres iban siempre fuertemente armados. Se decía que habían muerto más personas a causa de violencia a principios del siglo XVIII que durante toda la guerra contra los holandeses. Entre la población libre era corriente el dicho «matar no es asesinar». Se cometían crímenes brutales por motivos fútiles, como la venganza personal, el adulterio femenino y otras ofensas menores.

En las regiones donde la actividad principal era la minería, la violencia era aún mayor. Los robos y asesinatos eran más frecuentes y la acción de los quilombolas atormentaba a los habitantes de las villas y los campamentos. La explotación de las minas y la expansión de la vida urbana facilitaban las fugas y la compra de la propia libertad, motivo por el cual había en esas áreas una proporción mayor de negros libres.

Ocio y entretenimiento

Las ciudades y villas de la colonia centralizaban los recursos económicos y humanos, además de ser las sedes de las instituciones civiles y religiosas, los tribunales, el tesoro, la burocracia civil y militar. En ellas también vivían los comerciantes, abogados, escribanos y artesanos.

La plaza desempeñaba un importante papel en la vida cotidiana, pues era el lugar de encuentro y servía de mercado. En sus puestos, mujeres libres y esclavas

vendían productos perecederos; los *escravos de ganho** ofrecían sus servicios. Era también el lugar donde se realizaban las ceremonias públicas, las «fiestas reales», la conmemoración de una coronación o del nacimiento de un heredero al trono, y las fiestas religiosas. En ella se erguían el *pelourinho* y la horca, símbolos del poder del Estado.

Las ciudades estaban divididas en *freguesias* (parroquias), jurisdicciones eclesiales centradas en iglesias parroquiales, punto de referencia de la vida civil y religiosa. La iglesia era lugar de encuentro, donde se celebraba la misa, se desarrollaban los rituales de vida y muerte, las fiestas del santo patrón y otras actividades. Las parroquias también se encargaban de servicios sociales, tales como el cuidado de los enfermos y de los pobres, además de otros aspectos de la vida cotidiana.

La fuente pública era otro punto importante de las ciudades y villas. En ella, al abastecerse de agua, esclavos, criados y hombres libres pobres se encontraban para intercambiar informaciones de todo tipo. La población pobre, tanto libre como esclava, se reunía también en las tabernas, donde se vendía la cachaza. En 1650 había más de doscientas en Salvador.

La vida de los colonos era en general pacata. No había grandes diversiones, aparte de la llegada de alguna embarcación con noticias de Portugal, o de la celebración de festividades religiosas. Las misas eran el principal pasatiempo de la población urbana y la Iglesia era también el lugar donde se difundían las noticias. En aquella época, debido a la inexistencia de periódicos, las informaciones eran obtenidas por medio de los curas o los funcionarios metropolitanos. No es de extrañar que los colonizadores dedicasen tanta energía y dinero a la construcción de iglesias que, en las villas más prósperas, estaban ricamente decoradas.

Las mujeres de los *senhores* no participaban de la escasa vida social que había en la colonia. Vivían cerradas dentro de casa y sólo salían para atender la misa. Se calcula que en las regiones mineras apenas un 5% de las mujeres tenían la consideración de «doñas» o «señoras».

> Por más tediosa que fuera la vida de las señoras bahianas, aun así era, en la mayoría de los aspectos, más digna de envidia que la de sus esclavos. [...] Un despacho real del 1 de marzo de 1700, denunciando la barbaridad con la que muchos de los amos y amas de esclavos los trataban, declaraba que tales atrocidades se habían iniciado en las plantaciones del interior, pero que últimamente se estaban extendiendo por las ciudades y villas. La Corona condenaba particularmente la vergonzosa práctica de las señoras que vivían de las ganancias inmorales de sus esclavas, que no sólo eran animadas sino compelidas a entregarse a la prostitución. Tal práctica era en realidad la derivación censurable del hábito más común, según el cual las mujeres esclavas tenían

(*) Literalmente, esclavo de «ganancias»; como se verá más adelante, a algunos esclavos se les permitía ofrecer servicios en diversos oficios para ganar dinero, del cual tenían que dar al propietario una cantidad fija. *N. del T.*

> permiso para trabajar por su propia cuenta como cocineras, costureras o vendedoras ambulantes, siempre que pagasen a sus dueños una cantidad fija sobre sus ganancias diarias o semanales[7].

En las capas inferiores de la población, muchas mujeres libres funcionaban como cabezas de familia, trabajando para garantizar la supervivencia y el sustento de los suyos. La prostitución era un medio de vida común para las mujeres pobres. El matrimonio no era usual entre la población libre pues, entre otras razones, la Iglesia cobraba mucho para formalizarlo. Las personas convivían pero no se casaban. En suma, la colonia no ofrecía otras posibilidades para cubrir las necesidades básicas de ese sector de la población.

La alimentación en la colonia

En la costa, el pescado y el marisco estaban presentes en la dieta de los habitantes. El charque o *carne seca* era también uno de los principales alimentos de la dieta colonial. Sin embargo, el alimento básico de la gran mayoría de la población colonial era la mandioca, el *pão da terra*, el «pan del lugar». Introducida en la dieta de los europeos por los indios, era consumida en toda la colonia. En el sur, no obstante, el consumo de maíz era mayor: su producción en esas regiones se destinaba también a la alimentación de los animales de carga que trabajaban en las minas.

Tras la mandioca y el maíz, los principales cultivos de subsistencia de la población colonial eran el arroz y las alubias. El trigo se cultivaba en el sur. Otra fuente de sustento ingerida por gran parte de la población colonial eran las frutas, aunque estas y las hortalizas, en general, constituían artículos de lujo en la colonia. La excepción a esta norma eran las bananas (algunas, como la *pacoba* y una especie de «banana plateada», ya existentes en Brasil antes del Descubrimiento) y las naranjas, cuyo cultivo, ampliamente extendido en el litoral brasileño en la época colonial, fue iniciado con semillas o plantones traídos de otros continentes.

Por problemas alimenticios, o probablemente, de higiene, blancos, negros y mestizos eran víctimas frecuentes de las diarreas; es más, las enfermedades hacían sufrir a la población colonial de forma indiscriminada. El *mal do bicho**, cuya prevención incluía un vaso de cachaza tomada por la mañana temprano, atacaba a todo lo largo y ancho del territorio. Los gusanos y las enfermedades venéreas arremetían contra ricos y pobres en igual proporción.

(*) Enfermedad caracterizada por causar una gran distensión del recto, a menudo lleno de gusanos. *N. del T.*

[7] *Ibid.*, p. 162.

El mar y las «veredas»

La principal vía de comunicación de la colonia era el mar, que conectaba los principales centros comerciales del territorio. En el nordeste, los caminos seguían las rutas trazadas por los rebaños de bueyes y los ríos. En el centro-sur, las comunicaciones con las minas se hacían a partir de São Paulo, de Río de Janeiro y de Bahía. Las distancias eran inmensas y las comunicaciones difíciles, lentas y peligrosas. Bandidos, quilombolas e indígenas hostiles atacaban con frecuencia a los viajeros.

El desarrollo de alguna nueva actividad económica que generara el suficiente beneficio determinaba la apertura de caminos. Durante el periodo colonial no había una red de vías de comunicación que integrase a la población de varias regiones. Lo que podría llamarse «red» estaba muy fragmentado y favorecía la creación de sistemas de comunicación aislados y autónomos. La lentitud de las comunicaciones dictaba el ritmo del tiempo en la colonia. A veces un comunicado o una condena tardaban meses, si no años, en llegar a su destinatario. Esto traía enormes prejuicios a los colonos, que en muchas ocasiones dependían de órdenes venidas de Portugal.

La justicia en el Antiguo Régimen

En la colonia, la justicia era ejercida por toda una gama de funcionarios al servicio del rey. La violencia, la coerción y la arbitrariedad fueron sus principales características. Entres estos servidores, destacaba el *capitão-mor das ordenanças* que tenía el papel de delegado de policía y era el brazo de la ley en la colonia, encargado de castigar a delincuentes y criminales y de tomar medidas para evitar las infracciones.

La violencia de la justicia se manifestaba en las prisiones arbitrarias, en la imposición de castigos ejemplares a los criminales y en la aplicación de la pena de muerte. Los rigores de la ley afectaban especialmente a la población más pobre de la colonia y a aquellos que no tenían propiedades. Los acusados esperaban sus sentencias durante años, frecuentemente porque no podían pagar a un escribano. La población de color –negros libertos y mestizos– era castigada con mayor severidad.

En las regiones en las que la presencia de la Corona era más distante, los grandes propietarios de tierras ejercían una considerable autoridad administrativa y judicial. En el *sertão*, los potentados imponían sus intereses a la población libre, desde la privilegiada atalaya de sus puestos de coronel y de capitán de la milicia.

Los Regimientos regulares

Las unidades militares regulares no fueron introducidas en Brasil hasta el siglo XVII. El primer regimiento de infantería regular llegó a Bahía en 1625 para luchar contra los holandeses. Los soldados de esos regimientos, los «tercios regulares»,

eran profesionales reclutados en la metrópoli. En el siglo XVIII, para vigilar la región de las minas, la Corona creó el Regimiento de Dragones, cuerpo profesional alistado principalmente en Portugal. Además de las tropas regulares, había también regimientos locales. El reclutamiento de estos efectivos se hacía con la población disponible. Efectuado para atender las necesidades de cada momento, el alistamiento era uno de los mayores terrores de la población, pues no había criterios fijos para escoger a los que deberían prestar el servicio militar. Los habitantes de la colonia huían de las levas de la misma forma que lo hacían del pago del décimo.

El anglo-luso Henry Koster dejó un valioso relato[8] sobre cómo se realizaba la recluta militar en Pernambuco a principios del siglo XIX. El autor comenta que las prisiones estaban en pésimo estado y que los cuarteles se encontraban abandonados; los soldados regulares estaban mal pagados y eran «reclutados entre los peores individuos de la provincia». El reclutamiento consistía en prender a «personas de mal carácter», de 16 a 60 años, y mandarlas a Recife: «Es entonces cuando la tiranía tiene su esplendor, cuando el capricho y el arbitrio se alían y cuando la más injusta parcialidad prevalece, y se ejecuta la más intolerable opresión». Koster resalta los efectos perniciosos del reclutamiento, momento en que hacían acto de presencia la venganza, el fraude y la «quiebra de confianza». Los reclutadores, hombres pobres y sin sueldo, habrían hecho mejor si «se hubiesen quedado tranquilamente en sus trabajos o en sus casas, sin cometer [las] violencias o barbaridades que realizaban [...] contra los derechos legales de las personas».

El fisco y los monopolios

El mantenimiento de la burocracia –civil, militar y eclesiástica– fue el más pesado de los fardos cargados por los colonos a lo largo de los siglos. Además de pagar el décimo, los habitantes de la colonia debían soportar el oneroso sistema de contrato-monopolio que incidía sobre ciertos artículos –sal, aguardiente de caña, vino, aceite, aceite de ballena, tabaco y esclavos, entre otros. El suministro de estos géneros y la recaudación de los impuestos que los gravaban eran concedidos por la Corona a particulares. Estos agentes explotaban la comercialización de tales productos a cambio de una cuantía fija, pagada anticipadamente a la Corona. Lo mismo ocurría con varios impuestos: en vez de cobrarlos directamente, la Corona alquilaba su colecta a cambio de una cifra predeterminada en contrato. Los contratistas «financiaban» así, en cierta forma, a la Corona. La población colonial fue víctima muchas veces de los abusos cometidos por contratistas de monopolios, cuya actividad provocaba el encarecimiento de los productos y el empobrecimiento general.

[8] Henry Koster, *Viagens ao Nordeste do Brasil*, 2.ª ed., Recife: Secretaria de Educação e Cultura-Estado de Pernanbuco, 1978. Las citas siguientes se encuentran, respectivamente, en las páginas 304-307.

Además de esto, la Corona también obtenía recursos de las aduanas, establecidas en los principales puertos de Brasil, donde pagaban impuestos los productos importados por la colonia y todos los productos embarcados. Aparte de las aduanas había «entradas», tasas por el uso de caminos y puentes.

Este sistema de cobro de impuestos fue uno de los mayores azotes de la población colonial. Los pagos en las aduanas hacían que los productos fueran más caros. El décimo, cobrado en metálico, reducía la ya escasa cantidad de moneda circulante. Además de esto, el sistema de monopolio prohibía la producción independiente de aquellos géneros sobre los que la Corona ejercía su exclusividad. La sal no podía ser producida localmente, lo que provocó una rebelión en Salvador en 1711, la «revuelta del Maneta». Era obligatorio comprar la sal a los contratistas de la Corona. El aguardiente de caña no podía ser vendido en el mercado interno, para no perjudicar la venta de vino importado por los asentistas. La producción de manufacturas estaba expresamente prohibida. La Corona se reservaba asimismo el monopolio del suministro de manufacturas de hierro y de textiles.

La cultura de la evasión fiscal

La respuesta a esta situación fue el contrabando, que contaba con la complicidad solícita de los funcionarios encargados de supervisar las actividades comerciales. Raro fue el burócrata que no participó en algún trato ilícito para compensar los bajos salarios pagados por la Corona.

Se defraudaba al fisco siempre que era posible. El comercio de contrabando fue asumiendo unas proporciones incontrolables y, al final del siglo XVIII, un complejo sistema de evasión fiscal desviaba recursos con regularidad y en volúmenes significativos de los cofres de la monarquía. En Ajudá, en la costa africana, el intenso comercio de contrabando realizado por los negreros bahianos llegó a provocar la reacción de la Corona que, para evitar la pérdida de los impuestos debidos al tesoro, amenazó con prohibir el comercio legal.

La lenta urbanización

El oro de Minas Gerais fluía por las veredas del *sertão*, llegaba a la Colonia de Sacramento, a orillas del Río de la Plata, y de ahí continuaba hacia los puertos de los dos lados del litoral del Atlántico Sur. A veces, a lo largo de esos caminos, nacieron poblados o villas, uniendo regiones distantes.

En su clásico libro *Evolução urbana do Brasil 1500/1720*, el historiador de la urbanización y arquitecto Nestor Goulart Reis Filho definió así los trazos generales del inicio del proceso de urbanización, cuando las plazas de las aldeas, villas y ciudades centralizaban la vida social, económica y religiosa de la colonia:

Las plazas acogían, desde el principio, muchas de las principales actividades de los núcleos urbanos; en ellas se realizaban reuniones religiosas, cívicas y recreativas junto con actividades comerciales, como ferias y mercados. Las poblaciones más humildes, como las *aldeias* de indios o las parroquias reunidas en torno a modestas iglesias aisladas, desarrollaban gran parte de sus funciones en las plazas, que, por este motivo, eran siempre sus lugares más importantes y muchas veces el origen mismo de esas poblaciones. Frente a las iglesias, donde la población se reunía después de los oficios religiosos, se abrían *largos* [plazas o espacios abiertos], con capacidad para acoger a los habitantes, que frecuentemente aprovechaban estas reuniones para el desarrollo de actividades comerciales[9].

[9] Nestor Goulart Reis Filho, *Evolução urbana do Brasil (1500-1720)*, 2.ª ed. rev. y ampl., São Paulo: Pini, 2000, p. 135. Veáse, del mismo autor, en colaboración con Beatriz P. Bruno y Paulo Julio V. Bruno, *Imagens de vilas e cidades do Brasil colonial*, São Paulo: Edusp/Imprensa Oficial, 2002, con el respectivo CD-ROM.

Capítulo 16

El sistema colonial: conspiraciones y el sentido general de la crisis[1]

> Contra la Religión […] y contra el Estado, negando la subordinación y la obediencia al Rey y sus Leyes, exaltando, elevando el sistema Francés y su legislación como también su forma de Gobierno […] creyendo mejor la regencia de muchos que la de uno solo […] una formal y entera sublevación, que se pretendía ejecutar en esta Ciudad, matando a todas las personas de su Gobierno, con el fin de que pasara a las manos de los dichos confederados, saqueando los capitales de las personas opulentas, y los cofres de la recaudación pública, dando libertad a todos los creados, estableciendo una República de igualdad[2].
>
> Manoel de Santa Anna, Salvador, Bahia, 1799

En el último cuarto del siglo XVIII, Portugal era una potencia colonial decadente. El sistema colonial, que abarcaba un vastísimo territorio transcontinental unido por la monarquía absolutista, estaba a punto de desmoronarse. Las reformas llevadas a cabo por el todopoderoso marqués de Pombal habían surtido un efecto limitado y tardío. De hecho, no fueron suficientes para disminuir la dependencia de

[1] Ver también Carlos G. Mota, *Idéia de revolução no Brasil e outras idéias*, São Paulo: Editora Globo, 2008.

[2] Preguntas al reo Manoel de Santa Anna [pardo, soldado del Segundo Regimiento Regular de Salvador, Bahía, el 11.02.1799], en *Autos de devassa do levantamento e sedição intentados na Bahia em 1798*, vol. XXXVI, Salvador: Imprensa Oficial, 1961, p. 294.

Portugal en relación a Inglaterra, ni para controlar el contrabando que minaba el exclusivo colonial.

Según el diagnóstico del historiador pernambucano Oliveira Lima:

> En pocos años, la negligencia de los deudores y la degradación del precio de las mercancías, unida a otras calamidades a que está sujeta la agricultura, llegó a tal punto que ni siquiera los intereses del dinero prestado podían ser pagados. La deuda, de este modo, se hacía cada vez mayor, y con ella la miseria del agricultor[3].

Las actividades comerciales efectuadas fuera del sistema por contrabandistas de ambos lados del Atlántico, además de corroer el tesoro real, demostraban que la colonia podía prescindir de la metrópoli. Brasil exportaba azúcar, tabaco y cueros, y contaba con un floreciente comercio de ganado bovino y equino. Los puertos del norte y Río de Janeiro intercambiaban esclavos, charque, barbas y aceite de ballena y oro en polvo. En África, Angola recibía azúcar, aguardiente, harina de mandioca, arroz, tabaco, tejas, dulces, caballos y oro. La Costa de Mina mantenía un intenso y lucrativo comercio con Bahía y Pernambuco.

La ruptura irreversible: de la modernidad a la contemporaneidad

A esa altura, tanto en Europa como en América del Norte tomaban cuerpo nuevos conceptos de sociedad y civilización. En un espacio de menos de 30 años, con la Revolución Americana (1776-1783), la primera Revolución Francesa (1789) y la primera Revolución Industrial en Inglaterra (*circa* 1760-1830), se delinearon los contornos de un nuevo proceso social, económico, político y cultural. Las tres revoluciones y los movimientos de independencia en las colonias europeas en las Américas abrieron una nueva época histórica en Occidente: la Historia Contemporánea. Despuntaban la civilización industrial y la democracia representativa, con la afirmación de las ideas de ciudadanía, de soberanía nacional y de independencia. Se definían los dos grandes campos del pensamiento político y social contemporáneo: el del liberalismo y el del socialismo.

Cuando las colonias inglesas de América del Norte declararon la Independencia en 1776, se abrió la primera fisura en el sistema colonial atlántico. La constatación de que era posible aglutinar los intereses de los propietarios contra la metrópoli se propagó rápidamente por el mundo colonial iberoamericano. El reformismo de los filósofos iluministas franceses y la caída del Antiguo Régimen en Francia, en 1789, contribuyeron a encender las mentes de los colonos con ideas de libertad, igualdad, fraternidad, patria, constitución, reforma y revolución. Palabras que se transformarían en conceptos clave del mundo actual.

[3] Manuel de Oliveira Lima, «Anotações à história da Revolução de Pernambuco de 1817», en Francisco Muniz Tavares, *História da Revolução de Pernambuco em 1817*, 3.ª ed., Recife: Imprensa Industrial, 1917, p. CLXIV y CLXV. Francisco Muniz Tavares, sacerdote y capitán de guerrillas, vivió de 1793 a 1876.

No por casualidad, en Vila Rica (la actual Ouro Preto), Tiradentes y otros conspiradores poseían ejemplares de los Artículos de la Confederación, la primera constitución americana, que se aprobó en 1777 y fue ratificada por los estados en 1781.

A partir de la triple revolución de finales del siglo XVIII –la ya citada Revolución de las colonias inglesas en América del Norte, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial inglesa–, el mundo ya no sería el mismo. Los colonos luso-brasileños se inspiraron en las variadas dimensiones de esos movimientos para conspirar contra el poder metropolitano y elaborar una nueva constitución para la esperada «República *Mineira*», que según sus planes se constituiría en Minas Gerais.

En las relaciones atlánticas entre Europa y América se desarrolló una auténtica revolución bibliográfica. La biblioteca del canónigo brasileño Luís Vieira da Silva, por ejemplo, contaba con ejemplares de la *Histoire de l'Amérique*, de Robertson, de la *Encyclopédie* y de las obras de Condillac, Voltaire y Bielefeld. Las obras del abate Guillaume Raynal, sobre todo las que contenían referencias a la Historia de Brasil, eran conocidas por los conspiradores, en cuyas manos circulaba el *Recueil des loix constitutives des États-Unies de l'Amérique*, editado en 1778 en Filadelfia, que incluía los *Artículos de la Confederación* y las Constituciones de los estados de Pensilvania, Delaware, Maryland, Nueva Jersey, Carolina del Norte y del Sur, Virginia y Massachussets.

También eran conocidos los comentarios a la Constitución escritos por Raynal y Mably, autor éste de *Le droit publique de l'Europe*[4]. Existen indicios, incluso, de que Cláudio Manuel da Costa tradujo *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones* (1776), del padre del liberalismo inglés, Adam Smith.

La lucha por la supremacía naval: la preeminencia inglesa

Durante el siglo XVIII, Inglaterra destacó como el centro incontestable de la economía mundial europea. Conquistada gracias a una agresiva política comercial, y anclada en un poder de fuego naval sin precedentes, la supremacía de Inglaterra era innegable. A lo largo del siglo –y a medida que la Revolución Industrial se consolidaba–, los productos ingleses invadieron los mercados de todo el mundo, sobre todo los de las áreas coloniales. En el puerto de Río de Janeiro, en 1800, de cada cuatro navíos fondeados, tres eran ingleses.

Como es sabido, Inglaterra se preparó durante siglos para ocupar el centro de la economía mundial. El proceso habría comenzado cuando «Inglaterra se convirtió en una isla», según la observación, no exenta de ironía gala, hecha por el historiador francés Fernand Braudel. Tras varios intentos fracasados para mantener un pie en Francia, los ingleses regresaron a Inglaterra. Drenaron sus pantanos, construyeron una agricultura próspera y se lanzaron a la aventura de la navegación atlántica junto con los holandeses. Durante el siglo XVI ejercitaron en los mares un exitoso tipo

[4] Un ejemplar semejante al citado en los anexos de los *Autos de Devassa*, y desaparecido, fue encontrado por Kenneth Maxwell en la Sección de Obras Raras de la Newberry Library de Chicago.

de piratería y asistieron, de lejos, a la escalada del poder naval holandés. Los ingleses vendían paños de lana en Amsterdam, y con ellos comenzaron a construir sus «Indias».

Durante el siglo XVII, además de crear una industria textil competitiva, Inglaterra ensayó la colonización en la América septentrional. De allí venían madera y pertrechos navales, importantísimos para el desarrollo de las marinas mercante y de guerra. Inglaterra no contaba, como Holanda, con el comercio báltico, pero recibía los mismos beneficios de sus colonias en el norte de América. Las colonias del sur de América del Norte garantizaban a Inglaterra un lugar en el selecto grupo de países reexportadores de productos tropicales, como tabaco, añil, arroz y, posteriormente, algodón. Irlanda, más próxima, sería con todo la colonia inglesa que más contribuyó para la grandeza de la metrópoli. Los ciclos económicos de Irlanda variaban según las necesidades de los colonizadores ingleses. La mayor contradicción en este proceso estaba en el hecho de que, incluso siendo Irlanda una exportadora neta de alimentos, una gran parte de la población moría de hambre, lo que explica la «sangría» poblacional de la isla hasta el siglo XX. El éxodo de mano de obra irlandesa constituye un fenómeno multisecular.

Dominar los mares. Amsterdam *versus* Londres

Durante el siglo XVII la adopción de prácticas mercantilistas –como las Leyes de Navegación, además de la vigilante protección sobre una producción textil cada vez más próspera– estaban pensadas para eliminar la competencia holandesa o, al menos, hacerle frente. Inglaterra prohibió la exportación de lana cruda y facilitó la inmigración de artesanos del continente europeo. En unas décadas, Inglaterra creó su propia industria textil. La conquista de los mercados ibéricos garantizó a los ingleses el suministro de lana española y de materias tintóreas de Portugal, que volvían a la península ya como productos textiles, consumidos en la metrópoli y reexportados a las colonias.

La inversión en una marina mercante y una de guerra fue la condición fundamental para la conquista de las rutas de comercio de larga distancia, todas ellas obtenidas a costa de los holandeses. Inglaterra emprendió cuatro guerras navales contra Holanda, tres de ellas durante la segunda mitad del siglo XVII. Desde el episodio de la expulsión de los holandeses de Recife en 1654, con ocasión de la primera guerra anglo-holandesa, la bandera inglesa ondeaba en los mares del Atlántico Sur. En el siglo XVIII, tras la Guerra de Sucesión Española y con las ventajosas cláusulas pactadas en Utrecht (1713), Inglaterra definió su disputa por la supremacía marítima y comercial a escala mundial. La conquista de la hegemonía financiera representó el golpe de gracia contra los competidores holandeses y el desplazamiento del centro de la economía-mundo europea de la ciudad de Amsterdam a Londres. Desde principios del siglo XVIII, el mercado financiero inglés presentaba cada vez mayores atractivos para el excedente de capital de los hombres de negocios holandeses, que invertían en bonos del Estado, acciones de la Compañía de las Indias Orientales

(East India Co.), acciones de la Compañía de los Mares del Sur o participaciones del Banco de Inglaterra.

Muchos ingleses se quejaban de la «invasión» de capitalistas holandeses, pero está comprobado que el flujo de crédito holandés fue decisivo para transformar Inglaterra en el centro de la economía-mundo europea.

Al finalizar las cuatro guerras navales anglo-holandesas, los comerciantes de Amsterdam quedaron relegados al papel de meros despachantes marítimos. Durante el siglo XVIII, los centros productores de manufacturas y los puertos, especialmente aquellos que trataban con productos coloniales y con el tráfico de esclavos –tales como Liverpool, Bristol o Glasgow–, experimentaron una fase de desarrollo excepcional. Inglaterra se erigió como señora incontestable de la economía mundial –cada vez más efervescente– en las últimas décadas del siglo. Ningún otro país europeo conseguía competir con los costos de los ingleses. Sus fletes eran más baratos, sus tasas de seguro más bajas. Los productos de algodón ingleses alimentaban rápidamente una demanda insaciable, sobre todo en las colonias ibéricas.

El precio de la soberanía portuguesa

Los dirigentes de Portugal llegaron al siglo XVIII con plena conciencia de la supremacía inglesa –entre ellos el notable Luís da Cunha, embajador portugués en Londres y preceptor de Sebastião de Carvalho, el futuro marqués de Pombal. Una serie de tratados comerciales habían puesto a Portugal en el papel de vasallo comercial de la potencia marítima del mar del Norte.

En 1642, los comerciantes ingleses comenzaron a obtener importantes ventajas comerciales en Portugal. Como ya hemos visto (capítulo 11), el tratado comercial firmado con Inglaterra en 1654 potenció el vasallaje comercial del pequeño reino portugués en su relación con la naciente potencia marítima. A cambio de la ampliación de los privilegios obtenidos en 1642, Inglaterra prometió defender a Portugal y sus colonias de los ataques enemigos. El tratado fue renovado y acrecentado en 1661 con nuevas promesas de amistad. Los portugueses se comprometían a garantizar el comercio inglés en las Indias Orientales, para perjuicio de los holandeses, a cambio de la protección de la flota inglesa. Inglaterra ayudaba a Portugal a mantener sus posesiones en Oriente y prometía tropas y navíos, además de asistencia permanente, sobre todo contra España; a cambio, recibía el privilegio de mantener comerciantes residentes en el *Estado da Índia* (Goa, Cochin y Diu), y también en América del Sur (Bahía, Pernambuco y Río de Janeiro).

Como vimos anteriormente, el Tratado de Methuen, firmado en el contexto de la Guerra de Sucesión Española, en 1703, aseguró el mercado portugués a los paños ingleses a cambio de oro, vino y una base naval en la confluencia del Atlántico y el Mediterráneo.

El vano intento del marqués

A partir de 1750, Pombal intentó disminuir el poder de Inglaterra en los dominios de Portugal. Lo máximo que consiguió fue sustituir el flujo decreciente de oro brasileño por el suministro de algodón, pues, tras la Independencia de los Estados Unidos de América, Inglaterra comenzó a abastecerse de algodón crudo brasileño.

Además de representar un prometedor mercado para sus productos manufacturados, Brasil se convirtió en la base del contrabando inglés hacia las colonias ibéricas meridionales. El puerto de Río de Janeiro y la isla de Santa Catarina, en el litoral de Río Grande, serían los principales centros de los contrabandistas ingleses, a partir de los cuales se alcanzaba Buenos Aires y Montevideo. En la frontera norte, la isla de Trinidad era utilizada para llegar hasta Venezuela, Grão Pará y Maranhão.

En el último cuarto del siglo XVIII no fueron pocos los líderes nativos brasileños que ansiaban la venida de franceses e ingleses, que se creía podrían proporcionar ayuda decisiva para revolucionar las relaciones con la metrópoli portuguesa, como se lee en los documentos de los procesos judiciales a las conspiraciones, levantamientos e insurrecciones[5]. Con el agravamiento de los conflictos europeos, la transferencia de la Corte a Brasil era cuestión de tiempo: el desenlace se dio en 1807-1808, con la huida de la familia real de la invasión napoleónica en la península.

Se aceleró así el proceso de la Independencia, y el sistema colonial llegó a su final, o casi. En Brasil adquirían fuerza las ideas de innovación y se creaban institutos, colegios, bibliotecas, seminarios, misiones y unos cuantos centros de enseñanza superior. Río de Janeiro, nueva capital del Imperio, atraía a hombres de negocios, pintores, científicos, viajeros y espías. Como escribió Oliveira Lima en su clásico *D. João VI no Brasil:*

> En una sociedad que ayer sólo se distinguía por el atraso, de un día para otro se oían hasta conferencias filosóficas, se concedían patentes, se analizaban las aguas minerales para su consumo, e incluso se ensayó la introducción de tipos extraños de fauna como el camello de Arabia y la cabra de la India[6].

Insatisfacción en el Imperio: cómo nacen los conflictos

Mientras Portugal se esforzaba por mantener sus dominios ultramarinos dentro del sistema colonial, la insatisfacción de los colonos luso-brasileños alcanzaba su punto máximo. De ahí a las conspiraciones había un corto trayecto.

[5] Cf. el capítulo I, Observações preliminares, de Carlos G. Mota, *Idéia de revolução no Brasil. Estudo das formas de pensamento, 1789-1801*, 4.ª ed., São Paulo: Ática, 1996, p. 172.

[6] Manuel de Oliveira Lima, *D. João VI no Brasil*, pref. de Wilson Martins, 1.ª ed., 1908; 3.ª ed., Río de Janeiro: Topbooks, 1996, p. 240.

A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII se asistió en la colonia a conflictos crecientes entre colonos y representantes de la Corona. Como vimos, la revuelta de Barbalho, en Río de Janeiro, la revuelta de Beckman, en Maranhão, la Guerra de los *Mascates*, en Pernambuco, y la revuelta de Filipe dos Santos, en Minas Gerais, habían puesto de manifiesto la divergencia de intereses entre los colonos y la metrópoli, expresando el descontento con los excesivos impuestos, el desabastecimiento, la pérdida de poder político y los rigores del fisco. Incluso así, los participantes en las revueltas no pretendían romper con el sistema colonial. Los suyos fueron movimientos de protesta localizados contra los abusos cometidos por gobernadores y contratistas.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII las contradicciones se hacían cada vez más evidentes. Los conflictos que eclosionaron en la colonia mostraban que después de tres siglos de colonización se habían formado nuevos intereses, específicos y típicos de los colonos. Muchos de esos intereses encendieron las mechas que harían estallar los conflictos internos en la colonia. Conflictos en varios niveles: primero, entre las elites coloniales y las autoridades que representaban a la metrópoli; después, entre señores y esclavos; además, entre propietarios y desposeídos; y, en concreto, entre los comerciantes metropolitanos y las elites coloniales.

Era inevitable, por lo tanto, que los intereses de los colonos chocasen con los de la metrópoli, cuya única preocupación era lucrarse con los monopolios y la recaudación de impuestos. Ésta es la razón por la que muchos historiadores prefieren focalizar en la tributación colonial el detonante que explica los levantamientos y las conspiraciones.

Con los ojos puestos en el ejemplo de la Revolución Americana de 1776, los colonos brasileños y luso-brasileños ensayaron los primeros pasos rumbo a la Independencia, al mismo tiempo que estallaba en Francia la Gran Revolución (1789).

Ideas de revolución

> La idea fundamental de D. Rodrigo [de Souza Coutinho] en materia administrativa parecía ser la de acelerar extraordinariamente el movimiento sin cambiar el sistema de la máquina, simplemente aumentando las piezas y cargando demasiado la presión[7].
>
> Manuel de Oliveira Lima, 1908

Las ideas en torno a la revolución minaban las bases del Imperio, o mejor dicho, del sistema imperial consolidado en el periodo del consulado pombalino. El Imperio tomó nuevos rumbos en el periodo de la reina María I, denominado la *Viradeira* (el Viraje), y en la regencia del príncipe ilustrado João, que más tarde se convertiría en el rey João VI. Aunque estuviera diseminado por los cuatro continentes, las autoridades portuguesas lograron aislar al Imperio, preservándolo de la vorágine

[7] M. de Oliveira Lima, *D. João VI*, p. 125.

de las revoluciones europeas, de los conflictos coloniales y, con menor éxito, de la escalada imperialista de Inglaterra, que provocaría el Bloqueo Continental, ordenado por Bonaparte. La absorción del Imperio luso por parte del sistema inglés se hizo inexorable, dados los vínculos establecidos desde el siglo anterior y a causa de la fuerza de la nueva economía, ya industrial.

La crisis del sistema colonial hizo que volvieran los conflictos y las conspiraciones, como la denominada *Inconfidência* o Conspiración de Curvelo (Minas Gerais, 1777) –antes de las conspiraciones *Mineira* (1789), Carioca (1794), Bahiana (1798) y Pernambucana (1801)–, que indicaban que cambios estructurales más profundos estaban por llegar. Desde el punto de vista económico e institucional, el sistema metrópoli-colonia ya no funcionaba, tanto por el peso de la carga tributaria como por el costo y lo retrógrado de la máquina administrativa y jurídico-política.

Una de las figuras más inquietas y mejor formadas del imperio luso-brasileño fue Tomás Antônio Gonzaga (1744-1810), uno de los principales participantes en la conspiración de Minas Gerais de 1789, la llamada *Inconfidência Mineira*. Gonzaga es uno de los mejores ejemplos de figura del mundo jurídico-político de su tiempo. Escribió un *Tratado de direito natural* en honor a Pombal. Junto con otros dos bachilleres, los doctores Cláudio Manuel da Costa e Inácio José de Alvarenga Peixoto, brillantes escritores, formó un trío de muy alto nivel cultural desde su periodo de estudios en la Universidad de Coimbra. Los tres representan la mejor producción intelectual de la Ilustración luso-brasileña. Esta apreciación sería válida incluso si la aplicáramos a la «Ilustración portuguesa»[8].

El sentido de las conspiraciones: en el camino de la Independencia

Para entender el sentido de las conspiraciones y de la Independencia de 1822, es preciso retroceder un poco en el tiempo. Las compañías pombalinas tuvieron éxito en el corto plazo, pero la política de monopolios excluyó a personas interesadas en el comercio, que después se harían oír en movimientos como la gran insurrección de 1817 en el nordeste. En la ciudad de Recife, en marzo de 1817, uno de los actos simbólicos de los revolucionarios fue el cierre de los almacenes de la Compañía de Comercio de Pernambuco y Paraíba. Nada más que un hecho simbólico, puesto que la Compañía ya estaba moribunda, o incluso acabada. Algunos de los líderes del movimiento ligados al comercio, como Domingos José Martins, Gervásio Pires Ferreira y Bento José da Costa, aguardan todavía un buen estudio sobre sus figuras, ya que sus conexiones atlánticas parecen haber sido importantes, con contactos con el libertador Francisco de Miranda, el revolucionario venezolano, en Caracas.

[8] Sus obras (o, más específicamente, sus poemas) fueron organizadas, presentadas y analizadas con gran competencia por Domício Proença Filho (org.), *A poesia dos inconfidentes*, Río de Janeiro: Nova Aguilar, 1996. Lleva anexados estudios, antiguos o más recientes, de Manuel Rodrigues Lapa, Manuel Bandeira, João Ribeiro y Eliana Muzzi, entre otros.

Tal como hicieron los conspiradores de Minas en 1789, los pernambucanos se dieron cuenta de que, entre los dominios ultramarinos portugueses, solamente Brasil presentaba condiciones que le permitían emerger de modo razonable en el mundo contemporáneo y con alguna identidad.

Si bien en la metrópoli portuguesa, durante el siglo XVIII, no se desarrolló un pensamiento jurídico y político que teorizase sobre el imperio ultramarino, sí que hubo una serie de iniciativas que indicaba, progresivamente, la toma de conciencia sobre su magnitud y sobre el tamaño de las dificultades administrativas, económicas y diplomáticas a que se enfrentaba el universo político-cultural portugués. Entre estas iniciativas destacan la reforma del sistema de enseñanza de la universidad, la creación de la Real Academia de Marina, el Colegio Real de Nobles y el sistema de Aulas Regias, entre otras medidas. El mismo propósito tuvo el envío de investigadores con beca a distintos lugares: el joven Hipólito José da Costa fue a los Estados Unidos, llegando a estar con su presidente; José Bonifácio de Andrada e Silva circuló por Francia y Suecia, investigando en Friburgo y en otras ciudades. Muchos otros hicieron sus pesquisas en las colonias, desde Macao hasta Angola y de Brasil a Colonia de Sacramento.

El imperio fue cartografiado, medido y debatido, generándose números y datos que aparecieron hasta en la obra *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes*, publicada en París en 1770 por el Abate Guillaume Raynal, el revolucionario francés que, al calor de las revoluciones y descolonizaciones de su tiempo, advertía: «No sabríamos disimular que Portugal dejó escapar la ocasión más favorable que jamás encontró para volver a su antiguo brillo. La política no prepara sola las revoluciones: fenómenos destructivos pueden renovar la cara de los imperios»[9].

Raynal era amigo de Luís Pinto de Sousa Coutinho, ministro de los Extranjeros de Portugal, ex gobernador de Mato Grosso y ex embajador en Gran Bretaña. Fue Luís Pinto quien dio la información sobre Brasil a Raynal y quien, en mayo de 1790, envió a dos jóvenes brasileños a Europa para realizar sus trabajos de investigación: Manuel Ferreira da Câmara, hermano del conspirador José de Sá Bettencourt (graduado en Coimbra en 1787), y José Bonifácio de Andrada e Silva. Tenían instrucciones de ir a París a seguir cursos de Física y Mineralogía, y mantuvieron contactos con los mejores científicos de Francia. Pasaron después dos años en Friburgo y de ahí visitaron minas en Sajonia, en Bohemia y en Hungría, regresando finalmente a Portugal, previo paso por Suecia e Inglaterra.

De estos cuadros formados durante el periodo pombalino y el siguiente (la famosa «generación de los 90») saldrían no sólo los estadistas de la Revolución liberal de 1820, de la Independencia de 1822, de las Cortes y de la Asamblea Constituyente de 1823, sino también geógrafos, científicos de todo tipo, ingenieros

[9] Guillaume Raynal, *História filosófica e política das possessões e do comércio dos europeus nas duas Índias: O estabelecimento dos portugueses no Brasil*, liv. 9, pref. Berenice Cavalcanti, Río de Janeiro/Brasília: Arquivo Nacional/UnB, 1998, p. 159.

militares con sólida formación y escritores. Menos conocido, pero también ejemplo de ese grupo, fue el médico bahiano Caetano Lopes de Moura, mulato, que había estudiado en Rouen y que luchó en las tropas de Napoleón, de quien escribió una biografía.

En 1798, la fundación en Pernambuco del Seminario de Olinda por el obispo ilustrado José Joaquim de Azeredo Coutinho, discreto lector de Rousseau, señaló el cambio de enfoque que se estaba operando en las concepciones sobre Brasil. Del Seminario salieron personalidades reformistas e incluso revolucionarias, como el padre Manuel de Arruda Câmara (que también estudió en Francia) o el líder del movimiento de 1817 en Pernambuco, Fray Caneca.

¿Qué se leía en la colonia? Las obras consumidas por las elites coloniales no eran desdeñables, como se observa en la lista de libros del cura conspirador Luís Vieira da Silva aprehendidos por las autoridades policiales en Minas. En efecto, se seguía el ritmo de las vanguardias intelectuales del siglo, a pesar de algunos filtros ideológicos, aduaneros y policiales. Se puede incluso hablar de una revolución bibliográfica en Brasil en ese periodo de crisis del sistema colonial. La lista de autores, compuesta por grandes juristas, filósofos, literatos, economistas, pensadores políticos, moralistas e historiadores, es larga, si tomamos como ejemplos las bibliotecas del canónigo Vieira da Silva y del médico José Rezende Costa.

La *Inconfidência Mineira* (1789)

> La propuesta de un estado independiente se presentó, dentro de una coyuntura crítica, como una panacea para los deudores de la Corona en la Capitanía[10].
>
> Kenneth Maxwell

¿«Conspiración» o revolución? A pesar de la crítica de Kenneth Maxwell, y hasta el rechazo, al uso del término *inconfidência* (conspiración) para definir el intento de instauración de una república en Minas Gerais en el último cuarto del siglo XVIII, tal proyecto de insurrección lleva en sí un simbolismo político no despreciable, que no debe ser dejado de lado. Vamos pues a los hechos, porque, a pesar de todo, se trataba de un serio intento revolucionario, de ruptura, en definitiva, con la metrópoli portuguesa.

Como se ha comentado anteriormente, tras la aparición del oro en la región de Minas Gerais la corona portuguesa puso en marcha diferentes sistemas impositivos. En 1715, el impuesto sobre la minería se fijó en 30 arrobas anuales en oro, con lo que los mineros de Morro Vermelho, Vila Nova da Rainha (actual Caeté) y Sabará

[10] Kenneth Maxwell, *A devassa da Devassa*, 2.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1978, p. 148. Ver, también de este historiador, «A Inconfidência Mineira: dimensões internacionais» y «A geração de 1790 e a idéia do império luso-brasileiro», en *Chocolate, piratas e outros malandros*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1999.

se rebelaron contra la medida. La Corona portuguesa estableció entonces que la tributación del oro sería de un quinto (20% del oro extraído) y para controlarlo, creó las Casas de Fundición.

En 1720 se produjo el primer levantamiento serio en la capitanía. Mineros de Vila Rica se rebelaron contra el quinto, en una revuelta sofocada con violencia por el gobernador conde de Assumar, que mandó incendiar las casas de los rebeldes y ejecutar a su líder Filipe dos Santos. La mayor preocupación de la Corona sería entonces la extracción de diamantes en el Distrito Diamantino, situado en la comarca de Serro Frío (actual Diamantina): su extracción pasó a ser monopolio de la Corona en 1733, quedando prohibida la retirada del oro.

A mediados del siglo XVIII las minas de oro ya presentaban claros signos de agotamiento. Su producción disminuía progresivamente, y los habitantes de la región minera no conseguían pagar los impuestos que les reclamaba la Corona. El Estado se reservaba para sí un quinto del oro producido en las minas, recaudándolo por medio del arrendamiento a particulares que se encargaban del cobro.

De la derrama a la conspiración

Cuando los ingresos de la Corona empezaron a disminuir, las autoridades metropolitanas no creyeron los informes de los funcionarios: pensaron que, para burlar al fisco, en realidad se estaba desviando el oro, sacándolo por medio del contrabando u omitiéndolo en la rendición de cuentas. Lo cual, dicho sea de paso, no dejaba de ser verdad: una buena cantidad del oro salía entre las sotanas de los curas o en el interior de figuras de santos de madera (los «santos de palo hueco»). En 1763 comienza la primera «derrama» en Minas, con el objetivo de recaudar los impuestos atrasados. La derrama significaba que toda la población de las zonas mineras –desde propietarios de excavaciones hasta simples *faiscadores*, pasando por hombres y mujeres libres pobres– deberían contribuir para recaudar la suma exigida por la Corona. Se produjo una segunda derrama en 1768.

La crisis se agravaba con el agotamiento de las minas. Teniendo como objetivo recuperar lo que había dejado de recaudarse con el quinto, el gobierno de Lisboa envió en 1788 al vizconde de Barbacena, hombre de confianza del rey, como nuevo gobernador de la capitanía. El nuevo mandatario tenía órdenes de cobrar los impuestos atrasados por medio de otra derrama si ello fuera preciso.

Varios contratistas debían elevadas sumas al tesoro real, entre ellos dos de los más importantes, João Rodrigues de Macedo –cuya deuda era 8 veces mayor que sus activos– y Joaquín Silverio dos Reis, ambos con fuertes deudas con la Real Hacienda. Los dos se aprovechaban de su función estratégica en este sistema de recaudación de tributos, abusando de su privilegio. Tenían tanto atraso en el pago de sus deudas, que la Junta de Hacienda ya había confiscado la herencia de uno de los avalistas de Macedo en su contrato de décimos.

Inspirados por el movimiento revolucionario de los colonos anglo-americanos de América del Norte, varios miembros de la elite local se reunieron para conspirar

contra el orden colonial. No es casualidad que los principales involucrados en la revuelta de 1789 fueran contratistas, como el ya citado João Rodrigues de Macedo, prósperos hacendados como Alvarenga Peixoto y Álvares Maciel, altos funcionarios de la Cámara de Vila Rica, entre ellos el oidor Tomás Antônio Gonzaga y el respetable doctor Cláudio Manuel da Costa, además de contrabandistas de diamantes de la villa de Tijuco. Los cuatro últimos personajes, más algunas decenas de conspiradores, pertenecían a la elite más cultivada de funcionarios del imperio colonial. Del círculo de unas sesenta personas ilustres que participaron en la *Inconfidência*, el canónigo Luís Vieira da Silva, por ejemplo, era uno de los más cultos, llegando a poseer una biblioteca del mismo porte que la del filósofo Emanuel Kant en Königsberg[11].

Por debajo de ese sofisticado grupo de la elite colonial, estaba el alférez Joaquim José da Silva Xavier, conocido como Tiradentes*, encargado de garantizar el apoyo militar y popular a la revuelta planeada por la elite.

Los *inconfidentes* o conspiradores de Minas, tomando como ejemplo a los revolucionarios norteamericanos, pretendían proclamar una República independiente de Portugal, manteniendo, eso sí, el orden esclavista. Según el plan de los conjurados, el movimiento se iniciaría poco después de que se decretara la derrama, previendo que la guerra con Portugal podría durar unos tres años. Radical, Tomás Antônio Gonzaga opinaba que se debería eliminar al gobernador. Sin embargo, antes de que todo eso ocurriera, Joaquim Silverio dos Reis denunció la existencia del movimiento al vizconde de Barbacena, que suspendió inmediatamente la derrama y ordenó la apertura de un proceso. En mayo de 1789, Tiradentes fue arrestado en Río de Janeiro por militares del batallón portugués de Estremoz. Los demás conspiradores fueron detenidos y sometidos a un proceso legal que terminó en 1792. Algunos reos fueron condenados al destierro en África, otros a prisión perpetua.

El alférez Tiradentes, el sedicioso de condición social más modesta, considerado el responsable de la agitación en la región minera, fue condenado a muerte. El 21 de abril de 1792 fue ahorcado, decapitado y descuartizado en Río de Janeiro.

Perfil y enigma de Tiradentes

> Porque las cosas no se dicen sin algún fin o sin alguna consecuencia[12].

Joaquím José da Silva Xavier, el Tiradentes, nació en 1746 en São José d'El Rey, ciudad que hoy lleva su nombre. Contaba con poco más de 40 años en la época de la *Inconfidência*. Soltero, inquieto, con alguna educación, era padre de tres hijas.

[11] La relación de sus libros se encuentra en la obra de Eduardo Frieiro, *O diabo na livraria do cônego*, 2.ª ed. rev. y aum., Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1981, con comentarios esclarecedores.

(*) Literalmente, «Sacamuelas», como se le conocía por una de sus profesiones: dentista. *N. del T.*

[12] Comentario de un inquiridor en los «Autos de Tiradentes» (1.er Interrogatorio, 22-5-1789). Cf. C. G. Mota, *Idéia de revolução*, p. 153.

Perdió su casa por las deudas y tuvo que pagar a partir de entonces un alquiler al cura Joaquim Pereira de Magalhães para vivir en una de sus casas, que, tras su ahorcamiento, fue destruida y cubierta de sal.

No era alguien carente de cualificación. Aunque su padre fuera consejero municipal en São João, no tenía la consideración de «hijo de buena familia», como los doctores Gonzaga, Maciel o Alvarenga, educados en el extranjero. Joaquim José circulaba entre Minas y Río, atendía a pacientes con sus instrumentos odontológicos, hacía prótesis con dientes de hueso y madera, trataba a enfermos… Era nervioso (hasta tal punto que algunos lo tomaban por «loco»), popular, blanco, posiblemente bizco y ambicioso. Como su padre, que murió pronto, Joaquim José no poseía propiedad alguna y fue criado por su tío, el cura Domingos da Silva Xavier, vicario de los indios manaxos, mexachalis, comanaxos y cuietés. Era primo carnal de fray José Mariano da Conceição Veloso, el autor de la laureada *Flora Fluminensis* (1790). Cargado de deudas, intentó trabajar en el comercio, y fue vendedor ambulante en Minas Novas. Entró en el Batallón de Dragones en 1775, en el puesto de alférez, el primero que ejerció en la carrera militar. Pasados 13 años aún estaba en el mismo puesto, preterido en las promociones cuatro veces y, por esto mismo, resentido. Durante el gobierno de Rodrigo José de Menezes llegaría a comandar el destacamento que patrullaba el Camino Real, en la sierra de la Mantiqueira. Tuvo *sesmarias* y explotaciones mineras que, al parecer, habían sido empeñadas anteriormente por un herrero, y que serían inventariadas con motivo del secuestro de sus bienes, según se lee en las páginas de los *Autos de Devassa*, el proceso abierto contra los conspiradores. Contaba con la protección de Domingos de Abreu Vieira, padrino de su hija, con quien jugaba frecuentemente a las cartas. Recibió pagos de su amigo personal Joaquim Silverio dos Reis por servicios prestados. Licenciado de su batallón, fue a probar suerte a Río de Janeiro, con planes de suministrar agua potable a la población. Había estado ya en Río en 1778, con las tropas encargadas de la defensa de la ciudad. En este regreso a la ciudad, tenía proyectos para represar el río Andaraí.

No mucho antes del anuncio de la derrama se confabuló con Álvares Maciel, que entonces tenía 27 años, recién llegado de Inglaterra y bien informado sobre el sistema fabril inglés. En esa ocasión debatieron sobre la riqueza de Minas y la posibilidad de transformar la región en una república independiente. A él y al teniente coronel Francisco de Paula Freire de Andrade, comandante de Dragones, en cuya casa se reunían los conspiradores, cabría la tarea de propagar el movimiento entre la tropa e involucrar a la caballería.

Freire de Andrade (cuñado de Álvares Maciel y, desde hacía más de diez años, comandante de Dragones) era miembro de la «nobleza de la tierra», incluso aunque fuese hijo ilegítimo del segundo conde de Bobadela y de Maria Correia de Sá y Benavides, cuyos padre y tío fueron gobernadores de Minas. En los últimos tiempos, el jefe militar se había dedicado a realizar prácticas abusivas, sobredimensionando los gastos militares (en las listas de pago constaban más efectivos de los que existían en realidad…) y aprovechándose del cargo en beneficio propio. Por estas y otras razones, el vizconde de Barbacena, presidente de la Junta de Hacienda, se empeñaba ahora en «reformar las costumbres».

En ese contexto, Freire de Andrade simpatizó con la conspiración para organizar la revolución. La acción sería contundente: con la imposición de la derrama, los participantes en el movimiento provocarían un levantamiento popular y proclamarían la república; al mismo tiempo, grupos armados dirigidos por los *inconfidentes* irían a la ciudad. Un detalle importante: las tropas dirigidas por Freire de Andrade llegarían atrasadas, y los rebeldes, infiltrados en la escolta del gobernador, vizconde de Barbacena, lo asesinarían en Vila Rica. Tiradentes, exhibiendo la cabeza del gobernador, preguntaría entonces qué querían los amotinados. En Vila Rica se quedarían doscientos hombres acuartelados, mientras que otros cien lanzarían emboscadas a lo largo del camino que conducía hacía Río a través de las sierras, y algunos otros harían guardia en el camino hacia São Paulo[13].

El programa de los *inconfidentes*. Contactos con Thomas Jefferson

> La sociedad que conoció la expansión de la cultura del oro era fuertemente estamental[14].
>
> Lourival Gomes Machado

El programa de la *Inconfidência*[15] fue elaborado por los líderes de esa elite ilustrada, que incluía a magistrados, curas y abogados que, como vimos, seguían los acontecimientos de la lucha por la liberación colonial de los Estados Unidos y disfrutaban con la obra del abate francés Raynal (de ella, como se constata en la lectura de los *Autos de Devassa*, el canónigo Vieira da Silva se sabía trechos de memoria).

De las cuestiones que debían resolverse, la fiscal era la más urgente: todos los que debían a la Hacienda Real recibirían el perdón. En el programa de la República que se quería constituir, constaba ya la elección de su capital, que debería estar instalada en São João d'El Rey, donde habría una Casa de la Moneda, operando con una tasa fija de 500 reales por octava de oro (había escasez de moneda circulante en Minas, con una tasa de cambio fijada en un nivel extremadamente bajo).

Gonzaga sería el primer gobernador, durante tres años. Habría un parlamento central en la capital y parlamentos en las ciudades principales, subordinados al central. Se preconizaba también la implantación de industrias, prohibidas por el famoso *alvará* de María I, de 1785. Para ello, serían ampliados los puntos de extracción minera y se construirían depósitos de hierro. Además, se crearían fábricas de pólvora.

[13] La mejor descripción de esta trama se encuentra en los Capítulos 5 y 6 del libro de K. Maxwell, *A devassa*.

[14] Lourival Gomes Machado, *Barroco Mineiro*, intr. Francisco Iglésias, pref. Rodrigo M. F. de Andrade, fot. Benedito Lima de Toledo, São Paulo: Perspectiva, 1969, p. 127. Véanse los capítulos «O Barroco e o Absolutismo» y «O Barroco em Minas Gerais», fundamentales para la comprensión del arte en la sociedad colonial.

[15] Más detalles en el referido Capítulo 5 de la obra de K. Maxwell, *A devassa*, p. 151 y ss.

No habría ejército permanente, sino algunos ciudadanos autorizados para llevar armas y servir en la milicia nacional. Los ciudadanos deberían usar ropas producidas en Minas, y no habría distinciones sociales en el vestuario, vistiendo cada uno como quisiese. En los *Autos de Devassa* hay varias menciones a la existencia de apoyos al levantamiento en Río y en São Paulo, condición que Freire de Andrade consideraba esencial para el éxito de la revolución. Se crearía una universidad. Hay sospechas –e incluso indicios– de que, sabiendo lo que estaba por venir, algunos miembros de la elite desistieron de ir a Coimbra, en la expectativa de graduarse en la región. Además de esto se daba a los curas la capacidad de recaudar décimos, siempre que tuvieran a su cargo profesores, casas de caridad u hospitales. Las mujeres que tuvieran un cierto número de hijos tendrían un premio (una ayuda) pagado por el estado. El Distrito de diamantes de Serro Frio, controlado con severas restricciones, sería liberado.

No hubo un acuerdo claro en cuanto a la ejecución del gobernador. Gonzaga era favorable a este acto revolucionario radical, para señalar el sentido de no retorno de la revolución pues, según decía: «El Bien Común debe prevalecer sobre el privado»[16].

También el padre Carlos Correia de Toledo era radical en cuanto al destino de los europeos habitantes de la capitanía, pero el desacuerdo mayor se produjo en la cuestión de la abolición de la esclavitud: Macial la temía, pues consideraba que el número de esclavos negros era elevado y que podrían extralimitarse en sus aspiraciones, acabando por contraponerse a los blancos. Además, ¿quién iría a trabajar a las minas? Alvarenga, gran propietario de esclavos, se mostraba a favor de su liberación, por juzgar que se animarían en la defensa del nuevo orden, en el que tendrían un lugar. Según creía, «un negro con una carta de manumisión en la cabeza sería capaz de todo»[17].

También aquí se debatió una solución de compromiso: sólo los negros y mulatos nativos deberían ser liberados, en interés de la defensa del Estado –sin hacerse mención a las compensaciones[18].

Finalmente, la cuestión de la bandera. Tiradentes propuso que se adoptase el triángulo que representa a la Santísima Trinidad, haciendo alusión a las cinco llagas de Cristo crucificado, presente en el escudo portugués. Alvarenga propuso la imagen de un indio rompiendo las cadenas del colonialismo con la inscripción *Libertas quae sera tamen* (Libertad, aunque tarde), del poeta Virgilio, que fue adoptada y consagrada.

¿Se podía detectar en los ideólogos de la revolución un carácter nacionalista, más que nativista? Alvarenga, al final de una reunión de los conjurados, recitó el *Canto Genetlíaco*, de su autoría, de tono indianista. Este sentimiento indianista, como observa Maxwell, era más «un reflejo de la emoción literaria y nacionalista que de cualquier pretensión de alcanzar algún tipo de grandiosa sociedad mestiza, como la prevista por Pombal y por el duque Silva-Tarouca 25 años antes»[19].

[16] *Ibid*., p. 152.
[17] *Ibidem*.
[18] *Ibid*. Aquí se pueden ver las discrepancias entre los *inconfidentes*.
[19] *Ibid*., p. 153.

En cuanto a los contactos de Tiradentes fuera de Minas, es posible que los tuviese, de hecho, bien sólidos en Río, con comerciantes acaudalados. Es posible que el alférez hubiera trabajado a su servicio, para sondear la reacción de los comerciantes a la propuesta de independencia, pues en el momento en que estuvo en la ciudad carioca en septiembre de 1788, habían sido cerradas las manufacturas de productos textiles y el virrey obligó a sus propietarios a desmontarlas y enviarlas a los almacenes reales. Trece telares fueron remitidos en navíos de guerra a Lisboa. Con esta perspectiva, un levantamiento en Río, con apoyos en Minas y São Paulo, podría ser una buena alternativa para los cariocas arruinados a la fuerza.

No obstante, la trama y el espectro de fuerzas revolucionarias puede haber sido más amplio, con un nudo de conexiones: José Álvares Maciel y José Joaquim da Maia, ex colegas de Coimbra; Maciel y Tiradentes, amigos en Vila Rica; y Thomas Jefferson y, de nuevo, José Joaquim da Maia, en Nîmes. Las fechas de los contactos son demasiado próximas como para que ellos no tuviesen conocimiento unos de los otros y de la problemática que vivían.

En efecto, en 1787, entre el 4 y el 8 de septiembre, Tiradentes compareció ante la Chancillería de la Corte[20], y allí obtuvo, *in loco*, aprobación por parte del Consejo Ultramarino de su petición de permiso para «venir a Lisboa a cuidar de sus intereses personales». También pagó las tasas de los «nuevos derechos» debidos al Tesoro, retirando la autorización («provisión de licencia») el 8 de septiembre. Esta licencia permite que se vincule su discutido viaje a Europa con la misión secreta de Álvares Maciel, del grupo de los 12 de Coimbra que hicieron el pacto por la independencia. Maciel, además, pudo haber sido el primero en tomar contacto con Jefferson, antes incluso que Maia[21].

Maciel, que fue estudiante en la Universidad de Coimbra y recibió, en 1785, el diploma de Ciencias Naturales y Filosofía, formó parte de tal pacto del grupo de 12 brasileños y, según parece, fue a París para contactar con Jefferson, a la sazón embajador americano en Francia. Con la revolución, deseaba crear en Minas una universidad y ser profesor de matemáticas.

En agosto de 1785, José Joaquim da Maia Barbalho, que también formaba parte de los pactantes, fue a Francia y se matriculó como alumno de Medicina de la Universidad de Montpellier. En ese centro universitario, muy frecuentado por portugueses y brasileños, se matricularon en la misma carrera en diciembre de 1785 otros dos estudiantes procedentes de la América portuguesa: el carioca José Mariano Leal y el *mineiro* Domingos Vidal Barbosa, de Juiz de Fora.

Cuando José Joaquim da Maia se trasladó a Montpellier en agosto de 1785 se encontraba con un avanzado proceso de tuberculosis. En este momento iban por

[20] Arquivo Histórico Ultramarino, Cod. 316, fols. 166, *apud* Isolde Helena Brans, *Seminar Thomas Jefferson and the Independence in the Americas: the case of the Inconfidência Mineira in Brazil, September 22nd, 1993*, Washington: Library of Congress, 1993.

[21] Sobre el encuentro con Jefferson existe un artículo publicado por Felisberto Caldeira Brant Pontes, el 27 de noviembre de 1872, en el *Jornal do Commercio* (citado también por Isolde Brans).

mal camino las negociaciones de Jefferson con los diplomáticos portugueses para acuerdos comerciales entre los Estados Unidos y Portugal, debido a la resistencia de los lusos, lo que creaba el contexto propicio para establecer relaciones con los revolucionarios de la colonia.

En octubre de 1786, el embajador Jefferson recibía la carta del brasileño «Vendek», el primer contacto hecho por el estudiante de Medicina en Montpellier, proponiendo un encuentro en París. En el pie de la carta escribió: «José da Maia». No se sabe si «Vendek» era el pseudónimo solamente de Maia o de varios brasileños del grupo de Coimbra. El embajador americano y el estudiante *mineiro* debieron reunirse discretamente en el mismo hotel en Nîmes, por sugerencia del revolucionario de la Independencia de los Estados Unidos, el 21 de mayo de 1787, momento en que intercambiaron información, habiendo prometido «el ministro de la América inglesa» barcos y personas si los revolucionarios brasileños, además de pagar a los soldados, compraban «pescado en salazón y trigo»[22].

En mayo de 1787, Jefferson escribe un informe bien documentado a su gobierno, describiendo la situación de Brasil y la disposición existente para un levantamiento. En contraposición, su correspondencia destaca su escepticismo en relación al gobierno portugués, y habla del «carácter letárgico de su embajador» Luís Pinto de Souza Coutinho, y de la «inflexibilidad de los portugueses» en Londres, donde estaba el 25 de abril de 1786 con su compatriota John Adams para negociar un Tratado de Amistad y Comercio con la corte de Saint James. «Con esa nación nada fue realizado, y ahora está decidido que decidieron no hacer nada con nosotros», escribió a James Madison en la misma fecha[23].

¿Tiradentes en Portugal?

> No es [soy] persona que tuviese figura, ni influencia, ni riqueza[24].
>
> Joaquim José da Silva Xavier

Según parece, Tiradentes habría estado en Lisboa durante ese periodo, realizando conversaciones sobre el movimiento sedicioso. Maia, estudiante de Medicina en Montpellier, mantenía contactos con Maciel, hijo del propietario de una *fazenda* en Minas, frecuentada también por el comandante Freire de Andrade. Ahora bien, Freire de Andrade era su cuñado, y de él recibía informaciones sobre la población

[22] Cf. *Autos de Devassa da Inconfidência Mineira*, vol. 2, 2.ª ed., Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1936-1938, pp. 89-91.

[23] Cf. La comunicación de I. H. Brans, *Seminar Thomas Jefferson*, p. 7. También Fernando A. Novais, *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*, 2.ª ed., São Paulo: Hucitec, 1983, p. 171, sobre el «comportamiento no muy entusiasta [para Brasil] del autor de la Declaración de Independencia americana».

[24] Anotación del escribano Marcellino Pereira Cleto, del testimonio de Tiradentes, en el primer interrogatorio el 22-5-1789, en el *Auto* de las preguntas hechas al alférez. Cf. *Autos de Devassa*, vol. 4, p. 35.

de Minas, la capacidad de producción y los recursos locales, y había elegido al alférez Tiradentes para trabajar con él. El gobernador Menezes, muy probablemente, ya venía observándolos a todos, pues en julio de 1786 la *fazenda* sufrió la invasión de los soldados en «busca de papeles».

Al inicio del año siguiente, en enero y febrero de 1788, tres proyectos de Tiradentes fueron presentados a la reina de Portugal: el plan de construcción de un puerto en la playa de los *Mineiros*, en Río de Janeiro, para el transporte de ganado; el segundo trataba de la construcción de acueductos, a fin de suministrar agua potable para la ciudad de Río; y el tercero, un silo para almacenamiento de trigo y otros cereales en el puerto de la misma ciudad, entre el puente de la aduana y el almacén del muelle de Lapa. La reina envió una copia de estos proyectos al virrey en Río, solicitando su opinión[25]. Los documentos fueron llevados a Brasil por el barco de guerra *Nossa Senhora de Belém*, que salió de Lisboa el 7 de febrero de 1788 y llegó a Río el 24 de mayo. La tardanza en responder y el hecho de que el gobierno no aceptara los proyectos del alférez debieron de precipitarlo en las aguas de la insurrección.

Aún quedan innumerables cuestiones aguardando investigaciones más profundas en relación con la *Incofidência*, como el «suicidio» de Cláudio Manuel da Costa y la participación del gobierno en el asesinato de esta figura prominente e ilustrada; o la participación de tantos y tantos miembros del gobierno colonial, así como el radicalismo de Gonzaga. Otros problemas por resolver son explicar la decisión del vizconde de Barbacena de suspender la derrama y la participación del denunciante Silvério dos Reis. O los difíciles caminos seguidos por las hijas de Tiradentes, obligadas a huir, yendo en dirección a Campanha, en la región de la sierra de las Águas, en Minas Gerais.

Otra cuestión fundamental, mal resuelta y poco estudiada, es la posición que se tomaría con la esclavitud, pues existió algún tipo de conciencia político social.

Finalmente, la cuestión de la cabeza cortada de Tiradentes. Quedó expuesta con las otras partes descuartizadas del cuerpo, pero al quinto día desapareció para siempre, engendrando hipótesis, leyendas y mitos que llegan hasta la actualidad.

Sobre su martirio, el historiador Kenneth Maxwell señaló:

> Era obvia la seducción que el ahorcamiento del alférez representaba para el gobierno portugués: poca gente se tomaría en serio un movimiento liderado por un simple «sacamuelas» (las autoridades lusas, después de octubre de 1790, invariablemente se refirieron al alférez por su apodo de Tiradentes). Un juicio-exhibición, seguido por la ejecución pública de Silva Xavier, proporcionaría el máximo impacto, como advertencia, al tiempo que minimizaba y ridiculizaba los objetivos del movimiento: Tiradentes sería un perfecto ejemplo para otros colonos descontentos y tentados a pedir demasiado antes de tiempo[26].

[25] Cf. Isolde Helena Brans, *Tiradentes face a face*, Río de Janeiro: Xerox do Brasil, 1992.
[26] K. Maxwell, *A devassa*, p. 216.

La ideología de Tiradentes

En lo tocante a la visión del mundo del alférez, su ideología y percepción del proceso revolucionario, se puede concluir que fueron influenciadas por los valores de las capas superiores. A pesar de que no dejó textos o anotaciones, lo que dificulta el conocimiento efectivo de sus ideas, no es difícil encontrar en sus expresiones cierto clasismo, e incluso racismo, inherentes a tal ideología, si nos basamos en sus respuestas en el proceso y en las informaciones dadas por denunciantes sobre su persona en los *Autos de Devassa*.

Tiradentes es, ciertamente, un caso de falsa toma de conciencia, pues estaba alienado por los valores de una capa social diferente a la suya, tratándose de un segmento desajustado en el cuadro del sistema colonial, informado por los valores de los círculos ligados a la propiedad. En definitiva, no quería revolucionar sino «restaurar». ¿No sirven, de alguna manera, para Joaquim José, las palabras de su contemporáneo Luís dos Santos Vilhena, según el cual «lo cierto es que los buenos llegan a parecer malos muchas veces por juicios realizados por otros hombres, en lo que se engañan de ordinario»[27]?

La imagen de Tiradentes sería borrada de la memoria histórica del país durante todo el periodo imperial, cuando el sistema político-cultural estaba controlado diligentemente por la acción de los áulicos del no siempre ilustrado despotismo de los Braganza. La República la rehabilitaría con nuevo ropaje.

Los *inconfidentes* dejaron frases e ideas –algunas de profundo efecto retórico– que se incluyen entre las mejores del pensamiento que comenzaba a quererse brasileño. Dos de ellas, de autoría de Gonzaga, pueden encontrarse en los *Autos de Devassa*. Sobre el intento de Revolución, tratando de escapar de sus verdugos, dijo que «[…] no podía ser sino una hipótesis de potencia y no de acto»[28].

En cuanto a las posibles glorias que la Revolución, si victoriosa, podría traer eventualmente al abogado Gonzaga, el historiador *mineiro* Francisco Iglésias siempre recordaba un verso, que consideraba el mejor de la obra del poeta *inconfidente*: «Las glorias que llegan tarde ya vienen frías»[29].

La crisis social se agrava: la «Conjuración de los sastres», Bahía (1798)

> Un gobierno de igualdad, de blancos, pardos y negros, sin distinción de colores […] [con gente con] capacidad para mandar y gobernar […saqueados] los cofres públicos, y reducidos todos a uno solo, para de él pagarse las Tropas, y atender los gastos necesarios

[27] Luís dos Santos Vilhena, «Recopilação de notícias soteropolitanas e brasílicas», *apud* C. G. Mota,, *Idéia de revolução*, Salvador: Imprensa Official do Estado, 1921 p. 129.

[28] *Ibid*., p. 129.

[29] Opinión manifestada por Francisco Iglésias, en conversación mantenida con el autor Carlos G. Mota, en Ouro Preto, en 1970. El verso de Gonzaga citado está en la «Lira 14», de la primera parte de *Marília de Dirceu*.

> del Estado [...] y se debía conservar las Personas de Letras y todo lo perteneciente a la Religión por Política [...para] evitar una guerra civil[30].
>
> Manuel Faustino dos S. Lira, 1798

> Lo mejor era esperar a que viniesen los Franceses, los cuales andan en esa misma diligencia por Europa, y pronto llegarán aquí [...] cuidado con esa canalla Africana... q. el tiempo pide circunspección[31].
>
> Cipriano Barata, 1798

En el mismo año de 1789, cuando surgió la sedición en la región minera, el Antiguo Régimen se desmoronó en Francia, acelerando y profundizando el amplio proceso revolucionario que culminó con las independencias de las colonias ibéricas en las Américas del Sur y Central. El proceso adquirió una dimensión bicontinental, hasta el punto de llevar a los historiadores Jacques Godechot, de Toulouse, y Robert Palmer, de Princeton, a formular la idea de una «Revolución Atlántica», tesis polémica que está cobrando relevancia.

En efecto, el Atlántico se convirtió en un escenario de circulación de libros e ideas, de revolucionarios, militares, exiliados, masones, bonapartistas, absolutistas, clérigos, artistas, comerciantes, vagabundos e incluso, del traslado precipitado a Brasil de una corte imperial entera, que acompañó al príncipe regente portugués, João, de la Casa de Braganza. De hecho, Jefferson, Miranda, Thomas Paine, Adams, Toussaint L'ouverture, Arruda Câmara, Tomás Gonzaga o José Bonifácio, entre muchos otros, cruzaron el océano con las ideas hirviendo en sus cerebros, animados por proyectos de reforma –a veces radical– del orden del Antiguo Régimen. Además de las ideas de los revolucionarios norteamericanos, en una dirección, los manifiestos de los revolucionarios franceses atravesaron el Atlántico en la dirección contraria, despertando sed de cambios en los líderes coloniales.

En Brasil, los inventarios de las bibliotecas de conjurados, letrados, reformistas y revolucionarios revelan el alto nivel de información y articulación de ideas y proyectos de la Época de las Luces, del enciclopedismo y de la Revolución.

En Salvador, en Bahía, la insatisfacción se extendió por varios segmentos de la población, sobre todo los más pobres, debido a la grave carestía. La situación fue diagnosticada con sorprendente agudeza por el profesor de griego Luís Vilhena dos Santos, contemporáneo de la Conjuración de los Sastres, cuya *Recopilação de notícias soteropolitanas e brasílicas* constituye una fuente inagotable de información sobre la Bahía de aquella época, principalmente para la comprensión de las condiciones en que se dieron los conflictos sociales y las tensiones con la Corona que

[30] *Autos de devassa do levantamento e sedição intentados na Bahia em 1798*, vol. XXXV, pp. 13-14. Con respecto a Manuel Faustino dos Santos Lira, mulato, sastre, 22 años, véase C. G. Mota, *Idéia de revolução*, pp. 74-75.

[31] *Ibidem*. pp. 16 y 184. José Cipriano Barata (1762-1838) era blanco, médico y propietario.

examinamos en este periodo. Proporciona datos concretos, como la falta de alimentos y de productos importados de Europa, lo que provocaba quejas constantes contra las autoridades metropolitanas. Además de esto, las ideas de los filósofos Rousseau y Voltaire, sumadas a la Declaración de los Derechos del Hombre, proclamada en Francia en 1789, circulaban entre los miembros de sociedades secretas de Salvador. El terreno para la revuelta estaba abonado.

La revuelta. Brutalidad (selectiva) de la represión

El 12 de agosto de 1797 las paredes de las casas de Salvador amanecieron cubiertas de carteles convocando a la población a adherirse a la revolución. Los revolucionarios bahianos eran republicanos. Entre sus líderes había sastres, zapateros, militares, peluqueros, esclavos y todo tipo de hombres libres pobres. Proclamaban la libertad e igualdad de los individuos y la libertad de comercio. Pero los ideales de los revolucionarios bahianos diferían de aquellos sustentados por los rebeldes *mineiros*, en la medida en que su revolución iba contra el orden esclavista de la colonia, la «opulencia» y la propiedad[32].

Tal como aconteció en Minas Gerais, el movimiento de los revolucionarios bahianos fue denunciado a las autoridades, en este caso por José da Veiga. Algunos revolucionarios consiguieron escapar, otros fueron presos o procesados. Aquellos de extracción social más baja fueron condenados a muerte, a ser azotados o al destierro. Los cuatro revolucionarios principales fueron arrestados y ahorcados en un ritual ejemplar de castigo. Conforme la tradición colonial portuguesa, las principales víctimas eran siempre de origen humilde, mulatos, y, en este caso, pertenecientes a la capa de hombres libres pobres. Los esclavos participantes fueron muertos o vendidos en el sur de la colonia. Sin embargo, los miembros de la elite participantes en el movimiento fueron absueltos.

La represión fue violenta. El día 8 de noviembre de 1799, once condenados fueron llevados a la horca, para una mejor visualización del espectáculo de la punición ejemplar, rigurosa y pública. Salieron de la cárcel acompañados de «numerosa guardia formada por soldados del Regimiento Viejo, muchos eclesiásticos regulares y seculares, y comandando el cortejo, según la costumbre, los *Juízes de Fora* y del Crimen, «con sombreros de ala ancha en la cabeza, llenos de plumas, a caballo»[33].

[32] Ver especialmente los estudios de Ubiratan Castro de Araújo, «A Bahia no tempo dos alfaiates», de Luís Henrique Dias Tavares, «Questões ainda não resolvidas na história da Sedição de 1798» y de Marco Morel, «O caso de Cipriano Barata em 1798»; contenidos en *II Centenário da Sedição de 1798 na Bahia*, Salvador/Brasília: Academia de Letras da Bahia/Minc, 1999.

[33] Cf. István Jancsó, *Na Bahia contra o Império. História do ensaio de sedição de 1798*, São Paulo/Salvador: Hucitec/Editora da Universidade Federal da Bahia, 1996, p. 13. La descripción del proceso, precedida de un sólido análisis histórico-historiográfico, se encuentra en el bello libro de Jancsó. Las obras precursoras –Luís Henrique Dias Tavares, *História da sedição intentada na Bahia em 1789*, São Paulo/Brasília: Pioneira/INL, 1975; y Katia de Queirós Mattoso, *Presença francesa no movimento democrático baiano de 1798*, Salvador: Itapuã, 1969– son también buenas referencias. Más reciente, el libro de Marco Morel, *Cipriano Barata na Sentinela da Liberdade*, Salvador: Academia de Letras da Bahia/Assembléia

Los revolucionarios Manuel Faustino dos Santos Lira y Lucas Dantas do Amorim Torres fueron al patíbulo escoltados por la guardia armada y ejecutados. A otros siete, entre ellos, Manoel de Santana y Luís da França Pires, se les aplicó la pena vil de azote y destierro en África, fuera de las fronteras del imperio portugués. A Romão Pinheiro, mulato, soldado granadero y sastre, de 22 años, se le conmutó la pena de muerte por la de latigazos y envío al exilio, junto con otros 32 reos involucrados en el proceso. Francisco Moniz Barreto de Aragão –blanco, 32 años, profesor de gramática latina de Rio de Contas, también condenado a azotes, horca y descuartizamiento– vio como se conmutaba su pena al evocar los privilegios derivados de sus raíces en la nobleza de los señores de Angeja Marialva, Soure de Aveyras y otros. Al condenado, «de la sangre de los Monizes», se le redujo la pena a un año de prisión en la cárcel pública de la ciudad y a la pérdida del puesto de profesor. A fin de cuentas, un noble no podría ser azotado en plaza pública, al contrario de lo que ocurrió con el esclavo Manoel da Vera Cruz, llevado al *pelourinho* para recibir 500 latigazos bien aplicados.

Fue un día de muchas misas, actos de misericordia, efervescencia de clérigos, miedo y dolor. Una página formidable para historiadores de las mentalidades, estudiosos de los rituales, las costumbres, las ideologías, la religiosidad, la violencia, la revolución y la contrarrevolución en la situación colonial. Para el acto de las ejecuciones, la plaza fue cercada por el Regimiento Nuevo y el de Artillería. Cuando el cortejo llegó a la plaza, los soldados apuntaron con sus armas a la multitud, en posición de tiro, preparados por si se producía un tumulto. Los uniformes de Lucas Dantas y de Luís Gonzaga, del Regimiento Viejo, fueron rasgados por compañeros uniformados. Los dos subieron al patíbulo impenitentes, pues siempre fingieron que estaban locos. Acabaron finalmente aceptando hacer confesión, para que, abandonados por la misericordia de los hombres, pudieran abrigarse en la de Dios.

Ejecutados y descuartizados, sus pedazos permanecieron un tiempo en espacios públicos, al aire libre, como prescribía la ley. La cabeza de João de Deus fue expuesta cerca de la iglesia de Nossa Señora da Ajuda, y sus pedazos, en el muelle; la cabeza de Lucas Dantas fue puesta en el Dique y la de Manuel Faustino en la puerta de la casa de João de Deus, adonde iba con frecuencia. Sin embargo, la exposición de las partes resultantes del descuartizamiento no duró hasta que «el tiempo las consumiese», como mandaba la ley, pues intervinieron el *provedor* de Salud de Salvador y el médico y cirujano del Senado da Cámara, para proteger a la población, dada la podredumbre y el mal olor.

Legislativa do Estado da Bahia, 2001, abre una nueva perspectiva para la comprensión de la actuación y de los límites de las ideas de revolución en el largo proceso de descolonización.

El alcance de la rebelión

Las actitudes de los revolucionarios anunciaban un tiempo en el que los ideales de libertad e igualdad marcarían a los pueblos del mundo, con las revoluciones liberales y nacionales y con la descolonización.

El movimiento desarrolló ramificaciones en el *Recôncavo*, y según todos los indicios, también en el centro de la capitanía, irradiándose a Pernambuco y Maranhão. Es importante señalar que estuvieron más o menos comprometidos con la insurrección hombres de la elite colonial dirigente, como José da Silva Lisboa, Cipriano Barata de Almeida y Agostinho Gomes, figuras de creciente importancia en el proceso de descolonización que se iniciaba. Esto sugiere que, como ya ocurrió en la *Inconfidência Mineira*, hubo una participación de parte de la elite blanca colonial que más tarde desempeñará un papel relevante en el proceso de la Independencia.

A finales del siglo XVIII, la Revolución Francesa supuso el derrocamiento del Antiguo Régimen y abrió el camino a la ruina del antiguo sistema colonial, sobre todo tras sus derivaciones radical-democráticas en 1793, –tanto en el plano internacional como en la variedad de alternativas batalladas por los reformistas y los revolucionarios de muy diversas extracciones sociales–. De hecho, los estímulos externos alcanzaron a un amplio abanico de revolucionarios bahianos, que iban desde un médico[34], como Cipriano Barata, hasta un militar y peluquero, como Manuel Faustino.

El sentido general de las conspiraciones

El análisis de la extracción social de los revolucionarios indica claramente que en Minas el descontento estaba lastrado por la propiedad (de minas, de tierras de cultivo, de ganado y de esclavos): el intento revolucionario fue llevado a cabo por potentados. «Hombres de posibilidades», diría Tiradentes. Es por ese motivo por el que la revolución de las colonias inglesas, dirigida por la clase de los propietarios, funcionó como estimulante modelo a seguir. La afinidad entre ambos movimientos no se dio por casualidad. El concepto de «independencia» surgió de forma más nítida en Minas: para estos hombres con *propiedades*, con deudas contraídas con la Corona, la situación colonial pesaba. El modelo se tomó en otra zona igualmente *colonial*. Así se entiende la gran divulgación de historias de las colonias inglesas entre los *mineiros*: simplemente porque el problema que debía ser resuelto en Minas era *más colonial que social*.

Sin embargo, en la Bahía de 1798, el movimiento de protesta estaba dirigido por personas de la «baja esfera», pequeños artesanos, ex propietarios de campos de caña y militares de baja graduación. El intento revolucionario iba contra la «opulencia».

[34] Sobre la medicina en Brasil en el siglo XVIII, véase el importante libro de Márcia Moisés Ribeiro, *A ciência nos trópicos. A arte médica no Brasil do século XVIII*, São Paulo: Hucitec, 1997.

El problema era más *social que colonial*. El modelo se buscó en la historia de Francia, en una zona *no-colonial*. Por este motivo se produjo en Salvador una mayor circulación de conceptos como «riqueza», «miseria», «opulencia» que otros como «independencia». De alguna forma, el problema social anestesió las conciencias revolucionarias bahianas, haciendo que olvidaran la situación colonial, en la medida en que lo que se ponía en valor era un modelo metropolitano europeo, como el francés. La revolución, en Salvador, fue protagonizada por personas de las clases no propietarias, y solo en ese sentido el movimiento fue más profundo que el de Minas[35].

[35] C. G. Mota, *Idéia de revolução*, p. 128.

Capítulo 17
Descolonización portuguesa y construcción del Imperio brasileño (1808-1822). La revolución de la Independencia (1822)

> La construcción imperial prometida por el regente no pasó de ser una figura retórica con la que la Corona bragantina pretendió dar a Europa la impresión de hacer una retirada decente a sus dominios americanos[1].
>
> Evaldo Cabral de Mello

Una visión de conjunto: el «largo» siglo XIX

Puede decirse que el siglo XIX brasileño comenzó en 1808, con la llegada del príncipe D. João, acompañado de la corte y de la familia real portuguesa, en su huida de las tropas de Napoleón, escoltado por la Armada inglesa. Se abrieron los puertos a las «naciones amigas», dando un estatuto privilegiado a Inglaterra, su protectora.

Río de Janeiro se preparó para funcionar como nueva capital del imperio luso-afro-brasileño. Con enormes dificultades se intentó liquidar el pasado colonial y crear un Estado-nación moderno. Se fundó el Banco de Brasil, la Biblioteca Nacional, la Imprenta nacional y, calcada del modelo de la ex capital lisboeta, una red de órganos gubernamentales. Exótica y pintoresca, la ciudad de Río, de forma muy precaria, se convirtió en una capital cosmopolita. Una gran cantidad de pintores, artistas, escritores, comerciantes, diplomáticos, hombres de negocios, periodistas y un variado abanico de profesionales dieron un nuevo tono a la vida social, política, económica y artística en Brasil. La ex-colonia comenzó a beneficiarse de una intensa

[1] Evaldo Cabral de Mello, *A ferida de Narciso*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2001, p. 76.

internacionalización, entrando en el circuito mundial y librándose de algunas trabas del sistema colonial. Sus nuevos intereses se ligaron a los movimientos de las principales bolsas de los países centrales y a puertos internacionales como Liverpool, Havre, Nueva York, Burdeos, Baltimore, Bilbao, Barcelona y muchos otros. El puerto de Río reforzó su posición en las rutas al cabo de Hornos y al océano Pacífico, a Ciudad del Cabo, a Asia y a Australia.

La inusitada presencia en el Nuevo Mundo del astuto príncipe regente João de Braganza, casado con la inquieta Carlota Joaquina de Borbón, no evitó que el proceso de descolonización continuase su curso en el mundo luso-brasileño, y que se afirmasen en él las nuevas elites nativas, con sus líderes ya formados y conscientes de su papel en los negocios del Estado y en las relaciones internacionales.

Este proceso de descolonización, ralentizado por el traslado de la corte, se pone de manifiesto en la serie de movimientos liberales y liberal-nacionales, desde las insurrecciones republicanas en el nordeste, en 1817 y 1824, movimientos localizados en Recife (Pernambuco), la Independencia en 1822, prosiguiendo después con la expulsión de Pedro I en 1831 y con los conflictos, levantamientos y revoluciones del periodo de la regencia (1830-1840). Cuando Pedro II, nieto de João VI, asumió la Corona con el golpe de la Mayoría de edad en 1840, se estableció la «paz» del Segundo Imperio. En todo este trayecto, el nuevo Estado se integró en el sistema mundial de dependencias bajo la tutela inglesa. El historiador carioca José Honório Rodrigues señaló que Brasil se convirtió prácticamente en un protectorado inglés durante al menos tres décadas[2].

En este largo proceso se articuló el complejo sistema oligárquico-imperial esclavista (1822-1889), cristalizándose en un modelo político y burocrático, ya nacionalizado, de gran poder y con una asfixiante complejidad administrativa. Bajo la aparente estabilidad del Imperio brasileño («uno e indivisible»), se asistió a una larga sucesión de luchas y conflictos. Al final, bajo una fuerte presión de Inglaterra, se produjo la abolición de la esclavitud (1888), seguida a continuación por la proclamación de la República (1889), acontecimientos decisivos para la puesta en marcha de un orden capitalista moderno. Dos hechos concomitantes, la inmigración europea y la introducción del trabajo asalariado, en sustitución del trabajo esclavo, acabaron por cambiar de forma importante la fisonomía del nuevo Estado-nación.

Como única monarquía en América del Sur –con hábitos, mecanismos y hasta una nobleza propia, creada artificialmente tras la Independencia–, a lo largo del siglo se plasmó en Brasil una sociedad aristocrática con mentalidad de gran arraigo esclavista. La esclavitud se instaló dentro de las instituciones y, sobre todo, en las maneras de entender la vida social y política. Tenía razón, por lo tanto, el estadista de la Independencia, José Bonifácio de Andrada e Silva, que, sin éxito, defendió ante la Asamblea Constituyente de 1823 la abolición gradual, en un plazo de cinco años, de

[2] José Honório Rodrigues, *Independência: revolução e contra-revolução. A política internacional*, Río de Janeiro: Francisco Alves, 1975, ver principalmente las páginas 66-87.

esa «vergüenza para cualquier pueblo civilizado». El viejo Patriarca, partidario de esa primera Asamblea (que pronto sería cerrada por Pedro I), se vio obligado a exiliarse en Burdeos, puerto francés por excelencia de la burguesía comercial tricontinental ligada al negocio de esclavos.

José Bonifácio y sus hermanos perdieron, por lo tanto, la apuesta abolicionista. Los vencedores fueron los señoritos esclavistas y los comerciantes «negreros», señores «de la gran aventura», reforzando un modelo de civilización que sería repudiado años después, *in loco*, por uno de los ingleses que pasaron por allí: Charles Darwin, el padre de la Teoría de la Evolución. En una célebre página de su diario de viaje, Darwin mostró un profundo desencanto –e incluso asco– por las costumbres y mentalidades generadas por la esclavitud, esperando no tener que pisar nunca más esas tierras…

En este periodo decisivo para la formación histórica del Estado-nación brasileño, se entablaron conflictos crecientes –tanto en el plano social como en la construcción de la arquitectura política–, que se prolongarían durante todo el siglo y más allá. En el Imperio independiente, desde la revolución republicana de la Confederación del Ecuador en Pernambuco (1824), en la que destacó Fray Caneca, inspirada en el modelo republicano estadounidense, hasta la Guerra de los *Farrapos*, en Rio Grande do Sul, las luchas sociales indicaban los anhelos de constitución de una sociedad libre de los estrechos límites del modelo estamental-colonial de los Braganza. Más tarde, la Guerra contra Paraguay (la Guerra de la Triple Alianza, de 1865 a 1870) revelaría el lado brutal de esa época[3], provocando la reacción de los jóvenes militares de las clases medias urbanas que, al rechazar el ser *capitães de mato* en tierras extranjeras, ampliaron las razones para el movimiento republicano.

Proclamada la República en 1889, la Guerra de Canudos[4] puso en jaque las concepciones tradicionales vigentes sobre la naturaleza de la historia y la sociedad brasileñas. Más adelante, ya en el cambio de siglo, la obra magistral de Euclides da Cunha, *Os sertões* (1902), sacaría a la luz las llagas del Brasil profundo, así como su fuerza y su destino. El habitante del *sertão*, el *sertanejo*, resultado de siglos de dominación y de ser «ante todo, fuerte», surgía en la historia como personaje principal.

En realidad, aparecía el pueblo en la historia y en la historiografía de Brasil, pues esos movimientos en el campo, junto con los movimientos sociales urbanos, iniciados desde por lo menos 1789, indicaban que la sociedad brasileña intentaba liberarse de las pesadas herencias coloniales.

[3] Resultado del coloquio realizado en la Biblioteca Nacional, bajo o mesmo título, coordinado por C. G. Mota, por invitación del prof. Joaquim Falcão; ver Maria Eduarda Magalhães Marques, coord., *A Guerra do Paraguai: 130 anos depois*, Río de Janeiro: Relume-Dumará, 1995. Para los objetivos de este libro, ver en especial los estudios de Leslie Bethell, Fernando A. Novais, Alberto da Costa e Silva, Carlos G. Mota y Enrique Amayo.

[4] Canudos fue fundada en 1893 y destruida en 1897.

En torno a la Independencia: rumbo a la Revolución

La revolución de la Independencia política, en 1822, fue el principal acontecimiento de la historia de Brasil en la primera mitad del siglo XIX. La Independencia, que irrumpe en el interior de la gran ola revolucionaria de la década de 1820, que afectó a una buena parte del mundo occidental, se inscribe en el contexto de las grandes revoluciones y movimientos que marcaron el inicio de la Edad Contemporánea. A la revolución, pronto le siguió una contra-revolución, aunque no dejó por ello de significar una ruptura: aun manteniendo el régimen monárquico, Brasil se separó definitivamente de Portugal en el plano político-institucional y diplomático.

La Revolución Americana (1776) y las Revoluciones Francesas (la de 1789, pero sobre todo la de 1793), y también, a partir de los años 1780, la primera Revolución Industrial en Inglaterra (1780-1830), las revoluciones de descolonización en la América del Sur, en el Caribe y en México, cambiaron la fisonomía de la historia, principalmente en el mundo atlántico. Ese largo proceso revolucionario cubre el intervalo que va de 1789 a 1848, periodo de crisis y ruptura con el Antiguo Régimen y con el antiguo sistema colonial, denominado por el historiador Eric Hobsbawm «Era de las Revoluciones», título también de un clásico libro de su autoría.

Aprovechando la coyuntura favorable, algunos líderes de las colonias ibéricas en América rompieron los lazos políticos y económicos con los reinos de España y Portugal. Se inspiraron en el ideario proporcionado por las revoluciones mencionadas anteriormente, especialmente las de Francia y la de las ex-colonias inglesas de América del Norte, que dieron origen a la República de los Estados Unidos. Entre tantos líderes destacaron Simón Bolivar, San Martín, Francisco de Miranda, Bernardo O'Higgins, o los independentistas brasileños, entre los que cabe mencionar a Abreu y Lima, que también luchó a las órdenes de Bolívar.



Don João VI

Las guerras napoleónicas (que siguieron a la Revolución Francesa), el bloqueo impuesto por Napoleón a los productos británicos en Europa (1806-7) y la subsecuente invasión de la Península Ibérica (1807-8) por los ejércitos franceses sellaron la suerte de la Casa de Braganza en Portugal, aliado tradicional del Reino Unido de la Gran Bretaña.

Con todo, las revoluciones de independencia de la América española y portuguesa rediseñaron el mapa del subcontinente: los antiguos virreinatos españoles y el conjunto de las capitanías portuguesas se convirtieron en países independientes.

El fin del régimen colonial: João VI en Brasil

> Un Brasil Orgulloso por tener hoy al Inmortal Príncipe que en él se dignó a establecer su Asiento[5].
>
> Antônio de Brito de Aragão e Vasconcelos

En 1808, Brasil se convirtió en la «cabeza de un vasto imperio», en las palabras del ministro Rodrigo de Sousa Coutinho, principal estratega portugués de su tiempo y discípulo del marqués de Pombal.

El traslado de la familia real a Brasil, en 1807-1808, puede entenderse como una solución inevitable en la lógica del sistema de relaciones internacionales vigente en aquella coyuntura. Episodio a la vez trágico y genial, recordado desde hace mucho por la línea de pensamiento estratégico que va de Luís da Cunha a Rodrigo de Sousa Coutinho, prolongándose en José Bonifácio de Andrada e Silva. Una acción que desconcertó y dejó sin salida a la cúpula dirigente del imperio español, enemigo tradicional, que vivía al mismo tiempo una seria crisis en la metrópoli y levantamientos en las colonias americanas.

Aunque el historiador Evaldo Cabral de Mello haya afirmado, en su brillante ensayo *O Imperio frustrado*, que «la elite de poder a quien el monarca confió la tarea de crear un nuevo Imperio carecía, precisamente, de visión imperial»[6], hay que reconocer que Rodrigo de Sousa Coutinho (1745-1813), nombrado en los primeros momentos del reinado de Maria I, puso en marcha medidas e iniciativas de defensa del Imperio. El mencionado historiador observa que el estadista Coutinho, reputado por encarnar el espíritu de renovación (y ser hombre honesto, en la apreciación de Hipólito José da Costa, el editor del diario *Correio Braziliense* de 1808 a 1822 y exiliado en Londres), «era criticado por su incapacidad para traducir el programa imperial en políticas públicas».

El mentor del príncipe regente

Figura controvertida, la de Rodrigo de Sousa Coutinho. Bastante citado, pero no suficientemente estudiado, como observó Maria de Lourdes Viana Lyra en su libro *A utopia do poderoso Imperio*[7].

[5] Antônio de Brito de Aragão e Vasconcelos, «Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil, ou Novo Império Lusitano», en *Anais da Biblioteca Nacional*, vols. 43-44. El autor fue abogado de los revolucionarios de 1817.

[6] Evaldo Cabral de Mello, «O Império frustrado», en *Um imenso Portugal. História e historiografia*, São Paulo: Editora 34, 2002, p. 48.

[7] Véanse especialmente los excelentes capítulos «A estratégia política reformista» y «O novo império lusitano», en la obra de Maria de Lourdes Viana Lyra, *A utopia do Poderoso Império. Portugal e Brasil: bastidores da política, 1798-1822*, Río de Janeiro: Sette Letras, 1994.

Personalidad sorprendente, el primer conde de Linares marcó la vida política, económica y cultural del imperio portugués de su época. A pesar del severo juicio que recibió del historiador Oliveira Lima, que lo consideraba, por ser tan autoritario, un absolutista puro, se situaba en la vertiente ideológica del reformismo ilustrado. Con origen en la antigua nobleza lusitana, era biznieto de Matias Barbosa, rico contratista de entradas de los caminos de Río y Bahía a Minas Gerais, hijo de Francisco de Sousa Coutinho, gobernador de Angola que, durante el gobierno de Pombal, intentó unir Angola y Mozambique. Esa unión transcontinental era una vieja idea en Portugal, que sería retomada a finales del siglo XIX (para constituir el *Mapa cor-de-rosa*), pero bloqueada por la Inglaterra imperialista, lo que provocó la insurrección republicana de Oporto en 1891.

Más importante que todo eso, Rodrigo era ahijado de bautismo del marqués de Pombal y, desde su juventud, fue preparado para actuar en el gobierno portugués. Su formación inicial se llevó a cabo en el *Colegio Real dos Nobres* y en la Universidad de Coimbra, donde, según la historiadora carioca Viana Lyra, destacó por su brillantez. En 1778 fue enviado como ministro plenipotenciario al reino de Cerdeña, pasando un año de viaje de observación y estudios, antes de instalarse en Turín. Estuvo en Madrid, donde su padre era embajador, en París y en Fontainebleau, donde mantuvo contactos con D'Alembert y con el abate Raynal, y finalmente en Suiza, donde observó «el gobierno democrático».

La crítica a Rodrigo

Tan antigua como la controversia sobre los aspectos del traslado de la corte que harían efectivo el destino utópico del «poderoso Imperio», es la discusión respecto a la actuación de Rodrigo de Sousa Coutinho y sus criterios de selección de los cuadros dirigentes de los que él formaba parte. Si bien Rodrigo se preocupaba, y mucho, por la formación de cuadros, el periodista Hipólito José da Costa, una de las mejores cabezas del Reino Unido de Brasil y Portugal, lo criticaba acerbamente desde Londres en las páginas de su periódico, el *Correio Braziliense*, en 1809:

> El gobierno de Brasil se arregló siguiendo el Almanaque de Lisboa, sin ninguna atención al país en que se establecía. Si el Almanaque de Lisboa mostraba la existencia de un *Desembargo do Paço* [Tribunal Supremo de Justicia], un Consejo de Hacienda, una Junta de Comercio, etc., careciera Brasil de esos establecimientos o no, se constituyeron en Río de Janeiro, nada más llegar la Corte, un *Desembargo do Paço*, un Consejo de Hacienda, una Junta de Comercio, etc.[8].

La selección de los altos funcionarios de la Corona pasaba lejos de los grandes aristócratas, pues estos encontraban ofensivo a su condición enviar a los hijos primogénitos a Coimbra. De este modo sólo los hijos segundones, que alcanzaban los

[8] Hipólito José da Costa, «O governo do Brazil», en *Correio Braziliense*, Londres, 1809, *apud* E. C. de Mello, «O Império», p. 48.

títulos por fallecimiento del primogénito, estaban disponibles para su reclutamiento, y era entre ellos entre quienes se escogía a los presidentes de los consejos, los cuales, a su vez, eran los que detentaban la exclusividad de componer el Consejo de Estado, órgano máximo del sistema institucional. Observaba Hipólito José da Costa que éste era «el mismo Consejo de Estado que se ha trasladado a Brasil para establecer los fundamentos de aquel nuevo y gran Imperio.» Y añadía: «¿Qué se puede esperar?»[9] Todo esto llevó a Evaldo Cabral a la conclusión de que el poder se convirtió en el monopolio de un grupo de incompetentes.

Esta crítica corrobora la idea de que el ministro del príncipe regente no logró traducir el programa imperial en políticas públicas. Concordando con la opinión de Hipólito da Costa, Evaldo Cabral de Mello llegó a la conclusión de que, en cuatro años de ejercicio, el ambicioso plan de gobierno de Rodrigo de Sousa sólo produjo un almirantazgo tan numeroso como el británico, sin lograr construir un solo navío de guerra.

Rodrigo de Sousa Coutinho murió en 1813. Existen sospechas de que fue por envenenamiento, hecho no demasiado extraño en aquel contexto.

Inversión colonial: la apertura de los puertos

La transferencia de la corte portuguesa a Brasil en 1808 marcó el inicio de un nuevo periodo en la vida de la colonia portuguesa en América. A partir de este momento, con la inversión colonial, la ciudad de Río de Janeiro adquirió el papel de capital y sede del imperio portugués. En cierta forma, la propia metrópoli creó las condiciones para la autonomía de su ex-colonia. Aconsejado por José da Silva Lisboa, el futuro vizconde de Cairú, la primera medida adoptada por el príncipe regente puso fin al sistema colonial portugués: en enero de 1808, tras desembarcar en Salvador, en Bahía, el futuro João VI decretó la apertura de los puertos brasileños «a las naciones amigas».

Este hecho significó el fin del régimen colonial, oficializando la actividad de los comerciantes extranjeros radicados en Brasil. En realidad, la apertura de los puertos benefició directamente a Inglaterra, cuyos comerciantes ya se hacían muy presentes en la vida portuaria y comercial de América del Sur. En aquel momento, Inglaterra era la nación más industrializada de Europa y contaba con las marinas mercante y de guerra más poderosas del mundo, coordinadas por la famosa *Royal Navy*, que mantenía una base para el control de las relaciones con América del Sur. La correspondencia y los informes de sus comandantes son la mejor fuente documental para el conocimiento de la actuación política de Inglaterra en Brasil, en el Caribe y en el Pacífico.

En 1810, el príncipe regente firmó un tratado por el cual Inglaterra sería la «nación más favorecida» en el comercio con Brasil. Esto significaba que los productos ingleses

[9] *Ibid.*, p. 49.

pagaban tarifas arancelarias menores que las de otras naciones. Se iniciaba el periodo de la «preeminencia inglesa en Brasil», como reza el título del libro clásico del historiador Alan K. Manchester.

João VI: de príncipe regente a rey de Brasil

João nació y murió en Lisboa (1767-1826), y fue rey en dos continentes. Un príncipe aparentemente banal, que se convertiría en protagonista de una historia brillante y bicontinental. Primer rey de Brasil, provoca hasta la actualidad posiciones antagónicas entre los historiadores.

Hijo de Pedro III y de Maria I, «la Loca», se convertiría en el sucesor directo al trono al producirse la muerte de su padre en 1786 y de su hermano primogénito José, en 1788. En 1785 se había casado con la hija del rey español Carlos IV, Carlota Joaquina, que tenía entonces 10 años. João asumió la condición de regente el 10 de febrero de 1792, al certificarse la demencia de su madre, a quien correspondía detentar los poderes monárquicos.

Poco después de ser investido con los honores de la regencia, en 1793, se alió a España en la guerra contra la Francia revolucionaria, el terror de las monarquías absolutistas establecidas. Unos años después, en 1801, Napoleón impuso el bloqueo continental, presionando a España para que invadiese Portugal. El príncipe João, viéndose acorralado entre dos fuegos, sin capacidad para resistir, prometió cerrar sus puertos a la antigua aliada. En 1806, Bonaparte dio un ultimátum: si Portugal no se adhería al bloqueo, sería invadido. En Lisboa, Carlota conspiraba contra el marido, intentando hacerse ella misma regente. Al retrasarse la decisión del Braganza, las tropas de Bonaparte comenzaron su marcha en dirección a Portugal.



Carlota Joaquina

Fue en ese contexto crítico en el que el regente, imposibilitado ya para contemporizar, transfirió la capital del imperio a Brasil. El 22 de enero de 1808 llegaba con parte de su corte a Salvador, donde decretó enseguida la apertura de los puertos. Nada más llegar a Río de Janeiro, en marzo, empezó a tomar medidas para garantizar la continuidad del gobierno. Nombró a su gabinete, abolió la prohibición de crear industrias, atacó la Guayana Francesa, fundó una biblioteca, creó escuelas y, tiempo después, llamó a misiones francesas y de otros países para efectuar pesquisas, formar cuadros y llevar a cabo variadas actividades intelectuales y científicas. Un rey y su corte en los trópicos, en la bella ciudad de Río, constituyeron un importante foco de visitantes, científicos, pintores, comerciantes y aventureros de todo tipo.

La drástica decisión del traslado, acontecimiento único en la historia del Atlántico, no fue un despropósito. Ciertamente, otra habría sido la historia del mundo luso-brasileño en caso de que el Braganza y su corte se hubiesen quedado en Lisboa. En la vecina España, por aquel entonces, Napoleón destituyó al rey y nombró a su hermano José Bonaparte para sustituirlo.

En 1815, con Napoleón apeado del poder, el príncipe João creó el Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve. Tras la muerte de su madre, en 1816, fue proclamado rey, con el título de João VI.

Al nieto bonachón de José I, el déspota ilustrado, le agradaba Brasil y se encontraba cómodo con sus nuevos hábitos. Allí gozaba de mejor salud, lejos de las convulsiones de la Europa napoleónica y de los ardides de la Restauración. En Brasil, con su mujer viviendo en un palacio distinto al suyo, el regente pudo usar sus poderes sin mayores preocupaciones. El choque inicial y la posterior adaptación del príncipe y de su corte a Río fueron magistralmente descritos por Otávio Tarqüínio de Sousa en su libro *A vida de D. Pedro I*[10]. Según este autor el príncipe tenía una mirada positiva para las cosas del país que lo adoptó y una curiosidad intensa por los hechos de su gobierno, así como por la vida cotidiana de sus sirvientes. Tenía un tic compulsivo, que le hacía repetir constantemente: «eh?… eh?…». Sus maneras simples definen bien su perfil humano:

> Se deleitaba inmensamente D. João con la fiesta en Boa Vista. No le faltaba la misa de Dom Marcos, ni la música de iglesia, ni el olor del incienso. El buen corazón del regente se alegraba con el espectáculo de sus humildes negros tocando los instrumentos con acierto, bien ensayados, afinadísimos. Como descendiente de reyes podía reírse con dulce ironía del negro que representaba a D. Afonso Henriques y de los negros que figuraban un combate entre moros y cristianos[11].

No obstante, el clima de conspiración no desapareció de la vida de la corte, poblada de espías de la Santa Alianza, diplomáticos, artistas y científicos que, con sus ojos puestos en los pasos del único rey de dinastía europea en los trópicos, y ante la llegada de inquietantes noticias de las Américas, tenían mucho de lo que informar. En cualquier caso, el Braganza consiguió, para bien o para mal, ajustar su política a los intereses de Inglaterra, siendo estrictamente tutelado por ella de 1808 a 1815, por lo menos.

La sociedad, sin embargo, se movía, y contaba con líderes inquietos y mejor formados que en épocas anteriores. El estallido de la insurrección del nordeste, en 1817, demostraba que los republicanos estaban por todas partes, irritados por el centralismo y los hábitos aún vigentes del sistema colonial. El título de «Reino Unido»

[10] Otávio Tarqüínio de Sousa, *A vida de D. Pedro I*, vol. 1, Río de Janeiro: José Olympio, 1957, con detalles interesantes del clima, las habitaciones y la sociedad. Algunas descripciones de D. João son crueles, como la que contiene el libro del comerciante inglés John Luccock: «el príncipe regente aparecía en público con una presentación tan miserable como la de su madre…».

[11] *Ibid.*, pp. 62-63.

no enmascaraba la condición colonial. Al sur, la guerra con los españoles en el Plata causaba malestar en la región y, lo que es más, la mujer del rey, (doblemente) traidora en casa, nunca abandonó la idea de ser reina de un único reino hispano-brasileño en América.

La cuestión se complicó porque los comerciantes portugueses, atenazados por la crisis económica, comenzaron a exigir el retorno del rey al abandonado Portugal. Una vez más, la estrategia de contemporización de João VI –ya probada con Bonaparte– iba encaminada a postergar cualquier decisión, dado que la ex colonia también daba señales de rebeldía, de busca de autonomía, y su retirada a Portugal (por lo demás no deseada por él, que había tomado afecto por el país) ponía en riesgo el dominio del inmenso y rico territorio.

La Revolución que estalló en Oporto en 1820 tenía, además de ese sentido de recolonización, el de limitación de los poderes del rey, dentro del nuevo orden liberal. Por otro lado, desde el punto de vista de los brasileños, podía perderse la autonomía que ya prosperaba. El rey, que ya no conseguía atrasar por más tiempo la decisión, con tropas amotinadas en Río, obedeció las determinaciones de las Cortes, regresando a Lisboa en 1821. Al año siguiente juró la Constitución en Portugal, conforme fue programado por las Cortes.

El impacto de la corte portuguesa en Brasil

Instalado con su familia en Río de Janeiro –en el caserón de los gobernadores coloniales, situado en la actual plaza 15 de noviembre, y después en São Cristovão–, y responsable directo de las cerca de 15.000 personas que se trasladaron a la ex-colonia, João tomó algunas medidas que alteraron la situación de dependencia de Brasil. La administración colonial fue parcialmente sustituida por la administración de un Estado-nación independiente. Río de Janeiro se convirtió en la capital y sede del gobierno. El príncipe regente creó varias secretarías y gobernó con el auxilio de tres ministerios: el de Guerra y Extranjeros, el de Marina y el de Hacienda e Interior. También se instaló el Banco de Brasil, la Junta General de Comercio y la *Casa de Suplicação*, o Tribunal Supremo. La gran mayoría de los funcionarios eran nobles portugueses que habían huido de Portugal junto al rey, y que ocupaban los cargos más importantes del gobierno. Por tanto, además de la formación de una estructura administrativa para gobernar el nuevo imperio, el traslado exigió un sistema de alojamiento para los recién llegados de la metrópoli. No fue fácil instalar a tanta gente en la todavía estrecha capital del Virreinato colonial[12].

[12] Hay una abundante bibliografía sobre la historia urbana de Río de Janeiro en la época de João VI. Por ejemplo, el Cementerio de los Ingleses, instalado en el barrio marítimo de Gamboa, estaba próximo a la zona de Valongo, a donde, a partir de 1769, el virrey marqués de Lavradio mandó transferir los depósitos y almacenes de esclavos recién llegados de África, donde permanecían hasta ser vendidos. De Valongo al *largo* de la Prainha, se situaban los trapiches y almacenes comerciales. En las cercanías de la actual plaza XV de Noviembre, en frente del antiguo Convento de Carmelitas, las monjas construyeron casas de alquiler que, tras su demolición, darían lugar a la Casa de la Moneda y a los Almacenes Reales,

Con el cambio de la capital colonial de Salvador a Río, en 1763, la Casa de los Gobernadores se convirtió en el Palacio de los Virreyes. En él se instaló la sede del Reino Unido de Portugal, Brasil y el Algarve. Cuando João VI se trasladó a la Quinta de Boa Vista, la Casa se utilizó para despachos, fiestas y el besa-manos real. Frente a la ciudad, muy próxima, estaba la Fortaleza de la Isla de las Cobras, que fue también presidio político, donde estuvieron presos Tiradentes, Cipriano Barata, Antônio Macedo Costa y otros perseguidos por sus ideas.

A pesar de lo reciente de su designación como capital virreinal, en 1763, Río era ya a finales del XVIII el principal centro distribuidor de esclavos para todo el territorio y para el interior de la capitanía. A principios del XIX llegaban al puerto cerca de 5.000 esclavos, mientras que en la segunda década del siglo su número alcanzaba ya los 34.000 por año.

Política exterior

En un contexto de tantos desafíos internos y externos, el príncipe regente tuvo que enfrentarse a los disturbios de los generales de Napoleón en la península ibérica, más la constante y tradicional rivalidad de España. Por si todo eso no bastara, había que administrar además los conflictos entre tropas portuguesas y españolas en el Río de la Plata, la ambigua relación de los ingleses con Portugal y Brasil, y la Santa Alianza con sus espías por todas partes.

Durante este periodo, el príncipe regente emprendió varias campañas expansionistas, procurando anexionar más territorios. Ya en 1808, tropas portuguesas e inglesas invadían la Guayana Francesa, territorio que sólo sería devuelto a Francia al final de las guerras napoleónicas.

En 1817, tropas luso-brasileñas entraron en la ciudad de Montevideo, anexionando el territorio de la Provincia Cisplatina e iniciando un conflicto que perduraría por largos años, hasta la Independencia de Uruguay en 1828.

La misión artística francesa

La instalación de la corte portuguesa en Río de Janeiro, que tenía cerca de 130.000 habitantes en la época de la aclamación de João VI como rey de Brasil, trajo nuevos elementos a la vida cultural de la capital. Se fundaron museos, bibliotecas, teatros y escuelas. La ciudad mejoró su aspecto desde 1809, cuando la describió Luccock, con su desarreglo y falta de higiene, hasta 1828, cuando el condescendiente reverendo Walsh la definió como una urbe razonable y limpia.

En el período de João VI se produjo la llegada de la Misión Artística francesa, por iniciativa del reformista conde da Barca (Antônio de Araújo), partidario de los

que, reformados, funcionarían como Casa de los Gobernadores de 1743 a 1763, y futuro Palacio de los Virreyes. En este Palacio se instaló la sede del Reino Unido.

franceses, que estuvo preso en París en los años más duros del Terror. La Misión, establecida en Río de Janeiro en 1816, contribuyó a la creación de la Academia de Bellas Artes, pensada para la enseñanza y propagación de las artes. En ella participaron varios artistas importantes pero bonapartistas, para preocupación del cónsul Maler, representante en Brasil de la Francia de la Restauración.

Fue el caso de Jean-Baptiste Debret (1768-1848), que después publicaría, en 1834, la obra *Viagem pitoresca e histórica ao Brasil*, uno de los documentos históricos más importantes del período de la Independencia. Se trata de un importante documento iconográfico que marcará el imaginario de la identidad brasileña a partir de su publicación.

Fue Humboldt quien, al final de su carrera como diplomático en París, aconsejó al embajador Marialva y al encargado de negocios Francisco de Brito que tratasen con Joaquim Lebreton, antiguo conservador de Bellas Artes del Imperio, de un proyecto para el gobierno de Río. Lebreton, hombre influyente, fue uno de los fundadores del Institut de France, del Museo del Louvre y del de Luxemburgo además de estar al cargo de la Academia de Roma. Luchó para que las obras y piezas tomadas como botín por Bonaparte en sus campañas se quedasen en París. Lebreton causó un embrollo diplomático con Inglaterra –que provocó su dimisión– al criticar a Wellington por su defensa de similar rapiña con la obra de Fidias en Atenas. Estaba, así, disponible para la aventura brasileña, con el aval de Humboldt.

Para la Misión, Lebreton reunió a artistas y maestros artesanos. Invitó a los pintores Antônio y Nicolau de Taunay, Debret (primo y protegido del pintor David, y responsable de los retratos de los príncipes de Braganza y del propio João VI), el arquitecto Grandjean de Montigny, el grabador Simon Pradier, el músico y compositor Sigismund Neukömm y el ingeniero mecánico Francisco Ovide.

La competencia de los artistas pudo ser contrastada muy pronto, con motivo de la proclamación como rey de João VI, momento que aprovecharon para adornar las calles con profusa iluminación, molduras, pedestales, arcos de triunfo, etc. Este trabajo fue la vía de entrada de otros, sobre todo retratos de comerciantes y personajes ilustres. En el Campo de Santana se construyó un monumental estadio de madera por encargo del *Senado da Câmara*. Tuvo importancia también el decreto de 12 de agosto de 1816, redactado por el conde da Barca, mediante el cual se fundaba la Escuela Real de Ciencias, Artes y Oficios, que dejó profundas marcas en la arquitectura y en el urbanismo, en la pintura y en la historia del arte. Debret obtuvo el nombramiento de profesor de Pintura Histórica.

La comunidad francesa aumentaba día a día en Río y sus miembros podían ser vistos con frecuencia en la *Rua Direita*, la *Rua do Ouvidor*, o en el *Terreiro do Paço*: ex-bonapartistas en complot contra la Restauración, hoteleros, costureras (entre ellas, una cierta *madame* Ranchoup, ex-amante de Napoleón en la campaña de Egipto, y que vivía ahora en la floresta tropical de Río…), el holandés afrancesado Hogendrop (ex-general de Napoleón, según parece con planes para liberar al corso de los ingleses en Santa Elena), o los Taunays (uno de los hijos mayores había sido oficial de la *Grande Armée* de Bonaparte). También circulaban

los d'Escragnolle, Mallet, Beaurepaire, Labatut y, más tarde, Ferdinand Denis y los hermanos Ferrez, importantes en la enseñanza artística de la Escuela Real.

Los artistas portugueses no los veían con buenos ojos. Auguste Grandjean de Montigny (París, 1766-Río de Janeiro, 1850), por ejemplo, era tachado de ser un mero proyectista, incapaz de construir un edificio sólido. Puros celos. Montigny fue el primer profesor de Arquitectura de Brasil, introductor del neoclasicismo, diseñador del edificio de la plaza del comercio, demolido años después, del gran salón de la Aduana y de la Academia de Bellas-Artes (1816-1826), además de otros innumerables libros y proyectos[13].

La circulación de ideas, de proyectos y programas se intensificó por medio de la imprenta, antes prohibida, otorgándose cierta libertad para la importación de libros. No es casualidad que el diario más influyente de la época en el mundo luso-brasileño, como vimos, fuera editado en Londres de 1808 a 1822 por Hipólito José da Costa, considerado el padre de la Prensa Brasileña.

Fue en esa época cuando se inició en la ex-colonia la publicación de libros, periódicos y panfletos. Hasta ese momento Brasil estaba sometido a la censura y todas las publicaciones se producían en Portugal. La apertura de los puertos posibilitó un contacto más intenso y directo con ideas foráneas: varios científicos y estudiosos europeos visitaron Brasil y realizaron investigaciones sobre el territorio, la fauna y la flora nativas, dejando también interesantes comentarios sobre la sociedad. Los marineros extranjeros traían las novedades sobre los acontecimientos europeos, contribuyendo a la difusión de valores e ideas políticas, económicas y culturales de cuño revolucionario, venidos de Francia y de la República de los Estados Unidos.

Además de fundar museos, teatros, academias y periódicos, João VI permitió la instalación de manufacturas en Brasil, prohibidas desde 1785. Como consecuencia surgieron algunas fábricas, si bien la competencia inglesa no permitió el desarrollo de la mayor parte de las empresas, sofocándolas. A pesar de ello, tanto en São Paulo como en Minas Gerais tuvieron éxito algunas industrias de hierro dirigidas por extranjeros.

En 1815, la derrota de Napoleón cerró un largo periodo de guerras, que afectó a toda Europa y al mundo colonial. Con el fin del Imperio napoleónico, en buena medida una prolongación de la Revolución Francesa, los defensores del absolutismo estaban determinados a erradicar lo principios revolucionarios de 1789 y, especialmente, los principios republicanos jacobinos de 1793. El resultado inmediato del fin de las guerras napoleónicas fue la restauración de las monarquías absolutistas que

[13] Véase el excelente estudio de J. F. de Almeida Prado, *Jean-Baptiste Debret*, São Paulo: Nacional/Edusp, 1973, con reproducción de 40 paisajes del artista, de Río de Janeiro, São Paulo, Paraná y Santa Catarina. Ver también la obra clásica de Affonso d'Escragnolle Taunay, *A Missão Artística de 1816*, de la que hay ediciones del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional, Río de Janeiro: PHAN-MEC, 1956, y de la Universidad de Brasilia, Brasilia: UnB, 1983, entre otras.

habían sido destituidas por los ejércitos franceses. El reloj de la historia volvía a dar marcha atrás.

En Portugal, la dominación francesa y las guerras provocaron una situación crítica. La retirada de las tropas francesas de Junot dejó al país empobrecido. Lo que es peor, el comercio colonial prácticamente desapareció a causa de la apertura de los puertos. De hecho, el comercio con Brasil representaba 9/10 de las transacciones externas portuguesas. Con el traslado de la corte a los trópicos y la eliminación de trabas en los puertos, el comercio de Brasil pasó casi todo a manos de comerciantes ingleses. Los productos introducidos por estos pagaban menos tasas aduaneras en los puertos de Brasil que los importados de Portugal, lo que provocó la quiebra de las pocas industrias existentes en el país. En suma, el fin del comercio colonial significó la ruina de los comerciantes portugueses.

Insurrección en el nordeste, 1817: la Revolución Pernambucana, matriz de la Independencia

En el marco general de los movimientos de liberación que se produjeron en la América de colonización ibérica, la insurrección nordestina de 1817, la «Revolución de 1817», de inspiración republicana, fue la mayor revuelta de contestación al orden monárquico ocurrida hasta entonces en el mundo luso-afro-brasileño, afectando a todo el nordeste brasileño.

En la década en que estalló la Revolución, operaban fuerzas externas que aceleraban el proceso de deterioro de las relaciones entre la aristocracia nativa y los antiguos comerciantes coloniales. Tales fuerzas podían percibirse en el nordeste en la acción de agentes comerciales, militares o consulares de las tres potencias más activas durante este periodo: Inglaterra, Estados Unidos y Francia. En la segunda década del siglo se intensificaron los esfuerzos de los países mencionados para la internacionalización de Brasil. Desde un punto de vista global, este proceso iba paralelo a la integración de las «economías» brasileñas en el mercado mundial.

Aunque las potencias estuviesen en competencia unas con otras, la dependencia brasileña en relación a Inglaterra estaba definida de forma irreversible por los tratados de 1810. Esa fecha, de hecho, representa el momento más significativo de toda la historia de las relaciones internacionales en que Brasil se ve involucrado en la primera mitad del siglo XIX. Este momento marca el inicio del predominio inglés –que alcanzaría su clímax en 1827– y la primera convulsión en las relaciones entre la colonia y la metrópoli portuguesa. A partir de este momento, la corriente natural e irreprimible sería la convergencia entre los intereses de la economía inglesa y de los grandes propietarios rurales brasileños. No es de extrañar que algunas de las operaciones de mayor importancia entre revolucionarios del mundo iberoamericano se produjeran en Londres, donde podían contar con apoyo financiero y militar, además del auxilio de instituciones supranacionales bien organizadas, amparadas por la masonería.

En esta nueva situación, la antigua metrópoli iba perdiendo significado para la aristocracia nativa, que pretendía fortalecer el régimen de dominación patrimonial esclavista de que se beneficiaba.

Presencias francesa y norteamericana

Aparte de la notoria presencia inglesa, la presencia francesa se puede observar de manera más precisa y directa en el hecho de que los revolucionarios de Recife tuvieron en sus manos ejemplares de las constituciones francesas de 1791, 1793 y 1795. Fueron frecuentes las proclamas claramente jacobinas durante marzo y abril, oídas en las plazas y escritas en las paredes de Recife. Perduraban los valores de la Ilustración francesa, que continuaron transmitiéndose tras la represión, e incluso había un buen número de oficiales del gobernador Luís do Rego Barreto que hablaban francés correctamente.

La presencia francesa se hace patente, sobre todo, si recordamos que cuatro franceses bonapartistas emigrados en los Estados Unidos y ligados a José Bonaparte, desembarcaron en Río Grande do Norte, llevados por una goleta americana, para organizar el regreso de Napoleón (preso en Santa Helena) a la gran política europea. Este episodio de la historia de Napoleón, que parece haber pasado desapercibido a sus biógrafos, no escapó sin embargo al agente de la represión, el gobernador Barreto.

Había también intereses comerciales americanos relativos a Brasil que comenzaban a esbozarse desde comienzos de siglo. En el ambiente nordestino –ya trabajado por las ideas de la Ilustración y de la Revolución, y marcado por antagonismos sociales crecientes–, el modelo americano atraía a algunas conciencias progresistas. El propio líder revolucionario, padre João Ribeiro, discípulo predilecto del científico y político Manuel Arruda Câmara, oscilaba entre la lectura de Condorcet y el estudio de la Constitución de los Estados Unidos, llegando a buscar un revolucionario iluminado que fuera apto para ser «su Franklin». Los principales protagonistas de la historia de la independencia de las colonias inglesas eran revividos en la imaginación de los pernambucanos, hasta el punto de que José Maria de Vasconcelos Bourbon, consejero del gobierno provisional, tuvo «el gesto vanidoso de no firmar de otra manera sino Wasthon», según un observador portugués[14].

La gran insurrección

> ¿Quién ha visto alguna cosa ser y no ser al mismo tiempo?[15].
>
> Padre Francisco de Sales, 1817

La insurrección de 1817 trasciende sus propios límites cronológicos (de 6 de marzo a 19 de mayo). En rigor, ya en la conspiración de los Cavalcanti de Albuquerque en 1801, se podía entrever la ola insurreccional que se ampliaría en los años

[14] Véase Carlos G. Mota, *Nordeste 1817. Estruturas e argumentos*, São Paulo: Perspectiva, 1972, donde el estudio de la insurrección nordestina se analiza desde la perspectiva de la historia de las ideologías y las mentalidades.

[15] Pregunta (retórica) del vicario de la villa de Limoeiro, padre Francisco de Sales; Cf. C. G. Mota, *Nordeste 1817*, p. 197.

que van de 1817 a 1824. En 1817, en la época de la depuración de las «culpas», João Nepomuceno Carneiro da Cunha fue acusado de haber propagado ya la revolución con anterioridad (en diciembre de 1815). Carneiro da Cunha no era un ejemplo aislado. La disposición de las conciencias revolucionarias se acentuaría en el transcurso de la segunda década, con lo que las ideas de revolución iban extendiéndose por el litoral y por las poblaciones del interior, afectadas por los mismos movimientos coyunturales y por las alteraciones climáticas en forma de sequía.

Con esta perspectiva, mucho antes del motín del 6 de marzo, el fermento revolucionario se desarrollaba ya con paso firme. El padre Antônio Jácome Becerra, vicario de Recife, detenido el 22 de mayo de 1817, fue acusado de tratar de la revolución desde hacía siete años. De la misma manera, los curas Muniz Tavares, Albuquerque Cavalcanti e Lins, João Ribeiro (que «atraía a la juventud a su magisterio» en el Seminario de Olinda) y Antônio Ferreira de Albuquerque eran clérigos que, a la sombra de la masonería, venían hablando desde hacía tiempo de proyectos revolucionarios. La atmósfera se enrareció hasta tal punto que no era raro, años antes del estallido, otorgar el tratamiento de «patriota» en las manifestaciones de sociabilidad. La excitación de los ánimos comenzaba, así, a expresarse en el vocabulario político: era indicio de la descolonización de las conciencias.

No se puede decir categóricamente que la entrada del almirante Rodrigo Lobo en Recife, el día 19 de mayo, haya acabado con la insurrección. Igualmente, el gobierno del General Luís do Rego Barreto, hasta su expulsión en 1821, estuvo caracterizado por perturbaciones que mostraban a las claras que era imposible el retorno sin más al *statu quo ante*.

Puede decirse, por lo tanto, que los acontecimientos posteriores de agitación social de 1821, 1824, 1831 y 1848 en Pernambuco, fueron derivaciones de un mismo fenómeno político puesto de manifiesto por primera vez en 1817, el fenómeno de la afirmación de una primera clase dirigente nacional. Algunas formas de pensamiento producidas en el transcurso del proceso revolucionario volvieron a emerger en los movimientos posteriores, así como en las reflexiones de aquellos que intentaron explicar el universo social nordestino, como Muniz Tavares y Joaquim Nabuco. Puede incluso afirmarse que se gestó entonces una cierta manera de entender el nordeste, calcada de la perspectiva de la capa dominante de las elites estamentales.

«Una revolución auténtica y completa»

La rebelión surgió en la Fortaleza de las Cinco Pontas, en Recife, el día 6 de marzo, con el establecimiento de un consejo de guerra. Paralelamente y sin muchas dificultades, se detuvo a las autoridades civiles. Del motín militar, que produjo la muerte del brigada portugués Barbosa de Castro y de su ayudante el teniente coronel Alexandre Tomás, surgieron, como líderes, los capitanes José de Barros Lima (vulgo «Leão Coroado») y Pedro da Silva Pedroso, así como los tenientes Antônio Henriques y José Marino de Albuquerque e Cavalcanti. Teniendo noticias de estos

acontecimientos, el gobernador Caetano Pinto se refugió en la Fortaleza de Brum, donde capitularía poco después sin ofrecer resistencia.

Al día siguiente se consolidaba el golpe, con la constitución de un gobierno provisional. Manuel Correia de Araújo, representante de la agricultura, Domingos José Martins, del comercio, el padre João Ribeiro, del clero, José Luís de Mendonça (autor del célebre *Preciso)*, de la magistratura, y Domingos Teotônio Jorge, de las fuerzas armadas, componían el primer gobierno nacional brasileño, teniendo como secretario al padre Miguelinho, y asesorado por un consejo de Estado (auténtica representación de la *intelligentsia* nativa).

El gobierno así constituido distaba de ser homogéneo: la tendencia moderada de José Luís de Mendonça se conjugaba con el radicalismo del comerciante Domingos José Martins y de Pedro da Silva Pedroso, el mulato que volvería a la escena política pernambucana en 1822 y 23, propagando el haitianismo.

Instaurar un sistema republicano era el principal objetivo del gobierno revolucionario. Deberían implantarse una nueva bandera, nuevas formas de tratamiento y nuevas costumbres. Fueron adoptados los términos «patriota» y *vós*, a la manera francesa. Domingos José Martins, jacobino rústico, se casó con la hija de uno de los naturales más importantes (Maria Teodora, hija de Bento José da Costa) en ceremonia oficiada por el padre João Ribeiro. En un acto de simbolismo digno de ser registrado, le hizo cortarse el pelo a la francesa[16].

Preparando una Constituyente, pero...

El gobierno provisional envió a todas las Cámaras de las comarcas «que formaban la antigua Capitanía» una Ley Orgánica, documento fundamental para comprender los objetivos del intento revolucionario. En este texto quedaban delimitados los poderes del gobierno provisional de la República de Pernambuco, vigente mientras no hubiese una Constitución del Estado elaborada por una Asamblea Constituyente, que debía ser convocada con posterioridad. También se establecía la estructura del gobierno revolucionario, así como algunos principios para la administración de justicia.

En el plano exterior, fueron enviados emisarios a los Estados Unidos, a Buenos Aires y a Inglaterra. Contribuyeron a dar euforia al movimiento ciertos bulos que aumentaban el radicalismo del proceso. El padre José Inácio de Brito, por ejemplo, festejaba el levantamiento simultáneo de Minas Gerais, de Rio Grande do Sul, y de «otras partes de Brasil».

Contra-revolución y represión

La mala preparación del ejército revolucionario quedó patente en múltiples escaramuzas. Disensiones entre los miembros del gobierno provisional revelaron

[16] *Ibid.*, pp. 52-54.

las diferencias entre Francisco de Paula Cavalcanti de Albuquerque y Domingos José Martins, redundando en la falta de cohesión de la elite dirigente. Por otro lado, como bien observa Amaro Quintas, la elite no aprovechó los esfuerzos del mulato capitán Pedro da Silva Pedroso, elemento radical que esbozó un «remedo del terror». En realidad fue la quiebra entre partidarios y contrarios a la abolición lo que frenó el movimiento, sin que de nada sirvieran las llamadas a la unidad: «¡Patriotas, las propiedades, incluso las más detestables, serán respetadas!»[17], se proclamaba.

Bloqueado el puerto de Recife, el capitán de las fuerzas portuguesas se dirigió a los propietarios, avisándolos del peligro de que se repitieran los eventos de Santo Domingo. Pero no dejaba de referirse a las propiedades de los portugueses en manos del gobierno provisional. Se explicitaba así un antagonismo básico entre colonizadores y colonizados, aunque los dos compartían el terror por el peligro que representaba para los propietarios (fuesen portugueses o brasileños) la «masa esclava», simbolizado en el ejemplo de Santo Domingo.

El fin de la insurrección

El día 19 de mayo la villa de Recife amaneció abandonada por los revolucionarios. Hay indicios de que podrían haber querido ir hacia el interior para constituir una utópica «república ideal», una «república de labradores». En realidad, la fuga fue precipitada, registrándose incluso el suicidio del padre João Ribeiro en el Ingenio Paulista, a semejanza de su inspirador, el francés Condorcet. La violencia de la represión marcaría los siguientes momentos, siguiendo lo establecido por las Ordenaciones del Reino. En Salvador murieron fusilados Domingos José Martins, José Luís de Mendonça y el padre Miguelinho. La Comisión Militar de Recife, presidida por el general Luís do Rego Barreto, mandó ahorcar a Domingos Teotônio Jorge, José de Barros Lima, al padre Pedro de Sousa Tenório y a Antônio Henriques. En Paraíba fueron igualmente ejecutados Amaro Gomes Coutinho «Vieira», Inácio Leopoldo de Albuquerque Maranhão, el padre Antônio Pereira de Albuquerque y otros.

A la tristemente célebre Comisión Militar le sucedió el Tribunal de Alzada, presidido por el juez Bernardo Teixeira, que continuó en la línea del más rígido absolutismo. Sin embargo, el entonces gobernador, Luís do Rego Barreto, comenzó a adoptar una línea más blanda en relación a los eventos de 1817, y comenzó a desentenderse de su papel como juzgador, porque percibió que la insurrección tenía raíces profundas.

En febrero de 1818, João VI ordenaba la conclusión del proceso, siendo liberados los reos que no hubieran sido sentenciados, y enviando a los demás a las cárceles de Bahía. Algunos de los detenidos en Salvador obtuvieron el perdón real; otros fallecieron allí; los restantes fueron liberados por la Revolución Constitucionalista de

[17] Véase el documento íntegro en C. G. Mota, *Nordeste 1817*, p. 154.

1820. De la prisión bahiana saldría el diputado a Cortes portuguesas Muniz Tavares, autor de la importante *História da Revolução Pernambucana de 1817*.

Paralelamente, el levantamiento del militar y masón Gomes Freire de Andrade en Oporto, que estalló ese mismo año de 1817, indicaba que el sistema económico-político portugués también comenzaba a colapsar. El desarrollo de este proceso desembocaría en la Revolución Liberal de Oporto, en 1820, en la que sería la primera ola revolucionaria europea del siglo XIX.

La Revolución de Oporto (1820) y el regreso de João VI

> Cambié de ideas [...] ahora bien... podemos no adherirnos[18].
>
> Antônio Carlos de Andrada, 1822

En esta situación de crisis abierta se extendió el descontento, provocando un movimiento de opinión que exigía el retorno inmediato de la familia real a Lisboa.

En 1820, una revolución liberal y constitucionalista, dirigida por comerciantes de la ciudad de Oporto, obligó a João VI a volver a la metrópoli. Las Cortes liberales portuguesas exigieron al rey que dejase sus poderes como monarca absolutista y que jurase una constitución elaborada por los representantes populares. Para llevarlo a cabo, fueron convocados delegados de todos los reinos que formaban el imperio portugués, entre ellos los de Brasil. De entre los diputados brasileños –algunos salidos directamente de la prisión en Salvador– cabe destacar figuras del porte de Antônio Carlos Ribeiro de Andrada, Cipriano Barata, Nicolau Campos Vergueiro, Muniz Tavares y Diogo Antônio Feijó, que serían después expulsados de Portugal bajo una lluvia de pedradas y salivazos.

Todos ellos eran grandes diputados, de buena formación y fuerte carácter, defensores de posiciones valientes que revelaban la complejidad del momento, las dificultades de los brasileños y las del país, y la inevitabilidad, cada vez más evidente, de la Independencia. El diputado paulista Diogo Antônio Feijó, percibiendo la diversidad de intereses de los diputados de Brasil presentes en Lisboa en 1822, afirmaba desolado: «No somos diputados de Brasil [...] porque cada provincia se gobierna hoy de manera independiente». Sin embargo, con cada choque con los diputados portugueses, los brasileños se fueron uniendo. Los representantes de São Paulo, Costa Aguiar y Andrada, defendiendo la subordinación de las fuerzas

[18] En la sesión de 19 de septiembre de 1822 de las Cortes de Lisboa, el diputado Antônio Carlos de Andrada, lamentando el fracaso de la política de unión en las condiciones propuestas por el reino de Brasil, retira su adhesión a la Revolución de 1820. La fuente de esta cita se encuentra en *Diário das Cortes Geraes e Extraordinárias da Nação Portuguesa*, Lisboa: Imprensa Nacional, 1821-1839, 88 vol. en el volumen referente a la fecha. Todo ese material ya está digitalizado en la base de datos de la Asamblea de la República Portuguesa. También citado por Fernando Tomaz, «Brasileiros nas Cortes Constituintes de 1821-1822», en Carlos G. Mota, org., *1822: Dimensões*, 2.ª ed., São Paulo: Perspectiva, 1986, p. 97.

armadas al poder civil, declaraban: «Lo que quieren los brasileños es tener los mismos derechos y ser equiparados en todo a los pueblos de Portugal» (sesión del 22 de junio de 1822).

Antônio Carlos Ribeiro advertía: «Mandar tropas a Brasil es una declaración de guerra» (sesión de 20 de mayo de 1822).

El ilustrado José Lino Coutinho, de Bahia, replicaba a Braancamp, en la sesión de 14 de mayo de 1822: «Él nos lanza a la cara nuestro antiguo estado de colonia, queriendo convencernos de que nuestra presente categoría es un mimo generoso de Portugal. La marcha hacia el progreso de Brasil, sus riquezas y las luces de nuestro tiempo son los únicos motores de nuestra elevación».

Ribeiro de Andrada, que defendía en principio que la unión era preferible a la separación, constataba que era inútil cualquier esfuerzo para debatir con los portugueses. Para él, era «agotarse en algo perdido» (sesión de 1 de julio de 1822). En la misma sesión, el diputado Cipriano Barata lamentaba que era un esfuerzo baldío defender los negocios del reino de Brasil. El diputado portugués Abade de Medrões, poco más tarde, admitía también que encontraba pura «pérdida de tiempo discutir los problemas de Brasil».

Algunos diputados se mostraban preparados para discutir los efectos que tendrían en Brasil decisiones más radicales. El doctor Cipriano Barata, impecable con su vestuario de noble *sertanejo*, largos cabellos blancos sueltos, previendo la posibilidad de la separación, exclamaba: «¿Y qué hacemos nosotros, los brasileños? No nos queda sino poner a Dios y a la Nación por testigos; cubrirnos de luto; pedir nuestros pasaportes e irnos a defender nuestra patria» (sesión del 1 de julio de 1822).

A partir de este momento el proceso se aceleró y la unión, para sorpresa de los propios brasileños, empezó a parecer imposible. En la sesión histórica del 26 de agosto de 1822, Antônio Carlos Ribeiro hablaba en nombre de todos: «Los papeles públicos [las leyes y decretos que se estaban creando] muestran desgraciadamente una separación política y absoluta».

En esta sesión, los diputados paulistas Andrada, Pinheiro Bueno y Costa Aguiar solicitaron que el Congreso les diese licencia, considerando nulas sus representaciones.

Cipriano Barata, cada vez más impaciente, había alertado ya en las sesiones del 13 de febrero y el 22 de marzo de la poca voluntad y de la rigidez de los recolonizadores portugueses. En la sesión del 22 de julio, en réplica a Fernandes Thomaz, otro diputado, Borges de Barros disparó: «¿Qué quiere decir adiós Sr. Brasil? Yo vine aquí para tratar de la unión de la familia portuguesa… y no para desunir… si de lo que se trata es de desunir, ya no soy Diputado, ni pertenezco a este Congreso»[19].

[19] *Ibid.*, p. 79-80. La fuente continúa siendo el *Diário das Cortes Geraes e Extraordinárias da Nação Portuguesa*.

En realidad, una de las principales preocupaciones de los revolucionarios portugueses era devolver a Brasil a su anterior situación en el régimen colonial. Los portugueses se irritaban con la tutela inglesa, pero ante todo querían el retorno del rey a Portugal. Es decir, querían recolonizar Brasil y, para ello, contaban con el apoyo de los comerciantes portugueses, tanto de los que operaban en Portugal como de los que actuaban en Brasil y en el resto del imperio colonial en África y en Asia. El diputado portugués Borges Carneiro amenazaba el 22 de mayo de 1822: «Muéstrese al Brasil que no queremos avasallarlo como los antiguos déspotas; pero contra los facciosos rebeldes, muéstrese que aún tenemos perros guardianes, o leones, que si los soltamos, han de traerlos a obedecer a las Cortes, al Rey y a las autoridades constituidas en Brasil».

En las posesiones americanas, el movimiento constitucionalista portugués desencadenó una ola de gran agitación popular. En 1821 se produjeron movimientos a favor de las Cortes liberales en varios puntos. Los partidarios de las Cortes amenazaban con dejar de reconocer al rey como su soberano, en tanto en cuanto éste no jurase una Constitución, que, dada la ausencia de la misma en Portugal, se propuso que fuera la española de 1812. Los gobernadores de las provincias fueron depuestos, y para sustituirlos se crearon juntas provisionales de gobierno. Como resultado de estos movimientos, João VI se vio forzado a volver a Portugal en 1821 y a someterse a las decisiones de las Cortes, es decir, a las reglas de la revolución liberal y recolonizadora que se estaba desarrollando… y a la vigilancia de los tales «perros guardianes».

La Revolución de Independencia (1822)

> Las conmociones populares no admiten razón […] El pueblo no sabe de lógica[20].
>
> Aragão e Vasconcelos

> En las revoluciones los hechos marchan más rápidos que las ideas[21].
>
> Monseñor Muniz Tavares

La actitud recolonizadora de las Cortes portuguesas, más la agitación popular, aceleraron el desenlace del proceso de Independencia. La reacción antiportuguesa se generalizó desde la insurrección nordestina del 6 de marzo de 1817, de amplia repercusión en los centros urbanos de la ex-colonia. En carta a un amigo, el portugués Cardoso Machado protestaba porque «los boticarios, los cirujanos, o los sangradores ya no me hacían caso; cuando pasaba, se reían. Los *cabras* (mestizos), los mulatos y los negros criollos se mostraban atrevidos, reclamando igualdad». Ni siquiera querían prestar ya sus servicios al luso:

[20] A. de Brito de Aragão e Vasconcelos, *Memórias*.

[21] Monseñor Muniz Tavares, revolucionario (1817) y constituyente (1820). *Apud ibid*.

> Ni siquiera los barberos querían afeitarme, decían que estaban ocupados en servicios a la patria, por lo que me vi obligado a hacerlo yo mismo. *Cabras*, mulatos y negros criollos se mostraban tan atrevidos que decían que éramos iguales, y que si sólo se habían de casar con blancas de las mejores, y Domingos José Martins [el líder de 1817] iba del brazo con ellos armados con trabucos, pistolas y con la espalda desnuda[22].

Fue en este ambiente en el que João VI se vio obligado a regresar a Portugal, pero manteniendo a su hijo Pedro como príncipe regente del Reino Unido de Brasil. La ruptura con Portugal se iba haciendo inevitable. Había intereses a favor y en contra de la emancipación de Brasil, y lo que quedaba por saber era cual de las facciones, o «partidos», asumiría el liderazgo del proceso de Independencia. Aunque no tuvieran ni la estructura ni el aspecto de los partidos políticos actuales, esas agrupaciones representaban tendencias o grupos de opinión significativos en el escenario político de la ex-colonia.

Entre ellos, dos eran los dominantes. El «partido» portugués, formado por comerciantes ligados a los monopolios, defendía el mantenimiento de los lazos con la metrópoli y la vuelta al régimen colonial. Contaba con el apoyo de las tropas regulares portuguesas, concentradas en Río de Janeiro y en los puertos del norte y el nordeste de Brasil.

El otro «partido», el brasileño, estaba formado por elementos significativos de los productores de géneros tropicales para la exportación. Los simpatizantes de esta tendencia pretendían continuar vendiendo sus productos directamente a los consumidores europeos, sin la participación de los intermediarios portugueses. Los representantes del partido brasileño contaban con el apoyo de los grupos que se beneficiaban con el mantenimiento de la corte en Brasil: funcionarios de la administración que se habían quedado tras la partida de João VI, hombres de finanzas y comerciantes europeos, principalmente ingleses y franceses.

Las fuerzas populares –por medio de sus portavoces, miembros del partido liberal-radical, casi todos republicanos– creían que el proceso de la independencia traería una perspectiva de cambio en las condiciones de vida de la mayoría de la población. Contaban con el apoyo de una minoría de propietarios rurales del nordeste, dueños de casas en la ciudad y representantes de las nacientes capas medias urbanas, pequeños comerciantes, boticarios, periodistas, curas y hombres blancos libres sin propiedades.

Las Cortes portuguesas insistían en la idea de recolonizar Brasil. A finales de 1821, cuando exigieron con contundencia la vuelta del príncipe regente, el movimiento de la elite nativa contra la recolonización adquirió fuerza en la ex-colonia. Por otro lado, las tendencias republicanas más radicales, de cuño federalista (presentes desde la Revolución nordestina de 1817), ponían en cuestión el mantenimiento de la monarquía unitarista y de su principal base de sustento, el trabajo esclavo.

[22] *Documentos históricos*, Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1955, vol. 102, pp. 12-13.

Tanto el partido brasileño como el partido portugués temían las consecuencias de la agitación popular. El fantasma de la revolución de los esclavos negros de Haití y de las guerras de independencia de las colonias de la América española, mostraba que estos fenómenos podrían ocurrir también en Brasil. El mayor temor de los miembros de la elite era tener que ampliar la base de participación política en un futuro gobierno independiente, con la inclusión de representantes populares y –lo que les parecía insoportable– de negros.

El «Grito de Ipiranga», el 7 de septiembre de 1822

Aunque representasen intereses diversos, los miembros de los dos partidos reaccionaron rápidamente y utilizaron al príncipe regente Pedro como instrumento en su lucha, lanzada al mismo tiempo contra las Cortes y contra los republicanos. El principal objetivo de estos grupos era claro: mantener la monarquía y la esclavitud.

Pedro, por su parte, aprovechó la oportunidad para desobedecer a las Cortes. Aconsejado por un político reformista ilustrado y maduro, el profesor de la Universidad de Coimbra, natural de Santos, José Bonifácio de Andrada e Silva (la figura más ilustre en aquel momento del mundo luso-brasileño), el príncipe regente Pedro proclamó la Independencia de Brasil el 7 de septiembre de 1822 (el llamado «Grito de Ipiranga»). De esta forma, se creía, el absolutismo del príncipe regente y el orden esclavista de las elites quedarían a salvo de los ataques de las Cortes portuguesas y de la «anarquía» de los liberales-radicales brasileños.

Pedro I fue proclamado emperador de Brasil en octubre del mismo año (y coronado en diciembre). El monarca pretendía favorecer una futura reunión del imperio portugués, tanto por su carácter absolutista, como porque acariciaba la idea de regresar a Portugal como sucesor de João VI.

José Bonifácio de Andrada e Silva, el ideólogo de la Independencia, reformista ilustrado

> Estar obligado a proceder entre los hombres como hombre vulgar, a pesar de no pensar como ellos, es la carga más pesada que debo soportar[23].
>
> José Bonifácio de Andrada e Silva

Era «un hombre pequeño, de rostro delgado y pálido»[24], según la inglesa Maria Graham, aguda escritora y buena acuarelista que lo conoció en Río de Janeiro.

[23] José Bonifácio de Andrada e Silva, «Notas sobre meu caráter», en Miriam Dolhnikoff, org., *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*, São Paulo: Companhia das Letras, 1998, p. 357. Andrada también se preguntaba: «¿De dónde viene el que tanta gente piense que yo soy alegre?».

[24] Maria Graham, *Diário de uma viagem ao Brasil e de uma estada nesse país durante parte dos anos de 1821, 1822 e 1823*, São Paulo: Edusp, 1990, p. 360.

Andrada e Silva merece ser considerado aparte. Habiendo asumido el puesto de ministro de Estado en el gabinete del 16 de enero de 1822, fue la figura de mayor relevancia en el proceso de Independencia de Brasil, tanto por su acción como por su formación intelectual y política.

Maria Graham profundizaba en sus impresiones sobre Andrada: «Sus maneras y su conversación impresionan inmediatamente al interlocutor por su actividad mental incansable [...], que más parece consumir el cuerpo en que habita»[25].

Andrada, hombre ilustrado del siglo XVIII, siempre inquieto e irritado con la mediocridad del ambiente (que seguía siendo colonial después de 1822), delineó la política interna y externa, esbozando –en menos de dos años decisivos– el proyecto del nuevo Estado nacional. Lector de clásicos como Camões, científico y traductor de Heine, Humboldt, Buffon y Voltaire, defendió la introducción de la vacuna, del sistema métrico, de la meteorología, se preocupó por los problemas de la población brasileña, de la reforma agraria, de la lengua, la cultura, del voto de los analfabetos (asegurado en la Instrucción de 19 de junio de 1822), de la industria, de la agricultura y de la universidad.

Andrada nació en el puerto de Santos en 1763, hijo de una de las familias más ricas de la ciudad, dedicada a la exportación de azúcar. Después de estudiar con los religiosos en São Paulo, partió en 1783 para estudiar Ciencias Naturales en la Universidad de Coimbra, siguiendo cursos en las Facultades de Filosofía y Matemáticas, especialidades en las que se graduó.

Con su beca de estudios, efectuó un largo viaje por Europa: fue a Francia (donde estuvo en 1790, 1791, 1793 y 1799), a Friburgo, a Austria o a Italia y pasó más de dos años en Suecia y en Dinamarca. En París frecuentó a Jussieu y Lavoisier, entre otros hombres de ciencia. En 1789 ingresó en la Real Academia de Ciencias y Letras de Lisboa, de la que sería un activo secretario.

En su regreso a Lisboa destacó como científico, geólogo y metalurgista, actividades raras en Portugal. «Mr. D'Andrada», como era conocido, organizó la cátedra de Metalurgia de la Universidad de Coimbra, la primera de su clase en un campo de conocimiento del máximo interés para Portugal. Ocupó varios puestos técnico-administrativos, entre otros el de intendente-general de las minas de Portugal. Como oficial del Cuerpo Voluntario Académico, luchó contra las tropas de Napoleón que invadieron Portugal. Después de publicar una serie de estudios sobre mineralogía y agricultura, regresó a Brasil en 1819, y allí continuó sus investigaciones mineralógicas en São Paulo, junto con su hermano Martim Francisco. En el relato de un viaje al interior, los dos hermanos elogiaban la belleza de las mujeres de São Paulo...

Cuando la familia real llegó a Brasil, su nombre no figuraba en la lista de los escogidos para participar en la administración. Por su condición de «brasileño», fue apartado del proceso de implantación de la corte y de la reorganización del gobierno

[25] *Ibidem*. Sobre su biblioteca, su familia y la empatía entre Maria Graham y Andrada, ver pp. 360-364.

de los Braganza en los trópicos. Como ya se ha mencionado, regresó a Brasil, y en 1819 obtuvo el título de consejero, confirmado por João VI en 1820. En efecto, el regente y después rey, prefirió incluir portugueses de la corte lisboeta en su círculo de ministros, tales como Rodrigo de Sousa Coutinho, de tendencia pombalina, el discreto liberal Antônio Araújo de Azevedo o el superministro Tomás Antônio de Vila Nova Portugal.

José Bonifácio se posicionó, al principio, en contra de la separación de Brasil y Portugal, pero no aprobó las medidas recolonizadoras y antiabsolutistas adoptadas por las cortes portuguesas. Por eso mismo, fue el mediador entre las aspiraciones de los productores locales y las de los grupos que deseaban mantener el absolutismo.

Aunque escribiera relativamente poco, José Bonifácio se convertiría en una referencia fundamental en la formación de la nacionalidad brasileña, esto es, de una cultura que ya se quería brasileña, peculiar. Junto con estudios de mineralogía, traducciones y poesías, dejó innumerables estudios –publicados incluso en Europa–, apuntes, ensayos, correspondencia y notas personales importantes y curiosas.

Monárquico de índole reformista y liberal, se involucró profundamente en las contradicciones del proceso de la Independencia. Intelectual y científico de los más destacados de Europa, personaje prominente en Portugal, en Francia y en ciertos reductos de la vida científica europea dentro de círculos ilustrados, era viajado y cosmopolita, investigador, crítico, hombre de acción y de amplia visión.

Al regresar a su tierra en 1819, con 56 años, tras 36 lejos de Brasil, Andrada fue el principal artífice del intento de consolidación del imperio luso-brasileño, proyecto superado no sólo por la Revolución Liberal de 1820, en Portugal, en que se pusieron de manifiesto propuestas mayoritariamente recolonizadoras, sino también por la Revolución e Independencia de Brasil. En efecto, volvía a Brasil con su compañera Narcisa O'Leary, mujer fuera de lo común, con la hija de ambos Gabriela y con la hija que tuvo con una amante, Narcisa Cândida, criada por su mujer.

Más allá de su personalidad pública –que la historiografía oficial tildó de austera–, el Patriarca, con el cabello atado a la nuca por una horquilla, era un hombre divertido e irreverente, hablador, anticonvencional, buen bailarín –incluso sobre las mesas– y buen bebedor.

Con la Revolución de Oporto fue nombrado presidente de la Junta Provisional de São Paulo, escribiendo la importante *Lembranças e apontamentos do governo provisório de São Paulo para os seus deputados*, con instrucciones para los representantes de São Paulo en las Cortes de Lisboa. Durante el proceso de Independencia ejerció un papel decisivo al lado de Pedro I: fue él quien, en 1822, le instó a desobedecer las órdenes de Lisboa.

En los embates entre la Revolución descolonizadora, la contra-revolución y la conciliación, Andrada tuvo un decisivo papel en el liderazgo de la construcción del moderno Estado brasileño. En 1823, elegido diputado a la Asamblea General Constituyente, propuso dos proyectos de ley importantísimos, que examinaremos con detalle en el próximo capítulo. Uno, el proyecto sobre la integración de los indios

en la sociedad brasileña, y el otro, más osado, sobre la abolición de la esclavitud, que preveía la emancipación gradual de los esclavos.

No tardó en tener desavenencias con Pedro I, envuelto en intrigas por ministros y cortesanos, por habladurías y por los intereses de las Castro» (la marquesa de Santos y su hermana), también chocó con los intereses de los comerciantes esclavistas y con los «negreros». Pedro I cerró la Constituyente por discordar del proyecto de Constitución, mandando al exilio a Bonifácio y a otros diputados. Por orden del emperador, José Bonifácio fue preso, humillado y enviado a Francia, con sus hermanos Martim Francisco y Antônio Carlos (también diputados), pasando por Vigo y llegando a Burdeos el 5 de julio de 1824. Allí vivió bajo vigilancia y con dificultades en el barrio de Talence (donde se localiza hoy la Ciudad Universitaria).

Al volver del exilio vivió una situación dramática, pues su mujer Narcisa falleció en el barco en los últimos días del viaje a Brasil. Seguía siendo un personaje importante pues el emperador Pedro I, forzado a abdicar en 1831, lo nombró tutor de Pedro II, que tenía 5 años en aquel momento. Ese mismo año, con el pseudónimo arcádico de Américo Elísio, Andrada publicó *O poeta desterrado*, libro de poesía escrito en Burdeos en 1825. Al año siguiente fue destituido de la tutoría de Pedro II a instancias del padre Diogo Antônio Feijó, ministro de Justicia, que lo acusó del intento de levantamiento armado en Río en 1831. Fue apartado definitivamente del juego del poder en 1833, momento en que Brasil, si bien continuaba siendo dependiente y esclavista, ya ocupaba un lugar estable en el concierto de las naciones, aunque en una situación muy diferente de lo que preconizara el Patriarca. José Bonifácio se retiró entonces a Niteroi, adonde fue llevado preso «por conspiración y perturbación del orden público». En 1835 fue juzgado y absuelto, falleciendo en Paquetá el 6 de abril de 1838. Entre sus notas se encontró lo siguiente:

> ¿De qué sirve una Constitución de papel? La Constitución debe estar arraigada en nuestras leyes, establecimientos y costumbres. No son comisiones militares y medidas dictatoriales las que deben restablecer el orden para sosegar a las provincias, y sí la inmediata convocatoria de las cámaras, y un nuevo gobierno sabio, enérgico y con popularidad[26].

Como afirmó el historiador José Honório Rodrigues, el proyecto de Andrada sobre la abolición de la esclavitud constituye la obra brasileña más importante sobre el tema. Lo mismo podría decirse del proyecto sobre los indios. Su compacta correspondencia y su acción diplomática hacen de él el fundador de la política exterior brasileña.

Las guerras de la Independencia

Las acciones más violentas contra la Independencia partieron de las tropas regulares portuguesas estacionadas en Bahía, Maranhão, Piauí, Grão Pará y en la Provincia

[26] Ver Miriam Dolhnikoff, org., *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*, p. 235.

Cisplatina. Felisberto Caldeira Brant Pontes, futuro marqués de Barbacena, había sido nombrado encargado de negocios de Brasil en Londres para «alistar oficiales de la marinería», proponiéndoles excelentes condiciones. Según el historiador Armitage «las fuerzas de tierra también tuvieron aumentos en la paga, y mediante un decreto de 8 de enero, se organizó también un batallón de extranjeros»[27]. Las luchas contra los adversarios del nuevo Imperio contaban con una amplia participación popular. «Los habitantes en general, pero especialmente los comerciantes extranjeros, están muy contentos de ver cómo se despide a las tropas de Lisboa, porque durante mucho tiempo fueron brutales en su tiranía contra los extranjeros»[28], escribía Maria Graham el día 12 de enero de 1822.

La marina inglesa contribuyó a la expulsión de las tropas portuguesas que resistían a la nueva situación, destacando en esa acción al almirante inglés Lord Cochrane, que participó en el bloqueo a Salvador. Posteriormente bloqueó São Luís, en Maranhão, y Belém, en Pará. La última provincia en reconocer la Independencia de Brasil fue la Cisplatina.

En 1823, todos los focos de resistencia contra el movimiento de emancipación habían sido eliminados.

Sobre la Independencia: ¿«arreglo» o Revolución?

Caio Prado Júnior fue el historiador que mejor definió el sentido de la Revolución de Independencia, observando el carácter de «arreglo» que marcaría los periodos siguientes de la historia del nuevo Estado-nación. Veamos lo que escribió en 1933 el autor, uno de los pioneros de la historiografía brasileña.

En su opinión, no habría habido violencia en el proceso de Independencia, interpretación hoy poco aceptable.

> … factores […] por así decir, extraños a Brasil, y que hacen de él momentáneamente sede de la monarquía portuguesa, confieren a la Independencia brasileña un carácter en el que faltan la violencia y los conflictos armados que observamos en las demás colonias americanas. Tuvimos un periodo de transición en que, sin que fuéramos aún una nación del todo autónoma, tampoco éramos propiamente una colonia. Aunque, en el fondo, el fenómeno es el mismo[29].

La economía es determinante:

> De una u otra forma, la emancipación de una colonia deriva siempre de una evolución económica incompatible con el estatuto colonial. Y si nos libramos de una lucha de proporciones tal vez considerables, como la de la América española o inglesa,

[27] John Armitage, *História do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro: Zélio Valverde, 1943, p. 94.
[28] M. Graham, *Diário de uma viagem*, p. 226.
[29] Caio Prado Jr., *Evolução política do Brasil*, 16.ª ed., São Paulo: Brasiliense, 1987, pp. 52-53.

tuvimos que enfrentarnos, no obstante, a dificultades no menos serias, aunque de otra naturaleza, para conseguir el establecimiento definitivo de nuestra autonomía[30].

Más interesante es la interpretación sobre el «arreglo» político. En su opinión,

> … otro efecto del peculiar proceso de emancipación de Brasil fue el aspecto de «arreglo político», por así decir, que tomó. Los meses que mediaron entre la partida de D. João y la proclamación de la Independencia, periodo final en que los acontecimientos se precipitan, contemplaron un ambiente de maniobras entre bastidores, en que la lucha se desarrollaba exclusivamente en torno al príncipe regente, en un intenso trabajo para apartarlo de la influencia de las Cortes portuguesas y traerlo al seno de los autonomistas. De ello se deduce que la Independencia se hace por medio de una simple transferencia política de poderes de la metrópoli al nuevo gobierno brasileño.

Polémica, en la actualidad, es la interpretación según la cual no habría habido movimientos populares y se habría librado al pueblo de sacrificios. Esta lectura olvida el peso de la brutal represión de cualquier movimiento divergente, republicano o simplemente reformista, que incluso llevó a varios líderes a la prisión, al martirio o al exilio. Según Caio Prado Jr.:

> … a falta de movimientos populares, a falta de participación directa de las masas en este proceso, el poder fue absorbido completamente por las clases superiores de la excolonia, las únicas, por naturaleza, en contacto directo con el regente y su política. La Independencia se hizo prácticamente sin la participación del pueblo; si esto le ahorró sacrificios, también le apartó del nuevo orden político. La Independencia brasileña es más fruto de una clase que de la nación tomada en conjunto[31].

La historiografía de la Independencia, tal vez la más extensa, compleja y densa de la historia de Brasil, tiene sin embargo otros elevados puntos de referencia, además de Caio Prado Júnior. Dos estudios, de Evaldo Cabral de Mello y de Sérgio Buarque de Holanda, se sitúan en este nivel más elevado, entre tantos otros que han visto la luz desde la publicación de la obra pionera del historiador paulista. Veamos.

Para muchos, la transición del Imperio luso-brasileño al Imperio brasileño vivió su momento más crítico en los trece años de João VI en Brasil (1808-1821). Centrándose en esa idea, según la aguda percepción de Evaldo Cabral, se ha consolidado la interpretación del periodo de João VI y el imperial-nacional como aquel en que se forjó la «fórmula salvadora que permitió a D. Pedro I fundar el Imperio y a D. Pedro II gobernarlo»[32]. En realidad, es ésta una idealización creada por la pluma

[30] *Ibidem.*
[31] *Ibidem.*
[32] E. Cabral de Mello, «Um Império frustrado», en *Um imenso Portugal*, p. 52.

de los columnistas de Río, comprometida con la fórmula centralista adoptada por la Independencia.

El historiador retoma en ese punto la tesis clásica de Sérgio Buarque de Holanda, según la cual, «en Brasil, las dos aspiraciones –la de la Independencia y la de la unidad nacional no nacen juntas y, durante mucho tiempo, no caminan de la mano».

Siguiendo el razonamiento del historiador pernambucano, se observan la precariedad de las instituciones y los riesgos de ruptura que se corrieron en esa transición del «poderoso imperio» al Imperio brasileño.

Según Evaldo Cabral de Mello:

> Esa unidad nacional, que el traslado de la Corte y la elevación de Brasil a Reino dejó de cimentar en bases más sólidas, estuvo a punto de arruinarse en los días que anteceden y suceden a la proclamación de la Independencia. En adelante se hará a paso lento, de tal forma que sólo se puede decir que estaba consumada a mediados de siglo[33].

De la tesis de Buarque, el historiador pernambucano toma elementos decisivos para la comprensión de la formación del Estado-nación brasileño. La idea que dominó el imaginario construido por la «tradición *saquarema* [conservadora] de la historiografía de la Corte y de sus epígonos de la República», fue que la historia de la Independencia se redujo a la de la construcción de un Estado centralista, y el periodo de João VI fue el momento inicial de la construcción del «futuro edificio imperial». Sin embargo, con ello se ignoraba que D. João estuvo a punto de «destruir las frágiles posibilidades [del Imperio] debido precisamente a su incompetencia para superar la retórica del vasto Imperio, actualizándolo y reformándolo».

Que la idealización del reinado de João VI tenga su origen y haya prosperado en Río «parece algo perfectamente natural», una vez que la sede de la Corte fue la principal beneficiaria de la ida de los Braganza a Brasil en 1808. Al mismo tiempo, las capitanías se veían gravadas con impuestos adicionales destinados a afrontar los gastos de la capital, que debía hacerse tolerable, si no para Carlota Joaquina (la insoportable Carlota que tenía ojeriza a Brasil), por lo menos para una parte de los cortesanos y los funcionarios públicos venidos de la ex-metrópoli.

Esta es una más de las cuestiones polémicas, en medio de decenas de otras, que la riquísima y variada historiografía sobre la descolonización y la Independencia propone al lector contemporáneo.

[33] *Ibidem.*

Capítulo 18
El Primer Reinado: Pedro I (1822-1831)

> Brasil está ahora en condiciones de tener una democracia o un régimen despótico –me equivoqué en querer darle una monarquía constitucional. ¿Dónde está la aristocracia rica e instruida? ¿Existe un cuerpo de magistrados honrado e independiente? ¿Y qué se puede esperar de un clero inmoral e ignorante sin crédito ni riqueza? ¿Qué nos queda?[1].
>
> José Bonifácio de Andrada e Silva

Con la Independencia de 1822, se consolidó en Brasil un régimen político-monárquico de base económico-social esclavista. Se produjo así lo contrario de lo que ocurrió en la mayoría de las ex-colonias españolas de América, en las que las elites criollas implantaron regímenes republicanos no basados en el trabajo esclavo, sino en un sistema de trabajo –al menos nominalmente– libre.

El quebrantado sistema colonial, pieza clave de la política mercantilista portuguesa, llegó a su fin cuando el príncipe regente Pedro de Braganza rompió los últimos vínculos que unían a Brasil con el Reino Unido de Portugal y Algarve (creado por medio de decreto ley el 15 de diciembre de 1815). A pesar de la intención de los Braganzas de continuar gobernando a ambos lados del Atlántico, lo que de hecho acabó manifestándose fue la relación de dependencia del nuevo Estado-nación suramericano con Inglaterra, la mayor potencia imperialista tras la caída de Napoleón.

El reconocimiento de la Independencia no se produjo de inmediato: Los Estados Unidos de América lo hicieron en 1824 y solamente en 1825 lo harían Portugal,

[1] Miriam Dolhnikoff, org., *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*, São Paulo: Companhia das Letras, 1998, pp. 256-257. José Bonifácio añadía, aprensivo: «La catástrofe es inevitable –¿pero de qué forma será y cuando? Esperemos al tiempo que nos lo mostrará. Acontecimientos inesperados van precipitando esta necesaria crisis. ¡Mísera libertad!». También disponible en: <www.obrabonifacio.com.br/principais_obras>.

Inglaterra, Francia y Austria. Más tarde, en 1826, fue el turno de Suecia, Noruega, la Santa Sede, Suiza, Parma, Dinamarca y las Ciudades Hanseáticas, Toscana, Holanda, Hanover, Prusia y Baviera. España sólo reconoció la independencia del nuevo Estado en 1834.

El 10 de marzo de 1826 moría en Lisboa a los 58 años el rey João VI, primer rey de Brasil. Año este importante para el mundo luso brasileño, pues su hijo y sucesor Pedro I (Pedro IV de Portugal), dividido entre dos mundos, tomó la decisión de otorgar una Carta Constitucional a los portugueses al mes siguiente, el 29 de abril, nombrando a su hija Maria da Glória como sucesora al trono. Inmediatamente, el día 2 de mayo de 1826, abdicó de la Corona de Portugal a favor de la joven. De este modo, estaba con los pies bien asentados en la ex-metrópoli y en la ex-colonia.

En esos meses decisivos se precipitaban los hechos a ambos lados del Atlántico. El 6 de mayo, Pedro I abría en Brasil la primera legislatura de la Asamblea Legislativa del Imperio Brasileño, y poco después, el 31 de julio, hacía jurar a los portugueses la Constitución otorgada por él mismo como Pedro IV. Más tarde, en febrero de 1828, entraba en Lisboa el infante Miguel, como lugarteniente de su hermano Pedro IV. Instigado por Carlota Joaquina, empezó a ocupar cada vez más espacio político-institucional, lo que profundizó el conflicto dinástico entre los dos hermanos. Todo esto desembocaría en una sangrienta guerra, que examinaremos después.

En Europa, el triángulo industria-imperio-capital era el signo de la nueva era. En Brasil, la estabilidad del recién autoproclamado gobierno imperial bragantino sentía la amenaza de las fuerzas recolonizadoras portuguesas, que contaban ahora con los comerciantes que habían perdido los privilegios con la apertura de los puertos en 1808 y que lideraron la Revolución de Oporto en 1820. La presencia de portugueses en la antigua colonia continuaba siendo importante, hasta el punto de asistirse en los puertos brasileños a muchos conflictos contra los llamados *corcundas* (jorobados), o «pies de plomo», como se apodaba a los lusos, a gritos de «¡Matad a los marineros!».

La ambigüedad de la Revolución liberal portuguesa radicaba en ese hecho contradictorio: los revolucionarios liberales de la metrópoli adoptaban posturas reaccionarias y recolonizadoras en relación a la antigua colonia. De hecho, como se recordará, nunca asimilaron la inversión colonial, la condición de Río como capital del imperio, pidiendo insistentemente el regreso de João VI a Portugal. En realidad, la de 1820 no era una revolución burguesa propiamente dicha, pues los comerciantes de 1820 no constituían una fuerza ascendente, como en el caso francés; por el contrario, se trataba de una clase en decadencia (aunque ilustrada), que intentaba asegurar sus posiciones amenazadas por la crisis colonial y por la dura competencia en un escenario de creciente poderío inglés.

El fantasma de la recolonización seguía presente en las mentes de la aristocracia nativa brasileña y de los comerciantes lusos, e incluso en los despachos del estamento político del Primer Reinado. Este espectro se encarnaba cada vez más en la figura del joven Pedro I, hijo, recordémoslo, de Carlota Joaquina, a la sazón hermana de Fernando VII.

Pedro I: un perfil

> En Lisboa, cuando tenía entre siete y ocho años, Laura Junot encontró al príncipe lindo, en contraste con la fealdad de los suyos; en 1831, al volver a verlo en París, le pareció más bien un *valet de chambre* de casa ordinaria, un desempleado[2].
>
> Náuseas, asco e insatisfacción le daba la decepcionante experiencia de la voluptuosidad solitaria, igual que sentía repulsa y repugnancia por la práctica homosexual. Sería desde siempre un hombre –póngase de manifiesto la dureza de la palabra–, un macho [...]. Deslumbrado con la seguridad y la delicia de ser hombre[3].
>
> Octávio Tarqüínio de Sousa

Un héroe romántico. Ésta es la imagen de Pedro I que ha cristalizado en la historiografía dominante. En todas las dimensiones, sin embargo, Pedro de Alcántara, duque de Braganza, fue ante todo un personaje contradictorio: en Brasil fue un liberal constitucionalista *à rebours*, aunque en el fondo y en la forma practicó el absolutismo. Ya en la última etapa de su vida, de regreso a Portugal, sería de nuevo liberal. No tuvo una educación formal, pero hablaba francés, organizaba planes de Estado, se relacionaba con diplomáticos y componía música (es de su autoría, por ejemplo, el Himno de la Independencia). Tuvo varias amantes, pero cuidó con desvelo a su hija Maria da Glória, su heredera en Portugal, la futura reina Maria II; iracundo e incluso violento con los enemigos, pero de trato llano con los humildes; parco en las finanzas personales, pero generoso con sus hijos, amigos y amantes. Admiraba a Napoleón, supina contradicción, dado que fueron las tropas bonapartistas las responsables de la fuga de la familia real a Brasil.

El joven Pedro, impulsivo y de compleja personalidad, era hijo de un príncipe regente bonachón y de una española inquieta, separados en la práctica por razones de Estado, y nieto de una reina demente, Maria I. Su madre, Carlota Joaquina, partió hacia Brasil sin ninguna voluntad, tras haber intentado marcharse a Madrid con sus ocho hijos. El día 27 de septiembre de 1807 escribía a sus padres diciendo que el príncipe João había decidido que tres de sus hijos fuesen a Brasil, «para dar seguro a los ingleses». Suplicaba a sus padres para que rogaran «al Principe que quieren absolutamente que yo vaya para su compañia con aquellas hijas que yo quisiere llevar [...] y esto quanto antes por que ya mis hijos estan para ir, y tienen todo embarcado, y en ello partiendo se effectua su proyecto, que es mandarme como repudiada [...]»[4].

Fue con este tumultuoso trasfondo familiar como Pedro I tuvo que hacer frente en Brasil al paso (inconcluso) del *Ancien Régime* a un orden liberal. A lo que asistió en realidad fue a la transición de un orden colonial a otro neocolonial, pues en la primera mitad del siglo XIX Brasil se convirtió en la práctica en un protectorado inglés. El joven Pedro no sólo tuvo que vivir entre los estigmas de una colonia de explotación

[2] Octávio Tarqüínio de Sousa, *A vida de D. Pedro I*, 3.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1957, vol. 2, tomo 1, p. 68.

[3] *Ibid.*, p. 81.

[4] *Apud ibid.*, p. 33.

basada en un régimen esclavista, sino que además tuvo que sufrir las peleas entre sus padres. Con el tiempo él se alinearía con João VI, constitucionalista, mientras que su hermano Miguel actuaría como el ejecutor de la política absolutista inspirada por la madre española.

Tan pronto como la familia real llegó a Río de Janeiro, en 1808, empezó a seleccionar profesores para el príncipe, cuestión de la que se encargó Rodrigo de Sousa Coutinho. El ministro escogió al diplomático políglota João Rademacker (que más tarde moriría envenenado por una esclava) como preceptor de Pedro entre 1808 y 1814. El joven contaría también con profesores de francés como el canónigo Boiret, (que después sería profesor de sus hijos Pedro II y Maria da Glória), de inglés (el padre Tilbury y el irlandés padre Joyce, que sería profesor real de Lengua Inglesa en Río, y más tarde maestro de Evaristo da Veiga), tendría clases de equitación (con Robet John Damby) y de música (con Marcos Antônio Portugal). No podemos olvidar a Maria Genoveva do Rego Matos, la paciente preceptora.



D. Pedro I

Como observa Octavio Tarqüínio de Sousa, Pedro debió de convivir muy poco con los hombres más ilustres del grupo de estadistas del gobierno del príncipe João –Rodrigo de Sousa Coutinho y Antônio de Araújo de Azevedo–. José Bonifácio de Andrada se encontraba en Europa y el resto de los políticos no estaba «ni siquiera por encima de los mediocres». Siempre según el historiador carioca, recibió del padre bondad pasiva, «ternura sin calor», aunque «sin la fuerza de la simpatía ni la comprensión»; de la madre sólo recibiría atenciones sin cariño.

Epiléptico como casi todos sus hermanos, el joven Pedro apreciaba la ebanistería y la equitación. Cabalgaba hasta reventar a los caballos, y conversaba con gente humilde en Santa Cruz o en la isla del Gobernador, momentos en los que

> recibiría el aliento de las *senzalas* y de los esclavos negros. Sentiría el despertar prematuro del sexo, más intensamente que en la granja de São Cristovão, donde el padre se quedó por más tiempo en 1812, huyendo de las epidemias que se propagaban por la ciudad y que mataron en pocas semanas a más de mil personas, pero que por suerte respetaban a los Braganzas[5].

[5] *Ibid.*, p. 69.

Criado en el ambiente de los gabinetes de la contra-revolución y de la restauración –y dado el temor existente a las ideas ilustradas de reforma y de revolución–, no podría nunca ser un héroe completamente moderno. Pero, ¿quién lo fue en aquel periodo? Ni siquiera el propietario de esclavos Thomas Jefferson…

El príncipe nació el día 12 de octubre de 1798 en Portugal, en el Palacio Real de Queluz, en el mismo aposento donde moriría, a los 35 años, el día 24 de septiembre de 1834. Cuando fue a Brasil, en 1808, tenía 9 años. Un amigo franciscano, fray Antônio de Arrábida, lector de los clásicos, fue su educador y confesor durante casi toda su vida. En 1817 ya estaba casado con la archiduquesa de Austria, Carolina Josefa Leopoldina, hija de Francisco I de Austria, con la que tuvo siete hijos. La emperatriz era de tendencia constitucionalista y liberal, actitudes que no agradarían en nada a Metternich. El 19 de febrero de 1821 escribía a su padre, contenta, contándole que su marido había compuesto para él una sinfonía *Te Deum*. Y añadía: «Estoy al final del tercer mes de embarazo de mi cuarto hijo, para conservación del renombre de la Casa de Austria».

Tuvo varias relaciones paralelas (entre 1821 y 1825 nacieron 8 hijos suyos reconocidos), destacando entre ellas la más turbulenta y duradera, con la paulista Domitila de Castro Couto e Melo, marquesa de Santos, con la que también tuvo hijos (en su correspondencia con ella, además de «Emperador», a veces firmaba como «Demonio» o «Fuego fueguito»…).

El «me quedo» (Río, 9 de enero de 1822)

Con el obligado retorno de su padre a Portugal, Pedro se quedó como príncipe regente de Brasil, con poderes para administrar la Justicia, la Hacienda y la Economía, declarar guerras, pactar treguas y firmar tratados diplomáticos. Antes de partir el 26 de abril de 1821, presionado por los liberales brasileños, el rey João VI firmó el decreto con las disposiciones sobre la elección de diputados brasileños para las Cortes de Lisboa*. Como ya se ha mencionado, en los escaños brasileños había intelectuales aguerridos como Antônio Carlos, Feijó, Muniz Tavares o Cipriano Barata, entre otros.

El 9 de diciembre de ese mismo año llegaron a Río dos decretos de las Cortes portuguesas. El primero ordenaba la división de Brasil en varias provincias, extinguiendo el gobierno central y sustituyéndolo por juntas provinciales desligadas de la administración de Hacienda y de la de Armas, las dos fuentes básicas del poder. El objetivo era vaciar los poderes del príncipe regente. En el segundo decreto se ordenaba su regreso inmediato a Portugal.

La resistencia liberal se unió a su favor y le envió un manifiesto, el 9 de enero de 1822, reclamando su permanencia en Brasil y la instauración de poderes autónomos, aún reconociendo la pertenencia al Reino Unido. El presidente del *Senado*

(*) A falta de una constitución en Portugal, esas disposiciones fueron tomadas de la Constitución española de 1812, *N. del T.*

da Câmara carioca, José Clemente Pereira, entregó al príncipe el requerimiento de las provincias de Río de Janeiro, São Paulo y Minas pidiéndole que permaneciera en Brasil y convocase una Asamblea Constituyente. Fue también Clemente quien leyó la respuesta de Pedro desde el balcón del palacio algunos días después, conteniendo la frase que se hizo famosa en aquel mismo momento, sobre todo en los libros didácticos independentistas: «Dígale al pueblo que me quedo»*.

Poco después del *Fico*, el príncipe Pedro destituyó al Ministro de la Regencia y nombró en su lugar a José Bonifácio de Andrada e Silva, con la idea de recentralizar el poder. A partir de este momento todas las órdenes llegadas desde Lisboa deberían ser sometidas al parecer del ministro. De enero a junio se sucedieron varias maniobras y movimientos que presionaban para el establecimiento de un nuevo orden político-institucional, hasta que el 3 de junio, atendiendo a la petición del 9 de enero, fue convocada una Asamblea General Constituyente y Legislativa.

La masonería actuó con rapidez para integrar en su seno al príncipe regente, lo que consiguió el 2 de agosto, al convertirlo en gran-maestre de la entidad (con el nombre de «Guatimozim»), en sustitución de José Bonifácio, que había sido el reorganizador de la sociedad semi-secreta en Brasil.

El conflicto con Portugal se agravó cuando las Cortes emitieron un nuevo decreto rebajando la condición del regente a la de simple gobernante sometido a ellas, y conminándolo a que fuesen detenidos y juzgados los miembros del gobierno que habían firmado la petición de su permanencia en Brasil. Una provocación, según el Braganza. Fue la gota de agua que colmó el vaso para la proclamación unilateral de la Independencia. El decreto llegó a Río el 28 de agosto, estando el príncipe en São Paulo. Pedro lo recibió el día 7 de septiembre junto al arroyo de Ipiranga, en los alrededores de la ciudad de São Paulo. El regente percibió que era imposible una vuelta atrás, y que el peligro del republicanismo no podía ya ser descartado. Los aliados ingleses, por otro lado, no podían tolerar la pérdida del espacio que habían conquistado en el comercio con la ex-colonia, con lo que decidieron apoyar la Independencia y comenzaron a suministrar armas y asesoramiento militar para la previsible resistencia que debería organizarse contra los portugueses. No es casualidad que el modelo propugnado por el príncipe regente fuera el de la monarquía constitucional, siguiendo el modelo británico y contraponiéndose a la ola de republicanismo.

El Braganza fue proclamado emperador constitucional el 12 de octubre en el Campo de Santana y coronado el 1 de diciembre de 1822 como Pedro I. No debe olvidarse el papel que en todo este proceso tuvo su notoria habilidad política y su coraje para preservar su «Sagrada Autoridad», frente a las amenazas emanadas de las Cortes y de las tropas portuguesas que deberían hacerlo volver a Lisboa:

(*) En portugués: *Diga ao povo que fico*, de donde resultó la famosa expresión *O Fico*, como es conocido este acto desafiante por parte de Pedro de Alcántara. *N. de. T.*

> Con la mayor extrañeza, y lleno de indignación, he asistido al requerimiento que acaban de hacerme los comandantes y oficiales de los cuerpos de esa División [Auxiliadora, estacionada en la base de Santa Cruz]. ¡Qué delirio el vuestro, Soldados![6].

El emperador no sólo pasaba por encima de esos «leones hambrientos», como él los denominaba. Desde el punto de vista jurídico, tal vez inconscientemente, pasaba también por encima del hecho de que su padre le había confiado la regencia por medio de un acto exclusivo y personal, y fingía no darse por enterado del hecho de que, por medio de los decretos de 29 de septiembre de 1821, las Cortes habían establecido ya un nuevo sistema de gobierno para Brasil que le obligaba, además, a volver a Portugal. Asimismo, las Cortes habían suprimido la regencia en Brasil, poniendo a las provincias directamente bajo el control de Portugal, y habían determinado que D. Pedro regresase para viajar por Europa y educarse… El príncipe regente no sólo se quedó en Brasil, sino que además hizo que José Bonifácio ordenase, en su nombre, que todos los gobiernos provisionales de las provincias se subordinasen a su mandato. Con osadía, el príncipe fue personalmente a bordo del navío principal de la flota portuguesa enviada para llevarlo a Portugal y reunió a los comandantes, que mostraron «bastante soberbia». Exigiendo el embarque inmediato y el regreso de las tropas a Portugal, les amenazó: «Lo he ordenado, y si no lo ejecutan mañana, abriré fuego»[7].

Podrían haberlo detenido, pero el fuerte impacto que causó su actitud enfrió los ánimos de los militares. Los «leones» se mostraban ahora «mansos como corderos», como escribió a João VI el 12 de febrero de 1822. Este fue el momento decisivo en que D. Pedro, con su acción, hizo irreversible la ruptura. El día 16 de febrero, aconsejado por José Bonifácio, creó el Consejo de Procuradores de las Provincias, esbozo de una Asamblea de Diputados. No era este un órgano Constituyente, sino más bien un Consejo de Estado. En la intensa correspondencia intercambiada con su padre, Pedro hablaba aún de una *monarquia luso-brasílica*, pero se notaba que ya no era el tímido capitán general de una única provincia a que las Cortes querían reducirlo. El 15 de febrero escribía a João VI: «Soy constitucional, y nadie lo es más que yo, pero no soy un loco ni un faccioso»[8].

«Soy constitucional…, pero…»

La cuestión es, ¿qué tipo de constitucionalismo? ¿Cuáles eran sus fuentes? Pedro leía y escribía en francés, entendía el inglés y aprendió bien el latín. No era un hombre culto, pero se le daba bien la aritmética, como a Bonaparte. Lo que leía lo aprendía de forma rápida e intuitiva, y tenía capacidad para extraer de los libros y los informes lo que le interesase en cada momento. Había leído, por ejemplo, a Gaetano Filangieri, el jurista napolitano que escribió *La scienza della legislazione*,

[6] *Ibid.*, p. 368.
[7] *Ibid.*, p. 373.
[8] *Ibidem.*

traducida y comentada por Benjamín Constant. De éste conoció a fondo toda la obra, en momentos diferentes; es evidente que la leyó durante la realización de la Constitución de 1824, pues de ella tomó la idea del Poder Moderador. En su biblioteca figuraban algunos escritores políticos franceses, así como los discursos del general Foy. El emperador también leyó –aunque no se sabe cómo ni cuánto– a Edmund Burke, un poco de Antônio Vieira, las cartas de Madame de Sevigné y algunos libros de Voltaire. Si bien los vientos de la Revolución que derribó al Antiguo Régimen no le agradaban, tampoco apreciaba la Restauración. Como se puede leer en una carta de Leopoldina a su padre, el 9 de junio de 1821: «Mi esposo, Dios nos valga, ama las nuevas ideas»[9]. Todo esto se producía en el terreno de sus lecturas teóricas y de las ideas. En la práctica, formado como estaba en una tradición de mando, nunca recibió con agrado las críticas ni las sugerencias, tanto de la prensa como de los parlamentarios, o las amonestaciones de militares de Portugal o de Brasil.

Un Braganza enérgico

Un episodio ejemplar muestra las cualidades de Pedro I como líder, tan diferente de su padre en la toma de decisiones. Con el surgimiento de noticias sobre una posible sedición en Minas, el emperador, sin ningún temor, decidió dirigirse rápidamente a la distante provincia para aplacar el conato de reacción contra su gobierno. Se habían recibido noticias de que José Maria Pinto Peixoto, un teniente coronel que había sido ascendido a brigadier, iba a oponerse a la ascensión del príncipe al cargo de regente constitucional de Brasil, y pretendía impedir su entrada en la capital, Vila Rica. El Braganza, que había sido aclamado por las villas por las que pasó, haciendo gala de un agudo sentido político-táctico, paró antes de entrar en la capital e invirtió el juego: amenazó, esperó y negoció con los enviados de los sublevados, suspendiendo de ejercicio al verdadero responsable de la insubordinación, el *juiz de fora* Cassiano de Melo Matos, despachándolo para Río y abriéndole un proceso. Apartó de sus funciones a algunos miembros de la junta gubernativa y mandó soltar a algunos presos. Podría haber sido durísimo, de haber seguido las advertencias de José Bonifácio de Andrada: «No se fíe S.A.R. de lo que le digan los *mineiros*, pues son conocidos por ser los más finos y tramposos del universo, hacen de lo negro blanco, mayormente en las actuales circunstancias en que pretenden conseguir mercedes y cargos públicos…»[10].

Los siguientes pasos de la biografía de D. Pedro están marcados por la aceptación, el 13 de mayo de 1822, del título de Defensor Perpetuo de Brasil, poco antes de la elección de Andrada como gran-maestre de la masonería el 28 de mayo. El día

[9] *Ibid.*, p. 135. Véanse algunos aspectos de la vida cultural y conyugal de Leopoldina y Pedro, *le meilleur des pères*, en las pp. 123-135.

[10] El análisis más interesante de este periodo sigue siendo el de Octavio Tarqüinío de Sousa en los tres volúmenes de su obra *A vida de D. Pedro I*. Para más detalles sobre los episodios aquí narrados, consúltese el capítulo XII del primer volumen. Consúltese también el extremadamente rico y minucioso estudio de Roderick J. Barman, *Brazil: The Forging of a Nation (1798-1852)*, Stanford: Stanford University Press, 1988.

3 de junio se convoca la Asamblea General Constituyente. Tras la proclamación de la Independencia el 7 de septiembre, el Braganza fue coronado y consagrado en la capilla imperial el 1 de diciembre como emperador constitucional de Brasil, creándose en el mismo acto su Guardia de Honor. Pedro I tenía entonces 24 años.

Bahía, último foco de la reacción portuguesa, cayó el 2 de julio de 1823. Fueron meses de gran inquietud, pues la Asamblea Constituyente que había sido inaugurada oficialmente el 3 de mayo fue cerrada en la noche del 11 al 12 de noviembre, la llamada «Noche de la Agonía», creándose a continuación el Consejo de Estado.

Al año siguiente, el 25 de marzo de 1824, Pedro I otorgó la primera Constitución brasileña, jurándola inmediatamente. La Carta de 1824, liberal en teoría, tenía en la práctica un fuerte sesgo centralizador, lo que provocaría tres meses después la Revolución de la Confederación del Ecuador, en Pernambuco, liderada por Fray Caneca. Pedro I reprimió esta Revolución con gran violencia, ajusticiando a los revolucionarios. La dramática persecución del grupo de Fray Caneca por el *sertão*, donde pensaba fundar «una ideal república», fue narrada por el mismo Caneca hasta su captura, cuando fue sometido a juicio sumarísimo y fusilado. Una mancha negra en la biografía del emperador.

Una vez reprimida la Revolución republicana en Brasil, Pedro tendría que hacer frente en Portugal a su hermano Miguel, líder de la revuelta absolutista de la *Abrilada*, inspirada por su madre Carlota Joaquina.

Podemos destacar aquí algunos datos curiosos de la vida amorosa del emperador: en medio de tantas maniobras político-institucionales, nacieron en Brasil en la primera semana de diciembre de 1825, dos de sus hijos: el día 2, en el Palacio de São Cristovão, en Río de Janeiro, Pedro II, séptimo hijo de Leopoldina; el día 7, Pedro de Alcántara Brasileiro, hijo suyo y de Domitila de Castro Canto e Melo, que vivió unas pocas semanas. El año anterior, fruto de las mismas relaciones, nacieron la princesa Francisca (con Leopoldina) e Isabel de Alcántara Brasileira (con Domitila), a quien dio el título de duquesa de Goiás. El 11 de diciembre, con 29 años, moría en Río la primera emperatriz de Brasil, Leopoldina. Seis meses después, el 13 de agosto de 1827, Domitila, la marquesa de Santos, era agraciada con el título de duquesa de Ceará.

La segunda esposa de Pedro, Amélia de Leuchtenberg, llegaría a Río de Janeiro el 16 de octubre de 1829, el mismo año en que nacieron José, hijo de Pedro I con Joana Mosquera, y otro Pedro de Alcántara Brasileiro, hijo del emperador con *madame* Saisset. Un hecho poco conocido es que este último, unos años más tarde, salió de Brasil para tentar suerte en las minas de California. Mucho tiempo después regresó para solicitar una pensión a su hermano, casi su doble, el emperador Pedro II, lo que debió de ser una situación doblemente embarazosa.

Amenazas externas

En el contexto de las relaciones internacionales, en el frente americano, el gobierno imperial firmó el 13 de marzo de 1827, bajo presión, un acuerdo con Inglaterra sobre

la extinción del tráfico negrero. El 27 de agosto de 1828 se declaraba el fin de la Guerra de la Cisplatina, con la derrota de Brasil y la independencia de Uruguay.

Mientras tanto, en el frente europeo, se producía en 1828 la llegada a Portugal del infante Miguel, siendo proclamando como rey absoluto el día 19 de febrero. Se desencadenó una guerra civil que duraría más de seis años. Como se recordará, Pedro I había elegido a su hermano Miguel, en una solución de compromiso, para gobernar el reino durante la minoría de edad de su hija preadolescente, a cuyo favor abdicó, y dispuso el matrimonio entre ambos (que nunca se consumó). El día 22 de febrero, una vez proclamado el usurpador como rey de Portugal y Algarve, anuló el matrimonio con su sobrina y la envió de vuelta a Brasil.

Los partidarios de la monarquía constitucional reaccionaron. Los liberales y los moderados se rebelaron contra la acción represiva miguelista, que había desencadenado un sinfín de detenciones y ahorcamientos contra juristas, oficiales militares, estudiantes, comerciantes y clérigos. El 18 de mayo de 1828, el 6º Regimiento de Infantería de Oporto declaró su apoyo a Pedro IV, a la Carta Constitucional otorgada por él y a Maria da Glória, ahora reina Maria II. El emperador reaccionó inmediatamente, nombrando una junta provisional para gobernar el reino.

En Brasil, en el ínterin, se negoció el matrimonio del emperador con Amélia de Leuchtenberg, realizado por poderes en Munich por el marqués de Barbacena[11].

Otro año crucial en la vida de Pedro I fue 1830. La muerte de su madre Carlota Joaquina le hizo sentirse liberado para entablar el combate contra su hermano el usurpador. La coyuntura era difícil: Inglaterra lo presionaba, haciéndole prohibir el tráfico de esclavos a Brasil en 1831. El emperador, que se inclinaba a favor de los intereses de los comerciantes luso-brasileños esclavistas, se fue haciendo cada vez más autoritario y antipopular, provocando la ira de líderes de variado espectro ideológico, desde José Bonifácio de Andrada (que regresaba del exilio) hasta el periodista Evaristo da Veiga, el vibrante portavoz de las capas medias urbanas en franco crecimiento.

De la «Noche de los Botellazos» a la abdicación y el exilio

La nación se encontraba en pleno periodo de organización, creándose la Guardia Nacional y ejecutándose por primera vez el Himno Nacional Brasileño. Sin embargo, la insatisfacción popular iba en aumento y el 13 de marzo se produjo una serie de

[11] Felisberto Caldeira Brant Pontes, marqués de Barbacena, fue un importante personaje del periodo. Como afirma su mejor biógrafo, Pandiá Calógeras, «Barbacena encarnaba el Primer Reinado». Este *mineiro*, nacido en 1778, fue uno de los grandes innovadores del periodo. Creó la primera línea de navegación a vapor por el río Paraguaçu, hasta Cachoeira en Bahía, e introdujo la vacuna contra la viruela en el país (1804). Fue diputado por Bahía en la Constituyente y representó a Brasil en Londres como encargado de negocios, obteniendo el reconocimiento del país por parte de Inglaterra, reclutando oficiales y marineros para las guerras de Independencia y… negociando el primer préstamo que pidió Brasil. Sería después preceptor y garante de los derechos de la reina Maria II de Portugal. Como antimiguelista consiguió vencer con su labor diplomática a Metternich y la Santa Alianza, lo que no era poco en la época.

disturbios en Río, conocidos como la *Noite das Garrafadas* («Noche de los Botellazos»). El emperador reaccionó con la destitución de su gobierno y el nombramiento de otro, el conservador «Ministerio de los marqueses», que provocó aún más revueltas. La crisis se agravó, llevando a Pedro I a nombrar, por decreto del 6 de abril, a José Bonifácio como tutor de sus hijos menores y a abdicar, el 7 de abril, a favor de su hijo menor Pedro II.

Para gobernar el país se formó entre el 8 de abril y el 18 de julio la llamada «Regencia Trina Provisional», y del 18 de julio de 1831 al 12 de octubre de 1835, la «Regencia Trina Permanente», como examinaremos en el próximo capítulo.

Una vez realizada la abdicación, con la garantía de la sucesión en nombre de su hijo Pedro II, era el momento de salvar al reino de Portugal de su hermano absolutista.

D. Pedro, que ahora no era más que duque de Braganza, fue primero a París, donde redactó su testamento, para desembarcar a continuación en la isla de San Miguel, en las Azores, el 22 de febrero de 1832. El día 3 de marzo asumía la regencia durante la minoría de su hija Maria II. Lo que siguió fue una guerra total contra su hermano, circunscribiéndose los combates durante un año entero al cerco de Oporto, con una tremenda desproporción de fuerzas: casi 80.000 hombres en el bando miguelista contra 8.000 liberales pedristas. Pero Lisboa fue ocupada el 24 de julio y enseguida se produjo el reconocimiento del gobierno liberal de Portugal por parte de Francia e Inglaterra. Después de un año de luchas encarnizadas, los liberales comandados por Pedro obtuvieron, en 1834, la capitulación de los miguelistas. Miguel fue liberado, en un acto de generosidad, partiendo para el exilio.

El romántico duque de Braganza murió en 1834, a los 35 años, héroe en dos continentes. En Brasil dejó en el poder a su hijo Pedro II, el primer gobernante nacido en el país, que reinaría de 1840 a 1889, falleciendo en París, en el exilio, en 1891. En Portugal dejaba en el poder a Maria II, con tan sólo 15 años de edad, reina que moriría en Lisboa en 1853. Dejó para la posteridad dos imágenes contradictorias: autoritario y despótico en Brasil, liberal y libertador en Portugal. Cosas de la Historia.

Pedro I y la masonería

Desde el punto de vista de la organización política, no existían aún los partidos, sino facciones o tendencias. Desde los tiempos de las *inconfidências*, el llamado «partido brasileño» o de los «patriotas», estaba infiltrado por la masonería, cuya presencia se podía detectar en Salvador, Recife y Río de Janeiro. En el clima de las Luces, la Razón «iluminaría» las sombras creadas por el absolutismo, y en ese sentido era un útil instrumento en el proceso de liberación colonial: no es casualidad que Miranda, de Venezuela, y Domingos José Martins[12], de la provincia de Espíritu Santo, uno de

[12] La biografía de este importante revolucionario, de su mujer Maria Teodora da Costa (hija del poderoso comerciante Bento José da Costa), del Padre Roma, de João Ribeiro, Miguelinho y otros está en Norberto Bahiense, *Domingos José Martins e a Revolução Pernambucana de 1817*, pref. Barbosa Lima Sobrinho, Belo Horizonte: Littera Maciel, 1974.

los líderes de la insurrección nordestina de 1817, se encontraran en Londres para conspirar junto con el militar portugués Gomes Freire de Andrade, líder del levantamiento de 1817 en Portugal. El prestigioso periodista brasileño Hipólito José da Costa, exiliado en Londres, también recogía noticias de la organización en su *Correio Braziliense*. Aunque haya poca investigación histórica sobre la cuestión, se sabe que la Logia Reunión, ligada al Gran Oriente de la Île de France, fue la primera creada en Brasil por iniciativa de un tal «*chevalier* Laurent», cuyo navío de guerra *Hydre* hizo escala en el país en su viaje hacia la isla Bourbon.

Después de 1808 surgieron varias asociaciones más, tanto de cuño filantrópico como político o comercial. En 1817 y 1822 en Brasil, como en 1820 en Portugal, la masonería contribuyó a la organización de los «patriotas». La actuación se realizaba casi siempre con carácter reservado, como es obvio, pues ser «patriota» y organizar una institución paraestatal era considerado un acto de subversión, y el destino de quien lo intentase podría ser el mismo que el de Tiradentes.

La situación era sin embargo compleja, pues el emperador, en tanto que insubordinado a las Cortes de Lisboa, era él mismo un subversivo. Pero al mismo tiempo, en Brasil actuaba como un represor, pues no podía dejar ningún espacio a los republicanos ni a las tesis de monárquicos demasiado reformistas, como las de José Bonifácio. Más ambigüedad.

El Gran Oriente Brasileño tuvo un importante papel en la articulación de las provincias a favor de la Independencia y de la constitución de un nuevo Imperio. Organizada según el modelo francés «moderno», con sus ritos, uniformes y símbolos, estaba situada en la calle del Conde (hoy calle Vizconde de Rio Branco, en Río de Janeiro). Reconocida por los Grandes Orientes de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, entre sus principales líderes estaban los «socios» independentistas José Bonifácio de Andrada (primer gran-maestre del Gran Oriente de Brasil), Gonçalves Ledo (obligado posteriormente a exiliarse en Buenos Aires), Diogo Antônio Feijó y, por brevísimo tiempo Pedro I, gracias a la maniobra de Andrada, dentro de una táctica de envolvimiento del príncipe reinante, común en la época.

En el Gran Oriente participaban tres logias de Río de Janeiro: la «Comercio y Artes»; la «Unión y Tranquilidad»; y la «Esperanza» de Niteroi. Sus trabajos, como los de todas las asociaciones políticas, serían prohibidos durante el Primer Reinado, por decreto de Pedro I (el hermano «Guatimozim»). Efectivamente, el emperador firmó el documento poco después de ser elegido gran-maestre, con un nombre compuesto del suyo propio y del jefe azteca asesinado por los colonizadores españoles: Pedro «Guatimozim». La clandestinidad, que antes se debía al absolutismo portugués, era causada ahora por la oposición al autoritarismo del emperador.

Durante el periodo de la Regencia y en el Segundo Reinado se multiplicaron las logias masónicas, sobre todo en la capital, pero carentes ya del vigor del periodo de la Independencia. Entre los miembros de la masonería se podría encontrar a lo largo del tiempo a personajes como Joaquim Nabuco, Carlos Gomes, Rui

Barbosa, Quintino Bocaiúva, el duque de Caxias, o el vizconde de Cairu*. Durante la República pertenecieron a ella varios presidentes, como Deodoro da Fonseca, Floriano Peixoto, Prudente de Morais, Campos Salles, Hermes da Fonseca, Wenceslau Bráz, Washington Luís y Jânio Cuadros. En otras naciones se incluían entre sus filas a nombres de la talla de Simón Bolívar, San Martín, George Washington, Robespierre, Danton, Franklin Delano Roosevelt o Winston Churchill.

El nuevo país independiente

> La proclamación de la Independencia de Brasil se derivó de, y hasta cierto punto fue, una reacción a la revolución en Portugal[13].
>
> Bradford Burns

Retomemos algunas de las claves económicas y políticas del periodo que lleva a la Independencia y de los primeros años del nuevo Estado-nación.

En la época de la Independencia, Brasil ocupaba aproximadamente el mismo territorio que ocupa en la actualidad. Las fronteras trazadas por el Tratado de Madrid (1750) y el de San Ildefonso (1777) fueron mantenidas con pocas alteraciones. Al sur, la Provincia Cisplatina había sido anexionada en 1817, cuando tropas luso-brasileñas ocuparon el puerto de Montevideo.

La población de Brasil era de aproximadamente 4 millones de habitantes. La gran mayoría se concentraba en el litoral; más de la mitad de los habitantes eran esclavos. Enormes extensiones del territorio aún eran desconocidas, y vastas áreas se encontraban ocupadas por indígenas hostiles que resistían el avance de la colonización. En el norte y nordeste, la población costera se dedicaba a la producción de géneros tropicales para el mercado internacional. En el interior avanzaban las haciendas de ganado, tomando territorios a los indígenas. En Minas Gerais, los mineros estaban cambiando de actividad, convirtiéndose en productores de géneros de subsistencia para abastecer a la ciudad de Río de Janeiro, el mayor centro urbano del Imperio. En el sur, la principal actividad económica era la cría de ganado y de mulas para São Paulo y Minas Gerais. Las descripciones del jesuita Antonil en 1711 ya indicaban la existencia de enormes extensiones cubiertas por centenares de haciendas y corrales de ganado en Piauí, en Bahía y en Pernambuco. Estas haciendas estaban en manos de unas pocas familias, como la de la *Casa da Torre*, que poseía 260 leguas de tierra a lo largo del río São Francisco.

Las provincias del Imperio no eran otra cosa que las antiguas capitanías de la colonia, pues el nuevo gobierno preservó la misma división administrativa. Durante el sistema colonial se habían creado núcleos aislados, verdaderas «islas»,

(*) José da Silva Lisboa, escritor y economista, uno de los más importantes seguidores de Adam Smith en Brasil, autor de *Princípios de economia politica*, (1804). *N. del T.*

[13] Bradford Burns, *A History of Brazil*, 2.ª ed., Nueva York: Columbia University Press, 1980, p. 151.

que producían para el mercado europeo. La comunicación entre las capitanías era precaria, difícil, intermitente y estaba muy vigilada.

Durante el periodo colonial, las capitanías fueron administradas por capitanes generales enviados desde la metrópoli. El virrey, cuya sede de gobierno era la ciudad de Río de Janeiro, no interfería en la administración de las capitanías más distantes, como las del norte y del nordeste. En muchos casos las Cámaras Municipales eran la única autoridad presente, lo que permitió el fortalecimiento de los poderes locales, que gozaban de un amplio margen de autonomía.

Con Pedro I al frente del Estado, la emancipación significaría la creación de un nuevo perfil de autoridad, personificada en la figura del emperador. A partir de la Independencia, las provincias pasaron a ser gobernadas directamente por él y sus funcionarios: el hijo del rey João VI se prestó bastante bien para ese papel. Tanto, que nada más asumir el gobierno creó el Ejército Imperial, contando con la participación de un gran contingente de mercenarios europeos, sobre todo ingleses.

La mayoría de los oficiales del Ejército eran representantes de la recién creada nobleza imperial, junto con algunos mercenarios que habían participado en las guerras napoleónicas. La tropa seguía siendo reclutada a la fuerza, con los mismos métodos tradicionales –y brutales– de la época.

Tras el retorno de João VI a Portugal, el regente Pedro tuvo que hacer frente a movimientos constitucionalistas, especialmente el de la plaza del Comercio, contra los que reaccionó con inusitada violencia (en el edificio de la Bolsa alguien fijó un cartel en que se leía: «Matadero de los Braganza»). Río se encontraba en estado de sitio, pues el conde dos Arcos (Marcos de Noroña e Brito, una especie de primer ministro) había instalado cañones y destacamentos militares en las plazas principales. A falta de una Constitución en Portugal (o en Brasil), Pedro inició su gobierno con una firme declaración de intenciones, tal vez salida de la pluma del conde dos Arcos, anunciando reformas. Según el documento, el gobierno se ocuparía de todo: agricultura, comercio, educación, economía, derechos y sus aplicaciones (proclamando incluso que se actuaría contra los mecanismos que escamoteaban las leyes).

Ahora bien, el regente asumía la dirección de un país en bancarrota. Ello explica el decreto del 29 de abril de 1822, que suprimía la tasa de la sal en las provincias centrales, para beneficio de la agricultura, de la cría de ganado y de la industria; el decreto del 13 de mayo, suprimiendo el impuesto sobre el comercio de cabotaje; o el del día 21, que establecía reglas liberales en la enajenación de bienes particulares, respetando «el Sagrado Derecho de Propiedad», y restringiendo las «atrocidades que se practicaban». El 23 de mayo se emitió el importante decreto que daba garantías a la libertad individual. El príncipe, con tales decretos, anticipaba «los beneficios de una Constitución liberal», que aún estaba por determinarse:

a. que ninguna persona libre (por lo tanto se excluía a los esclavos), pudiese nunca ser presa en Brasil sin orden por escrito de un juez o magistrado, salvo en caso de flagrante delito;

b. que ningún juez expidiese orden de prisión sin proceder culpa o por hechos declarados por leyes anteriores como susceptibles de pena.

c. Que el proceso se incoase dentro de 48 horas, confrontando al reo con los testigos y facilitándole todos los medios para la defensa.

d. Que en ningún caso fuese nadie «lanzado a mazmorra estrecha, oscura o infecta», quedando abolido para siempre «el uso de grilletes, esposas, u otros hierros inventados para martirizar a los hombres que aún no han sido juzgados».

Finalmente, la trasgresión legalmente probada de esas disposiciones acarrearía al responsable la «pérdida de empleo y la inhabilitación perpetua para cualquier otro»[14].

Como puede observarse, las medidas seguían el ideario liberal, eliminando tasas para disminuir el peso del Estado, garantizando la propiedad privada y la libertad individual. Como apuntó Octavio Tarqüinio, el príncipe «Iniciaba su regencia como un gobernante liberal»[15]. Si bien ya antes de la declaración de Independencia el regente había manifestado su intención de proclamarse emperador de Brasil, ante las presiones de las Cortes portuguesas y de los sectores de la elite liberal nativa, decidió convocar en junio de 1822 una Asamblea Constituyente. Esta Asamblea debía encargarse de elaborar las leyes que definiesen y regulasen el nuevo Estado independiente.

Pedro I y la primera Asamblea Constituyente (1823)

El Braganza pretendía excluir de este proceso al «partido liberal-radical». Por eso mismo, en el periodo que medió entre la convocatoria de la Asamblea y su reunión efectiva, los pertenecientes a esta tendencia y los republicanos fueron perseguidos y censurados, cerrando sus periódicos y deteniéndolos o mandándolos al exilio.

En la Asamblea Constituyente, finalmente reunida en Río a partir de mayo de 1823, los líderes de los partidos que apoyaron la declaración de Independencia entendieron que Brasil debía ser gobernado por una monarquía constitucional.

El 19 de junio se fijaron los criterios para definir el cuerpo electoral que debía elegir a los diputados de la Constituyente. Se concedió el derecho de voto a todo ciudadano casado o soltero de más de 20 años, excluyendo a los que recibiesen salario y a los soldados, con la excepción de los contables de casas de comercio, criados de la Casa Real, graduados y administradores de haciendas rurales y fábricas. Quedaban impedidos de votar los religiosos pertenecientes a órdenes religiosas, los extranjeros no naturalizados y los criminales. Los esclavos no existían en cuanto

[14] O. Tarqüínio de Sousa, *A vida de D. Pedro I*, pp. 270-271.
[15] *Ibidem*.

ciudadanos. Podrían votar los analfabetos, entre otras cosas porque en el nuevo Estado independiente muchos miembros de la elite no sabían leer.

La idea de la Asamblea Constituyente tenía su origen en la propuesta de un «Consejo de Procuradores» que presentó José Bonifácio de Andrada en un discurso el 26 de enero de 1822, en el que se daba apoyo por parte de São Paulo al príncipe con ocasión del *Fico*. Viendo que este Consejo de Procuradores no conseguía promover la unión de las provincias ni ofrecer garantías de libertad, un diputado liberal, João Soares Lisboa, propuso la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente. Este diputado, que dejó se ser portugués «por amor a la libertad», tenía un periódico, *O Correio do Povo*, que junto al *Sentinela da Liberdade*, de Cipriano Barata, formaba la extrema izquierda de la Revolución. Soares Lisboa proclamaba que también podía dejar de ser brasileño si la libertad fuese suprimida. Como se sabe, este olvidado personaje murió luchando por ella.

La idea de una Constituyente venía también de la Francia revolucionaria. En principio, Andrada no era favorable a esa iniciativa, considerada peligrosamente liberal. Era una institución muy diferente del Consejo de Procuradores propuesto por él, órgano meramente consultivo, que actuaría «desde lo alto», como él señalaba. El peligro de una Asamblea Nacional era que se arrogase, como de hecho ocurrió, con la encarnación de la soberanía nacional, sobreponiéndose al poder del príncipe. Nótese que ya el 28 de abril de 1822 el propio regente escribió a su padre para que hiciese saber a las Cortes Generales que «la opinión pública, y todo hombre sensato que desee la seguridad y la integridad de la monarquía, [quieren] que haya aquí Cortes Generales de Brasil y particulares en lo relativo al Reino Unido para hacer nuestras leyes municipales»[16].

En el mes de mayo, tras constantes provocaciones de las Cortes de Lisboa, los patriotas liberales, liderados por Ledo y Januário da Cunha Barbosa, entregaron una Representación redactada por ellos en nombre del pueblo de Río de Janeiro al presidente de la Cámara, José Clemente Pereira, que la adoptó. En ella hablaban del «peligro de la recolonización», de la opresión, de la censura y del «menoscabo a la representación brasileña»[17]. En este contexto revolucionario se imponía «hacer saber a Portugal, que se había rebelado, que Brasil tenía el mismo derecho de rebeldía y de establecer un nuevo pacto social»[18]. En la correspondencia con su padre, no obstante, el príncipe se identificaba con la propuesta de un nuevo pacto:

> Brasil, por tanto, compuesto de elementos tan diferentes de los de Portugal, carece de una administración propia, de una legislación que beba en la naturaleza de sus necesidades y circunstancias… Por ello, Señor, en nombre nuestro y de las provincias coaligadas, cuya causa y sentimientos son los mismos, pretendemos y requerimos con la mayor instancia y con la más justa esperanza al título que S. A. Real aceptó de defensor constitucional y perpetuo de Brasil, que para el bien de la prosperidad de los

[16] José Honório Rodrigues, *A Assembléia Constituinte de 1823*, Petrópolis: Vozes, 1974, p. 22.

[17] *Ibid.*, p. 23.

[18] *Ibidem.*

habitantes de este Reino, de la integridad y la grandeza de la monarquía luso-brasileña, de nuestra constitucionalidad *y* de S. A. Real, que se convoque ya en esta corte una asamblea general de las provincias de Brasil, representadas por un número competente de diputados, *que no podrán ser menos de* cien[19].

Estaba abierta la brecha. Hábilmente y con moderación se hablaba del mantenimiento de la unidad luso-brasileña, adaptando a las circunstancias de Brasil las bases constitucionales portuguesas. Los radicales, sin embargo, no aceptaban que se hablara de esa unidad, ni admitían que únicamente se enmendara o reformara la constitución que las Cortes estaban fabricando.

La Asamblea Constituyente de 1823, en la práctica

Fue José Honório Rodrigues quien llamó la atención sobre el hecho de que, por su representación, la Asamblea Constituyente «era y no era aún la independencia». No lo era, al pretender el mantenimiento de la comunicación con las Cortes y la unión con Portugal, pero al mismo tiempo afirmaba que la independencia era «innata a las colonias, como la separación de las familias lo era en la humanidad». Añadía José Honório, «La naturaleza no formó satélites mayores que sus planetas. América debe pertenecer a América, y Europa a Europa»[20]. Se trataba de una precursora tesis americanista pues, como es sabido, la Doctrina Monroe apareció también aquel año. Nada de esto chocaba con los sentimientos del príncipe, satisfaciendo al mismo tiempo las tesis gradualistas de José Bonifácio.

El 3 de junio de 1822, el príncipe Pedro convocaba la Asamblea General Constituyente y Legislativa, en un texto ambiguo:

> para mantenimiento de la integridad de la monarquía portuguesa y justo decoro de Brasil [...] una asamblea *luso-brasiliense* que, investida de aquella porción de soberanía que esencialmente reside en el pueblo de este grande y riquísimo continente, constituya las bases sobre que se deba erigir su independencia, que la naturaleza marcara y de que ya tenía posesión, y su unión a todas las otras partes integrantes de la gran familia portuguesa, que cordialmente desea[21].

El 19 de junio, Andrada firmaba las instrucciones para la elección de los diputados, basadas en el principio de la separación entre población libre y esclava, como sería adoptado por el artículo 97 de la Constitución del Imperio. Tal como ocurría en las elecciones coloniales no se excluía a los analfabetos, que sólo serían sacados del proceso por la Ley Saraiva de 1881.

El mismo día 19 de junio D. Pedro escribía a su padre informando de la ruptura con las Cortes portuguesas. La noticia tuvo escasa repercusión en Portugal, donde se

[19] *Ibidem*.
[20] *Ibid*., p. 4.
[21] *Ibid*., pp. 24-25.

consideraron inocuas tales medidas: «nulo, y sin efecto el decreto de 16 de febrero», que convocaba el Consejo de Procuradores, del mismo modo que la disposición del 3 de junio, que convocaba la Constituyente, ya que tal acto excedía «la autoridad de quien lo promulgó, y era contrario a la voluntad general del pueblo de Brasil, representado en este congreso». Se criticaba también «la anulación del pacto establecido por la voluntad general» y se denunciaba que se extendieran así las «semillas de la anarquía»[22].

A estos requerimientos, José Bonifácio respondió en la práctica aumentando la representación de todas las provincias que habían mandado diputados a Cortes: la de Río pasaba de 5 a 8, la de Pernambuco de 8 a 13, la de São Paulo de 7 a 9. Para establecer estas cifras, se basó en el censo de 1819, elaborado por el juez *desembargador* Veloso de Oliveira.

Los diputados de la Constituyente: número y calidad

La representación a la Constituyente en Brasil era muy superior a la de las Cortes, en varios sentidos. Veamos.

La delegación de Río de Janeiro en las Cortes de Lisboa era muy débil, pues sus mejores figuras percibieron que debían quedarse en Brasil, donde se jugarían los asuntos más importantes. Lo mismo ocurrió con los delegados *mineiros*, entre los cuales había grandes nombres que destacarían en la historia del Imperio[23].

El grupo bahiano era notable. De los diputados a Cortes sólo fue reelegido Cipriano Barata, que al no ocupar su escaño fue sustituido por José da Silva Lisboa, una de las figuras más señeras de la Constituyente. Otros nombres destacados de este grupo fuerte y con talento fueron Carneiro de Campos y Carvalho de Melo, dos grandes juristas; Ferreira França y Montezuma (Gê Acaiaba), muy combativos, además del ya citado Felisberto Caldeira Brant y Miguel Calmon. São Paulo había enviado al mejor grupo a las Cortes de Lisboa. En el que envió a la Asamblea figuraba Feijó, pero contaba con José Bonifácio de Andrada e Silva, Antônio Rodrigues Veloso de Oliveira y José Arouche de Toledo Rendon, todos muy superiores a los anteriores. Otros miembros destacados fueron el liberal moderado Muniz Tavares, revolucionario de 1817 e historiador de la Revolución y Pedro de Araújo Lima, futuro marqués de Olinda y regente único.

En conjunto, había en la Asamblea 16 curas, 2 matemáticos, 2 médicos, 2 funcionarios públicos y 7 militares, aunque la gran mayoría la constituían graduados

[22] *Ibid.*, pp. 25-26.

[23] La Memoria de la Constituyente fue compilada en 1862 por Francisco Ignácio Marcondes Homem de Mello (1837-1902), bajo el título *A Constituinte perante a História*, Brasilia: Senado Federal, 1996. Homem de Mello, personaje de la vida política e intelectual del Imperio, nació en Pindamonhangaba, se licenció en Derecho en São Paulo en 1858, fue profesor, historiador y presidente de las provincias de São Paulo, Ceará, Rio Grande do Sul y Bahía, además de diputado y ministro de Negocios del Imperio en el Gabinete Saraiva.

en Derecho y jueces. El obispo José Caetano da Silva Coutinho fue el primer presidente.

En lo que se refiere a la asistencia a las sesiones, al comienzo eran pocos los que las frecuentaban, una media de 50, habiendo momentos en que no se alcanzaron los 51 del *quorum*. Según José Honório Rodrigues, en su importante estudio *A Assembléia Constituinte de 1823*:

> El problema es que, a pesar de haberse propuesto 100 diputados, tan sólo fueron elegidos 90, a causa de las disidencias de Maranhão, Pará y Piauí. Aún así hubo días de gran asistencia, sobre todo al final, con 75 y 73 presentes, mientras que en los días 11 y 12 de noviembre, en el auge de la crisis de disolución, el número cayó a 64, cuando la víspera habían asistido 75. La comisión de Constitución, [...] ordenó que en todas las materias el mínimo fuese de 51 votos y no de 46[24].

La apertura: «mostrando al mundo que es imperio»

Tras algunas reuniones preparatorias, se fijó finalmente el día 3 de mayo de 1823 para la apertura de la Asamblea. El ambiente era festivo aquel día, con cortinas de seda y bordados en los balcones de las casas, escarapelas y hojas aromáticas en el camino por el que pasaría Pedro con Leopoldina y Maria da Glória, desde el Palacio de São Cristovão en dirección al Palacio de las Cortes. El cortejo estaba compuesto por 10 coches, con los grandes del Imperio, criados y oficiales de la Casa Imperial además de los ministros de Estado.

El emperador entró descubierto en la sala de sesiones, siendo la corona y el cetro conducidos por sus oficiales, depositados en una mesa a la derecha del trono. A continuación se dirigió a los presentes:

> Es hoy el día más importante de los que ha tenido el pueblo de Brasil, día en el que él, por primera vez, comienza a mostrar al mundo que es imperio, e imperio libre. Cuán grande es mi placer, viendo juntos a representantes de casi todas las provincias, haciendo conocer unas a otras sus intereses, y basando en ellos una constitución justa y liberal para que los rija[25].

En su discurso, el joven emperador criticó el colonialismo y el indigno nombre de «colonia», exaltó a su padre, amonestó a las Cortes, habló de la situación económica y financiera, mencionó a los tres poderes (sin mencionar el Poder Moderador) y manifestó una opinión que crearía enseguida polémica y repulsa entre los liberales:

> Como emperador constitucional, y muy principalmente como defensor perpetuo de este Imperio, dije al pueblo el día primero de diciembre del año pasado, en que fui

[24] J. H. Rodrigues, p. 29. José Honório no siempre libró a algunos constituyentes de su juicio. Lopes Gama, por ejemplo, «era servil y fue ejemplo de cipayo» (p. 28).

[25] *Ibid.*, p. 32.

> coronado y consagrado, que con mi espada defendería a la patria, a la nación y a la constitución, si fuese digna de Brasil y de mi[26].

Esta cláusula restrictiva fue reforzada con la penúltima frase: «Espero que la Constitución que hagáis merezca mi imperial aceptación, y sea tan sabia y tan justa como apropiada a la tierra y a la civilización del pueblo brasileño»[27].

Le respondió con firmeza el presidente de la Asamblea, el obispo de Río de Janeiro, Silva Coutinho, hablando del «Brasil civilizado», que «ya no podía constituirse ni organizarse perfectamente si no fuera adoptando reglas y estableciendo garantías, y creando las instituciones políticas que han dado la felicidad y la opulencia a los pueblos más ilustrados del mundo». Cerró su discurso haciendo alusión a la separación de poderes: «La distinción entre los poderes políticos es la base primaria de todo el edificio constitucional; estos poderes se hallan ya distinguidos en el augusto recinto de esta sala; la sabiduría colectiva de la nación; la autoridad constituyente y legislativa; el jefe del poder ejecutivo»[28].

En suma, fue éste el momento fundador de la vida parlamentaria brasileña, del primer intento de institucionalización del liberalismo en la vida política de Brasil y del nacimiento del derecho constitucional en el país. El Parlamento brasileño nació así el 3 de mayo de 1823.

La obra legislativa

> El río Tieté bien vale el Mondego.
>
> Fernandes Pinheiro, diputado constituyente

Para hacer funcionar la Constituyente se crearon 16 comisiones, entre otras las de regimiento, Constitución, minas y bosques, justicia, instrucción pública, política interna o salud pública.

La labor legislativa fue importante, si tenemos en cuenta los 38 proyectos de ley, más el de reglamento interno, el proyecto de Constitución, las 147 propuestas y los 238 pareceres de los diputados y de las comisiones. José Honório Rodrigues destaca la «contradicción existente entre la caducidad de las instituciones legales, determinada por la revolución y por la inexistencia de predecesores en la propia Casa Reinante, y la creación de lo nuevo», el Estado-nación brasileño. «D. Pedro, nieto de 27 reyes, tuvo que abdicar de toda su ascendencia para comenzar todo de nuevo en Brasil»[29].

[26] *Ibid.*, p. 33.
[27] *Ibidem.*
[28] *Ibid.*, p. 34.
[29] *Ibid.*, pp. 48-49.

Durante las reuniones de la Asamblea se oyeron discursos notables, inspirados por Mirabeau y por otros revolucionarios franceses (en general liberales moderados, monárquicos constitucionalistas), como la intervención de Carneiro de Campos, que fue sin duda el más importante conocedor del Derecho Público de su tiempo. En palabras del diputado:

> Nosotros no somos salvajes, venidos desnudos de las orillas del Orinoco a formar una sociedad. Estas palabras de Mirabeau tienen una gran aplicación al estado en que nos encontramos, cuando para semejante fin nos congregamos en este recinto. Ya entonces habíamos ajustado y firmado nuestro pacto social, ya formábamos una nación; sólo nos restaba especificar las condiciones indispensables para hacer fructífero aquel pacto, estable y firme. Si toda la legislación que vino de Portugal estaba caduca, la Asamblea podría legislar por eso mismo que no éramos salvajes, ni estábamos despojados de toda forma de disciplina política y social. Legislar autorizando las leyes antiguas, o creando nuevas. Esa es la función legislativa de la Asamblea [...] no se puede hacer todo solamente con la negación del pasado[30].

En las reuniones se discutió sobre todos los asuntos: de amnistía a las sociedades secretas (como la masonería), del Consejo de Procuradores de la Provincia, de la naturalización de portugueses, de política proteccionista y libertad de comercio, de libertad de prensa, de la ley marcial o de la prohibición de tener otros empleos junto con el de diputado. Respecto a la temática que nos interesa más de cerca, la de la formación de los cuadros para el nuevo Estado, hubo una iniciativa de Fernandes Pinheiro proponiendo la creación de una universidad en São Paulo para formar ciudadanos hábiles para los empleos del Estado. En cierto modo se rompía así con Coimbra pues, en su opinión, «el Tieté bien vale el Mondego»... La influencia de la Ilustración encontraba reflejo en la propuesta del bahiano José da Silva Lisboa, cuando hablaba de crear un «sistema en la Roma americana [Río]», a partir de una Universidad de Ciencias, Bellas Artes y Letras.

Se discutió también sobre la creación de un Instituto Brasílico, con cátedras de Derecho, aunque la propuesta no tuvo apoyo. Por la Asamblea rondaba un temor latente, sobre todo cuando las discusiones giraban en torno a qué hacer con los esclavos libertos, en debates en los que participaron diputados de la talla de Muniz Tavares, Silva Lisboa y Maciel da Costa. El miedo al ejemplo de la revolución de Haití determinaba un límite histórico y concreto a las utopías liberales y republicanas.

En síntesis, dentro de la Asamblea Constituyente de 1823 se pudo ver una lucha feroz entre el «partido brasileño» y el «partido portugués», que sustentaban intereses divergentes. El «partido brasileño», como vimos, representaba a los propietarios rurales y los funcionarios; el «partido portugués», por su lado, representaba a los comerciantes portugueses. Por encima de esta disputa de intereses afloraba la amenaza de la recolonización. A causa de ello, algunos representantes en la Asamblea adoptaron posturas antiportuguesas, estando la lusofobia presente en todas las grandes luchas

[30] *Ibid.*, p. 90.

desencadenadas hasta mediados del siglo XIX en Brasil. Se hizo constante el odio popular contra el comerciante portugués, que encarnaba la presencia más visible de la antigua metrópoli. La Asamblea tuvo que enfrentarse además a otro desafío: el emperador era portugués, lo que desagradaba a una parte de los diputados y de la población en general.

Entre las principales propuestas de la Asamblea Constituyente de 1823 figuraba la de que el emperador, jefe del Poder Ejecutivo, tendría sus poderes limitados por la Constitución. El Poder Legislativo sería ejercido por la Cámara de Diputados, y ésta no podría ser disuelta por el monarca. El Ejército quedaría sometido al Parlamento. La libertad económica sería asegurada por la Constitución y se mantendría la esclavitud, con la garantía del reconocimiento de los *contratos* entre los señores y sus esclavos.

Como era de esperar, el «partido portugués» se manifestó en contra de este proyecto de Constitución elaborado por la Asamblea. Sus intereses colonialistas ya habían sido heridos por la adopción de la libertad económica. Ahora la Constitución permitiría el comercio con cualquier nación. Los miembros de esta tendencia eran claramente absolutistas y no admitían que el poder del emperador fuese controlado por el Parlamento. Los «liberales-radicales» presentes en la Asamblea también estaban descontentos pues pretendían que el proyecto incorporase medidas que garantizasen profundos cambios en la sociedad. Pedro I aprovechó el descontento de estos grupos antagónicos e irreconciliables y cerró la Asamblea en noviembre de 1823. Los diputados liberales radicales o reformistas fueron presos y desterrados. Parecía imposible construir un nuevo país en el Atlántico Sur dentro de la norma liberal más avanzada. El pasado estaba aún demasiado presente.

José Bonifácio de Andrada y la sociedad civil en los trópicos

> La *sociedad civil* tiene como base primera la justicia, y por fin principal la felicidad de los hombres. Pero, ¿qué justicia tiene un hombre para robar la libertad de otro hombre y, lo que es peor, de los hijos de este hombre, y de los hijos de estos hijos? […][31].
>
> El derecho de propiedad fue sancionado para el bien de todos[32].
>
> Los brasileños emprenden mucho pero acaban poco[33].
>
> José Bonifácio de Andrada e Silva, 1823

A pesar de ser reformista y monárquico constitucional, fue Andrada quien presentó en la Constituyente el proyecto más importante y radical, referente a la abolición del tráfico y de la esclavitud, revelando así su grandeza de estadista. Se

[31] En M. Dolhnikoff, *José Bonifácio*, p. 60.
[32] *Ibidem*.
[33] *Ibid*., p. 184.

podría decir mucho también de su proyecto sobre los indios y de su acción diplomática, que lo califica como fundador de la política exterior brasileña, como ya vimos. Hombre de la Ilustración, lector de Rousseau, Dante y Milton, avanzado para su tiempo, fue rápidamente colocado fuera de la Historia, siendo borrada su imagen por la mentalidad atrasada del Segundo Reinado. Los principales problemas que puso sobre la mesa aún esperan respuesta, como la reforma agraria, la construcción de la sociedad civil y la educación.

Crear una sociedad civil en los trópicos constituía (y constituye) una tarea complicada, pues Brasil era una colonia de explotación y no de poblamiento, como lo fueron algunas de las colonias inglesas de América del Norte (después República de los Estados Unidos de América), y eso quedó fijado de forma indeleble en la historia social y de las mentalidades brasileña.

Andrada, buen conocedor del mundo de la política, tenía una clara noción de las dificultades de la construcción en el Atlántico Sur de un nuevo país. Él sabía que para formar una «Nación», se requiere un «pueblo» y una «identidad nacional», con cierta homogeneidad étnica y cultural. José Bonifácio, atento a las ideas de su tiempo, como las de Fichte o Goethe, se preocupó desde principios del siglo XIX por la definición de esa «identidad cultural» brasileña, que él creía que era, ante todo, mulata.

Componente indisociable de la Cuestión Nacional, la temática de la identidad sería discutida de nuevo muchas veces, en coyunturas de redescubrimiento de la «nacionalidad», tanto por historiadores como por ideólogos y críticos de la cultura del siglo XX como Euclides da Cunha, Caio Prado Júnior, Gilberto Freyre y Florestan Fernandes.

En el Brasil de la Independencia, José Bonifácio se anticipaba a Rondon y también a Freyre cuando afirmaba que

> el mulato debe ser la raza más activa y emprendedora, pues reúne la vivacidad impetuosa y la robustez del negro con la movilidad y la sensibilidad del europeo; pues el indio es de naturaleza melancólica y apática, estado del que no sale si no es por gran efervescencia de las pasiones, o por la embriaguez; su música es lúgubre y su danza más perezosa y falta de movimientos que la del negro[34].

Esto explica por qué sus textos principales –los más coherentes en términos de un *programa* y de una teoría del Brasil en todo el siglo XIX– versan sobre los indios y los negros en la antigua colonia. Para Andrada, mente ilustrada que conoció París durante la Revolución Francesa, era imprescindible eliminar el cáncer de la esclavitud y redefinir el papel del elemento nativo, que para él era el más auténticamente «nacional». En su teoría, la ecuación de los dos temas está asociada a la *cuestión de la tierra*.

[34] *Ibid*., p. 126.

La cuestión de los indios, según José Bonifácio

La cuestión indígena ocupa un importante espacio en las teorías de José Bonifácio. Aunque el título de su estudio no fuera pretencioso, *Apontamentos para a civilização dos Índios bravos do Império do Brasil* (1823)[35], el diputado paulista proponía, en su vigorosa intervención, una serie de medidas avanzadas y bien articuladas para el país, definiendo el espacio político y geográfico y el método de educación y de participación social del indígena en la construcción de la nueva sociedad. En síntesis, se trata de una metodología para su integración. El naciente Estado brasileño ensayaba, a través de la acción de Andrada, los primeros pasos en la no resuelta cuestión social y étnica. Aunque reaccionaba sin una estructura predefinida, intentaba librarse de concepciones, amarras, mentalidades y métodos tacaños del Antiguo Régimen. El documento de Andrada tuvo incluso importancia en periodos más actuales. En 1910, el joven teniente-coronel Cândido Mariano Rondon, al inaugurar el Servicio de Protección al Indio, retomó las ideas propuestas por José Bonifácio sobre la civilización de los indígenas. Rondon se inspiraba en las tesis de los republicanos positivistas que revalorizaron el papel de los Andradas en la Independencia.

El diputado Andrada, político hábil, intentaba también mostrar a las poblaciones autóctonas, en aplicación de su política, la superioridad «de las altas ideas de nuestro poder». Para impresionarlos intentaba demostrar la superioridad de una cultura que utilizaba «máquinas eléctricas y aparatos precisos», o que contaba con las «experiencias más bellas y curiosas de la electricidad, de los fósforos o del gas inflamable». La idea era convencerlos de la superioridad de los blancos a través de las innovaciones científicas y no con carabinas y trabucos.

La obra *Apontamentos…* está dividida en dos partes. Siguiendo su teoría racionalista, primero constata los problemas y después propone soluciones. En la primera parte presenta una serie de comentarios sobre la complejidad de la política indigenista y las dificultades de aplicación de las medidas que iba a proponer. En la segunda, desarrolla 44 propuestas para la «rápida y sucesiva civilización de los indios, que la razón y la experiencia han enseñado». Conforme a la filosofía de las Luces, Andrada expone con criterio y lógica, con una visión marcada por el humanismo científico, basado en la razón y en la experiencia de la idea de progreso, tal como se ve en Voltaire. José Bonifácio rechaza los falsos principios cristianos, «corrompidos», para atraer a los nativos («porque, con el pretexto de hacerlos cristianos, les hemos causado y causamos muchas injusticias y crueldades»). Al recordar el diálogo entre un francés y un carijó, narrado por el notable calvinista Jean de Léry en el siglo XVI, Andrada concluye que no les falta «a los indios bravos la luz natural de la razón».

En cuanto a los esclavos africanos, consciente de su papel en la construcción del nuevo orden, el diputado observa que los negros de África, a pesar de tener contacto desde hace siglos con los europeos, están «casi» en el mismo «estado de barbarie» que «nuestros indios de Brasil». Algo de Rousseau se percibe en su teoría de las civilizaciones y de las culturas. En su opinión «el hombre en estado selvático, y mayormente el

[35] Disponible en: <www.obrabonifacio.com.br/principais_obras>. Excepto indicación explícita, las citas de esta parte, con grafía actualizada, se refieren a esta obra.

indio bravo de Brasil, es un ser perezoso». Tesis radical. Aquí nace su curiosa antropología, que haría escuela en el Brasil del siguiente siglo, según la cual se constata que el indígena puede establecerse en terrenos de caza y pesca abundante, con frutos silvestres, viviendo cómodo todos los días «sin los melindres de nuestro lujo».

Decía Andrada que no se podía llegar a la conclusión de que fuera imposible convertir a los bárbaros en hombres civilizados, pues «cambiadas las circunstancias, se cambian las costumbres». Indicaba la existencia de «diferentes razas de indios», que vivían en diferentes niveles, existiendo algunas aisladas, sin comunicación. Otras, siguiendo el ejemplo de las naciones civilizadas, ya habían realizado «algunos procesos sociales», como los tupiniquines y los potiguares de Pernambuco, Itamaracá y Paraíba, grandes labradores, y los carijós de la laguna de los Patos, que ya tenían casas bien cubiertas y defendidas del frío, y que, sobre todo, ya no comían carne humana…

José Bonifácio, influenciado por la ideología pombalina, muestra el equívoco de los jesuitas en relación a los indígenas, en sus misiones de Paraguay y de Brasil. Más habrían hecho «si su sistema no fuera el de separarlos de la comunicación con los blancos», o el de gobernarlos por medio de una «teocracia absurda e interesada». Constata, no obstante, citando a Nóbrega, la facilidad con que se conseguía todo de ellos con el evangelio en una mano y con regalos, música «paciencia y buenos modos» en la otra. Y concluye, en una tesis que lo sitúa cerca de Rousseau: «el hombre primitivo no es bueno ni malo por naturaleza, es un mero autómata, cuyos muelles pueden ser puestos en acción por el ejemplo, la educación y los beneficios». Una vez más, habla el científico ilustrado: «Newton, si naciera entre los guaraníes, no sería más que un bípedo que pisó la superficie de la Tierra; pero un guaraní criado por Newton tal vez ocupase su lugar».

Finalmente, antes de presentar las 44 medidas para la civilización de los indios[36], recuerda la institución del Directorio, creado por José I en 1755, que representó una mejoría para los nativos, pero que aún los mantenía en situación de «minoría de edad, obediencia monacal, ignorancia y vileza». Ante esto se pregunta, irritado: «¿Dónde están las escuelas que [el marqués de Pombal] mandó crear en cada poblado?».

José Bonifácio y la cuestión de la esclavitud

¡Tema Brasil que se formen nuevos Palmares de negros![37].

José Bonifácio de Andrada e Silva

Radical en sus ideas, mucho más incluso que Thomas Jefferson, José Bonifácio organiza y justifica todo su proyecto redefiniendo el concepto de *propiedad*, apartándolo de la ideología colonialista-esclavista dominante en la época:

[36] Ver las 44 propuestas para la integración de los indios en la compilación de M. Dolhnikoff, *José Bonifácio*, o en la dirección de internet mencionada en la nota 1 de este capítulo.

[37] *Ibid.*, p. 88.

> «No se engañen, señores, la propiedad fue sancionada para bien de todos, pero ¿cuál es el bien que saca el esclavo de perder todos sus derechos naturales, y de pasar de ser persona a cosa, en la frase de los jurisconsultos? No es el derecho de propiedad, que se quiere defender, sino el derecho de la fuerza, puesto que el hombre, no pudiendo ser cosa, no puede ser objeto de propiedad[38].

Antes de presentar una serie de medidas para la abolición gradual, el diputado, pragmático, enfatiza:

> Vuelvo a decir que no deseo ver abolida de repente la esclavitud; tal acontecimiento traería consigo grandes males. Para emancipar esclavos sin perjuicio de la sociedad, es necesario hacerlos primero dignos de la libertad: es necesario que seamos forzados por la razón y por la ley a convertirlos gradualmente de viles esclavos en hombres libres y activos[39].

Con el paso del tiempo, en opinión del Patriarca, serían puestos en circulación capitales muertos, que no eran absorbidos por el sistema esclavista, librando a las familias del mal ejemplo y de la tiranía y al Estado de sus enemigos, de la gente que «hoy no tiene patria, pero que pueden llegar a ser nuestros hermanos y nuestros compatriotas»[40].

De esta forma, los conceptos de ciudadanía, patria, propiedad, fraternidad, libertad, inmigración y miscegenación delinearían los contornos de la nueva idea de Estado-nación independiente, sustentado por una sólida *sociedad civil*. Que se dejase atrás el pasado… Lo que no ocurrió, pues los intereses de los comerciantes negreros (apoyados por la Corona), asociados a los intereses de los grandes propietarios de tierras que utilizaban el trabajo esclavo y que veían cómo renacía su fuerza con el crecimiento de la economía cafetera, consiguieron sacar a José Bonifácio de la escena histórica brasileña. Monárquico y constitucionalista severo, la figura más importante y visible de la joven nación (tanto cuanto Benjamin Franklin, *the Doctor* en los Estados Unidos), el sabio político fue apeado del poder, humillado y exiliado con poquísimos recursos financieros en Talence, en los alrededores de Burdeos.

Se logró la Independencia, pero los esclavos y los indios continuarían en el limbo de su «incorregible barbarie», sin saber exactamente cuál era su lugar en el mundo que el portugués creó…

José Bonifácio de Andrada, releído hoy, hace pensar en los caminos impracticables hollados por la sociedad brasileña a lo largo de su historia.

La disolución de la Asamblea Constituyente

El mejor análisis de la primera Constituyente y de su disolución fue escrito por José Honório Rodrigues en páginas antológicas. Para el historiador de la Independencia el

[38] *Ibid.*, p. 60.
[39] *Ibid.*, pp. 62-63.
[40] *Ibid.*, p. 63.

antagonismo entre portugueses y brasileños se agudizó por la cuestión del bloqueo de las remesas de capitales de difuntos y ausentes a Portugal, lo que debería liberar para uso brasileño una gran cantidad de recursos. En la cuestión se dirimían enormes intereses económicos portugueses.

Surgió en ese contexto la figura reaccionaria de Maciel da Costa (brasileño y acólito de Pedro I), que, estando incluso en la presidencia de la Asamblea, amenazó con su disolución, lo que consiguió… Todo este clima aumentó la desconfianza hacia los portugueses, conformándose al mismo tiempo el grupo económico que presionaba fuertemente para que José Bonifácio fuese destituido. Se hacía cada vez más evidente que la Asamblea no podría avanzar en la revisión de la legislación protectora de los portugueses.

Según José Honório Rodrigues existían importantes recelos sobre el nacionalismo económico que los Andradas y sus aliados defendían en la Asamblea. Éstos se enfrentaron a la llamada *clique portugaise*, formada por Maciel da Costa, Carvalho de Melo y otros diputados ligados a Pedro I. Los debates y las escaramuzas, que a veces contaron con una fuerte presión popular (con presencia de cerca de mil personas), llevaron a la disolución de la Asamblea General y Constituyente el 12 de noviembre de 1823. Este hecho acarreó, según Rodrigues, «la arbitrariedad de la Constitución otorgada, que por mejor que fuera, contribuyó entre 1823 y 1826 al enflaquecimiento del espíritu público, la debilidad moral del pueblo y la reducción del civismo político»[41].

La Carta Constitucional otorgada (1824)

Después de la disolución de la Asamblea Constituyente, el emperador creó una comisión, con el nombre de Consejo de Estado, para elaborar una Carta Constitucional. Obviamente, los representantes del «partido brasileño» no vieron con buenos ojos la iniciativa de Pedro I. Temían que el emperador concentrase todos los poderes, acabando con la autonomía de que disfrutaban desde el fin del periodo colonial. Esta acción hizo más profunda la distancia entre el emperador y la elite de propietarios locales. El «partido portugués», por su parte, apoyaba las ambiciones absolutistas de Pedro I. Sus miembros esperaban que el emperador ocupase el trono portugués, reunificando las dos coronas.

La Carta elaborada por el Consejo de Estado reprodujo posiciones inspiradas en constituciones europeas de la época. Como ellas, la otorgada por Pedro I en 1824 era incompatible con el republicanismo democrático, pero no con el liberalismo. El documento reforzaba el poder del emperador, con la creación del Poder Moderador, que permitía al monarca disolver la Cámara, movilizar las fuerzas armadas de mar y tierra, elegir a los senadores a partir de una terna, nombrar a los ministros de Estado, sancionar o vetar las leyes emanadas del Poder Legislativo, establecer el Consejo de

[41] J. H. Rodrigues, *A Assembléia*, p. 199. José Honório evoca la conclusión de Barbosa Lima Sobrinho: «La función histórica de la Constituyente fue únicamente la de contemporizar», p. 16.

Estado para asesorarlo, nombrar jueces y designar a los presidentes de las provincias. La Constitución establecía también un sistema de elecciones indirectas en dos niveles, esto es, un colegio de electores elegía a aquellos que votarían a los diputados. El voto era censitario: sólo los propietarios podían votar.

La Constitución de 1824 instituyó una monarquía liberal de fachada, parlamentarista y centralizadora, siguiendo los principios del liberalismo monárquico de la Restauración[42]. A pesar de ello abrazaba los preceptos del liberalismo económico amplio y sin restricciones. El respeto a la libertad de prensa y de opinión estaba incluido en la Constitución, aunque tales derechos no fueran respetados durante el reinado de Pedro I.

La Constitución daba al emperador el Derecho de Patronato, que había sido ejercido por los reyes de Portugal, con lo que los sacerdotes se convertían en funcionarios del gobierno. En pocas palabras, el estado pagaría las cuentas de la Iglesia y mantendría la estructura eclesiástica. A cambio, la Corona recaudaba el décimo. Con el mantenimiento de las órdenes religiosas, la Iglesia continuaba desempeñando su papel de responsable de la educación de la población durante todo el periodo en que duró el régimen imperial, así como las funciones de registro civil de los súbditos, realizando matrimonios, bautismos y enterrando a los muertos.

El nuevo Imperio a prueba: la insurrección de 1824 en el nordeste

> Una constitución no es otra cosa que el acta del pacto social que los hombres hacen entre sí, cuando se juntan y se asocian para vivir en reunión o en sociedad[43].
>
> Fray Joaquim do Amor Divino Rabelo e Caneca, 1824

Una vez promulgada, la Constitución fue enviada para su ratificación por los Consejos de las provincias del Imperio. El carácter centralizador de la Carta fue ampliamente criticado por los representantes de los poderes locales, interesados, como vimos, en mantener algún grado de autonomía. Las Cámaras Municipales perdían sus poderes, transferidos al gobierno central.

La reacción más importante contra la Carta otorgada por Pedro I se produjo en las provincias del nordeste. En ellas se registraban los mayores ingresos por aduanas, aunque no fuesen las que consumían la mayor parte de los productos importados. De hecho, era la corte de Río la responsable del aumento del consumo de estos bienes, entre otras razones porque la población había crecido significativamente. Antes

[42] Véase Fernando A. Novais & Carlos G. Mota, «O processo ideológico», en *A Independência política do Brasil*, 2.ª ed., São Paulo: Hucitec, 1996, en que se retoma la tesis expuesta por Vicente Barreto en *A ideologia liberal no processo de Independência (1789-1824)*, Brasilia: Câmara dos Deputados, 1973.

[43] Fray Joaquim do Amor Divino Rabelo e Caneca, «Crítica da constituição outorgada», en Antônio Paim, intr., y Celina Junqueira, pres., *Ensaios políticos*, Río de Janeiro: Documentário/PUC, Brasilia: Conselho Federal de Cultura, 1976.

de la llegada de la corte portuguesa en 1808, Río de Janeiro tenía aproximadamente 50.000 habitantes. En 1818, la población de la sede del gobierno se elevaba a 110.000 habitantes.

Cada vez que el gobierno central se veía en dificultades financieras recurría a las provincias, decretando nuevos impuestos. En 1821, el gobierno de Río se vio en serias dificultades, pues las principales provincias exportadoras, entre ellas Pernambuco, suspendieron la remesa de los impuestos recaudados para el gobierno central. Por ello, una de las grandes preocupaciones del gobierno imperial fue la de regular la recaudación de impuestos y tasas, con el fin de garantizar los ingresos del Estado independiente.

En esta coyuntura, las provincias fueron presionadas por el poder central, sobre todo las más productivas y con mayor presencia en el mercado internacional, lo que deterioró sus relaciones con el gobierno imperial, cuya compleja máquina político-administrativa, junto con la costosa corte, eran insaciables desde el punto de vista financiero y fiscal. Las grandes insurrecciones del periodo de la Regencia explicitarían tantos y tan variados descontentos originados por esas presiones.

La Confederación republicana aplastada: el nordeste en 1824

Una nueva *revolución republicana y separatista* estalló en 1824, en el nordeste brasileño, contra el modelo autocrático-imperial de Pedro I. Era la revolución de la Confederación del Ecuador. La proclamación de la Confederación mostraba que las aspiraciones y los proyectos republicanos y federalistas de los revolucionarios de 1817 aún estaban vivos.

El objetivo era crear una república federal formada por las provincias del nordeste de Brasil. Los motivos inmediatos que provocaron la revolución fueron la política de corte absolutista de Pedro I, la disolución de la Asamblea Constituyente, el intervencionismo del poder central en las presidencias de las provincias y la promulgación, en 1824, de la Carta otorgada. Los líderes políticos del nordeste consideraron estas medidas como actos explícitos de despotismo. En 1824 las elites pernambucanas entraron en una dinámica de colisión violenta con el centralismo imperial, al no aceptar al presidente de la provincia nombrado por el emperador. En julio de 1824, las elites pernambucanas reaccionaron contra el intervencionismo del gobierno central y proclamaron la Confederación del Ecuador. En poco tiempo, los antagonismos entre la elite local y el poder central se transformaron en una revuelta social que movilizó a las clases populares. La rebelión republicana contra el gobierno imperial duró 79 días y tuvo repercusión internacional. Los revolucionarios luchaban por una república independiente, con un régimen federal que estaría constituida por las provincias de Pernambuco, Ceará, Paraíba y Río Grande do Norte.

Fray Caneca, que ya participó en la insurrección de 1817, seguía atentamente en Recife las luchas por la emancipación de las colonias españolas. En julio de 1824 escribía en su periódico:

> Todos saben que la América del Sur está toda libre: Buenos Aires, Chile, Colombia, México y otras provincias no tienen un solo soldado español. [...] Cualquiera que sea la forma de gobierno que adopten, la independencia es segura. Inglaterra y Estados Unidos gritan fuera, fuera; tanto más cuanto que una planta llamada Iturbide no se puede aclimatar en el terreno de aquellos Estados. Es por eso, Sr. Redactor, para dar rabia a la *Estrella* y a la *Pernambucana* por lo que ruego a vuesa merced que quiera dar un lugar en su periódico a estas pocas líneas de un su Amigo Liberal. Cautela, unión, valor constante. Andar así, es buen andar.
>
> Fray Joaquim do Amor Divino Caneca, playa de Boa Viagem, jueves, 1º de julio de 1824[44]

Una de las primeras medidas tomadas por los revolucionarios fue la abolición del tráfico de esclavos en el puerto de Recife. Esta actitud provocó, de forma similar a lo que ocurrió en 1817, las primeras desavenencias en el grupo revolucionario. Algunos de los participantes eran propietarios de tierras que dependían del trabajo esclavo y que, por este motivo, abandonaron la sublevación. Una vez que algunos miembros de la elite local se echaron atrás, el movimiento quedó bajo la dirección del intendente-general de la Marina, el comerciante Paes de Andrade, y del carmelita Fray Caneca. Este comportamiento contradictorio de las elites pernambucanas se repitió muchas veces durante las rebeliones que caracterizaron el periodo de la Regencia (1831-1840) y reaparecería en 1848, en la *Revolução Praieira.*

Los revolucionarios reclutaron tropas para resistir a las fuerzas imperiales. Hubo una intensa participación de la población en las «brigadas populares». La mayoría de los hombres libres se levantó en armas para repeler al enemigo, identificado con los comerciantes portugueses, que se convertirían en las víctimas principales de la ira popular. Las masas urbanas asaltaron y destruyeron las tiendas y los bares lusos a los gritos de «¡Matad a los marineros!».

Paralelamente, en Río de Janeiro, el gobierno central organizó la represión del movimiento, para lo que contó con el auxilio de préstamos y mercenarios ingleses. El almirante Cochrane, contratado por el nuevo Imperio, participó activamente en la represión. Las fuerzas terrestres fueron comandadas por el general de brigada Lima e Silva, padre del futuro duque de Caxias, figura decisiva en el episodio de la abdicación de Pedro I, ocurrida en 1831.

Tras cuatro meses de luchas, los revolucionarios se rindieron en Ceará, último reducto de la Confederación. Los líderes del movimiento fueron juzgados por las autoridades imperiales y ahorcados. Fray Caneca fue fusilado. A pesar de la brutal represión contra la Confederación, las ideas democráticas y republicanas siguieron estando profundamente arraigadas en la población pernambucana.

Tras estos acontecimientos, el emperador se volvió cada vez más impopular, rodeado de auxiliares portugueses que habían permanecido en Brasil tras la salida de João VI. Los intereses de los comerciantes de esclavos y las constantes amenazas

[44] Extraído de *O Typhis Pernambucano*, Recife, pp. 215-216, edición conmemorativa del 160º aniversario de la Confederación del Ecuador, Brasilia: Senado Federal, 1984.

de recolonización provocaron fuertes reacciones por parte de diversos sectores de la sociedad, descontentos con el gobierno imperial. El episodio de 1824 fue el preludio a la abdicación en 1831.

El significado de la Constitución de 1824

Si la Confederación del Ecuador establece los límites de la Revolución, la Constituyente de 1823 y la Constitución de 1824 representan un *tournant* en la Historia del Imperio Brasileño. La historiografía muestra un interés creciente en relación a las matrices político-ideológicas de la Carta de 1824. Entre los estudios sobre su contexto histórico, destacan los comentarios de Raymundo Faoro, en *Os donos do poder*, su clásico libro. La caída de los Andradas (en julio de 1823), según el historiador-jurista:

> Modifica el guión político, pero no rompe el molde trazado por ellos. No subieron al poder los ultraliberales, lo que permitiría a los caídos, desde la oposición, mantener la coherencia de ideas. La orientación conservadora, que sería la base del futuro partido conservador, continuó predominando tras la disolución de la Constituyente. Los liberales exaltados, refugiados en el antilusitanismo y los coqueteos republicanos, no logran ningún beneficio con la desgracia de su opositor máximo. Sus esperanzas, de ahí en adelante, se depositaron en las acciones armadas… sufriendo derrotas sucesivas en 1824 y en las revueltas durante la Regencia. D. Pedro no consolidó su poder con la popularidad[45].

Faoro añade que «el Estado se retrae en la cúpula, asentado sobre el barro amorfo de las bases locales»[46]. En relación con la Constituyente, resalta que en ella se encuentra la *matriz* de la vida política imperial brasileña:

> La Constituyente organizó el gobierno de las provincias en sentido contrario al imperativo recolonizador, definido como la «hidra de muchas cabezas, que se hieren mutuamente», con un presidente nombrado por el emperador, un esquema que, con la modificaciones de la Constitución de 1824 y la Ley Adicional, estuvo vigente hasta el fin del Imperio[47].

La sociedad del nuevo Estado independiente

La sociedad del nuevo Imperio no cambió casi nada en relación a la sociedad colonial, formada por esclavos y hombres libres. Los esclavos eran considerados una casta, tanto desde el punto de vista sociológico como político: los hijos de los esclavos nacían también esclavos.

[45] Raymundo Faoro, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, vol. 1, 10.ª ed., São Paulo: Globo/Publifolha, 2000, p. 322.

[46] *Ibid.*, p. 323.

[47] *Ibid.*, citando a Antônio Carlos.

La sociedad colonial era una sociedad de estamentos y castas. En la capa dominante, los estamentos estaban formados por los señores propietarios de tierras y de esclavos, detentadores del poder político. Todos los elementos que vivían al margen de la sociedad de castas y estamentos, como los mestizos, los negros libertos o los blancos pobres, formaban el inmenso grupo de los «desposeídos». O mejor, para huir del eufemismo corriente en nuestra mejor historiografía, de los pobres y miserables, gente sin distinción, étnica y socialmente. Los «desposeídos», sin ser esclavos, tampoco pertenecían al estamento señorial de los grandes propietarios y altos funcionarios.

La presencia de la esclavitud en todas las esferas de la actividad económica fue la principal característica de la sociedad colonial. En todos los sectores se notaba la presencia del trabajo servil, desde las actividades productivas hasta el servicio doméstico. El esclavo estaba en todas partes. En la Historia de las Mentalidades, una de las consecuencias más graves de la utilización tan prolongada del trabajo esclavo fue la descalificación de la noción misma del trabajo a ojos de los hombres libres.

Tras la Independencia, la sociedad brasileña se diversificó de manera importante. La presencia de la Corte trajo nuevos elementos sociales y nuevas perspectivas de empleo en cargos de la burocracia civil y militar. Proporcionó, de alguna manera, un poco de humanismo para la antigua colonia de explotación.

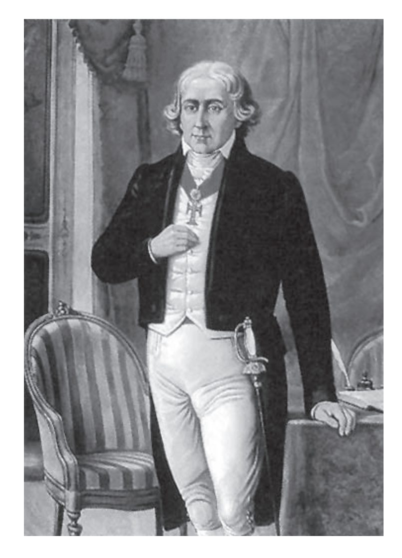
El contingente de funcionarios públicos aumentó. Participaban en la administración pública y dependían del Estado para vivir. Eran, en general, letrados e hijos de propietarios empobrecidos, que garantizaban su supervivencia por medio de empleos en los aparatos del Estado.

La diversificación de las actividades económicas, debida a la apertura de los puertos, tuvo como resultado la ampliación de los sectores medios de la población que prestaban servicios a los comerciantes, sobre todo en las funciones de comisarios y representantes de casas comerciales extranjeras. Gradualmente, el gran comercio pasó de las manos de los monopolistas portugueses a las de los grandes comerciantes ingleses y, en menor escala, franceses. La mayor parte del comercio al por menor, como tiendas, tabernas y almacenes permaneció en las manos de los portugueses. La imagen del portugués del almacén, de la mercería, de la panadería o de la taberna posee unas profundas raíces históricas, aunque sus compatriotas y descendientes se hayan transmutado, en el siglo XX, en dueños de grandes centros comerciales y poderosas redes de supermercados.

La economía del nuevo Imperio

La apertura de los puertos en 1808 tuvo como principal efecto la expansión del comercio de productos tropicales. Con ella, las reverberaciones del liberalismo tuvieron su primera entrada oficial en los trópicos. Libros como *La riqueza de las naciones* del padre del liberalismo, Adam Smith, empezaron a ser admitidos en los círculos del poder, comenzando por su más eminente adepto, el vizconde de Cairu.

En este periodo, las guerras napoleónicas favorecieron a los productos tropicales brasileños por varios motivos. El colapso del Antiguo Régimen en Europa, junto con la ruptura de los lazos coloniales, provocó la desorganización de la producción de géneros tropicales en las colonias españolas y francesas, principales competidoras de Brasil en la producción de ese tipo de productos. La falta de mercancías tropicales en los mercados europeos causó un alza de precios, beneficiando a los productores luso-brasileños. La producción de estos géneros fue por lo tanto reactivada en regiones que habían sido afectadas por las insurrecciones o por las guerras de Independencia. Las provincias del sur prosperaron gracias a la expansión de la cría de ganado. El charque y los cueros de Rio Grande do Sul eran exportados a otras provincias del Imperio y al exterior[48].



José Bonifácio de Andrada e Silva

La reactivación de la producción tuvo como consecuencia la intensificación del comercio de esclavos. El nuevo Imperio continuó dependiendo de la importación forzosa de hombres, como se ha dicho, lo que explica el hecho de que durante la primera mitad del siglo XIX las cifras de entrada sean mayores que en cualquier época anterior. Por lo tanto, la Independencia no sólo no disminuyó, sino que revitalizó el sistema esclavista, al contrario de lo que pensaban José Bonifácio de Andrada y otros abolicionistas. Esto llevó a una situación muy comprometida que afectaría a todo el periodo imperial: Brasil necesitaba importar trabajadores esclavos y por esto mismo se vio obligado a hacer frente a la oposición de Inglaterra al tráfico. En el Imperio esclavista tal vez éste fuese

> el tema en el que los intereses y prejuicios de todas las clases estén más comprometidos. La inmensa fortuna invertida en los esclavos y el empleo casi exclusivo de ellos en todos los ramos de la producción y del comercio habían vinculado de tal manera el sistema con todas las cosas en el país, que pareciera que, si esa institución fuese abolida, arruinaría toda la industria y la prosperidad de Brasil[49].

[48] Cf. Carlos G. Mota, *Nordeste 1817*, São Paulo: Perspectiva, 1972.

[49] Robert Walsh, *Notícias do Brasil (1828-1829)*, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1985, vol. 2, p. 108.

El reconocimiento de la Independencia y las relaciones con Inglaterra

> Con la amistad de Inglaterra, podemos extender nuestros dedos al resto del mundo[50].
>
> Felisberto Caldeira Brant Pontes, 1823

Los Estados Unidos reconocieron la Independencia de Brasil en 1824, aplicando la Doctrina Monroe (1823), que reclamaba «América para los americanos». Como se ha dicho, tanto Portugal como Inglaterra reconocieron la Independencia en 1825, consolidando esta última sus privilegios de nación más favorecida en el comercio con Brasil, renovando además su jurisdicción extraterritorial, con lo que los súbditos ingleses no podían ser juzgados por las leyes locales, constituyendo una sociedad aparte. Como ya se ha mencionado, el Brasil de la primera mitad del siglo XIX funcionó prácticamente como un «protectorado» inglés.

En los primeros tratados comerciales firmados con Inglaterra, João VI se comprometió a abolir el tráfico de esclavos. Esta cuestión del tráfico fue, desde el principio, uno de los principales escollos en las relaciones entre el Brasil absolutista y la Gran Bretaña liberal. La lucha fue desigual, puesto que Inglaterra contaba con la mayor marina mercante y de guerra del mundo, capaz de realizar inspecciones y apresar navíos en alta mar. Poco a poco el Imperio brasileño tuvo que ceder a sus imposiciones, aunque el tráfico de esclavos no sería abolido hasta 1850, ya durante el Segundo Reinado.

Independientemente de estos hechos, la monarquía cedió desde muy pronto a las exigencias comerciales de Inglaterra. En 1827, un nuevo tratado comercial reafirmó los términos del tratado de 1810, renovando los privilegios ya mencionados. Brasil se convirtió en el mayor comprador de productos británicos de América Latina. La precaria economía brasileña necesitaba importar todo tipo de productos manufacturados e Inglaterra fue el principal suministrador de armas, municiones, herrajes, tejidos, herramientas agrícolas y otras manufacturas. Viajando en un barco inglés, la artista y escritora María Graham registró ese momento en las páginas antológicas de su *Diario de un viaje a Brasil:*

> Fui a tierra a hacer compras con Glennie. Hay muchas casas y almacenes ingleses, no muy diferentes de lo que es en Inglaterra un almacén italiano de ultramarinos; pero, en general, los ingleses aquí venden sus mercancías al por mayor a detallistas nativos o franceses. Estos últimos tienen muchas tiendas de tejidos y talleres de modistas. En cuanto a los sastres, pienso que hay más ingleses que franceses, pero pocos de unos y otros. Hay panaderías de ambas naciones y abundantes tabernas

[50] Oficio a José Bonifácio, el 23 de julio de 1823. En República de Brasil, *Arquivo Diplomático da Independencia*, vol. 1, Río de Janeiro: Litho-typ. Fluminense, 1922, p. 278.

> inglesas, cuyas insignias con la Union Jack, leones rojos, marineros alegres y rótulos en inglés, compiten con las de Greenwich o Depford[51].

La Revolución Industrial inglesa dinamizaba las relaciones comerciales, y viceversa. El Brasil de la época de la Independencia funcionaba ya como zona de consumo de mercancías manufacturadas, en un contexto en que se realizaba la instalación del imperialismo inglés que definiría todo el siglo XIX brasileño hasta, por lo menos, la crisis de 1929.

La crisis financiera del Imperio

La principal fuente de ingresos del nuevo Imperio, con que se pagaba el mantenimiento de la corte, los funcionarios y el Ejército, eran las tasas cobradas en las aduanas. Nada menos que el 70% de las rentas de la Corona provenía de los impuestos cobrados en ellas.

La caída de las exportaciones provocó una fuerte bajada en la recaudación y en la solvencia del Tesoro, pues la corte del Imperio, instalada en Río de Janeiro, no disminuía sus gastos. El resultado fue catastrófico para las finanzas y provocó tensiones entre el gobierno central, que buscaba su afirmación como Estado nacional, y los gobiernos de las provincias exportadoras, que pagaban la cuenta de la estructura funcionarial heredada de la corte portuguesa y del Ejército nacional, cuya oficialidad estaba formada en gran parte por mercenarios europeos, principalmente ingleses. El Imperio importaba más de lo que exportaba a Gran Bretaña, con lo que el déficit comercial era permanente, aumentando la dependencia con relación a los británicos.

Para cubrir la diferencia entre los gastos de administración y de la corte y la recaudación, las autoridades imperiales contrataron préstamos con bancos extranjeros. Las consecuencias se hicieron sentir inmediatamente. La dependencia del crédito de los banqueros ingleses provocaba el endeudamiento en el exterior, haciendo al gobierno vulnerable a la presión de los intereses económicos extranjeros. La escasez de moneda en circulación para las transacciones comerciales agravaba el cuadro, haciendo permanente la crisis financiera.

De este modo, la elite nativa de la primera mitad del siglo XIX podía imaginarse con ropajes liberales, pero encontraba dificultades para que éstos fueran «nacionales». Por otra parte, mirando a Inglaterra, ¿cómo se podía defender la institución de la esclavitud?

[51] Maria Graham, *Diário de uma viagem ao Brasil e de uma estada nesse país durante parte dos anos de 1821, 1822 e 1823*, trad. de A. Jacobina Lacombe, São Paulo: Nacional, 1956, pp. 210-211.

El final del reinado de Pedro I

El descontento popular por la situación económica, la oposición declarada de los propietarios rurales, que dependían del trabajo esclavo, junto con la caída de las exportaciones, que agravó los problemas financieros, llevaron a Pedro I a un aislamiento cada vez mayor y finalmente a su abdicación el 7 de abril de 1831. El Braganza optó por hacerse rey de una monarquía constitucional en Portugal, como Pedro IV, luchando contra los absolutistas liderados por su hermano Miguel. A pesar de ello, nunca abandonó su sesgo absolutista en Brasil. El colonialismo portugués, prolongado durante el absolutismo de Pedro I, tendrá su fin con el movimiento del 7 de abril, que analizaremos en el próximo capítulo.

De este modo, el 7 de abril puede ser considerado como la fecha decisiva del proceso de la Independencia. Comenzaba en ese momento el periodo de la Regencia (1831 a 1840), uno de los más turbulentos en la historia brasileña, cuando estallaron varios movimientos separatistas y revueltas populares en diversos puntos del país. El Estado centralizador los reprimió bajo el mando de Lima e Silva primero y después del Duque de Caxias, en nombre de la «unidad nacional» y del orden imperial. La tesis de la *unidad nacional*, unidad que debía ser mantenida a cualquier precio, basada en la ideología de la historia incruenta, constituiría uno de los más duraderos y resistentes mitos históricos creados en la época de la Independencia.

De la Independencia a la condición neocolonial

Durante el periodo que se abría, el de la Regencia, el Imperio brasileño se afirmó paulatinamente a través de la represión de los movimientos disidentes y de emancipación de carácter republicano, federalista, liberal-democrático o abolicionista.

En la escala macro-histórica se constata que tanto el Imperio brasileño como las antiguas colonias españolas pasaron de la esfera del antiguo sistema colonial a la del sistema mundial de dependencias, o, para mayor precisión, Brasil entraba en el marco del *neocolonialismo*, en la concepción de Stanley J. Stein y de Tulio Halperín Donghi[52].

En suma, se consolidó el régimen monárquico, en contraste con las repúblicas latinoamericanas y también –*manu militari*– la unidad nacional, revitalizándose, como ya señalamos, el orden esclavista. La dependencia neocolonial con relación a Inglaterra se va a formalizar por medio de tratados comerciales, que someterían a la economía brasileña al sistema imperialista de aquella potencia hegemónica a lo largo de todo el siglo XIX y de la primera mitad del XX.

[52] Cf. Stanley J. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America*, Nueva York: Oxford University Press, 1970 y Tulio Halperín Donghi, *The Contemporary History of Latin America*, Durham: Duke University Press, 1993. [Hay traducciones españolas: *La Herencia Colonial de América Latina*, Madrid: Siglo XXI, 1972 e *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial, 1987, respectivamente].

Capítulo 19
La consolidación del Estado nacional: regencias, insurrecciones y revoluciones (1831-1840)

> La Regencia fue, tal vez, la fase más rica en la Historia de Brasil, como manifestación popular y toma de conciencia [...] La prueba de ello está en los nombres plebeyos de los movimientos sociales: *Cabanos*, *Balaios*, *Farrapos*, característicos de rebeldía primitiva[1].
>
> Francisco Iglésias, 1989

> Ocupémonos de cosas, de principios, sean los hombres colocados dentro del cuadro de las doctrinas; sean ejemplos de las reglas y no la regla de ellos mismos: es entonces cuando seremos libres y dignos de rivalizar con nuestros compatriotas y primogénitos –los ciudadanos de los Estados Unidos[2].
>
> Evaristo da Veiga, 1831

La caída del emperador en 1831 inició el proceso de consolidación del Estado nacional, un periodo que algunos historiadores denominan «nacionalización de la Independencia». Comienza entonces el periodo de la Regencia, con la salida de Pedro I, produciéndose una serie de movimientos de agitación popular que se prolongarían hasta la mayoría de edad de su hijo Pedro II, alternándose en el poder diversos grupos y facciones de variadas tendencias político-ideológicas. En algunos de esos movimientos afloraron incluso rasgos republicanos. En la *longue durée*, se puede decir que el periodo de la Regencia se inscribe en un proceso más amplio, que comenzó con la insurrección nordestina de 1817 y se cerró con la Revolución *Praieira* en Pernambuco en 1848.

[1] Francisco Iglésias, *História Geral e do Brasil*, São Paulo: Ática, 1989, p. 161.
[2] Evaristo da Veiga, en su periódico *Aurora Fluminense*, nº 477, Río de Janeiro, 27-4-1831.

Como vimos en el capítulo anterior, al agravarse la crisis institucional y administrativa en que se vio inmerso el recién creado Estado Brasileño, Pedro I se vio obligado a dejar el poder, abdicando el 7 de abril de 1831. ¿Quién ganó con la abdicación? En principio ganaron los liberales y el liberalismo, aunque los grupos y facciones que proponían el retorno al orden anterior y que operaban a la sombra del absolutismo de Pedro I, les impidieron conseguir sus objetivos. Esto explica los conflictos, las revoluciones y contrarrevoluciones que caracterizaron el periodo.

Los nueve años del periodo de la Regencia estuvieron marcados por la eclosión de conflictos sociales en varios puntos del territorio, conflictos que deben ser entendidos como consecuencias del proceso de descolonización. Los movimientos separatistas populares y las revueltas de esclavos estuvieron a la orden del día. Los portugueses eran perseguidos y hostilizados en los principales puertos y prácticamente todos los sectores de la sociedad manifestaron su descontento con los frutos traídos por la Independencia, sobre todo con el centralismo de la Corona.

El nuevo Imperio en los contextos nacional e internacional. Hacia la crisis del Primer Reinado

A lo largo del Primer Reinado, el Imperio y el emperador se enfrentaron a problemas de gran complejidad, como la insurrección republicana de la Confederación del Ecuador, la búsqueda del reconocimiento de la Independencia o el pago de las deudas, todo ello agravado por los conflictos creados con la sucesión en Portugal tras la muerte de João VI y la abdicación de Pedro de Alcántara a la Corona portuguesa a favor de su hija Maria da Glória. En la política interior se tomaron varias iniciativas, como la fundación de Facultades de Derecho en São Paulo y Olinda (1827) y la creación de la Sociedad Defensora de la Industria Nacional (1828). Se creaba también el Tribunal Supremo de Justicia, aboliendo al mismo tiempo los órganos jurídicos anteriores.

Era éste un momento de creación y consolidación de otros Estados-nación, como fueron los casos de Grecia, Perú, Venezuela, México (1821), Ecuador (1822), Las Provincias Unidas de América Central (1823), Bolivia (1825), Uruguay (1828) y Bélgica (1830). En este contexto de construcción de Estados nacionales de inspiración liberal, en Brasil se hacía crucial la definición del estatuto jurídico-administrativo y sociopolítico del Imperio, estableciendo su fisonomía como nación emergente en el concierto internacional. La Asamblea Constituyente había utilizado órdenes regias y decretos que provenían de la colonia y del Reino Unido, a falta de otras, pero éstas ya no se adecuaban a la nueva realidad. La nueva Asamblea de Diputados, abierta en 1826, sería a partir de este momento el centro político e ideológico del Estado independiente, teniendo que hacer frente a cruciales problemas internos y externos.

En el plano social, se intentó fomentar la inmigración europea, sobre todo de alemanes e irlandeses. Éstos llegaban en principio como soldados mercenarios, atraídos por la promesa de cumplir cinco años de servicio militar a cambio de 50 acres de tierra, pero, al intentar adaptarse al orden esclavista, provocaban tensiones y conflictos.

Las experiencias fracasadas provocaban una imagen pésima del país en el exterior y reforzaban la idea de que la mano de obra más adecuada era la africana y esclava.

La contratación de 2.400 mercenarios alemanes e irlandeses para luchar en la Guerra Cisplatina provocó un tumulto de grandes proporciones en Río, y puso de manifiesto la «gran aversión» de todas las clases «a la venida de cualquier extranjero, a no ser que fuesen esclavos procedentes de la costa africana»[3]. Los mercenarios fueron atacados de tal manera por el pueblo que muchos acabaron partiendo.

El descontento de los que se quedaron derivó en un conato de rebelión. Las órdenes del ministro de la Guerra al Conde de Rio Branco, comandante de la tropa imperial, fueron tajantes, según el inglés Robert Walsh, que recoge el testimonio: «Mátelos a todos, Sr. Conde» le decía, «no dé cuartel a nadie, mate a esos extranjeros»[4]. Temiendo que sus órdenes no fueran ejecutadas, «echó mano de un procedimiento tan terrible para los otros como peligroso para ellos». Autorizó «a los negros y al resto de la población de clase más baja a coger las armas» [5]. Walsh ya había visto las «consecuencias terribles de esa medida entre los turcos; pero la simple idea de estar en una ciudad en la que 50 o 60.000 negros se encuentran en un estado de gran agitación, armados con cuchillos y puñales, sueltos por la ciudad, era para causar escalofríos»[6].

La revuelta fue aplastada por los regimientos franceses e ingleses acantonados en el puerto de Río. «Mientras que los militares actuaban de forma humana y loable, la plebe mostraba una ferocidad atroz»[7]. Los revoltosos fueron embarcados. Cuatrocientos o quinientos se quedaron en Brasil, donde llevaron una vida de relativo confort.

La mentalidad esclavista estaba muy arraigada. Pandiá Calógeras cita el caso de Nicolau Vergueiro, una de las figuras más lúcidas del Imperio, responsable de la introducción del sistema de sociedades entre hacendados y colonos en la economía cafetera, con el objetivo de transformar gradualmente al régimen esclavista en un sistema de salarios. A pesar de ello, fue el propio Vergueiro uno de los redactores del complicado proyecto sobre contratos de trabajo votado en 1830 en la Asamblea, que preveía la intervención de la policía y penas de cárcel. En palabras de Calógeras, «sólo sirvió para empeorar las cosas»[8].

En el plano exterior, Inglaterra aumentaba la presión diplomática y naval sobre Brasil, imponiendo tratados comerciales leoninos y exigiendo al mismo tiempo la abolición del tráfico de esclavos. 1830 debía ser el último año en que se importaran esclavos africanos, lo que acarrearía perjuicios obvios a la economía de plantación

[3] Robert WALSH, *Notícias do Brasil*, vol. 1, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1985, p. 125.
[4] *Ibid.*, p. 129.
[5] *Ibidem.*
[6] *Ibidem.*
[7] *Ibidem.*
[8] Pandiá CALÓGERAS, *Formação histórica do Brasil*, São Paulo: Nacional, 1957, pp. 157 y 160-164.

y al comercio esclavista. La abolición, sin embargo, no tuvo lugar, abriéndose un nuevo frente de conflictos.

Por otro lado, los pactos que se firmaban con otras naciones, como con Francia, sólo eran llevados a la Asamblea después de haber sido ratificados, lo que causaba continuas fricciones entre los ministros, el Parlamento y el jefe del Estado.

Para colmo, Pedro I se vio envuelto en la cuestión de la «Banda Oriental», incorporada en 1821 por las fuerzas de João VI al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarve con el nombre de Provincia Cisplatina. El gobierno de Pedro I tuvo que lidiar con una escisión en el propio ejército de ocupación. La mitad portuguesa obedecía a Álvaro da Costa y a las Cortes, mientras que la otra mitad seguía al general Lecor y al nuevo Imperio. Carlos Federico Lecor (después barón de Laguna), general francés contratado por el gobierno brasileño, aterrorizaba con sus tropas a los hispanos de ambas orillas del Río de la Plata. El gobierno brasileño, que se encontraba en guerra contra Argentina desde 1825, interesada en tener un Estado-tapón en la «Banda Oriental», aceptó en 1828 la independencia del territorio, tras la insurrección de los cisplatinos. Nacía así Uruguay.

La herencia del gobierno de Pedro I

A pesar de todos estos problemas se produjo un importante desarrollo económico-financiero durante el Primer Reinado, debido a la actuación del Banco de Brasil, que amplió el crédito para las operaciones comerciales y marcó el rumbo del país. Según los cálculos de Calógeras, que publicó en Río en 1910 *Politique monétaire du Brésil*, las importaciones, que en 1828 representaban en torno a 15 millones de dólares, se equilibraron con las exportaciones. A pesar de ello, el banco fue cerrado en 1829, «por exageradas acusaciones de gestión deshonesta…»[9].

El resultado fue que durante años no hubo ningún banco en el país, con lo que el Tesoro Nacional, responsable del pago de la deuda de la nación, se vio obligado a operar en condiciones muy desfavorables. ¿Cómo se podía hacer frente, por ejemplo, al problema creado por la emisión de papel moneda, que ahuyentaba los metales nobles del mercado y obligaba a usar cobre para la acuñación? La utilización de cobre facilitaba la falsificación, tanto por parte del gobierno como de los defraudadores. Al final, todas las monedas, falsas o verdaderas, fueron recogidas por el Tesoro, que las reconoció como auténticas y las intercambió por billetes. La operación terminó en 1837, provocando un agujero de 35 millones al Erario. A esto se añadía el grave problema del cambio, que a falta de un sistema moderno de comunicaciones variaba de plaza en plaza.

Con este estado de cosas, ¿cómo se podía construir un Estado-nación económicamente estable, si ni siquiera había un presupuesto? ¿Cómo se podía estimular el comercio interno, crear una industria que posibilitase un nuevo orden capitalista,

[9] *Ibid.*, p. 155.

liderado por una burguesía ágil y avanzada, que rompiera el modelo estamental-esclavista, consagrado al fin y al cabo por el joven Braganza? ¿Cómo, si hasta el propio emperador daba órdenes directas al Tesoro para pagos no regulados, con consecuencias desastrosas?

Desde la apertura de los puertos no había surgido una burguesía moderna. Más bien se forjaba una nobleza esclavista tropicalizada. Para lisonjear al nuevo patriciado, la Corona regalaba títulos nobiliarios y distinciones, que según Faoro resultaban inútiles[10].

Los últimos años de Pedro I en el poder fueron de *impasse* total, marcados por los choques con la Asamblea, con los ministros y con la emergente opinión pública. Entre los brasileños y los portugueses absolutistas, el emperador optaba siempre por estos últimos, mientras el Parlamento acaparaba cada vez más competencias en la gestión de las cuestiones públicas. El emperador, siempre irascible, con una vida privada cada vez más complicada –debido, entre otras cosas, a su relación con su poderosa amante Domitila y con su discutible amigo Chalaça–, comenzó a realizar nombramientos fuera de lugar. Sin oír a los ministros, sin verificar lo adecuado de sus actuaciones, quebró normas constitucionales, agredió verbalmente a los diputados y (lo que es más grave) prodigó la convivencia casi exclusiva con la tropa, lo que acabó por generar tensión entre el Ejército y el Legislativo.

El colapso del Primer Reinado

> El amor propio nacional ha sido en Brasil pisado por los hombres de la camarilla, por el partido que goza y ha gozado de la especial confianza de quien gobierna[11].
>
> Evaristo da Veiga

El año de 1826 fue muy difícil para Pedro I, con la muerte de João VI en Portugal, el establecimiento del acuerdo entre Brasil e Inglaterra para la extinción del tráfico negrero y la apertura de la Asamblea Legislativa. El joven emperador se vio obligado a convivir con sus aliados liberales brasileños, que reconocían sus derechos y lo legitimaban. Se distanciaba de ellos, sin embargo, a causa de las críticas que recibía, lo que lo arrojaba en brazos del «partido de los lusos», hasta el punto de no figurar ningún brasileño en su gabinete ministerial.

En este momento (1826) retornaron los Andradas del exilio, reconciliándose con el emperador. Barbacena intentó formar un gobierno (el 4 de diciembre de 1829)

[10] Según Faoro, la distribución de títulos fue módica. Ver Raymundo Faoro, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, vol. 1, 10.ª ed., São Paulo: Globo/Publifolha, 2000, p. 293. En efecto módica, sobre todo si se tiene en cuenta la amplia distribución de medallas y títulos hecha por los presidentes de la República y sus ministros entre 1964 y 2006.

[11] La frase de Evaristo da Veiga fue publicada en un artículo del *Aurora Fluminense* el día 6 de abril de 1831. *Apud* Octávio Tarqüínio de Souza, *História dos fundadores do Império do Brasil: Evaristo da Veiga*, vol. VI, 2.ª ed. rev. y ref., Río de Janeiro: José Olympio, 1957, p. 96.

para dar un rumbo constitucional a la monarquía, basándose en un gobierno parlamentario. Sin embargo, la presión sobre el emperador fue brutal, y Barbacena fue destituido el 4 de octubre de 1830. Craso error del emperador, pues el gabinete era una articulación de figuras favorables al Imperio, como Carneiro de Campos (ministro del Imperio), Francisco Vilela Barbosa (Extranjeros), João Inácio da Cunha (Justicia), Tomás Pereira Valente, Conde do Rio Pardo (Guerra), Francisco de Paula Holanda Cavalcanti de Albuquerque, además de nuestro marqués *mineiro* (Hacienda).

El emperador, regresando de un viaje a Minas, fue recibido en Río con tibios saludos («Viva el emperador, en tanto que constitucional»), en un ambiente muy polarizado entre portugueses absolutistas «adoptivos» y liberales «exaltados». El «Grupo de los 24», como se denominaría a los participantes del periódico *Aurora Fluminense*, reunidos con Nicolau Vergueiro al frente, presentó la siguiente alternativa al emperador: reprimir la violencia de sus adeptos y acatar la Constitución, o ser depuesto.

En este ambiente, se organizó un proyecto para la Cámara de Diputados proponiendo la destitución. Se llegó a discutir la abolición de la monarquía y la implantación de un régimen republicano, pero Vergueiro y Evaristo da Veiga se opusieron, al temer la disgregación de la ya delicada unidad nacional. Como respuesta, Pedro I cambió el gobierno el 19 de marzo de 1831, sin que ningún miembro de calidad del Parlamento lo aconsejase. De esta forma incurría en un nuevo acto inconstitucional.

Corrió el rumor de que los 24 miembros del *Aurora Fluminense* –que además de ser un poderoso formador de opinión, funcionaba a esta altura como partido– habían ingresado en prisión, con lo que se convocó una asamblea popular en el Campo de Santana, actual plaza de la República. Fue un momento crítico, en que las tropas se posicionaron cara a cara con la sociedad civil. El emperador envió un mensaje declarando que obedecería la ley, pero el documento fue roto por el «populacho enfurecido» (en palabras de Calógeras). Tres jueces de paz fueron al Palacio de São Cristovão para, en nombre del pueblo, exigir que fuesen repuestos los antiguos ministros, pero el emperador no aceptó la exigencia.

El general de brigada Francisco de Lima e Silva, que intentó intermediar en el conflicto, no tuvo éxito. Se oyeron gritos de «¡Muera el tirano!», mientras las tropas se adherían a la masa popular en el Campo de Santana. En Palacio, el propio «Batallón del Emperador» desertó, para reunirse con la multitud.

El emperador se quedó solo, aislado con su familia. En el Palacio, el ambiente era tranquilo, pero fuera la repulsa se generalizaba. El 7 de abril, usando el Derecho que le concedía la Constitución, el emperador abdicaba voluntariamente a favor de su hijo Pedro de Alcántara.

Terminaba así la trayectoria brasileña de Pedro I, monarca autoritario, que no supo convivir en el orden constitucional. Al regresar a Portugal, nacía Pedro IV, héroe romántico y liberal antimiguelista.

La minoría de edad y las Regencias

El periodo de la Regencia, o de la «minoría» del futuro Pedro II, abarca la década de 1831 a 1840, en la que el sucesor de Pedro I aún no era considerado apto para gobernar. Cuando Pedro I se vio obligado a abdicar, su hijo tenía tan sólo 5 años de edad. Hasta alcanzar la mayoría de edad, el país sería gobernado por regentes.

El equipo que asumió el poder, con Vergueiro al frente, demostraba un profundo conocimiento de la situación del país. En los 14 ministerios de los gobiernos de la regencia destacaron figuras de la talla de Bernardo José da Gama (el ministro del Imperio el 7 de abril), Lino Coutinho, el padre Diogo Antônio Feijó, Bernardo Pereira de Vasconcelos, Pedro de Araújo Lima, Honório Hermeto Carneiro Leão, Bento da Silva Lisboa, Manuel Alves Branco, Antônio Paulino Limpo de Abreu, Vieira de Carvalho, Francisco Gê de Acaiaba Montezuma, el padre Lopes Gama, y Paulino José Soares de Sousa (el vizconde de Uruguay).

Una auténtica escuela de estadistas, como se ve, con dos momentos más brillantes: el de Vergueiro como ministro del Imperio (septiembre de 1832 a enero de 1835),y el de Bernardo Pereira de Vasconcelos (septiembre de 1837 a abril de 1839). En palabras de Joaquim Nabuco, un tanto exageradas, «la Regencia fue la República de hecho. La República provisional»[12].

La primera Regencia Trina, llamada así por estar compuesta por tres regentes, tuvo corta duración (de 7 de abril a 17 de junio de 1831), y estaba compuesta por José Joaquim Carneiro de Campos (el conservador marqués de Carabelas, principal redactor de la Constitución), el liberal y esclarecido Nicolau de Campos Vergueiro, y el general Francisco de Lima e Silva, jefe de las fuerzas que garantizaron el desenlace pacífico de la abdicación el día 7 de abril.

La segunda Regencia, la Trina Permanente, estuvo compuesta por José da Costa Carvalho (marqués de Monte Alegre), João Bráulio Muniz y el mismo Francisco de Lima e Silva (de 17 de junio de 1831 a 12 de octubre de 1835).

La Regencia Única del padre Diogo Antônio Feijó duró del 12 de octubre de 1835 al 19 de septiembre de 1837, y la última, la Regencia Única de Pedro de Araújo Lima (marqués de Olinda), del 19 de septiembre de 1837 al 23 de julio de 1840.

El 7 de abril de 1831, los diputados de la Cámara y del Senado, aunque se encontraban en periodo vacacional, se reunieron en sesión extraordinaria en el Palacio del Senado y allí recibieron del general Lima e Silva el documento de renuncia de Pedro I. Establecieron en ese momento el primer gobierno de la Regencia, acordando que, inicialmente, la misma debía ser Trina, con tres personas en el papel de regente. La Constitución de 1824 preveía la creación de una Regencia Trina, pero la elección del primer triunvirato no fue tranquila, pues había varios

[12] *Apud* Francisco Iglésias, *Trajetória política do Brasil: 1500-1964*, São Paulo: Companhia das Letras, 1993, p. 145.

grupos disputándose el poder dejado por el gobernador. El nuevo gobierno repuso al gabinete ministerial del 20 de marzo y publicó un manifiesto en el que se indicaban las líneas político-administrativas que seguiría. En el mismo acto obligaba a los elementos extranjeros a salir del Ejército y concedía amnistía a todos los acusados de crimen político. Estallaron motines y algaradas en varios puntos.

En 1831 se creó, además de la Guardia Nacional, el Cuerpo de Guardias Municipales Permanentes, para reprimir movimientos de insubordinación, como los del Batallón de Infantería, el Batallón de Policía, la rebelión en el Teatro Constitucional Fluminense, y la del Batallón de Artillería de Marina, abortados todos con dura represión por el ministro de Justicia, el padre Feijó. Al año siguiente fue aniquilado un levantamiento más violento, que estalló el 3 de abril, con la revuelta de las guarniciones de las fortalezas de Villegaignon y Santa Cruz, bajo el comando del mayor Frias, que había participado en la abdicación de Pedro I. El día 17 de abril ocurrió que José Bonifácio de Andrada, líder de los *caramurus* o restauradores, articuló una insurrección (o mejor dicho, un golpe), bajo el mando militar de Augusto Hoiser, conocido como barón de Bülow, contratado por el Primer Reinado para servir en el Ejército brasileño. El golpe fue sofocado, pero el ministro Feijó presentó la dimisión, por no haber conseguido destituir al viejo Andrada de su puesto como tutor del futuro emperador.

El 3 de mayo, el Parlamento retomó los trabajos, delineando las funciones de la futura Regencia Permanente. Tomó decisiones rápidas e importantes: los regentes no podrían utilizar el Poder Moderador, atributo del rey, y tampoco podrían disolver la Cámara o conceder títulos nobiliarios ni condecoraciones, como hiciera el monarca, creando una curiosa «nobleza» nacional.

En el convulso mundo político brasileño, se distinguían tres tendencias ideológicas principales. En la primera, la de los liberales exaltados o *farroupilhas**, sus miembros pretendían realizar reformas más profundas en el sistema de gobierno prescrito por la Carta de 1824. Querían abolir el Poder Moderador, extender la representación ampliando el número de electores, acabar con el Senado y con el Consejo de Estado vitalicio y dar más poderes a las provincias. Aunque no fuesen abiertamente republicanos, pretendían descentralizar el poder. Algunos de sus miembros más radicales habían participado en la Confederación del Ecuador.

Una segunda tendencia era la de los restauradores, o *caramurus*, que defendían la vuelta del emperador Pedro I y del orden absolutista. Sus partidarios eran miembros de la nobleza burocrática y comerciantes portugueses. Entre los notables de este grupo estaban José Bonifácio, el vizconde de Cairu y el marqués de Paranaguá. Muchos pertenecían al antiguo «partido portugués», pero con la muerte de Pedro I, en 1834, perdieron espacio y se convirtieron en una fuerza política secundaria.

(*) Literalmente, «individuo andrajoso», o «harapiento», aunque también puede traducirse como granuja o bribón. Es el nombre que los conservadores dieron a los liberales exaltados en este periodo. También se dio este nombre a la revolución contra la Regencia en Rio Grande do Sul, que se verá más adelante, conocida como Guerra de los *Farrapos* o *Farroupilha*. *N. del T.*

Finalmente, los liberales moderados, o *chimangos*, luchaban contra el despotismo del emperador. Eran los «revolucionarios de la abdicación», que pretendían preservar la monarquía, mantener la esclavitud y ampliar los poderes de los municipios y de las provincias. Aunque su base se compusiera de elementos de las capas medias, el resultado de su acción acabaría favoreciendo los intereses de los propietarios rurales.

De todas estas agrupaciones fue la de los liberales moderados, desde el comienzo, la más fuerte y mejor articulada, con un amplio espacio de actuación en los años que van de 1831 a 1835. Los «exaltados» sufrieron reveses y bajas con la represión; los *caramurus* perdieron gradualmente su peso y se debilitaron; los liberales moderados, sin embargo, consiguieron puestos políticos importantes, lo que les permitiría ganar también dimensión nacional (un concepto novedoso) y actuar en los aparatos administrativos, en buena posición para interactuar con otras facciones en varios puntos del territorio.

En poco tiempo, los elementos populares que ayudaron a derribar al emperador percibieron que la Regencia mantendría el mismo modelo de exclusión política del Primer Reinado. Las agitaciones en la calle y los ataques a los portugueses continuaron después de la caída del emperador, contando ahora con el apoyo de las tropas.

En este confuso ambiente político y social, en que se corría el riesgo de desembocar en un peligroso vacío de poder, se planteó la cuestión de la legitimidad del propio régimen. No en vano, todo transcurría a la sombra de la Carta otorgada de 1824, que solamente comenzó a ser considerada como tal tras el respaldo dado por la legislatura electa a la Ley Adicional de 1834. El respaldo dado llama la atención, ya que según Sérgio Buarque de Holanda, en el prefacio al libro de Jeanne Berrance de Castro, los juristas que elaboraron la Ley:

> tuvieron conciencia del difícil problema de asegurar la legitimidad del sistema político y, en suma, de la propia independencia nacional, apelando a los privilegios derivados del linaje, esto es, de la nobleza llamada natural, que tenía muy poca consistencia en el país, o de una burguesía triunfal, que era inexistente[13].

La nacionalización de la clase dirigente

Los hijos de los grandes agricultores y mineros, que componían la elite pensante y bien formada, ya habían demostrado sus habilidades y posibilidades de dirección de los negocios políticos, como en los casos de los brasileños José Bonifácio, el obispo Azeredo Coutinho y el vizconde de Cairu, entre otros muchos, en su mayoría ex estudiantes y doctores de Coimbra. Ya no eran tratados despectivamente como *mazombos coloniales*.

[13] Sérgio Buarque de Holanda, «Prefácio», en Jeanne Berrance de Castro, *A milícia cidadã: A Guarda Nacional de 1831 a 1851*, São Paulo: Nacional, 1977, p. XXI.

Pedro I supo escoger entre los miembros de la elite local, casi todos brasileños (con excepción de Clemente Pereira y Nicolau Vergueiro), los cuadros administrativos para la gestión de la economía y de la máquina del Estado en recomposición. Analizando el periodo, Heitor Ferreira Lima[14] observó que, entre 1822 y 1840 (Primer Reinado y Regencia), Brasil tuvo 29 ministros de Hacienda, casi todos formados en Coimbra o militares de carrera, como Barbacena, Albuquerque y Bernardo Pereira de Vasconcelos.

Ligados como estaban a las grandes haciendas o al comercio, ¿cómo no ver en ese conjunto de líderes una clase dominante, con evidentes intereses económico-sociales? Excluidos tres o cuatro personajes como Martim Francisco, Vergueiro y Bernardo Pereira de Vasconcelos, eran todos dueños de esclavos, o, por lo menos, complacientes con la esclavitud. En cualquier caso, la clase social que sustentó la Independencia fue la de los grandes señores de la agricultura, clase que, por medio de sus dirigentes, dejó atrás las ideas fisiocráticas y combatió los monopolios y la recolonización portuguesa. Simpatizaban con el liberalismo –o mejor, el librecambismo–, pero sólo en el ámbito político.

Refiriéndose a los políticos protagonistas de la caída de Pedro I y de la Regencia, Sérgio Buarque de Holanda apuntaba en 1977,

> de ninguno de los hombres que subieron al poder el 7 de abril, que contaban entre sus líderes con un pequeño librero [Evaristo da Veiga] y entre sus jefes más respetados con un cura de oscuro origen [Feijó], se puede decir que viniera de linaje ilustre. No obstante, no es exagerado ni falso decir, como ya se ha dicho, que estos hombres representaban en buena medida al latifundio y a la gran plantación[15].

Evaristo da Veiga, editor del periódico *Aurora Fluminense*, fue una de las figuras clave en este periodo. Oriundo de la clase media, hombre urbano, pequeño-burgués sin títulos, da Veiga era una excepción en un medio político-social de bachilleres formados en Coimbra, Pernambuco y São Paulo, «casi todos apegados a las fórmulas liberales en boga, pero casi siempre oriundos o a servicio de la gran propiedad territorial, de los *senhores de engenho* y de los hacendados»[16].

El librero da Veiga era el hombre del momento. Desde el balcón de su librería (en una ciudad con 8 establecimientos de venta de libros), dominaba el debate público del país, dirigiendo la conturbada y balbuciente opinión pública brasileña desde su periódico *Aurora Fluminense* y ejerciendo una influencia decisiva en los destinos de la joven nación. Da Veiga nació en 1799. De modesta familia pequeño-burguesa, su

[14] La relación está en la excelente obra de Heitor Ferreira Lima, *História do pensamento econômico no Brasil*, São Paulo: Nacional, 1976, p. 80. Tales ministros «descendían, generalmente, de grandes hacendados o de prósperos comerciantes, o estaban ligados a ellos por el matrimonio» (p. 81).

[15] S. Buarque de Holanda, «Prefácio», p. XXIII.

[16] Cf. O. Tarqüínio de Sousa, *História dos fundadores*, p. 175. Utilizamos también, con mayor frecuencia, la edición de Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988, con presentación de Francisco de Assis Barbosa; las páginas de las citas se refieren a esta edición.

padre era profesor de primeras letras con «aula abierta» en la calle de São Pedro y, más tarde, vendedor de libros en la calle de la Aduana. Evaristo estudió gramática latina, filosofía y lenguas francesa, inglesa e italiana. Su librería estaba situada en la esquina de la calle de la Quitanda con la calle de São Pedro, mudándose después a la calle de los Pescadores. En 1828, cuando los batallones alemanes e irlandeses se amotinaron en Río y el vice-almirante francés Roussin entró bahía adentro poniendo en evidencia las debilidades de Brasil, da Veiga protestó desde su atalaya, el periódico *Aurora Fluminense*, exaltando la nacionalidad brasileña y defendiendo las libertades públicas.

Con 13 años leía y releía las *Cartas chilenas*, aficionándose más tarde a la lectura de Benjamin Constant, Bentham, Virgilio (tal vez el poeta más leído y citado desde la *Inconfidência Mineira* hasta los parlamentarios de fines del Imperio…), Horacio, Cicerón, Blackstone, Ricardo, Say, Sismondi y Foy. Conocedor de varias lenguas, tradujo trechos del *Athalie* de Racine y fue un mediocre poeta. Simpatizante de la cultura norteamericana y federalista, su prestigio nacional sólo era comparable al del liberal Bernardo Pereira de Vasconcelos, diputado por Minas Gerais, de opiniones parecidas a las suyas.

El nombre de Evaristo adquirió fuerza en el país y en el exterior. Minas lo eligió tres veces como representante a la Cámara de Diputados, y más tarde Río lo consagró. En 1830 dirigió la oposición parlamentaria, asumiendo un papel decisivo desde la abdicación hasta 1837, cuando falleció. Murió pronto, pero por lo menos no tuvo el disgusto de asistir al *regresso* político y mental de su país, protagonizado por contemporáneos suyos de la talla de Bernardo de Vasconcelos, Honório Hermeto, Paulino de Sousa y muchos otros. *Regresso* armonizador, que evitó una revolución más profunda y tal vez sangrienta, pero que contaminó a la historia de Brasil con el virus de la Conciliación, el permanente y reiterado «pacto de las elites», que llega hasta nuestros días.

El librero dio cuerpo a la idea de Patria, haciéndose un ídolo en ella, y al mismo tiempo representando, en cierta manera, una emergente (por así decir) «clase media brasileña». Como destacaba Octavio Tarqüínio, al cerrar su comprometido estudio biográfico, Evaristo representaba el *juste-milieu*, en la línea del programa que, en la misma época de la abdicación, se estaba desarrollando en Francia con la Revolución de 1830.

A pesar de ello, según el análisis de Octavio Tarqüinio de Sousa, Evaristo da Veiga se apropió de la Revolución «el día mismo en que triunfó, frustrando los propósitos de los que la querían llevar a sus últimas consecuencias». Los «exaltados» querían la Federación y la República, modelo que para da Veiga significaría la destrucción del país. A finales de 1829 ya alertaba: «Nada de jacobinismo de cualquier color que sea. Nada de excesos. La línea está trazada y es la de la Constitución. Plasmar en la práctica la Constitución que existe sobre el papel debe ser el esfuerzo de los liberales»[17].

[17] *Aurora Fluminense*, Río de Janeiro, 9-12-1829.

El golpe de la abdicación de 1831 abortó una revolución republicana, pues había sectores del Ejército –decisivos en la caída del emperador– que eran favorables a las llamadas «aspiraciones del país», obligando a los primeros regentes a tomar medidas para controlar el orden. Evaristo da Veiga, aunque en su prestigioso periódico *Aurora Fluminense* defendía la libertad constitucional, el sistema representativo y la libertad de prensa, proclamaba y advertía: «¡Queremos la Constitución, no la Revolución!»[18].

Desde la apertura de la Cámara de Diputados en 1826, el ambiente era claramente liberal. La generación de diputados de primera línea que se ejercitó en los aparatos del poder y de la maquina del Estado, incluía a personajes como José Martiniano de Alencar (Minas y Ceará), Carneiro da Cunha (Paraíba), Araújo Lima (de Pernambuco), Lino Coutinho, Antônio Ferreira França, Costa Carvalho (Bahia), Vieira Souto (Río), Bernardo de Vasconcelos, Limpo de Abreu, Honório Hermeto, Paulo Sousa, Feijó, Tobias de Aguiar y Joaquim Floriano de Toledo (São Paulo). En Minas, Bernardo Vasconcelos dirigía el Consejo Provincial, mientras que en São Paulo este papel lo ejercía Feijó. Por lo tanto, con el marqués de Barbacena defendiendo una «estrecha unión de las Cámaras con el Gobierno y del Gobierno con las Cámaras», las cosas podrían haberse desenvuelto tranquilamente en la segunda mitad de la década de 1820.

No fue lo que sucedió. Algunos ministros de Pedro I violaron continuadamente la Constitución (otorgada). El *grupo portugués* empezó a ejercer una influencia cada vez mayor sobre el emperador, y se produjeron incidentes entre portugueses y brasileños (el «resentimiento nativista»). En 1830, aparecía en el *Aurora Fluminense* de Evaristo da Veiga que la toma de posesión del rey se había fundamentado en un acto de proclamación, de investidura popular, y no en el origen dinástico o el derecho divino. A comienzos de 1831, la naturalización de Pedro I como brasileño fue anulada. De ahí a su caída no hubo más que un instante.

El nuevo poder y la inestabilidad social

En este proceso de consolidación de la descolonización crecía la inquietud de la sociedad, movilizada ya por la prensa en los principales centros urbanos. Para hacer frente a las agitaciones callejeras, la Cámara y el Senado eligieron a la Regencia Trina Permanente, cuyos miembros pertenecían al grupo de los liberales moderados. La primera medida del ministro de Justicia, el padre Diego Antonio Feijó, fue solicitar por escrito entera libertad para tratar de los asuntos de su ministerio, especialmente para aplacar los motines que amenazaban al país.

La Asamblea tomó también medidas en relación a los cuerpos policiales de que se disponía: se creó una fuerza armada, una especie de Guardia Cívica, que obedecería al poder civil establecido, para reprimir los movimientos que agitaban las calles de las principales ciudades del imperio. Bajo el mando del mayor Luís Alves de Lima e Silva, el futuro Duque de Caxias, se creó el «Batallón Sagrado», una tropa de elite

[18] O. Tarqüínio de Sousa, *História dos fundadores*, p. 67.

formada para reprimir y detener a aquellos que se opusieran a la autoridad de la Regencia. Fue el embrión de la Guardia Nacional. Nacía aquí la carrera del hijo del regente Francisco de Lima e Silva, que había participado en las campañas cisplatinas (1825-1828), siendo después ministro de la Gerra por tres veces. Alves de Lima tendría un papel importante en la llamada «Paz del Segundo Imperio», actuando en la represión de las sediciones liberales de São Paulo y Minas (1842), la *Balaiada*, la Guerra de los *Farrapos*, la guerra contra Oribe y Rosas (1851-1852) y la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1867).

La Guardia Nacional: de ciudadanos soldados a «coroneles»

El modelo de la Guardia Nacional salido de la Revolución Francesa fue adoptado inicialmente como mecanismo de control político social, actuando desde la minoría de edad hasta la República, aunque la institución perdería importancia tras la Guerra contra Paraguay, haciéndose más brasileña a medida que transcurría el periodo. Lo que al principio se componía de ciudadanos-soldados, más tarde estaría formado por *coroneis*, «coroneles», actuando en las políticas locales y engrosando la cultura del *mandonismo* regional. En un clásico estudio, publicado en 1977, Jeanne Barrance de Castro mostró como este modelo tenía equivalentes en los Estados Unidos (la *National Guard*) y en Francia (la *Garde Nationale*).

Según el análisis de la mencionada historiadora, en el Brasil de la Regencia las tropas de primera línea actuaban de manera indisciplinada y eran controladas con dificultad por el poder civil. Este hecho determinó la creación de esa «milicia ciudadana», con una estructura de mayor sintonía con el poder civil. Otra razón para la formación de este cuerpo policial fue que en los agitados años de 1830-1831, más de la mitad de los 44 generales del Ejército brasileño (26) eran naturales de Portugal, además de un inglés y un francés, mientras que los brasileños natos eran solamente 16.

El citado estudio va más lejos, al examinar cómo, en el Brasil colonial, al contrario de lo que ocurrió en la América anglosajona, esas fuerzas auxiliares permitieron la participación de indios, negros y mestizos en cuerpos especiales, que tendrían una importante actuación en la guerra contra los invasores extranjeros (especialmente en las guerras contra los holandeses). En el caso de la Guardia Nacional brasileña la innovación fue mayor, al darse cabida en ella a todos los ciudadanos electores, independientemente de su color (esta integración aparentemente «fácil» sería problemática después de 1850).

Como primera gran fuerza nacional, «la Guardia Nacional de Brasil canalizó un movimiento popular en dirección al nacionalismo»[19]. Su propio nombre indicaba esa vocación. Se lanzaba el ideal del ciudadano nacional, a la vez que se afirmaba la idea de «patriota».

La historiadora examina también el sistema de cualificación para la entrada en la Guardia Nacional, observando que, en su primera fase, aún eran las capas más bajas

[19] J. Berrance de Castro, *A milícia cidadã*, p. 6.

de la sociedad las que ocupaban sus cuadros. Apunta también la historiadora que la milicia ciudadana (que nunca fue considerada una reserva militar, a pesar de su intensa actuación en las campañas de pacificación, sobre todo en el sur), tuvo eventualmente compromisos con movimientos sociales, lo que tiene unas importantes implicaciones. En el caso de la Revolución *Praieira*, por ejemplo, una de las cuestiones que aparecían en el programa de los rebeldes –la nacionalización del comercio al por menor– ya había sido propuesta por los boletines de la Guardia Nacional en 1836 y 1849. Indica también la historiadora el hecho de que la propia Revolución fue defendida en el periódico *O Guarda Nacional*.

En 1850 ya se apuntaba en la Asamblea que la milicia era un «elemento perturbador de la tranquilidad pública»[20], y que había participado en los movimientos revolucionarios, como ocurrió en Bahía en 1837 y en Minas Gerais y en São Paulo en 1842. En algunas regiones, las tropas que no quisieron participar en la represión (como fue el caso de la *Cabanagem*, en Pará, y en Minas en 1842) fueron disueltas.

Esta primera fase de su historia (1831-1850) fue relativamente democrática y popular en cuanto a su composición. Brasil era fuertemente rural, esclavista y conservador y no había, como en Francia, una burguesía, por lo que se tuvo que aceptar esa atmósfera de hombres libres, simples, trabajadores y mestizos y adaptarse a ella.

Estos cambios en un mecanismo de poder efectivo fueron decisivos, pues con la Guardia Nacional se extinguieron los cuerpos auxiliares de las Milicias y Ordenanzas y de las Guardias Municipales, cabiendo ahora exclusivamente a la Guardia Nacional el cuidado del orden interno. Con la *Briosa*, como era llamada la milicia en el siglo XIX, la Independencia adquiría una forma concreta y, al mismo tiempo, simbólica y popular. En síntesis, en las palabras de la historiadora:

> La Guardia Nacional también rompió la tradición colonial de los altos puestos militares [...] El «coronelismo» es la vuelta posterior a esta situación, bien cimentada en un pasado colonial de los coroneles de las ordenanzas, así como en una serie de factores de los cuales la Guardia Nacional tan sólo fue una parte[21].

Reformas durante la Regencia

Las medidas descentralizadoras no se limitaron a las fuerzas armadas. La Justicia y la administración también sufrieron cambios durante la Regencia Trina Permanente. Se emprendió la reforma de la Constitución de 1824 para descentralizar el poder, dando más autonomía a las provincias. Fue importante la promulgación del Código de Proceso Penal en 1832, por el cual las municipalidades retomaban una parte de su autonomía, volviendo a ejercer las atribuciones de policía y de Poder Judicial. Podrían así detener y juzgar sin interferencias del poder central. El nuevo Código,

[20] *Ibid*., p. 12.
[21] *Ibid*., p. 241.

sin embargo, no reforzó el municipalismo. Simplemente creó las condiciones para la primacía del poder privado, que frecuentemente actuaba fuera del marco legal. En los lugares más distantes surgió la figura del caudillo, el futuro «coronel», que ejercería su autoridad sin límites. El interior se convirtió así en una tierra «sin ley, sin orden y sin rey». El sistema de ingresos económicos de las Cámaras Municipales no fue alterado, quedando sujetas al poder económico de los grandes propietarios rurales.

La ley Adicional de 1834

Redactada por Bernardo Pereira de Vasconcelos, la Ley Adicional, firmada el 12 de agosto de 1834, modificaba la Constitución del 24, adaptando principios federalistas a la monarquía representativa. En sustitución de los antiguos Consejos Generales, la Ley Adicional creaba Asambleas Legislativas provinciales y reorganizaba las competencias, con el objetivo de descentralizar el gobierno imperial y de ampliar la autonomía de las provincias. El presidente provincial, representante del Poder Ejecutivo, continuaría siendo nombrado por el emperador o por el regente. Las nuevas asambleas tendrían competencias para legislar sobre la organización local (civil, judicial y eclesiástica), la educación, el funcionariado, la policía, la economía y hasta podría ordenar expropiaciones. Para capital del Imperio se creó una entidad municipal neutra (donde estaría la corte) en la provincia de Río de Janeiro, mientras que la capital de ésta se estableció en la villa de Praia Grande (después ciudad de Niteroi), que sería la sede del gobierno provincial y de su Asamblea.

La Ley determinó, además, que la regencia recayese en una sola persona y que el cargo de regente fuera elegido por voto popular para cuatro años. Se instituyó así la Regencia Única y se anuló el Consejo de Estado.

La breve (y brava) Regencia de Feijó

> Recuérdese que los paulistas son sufridores en demasía, pero que una vez perdida la paciencia, nada es capaz de hacerlos cambiar de opinión[22].
>
> Diogo Antônio Feijó, 1842

Las primeras elecciones con el nuevo sistema se produjeron en 1835, siendo elegido regente el padre paulista Diogo Antônio Feijó, del partido moderado, por seis mil votos. ¿Cómo podemos interpretar esta figura central y carismática, síntesis de todos los problemas del periodo?

Para sus adversarios, aunque disfrazado con la capa de la moderación, el padre Feijó no pasaba de ser un *sans-culotte*. Para el historiador Sérgio Buarque, era un exaltado entre los moderados, pues,

[22] La frase –recogida en el periódico *O Paulista*, en 1842– fue pronunciada por Feijó cuando era vicepresidente del gobierno rebelde de São Paulo.

> siempre se comportó mucho menos como un parlamentarista que como un presidencialista, y presidencialista a la americana, con su resistencia constante a la preeminencia de la cámara temporal sobre la acción ejecutiva, de la que daría muestras elocuentes como regente del Imperio[23].

Feijó ensayó la creación de un partido denominado «Progresista» sin que tuviera mucho éxito. Con su maltrecha salud, tuvo que enfrentarse a diputados de la talla de Bernardo Pereira de Vasconcelos y Honório Remeto Carneiro Leão (el futuro marqués de Paraná). El regente combatió a los exaltados, que vivían aún en el clima anárquico-jacobino del sombrero pueblerino de paja y de las escarapelas verde-amarillas de 1831. En muchos sentidos, el padre Feijó fue hábil, pues aceptó las propuestas descentralizadoras. Sin dar fuerza a la aristocracia o a los controles parlamentarios, dribló al mismo tiempo la presión de las provincias y el apelo a las voces de la calle. Pero también fue un radical, al repeler la presión de los comerciantes y al detestar a la clase propietaria de los hacendados, que se comportaban como señores feudales. Vigilante en relación a los *caramurus*, restauradores, defendió al partido moderado en su apego a la «propiedad nacional». En la práctica, gobernó al margen de la Cámara de Diputados, a pesar de ser ella el centro del poder, del cual dependían la Regencia y el gabinete ministerial[24].

En su visión política, Feijó se posicionaba contra el gobierno de las mayorías, pues, como pensaba, tales gobiernos eran «absurdos y subversivos de todo orden en Brasil, además de inconstitucionales». Éste era su temor: «…Tal principio tiende a republicanizar Brasil. Nuestro gobierno es monárquico, esto es, gobierno de uno solo, aunque modificado. Nuestro gobierno es la ley»[25]. A resultas de sus ideas, Feijó creó un vacío a su alrededor, lo que fue la causa de su caída. Como resaltó Raymundo Faoro, en *Os donos do poder*, «el sacerdote, dentro de su férrea energía, en la fría obstinación de su autoridad, cultiva su delirio, al trazar el poder político sin corresponder a las fuerzas económicas y sociales dominantes»[26].

Los opositores a Feijó se organizaron poco después en un partido denominado *Regressista*, facción formada por antiguos restauradores y por liberales insatisfechos con la Regencia. Liderados por Bernardo Pereira de Vasconcelos y Araújo Lima, los *regressistas* serían el origen del Partido Conservador. El Partido Liberal, confrontado al Conservador, aglutinaba fundamentalmente a los seguidores de Feijó.

[23] S. BUARQUE DE HOLANDA, «Prefácio», p. XVIII.

[24] Feijó es un personaje complejo, de formación jansenista, cuya trayectoria merece más investigación. Una innovadora biografía de Feijó acaba de ser escrita por Miriam DOLHNIKOFF, *Diogo Antônio Feijó. Padre regente*, São Paulo: Imprensa Oficial/Secretaria de Estado da Educação, 2006. Consúltese también la colección clasica de Octávio TARQÜÍNIO DE SOUSA, *História dos fundadores do Império do Brasil: Diogo Antonio Feijó*, vol. VII, 2.ª ed. rev. y ref., Río de Janeiro: José Olympio, 1957. Véase también, Jorge CALDEIRA, *Diogo Antonio Feijó*, São Paulo: Editora 34, 1999.

[25] R. FAORO, *Os donos do poder*, p. 360.

[26] *Ibid.*, p. 361. Compruébese el apoyo de Evaristo da Veiga, «fiel colaborador de Feijó», pp. 361-362, en páginas antológicas.

Con la muerte de Pedro I en Portugal, el 24 de septiembre de 1834, desapareció el peligro de su retorno y de la posibilidad de restauración de su gobierno. Se pasaba así la última página de la historia de la Independencia. Los restauradores, en consecuencia, se aliaron a los moderados contra los exaltados. Se esbozaban así los partidos políticos que se definirían hacia 1840 como *liberales* y *conservadores*, a la manera inglesa. Francisco Iglésias, el historiador de este periodo, advierte que los dos partidos eran casi iguales en el programa y completamente similares en la práctica, siendo inútil la discusión ideológica de cada uno de ellos, pues en las instituciones políticas tan sólo participaban los grupos dominantes, y de ellos se elegía a los diputados y senadores[27].

La elección de Feijó en 1835, en cierto modo, significó un avance. Fue «un liberal que casi se manifestaba republicano»[28], en la apreciación de Calógeras. Marcado por «una energía que no se preocupaba de la legalidad y que se aproximaba mucho a la violencia»[29], intentó eliminar el Senado en su esfuerzo para elaborar una ley preliminar de reforma constitucional.

El gobierno de Feijó fue breve. Volvió al poder con la salud maltrecha, desencantado con el país y ya con actitudes anacrónicas. Se vio obligado a renunciar el 19 de septiembre de 1837, nombrando como regente interino un día antes al senador conservador pernambucano Pedro Araújo Lima (futuro marqués de Olinda). La marea liberal fue aplacada poco después, cuando Araújo ganó las elecciones de 1838, resultando electo para regente único por un mandato de cuatro años.

La regencia del conservador Araújo Lima y el *Regresso*

> Diré que el actual Gabinete no hace promesas ni quiere prometer, para no verse, muchas veces, en la dura necesidad de no poder cumplir sus deseos.
>
> Pedro de Araújo Lima

La frase del epígrafe, pronunciada el 2 de diciembre de 1848, define bien al nuevo regente. Cuando prometía era poco o nada. Conservador tranquilo y tolerante, este es el perfil del pernambucano y estudiante en Coimbra Araújo Lima (1793-1870), vizconde («con grandeza») y después marqués de Olinda. A lo largo de su trayectoria «entra y sale sin ruido, casi sin dejar vestigios de su paso», según su mejor biógrafo, el también pernambucano Costa Porto[30]. Ex diputado en las Cortes de Lisboa y en la Constituyente de 1823, fue ministro del Imperio en ese mismo año, siendo elegido como diputado a la Asamblea nacional en 1825 y reelecto hasta 1837.

[27] Ver F. Iglésias, *Trajetória política*, pp. 137, 155, 156, 166, 168; y también *História Geral*, p. 161.
[28] P. Calógeras, *Formação histórica*, p. 167.
[29] *Ibidem*.
[30] Walter Costa Porto, *O marquês de Olinda e seu tempo*, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1985.

Hombre moderado, que en palabras de su biógrafo «abundaba en exceso de escrúpulos», había destacado ya en su papel de diputado a Cortes en 1820. En los conflictos del plenario, cuando los diputados brasileños fueron agredidos a pedradas y salivazos, el diputado Lima intentó conciliar las posiciones. Seis diputados, Antônio Carlos, Cipriano Barata, Agostinho Gomes, Silva Bueno, Feijó y Costa Aguiar, burlando a la policía lusa, huyeron a Londres en un navío inglés, ayudados por un brasileño comerciante en Lisboa, Clemente de Oliveira Mendes. Araújo Lima se negó a huir, pues decía que estaba allí para votar la Constitución, en cumplimiento de un mandato. Se quedó en Lisboa y juró la Carta, junto con los exaltados José Martiniano de Alencar, Vilela Barbosa, y Borges de Barros, entre otros.

En 1827 fue nombrado director de la Facultad de Derecho de Olinda. Aunque fue uno de los fundadores del Partido Conservador en 1831, decidió tener un papel secundario, dejando el liderazgo a Bernardo de Vasconcelos y a Honório Hermeto, junto con los llamados *saquaremas** fluminenses (Paulino José Soares de Souza, vizconde de Uruguay; Joaquim José Rodrigues Torres, vizconde de Itaboraí y Eusébio de Queirós). En 1832 fue nombrado por la Regencia Trina ministro del Imperio por segunda vez. En 1838, finalmente, tomó el poder máximo como *regente uno*.

La victoria de los conservadores en 1836, junto con la caída de Feijó y la llegada al poder de Araújo Lima significaron un cambio político importante, que trajo una reacción conservadora, el llamado *Regresso*. El Consejo de Estado, que había sido abolido en 1834, fue restituido, en la seguridad de que «la oligarquía renacería a partir del consejo vitalicio, centro de la burocracia permanente y limitada a los doce miembros ordinarios y los doce extraordinarios»[31]. Se hacía necesario mostrar de nuevo la superioridad de la monarquía, preservando su papel de arbitraje entre los partidos y las facciones y su independencia del Parlamento. Para mantener al emperador lejos de las luchas políticas, era necesario protegerlo «con el muro de la oligarquía»[32]. El *Regresso* se reforzó cuando se aprobó el «Decreto de Interpretación» de la Ley Adicional, el 12 de mayo de 1840. La ley retiró varias atribuciones de las provincias, fortaleció el papel del emperador y bloqueó las iniciativas democratizadoras del periodo anterior, tales como la elección de la Guardia Nacional.

En 1839, ante esta situación, los liberales –Feijó, los dos Andradas que quedaban, Holanda Cavalcanti y otros– propusieron la anticipación de la coronación del sucesor de Pedro I, dando un giro de 180 grados a su política, que se había manifestado reiteradamente en contra de esta idea.

Araújo, de esta forma, no terminó su mandato. La Regencia fue interrumpida con la proclamación de la mayoría de edad de Pedro II, cuando este tenía 14 años. Este

(*) Nombre que se dió al partido conservador durante el periodo monárquico. Procedía del municipio de Saquarema en Río de Janeiro, donde uno de los líderes conservadores poseía una *fazenda*, lugar de encuentro de los correligionarios. *N. del T.*

[31] R. Faoro, *Os donos do poder*, p. 376. Cf. en la p. 377 las principales personalidades –«los grandes del teatro», según Faoro– que pasaron por el Consejo de Estado.

[32] El mejor análisis del periodo denominado *Regresso*, y sobre los liberales inconformistas, se encuentra en R. Faoro, *Os donos do poder*, pp. 376-380.

acto fue un auténtico golpe de Estado conducido por los liberales, con el apoyo de varios líderes conservadores. El día 23 de julio de 1840, Pedro II comenzaba el ejercicio de sus funciones, nombrando un gobierno de tendencia liberal, el denominado «gabinete de los hermanos», por estar en él dos Andradas y dos Cavalcantis, ministros estos últimos del Ejército y de la Marina. El nuevo gobierno, que fue visto más bien como oligárquico, duró poco. El único de sus ministros que haría una larga carrera sería el titular de la cartera de Justicia, Antônio Limpo de Abreu.

El marqués de Olinda entró en un periodo de ostracismo, volviendo como consejero de Estado en 1842 y formando parte en 1854 del llamado «Gabinete de la Conciliación».

En el periodo de la Regencia, en una visión de conjunto, las variadas fracciones de la elite practicaron una especie de *parlamentarismo a la inglesa* como forma de gobierno, un ensayo que sería perfeccionado durante el Segundo Reinado. Fuera de la máquina del Estado, hubo líderes rurales que se hicieron destacar en movimientos sociales y políticos de gran importancia, como los hermanos *cabanos* Vinagre y Eduardo Angelim en Pará o Manuel dos Anjos Ferreira, el *Balaio* en Maranhão. En otras regiones hubo cabecillas más sofisticados, como el médico Sabino da Rocha Vieira en Bahía o Bento Gonçalves en Rio Grande do Sul, abiertamente republicano.

Insurrecciones y levantamientos populares

La Revuelta de los cabanos *o* Cabanagem* *(1832-1840). La república de Pará*[33]

La región de Pará tenía un largo pasado de luchas y agitación social. Durante la dominación portuguesa, recordemos, este territorio se había separado políticamente del resto de Brasil, constituyendo el *Estado do Grão Pará e Maranhão*. A comienzos del periodo independiente, Pará se colocó al cargo de juntas de gobierno que apoyaban a las Cortes de Lisboa. Por esto mismo, los paraenses sólo se vieron libres del dominio colonial tras la intervención de las fuerzas armadas enviadas desde la capital del nuevo Imperio.

La mayor parte de la población de Pará estaba formada por desposeídos que habitaban en cabañas en la orilla de los ríos, los llamados *cabanos*. La sociedad se componía principalmente de negros libertos, indios aculturados, llamados *tapuios*, y mestizos que vivían en una situación de miseria casi absoluta. Las tensiones entre los *cabanos* y los demás grupos sociales venían de la época en que Pará era colonia

(*) El término deriva de *cabana*, la cabaña donde vivían los pobres del campo. *N. del T.*

33 Véase el artículo de Matthias Röhrig Assunção, «El Imperio bajo amenaza. La Regencia y las revueltas regionales: Brasil, 1831-45» en José Manuel Sántos Pérez, ed., *Acuarela de Brasil*, *500 años después*. *Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2000. Sobre la *Cabanagem* es interesante también el artículo de Magda Ricci, «De la Independencia a la revolución *cabana*: la Amazonia y el nacimiento de Brasil (1808-1840)», en José Manuel Santos Pérez y Pere Petit (eds.), *La Amazonia brasileña en perspectiva histórica*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006.

portuguesa. Los propietarios locales dependían del trabajo esclavo de negros africanos e indios capturados en el interior. Las campañas contra los indios rebeldes, que resistían a la colonización portuguesa, eran constantes, causando un gran malestar entre la población más pobre.

Tras unos años de relativa calma, comenzaron de nuevo las revueltas contra el gobierno de la provincia. La población más pobre de la comarca del Río Negro, incitada por el canónigo Batista Campos, se sublevó contra el presidente de la provincia en 1832. La Regencia nombró a un nuevo presidente en 1833. Al llegar a Belém, las nuevas autoridades enviadas por el gobierno central no consiguieron desembarcar. El Consejo de la provincia, bajo la dirección de Batista Campos, se negó a que tomaran posesión. En diciembre del mismo año el gobierno envió a nuevos representantes que, esta vez sí, asumieron sus cargos.

Tras su toma de posesión, el nuevo presidente desencadenó una violenta represión. Hubo persecuciones, prisiones y deportaciones en masa, prácticas comunes en aquel periodo. Paralelamente inició un proceso de reclutamiento forzoso para el Ejército y la Armada. Las levas siempre habían sido muy impopulares y la población hizo notar enseguida su descontento, produciéndose revueltas en la capital y en el interior. A medida que el movimiento avanzaba, sin embargo, sus líderes empezaron a echarse atrás y dejaron a los rebeldes a merced de la represión del gobierno central.

Los *cabanos* tomaron el poder y se hicieron con el control de la capital de la provincia. La insurrección se extendió por el interior. La regencia envió un considerable número de fuerzas militares bajo el mando de un nuevo presidente. Los *cabanos*, liderados por Francisco Pedro Vinagre, sus hermanos y Angelim (un revolucionario de poco más de 20 años), se refugiaron en el interior, donde contaban con el apoyo de las poblaciones rurales. En 1835 tomaron la capital nuevamente, proclamando la *República Independiente de Pará*. Como respuesta, el gobierno central, dirigido por el regente Feijó y con Honório Hermeto Carneiro Leão como ministro de Justicia, envió fuerzas superiores a la de los sublevados y consiguió sofocar el movimiento, tras una sangrienta represión, aunque algunas fuerzas continuaron la lucha. En 1836 se puso fin al movimiento por medio de la negociación. Los revolucionarios depusieron las armas pero fueron traicionados. Una vez desarmados fueron cazados como animales y sometidos a un bárbaro suplicio. En 1839 la provincia estaba «pacificada». En la guerra de la *Cabanagem* contra el gobierno central murieron entre 30 y 40.000 personas, en un territorio de poco más de 100.000 habitantes[34].

[34] Hubo también otra importante Guerra de los *Cabanos* en Pernambuco, en 1832 y 1833, estudiada principalmente en Manuel Correia de Andrade, *A Guerra dos Cabanos*, Río de Janeiro: Conquista, 1965. Retornaron a la escena política varios personajes de 1817 y 1824, entre ellos el general e historiador José Inácio de Abreu e Lima y el comerciante Paes de Andrade, aunque ahora en posiciones diferentes. Una obra notable.

La Balaiada*, en Maranhão (1833-1841)*

La revuelta de los *balaios*, llamada así porque uno de sus líderes era fabricante de *balaios* (cestos), no llegó a configurar un movimiento unificado: fueron varios levantamientos aislados en la parte más densamente poblada de la provincia de Maranhão, que se extendieron hasta el interior de Piauí.

A inicios del siglo XIX, Maranhão era una de las provincias más prósperas del Imperio. Exportaba arroz y algodón y concentraba una gran cantidad de esclavos africanos. Caio Prado Júnior, en su obra pionera *Evolução política do Brasil* (1933), en que situó en primer plano todos estos movimientos populares, resaltó que Maranhão contaba en esa época con una población total de poco más de 200.000 habitantes, con cerca de 90.000 esclavos y un gran contingente –como en todo el *sertão* nordestino, según el historiador[35]– de trabajadores rurales empleados en la ganadería, una de las principales actividades de la región. Esta población engrosaba la enorme masa de *sertanejos* que en la revuelta de los *balaios* desempeñó el papel más destacado.

La revuelta fue instigada por miembros del partido de los llamados *bem-te-vis*, que reunía a los demócratas radicales, opuestos a la política exclusivista de los grandes propietarios rurales, *senhores de engenho* y hacendados. Sin embargo, cuando el movimiento se extendió entre las capas más pobres de la población, los *bem-te-vis* lo abandonaron y se adhirieron a las fuerzas reaccionarias. En poco tiempo la actividad de los *balaios* quedó reducida a desórdenes y algaradas, realizadas por bandas de *sertanejos* que se reunían bajo el mando de un jefe y se escondían en el *sertão*, huyendo de las fuerzas legales. Aprovechando la inestabilidad, muchos esclavos se rebelaron y formaron un gran número de *quilombos*. Las fuerzas represivas intentaron impedir por todos los medios que los *sertanejos* se unieran a los *quilombolas*.

Cuando comenzó la revuelta, en 1833, los *balaios* tuvieron algunas victorias. Llegaron a ocupar la ciudad de Caxias y estuvieron a punto de tomar la capital de la provincia, São Luís. Tras estas victorias los rebeldes se vieron obligados a hacer frente a las fuerzas enviadas por el gobierno central. En 1840 el coronel Luís Alves de Lima e Silva, futuro Duque de Caxias, asumió la presidencia de la provincia y el mando de las fuerzas gubernamentales. En poco tiempo, la *Balaiada* fue sofocada.

La Sabinada *en Bahía (1837-1838)*

Antes de la abdicación de Pedro I, Bahía había sido escenario de innumerables manifestaciones antilusitanistas y antiabsolutistas. En 1831, algunas tropas estacionadas en la provincia se rebelaron, reivindicando el mando de un oficial brasileño. El gobierno cedió y el movimiento se propagó a otros cuarteles.

[35] Nos referimos aquí a la edición de 1987 de Caio Prado Júnior, *Evolução política do Brasil*, 16.ª ed., São Paulo: Brasiliense, 1987.

Con la abdicación, las acciones antiportuguesas, cuyo grito de guerra era la expresión ¡*Mata maroto*!, resurgieron con toda su fuerza. El clima de inestabilidad continuó hasta el inicio de la *Sabinada*, movimiento liderado por el médico Francisco Sabino Álvares da Rocha Vieira, en 1837. Con auxilio de la tropa, que se sumó al movimiento, los rebeldes expulsaron a las autoridades provinciales y proclamaron la República.

Al inicio de 1838 llegaron a Bahía fuerzas enviadas por el gobierno central para reprimir la rebelión. Contando con el apoyo de los grandes propietarios rurales, lograron sofocar el movimiento rápidamente. Los principales responsables de la rebelión fueron juzgados y condenados a muerte. Fracasaba así una nueva revuelta contra el gobierno imperial.

La insurrección Farroupilha *o Guerra de los* Farrapos *en Rio Grande do Sul (1835-1845)*

En Rio Grande do Sul, los propietarios rurales se levantaron en armas contra el gobierno central al sentirse perjudicados en sus intereses económicos. La principal fuente de riqueza de la provincia era la producción de charque y la cría de mulas para abastecer los mercados de Minas Gerais y São Paulo. Los productores riograndenses competían directamente con los ganaderos de Argentina y de Uruguay.

Después de la Independencia de las colonias españolas en América, los gobiernos de la cuenca del Plata se enfrentaron a un periodo de guerras cíviles y desórdenes políticos constantes. Por todo ello, la producción de estos géneros se vio perjudicada durante aquel periodo. Los productores riograndenses, por su parte, se vieron beneficiados por esta situación. Con el fin de las guerras civiles, los productos de Rio Grande do Sul tuvieron que competir en inferioridad de condiciones con los géneros que llegaban de la región del Plata. La sal, por ejemplo, era más barata para los productores argentinos. Los mataderos riograndenses dependían de la mano de obra esclava, con lo que la productividad era más baja que la de sus competidores argentinos. El gobierno imperial imponía unas tasas reducidas a los productos importados de Argentina, con lo que los consumidores de las provincias del norte preferían el producto importado, más barato que el charque riograndense.

Los productores de Rio Grande do Sul reivindicaban que el gobierno central adoptase una política proteccionista para sus productos. Por otra parte, hasta la llegada de la corte, los grandes propietarios de la provincia gozaban de una cierta autonomía. Con la centralización de la administración en Río de Janeiro, comenzaron las fricciones entre los poderes locales, representados por los propietarios y el poder central, ávido por controlar todas las esferas de la administración pública.

En 1835, las elites locales se rebelaron y depusieron al presidente nombrado por el gobierno central. El factor inmediato que provocó la rebelión fue la creación de un impuesto sobre la propiedad rural en Rio Grande do Sul. Los rebeldes se hicieron con el poder fácilmente, pues controlaban la más importante fuerza militar de la provincia, organizada en «compañías de guerrilla». Derrotaron a las tropas del gobierno y proclamaron la República de Piratiní, con Bento Gonçalves como presidente.

Los revolucionarios contaron con el apoyo de Giuseppe Garibaldi, que llegaría a ser, años después, uno de los principales líderes del movimiento por la unificación italiana. La historiografía más reciente sobre el personaje ha examinado su papel en la Guerra de los *Farrapos*, discutiendo el carácter heroico de esa participación[36].

Para combatir a los *farrapos*, el gobierno central envió tropas bajo el mando de John Grenfell, mercenario inglés con gran experiencia en la represión de movimientos rebeldes en el Imperio. A pesar de ello, la revuelta se extendió hasta Santa Catarina.

Con la proclamación de la mayoría de edad y la coronación de Pedro II, los rebeldes *gaúchos* fueron amnistiados por el gobierno. Prefirieron, sin embargo, continuar luchando para mantener su República.

Aunque el movimiento fuese liderado por los propietarios rurales y sus representantes, la revolución *gaúcha* fue llamada *Farroupilha* a causa de la gran participación en ella de peones, *agregados* y desposeídos, que llevaban ropas harapientas (*esfarrapadas*). Al contrario que la mayoría de los movimientos sociales de la Regencia, la Insurrección *Farroupilha* se mantuvo bajo el mando de las elites provinciales.

En 1842 el barón de Caxias, de nuevo, fue llamado para reprimir el movimiento separatista. En aquel momento los *gaúchos* se enfrentaban a una invasión de uruguayos que venían del sur. Las diferencias con los uruguayos, por cuestiones de frontera, fueron constantes durante este periodo. Caxias aprovechó la situación para proponer a los rebeldes que se uniesen a él, con el fin de enfrentarse al invasor extranjero. La lucha terminó en 1845. Los rebeldes consolidaron cierta autonomía, manteniendo la Asamblea local algunos poderes frente al gobierno central.

La resistencia de los *gaúchos* dejaba ahí su marca, mostrando que los grupos del sudeste cafetero no se llevarían todo gratuitamente en el naciente juego de equilibrios del poder nacional. Los *gaúchos* irredentos actuaron como un contrapeso a las nuevas fuerzas de la emergente aristocracia cafetera y al sistema de poder organizado en torno de ella. A cambio, el poder central incorporaba hábilmente esta provincia de frontera, que volvería a emerger con vigor, marcando la diferencia, en la Revolución de 1930.

La Rebelión de los Malés en 1835

El gobierno de la Regencia se mostraba completamente desarmado frente a los movimientos populares, expresiones de la brutal miseria de la población, totalmente desconocida para la elite en el poder. Los movimientos de rebeldía de los esclavos, radicales desafíos al orden establecido, fueron constantes durante todo el siglo. Uno de ellos fue el levantamiento urbano de esclavos y libertos, la impactante Rebelión de los Malés, que sacudió Salvador la noche del 24 al 25 de enero de 1835.

[36] Ver el artículo de A. Walmrath y Cintia Vieira Souto, «Garibaldi: pirata ou herói?», en *História*, 4 (37), Río de Janeiro, pp. 34-37.

El historiador João José Reis ha destacado su dimensión atlántica, y la considera la mayor rebelión de esclavos urbanos ocurrida en las Américas, con repercusiones para todo el orden esclavista. Según Reis,

> los líderes musulmanes dirigieron la revuelta […] durante el levantamiento, sus seguidores ocuparon las calles usando vestimentas islámicas y amuletos con pasajes del Corán –y no con trechos de la Declaración de los Derechos del hombre–, bajo cuya protección creían tener el cuerpo blindado contra las balas y las espadas de los soldados. El final del mes sagrado del Ramadán fue la fecha elegida para el inicio de la rebelión […] Todo esto muestra que el Islam africano circulaba en el mundo atlántico como una ideología de transformación social[37].

La estrategia de la Conciliación: el complot de las elites

En conclusión, podemos decir que con la salida de Pedro I el país vivió de 1831 a 1837 una fase de radicalismo y libertad, a la que siguió el *Regresso*, en que la elite dominante y conservadora se organizó para defender sus intereses, plasmados en el Decreto de Interpretación de la Ley Adicional de 1834 (mayo de 1840).

Las leyes *regressistas* se completaron en 1841 con la reforma del Código del Proceso Penal (denominado «carta de la anarquía»). Si antes de la reforma el Código determinaba que la Justicia y la policía eran competencia del pueblo, después sería el poder central el que controlaría todos los mecanismos, desde los inspectores de barrio y los jefes de policía hasta el ministro de Justicia. Además, se volvía a restaurar el Consejo de Estado.

A lo largo del Segundo Reinado se asistirá al juego de poder entre conservadores y liberales, llamados a ocupar cargos por el emperador, basándose en la Constitución. En 1853 surgió la Conciliación, cimentándose un gran pacto imperial que conducirá a la «paz del Segundo Imperio», mucho más teoría que realidad.

Uno de los personajes más representativos de todo este tiempo de ambigüedades y contradicciones fue Bernardo Pereira de Vasconcelos, el padre fundador del Partido Conservador, que sería visto como un traidor a la causa que inspiró el 7 de abril. Al reconocer el fracaso de la experiencia liberal de la Regencia, hizo un

[37] João José Reis, «'Nos achamos em campo a tratar da liberdade': a resistência negra no Brasil», en Carlos G. Mota, org., *Viagem incompleta (1500-2000). Formação: histórias*, vol. 1, 2.ª ed., São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000, pp. 241-263; p. 258. Para una visión crítica y actualizada de conjunto, además del citado artículo, J. J. Reis tiene importantes estudios sobre la revuelta, especialmente *Rebelião escrava no Brasil: a história do Levante dos Malês em 1835*, São Paulo: Companhia das Letras, 2003. Si fue o no una *yihad*, una guerra santa, ver el comentario de Alberto da Costa e Silva «Sobre a rebelião de 1835 na Bahia», en *Revista Brasileira*, 8 (31), Río de Janeiro (2002), pp. 9-32. Para Costa e Silva, especialista en Historia de África y del Atlántico Sur, el movimiento tiene todo el aspecto de una guerra santa. Destaca que no todos los musulmanes que vivían en Salvador participaron en la revuelta. El movimiento «no se hizo contra los santuarios religiosos de *nagôs*, *jejes* y *angolas*: se hizo contra el Imperio de Brasil, el Gobierno de Bahía, los *senhores* de esclavos, los blancos y sus aliados y cómplices», p. 31.

discurso memorable, repetido siempre por los liberales arrepentidos y melancólicos que a lo largo del siglo XIX y siguientes avanzaron demasiado en las posiciones progresistas:

> Fui liberal cuando la libertad era una novedad en el país y era una aspiración de todos, pero no estaba en las leyes ni en las ideas prácticas; el poder era todo; fui liberal. Hoy, sin embargo, es otro el aspecto de la sociedad: los principios democráticos lo han ganado todo y mucho han comprometido[38].

Formación de una conciencia nacional: el «Brasil contemporáneo» y la Idea de «Brasil»

En el periodo de las Regencias, se concretó la idea de una historia de Brasil *independiente* –el término es fuerte–. Desde el punto de vista historiográfico, no obstante, la primera visión contemporánea y efectivamente crítica de este periodo en conjunto sólo se produciría tardíamente, en 1933, en la obra de Caio Prado Júnior *Evolução política do Brasil*[39]. Se trata de una obra crítica, por utilizar como categoría analítica los conflictos de clases –o, más explícitamente, las luchas de clases– en el juego del poder. Proporcionando una llave importante para la comprensión de la historia de Brasil, escribió Caio Prado Júnior:

> Así, una vez cerrada la jornada del 7 de abril, continúa la presión revolucionaria, exacerbada ahora por las desilusiones que provocó. Al mismo tiempo, la clase que ocupa el poder se convierte, como es natural, en reaccionaria. La revuelta llegó para ella a su fin natural; era preciso parar, resistir a los aliados de la víspera que pretendían ir hacia adelante. La reacción comenzó al día siguiente de la revuelta. El impulso dado era con todo demasiado violento como para que se le pudiese poner con facilidad un parapeto. En todo el periodo de las regencias y prolongándose durante la mayoría de edad, la agitación se cultiva intensamente. Mientras tanto, los grupos en el poder se relevan incesantemente, a lo tonto, incapaces de dominar la ola revolucionaria que se desencadenó.
>
> Toda esta agitación, todos estos movimientos, aunque inconexos, que destruyen el país aquí y allá, tienen con todo un rasgo común de evolución entre sí. La presión revolucionaria comienza en los grupos inmediatamente inferiores a la clase dominante. De ahí se generaliza a toda la masa, descendiendo sucesivamente de una a otra capa inferior. Esto provoca la marcha atrás de las propias clases iniciadoras del movimiento, que de revolucionarias, bajo la presión que las arrastra para donde no quieren ir, pasan a ser reaccionarias, o por lo menos abandonan el movimiento. Dejan así a su suerte a los últimos que entraron en la lucha, que, debilitados de esta manera, son aplastados por la reacción del poder central»[40].

En aquel contexto nacía también la idea de un Brasil «contemporáneo», pues la conciencia de nación se afirma cuando, en una determinada cultura, sucede el

[38] R. Faoro, *Os donos do poder*, pp. 364-365.
[39] Caio Prado Júnior, *Evolução política do Brasil*. 16.ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1987.
[40] *Ibid*., p. 66.

paso de la crónica de episodios y la recopilación de recuerdos a los compendios de interpretación histórica «estabilizada». En Brasil, este paso constituye un importante indicador en la larga transición de colonia a nación políticamente independiente.

La construcción de una identidad nacional se hace efectiva cuando se logra formular una historia propia, inventándose un pasado, un pueblo, una interpretación de la especificidad de los conflictos, las luchas y los ajustes. Proceso difícil, el brasileño, por haberse efectuado en relación a la antiquísima historia de Portugal, cuya identidad se reitera y se reconstruye en cada embate, disolviendo y armonizando las contradicciones internas, incorporando las diferencias o sediciones externas. En este sentido, la permanencia y el refuerzo del rígido sistema imperial de bloques en el poder, en la sustentación de los dos monarcas «extranjeros» de la familia de los Braganzas al frente del Estado independiente, amortiguaron el carácter revolucionario de la descolonización. Se produjo, en torno al conflicto colonia/metrópoli, una intensa y prolongada «negociación» de sentidos, de interpretaciones, para conciliar una visión histórico-ideológica «equilibrada» del pasado con el presente. Visión que, en esta cuestión, no podría ser sólo de luchas, toda vez que los Braganzas continuaban en el poder y que, como se sabe, hubo hasta peligro de que Pedro I retornase. Por otro lado, es obvio que esta historia tampoco podía ser de calma y tranquilidad, como demostraban las revueltas políticas y sociales del periodo de la Regencia, que se prolongaron hasta el Segundo Reinado.

Construyendo una teoría de la Independencia: el médico y el general

¿Cómo y cuando nace la «identidad nacional»? La conciencia de Nación sólo se consolidaría plenamente cuando se consiguiese elaborar una historia propia. «Brazil», tema de historia de las mentalidades, aparece bajo diferentes formas, presentándose de modo variado en el cuadro general de las representaciones mentales del periodo. En innumerables obras de autores extranjeros sorprende la existencia –o al menos, el esbozo– de formulaciones e interpretaciones históricas sobre lo que venía a ser «Brasil», más allá de los registros, de la ficción, de los anuarios y cronologías.

Los ingleses, entre los cuales el ya mencionado Armitage[41], tal vez el más importante, dejaron textos históricos de gran valor, por mostrar una comprensión de la historia en cuanto *proceso*, y no *cronología* o *crónica*, inaugurando así una nueva fase de conocimientos sobre el Brasil.

Una conciencia propiamente nacional, brasileña, solamente puede ser captada en la historiografía que se define a finales de los años 1930 e inicio de los 1940. Es ella la que obliga a la fijación de los nuevos hitos de la historiografía en Brasil, llevando, en consecuencia, a repensar la historia de las ideologías y las mentalidades en el Brasil del siglo XX.

[41] John Armitage, *História do Brasil*, 3.ª ed., Río de Janeiro: Zélio Valverde, 1943.

En este contexto, dos obras publicadas a mediados del siglo XIX se revelan fundamentales, pues nos muestran una perspectiva más avanzada y estimulante que la de Varnhagen, entre otros: son la *História do Brasil*, del médico Francisco Solano Constâncio, publicada en 1839, y el célebre *Compêndio da história do Brasil*, escrito por el general José Inácio de Abreu e Lima, el «general de las masas», publicado en 1841.

Los dos historiadores fueron también contemporáneos de la fundación del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (1838) y vivieron en el ambiente político de la declaración de la mayoría de edad de Pedro II.

Al situarlos en el contexto de la época, no debemos perder de vista el hecho de que ya estaban en funcionamiento, desde hacía diez años, las facultades de Derecho de São Paulo y Olinda. Comenzaban a formarse las nuevas elites nacionales, dándose un nuevo impulso a la intensa actividad periodística ya existente.

Solano Constâncio permaneció en la sombra por muchos años en los estudios historiográficos. Fue miembro de la sociedad de Medicina y de Historia Natural de Edimburgo, de la Lineana de Nueva York y de la de París, además de ser autor del *Dicionário crítico e etimológico da língua portuguesa*.

Se trata del comienzo de una tradición historiográfica, esto es, de una manera innovadora y «científica», *escrita por un galeno*, de entender el Brasil y de interpretar la historia del país en la perspectiva de la descolonización, proponiendo una nueva periodización en la que se enfatiza el proceso de Independencia y la expulsión del emperador, contraponiéndose así a la visión bragantina y reaccionaria de Varnhagen.

El otro historiador, el ex revolucionario de 1817 José Inácio de Abreu e Lima, es más conocido, aunque no haya un estudio en profundidad que lo sitúe en el contexto de la naciente historiografía. Abreu e Lima era hijo del padre Roma, que fue preso acusado de traición y fusilado en 1817, cuando intentaba organizar la revolución en Bahía. La nota trágica es que el joven, preso entonces en Salvador, fue obligado a asistir al fusilamiento, precedido de un valiente discurso, del padre maniatado.

Abreu escapó de la prisión y, en 1818, con el auxilio de la masonería, huyó con su hermano Luís a los Estados Unidos. Retornó a América del Sur pasando por el Caribe, quedándose un tiempo en Puerto rico y continuando viaje hacia Venezuela. Se incorporó a los 24 años a las tropas de Simón Bolivar (que tenía entonces 23 años), sirviendo durante 11 años en las campañas de sus fuerzas militares en Venezuela, Ecuador y Perú. Llegó al generalato y apoyó la Revolución *Praieira* de 1848. Defendió la libertad religiosa, a los protestantes y el pensamiento del reformador Lutero, aunque pensaba que era la religión católica la que uniría a los pueblos, llevándolos a lo que pensaba ser el socialismo…

Luchó por las repúblicas latinoamericanas, pero, al retornar a Brasil, optó por la monarquía, por el mantenimiento de la familia real y por la no separación de Iglesia y Estado. Murió en 1869, pobre y solo. El obispo Francisco Cardoso Ayres no

permitió que fuera enterrado en el cementerio de Recife. Sepultado en el cementerio de los ingleses, siguió siendo un exiliado incluso después de su muerte[42].

La construcción de una historia nacional

En el *Compêndio* de Abreu e Lima, a pesar de tratarse de una interpretación llena de altibajos, desigual, elaborada por un hombre de acción, la historia se sustenta desde una perspectiva nítidamente nacional. Cuando se las sitúa en el contexto de la época, esta obra y la de Solano Constâncio ganan altura, sea en comparación con obras escritas en Portugal, como la de Almeida Garrett, autor del importante ensayo sobre revolución y contrarrevolución, *Portugal na balança da Europa* (Lisboa, 1830), sea en comparación con las publicadas en Francia, como las de Charles Fourier y Horace Say (el autor de la *Histoire des relations commerciales entre la France et le Brésil*, publicada en París en 1839). O incluso frente a las aparecidas en Estados Unidos, como la obra de William Lloyd Garrison…

[42] La biografía más reciente de este complejo personaje ha sido escrita por Angelo Diogo Mazin & Miguel Enrique Stedile, *Abreu e Lima*, *General das Massas*, São Paulo: Expressão Popular, 2006.

Capítulo 20
El Segundo Reinado (1840-1889). El universo «imperial» de Pedro II

Toda vigilancia y diligencia del gobierno es poca[1].

Pedro II, 1871

Menos mal que acabamos con eso [la esclavitud de negros africanos]. Ya era hora. Aunque quememos todas las leyes, decretos y avisos, no podremos acabar con los documentos privados, las escrituras e inventarios, ni borrar la institución de la Historia ni de la Poesía[2].

Machado de Assis, 1888

Duró casi medio siglo el Segundo Reinado (1840-1889). Pedro II, de la casa de Braganza, fue su único soberano. Una cierta historiografía acostumbra a definir el periodo como de «Paz Imperial», minimizando los cruentos conflictos que lo caracterizaron, tanto en el ámbito internacional –especialmente la Guerra contra Paraguay– como en el nacional, con insurrecciones como la Revolución *Praieira* y las continuas luchas por la abolición de la esclavitud. El duque de Caxías fue el brazo armado que sofocó los levantamientos y las convulsiones sociales, actuando también en la campaña contra Paraguay.

Durante el Segundo Reinado se consolidó un peculiar régimen parlamentarista como poderoso mecanismo político de control social. El esquema de partidos que se dibujaba a fines del periodo de la Regencia se hizo más nítido, con la definición

[1] Pedro II, «Conselhos de Pedro II à regente Dona Isabel, Carta Primeira, 1871», en Walter Costa Porto, org., *Conselhos aos governantes*, Brasilia: Senado Federal, 1988, pp. 814-815.

[2] Joaquim María Machado de Assis, *Memorial de Aires*, São Paulo: Globo, 1997, p. 31, refiriéndose a la abolición de la esclavitud, el día 13 de mayo de 1888.

de dos vertientes político-ideológicas: la liberal y la conservadora. La tendencia liberal abarcaba a groso modo los sectores medios urbanos, elementos del clero y propietarios rurales de Minas, São Paulo y Rio Grande do Sul. En el ala conservadora militaban propietarios rurales de Río de Janeiro, de Bahía y de Pernambuco, además de grandes comerciantes brasileños y portugueses.

La noción de identidad nacional se manifestaba ya a mediados del siglo XIX en la literatura, en la arquitectura de los *sobrados e mocambos**, en la política, en las instituciones y, como vimos en el capítulo anterior, en la historiografía. Se conformaba ya una imagen del «tipo brasileño», como se puede comprobar en obras literarias como *A moreninha* (1844), de Joaquim Manuel de Macedo, o en las *Memórias de um sargento de milícias* (1852), de Manuel Antônio de Almeida. Muchos viajeros extranjeros, como los misioneros protestantes norteamericanos Kidder y Fletcher, autores de *Brazil and the Brazilians* (1857), también registraron los rasgos peculiares de la sociedad que se formaba en aquel rincón de América del Sur. La literatura que dejaron los viajeros posee un inestimable valor, al mostrar cómo una cultura, por así decir, brasileña, se plasmaba en la periferia, en un contexto de fuerte dependencia externa[3].

La producción literaria subrayó esa supuesta identidad nacional. Esto había ocurrido ya en el periodo de la Regencia, cuando Gonçalves de Magalhães, en su famoso *Discurso sobre a história da literatura brasileira* (1836), observó una nueva manera de pensar sobre Brasil en Brasil. En aquel mismo año de 1836, hubo una mirada externa que también contribuyó a la construcción de una identidad brasileña pues, como ya vimos, aparecía en Londres la notable *History of Brazil* de John Armitage, amigo de Evaristo da Veiga. Era tan grande la proximidad entre ambos, que se creyó durante mucho tiempo que la obra, escrita desde un punto de vista marcadamente nacional, había sido elaborada por Evaristo, una duda que no ha sido nunca aclarada del todo.

En este proceso de construcción de una identidad nacional, fue igualmente emblemática la creación del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en 1838, centro de producción historiográfica que nutrió la visión oficial de una historia incruenta, de un «pueblo brasileño» prácticamente sin conflictos. Una historia ideológica de transiciones suaves, blanca, a la sombra del emperador bondadoso que concedió personalmente becas de viaje al extranjero a intelectuales y que asistía a las pruebas de selección de profesores y alumnos del Colegio Dom Pedro II…

(*) Literalmente, mansiones y chabolas; los autores hacen referencia a la famosa obra de Gilberto Freyre, *Sobrados e Mocambos*, publicada en 1936. *N. del T.*

[3] La mirada de los extranjeros a la antigua colonia portuguesa se conoce mejor después de que se pudo contar con obras de referencia de Gilberto Freyre, Caio Prado Júnior, Sérgio Buarque, Rubens Borba de Morais, Sérgio Milliet y otros, que recuperaron, se sirvieron e incluso tradujeron escritos de los llamados «viajeros». Cf. la obra voluminosa y densa organizada por João Cezar de Castro Rocha, *Nenhum Brasil existe. Pequena enciclopédia*, Río de Janeiro: Topbooks/UniverCidade, 2003, en que se analizan las visiones sobre Brasil de Debret, Ferdinand Denis, Stefan Zweig, Roger Bastide, Elizabeth Bishop y Lévi-Strauss, entre otros.

En el plano internacional, los cambios en los países industrializados de Europa repercutieron en Brasil, provocando transformaciones en la sociedad, en la economía y, en menor grado, en la mentalidad y en la cultura de los estamentos y las clases dirigentes. La presión externa fue decisiva para la abolición del tráfico de esclavos en 1850. A pesar de ello, los productores rurales brasileños continuaron utilizando mano de obra cautiva hasta algunos años después de la (in)completa abolición del régimen esclavista, en 1888. Abolición, por lo demás, parcial, como se ve en la historia social concreta, en una zona del planeta en la que la esclavitud arraigó profundamente en las formas de pensamiento y en las costumbres. En efecto, costaría cambiar la mentalidad esclavista, lo que confirma la conocida advertencia de Fernand Braudel: »los cuadros mentales son prisiones de larga duración». Fuertes rasgos de esa mentalidad persistirían tras la proclamación de la República en 1889, permaneciendo algunos, de forma nostálgica, hasta la actualidad.

A medida que transcurría el siglo XIX, el eje económico del Imperio se desplazaba del norte y nordeste al centro sur, gracias a la expansión del cultivo del café, nueva base de sustento financiero del país. El café se convirtió en el principal género de exportación de Brasil, haciendo a la corte del Imperio aún más dependiente de su más abundante fuente de ingresos: los impuestos sobre la exportación y la importación.

El imperio británico y el mundo

Gran Bretaña experimentó a lo largo del siglo XIX un acelerado desarrollo económico. Conquistó el mayor imperio colonial de todos los tiempos, transformándose en la primera potencia imperial e industrial del mundo y situándose indiscutiblemente en el centro de la economía mundial. Hasta la década de 1780, Inglaterra era un país eminentemente rural. La Revolución Industrial comenzó a alterar la situación, de tal manera que, en 1811, un censo comprobó que por primera vez el número de personas que trabajaba en la navegación, la industria y el comercio era superior a los que trabajaban en el campo.

Después de la victoria de Lord Nelson en la batalla de Trafalgar (1805), Inglaterra se hizo la dueña absoluta de las rutas oceánicas, asegurándose el acceso a los mercados coloniales, fuente de materias primas y de consumidores de productos manufacturados. El gran desarrollo interno estimuló al gobierno británico a conquistar nuevas colonias, sobre todo en África y en Asia. De ahí su insistencia en abolir el tráfico de esclavos, pues Inglaterra comenzaba a crear otros intereses en el continente africano. El binomio industria/imperio fue la principal característica de los nuevos tiempos. Hasta este momento, el comercio había sido la principal actividad económica de los ingleses en su relación con los demás países. Con el imperialismo naciente, la inversión de capitales en el exterior –para financiar la construcción de líneas ferroviarias, instalar telégrafos, construir puertos y establecer servicios públicos, tales como la iluminación y los transportes– se convirtió en la principal actividad de los capitalistas ingleses. A finales del siglo XIX, Inglaterra poseía las mayores compañías de navegación. Londres era el centro de las comunicaciones telegráficas del mundo y el principal polo económico y financiero del globo. Durante el largo reinado de

Victoria I (1837-1901), contemporáneo del de Pedro II, Inglaterra se confirmó a escala mundial como la mayor potencia mundial, imponiéndose en los sectores económico, militar y diplomático a Francia, Alemania, Bélgica y Holanda (en los repartos territoriales en África, Asia y América Latina). Londres, el centro financiero, sería el principal *entrepôt* para la redistribución de productos tropicales.

El Imperio brasileño en las redes del imperialismo británico

En los capítulos anteriores hemos visto cómo Brasil se convirtió en uno de los principales «socios» comerciales de Inglaterra en el continente americano. En realidad, el Imperio brasileño dependía de Inglaterra para su supervivencia.

Gran Bretaña era la mayor proveedora de productos manufacturados destinados a Brasil, ofreciéndolos por precios imbatibles. Entre 1810 y 1817 había negociado tarifas preferenciales para sus mercancías, de modo que el gobierno imperial dependía del dinero de los banqueros ingleses para saldar el déficit de la balanza comercial de Brasil con Inglaterra. Todos estos factores permitieron que Gran Bretaña, con su imperialismo informal, interfiriese en cuestiones internas del Imperio brasileño, ampliando la compleja maraña de contradicciones. Desde la firma de los primeros tratados comerciales, los ingleses presionaban al gobierno para abolir el tráfico de esclavos, única actividad que continuaba bajo el control de los comerciantes portugueses.

Durante los movimientos sociales de la Regencia, Inglaterra mantuvo su apoyo para la consolidación de un Imperio unido, facilitando créditos y proporcionando armas para la lucha contra los rebeldes separatistas. La actuación de los comandos de la *Royal Navy* fue intensa y vigilante. El modelo de apoyo imperialista que permitía beneficiarse a la industria de armamento y sus aledaños con la guerra colonial, fue adoptado de manera ejemplar en el caso brasileño, bajo la mirada complaciente de las elites ilustradas nativas.

A principios del siglo XIX, como ya se ha mencionado, Brasil contaba con aproximadamente 4 millones de habitantes, de los cuales casi la mitad eran esclavos. Los productores rurales continuaban dependiendo de la importación de cautivos, pues su mortalidad era más alta que la natalidad. Bajo el impulso de la Revolución Industrial, Inglaterra procuraba ampliar sus mercados consumidores, tanto en África como en Brasil, con lo que ya no interesaba que fueran únicamente los negreros ingleses los únicos beneficiados de la relación comercial atlántica, como había ocurrido en el siglo XVIII. Los esclavos no consumían casi nada de aquello que era exportado por Inglaterra. La alimentación era producida en las propiedades o llevada desde otras provincias, y la ropa de algodón rústico se confeccionaba localmente.

La presión de Inglaterra para la abolición del tráfico comenzó ya en 1810, en el primer tratado comercial firmado con la corte portuguesa refugiada en Río de Janeiro. En 1815, en el Congreso de Viena, Inglaterra consiguió la aprobación de la abolición del tráfico de esclavos en el hemisferio norte. Esto haría que los negreros luso-brasileños, principales suministradores de esclavos a Brasil después de la Independencia, no pudieran ir a buscar esclavos en los mercados del golfo de

Guinea. En 1817 Inglaterra instituyó el Derecho de Visita, arrogándose la autoridad para realizar inspecciones en los navíos en alta mar. Finalmente, en 1826, el gobierno imperial se comprometió a abolir el tráfico en el plazo de 3 años, aunque supo movilizar a sus juristas para obtener nuevos aplazamientos y brechas legales, cumpliendo su parte del tratado únicamente en 1831. A partir de ese año, el comercio de esclavos al norte del ecuador sería declarado ilegal por las autoridades brasileñas.

A pesar de ello, las sucesivas Regencias, que representaban los intereses de los propietarios exportadores, no hicieron cumplir la ley. El número de esclavos importados aumentó vertiginosamente durante el periodo 1831-1840, con lo que la represión de los ingleses a los negreros aumentó en igual proporción. La tensión entre las autoridades del Imperio e Inglaterra llegó a su punto máximo en 1845. En ese año, el parlamento inglés aprobó la *Bill Aberdeen*, ley que permitía la represión abierta al tráfico. El gobierno de Pedro II protestó contra la presión inglesa, pero ésta alcanzó proporciones inéditas y avasalladoras. Los navíos ingleses recorrían el litoral de Brasil invadiendo los puertos, con el pretexto de perseguir a los barcos negreros, los infames *tumbeiros*, cuya carga humana era muchas veces lanzada al mar.

El gobierno imperial cedió a la presión en 1850, cuando, asesorado por sus juristas, promulgó la Ley Eusébio de Queirós que abolía el tráfico de esclavos africanos. La falta de brazos en las plantaciones fue la consecuencia inmediata de la abolición, creando un serio problema en las provincias del norte y del nordeste. El fin del tráfico traería además un aumento en el precio de los esclavos, lo que llevó a los propietarios de las provincias de esas regiones a vender sus cautivos a los prósperos plantadores de café del sur.

Para contar con más trabajadores, los propietarios y el gobierno intentaron atraer brazos europeos: entre 1850 y 1889, cerca de 800.000 inmigrantes entraron en el país. Es obvio que la convivencia entre trabajadores esclavos y trabajadores libres no resultó fácil.

La abolición del tráfico tuvo como uno de sus efectos la liberación de capitales que antes eran utilizados en la compra de esclavos. Otros sectores de la economía se beneficiaron con la medida, especialmente el sector financiero, el comercio, el sector de transportes y de servicios públicos. La liberación de capitales contribuyó de hecho a constituir un nuevo contexto económico, en el que el dinero resultante de la exportación de café pudo utilizarse para la construcción de sistemas de transportes que facilitaran la salida de la producción. En 1850 fue inaugurada la *São Paulo Railway*, línea ferroviaría que unía Santos a Jundiaí, a la que siguieron otras financiadas por capitalistas ingleses.

Vida política, conflictos, tendencias y periodización

El Segundo Reinado comprende cuatro décadas, desde el golpe de la mayoría de edad (1840) a la proclamación de la República (1889), dividiéndose en cuatro periodos que pueden ser considerados como la fase más larga de la historia política de Brasil.

El primer periodo, de 1840 a 1850, fue un periodo de organización, caracterizado por la represión de los levantamientos regionales de la Regencia, la preparación del emperador y el desarrollo del aparato legislativo que garantizara el orden constitucional. Como vimos en el capítulo anterior, este marco legislativo estaría condicionado por el Decreto de Interpretación de la Ley Adicional.

A lo largo del periodo surgieron revoluciones liberales en Minas y São Paulo en 1842 además de la revuelta de Alagoas en 1844. En Rio Grande do Sul, la Guerra de los *Farrapos* llegó a su fin en 1845 y en Pernambuco se produjo en 1848 la Revolución *Praieira*. En 1847 se creó la figura de la presidencia del Consejo de Ministros. Los liberales, en el poder desde 1844, fueron derrotados en 1848, retornando así los conservadores.

El segundo periodo –de 1850 a 1864– se caracterizó por mantener cierta estabilidad, al concretarse las primeras iniciativas de importancia. Además de la fundación de un nuevo Banco de Brasil, fue la fase de los mayores proyectos del barón de Mauá (navegación a vapor, pavimentación de caminos, inauguración de la Línea Ferroviaria Dom Pedro II, etc.) Entró en vigor el Código Comercial y se promulgaron en 1850 la Ley de Tierras y la Ley Eusébio de Queirós, que ilegalizaba el comercio de esclavos. En 1853 el marqués de Paraná formó el Ministerio de la Conciliación. La nación, aunque dependiente, estaba ya constituida. La Conciliación generaría muchas decepciones, como lo expresaba el republicano Teófilo Ottoni: «vi con pesar a los moderados al timón de la revolución»[4]. Brasil adquiría una nueva fisonomía. Hacia mediados del siglo XIX, la gente comenzaba a darse cuenta de las ambigüedades de la esclavitud, institución que contrastaba sobremanera con los desafíos de las innovaciones que emanaban de los principales centros del capitalismo. Las plantas procesadoras, que sustituían a los viejos ingenios, dieron un nuevo tono a la vida. El mundo de los edificios de varias plantas, de las ciudades, del vapor, de los puentes de acero y de los ferrocarriles, de los licenciados, ingenieros, médicos, escritores y comentaristas políticos abría otros horizontes mentales. La economía del café despegaba: en 1860 representaba el 43% del total de las exportaciones.

Desde 1808, pero especialmente entre 1817 y 1850, se vivió la mayor transformación de la historia del subcontinente en toda su historia. Primero, la llegada de la corte, después las insurrecciones, la inestabilidad, la Independencia, las revoluciones, los conflictos y rebeliones de esclavos bajo la Regencia, caracterizando el paso a una nueva fase. Se dejaba de vivir en la colonia, pero no se sabía lo que era vivir en una nación independiente, en un orden liberal y fuertemente unitario. Tampoco se conocían las ciudades cosmopolitas. En Brasil los centros urbanos tenían esclavos y no redes de alcantarillado. Lo que más se temía era la república, razón por la cual los liberales avanzados y los «anarquistas» republicanos fueron apartados de la historia.

En respuesta a las insurrecciones y los levantamientos, en un esfuerzo por asfixiar la utopía republicana, se instauró enseguida la ideología de la contrarrevolución. Las formas de pensamiento contrarrevolucionarias y reaccionarias marcaron

[4] *Apud* Octávio Tarqüínio de Sousa, *História dos fundadores do Império do Brasil: Evaristo da Veiga*, vol. VI, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988, p. 99.

indeleblemente la mentalidad de la «Democracia Coronada». No obstante, surgieron algunas expresiones –en las voces de escritores y participantes de las revoluciones de 1817, 1822, 1824, 1831, 1842 y 1848– que permiten detectar esa nueva identidad emergente. Se trata de una elite liberal, reformista, raramente revolucionaria, con una vertiente más caracterizada por el origen en la clase media (concepto usado por Caio Prado Júnior y Paulo Mercadante), de lectores de Constant y Bentham, como el citado Evaristo da Veiga. O una vertiente más conservadora, en que destaca la voz del senador Nicolau Vergueiro, ex diputado de las Cortes de 1820 y figura destacada en la Regencia y en los años 1850.

La transición, o mejor dicho, la transacción, ya fue percibida por el profesor y periodista Justiniano José da Rocha (1812-1862), cuyas ideas pueden ser consideradas como el contrapunto y la finalización del proceso de Independencia. La fama de da Rocha, fundador de los periódicos *Atlante*, *Cronista* y *Brasil*, viene por su autoría del panfleto *Ação*, *reação*, *transação* (1856), en el que denuncia que los conservadores de los años 30 y los liberales de los 40 del siglo XIX desempeñaron el mismo papel, con los mismos errores y aciertos, y muestra la habilidad de la reacción monárquica al nombrar conservadores en lugar de «demócratas». Proclamando su «progresismo conservador», instauró la célebre cultura política de la transacción[5].

Una vez constituida la nación, los liberales y los conservadores se asemejarían mucho en su visión de Brasil y de la cultura política, aunque, como demuestra el texto del periodista, comenzaba a despuntar ya una dura crítica a ese estado de cosas. Es cierto que el «progreso conservador» venció, restañando las diferencias, pero había ya alguna que otra percepción de ese proceso de desmovilización nacional. El diagnóstico demoledor de Justiniano José da Rocha contenía un ciclo de reflexiones sobre Brasil.

Justiniano señalaba el fin de un periodo, como, medio siglo después, Euclides da Cunha documentaría el fin de una época. El periodista no estaba solo. A su lado estaba otro hombre proveniente del «grupo de París», Francisco de Sales Torres Homem (1812-1876), graduado en Medicina en Río y en Derecho en París y militante antiesclavista, que escribió el *Libelo do povo* (con el pseudónimo de «Timandro»), publicación en la que denunciaba la vuelta al «despotimo imperial» y con éste el retorno de los «enemigos de la idea de Nación». A juicio del historiador *mineiro* Francisco Iglesias, Timandro, con el *Libelo do povo*, constituyó uno de los momentos vivos del jacobinismo brasileño, provocado por los eventos de la Revolución de 1848.

A mediados de siglo, la aparente «estabilidad» del Segundo Reinado y la consolidación de un Estado nacional dependiente en el marco del neocolonialismo, mal podían esconder los tumultos, conflictos, revueltas y movimientos revolucionarios

[5] Justiniano José da Rocha, «Ação, reação, transação: duas palavras acerca da atualidade» (1856), en Raymundo Magalhães Júnior, *Três panfletários do Segundo Reinado*, São Paulo: Nacional, 1956, pp. 161-218. Ver también Carlos G. Mota, «Idéias de Brasil: formação e problemas (1817-1850)», en Carlos G. Mota, org., *Viagem Incompleta: a experiência brasileira (1500-2000). Formação: histórias*, vol. 1, 2.ª ed., São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000, pp. 197-238.

como la *Praieira* o la *Farroupilha*. Expresiones de resistencia que serían aplastadas o cooptadas por los mecanismos políticos y culturales creados en la larga historia de la formación del patronato político brasileño, defensor de la idea desmovilizadora y sofocante de un Brasil «estable», unitario y denso.

En el tercer periodo –de 1864 a 1870– destacó la campaña de la Guerra contra Paraguay, transformada en cuestión nacional. Caxias dominó el escenario político-militar, asumiendo en 1862 la presidencia del Gobierno. La caída del Gabinete del liberal Zacarias de Góes e Vasconcelos en 1868 fue el anuncio de la crisis que llevaría al colapso de la monarquía. No obstante, hubo algún signo de modernización en sectores de la economía y de las comunicaciones.

El que sería duque de Caxias, Luís Alves de Lima e Silva (1803-1880), ya venía destacando en el escenario nacional desde el periodo de la Regencia. Caxias participó activamente en la campaña de la Provincia Cisplatina, donde comenzó a despuntar. Fue ascendido a mayor en 1829, y al ser creada la Guardia Nacional fue integrado en ella como instructor. Invitado por los restauradores a dirigir una rebelión para la vuelta del emperador, se negó a participar en la aventura. Feijó le encargó la comandancia de un regimiento provisional, el Batallón Sagrado, para establecer el orden en Río de Janeiro, donde organizó patrullas de capitanes y otros oficiales para controlar las calles. En 1839, ascendido a coronel, fue nombrado comandante de las Fuerzas Militares y presidente de la provincia de Maranhão, donde sofocó definitivamente la *Balaiada* en 1841. Por este hecho recibió el título de barón de Caxias, nombre de la ciudad en la que derrotó a los rebeldes.

En 1842 dirigió las exitosas campañas contra las rebeliones liberales de São Paulo y Minas. Con su fama de «Pacificador» de tres provincias, fue nombrado presidente y comandante de Armas de Rio Grande do Sul, donde obtuvo en 1845, tras dos años de combates, la rendición de los *farroupilhas*.

Cuando se declaró la guerra contra Paraguay se formó la Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay. Tras una serie de desastres por falta de municiones y dinero, roces con el gobierno liberal, etc., el entonces marqués de Caxias fue llamado en 1866 para dirigir la campaña. Reorganizó y dio moral a las tropas, con lo que llegaron las primeras victorias. En 1869 entraba victorioso en Asunción, tras lo cual recibió el título de duque.

En 1875, ya con la salud maltrecha, fue nombrado por el emperador presidente del Consejo de Ministros, al que sumó el Ministerio de la Guerra. Con gran disgusto se vio obligado a hacer componendas con los liberales, en medio de un clima nacional e internacional muy desfavorable. Cinco años después, moría en la hacienda del barón de Santa Mónica, su yerno, en Vassouras, provincia de Río de Janeiro.

El último periodo, de 1870 a 1889, tuvo un importante desarrollo económico y de infraestructuras, pero fue testigo también de un agravamiento de las contradicciones, ampliadas con la propaganda republicana.

Cuando la Guerra de Paraguay llegó a su fin en 1870, estaba claro que el conflicto había aumentado el creciente desprecio por los Braganza, tanto por Pedro II como

por su descendencia. La animosidad venía tanto del ejército como de otros sectores de la sociedad, e incluso del clero.

La institución del Poder Moderador, que magnificaba el poder el emperador, sonaba como un exceso inscrito en la Constitución. La actuación del emperador, en opinión de Pandiá Calógeras, era sinceramente patriótica, dedicando «todo su tiempo al país, pero cuidando de los individuos en un grado mucho menor»[6]. Pedro II se había convertido en una especie de censor romano, que desagradaba a muchos. Defendía Brasil con el espíritu de un guía de la nación, lo que le llevó a romper relaciones con Inglaterra tras el caso Christie (1863)[7], y a responder a las afrentas del presidente-dictador paraguayo López, uno de los pocos destinatarios de su odio explícito.

Pedro II era abolicionista, pero a su manera, especialmente después de constatar el malestar que provocaba la esclavitud en los gobernantes de los vecinos Uruguay y Argentina. En 1870, pasados 30 años de su proclamación, era el único que permanecía en el poder después de tantos relevos de ministros y consejeros.

El clima político se enrareció cuando el marco político-partidario empezó a fragmentarse, una vez pasada la fase de la Conciliación en 1859. Como consecuencia, se formaron en 1861 tres facciones en la Cámara de Diputados: los ultraconservadores, los conservadores moderados y los liberales. Al año siguiente se organizó la Liga entre moderados y liberales, el llamado «partido progresista». Los sucesivos gabinetes mostraban el crecimiento de los liberales, que estuvieron en el poder de 1863 a 1868, bajo el liderazgo de Zacarias de Góes e Vasconcelos.

Había en la agenda política dos cuestiones espinosas: la abolición de la esclavitud y la participación de los militares en la política. La esclavitud comenzaba a ser criticada por la incipiente opinión pública, pero había una arraigada creencia en que la economía dependía esencialmente de la mano de obra esclava, a lo que se unía el miedo a entrar en una fase de luchas raciales abiertas (recordemos la rebelión de los Malés en Salvador en 1835).

El propio Pedro II firmó listas para liberar esclavos y mandarlos al ejército e incluso para dar la libertad a los no nacidos. Convocó a juristas para dar una solución al problema, enfrentándose a Pedro de Araújo Lima al nombrar como principal consejero al futuro marqués de São Vicente, Pimenta Bueno. Su sucesor en este cargo, Zacarias de Góes, se sumó a la propuesta abolicionista empeñando su palabra y la del emperador ante el gobierno francés, que presionaba por la abolición, en contra de la posición de la mayoría de los consejeros de Estado. Para Pedro II, ilustrado como era, se trataba de una vergüenza internacional.

El presidente Vasconcelos nombró una comisión presidida por el senador Nabuco de Araújo, «el líder mental del partido liberal». Esta comisión elaboró el proyecto del

[6] Pandiá Calógeras, *Formação histórica do Brasil*, 5.ª ed., São Paulo: Nacional, 1957, p. 330.

[7] Protagonizado por un diplomático inglés que se comportó de modo grosero, provocando la ruptura de relaciones de Pedro II con el gobierno británico, retomadas después de una petición formal de disculpas.

Consejo de Estado que, con enmiendas, sirvió de base para la ley de 28 de septiembre de 1871, dando libertad a los no nacidos, complemento de la Ley de 1850 de abolición del tráfico. La institución de la esclavitud quedaba así condenada a su fin. La monarquía resultó también afectada –lo que se desprende de algunas páginas del *Memorial de Aires*[8], de Machado de Assis– puesto que los hacendados se sintieron abandonados por el monarca viajero, que dejó el gobierno en manos de la princesa Isabel y de su marido, el conde de Eu, una controvertida figura que apoyaba la abolición[9].

Otra cuestión era la militar, como veremos en el próximo capítulo. La monarquía se desmoronaba. En aquel mismo año de 1870 fue publicado el Manifiesto Republicano y en 1873 se reunía la Convención Republicana en Itú, provincia de São Paulo. Los debates sobre la reforma electoral y la elección directa ocuparon los años de 1870 a 1878, con la victoria de la Ley Saraiva, que decretó la elección directa y el principio de capacidad como electores de los católicos y de los esclavos libertos. Paralelamente, se hacía palpable el declive de los partidos.

En el sur, el inquieto Pinheiro Machado fundó en 1879 el Partido Republicano Riograndense y en 1884 Júlio de Castilhos fundó el periódico *A Federação*. En 1880, Joaquim Nabuco vio rechazado su proyecto de ley proponiendo el fin de la esclavitud en diez años, llegando a la conclusión de que sólo con una intensa campaña propagandística se podría tener éxito. Para ello creó la Sociedad Brasileña contra la Esclavitud, a la que siguió poco tiempo después la Confederación Abolicionista, con sede en Río de Janeiro pero con ramificaciones por el país. Entre 1883 y 1888 se produjeron revueltas y liberaciones espontáneas y se crearon fondos para ayudar a las manumisiones y las fugas, del Amazonas a Río de Janeiro, de Fortaleza a Porto Alegre. Hubo abogados y magistrados que apoyaron la causa, solicitando el *habeas corpus* para los fugitivos. Las luchas por la liquidación del régimen servil tuvieron además un gran impulso con la fundación en 1886 de la Sociedad Promotora de la Inmigración.

En 1888, finalmente, fue promulgada la Ley Áurea, que abolió la esclavitud en Brasil.

Perfil de Pedro II

> Fingió noblemente que gobernaba un país libre[10].
>
> José María Bello, 1940

Pedro II (1825-1891) fue el personaje dominante del Segundo Reinado. La imagen más difundida es la de un hombre equilibrado, culto, austero y siempre alabado. En general la historiografía y la crítica sobre Pedro II es extremadamente aduladora,

[8] J.M. Machado de Assis, *Memorial, passim*.
[9] P. Calógeras, *Formação*, p. 335.
[10] José Maria Bello, *História da República (1889-1930)*, Río de Janeiro: Simões, 1940, p. 22.

actitud que persiste hasta nuestros días. Su figura imperial y su actuación sufrieron escasas críticas, y las que hubo se produjeron tan sólo durante el periodo republicano. «Se diría que en su elogio casi incondicional hay una especie de fuga al pasado. El Imperio colmaría nuestra añoranza, y el viejo rey, "nieto de Marco Aurelio", sería un modelo impecable para los gobernantes brasileños», tal como escribió uno de los primeros historiadores, tal vez el mejor, de la Primera República[11].

Pedro II nació en el Palacio de São Cristovão en la Quinta de Boa Vista en Río de Janeiro el 2 de diciembre de 1825, hijo de Pedro I y de la emperatriz Leopoldina. Su madre murió un año después, con lo que fue criado por la condesa de Belmonte, Mariana Carlota Vieira de Magalhães Coutinho.

«Mi hijo tiene sobre mí la ventaja de ser brasileño. Y a todos los brasileños les gusta»[12], afirmó su padre cuando abdicó a favor del niño de 5 años. Dos días después de la abdicación, Pedro II fue proclamado emperador del Brasil, teniendo como tutor nombrado por Pedro I a José Bonifácio de Andrada. Al ex ministro, consejero y exiliado por el propio Pedro I cabría el papel de educador del joven rey Pedro II hasta su mayoría de edad.

En el país hervían los conflictos regionales, los enfrentamientos entre las provincias y el poder central, las cuestiones de fronteras, las luchas entre monárquicos y republicanos y entre portugueses y brasileños, entre abolicionistas y negreros, ambos presionados por ingleses y franceses y por la opinión pública internacional.

En 1840, una propuesta de reforma constitucional de la autoría de Honório Hermeto Carneiro Leão, el marqués de Paraná, anticipaba la mayoría de edad de Pedro II. En un ambiente de agitación en la Cámara y de manifestaciones populares, el presidente del Senado, Francisco Vilela Barbosa (marqués de Paranaguá), proclamó la resolución decretando la mayoría de edad el 23 de julio, lo que fue considerado un golpe por muchos. El mismo día tomo posesión el joven emperador de 14 años. El «huérfano nacional», el «pequeño emperador, nuestro patricio» como lo calificaba el eufórico Evaristo da Veiga en su periódico el día 11 de abril de 1831, se consagraba como sucesor de la Corona, en una revolución que duró menos de 48 horas, «nuestra revolución gloriosa», que «en nada tuvo que envidiar a los 3 días de París».

El niño ya se había hecho notar en público en el solemne *Te Deum* en la Capilla Imperial en 1831, cuando se convirtió en emperador. Evaristo da Veiga hizo una conmovedora descripción de la ceremonia en su periódico:

[11] *Ibid.*, p. 20.

[12] «Ellos no me quieren como gobernante porque soy portugués. No importa como lo hagan, están determinados a librarse de mi [...] Mi hijo tiene sobre mí la ventaja de ser brasileño. Y a todos los brasileños les gusta. Él reinará sin dificultades, y la Constitución garantizará sus prerrogativas. Descenderé del trono con la gloria de terminar lo que comencé, constitucionalmente». *Apud* Sérgio R. D. Morgado, «Caxias e seu tempo», en *Da Cultura (Revista da Fundação Cultural do Exército Brasileiro)* 3 (5), Río de Janeiro (2004), pp. 24-37.



D. Pedro II y Dña. Teresa Cristina con las princesas Leopoldina e Isabel

Al aparecer el niño, que venía en un coche empujado por el pueblo, se entonaron vivas a la Nación, a la Constitución, al Sr. D. Pedro II, al *emperador brasileño*. El pequeño emperador respondía a los vivas saludando con un pañuelo. Los ojos se llenaban de lágrimas, las tropas y la población se mostraban como hermanos, despojados del menor atisbo de rencor contra aquellos que nos ofendieron. [...] Tras los Jueces de Paz, que iban a caballo con las banderas verdes desplegadas, venían más de 500 ciudadanos todos bien vestidos y con los brazos entrelazados, como señal de estrecha unión. Todo era placentero, los vivas que rompían en el aire no fueron, como otrora, pronunciados con el temor al látigo, empuñado en las manos de los asesinos[13].

[13] *Apud* O. Tarqüínio de Sousa, *História dos fundadores*, pp. 102-103, citando el *Aurora Fluminense*, nº 470, Río de Janeiro, 11-4-1831.

Todo el proceso fue garantizado por la espada del general Francisco de Lima e Silva, miembro de la Regencia, y las de sus hermanos. Proseguía Evaristo da Veiga, elogiándolos e inaugurando una tradición liberal dudosa, tal vez ingenua, en el mismo periódico:

> Reciban los Srs. Lima este homenaje de quien nunca supo lo que es adular, de quien desconfía mucho de la espada, cuando ella abusa de su preponderancia.

Se nacionalizaba la Independencia y al mismo tiempo se anulaban los proyectos de Federación y de República, pero también, y sobre todo, se alejaba la hipótesis de la abolición de la esclavitud. A partir de ese momento los Lima e Silva, familia de militares, estarían presentes en toda la trayectoria del joven Braganza, con la misión de pacificar y unificar el Imperio.

A los 18 años, en 1843, Pedro II se casó con Teresa Cristina, hija del rey de las Dos Sicilias, con quien tuvo cuatro hijos. Sólo sobrevivieron las princesas Isabel y Leopoldina, muriendo pronto los dos varones, Pedro y Afonso. Isabel se casaría con el conde de Eu, de origen francés, tal vez la persona más interesante de la familia, que luchó en la Guerra de Paraguay, se declaró abolicionista y aborrecía algunos de los hábitos de la elite brasileña.

Pedro II era culto, amigo de sabios, de intelectuales y de gobernantes ilustres. Apoyaba iniciativas en los campos de la investigación, la literatura y las artes. Se interesaba también por la historia, por lo que financió el trabajo del historiador Varnhagen[14], que se lo debe todo al emperador.

Pedro II, investido con la imagen de «rey filósofo», recibía a viajeros, tales como el interesantísimo inglés Robert Burton o el racista conde Gobineau. El emperador visitaba las academias o los institutos y a veces asistía a las clases del Colegio Pedro II. Un sabio de provincia, en suma. Ayudaba a los investigadores con becas de estudio, era aficionado a viajar aunque, en opinión del historiador José Maria Bello:

> …recorriendo con prisa países y ciudades, haciendo sobre las cosas ilustres por el pasado o por la belleza artística que visitaba, las vulgares observaciones de los turistas mediocres, confundiendo muchas veces el valor de los hombres eminentes que le atraían, redimiéndole, en este aspecto, el hecho del presentimiento de la revolución musical de Wagner y del respeto a los genios de Pasteur y Edison[15].

A pesar de haber dejado una abundante correspondencia de viaje, además de firmar y recibir tantos otros documentos, no puede ser destacado en él ningún talento especial como estadista. Las cuestiones económicas le resultaban lejanas, así como

[14] Como se sabe, Varnhagen tenía opiniones racistas, y no apoyó la *Inconfidência* ni el papel de Tiradentes.

[15] J. M. Bello, *História*, p. 23.

las innovaciones tecnológicas que la Revolución Industrial y el maquinismo traían a Europa y a los Estados Unidos. Prefería estudiar el árabe o el hebreo, coleccionar piezas de museo (más bien modestas), dejando que fuera la rutina parlamentaria la que comandase los destinos del país. No se aficionó a la industria, ni a las reformas urbanas que se producían de forma intensa en Francia o en los Estados Unidos. En suma, un hombre casero, poco espontáneo, excelente lector de libros y autor de sonetos convencionales.

Pedro II parecía esforzarse por olvidar las preocupaciones y las penosas tareas del gobierno, sobre todo tras la Guerra contra Paraguay, un divisor de aguas en su biografía. La guerra le fatigó de veras, especialmente la persecución y muerte de López, tal vez la única vez en que el emperador manifestó un odio explícito, y que le hizo envejecer prematuramente.

Sin osadía, sin grandes pasiones, sin conflictos de extraordinaria relevancia, era lo contrario que su padre. La opinión de Bello es durísima: «Honesto cumplidor de deberes, patriota, sincero, tocado incluso por ciertos prejuicios nativistas, encarnaba el mejor tipo de alto funcionario público. [...] No fue un estadista»[16].

Aunque durante su gobierno se hayan producido no sólo la Ley de Tierras, discutible y limitada, sino también la extinción (tardía) del tráfico de esclavos (1850), junto con iniciativas a favor de la inmigración, del desarrollo de la economía cafetera y la construcción de líneas ferroviarias, el país se modernizó poco en líneas generales. El parque industrial brasileño, por ejemplo, apenas se desarrolló. La red universitaria mucho menos. A Pedro II no le entusiasmaba la inmigración. La sociedad continuó teniendo un fundamento estamental-esclavista, incluso tras la abolición de la esclavitud.

Los viajes al exterior funcionaron como paréntesis para alejarse de las tareas de Estado y de las intrigas parlamentarias que le rodeaban. No es casualidad que fuera la princesa Isabel quien firmó el decreto de abolición de la esclavitud en 1888. El tedio estamental, educado, esterilizado, marcaba esa personalidad plácida, sin especiales alegrías o extroversiones. Sin escándalos amorosos, sin sabor.

Su gobierno terminó mal, caracterizado por la inercia, con importantes cuestiones nacionales sin resolver: la cuestión militar, la cuestión religiosa, la gravísima cuestión social (la abolición no supuso una emancipación efectiva de los esclavos) o la cuestión económica. El antiguo problema de la tierra tampoco tuvo un arreglo razonable en medio de la inmigración, la abolición o la creación de un mercado interno. Todos estos temas pasaron por delante de la baranda del último Braganza en el poder. Su destino final fue el exilio… Exilio fue la palabra que amargó los últimos días de su abuelo, de su padre y los suyos propios.

[16] *Ibid.*, p. 20.

Una vez proclamada la República el 15 de noviembre de 1889, el viejo emperador, diabético y enfermo, fue conminado por carta del presidente Deodoro da Fonseca, el día 17, a partir con su familia al exilio en Portugal, a donde llegó el día 7 de diciembre. En Oporto murió Teresa Cristina el día 28. Viudo, enfermo y anciano, cultivó el hobby que más le gustaba: visitar bibliotecas, museos e institutos. En sus últimos meses vivió en Niza, en Cannes, Versalles y París. El emperador falleció en 1891 en el Hotel Bedford de la capital francesa, asistido por su médico y acompañante, el doctor conde Motta Maia. Sus restos mortales reposan en la Catedral de Petrópolis, adonde solía ir a menudo.

Capítulo 21
Parlamentarismo sin el pueblo: la «paz» del Segundo Reinado

> El Senador Nabuco, que era fundamentalmente un legista y profesaba en materia política un escepticismo de buenos quilates, no veía en Brasil un lugar para partidos sólidos, partidos, según él decía, transmisibles de generación en generación, como los hubo otrora en Francia, o dinásticos como en Inglaterra[1].
>
> Manoel de Oliveira Lima, 1927

La abolición del tráfico de esclavos en 1850 fue uno de los principales factores que afectaron a la economía en la segunda mitad del siglo XIX. El vínculo económico entre el Imperio y los países industrializados continuó siendo el mismo: Brasil era un país esencialmente agrario-exportador, especializado en la venta de su producción agrícola en el mercado internacional. Mientras que los principales géneros exportados por Brasil durante el periodo colonial fueron el azúcar y el algodón, en el siglo XIX, en las provincias de Río, Minas y São Paulo, el café se convirtió en el producto de exportación más rentable para los cofres del Tesoro. Sólo a finales de siglo el caucho y el cacao alcanzarían un lugar de importancia comparable en el comercio de exportación.

El café fue introducido en Brasil en la primera mitad del siglo XVIII. En aquel momento, la producción de oro y diamantes era la principal actividad económica de la colonia. La mayoría de las inversiones de capital y mano de obra era absorbida por las regiones mineras. A partir del siglo XIX el café empezó a adquirir importancia en la economía, siendo ya en la década de 1830 uno de los principales géneros tropicales de exportación hacia los países industrializados. Londres,

[1] Manoel de Oliveira Lima, *O Império brasileiro (1821-1889)*, Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1989, p. 45.

Ámsterdam y Nueva York eran los grandes centros consumidores y los grandes mercados de café.

Las provincias de Río de Janeiro, Minas Gerais y São Paulo destacaban como las más importantes regiones productoras de café, pues en ellas la planta encontraba suelo y clima ideales para su cultivo. En el valle del Paraíba (del sur) se formaron grandes haciendas, con sus plantaciones, bosques y *senzalas*, y en ellas se cultivó un estilo de vida europeizado con bibliotecas, maestros de escuela y preceptores europeos. Hacia la mitad del siglo XIX se había desarrollado ya una cadena de ciudades y se había transportado hacia allí a miles de esclavos.

Sobre la riqueza de esa economía a mediados del siglo XIX, los historiadores João José Reis y Eduardo Silva escribieron:

> la acumulación sin precedentes de tierras y esclavos, las nuevas instalaciones productivas en las haciendas, la construcción de «palacios» e iglesias en las zonas de cultivo, la compra de títulos de nobleza, la importación de objetos de lujo y el embarque de los hijos para estudiar en Europa, eran indicativos de los tiempos de opulencia, del nuevo *status* y del éxito de la incorporación de la estructura esclavista al mercado internacional[2].

Una vez agotada la economía cafetalera, la decadencia dejó una nobleza nativa *déclassée* y «ciudades muertas», tan bien descritas por el escritor Monteiro Lobato. Dejó también una particular cultura de violencia, aparte del persistente ambiente rancio y conservador de una sociedad con marcas profundas de un *ethos* estamental-esclavista antiguo y asfixiante.

São Paulo suaviza su rudeza…

Empujada por su capital, donde se produjo el Grito de la Independencia, en el Ipiranga, la provincia del fallecido José Bonifácio de Andrada salía de las brumas de la pobreza del siglo anterior. A pesar de su lluvia persistente, la ciudad de São Paulo era la preferida de la inglesa Maria Graham, del Patriarca y de tantos otros viajeros. Se caracterizaba por ser una ciudad de estudiantes venidos de otras regiones. El venerable Andrada definía así la provincia donde nació:

> São Paulo, montañosa y áspera en parte, suaviza la rudeza, la brutalidad de los pueblos de carácter totalmente montañés y de los habitantes de países fríos; es sin duda la más de capaz de realizar grandes cosas. Allí se mezclan las sierras con los campos y las vegas deliciosas; el frío vence al calor y da a los cuerpos cierta energía, que no conocen los pueblos de otros climas más cálidos[3].

[2] João José Reis & Eduardo Silva, *Negociação e conflito: a resistência negra no Brasil escravista*, São Paulo: Companhia das Letras, 1989, pp. 23-24.

[3] José Bonifácio de Andrada e Silva, «Caráter geral dos brasileiros», en Miriam Dolhnikoff (org.), *Projetos para o Brasil*, São Paulo: Companhia das Letras, 1998, p. 193.

Durante el ocaso del periodo colonial y en los primeros años del siglo XIX, São Paulo comenzaba a ocupar un lugar destacado en el escenario brasileño, al calor de la Independencia. No sólo los episodios de su participación en el proceso de emancipación (con los Andradas al frente), sino también una serie de iniciativas –entre ellas la creación de la Academia de Derecho en 1827, adonde se dirigían los hijos de las elites regionales que querían realizar sus estudios superiores– situaban a la antigua ciudad colonial en la línea de frente del proceso de descolonización del país. Más que los estudios, tremendamente dispersos y a veces muy anticuados, era el encuentro de jóvenes provenientes de regiones con problemas tan diversos lo que reforzaba el sentimiento de nacionalidad. En algunos se despertaba una sensibilidad antiesclavista o federalista, aunque llegaran con sus asistentes o «porteadores» esclavos, que quedaban «aparcados» en las inmediaciones de la escuela esperando al «señorito» salir de las clases o de las borracheras en alguna bodega vecina.

Los variados y sucesivos dirigentes de la antigua capitanía –como los Andradas, Nicolau de Campos Vergueiro, el padre jansenista Diogo Antônio Feijó o los republicanos de 1870– dejaron sus huellas personales en la construcción de un proyecto común, un proyecto nacional en fermentación. Con una importante presencia extranjera y siendo cabeza de una vasta red hidrográfica, además de contar con un clima propicio y con la fertilidad de sus tierras, las líneas fuertes del desarrollo de la vida urbana paulista ya se habían definido en las primeras décadas del siglo XIX.

Si se observa la historia de São Paulo en la *longue durée*, la Ley Adicional de 1834 inició el desarrollo institucional, como parte de un proceso que se prolongaría hasta 1929, cuando la gran crisis internacional acabó con la estructura agraria creada durante la colonia y el Segundo Reinado. En la mayor parte de la provincia paulista el crecimiento demográfico y económico fue seguido de una intensificación en la ocupación territorial[4]. Su población, que en 1834 alcanzaba los 330.000 habitantes, llega en 1929 a 6 millones (de los cuales cerca de 1 millón eran inmigrantes extranjeros, naturalizados o no). Del total, casi la mitad vivía de la actividad rural, y de esa mitad, casi un tercio estaba ligado al cultivo del café.

¿Qué era lo que representaba São Paulo en el contexto brasileño? Mientras Río de Janeiro entraba en el mapa-mundi en la primera década del siglo XIX convirtiéndose en el gran centro de actividades económicas, políticas, diplomáticas y culturales del hemisferio sur, articulando la economía de esa parte del Atlántico y sus ramificaciones hacia el resto de la América meridional, São Paulo seguía estando al margen de las grandes corrientes económicas y políticas del Reino Unido de Portugal, Brasil y el Algarve. El territorio vivió un momento de gran depresión a finales del periodo colonial. La prohibición de las actividades manufactureras sofocaba cualquier iniciativa de desarrollo industrial. La dispersión poblacional y la autonomía de las propiedades rurales no estimulaban el desarrollo de un mercado para la producción en escala.

[4] Richard M. Morse, *Formação histórica de São Paulo*, São Paulo: Difel, 1970. Los datos de población mencionados a continuación pueden ser consultados en las pp. 90, 102, 158, 162, 171, 192, 238-240 y 301.

La industria de São Paulo no iba más allá de la fabricación manual de tejidos rústicos de lana y algodón de cuño artesanal. Eran muy apreciadas las colchas de dibujos esmerados y las redes tejidas por las señoras de la «buena sociedad», que se dedicaban al trabajo con la aguja. Otras especialidades paulistas eran la producción de cerámica a pequeña escala, hecha por los mestizos en los barrios de la periferia de la ciudad, y la confección de sombreros de fieltro. Los oficios manuales eran controlados por los escribanos por medio de exámenes, siendo la Cámara municipal la que finalmente otorgaba la licencia para trabajar. En el registro general de 1820 a 1822 consta que 4 zapateros, 4 sastres, 2 tapiceros, 1 calderero y 1 carpintero fueron cualificados como «maestros examinados» o tuvieron autorización para «trabajar al público con tienda abierta». Nótese que algunos de ellos eran esclavos, y que pasar este examen era un requisito indispensable para su trabajo, además del reconocimiento de su cualificación. También había ya algo de mano de obra especializada, sobre todo en el sector de cueros y de madera, con una orientación claramente profesional.

A causa del buen clima y del bajo costo de vida, había una cierta predisposición para que muchos viajeros y científicos consideraran a São Paulo el lugar ideal para el futuro desarrollo de industrias. Todo este ambiente debe de haber influido en la decisión tomada por João VI de transferir a la capital paulista una fábrica de armas, encargando su puesta en marcha a diez técnicos alemanes y a cincuenta trabajadores locales. Los alemanes ganaban bastante, pero se adaptaron demasiado bien a los excesos de la vida en los trópicos, cediendo a las «buenas costumbres» y a la cachaza. La informalidad de los aprendices brasileños en el trabajo, en una sociedad esclavista, junto con las escasas exigencias de los medios de producción (no se utilizaba mobiliario sofisticado ni accesorios), no llevó la experiencia muy lejos, teniendo que continuar con subsidios del Erario real. Igualmente, una fábrica de tejidos establecida en 1811 por un portugués «Maestro y Fabricante de Tejidos de Seda y de Algodón», tuvo que ser cerrada. Tampoco tuvo éxito la iniciativa de crear una filial del Banco Central en la capitanía para estimular el comercio y la agricultura.

La ciudad viviría aún muchos años de «inocencia económica»[5] en palabras del historiador Richard Morse. Un estudio de las fábricas de São Paulo, hecho en 1836, mostraba que todavía obedecían al modelo colonial. Se vivía en un contexto económico en el que el valor de los artículos de importación o de un esclavo capacitado era más alto que el costo de los terrenos, del mobiliario doméstico local o que los servicios (como la visita al médico, por ejemplo).

A partir de 1822 se produce un significativo esfuerzo por parte del gobierno local provisional para estimular las actividades económicas. Se crea una Sociedad Económica a Beneficio de la Agricultura y la Industria en la provincia, con biblioteca, mapas, maquetas y *machinas* donadas por José Bonifácio de Andrada. Como ya vimos, el Patriarca pasó gran parte de su vida en Europa, ejerciendo como profesor de la Universidad de Coimbra. Muy comprometido con São Paulo, desarrolló

[5] *Ibid.*, pp. 148 y 216. Ver también el capítulo XVII, «O temperamento da Metrópole», pp. 273-294.

proyectos junto con sus hermanos Martim Francisco y Antônio Carlos que, dentro de la filosofía reformista de la Ilustración, dieron un impulso político-ideológico a la provincia.

En los años siguientes a 1822 y a lo largo de todo el siglo, surgieron diversas iniciativas para integrar a São Paulo en la estructura administrativa del país independiente, al tiempo que la ciudad iba conquistando su lugar como centro político de la provincia. Se produjo a partir de la Independencia una pérdida de autonomía municipal, pues los problemas de la capital eran tratados por las autoridades de la provincia. Sus necesidades se diluían en el conjunto provincial, que ofrecía soluciones de fuera para adentro y no al contrario. Sería ésta la raíz de los problemas de la que llegaría a ser la mayor ciudad del mundo luso-afro-brasileño.

Los signos de cambio, no obstante, eran evidentes. En la primera mitad del siglo XIX sólo unos pocos centros urbanos aparte de Río adquirieron dimensiones importantes, al recibir a muchos de los inmigrantes recién llegados de varios países, como se observa en el Registro de Extranjeros de la Aduana de Río de Janeiro. Aunque no de forma vertiginosa, entraron en un nuevo ritmo villas y ciudades del interior como Vila Rica, Sabará, Mariana, São Paulo, Sorocaba, Guaratinguetá y otras. En São Paulo se creó en 1827 la Academia de Derecho para la formación de los nuevos cuadros dirigentes. Con la economía del café extendiéndose por el valle del Paraíba del sur y la costa y alcanzando el llamado Viejo Oeste paulista, la ciudad llegaría a centralizar todo el *hinterland*, beneficiándose de su posición privilegiada y fortaleciendo su condición de cabeza de puente hacia el interior de la provincia y más allá.

Los «barones del café»

En 1838 las exportaciones de café superaron a las de azúcar. A partir de ese momento y durante todo el resto del siglo, la rubiácea sería la principal fuente de riqueza de los llamados «barones del café» de Río de Janeiro y del valle del Paraíba del sur, que en general mandaban a sus hijos a estudiar a la corte, a la Facultad de Derecho de São Paulo o a Europa. El estudio modélico de Stanley J. Stein, *Grandeza e decadencia do café no vale do Paraíba*[6], una excelente investigación sobre la región del valle, centrada en la ciudad fluminense de Vassouras, tomó el pulso de aquel universo económico-social durante el auge de la economía cafetalera y los años posteriores.

[6] Stanley J. Stein, *Grandeza e decadência do café no vale do Paraíba*, São Paulo: Brasiliense, 1961. Esta investigación pionera, llevada a cabo con moderna metodología, tesis de doctorado en la Universidad de Harvard, fue editada en portugués por iniciativa de Caio Prado Júnior. Marxista, profesor de la Universidad de Princeton, Stein se benefició de los comentarios de Melville Herskovitz y de Charles Wagley, que estaban entonces en Brasil. Una nueva edición del libro fue publicada por la Editorial Nova Fronteira, en 1990, con el título de *Vassouras. Um município brasileiro do café, 1850-1900.* Posteriormente, fueron producidas muchas otras monografías, como la excelente de Warren Dean sobre Rio Claro, en el estado de São Paulo.

A pesar de la abolición del tráfico negrero, los propietarios de las haciendas utilizaban trabajadores esclavos importados de las provincias del norte y del nordeste. La economía de la rubiácea fue por tanto la responsable del recrudecimiento y del mantenimiento del régimen de trabajo esclavista durante la segunda mitad del siglo XIX.

En la primera mitad del siglo, Río de Janeiro fue el principal puerto exportador de café, al estar las regiones productoras relativamente próximas. Con el tiempo, estas zonas fueron perdiendo productividad, a causa de la erosión y la deforestación indiscriminada. Esto determinó que en la segunda mitad del siglo XIX, el cultivo de café subiera por el valle del Paraíba, animando los puertos de Ubatuba y São Sebastião. Continuó expandiéndose hasta alcanzar la región entre Campinas y Ribeirão Preto y el Oeste paulista. Sería finalmente el puerto de la ciudad de Santos el principal punto de salida de la producción de São Paulo.

A medida que transcurría el siglo, las haciendas de café del interior de São Paulo empezaron a sufrir la escasez de mano de obra esclava, lo que hizo necesaria la introducción de trabajadores libres asalariados. Eran en su mayoría inmigrantes europeos, llevados especialmente para trabajar en las plantaciones de café. A pesar de los cambios, los hacendados del café, sobre todo los fluminenses y los del valle del Paraíba, defendían con uñas y dientes el mantenimiento del régimen esclavista. Muchos de ellos se opusieron a la liberación de los esclavos hasta 1888, año en el que los cautivos fueron «emancipados».

A finales del siglo XIX, la provincia de São Paulo producía ya la mitad del café del Imperio. Las haciendas paulistas adoptaron rápidamente las innovaciones técnicas y la división del trabajo, algo inexistente en las plantaciones que utilizaban mano de obra esclava. Todos estos factores, más la utilización de máquinas, aumentaron la productividad de los cafetaleros paulistas. Todo esto determinó que se diferenciaran dos regiones productoras con características distintas: por un lado los productores fluminenses, defensores del sistema esclavista, que dependían de la financiación de los comerciantes cariocas, dueños de los medios de transporte y que habían acumulado capital con la venta de productos de subsistencia en las regiones mineras. Por otro lado estaban los productores del Oeste paulista, que contaban con capitales propios, acumulados en las plantaciones de azúcar y algodón y en la cría de caballos y mulas, que poco a poco se inclinaban por la contratación de trabajadores asalariados. Debe destacarse también que en la región sudeste todo el sistema de comunicaciones estaba articulado por un sector económico propio, el de la venta de mulas, que tenía su feria más importante en Sorocaba, con ramificaciones hacia el interior de la provincia (Jundiaí y otras villas), hacia Paraná y Mato Grosso, el sur de Minas y Goiás, el interior de la provincia de Río de Janeiro y los puertos de Paratí, Ubatuba, São Sebastião y Santos.

El café y la segunda Revolución Industrial

Gracias al dinero resultante de la exportación de café, fue posible construir sistemas de transportes para facilitar la salida de la producción. Una de las principales características de la llamada segunda Revolución Industrial fue la exportación de

capitales. Los banqueros europeos contaban con exceso de capital, derivado de los lucros de la primera Revolución Industrial. En Brasil, los capitalistas ingleses invirtieron en el sector de transportes, financiando la construcción de ferrocarriles y creando compañías de navegación y de transportes urbanos. La introducción de nuevos medios de transporte y comunicaciones modificó la vida de las poblaciones urbanas y rurales. Se adoptaron nuevos hábitos en el *hinterland*, conectando las haciendas y las ciudades del café. Cuando los republicanos se reunían en la década de 1870, una red de trolebuses aseguraba la comunicación regular en el interior de São Paulo. De ese modo, el aislamiento de las haciendas disminuyó y la salida de la producción mejoró sustancialmente.

La región amazónica, Bahía y el nordeste. Caucho y cacao, las «drogas del *sertão*»

A finales del siglo XIX el café suponía el 60% de las exportaciones de Brasil a los países industrializados. En ese momento el caucho y el cacao comenzaban a despuntar como nuevos productos de exportación. De 1847 a 1860 el caucho preparado en forma de discos o bolas en los seringales* alcanzó el primer lugar en la lista de productos exportados, «para crecer y devorar todas las demás actividades e instaurar un periodo de sensacionalismos»[7], según Márcio Souza.

La historia de la Amazonia es compleja. Se trata de una vastísima región, difícil de aprehender, a pesar de los esfuerzos críticos hechos por antropólogos, científicos sociales en general, ecologistas, médicos, líderes indígenas, profesores, escritores y artistas.

Entre los grandes y numerosos poetas y escritores que han estudiado la región amazónica, viviéndola, sufriéndola y polemizando sobre ella, hay que destacar a Márcio Souza, autor en 1977 de un relato histórico-sociológico que abrió muchas líneas de reflexión e investigación, aún hoy lejos de agotarse. En el libro *A expressão amazonense*, Souza ofrece el mejor documento contemporáneo sobre la región, con perspectiva histórica, antropológica, política y en cierto sentido, económica. En palabras del escritor, «la región amazónica muere a causa de los pecados de los blancos».

El látex, ya conocido por los indios de la región de la selva amazónica, figuraba entre las denominadas «drogas del *sertão*». En 1842 el norteamericano Charles Goodyear descubrió el proceso de vulcanización del caucho, lo que permitió su utilización a escala industrial. A fines del siglo XIX, la aparición de los automóviles y de los neumáticos creó un gran mercado para la nueva materia prima. Con el aumento de la demanda, el látex producido en Pará y en el Amazonas atrajo a los *sertanejos* nordestinos que huían de las sequías de 1880 y 1887. Cerca de doscientos sesenta mil inmigrantes nordestinos se hicieron *seringueiros* (extractores de caucho), trabajando

(*) Haciendas de cultivo y explotación de las *seringueiras*, árboles del caucho. *N. del T.*

[7] Márcio Souza, *A expressão amazonense*, São Paulo: Alfa Ômega, 1978, p. 94. Para una visión más amplia consúltese del mismo autor, *Breve história da Amazônia*, São Paulo: Marco Zero, 1994.

para un propietario de tierras o *seringalista*, con el que estaban casi siempre endeudados, pues compraban todos los géneros que necesitaban en su almacén. El *seringalista*, a su vez, estaba endeudado con los comerciantes portuarios –proveedores del crédito para financiar la producción y exportadores de la mercancía.

Durante el periodo de la República, el caucho llegó a tener tanto peso como el café en la lista de exportaciones. Brasil era su único productor. En el medio de la selva, Manaus se convirtió en la capital cultural del norte del país, con una efervescente vida literaria, teatral y musical (operística), llegando a contar con un importante teatro en el que se recibió a artistas de la talla de Caruso, Beniamino Gigli y Sarah Bernhardt. La decadencia de este universo político-cultural fue también descrita, en páginas inquietantes, en la citada obra de Márcio Souza.

Cuando los ingleses empezaron a plantar los árboles del caucho en Ceilán y Malasia, con métodos más eficientes de extracción y producción, la industria asiática de la materia prima desbancó rápidamente a la brasileña. Quedaron en la Amazonia algunos rasgos de este periodo de auge en las mentalidades forjadas a la sombra de esta economía. Valores ancestrales, que ya habían sido olvidados, fueron restaurados. La capital de la provincia del Amazonas, la ciudad de Manaus, sería a partir de entonces «el campo ideal para la investigación» según Souza. El autor es contundente:

> Fue siempre una ciudad aislada, con grandes oportunidades, floreciendo en una de las regiones más fantásticas del planeta. Manaus: el delirio, la ciudad de los arribistas, donde todo siempre se hizo con prisa y se dejó a la mitad. [...] Una ciudad que siempre mereció el desprecio de la República, considerada siempre como una ciudad de carácter colonial y como punta avanzada de los apetitos de la metrópoli, lo que transformó nuestra elite en funcionarios subalternos y acomodados. Cercada por la selva, Manaus institucionalizó el aislamiento como un necesario aspecto ornamental [...] Manaus: la aglomeración urbana que enmudeció en el centro del choque cultural más fantástico que ha tenido Brasil[8].

El cacao era otra «droga del *sertão*» de la región amazónica. Su producción y comercialización ganaron impulso a finales del siglo XIX, cuando otra región, el sur de Bahía, se convirtió en el principal centro productor gracias a las excelentes cualidades del terreno. Con la crisis del sector azucarero, buena parte de la mano de obra de los ingenios del Recôncavo emigró a las plantaciones de cacao, donde hombres y mujeres trabajaban en la cosecha. Las sequías que asolaron el nordeste provocaron éxodos de población desde el *sertão* a esa región de Bahía. El cacao

[8] M. Souza, *A expressão amazonense*, pp. 25-26. Ver también los estudios más recientes de Barbara Weinstein, *A borracha na Amazônia: expansão e decadência* (1850-1920), São Paulo: Hucitec/Edusp, 1993; y de Warren Dean, *A luta pela borracha no Brasil: um estudo de história ecológica*, São Paulo: Nobel, 1989; véase también el estudio de Candace Slater, *Dance of the Dolphin. Transformation and Desenchantment in the Amazonian Imagination*, Chicago: The University of Chicago Press, 1994. En la crítica contemporánea, es importante la obra de Benedito Nunes. En español, véase: José Manuel Santos Pérez y Pere Petit, eds., *La Amazonia brasileña en perspectiva histórica*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 2006, ya citado.

se producía también en África, en la isla de Santo Tomé, en la Costa del Oro y en Camerún. A pesar de la competencia, Brasil producía más de la mitad del cacao mundial a principios del siglo XX.

La crisis financiera

Los beneficios provenientes de la exportación de café no evitaron la crisis en las finanzas del Imperio. Los motivos seguían siendo los mismos: el déficit de la balanza comercial, dado que el Imperio importaba más de lo que exportaba, y la caída de los precios de los productos de exportación, sobre todo del azúcar, que tuvo que enfrentar un doble desafío: la competencia de la producción de las Antillas y del azúcar de remolacha que se empezaba a consumir en Europa. El algodón sufría la competencia de los Estados Unidos, donde la productividad era mayor gracias a la utilización de las máquinas despepitadoras. El cuero *gaûcho* debía competir a su vez con los productos de la región del Plata. En cuanto al tabaco, los productores perdieron su principal mercado consumidor con el fin del tráfico de esclavos.

Las exportaciones de café no eran suficientes para equilibrar la balanza comercial. Brasil importaba de todo: textiles, herrajes, loza, calzado, productos de cristal, vino, aceite, harina de trigo, armas, juguetes y herramientas. La solución fue la contratación de préstamos en el exterior. Las consecuencias de la adopción de esa política de endeudamiento fueron las de siempre: evasión de moneda, altas tasas de interés, inflación y alto costo de vida.

La situación se agravaba por la escasa capacidad de recaudación de impuestos del gobierno central. El cobro se hacía de la misma manera que durante el periodo colonial: el gobierno lo arrendaba o lo contrataba con particulares, que se convertían así en agentes gubernamentales. La contribución rústica no se recaudaba, pues perjudicaba a los grandes propietarios rurales. Los tributos aduaneros, por lo tanto, siguieron siendo la principal fuente de ingresos del gobierno central.

El sistema político del Segundo Reinado

> Ahora bien, los extremos se tocan, y éstos, tocándose, cerraban el círculo en el cual se producían los terribles combates de citaciones, presentación de pruebas, razones principales y finales, y todos esos procedimientos judiciales a los que se denominaba el *proceso*[9].

Volvamos al análisis político-institucional. Durante el Segundo Reinado se llevó a cabo la gran construcción política del periodo que abarca de 1822 a la Revolución de 1930. En un esfuerzo de síntesis, se puede decir que Pedro II y sus ministros *regressistas* consolidaron el régimen centralizador ensayado ya por Pedro I. Como

[9] Manuel Antônio de Almeida, *Memórias de um sargento de milícias*, São Paulo: Martin Claret, 2001, p. 11.

ya vimos, con el fin del periodo de la Regencia y de las revueltas populares y separatistas, el poder central suprimió todas las leyes descentralizadoras. En 1840, el Decreto de Interpretación inició el proceso de recentralización político-administrativa. La policía y la distribución de cargos volvieron a situarse bajo el dominio del poder central. En 1841 el gobierno imperial reinstituyó el Consejo de Estado, brazo derecho del emperador. El mismo año, el gobierno realizó una reforma del Código del Proceso. De acuerdo con ella, las autoridades locales volvían a depender de Río de Janeiro. Como escribió Faoro: «Los matones de los señores territoriales se convirtieron en matones del imperio, conducidos por los presidentes de provincia y sus agentes»[10]. Desde 1850, la Justicia y la Guardia Nacional volvieron a ser administradas directamente por el ministro de Justicia. Las medidas centralizadoras ampliaron los poderes del emperador, con lo que el monarca se hizo con el control de innumerables cargos y empleos de la máquina administrativa del Estado. Como vimos en el capítulo anterior, la Carta Constitucional de 1824 había establecido una monarquía constitucional, con un emperador que dividía el poder con el parlamento, cuyos miembros eran elegidos por los ciudadanos. No obstante, en la monarquía constitucional brasileña, con el voto censitario, sólo votaban los propietarios. Los partidos políticos, por lo tanto, representaban los intereses de las personas más ricas y poderosas. El Partido Liberal defendía la descentralización, estando sus miembros ligados a los propietarios rurales. El Partido Conservador, por su parte, estaba más comprometido con los intereses del gran comercio y del sistema financiero.

En el ordenamiento político promulgado en 1824, el emperador ejercía el Poder Moderador, quedando así por encima de los partidos políticos y de la sociedad como un todo. Por medio del nombramiento para cargos y empleos, el monarca podía manipular a los miembros de los partidos. Las elecciones también eran manipuladas por el emperador y sus ministros.

El sistema excluía de la participación política a la mayoría de la población del Imperio. A pesar de ello, las elecciones eran el único momento en que los ciudadanos entraban en contacto con la política, aunque fuera de manera distante. El mecanismo era simple: el gobierno convocaba las elecciones y el párroco de la localidad elaboraba la lista de electores, mientras que los potentados locales detentaban el poder armado, constituido por la policía y la Guardia Nacional. Utilizaban también con frecuencia fuerzas armadas particulares, los llamados *jagunços*. El fraude era moneda común. Las elecciones se caracterizaban por la violencia, con personas apaleadas, silenciadas o desterradas. El voto censitario borró del escenario político y social a los hombres libres sin propiedades, a los desposeídos y a los miserables. Las mujeres no tenían derecho al voto y los esclavos no tenían ningún tipo de derecho político. Con todo esto, ¿cómo se podía hablar de «sociedad civil»?

[10] Raymundo Faoro, *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*, vol. 1, 2.ª ed., Porto Alegre: Globo, 1958, p. 333.

La elite política imperial

Los funcionarios del gobierno y los políticos formaban la elite del sistema de gobierno. Tras la Independencia, el Estado siguió estando dominado por antiguos funcionarios del gobierno portugués, principalmente magistrados y letrados que habían participado en los cuadros administrativos metropolitanos. Los burócratas que administraban la colonia, en su mayoría, habían estudiado Derecho en la Universidad de Coimbra, pasando una fase de entrenamiento en la función pública. De manera general, estos burócratas no simpatizaban con las ideas revolucionarias. Como ya mostró José Murilo de Carvalho: «Esa elite se reproduciría en condiciones muy semejantes después de la Independencia, al concentrar la formación de sus futuros miembros en dos escuelas de Derecho, al hacerlos pasar por la magistratura y al hacerlos circular por varios cargos políticos y por varias provincias».

Las decisiones políticas eran tomadas por los que ejercían cargos en el Poder Ejecutivo o en el Legislativo, es decir, por el emperador, por los consejeros, ministros, diputados y senadores. La prensa, relativamente libre, se vinculaba a los partidos o a determinados políticos que formaban parte de la elite imperial. Por su parte, la Iglesia era un elemento fundamental de la burocracia estatal.

Los ministros –agentes del emperador escogidos por él con total libertad– eran los miembros más importantes de la elite política. En 1847 fue introducida la figura del presidente del Consejo de Ministros, elegido por el emperador. Los dos nombraban de común acuerdo a los ministros, generalmente entre los parlamentarios.

Los senadores, de 50 a 60, eran propuestos por el emperador a partir de listas triples elegidas por voto «popular» (las comillas son necesarias). El cargo era vitalicio, debiendo tener los senadores más de 40 años de edad y una renta superior a 800.000 reales.

Los diputados, entre 100 y 125, formaban el grupo más numeroso, si bien su poder era relativamente menor. El mandato de diputado era considerado un paso decisivo en la carrera política. Cada uno de sus ocupantes debía tener más de 25 años de edad y una renta superior a 400.000 reales.

Finalmente, el Consejo de Estado estaba formado por 12 consejeros ordinarios y 12 extraordinarios nombrados por el emperador. Aunque el cargo fuese vitalicio, sus miembros podían ser suspendidos por el monarca. Casi todos los futuros participantes en el Consejo debían pasar antes por el gobierno y por el Senado.

El camino rumbo al Parlamento

> Tu serás el adjetivo de esas oraciones opacas [...] porque el adjetivo es el alma del idioma, su parte idealista y metafísica. El sustantivo es la realidad desnuda y cruda, es el naturalismo del vocabulario[11].
>
> Machado de Assis, 1881

[11] Joaquim María Machado de Assis, «Teoria do medalhão», en John Gledson, org., *50 contos de Machado de Assis*, São Paulo: Companhia das Letras, 2007, p. 88.

La mayoría de los miembros de la elite política imperial había cursado estudios superiores, a menudo efectuados en Europa y, posteriormente, en los Estados Unidos. Los estudios secundarios de las personas más acaudaladas ya eran realizados en un establecimiento especial: la Escuela Pedro II, fundada en 1838. Como lo definió José Murilo de Carvalho, «la elite era una isla de letrados en un mar de analfabetos»[12].

La formación de cuadros dirigentes era lenta, restrictiva y limitada. Como ya vimos, se fundaron en 1827 las escuelas de Derecho de São Paulo y Olinda (después transferida a Recife). En 1839 fue creada la Escuela de Farmacia de Ouro Preto y en 1858 el curso de Ingeniería Civil de la Escuela Central, en Río de Janeiro. En 1874 se fundaba la Escuela Politécnica en la capital del Imperio.

Las carreras de Derecho seguían el modelo de la Universidad de Coimbra, formando a juristas, abogados, diputados, senadores, diplomáticos y otros altos funcionarios del Estado. El gobierno mantenía una estricta supervisión de estas escuelas, cuyos directores y profesores eran nombrados por los ministros del Imperio. El Parlamento debía aprobar, por su parte, los manuales y los programas de enseñanza. Tal y como ocurrió en Coimbra, los centros de estudios de São Paulo y de Recife consiguieron cerrarse a las ideas democráticas de la Ilustración francesa, consideradas políticamente peligrosas, «jacobinas» y revolucionarias.

El primer paso para el ingreso en la carrera política era ocupar un puesto en la magistratura. El recién licenciado en una escuela de Derecho ejercía el puesto de juez en alguna ciudad pequeña y distante, cargo que le era otorgado por el ministro de Justicia. Desde muy temprano, se llevaba al político a conocer otras provincias. Segundo paso: el candidato a político concurría a un cargo en la Asamblea provincial o en la Cámara municipal (o alcaldía), para lo cual precisaba contar con el apoyo de los poderosos locales.

El paso siguiente era la entrada en la Cámara de Diputados. Una vez conseguido el cargo de parlamentario, el político podía ocupar el puesto de ministro o ser presidente de una de las 19 provincias del Imperio. El cargo de presidente de provincia era muy importante y prestigioso: la victoria del gobierno en las elecciones dependía del empeño (y de los fraudes) del presidente de provincia. Era él quien nombraba a los fiscales, a los delegados y los subdelegados de policía y a los oficiales inferiores de la Guardia Nacional.

La Cámara y los cargos de ministro o presidente de la provincia eran el trampolín para el Senado o el Consejo de Estado, pero a pesar de toda la formación por la que pasaban los numerosos miembros de la elite dirigente, en escuelas del país o del exterior, la mayoría de los senadores estaba compuesta por propietarios rurales sin educación, que conseguían ser incluidos en las listas triples gracias a la influencia que ejercían.

[12] José Murilo de Carvalho, *A construção da ordem*: *a elite política imperial*, Río de Janeiro: Campus, 1980, p. 51.

En una sociedad esclavista, en la que la principal actividad económica era la producción agrícola para la exportación, había pocas posibilidades de empleo en las ciudades. Por eso mismo el empleo público, o el cargo burocrático, se convirtieron en la aspiración y medio de vida de una gran parte de la población libre urbana. Gracias al empleo público, los propietarios empobrecidos conseguían sobrevivir manteniendo un cierto nivel de vida. Había también hombres libres sin posesiones, gente común que hacía de la burocracia su canal de ascensión social. Durante el Imperio, muchos mulatos hicieron carrera en los aparatos del Estado, haciéndose funcionarios ejemplares. La burocracia incorporaba tanto a las oligarquías empobrecidas como a los desposeídos en busca de oportunidades. En la sociedad estamental-esclavista brasileña del XIX, era el único medio que permitía cierta movilidad social.

Parlamentarismo sin el pueblo

> Se habla de parlamentarismo; ahora bien, no había referencias a él ni en la Constitución ni en ninguna ley ordinaria[13].

Francisco Iglesias, 1993

El parlamentarismo fue, según el historiador Raymundo Faoro, «el principal mecanismo político del Segundo Reinado»[14]. El régimen se asentó en 1837 y duró cincuenta años, a pesar de todos los conflictos entre las provincias, una vez «ablandado el absolutismo del jefe del Estado y abierto al pueblo, nominalmente, el proceso de circulación de las vocaciones políticas». El régimen «no busca la fuerza, la acción, la energía de abajo para arriba». Los dueños del poder, que constituyen un grupo restringido, se organizan en círculos, y de ese modo, el régimen se vincula, también en círculos, «a los elementos autónomos de la representación, la cual, pobre en realidad, gana relevancia en la fuerza que le infunde el pequeño grupo presidido por el emperador».

Faoro nos ofrece una ácida visión del régimen de Pedro II:

> El Parlamento será la marioneta electoral que baila al son de los gobiernos nombrados por el emperador, con el pueblo reducido a una ficción mínima y sin densidad, que vota en elecciones fantasmas. Excluidos los esclavos, los analfabetos, los menores de 25 años, los hijos de familias importantes que no fueran propietarios, los religiosos y los individuos que no tuvieran una renta anual de al menos 100 reales de bienes raíces, industria, comercio o empleo, pocos son los llamados al voto y pocos los elegibles.

[13] Francisco Iglésias, *Trajetória política do Brasil, 1500-1964*, 2.ª ed., São Paulo: Companhia das Letras, 1993, p. 165.

[14] Ésta y las otras citas de esta parte se encuentran en R. Faoro, *Os donos do poder*, vol. 1, pp. 365-366 y *passim*.

Es también Faoro quien muestra que sólo entre un 1 y un 3% del pueblo participaba en la formación «de la pretendida voluntad nacional, índice que no se altera sustancialmente durante la República, en sus primeros cuarenta años». Si en 1872, de una población de 10 millones de habitantes, solamente entre 300 y 400.000 eran aptos para los comicios electorales, en 1886, para una población de 14 millones, el número de comparecientes a las elecciones directas para diputados era de apenas 117.671 electores, prueba de que el sistema era cada vez más cerrado.

Se trataba por lo tanto de un parlamentarismo sin el pueblo. Los partidos, creados por los grupos económicamente dominantes, sin ideales muy claros, manipulaban a un electorado ínfimo, al que no trasladaban sus intereses concretos. Era el carácter oligárquico lo que definía a tales partidos. Más aún, la definición como partido provenía de una «oligarquía enriquecida por el oficialismo», interesada únicamente en el control del poder, lo que suscitaba el surgimiento de mayorías de la nada. Una oligarquía que no podía sino «temer la participación popular, identificada desde los tiempos de José Bonifácio y Feijó con la anarquía». Concluye Faoro: «Anarquía real, en verdad, para los que usufructuaban el poder; en lugar de [establecer] mecanismos de educación, control y ascensión, [organizaban] mecanismos de sustitución de la voluntad popular»[15].

A tal liberalismo, tal burguesía. Antes de la «Revolución»…

Brasil, un país lleno de posibilidades, que vivió un momento de relativo apogeo en el auge de las economías del azúcar y de la minería, atravesaba al final del siglo XIX una difícil coyuntura. Como observó Vicente Licinio Cardoso, ingeniero positivista:

> Mauá tenía evidentemente razón: únicamente la *producción* podría ser el regulador de las finanzas en Brasil. El oro ya no existía. D. João VI rebañó el fondo del cofre. Pedro I, más tarde, temía ver cómo la quiebra económica estallaba en sus manos (tesis sostenida por Armitage). La economía nacional era reducida[16].

En la segunda mitad del siglo XIX, la economía cafetalera impulsó las principales transformaciones del país, sobre todo en la infraestructura, posibilitado la construcción de escuelas y colegios para la instrucción y educación de las capas medias urbanas, de centros de investigación y de otras iniciativas civilizadoras.

La sociedad vio cómo se alteraba su fisonomía, pues la falta de brazos requirió una inmigración masiva. A su vez, la dinamización de la economía hizo necesario ampliar la red bancaria y de compañías de seguros, uniendo a los diferentes grupos de interés de las capitales y de los puertos principales[17].

[15] *Ibid.*, p. 366.

[16] Vicente Licínio Cardoso, *À margem da História do Brasil*, 4.ª ed., São Paulo: Nacional, 1979, p. 79.

[17] Sobre la naturaleza del liberalismo económico de Brasil del siglo XIX, y sobre cómo la política monetaria imposibilitó la naciente iniciativa industrial, uno de los mejores análisis está en Heitor Ferreira Lima, *História do pensamento econômico no Brasil*, São Paulo: Nacional, 1976, p. 117 y ss., que evalúa

En los países en que se vivían revoluciones burguesas, la ideología liberal –como su propio nombre indica– abrió el camino a los derechos del ciudadano, a la seguridad, la propiedad y la resistencia a la opresión. En varios estados nacionales, el liberalismo se transformó en una doctrina política y de concepción de la vida social. Las teorías y las prácticas socialistas o socializantes aparecían aquí y allá. En Brasil, no. A causa de su sociedad estamental-esclavista, con su situación periférica y sin las condiciones mínimas para que se produjera una auténtica revolución burguesa, las cosas no ocurrieron del mismo modo. Aunque haya sido la época de la formación de la burguesía, este periodo no se correspondió con la llamada «crisis de la oligarquía».

La crisis tomó la forma de una reordenamiento de las estructuras económicas, sociales y políticas, en el cual el estamento oligárquico fue reabsorbido por la sociedad de clases emergente, en un lento proceso de formación y expansión, bajo el control del primero. En definitiva, no se dio el verdadero y esperado desplazamiento de las «viejas clases» dominantes por las «nuevas clases», de origen contemporáneo. Los estamentos dominantes del «antiguo régimen» se integraron en las estructuras del orden social competitivo y de la sociedad de clases en proceso de formación, en grado variable según la región del país. Se explican así las dificultades vividas por líderes burgueses prometedores, como Mauá, en el sur, o Delmiero Gouveia, en el nordeste, entre tantos otros protagonistas de iniciativas esperanzadoras. El proceso de transformación económica y social apenas afectó a las oligarquías «tradicionales» o a las «modernas».

En cuanto a la unidad nacional, las clases burguesas pudieron forjar una variante de ella basada en sus intereses materiales y su estilo de vida, aunque siempre dentro del mencionado contexto. Los intereses agro-comerciales se encontraban ya en 1930 en avanzado estado de decadencia, mucho antes de que los intereses industriales y financieros alcanzaran el predominio relativo que tendrían durante el *Estado Novo* y la Segunda Guerra Mundial.

Es en todo este contexto en el que surge la burguesía, según Florestán Fernandes. Una burguesía que «había sido un residuo social primero, y después un grupo social atomizado, disperso en la sociedad brasileña, perdido en los estamentos intermedios y deseoso de imitar los patrones de la aristocracia»[18]. La clase burguesa adquirió finalmente «una fisonomía distinta, estableciéndose como la principal fuerza motriz política, cultural y socioeconómica»[19]. Una fuerza motriz con poco recorrido y varias limitaciones: Lima Barreto, tanto en su obra, principalmente en *Recordações do*

---

esa «herencia» en la formación de la economía y del Estado brasileños. El libro arroja luz también acerca del papel de Mauá, Faro, Pimenta Bueno, Saraiva, Paranaguá, Sousa Dantas, Paulino de Sousa, Paranhos o Cândido Mendes, entre otros.

[18] Florestan FERNANDES, *Apud* Carlos G. Mota, «América Latina. O ponto de vista do Brasil Moderno», en *Nossa América*, 23, São Paulo, 2006, pp. 59-66; p. 64. Algunas de esas tesis o comentarios están desarrollados ahí. Sobre esas y otras tesis de Florestán Fernandes, ver también, del mismo autor, «Saindo das brumas: o mundo que o português criou ruiu», en Benjamin ABDALLA Jr., org., *Incertas relações*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2003, pp. 149-180.

[19] *Ibidem*.

escrivão Isaías Caminha (1909) como en su propia biografía, describiría con detalle esos límites.

Finalmente, siempre según el sociólogo Florestán Fernandes, habría sido necesario que

> la burguesía alcanzase una comprensión propia de su realidad, en lo referente a los papeles y las tareas históricas que ella podría desempeñar en una sociedad de clases subdesarrollada y, [tras la gran crisis del capitalismo en 1929], en una economía dependiente en una era de capitalismo monopolista y de imperialismo total[20].

En Brasil, por el contrario, la burguesía no destruyó ni superó al patrimonialismo ni a la ideología sustentada por él, lo que motivó reiterados movimientos de *contrarrevolución* preventiva en cuanto surgía alguna posibilidad de renovación social. Estos movimientos son fundamentales para entender el significado de la formación económico-social de Brasil y de las formas conservadoras de pensamiento que fundamentan su sistema político, entonces y ahora.

Estas son las razones por las que no se puede hablar de revolución burguesa en Brasil, pues constituía

> algo muy complejo y difícil, no sólo a causa del elemento oligárquico en sí, sino porque se hacía necesario extraer el *ethos* burgués de la red patrimonialista que lo enredaba, resultado de casi cuatro siglos de tradición esclavista y de capitalismo comercial con base rural [En definitiva] una serie de elementos convergieron para inclinar a las clases burguesas rumbo a una *falsa conciencia de burguesía*, conducente a la creencia en engañosas ilusiones de esas clases […][21].

Existió, es cierto, una idea de nación, por lo menos desde los revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX, pasando por los propagandistas republicanos, hasta los modernistas de 1922, y posteriormente, entre los tenientes, los constitucionalistas y los nacionalistas. Los líderes y las vanguardias políticas de esa burguesía oligarquizada transformaron su lejana visión de la realidad en una ideología política, confiriéndole el marchamo de «civilización brasileña», tal como lo hizo su principal y brillante ideólogo, Gilberto Freyre, además de otros intelectuales hijos de la decadente oligarquía.

La contrarrevolución permanente; arreglos y golpes

De todo lo anterior podemos concluir que la naciente burguesía brasileña es histórica y estructuralmente *contrarrevolucionaria*. La unidad de clase adquirió un tono crecientemente ultraconservador, concentrado en torno a valores y comportamientos reaccionarios, profundamente retrógrados a veces, sea en la agonía del

[20] *Ibidem*.
[21] *Ibid*., p. 65.

Imperio o durante la organización y posterior desarrollo de la República. Fue ese *peculiar modelo de dominación burguesa* el que obligó a esas clases pudientes a olvidar, o incluso rechazar, algunas tareas específicamente suyas, que podrían haber ampliado su lugar tanto en el proceso de construcción nacional como en el de la propia transformación capitalista. Ésta es otra de las razones de las dificultades del país para insertarse en el orden competitivo mundial, quedándose hasta hoy en una condición periférica. La marginación de sus líderes burgueses y empresariales y la neutralización de sus posibles capacidades creativas, propias de las clases burguesas en los centros avanzados del capitalismo, tuvieron consecuencias nefastas, como se puede ver hasta los días actuales. Se explica así también la existencia de varios focos de desarrollo económico-social precapitalista o subcapitalista, con sus líderes «liberales» de fachada, que mantienen, por tiempo indefinido, estructuras socioeconómicas arcaicas o semi-arcaicas, obstruyendo la reforma agraria, la valorización del trabajo, la instauración de una sociedad contractual, la efectiva proletarización, con salarios y legislación laboral (para que el trabajador no quedara condenado a una semi-esclavitud), la expansión del mercado interno, etc. El resultado de todo eso ha sido el desarrollo histórico de una cultura que favorece la especulación salvaje y la corrupción, en un contexto que parece ser más semi-colonial que capitalista moderno, en todas las esferas de la vida económica.

Capítulo 22
De la Monarquía a la República (1868-1889): el colapso del régimen

> Pedro II no fue un estadista; le faltaba visión de conjunto, el gusto por la política, el coraje para ser osado[1].
>
> José Maria Bello, 1940

> El Segundo Imperio fue una parada. Mejor dicho: una situación de equilibrio[2].
>
> Euclides da Cunha

En 1850, el segundo emperador de Brasil y sus ministros habían logrado consolidar el régimen. La centralización realizada por la monarquía quebró las resistencias regionales, colocando a la sociedad estamental-esclavista bajo el completo dominio del Estado. En esa aglomeración social, sin sociedad civil que pudiera cooptar o absorber las fuerzas que contestaban el orden, el régimen contaba con varios mecanismos de legitimación, como la distribución de títulos de nobleza, la concesión de puestos de oficial en la Guardia Nacional, los nombramientos para el Senado o el Consejo o la tradicional distribución de empleos públicos. Todos estos instrumentos serían ampliamente utilizados por el poder central contra los movimientos de oposición.

La primera grieta en el edificio imperial se produjo en el año 1868, con la caída del gabinete liberal de Zacarías de Góes. El fracaso de esa vertiente progresista puso de manifiesto el descontento con el régimen monárquico. Para

[1] José Maria Bello, *História da República. 1889-1930. Síntese de quarenta anos de vida brasileira*, 2.ª ed. rev. y aum., Río de Janeiro: Simões, 1952, p. 20. La primera edición es de 1940.

[2] Ver el capítulo «Da Independência à República», en Euclides da Cunha, *À margem da História*, São Paulo: Martins Fontes, 1999, p. 170.

algunos, como Pandiá Calógeras: «… la verdad es que Zacarias nunca fue un estadista»[3]. La excesiva centralización siempre fue criticada por los grupos liberales, pero ahora –por primera vez desde 1831– los liberales progresistas y los liberales históricos (radicales) se unieron contra el gabinete conservador. Otros sectores de la sociedad contribuyeron a la desestabilización del régimen. El Ejército se involucró en la crisis, sensible como era a las transformaciones en la base esclavista de la sociedad imperial. Pero el acontecimiento que acabó con el Segundo Reinado fue en realidad la llamada Guerra de Paraguay (1864-1870), el mayor conflicto armado de todos los tiempos en América del Sur. La historia contemporánea de América Latina se vería profundamente marcada por la Guerra de la Triple Alianza o, mejor dicho, por la Guerra *contra* Paraguay: este conflicto –más la creciente campaña por la abolición de la esclavitud, alcanzada finalmente en 1888– fue el principal responsable del lento derrumbamiento del régimen monárquico. Incluso hoy, el trauma de esa guerra provoca debates y reflexiones en torno a cuestiones culturales, geopolíticas, militares y de regímenes de gobierno en América Latina. La expresión del argentino Sarmiento continúa vigente: ¿«civilización o barbarie»?

En este capítulo, que abarca el apogeo y la crisis del Segundo Reinado, examinaremos la política externa de Brasil, la Guerra contra Paraguay, la Cuestión Militar y la Cuestión Religiosa, el movimiento abolicionista, la inmigración, la contraposición de la formación militar a la cultura universitaria, la urbanización y la ampliación de la red de comunicaciones. Finalmente, se analizará la propaganda republicana, el colapso de la Monarquía y la proclamación de la República.

Política externa: la cuestión del Plata

Durante la mayor parte del siglo XIX, el Imperio se mantuvo aislado del resto del continente. El Plata fue la única región en la que el gobierno brasileño había participado activamente, llegando incluso a realizar una intervención militar en tiempos de João VI, con la ocupación de Montevideo y la anexión, en 1821, de la orilla oriental del Río de la Plata (la Provincia Cisplatina, hoy Uruguay) al «Reino Unido de Portugal, Brasil y el Algarve»[4].

Tras la independencia de su país en 1828, los partidos políticos de Uruguay buscaban el apoyo de Brasil y de Argentina para sustentar sus disputas internas. Brasil apoyaba a los miembros del partido Colorado, ligado a los intereses de los comerciantes de Montevideo, mientras que Argentina apoyaba al partido Blanco, vinculado a los intereses de los productores rurales. Además de la interferencia en la política uruguaya, el Imperio de Brasil tenía fricciones constantes con el país vecino por cuestiones fronterizas. Criadores uruguayos y *gaúchos* protestaban por

[3] Pandiá Calógeras, *Formação histórica do Brasil*, 5.ª ed., São Paulo: Nacional, 1957, p. 342.

[4] Véase el cuidado estudio al respecto de la problemática de la región en Gabriela Nunes Ferreira, *O Rio da Prata e a consolidação do Estado imperial*, São Paulo: Hucitec, 2006.

robos de ganado e incursiones de ejércitos privados (de los dos lados), con frecuentes violaciones de las fronteras.

Mientras tanto, con la navegación a vapor, ganaron en importancia los puertos fluviales de los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay. Eran esos ríos los que garantizaban a Brasil el acceso a la provincia de Mato Grosso. Los enclaves comerciales que surgieron en esa ruta, monopolizados anteriormente por los comerciantes de Buenos Aires, comenzaban a ser codiciados por comerciantes de otras nacionalidades, principalmente por los ingleses. El Imperio brasileño, defensor de la libre navegación fluvial, facilitaba indirectamente los intereses comerciales ingleses en la región.

El Imperio brasileño, junto con los intereses ingleses y franceses, contribuyeron a la desestabilización de la dictadura del general Rosas (1829-1852), contraria a la quiebra del monopolio de los comerciantes de Buenos Aires en las rutas fluviales. Con el pretexto de las disputas fronterizas, Brasil intervino en las cuestiones internas de la región, haciendo que se abriera el conflicto: Rosas apoyaba a los Blancos y Brasil a los Colorados.

En 1850, el gobierno imperial rompió las relaciones diplomáticas con Argentina y se alió con el caudillo argentino Urquiza (1801-1870), que gobernaba las provincias de Corrientes y Entre Ríos. Tras la derrota del ejército de Rosas en la batalla de Monte Caseros en 1852, el Imperio obtuvo la libre navegación de los ríos de la cuenca del Plata. Paralelamente, en Uruguay, los Blancos fueron derrotados con la ayuda de tropas brasileñas. Un contingente de 5.000 hombres del Ejército brasileño ocupó Montevideo. Los uruguayos detestaban la presencia militar de Brasil y, en 1855, comenzaron las manifestaciones contra la ocupación. El partido Blanco ganó las elecciones y el país se alió a Paraguay para derrotar a las fuerzas imperiales. Se iniciaron en 1864 largas negociaciones diplomáticas para definir, de una vez por todas, la cuestión de las fronteras entre Brasil y Uruguay. Sería la guerra la que pondría fin a la disputa: en 1865 el Ejército imperial brasileño derrotó a las fuerzas uruguayas, consolidando su posición hegemónica en la región del Plata.

A pesar de todo esto, los conflictos no habían hecho más que comenzar, ya que Paraguay no aceptaba la libre navegación por los ríos. En noviembre de 1864, Paraguay declaró la guerra a Brasil, invadiendo la región de Mato Grosso, zona de disputa entre colonos y sus respectivos gobiernos desde hacía más de 200 años. Afloraban en ese episodio más de tres siglos de historia, en los que se habían enfrentado dos modelos de colonización, culminando en el mayor conflicto bélico producido hasta ese momento en América del Sur.

La Guerra de Paraguay (1864-1870): una revisión

> El sentimiento de hostilidad que desde antiguo profesaba la llamada América española contra los descendientes de portugueses, agravado por las prevenciones que suscitaban sus instituciones características –la monarquía y el trabajo esclavo– podría tener consecuencias imprevisibles[5].
>
> Sergio Buarque de Holanda, 1972

De hecho, las tuvo. En las calles de las ciudades de hoy parece no haber espacio sino para nombres como Cerro Corá, Paisandú, Humaitá, Riachuelo y el de los no siempre bien preparados Voluntarios de la Patria. Nombres sonoros, que aunque sean en buena parte de origen indígena, no permiten entrever el sustrato de cultura guaraní que caracterizaba al ejército paraguayo de 64.000 hombres. Ese silencio debe romperse, haciendo una revisión de la historiografía oficial –del Imperio a la República– que inundó los manuales de Historia de Brasil.

La «Guerra de Paraguay» (como ya se ha dicho, en realidad, la «Guerra contra Paraguay») fue una masacre de enormes proporciones, una hecatombe demográfica, un genocidio, sobre todo al final, cuando se produjo el aniquilamiento de lo que quedaba del ejército paraguayo, formado por niños. Este cataclismo desestabilizó al Imperio, y en él reside una de las claves para el estudio del movimiento republicano y abolicionista en Brasil. La guerra, la Abolición, la proclamación de la República y la implantación del orden neocolonial definen una nueva coyuntura histórica.

Las cifras de muertos –en una escala nunca antes imaginada–, la mala preparación de las fuerzas de la Triple Alianza, los conflictos de poder militar en el interior del Imperio, el nuevo vigor de la opinión popular, todo ello derivó en un cambio del modo de vida del subcontinente. Tal convulsión tuvo resonancia en las obras de los principales intelectuales y artistas del periodo, de Machado de Assis y Juan Bautista Alberdi a Domingo Faustino Sarmiento y Cándido López, el pintor que retrató la violencia de la guerra.

Veamos los números. En la batalla de Tuiuty, el 24 de mayo de 1865, había 35.000 aliados contra 23.000 hombres de López: las bajas fueron de 12.000 paraguayos (de los que murieron cerca de 6.000) y de 3.000 brasileños. En septiembre del mismo año, Mitre intentó tomar al asalto la fortaleza de Curupaity; no tuvo éxito, y sería el mayor desastre de toda la campaña aliada, cuando se perdieron las esperanzas de tomar la capital en un corto plazo: murieron apenas 100 paraguayos, contra 9.000 soldados aliados. Paraguay sólo comenzó a ceder tras la caída de Curupaity y Humaitá. En conjunto, aunque varíen mucho las estimaciones, se puede decir que de los casi 800.000 habitantes que tenía Paraguay al inicio de la Guerra, murieron cerca de 600.000, quedándole una población de menos de 200.000 personas, de las

[5] Cf. Sérgio Buarque de Holanda, coord., *História Geral da Civilização Brasileira. O Brasil Monárquico: do Império à República*, vol. 5, São Paulo: Difel, 1972, p. 43.

cuales aproximadamente 15.000 eran de sexo masculino y de éstos, cerca de dos tercios tenían menos de 10 años de edad[6].

También en el bando aliado se registraron tragedias: la Columna de los Voluntarios de la Patria, que salió de Río de Janeiro en abril de 1865 con cerca de 3.000 hombres, tardó dos años en recorrer 2.112 kilómetros. En el trayecto, un tercio del contingente cayó víctima de la fiebre y el hambre. Después de pasar Laguna, la Columna fue atacada por una epidemia de cólera. En la campaña de la cordillera murieron 5.000 soldados brasileños, lo que es mucho si recordamos que el ejército organizado por el yerno de Pedro II, el conde de Eu, constaba de 31.000 hombres.

Los grandes desplazamientos de tropas numerosas, la estrategia de ataques y retiradas, de guerras fluviales, abrieron una nueva página en la polemología latinoamericana. El refuerzo de la idea de un Estado-nación fuerte abrió el camino para una nueva concepción del papel de las Fuerzas Armadas en la vida nacional –uno de sus frutos tardíos sería la creación de la Escuela Superior de Guerra, en agosto de 1949, por el teniente general Luís Maria Campos– y, posteriormente, para la difusión de las teorías positivistas, tan importantes en la destrucción del sistema esclavista.

Las distintas dimensiones de la guerra muestran la complejidad de aquel momento, en el que capitales extranjeros –principalmente ingleses, que fortalecían su red imperial– se entrelazaban con conflictos locales y con formas de expansionismo, sobre todo del imperialismo inglés, pero también de un subimperialismo brasileño en relación a la nación paraguaya. Ése fue el *origen* de la guerra, cuyo desarrollo clarifica la naturaleza de los expansionismos regionales, si se hace un examen de la inserción de las naciones participantes –Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay– en el cuadro de los imperialismos europeos y del norteamericano de la segunda mitad del siglo XIX.

Brasil y Argentina se vincularon intensamente a Europa, a Inglaterra en particular. Paraguay, por su parte, se mantuvo aislado, como consecuencia de la larga dictadura del doctor Francia (1814-1840), que cortó las relaciones diplomáticas y comerciales con otros países, excepto con Brasil. Al prohibir la inmigración y la emigración, intentó una cierta autosuficiencia, basada en la agricultura y en la industria artesanal. Los dos dictadores que lo sucedieron en el poder –Carlos Antonio López (1840-62) y su hijo Francisco Solano López (1862-1870)– abrieron el país al comercio exterior y atrajeron inmigrantes y técnicos extranjeros. Cuando Paraguay puso en marcha esa apertura para su integración al comercio mundial, el dictador argentino Juan Manuel Rosas impuso un bloqueo económico al país vecino. Esa fue una de las causas de la guerra: se sucedieron los problemas en la frontera y Carlos López se dedicó a la

[6] Éstos y otros datos sobre la Guerra de (contra) Paraguay se encuentran en el artículo de Carlos G. Mota, «História de um silêncio. A Guerra do Paraguai (1864-1870) 130 anos depois», en *Estudos Avançados*, 9 (24), São Paulo, 1995, p. 254. Una visión más actualizada del conflicto se puede encontrar en la obra de Francisco Doratioto, *Maldita guerra. Nova história da Guerra do Paraguai*, São Paulo: Companhia das Letras/ Fundação Biblioteca Nacional, 2002. Un balance de la guerra se encuentra en las pp. 456-458.

creación de un ejército bien adiestrado, preparado por oficiales alemanes y equipado con armamento europeo.

Argentina, por su parte, se escindía hasta 1853 en dos tendencias políticas básicas, en dos corrientes de opinión: centralistas y federalistas. Inglaterra presionaba a los centralistas, en busca de seguridad para la venta de sus productos; los federalistas luchaban por la producción de azúcar, de vino y de sus tejidos –de algodón, de lino y de lana– amenazados por la competencia inglesa. Ante el peligro de absorción por el imperialismo inglés, los federalistas establecieron una alianza con los paraguayos.

En Brasil, vinculado a Inglaterra tras los Tratados de 1810, los sectores exportadores y los sectores intermedios se beneficiaban de aquello que Richard Graham denominó «umbral de la modernización en Brasil»[7]. En esa época, el país era un auténtico protectorado inglés. Algunos de los juristas brasileños más notables –como Ruy Barbosa, joven político liberal y abolicionista, y el senador Dantas– eran denominados, con ironía, «nuestros ingleses», o «los ingleses del sr. Dantas». En la segunda mitad del siglo XIX, el *nabuquismo* llegaría a ser un calificativo, sobre todo después de que en *Minha Formação*, Joaquim Nabuco se autodefiniese: «soy un liberal inglés».

El conflicto se dibuja

A mediados de siglo, todo se mezclaba aquí y allí en el Plata: conflictos de frontera, problemas de navegación en los dos grandes ríos (Paraná y Paraguay), apertura al comercio exterior, migraciones, caudillismo y coronelismo, regímenes esclavistas (explícito en Brasil; semi-esclavista en otras regiones) y enfrentamientos étnicos y culturales. Desde el punto de vista de Paraguay, las fricciones se agravaron debido a la creencia generalizada de que las naciones vecinas eran responsables del estancamiento del país, condenándolo a vivir dentro de fronteras mal delimitadas, sin salida al mar (problema compartido con Bolivia en la actualidad).

Desde el punto de vista de Argentina, el dictador Rosas se negaba a reconocer la independencia de Paraguay, queriendo hacer del país una provincia argentina. De 1845 a 1852, Carlos Antonio López resistió, pero finalmente declaró la guerra a Argentina y penetró en Corrientes, haciendo retroceder a las tropas de Rosas. Con la caída de éste, el poder fue ocupado por el general Urquiza (1801-1870), de la provincia de Corrientes. Para Urquiza, el gran desafío era la reincorporación de la provincia de Buenos Aires a la Confederación Argentina. Simpatizante de la causa paraguaya, reconoció la independencia del país en 1852, firmando los dos países a

[7] Cf. Richard GRAHAM, *Britain and the Onset of Modernization in Brazil, 1850-1914*, Cambridge: Cambridge University Press, 1968. En cierto sentido, el libro de Graham complementa la famosa obra del profesor Alan K. MANCHESTER, *British Preeminence in Brazil: its Rise and Decline. A Study in European Expansion*, Chapel Hill: North Caroline University Press, 1933; reeditada en 1968 por Octagon Books. También es importante el libro del profesor Leslie BETHELL, *A abolição do tráfico de escravos no Brasil: a Grã-Bretanha, o Brasil e a questão do tráfico de escravos, 1807-1869*, Río de Janeiro: Expressão e Cultura/ Edusp, 1976, cuya edición original es de Cambridge University Press, 1970.

continuación un tratado de navegación y límites. La guerra podría haber terminado ahí. Pero, a esa altura, Brasil entró de nuevo en escena.

También por cuestiones de fronteras, Paraguay se había visto forzado a expulsar a ciudadanos brasileños: el presidente de la provincia de Mato Grosso invadió tierras paraguayas y se negaba a abandonar sus posiciones. Además Paraguay, para aumentar su área de influencia y verse libre de los brasileños, intentaba establecer una alianza con Uruguay y con las provincias de Corrientes y Entre-Ríos.

El estallido de la guerra contra Paraguay

Una de las causas inmediatas de la guerra fue la intervención político-militar de Brasil en Uruguay en 1864, cuando Paraguay intentaba articular una nueva configuración geopolítica en América del Sur. Uruguay, gobernado por Atanasio Aguirre (1804-1875), del partido Blanco, era atacado por el gobierno imperial brasileño con el argumento de que los Blancos no tomaban medidas a favor de los brasileños residentes allí, alegando que éstos sufrían perjuicios y eran despojados de sus bienes. Argentina no logró intermediar en el conflicto y el gobierno brasileño anunció que sus tropas, estacionadas en la frontera, actuarían en represalia contra los uruguayos. El presidente paraguayo Francisco Solano López protestó contra la intervención brasileña, viendo en ella un atentado contra el equilibrio de la región y una amenaza a su país. Este hecho fue el detonante de la guerra.

En síntesis se puede decir que la conflagración se debió, inicialmente, a la firme determinación del presidente paraguayo Solano López de bloquear el esfuerzo expansionista brasileño. De hecho, desde 1855, el Imperio de Brasil había presionado a Paraguay para firmar tratados –de límites y de navegación– pero ni Carlos López ni su hijo Solano López se mostraron dispuestos a hacerlo. Planeando sobre todo el proceso, estaba el interés de Inglaterra de obtener la apertura de Paraguay a su comercio.

La débil resistencia al imperialismo inglés

La hegemonía comercial y financiera de Inglaterra se impuso a la mayoría de los Estados latinoamericanos poco después de sus Independencias. Paraguay fue la excepción: cerró sus fronteras a los extranjeros y promovió su desarrollo autónomo. La política aislacionista adoptada por los gobernantes paraguayos contrastaba con la política de los países vecinos. En el Brasil posindependentista se fortalecía la sociedad de señores y esclavos, gobernada por una monarquía de raíz portuguesa; la Argentina republicana estaba dominada por los grandes propietarios rurales. Los dos países vendían sus productos en el mercado exterior y compraban mercancías manufacturadas de Inglaterra.

El aislamiento paraguayo fue beneficioso para la población. En 1840 se había erradicado el analfabetismo y la industria artesanal paraguaya fabricaba productos que sustituían las importaciones de manufacturas inglesas.

El doctor Francia de Paraguay, «El Supremo»

En el terreno político destacó el controvertido doctor Francia, nacido en Yaguarón, un autoritario «ilustrado», que conquistaba adeptos y detractores con igual virulencia. José Gaspar Rodríguez de Francia (1756-1840) abandonó pronto la carrera eclesiástica para estudiar Derecho. Alcalde en Asunción, diputado en Buenos Aires y secretario de la Junta que expulsó a los españoles de Buenos Aires en 1811, con la independencia de Paraguay fue elegido gobernador por el Congreso, pero enseguida se proclamó dictador vitalicio (1817), con el título de «El Supremo». Apoyándose en un brutal sistema policial fue, no obstante, el modernizador de Paraguay, implantando manufacturas y organizando el comercio, aplicando una rigurosa política proteccionista. Con los ríos cerrados, construyó una barrera en torno de la vida local, con alguna excepción hecha a Brasil. «Nadie entraba, nadie salía», según el diplomático e historiador Pandiá Calógeras. Una rígida censura evitaba la entrada de las ideas liberales, favorables al libre comercio.

Su ejemplo no era bien visto por Inglaterra, potencia hegemónica mundial. Surgieron así desencuentros con los países vecinos –fomentados y financiados por el capital inglés– entre otras cosas porque Inglaterra se convirtió en la principal suministradora de material bélico y de manufacturas para los países de la cuenca del Plata.

Brasil también tenía ambiciones en la región. En 1841, en vísperas de la muerte de Francia, el Imperio envió diplomáticos para representarlo en la región. Fue el caso de Pimenta Bueno, futuro marqués de São Vicente, que ante las protestas de Argentina en 1845 por haber reconocido Brasil al gobierno paraguayo, ayudó al primer López a mantener su posición. No hubo, de hecho, hostilidades con Brasil hasta que el segundo López intentó crear el Gran Paraguay, inaugurándose así el conflicto con el Imperio brasileño[8].

La Triple Alianza

> La Guerra de Paraguay puede ser vista como parte de la integración de la cuenca del Río de la Plata en la economía mundial de Inglaterra[9].
>
> Eric J. Hobsbawm

Cuando Brasil planteó las cuestiones de la libre navegación en el río Paraguay y de las fronteras entre los dos países, Argentina y Uruguay se unieron para garantizar la libre navegación de los ríos. Temeroso de una invasión de las fuerzas uruguayas, Paraguay atacó Brasil y tomó la provincia de Mato Grosso. Enseguida atacó también la provincia argentina de Corrientes. Como respuesta a los ataques paraguayos, Brasil, Argentina y Uruguay formaron la Triple Alianza.

[8] P. Calógeras, *Formação histórica*, p. 310.
[9] J. Hobsbawm, *A Era do Capital, 1848-1875*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1979, p. 96.

La Guerra contra Paraguay se dirimió en tres frentes de batalla: en Mato Grosso, en la mesopotamia argentina y en Rio Grande do Sul. La Triple Alianza usó a la Marina para detener el avance de las fuerzas paraguayas.

Antes de la guerra, el Ejército imperial estaba formado por desposeídos reclutados en el sur del país, la principal área de conflictos. El Ejército, como institución organizada, no existía en el resto del Imperio. En las demás provincias era la Guardia Nacional, comandada por la aristocracia imperial (propietarios, comerciantes y políticos), la que estaba encargada de mantener el orden. La guerra, por lo tanto, obligó al Imperio a crear un Ejército regular.

A partir de 1865 la Guardia Nacional fue convocada a luchar contra los paraguayos junto con el Ejército. La guerra era muy impopular para la opinión pública pues el reclutamiento era difícil y se efectuaba según los medios tradicionales de la época, es decir, a la fuerza. A pesar de ello, algunos sectores de la elite imperial formaron batallones que, en 1866, comenzaron la ofensiva de los aliados en territorio paraguayo, en un momento en que la crisis financiera provocada por los elevados gastos de la guerra minaba al Imperio. Al año siguiente, Pedro II confió el mando del Ejército al Duque de Caxias, que asumió el control pleno de las fuerzas aliadas en 1868. En Argentina la situación no era mejor, pues bandas armadas, las «montoneras», desestabilizaban el gobierno de Mitre.

Tras largos años de guerra, la superioridad bélica de los aliados derrotó al ejército paraguayo en su propio territorio. El costo de la guerra fue muy alto: cerca de 600.000 muertos. Brasil perdió 33.000 hombres en los campos de batalla. El fin de la guerra supuso el fracaso del sueño aislacionista de Paraguay. Invadido y ocupado por las fuerzas aliadas, el país perdió más de la mitad de su población en el conflicto. El Imperio brasileño ejerció a partir de entonces un protectorado sobre el nuevo gobierno paraguayo, con una situación de ocupación militar que sólo acabaría en 1872.

Para los Aliados, la guerra tuvo consecuencias diferentes: en Argentina se consolidó el Estado nacional, al ser eliminados e incorporados todos los focos de oposición a la república de los propietarios rurales.

En Brasil, la guerra causó el aumento de la deuda externa, pero el Ejército salió fortalecido de las masacres contra los paraguayos. Uno de los principales efectos fue la inflación. Los préstamos de Inglaterra y la emisión exagerada de papel moneda elevaron el costo de la vida, con el consecuente descontento popular, que ya había sido observado durante la costosa lucha en territorio paraguayo (para muchos, habría bastado con la simple expulsión del ejército invasor). Brasil asistió a una fuerte quiebra del Estado. El Ejército surgió como fuerza organizada e influida por ideas republicanas. Nacía entonces un tipo nuevo de oficial militar, creado en la escuela del autoritarismo progresista, defensor de la abolición de la esclavitud. Deodoro da Fonseca y Floriano Peixoto, por ejemplo, lucharon en esta guerra y los dos tendrían, posteriormente, un papel relevante en las transformaciones políticas del país.

Para Uruguay, la guerra trajo un hecho nuevo, de gran importancia antes de la crisis económica de 1873, más allá de las incursiones riograndenses y de los levantamientos

colorados. Surgió la figura de un militar profesional, Lorenzo Latorre, que gobernaría en nombre del Ejército. No era un caudillo rural, aunque tenía el apoyo de los hacendados y de los comerciantes exportadores. Para vencer la resistencia de la población campesina, ofreció la fuerza del Estado, montando un sistema de trabajo forzado en las estancias.

Las consecuencias de la guerra fueron descritas de la siguiente manera por el historiador argentino Tulio Halperín Dongui:

> La hegemonía brasileña se confirmó, mientras los nuevos gobernantes presidían una alegre liquidación de tierras del Estado; la reconstrucción de Paraguay se hizo bajo el signo de la gran propiedad privada, y de manera muy lenta; el país quedó así destinado a mantener su principal vinculación económica con Argentina, hacia donde se dirigirá la mayor parte de sus exportaciones, y de cuyo sistema de navegación fluvial dependía para su comunicación con ultramar[10].

De la Monarquía a la República

> Se puso de manifiesto el inmenso equívoco que era Brasil[11].
> El Brasil republicano reproducía, después de casi sesenta años, el drama entre la Constituyente monárquica [de 1823] y D. Pedro I[12].
>
> José Maria Bello

En los veinte años que siguieron a la caída del gabinete Zacarias, el país asistió a profundas transformaciones que llevaron a la implantación del régimen republicano en 1889. La inmigración europea en masa, la urbanización, las luchas por la abolición de la esclavitud, la cuestión religiosa y la cuestión militar, entre otros factores, acabaron con el régimen monárquico. La monarquía ya estaba debilitada y marcada por lo que el historiador José Maria Bello denominó «abulia del emperador». El primer mandatario y la mayor parte de los políticos que lo rodeaban «no parecían entender la transformación que se estaba produciendo en la mentalidad de las nuevas generaciones brasileñas y especialmente, de la juventud militar»[13]. Examinemos algunos de esos aspectos.

La cuestión militar

En los estudios acerca del siglo XIX brasileño, la «Cuestión Militar» siempre merece un capítulo destacado. Vista en perspectiva, la problemática militar antecede, y desborda,

[10] Túlio Halperín Donghi en «Mitre e a formulação de uma história nacional para a Argentina», en *Estudos Avançados*, 8 (20), São Paulo (1994), p. 248.
[11] J. M. Bello, *História da Rapública*, p. 29.
[12] *Ibid.*, p. 104.
[13] *Ibid.*, p. 39.

los episodios que llevaron a la proclamación de la República en 1889, repuntando en las revueltas *tenentistas* de 1922, 1924, 1926, 1930 y 1935. El *Tenentismo*, presente en todos esos movimientos e incluso en el Golpe de Estado de 1964, tiene ahí sus raíces. En la línea del tiempo, el general-presidente Ernesto Geisel (1907-1996) puede ser considerado el «último Teniente».

Tras los conflictos del 7 de abril de 1831, que obligaron a Pedro I a exiliarse, el Ejército se convirtió en una corporación vigilada y relegada a un segundo plano (para las elites imperiales era un «grupo social no confiable»). El número de sus efectivos fue reducido y muchos de sus oficiales se fueron a la Guardia Nacional. En ella, los militares eran tratados de forma diferente a los funcionarios civiles, recibiendo sus sueldos con atraso y dotados de un equipamiento inadecuado. Había también diferencias entre civiles y militares en cuanto al tipo de formación: mientras que las elites civiles asistían a escuelas de la Iglesia y a cursos de Derecho, las escuelas militares impartían instrucción técnica.

En la segunda mitad del siglo XIX se hizo aún más profundo el abismo existente entre los dos grupos de funcionarios, con la introducción de la filosofía positivista en las escuelas militares. Basándose en las teorías de Auguste Comte, cultivadas por profesores esmerados y disciplinados, los militares comenzaron a realizar una profunda crítica al régimen imperial. Se hizo entre ellos cada vez más intenso el desprecio por el graduado, por el político del Imperio.

Realimentando su mentalidad desarraigada, europeizada, *bachilleresca*, sin compromiso con los graves y complejos problemas de la sociedad y de la economía brasileñas, se reforzaba la característica principal de esa elite y del emperador, viciados en los amoríos de la Corte y de las provincias. Eran graduados y doctores, «orgullosos de su educación clásica de latinistas, lo que, sin embargo, no impedía que escribiesen sin elegancia, estropeando la gramática de su propia lengua»[14]. Un mal *bachillerismo*, como señaló José Maria Bello, quién supo ver que las afinidades intelectuales de Brasil y Portugal eran debidas al hecho de haber salido «del mismo fondo confuso de cultura mental». De ahí que la monarquía de Pedro II encontrara su mejor réplica en los reinados constitucionales de Pedro V y Luís I[15].

Dos culturas: la universitaria y la militar positivista

¿Por qué la *intelligentsia* brasileña no consiguió que el país se modernizase? Una de las razones es que el clima intelectual de las escuelas superiores de Brasil, sobre todo las de Derecho, siguió anclado en una situación tan tradicionalista y formalista como la de Coimbra, con sus graduados formados en las mismas fuentes de los rígidos Derecho romano y Derecho canónico. «El *Corpus Juris* y las *Ordenaciones del Reino*, estos eran sus principales alimentos del espíritu»[16]. En la capital

[14] *Ibid*., p. 30.
[15] *Ibid*., p. 37.
[16] *Ibid*., p. 38.

del Imperio, la calle del Ouvidor era como una prolongación del Chiado de Lisboa. A pesar de la ironía del historiador, soplaba una leve brisa en la renovación de la vida político-cultural brasileña, animando las últimas generaciones intelectuales del Imperio. Personalidades como Ruy Barbosa, Oliveira Lima, Nabuco y muchos otros se convirtieron en enemigos implacables de la esclavitud, aunque fueran lentos y reticentes a apoyar la República con convicción.

En el intento por comprender los embates ideológico-culturales de la época, se hace necesario recordar que aún se vivía el conflicto entre Derecho Natural y Escolástica, y que la ideología liberal era una forma de pensamiento adaptable a cualquier sistema político, incluso al monárquico. «Influencias», en el decir de Bello, que «no llevan forzosamente a la idea republicana»[17]. Se leía mucho. A Tocqueville y a Benjamin Constant, teóricos del Liberalismo, y también a Burke y Bagehot, más conservadores. También se hablaba mucho. La oratoria era la «reina de las disciplinas» cultivadas por la elite. El racionalismo y el agnosticismo llegarían a Brasil en las páginas de Eça de Queirós y en las de Antero de Quental (que se distinguiría en el grupo brasileño de París).

La «Escuela de Recife» de Derecho de Tobias Barreto

En el nordeste pontificaba el sergipano Tobias Barreto de Menezes (1839-1889), interesante neokantiano, antiguo seminarista en Salvador, expulsado por bohemio. Diputado provincial (1879 y 1880), fue uno de los fundadores de la Escuela de Recife, de enorme prestigio y con muchos discípulos, brillante contrapunto a la Escuela de São Paulo. Polemista ruidoso, antagonista de Castro Alves, escribió varios libros de filosofía, derecho y política, entre los que destaca el famoso *Discurso em mangas de camisa* de 1879. Fue un periodista conocido en todo el país, mulato, director de un pequeño periódico local, el *Deutscher Kämpfer* (Luchador alemán), en el que llegó a escribir artículos en alemán. Con fuertes preocupaciones sociales (que no eran exclusividad de Castro Alves…), fue de los primeros intelectuales brasileños en escribir sobre *Menores e loucos em Direito Criminal* (1884). La innovadora Escuela de Recife[18], marcada por el kantismo («estoy atado al manto de Kant», decía Tobias Barreto), acogió el evolucionismo de Darwin, el transformismo de Spencer y el materialismo de Haeckel. Chateaubriand inspiró el indianismo brasileño, mientras que las preocupaciones sociales de Victor Hugo resonaban en Castro Alves. Las ideas de Savigny e Ihering se adentraron en las aulas de los estudiantes de Derecho, pero sin nada de republicanismo, pues el clima ideológico estaba condicionado por la

[17] *Ibidem.*

[18] Para entender el lugar de la «Escuela de Recife» en el panorama ideológico-cultural del periodo, consúltese el subcapítulo «O Simbolismo e o 'renouveau catholique'», en Alfredo Bosi, *História concisa da literatura brasileira*, 2.ª ed., São Paulo: Cultrix, 1978, pp. 332-336. Consultar también Vamireh Chacon, *Da Escola do Recife ao Código Civil*, Río de Janeiro: Simões, 1969; y Antônio Paim, *A filosofia da Escola do Recife*, Río de Janeiro: Saga, 1966; Paulo Mercadante, *Tobias Barreto na cultura brasileira*, São Paulo: Grijalbo/Edusp, 1972. Véase también Carlos G. Mota, coord., *Juristas na formação do Estado-nação brasileiro, 1850*-1930, vol. II, São Paulo: Quartier Latin, 2006.

monarquía parlamentaria. Sus ideas de Liberalismo –las genéricas concepciones de libertad e igualdad– eran plásticas, adaptables tanto a repúblicas como a monarquías parlamentarias.

Otra bien distinta era la cultura ejercitada en los cuarteles por la mocedad militar. En la Escuela Militar de Río de Janeiro daba clase un adepto al positivismo de Auguste Comte, Benjamin Constant Botelho de Magalhães, experto en matemáticas y con una concepción bastante primaria de los hechos morales, con un fuerte sentido de la disciplina y dogmático en el campo de las ideas. Para este sector social, la República dictatorial sería la forma adecuada para la moralización del Estado[19].

Esta división ideológico-cultural marcaría de forma indeleble la historia del Brasil contemporáneo. Dos maneras distintas de ver el país y el mundo que tendrían desencuentros; aunque también algunos encuentros: en los golpes de estado.

El civil liberal Zacarias *versus* el duque de Caxias, militar

En plena guerra, en 1866, el liberal Zacarias de Góes, entonces presidente del Consejo de Ministros, eligió a Caxias como el mejor estratega para comandar las tropas, a pesar de su filiación conservadora y de ser enemigo del entonces ministro de la Guerra, Silva Ferraz, que sería pronto destituido. Lo que interesaba, tanto al liberal como al conservador, era la Nación, cosa que no ocurría con los partidos ni con la prensa, que no eximieron de críticas al mariscal. Los aliados Flores y Mitre tenían problemas en Uruguay y en Argentina, y los costos de la campaña se ampliaban, siendo difíciles los ajustes entre los almirantes Tamandaré e Inhaúma (de la escuadra brasileña), los generales Osório y Marqués de Sousa, o con el presidente Mitre, comandante en jefe de los aliados (siempre más preocupado con su presencia en Buenos Aires). Fue en una de esas ausencias de Mitre, en 1868, cuando Caxias, con 65 años de edad, asumió el mando general al frente de un ejército de 50.000 hombres, obteniendo la victoria en la famosa batalla de Itororó, en la que tuvo una valiente actuación. A pesar de ello, la prensa y los dirigentes políticos atacaron al mariscal, que presentó la dimisión alegando (falsos) motivos de salud. En una carta privada, Caxias reconocía que dimitía por lo difícil que resultaba en aquel contexto una cooperación estrecha del poder militar con el poder civil, a su juicio necesaria. Una vez abierta la polémica, Zacarias podría haber continuado firme, sin ceder a la presión de sus partidarios, pero lo que pesó fue su vanidad. (Prueba de ello es que, habiendo luchado en el Consejo de Estado a favor de la ley de libertad de los no nacidos, cambió su parecer y la combatió en el Senado, pues había sido presentada por el Partido Conservador, presidido por José Maria da Silva Paranhos, posteriormente vizconde de Rio Branco.) De esta manera, lo que más se criticó en su actuación fue el haber dejado al viejo mariscal Caxias, figura nacional, expuesto a la crítica, abriendo así una herida entre civiles y militares.

[19] J. M. Bello, *História da República*, pp. 38-39.

El emperador aceptó la dimisión del gabinete y rompió la costumbre de solicitar al cesante –en este caso Zacarias– la propuesta del hombre que debía organizar el nuevo ministerio. Había innumerables liberales para el puesto, pero se llamó a los conservadores para que formaran el gobierno. Los liberales atacaron por esto al monarca, y algunos exaltados incluso salieron del partido y se unieron a las huestes republicanas.

Desde 1868, Nabuco de Araújo, principal ideólogo del liberalismo y padre de Joaquim Nabuco, advertía del peligro de que, una vez derogada la Monarquía, los liberales quedaran fuera del poder, pues únicamente dos fuerzas estaban en condiciones de asumirlo: los republicanos (que ciertamente absorberían a los liberales) y los conservadores. Y es que ya desde 1862 los progresistas luchaban por reformas descentralizadoras del gobierno central, dando a los ministros la responsabilidad de los actos del Poder Moderador, acabando así con el privilegio imperial, clave de la Constitución[20]. Poco después, en 1866, a través de la prensa, los liberales históricos defenderían la abolición del Poder Moderador y la temporalidad del mandato senatorial. En el momento que nos ocupa ahora, hacia 1868, los liberales radicales ya se aproximaban mucho a los republicanos: el próximo paso sería el lanzamiento del Manifiesto Republicano de 1870, proponiendo el fin del Imperio. Como observó Calógeras, los liberales menos convencionales –Nabuco, Saraiva, Saldanha Marinho, Quintino Bocaiúva, Arístides Lobo y otros– «en el nuevo partido, ligarían la aspiración de 1870 a la realización de 1891»[21]. ¿Cuál era entonces la diferencia entre estos liberales y los republicanos? Para los primeros, el Poder Moderador debería ser devuelto al presidente del Consejo, como en el modelo inglés; para los republicanos, la autoridad del jefe del Ejecutivo debería continuar siendo el núcleo del poder central. Una vez proclamada la República en 1889, el insistente fantasma del Poder Moderador –en las concepciones autoritarias del presidencialismo a la brasileña– rondaría por la silla presidencial durante largos años, tanto en la *República Velha* (1889-1930) como en las que la sucedieron.

La cuestión religiosa: Iglesia contra Imperio

En su crisis final, el Imperio tuvo que enfrentarse a otro enemigo interno: la Iglesia. Como ya vimos, el emperador detentaba el derecho de Patronato. La Constitución de 1824 creó la institución del «beneplácito». De acuerdo con ella, todas las bulas y mensajes del papa debían ser sancionados por el emperador antes de ser aplicados. La Iglesia, de este modo, estaba bajo completo dominio de la monarquía.

Una gran parte de las elites del Imperio, sin embargo, estaban afiliadas a logias masónicas. La masonería no era anticlerical en Brasil y por eso la convivencia entre ella y la Iglesia había sido tranquila. Pero el papa Pío IX (1792-1870) inició una campaña por la «purificación», cuyo objetivo era la extirpación de cualquier vestigio de

[20] P. Calógeras, *Formação histórica*, p. 346.
[21] *Ibidem*.

ideología masónica entre los fieles y el retorno a la ortodoxia. En 1872 se prohibió a los católicos que participaran en logias masónicas. Se produjo entonces un episodio que sería la gota de agua que colmaba el vaso de la crisis. Las logias de Río de Janeiro organizaron una fiesta para celebrar la Ley del Vientre Libre, que abolía la esclavitud de los no nacidos. En ella, un cura profirió un vibrante discurso trufado de la jerga de la masonería y fue castigado con la suspensión de funciones tanto en el púlpito como en el confesionario. Las logias de Río se ofendieron y en abril de 1872 se reunieron para «atacar al Obispado brasileño, declarando la guerra a la Iglesia con todas las fuerzas unidas de la masonería»[22]. Como ya señalo Calógeras, el aspecto más grave estaba en el hecho de que fue el vizconde de Rio Branco quien aconsejó la medida. El vizconde era a la sazón el presidente del Consejo de Ministros… y el gran maestre en ejercicio.

Pedro II y su familia pertenecían también a esa vertiente. Por ello, consideraron una ofensa grave «contra la majestad del Imperio» la actitud de los obispos D. Vital, de Olinda, y D. Macedo Costa, de Pará. Fieles al Vaticano, los obispos tomaron medidas drásticas en 1872 contra curas simpatizantes de la masonería, prohibiéndoles cualquier tipo de confraternización con sus miembros o adopción de sus ritos, ni siquiera para celebrar la Ley del Vientre Libre, como ocurrió en el caso citado. Se celebró un proceso judicial contra los obispos tras el cual, en 1874, fueron castigados con cuatro años de prisión con trabajos forzados, pena que sería después conmutada por el emperador por la de simple prisión. La conmutación no fue suficiente. La opinión pública reaccionó en todas partes y los detenidos continuaron dirigiendo sus diócesis desde dentro de la cárcel. Girando en esferas distintas, «el poder civil no encontraba quien pudiese hacer ejecutivas sus absurdas decisiones. En este caso particular, el galicanismo fue vencido»[23]. El país trepidaba con las disensiones religiosas.

El gobierno se vio obligado a dar marcha atrás, concediendo la amnistía a los obispos el 17 de septiembre de 1875. Pero el error ya había sido cometido: crímenes de conciencia, de credos, y sus respectivas persecuciones y rectificaciones oscurecieron la credibilidad del régimen. A pesar de que el emperador amnistió a los obispos, el caso tuvo una gran repercusión dentro y fuera de Brasil. Con las relaciones entre Iglesia y Estado totalmente deterioradas, la monarquía creó un nuevo foco de descontento, ahora en una de las bases del régimen. No es de extrañar que el obispo de Río de Janeiro, D. Pedro Maria de Lacerda, en la madrugada del 16 de noviembre de 1889, al ver al emperador y a su familia arrestados en el palacio, declarara: «Exactamente lo que él hizo a los obispos…»[24].

El impacto de la inmigración

La inmigración no era uno de los asuntos preferidos de Pedro II. Ni siquiera el ejemplo de los Estados Unidos parecía conmoverle. Sin embargo, Brasil era un país

[22] *Ibid.*, p. 353.
[23] *Ibid.*, p. 362.
[24] *Ibid.*, p. 363.

que desde la llegada de la Corte en 1808 siempre había atraído inmigrantes, como se puede constatar en los Registros de Extranjeros. Aunque en menor número que a los Estados Unidos o a Argentina, llegaban a Brasil trabajadores de variado origen, destacando los alemanes, irlandeses, franceses, españoles, rusos y hasta chinos, además de los portugueses. Los puertos de partida eran muchos: Viana do Castelo, Oporto, Vigo, Marsella, Hamburgo o Hong Kong, entre otros. Esta inmigración tuvo un carácter intermitente hasta la migración en masa ocurrida de 1880 a 1930.

En el siglo XIX se asistió a varios ensayos de adaptación de la mano de obra no esclava a la economía brasileña. La más conocida se debió al senador Nicolau de Campos Vergueiro, caficultor que introdujo inmigrantes portugueses, alemanes y suizos en su hacienda Ibicaba, en la ciudad de Limeira (São Paulo). El sistema adoptado, de *parceria* o asociación preveía la división de los beneficios de la venta del café, una vez detraídos los gastos de viaje y las compras efectuadas en el almacén de la hacienda. Al cobrarse intereses sobre las deudas, lo que sobraba para los inmigrantes era poco o nada. Lo que es peor: no había libertad religiosa ni de movimientos. Se produjo una revuelta en 1857, con repercusiones en Europa, pues algunos países prohibieron la emigración a Brasil. Una vívida descripción de las duras condiciones de vida –y de la resistencia– en la colonia de Vergueiro fue escrita por Thomas Davatz, en sus *Memórias de um colono no Brasil*[25]. La solución sería la adopción del trabajo libre, aun dentro de las limitaciones de mentalidad y de las costumbres brasileñas de la época.

Se esbozaba entonces una política inmigratoria, con propaganda e infraestructuras para incrementar el flujo migratorio. Habría a partir de este momento una estrecha correlación entre la inmigración en masa y la expansión de las plantaciones de café. El gobierno brasileño estimuló la inmigración a partir de 1870, fundando la *Associação Auxiliadora de Colonização* (1871) y estableciendo por ley el servicio de propaganda en Europa, subvencionando los viajes (1885). A partir de 1875 el proceso comenzaba a definirse: la mano de obra extranjera reemplazaba a la mano de obra esclava en los campos de cultivo que padecían la escasez de brazos.

En 1878, en el barrio de Santana, a 4,5 kilómetros de la Estação da Luz, fue instalada una hospedería para inmigrantes, en el lugar donde había funcionado anteriormente el primer núcleo colonial paulista. En 1882, el gobierno de São Paulo transfirió la hospedería al barrio de Bom Retiro, en un terreno de cerca de 8.000 metros cuadrados, a un kilómetro de la mencionada estación. Era el punto de llegada de los inmigrantes, que a partir de ahí tomaban otros rumbos. En 1885, dada la insuficiencia de las instalaciones, las enfermedades (viruela y difteria) y la necesidad de situarse cerca de las líneas ferroviarias –la del Norte (São Paulo-Río de Janeiro) y la Inglesa (São Paulo Railway)– el gobierno trasladó las instalaciones al barrio de Brás. Entre ellas –lavandería, correo, capilla, enfermería, estación de tren, etc.– constaba una Agencia de Colonización y Trabajo, para gestionar los empleos. A partir de la

[25] Thomas Davatz, *Memórias de um colono no Brasil*, trad. Sergio Buarque de Holanda, Belo Horizonte: Itatiaia, 1980.

década de 1930, la Hospedería de los Inmigrantes empezó también a acoger a emigrantes brasileños[26].

Un documento de la Inspectora General de Inmigración, datado en 1887, revela, de entre los innumerables problemas, la dificultad de mantener «la limpieza y la ventilación de los dormitorios»[27], pues no había barandas para protegerlos de las intemperie (a los inmigrantes), cuando se despejaban los dormitorios durante el día. También era «problemático» el control de las mantas, importantes en aquella ciudad húmeda y fría, extraviadas «en sus bultos en la hora de la partida» hacia las haciendas.

En 1886, Antônio de Queirós Telles, conde de Parnaíba, creó la Sociedad Promotora de la Inmigración, que con apoyo financiero del gobierno provincial, contrataba y subvencionaba los pasajes de navío de los inmigrantes, y los de tren hasta las haciendas. El trabajo asalariado empezó a ser lo más característico de la nueva economía, sobre todo en el Nuevo Oeste paulista. En sus momentos de máxima actividad, la Hospedería recibió a cerca de 7.000 inmigrantes. Para el café, los principales fueron los italianos: São Paulo recibió más de 500.000 de 1880 a 1930. Los italianos serían los predominantes, aunque también llegaron grandes cantidades de portugueses, españoles, alemanes, rusos y sirios. En 1908 el 70% eran italianos, distribuyéndose los restantes entre portugueses y españoles, una tendencia que seguía siendo parecida hacia 1920[28].

La población de Brasil adquiría una nueva fisonomía y una nueva escala, con el café en los estados de São Paulo, Río de Janeiro y Minas, con la pequeña propiedad en Santa Catarina, Rio Grande do Sul y Espíritu Santo, y con el caucho en la cuenca del Amazonas. En 1872, Brasil contaba con 10.112.061 habitantes. En 1930, en vísperas de la revolución que puso fin a la república oligárquica, se alcanzaba la cifra de los 37.625.436 habitantes[29].

El nuevo capitalismo y la urbanización

En 1889, el Brasil del fin del Imperio era un semidesierto, con una población muy dispersa. El país contaba con unos doce millones de habitantes, de los que un millón eran esclavos recién liberados, y el resto lo componía una mayoría de mestizos. La

[26] Sônia de Freitas, *O café e a imigração*, São Paulo: Saraiva, 2001, p. 28. De extranjeros, el último grupo acogido fue de coreanos, en 1978.

[27] *Apud* S. de Freitas, *O café*, p. 42. Ver también Richard Morse, *Formação histórica de São Paulo*, São Paulo: Difel, 1970, pp. 238-241; y en la recopilación de estudios de su autoría, Emília Viotti da Costa, «Da escravidão ao trabalho livre», en *Da Monarquia à República. Momentos decisivos*, 7.ª ed., São Paulo: Fundação Editora da Unesp, 1999, pp. 343-364.

[28] Cf. Edgard Carone, *A República Velha. Instituições e classes sociais*, São Paulo: Bertrand Brasil, 1970, p. 13. El autor destaca también las corrientes migratorias hacia otros Estados del sur, el movimiento de retorno de los inmigrantes a sus países de origen, etc.

[29] Cf. Edgard Carone, *A República*, p. 9.

población, casi toda analfabeta, estaba diseminada principalmente en los centros urbanos de la costa.

Hacia mediados de siglo, de forma tardía, los dirigentes de algunas de las principales ciudades habían tomado conciencia de que debían tomar medidas, en los planos económico y político, para la racionalización de los recursos y de los proyectos. La creación de la *Sociedade Auxiliadora de Agricultura*, *Comércio e Artes* en São Paulo (1853), involucraba a 59 figuras de todos los sectores –ingenieros, profesores, curas y políticos, además de agricultores e industriales–, que proponían la aceptación de «nuevos conocimientos agrarios», nacionalización del comercio y la sustitución del trabajo esclavo por métodos más acordes con el progreso. A esta altura había solamente 7 fábricas en la provincia: 2 en São Paulo (las únicas con protección oficial), 2 en Sorocaba, y las otras tres, respectivamente, en Bananal, Ubatuba y Campinas. No fue hasta 1844 que se planteó en la capital el primer esbozo de planificación urbana, o mejor dicho, un simple plan de parcelación, con 4 zonas limitadas por carreteras principales, cuyo centro irradiador era São Paulo.

La ciudad comenzaba a vivir en esos momentos un proceso regular de capitalización, extendiendo su dominio sobre la zona rural a través de préstamos. Al igual que otras ciudades de América Latina, como Lima, Ciudad de México o Río de Janeiro, São Paulo se vinculaba a los grandes centros del comercio mundial, sirviendo como punto de conexión de sistemas más amplios. Es el momento en que en Brasil la vida de la casa-grande (del agricultor de la economía del azúcar), se desplaza a las casas de la burguesía urbana. En el mundo del trabajo se pasa de las *senzalas* a los *mocambos*, y después, a las corralas. Con la comercialización de una producción agrícola a gran escala, São Paulo comenzó a atraer a un significativo contingente en busca de empleo temporal. Las mejoras urbanas, como la iluminación a gas, la apertura de calles, las tiendas con mercaderías diferenciadas o los edificios públicos más imponentes, constituían un fuerte atractivo no solamente para la aristocracia rural, que se desplaza a las ciudades, sino también para las masas de labradores sin raíces. Esa aristocracia se consolida a lo largo del siglo XIX, expandiendo sus actividades a los campos empresarial y político-administrativo, provincial y nacional. El Manifiesto Republicano de 1870 y la Convención de Itú de 1873 ilustran esa disposición urbana, liberal y nacional de una elite, por así decir, modernizadora. Los anuncios de los periódicos (como el *Diário de São Paulo*) permiten ver que había incluso una red de trolebuses para el transporte de los republicanos entre São Paulo, Valinhos, Samambaia, Limeira y Rio Claro. Vehículos que también facilitaban el transporte entre las haciendas y la ciudad. Pero fue el crecimiento de la economía cafetalera el que propició la construcción de ferrocarriles y en menor escala, de carreteras. El eje São Paulo-Santos se expandiría enseguida en sentido Santos-Jundiaí, abriendo un abanico ferroviario hacia el interior de la provincia, alterando profundamente el mapa colonial.

El fenómeno de los ferrocarriles fue importante para la irradiación de un cierto patrón de vida urbana, de capitalización y de articulación del resto de la provincia con la ciudad de São Paulo y, a partir de ahí, con los principales centros mundiales. En ellas se invirtieron capitales internacionales, se utilizó mano de obra nacional e

inmigrante y se aprovecharon las iniciativas de dirigentes locales. La *Companhia Paulista* (empresa privada brasileña), que ligaba São Paulo a las ciudades de Jundiaí, Campinas, Limeira, Rio Claro y Descalvado; la *Companhia Ituana*, que llegaba a Piracicaba; la *Sorocabana*, en dirección a Sorocaba, Ipanema y Tieté; la *Mojiana*, que iba de Campinas a Moji-Mirim, Amparo, Casa Branca, Ribeirão Preto y Poços de Caldas (incorporando el sur de Minas a la esfera económica de São Paulo), demarcarían el nuevo sistema económico-social, con fuertes implicaciones políticas –regionales y nacionales–. Debe ser destacada, entre todas las compañías, la más moderna y emprendedora, la *Companhia Paulista*, que además del transporte ferroviario, estimuló la navegación a vapor y la navegación fluvial en general. Además instaló los primeros frigoríficos en el interior y puso en marcha plantaciones experimentales, llegando a ofrecer préstamos a bajo interés y material rodante barato a las líneas ferroviarias tributarias de las suyas.

El nacimiento de la metrópoli: São Paulo en vísperas de la República de 1889

La ciudad de São paulo asiste, en vísperas de la Proclamación de la República, al inicio de su modernización. Diecisiete años antes (1872) las lámparas de queroseno habían sido sustituidas por iluminación a gas (siendo la compañía concesionaria la São Paulo Gás Co., de Londres). En 1887 ya habían duplicado las 606 farolas iniciales, además de tener 1.430 edificios conectados a la red. En 1888 se encendían en el centro de la ciudad las primeras luces eléctricas, muy precarias. El matadero municipal se abrió en 1887 y en 1890 se inauguraba un segundo mercado, poniendo fin a los puestos populares. Con tanta innovación también llegaban a la ciudad los males de la civilización moderna: con un saneamiento básico deplorable, la higiene preventiva caminaba muy lentamente. Los pantanales y las inundaciones atormentaban a la población, que sufría un alto índice de mortalidad infantil. La violencia aumentó de tal manera que en 1877 los presos de la vieja cárcel tuvieron que trasladarse a una Penitenciaría.

En lo que se refiere al agua y el alcantarillado, hubo otra compañía controlada por empresarios locales, la *Companhia Cantareira*, que llevó ingenieros ingleses para abastecer el depósito de Consolação. En 1888 ya tenían agua corriente 5.008 edificios. Pero el crecimiento rápido y desordenado de la ciudad era imparable. Para el historiador Richard Morse[30], los grandes desajustes funcionales de São Paulo se producen desde 1880, sin que puedan ser atribuidos a la ineptitud o al mal humor heredados de la época colonial, sino a la fascinación que mucha gente tenía por la ciudad que comenzaba a dinamizarse. Finalmente, comenta el historiador, «las montañas [de la Sierra de la Cantareira] que suministraban agua, y el Tieté, que cargaba los desechos de 50.000 o 100.000 personas, no fueron suficientes para cifras diez o veinte veces mayores[31].

[30] R. Morse, *Formação histórica*.
[31] *Ibid*., p. 245.

En diversas ocasiones, el poder público intentó tomar medidas para una racionalización de la vida urbana de São Paulo. Fue el caso de João Alfredo, presidente de la provincia, que en 1886 propuso construir «avenidas circulares» para facilitar a los vehículos el tránsito de un suburbio a otro, sin pasar por el centro, una solución que sólo sería desarrollada medio siglo después por Prestes Maia. Hubo en la época cierta conciencia de los problemas creados por la urbanización acelerada: algunos planes municipales exigieron instalaciones de alcantarillado, limpieza y ventilación de las residencias colectivas de clase baja y, ya en esas fechas, aislamiento de «fábricas contaminantes». Todas estas medidas no eran ni gratuitas ni asistencialistas. Derivaban de advertencias serias de los propios empresarios: en 1893, un estudio de las pésimas condiciones de vida en las corralas mostró que el no cumplimiento de esas determinaciones municipales estaba causando graves problemas a gran parte del proletariado, lo que perjudicaba a la expansión y acumulación de capital.

La suave caída de la Monarquía bragantina

> Su posición [la de Pedro II] en relación al régimen republicano hasta el final del reinado fue de extraña simpatía[32].
>
> José Murilo de Carvalho

Cuatro procesos con dinámica propia convergen y se entrecruzan provocando el derrocamiento del orden monárquico: la aparición de un fuerte segmento militar, el surgimiento de una clase dirigente firmemente abolicionista, el fortalecimiento de una elite cafetalera republicana y el debilitamiento de los muñidores de los negocios del Estado monárquico.

En efecto, el clima social al final de la Guerra de Paraguay fue de franca contestación al régimen. Como ya vimos, se esbozaron en 1864 algunas reformas para renovar las instituciones del Imperio, proyectos que fueron presentados en la Cámara por los liberales «históricos» y «progresistas» reunidos. Los diputados debatieron varios temas de ámbito nacional, entre ellos la abolición de la esclavitud y la legitimidad del poder del emperador. Las críticas al Imperio y a sus instituciones subieron de tono. Tomó fuerza la propaganda republicana y abolicionista entre las elites económicas del Imperio, sobre todo entre los caficultores paulistas. El Ejército comenzó a participar en las discusiones políticas y se crearon asociaciones abolicionistas y federalistas de oposición al régimen imperial. En el momento en que los líderes republicanos proclamaron el Manifiesto Republicano en 1870, el gobierno imperial intentó realizar reformas para evitar la caída del régimen. Fue así un gabinete conservador el que promulgó, en 1871, la Ley del Vientre Libre. El resultado de este viraje fue que muchos propietarios se adhirieran a la causa republicana contra la Monarquía, esperando que así se evitase la posible abolición, de tal suerte que, en São Paulo,

[32] José Murilo de Carvalho, *Perfis brasileiros: D. Pedro II*, coords. Elio Gaspari & Lília M. Schwarcz, São Paulo: Companhia das Letras, 2007, p. 129.



Inmigrantes en una plantación

muchos clubes republicanos contaban con la participación de dueños de esclavos. En la Convención de Itú, realizada en 1873, se reunieron en defensa del republicanismo tanto propietarios rurales progresistas como dueños de esclavos.

La campaña por la abolición de la esclavitud: escritores y políticos

> La idea de insurrección indica que la naturaleza humana todavía vive. Todas las violencias en pro de la libertad –violentamente arrancada– deben ser saludadas como santas *vendettas*. La mayor tristeza de los abolicionistas es que estas violencias no sean frecuentes y la conflagración no sea general[33].
>
> Raul Pompéia

Mientras que en la década de 1870 la inmigración europea era incentivada y patrocinada por los caficultores del oeste paulista, dependiendo cada vez menos del trabajo esclavo en sus plantaciones, los productores rurales del norte y del nordeste del país no podían pagar los costos del mantenimiento de los esclavos, debido a la crisis económica resultante del bajo precio de sus productos en el mercado internacional.

[33] En un documento que defendía la abolición de la esclavitud, firmado también por Alberto Torres, Augusto de Lima, Enéas Galvão y Raimundo Correa. Ver Carlos G. Mota, «Cultura brasileira ou cultura republicana», en *Estudos Avançados*, 4 (8), São Paulo (1990), p. 26.

Los esclavos de los ingenios de azúcar y de las plantaciones de algodón eran vendidos a los prósperos caficultores del sur, o eran liberados y transformados en «moradores». Por ello eran los plantadores de café fluminenses y los del valle del Paraíba los únicos interesados en el mantenimiento del régimen de trabajo servil.

En los años 80 del siglo XIX, la lucha contra la esclavitud se transformó en una auténtica campaña: pronunciamientos militares y manifestaciones callejeras movilizaron a la población contra el mantenimiento de la institución. La propaganda abolicionista del Ejército estimulaba las fugas de esclavos de las plantaciones y de las haciendas. Al mismo tiempo, el parlamento discutía el tema continuamente. Había dos corrientes dentro del movimiento abolicionista: los «moderados», que defendían la abolición de la esclavitud por medio de una reforma de la legislación, evitando la movilización popular; y los «radicales», que reclamaban la insurrección y el uso de la violencia.

Uno de los precursores del abolicionismo fue Antônio Frederico de Castro Alves, nacido en 1847 en Curralinho, Bahía, y que murió muy joven, a los 21 años, en Salvador. Pertenecía a una generación que representó la renovación mental del Segundo Reinado, junto con la figura del gran Fagundes Varela, un vigoroso liberal preocupado por la patria, «el mayor de entre los poetas menores salidos de la facultad de Derecho de São Paulo, también conocida como “las Arcadas paulistas”», según el historiador de la literatura Alfredo Bosi. Castro Alves, Luís Gama, Tobias Barreto y José Bonifácio (el Joven) sacaron al esclavo a escena, pues hasta ese momento no era un tema frecuentado en los libros: «no había más que alusiones sueltas» en la poesía romántica[34]. Con ellos, los negros esclavos cobran importancia, como en el fortísimo poema «Navio negreiro», de Castro Alves, de 18 de abril de 1868:

> Era um sonho dantesco… O tombadilho,
> Que das luzernas avermelha o brilho,
> Em sangue a se banhar.
> Tinir de ferros… estalar do açoite…
> Legiões de homens negros como a noite,
> Horrendos a dançar…[35].

Castro Alves era hijo de médico e hizo la carrera de Derecho en Recife, en donde el clima político-ideológico era liberal-abolicionista. Alves y el sergipano Tobias Barreto, de la llamada «Escuela de Recife», serían los líderes de esta tendencia. Se

[34] Es un gran referente la obra de A. Bosi, *História concisa*. En el capítulo del Romanticismo, véase el significado de Fagundes Varela, Casimiro de Abreu y, en particular, Castro Alves, éste en las pp. 132-136. Sin embargo, para entender la construcción de la Nación y el lugar de la litera en la formación de Brasil, interesa todo el capítulo.

[35] Era un sueño dantesco… El tumbadillo/ que de las lucernas enrojece el brillo,/ bañándose en sangre/ tintinear de hierros… chasquido del azote…/ Legiones de hombres negros como la noche,/ Horrendos en sus danzas… Fragmentos del poema «Navio negreiro», de Castro Alves, fechado el 18 de abril de 1868, en *O olhar do futuro, catálogo de la Exposición conmemorativa de los 150 años del nacimiento de Antônio de Castro Alves (1847-1997)*, pres. de Eduardo Portella, Río de Janeiro: Fundação Biblioteca Nacional, 1997, p. 123. Hay una edición primorosa, con prefacio de Antônio Candido, presentación de Jorge Amado e ilustraciones de Aldemir Martins de *O Navio Negreiro*, São Paulo: Studioma, 1992.

enamoró de la actriz Eugenia Cámara, para quien escribió el drama *Gonzaga o la Inconfidência Mineira*. En 1868 se mudó a São Paulo, en un momento de *tournant* en la política del país; lo mismo haría Francisco de Paula Rodrigues Alves, futuro presidente de la República. Durante una cacería en el entonces campestre barrio de Brás, se hirió gravemente un pie y tuvo que ir a Río para amputárselo. Retornó a Salvador, donde falleció de tuberculosis. Castro Alves se fue, pero quedó el *Auriverde pendão de minha terra*…

En el impulso nacionalista elogió el heroísmo de los brasileños en la Guerra de Paraguay en *O pesadelo de Humaitá*, que recitó valiéndose de uno de los mejores medios de comunicación de la época: el balcón, en este caso, el del periódico *Diário do Rio de Janeiro*.

Dejó una obra fundamental para la renovación de las ideas sociales y de la poética en Brasil. Tenía influencias de Fagundes Varela y Gonçalves Dias, además de Lamartine, Musset y especialmente Víctor Hugo, en el aspecto libertario y democrático, en su sentido de denuncia.

«Navio negreiro» valió por cientos de manifiestos:

Auriverde pendão de minha terra,
Que a brisa do Brasil beija e balança […]
Antes te houvessem roto na batalha,
Que servires a um povo de mortalha!…[36].

O en «Vozes da África», donde entrando en las *senzalas* y en los navíos negreros, denuncia a la Nación blanca –la «elite blanca y mala»– por la trágica condición de los esclavos:

Deus! Ó Deus! Onde estás que não respondes?[37].

Más efectivo, el moderado Joaquim Nabuco (Recife, 1849-Washington, 1910), con su bella y fina estampa, denunciaba que una fracción de la población seguía estando oprimida y humillada. Descendiente de una familia de propietarios de ingenios, era hijo del senador Nabuco de Araújo, uno de los fundadores del Partido Liberal. Estudió derecho en São Paulo y Recife, convirtiéndose en uno de los principales defensores de la abolición de la esclavitud. Escribió dos obras de referencia: *Minha formação* y, sobre todo, *A Abolição* (1883). En la obra *Um estadista do Império* (1889), sobre la figura de su padre, ofrece los mejores elementos para la comprensión de la dinámica política del Segundo Reinado. Su hija Carolina Nabuco trazó su perfil en *A vida de Joaquim Nabuco*, publicada en 1928. Diplomático de mérito, Joaquim Nabuco fue ministro plenipotenciario en Londres y París, perteneciendo a la generación de

[36] «Pendón verde-áureo de mi tierra,/ Que la brisa de Brasil besa y balancea […]/ ¡Antes te hubiesen roto en la batalla,/ Que servir a un pueblo amortajado!… *Apud* A. Bosi, *História concisa*, p. 133.
[37] *Ibidem*.

brillantes diplomáticos –todos monárquicos «esclarecidos»– como el barón de Rio Branco (que le nombró embajador en los Estados Unidos, convirtiéndose así en el primero con ese título en la historia de Brasil) y el gran historiador Oliveira Lima, el autor de *Formação histórica da nacionalidade brasileira*. Pero la gran cuestión en su vida fue la lucha por la Abolición.

Aprovechando un viaje al Vaticano, Nabuco no dudó en dirigirse al papa León XIII para informarle sobre la situación de los esclavos en Brasil y sobre la lucha abolicionista. «Nosotros, los abolicionistas, protegemos a los esclavos. Hacemos lo que hacían los obispos en la Edad Media con los siervos». Continuaba Nabuco:

> El Papa me aseguró que en su encíclica abundaría en los sentimientos del Evangelio, que la causa era tan suya como nuestra [...] El cardenal Czacki me había hablado igualmente del deber de dar educación moral a los libertos, y puso «de manifiesto la responsabilidad que nosotros, los abolicionistas, habíamos contraído» en lo que respecta «a la raza negra, aún más degradada que oprimida» y, desde el punto de vista católico, me dijo que no había otro medio para hacer de esos esclavos de ayer hombres con moral, sino diseminar entre ellos la educación religiosa que nunca tuvieron[38].

El carioca José Maria da Silva Paranhos Junior, barón de Rio Branco (1845-1912), más conocido por su actuación como diplomático en cuestiones de fronteras del país (en Amapá; en el conflicto con Bolivia, incorporando el territorio de Acre; con Perú, etc.), también estudió en la Facultad de Derecho de São Paulo. Fue uno de los periodistas y diputados que participaron en la campaña por la Ley del Vientre Libre de 1871.

Otro de los abolicionistas fue el carioca Raul Pompéia (1863-1895), que estudió en el Colegio Pedro II y en la Facultad de Derecho de São Paulo, donde bebió de las ideas del republicanismo y del abolicionismo. Fue artista, profesor de la Escuela Nacional de Bellas Artes y Director de la Biblioteca Nacional, de la que fue despedido por el presidente Prudente de Morais por haber pronunciado, en 1895, una oración fúnebre junto al túmulo de Floriano Peixoto. Inquieto, angustiado, polemista, en ese mismo año se mató.

Más iracundo fue Antônio Silva Jardim. Nacido en 1860 en Capivari, en la provincia de Río de Janeiro, se fue a la capital en 1873 y en 1875 ya estaba escribiendo en un periódico estudiantil contra la tiranía, elogiando la acción de Tiradentes. Un hecho nada banal, pues el *establishment* monárquico borró la figura del alférez de los manuales y de las conversaciones sobre la historia del país. Citarlo era un acto afirmativo de nacionalidad, de patriotismo y de crítica al orden bragantino. Al mudarse a São Paulo, Silva Jardim empezó a estudiar en la Facultad de Derecho y a escribir en la *Tribuna Liberal*. Se casó con la hija del consejero Martim Francisco de Andrada, Ana Margarida, y en 1885 se fue a Santos, tierra de los Andradas, donde dio clases y ejerció como abogado, luchando por la abolición. En 1888, cuanto tenía 28 años, organizó una protesta que movilizó al país. En 1888 y 1889 propagó la lucha

[38] Nabuco concordó con la afirmación de Czacki. Ver Joaquim NABUCO, *Minha Formação*, intr. Gilberto Freyre, Brasilia: Senado Federal, 1998, pp. 221-222.

armada, atacó a la Monarquía y asistió a la proclamación de la República. Se presentó como candidato a las elecciones al Congreso, pero perdió. Fatigado, se embarcó en un viaje para Italia, y en aquél prometedor año de 1891 murió accidentalmente en el cráter del Vesubio.

El fluminense de Campos, José do Patrocínio (1853-1905), fue a Río en 1867 para trabajar en la Santa Casa de Misericordia, graduándose en la carrera de Farmacia en 1874. Al año siguiente publicaba *Os Ferrões*, periódico quincenal. Entró en la polémica por la abolición en 1880, cuando empezó a ejercer como redactor jefe de la *Gazeta da Tarde*. Negro y respetado, fundó la Confederación Abolicionista en 1883. Tres años después fue elegido para la Cámara Municipal de Río, fundando enseguida el periódico *A Cidade do Rio*. Patrocínio se convirtió en una figura pública en la capital. El día 13 de mayo de 1888, con la firma de la Ley Áurea de abolición de la esclavitud, fue aclamado en las calles de Río. «Ya era hora» diría el personaje de Machado de Assis…[39]. Patrocínio se unió al «Isabelismo», movimiento basado en la «figura bondadosa» de la hija de Pedro II, que podría sucederle en la dirección del país. Participó en la Guardia Negra, contra el movimiento republicano, pero se adhirió al nuevo régimen tan pronto como se proclamó. Fue innovador en otros campos. Estudió mecánica, importó un automotor y construyó un dirigible dotado de motores y hélice. Tuvo una alegría al final de su vida: en 1905, poco antes de morir, pudo conocer a Santos Dumont personalmente.

Otro de los abolicionistas fue André Rebouças. Bahiano de Cachoeira, nació en 1838, hijo del diputado Antônio Pereira Rebouças. Él y su hermano Antônio cursaron Ingeniería Militar en la Escuela Militar de Río, de donde salieron en 1858. Graduados y con beca de estudios, ambos embarcaron en 1861 hacia Europa, donde cursaron Ingeniería Civil, analizando canales, puentes y líneas ferroviarias. Pero incluso para dos negros educados y bien formados, apadrinados por los consejeros Cristiano Ottoni y Sinimbu, la vida era difícil. André se alistó para participar en la Guerra de Paraguay. Hizo amistad con el conde de Eu y participó en 1865 en la visita del emperador al campo de batalla. Enfermo de viruela, causó baja en el Ejército y el ministro Zacarias de Góes lo nombró inspector de las aduanas de Río. Fue despedido del cargo en 1873, acusado de inoperancia (una falsedad). A partir de ese momento circularía por Europa. En Portugal visitó Oporto y las industrias pombalinas de Covilhã, Coimbra, Lisboa y Sintra. Continuó viaje a Madrid, París y Turín. Después, Nueva York, donde, dadas las dificultades para encontrar hotel, «descubrió» que era negro. Se alojó finalmente en el Washington Hotel, pero tenía que comer en la habitación… y no pudo ir a la gran Opera House. De regreso a Brasil, se sumó a la campaña abolicionista y en 1888, empezó a ejercer como profesor en la Escuela Politécnica (nombramiento hecho por el emperador). Entró en la Confederación Abolicionista e incluso la financió. Tras la Abolición y la proclamación de la República, Rebouças acompañaría al emperador en su exilio en París. Pedro II murió en 1891 y André, mentalmente abatido, se fue a la isla de Madeira, donde murió en 1898 con 60 años.

[39] El personaje de Machado de Assis que hace el comentario es el consejero Aires, en *Memorial de Aires*.

Mucho más difícil fue la vida del ex esclavo Luís Gama (Itaparica, Bahía, 1830-São Paulo 1882). Nacido en el clima de las rebeliones de esclavos malés en Salvador, hijo de un propietario blanco con madre africana, la revolucionaria Maria Mahin, fue vendido a los diez años por su padre como esclavo. Llegó de contrabando a Río y fue vendido a un alférez de Lorena (en el valle del Paraíba), el negociante y contrabandista de esclavos Antônio Pereira Cardoso. Fue colocado en un lote de negros para Santos, de donde fue mandado a pie, en otro lote, para ser negociado en Jundiaí o Campinas. El niño fue llevado allí ilegalmente, pues el acto de vender hijos brasileños de personas libres como esclavos era ilícito. En Campinas, observando el lote, un «simpático anciano», Francisco Egídio de Souza Aranha, notó la presencia del niño, lo acarició y lo rechazó inmediatamente, al saber que venía de Bahía. Tras varias peripecias y mucho esfuerzo, Gama –que aprendió a leer y escribir por la amistad con un hijo de hacendado– continuó en la casa del alférez, que vivía entonces en São Paulo, y allí trabajaba como criado y zapatero, lavando y cosiendo ropas. El alférez no quería concederle la manumisión, pero Luís Gama consiguió probar que en Bahía no era esclavo y huyó. Consiguió su libertad a los 17 años, siendo muy activo en São Paulo, donde estudió y participó en varios intentos de crear un Partido Republicano, dedicándose también a liberar esclavos por vías legales. Fue un orador libertario y escribió obras satíricas, como *Trovas burlescas* (1859) y *Novas trovas burlescas* (1861). Cuando murió, en 1882, asistieron a su entierro cientos de personas.

El profesor Sud Menucci escribió sobre él la obra *O precursor do abolicionismo no Brasil*[40], fundamental para conocer esa notable personalidad y sus luchas. Luís Gama escribió y habló mucho, pero sus intervenciones no fueron registradas en la prensa ni en los tribunales. *Et pour cause*. En aquel ambiente, no debía ser nada fácil el entendimiento entre blancos y negros. Pero tampoco lo era entre blancos y blancos. Por no hablar de las disensiones entre blancos y mulatos, segmento cuya pigmentación de piel es tan variada y está sujeta a tantas «lecturas», más o menos prejuiciosas, como la de Gilberto Freyre. Como se sabe, costó mucho asumir en los manuales escolares que Machado de Assis o Euclides da Cunha eran mulatos. En São Paulo, sólo muchísimo más tarde se asumió que Mário de Andrade era negro; de igual modo sólo se asumió a Teodoro Sampaio, en cuanto tal, cuando la Alcaldía dio su nombre a una de las calles que más tarde sería de las más populares de la gran metrópoli… En definitiva, debe de haber sido difícil ese «arreglo», sobre todo cuando se sabe que uno de los mayores ideólogos del abolicionismo del Imperio, Joaquim Nacuco, decía de sí mismo:

> Soy un liberal del tipo inglés…[41].

[40] Sud Menucci, *O precursor do abolicionismo no Brasil: Luiz Gama*, São Paulo: Nacional, 1938.
[41] J. Nabuco, *Minha formação*, p. 177.

En contrapartida, pocos años después, Lima Barreto diría, cáustico a otro cáustico, Monteiro Lobato:

> ¡Yo no soy quilombola!…[42].

La campaña abolicionista ganó las calles, estimulada por las innumerables asociaciones emancipadoras. En la prensa, los periódicos abolicionistas participaron activamente en la acción.

En el norte y el nordeste, el movimiento por la liberación de los esclavos se extendió rápidamente, contando con una intensa participación popular. Según el análisis de los historiadores Jão José Reis y Eduardo Silva:

> Una vez abolida la esclavitud en Amazonas y en Ceará, en 1884, y vaciadas las provincias del norte por el tráfico interprovincial, la batalla decisiva se entabla en el corazón del Imperio –Río, Minas y sobre todo São Paulo– donde se concentran las actividades agro-exportadoras. […] Santos, ciudad portuaria, se transforma en la Meca de los desbandados. El área vecina de Cubatão y el quilombo de Jabaquara –capitaneado por el criollo sergipano Quintinto de Lacerda y por el portugués Santos «Garrafão»– son ejemplos vivos de la quiebra del paradigma tradicional, y en este sentido, de un tipo cualitativamente nuevo de resistencia, que podríamos denominar «quilombo abolicionista». Los quilombolas, que llegaron a ser unos 10.000, construyeron sus barracas con dinero recolectado entre los comerciantes. La población local, incluso las mujeres, protegieron el quilombo de las investidas policiales […].
>
> La propaganda abolicionista, la abolición progresiva, el fondo de emancipación, la inmigración extranjera, las manumisiones festivas de los últimos años, todo concurría para hacer el cautiverio insoportable. Por todas partes, en las zonas del café, salían bandos por las haciendas y se anunciaban catástrofes. El «Trabajo libre» se convirtió en el gran asunto en la prensa y en las plazas. La idea de que el sistema era injusto, o que estaba arruinado, se generalizó y la fuerza policial perdió el rigor […]. En Ceará, los barqueros se negaron a transportar esclavos. En São Paulo, los ferroviarios y los carreteros ayudaban a los fugitivos de Antonio Bento; en el *largo* de Bexiga, los niños de la calle, en grandes algaradas, ridiculizaban a los *capitães do mato* que se quedaban sin oficio ni beneficio[43].

El proceso abolicionista ganó fuerza cuando la Ley Saraiva-Cotegipe, o Ley de los Sexagenarios (1885), liberó a los esclavos con más de sesenta años. Tres años después, el 13 de mayo de 1888, la princesa Isabel firmó la Ley Áurea, liberando a los esclavos en todas las provincias del Imperio. Con esta medida, la monarquía perdió el apoyo del único grupo que la sustentaba: los hacendados esclavistas fluminenses y del valle del Paraíba.

[42] Afonso Henriques de Lima Barreto, *Correspondência*, t. II, São Paulo: Brasiliense, 1956, p. 77.

[43] João José Reis & Eduardo Silva, *Negociação e conflito: a resistência negra no Brasil escravista*, São Paulo: Companhia das Letras, 1989, pp. 72-74.

Una vez abolida la esclavitud, quedaba aún el problema de saber cuál sería el destino de esos esclavos y sus descendientes. Se produjo una limitadísima y parcial integración de los negros del orden esclavista en la sociedad de clases que, lenta e imperfectamente, se empezaba a instaurar, basada en un modelo de exclusión. Modelo que acarrearía dificultades duraderas, estudiadas por Florestan Fernandes en su clásica obra.

¿Qué tipo de República? Tendencias republicanas

> Pero vino la República, y el ascendiente en ella de la política de São Paulo hizo que desapareciera toda esa escasa disciplina moral, ese freno en la conciencia de los que poseen fortuna. Cualquier medio sería bueno para alcanzarla y aumentarla descaradamente[44].
>
> Lima Barreto, 1917

La campaña republicanista por el cambio de régimen ganó impulso durante la década de 1880, pero no alcanzó al país entero. El Partido Republicano era más fuerte entre los hacendados de café de São Paulo, mientras que en Río de Janeiro y en las demás provincias del Imperio el republicanismo no fue más que la aspiración de los sectores urbanos. Los partidarios de la república se multiplicaban, realizando campañas por medio de periódicos, clubes republicanos y manifestaciones populares durante los periodos electorales.

Los republicanistas se dividían en dos grupos: los revolucionarios, que pretendían derribar la Monarquía y proclamar la República con un golpe armado; y los evolucionistas, que creían en la vía electoral como el camino más correcto para realizar el cambio de régimen. A pesar de la diferencia en cuanto al modo de instaurar el nuevo régimen, los republicanos tenían ideas comunes. La República debería ser federal, con separación entre Iglesia y Estado. El Senado debía ser temporal, en contraposición al Senado vitalicio del régimen imperial.

En el estamento militar, el descontento con la Monarquía alcanzó su punto más alto durante la década de 1880. Se difundió la tesis de que los partidos monárquicos eran contrarios al Ejército, y así, en 1887, fue fundado el Club Militar, reuniendo sectores militares que se oponían al régimen imperial. Los oficiales más jóvenes seguían la filosofía positivista, difundida en las Escuelas Militares por el general y profesor Benjamin Constant.

Los positivistas creían que la «Dictadura Republicana» resolvería los problemas sociales y políticos del país. Los militares, según los positivistas, estarían mejor preparados para gobernar, pues eran «puros» y «patrióticos». Los oligarcas civiles, sustentos del régimen monárquico, eran sus principales enemigos. Esta división social e ideológica

[44] Lima Barreto, «O Debate», en *Lima Barreto*, *Coleção Melhores Crônicas*, sel. y pref. de Beatriz Rezende, São Paulo: Global, 2005, p. 248.

se prolongó durante el siglo XX, con los levantamientos del *Tenentismo* (1922, 1924, 1926, 1930), expresión de un pensamiento reformista de las capas medias urbanas, confrontadas con las oligarquías regionales.

Los políticos conservadores, reunidos en el gobierno presidido por el vizconde de Ouro Preto, intentaban aplicar las reformas necesarias para mantener el régimen monárquico. Los diputados de la Cámara se opusieron y ésta fue disuelta. Mientras tanto, los miembros más radicales, esto es, aquellos que querían realizar reformas profundas en la sociedad, fueron apartados del liderazgo del Partido Republicano. El grupo moderado, con representación en São Paulo, Minas Gerais y entre los militares positivistas, asumió el mando del partido. La monarquía estaba en un callejón sin salida. A falta del viejo emperador, un Tercer Reinado sería improbable, pues como ya vimos, su hija Isabel estaba casada con el francés conde de Eu, figura polémica.

El día 15 de noviembre de 1889, una conspiración liderada por los miembros del Partido Republicano y del Club Militar derribó la Monarquía.

Benjamin Constant, el brasileño «Fundador de la República»

Este es el título que se dio al militar y profesor, positivista y poco ortodoxo, cuando ocurrió su muerte en 1891, en Río de Janeiro.

Bejamin Constant Botelho de Magalhães era fluminense, nacido en Niteroi en 1833. Huérfano a los 10 años, estudió con los monjes benedictinos antes de entrar en la Escuela Militar. Le gustaban más las matemáticas y por eso el ahora teniente se fue a la Escuela Central, donde se graduó en Ciencias Físicas y Matemáticas. Es curiosa su vida intelectual, de la que se deriva su vocación política, terreno que en realidad despreciaba. Estudió ingeniería militar y se presentó a varias oposiciones: era innegable que el primer puesto era para él, pero siempre lo preterían en los nombramientos. Fue examinador de matemáticas en los cursos superiores del Imperio. Trabajó en el Observatorio (1861-1866) y fue promovido a capitán, después a profesor del Instituto de Niños Ciegos (1862-1869) y finalmente a director de la institución (1869-1883). Esta experiencia hizo de él un educador.

Constant estuvo en la Guerra de Paraguay, de la que regresó enfermo. Una vez que dejó el Ejército, no sería más que profesor. En 1873 se presentó a una oposición para el Curso Superior de la Escuela Militar. En la prueba pública, con el emperador presente, se declaró adepto a las ideas de Auguste Comte y del positivismo en el campo científico. Pedro II hizo una señal de afirmación al tribunal examinador y Constant fue aprobado. Ya mayor, ejerció como profesor de la Escuela Normal cuando fue creada en 1880; en 1889 llegaría a ser catedrático de la Escuela Superior de Guerra. Cristalizó en su mente, en esa ascensión, la idea de que el régimen monárquico debía terminar y que era necesaria la República. Con su prestigio entre los oficiales, muchos de ellos alumnos suyos, se unió al Partido Republicano y, con él entraron oficiales de la Marina y del Ejército, articulados todos por el muy activo Quintino Bocaiúva.

Entre las ideas que defendía estaban la disolución del vínculo conyugal, el matrimonio civil, la separación de Iglesia y Estado y la reforma de la enseñanza.

Una República más en el orden neocolonial

> Seja um hino de glória que fale
> De esperança de um novo porvir!
> Com visões de triunfo embale
> Quem por ele lutando surgir![45].
>
> Medeiros e Albuquerque, 1889

¿Fue Brasil, históricamente, «el menos europeo» y el «menos colonial» de los países de América del Sur, según la interpretación de Gilberto Freyre?

En los años 1880, en una perspectiva amplia, se habían definido dos mundos. Uno, avanzado, compuesto por Estados soberanos y autónomos, impulsado por los desarrollos económicos nacionales, con cierta homogeneidad territorial, con instituciones liberales protectoras de la representatividad; un mundo, en fin, compuesto por ciudadanos, con sus derechos políticos bien definidos en sus relaciones con el Estado. La idea moderna de progreso se ligaba a ese mundo liberal-constitucional de Estados-nación. Al menos teóricamente, ese modelo de organización del Estado –sea en la vertiente federalista americana o en la variante centralista francesa– era característico del escenario latinoamericano, con sus diecisiete repúblicas y un imperio, el brasileño (que de todas formas no sobreviviría más allá de los años 1880).

El otro mundo, el «no desarrollado» estaba lejos de esas características: eran colonias o posesiones europeas, o imperios en descomposición. En rigor, según Hobsbawm, únicamente Suiza, Francia, los Estados Unidos y tal vez Dinamarca se basaban en los principios democráticos. En lo tocante a las repúblicas de América Latina, decía que era «imposible describirlas como democráticas, en cualquier sentido de la palabra»[46].

Ése era el panorama general. La idea de ciudadanía, aunque muy difundida, estaba lejos de ser implantada. La sociedad burguesa proclamaba sus poderosos principios, asentada en los *legal free and equal individuals*. La servidumbre legal ya no existía en Europa; la esclavitud legal –abolida en las áreas de influencia europea– sólo persistía en Cuba y en Brasil. Pero no sobreviviría a la década de 1880. «Libertad legal e igualdad», concluye Hobsbawm con ironía, «estaban lejos de ser

[45] *Hino da Proclamação da República*, letra de Medeiros e Albuquerque; música de Leopoldo Augusto Miguez, 1889. El trecho del epígrafe es el estribillo del himno, que venció el concurso oficial de 1889, pero nunca se convirtió en Himno porque Deodoro da Fonseca –¡afortunadamente!– no quiso…

[46] Eric J. Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Nueva York: Pantheon, 1987, p. 23.

incompatibles con la desigualdad efectiva»[47]. Esta es la encrucijada en la que fueron desmovilizados –y sacados fuera de la historia– los abolicionistas más avanzados y radicales como Raul Pompéia, influido por Flaubert y por los Goncourt, que justificaba la acción violenta para conseguir la liberación. La línea victoriosa, más moderada, representada por Joaquim Nabuco (1849-1910), bajo el influjo de Renan y de Taine en su juventud, insistía en que la propaganda abolicionista no debía dirigirse a los esclavos:

> La propaganda abolicionista no se dirige, en efecto, a los esclavos. Sería una cobardía inepta y criminal y, además de eso, un suicidio político para el partido abolicionista, incitar a la insurrección o al crimen a hombres sin defensa y que la ley de Linch o la justicia pública inmediatamente habrían de aplastar… Suicidio político porque la nación entera, viendo a una clase, la más influyente y poderosa del Estado, expuesta a la venganza bárbara y salvaje de una población mantenida hasta hoy al nivel de los animales… pensaría que la necesidad urgente sería la de salvar a la sociedad a toda costa, y esto sería la muerte del Abolicionismo[48].

En esta perspectiva, desde el punto de vista social, estaba marcado el límite de la lucha abolicionista, más allá del cual no deberían pasar ni los ex-esclavos ni los líderes revolucionarios. La República oligárquica, una vez instalada, sabrá preservar tal límite, donde «cada uno sabrá cual es su lugar» en el orden social.

[47] *Ibid.*, p. 24.

[48] C. G. Mota, «Cultura brasileira».

Capítulo 23
Vientos de cambio: la Primera República y sus presidentes (1889-1930)

> En medio de ese cataclismo que se prepara, ¿Qué papel tendrá Brasil? El de la más completa ignorancia de lo que pasa en el mundo. Duerme su sueño colonial[1].
>
> Paulo Prado, 1928

El texto de Paulo Prado del epígrafe hace pensar. Es un texto agónico, extraído de una carta a su hijo (entonces en los Estados Unidos), escrito en un difícil momento, en los estertores de la primera fase de la experiencia republicana, en vísperas del huracán que se avecinaba. En la misma carta, el aristócrata ilustrado, una especie de Giuseppe di Lampedusa tropical, preveía la crisis mundial que estallaría en los años siguientes:

> No ve [Brasil] el desastre que se avecina; no ve el peligro de que estemos al margen de las grandes rutas mundiales de la navegación y de la aviación; no ve que la Tierra se ha hecho pequeña para los imperialismos, pacíficos o guerreros, y que es una paradoja el naranjo en la orilla de la carretera, cargado de naranjas dulces [...] A pesar de la apariencia de civilización, vivimos aislados, ciegos e inmóviles, dentro de la misma mediocridad en que se complacen gobernantes y gobernados. En este marasmo será tal vez necesario hacer tabla rasa para después realizar una renovación total[2].

[1] Paulo Prado, Post scriptum, en *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*, 7.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1972, pp. 234-235. En la edición italiana de esta obra, Paulo Prado, *Rittrato del Brasile. Saggio sulla tristezza brasiliana*, Roma: Bulzoni, 1995, véase el breve estudio de Carlos Guilherme Mota, «Paulo Prado, il Tommaso di Lampedusa brasiliano», pp. 47-51; y, también, Nello Avella, «'*Odi et amo*': Rittrato di un amore negato e riaffermato», pp. 9-41.

[2] *Ibidem*.

En efecto, la crisis del capitalismo de 1929 marcaría el fin de la Primera República, el ocaso de una época, abriendo un nuevo periodo de la historia contemporánea. La herencia colonial, la condición periférica, el atraso estructural y multisecular del país preocupaban considerablemente a las mentes más sensibles y atentas de Brasil. Triste consuelo: en aquel retrato-diagnóstico del «Brasil profundo», trazado por Paulo Prado, se cocían las obras de Gilberto Freyre, Sérgio Buarque y Caio Prado Júnior.

La transición del Imperio a la República, proclamada en 1889, constituyó el primer gran cambio de régimen político ocurrido desde la Independencia. Republicanos «puros», radicales, como Silva Jardim, defendían un cambio de régimen que, a ejemplo de Francia, tuviese como resultado una mayor participación de la población en la vida política nacional. Pero al resultar victoriosos los republicanos conservadores, como Campos Sales, se mantuvo el modelo de exclusión política y sociocultural detrás de una nueva fachada. Al «Parlamentarismo sin pueblo» del Segundo Reinado le sucedió una República prácticamente «sin pueblo», esto es, sin ciudadanía democrática. Solamente un 5% de la población tenía derecho al voto.

La República, construida en moldes conservadores, tendría que organizar la transición de un orden centralista a un régimen federal. Ésta fue la principal tarea jurídico-política que se propusieron los líderes civilistas, como Ruy Barbosa, Prudente de Morais y Campos Sales.

Los propios militares que lideraron el golpe armado que puso fin al Imperio no pretendían exponer el nuevo régimen a la participación popular. Durante los primeros cinco años de la República, la presidencia fue ocupada por dos militares: Deodoro da Fonseca y Floriano Peixoto. Después de 1894, con la elección del civil Prudente de Morais, el gobierno estuvo bajo el mando de representantes de los propietarios rurales de São Paulo y Minas Gerais. El régimen –también denominado República de las Oligarquías–, presionado por diversas fuerzas sociales y con agudos conflictos internos, terminó con la Revolución de 1930.

Aunque atrasado desde el punto de vista político-institucional, el país iba cambiando lentamente su fisonomía en algunas regiones, sobre todo en el sudeste, con la inmigración, la industrialización y el crecimiento urbano. En el periodo de la Primera República, o *República Velha* (1889-1930), y posteriormente, surgieron grandes figuras intelectuales que denunciaron el tremendo atraso a que el país parecía condenado. Fueron los casos de Euclides da Cunha, Manuel Bonfim, Astrojildo Pereira, Monteiro Lobato, Miguel Couto («Brasil sólo tiene un problema nacional: la educación del pueblo»), Gilberto Freyre, Caio Prado Junior, Mário de Andrade, Fernando de Azevedo o Anísio Teixeira, entre otros. Denunciaron el peso de la herencia colonial y propusieron nuevas formas de organización social, política, educacional y cultural para el país.

En Brasil, según el diagnóstico de Paulo Prado, el analfabetismo de las clases inferiores –«casi del cien por ciento»– aumentado por el vicio nacional de la imitación, corría emparejado con la retórica romántica de los que recibían el calificativo de intelectualidad del país. Todo se copiaba: desde la estructura política al «falseamiento de las manifestaciones espontáneas de nuestro genio creador. Cuarenta años de

experiencias sin éxito nos trajeron a la situación actual»[3]. Todo estaba por construir, como advertía Gilberto Freyre en 1933, en uno de los prefacios de su obra *Casa Grande & Senzala*; como si todo dependiese de su generación…

Tiempo de diagnóstico y de revisiones profundas. En 1929, la crisis económica internacional revelaría la vulnerabilidad del nuevo orden mundial resultante de la Primera Guerra (1914-1918), destruyendo las estructuras económico-financieras del mundo capitalista, llevando al colapso antiguas formas de organización de la sociedad y abriendo una nueva etapa, que comenzó con la Revolución de 1930. Además de esto, la victoria de la Revolución Rusa, en 1917, demostró que las fragilidades de un país podrían conducir a soluciones fuera de los ya temidos patrones reformistas del capitalismo. Es decir, los Estados-nación se transformaron en monumentos hechos de barro, vulnerables –como dirá Paulo Prado en 1928– a cualquier héroe providencial que apareciese, incluso en la figura de un «desocupado de la Avenida Central, asiduo a los cafés como Lenin, cliente paupérrimo del *La Rotonde*, de Montparnasse, meses antes de ser dictador y señor absoluto de 120 millones de almas».[4]

En Brasil, la conquista del poder por el *gaúcho* Getúlio Vargas y sus partidarios sucedió en la transición de una coyuntura descentralizada –en la que se implantó el orden oligárquico-liberal– hacia una coyuntura centralizadora –en la que se imponía la necesidad de una mayor intervención estatal. Con la Revolución de 1930 se iniciaba la Era Vargas, que solamente en 1945 sería apeado de la presidencia de la República, volviendo al poder en 1950 y gobernando el país hasta 1954, cuando se suicida.

A lo largo de la historia republicana, los cambios estructurales serían mínimos, tardíos y precarios. En una perspectiva más amplia, el historiador José Murilo de Carvalho resalta la extraña evolución del país a partir de la segunda mitad del siglo XIX: si, en términos de derecho de voto, hasta 1881 el país se situaba por delante de Inglaterra, a partir de 1881 (hasta 1945) retrocedió en materia de incorporación política de la población vía proceso electoral. Señala también que además de incompleta, la inclusión política fue lentísima. Mostrando lo que era el sentido general de la vida republicana, el historiador destaca que:

> La incorporación significativa de la población sólo comenzó a partir de 1945. En 1930, votó el 5,6% de la población, la mitad que en 1881. En 1945 votó el 13%, en 1960 el 18%. Incluso durante el régimen militar el ritmo se aceleró, cuando cerca de 60 millones de habitantes comenzaron a votar, un número mayor que el de la población total del país en 1950[5].

Al incluir en esa problemática el factor educación, José Murilo señala que la enseñanza fundamental sólo se generalizó a finales del siglo XX, aunque con mala calidad:

[3] Paulo Prado, Post scriptum, *Retrato do Brasil*, cit., p. 233.

[4] *Ibid*., p. 235.

[5] José Murilo de Carvalho, «Um antídoto contra a bestialização republicana» [entrevista a Carlos Haag], en *Pesquisa Fapesp*, n.º 115, São Paulo, sept. de 2005, p. 12.

> Tuvimos así tres factores negativos: la tardía entrada del pueblo en el proceso electoral; la entrada en ese proceso, en buena parte, bajo régimen dictatorial, cuando el sentido del voto estaba viciado por la violación de otras instituciones democráticas; el lento avance de la educación fundamental. Todavía hoy, el 60% de los electores no ha completado el grado elemental[6].

De este modo, en la línea del tiempo, el pasado y el presente de la República se encuentran y se atropellan en la actualidad. «El sistema político», continúa José Murilo, «entró en colapso en 1964 porque no fue capaz de absorber el rápido crecimiento de la participación, electoral y no electoral. ¿Culpa de la participación o del sistema, que la admitió tan tarde?»[7].

Pasados más de cuarenta años, el diagnóstico de la situación de la República en 1964 continúa siendo válido, y suena ahora como una advertencia.

Los presidentes: idas y venidas del proceso

La proclamación de la República, el 15 de noviembre de 1889, se realizó sin estruendos. Como ya mencionamos, se eligió al mariscal Deodoro da Fonseca para liderar el golpe militar, un oficial prestigioso en medios civiles y militares, que en el amanecer del día 15 reunió a las tropas y marchó con los rebeldes hacia el Ministerio de la Guerra, con el objetivo de enfrentarse a los líderes monárquicos.

No hubo resistencia al golpe. Floriano Peixoto, ayudante general del Ejército, simplemente se negó a obedecer las órdenes de Alfonso Celo, vizconde de Ouro Preto, que apoyado por políticos conservadores reunidos en el ministerio, intentaba a última hora hacer reformas para prolongar la Monarquía. Ante la oposición de los diputados a tales reformas tardías, la Cámara fue disuelta. Ante el avance de las tropas de Deodoro, los soldados y los oficiales confraternizaban, deponiendo a los ministros imperiales. Ese mismo día, la Cámara Municipal de Río de Janeiro, liderada por José do Patrocínio, declaraba instaurada la República. Cuarenta y ocho horas después, abatido y enfermo, el emperador, «una especie de sombra de si mismo» –como lo caracteriza José Maria Bello–[8], embarcaba para el exilio con la familia real. La insubordinación del Ejército era un hecho indiscutible. No había cómo oponerle a la Guardia Nacional. Ni siquiera los monárquicos más activos intentaron ninguna resistencia al golpe, conscientes de que la Nación no deseaba un tercer reinado. Era el fin del gobierno de los Braganza y de su Imperio americano. Hasta Paulino de Sousa, presidente del Senado y jefe conservador, parecía inclinarse por el nuevo orden. Ministros como José Antônio Saraiva (1823-1895), aguardaban el momento para adherirse a la República, como ya lo hiciera Antônio Prado. Fue una transición en la que muchos monárquicos y simpatizantes ilustres se bandearon elegante y discretamente hacia el nuevo régimen. Entre ellos, Ruy Barbosa –que tras la victoria

[6] *Ibidem*.
[7] *Ibidem*.
[8] *Ibid*., p. 47.

del 13 de mayo movilizó a la opinión pública contra el gobierno y el parlamento– se convirtió en el paladín de la oposición liberal y federalista, aunque mostrara en público su simpatía por la Monarquía. La marcha del proceso, sin embargo, lo llevaría al republicanismo.

El Congreso Constituyente, que redactó la primera Constitución, promulgada en 1891, fue elegido en 1890. También en 1891, mediante elección indirecta, los mariscales Deodoro da Fonseca y Floriano Peixoto fueron elegidos, respectivamente, como presidente y vicepresidente de la República. Tras una serie de conflictos con el Congreso, el presidente renunció, asumiendo el cargo el vicepresidente Floriano, el Mariscal de Hierro. De este modo, de 1889 a 1894, la dirección de la República (el Gobierno Provisional y la Presidencia) sería ocupada por militares. Deodoro estuvo en la presidencia del Gobierno Provisional de 1889 a su renuncia en 1891; Floriano, su vicepresidente, entre 1891 y 1894.

En el periodo de 1889 a 1894 el país vería cambios significativos. Se definió como forma de gobierno una República federal presidencialista, basada en el sufragio universal masculino (excluidos analfabetos y soldados rasos), con separación entre Iglesia y Estado, libertad de cultos y creación del Registro Civil. Fue también un periodo de grandes conflictos, como los ocurridos entre el Ejecutivo y el Congreso. Hubo incluso tentativas de golpe, como la que llevó a Deodoro a la renuncia.

Desde los primeros años, el precario nuevo orden republicano tuvo que hacer frente a dos levantamientos con rasgos ideológicos diferentes: la Revolución Federalista, en Rio Grande do Sul (1893-1895), que se extendió por Santa Catarina y Paraná; en Río de Janeiro, la Revuelta de la Armada (1893-1894), movimientos reprimidos con violencia por el Mariscal de Hierro.

En el terreno económico, la República nació con la crisis financiera del *Encilhamento** (1890-1891), *crash* provocado de forma desastrosa por el decreto de Reforma Bancaria del ministro de hacienda, Ruy Barbosa, el abogado liberal bahiano que más tarde destacaría como combativo civilista y federalista.

El Mariscal Deodoro da Fonseca, primer presidente

Personaje aristocrático y conservador, el mariscal Deodoro, con sus botas altas bien lustrosas, barba y bigote imponentes, no motivó a los biógrafos ni a los autores de ficción para registrar su actuación. Tampoco su ideología o formación intelectual merecían ser destacadas. Una injusticia histórica, según algunos historiadores, pues el mariscal, con su dramática experiencia con el poder, se debatió en medio del antagonismo entre los valores de un mundo dominado por las oligarquías regionales, nostálgicas de la Monarquía, y aquellos del mundo emergente, capitaneado por una pequeña burguesía de «jacobinos rencorosos», que no dejaban de ver en el viejo mariscal a un hombre de la elite.

(*) Literalmente «Ensilladura». El término hace referencia a las carreras de caballos, como analogía de la gran especulación que se produjo durante este periodo. *N. del T.*

Al asumir el gobierno de la República tras el golpe del 15 de noviembre, Deodoro llevaba a los militares a la jefatura del gobierno por primera vez en la historia del Brasil independiente. A partir de aquel momento –y hasta 1984, cuando se cierra la dictadura iniciada en 1964– las intervenciones militares fueron constantes en la vida política del país. Se puede afirmar, incluso, que hasta 1988 las Fuerzas Armadas tutelarían la Nación, directa o indirectamente.

Antes de analizar la actuación de Deodoro, conviene repasar los distintos grupos políticos existentes en el momento de proclamación de la República. En primer lugar, como ya vimos, antes incluso de 1889 existía en el seno del propio movimiento republicano una oposición entre civiles y militares. Éstos se consideraban más «puros» y «patrióticos» que los civiles. Los civiles, por su parte –supuestamente mejor preparados– estaban divididos en varios grupos de orientación republicana, destacando los republicanos históricos de 1870, que pretendían crear una república federal representativa de los intereses de los caficultores paulistas y *mineiros*, liderados por Quintino Bocaiúva.

Otro agrupamiento era el de los positivistas, que defendían la instauración de una «dictadura positivista» (el lema de la bandera republicana, *Ordem e Progresso*, ilustra bien las aspiraciones de ese grupo, con sede en Rio Grande do Sul y ramificaciones en Río de Janeiro). El Ejército, cuyos jóvenes oficiales estaban profundamente influidos por Benjamin Constant Botelho de Magalhães, era la base principal de sustento de los positivistas.

Un tercer grupo era el de los republicanos radicales, que pretendían ampliar la participación popular en la vida política y realizar reformas democratizadoras, teniendo en Silva Jardim a uno de sus líderes más conspicuos.

Finalmente, todavía bastante difuso, sin constituir un cuarto agrupamiento (pues ni siquiera era eso), había un grupo de militares más viejos –como el propio Deodoro da Fonseca, sin doctrina definida, más allá del sentido profesional de servir bien al régimen–, que penosamente constataron que el orden imperial se había agotado.

Fue en este contexto en el que un grupo de políticos se reunió, instaló el Gobierno Provisional y esbozó, por primera vez de forma concreta en Brasil, la idea de República. Los distintos grupos y tendencias convergieron en la persona del hijo de una familia de militares, el mariscal Deodoro (1827-1892), cuyo prestigio era mayor que el de Caxias o el de Osório. Su lealtad con el Ejército le permitía expresar el descontento y llevar las críticas de su corporación al régimen. Cuando la conspiración avanzó y el régimen tomó medidas represivas, movilizando a la vieja Guardia Nacional e incrementando la Policía Militar, Deodoro aceptó reunirse el 11 de noviembre con líderes civiles como Bocaiúva, Ruy Barbosa, Francisco Glicério (representante de los republicanos paulistas), Arístides Lobo y líderes militares como Benjamin Constant y Sólon Ribeiro. Se atribuye a Arístides Lobo la famosa frase: «El pueblo asistió a todo como las bestias, sin comprender lo que pasaba, creyendo que tal vez fuese una

parada militar».[9] El ambiente era de parálisis, dada la precaria salud del viejo mariscal (65 años de edad) y las dudas sobre la adhesión del enigmático Floriano Peixoto (1839-1895), además de la falta de información sobre el apoyo de las guarniciones provinciales y la inexistencia de un programa político.

Sin embargo, la participación del viejo Deodoro, prestigioso y disciplinado mariscal, era la mejor garantía de éxito del golpe de Estado. Nacido en Alagoas en 1827, hijo de militar y con siete hermanos en el Ejército, tres de los cuales murieron en la Guerra de Paraguay, el joven Deodoro, oficial del Ejército a los 20 años, participó en las fuerzas gubernamentales que reprimieron la Revolución *Praieira* (1848) en Pernambuco. En el sur, estuvo en las campañas militares de Uruguay y Paraguay, donde por su bravura fue promovido de capitán a coronel. «Capaz de violencias y de renuncias extremas»[10], el viejo mariscal era ahora llamado a la indisciplina.

El Gobierno Provisional (1889-1891)

El Gobierno Provisional del mariscal Deodoro duró apenas dos años. Mientras fue presidente, organizó el nuevo régimen y afianzó la transición entre Monarquía y República. Desarticuló también las instituciones de la Monarquía y ensayó reformas en la economía. El equipo de Deodoro era de alta calidad, destacando las figuras de Ruy Barbosa (1849-1923), Quintino Bocaiúva, Campos Sales y Benjamin Constant.

Ruy Barbosa, que sólo recientemente había apoyado la idea de la República, sería el más importante liberal del gobierno, defensor de la democracia representativa pero a la inglesa, como Nabuco, aunque admirase el modelo republicano presidencialista y federalista norteamericano. Realizó grandes esfuerzos para ascender en la vida este humanista cuarentón e irónico que, en una tierra de ciegos, llegó a ser un erudito comentarista político, aunque con dificultades para la síntesis. En opinión de José Maria Bello, con excepción del ámbito del Derecho, Ruy Barbosa raramente sabía sintetizar y crear una interpretación original de los hechos. Se aproximó a Deodoro a través de Bocaiúva, convirtiéndose en uno de los constructores de la Primera República.

Bocaiúva (1836-1912) –menos brillante que Barbosa, si bien combativo periodista republicano y buen negociador– se preocupó por ajustar la nueva República al contexto de las repúblicas americanas, con aguda visión de conjunto.

En ese equipo, el licenciado Campos Sales (1841-1913) desempeñó en la Constituyente el papel de federalista aguerrido, mientras que Benjamin Constant sería el más cándido ideólogo del positivismo. En el Gobierno Provisional, el viejo profesor de la Escuela Militar ocupó la cartera de Guerra, siendo pronto transferido a la recién creada cartera de Instrucción, Correos y Telégrafos. La Constituyente, en un acto

[9] Carta de Aristides Lobo al *Diário Popular* de São Paulo, el 18-11-1889, *apud* José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, São Paulo: Companhia das Letras, 1987, p. 9.

[10] José Maria Bello, *História da República*, cit., p. 56. Cf. también, p. 44.

claramente anti-Deodoro, lo proclamó «Fundador de la República». Practicante de una vida austera, una pintura de la época muestra a su mujer cosiendo una bandera verde-amarilla de Brasil, con sus pequeñas hijas alrededor, ayudándola. ¿Cómo no ver en ese cuadro el rasgo pequeño-burgués de un Proudhon, con su economía familiar, todos en una tarea casera y unida?

Otros ministros fueron Demetrio Ribeiro, en Agricultura, *gaúcho* y firme positivista, y Arístides Lobo, ministro del Interior, periodista, abogado y republicano *enragé* desde los tiempos de la propaganda.

El equipo, sin programa, sin proyecto, no era nada homogéneo. Tampoco tenía un conocimiento profundo de la máquina administrativa del Estado cuyo gobierno acababan de asumir. Sin embargo, la República fue aceptada sin atropellos, sin veleidades restauracionistas. El jefe de la policía, Sampaio Ferraz, controlaba con energía a los profesionales del desorden reclutados por los monárquicos para «la perturbación del orden público». Dada la falta de proyecto, los ministros dependían del prestigio fugaz del presidente-dictador Deodoro. Esto provocó que el inicio de la República en 1889 estuviese marcado por un fuerte conservadurismo, dándose el hecho de que los republicanos no consiguieran la «adhesión del sector pobre de la población, sobre todo de los negros»…[11].

La Constitución republicana de 1891. De la Asamblea Constituyente al Congreso Nacional

Presionado por los grupos políticos, el mariscal-presidente convocó en junio de 1890 elecciones para diputados a la Asamblea Constituyente. Los ministros positivistas de Deodoro apoyaban la existencia de un gobierno fuertemente centralizado, postura contraria a la de muchos republicanos de otras tendencias, que pretendían crear una república federal en la que los estados tuviesen mayor autonomía. Los republicanos civiles defendían la creación de las leyes de la República, para que se consolidara la legitimación del régimen.

El gobierno presentó inmediatamente un proyecto de Constitución, elaborado por una comisión en la que participaron Ruy Barbosa, el vigoroso defensor de las libertades públicas, y el paulista Américo Brasiliense. En el proyecto se adoptó el modelo norteamericano, es decir, la república sería federal y presidencialista, con separación de poderes y con un presidente elegido por voto censitario.

La elección de los diputados constituyentes fue manipulada por el Gobierno Provisional, que pretendía imponer su proyecto de Constitución, reactivando viejas prácticas políticas como el fraude electoral y la exclusión de la mayoría de la población en la vida política. A pesar de ello, el gobierno no consiguió evitar la elección de diputados de la oposición. Algunas de las reformas propuestas por ese grupo de diputados, entre ellas la reducción del mandato presidencial de 6 a 4 años, desagradaron a Deodoro.

[11] José Murilo de Carvalho, *Os bestializados*, cit., p. 30.

Las actitudes dictatoriales del mariscal-presidente molestaban a amplios sectores de su propio gobierno. En enero de 1891, una sospecha de corrupción provocó la dimisión colectiva del gabinete. Deodoro aceptó la renuncia y convocó a un monárquico para organizar el nuevo ministerio. La medida provocó la reacción de los republicanos que se sentían excluidos por la política del presidente.

Mientras tanto, tras la aprobación de la Constitución, los diputados constituyentes decidieron transformar la Asamblea en Congreso Nacional, que, dividido en dos cámaras, la de Diputados y el Senado, elegiría a los primeros presidente y vicepresidente legales de la República.

Deodoro se presentó como candidato y presionó al Congreso para garantizar su elección. Resultó elegido presidente, pero por poco tiempo. Para agravar la situación, el vicepresidente elegido, el mariscal Peixoto, pertenecía al grupo de la oposición. Tras la elección aumentó la inestabilidad política.

Deodoro, ahora presidente constitucional, perdió popularidad rápidamente. La crisis económica parecía incontrolable y el gobierno del monárquico barón de Lucena se convirtió en el blanco de la prensa de oposición. Tanto en la tropa como entre los oficiales se apagaba el nombre de Deodoro y crecía el de Floriano, más popular y antioligárquico. En esta situación crítica, Fonseca cerró el Congreso y, por medio de la fuerza, intentó eliminar a la oposición a su gobierno. La mayoría del Ejército, sin embargo, apoyaría a los opositores.

La oposición alcanzó a otros sectores de la sociedad. Los ferroviarios de la *Estrada de Ferro Central do Brasil* declararon la huelga, con lo que Deodoro aumentó la represión. Fue inútil, pues al no tener apoyos en el Ejército o la Marina, ni tampoco en la sociedad, se vio obligado a renunciar a la presidencia de la República. Floriano Peixoto asumió entonces la jefatura del Estado en noviembre de 1891.

El plan económico del *Encilhamento*

Quien no vio aquello no vio nada[12].

Machado de Assis

El acontecimiento más importante del periodo del Gobierno Provisional en el terreno económico-financiero fue el *Encilhamento* (1890-1891), cuyo responsable fue Ruy Barbosa, el ministro de Hacienda y, como se ha dicho, uno de los principales líderes civiles emergentes.

La reforma financiera (contraria a la ortodoxia inglesa en materia de emisión de moneda) ideada por Ruy Barbosa (sin escuchar a sus colegas de gobierno) fue presentada el 17 de enero de 1890, a través de un Decreto de Reforma Bancaria de su

[12] Machado de Assis, *Esaú e Jacó*, Porto Alegre: L&PM, 2006, p. 169.

autoría, que creaba bancos regionales emisores. Uno de los objetivos de la nueva política económica era aumentar la cantidad de moneda circulante en el país, pues la abolición de la esclavitud y la transformación de los esclavos en trabajadores asalariados creó –en principio– la necesidad de pagarles todos los meses. El nuevo ministro de Hacienda pretendía también favorecer la expansión de la industria por medio de créditos. Al final del régimen imperial, algunas industrias que fabricaban tejidos y otros productos manufacturados comenzaron a funcionar en Brasil, con lo que se creó, incluso, una Bolsa de Valores para negociar sus acciones. Barbosa, sin ninguna experiencia en la esfera de los negocios, pensaba que la implantación de nuevas industrias fortalecería la base social del régimen. De este modo, los industriales beneficiados por los créditos del gobierno apoyarían al régimen republicano.

Para facilitar el pago de los salarios y la expansión del crédito, Ruy amplió el número de bancos que emitían moneda. Brasil fue dividido en tres áreas: la del norte, la central y la del sur. Cada región tendría su propio banco emisor. Según alegaba, tal pluralidad de emisiones le fue impuesta por la presión de los estados. El resultado, el llamado *Encilhamento*, fue la expansión del crédito a gran escala y el aumento de la especulación y de la inflación. En la Bolsa, la negociación desenfrenada de títulos de empresas fantasmas (socorridas por el Estado cuando quebraban) operando a tipos de interés altísimos, y la falta de garantías en las operaciones, minadas por la corrupción (las famosas concesiones), provocaron una grave crisis económica, con cierre de empresas, desempleo y quiebras. Y naturalmente, con el enriquecimiento de un pequeño círculo de capitalistas.

La euforia resultante de la expansión del crédito duró poco. La Bolsa tuvo su auge en 1891, seguida de la enorme crisis, que trajo un pánico generalizado al mercado. Ante la política «papelista» reaccionaron los «metalistas», que en el año 1892, con Rodrigues Alves como ministro de Hacienda, forzaron la reducción de emisiones y adoptaron medidas ortodoxas y duras, como la liquidación de las empresas que se hundieron durante el *Encilhamento*. Tamaño fracaso pesaría durante el resto de la carrera política de Ruy Barbosa.

El gobierno del mariscal Floriano Peixoto (1891-1894)

Los que intentaron descifrarlo fueron devorados[13].

¿Quién fue Floriano, el «Mariscal de Hierro»? Una esfinge, según Euclides da Cunha. El mejor perfil psicológico del militar se debe al historiador José Maria Belho, en un texto antológico que, aunque largo, merece ser transcrito:

> No se distingue Floriano por ningún don exterior de fascinación o dominio. Descuidado consigo mismo, imagen mediocre, de rasgos inexpresivos y enfermizos. Le

[13] *Apud* José Maria Bello, *História da República*, cit., p. 112.

falta, por ejemplo, el porte marcial o *élan*, la mirada penetrante de Deodoro. No le vibra la voz arrastrada de hombre del norte; no se le impacientan jamás los gestos ni las actitudes. Por la perfecta impasibilidad, como por otras virtudes y defectos, recuerda al mexicano Benito Juárez, venido del mismo origen amerindio. No tiene brillo su inteligencia, que es, especialmente, la intuición adivinatoria de los hombres. Escasa su cultura, casi reducida a los conocimientos técnicos de la profesión [...] Confundiéndose de buen grado en las multitudes humildes de las calles, se mantiene, sin embargo, impenetrable a cualquier intimidad. La familia, el pequeño estilo burgués, le agota por ventura la capacidad afectiva [...] No se abre nunca. Simple y accesible, aunque incapaz de familiaridades intempestivas, de grandes y alegres gracias, tan fáciles en Deodoro. En el fondo, un triste. Su ironía, tan presente en el vasto anecdotario que le acompaña, tiene siempre algo de la frialdad y la crueldad de los temperamentos resentidos y amargos»[14].

Este hombre de perfil caudillesco nació en el seno de una modesta familia de agricultores, en 1839, en un ingenio del litoral alagoano (otro «neurasténico» de la costa, diría Euclides), cerca de Maceió. Estudió en Río, se matriculó en la Escuela Militar y en 1865, ya alférez de artillería, partió para Paraguay, donde participó en las batallas de Tuiuty, Itororó, Lomas Valentinas y otras. Frío y moralista, hizo una rápida carrera, sirviendo en Ceará, donde parece haber apoyado la abolición temprana de la esclavitud. Una vez ascendido a general de brigada, sirviendo en Mato Grosso, reprimió con violencia a los indios de la zona. Al contrario que Deodoro (del Partido Conservador), se inscribió en el Partido Liberal y apoyó la abolición.

Tras la renuncia de Deodoro, Floriano consolidó el nuevo régimen y mantuvo un Poder Ejecutivo fuerte, centralizador y autoritario, teniendo a los demás poderes sometidos a las decisiones del Ejecutivo. El poder de las armas reforzaba aún más al gobierno, pues los opositores tenían que enfrentarse a las bayonetas del Ejército.

En este contexto se definieron dos tendencias. La de los republicanos «históricos», representantes de los intereses de los caficultores paulistas, grupo que fue acercándose y haciéndose con el gobierno. Otra tendencia crecía al mismo tiempo. Empleados de tiendas y bares, funcionarios públicos, artesanos y obreros, participantes activos de las agitaciones callejeras, se mostraban descontentos con la política financiera del nuevo régimen, pues sufrían el alza de los precios y la subida del coste de la vida. En los primeros tiempos de la República, estos representantes de la clase media urbana, los «jacobinos», fueron cortejados por Floriano. El presidente tomó una serie de medidas para satisfacer las aspiraciones de este segmento social, bajando el precio de los alquileres y disminuyendo o eliminando los impuestos sobre algunos géneros de consumo, provocando así la bajada de los precios. Floriano, además, persiguió a los especuladores y estabilizó el precio de los alimentos. Tales medidas, sin embargo, no fueron suficientes para detener la ola de protestas y rebeliones contra el nuevo régimen.

[14] *Ibid.*, p. 113.

Contra la República de Río

La larga Revolución Federalista (en Rio Grande do Sul) y la breve Revuelta de la Armada (en Río de Janeiro) fueron las principales reacciones contra el nuevo orden republicano. En Rio Grande do Sul causaba preocupación la disputa entre los florianistas positivistas –los *pica-paus* (pájaros carpinteros; más tarde, en 1923, los adversarios también peyorativamente los denominaban *chimangos*, que es el nombre del carancho riograndense, un ave de rapiña)– y los monárquicos, que habían fundado, en marzo de 1892, el Partido Federalista –denominados *maragatos* (en principio un nombre peyorativo, asociado a extranjeros vagabundos y ladrones de caballos). Entre los *maragatos*, que acabaron exiliándose en Argentina y Uruguay, destacó el unitarista Júlio de Castilhos.

En 1893, los monárquicos del Partido Federalista se hicieron con Rio Grande do Sul. Paralelamente, en Río de Janeiro se deterioraba la situación político-social. El presidente Floriano se había enemistado con el comandante de la Marina, de tradición monárquica.

Entre los motivos que provocaron la revuelta de la Armada contra Floriano en septiembre de 1893, se encontraba la rivalidad entre el Ejército y la Marina: ésta, elitista y monárquica; aquél, más popular y republicanista. Los políticos antiflorianistas estimularon la rebelión para debilitar al gobierno, entre otras cosas porque el almirante Custódio de Mello pretendía ser el sucesor de Floriano a la presidencia de la República. Durante la revuelta de la Armada, los acorazados de la Marina bombardearon la ciudad de Río de Janeiro. La población, movilizada, participó activamente en la defensa de la ciudad. Cuando en septiembre de 1893 la Armada se rebeló contra las autoridades republicanas, los monárquicos, en el sur, aprovecharon la confusión y avanzaron, tomando Santa Catarina. Con apoyo de los marineros rebeldes, pretendían hacerse también con la provincia de Paraná. En Santa Catarina, los rebeldes tomaron la ciudad de Desterro (actual Florianópolis) y proclamaron un gobierno provisional, realizando contactos con líderes políticos de otros estados, con la intención de organizar un movimiento contra el presidente. En Pernambuco, el movimiento rebelde fracasó. En 1894, en un enfrentamiento de extrema violencia, las fuerzas de los republicanos *gaúchos* y las de los florianistas derrotaron a los monárquicos de Rio Grande do Sul, recuperando Curitiba y Desterro. La Revolución Federalista tuvo un saldo de 10.000 muertos. Los rebeldes que consiguieron escapar huyeron de la represión en navíos portugueses. Como represalia, Floriano Peixoto rompió las relaciones diplomáticas con Portugal.

Algunos de los miembros de las fuerzas gubernamentales, como el coronel Moreira Cesar[15], se excedieron en la violencia al perseguir a los revolucionarios vencidos. Fueron fusiladas de forma sumaria figuras prestigiosas –por lo demás poco comprometidas en los levantamientos– como el mariscal Manuel Lobo de Eça, barón de Batovi, y el capitán de mar y guerra Frederico Lorena, en Santa Catarina;

[15] El brutal coronel Moreira Cesar resultaría muerto en la campaña de Canudos.

también Ildefonso Pereira Correia, el barón de Cerro Azul, en Paraná. En Rio Grande causaron impacto las muertes del caudillo Gumercindo Saraiva (en emboscada) y del coronel Fabrício Pilar (en combate), este último figura romántica de soldado y *gaúcho* ejemplar. Los fusilamientos sumarios al borde de fosas abiertas en los cementerios conmovieron a la República, creando un ambiente de guerra civil, obligando al propio presidente a intervenir para evitar más excesos violentos. Floriano lograría consolidar el régimen, pero con un costo altísimo. La venganza dejó huellas profundas en la vida política brasileña.

El «jacobinismo» a la brasileña fue violento, aunque no en el sentido de aquel de la Revolución Francesa de 1793, de Danton y Robespierre, que proponía un proyecto social democrático y considerado de vanguardia para la época. En Brasil, no; en realidad, era fruto del clima de guerra civil y servía únicamente para preservar la autoridad caudillesca de Floriano, que había sido duro con sus propios colegas de uniforme y con los políticos, pero contemporizador con sus jóvenes correligionarios, como en el caso de aquellos que defendían la permanencia del lema positivista en la bandera nacional, en contra del proyecto de otros miembros del gobierno.

La Revuelta de la Armada dividió al país, pero fortaleció a los paulistas. Desde el final del Imperio, los caficultores paulistas crearon un partido para dar sustento al nuevo régimen: el Partido Republicano Federal (PRF), de Francisco Glicério, que acogería varias tendencias en conflicto. Contando con la simpatía de Floriano, Glicério funcionó como líder para las cuestiones políticas y parlamentarias y se convirtió en el condestable de la República. Antiguo propagandista de la República y ex ministro de Agricultura en el gobierno de Deodoro, el sagaz Glicério, a pesar de contar con un partido heterogéneo, aseguraba al gobierno federal el apoyo de la mayoría de los estados y del Congreso.

Floriano, que evitaba discutir su sucesión, no apreciaba a Prudente de Morais, ex presidente de la Constituyente, que Glicério intentaba hacerle aceptable. «Con Prudente de Morais, preveo persecuciones a nuestros amigos»[16], alertaba. Pero Glicério, conocedor de la *coterie* rural paulista, logró reunir en el PRF a gente de todas partes: republicanos históricos, liberales moderados y conservadores, ex monárquicos, florianistas radicales, jacobinos, católicos, masones, parlamentaristas y hasta simpatizantes de la Revuelta de la Armada. Un «caravanseray partidario»[17], según José Maria Bello.

La situación era crítica, pues las llamas de la guerra civil no se habían apagado: los exaltados florianistas todavía actuaban, y la coyuntura económico-financiera y administrativa era de descalabro. El PRF apoyaba la candidatura de Prudente de Morais y sería el avalista de su gobierno ante los florianistas. En la práctica, el Partido Republicano Federal se convirtió en el instrumento de poder de las elites económicas paulistas. Gracias a él, los caficultores de São Paulo ejercieron su hegemonía sobre el gobierno republicano, imponiendo una presidencia civil.

[16] José Maria BELLO, *História da República*, cit., p. 170. Ver también pp. 180-181, 187-188 y 200.
[17] *Ibidem*.

En efecto, Prudente de Morais tomó posesión en 1894 como primer presidente civil electo. Era una victoria de la oposición, deseosa de reintegrarse en la vida republicana, de reconstituir la Federación, con amnistía y con líderes que representasen los intereses de los caficultores. Enfermo, Floriano se resignó con el nombramiento; el día de la toma de posesión, ignoró el protocolo y abandonó el palacio de gobierno, retirándose a su casa y falleciendo pocos meses después.

En el Palacio de Itamaraty, Prudente de Morais encontró solamente a uno de los ministros del gobierno saliente, que fue quien le transmitió el cargo. En el Palacio del Catete las salas estaban sucias, con basura sin recoger, restos de comida… Un abandono.

Floriano no sería el único caso de ex presidente que no compareció en la investidura de su sucesor. En la segunda mitad del siglo XX, Figueiredo y Collor seguirían el ejemplo, aunque no hayan encontrado un biógrafo, o un novelista, a la altura de Lima Barreto. Llegaba a su fin, también, el primer ciclo militar de presidentes de la República.

Oligarquías exaltadas: la República del «café con leche»

> El pueblo no tuvo nada que ver con la proclamación del régimen republicano, pero se hizo sentir en el jacobinismo florianista, en el apoyo a la guerra de Canudos, en los hechos posteriores al atentado contra Prudente de Morais, en la revuelta contra la vacuna obligatoria, en la Campaña Civilista y, finalmente, durante la década de 1920[18].
>
> Edgar Carone

La constitución de 1891 daba a Brasil el carácter de República federal, en la que se aseguraba un considerable margen de autonomía a los estados. Éstos podrían recaudar impuestos, hasta ese momento recibidos por el gobierno central, con lo que tenían pleno control de los ingresos. Además, los estados ganaban autonomía para contratar préstamos directamente con banqueros de otros países. Estas medidas favorecieron a las oligarquías de los estados, pues controlaban los ingresos y los empleos, antes competencia del gobierno central. Adicionalmente tendrían, ahora de manera oficial, el poder armado local y el control de las elecciones.

Las oligarquías más poderosas, las de São Paulo, Minas Gerais y Rio Grande do Sul, controlaron el gobierno central. El poder pasó a manos de aquellos estados que dominaban la economía y que tenían un número mayor de electores que los de los estados del norte y el nordeste juntos. Las oligarquías de estos estados se alternarían en el mando del gobierno federal, promoviendo sus intereses propios y tomando medidas que les beneficiaran. Una de esas primeras medidas fue la revocación de la

[18] Edgar Carone, *A Primeira República. Texto e Contexto*, São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1969, pp. 8-9.

tarifa aduanera que encarecía el precio de los productos importados. Esta tarifa proteccionista pretendía estimular la producción industrial local, pero los exportadores de productos primarios de los estados dominantes eran partidarios del liberalismo económico.

Presidentes de la «política de los gobernadores» (1894-1930)

Como ya vimos, desde el inicio de la República las revueltas fueron brutalmente reprimidas por las autoridades militaristas de Floriano. Acabado su mandato en 1894, se abrió un periodo histórico conocido como de la «política de los gobernadores», que culminará con la Revolución de 1930. Dado el sesgo liberal-oligárquico, el énfasis represivo cambiaría su objetivo a lo largo de todo el periodo. Ahora se dirigía contra los movimientos sociales y los grupos disidentes.

Prudente de Morais, el hacendado republicano histórico

El primer presidente civil, Prudente de Morais (1841-1902), llegó al poder por vía electoral en 1894. Sería sucedido en 1898 por Campos Sales, ideólogo de la llamada «política del café con leche», en la que se dio una alianza de las oligarquías de São Paulo y Río, productoras de café, con las de Minas Gerais, estado productor de leche.

Prudente José de Morais e Barros, nacido en 1841 en una hacienda paulista, se graduó en Derecho en São Paulo. Militante del Partido Liberal, fue elegido presidente de la Cámara Municipal de Piracicaba y diputado provincial. Se unió a la propaganda republicana y participó en la Convención republicana de Itú (1873), junto con Francisco Glicério, Bernardino de Campos, Américo Brasiliense, Cesário Mota y otros. Hombre muy sobrio, antimilitarista y frío, estos son los rasgos definidores de su personalidad de miembro de familia de hacendados paulistas.

En 1875 obtuvo un escaño de diputado provincial por el Partido Republicano de São Paulo. Todavía bajo el régimen monárquico, fue uno de los tres primeros republicanos –con Campos Sales (São Paulo) y Álvaro Botelho (Minas)– que entró en el Parlamento. Se encargó del gobierno provisional de São Paulo en el momento de la Proclamación de la República. Participó en la Constituyente, de la que fue elegido presidente. En la primera elección presidencial, el nombre de Prudente de Morais se barajó para contraponerse, como candidato civil, al de Deodoro. Nunca hizo declaración formal sobre su postulación, lo que irritó al mariscal. Amigo de Bocaiúva, fue elegido vicepresidente del Senado y siempre lo presidió, dada la imposibilidad del vicepresidente de la República, cargo ocupado por Floriano en aquel momento. Conocedor de la máquina político-administrativa, preparaba su camino hacia la presidencia.

Al tomar posesión de su cargo el 15 de noviembre de 1894, todavía en el clima de terror florianista, tuvo que hacer frente a la fuerte depresión económica causada por el *Encilhamento*, resuelta en parte por su ministro de Hacienda, Rodrigues Alves. Pacificó Rio Grande do Sul, amnistiando a los perseguidos por el régimen. En política

externa, resolvió la cuestión de los límites con Argentina y recompuso las relaciones con Portugal (cortadas por Floriano cuando se dio asilo en navíos portugueses a Saldanha da Gama y otros participantes en la Revuelta de la Armada). Recuperó de los ingleses la isla de Trindade, ocupada poco antes por ellos.

La guerra de Canudos fue el principal desafío a su gobierno. Este movimiento socio-religioso (*La Guerra del Fin del Mundo*, de Vargas Llosa), liderado por el beato cearense Antônio Vicente Mendes Maciel –conocido como Antônio Conselheiro–, surgió en 1893, en el interior de Bahía, junto al río Vaza-Barris. El movimiento tenía un cuño popular y mesiánico. El Conselheiro movilizó a *sertanejos* analfabetos, que venidos de todas partes se concentraron en esta especie de ciudad-campamento, provocando la ira de los propietarios rurales y los comerciantes de la región. El movimiento fue brutalmente reprimido por el Ejército de la República, tras sucesivas tentativas frustradas, una de ellas dirigida por Moreira César, verdugo de los federalistas vencidos en Santa Catarina. No bastaron sus 1.300 hombres armados ni la batería de artillería ligera Krupp, pues perdió la vida en el asalto y dejó armas y equipos para los rebeldes, denominados *jagunços*, en alusión a los forajidos del nordeste.

Sólo la cuarta expedición militar, organizada por el ministro Carlos Bittencourt, compuesta por seis brigadas con cerca de 6.000 hombres comandados por el general republicano Artur Guimarães (represor también de los rebeldes *gaúchos*), con artillería de grueso calibre, dinamita y queroseno para incendiar la ciudadela, pudo tomar Canudos. El cuerpo de Conselheiro fue decapitado y cerca de 800 *sertanejos* degollados. En el bando de las fuerzas del Ejército y policiales murieron cerca de 4.000 hombres.

En 1897, al recibir a los batallones que habían servido en Canudos, Prudente de Morais escapó a un atentado a puñaladas del soldado Marcelino Bispo de Melo, pero no el ministro de la Guerra, el mariscal Carlos Bittencourt. La conmoción pública por el asesinato permitió al presidente solicitar al Congreso la declaración del estado de sitio, con lo que estabilizó momentáneamente la República.

Prudente de Morais, objeto de injurias en el Congreso por parte de elementos radicales, jacobinos y exaltados, aislado en el Palacio del Catete y corriendo riesgo su vida, perdió el control de las calles. Se produjeron atentados a periódicos monárquicos que no fueron investigados y se sucedieron los mítines en el *largo* de São Francisco, con brigadas patrióticas dirigidas por jacobinos. Un «terror blanco» en el Río de 1897, como lo denominaría Ruy Barbosa, desconociendo ciertamente la existencia de un fenómeno reaccionario con esa designación durante la Revolución Francesa.

El presidente cerró el Club Militar y consiguió liberarse de la tutela del PRF de Glicério, que se refugió en São Paulo. Se aprovechó de la escisión del partido, quedándose con la tendencia más próxima, la de Bernardino de Campos, ministro de Hacienda, y de Campos Sales, presidente de São Paulo. Pudo controlar los motines de los florianistas de las Escuelas Militares de Río y de Ceará, desactivando a los sublevados («¡La Escuela Militar era el reducto de las glorias brasileñas!», según defendía Glicério) y reprimió los tumultos de las calles, el pillaje y los ataques en la capital, nombrando a Amaro Cavalcanti ministro del Interior.

En las calles, el dominio pasó de los «jacobinos» a los «reaccionarios», en opinión de Bello. Sospechosos de complicidad, fueron arrestados parlamentarios combativos como Pinheiro Machado y Barbosa Lima, ex gobernador de Pernambuco. El periodista Alcindo Guanabara, junto con otros, fue enviado a la isla-presidio de Fernando de Noroña. Hasta el vicepresidente Manuel Vitorino, simpatizante de los jacobinos y que venía liderando la oposición a Prudente, fue denunciado. El gobierno de Morais instauró el orden y restableció a los civiles en el gobierno. En la práctica, descubrió la suma de poderes que el jefe del Ejecutivo detentaba en la república presidencialista, descubrimiento que marcará a los siguientes gobiernos.

Pero quedaba una mancha histórica vergonzosa. En plena *belle époque*, Canudos revelaba el Brasil profundo, rural, analfabeto y carente de las mínimas condiciones de supervivencia, provocando una revisión de valores culturales y políticos expresada en la obra máxima de Euclides da Cunha, *Os Sertões* (1902). Obra radical, sus palabras retumbaron en los principales centros del país:

> Canudos no se rindió […] cayó […] cuando cayeron sus últimos defensores, que todos murieron. Eran cuatro apenas: ¡un viejo, dos hombres y un niño, frente a los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados[19].

En 1901, Euclides dejaba un lema –y una alerta– para una redefinición de la idea que se tenía de Brasil y del «carácter nacional brasileño» en aquella época: «El *sertanejo* es, ante todo, fuerte»[20].

Sin olvidar su formación republicana, lanzó una fortísima denuncia contra los desvíos del nuevo régimen, «armado por la industria bélica alemana»:

> desempeñamos en la acción el singular papel de mercenarios inconscientes. Agréguese a esto que, mal unidos a aquellos extraordinarios compatriotas por un suelo en parte desconocido, nos separa de ellos, en todo una coordenada histórica: el tiempo. Aquella campaña recuerda un reflujo hacia el pasado. Y fue, en la significación integral de la palabra, un crimen. Denunciémoslo[21].

Campos Sales, antifederalista y antiindustrialista (1898-1902)

El segundo presidente civil, el paulista Campos Sales, asumió el poder en 1898 en medio de una fuerte crisis económico-financiera. Durante su gobierno se produjo una renegociación de los plazos de la deuda externa (o *funding loan*), en una situación de contracción económica, causada por su ministro Joaquim Murtinho, y crisis social. Gobernó manteniendo bajo fuerte vigilancia a la oposición y a los disidentes

[19] Euclides da Cunha, *Los Sertones*, traducción de Bejamín de Garay, Madrid: Editorial Fundamentos, p. 483.

[20] *Ibid.*, p. 94.

[21] *Ibid.*, p. 8.

del gobierno, y creó la Comisión de Verificación de Poderes, que validaba o no las elecciones.

El *campineiro* Campos Sales, conservador, antiindustrialista y último de los republicanos históricos, representaba plenamente los intereses agrarios de los exportadores de café. Con él, el ideal federalista sufrió una derrota, no sólo por haber nombrado (sin elección popular) a los presidentes de los gobiernos de los estados –entre candidatos elegidos por él en un círculo de familias dominantes–, sino también por tener bajo control al Congreso (control mantenido al escoger diputados y senadores apoyados por su mayoría), y por mantener sometido al poder Judicial, también por medio de nombramientos. Se afirmaba en este momento el sistema de poder, caracterizado por la alianza São Paulo-Minas, base de todo el esquema, y que se servía de los llamados «corrales electorales». El «coronelismo», la política de control de la política regional por potentados locales, definía así a la República.

Campos Sales representaba un agrarismo relativamente moderno, si se compara con los señoritos rurales nordestinos que mandaron incendiar el mercado modelo del Derby Club de Recife (1900) construido por el empresario progresista Delmiro Gouveia, uno de los precursores del nacionalismo económico moderno en Brasil. La «modernidad» de esa nueva aristocracia, no obstante, debe ser relativizada pues los *fazendeiros* (propietarios de haciendas o *fazendas*) del sur serían pronto denunciados a causa de los malos tratos a los inmigrantes.

El sur del país se modernizaba con la creación por una empresa canadiense de la segunda hidroeléctrica del país en el río Tieté, en Parnaíba, importante hecho para la industrialización de São Paulo.

Fueron constantes en ese periodo las huelgas en las principales ciudades del país, fundamentalmente en Río, São Paulo y Santos. Se produjeron paros en la industria de calzados, entre los estibadores y los cocheros –importantes, en la época, en el sistema de transportes urbanos. El año 1900 comenzó con el puerto de Santos, que ya despuntaba como el más importante del país, totalmente paralizado. En Río, la huelga de los tejedores, la mayor ocurrida hasta entonces, fue aplastada por la caballería, provocando muertos y heridos.

La presencia de los inmigrantes se hacía notar, pues muchos tenían un alto grado de politización, al venir de lugares que no conocían la esclavitud. Venían a «hacer las Américas», a participar de una sociedad nueva, en un Brasil en el que, según el Censo (*Terceiro Recenseamento Geral de 1900)*, la población era de 17.384.340 habitantes, de los cuales 1.100.000 inmigrantes portugueses, españoles, italianos y alemanes. Los japoneses empezarían a llegar en 1908. La imagen de la República se deterioró con la publicación en 1902 del informe Adolfo Rossi acerca de las condiciones de trabajo de los colonos italianos en São Paulo, llevando a la prohibición de la inmigración por el gobierno italiano.

Al contrario que Prudente, Campos Sales dejó el Palacio del Catete en medio de un mal ambiente político, entre abucheos de la oposición. Empeoró la higiene en las grandes ciudades; la burguesía rural, que anteriormente buscaba los centros urbanos, regresaba ahora a las haciendas empobrecidas. Brasil iba marcha atrás.

RODRIGUES ALVES, UN PRESIDENTE MONÁRQUICO (1902-1906)

Le sucedió el monárquico Rodrigues Alves (1848-1919), paulista de Guaratinguetá, en el valle del Paraíba del sur, en una exitosa jugada política de Campos Sales con los gobernadores. Durante su mandato fueron desarrolladas las políticas de saneamiento ideadas por el médico Osvaldo Cruz y las de reurbanización de Río de Janeiro y de São Paulo[22]. La crítica situación social se puso de manifiesto en la oposición a la vacuna obligatoria, en la Revuelta de la Vacuna, en Río de Janeiro (1904), lugar donde la *favelización* y las dificultades de vivir en las corralas fueron agravadas por la subida de precios y la falta de recursos para la proclamada modernización. Expresión del pacto de los *fazendeiros* del café fue el Convenio de Taubaté (1906), en que los gobiernos de São Paulo, Río y Minas definieron una política de revalorización del producto, para mantener su precio en el mercado internacional, con la quema de los excedentes de cada *safra*. Este mecanismo perverso socializaba las pérdidas (sufragadas por el Estado oligárquico)[23].

En el campo de la salud, algunas victorias marcaron el periodo, como el control de la fiebre amarilla, de la viruela y del cólera, que mataban a miles de personas anualmente y ahuyentaban a los extranjeros. La Revuelta de la Vacuna, en noviembre de 1904, que coincidió con un alto nivel de desempleo y con el desalojo de moradores a causa del derribo en los barrios del centro de Río de casas populares para la reurbanización, sería la oportunidad que aprovecharían Lauro Sodré, Barbosa Lima y otros, junto con los cadetes de la Escuela Militar, para un intento de golpe que sería rápidamente controlado. Algunos de los participantes, como el cadete Eurico Gaspar Dutra, futuro presidente del país, fueron amnistiados, pero la represión se extendió hasta los sectores populares, siendo desterrados algunos líderes al territorio de Acre. Por defender la vacunación obligatoria, el médico Osvaldo Cruz pagó un alto precio ante la opinión pública, representante cabal de la mentalidad tacaña y retrógrada que proliferaba (¿y prolifera?) en el país.

El monárquico José Maria da Silva Paranhos, barón de Rio Branco, destacó en el campo diplomático en el gobierno Rodrigues Alves, como ministro de Relaciones Exteriores. De perfil oligárquico, cambió la mentalidad provinciana en la conducción

[22] Véanse los análisis de Cándido MALTA CAMPOS, *Os rumos da cidade. urbanismo e modernização em São Paulo*, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000; y de Maurício DE ABREU, *Evolução Urbana do* Río de Janeiro, 4.ª ed., Río de Janeiro: IPP, 2006.

[23] A propósito del pacto de las oligarquías véase el libro de Thomas H. HOLLOWAY, *Vida e morte do Convênio de Taubaté. A primeira valorização do café*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1978. Véase también la versión de Darcy Ribeiro, en el año de 1904, entradas 82-84, en Darcy RIBEIRO, *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu*, Río de Janeiro: Guanabara, 1985 (s. p.). Observación importante: las citas que haremos a partir de aquí (en este y otros capítulos) de esta cronología comentada por Darcy, serán indicadas de forma abreviada como *T&B*, con fecha (año), subtítulo y número de entrada, pues no hay numeración de páginas. Los acontecimientos principales de cada año, entre 1900 y 1980, son comentados con agudeza, a veces con alguna ironía, sobre todo en la época posterior al *Estado Novo*, cuando Darcy se convierte en un personaje activo y testigo directo de muchos de los acontecimientos. Como dice Darcy en la nota introductoria de la obra: «Esto no pasa de ser una versión. Mi versión de lo que nos sucedió». Los autores pueden decir lo mismo sobre este libro.

de la política exterior brasileña (hasta 1912, cuando dejó el cargo), creando una escuela de diplomáticos, el *Itamaraty*, reclutando «intelectuales blancos, cordiales, cultos y de buenas maneras [...] cuando fuera posible, hasta guapos, como Nabuco [...] y Oliveira Lima», o mulatos ricos, como Domício da Gama[24]. Con la construcción de la Línea de tren Madeira-Mamoré, el barón incorporó, en 1903, un extenso territorio en Bolivia, el actual Acre, región inhóspita, que fue considerada óptima –por él, está claro– para enviar a subversivos, agitadores y anarquistas. En 1906 el barón llevó a Río de Janeiro la Tercera Conferencia Panamericana, introduciendo así a Brasil en la política latinoamericana.

En el terreno social, comenzó en 1906 una nueva fase de politización de los movimientos urbanos, con el Primer Congreso Obrero Brasileño, de carácter anarcosindicalisa. El gobierno reaccionó tomando medidas represivas y adoptando como política la expulsión de los sindicalistas extranjeros considerados subversivos[25].

El centro de la vida económica y política se desplazó hacia el sur, con la decadencia de la aristocracia rural del azúcar. Si en 1872 había equilibrio entre las poblaciones del norte-nordeste y del sur, en 1900 se triplicó el número de habitantes de los estados de São Paulo, Río de Janeiro y Rio Grande do Sul, registrándose una población meridional que aventajaba en tres millones de habitantes a la población septentrional (norte-nordeste). En 1908, cerca de cien mil colonos inmigrantes se distribuían por el sur, en su mayoría italianos, pero también españoles y portugueses. En 1908 llegó también el primer navío con japoneses al puerto de Santos, denominada a esa altura la «Barcelona brasileña», a causa de los levantamientos sociales provocados por españoles politizados.

Afonso Pena, *mineiro* de Caraça (1906-1909)

El siguiente gobierno, del *mineiro* Afonso Pena (1847-1909), supuso una renovación. Pena había tenido un papel político ya durante el Segundo Reinado. Se había formado en la escuela de Caraça, una escuela secundaria en Minas, formadora de elites (de inspiración jansenista). Compuso su gobierno con el denominado «jardín de infancia» del presidente, con personalidades del nivel de Pandiá Calógeras, Davi Campista o Alcindo Guanabara entre otros. Gente joven, en suma, en oposición a los viejos «carcas» –Ruy, Glicério, Pinheiro Machado, Nilo Peçanha, entre otros, como apuntó Darcy Ribeiro[26].

Durante su gobierno se construyeron ferrocarriles para conectar São Paulo, Río de Janeiro, Rio Grande do Sul y Espíritu Santo, dentro del programa ferroviario desarrollado por el ministro Miguel Calmon. Con la intención no declarada de aumentar el número de «no negros» en el país, se aceleró la inmigración, principalmente de españoles y de italianos para el medio «rural» en el sur (Rio Grande do Sul y Santa

[24] Darcy Ribeiro, 1902, entrada 47, en *T&B*, cit.

[25] Darcy registra tales acontecimientos en las entradas 120 y 121 de *T&B*, cit.

[26] *Ibid.*, entradas 109-110.

Catarina). Como casi siempre, el mayor contingente fue el de los portugueses. Pero no inmigraron solamente europeos. Es durante su gobierno cuando comienza la inmigración japonesa (1908), para el sur (Paraná) y el sudeste (São Paulo), a través de empresas colonizadoras, con la concesión de tierras públicas deshabitadas para formar «colonias». Según los datos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE), fue también durante su gobierno cuando se produjo el mayor reclutamiento de inmigrantes sirios y libaneses[27].

Por otro lado, la represión de los movimientos populares, sobre todo los de cuño anarquista, incluyó la deportación de extranjeros ligados a las manifestaciones obreras. Fue también notable la publicación de libros y revistas y la creación de centros de acción político-intelectual de esos movimientos.

La victoria de la huelga de los ferroviarios en 1906 puso a la patronal en estado de alerta. Al año siguiente se fundaba la Confederación Obrera Brasileña –cuando era clamorosa la miseria de la clase obrera– y se votaba la Ley de Represión al Anarquismo. Se promulgó la *Lei Celerada*, autorizando la expulsión de líderes sindicalistas (fueron expulsados 152) y exigiendo que éstos fuesen brasileños o naturalizados[28].

En Rio Grande do Sul comenzaba a despuntar en la política el joven Getúlio Dornelles Vargas, que sería elegido diputado estatal en 1909, durante el gobierno de Nilo Peçanha. El gobernador *gaúcho* era entonces Borges de Medeiros, mientras que Pinheiro Machado destacaba ya como una de las figuras más influyentes de la República.

Nilo Peçanha, «con Paz y Amor» (1909-1910)

Tras la muerte de Afonso Pena en 1909, aún en el ejercicio de su mandato, ocupó la jefatura del estado el vicepresidente Nilo Peçanha (1867-1924), completándolo hasta 1910, un gobierno cuyo lema –motivo de chanzas– era «con Paz y Amor».

Durante el corto periodo de Peçanha, hijo de madre negra (si bien la familia negaba la raíz africana), fue creado el Servicio de Protección al Indio (1910), inspirado en el proyecto de José Bonifácio (1823), dirigido por el coronel positivista Candido Rondon, que defendía el amparo laico del Estado para los indios y el derecho de que vivieran según sus costumbres. Una posición radical, especialmente en una época en que aún se adoptada la guerra de exterminio, como proponía von Ihering,

[27] En un periodo que abarca parte del gobierno de Rodrigues Alves, los gobiernos de Afonso Pena y de Nilo Peçanha y casi todo el de Hermes da Fonseca, las estadísticas del IBGE (para el periodo de 1904 a 1913) arrojan las siguientes cifras, por nacionalidades y fechas: alemanes, 33.859; *españoles, 224.672*; italianos, 196.521; japoneses, 11.868; portugueses, 384.672; sirios y libaneses, 45.803; otros 109.222. Lo que da un total de 1.006.617, la cifra más alta alcanzada por la inmigración para Brasil, al menos hasta 1959, fecha límite de los datos consultados.

[28] Véase lo que dice Darcy Ribeiro sobre esto en *T&B*, cit. Entrada 146.

director del Museo Paulista, para los indígenas de Santa Catarina. Gracias a Rondon, más de una centena de pueblos indígenas fue salvada de la aniquilación.

Cuando se produjeron las siguientes elecciones competitivas, se presentaron dos candidaturas antagónicas: la del militar *gaúcho* Hermes da Fonseca, en oposición a la «política del café con leche», y la de Ruy Barbosa, que representaba la Campaña Civilista, con apoyo de São Paulo.

Hermes da Fonseca y los veinte sicarios (1910-1914)

En unas elecciones marcadas por las irregularidades, venció el *gaúcho* Hermes da Fonseca, que gobernó teniendo como vicepresidente al *mineiro* Wenceslau Braz, mantenido a distancia del poder. Sobrino de Deodoro y monárquico, el mariscal Hermes había servido al conde de Eu. Personalidad cómica, junto con Nair de Teffé, su esposa, mujer de actitudes «avanzadas», marcó un época de despropósitos, que sólo serían resueltos en el gobierno que le sucedió, presidido por el austero Wenceslau Bráz.

En un país con 23 millones de habitantes, Hermes representaba la acomodación del sistema oligárquico con la esfera militar. Gobernó bajo estado de sitio y tuvo como eminencia parda al caudillo *gaúcho* Pinheiro Machado.

Durante su mandato se produjo la Revuelta de la *Chibata* (Látigo), en 1910, de los marineros de la Armada comandados por João Cândido. Reivindicaban la extinción de los castigos corporales. Se apoderaron del acorazado Minas Gerais y otros tres navíos, colocándolos en posición de bombardear Río de Janeiro. La represión fue brutal, con centenares de masacrados, deportados a Acre, fusilados, quemados o presos, provocando estupor en todo el país.

También se produjo la Campaña del Contestado (1912-1915), movimiento mesiánico en la frontera de Paraná con Santa Catarina, liderado por los carismáticos José y João Maria, en una zona disputada por los latifundistas de los dos estados. Contestado repetía el ejemplo de Canudos, con miles de desposeídos yendo detrás de los beatos. El movimiento sólo sería sofocado durante el gobierno siguiente, con la ayuda de una división militar de 6.000 soldados, tras lo cual se fijaría el límite entre los dos estados.

Finalmente, el «Salvacionismo», política propuesta en 1911, era inspirada por el senador *gaúcho* Pinheiro Machado, apoyado por el gobernador Borges de Medeiros, *chimango* y positivista. La Política de las Salvaciones, de corte unitarista y centralizador, propugnaba la intervención federal en los estados, para sustituir a las oligarquías regionales. En realidad no se alteró el sistema de poder, pero se provocaron fuertes reacciones en Bahía (J. J. Seabra), en Pernambuco (Dantas Barreto), en Ceará (Acioly), en Pará (Lemos) y en Alagoas (Malta), todos ellos contra la influencia del caudillo Pinheiro Machado, líder del Senado, republicano, considerado el «coronel de los coroneles». Tras ser proclamado candidato a la presidencia, sería asesinado en 1915.

El *sergipano* Silvio Romero, prestigioso intelectual de la época, definió al país en ese periodo de la siguiente manera: «Brasil no pasaba de ser una dictadura, de rodillas ante el Ejército, repartida en 20 oligarquías cerradas, feudos recónditos, pertenecientes a 20 bandas de sicarios»[29].

Wenceslau Bráz (1914-1918): contra la «empleomanía» y el «bachillerismo»

Al desgobierno del mariscal Hermes da Fonseca le sucedió el gobierno de Wenceslau Bráz (1868-1966), *mineiro* de São Caetano da Vargem Grande (hoy Brasópolis), apoyado por el grupo de la «política del café con leche». En comparación con el periodo anterior, representó un choque de austeridad.

Con la idea de que la ley «no tiene el poder mágico de transformar la sociedad», Wenceslau se posicionó contra el rutinario «abuso del poder y el fraude», lo que le llevó, según sus propias advertencias, contenidas en el programa de gobierno, a «actuar valientemente ante los funcionarios públicos y [a] hacer ver a los jefes políticos la seriedad del censo electoral, la plena libertad de las urnas, reconocimiento de los poderes legítimamente elegidos y sincera, leal y positiva garantía para la efectiva representación de las minorías». Y avisaba: «Ya es hora de que pasemos a la realización práctica de este programa, tantas veces pregonado en tiempos del Imperio y de la República, y las mismas veces olvidado»[30].

La advertencia tenía una clara dirección: la política personalista y caudillista del *gaúcho* Pinheiro Machado y de los beneficiarios del *hermismo*… Para atajar los excesos, el presidente Wenceslau defendía el reequilibrio de los tres poderes: «Un Poder Ejecutivo súbdito de la ley; un Poder Legislativo osado; y un Poder Judicial como verdadera garantía de todos los derechos, poderes en armonía e independientes, sin concesiones ni usurpaciones».

Wenceslau era un defensor de la tendencia civilista, apoyado por civilistas que criticaban el gobierno Hermes. En su gobierno, en el terreno de las relaciones internacionales, se resolvieron antiguas cuestiones de límites con los países vecinos. En octubre de 1917, Brasil rompió relaciones con el Imperio Alemán porque sus submarinos habían torpedeado navíos brasileños, declarándole la guerra a continuación. La participación de Brasil en la Primera Guerra Mundial se limitaría al suministro de mercancías, envío de un cuerpo médico, un cuerpo de aviadores, y medios de transporte (6 navíos).

En el plano económico, dada la plena insolvencia del Estado, la situación del país era extremadamente grave, corriéndose el peligro de una «quiebra irremediable», como advertía Ruy Barbosa. En 1914, en su discurso de investidura, Wenceslau exhortaba al patriotismo de los «hombres responsables» proponiendo «intransigencia

[29] Véase el año de 1909 en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[30] Cf. el libro del mariscal Pedro de Alcântara Cavalcanti de Albuquerque, *O perfil de um grande estadista da República*, *Dr. Wenceslau Bráz*, Río de Janeiro: edición del autor, 1956, p. 23 y ss. Cuando todavía era teniente fue ayudante de órdenes de la presidencia en el gobierno de Wenceslau Bráz.

moral administrativa», denunciando el cuadro de desequilibrio entre exportación e importación, la disminución de las rentas aduaneras (que con el estallido de la guerra, bajaron un 50%), los enormes déficits mensuales, los impagos, las excesivas emisiones, la devaluación del cambio y el nuevo *funding*.

Ejerció su gobierno durante toda la Primera Guerra Mundial, cuando Brasil se vio obligado a aislarse, con la consecuente caída en las importaciones. Se pudo fortalecer, no obstante, la entrada de capitales norteamericanos en el país, aceptando como propia la política financiera de Campos Sales. La gran oferta de géneros alimenticios y materias primas favoreció a la economía brasileña, asistiéndose a un gran auge comercial y de industrialización. Era el inicio de la política de sustitución de importaciones, de profundas consecuencias –a medio y largo plazo– para la economía brasileña. Sin embargo, la mayor tarea a que hizo frente su administración fue el bloqueo de la «práctica de las autorizaciones extra-presupuestarias», para equilibrar los débitos y créditos del Estado, con una severa restricción de estos últimos. Según esta política precursora de responsabilidad fiscal, debían publicarse todas las fuentes de ingreso de todas las «partidas de dispendio». En suma, control del presupuesto de la República e incentivo a las nuevas fuerzas económicas, con las que se podría enfrentar la difícil vuelta al pago integral y regular de las responsabilidades contraídas en el exterior.

Wenceslau condenó también la obstinación de los esfuerzos a favor de dos únicos productos, el café y el caucho. Diversificar era su otro lema. Según defendía, contrariando los intereses establecidos, se hacía necesario erradicar los cafetales antieconómicos e improductivos.

Atento a la riqueza minera del país, proponía una política nacionalista de industrialización de la minería. Para él, era importante tener en cuenta las «cadenas de montañas de hierro y manganeso», llamando la atención sobre «soluciones que desafiaban los conocimientos de los estadistas», entre ellas la «electrometalurgia del hierro». Preocupado con los recursos hídricos, que consideraba un factor esencial para el desarrollo, llamaba también la atención sobre «las caídas de agua como base de la electrificación del País».

Se dio un nuevo tono a la vida republicana con la reforma de la Ley Electoral contra la falsificación de votos («La magistratura, salvo en lamentables excepciones, cumplió su deber», comentó el presidente); con la aprobación del tan aplazado Código Civil (finalmente en vigor el 1 de enero de 1917); con el nombramiento para el Tribunal Supremo Federal de juristas de mérito, como João Mendes; y con la reorganización del ministerio de Transportes y Obras Públicas.

En cuanto a la reforma de la enseñanza, fue vinculada al desarrollo económico, haciendo hincapié, inspirado en el modelo norteamericano, en que la práctica debía ser inseparable de la teoría:

> Aprender actuando, aprender trabajando en el laboratorio, en las oficinas, en el campo. Que se instalen escuelas industriales, de electricidad, de mecánica, de química industrial, escuelas de comercio. Y escuelas prácticas de agricultura, la inclusión de la

> enseñanza agrícola en los programas de educación primaria, la difusión de las ventajas de la mecanización del trabajo en el campo[31].

A la objeción de que faltarían profesores especializados, Wenceslau respondía que «no me sorprende, como país nuevo que somos. [...] Contratemos en el extranjero una misión industrial para contener la corriente impetuosa y exagerada que actualmente existe para la empleomanía y el *bachillerismo*».

Contra los procesos rutinarios del cultivo de la tierra, que producían poco y caro, sugería poner en marcha «servicios de *extensión* e información, con *prácticos ambulantes y competentes*». En sus palabras: «Difúndanse, por la palabra hablada y escrita, por prácticos ambulantes y competentes y por todas las formas posibles, las enseñanzas y la experiencia de los pueblos más adelantados que el nuestro»[32].

En lo que se refiere a los conflictos en el campo, su gobierno consiguió solucionar el de la región del Contestado. No obstante, en las ciudades en fase de creciente industrialización, se produjeron los primeros movimientos sociales de consideración, destacando la huelga de São Paulo de 1917, con propuestas de inspiración anarcosindicalista, que duró un mes, irradiándose por varias ciudades del estado.

El presidente Bráz pensaba Brasil como un todo, desviando la atención de la economía del sur-sudeste, al proponer una política económica especial para el nordeste e insistiendo en que «zonas riquísimas del norte tenían una producción limitada y desequilibrada»[33].

En su particular visión social cristiana, sorprendentemente moderna, percibía «la vehemente aspiración de la población obrera por un mayor bienestar, aspiración que concuerda con la orientación de los dirigentes de todos los países cultos», preocupados por la «solidaridad humana». En 1913, incluso antes de ser elegido, afirmaba que la situación de los trabajadores en América del Norte era indiscutiblemente mucho mejor que en los demás países.

La visión empresarial y humanitaria de Wenceslau Bráz está esperando un estudio más profundo. Desempeñó también la faceta de empresario textil en Itajubá, donde su fábrica, administrada con eficiencia, llegó a tener más de 400 obreros con garantías aún no consagradas en ley, que incluían pensiones de jubilación y otros beneficios, como asistencia médica diaria y farmacia gratuita, dirigida por un farmacéutico profesional a tiempo completo. Sus bienes, administrados con austeridad ejemplar, incluían el brazo financiero del Banco de Itajubá, de efímera duración. Ese banco, que promovía actividades privadas productivas, impulsó durante medio siglo la economía del sur de Minas y del valle del Paraíba, llegando a tener una amplia red de agencias en las ciudades de esas regiones. Posteriormente fue incorporado por el

[31] Cf. Darcy Bessone de Oliveira Andrade, *Wenceslau: um pescador na presidência*, Río de Janeiro: Sociedade de Estudos Históricos Pedro II, 1968, p. 165.

[32] *Ibidem*.

[33] *Ibid*., p. 166.

Banco Rural de Minas Gerais (actual Banco Real), dentro de la tendencia inexorable de formación de conglomerados financieros[34].

En el contexto político-institucional conservador de la *República Velha*, destacaba su «preocupación con la representación efectiva de las minorías» en el Parlamento, entendidas como grupos organizados de forma partidaria. Pero resaltaba sobre todo su preocupación con la mala distribución de la renta, que –como continuaba afirmando en los años 1960– podría ser causante a largo plazo, en el futuro, de enormes conflictos sociales.

El gobierno de Wenceslau Bráz tuvo que hacer frente en su último año a la calamidad de la gripe española, contratando para ello al científico y notable médico Carlos Chagas.

Años más tarde, cuando estalló la revolución de 1930, Olegario Maciel (presidente de Minas Gerais) defendería el liderazgo de Wenceslau Bráz en la vanguardia *mineira*. Minas tenía compromiso con Rio Grande do Sul. Wenceslau lo aceptó, diciendo que si el honor de Minas estaba en juego, cabía «ceder y ser revolucionario, contra mi voluntad y mis sentimientos»[35]. Y registraba en sus memorias: «Soy un revolucionario de última hora». Pidió armas y municiones «para reunir en el sur de Minas uno o dos batallones»[36]. No había tal posibilidad. En un país aún precario, la carencia era total. El movimiento estalló y Wenceslau se desplazó a Belo Horizonte, proclamando a Brasil que estaba con la Revolución. Los tiempos pasaron, pero Wenceslau Bráz, todavía influyente en su región del sur de Minas, no dio su apoyo ni a Juscelino Kubitschek ni a Jânio Quadros. Falleció en 1966, a los 98 años de edad.

Epitácio Pessoa, paraibano culto y represor (1919-1922)

En 1918, Rodrigues Alves volvió a resultar elegido presidente, pero al encontrarse enfermo no pudo asumir la presidencia, falleciendo en enero de 1919. Todavía en 1918 tomó posesión el vicepresidente Delfim Moreira, aunque con señales de desequilibrio mental, con lo que el país fue gobernado de hecho por el ministro de Transportes Afranio de Melo Franco.

En 1919, unas nuevas elecciones dieron la victoria al paraibano Epitácio Pessoa (1865-1942), gracias al veto de los *gaúchos* a los políticos del «café con leche». Su opositor, el civilista Ruy Barbosa, resultó de nuevo derrotado.

El presidente Epitácio era culto y viajado, activo, y había ejercido como senador y más tarde como ministro de Justicia en el gobierno de Campos Sales. Ahora tomaba

[34] Muy discretamente el presidente era empresario y trabajaba con un socio –João Antônio Pereira, el «mayor» Pereira– que lo auxiliaba en su base *mineira*, ocupándose de los negocios con eficiencia y sentido administrativo, garantizando el día a día de las empresas y de las iniciativas, mientras Wenceslau actuaba en la política local, estatal y nacional. Recordemos que en Itajubá había ya una institución de educación superior, que contaba entre su personal con profesores e investigadores extranjeros, sobre todo de Bélgica.

[35] Darcy Bessone de Oliveira Andrade, *Wenceslau*, cit., p. 289.

[36] *Ibidem*.

la iniciativa de nombrar civiles para las carteras militares: Pandiá Calógeras, que sería un exitoso ministro de la Guerra además de historiador de mérito, y Raul Soares, ministro de la Marina.

Su gobierno realizó una feroz represión al anarquismo (ley de 17 de enero de 1921). Menos dura fue la dispensada a la sedición de los 18 del Fuerte de Copacabana (1922), a la que se sumaron los alumnos de la Escuela Militar. Aún está por estudiarse la actuación del ministro de la Guerra, el referido Calógeras, por lo que el juicio queda aquí en suspenso.

Más allá de la política social, en el año de 1922 se produjo la estruendosa y fértil celebración del centenario de la Independencia, con la revocación de la ley de destierro de la familia imperial, en un clima de reconciliación con Portugal, borrando las heridas del pasado y ensayando una ideología atlántica, dañada desde los tiempos de Floriano, que llegó a romper relaciones con Lisboa. Fue aquel también el año de la Semana de Arte Moderno y de otros acontecimientos que redefinirían la identidad cultural y política de Brasil.

Artur Bernardes (1922-1926): desmantelando la estructura republicana de 1891

> Gobernó Brasil como desde dentro de una fortaleza sitiada, bajo una constante presión, realizando, a pesar de ello, frecuentes salidas victoriosas.
>
> José Maria Bello, *História da República*[37]

En las elecciones de 1922, la disputa se produjo entre Artur Bernardes (1875-1955), *mineiro* de Viçosa, de la línea de la política del «café con leche», y Nilo Peçanha, que representaba a la «reacción republicana», una alianza de estados medios (Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro y Rio Grande do Sul). Venció Bernardes, teniendo por vicepresidente a Estácio Coimbra, futuro gobernador de Pernambuco. Gobernó hasta 1926, casi todo el tiempo en estado de sitio, confrontando la rebeldía de los *tenentes*. En suma, un *mineiro* con mal humor en el poder.

El periodo estuvo marcado por el levantamiento de los 18 del Fuerte de Copacabana (comienzo del movimiento *tenentista*) y por la fundación del Partido Comunista, ambos en 1922 –año también de la Semana de Arte Moderno de São Paulo, y de la creación del Centro Dom Vital, institución de la derecha católica–. En Rio Grande do Sul, con el Pacto de Pedras Altas, terminan los conflictos entre los

[37] José Maria Bello escribió en 1940 la mejor História de la República producida hasta entonces, obra que fue actualizándose hasta 1954. Periodista y abogado, fue procurador del Distrito Federal y bibliotecario jefe de la Cámara de Diputados, senador durante un año (1930), fue preso por poco tiempo, por orden de una comisión revolucionaria. Escribió varios libros importantes como *Ruy Barbosa e escritos diversos*, Río de Janeiro: Castilho, 1918; *Inteligência do Brasil: ensaios sobre Machado de Assis*, *Joaquim Nabuco*, *Euclides da Cunha e Rui Barbosa*, São Paulo: Nacional, 1935, *A History of Modern Brazil: 1889-1954*, Palo Alto: Stanford University Press, 1968, y la citada *História da República: 1889-1954: síntese de sessenta e cinco anos de vida brasileira*, 8.ª ed., São Paulo: Nacional, 1983.

pica-paus de Borges de Medeiros (ahora *chimangos*) –que estaba en el poder desde hacía 20 años y que se presentaba para un quinto mandato– y los *maragatos* o libertadores, de Batista Luzardo, Raul Pila y Assis Brasil (Pila sería el ideólogo y uno de los fundadores del Partido Libertador). En las elecciones siguientes para gobernador (1927), vence el joven Getúlio Vargas, que antes fue ministro de Hacienda en el gobierno de Washington Luís.

En 1923 la ya precaria libertad de prensa fue cercenada por la Ley de Prensa. Al año siguiente se asistió en São Paulo a la Revolución *tenentista* de 1924, liderada por el general en la reserva Isidoro Dias Lopes, con participación de la población y de los tenientes Siqueira Campos, Eduardo Gomes, João Alberto, Estillac Leal y Juarez Távora, además de brigadas internacionales con batallones alemán, húngaro e italiano. Esta presencia extranjera fue la que serviría al gobierno para justificar la represión que descargó sobre el movimiento[38]. La Revolución de 1924, aunque fue vencida, movilizó a la opinión pública y repercutió en Rio Grande do Sul, Pernambuco, Pará, Amazonas, Sergipe y en otras regiones distantes y aisladas del país. En Rio Grande do Sul (Alegrete), por ejemplo, tuvo lugar el levantamiento de cuño militar y antioligárquico, de raíz *tenentista*, que aunque también vencido, daría origen a la Columna Prestes.

La Columna –compuesta por militares jóvenes e idealistas rebeldes de São Paulo y Rio Grande do Sul, y liderada por un capitán del Ejército, el *gaúcho* Luís Carlos Prestes– fue agregando más adeptos militares y civiles allá por donde pasaba, siendo la gran cuestión del año 1926, como veremos. En el nordeste, los potentados locales, los *coronéis*, no dudaron en utilizar sanguinarios *cangaceiros*, bandas de matones a sueldo, en su persecución. Los conflictos, de gran impacto en la opinión pública nacional e internacional, acabaron por repercutir en el interior del grupo dominante, hasta tal punto que se creó en 1926 el Partido Democrático (PD), por una escisión de la sección liberal del Partido Republicano Paulista (PRP). En el PD destacaba, entre otros, Julio de Mesquita Filho, que proponía la renovación de los cuadros políticos, de la educación pública, del sistema electoral y de la estructura social[39]. Una reforma de la Constitución de 1891 reforzó el poder ejecutivo y restringió el derecho de *habeas corpus* solamente a aquellos que sufriesen violencia probada por medio de actos ilegales de prisión o de privación de la libertad de movimiento.

Washington Luís, un *bon vivant* contra los movimientos sociales (1926-1930)

En ese mismo año de 1926, Washington Luís (1869-1957), nacido en Macaé (Río de Janeiro), fue elegido presidente de la República, gobernando hasta su deposición

[38] Véase la obra de Anna Maria Martinez Correa, *A rebelião de 1924 em São Paulo*, São Paulo: Hucitec, 1976; y la tesis de *mestrado* de Laura Christina Mello de Aquino, *A participação de batalhões estrangeiros na rebelião de 1924 em São Paulo*, São Paulo: PUC-SP, 1995.

[39] Esta escisión, así como los esfuerzos para la renovación de los cuadros intelectuales y políticos, es examinada en profundidad por Fernando Limongi, «Mentores e clientelas da Universidade de São Paulo», en Sergio Miceli (org.), *História das Ciências Sociais no Brasil*, vol. 1, São Paulo: Vértice, 1989.

en 1930. *Creme de la creme* de la oligarquía, deportista y *bon vivant*, fue sin embargo un político modernizador que promovió la reforma portuaria y abrió carreteras. En contrapartida tomó duras medidas contra los movimientos obreros, valiéndose de la *Lei Celerada*. Su periodo estuvo marcado por el intento de estabilización financiera, ordenando el cese de la compra de excedentes de la producción cafetalera. Su ministro de Hacienda, Vargas, «instituyó el cambio vil, que hundió la moneda, ya desvalorizada, para contentar a los caficultores y encarecer las importaciones»[40].

En 1929, Washington Luís organizó con las oligarquías de los estados la candidatura de Júlio Prestes, un promotor de propiedades inmobiliarias de Itapetininga. En el mismo año, en Belo Horizonte, Antônio Carlos articuló la suya, en una marcha con centenas de alcaldes *mineiros*.

Minas, Rio Grande do Sul y Paraíba, excluidos del proyecto de los paulistas, se organizaron en la Alianza Liberal, defendiendo una candidatura independiente. Los intereses internacionales se dividieron: los ingleses apoyaban al gobierno, mientras que los norteamericanos se inclinaban por la Alianza. Las inversiones norteamericanas en Brasil alcanzaban ya 500 millones de libras, un tercio de las inglesas, pero creciendo a un ritmo acelerado.

Un acuerdo secreto fue tramado por el *gaúcho* Oswaldo Aranha y por Francisco Campos, de Minas, contra la imposición del nombre de Júlio Prestes. La Alianza Liberal lanzó la candidatura de Getúlio Vargas para la presidencia y de João Pessoa para la vicepresidencia, contra la del oligarca paulista y su vicepresidente, el bahiano Vital Soares. Por medio de la manipulación de las urnas, vencieron los oficialistas, provocando la reacción de Antônio Carlos en Minas y la de Getúlio en Rio Grande do Sul.

La crisis del orden económico-financiero internacional en 1929 se hizo sentir en la fuerte caída del precio del café. La media de quiebras anuales subió de doscientas a seiscientas y los salarios cayeron a la mitad. La Gran Depresión tras la crisis de 1929, sumada a los conflictos entre las oligarquías regionales, a una profunda crisis social –banqueros e industriales arruinados llevan a sus asalariados al desempleo– a las agitaciones y al inconformismo de las clases medias urbanas y a la desesperación del mundo del trabajo, todos juntos crearon las condiciones para el estallido de una Revolución. El detonante fue el asesinato por motivos pasionales, aunque utilizado políticamente, de João Pessoa, gobernador de Paraíba y candidato a la vicepresidencia en la plataforma de la oposición, el 26 de julio de 1930. La República se sumía en un estado de pánico.

Sin autoridad para controlar el Ejército ni las policías regionales, el suelo desapareció bajo los pies del presidente Washington Luís. También desaparecería, pocas semanas después, bajo los pies de Luís Carlos Prestes. El *Caballero de la Esperanza*, que poco tiempo antes se había reunido con Getúlio y Oswaldo Aranha en Porto Alegre, para conspirar, dirá: «Me quedé solo, como un comandante sin ejército».

[40] Véase el año de 1926, entrada 527 en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

En vísperas de la Revolución de 1930… ¿Pero qué Revolución?

Atentos a los movimientos, los tenientes Juarez Távora, Estillac Leal y Alcides Alves consiguieron huir de la prisión militar de Río de Janeiro[41]. Siqueira Campos, que había ido a Buenos Aires acompañado de João Alberto para encontrarse con el exiliado Prestes y discutir la posición de éste en relación a la Revolución, murió en el Río de la Plata el 10 de mayo de 1930, en un accidente del pequeño avión de la línea francesa Aeropostale, del que sólo se salvó João Alberto. El *tenentista* Prestes fue a Porto Alegre a reunirse con Getúlio y Oswaldo Aranha, pero no llegaron a un acuerdo, pues el teniente opinaba que sería «una simple lucha entre las oligarquías dominantes» (Manifiesto de abril de 1930)[42]. Los 800 millones de reales de origen norteamericano que Oswaldo Aranha había dado a Prestes en abril de 1930 para comprar armas, sólo serían usados en la rebelión comunista de 1935. En ese momento Prestes protestó: «Aumenta en mí la convicción de que los tales liberales desean todo, menos la revolución».

El jefe de los tenientes se quedaría solo, perdiendo espacio a favor de los tenientes de centro-derecha: Cordeiro de Farias, Juarez Távora y Filinto Müller (expulsado de la Columna Prestes «por cobardía»). Este hecho, como observó Darcy Ribeiro, dejó a Getúlio Vargas libre «para hacer la Revolución para el señorío agrario al que pertenecía, sin los riesgos de la agitación popular *tenentista*, que ya había producido la Columna Prestes»[43].

La sociedad en las primeras décadas republicanas

Como ya hemos visto, el *coronelismo*, rasgo dominante de la cultura política de aquella época, se insinuaba en todas las esferas de la vida social y política, algo que no sería borrado del todo por los movimientos sociales y políticos posteriores.

La Primera República fue ante todo una república de *coronéis*. Si en el ámbito federal las oligarquías económicamente más poderosas y un poco menos arcaicas se hicieron con el gobierno central, en el ámbito local la escena política estuvo dominada por la figura del «coronel», gran propietario rural que casi siempre ostentaba un grado militar. El resultado de las elecciones –tanto municipales como estatales o federales– dependía de los *coronéis*, que controlaban todo el proceso electoral, dando el tono a la vida social y política. Con sus bandas de *jagunços* o *capangas*, forajidos contratados a sueldo, garantizaban la victoria de las oligarquías estatales en las elecciones. Llegaban a producirse muchas veces disputas entre las oligarquías

[41] Fueron rescatados en una canoa que se aproximó al fuerte en el silencio de la noche, por el teniente Lourival Serôa y otros dos.

[42] Manifiestos, personajes, actuaciones y programas del movimiento *tenentista* fueron compilados y examinados por Edgard Carone, en *O Tenentismo, Acontecimentos, personagens, programas*, São Paulo: Difel, 1975, con presentación de Fernando Henrique Cardoso.

[43] Darcy Ribeiro, 1930 – *Ano da Tiburtina*, entrada 631, *T&B*, cit.

para ver quien dominaba la escena política estatal. Los *coronéis* locales participaban activamente en esas querellas, pues estaban ligados a las oligarquías por medio de alianzas o matrimonios. En las riñas electorales, algunas sangrientas, vencía quien contase con más *capangas* y con más medios económicos para comprar el voto de los electores o para forzarlos a la sumisión.

El cambio de régimen político, por lo tanto, no modificó la estructura de la sociedad brasileña. La mayoría de la población vivía y trabajaba en el campo, sometida a la autoridad de los grandes propietarios rurales. Les debían «favores», pues ellos permitían que ocupasen sus tierras, explotándolos como mano de obra. Frecuentemente, los trabajadores rurales estaban ligados al coronel local a través de lazos de compadrazgo. Los *coronéis* podían conseguir eventualmente un empleo público para sus ahijados, o garantizar su elección, con lo que muchos políticos les debían sus carreras.

Las oligarquías estatales controlaban el poder político a través de un sistema de *diplomas*. Tras una elección, el candidato sólo podía asumir el cargo para el que había sido elegido si recibía el *diploma* del gobierno, estatal o federal. Cuando el candidato elegido pertenecía a la oposición, las oligarquías recurrían a la práctica del «degüello», esto es, no eran «diplomados» por los dirigentes en el gobierno. En 1900, a propuesta de Campos Sales, la Cámara de los Diputados creó la Comisión de Verificación de Poderes, para no aceptar a los disidentes que resultasen electos.

A lo largo del periodo, las elecciones continuaron siendo periodos especialmente turbulentos. Los candidatos de la oposición, o los menos confiables, eran sistemáticamente bloqueados. La «oposición política» organizada no era más que otra facción oligárquica que había sido apartada del poder por la facción dominante. Todo esto hacía que la mayor parte de la población no se integrase en la sociedad política.

La República prolongaba los hábitos del Imperio. Los pobres continuaban excluidos (sea por el censo, sea por la exigencia de alfabetización), así como las mujeres, los indigentes, los menores de edad, los soldados rasos y los miembros de las órdenes religiosas. La exclusión de los analfabetos era doblemente discriminatoria, pues la Constitución republicana retiraba del gobierno la obligación de ofrecer educación primaria, algo que sí constaba en el texto imperial. «Se exigía para la ciudadanía política una calidad que sólo el derecho social de la educación podía proporcionar pero, simultáneamente, se desconocía ese derecho. Era un orden liberal, pero profundamente antidemocrático y resistente a los esfuerzos de democratización»[44].

[44] José Murilo de Carvalho, *Os Bestializados*, cit., p. 45.

Una sociedad prepolítica, atrasada y rústica

> La Historia de Brasil siempre fue un negocio. Brasil es aún un país atrasado… Mejor dicho: muy atrasado.
>
> Caio Prado Júnior, en testimonio a Carlos G. Mota, 1978

Con todo, a pesar del mantenimiento de los viejos patrones en las relaciones sociales, la transición del orden político imperial al republicano propició algún cambio en la sociedad. Una vez proclamada la República, se intensificó la inmigración de europeos y asiáticos, estimulada por los gobiernos estatales, que pretendían resolver el problema de la falta de brazos en los campos de cultivo por medio de la sustitución del esclavo por el inmigrante.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los países americanos recibieron enormes contingentes de inmigrantes europeos. Las potencias europeas se enfrentaban a serios problemas sociales, pues la mecanización dejó a muchos trabajadores sin empleo. Las constantes huelgas y los movimientos obreros estuvieron a punto de derribar en varias ocasiones el orden burgués. El poblamiento de nuevas colonias en África y en Asia fue la forma encontrada por las potencias industriales para aliviar la presión social. Miles de trabajadores europeos emigraron a los países americanos. La revolución de los medios de transporte fue otro factor que permitió una mayor movilidad de la población en general. Las comunicaciones se hicieron menos complicadas, aunque siempre fueran precarias.

Las *fazendas* de café de la provincia de São Paulo absorbieron el mayor número de inmigrantes extranjeros, contratados directamente en Europa. El gobierno estatal financiaba sus pasajes y hacía una intensa propaganda de las «maravillas» de la vida en las *fazendas* paulistas.

Otros grupos de inmigrantes fueron a parar a proyectos de colonización desarrollados en Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná y São Paulo, donde se convirtieron en pequeños propietarios.

De los inmigrantes que fueron a Brasil durante la Primera República, más de un tercio eran italianos; los demás, casi todos portugueses y españoles. En menor número llegaron alemanes, austriacos, húngaros, japoneses, lituanos, polacos, rusos, sirio-libaneses, suizos, checos y otros, no necesariamente en ese orden, que tampoco indica una gradación. La sociedad de la época republicana se diversificó con la llegada de pueblos con otras costumbres. En algunos lugares los inmigrantes llegaron a formar la mayoría de la población. En la ciudad de São Paulo, por ejemplo, en 1893, el 54% de la población estaba formada por inmigrantes italianos.

No siempre se produjo una integración armoniosa en el nuevo continente de adopción. Al contrario, una renovada historiografía está mostrando últimamente los profundos choques culturales, conflictos, diferencias de mentalidad y discriminaciones vividas por los recién llegados. Según Dalmo de Abreu Dallari:

Acostumbrados a la total sumisión de los esclavos –e incluso de los trabajadores brasileños provenientes de las regiones más pobres– a los *fazendeiros* paulistas les costó comprender y aceptar que los inmigrantes extranjeros tuviesen derechos y exigiesen un tratamiento más digno, afirmándose como personas, no como cosas. La actitud de los nuevos trabajadores les pareció una petulancia que debería ser corregida. Con ese objetivo, valiéndose de su prestigio de propietarios de la tierra, empezaron a utilizar las fuerzas policiales como si fuesen guardianes de sus intereses particulares, cometiendo toda suerte de violencias contra los inmigrantes y sus familias. Hasta tal punto llegaron esos malos tratos que en el Parlamento italiano, denunciando los hechos, se llegó a proponer la prohibición de la salida de inmigrantes a Brasil[45].

Surge una nueva clase: el proletariado

Con la urbanización, la sociedad se hizo más compleja[46]. Creció la población de las ciudades, apareciendo una nueva clase de trabajadores: el proletariado. Aunque Brasil continuase siendo un país esencialmente agro-exportador, se habían instalado ya algunas industrias en el último cuarto del siglo XIX. A inicios del siglo XX, ciudades como Río de Janeiro y São Paulo ya contaban con un contingente significativo de obreros, trabajando en empresas que suministraban servicios urbanos (cocheros, ferroviarios, estibadores, conductores de tranvía, etc.). Otros eran obreros en las industrias textiles. La mayoría eran inmigrantes extranjeros, sobre todo italianos[47].

La ampliación de los sectores medios urbanos

En las ciudades, con el desarrollo económico propiciado por el café y otros productos de exportación, los sectores medios de la sociedad también ganaron importancia. A partir de finales del siglo XIX se incrementaron significativamente los segmentos sociales formados por pequeños comerciantes, artesanos, carpinteros, dueños de pequeñas industrias, funcionarios públicos y asalariados en general (o, también, «clases medias»).

[45] Dalmo de Abreu Dallari, *O pequeno exército paulista*, São Paulo: Perspectiva, 1977, p. 33.

[46] Una visión reciente sobre el tema se encuentra en Nestor Goulart Reis, «Urbanização e Modernidade: entre o passado e o futuro (1808-1945)», en Carlos G. Mota (org.), *Viagem incompleta (1500-2000)*, vol. 2, São Paulo: Editora Senac de São Paulo, 2000. Véase también la obra clásica de Richard Morse: *Formação histórica de S. Paulo*, São Paulo: Difel, 1970; más reciente y completa, la obra de Candido Malta Campos, *Os rumos da cidade*, cit.; Desde el punto de vista de la producción arquitectónica, la obra más importante es la de Hugo Segawa, *Arquiteturas no Brasil*, *1900-1990*, 2.ª ed., São Paulo: Edusp, 2002. Con enfoque hacia América Latina, es fundamental la obra de José Luis Romero *América Latina. As cidades e as idéias*, Río de Janeiro: Editora da UFRJ, 2004, donde propone una tipología de las ciudades (hidalgas, criollas, patricias, burguesas, masificadas).

[47] Datos sistematizados se encuentran en Manuel Correia de Andrade, *A Revolução de 1930. Da República Velha ao Estado Novo*, 2.ª ed. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1988, p. 42.

La categoría de los profesionales liberales, abogados, médicos, dentistas, etc., se expandió durante el mismo periodo. Después de 1910 se crearon escuelas de enseñanza técnica y profesional en varios estados, dados el desarrollo industrial y la complejidad creciente de la vida urbana (que demandaba contables, trabajadores fabriles, etc.).

Regístrese también el papel cada vez más importante atribuido a los profesionales liberales. Las dieciséis Facultades de Derecho formaban a cerca de 400 graduados por año. En 1934, tras la derrota de la Revolución de 1932, se fundó la Universidad de São Paulo, teniendo como núcleo centralizador a la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. En la capital federal, en 1935, Anísio Teixeira, el Secretario Municipal de Educación del alcalde Pedro Ernesto, creó la Universidad del Distrito Federal, que sería cerrada poco después, en 1939, siendo rector Alceu de Amoroso Lima. Para los sectores conservadores, y sobre todo el católico, «se trataba de liquidar desde su nacimiento un proyecto universitario laico, estatal, racionalista y peligrosamente propenso a la "contaminación marxista"»[48]. La red escolar se amplió: en 1930 había ya 350 establecimientos de enseñanza secundaria y 200 de educación superior.

Números modestos, índices de crecimiento mediocres. La ampliación de las capas medias urbanas no guardó una proporción adecuada y positiva en relación a la expansión de la red escolar, sobre todo en el nivel universitario. Los números presentados por Darcy Ribeiro son tremendos. Recuerda que el Brasil colonial no tenía más que un «remedo de universidad» en Bahía, que hacía necesario completar estudios en Portugal, mientras que la América española y la zona inglesa de América del norte producían cuadros mucho mejor formados que Brasil para la soñada «reorganización nacional». Si en comparación con la América anglosajona los números son avasalladores, confrontada a la América española la posición de la colonia portuguesa también es pésima: durante el periodo colonial, de las universidades hispanoamericanas salieron unos 150.000 graduados, mientras que en el mismo periodo, apenas 2.500 jóvenes nacidos en Brasil realizaron estudios en Coimbra. Ampliando el enfoque para toda América Latina y proyectando el análisis de la cuestión educacional cuatro décadas después del periodo de la Primera República, las cosas tampoco tenían mucho mejor aspecto: en 1960, siempre según Darcy Ribeiro, el subcontinente latinoamericano contaba con cerca de 150 universidades y aproximadamente 500 establecimientos autónomos de enseñanza superior, frecuentados por cerca de 600.000 estudiantes. «Los Estados Unidos tenían entonces 205 universidades y 1.800 establecimientos de enseñanza universitaria con un total de 3.610.000 estudiantes». Hechas las comparaciones, en 1960, Brasil, con una población de 70 millones de habitantes, presentaba 100.000 estudiantes matriculados

[48] Cf. Maria Hermínia Tavares de Almeida, "Dilemas da Institucionalização", cit., p. 197. Véase también Darcy Ribeiro, Tentativas de Renovação, cap. III, en *Universidade Necessária*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1969, pp. 118-119, especialmente.

en la educación superior, mientras que los Estados Unidos ya contaban con 240.000… a inicios del siglo XX[49], es decir, ¡60 años antes!

La raíz del problema de la formación de cuadros dirigentes para administrar un Estado-nación moderno se encuentra en aquel periodo decisivo, en que la instauración de un régimen republicano al mismo tiempo que se producía la abolición de la esclavitud, la inmigración en masa y la urbanización, abrían nuevos horizontes para la «idea de nación». La temática de la renovación, de la modernización y de la actualización de las elites y de la sociedad comenzaba a discutirse con mayor intensidad.

Expresión política de esos sectores medios emergentes, los *tenentes*, jóvenes oficiales que no se conformaban con el atraso del país, harían sentir su presencia en los movimientos de 1922, 1924, 1926, 1930 y 1935. Eran reformistas, antioligárquicos y a su modo, modernizadores. Como examinaremos en el siguiente capítulo, su sector más radical se hizo revolucionario, adhiriéndose a la III Internacional Comunista, bajo el liderazgo de Luís Carlos Prestes.

Una república para pocos: *coronelismo*, apatía y voto

> Allí, en esos cajetines humanos [de los suburbios], es donde se encuentra la fauna menos observada de nuestra vida, sobre la que sobrevuela la miseria con un rigor londinense. No se pueden imaginar profesiones más tristes y más inopinadas que las de la gente que habita en tales cajitas. Además de los repartidores o los botones de las oficinas, podemos encontrar viejas tejedoras de encajes de bolillos, compradores de botellas vacías, castradores de gatos, perros y gallos, curanderos, catadores de hierbas medicinales, en fin, una variedad de profesiones miserables que nuestra pequeña y nuestra gran burguesía no pueden adivinar[50].
>
> Lima Barreto

> Además de ser inútil, votar era muy peligroso. Desde el Imperio, las elecciones en la capital estaban marcadas por la presencia de los *capoeiras**, contratados por los candidatos para garantizar los resultados[51].
>
> José Murilo de Carvalho

El crecimiento de los sectores medios tampoco modificó sustancialmente la situación del resto de la sociedad. La gran mayoría de la población brasileña aún vivía en el campo, en las *fazendas* o en los *sertões*, era analfabeta y estaba desnutrida, y

[49] Darcy Ribeiro, *Universidade necessária*, cit., pp. 76-77.
(*) Hombres pobres del lumpemproletariado urbano que formaban bandas organizadas al mando de políticos, a menudo armados con navajas. *N. del T.*
[50] Lima Barreto, *O triste fim de Policarpo Quaresma*, São Paulo: Abril Cultural, 1984, p. 107.
[51] José Murilo de Carvalho, *Os Bestializados*, cit., p. 87.

sufría los mismos maltratos que en los periodos anteriores, sin participar en la vida política del país.

La Primera República pretendía ser una democracia. Como ya se vio, una democracia en que apenas votaba el 6% de la población. En realidad era una «democracia de los más iguales», de oligarquías que disputaban entre sí el control del gobierno, de la política y de los empleos públicos. Como el cambio de régimen político no alteró la situación de la gran mayoría de la población, las expectativas no cumplidas provocaron enseguida reclamaciones por parte de diversos sectores de la sociedad en varios puntos del país.

La violencia de las costumbres políticas puso en la escena pública a un tipo peculiar de bandido, el *capoeira*, para combatir a los grupos rivales. Es cierto que la República los persiguió, pero el uso de los anteriormente mencionados *capangas* en las disputas por los votos aumentó. Como analizó José Murilo de Carvalho en la obra citada en el epígrafe, el escritor Lima Barreto señaló en *Os Bruzundangas* que en las vísperas de las elecciones, la ciudad de Río (que en la ficción de Lima se llamaba Bosomsy) parecía preparada para una batalla.

> Conocidos asesinos desfilaban en carros por las calles al lado de los candidatos. En *Numa e a Ninfa*, refiriéndose sin duda a un hecho verídico, menciona a determinado coronel de la Guardia Nacional que incluía entre los preparativos para las elecciones la contratación de un médico para atender a los posibles heridos, que serían, sin duda, víctimas de sus propios *capangas*. Las elecciones eran decididas por bandos que actuaban en determinados puntos de la ciudad y alquilaban sus servicios a los políticos. [...] El ejercicio de la ciudadanía política se volvía de esta manera una caricatura. El ciudadano republicano era el marginal mancomunado con los políticos; los verdaderos ciudadanos se mantenían apartados de la participación del gobierno de la ciudad o del país. Los representantes del pueblo no representaban a nadie, los representados no existían, el acto de votar era una operación de *capangagem*, de la violencia de los matones[52].

La Semana de Arte Moderno: el «anticapitalismo» de la elite

> Se declara inaugurado el Desvarío [...] El pasado es una lección para meditarla, no para reproducirla [...].
>
> Y no quiero discípulos. En arte: escuela = imbecilidad de muchos para vanidad de uno solo[53].

La República no logró actualizarse o «modernizarse» al mismo ritmo que otros Estados-nación –como Inglaterra, Francia, Alemania o Estados Unidos–, donde el capitalismo y los movimientos sociales construyeron nuevos valores sociales, políti-

[52] José Murilo de Carvalho, *Os Bestializados*, cit., pp. 87-89.

[53] Mário de Andrade, «Prefácio interessantíssimo», *Paulicéia desvairada*, São Paulo: Casa Mayença, 1922, pp. 7, 35, 39 (ortografía actualizada).

cos y estéticos. La mediocre vida político-institucional y cultural era objeto de bromas y chanzas pesadas, como se constata en los periódicos de la época. En casi todas las regiones del país, la sensación de atraso alcanzaba a algunos miembros de las elites, para quienes la superación de esa divergencia, por medio de la reforma, debía imponerse en todos los niveles, incluso en las artes y la literatura. En ese ambiente de reformas y revisiones se realizó la Semana de Arte Moderno en São Paulo. Para algunos historiadores, la Semana del 22 no pasó de ser una fiesta de jóvenes «bien nacidos» en el ombligo de la oligarquía.

No obstante, a finales del siglo XIX se había profundizado en la discusión sobre la identidad nacional, problemática analizada por personalidades que expresaban de modo radical sus visiones del mundo, como Euclides da Cunha y Lima Barreto. En la Semana del 22, las cuestiones del nacionalismo cultural y de la identidad de Brasil volvieron a estar a la orden del día. Se sucedían los manifiestos y las reuniones de intelectuales preocupados por la modernización del país.

La Semana del 22 constituye un *tournant* en la vida histórico-cultural del país. De ella derivarían casi todas las producciones en que se intentaba desvelar el sentido de la «modernidad» brasileña, para poner de manifiesto su «atraso». Casi todas, pero no todas directamente: véanse los estudios precursores de Gilberto Freyre, *Casa Grande & Senzala* y *Sobrados e Mocambos*, aparecidos en Recife a comienzos de los años 1930. Sin embargo, obras como *Manucaíma* de Mário de Andrade, la poesía entera de Murilo Mendes y de Carlos Drummond de Andrade, la crítica de Sérgio Milliet, el movimiento de la «Antropofagia», liderado por Oswald de Andrade, las pinturas de Tarsila do Amaral y Anita Malfatti, las investigaciones y producciones musicales de Villa-Lobos, todas se vinculan al fermento de ideas y experiencias estimuladas por la Semana de Arte.

Vistos en conjunto, los «bien nacidos» tal vez pudiesen ser denominados, sin excepción, *anticapitalistas de elite.* En «Ode ao Burguês», el genial Mário de Andrade marcó la posición:

> Eu insulto o burguês! O burguês-níquel,
> o burguês-burguês!
> A digestão bem feita de São Paulo!
> O homem-curva! O homem-nádegas!
> O homem que sendo francês, brasileiro, italiano,
> é sempre um cauteloso pouco-a-pouco!
> Eu insulto as aristocracias cautelosas! […]
> Fóra os que algarismam os amanhãs![54]

[54] «¡Yo insulto al burgués! ¡Al burgués-nada, / al burgués-burgués! / ¡A la digestión bien hecha de São Paulo! / ¡Al hombre-curva! ¡Al hombre-nalgas! / Al hombre que siendo francés, brasileño, italiano, / es siempre un cauteloso poco-a-poco! ¡Yo insulto a las aristocracias cautelosas! […] ¡Fuera los que numeran los mañanas!». Mário de Andrade, «Ode ao Burguês», en *Poesias Completas*, Río de Janeiro: Martins, 1972, pp. 37-38.

Más tarde, al final de su vida, pronunciaría una frase amarga pero crítica, que podría servir de epitafio para su grupo-generación: «Mi *aristocratismo* me castigó»[55].

Epitafio que podría servir, también, para las elites del país que, habiendo pasado más de medio siglo desde la Semana del 22, y más de un siglo desde la Proclamación de la República, ignoran los efectos de su propio «aristocratismo»: violencia urbana y bajísimos índices en las esferas de la educación, de la salud, del saneamiento básico o de la vivienda.

Elites irresponsables que, practicantes de la secular política tibia de la Conciliación, originada en el siglo XIX, contemplan en la televisión la persistente condición periférica del país.

[55] «Elegia de Abril», conferencia en el Palacio de Itamaraty el 30 de abril de 1942. Ver Carlos Guilherme Mota, *Ideologia da Cultura Brasileira (1933-1974)*, cap. II (O «quinto ato conclusivo»: Testamento de uma Geração), 3.ª ed., São Paulo: Editora 34, 2007, pp. 84-109.

Capítulo 24
Contra la República oligárquica (1889-1930): movimientos sociales y oposición de los *tenentes*

> No nos engañemos. Estamos gobernados por una minoría propietaria de las *fazendas* y los latifundios, dueña de los medios de producción, apoyada en los imperialismos extranjeros que nos explotan y dividen, que sólo será dominada por la verdadera insurrección generalizada, por el levantamiento consciente de nuestras poblaciones en los *sertões* y en las ciudades[1].
>
> Luís Carlos Prestes

No tuvo que pasar mucho tiempo para que el cambio de régimen ocurrido en 1889 frustrase las expectativas de varios sectores de la sociedad. Unos defendían la vuelta a la monarquía; otros protestaban abiertamente contra los métodos autoritarios y exclusivistas del nuevo régimen republicano. El nuevo gobierno se vio obligado a enfrentarse a movimientos de los «desposeídos», de los condenados de la tierra, de los «desarraigados», de los «bárbaros», de los *cangaceiros* (bandoleros), así como a la resistencia de los excluidos del proceso político, que pusieron en jaque la estabilidad institucional. La protesta contra las desigualdades venía tanto de lo más profundo de los *sertões* como de las ciudades. La República oligárquica utilizó los más modernos equipamientos bélicos de la época para reprimir los movimientos, desencadenando en algunos casos campañas «nacionales» contra los rebeldes, acusados de ser enemigos de la República.

El periodo no sólo estuvo marcado por guerras internas, como la de Canudos, sino también por divisiones en las clases dominantes. Revueltas –como las de los

[1] Luís Carlos Prestes, «Manifesto de Maio (1930)» [en que rompe con el *Tenentismo*], *apud* Edgard Carone, *O Tenentismo. Acontecimentos, Personagens, Programas*, São Paulo: Difel, 1975, p. 348.

tenentes en 1922, 24, 26 y 30–, y levantamientos –como los de los comunistas, ya en 1935– indican que al llegar la industrialización y la urbanización, las luchas de clases se agravaron, adquiriendo nuevas características en las ciudades. Examinemos más detenidamente estos movimientos de reacción a la República oligárquica.

La Guerra de Canudos (1893-1897)

> La vieja sociedad no tuvo energía para transformar la feliz revuelta en una revolución fecunda[2].
>
> Euclides da Cunha

Como vimos en capítulos anteriores, el nordeste experimentó un largo periodo de decadencia económica durante la segunda mitad del siglo XIX. El principal motivo de tal decadencia fue la caída del precio del azúcar en el mercado internacional. En el *agreste** y la zona de matorral nordestinos, el ganado y sus derivados se quedaron sin su mercado tradicional. El charque y los cueros de Rio Grande do Sul conquistaron el lugar de los productos del nordeste. Los ingenios se arruinaron y fueron reduciéndose las grandes haciendas de ganado que antes ocupaban el *sertão*. La población nordestina tuvo que dedicarse a la producción de géneros estrictamente necesarios para la subsistencia.

En la segunda mitad del siglo XIX, la Guerra Civil norteamericana (1861-1865) estimuló la producción local de algodón. Durante este periodo fueron construidas en Brasil algunas líneas ferroviarias y la navegación a vapor llegó a los puertos del norte y del nordeste. Con el fin de la guerra en los Estados Unidos, sin embargo, la producción de algodón tuvo que enfrentarse a la competencia del que provenía de aquel país. Por otro lado, debido a las fuertes sequías de 1877 y los años siguientes, la crisis económica se agravó. Durante esos periodos, el sertão se transformaba en un inmenso desierto y los sertanejos dejaban sus tierras para ir en busca de agua. Casi nunca regresaban.

Poco a poco, los trabajadores nordestinos fueron atraídos por los regiones productoras de café del centro-sur, por los seringales de la Amazonia y por las plantaciones de cacao del sur de Bahía. Una gran parte de la población nordestina engrosó el flujo migratorio. Esta ola de migraciones del nordeste para otras regiones de Brasil afectó a la estructura de poder del *sertão*. El *coronel* veía que se agotaba su «clientela», pues gran parte de sus electores y apadrinados emigraban a otros lugares. Los

[2] Este es un trecho de *Os Sertões* que no fue incluido en la versión [final] del libro. Euclides da Cunha observó que el nuevo régimen era incapaz de romper con el pasado: «La república podría ser la regeneración. No lo fue […]». Cf. Roberto Ventura, «Um Brasil mestiço: raça e cultura na passagem da Monarquia à República», en Carlos G. Mota, org., *Viagem incompleta*, vol. I, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000, p. 351.

(*) El *agreste* es la zona de transición entre la costa húmeda y las áreas semiáridas del interior, el *sertão*. *N. del T.*

sertanejos que no se iban y resistían la sequía quedaban a merced de bandas de *cangaceiros* armados. Otros formaron comunidades de carácter religioso, como la de Antônio Conselheiro en Bahía.

En la segunda mitad del siglo XIX, la Iglesia pasó también por una serie de transformaciones. Los movimientos internos dentro de la Iglesia tenían como objetivo «purificar» la fe, eliminando vestigios de la Masonería a la vez que detenían los avances del positivismo, del protestantismo y de otras prácticas religiosas no toleradas.

En el nordeste, la reforma tuvo como resultado una mayor aproximación entre la Iglesia y la población, con un reforzamiento de los nexos político-espirituales entre la población lega y los clérigos. En el *sertão* aparecieron personas que se dedicaban a realizar obras de caridad –beatos y beatas– reconstruyendo capillas, adecentando cementerios, y edificando azudes para atemperar los efectos de la sequía.

El beato Antônio Conselheiro y su «otra gente»

Conselheiro realizaba ese tipo de actividad en el *sertão*. Aunque no fuese miembro de la Iglesia, se dedicaba a la realización de obras de caridad para la población más pobre. La Iglesia, que no tenía personal suficiente, permitía que los beatos predicasen para los *sertanejos*. La fama de Antônio Conselheiro se extendió por el *sertão*, arrastrando a personas que lo seguían y le ayudaban a realizar esas obras. Con la llegada de la República la situación cambió: Antônio Conselheiro se rebeló contra la separación entre Iglesia y Estado y contra la intromisión del Estado en asuntos como el matrimonio y la sepultura, considerados «de religión»[3].

En 1893 el beato incitó a la quema de edictos republicanos en la localidad de Bom Conselho, en el *sertão* de Bahía. Las autoridades republicanas enviaron una pequeña tropa para arrestarlo, pero Conselheiro se refugió en Canudos, en una hacienda de ganado abandonada, próxima a un meandro del río Vaza-Barris. Lentamente, sus seguidores comenzaron a llegar al campamento de Canudos: más de 30.000 personas se instalaron en el lugar y empezaron a construir iglesias y casas, entregando todo lo que poseían a Conselheiro, en una especie de colectivización de la propiedad.

Las autoridades republicanas del estado no sabían qué hacer con la aglomeración de «fanáticos» reunidos en Canudos. La Iglesia, viendo que el movimiento escapaba a su control, envió a dos frailes para realizar una «santa misión». El objetivo real de los

[3] Consúltense los estudios de Marco Antônio Villa, Roberto Ventura y Walnice N. Galvão. De esta última, véase también (en colaboración con Oswaldo Galotti), Correspondência de Euclides, São Paulo: Edusp, 1997; *Desconversa. Ensaios Críticos*, São Paulo: Editora UFRJ, 1998; y la excelente compilación Euclides da Cunha, organizada por ella para la colección *Grandes Cientistas Sociais*, coordinada por Florestan Fernandes, São Paulo: Ática, 1984. Aunque no sea una obra reciente, debe mencionarse la traducción a la lengua inglesa de *Os Sertões* hecha por Samuel Putnam, *Rebellion in the Backlands*, Chicago: Chicago University Press, 1944, con una brillante introducción. Al respecto de los «desiertos mentales de Brasil», denunciados por Euclides en su correspondencia personal, ver el artículo de Daniel Piza, «Tristes trópicos», en *República*, 1 (3), São Paulo, enero de 1997, pp. 79-81. [La traducción a español es de Benjamín de Garay, *Los Sertones*, Madrid: Editorial Fundamentos, 1981. *N. del T.*]

religiosos era dispersar a la población del campamento, pero Conselheiro contaba con la protección de *jagunços*. Además, según predicaba, Canudos era el lugar de aquellos que buscaban la salvación. El resto del país estaba «contaminado» por la República.

Cuando las noticias sobre Canudos llegaron hasta Río de Janeiro, la primera reacción en las autoridades y en la población fue creer que el poblado de Conselheiro era el centro de una conspiración monárquica. Sus seguidores fueron considerados como una peligrosa amenaza para la estabilidad del nuevo régimen. Era necesario destruir Canudos.

Las expediciones contra Canudos

El gobierno del estado de Bahía decidió atacar Canudos en 1896. Las autoridades bahianas enviaron una tropa de 100 hombres para dispersar a los seguidores de Conselheiro, pero la expedición fue un fracaso. Cercada por más de mil *jagunços*, fue dispersada antes incluso de llegar al campamento. Los relatos y los bulos sobre el enfrentamiento eran cada vez más aterradores, lo que tuvo importantes repercusiones en Río, en las capitales de las provincias, en las redacciones de los periódicos, en la calle del Ouvidor, en restaurantes, librerías y en los ministerios, donde todavía reinaba la incredulidad y la confianza tranquila e ingenua. Se trataba, según ellos, de otro episodio que debía ser sofocado por las fuerzas del orden, como ocurriera a lo largo del Imperio (y después, como se verá).

Euclides da Cunha registró en su diario lo ocurrido en «el combate de Uauá, heroicamente sustentado por la primera expedición del teniente Pires Ferreira»[4]. En el relato de este teniente Ferreira, comandante de la I Expedición contra Canudos, fechado en el Cuartel de la Palma de Bahía el 10 de diciembre de 1896, se denuncian las aterradoras atrocidades, como que los soldados fueron muertos a golpes de machete, y se describe el lamentable estado en que quedaron las tropas legalistas:

> Los uniformes de los soldados que compusieron la fuerza bajo mi mando quedaron totalmente dañados, en un estado tal que no permitía seguir usándolos, debido a la acción de los rayos del sol, de la lluvia y del polvo, y a causa de la necesidad de usarlos permanentemente, pues no sólo se marchaba, sino que se dormía con ellos sobre el suelo desnudo y embarrado de los caminos, por la falta de barracas; además de la necesidad de conservarse la fuerza siempre en armas en sitios cuya topografía nos era desconocida, sin que nos pudiéramos fiar de las informaciones que nos daban, preparadas adrede, con la intención de engañarnos. Muchos soldados rasos perdieron piezas de su uniforme o las dejaron completamente inutilizables [...] rasgadas por las ramas

[4] Euclides da Cunha, «Diário de uma expedição», en Juan C. P. de Andrade, org., *Vida e obra de Euclides da Cunha site. Obra completa de Euclides da Cunha em meio eletrônico. Diário de uma expedição*». Disponible en: http://www.euclides.site.br.com. Acceso el 22-2-2008. Digitalizado de Euclides da Cunha, «Fragmentos e relíquias», en *Obra completa*, Afrânio Coutinho, org., 2.ª ed., Río de Janeiro: Nova Aguilar, 1995, pp. 585-691, vol. 1. Cotejado con la edición organizada por Walnice Nogueira Galvão, São Paulo: Companhia das Letras, 2000, *Retratos do Brasil*, 18.

> de árboles y las zarzas de los caminos. Algunos perdieron en la marcha las corbatas de cuero, a otros les acribillaron de balas los gorros y los capotes o se los acuchillaron con el machete, dejándolos ensangrentados y hechos harapos. Otros perdieron los gorros, tiroteados por las balas. El calzado, incapaz de resistir a una marcha tan larga y por tan malos caminos, se estropeó, quedando un gran número de soldados descalzos[5].

Este relato del teniente que comandó la primera de las cuatro expediciones contra Canudos, sintetiza todo el drama vivido en Brasil en aquel inicio de la República. Se ponía de manifiesto el conflicto de civilizaciones, de mentalidades, el colapso de los valores de una civilización, de sus modelos y hasta de su indumentaria.

A partir de ese momento el gobierno federal, atemorizado, tomó la iniciativa de organizar expediciones militares para destruir Canudos. La segunda incursión contra el poblado contaba con más de 500 soldados, armados con equipos bélicos modernos: nada menos que dos cañones alemanes Krupp y dos ametralladoras. La expedición fue de nuevo repelida en enero de 1897. La situación se agravaba y en los principales centros urbanos la opinión pública se ponía en alerta.

La tercera expedición, bajo el mando del coronel Moreira César, contaba con casi 1.300 combatientes, armados con bayonetas y cañones. En marzo de 1897 fue dispersada, dejando un abundante cargamento de armas y munición a disposición de los *jagunços*.

La cuarta expedición reunió fuerzas militares de todos los destacamentos del país.

El periodista Euclides da Cunha, que fue enviado por el periódico O Estado de São Paulo para hacer una serie de reportajes sobre el conflicto, escribió páginas memorables en el libro *Os Sertões* (1902), la obra más importante de la literatura brasileña pre-modernista. Según da Cunha, se produce en la época «una discordancia absoluta entre las ciudades de la costa y los ranchos de paja y teja del interior, que tanto desequilibra el ritmo de nuestro desenvolvimiento evolutivo y perturba deplorablemente la unidad nacional»[6].

Los soldados republicanos, convocados para una guerra con una población que no conocían, «se veían en tierra extraña». Continúa Euclides:

> Otros hábitos, otros cuadros, otra gente. Hasta otra lengua, articulada en un caló original y pintoresco. Les invadía el sentimiento exacto de partir hacia una guerra externa. Se sentían fuera del Brasil. La separación social completa dilataba la distancia geográfica; creaba la sensación amarga de un largo alejamiento de la patria[7].

[5] En el archivo de los autores hay una copia de este informe, del que no consta la fuente. Aunque de este modo no constituya documento, se trata de un texto que da una idea de la precariedad y rusticidad de las tropas, y de la evaluación equivocada que al principio hacía el gobierno de Canudos. Los autores agradecen de antemano cualquier información que restaure la fuente.

[6] E. DA CUNHA, *Los Sertones*, p. 413.

[7] *Ibid*., p. 413.

El gran escritor describió el conflicto vivido por los jóvenes soldados y oficiales, que no tenían claro lo que hacían en aquella campaña militar fratricida:

> Además de esto, la misión que allí los llevaba destacaba, más aún, el antagonismo. El enemigo estaba allí, hacia el este y hacia el norte, refugiado en la inmensidad de las chapadas, en cuyo extremo, a lo lejos, se desarrollaba un drama formidable…
>
> Conveníase en que era terriblemente paradójico una patria cuyos hijos buscaban su seno, armados hasta los dientes, en son de guerra, despedazando sus entrañas a tiros de Krupp, desconociéndola del todo, no habiéndola visto nunca, sorprendidos ante la misma forma de la tierra árida, revuelta y brutal…[8].

Después de tres meses de lucha contra los *jagunços* de Conselheiro, las tropas del gobierno consiguieron conquistar Canudos. Los seguidores del beato no se rindieron: resistieron hasta el fin. La República estaba salvada…

La Guerra de Contestado (octubre de 1912-agosto de 1916)

La región situada entre los Estados de Paraná y Santa Catarina fue ocupada en 1912 por miembros de un movimiento religioso semejante al de Antônio Conselheiro. Los fieles, al igual que en Canudos, creían que aquel era el lugar de la salvación: todos los que no participasen en el movimiento no alcanzarían el perdón divino[9].

La región era objeto de disputa judicial entre los dos estados, de lo que se deriva el nombre de «Contestado». Desde principios de siglo, labradores sin tierras ocupaban la región y pretendían la regularización de los terrenos ocupados, pero como consecuencia de la construcción de una línea de ferrocarril fueron desalojados del lugar. Además, varias empresas madereras querían instalarse en la región, rica en hierba mate y madera. Tiempo atrás habían surgido en la zona varios movimientos mesiánicos liderados por personas llamadas «monjes», «beatos» o «profetas». Estos movimientos presentaban características comunes: los fieles creían que el fin del mundo estaba próximo y que la adhesión al grupo significaría la salvación del alma de la persona. Creían que después de una «guerra santa» surgiría un nuevo reino gobernado por Dom Sebastião, el rey portugués muerto en la batalla de Al Qasr Quivir en Marruecos en 1578, que volvería resucitado.

Durante la celebración de los festejos de São Bom Jesús, los *caboclos* y los campesinos de la región se reunieron en Taquaruçu. Al final de la fiesta permanecieron en el lugar para escuchar al monje José Maria de Santo Agostinho (el tercer milagrero que decía llamarse José Maria que aparecía en la región después de 1870), que había comparecido acompañado de centenas de seguidores, uniéndose al grupo. Los *coronéis* de la región, que habían perdido poder a causa del avance de la línea

[8] *Ibidem*.

[9] La obra clásica sobre este movimiento fue escrita por Duglas Teixeira Monteiro, *Os Errantes do Novo Século. Um estudo sobre o surto milenarista do Contestado*, São Paulo: Duas Cidades, 1974. Ver también el excelente estudio de Jean-Claude Bernardet, *Guerra camponesa no Contestado*, São Paulo: Global, 1979.

de ferrocarril y de la instalación de las industrias de extracción de madera y hierba mate (principalmente uno cuya esposa habría sido «curada» por el beato), dieron guarida a la comunidad de fieles, que rápidamente fue considerada como un auténtico movimiento. La situación fue aprovechada por los adversarios de los *coronéis*, que consideraron el movimiento como subversivo y monárquico. La represión no tardó en llegar y los fieles fueron dispersados. No obstante, el grupo siguió al monje hasta Irani (hoy Concordia), centro de las disputas de tierras entre los dos estados. Las autoridades paranaenses creyeron que el movimiento estaba siendo alentado por el gobierno de Santa Catarina, con el objetivo de ocupar las tierras. Las tropas del gobierno de Paraná se encargaron entonces de reprimir a los fieles. Durante los combates, el monje José Maria resultó muerto. Los seguidores se reunieron de nuevo en Taquaruçu. Creían que el beato volvería con un gran ejército para ayudarlos a derrotar a las fuerzas enviadas por las autoridades. Se preparaba un nuevo ataque: en esta ocasión participarían el Ejército, la fuerza pública de Santa Catarina y los *vaqueanos* –bandidos similares a los *jagunços* del nordeste, al mando de los *coronéis* locales–.

El ataque comenzó a finales de 1913, al llegar tropas armadas con cañones y otras armas modernas[10]. En el enfrentamiento se produjeron muchas bajas entre los fieles. Los supervivientes se reagruparon de nuevo y comenzaron a saquear las haciendas vecinas, robando ganado para su sustento e incendiando una estación de la *Brazil Railway* y una serrería.

No fue hasta finales del año 1915 cuando el movimiento de los seguidores del monje José Maria fue aplastado por más de 6.000 soldados del Ejército y de la policía de Santa Catarina. En agosto de 1916, el último líder de los fieles, Deodato Manuel Ramos (Adeodato), cayó prisionero de las fuerzas oficiales.

La Revuelta de la Vacuna (1904)

> Aparte de los muertos, la principal víctima fue el médico científico Oswaldo Cruz, que tenía que oír, asustado, estruendosos abucheos allá por donde pasaba. El pueblo no luchaba contra la vacuna, luchaba contra el desalojo. Centenares de presos detenidos durante la revuelta fueron deportados a Acre, práctica que de ahí en adelante se hizo habitual[11].
>
> Darcy Ribeiro

[10] El Ejército llegó a ensayar el uso de un avión para reconocimiento aéreo, por sugerencia del teniente Ricardo Kira, que había estudiado en Francia. El teniente murió en 1914 en una misión de reconocimiento de las posiciones «enemigas», cuando su avión cayó en un intento de aterrizaje forzoso debido al mal tiempo. Véase Frank D. McCann, *Soldiers of the Patria. A History of the Brazilian Army, 1889-1937*, Stanford, CA: Stanford University Press, 2004.

[11] Véase 1904, año de la Vacuna, entrada 82, en Darcy Ribeiro, *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu*, Río de Janeiro: Guanabara, 1985 [s. p.].

Los participantes en los movimientos de Canudos o Contestado estaban en ambientes rurales, distantes del centro de poder. Sin embargo, en el mismo periodo la ciudad de Río de Janeiro, prácticamente equidistante en el espacio –y en el tiempo– a los lugares de los conflictos anteriores, fue escenario de una de las más violentas revueltas contra el régimen republicano: la protesta de noviembre de 1904 contra la vacuna obligatoria.

En la última década del siglo XIX, Río de Janeiro había pasado por varias transformaciones. El fin oficial de la esclavitud provocó un aumento del número de personas desempleadas, con un éxodo de ex esclavos desde las *fazendas* de café fluminenses a la capital. Durante este periodo, por otro lado, se incrementó significativamente la inmigración extranjera, principalmente de portugueses. La población de la capital –formada casi en su mitad por desposeídos sin actividad fija, considerados como «clases peligrosas»– prácticamente se dobló entre 1872 y 1890.

A causa del aumento repentino de sus habitantes, la ciudad tuvo que hacer frente a importante problemas: faltaban casas para acoger a tantas personas y había deficiencias en el abastecimiento de agua, el saneamiento y la higiene. En 1891 se produjeron brotes de epidemias de viruela y fiebre amarilla, en un lugar donde la tuberculosis y la malaria eran enfermedades frecuentes. Río de Janeiro se convirtió en una ciudad insalubre donde era peligroso vivir.

Reforma urbana y vacunación. La belle époque y la *favela*

A principios del siglo XX se inició la reforma de la ciudad. Muchos barrios populares fueron afectados por los derribos. Como señaló José Murilo de Carvalho:

> Se abrían espacios para el mundo elegante que anteriormente se limitaba a los barrios pudientes, como Botafogo, y se apretaba en la calle del Ouvidor. El paseo se hacía ahora en los 33 metros de anchura de la Avenida Central, cuando no se prefería dar una vuelta en coche de caballos por la avenida Beira-Mar[12].

Sobre la elite de la Belle Époque, avergonzada de Brasil, escribió el historiador:

> Por el Río de Janeiro renovado circulaba el mundo de la *belle époque* fascinado con Europa, avergonzado de Brasil, en particular del Brasil pobre, del Brasil negro y del de los inmigrantes. Era el mundo del barón de Rio Branco, ministro de Relaciones Exteriores y promotor de las reformas, el mismo barón que en su juventud había sido *capoeira*, pero que ahora se esforzaba por ofrecer a la vista del extranjero un Brasil blanco, europeizado, civilizado[13].

[12] José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, São Paulo: Companhia das Letras, 1989, p. 40.

[13] *Ibid.*, p. 41.

La reforma del alcalde Pereira Passos no agradó a la población más pobre de la ciudad, cuyas casas fueron expropiadas y demolidas y que se tuvo que comprimir aún más en las pocas corralas que quedaban, subirse a los montes cercanos o desplazarse a los suburbios.

Mientras todo esto ocurría, el director del Servicio de Salud de Río de Janeiro, Oswaldo Cruz, puso en marcha una campaña para combatir la fiebre amarilla y la peste bubónica. El trabajo de las brigadas sanitarias comenzó en 1903, desinfectando casas y cerrando las habitaciones más pobres, «sin condiciones mínimas» de higiene. En medio de ese clima de insatisfacción popular anteriormente descrito, el gobierno comenzó la campaña por la implantación de la vacuna obligatoria contra la viruela.

La revuelta. Aparición de la *favela*

La revuelta contra la vacuna comenzó en el Congreso Nacional. La prensa se sumó rápidamente a las protestas. Los positivistas eran contrarios a la intromisión de los médicos y el personal sanitario en la salud pública, campo reservado al poder espiritual. Las asociaciones de obreros y militares enviaron cartas de protesta a la prensa local.

Los tumultos en las calles comenzaron en noviembre de 1904 y duraron varios días. El enemigo no era la vacuna, era el gobierno, que invadía los hogares sin consultar a los habitantes. La revuelta contó con la participación de casi todos los sectores de la población: obreros, comerciantes, estudiantes, militares, chiquillos de la calle y miembros de las llamadas «clases peligrosas», que formaban la mayoría de la población de la ciudad.

Durante la revuelta contra la vacuna fueron asaltados muchos edificios públicos. Trabajadores de la industria textil atacaron las fábricas. Los oficiales militares se sumaron al movimiento e intentaron utilizarlo para derribar al gobierno, que reaccionó deteniendo a los rebeldes. Al final de la revuelta el gobierno dio marcha atrás y suspendió la vacunación.

José Murilo de Carvalho comenta al respecto:

> La Revuelta de la Vacuna continúa siendo un ejemplo casi único en la historia del país de un movimiento popular con éxito basado en la defensa del derecho de los ciudadanos a no ser tratados de forma arbitraria por el gobierno. Aunque la victoria no se tradujera en cambios políticos inmediatos más allá de la interrupción de la vacunación, la revuelta ciertamente dejó entre los que participaron un sentimiento profundo de orgullo y autoestima, paso importante en la formación de la ciudadanía[14].

[14] *Ibid.*, p. 138.

El historiador cita un artículo escrito por un reportero del periódico A Tribuna, al que algunas personas le habían hablado de la revuelta. Oyó de un negro *capoeira* frases que mostraban la naturaleza de los disturbios y el «sentimiento de orgullo»:

> Llamando al reportero «ciudadano», el negro justificaba la revuelta: se había producido «para que no se dijera que el pueblo era como un cordero. ¡De vez en cuando es bueno que los negros mostremos que sabemos morir como hombres!». Para él, la vacunación en sí no era importante –aunque no hubiese dejado de ninguna manera al personal sanitario meter el tal hierro en sus ingles–. Lo más importante era «demostrar que el gobierno no pone el pie en el pescuezo del pueblo[15].

Quedaba patente la ambigüedad ideológico-cultural y política del Brasil «urbano» en este episodio. En un país de analfabetos y semi-esclavos andando por las calles con desechos a cielo abierto, un país en que el conocimiento científico y las innovaciones tecnológicas penetraban con gran dificultad, choca al lector del siglo XXI la insensibilidad y falta de tacto de los positivistas –que, en principio deberían ser defensores de la Ciencia– así como la mentalidad rústica del personaje anónimo que habló con el periodista, contento con su reacción contra una iniciativa gubernamental de carácter tan progresista para la época.

La *belle époque* brasileña fue también la fase en la que se produjo la «subida a los montes» de la población pobre, es decir, la proliferación de las *favelas* en Río de Janeiro. Suprema ironía histórica: *favela* es el nombre de un arbusto (*Jatropha phyllacantha*), cubierto de espinas hasta en los frutos, que daba nombre al punto más alto del Monte Santo –el monte de la Favela– donde los militares que fueron a combatir al beato Conselheiro de Bahía ajustaban las miras de sus armas durante las batallas… Parece ser que al volver a Río algunos soldados pidieron permiso al gobierno para instalarse en el *morro* (monte) de Providência, y empezaron a llamarlo *morro* de la *Favela*, tal vez por semejanza con el de Bahía.

Una economía en crisis

La proclamación de la República trajo cambios en la economía. El *encilhamento* provocó un aumento de circulación de la moneda, pues, como se ha dicho, los caficultores la necesitaban para pagar los salarios de sus trabajadores. Uno de los resultados de esa política adoptada por el ministro de Hacienda, Ruy Barbosa, fue la inflación galopante (para usar una expresión de aquel tiempo).

En una historia de éxitos, la política de Barbosa fue un enorme fracaso que lo marcaría para siempre. En los primeros cinco años de la República los precios aumentaron un 300%, mientras que los salarios aumentaron apenas un 100%.

La población asalariada se volvía cada vez más pobre. Los trabajadores brasileños, además, tenían que hacer frente a la competencia de los inmigrantes portugueses,

[15] *Ibid.*, p. 139.

lo que aumentaba la disputa por los pocos empleos ofrecidos y desencadenaba recelos contra esos inmigrantes. Éstos, que representaban un 30% de la población de Río en 1890, controlaban gran parte del pequeño comercio y eran dueños de las casas de alquiler. Tenían en sus manos el 70% del capital financiero comercial e inmobiliario.

En 1895 la caída del precio del café en el mercado internacional agravó la situación económica. Los que habían sido excluidos del juego político durante el Imperio tenían expectativas de cambio y renovación con el nuevo régimen. Sin embargo, durante los primeros años de la República, las agitaciones fueron constantes y Río de Janeiro presenció la Revuelta de la Armada y las primeras huelgas. Ferroviarios, estibadores, cocheros y conductores de tranvías, todos luchaban por mejores condiciones.

Inestabilidad política

Los clubes jacobinos (en los que se reunían los rústicos jacobinos brasileños, con una ideología bastante distante de la de sus homónimos de la Revolución Francesa) y los batallones patrióticos eran los principales causantes del clima de tensión política. Presionaban al gobierno para que adoptase reformas que beneficiasen a los sectores populares de la ciudad de Río de Janeiro, ante lo que el gobierno respondía con medidas represivas. Los *capoeiras*, los anarquistas extranjeros y otros responsables de desórdenes y huelgas eran perseguidos, expulsados o deportados a Fernando de Noroña.

En poco tiempo, la población más pobre se dio cuenta de que la República no podía ni pretendía satisfacer sus expectativas de cambio. Este sector de la población, sobre todo los negros, se desencantó con el régimen republicano. El gobierno, por su parte, en su intento por estabilizar la situación política, necesitaba neutralizar a las fuerzas populares causantes de las algaradas. Necesitaba también articular a las oligarquías en torno al orden establecido, respetando y fortaleciendo su fuerza política regional, aunque fuera mantenida generalmente por medios violentos.

Para negociar la deuda externa con los banqueros ingleses, el gobierno republicano necesitaba paz interna. En 1900 las oligarquías en el poder formaron un gran partido de gobierno, sustentado en las oligarquías estatales: el Partido Republicano. A través de él, los más poderosos desde el punto de vista económico gobernaron el país de acuerdo con sus intereses. De nuevo, la mayoría de la población se vio excluida del juego político. Las voces de oposición al régimen republicano callaron o fueron silenciadas, e incluso absorbidas por el sistema: los intelectuales descontentos recibieron cargos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el «Itamaraty», como era denominado, por el Palacio en el que se ubicaba el ministerio, mientras que los anarquistas y socialistas que resistieron las persecuciones del gobierno se hacían *pelegos*, es decir, sindicalistas al servicio de los patrones. Los jacobinos, simplemente, fueron eliminados de la escena política.

En Río de Janeiro la participación popular quedó restringida a las colonias de inmigrantes y a las corralas. La mayoría de la población sólo podía expresarse, con límites, a través de la prensa.

El terreno y las semillas de la modernización... y de la insatisfacción social...

Si volvemos atrás en el tiempo, se puede observar que en la última década del siglo XIX ya se venía dibujando un nuevo orden internacional. El sistema mundial de dependencias sufrió una profunda alteración, con el reparto de África y Asia, las dos grandes guerras mundiales y la Revolución Soviética en Rusia. Después de la Primera Guerra Mundial, el mapa-mundi era totalmente diferente de aquél de 1914, sobre todo por la desarticulación de los grandes imperios. Inglaterra dejaba de ser el centro de la economía mundial y los Estados Unidos surgían como potencia imperialista, provocando la redefinición de las fuerzas imperiales europeas presentes en el subcontinente, ahora ya denominado latinoamericano. A partir de 1895 el precio del café en el mercado internacional comenzó a caer, a causa de la sobreproducción. Para mantener el nivel de las cotaciones de café en los mercados, los gobiernos estatales de São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro crearon mecanismos de revalorización de la mercancía (principalmente almacenamiento y quema de excedentes). A pesar de ello, Brasil no consiguió mantenerse distanciado de los cambios que se producían en la economía mundial. Mientras tanto, el país se industrializaba lentamente, aprovechando el cambio de la coyuntura internacional y el aislamiento provocado por los conflictos mundiales.

La mayoría de los productos industrializados consumidos en Brasil se fabricaba en Inglaterra. Hasta comienzos del siglo XX, Brasil estuvo dominado por la hegemonía inglesa, y no sólo en lo que se refiere a los productos manufacturados importados. Banqueros y capitalistas ingleses realizaban inversiones en los sectores de transportes y comunicaciones, contribuyendo a la financiación del déficit de la balanza comercial y de la producción de géneros agrícolas destinados a la exportación. La economía brasileña se especializó en la producción de productos primarios para el mercado externo.

Según vimos en los capítulos anteriores, Inglaterra no compraba productos primarios exclusivamente en Brasil. A finales del siglo XIX las potencias industriales europeas se habían lanzado a la conquista de colonias en África y Asia, colonias que suministraban materias primas a las metrópolis. Por lo tanto, las potencias europeas no dependían de la producción de los países americanos. La Primera Guerra Mundial, sin embargo, modificaría la situación internacional. Los Estados Unidos fueron los grandes ganadores del conflicto. La decadencia de Europa en la posguerra se hizo evidente: todos los países que participaron en ella, incluso los vencedores, estaban arruinados. Los Estados Unidos se convirtieron en los grandes acreedores del mundo en los primeros años tras la guerra y el centro de la economía mundial se transfirió al continente americano. En 1919, la libra esterlina inglesa dejaba de ser la principal moneda utilizada en las relaciones comerciales y financieras entre los países, cediendo su lugar al dólar.

En el cambio de siglo, avance de la industria y cambio de mentalidad

A finales del siglo XIX se asistió en Brasil a la confluencia de cuatro procesos históricos importantes:

– La propaganda abolicionista y la abolición de la esclavitud (1888)

– La propaganda e instauración del régimen republicano (1889)

– El arranque de la industrialización

– La inmigración, que al hacer surgir una nueva mentalidad (la consecuencia más profunda, dicho sea de paso), rompió –o cuando menos, debilitó– los viejos patrones ideológico-culturales de matriz oligárquico-estamental.

A tales procesos correspondió, ya en el marco de la Federación republicana, la reorientación del equilibrio político nacional. Aunque cada uno de los cuatro procesos histórico-sociales tuviese su propia dimensión, estaban entrelazados, acarreando, como resultado general, un significativo desplazamiento de capitales y de mano de obra del campo a la ciudad, provocando un nuevo tipo de urbanización. Este acontecimiento marca la entrada de la ciudad de São Paulo en el siglo XX, preparándola para la «modernidad» (tal como era entendida en la época).

Relacionada también con la continua llegada de inmigrantes, se creó en São Paulo una economía industrial con cierta estabilidad –si se la compara con la economía dominante anterior, la del café, y el modo como era administrada. La región era todavía predominantemente agrícola y estaba sujeta a las crisis del sector, sobre todo a las oscilaciones del mercado externo y del clima. Como denunciaría Paulo Pinto de Carvalho medio siglo después:

> La cultura de explotación de la tierra que el labrador se vio obligado a practicar no puede ser calificada como agricultura. Estas prácticas despueblan los campos y hacen de ellos desiertos. No trae el bienestar ni ofrece seguridad ni estabilidad. Todo ello muestra que Brasil ha exportado su propio patrimonio, su capital, su riqueza, representada por la fertilidad de la tierra, en beneficio de un pequeño número de intermediarios. Se explica así la pobreza de nuestra población rural y la prosperidad de las ciudades, lugar de residencia de aquellos[16].

Nuevos horizontes: São Paulo se consolida en el escenario nacional

Guardando aún rasgos de la villa imperial, São Paulo se convirtió en el centro de una constelación urbana más amplia, que incluía las ciudades de Sorocaba, Campinas y Mogi das Cruzes. Era el núcleo de la red urbana, que se beneficiaba de las nuevas líneas ferroviarias y de las carreteras con acceso al puerto de Santos. Por otro

[16] Paulo Pinto de Carvalho, *Aspectos de nossa economia rural*, São Paulo: Brasiliense, 1943, *apud* Richard M. Morse, *Formação histórica de São Paulo. Da comunidade à metrópole*, São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1970, p. 231.

lado, constituía ya un mercado consumidor populoso, diferenciado del resto del país, dotado de materias primas para las industrias básicas (como madera para muebles y construcción), alimentos, tejidos, cerámica y alfarerías. Tenía también una excelente localización geográfica para continuar desempeñando el papel de centro comercial, de servicios y de intermediación en las relaciones, tanto internacionales como con otros estados brasileños.

El tono de la vida en la vieja urbe, ahora renovada, lo daba el gran movimiento en la Bolsa de Valores (creada el 23 de agosto de 1890 por Emílio Rancel Pestana), la serie de hoteles, tiendas y farmacias, la Academia de Derecho en el largo de São Francisco, las dos Escuelas de ingeniería y las escuelas secundarias, librerías, periódicos, confiterías, restaurantes, la Santa Casa y los hospitales, consultorios, prostíbulos de cierto nivel y despachos de profesionales liberales, gestorías y servicios en general (a veces en calles que se especializaban en tal o cual actividad). Enfrente de la Catedral de la Sé, en el largo del Café y en el largo de Paisandú, se reunían profesionales y artesanos (carpinteros, herreros, pintores, fontaneros, etc.) para intercambio de información y contratación de posibles trabajos[17].

Tal vez ocurriera un fenómeno aún más importante con el capital. Aunque la mayor parte se originara en el café, son conocidas las historias de fortunas amasadas por inmigrantes que llevaron a Brasil su capacidad de trabajo y un «alto sentido de los negocios», en especial italianos, sirios, judíos y libaneses. Muy modestos al principio, en el corto espacio de dos o tres generaciones lograron construir imperios, atrayendo con eso mayores contingentes, como en la «fiebre del oro». Fue una inmigración masiva. Entre 1908 y 1920 entraron por el puerto de Santos 190.000 inmigrantes subvencionados, que iban directamente a las *fazendas*; otros 340.000 llegaron sin subvenciones, es decir, de forma espontánea, un 80% de los cuales fueron a trabajar a la industria, al comercio o a los ferrocarriles. Muchos de estos inmigrantes remediaron las deficiencias de una sociedad de pasado esclavista, sirviendo como técnicos, metalúrgicos y mecánicos, ya que en las escuelas del Estado brasileño aún no había cursos de formación técnica y empresarial. Con las restricciones a la entrada de extranjeros a partir de los años 1930, la emigración interna –sobre todo del nordeste y de Minas– fue la que colmó la necesidad de mano de obra fabril y agrícola. El proceso no pararía ahí: la sequía de 1952, por sí sola, llevó del nordeste a São Paulo a cerca de 1.100 personas al día.

Fue también importante para el arranque industrial la construcción de fuentes de energía eléctrica barata, especialmente en un país en que los combustibles eran escasos y de baja calidad. São Paulo tuvo su primera iluminación eléctrica estable

[17] Para comprender los cambios urbanos que se producen en São Paulo en esa época, véase el libro de Heloisa Barbuy, *A cidade-exposição. Comércio e cosmopolitismo em São Paulo, 1860-1914*, São Paulo: Edusp, 2006. En el libro de Morse ya citado, *Formação Histórica*, veánse los capítulos: «Expansão econômica e imigrantes«; Expansão física»; «A nova configuração da vida»; y el brillante «O temperamento da metrópole». Para el período siguiente, el subcapítulo «São Paulo» (pp. 117-131), de la obra de Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*, Lisboa: Portugália/Martins Fontes, s/d., en su tercera parte («O Novo Mundo»), constituye una lectura fundamental para el lector interesado en historia de las mentalidades.

en 1891, que sería absorbida rápidamente por la compañía canadiense *The São Paulo Railway, Light & Power Co. Ltd.*, que también se encargó de los sistemas de transporte de la ciudad (su nombre sería cambiado más tarde por el de *The São Paulo Tramway, Light & Power Co. Ltd.*, para evitar confusiones con la empresa de ferrocarriles, y acabaría conociéndose popularmente como la «Light»). Pronto fue construida una central de energía, junto con un sistema de embalses para ampliar el potencial de la región. La demanda alcanzaría en el futuro niveles asombrosos: en la São Paulo de 1953 la demanda de energía eléctrica por residencia era mayor que la de Chicago.

En el cambio de siglo surgió un nuevo sector de la sociedad que no pertenecía a la aristocracia rural o urbana, ni tampoco al proletariado. Se trataba de una capa social intermedia, con fracciones sociales de varios orígenes, como la pequeña nobleza decadente, profesionales de diversos ramos del comercio, dependientes de las tiendas, restauradores y cocineras para la alta sociedad, sastres, costureras y sombrereros, profesores y un largo etcétera, buena parte de ellos extranjeros. Casas elegantes del centro de la ciudad se readaptaban para recibir a esa especie de «clase media», transformándose en pensiones que servían a estudiantes, abogados, cajeros, comerciantes, funcionarios públicos, agentes de negocios y toda una gama de profesionales urbanos. La ciudad asistía al advenimiento de la «clase media», como se puede leer en el *Diário Popular* de 12 de marzo de 1892:

> La clase media está siendo absorbida por el elemento extranjero, por la considerable masa de los que emigraron hacia aquí y se hicieron con toda la pequeña industria, con todo el pequeño comercio, con toda la pequeña propiedad y que [se ha] enriquecido porque trabaja en su exclusivo provecho[18].

En ese comentario con sabor de anticipación, se detecta el perfil de la historia empresarial de São Paulo en la primera mitad del siglo XX: una nueva clase, laboriosa, que trabaja mucho y gasta poco, amasa, capitaliza, ahorra, no es consumista –y además, da vida a pequeñas empresas industriales y comerciales. Esa, por decirlo de algún modo, vocación *paulistana* será una marca sociocultural que el tiempo confirmará.

Con la industrialización, la vida en São Paulo adquirió un nuevo sentido. Los hombres de negocios, que ya intentaban diferenciarse de los *coronéis* del mundo rural, los trabajadores politizados y una clase media ilustrada, vivían un ambiente que puede ser sintetizado con una frase recogida en un documento del Departamento Estatal de Trabajo, en el momento de la primera crisis industrial, en 1912:

> São Paulo es un foco preparado para proyectar, tal vez en breve, una corriente enérgica en todas las esferas de la actividad[19].

[18] *Apud* R. M. Morse, *Formação histórica*, p. 263.

[19] *Boletim do Departamento Estadual do Trabalho*, vol. I, ts. 1-2, p. 9, *apud ibid.*, p. 280.

En 1914, en un informe de la Alcaldía, se leía una declaración premonitoria (y algo ingenua, según Morse):

> São Paulo está poniéndose en condiciones de ser un gran centro industrial, algo como Chicago y Manchester juntas[20].

La Primera Guerra Mundial provocó una serie de cambios en la economía brasileña. Durante el conflicto, los exportadores no tuvieron acceso al mercado internacional, mientras que los países industrializados dejaron de suministrar sus productos manufacturados a los países agroexportadores. El resultado fue la expansión de la industria local.

Desde el momento de la proclamación de la República, en 1889, los industriales venían pidiendo la adopción de tarifas proteccionistas para estimular el desarrollo de la industria nacional. Al ser las oligarquías exportadoras adeptas al liberalismo económico, los productos de las industrias locales no tenían capacidad de competir con los productos manufacturados importados, de mejor calidad y más baratos. El efecto de la Primera Guerra Mundial fue positivo: las industrias locales sustituyeron a los productos manufacturados importados que ya no llegaban. La guerra creó, para algunas industrias, condiciones de crecimiento y conquista del mercado interno.

El mundo del trabajo: la clase obrera

Con la expansión industrial se incrementó el número de obreros en las grandes urbes brasileñas. La clase trabajadora estaba formada por inmigrantes italianos, españoles y portugueses que constituían la mayor parte del proletariado en ciudades como São Paulo, Santos y Río de Janeiro, las que tenían el mayor número de establecimientos industriales y comerciales a comienzos del siglo XX.

Durante la Primera República los obreros no contaban con ninguna protección de las autoridades del Estado: no había aún atisbos de una legislación laboral, que regulara el horario de trabajo y el salario. En las empresas se puso en vigor el llamado *reglamento de fábrica*, según el cual cada planta fabril instituía multas y castigos específicos. No había descanso semanal ni vacaciones, y los obreros trabajaban entre 10 y 12 horas cada día. La alianza entre los empresarios y las fuerzas represivas garantizaban el orden dentro de las fábricas, a pesar de las protestas de los trabajadores. Las condiciones de trabajo e higiene eran denigrantes y el salario apenas daba para sobrevivir. Para protestar contra esta situación, los obreros crearon organizaciones propias, los sindicatos, como se hacía en Europa y los Estados Unidos. La mayoría de los trabajadores de principios del siglo XX eran anarquistas, partidarios de que los sindicatos lideraran la lucha contra el Estado y los patrones. La huelga era la principal arma contra la explotación. Para evitar las huelgas y controlar a los obreros, los industriales utilizaban las fuerzas represivas:

[20] *Boletim*, vol. III, ts. 12-13 (1911-1912), *apud ibid.*, p. 283, n. 17.

la policía prendía y deportaba a los líderes del movimiento sindical, casi todos extranjeros (fundamentalmente italianos, españoles y portugueses), considerados elementos indeseables para el país. Destacaron líderes como el portugués Neno Vasco, o los italianos Gigi Damiani y Oresti Ristori, este último considerado el mayor agitador que apareció en Brasil[21].

Aparte de los anarco-sindicalistas, había obreros de la llamada tendencia reformista que reivindicaban mejores condiciones de trabajo y de vida por medio de reformas. Generalmente, estos trabajadores pertenecían a empresas estatales y contaban con el apoyo de todos los sectores, excepto de los que se identificaban con los intereses agrarios. Se trataba fundamentalmente de ferroviarios, estibadores y trabajadores marítimos, en general brasileños y electores.

A partir de la década de 1920, la tendencia anarco-sindicalista perdió fuerza en el movimiento obrero. Los anarquistas se vieron obligados a hacer frente a la competencia del Partido Comunista, fundado en 1922, y de los sindicatos de las empresas estatales, que contaban con apoyo oficial.

La creación del Partido Comunista Brasileño (PCB)

El Partido Comunista Brasileño estaba afiliado a la III Internacional Socialista, creada por Lenin en 1921 en la Unión Soviética, que propugnaba la revolución nacional proletaria en cada país. El objetivo de los comunistas era desarrollar la unión sindical. Para ello fundaron el Comité Central, para después crear la Confederación General de los Trabajadores, la CGT.

Fundado en 1922 por un selecto grupo liderado por Astrojildo Pereira, el Partido Comunista funcionó en la legalidad durante cuatro meses. Apoyaron el levantamiento del Fuerte de Copacabana y en 1927 iniciaron contactos con Luís Carlos Prestes, uno de los líderes de los *tenentes*. A partir de ese momento apareció el prestismo dentro del Partido, que rompería con el tenentismo en 1930.

La sociedad del café en crisis. La política de revalorización

La industria constituía una novedad en una República esencialmente agraria. La gran mayoría de la población vivía en el campo, siendo la actividad más lucrativa la producción y exportación de café, cuyo precio variaba en función de las oscilaciones del mercado internacional. A partir de finales del siglo XIX, la cotización del café en el mercado internacional había comenzado a caer, pues otros países también empezaron a producir la mercancía. El exceso de oferta del producto hundió los precios. Los productores brasileños no se conformaban con este estado de cosas, por lo que presionaron al gobierno para que asumiera una política de revalorización

[21] Cf. el excelente artículo de Lená Medeiros de Menezes, «A devolução dos indesejáveis», en *Nossa História*, 2 (24), São Paulo (2005), p. 28.

del café. En 1906, los gobernadores de São Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro, los principales estados productores de café, firmaron un acuerdo en la ciudad paulista de Taubaté, en el valle del Paraíba.

Se tomaron varias medidas para garantizar los precios. El gobierno se responsabilizaría de la compra previa del café, teniendo como apoyo a los bancos extranjeros, que financiarían a las administraciones regionales para realizar la operación. Gracias a ello dominaban la comercialización del producto, que una vez entregado, sería guardado en almacenes oficiales para proveer a los mercados internacionales a medida que hubiese demanda. Esto provocaba las famosas y frecuentes quemas del café excedente, dada la necesidad de destruir los *stocks*, financiados por los gobiernos y por la sociedad, a la que sin quererlo se involucraba en esta operación de expropiación a través de los impuestos. Finalmente, el precio del café aumentaba, sin que los perjuicios futuros llegaran a los caficultores, que tenían así garantizada la compra de la *safra*.

Las oligarquías de São Paulo, Río y Minas Gerais se vieron fortalecidas, aunque en el espacio de dos o tres generaciones serían afectadas por la crisis social, y más adelante por la crisis internacional de 1929, como describió el dramaturgo Jorge Andrade en obras magistrales como *A Moratoria*.

El resto de la población, incluidas las oligarquías de otros estados, pagaba el precio de la hegemonía económica de los caficultores. La situación financiera de los demás estados se hizo tan insostenible en la década de 1920, que comenzaron a reclamar una mayor participación en el poder. Las críticas más furibundas vinieron de Rio Grande do Sul, exportador de charque y cueros. Por primera vez, se produjo una escisión entre las oligarquías que gobernaban Brasil. Mientras la población urbana protestaba contra la inflación causada por la política de revalorización del café y los industriales presionaban para que se adoptara el proteccionismo, las oligarquías de otros estados reclamaban la revalorización de otros productos de exportación, aparte del café. A su vez, los estados del nordeste se mostraban descontentos por el abandono de las obras contra la sequía.

En suma, la sociedad brasileña dejó de ser la misma. Otros intereses ponían en jaque al orden oligárquico de los exportadores de café y las críticas se volvían contra las elites dirigentes, las manipulaciones electorales, judiciales y de clientelas, la justicia defectuosa, la cultura de los graduados y la corrupción generalizada.

Proyectos reformistas y revolucionarios. *Tenentes* y socialistas

El Ejército, a pesar de todo, saldría reforzado de la Proclamación y de las campañas del cambio de siglo –las guerras de Canudos y de Contestado–, principalmente entre las clases medias de las regiones menos urbanizadas del sur y del nordeste. Una parte de sus oficiales, formados en los inicios de la consolidación de la República, en un momento de efervescencia social y política, desarrolló una visión peculiar de su papel en el Estado. Se trataba de los *tenentes*, jóvenes oficiales del Ejército, casi todos provenientes de familias modestas, que reivindicaban una mayor participación política y la moralización de la clase gobernante.

A lo largo de los primeros 30 años del siglo XX el *tenentismo* se escindiría en dos tendencias contrapuestas: la reformista y la socialista, con líderes y proyectos muy diferentes. Los capitanes Luís Carlos Prestes y Juarez Távora tipificarían, a finales de la Primera República, esas dos tendencias en la voluntad de cambio social y político-institucional. En mayo de 1930, cuando aún era líder *tenentista*, Prestes denunciaba el rumbo equivocado de la Revolución en curso, que daría inicio al *Estado Novo*, dedicándose a partir de entonces a combatir la gran propiedad territorial y el imperialismo angloamericano.

La rápida respuesta del *tenente* Juarez Távora, al criticar la posición de los prestistas en sus ataques sistemáticos a la burguesía, dejó claro el divorcio que se estaba produciendo entre los *tenentes* y los seguidores de Prestes. En el debate entre el gaúcho Prestes y el cearense Juarez se ponía de manifiesto el creciente antagonismo entre el pensamiento revolucionario y el reformista. Aunque hubiesen participado ambos en la Marcha de la Columna y en otros episodios de rebeldía contra el gobierno de la *República Velha*, los dos *tenentes*, representantes de dos corrientes importantes dentro del Ejército –y con ramificaciones en la incipiente sociedad civil– se separaban por diferencias de concepción de estrategias y tácticas en la conquista del poder, pero, sobre todo, de visión de Brasil y del papel de las clases sociales en el proceso de cambio. Divergencias que se acentuarían en las décadas siguientes, mientras ambos permanecieron en la escena político-institucional. Veamos los antecedentes.

Revueltas *tenentistas* (1922 y 1924)

En los años finales del Imperio la tensión entre civiles y militares aumentó considerablemente. En el capítulo anterior, al examinar la Cuestión Militar de finales del Segundo Reinado, vimos que los militares despreciaban el *bachillerismo* de los civiles, creyéndose ellos los únicos «puros» y «patrióticos». A fin de cuentas, la victoria en la Guerra contra Paraguay se debía a su esfuerzo. Por todo ello los jóvenes oficiales positivistas aplaudieron el golpe del día 15 de noviembre, dirigido por la cúpula militar.

A partir de la proclamación de la República, el país quedó sujeto a otras posibles intervenciones militares en el futuro. Los militares pensaban que podían (y por imperativo cívico, debían) tutelar a los civiles y dictar el rumbo del gobierno. La República oligárquica mantuvo en general al Ejército lejos del poder, menos en el caso de la elección del mariscal Hermes da Fonseca, sobrino de Floriano, en 1908. Durante la campaña, un movimiento civilista al mando del candidato de la oposición, Ruy Barbosa, se apoderó de las calles del país. Barbosa se oponía a la intervención de los militares en la política, el llamado movimiento «salvacionista».

El Ejército, a pesar de todo, conquistaba cada vez más espacio institucional. A partir de 1918, con la extinción de la Guardia Nacional, la corporación monopolizó el poder armado en el terreno nacional, contratando incluso una misión en Francia para su instrucción. Los estados, sobre todo los más poderosos desde el punto de

vista económico, siguieron el ejemplo con la pretensión de modernizar sus propias fuerzas policiales.

La formación de los militares republicanos: los graduados de uniforme

A principios del régimen republicano había dos tipos de oficiales en el Ejército: aquellos que frecuentaban las Escuelas Militares, los llamados *graduados de uniforme*, seguidores de la filosofía positivista y, por otro lado, los *tarimbeiros*, oficiales más viejos, ex combatientes de la Guerra de Paraguay, que generalmente no habían pasado por la Escuela Militar.

La relación entre los dos grupos dentro de las Fuerzas Armadas no era fácil. Durante el golpe que derribó al Imperio los dos se unieron: el grupo más joven contribuyó con las ideas, mientras que los *tarimbeiros* llevaron el apoyo del resto de la corporación, pues gozaban de un inmenso prestigio. Los jóvenes oficiales se sumaron a los disturbios callejeros de los primeros años de la República, apoyando el jacobinismo y alineándose con los sectores populares.

En 1904, después de la Revuelta de la Vacuna, la Escuela Militar de Praia Vermelha fue cerrada, por la participación de jóvenes oficiales en la revuelta y en el intento de golpe, volviéndose a abrir en 1911 en Realengo. Entre 1904 y 1911 la enseñanza militar se realizó en Porto Alegre, en la Escuela de Guerra. Durante este periodo algunos oficiales fueron a Alemania a realizar sus cursos. Al volver intentaron modernizar el Ejército con las nuevas ideas que traían del exterior. Este grupo de oficiales recibió el nombre de los jóvenes turcos. A partir de este momento, la filosofía positivista pasó a un segundo plano en la formación de las Escuelas Militares.

En 1920 una misión de oficiales franceses ofreció cursos para los oficiales del Ejército brasileño[22]. La misión tuvo varios efectos importantes: por un lado la educación se hizo más técnica; por otro, se creó un Estado Mayor del Ejército. En 1927 se creó un Consejo de Defensa Nacional con el objetivo de planear la movilización nacional durante situaciones de defensa en caso de conflicto bélico con otro país.

Los militares y la reconstrucción de la República

Durante la Primera República, el Ejército triplicó el número de sus efectivos. La organización militar creció rápidamente, aumentando también su poder. Entre sus principales actividades estaban la guarda de fronteras potencialmente conflictivas, principalmente en el sur, y el control de ciertos centros urbanos costeros, donde las revueltas sociales habían sido tradicionalmente intensas. La mayor parte de las guarniciones se localizaba en Rio Grande do Sul y en Río de Janeiro.

[22] Sobre la Misión Militar Francesa en Brasil de la posguerra véase João Quartim de Morais, *A esquerda militar no Brasil*, 2.ª ed., São Paulo: Expressão Popular, 2005, pp. 186-195.

Había tres corrientes dentro del *tenentismo* y la oficialidad del Ejército. La primera era adepta a la idea del «ciudadano soldado». Éste podía intervenir en la vida política para romper la hegemonía de los civiles y realizar reformas. Al ser militares de formación positivista, consideraban un deber el cooperar para el progreso nacional.

La segunda tendencia creía que el soldado, como profesional, no debía intervenir en la vida política del país. Estaba formada por un grupo de oficiales ligados al pensamiento de los jóvenes turcos, el más progresista dentro del Ejército. Según sus miembros, los militares debían permanecer apartados de la política y de los cargos públicos, obedeciendo estrictamente a sus superiores jerárquicos.

La tercera, la de los soldados como corporación, creía que los militares deberían realizar una intervención «moderadora» cada que vez que las fuerzas populares amenazasen con hacerse con el poder político. Este grupo admitía la intervención directa en la política, en caso de que los civiles no fueran «aptos» para gobernar. Para ellos, las fuerzas armadas tenían el derecho de tutelar a los civiles, lo que hacía legítimas eventuales intervenciones armadas.

Camino de la Revolución. Las intervenciones militares

Por todo lo anterior se entiende porqué todas las intervenciones militares contra la República oligárquica partieron de jóvenes oficiales, variando únicamente su sentido según las tendencias mencionadas antes. A lo largo de la Primera República, los tenientes formaron el grupo de oficiales más numeroso de la organización militar. Al ser muchos, causaban problemas funcionales, sobre todo en relación a las promociones y las jubilaciones. Sus orígenes en los sectores más modestos de la población y el entrenamiento recibido, estimulaban su participación en las luchas de resistencia al sistema. *Grosso modo* demandaban el voto secreto, la moralización de la política, la reforma administrativa, con mayor centralización del Estado, la existencia de un poder judicial independiente, la reforma de la enseñanza y el establecimiento de la enseñanza pública gratuita y generalizada.

En 1922 los *tenentes* de la Escuela Militar de Realengo y del Fuerte de Copacabana, en Río, junto con la guarnición local de Mato Grosso, se alzaron en armas contra el gobierno civil de la República. El gobierno decretó el estado de sitio y la revuelta fue sofocada, pero los ideales de los *tenentes* fueron bien recibidos por diferentes sectores de la sociedad, interesados en cambiar el sistema.

En São Paulo se produjo en 1924 otra revolución liderada por *tenentes*, esta vez de mayor importancia, con el objetivo de desestabilizar el gobierno civil y alterar el sentido del proceso inaugurado en 1889. Otro levantamiento surgió en 1926 en Santa Maria, en Rio Grande do Sul, en el que participaron las guarniciones militares del lugar, que no eran de poca monta. Tanto la revolución como el levantamiento fueron reprimidos, pero dejaron una profunda huella en la trayectoria de los militares involucrados.

Hacia esa época comenzó a ser frecuente el enfrentamiento entre militares progresistas, o reformistas, y los defensores del «Orden». La insurrección de 1924 en São Paulo fue liderada por un general, Isidoro Dias Lopes, mientras que el movimiento comunista nacía con el apoyo y posterior integración en él de un capitán, Prestes, que se convirtió en uno de los líderes máximos del comunismo en Brasil y en el continente latinoamericano.

La marcha de la Columna Prestes

En el año 1924 se produjo la ocupación de la ciudad de São Paulo durante tres semanas por tropas bajo el mando del general Isidoro Dias Lopes. Junto a él, además del mítico teniente Cabanas, estaban los tenientes Eduardo Gomes, Estillac Leal, João Alberto, los hermanos Joaquim y Juarez Távora, y Siqueira Campos.

El grupo consiguió llevar adelante la insurrección, que se extendió por el interior del Estado y alcanzó Sergipe, Mato Grosso, Pernambuco y Amazonas (Manaus). La represión por parte de las tropas federales reunió a cerca de 15.000 hombres. En el conflicto murieron más de 500 personas, desencadenando una brutal contrarrevolución. El conflicto se prolongó en Manaus durante cinco meses.

Es en este contexto en el que nace en Rio Grande do Sul la Columna Prestes. Durante tres años, cerca de 1.600 militares marcharon por varios estados, combatiendo contra las fuerzas del Ejército y contra las tropas y milicias estatales y municipales. Su trayectoria sólo terminó en 1927, cuando se disolvió en Bolivia. Su ideología no era muy nítida, aunque el enemigo fuese claramente el gobierno Bernardes. Se esperaba un levantamiento de militares en Río de Janeiro que no llegó a producirse. En 1926, como principal acción militar, Siqueira Campos destruyó el navío de transporte de tropas federales que iban a combatir la Columna.

Con todas estas «sediciones», los presidentes Bernardes y, a partir de 1926, Washington Luís, gobernaron apoyados constantemente en la *Lei Celerada*, con la que podían reprimir fácilmente a los revolucionarios, mandándolos generalmente al destierro. Se produjeron también torturas y muerte de comunistas en la capital de la República, en la sede de la Policía Central, lo que más tarde sería habitual en otros locales y dependencias…[23].

Los comunistas continuaban activos al año siguiente, aunque se encontraran provisionalmente en la ilegalidad. Publicaban un diario, A Nação, dirigido por Leônidas de Rezende, que influyó sobre más de una generación de estudiantes de Derecho. Prestes, que se encontraba todavía en Bolivia, reingresó en el Partido Comunista por insistencia de Astrojildo Pereira, mientras que otro de los líderes, Mário Pedrosa, se fue a estudiar a Moscú. En sus idas y venidas a Berlín y París, Pedrosa se integró en

[23] Información proveniente de las entradas 530, 547 (1926), en D. Ribeiro, *Aos trancos*.

la tendencia trotskista, de la que sería el máximo exponente en Brasil, además de notable crítico cultural[24].

Programa para una revolución. ¿«Trivial»?

En el programa de 1926 de los militares descontentos se recogía una serie de exigencias generales:

> Nos posicionamos contra: los impuestos exorbitantes, la incompetencia administrativa, la falta de justicia, el amordazamiento de la prensa, las persecuciones políticas, el no respeto a la autonomía de los Estados, la falta de legislación social, el estado de sitio. Estamos a favor: de una enseñanza primaria gratuita, de la instrucción profesional y técnica, de la libertad de pensamiento, de la unificación y autonomía de la justicia, de la reforma de la ley electoral y fiscal, del voto secreto obligatorio, de la libertad sindical, del castigo a los defraudadores el patrimonio del pueblo y a los políticos corruptos y del auxilio estatal a las fuerzas económicas[25].

La declaración –que Darcy Ribeiro, en 1985, consideró «trivial», por su inconsistencia y generalidad– sintetizaba, sin embargo, las propuestas político-sociales de un frente de opositores al régimen que contaban con la simpatía de las capas medias urbanas. El gobierno de la República, sobre todo el de Artur Bernardes, gobernó apelando compulsivamente al estado de sitio como respuesta a las crecientes demandas y a los conflictos sociales abiertos. La gran huelga de 1917, los conflictos portuarios y obreros y la Revolución de 1924 estaban vivos en la memoria social, muy sensibilizada con la victoria de los bolcheviques en la Rusia soviética.

Las demandas revelaban también el profundo atraso a que Brasil parecía condenado, enredado en la madeja de la «reforma electoral», en la peste de la corrupción y en la trama de los impuestos exorbitantes. Un país, además, sin libertad de expresión: por motivos insignificantes, profesores, intelectuales y obreros se veían perseguidos, despedidos o desterrados, en una época en la que las comunicaciones eran muy precarias.

Con el agravamiento de la crisis internacional, que provocó caídas suplementarias en los precios del café y de otros géneros, con las consecuentes quiebras y reducciones drásticas de los salarios, empeoró la crisis social. Se hacía necesario un cambio. En ese momento, en un país con 37 millones de habitantes, recién entrado en la industrialización y con graves problemas en el campo, surgió, entre las soluciones propuestas, la candidatura de Getúlio Vargas a la presidencia de la República. Vargas, que había sido ministro de Hacienda de Washington Luís, se convirtió en el candidato propuesto por la Alianza Liberal, teniendo como vicepresidente a João Pessoa, que negó su apoyo a los candidatos oficiales del Catete: Júlio Prestes (de São Paulo) y Vital Soares (de Bahía). Al rechazarse la victoria de Júlio Prestes, se abrió el

[24] *Ibid.*, entrada 557 (1927).
[25] *Ibid.*, entrada 531 (1926).

proceso que llevaría a Getúlio al poder, con el apoyo de Antônio Carlos, de Minas, donde se había producido ya un levantamiento.

Los *tenentes*, por su parte, habían considerado hasta entonces a Luís Carlos Prestes como su líder, pero éste, al condenar la candidatura de Vargas y de Antônio Carlos se distanció de Juarez y de Cordeiro de Farias, aislándose por completo. El *prestismo* tomaba entonces un rumbo propiamente revolucionario, proponiendo la movilización de los soldados, los campesinos y los obreros y la confiscación de los latifundios, el combate al imperialismo y una serie de medidas radicales de cuño nacionalista. Se dirigía sobre todo a los trabajadores urbanos, atrayéndolos con propuestas como la reducción de horas de trabajo, reivindicación a la que hasta el momento no se había prestado ninguna atención, como todas las demás relacionadas con los derechos de los trabajadores.

Otros puntos del programa –que se convertirían en las líneas fuertes de la plataforma comunista a partir de los años cincuenta y que se encontrarían en el famoso Manifiesto de Mayo– fueron la nacionalización de los servicios públicos (electricidad, saneamiento, etc.), de las comunicaciones, minas y bancos y la cancelación de la deuda[26].

Entre los comunistas también se produjo una división. Al romper con la Alianza Liberal, Prestes creó la Liga de Acción Revolucionaria (LAR), con Silo Meireles, Emídio Miranda y Aristides Lobo. Los comunistas, con Otávio Brandão al frente, atacaron a Prestes, acusándolo de divisionista y «clasista», haciendo hincapié en su origen de militar «pequeño-burgués»[27].

Este fue el marco político-ideológico en que estalló la llamada Revolución de 1930. En páginas antológicas, Manuel Correia de Andrade, en la obra *A Revolução de 1930. Da República Velha ao Estado Novo*, hizo balance de este periodo –que incluye desde la deposición de Washington Luís hasta 1932– y subraya las dificultades que los propios revolucionarios encontraban para definir el rumbo del proceso. El gran problema, como se vio, sería dar una ideología y un rumbo a la revolución, o, cuando menos, un programa… Menos antológica fue la afirmación del general Góis Monteiro, jefe militar de la «Revolución», que estaría más de veinte años presente en la vida político-institucional del país, incluso en la tranquila deposición de Vargas en 1945:

> Mussolini, Hitler, Mustafá Kemal Pachá, Roosevelt y Salazar […] Todos ellos son para mí grandes hombres, porque quieren realizar una idea nacional de acuerdo con las aspiraciones de los colectivos a los que pertenecen[28].

Es perfecto el comentario del historiador pernambucano a propósito de la declaración del general:

[26] *Ibid.*, entrada 634 (1930).
[27] *Ibid.*, entrada 632 (1930).
[28] Manuel Correia de Andrade, *A Revolução de 1930*, Porto Alegre: Mercado Aberto, 1988, p. 56.

Roosevelt estaba visiblemente mal acompañado, pues su orientación política era bien diferente de la de sus contemporáneos en la cita, pero la simple elección de los hombres a los que profesaba admiración indica poca preparación político-ideológica de quien tendría durante más de 20 años una gran influencia en la política brasileña[29].

El fin de la *República Velha*

La República oligárquica experimentó su crisis más profunda al término de la década de 1920, al combinarse factores internos y externos. En un clima de colapso del modelo vigente de capitalismo liberal competitivo, coincidiendo con las dificultades de una sucesión presidencial mal resuelta, surgió otro levantamiento militar, liderado esta vez por oficiales superiores que, aprovechando los enfrentamientos entre las oligarquías regionales, consiguieron derrocar al presidente en 1930.

Un presidente electo por los barones paulistas, Washington Luís, se veía obligado a perder el poder a favor de un grupo que representaba al patriciado burocrático nacionalista y, lo que es peor, que estaba fuera del hasta entonces eje hegemónico Río-São Paulo. Según Darcy Ribeiro se trataba de un nuevo patriciado –nacionalista, pero también paternalista–, con vinculaciones con los señores rurales y con los trabajadores urbanos. «En los años de ascensión del fascismo, Getúlio se pone de moda, debilitando aún más al patriciado político liberal y fortaleciendo al burocrático civil y militar»[30].

Vargas, un tanto perplejo con el poder que le caía de repente, tenía conocimiento de las graves cuestiones económicas del país, pues ya había actuado como ministro de Hacienda con Washington Luís. A él se debe la institución del cambio vil, que hundió la ya débil moneda y que hizo subir el precio de las importaciones para contentar a los caficultores y al sector comercial. Una vez al mando supremo de la Nación, tendría los instrumentos necesarios para controlar la máquina del estado en los siguientes 20 años o más.

Getúlio Vargas, graduado *gaúcho* y *maragato*, concitaba en sí todas las cualidades (y los defectos) para coordinar la transición del país entre dos tipos de capitalismo, así como para administrar el lento paso de la hegemonía de grupos económicos y políticos del campo a los de la ciudad. Hombre carismático, vestido con bombachos y bebiendo *chimarrão*, el mate local (o vestido como dandi carioca y jugando al golf), supo hacer de sí mismo un personaje sin par. Rodeado de gente como el general Góis Monteiro, Filinto Müller, Gustavo Capanema y Carlos Drummond de Andrade, fueron sus ambigüedades, más que sus determinaciones, las que le llevaron al poder. En el trágico fin de su vida se produciría lo contrario, con su determinación en no aceptar las reglas del imperialismo y de los conservadores golpistas.

La ascensión de Vargas representó el fin de la Primera República. La *República Velha* de los «carcomidos» cedía su lugar a la República de los burócratas autoritarios, civiles y militares.

[29] *Ibid.*, p. 56 y ss.
[30] Entrada 671, en D. Ribeiro, *Aos trancos*.

Capítulo 25
La revolución de 1930 y la *República Nova* (1930-1937): Vargas y su «herencia»[1]

Una contrarrevolución para retomar la libertad, para restaurar la pureza del régimen republicano y para la reconstrucción nacional.

Getúlio Vargas, 1930

Un periodista comparó a Vargas, en aquel momento, con el *chuchú**, sin sabor ni olor, que toma el sabor de la salsa con la que lo condimentan[2].

Raymundo Faoro

La Era Vargas (1930-1964): periodos y fases

La Revolución de 1930, en la que el *gaúcho* Getúlio Dornelles Vargas (1883-1954) asumió la presidencia de la República, inauguró un largo y turbulento periodo histórico de reformas, insurrecciones, represión, contrarreformas e intentos de superación de la condición de país «atrasado», «subdesarrollado», «periférico» y «dependiente», términos que se harán corrientes a partir de esta etapa. Un periodo que se cierra con el golpe de estado de 1964, de carácter civil-militar, instalando un régimen dictatorial que se prolongaría durante los siguientes 20 años.

[1] La Era de Getúlio Vargas, de la que se ofrece aquí una información general, va más allá de este periodo. Los autores han encontrado derivaciones en otros periodos, contextos y personalidades. Vargas, principal personaje de esta trama, está situado en una fuerte tradición histórica que dejó huellas, herencias y cargas, detractores y seguidores…

(*) Se trata del «chayote», *Sechium edule*, *N. del T.*

[2] Raymundo Faoro, *Os Donos do Poder: formação do patronato político brasileiro*, vol. 2, São Paulo: Globo/Publifolha, 2000, p. 320. El periodista citado es Vivaldo Coaracy.

Afonso Arinos de Mello Franco, un liberal circunspecto –que política e ideológicamente fluctuaría bastante a lo largo de su vida– definió así el papel de Getúlio, gaúcho de São Borja, y su grupo:

> Lo que hubo de especialmente perturbador fue la sagacidad y la pertinencia con la que se aprovecharon del impulso general, incitando a conflictos y rivalidades, para poder mantener durante tantos años la República en bombachos[3].

La Era Vargas abarcó los años de 1930 a 1964, dividida en tres etapas distintas: de 1930 a 1937, la *República Nova*; de 1937 a 1945[4], la dictadura del *Estado Novo*; de 1946 a 1964, la República Populista y la República de los Patricios[5]. En la *República Nova*, de 1930 a 1937, se distinguen dos fases: la del Gobierno Provisional (1930-1934) y la del Gobierno Constitucional (1934-1937), también conocida como «Segunda República».

En la última etapa, la de la República Populista (1946-1964), se distinguen dos fases: la de la democracia liberal presidencialista, de 1945 hasta el suicidio de Vargas en 1954; y la fase siguiente, de 1954 al golpe de estado de 1964, aún con el molde de la democracia liberal presidencialista, aunque con una fuerte inclinación hacia el reformismo desarrollista y populista. Esta segunda fase (1954-1964) fue denominada por Darcy Ribeiro, acertadamente, la *democracia de los patricios*, aunque el rasgo definidor de este tipo de presidencialismo era todavía el Populismo.

El significado del proceso

> El liberalismo, reducido ya a un simple ornamento, ocupa el lugar del mantel en la mesa del banquete[6].

Vargas ascendió a la presidencia gracias a los arreglos de las oligarquías liberales debilitadas por la gran crisis de 1929. Se estableció un nuevo sistema de poder, al combinar las ideas reformistas de una burguesía liberal conservadora, aunque modernizadora, con prácticas *neocoronelistas* y burocráticas en la máquina del Estado, motor de las aspiraciones populares del sector obrero. Un complejo sistema cuyo más fuerte representante acabaría siendo el varguismo.

Getúlio Vargas, perteneciente a una facción de las oligarquías *gaúchas*, perfeccionó un sistema de hábiles manipulaciones, con su ideología centralizadora y en nombre de un proyecto nacional, en el que la eliminación de las discrepancias fue la piedra angular. En este sentido, el movimiento de 1930, aunque abra un nuevo periodo (la *República Nova*), no configura una Revolución propiamente dicha, pues

[3] *Ibid.*, p. 328.
[4] Véase el capítulo 26.
[5] Ver capítulo 27.
[6] Raymundo Faoro, *Os Donos do Poder*, vol. 2, cit., p. 326.

no provocó cambios radicales –ni fue una expresión de ellos– en las estructuras de producción y de distribución de la propiedad rural y urbana, ni en las del capital.

El Estado nacional puso en marcha, no obstante, modificaciones en el campo de las relaciones laborales, en las industrias de base, en el sistema educativo y en la organización de la cultura.

En un segundo momento, el de la dictadura del *Estado Novo* (1937-1945), Vargas reafirmó su poder jugando de forma alternativa con los grupos progresistas y conservadores, optando finalmente por éstos, aunque desarrollando algunas iniciativas reformistas. En el plano internacional aprovechó el contexto de la Segunda Guerra Mundial y jugó alternativamente con el frente de los Aliados –capitaneados por Roosevelt y Churchill– y con las fuerzas nazi-fascistas de Alemania, Italia y Japón, acabando por sumarse al bando Aliado. Al acabar la guerra en 1945 el sistema de poder del *Estado Novo* no podía mantenerse, ya que Brasil había luchado junto con las democracias liberales y los soviéticos. Vargas fue apeado del poder, abriéndose entonces una etapa liberal-democrática, consagrada en la Constitución de 1946. Una etapa más liberal que democrática, pues los partidos de izquierda sólo pudieron actuar durante unos meses dentro de la «legalidad democrática» republicana. El Partido Comunista sería rápidamente puesto fuera de circulación.

La elección del general Eurico Gaspar Dutra como presidente determinó los estrechos límites del nuevo orden «liberal», definido por la Constitución de 1946 (el «librito» de Dutra). La nueva fase se prolongó hasta 1964 –el periodo más extenso de relativa estabilidad institucional experimentado hasta ese momento por el régimen republicano. Como país situado dentro de la esfera del imperialismo norteamericano como modelo de civilización, se implantó en Brasil el *American way of life*, en oposición a la creciente presencia de ideas socialistas y comunistas emanadas de la Unión Soviética.

Vargas permaneció en la escena política de 1946 a 1954, actuando en los bastidores durante el mandato de Dutra. Con el apoyo de las organizaciones laboristas –en particular de los sindicados vinculados al Estado– Vargas resultó electo presidente en 1950, pero presionado por las fuerzas conservadoras fue llevado al suicidio en 1954.

En la fase siguiente, de 1954 a 1964, el país estuvo marcado por políticas de cuño desarrollista, reformista y populista. Durante la presidencia de Juscelino Kubitschek, nuevas políticas públicas definirían el modelo de civilización que los líderes modernizadores deseaban para Brasil. Era como si las ideas del *New Deal* hubiesen llegado finalmente al país. La tónica del periodo la dio la ideología de la planificación, especialmente en los terrenos político y económico. El nuevo bloque en el poder, liderado por la burguesía reformista, intentó sobreponerse a las estructuras *coronelistas* (teniendo como principal teórico y agente del desarrollismo a Celso Furtado), fomentando la industrialización (sobre todo la automovilística), intentando modernizar la infraestructura viaria y aérea, iniciando un proceso de reforma educativa, comenzando por la redefinición de la Escuela Pública (con Fernando de Azevedo y otros), un nuevo método de combate al analfabetismo (con Paulo Freyre), y la revisión del modelo universitario (con Anísio Teixeira y Darcy Ribeiro). Fue el momento de la

expansión hacia el interior de iniciativas económico-sociales por parte del Estado (como la construcción de Brasilia), de la discusión de propuestas de reformas de base (urbana, agraria, de vivienda, educativa, etc.) además de los intentos por establecer una política externa independiente. Fue también la fase en la que afloraron los conflictos latentes en el campo –sobre todo las Ligas Campesinas, creadas por Francisco Julião, en Vitória de Santo Antão (Pernambuco), en 1954. Periodo también de movilización de facciones de la pequeña burguesía urbana, que se radicalizará a través de los partidos, de la universidad y de las escuelas, en las asociaciones de clase y en los centros populares de cultura. La respuesta a este esbozo de reformas estructurales –dado que algunas iniciativas o proyectos sonaban revolucionarios (reforma agraria, control de evasión de capitales, etc.)–, fue la contrarrevolución preventiva de 1964.

En agosto de 1949 fue creada la Escuela Superior de Guerra (ESG), cuyos ideólogos estaban embebidos por los valores de un anticomunismo pedestre, característico de aquel periodo de la Guerra Fría, y preocupados con la soberanía nacional, en particular con la creación de una infraestructura que levantase y sustentase el desarrollo autónomo del país.

Poco después del suicido de Vargas, el titubeante presidente Café Filho, bajo presión, firmó en 1955 el decreto de creación del Instituto Superior de Estudios Brasileños (Iseb), para reflexionar sobre Brasil, esta vez en moldes desarrollistas. Los *isebianos* eran en su mayoría intelectuales nacionalistas de variado colorido ideológico, como Hélio Jaguaribe, Álvaro Vieira Pinto, Roland Corbisier, Nelson Werneck Sodré y el filósofo, jurista y escritor Miguel Reale[7].

En el contexto mundial de descolonizaciones de la época (Revolución Cubana de 1959, Revolución Argelina de 1962, etc.), el peligro de una «Revolución Brasileña» parecía inminente a ojos de la derecha latifundista y de las elites civil-militares alineadas con los Estados Unidos y formadas durante la Guerra Fría. El «Brasil profundo», en realidad un país arcaico, salía a la luz del día. La burguesía conservadora supo encontrar en los militares «ilustrados», que se alinearon desde la Segunda Guerra Mundial en la lucha contra el totalitarismo, a sus principales aliados. No eran ya los mismos *tenentes*, pues desde el punto de vista histórico, al tenentismo le sucedió el *generalismo*. Se cambiaba de título, pero las personas seguían siendo las mismas: Cordeiro de Farias, Juarez Távora y, más joven, Ernesto Geisel, entre otros; en la oposición, Luís Carlos Prestes, en medio de varios frentes y personalidades.

[7] Miguel Reale fue uno de los líderes nacionales del movimiento *integralista* en la década de 1930. Más tarde se inclinó discretamente hacia las filas liberales, dando su contribución a la Constitución de 1969, en el periodo del general Costa e Silva, y con más de 90 años fue supervisor del nuevo Código Civil brasileño, que entró en vigar en el año 2003, cuando aún era presidente Fernando Henrique Cardoso. El Iseb fue cerrado tras el golpe militar de 1964, siendo algunos de sus integrantes expulsados de Brasil.

Dicho sea de paso, tras el golpe de 1964 el general Cordeiro de Farias siguió exigiendo que el régimen dictatorial tratase con respeto al ex *tenente* Prestes, después capitán, su antiguo compañero en la Escuela Militar y en la Columna[8].

La *República Nova* (1930-1937)

> El problema primero y fundamental es el siguiente: ¿seremos solidarios con el estallido del desorden o no? Si lo somos, renegaremos de nuestro pasado orgánico, de la tradición conservadora del *castilhismo* y nos haremos partícipes, cuando no los mayores responsables, de lo que suceda. ¿Y qué va a suceder? Una vez vencida la revolución, estaremos desmoralizados y exhaustos. Pero si vence, ¿quién habrá vencido? ¿Nosotros o los revolucionarios de escuela? ¿Quién recogerá el fruto de la victoria material: tú o Luís Carlos Prestes? Cito este nombre como el símbolo que es[9].
>
> Lindolfo Collor, 1930

La radiografía que Faoro ofrece de Vargas[10] es clara y precisa, no tanto por las cualidades como tutor, algo que tiene todo liberal en mayor o menor grado, como por la extraña amalgama de su carácter liberal con rasgos de positivismo. Mezclas curiosas que se dan en América Latina: lejos de Brasil, a orillas del Pacífico, el pensador peruano José Carlos Mariátegui combinaba en su visión del mundo características del pensamiento positivista con elementos del marxismo, más una pizca de las teorías freudianas. Guardadas las debidas distancias, naturalmente, pues Mariátegui era un teórico sofisticado… mientras que Vargas no evitó la deportación a la Alemania nazi de Olga, la mujer de Prestes, judía y embarazada.

En cualquier caso, Getúlio Vargas representaba a un amplio espectro de fuerzas políticas contrarias a la hegemonía de los Estados del sudeste, sobre todo de sectores civiles y militares que proponían reformas políticas y sociales. Los *tenentes* habían sido los portavoces de esas aspiraciones durante la década de 1920. En 1926, grupos disidentes de la oligarquía paulista y profesionales liberales fundaron el Partido Democrático, defensor de la realización de reformas políticas como la adopción del voto secreto y obligatorio, la independencia de los poderes y la supervisión de las elecciones por el poder judicial.

En las elecciones de 1930 el programa de gobierno de la Alianza Liberal, que presentaba la candidatura de Getúlio a la presidencia, con João Pessoa

[8] Véase la biografía de Prestes (1898-1990) escrita por su hija (de su relación con Olga), la historiadora Anita Leocádia Prestes, *Luiz Carlos Prestes. Patriota, revolucionário e comunista*, São Paulo: Expressão Popular, 2006. Sobre la Columna Prestes, de la misma autora, *A Coluna Prestes*, São Paulo: Brasiliense, 1990. Véase, también, el perfil de Prestes trazado por Florestan Fernandes en *A Contestação Necessária*, São Paulo: Ática, 1995; y también los de Carlos Marighella, Caio Prado Júnior, Hermínio Sacchetta, Claudio Abramo, Antonio Candido y Gregório Bezerra, entre otros.

[9] Lindolfo Collor, en carta a Getúlio Vargas, 1930, *apud* Raymundo Faoro, *Os donos do poder*, vol. 2, cit., p. 313.

[10] Ver Raymundo Faoro, *Os donos do poder*, vol. 2, cit., p. 238.

como vicepresidente, incluía varios puntos defendidos por los miembros del Partido Democrático. Aunque congregase a un grupo mayor de intereses que su contrincante, Vargas perdió las elecciones frente al paulista Júlio Prestes y el bahiano Vital Soares. Los vencedores no llegaron a tomar posesión de sus cargos, pues los políticos de las oligarquías disidentes y los *tenentes* organizaron una conspiración entre marzo y octubre de 1930. El movimiento contra el presidente electo surgió en Rio Grande do Sul, en los estados del nordeste y en Minas Gerais.

Para comprender el significado de la Revolución de 1930 y de sus consecuencias, es necesario considerar el contexto internacional en que Brasil estaba entrando en aquellos momentos y por el que transitó hasta los años 1960. Esto es, el proceso en que la República asumió el *proyecto varguista* en sus diversas dimensiones, que llevaron a la dictadura del *Estado Novo* en 1937, a la deposición de Vargas en 1945, a su retorno a la presidencia por vía electoral en 1950, al suicidio en 1954 y a la transformación de su legado en dos vertientes principales: el gobierno de Juscelino Kubitschek (JK), del Partido Social Democrático (PSD), y de João Goulart, del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB). En esa medida, en perspectiva amplia, puede afirmarse que la *Era Vargas* se extiende hasta la deposición de João (Jango) Goulart, con el golpe militar de 1964.

La crisis internacional llama a la puerta: antecedentes de la Revolución

La crisis mundial de 1929 representó un duro golpe para las oligarquías exportadoras brasileñas. La quiebra del sistema financiero mundial tuvo importantes repercusiones en Brasil. Su principal consecuencia fue la ruina del modelo agroexportador, vigente desde la Independencia. Los efectos negativos de la crisis alcanzaron a toda la sociedad, sobre todo al mundo del trabajo, castigado con severidad. Se daba de nuevo el fenómeno que Celso Furtado denominó «socialización de las pérdidas».

La crisis de la hegemonía europea –sobre todo inglesa– y la transición a la hegemonía norteamericana provocaron cambios profundos en la sociedad brasileña, reflejados en la ascensión de nuevos grupos sociales y la redefinición del monopolio político de las elites.

Poco a poco, Brasil se iba convirtiendo en un país semiindustrializado. A partir de 1930 el campo fue cediendo lugar a la ciudad: un número cada vez mayor de brasileños fue a vivir a los centros urbanos. Era el fin de los «Locos Años Veinte» (los *roaring twenties*), del periodo del capitalismo desenfrenado, competitivo y liberal de los inicios de la posguerra. En los años veinte, París fue una referencia mundial para la intelectualidad más cosmopolita, como se puede leer en *París era una fiesta* de Hemingway, libro escrito entre 1959 y 1960, que cubre el periodo de 1921 a 1926. Por sus páginas desfilan personajes como James Joyce, Ezra Pound, Picasso, los Fitzgerald, Jean Cocteau, Mcleish y muchos otros, representantes de un nuevo concepto de cultura contemporánea que influiría de modo significativo en la intelectualidad brasileña.

Fuera de la esfera del capitalismo, la Revolución Socialista de 1917 abría otros horizontes utópicos para los intelectuales y el sector obrero en Brasil. La física de Einstein revolucionaba las concepciones sobre el universo, se difundía la teoría evolucionista de Darwin, el psicoanálisis y la psiquiatría revelaban dimensiones insospechadas del hombre, al tiempo que la antropología ampliaba el conocimiento de la vida y de las mentalidades de otras culturas y civilizaciones. Uno de los resultados positivos –junto con tantos otros negativos– de la carrera imperialista del siglo XIX y de las descolonizaciones del siglo XX radica en la revolución que se produjo en los conceptos de Cultura, Historia, Tiempo y Civilización.

El concepto de Cultura adquirió un estatus de gran relevancia en la definición de esa nueva Contemporaneidad, hecho percibido en Brasil por algunos jóvenes inquietos y cosmopolitas, como el pernambucano Gilberto Freyre, el paulista Monteiro Lobato, el bahiano Anísio Teixeira y los *paulistanos* Sérgio Milliet y Sérgio Buarque de Holanda, miembros educados de las elites regionales, que serían algunos de los principales «actualizadores» de Brasil[11].

En Europa, París era una fiesta intelectual, artística y política, hacia la que convergían pintores, escritores, filósofos y políticos de todos los rincones en busca de las lecciones estéticas, literarias, políticas, filosóficas y existenciales del impresionismo y el postimpresionismo, del expresionismo, el cubismo, el surrealismo y el dadaísmo; para respirar el clima creado por las manifestaciones artísticas de Paul Cézanne (1839-1906), Claude Monet (1840-1926), Auguste Renoir (1841-1919), Gauguin (1849-1903), del holandés Van Gogh (1853-1890) y también para conocer a los novísimos como Pablo Picasso (1881-1973) o Amedeo Modigliani (1884-1920). Ambiente parisino en el que se mezclaban escritores como Tristán Tzara y músicos como Eric Satie, Darius Milhaud y Villa-Lobos, además de numerosos grupos de vanguardistas de tendencias indefinidas, bohemios y desterrados llegados de todas partes. O musas, como Kiki de Montparnasse y, más productiva, la gran Tarsila do Amaral.

En Estados Unidos, el mundo del capitalismo desenfrenado y salvaje de comienzos de la posguerra fue captado en la novela *El gran Gatsby* (1925), de Francis Scott Fitzgerald (1896-1940), perteneciente a la llamada «generación perdida».

El mundo se internacionalizaba: el *charleston* atravesaba el Atlántico, y el cine ampliaba, en múltiples e inspiradísimas dimensiones, la concepción de sociedad capitalista. Es en ese contexto internacional de los «años locos», de apertura de mentes en busca de frentes innovadores, en el que algunos miembros de la elite brasileña –entre otros, Paulo Prado, hijo de un caficultor y oligarca paulista– van a parar a los Estados Unidos, por diferentes motivos y en momentos diversos. Cuando llegaron a Brasil en la década de 1930 las misiones culturales y educativas europeas, entre las que destacó la francesa, para ayudar en la creación de las universidades oficiales en

[11] Para una breve incursión en ese universo artístico y literario, consúltese la excelente compilación de críticas, comentarios y crónicas de Sérgio Milliet, en Regina Salgado Campos (org.), *Sérgio Milliet*, Coleção Melhores Crônicas, dir. Edla van Steen, São Paulo: Global, 2006. Incluye un excelente prefacio y una biografía de Milliet.

São Paulo y en Río de Janeiro, encontraron en el país a integrantes de la elite muy bien informados, con dominio de varias lenguas y bien relacionados con las culturas europeas y la norteamericana.

Una vez descubierto el enorme atraso a que parecía condenado Brasil («Era como si todo dependiese de mí y de mi generación», escribió Gilberto Freyre con 23 años), urgía en aquel momento construir otro país, con otras bases culturales y políticas.

Brasil y La crisis de 1929

Los «años locos» terminaron el día 24 de octubre de 1929, cuando «quebró» la Bosa de Nueva York, nuevo centro de la economía mundial. Fue el fin del periodo de prosperidad entre 1922 y 1929, apogeo del capitalismo norteamericano. Entre 1929 y 1932 la producción industrial se redujo a la mitad y se hundió el precio de los productos primarios. En todo el mundo, miles de personas perdieron sus empleos. El capitalismo vivía su más profunda crisis mundial.

La crisis tuvo repercusiones inmediatas en la economía agroexportadora de Brasil. Cayó, o mejor, se desplomó el precio del café, principal producto de exportación. No era la primera vez que esto sucedía, pues desde 1895 la cotización del producto presentaba bajadas significativas, como se ha visto, lo que llevó a la puesta en marcha de la política de revalorización del café.

Con la caída del precio de los productos de exportación, Brasil tuvo que importar menos productos manufacturados. Hasta 1929, como ya vimos, la diferencia entre lo que Brasil importaba y lo que exportaba era cubierta por préstamos de banqueros extranjeros, sobre todo ingleses. Esta situación sería modificada por la crisis. Tras la Primera Guerra Mundial, Inglaterra debía dinero a los industriales y banqueros norteamericanos, que habían suministrado durante la guerra créditos para la compra de armas y alimentos. Además, una buena parte del capital de los banqueros ingleses estaba invertida en los Estados Unidos. Cuando la bolsa de Nueva York quebró, el sistema financiero mundial colapsó, con la consecuente reducción del crédito internacional. ¿A quién pediría préstamos Brasil, con el sistema quebrado?

La mayoría de la población vivía aún en el campo y se dedicaba a la producción de productos primarios para la exportación. Con la crisis del 29, muchas *fazendas* dejaron de producir, y gran parte de la población rural se quedó sin empleo. Comenzaba así la emigración del campo a la ciudad. Por el contrario, con mano de obra abundante y salarios bajos, las industrias nacionales se desarrollaron, aprovechando la imposibilidad que tenía el país de importar productos manufacturados.

Del capitalismo liberal al *New Deal*

En los Estados Unidos la crisis fue resuelta mediante una bien organizada intervención del Estado en la economía. El presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt intentó reactivar la producción con una serie de medidas en la agricultura, a la vez que mantenía el precio de los productos agrícolas. Al mismo tiempo lanzó

un amplio programa de obras públicas, encaminado a la reactivación de la economía industrial. A continuación intervino con vigor en la producción fabril, con regulaciones de los precios de los productos y fijando acuerdos sobre precios. «Planificación», esta era la palabra clave en la nueva vida económica y social en los Estados Unidos, que llegaría a Brasil veinte años después.

Paralelamente, los trabajadores se beneficiaron con la reglamentación del horario de trabajo y con el salario mínimo. El programa del presidente Roosevelt, conocido como *New Deal* (o «nuevo pacto»), significó el fin de la era del liberalismo económico, de los «años locos» y el comienzo de la intervención y de la planificación del Estado en la economía capitalista.

El *New Deal* (1933-1935) proponía un relanzamiento económico y social, más que una corrección en el rumbo del capitalismo liberal. Se tomaron medidas de urgencia contra el hundimiento de la economía (devaluación del dólar y apertura de frentes públicos de trabajo para los millones de desempleados), a la vez que se tomaban providencias para provocar transformaciones estructurales. Simultáneamente, se priorizaba la recuperación de la industria (según el plan trazado en la *National Industrial Recovery Act* [Ley Nacional de Recuperación de la Industria]) y de la agricultura, (mediante la *Agricultural Adjustment Ac*t [Ley de Ajuste Agrícola]), con normas que garantizaban indemnizaciones o precios mínimos a los productores. En la industria, para evitar bajadas de precios perjudiciales para los fabricantes, se organizaron planes para anular la competencia. Se reducía además la jornada semanal de trabajo, se garantizaba un salario semanal mínimo y se reconocía el derecho de los trabajadores para escoger un sindicato. Si el primer *New Deal* tuvo poco efecto, un segundo más consistente y mejor organizado, tras la reelección triunfal de Roosevelt en 1936, consiguió vencer la crisis que se desató en 1937, provocando nuevas caídas de precios e incremento del desempleo. Aquellos años terribles fueron admirablemente descritos en obras como *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck.

A todos estos cambios en la política económica correspondieron cambios de mentalidad que caracterizarían el periodo histórico que se abría, con consecuencias en América del Sur. Al ritmo de las negociaciones, ejemplos, nuevos hábitos, películas y orquestas del nuevo país líder del capitalismo, Brasil sufriría cambios, aunque a un ritmo mucho más lento.

Ante la gravísima situación creada por la mayor crisis del capitalismo –con exceso de mano de obra en las ciudades, retorno del capital extranjero a los centros financieros, escasez de crédito y de combustibles, quiebra de empresas, hambre, huelgas…– el gobierno Vargas, a mucha menor escala, tomó medidas semejantes a las de los norteamericanos.

El gobierno adoptó la vieja política de revalorización del café, controlada ahora por el poder central. El Consejo Nacional del Café, órgano federal, ordenó la quema de millones de sacas y la prohibición de nuevos cultivos, con la consecuente reducción de salarios en las *fazendas*, provocando el éxodo rural hacia las ciudades. El liberalismo económico fue abandonado y el Estado comenzó a intervenir en todas las instancias de la vida de los ciudadanos, incluso en la vida privada. Durante el

gobierno Vargas, el Estado estimuló la industrialización, con la instalación en Volta Redonda (Río de Janeiro), de la primera planta siderúrgica brasileña. A los trabajadores se les ofreció la reglamentación de la legislación social y la institución del salario mínimo.

Brasil ante la ascensión del fascismo en Europa

Mientras que en los Estados Unidos se adoptaba el *New Deal* para salir de la depresión, en Europa la crisis mundial propició el surgimiento de una nueva ideología política: el fascismo.

En Brasil, el *Estado Novo* que sería implantado por Getúlio Vargas y su grupo en 1937 no era más que un remedo del régimen fascista italiano, adaptado a la mentalidad *coronelista* de los sectores dominantes. ¿Ideas fuera de lugar? Tal vez no. En tanto que antiliberal y antidemocrático, el gobierno mantuvo a los partidos políticos apartados del centro de las decisiones políticas. Los sindicatos y las organizaciones de trabajadores se vincularon al Estado, cuyo conductor-jefe sería el propio Getúlio Vargas, el «padre de los pobres».

Getúlio Vargas llegaba al poder en ese contexto de afirmación y conflictos de los Estados-nación con ideologías nacionalistas radicales, sobre todo Estados-nación de origen reciente, como Italia y Alemania, unificadas tan sólo en la segunda mitad del siglo XIX. Un contexto en el que se redefinían el propio capitalismo y las democracias liberales, y en que el «socialismo real» echaba raíces en la Unión Soviética. La conclusión fue inevitable: con la opción varguista, fundamentada en el régimen dictatorial, el país se orientaba hacia las potencias del Eje, los sectores de oposición liberal-demócrata y de izquierda se unían y, en 1945, pusieron fin al *Estado Novo*.

1930: ¿Revolución o Contrarrevolución?

Según el propio Vargas, se trató de una contrarrevolución. La discusión, sin embargo, no acaba ahí. La más reciente historiografía ha debatido extensamente sobre la definición del movimiento de 1930, preguntándose: ¿se trataba, finalmente, de un levantamiento, una insurrección, una contrarrevolución o una revolución? ¿Hubo continuidad? ¿Fue un simple reajuste? ¿Provocó una ruptura histórica? Examinemos el proceso, retomando el relato.

En plena efervescencia de la gran crisis político-social, con el rechazo a la elección del paulista Júlio Prestes, la conspiración contra su toma de posesión se intensificó, organizándose asonadas en diversos puntos del país. En las reuniones de los conjurados aún estaban vivos los recuerdos, las frustraciones y las experiencias adquiridas en los movimientos del 22, el 24 y el 26. Mientras los impetuosos *tenentes* se impacientaban, Luís Carlos Prestes y sus seguidores buscaban nuevos rumbos.

La insurrección comenzó a las 17:30 horas del día 3 de octubre de 1930, cuando, con tan sólo 50 hombres, Oswaldo Aranha y Flores da Cunha tomaron el Cuartel General de Porto Alegre, iniciando así el movimiento armado. El día 5 partió de

la capital *gaúcha* una columna armada en dirección a Santa Catarina y Paraná, al mando de Alcides Etchegoyen y João Alberto, como delegado militar. Por la costa avanzaba el general Valdomiro Lima con el mismo objetivo, mientras que Miguel Costa iba por la línea férrea São Paulo-Rio Grande. El gobierno constitucional de Paraná fue derrocado, mientras en Santa Catarina las tropas se desbandaron. En Minas, el movimiento siguió los mismos pasos; los rebeldes conquistaron los puntos estratégicos en Belo Horizonte.

Paralelamente, otra columna armada que salió de Paraíba, comandada por el *tenente* Juarez Távora, depuso a Estácio Coimbra, el gobernador de Pernambuco y se dirigió a Alagoas, Sergipe y Bahía. No hubo resistencia en Piauí, mientras que en Pará los combates contra las fuerzas del gobierno pusieron en fuga a sus defensores.

> En Rio Grande do Norte, Ceará, Maranhão, Alagoas y Sergipe, los gobernadores huyeron antes de resistir o en el transcurso de pequeños combates[12].

El hecho fue que el presidente Washington Luís, convencido de que la situación estaba bajo su dominio, mal informado por su Estado Mayor, perdió el control de las Fuerzas Armadas y de las distintas policías. El país y el conjunto de las instituciones parecían entrar en colapso.

En Itararé, ciudad estratégica para la conquista de São Paulo, las tropas federales se preparaban para atacar a los sublevados que venían del sur, pero un grupo de generales y almirantes de la capital decidió intervenir, obligando al presidente a entregar el poder a los emisarios del jefe del movimiento revolucionario. Como se sabe, la «batalla de Itararé», que debía ser decisiva, nunca ocurrió…

Se creó una Junta Pacificadora con los generales Mena Barreto y Tasso Fragoso, más el almirante Isaías Noronha. Hay indicios de que la Junta estaba informada de la gravedad y de los detalles de la crisis y que hizo todo lo posible para evitar una guerra civil. Tanto, que aceptó casi sin discusión el nombre de Getúlio Vargas como solución de compromiso, para lo que fue determinante la actuación de Oswaldo Aranha, que había llegado en avión a Río el 25 de octubre, proveniente de Porto Alegre, y de Juarez Távora, venido del nordeste el día 28. En aquellos días, el general Tasso Fragoso se convirtió en la figura clave de la negociación; de hecho, ocupó la

[12] Una descripción del marco nacional en aquella coyuntura, así como de las fuerzas político-miliares, líderes e ideologías, puede encontrarse en Edgar Carone, *Revoluções do Brasil contemporâneo*, *1922/1938*, 4.ª ed. rev.; São Paulo: Ática, 1989, pequeña obra precursora de las interpretaciones posteriores sobre la Revolución de 1930 (ver, sobre todo –en el capítulo «De Washington Luís a outubro de 1930–, el subcapítulo «A revolução de 1930», pp. 70-72). Para contrastar las interpretaciones, consúltense, además de la obra de Carone, *A República Nova (1930-1937)*, ya citada, especialmente pp. 283-311, los análisis: de Thomas Skidmore, *Brasil: de Getúlio a Castelo*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1975, principalmente cap. I, «Era de Vargas, 1930-1945», subcapítulo «Uma revolução de elite», pp. 21-54; y, también, de Boris Fausto, «A crise dos Anos Vinte e a Revolução de 1930», en Boris Fausto (coord.), *História geral da civilização brasileira: o Brasil republicano*, *sociedade e instituições (1889-1930)*, t. III, vol. 2, Río de Janeiro: Difel, 1977, pp. 401-426. Para el lector que desee ir más allá de la vida política, véase, en el mismo volumen, el artículo de Alfredo Bosi, «As letras na Primeira República», pp. 292-319.

dirección del país y de las negociaciones desde el día 24 de octubre hasta el 3 de noviembre de 1930. En esta fecha, Vargas llegó a la Capital, asumiendo inmediatamente la presidencia con carácter provisional «como delegado de la Revolución, en nombre del Ejército, de la Marina y del Pueblo». La Junta, sin embargo, no aceptó que se le diera del cargo de presidente electo para el cuatrienio 1930-1934 (con fraude o sin él, quien ganó en las elecciones fue Júlio Prestes).

Aunque considerara a Getúlio como delegado de la Revolución, la Alianza Liberal fue cautelosa, pues publicó una declaración, aceptada por él, describiendo su lucha como «una contrarrevolución para retomar la libertad, para restaurar la pureza del régimen republicano y para la reconstrucción nacional». Prudente, en su discurso de toma de posesión del 3 de noviembre de 1930 definía la Revolución como un acto de la «voluntad del pueblo», que huía así «del exclusivismo de determinadas clases. Ni los elementos civiles vencieron, ni estas [clases] impusieron a aquéllas el hecho consumado». Sin embargo, en el discurso también constaba:

> Asumo, provisionalmente, el Gobierno de la República como delegado de la Revolución, en nombre del Ejército, de la Marina y del pueblo brasileño[13].

¿Insurrección, revolución o contrarrevolución? Ni el empresariado, ni las fuerzas populares y sindicales habían tenido participación directa en el movimiento. En definitiva, ¿cuál era el proyecto de la Revolución?

El proyecto de la Revolución

En sus líneas generales, un esbozo del programa de la Alianza Liberal apareció en el *Manifesto* (redactado por el ministro Lindolfo Collor, *gaúcho* progresista, culto e independiente), «primer sistema efectivo de garantías del trabajo frente al capital», según Darcy Ribeiro. En él se proponía,

> la adopción de un código de trabajo que asegurase seguros sociales, salario mínimo y vacaciones para todos los trabajadores; la reforma de la ley electoral, del sistema judicial y de la enseñanza; amnistía para los revolucionarios de 1922 y 1926; libertad de pensamiento; la defensa del café y de la ganadería[14].

[13] Edgard Carone, *A República Nova (1930-1937)*, São Paulo: Difel, 1974, p. 283. El historiador ofrece un excelente relato, en esta obra ya citada, acerca del papel del Gobierno Provisional y sus límites, así como de la posición de São Paulo ante el *tenentismo*, las oligarquías disidentes, la consolidación del *tenentismo* en los Estados, la resistencia a la Constituyente y la Revolución de 1932, además de la tentativa de golpe del general Góis Monteiro y la consolidación de las nuevas oligarquías (pp. 283-325).

[14] Cf. *A Revolução de Trinta*, entrada 660, en Darcy Ribeiro, *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu [T&B]*, Río de Janeiro: Guanabara, 1985, [s. p.]. Ver también las entradas 658 y 659. En 1931, Año del cordero, cf. las entradas 674 y 684 (en este se puede leer, siempre según Darcy: «Los vientos de Moscú desencadenan el obrerismo: los obreros toman el poder en el Partido Comunista, expulsando a los intelectuales pequeño-burgueses: Astrojildo Pereira, Leôncio Basbaum, Raquel de Queirós, y rechazando

Presidido por Vargas, el equipo del nuevo gobierno estaba compuesto por: Oswaldo Aranha, ministro de Justicia; Lindolfo Collor, ministro de Trabajo, Industria y Comercio; José Maria Whitaker, ministro de Hacienda; el general Leite de Castro, ministro de la Guerra; Isaías Noronha, ministro de la Marina; Joaquim Francisco de Assis Brasil, ministro de Agricultura; Afrânio de Melo Franco, ministro de Exterior; José Américo, ministro de Transportes; y Francisco Campos, ministro de Educación. Por discordar de la política de quema de café, el paulista Whitaker fue sustituido, en noviembre de 1931, por Oswaldo Aranha.

En plena crisis, con la brutal caída del precio del café, la situación social se hacía gravísima, con cerca de 2 millones de desempleados. En 1931 la deuda externa obligaría al gobierno a declarar una moratoria unilateral. El *gaúcho* Oswaldo Aranha –bien preparado, decidido y cosmopolita– sería a partir de entonces la figura destacada del régimen. Nacido en Alegrete en 1894, se graduó en Derecho en Río de Janeiro, comandó las fuerzas del gobierno durante la represión a la Revolución Federalista de 1923 y fue secretario de Interior y de Justicia de Getúlio Vargas cuando éste era presidente de la provincia. En el gobierno provisional ocuparía las carteras de Justicia, Interior y Hacienda. Embajador en Washington en 1934, fue el jefe de la delegación brasileña en Nueva York con motivo de la creación de la ONU, en 1947, presidiendo una de las sesiones (tuvo una actuación decisiva en la creación del Estado de Israel). Salió del gobierno con Vargas en 1944 y con él regresó, como ministro de Hacienda (1953-1954). Murió en Río de Janeiro en 1960, dejando tras de sí una leyenda de héroe romántico y elegante, lo que no era difícil entre aquella galería de personajes opacos (muchos de ellos caricaturescos, como Lourival Fontes y Góis Monteiro) que se acercaron a Vargas o que fueron escogidos por él.

El Ministerio de Trabajo fue ofrecido al *gaúcho* Collor, que se rodeó de juristas socialistas, como Evaristo de Morais y Joaquim Pimenta, los primeros que propusieron, desde una perspectiva de Estado, garantías para los trabajadores frente al capital. Cuando percibió señales de continuismo, Collor se desligaría de Vargas. En 1931 el gobierno reconoció oficialmente al primer sindicato obrero, mientras anulaba los contratos con empresas extranjeras, como el firmado en 1920 con la *Itabira Iron*, tomando un sesgo claramente nacionalista.

Todas estas propuestas chocaban con la mentalidad del empresariado retrógrado, intimidado por movimientos paralelos de toma del poder con propuestas de cuño socialista revolucionario, como ocurrió en Itaqui[15]. Por otro lado, tres mil *gaúchos* con bombachos y pañuelo rojo (ahora símbolo tanto de los *maragatos* como de la Columna Prestes), se dirigieron a la Capital de la República y ataron sus caballos en el obelisco de la avenida Rio Branco, en pleno centro de Río de Janeiro, entre los aplausos de los cariocas. Poco tiempo después las oligarquías paulista, *mineira* y carioca evocarían con odio este acto simbólico, la «subida de los bárbaros del sur»…

---

la afiliación de Prestes, que sólo conseguiría ingresar en el partido muchos años después, por orden expresa del Komintern»).

[15] El movimiento de Itaqui (Rio Grande do Sul), en 1930, pretendía el establecimiento de un gobierno de soldados, obreros y campesinos (cf. «A Revolução de Trinta», entrada 661, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.).

Desde entonces, en la historia de la República, Rio Grande do Sul dejaba de ser una provincia distante, marginal, una región meramente de frontera. Surgía una nueva elite, con sus valores y métodos de hacer política, con su propia cultura. Las elites refinadas e internacionales de Pelotas y otras ciudades *gaúchas* se hacían conocer.

El Gabinete Negro

Vargas tomó el poder orientado por su reservado *Gabinete Negro*, en el que participaban Oswaldo Aranha, Góis Monteiro, Juarez Távora, João Alberto y Pedro Ernesto. Con la excepción de Minas, el presidente entregó el gobierno de los Estados a *tenentes* o a sus aliados civiles, como fue el caso de Juracy Magalhães (en Bahía), Moreira Lima (en Ceará), Ari Parreiras (en Río de Janeiro) y Pedro Ernesto (en el Distrito Federal), utilizando la nueva figura de los «interventores» de las provincias, nombrados y controlados por el poder central. Durante un corto período, Juarez Távora (el virrey del Norte) se ocupó de los estados del norte y del nordeste.

Góis Monteiro y Oswaldo Aranha crearon la Legión de Octubre, para organizar el movimiento y combatir no sólo a los «carcomidos» de la *República Velha* sino también a los radicales, tanto los derechistas reaccionarios como los comunistas. Aranha declararía al periódico *Correio da Manhã*, el día 5 de noviembre de 1930, que el gobierno no tenía programa:

> El programa de la revolución es moralizar y ahorrar. He de cumplirlo. Seré inflexible con todo lo que sea superfluo y acabaremos con los despilfarros.

Góis Monteiro –convertido en jefe militar de la revolución, con tendencia «radicalmente nacionalista»– proponía la «eliminación de los quistes latifundistas y de otras excrecencias muertas»[16].

Contra los «carcomidos» de la República, que empezaba ya a denominarse *República Velha*, el movimiento revolucionario creó un tribunal especial de cinco miembros para juzgarlos. Algunos se refugiaron en embajadas y consulados (como Júlio Prestes), mientras otros huyeron al exilio. Diversas denuncias llevaron al tribunal a personas que sirvieron en el gobierno de Washington Luís o que apoyaron la candidatura de Júlio Prestes, como Gilberto Amado, João Mangabeira o Manuel Vilaboim. También fue detenido (y posteriormente soltado) el liberal José Maria Bello, que en el fragor del momento escribiría la famosa *História da República*, obra de referencia y de gran actualidad. No es casual que escribiera al final de su libro:

> El sr. Getúlio Vargas, tranquilo, sonriente y enigmático, parecía complacerse en su discreta posición [...] La revolución «democratizadora» [...] marchaba, como todas la de

[16] Véase el análisis de Manuel Correia de Andrade, *A Revolução de 1930,* 2.ª ed., São Paulo: Mercado Aberto, 1988, pp. 57-60. (La primera edición es de 1980, publicada en la colección «Contemporânea», bajo la dirección de C. G. Mota).

> su tipo, hacia la dictadura salvadora, a la sombra del pánico que tan bien estimulaban los extremismos de derecha y de izquierda y de las angustiosas aprehensiones de la nueva guerra mundial, sobre la base, tan nueva en Brasil, del apoyo emocional directo de las masas[17].

Un tribunal llegó a procesar incluso a partidarios de la candidatura Vargas, como Artur Bernardes y Epitácio Pessoa, y a muchos se les suspendieron sus derechos políticos[18].

El Partido Democrático de São Paulo apoyó a Vargas en la campaña electoral y ahora cobraba sus dividendos… Vargas nombró como interventor en São Paulo al capitán pernambucano João Alberto, que constituyó un secretariado compuesto de personalidades de primera línea del mundo financiero y de la administración paulista… Lo que no bastó para evitar el enfrentamiento que pocas semanas después llevaría a la Revolución Constitucionalista de 1932.

El nuevo gobierno, caracterizado por el centralismo y al mismo tiempo autoritario y progresista, concedió la amnistía a los militares y a los civiles condenados desde 1922. Conducido al principio por los *tenentes*, el proceso abriría después espacio para la creación de un patriciado burocrático, nacionalista y paternalista. La derrotada *República Velha* –sustentada en la política familiar y *coronelista* de los propietarios rurales[19]–, se veía reemplazada por esos aguerridos jóvenes reformistas de la burguesía y la pequeño-burguesía ascendente.

El centralismo del nuevo gobierno, ahora ya asumido como revolucionario, disminuyó la fuerza de los poderes locales, profesionalizando al Ejército que, cada vez más, respondía a las aspiraciones de las burguesías pequeña y media. El nuevo gobierno ofrecía programas de incentivo a la industrialización, suavizando el impacto de la legislación laboral, y comenzaba la conquista del empresariado rural, apoyando a los ganaderos y beneficiando a los agricultores, con socialización de las pérdidas en la venta de las *safras*.

De esta forma se esbozaba un capitalismo de Estado y se fortalecía el estamento burocrático-militar, disminuyendo el poder de las clases empresariales liberales, cuyos líderes habían sido prácticamente anulados. La revolución de 1932 será una reacción ante esta situación.

Perfil de Vargas: de la ascensión a la reelección

El *gaúcho* Getúlio Dornelles Vargas nació en São Borja, Rio Grande do Sul, el 19 de abril de 1883 y se suicidó en el Palacio del Catete, en Río de Janeiro, el 24 de

[17] José Maria Bello, *História da República. 1889-1930. Síntese de quarenta anos de vida brasileira. (Nova edição revista e acrescida de nove capítulos)*, Río de Janeiro: Organização Simões, 1952, p. 340.

[18] Cf. Manuel Correia de Andrade, *A Revolução de 1930*, cit., p. 56.

[19] Como los Acioly en Ceará, los Rosa e Silva en Pernambuco, los Pires Ferreira en Piauí, los Caiado en Goiás o los Néry, en Amazonas.

agosto de 1954. Hombre de la frontera, Vargas presentaba ya en 1930 una notable hoja de servicios, pues había sido ministro de Hacienda del gobierno Washington Luís, y había sido elegido presidente del Estado de Rio Grande do Sul en 1927. ¿Quién fue este personaje que marcó el siglo XX brasileño?

Para Gustavo Capanema, que sería ministro de Educación, Salud y Cultura, el primer encuentro con Vargas en el Catete fue decepcionante. El nuevo presidente le causó una «impresión penosa». El *mineiro* Capanema trazó un perfil pésimo de Getúlio:

> Hombre frío, inexpresivo; no encontré ninguna llama, ninguna simpatía para aquel momento creador.

Capanema, tras una reunión con Vargas en compañía de Francisco Campos, anotó con aguda ironía:

> Lleno de reticencias, de silencios, de ausencia; mirando hacia arriba, no hacia nosotros; una sonrisa difícil, una sonrisa sin alegría, sin malicia, pero con maldad; un físico redondo, de pequeña estatura, con un vientre abultado, las piernas apretadas en unos pantalones blancos cortos; zapatos de fantasía; sin solemnidad, sin emoción; una pronunciación extraña de *gaúcho*; en fin, una figura incapaz de seducir, de incitar al trabajo, de convocar al sacrificio, de organizar una nación recién salida del horno revolucionario[20].

Tal vez el ilustrado católico Capanema se arrepintiera de lo que escribió, pues tras su convivencia en el gobierno, tal descripción de primera hora sería alterada en varias aspectos.

Por encima de todo esto, el hombre de la frontera *gaúcha* y el hombre del interior *mineiro* se encontraban en aquel momento ante un país traumatizado, atascado en una crisis nacional e internacional sin precedentes, con su presidente, recién apeado del poder, en el exilio. Incluso para el mismo Getúlio, que venía de la periferia (de la región de las antiguas Misiones jesuíticas), la ascensión no se daba como cierta. En aquel contexto, con tantos otros pretendientes al poder central, se puede decir que fue casi sorprendente.

No es que el poder le fuese extraño. El padre de Vargas había sido general en la Guerra de Paraguay y fue alcalde de su ciudad. Vargas quiso ser militar, pero no obtuvo plaza en la Escuela de Cadetes. Se involucró en una serie de peripecias, incluso en un motín cuartelero. Como castigo, sus pretensiones quedaron limitadas a ser simple soldado raso, sirviendo en el batallón de Infantería de Porto Alegre. Al joven Vargas, que frecuentaba como oyente las aulas de la Facultad de Derecho de la capital *gaúcha*, le costó integrarse en la vida profesional. Cuando Brasil, por cuestiones de fronteras, entró en conflicto con Bolivia, fue a luchar a Acre. Al regresar

[20] Ver «A Revolução de Trinta», entrada 673, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

comenzó a estudiar formalmente, participando en la corriente *castilhista*, influido por la filosofía positivista.

Se graduó en Derecho en 1907, siendo el orador de su promoción. Al año siguiente se casó con Darci y, dos años después, fue elegido diputado a la Asamblea Legislativa *gaúcha*. En 1921 era líder de la mayoría. La oposición a Borges de Medeiros (que intentaba su reelección al gobierno por quinta vez), fue liderada por Assis Brasil y sus *maragatos*, pero, al ser derrotada en las elecciones, se sublevó, reabriendo la lucha entre federalistas y republicanos. Getúlio, ya diputado federal, consiguió evitar la intervención federal en Rio Grande do Sul en 1923. A su lado actuaba ya el joven Oswaldo Aranha.

Con la elección de Washington Luís, Getúlio fue nombrado ministro de Hacienda. Más tarde fue elegido presidente de su Estado (1927), siempre en la línea del *borgismo*, creando el Banco de Rio Grande do Sul. Hombre astuto, incluyó en su gobierno a gente del Partido Libertador, proveniente de las huestes de Assis Brasil (1857-1938), enemigo de Borges de Medeiros y líder de la rebelión de 1923. Assis Brasil sería después de 1930 ministro de Agricultura y embajador en Buenos Aires.

Cuando fue presentada la candidatura del paulista Júlio Prestes a la presidencia y ante la oposición de los *mineiros* a la de Vargas, se creó un frente político nacional para sustentarla. El paulista ganó en número de votos, pero no logró tomar posesión, al producirse el levantamiento que acabó por cerrar el Congreso Nacional y que alzó a Getúlio, algo titubeante. El nuevo presidente tendría que enfrentarse pronto a la oposición de São Paulo, que se rebeló en 1932. Los rebeldes perdieron, pero sólo en el campo de batalla, pues el gobierno federal quedó debilitado, viéndose Getúlio obligado a convocar elecciones para una Asamblea Constituyente en 1933.

La Constituyente redactó la Constitución de 1934 y eligió a Getúlio Vargas como presidente para el cuatrienio 1934-1938. Varias medidas centralizadoras y de carácter social fueron tomadas por él, atendiendo a trabajadores fabriles, a «flagelados» (expresión de la época) por las sequías, al comercio y a las clases medias emergentes (educación, salud, atención a ancianos, jubilaciones, etc.).

En 1935 se produjo una nueva rebelión, conducida esta vez por la Alianza Nacional Libertadora. Vargas aprovechó la ocasión para ampliar las bases militares de su poder. Al ver que el Congreso tardaba en convocar las elecciones presidenciales de 1938, lo cerró el 10 de noviembre de 1937, decretando la implantación del *Estado Novo*. El jurista conservador Francisco «Chico» Campos (1891-1968), redactor de la carta de 1937, extendió el mandato presidencial a seis años, con posibilidad de reelección y concentrando más poderes en el jefe del estado. «Gobernar es encarcelar», decía siempre.

El día 27 de noviembre Vargas ordenó quemar las banderas de los estados y el 2 de diciembre anuló los partidos políticos. Vargas empezaba a cogerle gusto al poder. Era la Dictadura del *Estado Novo*.

Las vacilaciones de Vargas cesaron. Con el apoyo de los generales Góis Monteiro y Gaspar Dutra, el *gaúcho* dominaba la máquina. Empezó a criticar la «democracia

de los partidos», defendió un régimen fuerte, suspendió el pago de la deuda externa (en marzo de 1940), dejó sin efecto el impuesto interestatal y acabó con la libertad de prensa. En una época de dictadores y de fortalecimiento de los Estados-nación por todo el mundo, el carismático Getúlio Vargas, sin oposición de relevancia, con un control total del sistema radiofónico (el principal medio de comunicación de la época), se convirtió en un ídolo nacional. Su artimaña era conquistar, seducir, cooptar a las oligarquías regionales en los Estados para controlarlas de cerca, lo que hizo, inclusive, con São Paulo, donde tenía a Armando de Salles Oliveira y a Adhemar de Barros como sus representantes en la «tierra del café».

Decretó varias medidas sociales, dirigidas al mundo del trabajo. Preocupado con la cuestión de la independencia nacional, obtuvo en 1940 financiación del gobierno Roosevelt para las instalaciones de la planta siderúrgica de Volta Redonda y de la hidroeléctrica de Paulo Afonso, para la compra de navíos para la marina mercante y equipamiento militar para la modernización de las Fuerzas Armadas.

Una vez iniciado el esfuerzo de la guerra, se produciría, por fin, la participación siempre aplazada de Brasil en el bando de los Aliados. Con su posición vacilante, Getúlio jugó hábilmente entre los dos bandos en liza, obteniendo recursos de ambos lados. Con este juego buscaba construir las infraestructuras que los gobiernos de la *República Velha* habían dejado sin hacer, realizando iniciativas en el terreno industrial (la Fábrica Nacional de Motores), en el plano energético («El petróleo es nuestro») y en la industria del papel (el grupo Klabin). Favoreció los intereses y atendió a las presiones de los norteamericanos (bases aéreas en el nordeste, especialmente en Natal y Recife), y consiguió que el gobierno inglés entregase las minas de hierro de la *Itabira Iron Company* al gobierno brasileño (la minería de hierro que tanto amargó al poeta y jefe de gabinete de Capanema, Carlos Drummond, viendo aquella «pérdida irreparable»), expropiación reclamada por los ingleses más tarde, cuando se instaló la Compañía Vale do Rio Doce[21].

Con el fin de la guerra, en 1945, Brasil se garantizaba un lugar en el orden internacional, contando no sólo con la simpatía de Roosevelt y de la política externa norteamericana sino también con la acción de Oswaldo Aranha. La oposición de Inglaterra y de la Unión Soviética evitaron que Brasil tuviera un asiento como miembro permanente del Consejo de Seguridad, aunque estuviese ya automática e inevitablemente alineado a la política de los norteamericanos; y por mucho tiempo, como se verá.

Vargas fue depuesto bajo presiones el 29 de octubre de 1945, aunque antes conseguiría crear dos partidos: el Partido Social Democrático (PSD) y el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB), en realidad, un contrapeso de los comunistas. Logró, fundamentalmente, enredar al movimiento obrero en las mallas del Estado, controlándolo por medio de un sindicalismo de *pelegos* y de una política corporativista –tal

[21] Tal problema se prolongó hasta los años 80, como se lee en la obra del combativo senador nacionalista Severo Gomes, *Companhia Vale do Rio Doce. Uma investigação truncada*, pref. Paulo Sérgio Pinheiro, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1987. El problema persiste aún, con otro ropaje…

vez el legado más nocivo, que impediría la construcción de una sociedad moderna en la segunda posguerra.

Antes de dejar el gobierno concedió una amnistía, liberó a presos políticos (algunos en estado lamentable), permitió la vuelta de los exiliados y restableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Quien organizó su deposición fue el general Góis Monteiro, que lo denunció por preparar un nuevo golpe con el PTB y elementos comunistas.

Vargas se retiró a São Borja, pero en la sombra contribuyó para la elección como presidente de Gaspar Dutra, mediocre militar del Ejército, que derrotó en las urnas al brigadier Eduardo Gomes, *tenentista*, uno de los 18 de la rebelión del Fuerte de Copacabana y participante en todas las revoluciones de 1924 a 1935. Gomes se presentó candidato por la UDN (*União Democrática Nacional*), partido de orientación liberal moderna, que también reunía a los viejos zorros de las oligarquías e incluso a antiguos integralistas.

Ya por entonces, Getúlio Vargas empezó a denunciar que su caída se había debido a «fuerzas internacionales» y condenó el antiindustrialismo de Dutra (la verdad, un apático). En las elecciones de 1950, como candidato de una alianza del PTB con el PSP (del populista y paulista Adhemar de Barros), volvió al poder con un 48,7% de los votos, venciendo a Eduardo Gomes de la UDN.

Las derivaciones de la «Revolución»

Volvamos atrás de nuevo, para tener una mejor comprensión del sentido general del movimiento de 1930. Ya en 1931 se pudo comprobar que la situación general del país era mucho más dramática de lo que los nuevos líderes imaginaban. El país estaba lastrado con una deuda de 267 millones de libras-oro, lo que imponía la declaración de una moratoria unilateral; la situación era tan grave que, pocos meses más tarde, Oswaldo Aranha se vio obligado a negociar otro *funding-loan* en nombre del gobierno brasileño, ampliando los plazos del pago de la deuda.

En el campo social, el gobierno reconoció al primer sindicato obrero (de los estibadores del puerto de la ciudad de Río de Janeiro), iniciando la puesta en marcha de una serie de leyes laborales. En el terreno económico-político, como se ha comentado anteriormente, se anuló el contrato con la *Itabira Iron*, acto simbólico que iniciaba una serie de nacionalizaciones.

En el terreno de la educación, el *mineiro* Francisco Campos, de perfil derechista, reestructuró el recién creado Ministerio de Educación y Salud. Reformó la enseñanza, creando las bases de la nueva educación secundaria que se extendería a partir de ese momento. Chico Campos abrió la discusión sobre la tardía creación de universidades y creó el Consejo Federal de Educación. Los católicos, tradicionales dueños del sistema educativo, viendo amenazados sus intereses, tacharon al ministro de «comunista»… Ironías de la historia. Vargas, inclusive, fue visto por la Iglesia como ateo y positivista, aunque supo suavizar el problema al permitir la enseñanza religiosa,

prohibida desde 1924, en las escuelas públicas, para decepción de los positivistas (en declive en esa época) y de los defensores de la escuela laica.

El decreto que creó la Ley de Sindicalización legalizaba la lucha por las reivindicaciones obreras, pero permitía al mismo tiempo la presencia de supervisores gubernamentales en las asambleas. Se prohibían asimismo las «ideologías sectarias», esto es, todas las que no fuesen conformes con el nuevo orden. Los sindicatos fueron reconocidos como órganos representativos de las diversas categorías, e incluso como órganos auxiliares del Estado, aunque su funcionamiento dependería del recién creado Ministerio de Trabajo, Industria y Comercio. Sin embargo, había una faceta represora activa en la atención del gobierno a los problemas sociales, ya que Batista Luzardo, jefe de policía de Río, pidió al Departamento de Policía de Nueva York dos consultores especializados en técnicas anti-subversivas para dar instrucciones en el combate al comunismo en el país.

Como ya se comentó en el capítulo anterior, Luís Carlos Prestes rompió con el gobierno poco después del inicio de la Revolución, a través de un manifiesto dirigido al proletariado urbano, a los trabajadores del campo y a los pobres, desposeídos y desarraigados en general. La Revolución, pensaba, se echaría a perder si no atacaba a los latifundios y al imperialismo norteamericano. Era la ruptura del *prestismo* con el *tenentismo*. En la izquierda, Astrojildo Pereira dejó (o fue obligado a ello) el Partido Comunista, y se dedicó a escribir nuevos ensayos marxistas, volviendo solamente a la militancia en 1945, junto con Prestes. Estos conflictos internos marcarían la historia de los partidos comunistas en Brasil, como muestra Gildo Marçal Brandão en su obra *A esquerda positiva. As duas almas do Partido Comunista, 1920-1964*[22]. También en el ámbito de la izquierda se organizó la Liga Internacionalista, defensora de la «revolución permanente», en São Paulo con Mário Pedrosa, Lívio Xavier y Aristides Lobo, y en Río, con Edmundo Moniz, Rodolfo Coutinho y otros trotskistas.

El empresariado industrial permanecía preso en las viejas fórmulas, con algunas raras excepciones de innovadores con alguna visión social que, entre otras acciones, construyeron poblados obreros de buena calidad, como los cariocas Jorge Street (1863-1939) y Roberto Cochrane Simonsen (1889-1948). La derecha comenzaba a organizarse. En Belo Horizonte se produjo la marcha de los *camisas verdes* del Integralismo, con Capanema, Chico Campos, Afonso Arinos, Benedito Valadares u Olegário Maciel (éste, avergonzado, vistió una chaqueta común sobre el uniforme…). El régimen corporativo era defendido por personas como Oliveira Vianna, Tristão de Ataíde y Plínio Salgado, todos ellos ideólogos activos de la derecha, siguiendo algunos el modelo italiano. En Río, Lourival Fontes publica la revista *Hierarquia*, con San Thiago Dantas, Otávio de Faria, Plínio Salgado y otros.

[22] Gildo Marçal Brandão, *A esquerda positiva*, São Paulo: Hucitec, 1997. En esta obra, escrita con rigor y brillantez por el sociólogo-historiador y politólogo paulista, se detallan los principales conflictos de la izquierda brasileña de modo general, en un estudio que ayuda a la comprensión de muchas de las dificultades y ambigüedades actuales.

El centralismo de Vargas

En lo que se consideró un golpe frontal a las oligarquías y las autonomías estatales, Vargas federalizó sectores básicos de la economía, comenzando por la creación del Departamento Nacional del Café, buscando con ello atender a las reclamaciones de la elite caficultora. El Departamento, comprador y depositario de las enormes *safras*, se transformaría en la mayor agencia del poder económico federal, controlando no sólo a los comisarios oficiales sino también a los contrabandistas. Para implicar y vigilar al empresariado paulista, nombró como interventor del Estado al *paulistano* Armando de Salles Oliveira, miembro de la oligarquía liberal-conservadora local. Vargas crearía poco después el Instituto del Cacao (Bahía, 1931), el Instituto del Azúcar y del Alcohol (1932), y posteriormente el del Mate (1938), el del Pino y el de la Sal (ambos en 1941).

El valor de la producción industrial se igualaba entonces al de la agrícola, pero no ocurría lo mismo con el peso del empresariado urbano en relación con el *coronelato* rural. Los patrones urbanos tenían menor control político de sus empleados que los rurales. Como consecuencia, como ya observó Darcy Ribeiro, las atenciones del gobierno se dirigieron más hacia el campo, como en el caso de la «moratoria decretada para la deuda de los agricultores con la reducción simultánea del 25% del salario, impuesta por la mayoría de las empresas privadas»[23].

La Revolución tardaba en institucionalizarse, lo que dio pábulo al surgimiento de motines en algunas capitales, con deposición de algunos interventores por parte de los *tenentes*. El gobierno de Vargas parecía querer eternizarse en su condición de «provisional». Los inquietos *tenentes* proponían reformas y rechazaban la redacción de una nueva constitución, temerosos de que la máquina estatal fuera retomada por las oligarquías. La legalidad, o lo que es lo mismo, la defensa del *statu quo* anterior, empezaba a ser defendida por la elites, sobre todo en São Paulo. El más importante Estado de la Federación se convertiría en el foco central de la resistencia a la Revolución del 30. Para el Partido Republicano Paulista (PRP), el nombramiento del pernambucano João Alberto como interventor federal (26-11-1930), constituía una verdadera afrenta, una invasión indebida en los negocios de un Estado económicamente fuerte y que había proporcionado tantos cuadros dirigentes a la República. Se hizo una violenta propaganda. João Alberto fue obligado a dimitir el 25 de septiembre del año 32, pero ni siquiera su sustitución por un triunvirato presidido por

[23] Cf. Año de 1931, entrada 695, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. Debe destacarse aquí que Darcy Ribeiro fue al mismo tiempo participante y estudioso de muchos de los acontecimientos comentados por él, motivo por el que utilizamos su cronología –no siempre agradable en un texto académico– como referencia constante para el periodo tratado. Darcy Ribeiro nació en Montes Claros (Minas Gerais), el 26 de octubre de 1922, falleciendo en Brasilia el 17 de febrero de 1977. Fue miembro del Partido Comunista, como tantos otros intelectuales jóvenes. Con 23 años al final del *Estado Novo*, se convirtió en un importante personaje de la historia contemporánea brasileña. Véase sobre su formación «Depoimento de Darcy Ribeiro» (dado a Luís L. Grupioni & Maria Denise Fajardo Grupioni), en *BIB-Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais*, n.º 44, Río de Janeiro, jul.-dic. de 1997, pp. 3-30. Más reciente es la colección de sus entrevistas, bajo el título *Darcy Ribeiro: encontros*, present. Guilherme Zarvos, Río de Janeiro: Beco do Azougue, 2007.

Pedro de Toledo calmó a la opinión pública paulista. La Facultad de Derecho –un reducto de representantes del republicanismo histórico, de donde salieron algunos de los ex presidentes de la República oligárquica– se convirtió en el principal centro político-ideológico del país.

São Paulo, 1932

La rebelión de las oligarquías paulistas contra el nombramiento de un pernambucano como interventor del Estado fue el inicio de la *Revolución Constitucionalista*, llamada así porque los líderes de São Paulo exigían respeto a los principios federalistas establecidos en la Constitución republicana de 1891. Una gran parte de la población del Estado se movilizó contra el gobierno Vargas y sus interventores.

Los rebeldes paulistas, con el apoyo de la Fuerza Pública estatal, mejor armada y equipada que el Ejército, resistieron durante tres meses a las fuerzas del gobierno federal, pero tras duras batallas, se rindieron. Dalmo de Abreu Dallari describió el movimiento del siguiente modo:

> Animados por el ambiente de gran exaltación cívica y entusiasmados con las demostraciones de eficiencia de la Fuerza Pública, los civiles se sumaron ampliamente al movimiento. Las industrias fueron rápidamente adaptadas para la fabricación de armas, municiones y demás materiales de guerra. Surgieron, de la noche a la mañana, carros de combate, trenes blindados y, lo que tuvo mayor importancia, muchos batallones de voluntarios, apoyados por organizaciones femeninas que se ocupaban de la preparación de ropa, alimentos, medicamentos de urgencia y todo lo que fuese necesario para auxiliar a los combatientes. El gobierno paulista recurrió a préstamos públicos de emergencia y emitió su propia moneda, recabando donaciones espontáneas de la población. […] Era Brasil contra São Paulo. Se fortalecía la idea de que la riqueza y el progreso de São Paulo eran los responsables del atraso, por así decir, *normal*, del país. En todas las instancias y organizaciones, las ideas separatistas caracterizaban el debate[24].

Sobre la movilización contra São Paulo dice Dallari:

> Para hacer frente a esa poderosa oposición armada, en un Estado cuya contribución era esencial para la estabilidad económica del país, Getúlio Vargas movilizó prácticamente a todo el resto de Brasil, con la excepción de Mato Grosso, cuya guarnición federal apoyó a São Paulo. No fue difícil esta reunión de fuerzas, dado que los líderes de muchos Estados sostenían que la acumulación de riqueza en São Paulo era en realidad lo que determinaba el atraso de las demás regiones[25].

El PRP y el Partido Democrático se aliaron en un «frente único», con el apoyo de las oligarquías paulistas y de líderes de derecha del Centro Dom Vital. El movimiento

[24] Dalmo de Abreu Dallari, *O pequeno exército paulista*, São Paulo: Perspectiva, 1977, pp. 60-61.
[25] *Idem*, p. 61.

–armado y cruento, con inspiración separatista– dejó miles de muertos. Deben ser destacadas la participación de un batallón de negros y la masacre de los indios candiuéus del sur de Mato Grosso, involucrados en la guerra civil.

Sin la adhesión de Rio Grande do Sul y de Minas, la *Revolución Constitucionalista* fracasó. Una fuerte represión –con prisiones, suspensión de derechos y deportaciones– se abatió sobre los dirigentes, incluso sobre los liberal-demócratas. Júlio de Mesquita Filho, Prudente de Morais, Isidoro Dias Lopes, Euclydes Figueiredo, Agildo Barata y otros, fueron condenados al exilio.

La Revolución de Vargas se consolida

A pesar de todo, el gobierno federal avanzaba, institucionalizando la Cartilla de Trabajo, decretando «salario igual para trabajo igual», jornada de ocho horas y licencia de maternidad de un mes. Incorporaba, sobre todo, a los trabajadores como fuerza del orden, desligándolos así del movimiento anarquista y del comunista, y creando un *mores* de amarillismo obrero que marcaría profundamente al movimiento proletario hasta finales de los años 70. En 1933, la Revolución reglamentaba la concesión de vacaciones anuales para empleados de comercio y de banca, lo que fue extendido después a trabajadores de la industria y portuarios. El gobierno, finalmente, cumpliendo un punto del programa de la Alianza Liberal, promulgó el Código Electoral, por el cual se aprobaban la justicia electoral, el voto secreto y el voto femenino. Como contrapartida –lo que ponía de manifiesto su carácter fuertemente clasista–, Vargas decretó en 1933 la *Ley de la Usura*, en principio contra ésta, pero que al proponer rebajas de intereses de los préstamos, liberaba a los *fazendeiros* del pago de sus deudas. Otro decreto de 1933, el de *Reajuste*, socializaba los perjuicios causados por la crisis económica mundial, al ordenar que el Banco de Brasil asumiese la mitad de la deuda de los caficultores y devolviese centenas de *fazendas* de café hipotecadas por deudas, poniendo aún más dinero en las manos de los propietarios[26].

En el mismo año 33, el gobierno profundizó en su actuación en el mundo laboral, con la creación del Instituto de Jubilación y Pensiones de los Marítimos, y, al año siguiente, con la del Instituto de Jubilación y Pensiones de los Empleados del Comercio y el Instituto de los Industriales, asegurando a todos el derecho a estabilidad en el empleo.

La ideología del *Estado Novo* comenzaba a fermentar y cristalizarse con Azevedo Amaral, Francisco Campos y el propio Getúlio Vargas (que, dicho sea de paso, escribió poco y de modo fragmentario, sin haber dejado un conjunto de ideas bien estructuradas). El debate entraba en escena con obras como *Problemas de Nosso Tempo* de Hermes Lima, de la izquierda reformista. El *tenente* Virgínio Santa Rosa, por su parte, publicaba el importante libro *Sentido do tenentismo*, contestado por Alcindo Sodré (que denunciaría el *tenentismo* como golpe de militares contra la República liberal). Entre los liberales destacaba Afonso Arinos, con *Introdução à Realidade Brasileira*.

[26] Cf. Año 1933, entrada 752, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

En la derecha, Plínio Salgado, ideólogo de los Integralistas, publica *Psicologia da Revolução*, pintoresco estudio sobre el carácter brasileño.

La Asamblea Constituyente de 1933 y la Constitución de 1934. La brevísima Segunda República (1934-1937)[27]

En pleno ambiente revolucionario, la recién creada Justicia Electoral fue forzada a realizar el censo de electores para elegir diputados a la Asamblea Constituyente de la Segunda República. Aunque representaba un avance, al haber participación femenina y de «diputados clasistas» elegidos por los sindicatos profesionales de patrones y empleados (y con los mismos derechos parlamentarios), se anunciaba ya un embrión de corporativismo estatal. El 10 de noviembre de 1933 se abría la Asamblea Constituyente para discutir un anteproyecto de Constitución, elaborado por una comisión nombrada por el gobierno federal.

La Constitución, promulgada el 16 de julio de 1934, tuvo una corta duración, pues ante las convulsiones sociales fue decretado el estado de sitio en 1935. Los legisladores de la Constitución de la República de 1934 se inspiraron en la socialdemocracia de la República de Weimar. La nueva Carta determinaba que el presidente debía ser elegido por la propia Asamblea, definiendo un mandato de cuatro años, periodo que expiraba el 3 de mayo de 1938. Desaparecía el cargo de vicepresidente, siendo el presidente de la Cámara Federal el que sustituiría al jefe del Estado en caso de impedimento. El número de senadores quedaba reducido a dos por Estado, independientemente del número de electores y de sus poblaciones.

La Constitución creaba el Tribunal del Trabajo y fijaba los intereses de la Nación en el capítulo «Del orden Económico y Social». En cuanto a los trabajadores, el artículo 120 garantizaba la pluralidad y la autonomía de los sindicatos, fijaba el salario mínimo, jornada de 8 horas y descanso semanal obligatorio, además de vacaciones remuneradas e indemnización por despido sin causa justificada. Todos los ciudadanos tendrían derecho al recurso de *mandato de seguridad*, «en la defensa del derecho cierto e incontestable amenazado por acto manifiestamente ilegal». Para atender a las reclamaciones de la derecha católica, se consideraba indisoluble el matrimonio, y se hacía obligatoria la enseñanza religiosa (prohibida anteriormente en las escuelas públicas). La palabra «Dios» fue inscrita en el preámbulo de la Constitución. En cuanto a la nueva sociedad, el documento establecía una cuota de 2% como máximo de inmigrantes por cada etnia que entrase anualmente en el país.

Como colofón a la serie de medidas de corte nacionalista, en el mismo año de 1934 el gobierno promulgaba los Código de Minas y de Aguas, base para la nacionalización

[27] Es importante recordar, para la buena comprensión de las denominaciones, que *República Nova* se refiere al periodo de 1930 a 1937, en oposición a *República Velha (1889-1930)*. La brevísima *Segunda República*, regida por la Constitución de 1934, terminó con el golpe de 1937.

de las riquezas del subsuelo, mediante los cuales se pretendía defender los intereses nacionales ante los grupos extranjeros.

* * *

El escenario internacional cambió tras la Primera Guerra Mundial. Con la Revolución rusa y la crisis del 29, el mundo se dividió entre dos tendencias político-ideológicas antagónicas: la comunista, activada por la revolución soviética y la fascista, animada por Italia después de 1922 y asociada al nazismo, que experimentaba un crecimiento vertiginoso en Alemania en los años 30.

La repercusión de estos modelos en Brasil se reflejó en diversos grupos políticos. Por un lado en la Alianza Nacional Libertadora (ANL), en la izquierda, que reunía a varios grupos antifascistas y antiimperialistas, presidida por Prestes y apoyada por los *tenentes* Miguel Costa, Agildo Barata, Silo Meireles y algunos otros jóvenes como Caio Prado Júnior, que entonces tenía 23 años. A la derecha, la Acción Integralista Brasileña (AIB), de orientación fascista, con Plínio Salgado, Miguel Reale, Gustavo Capanema o San Thiago Dantas, entre muchos otros.

Los conflictos sociales en España conducirían en el año 36 a la brutal Guerra Civil, auténtica prefiguración de la Segunda Guerra Mundial; en Francia, el *Front Populaire* se organizaba frente al crecimiento de la derecha fascista, mientras los laboristas ingleses se reorganizaban tras la Primera Guerra Mundial. En los Estados Unidos, el presidente Franklyn Roosevelt ponía en marcha el *New Deal*, considerado como progresista.

En Brasil, los intelectuales más atentos salían de las brumas de su amena conciencia de atraso, denunciando la crítica situación del país en términos de miseria social, incluso si se lo comparaba a otros países como África del Sur o Australia. Se descubría el atraso endémico brasileño y se multiplicaban las denuncias en los escritos y estudios de Gilberto Freyre, Monteiro Lobato, Manuel Bonfim, Anísio Teixeira y tantos otros miembros de oligarquías empobrecidas, que tuvieron el privilegio de salir al exterior. Suena deprimente que hubiera un registro de apenas un millón y medio de electores para 20 millones de habitantes adultos, e irrisorio el 27% de matrículas para una población de 8 millones de niños.

En las postrimerías de la Revolución Constitucionalista, rumiando aún la derrota, una facción de la moderna elite paulista creó en 1934 la Universidad de São Paulo, organizada inicialmente alrededor de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Se pretendía formar a una nueva elite e implantar líneas de investigación sistematizadas, con un espíritu interdisciplinar. Fue decisivo el apoyo del interventor Armando de Salles Oliveira (1933-1935), que ofreció los medios a Paulo Duarte y Teodoro Ramos para contratar misiones de franceses, italianos, alemanes y portugueses para la *desprovincialización* cultural. El año anterior entró también en funcionamiento la Escuela Libre de Sociología y Política, la primera dirigida a la implantación de las ciencias sociales modernas, que contó con profesores extranjeros de alto nivel.

El levantamiento comunista de 1935 (la «Intentona»)

El ex-*tenente* Prestes fue nombrado, en 1934, presidente de honor de la Alianza Nacional Libertadora, a propuesta de Carlos Lacerda, que entonces era un comunista combativo. Su programa era simple aunque radical, al defender la cancelación de la deuda externa, la nacionalización de las empresas extranjeras, la garantía de las libertades individuales y la reforma agraria. Sin embargo, la situación político-institucional se agravó con la insurrección comunista de 1935, denominada por el orden establecido la «Intentona». En julio de 1935 Getúlio Vargas disolvió la Alianza, que contaba ya con 1.600 núcleos en todo el territorio y que había conquistado el apoyo de cincuenta mil electores en el Distrito Federal. Con el cierre, sus miembros fueron perseguidos y tuvieron que actuar en la ilegalidad y en el exilio. Gradualmente, los liberales y moderados se habían ido apartando de la ANL, a medida que ésta se situaba bajo la órbita comunista. La acción militar contra el gobierno Vargas quedó por lo tanto al mando de *tenentes* que habían ingresado en el Partido Comunista.

El 23 de noviembre de 1935 la insurrección comenzó precipitadamente en Natal, capital de Rio Grande do Norte. Actuando en nombre de la ANL, los rebeldes consiguieron controlar el gobierno del Estado durante cuatro días y fundaron una Junta Gubernativa. Al día siguiente, liderados por un grupo de *tenentes*, los insurrectos intentaron conquistar Recife, pero fueron repelidos por las tropas del gobierno, dejando un saldo de más de mil muertos. El 25 de noviembre el gobierno decretó el estado de sitio en todo el país.

En Río de Janeiro, liderados por Prestes y Agildo, los revolucionarios intentaron sublevar a algunas unidades militares y extender el movimiento a otros estados, aunque sin éxito, pues el levantamiento en Natal dio tiempo a Getúlio para preparar la reacción. Agildo se hizo con el 3.er Regimiento de Infantería, pero fue cercado y preso por Dutra, comandante del I Ejército. En la Escuela de Aviación, Eduardo Gomes dominó el levantamiento. En pocos días, las tropas leales al gobierno controlaban la situación.

Los miembros de la ANL fueron duramente perseguidos por el gobierno Vargas. El presidente aprovechó la oportunidad para suspender todas las garantías civiles que constaban en la Constitución de 1934. En la jerga oficial, el movimiento fue denominado «intentona comunista»[28], en vez de usar las temidas palabras «reforma» o «revolución».

¿Por qué no tuvo éxito el movimiento? Una versión sostiene que los dirigentes del partido habían falseado las cifras reales de los miembros del Partido Comunista. Según el secretario general del partido, Miranda (un nieto de Antônio Conselheiro), la agrupación tenía cien mil miembros, pero más tarde se constató que mentía. Prestes se lamentaba: «Era mucho más fácil [...] construir un partido en los cuarteles que en las fábricas»[29]. Como concluye Darcy Ribeiro, «ningún obrero se unió al levantamiento, como alardeaba Miranda, con lo que se redujo a una cuartelada»[30].

[28] La elección de la palabra «intentaba» despreciar al movimiento, pues su significado remite al «terreno de lo insensato, al motín frustrado».

[29] Véase «La Intentona», 1935, entrada 827, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[30] *Ibidem*.

La represión de la rebelión

> Muchos años serían necesarios para despertar a esas masas engañadas y somnolientas –la propaganda hecha durante algunos meses ha sido escasa–. Precaria organización. […] Me recordaba una de esas frases escritas con brea en negro en el muro: «indios, uníos». Nunca vi mayor disparate, pues en aquel suburbio de la pequeña capital no vivía ningún indio. […] No se daban muestras de querer someternos a juicio, pero era posible que ya nos hubiesen juzgado y que cumpliésemos la pena sin saberlo. Nos suprimían así todos los derechos, los últimos vestigios de ellos. Desconocíamos hasta el tribunal que nos sentenciaba. Posiblemente obraba para eso solamente una cabeza: la del general […] Ante la persecución generalizada, éramos insignificantes, minucias suprimidas del organismo social.
>
> Graciliano Ramos, *Memórias do cárcere*[31]

A partir de aquel momento, el gobierno persiguió y reprimió todas las fuerzas de oposición. La versión oficial era que algunos oficiales habían sido bárbaramente asesinados por los comunistas. Militares rebeldes, obreros, comunistas y socialistas fueron detenidos y torturados. Luís Carlos Prestes, el líder de la conspiración, fue condenado por un delito común y sometido a prisión durante todo el gobierno Vargas, hasta 1945.

A partir del levantamiento comunista, el alto mando de las Fuerzas Armadas dio un apoyo sin fisuras a Getúlio. El gobierno se inclinó hacia la derecha, resultando fortalecidos Dutra y Góis, junto con el duro jefe de la policía, Filinto Müller, antiguo oficial de la Columna Prestes. Los integralistas contaban con 400.000 camisas verdes. El Secretario de Instrucción, el liberal Anísio Teixeira fue sustituido por el autodenominado fascista Francisco Campos.

El gobierno se radicalizó y proclamó la Ley de Seguridad Nacional, redactada por el jurista Vicente Rao. Se creó asimismo el Tribunal de Seguridad que, de 1936 a 1945 persiguió, vigiló y condenó no sólo a los disidentes sino también a una amplia gama de izquierdistas. Fueron metidos en los calabozos juristas como Hermes Lima, Castro Rebelo, Leônidas Rezende (un maestro de varias generaciones), Edgar Süssekind de Mendonça y Joaquim Ribeiro, entre tantos otros. Carlos Lacerda, entonces todavía comunista, logró escapar a Bahía.

Vargas decretó el Estado de Guerra e instituyó la pena de muerte. Fue una época de terror. Su gobierno mandó arrestar a miles de personas, como periodistas, sindicalistas y docentes como el socialista Rodolfo Coutinho, presidente del Sindicato de Profesores. El periódico *The New York Times* informó que el régimen tenía siete mil presos políticos en el país; *L'Humanité* hablaba de 17.000. Entre ellos, el escritor Graciliano Ramos, que comenzó su calvario de un presidio a otro, con la cabeza rapada y con uniforme de presidiario. Las prisiones se hicieron famosas, como la de Ilha Grande (Río de Janeiro), Maria Zélia (São Paulo), y la de la isla

[31] Graciliano Ramos, *Memórias do cárcere,* 44.ª ed., Río de Janeiro: Record, 2008, pp. 62, 68 y 72. Supervisión y posfacio por el profesor Wander Melo Miranda.



Olga Benário

de Fernando de Noroña (en la época con estatus de Territorio), además del navío Pedro I.

También fue detenido Pedro Ernesto, el popular alcalde electo de Río, así como Prestes y su mujer, Olga Benário. Ésta, junto con la mujer de Harry Berger[32], ambas judías, fueron entregadas por Filinto Müller al gobierno de Hitler, siendo asesinadas en un campo de concentración. Olga estaba embarazada de una niña que sobrevivió, Anita Leocádia Prestes, hoy historiadora y profesora de mérito. Harry Berger, judío polaco-alemán naturalizado norteamericano, era considerado el «mentor de Luís Carlos Prestes», considerado como el verdadero jefe de la «insurrección roja». Vicente Rao, ministro de Justicia, jugó el papel de jurista eficiente y servicial de la extrema-derecha. Creó la Comisión de Represión al Comunismo y mandó detener al senador Abel Chermond y a algunos diputados, como Abguar Bastos, João Mangabeira y Herculano Cascardo, presidente de la ANL.

Los integralistas, la Policía Política y el Tribunal de Seguridad Nacional actuaron en perfecta armonía. A los presos se les arrancaban las uñas y los dientes con alicates o eran quemados con sopletes; a otros se les metía en celdas aisladas, con agua goteando sobre la cabeza, en la fría São Paulo. Quemas de libros en la plaza pública alegraban el ambiente en São Paulo, en Río, en Paraná y en Santa Catarina…

«Llovía, ventaba, hacía frío en São Paulo», escribía Carlos Drummond de Andrade en el poema «O medo», en *A Rosa do Povo*.

[32] Cf. el periódico fundado por J. E. de Macedo Soares, *Diário Carioca*, Río de Janeiro, 7-1-1936. Arthur Ewert, nombre verdadero de Harry Berger, era el «extraño habitante de la calle Paul Redfern, 33». Según el *Diário*, los comunistas contaban con más de 7.000 partidarios en una brigada de choque, lo que se comprobó que era una exageración. Véase, especialmente, H. Berger, «Idéias e lutas», capítulo 4 del libro de José Joffily, *Harry Berger*, Río de Janeiro/Curitiba: Paz e Terra/Universidade Federal do Paraná, 1987.

El pobre «systema cultural» del país: Brasil se redescubre

Nunca llegamos a poseer una «cultura propia».

Fernando de Azevedo, Anísio Teixeira y otros,
Manifesto dos Pioneiros da Educação Nova (1932)

> En países con tradición universitaria, la cultura une, solidariza y coordina el pensamiento y la acción. En Brasil, la cultura aísla, diferencia y separa. ¿Y esto, por qué? Porque los procesos para adquirirla son personales [...] El hombre culto, a medida que se cultiva, se desarraiga más, se aparta más del medio común y se afirma por el exclusivismo y el particularismo de su lucha personal por el saber.

Denuncia del educador bahiano Anísio Teixeira, en la década de 1930

Los años 30 estuvieron marcados por un clima de gran efervescencia cultural. Se vivía algo así como un redescubrimiento de Brasil, como se constata en, por lo menos, dos análisis innovadores que surgen en ese momento, en los libros pioneros *Casa Grande & Senzala* de Gilberto Freyre y *Evolução Política do Brasil*, de Caio Prado Júnior. Estas obras inauguran las dos principales matrices del pensamiento brasileño contemporáneo: la culturalista liberal moderna y la marxista no-dogmática. Son contemporáneas las obras de Graciliano Ramos (*Caetés*) y la primera audición de la obra *Bachiana brasileira n.º 1*, de Villa-Lobos.

El poeta *mineiro* Carlos Drummond de Andrade –que actuando como jefe de gabinete del ministro de Educación, Cultura y Salud Gustavo Capanema, se convertirá en una de las más importantes personalidades del gobierno «ilustrado» de Getúlio– publica en 1930 su primer libro, *Alguma Poesia*. Personaje muy discreto, sería una figura clave del Brasil moderno, actuando a lo largo de las cinco décadas siguientes.

Otro hito político cultural importantísimo de aquel periodo fue el *Manifesto dos Pioneiros da Educação Nova* (1932), firmado por el grupo-generación de Anísio Teixeira, Fernando de Azevedo, Hermes Lima y Júlio de Mesquita Filho, entre otros, que proponía una reforma educativa en profundidad a través de una Escuela Pública de calidad, laica, obligatoria y gratuita[33]. Esta generación, que en la época tenía, de media, unos 30 años de edad, sería de enorme importancia en la formación de un Brasil moderno.

En su reflexión sobre el *systema cultural do paiz*, el *Manifesto dos Pioneiros da Educação* hacía un duro diagnóstico de la enseñanza en Brasil, discutiendo el papel del Estado y propugnando la educación como una función pública, enumerando los valores educativos que debían ser cultivados, como la laicidad, la gratuidad y la obligatoriedad, así como la co-educación, la descentralización, la ampliación

[33] Paulo Ghiardelli Junior, *História da Educação*, São Paulo: Cortez, 1994. Véase también el «Manifesto dos Educadores de 1959», en Roque S. Maciel de Barros (org.), *Diretrizes e Bases da Educação Nacional*, São Paulo: Pioneira, 1960.

del campo educativo de las universidades y la formación de profesores. Acababa considerando la democracia como «un programa de largos deberes». Es importante destacar que, al criticar duramente el empirismo grosero de la administración escolar y proponer la reconstrucción total del sistema educativo, se situaban en contra del orden anterior:

> Ese empirismo grosero que ha presidido el estudio de los problemas pedagógicos, discutidos y colocados en una atmósfera de horizontes estrechos, tiene su orígenes en la ausencia total de una cultura universitaria y en la formación meramente literaria de nuestra cultura.

Más radicales, los pioneros de la Educación Nueva denunciaban:

> Nunca llegamos a poseer una «cultura propia», ni siquiera una «cultura general» que nos convenciese de la existencia de un problema en cuanto a los objetivos y fines de la educación.

Tal constatación sonaba como un grito de alerta que, en las décadas siguientes, movilizaría a varios sectores de la *intelligentsia* nacional en defensa de la Escuela Pública, universal y gratuita. Educadores como Darcy Ribeiro, Florestán Fernandes, Paulo Freire e innúmeros otros militantes de la Educación (sobre todo los defensores de la Escuela Pública) fueron tributarios de esa generación que los antecedió. Pensadores como el jurista e historiador Raymundo Faoro, también les son deudores: ¿cómo no ver, en la conclusión que cierra *Os Donos do Poder*, la inspiración proveniente del *Manifesto*, al constatar, en 1958, la «frustración de la aparición de la genuina cultura brasileña»?

Capítulo 26
La Dictadura del *Estado Novo* (1937-1945)

Con la fundación del *Estado Novo* en 1937 se rompen los últimos vínculos de Getúlio con el *tenentismo*. Las Fuerzas Armadas se entregan a Dutra, a Góis y a otros oficiales que querían un Ejército nominalmente apolítico y jerárquico, corporativo e inmune a la propaganda democrática, es decir, un Ejército por encima de la política para el mantenimiento del viejo orden en un Estado paternalista. Un Ejército que se impusiese a la Nación como estamento de conquistadores sobre un pueblo avasallado[1].

Darcy Ribeiro, 1985

El escenario político-institucional de Brasil, sacudido por continuos episodios violentos, se hacía cada vez más inestable. La inquietud en los cuarteles, el terror implantado por la represión de la izquierda, las limitaciones impuestas a los liberales, además de las ambiciones de Getúlio Vargas y la división ideológica internacional, todo contribuía para el fin de la República de 1934. El régimen liberal-democrático, aunque restringido (más liberal que democrático), tenía pocas posibilidades de sobrevivir en la *República Nova*. Según la apreciación contundente de Darcy Ribeiro:

> La democracia y la libertad, que sólo eran consentidas en el Brasil Monárquico entre los pares –los *senhores* de esclavos– continúan limitadas en la *República Velha* por el antiliberalismo de la Iglesia y de los positivistas. En la *República Nova* no tienen mejor suerte, perseguida por getulistas e integralistas y despreciada por los comunistas[2].

[1] Cf. «O autogolpe», entrada 898, en Darcy Ribeiro, *Aos trancos e barrancos*: *como o Brasil deu no que deu* [*T&B*], Río de Janeiro: Guanabara, 1985, [s. p.].

[2] *Ibid*., 1936, año de Capanema, entrada 845.

Las fuerzas progresistas, en su proceso de internacionalización, estaban estableciendo ya una considerable organización supranacional. A ejemplo de lo que ocurrió en São Paulo (donde una Brigada de españoles había participado en la Revolución de 1924), durante la Guerra Civil Española muchos brasileños –incluidos pilotos de avión– se alistaron y lucharon con las Brigadas Internacionales. Un ejemplo: en la retirada de los republicanos, una vez perdida la guerra, el historiador Caio Prado Júnior (que entonces estaba afiliado al Partido Comunista Francés) auxilió en las estribaciones de los Pirineos a los españoles que huían en dirección al exilio. En esta corriente de cooperación entre las oposiciones de izquierda, no fueron pocos los militantes internacionales que actuaron en Brasil, incluso comunistas norteamericanos.

Ambigüedad: esta era la característica principal de aquella República. Por encima de la represión odiosa y rencorosa del régimen, el ministro de Educación y Salud, Gustavo Capanema, reunió durante diez años a una constelación excepcional de intelectuales y artistas, dando un nuevo sentido a la problemática de la identidad nacional… A fin de cuentas, Brasil tenía un régimen republicano y la fisonomía –la tan buscada identidad– de su pueblo estaba siendo descubierta, discutida e inspeccionada en las obras de Euclides da Cunha, Gilberto Freyre, Manuel Bonfim, Afonso Arinos, Fernando de Azevedo, o incluso en la acción indigenista de Rondon. Hacía falta dar un sentido a todo eso en ese momento y Capanema logró reunir una pléyade de alto nivel, organizando para tal fin un sistema cultural que abarcaba los campos de la educación, de la música, del patrimonio histórico y artístico y de la arquitectura, bajo la coordinación de su jefe de gabinete, el meticuloso Drummond de Andrade. Un ejemplo del nivel que se alcanzaba fue la participación de Oscar Niemeyer, Lucio Costa y del arquitecto francés de origen suizo Le Corbusier en el proyecto del edificio del Ministerio de Educación y Salud, que alberga los famosos paneles de azulejos de Cândido Portinari… En música, Villa-Lobos –que tuvo en 1936 la primera audición de su *Bachiana brasileira n.º 1*– fue nombrado en 1940 director de la Asociación de Canto Coral, idea que se multiplicó por los principales centros del país, particularmente en las escuelas, propugnando la divulgación de la música de inspiración y raíces brasileñas.

Otros movimientos intelectuales destacaron también en este periodo, por lo menos desde 1935, año en que Gilberto Freyre y Artur Ramos lideraron un manifiesto contra el nazismo y las teorías «raciales» de los integralistas. Entre los antirracistas se podía encontrar, entre otros a Mário de Andrade o Anísio Teixeira, y a los socialistas Hermes Lima, Castro Rebelo y Sérgio Buarque de Holanda.

Ese mismo año, en São Paulo, el alcalde Fábio Prado creó el Departamento de Cultura, dirigido por Mário de Andrade. El escritor desarrolló un importante programa de publicaciones e investigación, actualizando los acervos y reuniendo a intelectuales como Sérgio Milliet, Rubens Borba de Morais y Paulo Duarte[3].

[3] Véase «A criação da USP, segundo Paulo Duarte», en *Ciência Hoje*, 3 (13), jul.-ago. de 1984, pp. 40-44.

Los integralistas se empeñaban también en esa búsqueda de una identidad nacional. No fue casualidad que al lado de Plínio Salgado y Vicente Rao, se encontraran nombres como los de San Thiago Dantas, Roland Corbisier, Gerardo de Mello Mourão, Lauro Escorel, Jaime de Azevedo Rodrigues, e incluso negros como Guerreiro Ramos y Abdias Nascimento… Darcy lo justificó diciendo que buscaban una «salida nacional y popular para el atraso brasileño, aunque enseguida tomaron otros rumbos»… Los *mineiros*, por su parte, eran hábiles y crearon «su propio integralismo autónomo» –usando camisas marrones y no verdes– como Chico Campos, Afonso Arinos o Gustavo Capanema, que más tarde dejaría el movimiento[4].

El año de 1936 fue un momento de redescubrimiento de Brasil en sus distintas dimensiones –y de críticas a las limitaciones causantes del atraso nacional–. La intelectualidad más activa y cosmopolita publicó obras que contenían denuncias y revisiones político-ideológicas como *Raízes do Brasil*, de Sérgio Buarque de Holanda; *O escândalo do petróleo*, de Monteiro Lobato (que por defender la explotación del petróleo y del hierro fue detenido); *Educação para a democracia*, de Anísio Teixeira; o *A questão social e a solução brasileira*, de José Maria Bello. En poesía, Manuel Bandeira publica *Estrela da manhã* y José Lins do Rego, *Usina*. También en 1936, Gilberto Freyre publica su libro más importante, *Sobrados & Mucambos*.

Como ejemplo del nuevo lugar que las mujeres empezaban a ocupar en el escenario nacional, se dio el caso de Berta Lutz, bióloga del Museo Nacional: después de ser elegida diputada, fue despojada de su escaño en la apuración de votos, pero lo recuperó a través de una sentencia judicial.

Todas las noches, a partir de julio de 1935, la identidad nacional también era evocada y reafirmada al son de la impactante apertura de la ópera *O Guarani*, de Carlos Gomes, en las ondas larga, media y corta. Era la *Hora do Brasil*, que desde 1938, en difusión radiofónica obligatoria para todo el país, saldría al aire puntualmente a las 19 horas, incluyendo el noticiario oficial del gobierno e informaciones meteorológicas «para todo el territorio nacional»[5]. Se hizo célebre el anuncio, repetido hasta la saciedad:

> Aviso a los navegantes: no hay aviso…

[4] En la vertiente literaria, el tema de la identidad es estudiado con detalle y sentido crítico por Alfredo Bosi en *História concisa da literatura brasileira*, 2.ª ed. São Paulo: Cultrix, 1976 –en el capítulo «Desdobramentos: da Semana ao Modernismo», pp. 383-389– en el que sitúa a los distintos personajes y autores, describiendo las variadas corrientes (Pau-Brasil, Anta, Klaxon, Estética), etc., y analizando a figuras nacionales como Cassiano Ricardo, Prudente de Moraes Neto, Ronald de Carvalho, Menotti del Picchia, Raul Bopp, Sérgio Buarque de Holanda o Alcântara Machado, además del gran poeta Manuel Bandeira.

[5] A partir del año 1962, cuando las cámaras legislativas empezaron a participar en el programa, su nombre se cambió por el de *Voz do Brasil*. Es el más antiguo programa radiofónico brasileño y suramericano aún en antena, aunque varias emisoras de radio, alegando inconstitucionalidad, hayan entablado procesos para no transmitirlo o, por lo menos, no en el horario de las 19 horas.

El autogolpe del *Estado Novo* (1937)

> Gobernar implica encarcelar[6].
>
> Francisco Campos, jurista.

En este ambiente de ambigüedades político–culturales, Getúlio hizo un acuerdo con los integralistas, pero preparó el golpe con Benedito Valadares y Chico Campos. Un golpe preventivo contra el integralismo, que estaba ganando fuerza, y contra los comunistas y liberales. Contó con el apoyo de los ex *tenentes* Filinto Müller, João Alberto y Juarez Távora, si bien sus brazos armados fueron Gaspar Dutra y Góis Monteiro.

Entre los pretextos alegados para decretar el estado de guerra figuraban la amenaza comunista, la debilidad del Congreso, la violencia verbal de la campaña electoral y el crecimiento de los integralistas, con sus conexiones internacionales. El verdadero objetivo del autogolpe era aplazar la realización de las elecciones para presidente, lo que permitiría a Getúlio continuar en el poder. Los militares, por su parte, apoyaban los planes de Vargas, pues no creían que un gobierno constitucional fuese capaz de conjurar la «amenaza comunista». Pensaban además, que sólo un golpe podría atajar la indisciplina reinante entre los oficiales más jóvenes del Ejército.

El crecimiento de la derecha fascista

En septiembre de 1937 los periódicos publicaron el «Plan Cohen». Supuestamente era un plan elaborado por los comunistas para tomar el poder. En realidad, la historia había sido creada para asustar a la población y justificar una intervención armada del gobierno. El mentor era el Estado Mayor del Ejército y su autor un joven oficial integralista, el capitán Mourão Filho, que 27 años después marcharía con sus tropas de Minas a Río para el golpe de Estado de 1964[7].

Mientras tanto, Getúlio firmaba alianzas con políticos de varios estados, buscando apoyo jurídico–político para su tentativa de golpe. Sus partidarios redactaron una nueva carta constitucional, semejante a la constitución fascista de la Polonia ocupada por los nazis. El 10 de noviembre de 1937, el gobierno publicó en el *Diário Oficial* la nueva Constitución (la «polaca»). El mismo día, tropas golpistas cerraron el Senado y la Cámara de Diputados. Por la noche, Vargas explicaba al país a través de la radio las razones del golpe militar. Era el inicio del *Estado Novo*, un sistema de tutelaje del Estado sobre la sociedad nacionalista y antiliberal, que anulaba el sistema representativo y las libertades públicas, con preocupaciones reformistas dirigidas a los asalariados urbanos.

[6] Luiz Flávio Gomes, «Nossa barbárie prisional. Brasil rumo ao troféu mundial da violência e da corrupção», en *Jus Navigandi*, 12 (1712), Teresina, 9-3-2008, disponible en: http://jus2.uol.com.br/doutrina/texto.asp?id=11034. Acceso el: 11-3-2008.

[7] Cf. «O autogolpe», entradas 893 y 896, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Sintonizado inicialmente con la Italia de Mussolini, la España de Franco y el Portugal de Salazar, el gobierno Vargas se inclinó hacia la derecha; posteriormente, cuando se vislumbraba la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, viró hacia una alianza contra las potencias del Eje. El hábil Vargas puso a los integralistas fuera de la legalidad, aunque el régimen siguiese organizado según los moldes fascistas, supervisado por el legislador Francisco Campos. En el grupo de intelectuales y juristas que dieron contenido ideológico al *Estado Novo*, aparte de Chico Campos, se registran los nombres de Azevedo Amaral[8], Pontes de Miranda, Oliveira Viana, Macedo Soares Temístocles Cavalcanti, Genolino Amado, Agamenon Magalhães, Lourival Fontes (que implantó el DIP, Departamento de Imprenta y Propaganda), y el historiador Hélio Viana. Junto a ellos, un solícito jurista, Vicente Rao, redactaba medidas «jurídicas» contra las personas consideradas «subversivas»… Hecho paradójico: Rao fue uno de los que firmaron la creación de la innovadora Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo en 1934, a la vez que redactor de la Ley de Seguridad Nacional de 1935.

Nota curiosa, digna de ser registrada: el joven que mecanografió la Carta de 1937 fue el servicial abogado Carlos Medeiros Silva, el mismo autor (esta vez denominado jurista) del *Acto Institucional* de 1964.

Un Ejecutivo fuerte. Vargas dictador

Getúlio anuló los partidos y gobernó durante siete años en estado de emergencia, jugando con la derecha y con la izquierda, sin que sus actos fueran juzgados por ningún otro poder. Durante el *Estado Novo* el presidente, como jefe del poder ejecutivo, concentró todos los poderes del Estado; dejaron de existir el Senado y la Cámara de Diputados; los gobiernos de los estados quedaron subordinados al gobierno central y la oposición –tanto la liberal como la comunista– fue perseguida y encarcelada; la prensa escrita y la radio estaban sometidas a censura y las manifestaciones contra el gobierno simplemente no tenían como existir, o fueron silenciados a través de métodos represivos del gobierno.

La centralización de todas las decisiones en la persona del presidente tuvo como resultado la consolidación de una amplia *reforma administrativa*. Los interventores, nombrados por el presidente para los gobiernos de los estados, controlaban la policía. Vargas se apoyaría mucho en ellos: en São Paulo, Adhemar de Barros (que nombró a Prestes Maia, el modernizador de la capital); Pedro Ludovico en Goiás (donde concluyó en 1938 la construcción de Goiania, la nueva capital); en Rio Grande do Sul, Ernesto Dorneles y Cordeiro de Farias; en el estado de Río, Amaral Peixoto (yerno de Vargas); en el Distrito Federal, Henrique Dodsworth, etc.

El Departamento Administrativo de Servicio Público (Dasp), supervisaba las medidas tomadas por los interventores. De esta manera se definía un sistema jerarquizado y federal de control de la administración pública, a través de un sistema de oposiciones

[8] Es el autor de *O Estado Autoritário e a realidade nacional*, Río de Janeiro: José Olympio, 1938.

para entrar en la carrera. El presidente y sus auxiliares controlaban todo: por ejemplo, un profesor de universidad, para viajar al Exterior, dependía de la firma del presidente de la República. Se creó la figura del funcionario «extra numerario», sin oposición, para continuar cultivando el viejo modelo clientelista, que continúa en el siglo XXI[9].

La reforma administrativa del *Estado Novo* introdujo en el escenario político–administrativo un nuevo tipo de funcionario público: el burócrata de formación técnica, el futuro tecnócrata. Las banderas estatales fueron quemadas en las plazas públicas, símbolos del «obsoleto» federalismo. Venció, por lo tanto, el centralismo antifederalista.

Como destacó Lourdes Sola:

> A través de la nueva Carta, el presidente disponía de plenos poderes, legislativos y ejecutivos; se le permitía destituir y transferir funcionarios o separar de la carrera a militares que representasen una amenaza «a los intereses nacionales». Por el artículo 186 se declaraba el *estado de emergencia* en todo el territorio nacional, lo que hacía posible ordenar detenciones, mandar personas al exilio o invadir domicilios; se instituía la prisión preventiva; se hacía legal la censura de todas las comunicaciones[10].

A partir de la creación del Departamento de Prensa y Propaganda (DIP), la opinión pública sería controlada por el áulico Lourival Fontes. Personaje sombrío, con poder pleno de censura, dirigía ese órgano ligado directamente a la presidencia. Se dedicaba al culto a Getúlio, sirviéndose del sistema de comunicaciones, especialmente de la popular Radio Nacional (que inició la radionovela en Brasil), e integrando a los diarios en el organismo oficial. Los dueños de varias empresas vieron como éstas eran incorporadas al Patrimonio de la Unión, como fue el caso del periódico *O Estado de São Paulo* y el diario *A Manhã* de Río.

Músicos populares como Ari Barroso y Lamartine Babo, o escritores como Orígenes Lessa y Cassiano Ricardo, fueron involucrados en ese esquema de propaganda abierta o sutil, en un ambiente de sambas de exaltación. Algunos de esos sambas, como *Aquarela do Brasil* (1939) de Ari Barroso, en la voz de Francisco Alves, tuvieron mucho éxito y son de enorme valor, aunque contengan frases como «*esse coqueiro que dá coco*», como ya señaló Darcy Ribeiro…

Sin embargo, había cierta confusión ideológica, ya que, por ejemplo, colaboraban en la revista *Cultura Política* el derechista Azevedo Amaral y el coronel marxista Nelson Werneck Sodré… La revista semanal *Diretrizes*, que publicaban Samuel Wainer, Joel Silveira y otros, más crítica y correcta, expresaba la oposición al fascismo, aunque se apoyara en las posiciones nacionalistas y laboristas del gobierno. (Wainer

[9] Véase 1938, año de Lampião, entrada 931; y 1939, año de *Aquarela*, entrada 933, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[10] Lourdes Sola, «O Golpe de 37 e o Estado Novo», en Carlos G. Mota (org.), *Brasil em Perspectiva*, 21.ª ed., Río de Janeiro: Bertrand Brasil, 2001, p. 266.

sería uno de los más importantes *getulistas* históricos, prolongando su actuación en el periodismo hasta comienzos de los años 80).

Fue emblemática en aquel momento la inauguración del Tribunal del Trabajo, el 1 de mayo de 1941. Vargas, principal orador (su proclama se hizo famosa: «¡Trabajadores de Brasil!»), ordenó organizar la concentración de trabajadores en el Campo do Vasco, con cantos y músicas dirigidos por Villa-Lobos[11]. Vargas rompía así con el *tenentismo*, dando poder total a las Fuerzas Armadas (con Dutra y Góis Monteiro al frente) y a la todo poderosa policía política de Filinto Müller, un personaje siniestro, rencoroso, sacado a la fuerza de la Columna Prestes.

La intentona Integralista

La noche del 10 de mayo de 1938, el Palacio del Catete (o Palacio Guanabara) fue asaltado por algunas decenas de integralistas bajo el mando de Severo Fournier, manteniendo a Vargas y algunos familiares cercados durante más de tres horas[12]. Cuando mucho más tarde llegaron las fuerzas de seguridad, resultaron muertos cuatro guardias y ocho de los atacantes. Plínio Salgado y Gustavo Barroso, jefes de los camisas verdes, quedaron intactos y siguieron dando apoyo a Vargas, mientras que Severo Fournier fue al calabozo (donde, abandonado y amargado, moriría a causa de los malos tratos y la tuberculosis). Allí recibió una carta de otro prisionero, Luís Carlos Prestes:

> En esta lucha, amigo mío, no debemos fijarnos en los hombres, sino apoyar incluso al mismo Getúlio si mañana se comprende la necesidad nacional de tal acción[13].

Vargas se dedicó al encarcelamiento de líderes de la izquierda y de la derecha. El gobierno nacionalizó cerca de 700 escuelas en áreas de colonización alemana e italiana, que orientaban a sus alumnos a favor del Eje; como contrapartida, cerró el *Frente Negro* y su periódico, que volvería a existir después de 1945, con la *Asociación de los Negros de Brasil*. Para domesticar al movimiento estudiantil, creó la Unión Nacional de Estudiantes, que pronto escaparía a su control.

[11] Hay una vasta bibliografía sobre el compositor. Véase el ensayo de Alejo Carpentier, escrito cuando aún era joven en París, reeditado en la revista del Memorial de América Latina: Alejo Carpentier, «Villa-Lobos», en *Nossa América*, n.º 1, São Paulo, mar.-abr. 1989, pp. 84-88.

[12] Así es como Getúlio, en su diario publicado en 1995, describía el ataque: «10 de mayo. Por la noche, después de los despachos, fui a acostarme. No me había dormido aún cuando me sobresaltaron descargas de fusil y ametralladora. Se trataba de un ataque al palacio, hecho de sorpresa. El ministro de la Guerra vino hasta la puerta, pero no pudo entrar porque el lugar era barrido por las ametralladoras. Las fuerzas del Ejército y de la policía cercaban los alrededores, pero no podían acceder. Esta situación se mantuvo hasta la madrugada, cuando los rebeldes se rindieron». Del diario de Getúlio en Paulo Moreira Leite, «Getúlio volta à cena», *Veja*, São Paulo, 13-12-1995.

[13] Cf. año de 1939, entrada 937 en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. Prosigue Prestes: «Y quien esto le escribe es un hombre que, personalmente, le tiene a Getúlio el odio más justificado. Usted debe saber que fue él quien mandó entregar a Hitler a mi abnegada compañera en avanzado estado de gestación».

Una dictadura nada cordial. De la barbarie tropical

En la zona rural del nordeste, fue finalmente vencida la banda de Lampião y Maria Bonita. La imagen de sus cabezas cortadas fue mostrada como trofeo de guerra por todo Brasil, llegando a ser expuestas en el Museo Nina Rodrigues, en Salvador[14]. La figura de Lampião será exaltada después –en películas, libros y canciones– como bandolero y héroe del *sertão*. Sin embargo, él y su grupo, que participaron incluso en la persecución a la Columna Prestes, representaban el atraso y la barbarie.

La barbarie no existía solamente en el *sertão*. En Río, el abogado católico Sobral Pinto defendió la aplicación de la Ley de Protección a los Animales al preso político Harry Berger, pseudónimo de Arthur Ewert, acusado de ser el principal contacto de Prestes con el comunismo soviético. El recluso fue presentado ante el ministro de Justicia en una situación penosa: demente, medio muerto, tras llevar un año en el fondo de un calabozo inmundo, durmiendo entre cascajos, gritando la noche entera, sin luz, sin cuarto de baño, sin cortarse el cabello, las uñas y la barba. Como dijo Darcy Ribeiro, «era un monstruo, una criatura de Filinto». Su compañero de celda era Prestes, que continuaría preso algunos años más; el jefe de policía, Filinto Müller, no quería matarlo, sino enloquecerlo. Prestes aguantó, acentuándose el mito de su figura carismática.

Una economía dirigida por el Estado

> Getúlio era de hecho el órgano central de planificación económica del gobierno[15].
>
> Darcy Ribeiro

En el terreno económico, el *Estado Novo* continuó con el sistema de las «cuotas de sacrificio», es decir, con la quema de café para controlar los precios y regular la producción. Se creó el Consejo Técnico de Economía y Finanzas, pues el Consejo de Economía Nacional, creado en la Carta de 1937, nunca fue implantado. Se prohibió a sus funcionarios el uso de las palabras plan, planificación o quinquenal, tal vez por sonar demasiado subversivas, soviéticas o bolcheviques

Sólo más tarde, en 1942, fue creada la Comisión de Planificación Económica, aunque sin ninguna formulación clara para un proyecto integrado de desarrollo nacional.

El Estado intervino también para estimular la diversificación de la producción agrícola: se crearon, como vimos, institutos del azúcar, del mate y del pino… El gobierno financiaba a los productores y ayudaba en la experimentación y la divulgación de técnicas más perfeccionadas de cultivo. Incentivó asimismo el cultivo de

[14] Las cabezas de Lampião, Maria Bonita y los demás *cangaceiros* no serían sepultadas hasta febrero.
[15] *Ibid.*, 1940, año del Mínimo, entrada 959.

algodón en el estado de São Paulo. Durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial, Alemania y Japón consumieron buena parte de la producción paulista.

En 1937 fueron abolidas todas las tasas interestatales de exportación. A partir de ese momento, los estados de Brasil formarían, al menos en teoría, un mercado nacional, pero en 1940 el país estaba todavía atrasado, con una población de 41.565.083 habitantes, la mitad analfabetos y, dentro de éstos, una inmensa mayoría de pardos y negros, consumidores con poca capacidad adquisitiva.

El problema de la educación estaba sobre la mesa, pero sólo en 1942 sería reestructurada la enseñanza secundaria (con formación clásica, por presión de la Iglesia), para «expansión de la red privada y para la formación de elites masculinas, católicas, bienpensantes, humanísticas y disciplinadas». Al mismo tiempo se creó en el Ministerio de Trabajo el Servicio de Aprendizaje Industrial (Senai). «Un embuste», según Darcy Ribeiro, pues era entendido como alternativa a la educación secundaria, formadora de elites para la universidad, mientras que el Senai formaría la mano de obra especializada para la industria, es decir, los trabajadores competentes y de buen comportamiento del «soñado régimen corporativista»[16].

Fueron tomadas medidas para poner en ejecución la *Ley del Salario Mínimo*, para asegurar al trabajador adulto de la industria, de ambos sexos, un salario mensual suficiente para alimentación, vivienda, vestuario, transporte e higiene de una familia de cinco miembros, lo que benefició a cerca de un millón de trabajadores. Más importante, sin embargo, sería la promulgación de la *Consolidación de las Leyes del Trabajo*[17].

El *Estado Novo* estableció una política de fomento a la industrialización. Durante la Segunda Guerra Mundial, las industrias brasileñas se desarrollaron gracias a la imposibilidad de importar y el mercado consumidor interno creció debido a la intensificación de la urbanización. Las industrias locales producían bienes de consumo no durables. Se hizo necesario, por tanto, importar todas las máquinas que produjesen estos bienes. Para garantizar una mayor independencia en relación a los países que producían bienes de equipo, Getúlio Vargas decidió crear las condiciones para producirlos en Brasil.

La Compañía Siderúrgica Nacional (CSN) y la planta siderúrgica de Volta Redonda

Los militares varguistas que implantaron la dictadura del *Estado Novo* se preocuparon por la industrialización de Brasil y por la producción interna de bienes de capital. Para ellos, la producción de este tipo de bienes era un factor de *seguridad nacional*, que permitiría a los militares no depender del suministro externo para modernizar las Fuerzas Armadas y que daría un impulso al desarrollo de otras industrias, además de

[16] Cf. 1942, entradas 1021 y 1022, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.
[17] *Ibid*., 1943, entrada 1051.

proporcionar condiciones de autonomía política al país frente a las potencias industrializadas.

En 1940, el gobierno de Vargas recibió un préstamo de 20 millones de dólares para construir la planta de Volta Redonda. A partir de la construcción de esta siderúrgica, el Estado asumió el papel de principal inversor en una empresa de dimensiones importantes. Hasta aquel momento, la acción del gobierno se había limitado al suministro de créditos para los industriales; esta vez, se convertía en empresario. En 1941 se creó la Compañía Siderúrgica Nacional.

Brasil durante la Segunda Guerra Mundial: las ambigüedades de Vargas

Durante la década de 1930, la renovación del equipamiento de las Fuerzas Armadas había sido una de las principales preocupaciones de los oficiales superiores. La crisis económica mundial, sin embargo, dificultó la compra de material bélico y los militares presionaron al gobierno Vargas para que priorizara sus reivindicaciones. La fórmula encontrada para satisfacerlos fue la intensificación del comercio entre Brasil y Alemania. Durante la depresión, el gobierno alemán concedió subvenciones a los exportadores y lanzó una ofensiva comercial en América del Sur. Los bancos alemanes ofrecían créditos más ventajosos que los bancos ingleses y norteamericanos, por lo que el gobierno de Brasil firmó en 1938 un contrato con las industrias alemanas Krupp para comprar una gran cantidad de equipamiento bélico.

En febrero de 1939, el general Góis Monteiro estuvo en Alemania, asistiendo a maniobras del ejército alemán. Le gustaron. Varios oficiales realizarían estancias en la fuerza aérea teutona e incluso un hijo de Vargas (Lutero) fue a estudiar a Alemania. Ante los jefes militares brasileños, Vargas profetizaría –erróneamente– en un discurso a bordo del navío *Minas Gerais* el 11 de junio de 1940, la liquidación de las «decadentes democracias» y el éxito de los regímenes de fuerza en todo el mundo.

En 1942 fueron torpedeados dos navíos brasileños en las costas de Estados Unidos y uno más en las Antillas. Meses después fueron alcanzados otros seis (matando en uno de ellos a 652 personas, lo que provocó, subráyese, una conmoción nacional). Estos hechos, junto con la decisiva entrada de los Estados Unidos en la guerra, llevarían al gobierno de Vargas a abandonar su simpatía por el Eje. La oficialidad germanófila, liderada por el general Góis Monteiro[18], simpatizante de la Alemania nazi, fue apartada del gobierno.

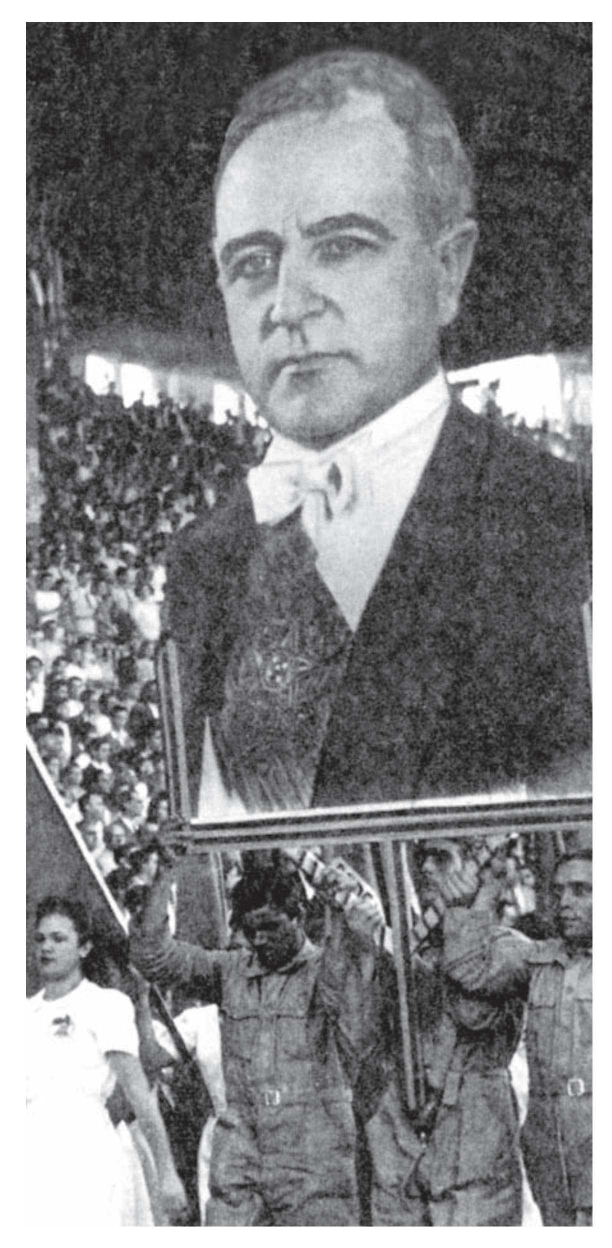
Venció el grupo de Oswaldo Aranha, que contabilizaría en su haber los beneficios derivados de la opción de alineamiento con los Aliados. Las manifestaciones popula-

[18] Personaje controvertido, de inclinaciones derechistas, que espera una biografía más completa. En Thomas Skidmore, *De Getúlio a Castello*, trad. Ismênia Tunes Dantas *et al.*, 4.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1975 –especialmente en las páginas 77 y 78, en que analiza la pérdida por parte de Vargas del control del gobierno a finales del *Estado Novo*– pueden encontrarse algunos elementos de su tortuosa historia.

res en contra y a favor de los distintos contendientes en la Guerra Mundial tendrían repercusión en el gobierno, del que saldrían Chico Campos, ministro de Justicia y notorio fascista, el torturador jefe de la policía Filinto Müller, así como Lourival Fontes[19].

Efectivamente, tras el bombardeo de la base americana de Pearl Harbour por los japoneses, en diciembre de 1941, la neutralidad ya no era posible. Hay que tener en cuenta que en 1940 el gobierno de Brasil había firmado un préstamo con bancos norteamericanos para la construcción de la planta de Volta Redonda, situada lejos de los centros mineros y del carbón, pero insertada en la esfera de poder estatal del yerno de Vargas, el almirante Amaral Peixoto.

El gobierno de Getúlio, finalmente, rompió con el Eje el día 22 de agosto de 1942. Para colaborar con los Aliados, cedió bases aéreas a los norteamericanos en Natal, Belém, Salvador y Recife. El presidente Roosevelt viajó a Natal, presionó a Vargas y le prometió un lugar de miembro fundador en la futura ONU. Vargas aceptó enviar una fuerza de combate a Europa; poco después abrió relaciones diplomáticas con la URSS.



Festejos del Día del Trabajo en Río de Janeiro, 1942

[19] Cf. 1942, entradas 1013 y 1026, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Con los Aliados: la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB) en Italia

El 23 de noviembre de 1943 se creó la Fuerza Expedicionaria Brasileña. Como en situaciones anteriores, la mayoría de los soldados provenía de las capas más pobres de la población. La mayor parte de los miembros de las clases medias y altas encontró medios para evitar la participación en la guerra: muchachos en edad de ser llamados a filas se casaron precipitadamente, sobornaron a los reclutadores o consiguieron empleos en el gobierno que les requerían permanecer en Brasil. Lo mismo ocurrió en el cuerpo de oficiales.

La FEB –integrada por 23.334 soldados, entre los que se encontraba Celso Furtado– entró en combate en Italia en septiembre de 1944. El destacamento luchó contra los alemanes en Monte Castelo (su principal batalla), Montese y Collechio. La Marina mantuvo las comunicaciones entre la FEB y los puertos del Atlántico sur, mientras que la Fuerza Aérea Brasileña hundió algunos submarinos en el litoral brasileño.

En 1945, los oficiales brasileños que estuvieron con los norteamericanos en Italia retornaron con propuestas de democratización, exigiendo elecciones abiertas. Entre ellos se encontraba el coronel Castello Branco, primer presidente del futuro régimen militar de 1964, que puso fin a la República de 1946.

El fin del *Estado Novo* y la democratización

Ya en 1943 el *Estado Novo* comenzó a desmoronarse, perdiendo Vargas gradualmente el control de gobierno. El Tribunal Supremo Federal concedió el *habeas corpus* a Armando de Salles Oliveira y a Otávio Mangabeira, que retornaron a la escena política. Aún en el exilio articularon un partido de perfil moderno para reunir fuerzas anti *Estado Novo*, con personalidades como Prado Nelly, Virgilio de Mello Franco, Juarez Magalhães y Juarez Távora, que escogieron como candidato al brigadier Eduardo Gomes. El paraibano José Américo (autor de *Bagaceira*), también candidato, dejó su formación y se sumó al nuevo partido. Nacía así la Unión Democrática Nacional (UDN), de sesgo conservador.

Todo parecía coadyuvar para el colapso del *Estado Novo*: el movimiento estudiantil, la reorganización del Partido Comunista (Prestes, todavía en prisión, es elegido Secretario General), el indulto de Flores da Cunha, preso en Ilha Grande, la disidencia militar (caso de los generales Horta Barbosa y Estillac Leal) y la movilización de una fuerza expedicionaria militar para ir a la guerra a combatir el nazi-fascismo. A través de un manifiesto, Prestes apoyó la oposición de Vargas contra el nazismo; en las calles se intensificaban las manifestaciones populares.

En 1944 se publicó el *Manifesto dos Mineiros*, coordinado por Pedro Aleixo, Virgílio y Afonso Arinos, Artur Bernardes, y Milton Campos, más 70 personalidades, exigiendo al gobierno el plebiscito previsto en la Carta de 1937 y la redemocratización del país, dado que Brasil había declarado la guerra al Eje. Las sucesivas derrotas de Alemania y sus aliados y la proximidad del fin de la guerra, dieron alas a las fuerzas sociales que deseaban la vuelta de la democracia representativa. Vargas,

percibiendo el colapso del régimen, tomó medidas para restaurar el orden constitucional democrático.

En febrero de 1945, una Ley Adicional estableció que debían ser realizadas elecciones generales y, en abril, el gobierno decretó la amnistía y la libertad de organización de los partidos.

Vargas pretendía permanecer en el poder por medio del apoyo popular, contra los sectores militares que habían apoyado el *Estado Novo*, representados por el general Góis Monteiro (de nuevo, y siempre, él) y por su ministro de la Guerra, el general Eurico Gaspar Dutra. Al mismo tiempo asumió el compromiso de convocar una Asamblea Constituyente para elaborar una nueva constitución. En mayo de 1945 se fijó el 2 de diciembre como la fecha para la elección del presidente y de los diputados a la Asamblea Constituyente.

La movilización contra el orden *estado-novista*

Dada la reorganización de la economía mundial, la cuestión del nacionalismo resurgía en Brasil con nueva fuerza y nuevos ingredientes. Brasil participó en 1944 en la Conferencia de Bretton Woods. El delegado Roberto Campos (diplomático y futuro ministro de Planificación del gobierno militar de 1964), firmó el acuerdo que creó el Fondo Monetario Internacional (FMI), el *General Agreement on Tariffs and Trade* (GATT) y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD)[20].

En 1945, una vez terminada la guerra y con las directrices emanadas de Bretton Woods, se consolidaba la hegemonía del dólar, poniendo fin así a la política de préstamos de gobierno a gobierno. A partir de este momento, se facilitaba la presencia de empresas norteamericanas en el mercado brasileño y la reactivación de fuentes de riqueza nacionalizadas por el gobierno. Getúlio pondría en marcha la planta de Volta Redonda, con equipamiento construido por acerías norteamericanas durante la guerra.

A pesar de todo, la industrialización sufrió un retroceso. Los nacionalistas, con el coronel Macedo Soares al frente, la defendían contra los ataques de Gudin (economista liberal que influyó en Roberto Campos, futuro gurú económico de los militares a partir de 1964) en los periódicos. Vargas, presionado, promulgó la Ley Antitrust, que provocó la revuelta de los que no querían controles, liderados por Raul Fernandes, Daudt de Oliveira, Sobral Pinto y Assis Chateaubriand. Como observó Darcy Ribeiro la ley no funcionó y sus propuestas fueron retomadas en la Ley de Remesa de Lucros, aprobada durante el gobierno de João Goulart. Surgiría en esa época la imagen de Getúlio y de los getulistas como antiimperialistas, lo que sería el principal motivo de la movilización de la derecha en los años siguientes. Su cerco, cada vez más estrecho, llevaría a Vargas al suicidio diez años después[21].

[20] Cf. 1944, entradas 1092 y 1094, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.
[21] *Ibid.*, 1945, año del Reclutamiento, entrada 1112.

La movilización contra el régimen del *Estado Novo* se ampliaba, con la marcha por la Amnistía (repelida a tiros en Recife), o la fundación de la Confederación General de los Trabajadores de Brasil (CGTB) y su congreso, con 1.752 delegados y 1.494 entidades sindicales. Con el fin de apoyar a Getulio en la transición, surgieron movimientos como el *queremismo* («Queremos a Getúlio de vuelta») o el de «La Constituyente con Getúlio», que proponían la permanencia de Vargas en la presidencia, refrendada por una asamblea nacional constituyente que debería ser convocada.

Intelectuales liberales y de izquierda se reunieron en São Paulo el 22 de enero de 1945, en el I Congreso Brasileño de Escritores, celebrado en la Biblioteca Municipal, bajo la presidencia de Aníbal M. Machado. Actuaron como vicepresidentes el paulista Sérgio Milliet, el *gaúcho* Dionélio Machado, el *mineiro* Murilo Rubião y el bahiano Jorge Amado. Publicaron una declaración por la legalidad democrática con elecciones libres y respeto a la soberanía popular. La declaración fue apoyada, entre otros, por Antonio Candido, Caio Prado Júnior, Monteiro Lobato y (por telegrama) Carlos Drummond de Andrade, personajes que tendrían un notable papel en el escenario intelectual brasileño a partir de aquel momento; hubo presencia también de algunos escritores latinoamericanos exiliados en Brasil[22].

El colapso del régimen dictatorial: 1945

A las elecciones del día 2 de diciembre se presentaron, entre otros, dos candidatos: el general Eurico Gaspar Dutra, del Partido Social Democrático (PSD) y el brigadier Eduardo Gomes, de la Unión Democrática Nacional (UDN), que contaba con apoyo de fuerzas de oposición a los generales *estado-novistas*. Getúlio, por su parte, contaba con el apoyo de los sindicatos, de los obreros y de los comunistas, de nuevo en la legalidad tras la amnistía. Los enemigos de la víspera se transformaban así en aliados. Juntos, defendían la continuación del gobierno Vargas.

En octubre de 1945 se produjo un golpe militar preventivo para evitar la permanencia de Getúlio Vargas en el poder, que contó con el apoyo explícito de la embajada norteamericana en Brasil. Según los militares, el motivo de la acción fue el hecho de que Getúlio pusiera a su hermano Benjamim en la jefatura de la policía del Distrito Federal, sustituyendo a João Alberto, lo que dio a entender que estaba en marcha una maniobra continuista. La figura de Benjamim «Bejo» Vargas representaba una extensión de Getúlio en un cargo que siempre estuvo bajo control del Ejército, lo que no agradaba a las Fuerzas Armadas.

Detrás del golpe que llevó a Vargas a la renuncia, estaba su ex compañero Góis Monteiro, más un grupo de militares de tendencia democrática. El presidente del

[22] Véase *Primeiro Congresso Brasileiro de Escritores: promovido pela Associação Brasileira de Escritores* (ABDE), São Paulo: *Revista dos Tribunais*, enero, 22-27, 1945. Más accesible, para ver el análisis de algunas personalidades participantes y grupos temáticos de ese Congreso tan representativo es la obra de Carlos G. Mota, *Ideologia da Cultura Brasileira*, cap. III, «Raízes do Pensamento Radical», 3.ª ed. São Paulo: Editora 34, 2007, pp. 123-165. De 1945 es también *Plataforma da nova geração*, entrevistas a 29 intelectuales, coordinadas por Mário Neme.

Tribunal Supremo Federal, José Lindares, asumió la presidencia, según la fórmula propuesta por la UDN, es decir, «todo el poder para el sector Judicial». A él le correspondió presidir las elecciones y transferir el gobierno al vencedor.

Carlos Drummond de Andrade registraría en su diario, el día 23 de agosto de 1944, la ambigüedad del régimen que caía, cuando se conmemoraban en la Capital dos años de la entrada de Brasil en la Segunda Guerra Mundial:

> Todo preparado meticulosamente, el comercio cerrado por la tarde y ningún movimiento. En la gran pancarta de tela erguida junto al Teatro Municipal, la inscripción «Orden y disciplina», indicando que el Gobierno piensa menos en ganar la guerra que en salvarse. Se anuncia la salida de Oswaldo Aranha, Ministro de Exteriores y vicepresidente de la Sociedad de Amigos de América, cerrada por la policía en la víspera de su toma de posesión…[23].

Con su humor preciso, Drummond añadía, crítico:

> Así se conmemora doblemente el aniversario de una guerra *sui generis*, del fascismo interno contra el fascismo externo[24].

La Redemocratización. La Constitución de 1946

Tras el golpe de estado los nuevos partidos en liza serían la UDN, de tendencia liberal-conservadora y el PSD, con burócratas que dieron apoyo a la dictadura[25]. En la UDN, partido elitista, se congregaban nuevos líderes como Otávio Mangabeira, Afonso Arinos, Adauto Lúcio Cardoso, Juracy Magalhães, Aliomar Baleeiro y Pedro Aleixo, apoyados por grandes banqueros como Magalhães Pinto, Clemente Mariani, Herbert Levy y Bilac Pinto. Todos ellos, en mayor o menor grado, desempeñarán de ahora en adelante un papel relevante en la vida republicana. Personajes de las altas finanzas actuarían indirectamente en los ministerios, en el Tribunal Supremo y en el Senado; y directamente, en el golpe de Estado de 1964.

En el conservador PSD –según Darcy Ribeiro «el partido de los ricos y de los que gobernaron con él [Getúlio] durante el *Estado Novo*»– se reunieron figuras como Auro de Moura Andrade, Ulisses Guimarães, Amaral Peixoto (yerno de Vargas, por Río); Benedito Valadares e Israel Pinheiro (Minas); Agamenon Magalhães y Etelvino Lins (nordeste); Filinto Müller y Pedro Ludovico (centro-oeste).

[23] Carlos Drummond de Andrade, *O observador no escritório*, Río de Janeiro: Record, 1985, p. 15.

[24] *Ibidem*.

[25] Véase 1945, la democratización, entrada 1139, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. En el mismo capítulo, véanse también las entradas 1141-1144 y 1147-1156.

Antes de ser apeado del poder, Getúlio también había creado el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB)[26], para movilizar y controlar a los asalariados y evitar que ingresaran en el Partido Comunista, recientemente legalizado. El PCB de Prestes pasó en dos años de 2.000 a 150.000 afiliados. Debe ser citado también el diminuto Izquierda Democrática, de cuño intelectual socialista, que según Darcy Ribeiro, «parecía más un club de lectura de intelectuales socialistas»[27].

En la campaña para las elecciones del día 2 de diciembre de 1945 concurrían, como ya se ha comentado: por la UDN, Eduardo Gomes, ex teniente de Aeronáutica y del levantamiento de 1922, antigetulista; por el PSD, Eurico Gaspar Dutra, derechista, «taciturno y bronco», ex ministro de la Guerra de Vargas (que en la convención del partido había indicado el nombre de su ministro para el cargo); además, por el PCB, Iedo Fiúza, ingeniero desconocido que (ironiza Darcy) «fue escogido por Prestes no se sabe por qué»…[28]. La campaña electoral se calentó cuando Vargas, en su *fazenda* de Itú (en São Borja), usando a Jango Goulart como emisario, dio su apoyo público a Dutra (que lo había depuesto), en un movimiento articulado por el *trabalhista* Hugo Borghi, líder empresarial agrícola y dueño de una poderosa cadena de radios[29]. El lema para votar a Dutra era «Él [Vargas] lo ha dicho».

El ex dictador, candidato a senador por Rio Grande do Sul y São Paulo en una coalición PTB-PSD, obtuvo en las elecciones más de un millón de votos. De ellos, cerca de 318.000 lo eligieron también diputado por el Distrito Federal, Río de Janeiro, Minas, Bahía y Paraná, optando finalmente por la representación *gaúcha* en el Senado. Prestes fue elegido senador por el Distrito Federal y por Rio Grande do Sul. El Partido Comunista colocó a 14 diputados federales, a 46 diputados estatales y a varios concejales. El general Gaspar Dutra venció las elecciones (55% de los votos) y se convirtió en presidente de Brasil. Getúlio «dejaba» el poder tras 15 años de gobierno[30]. La UDN perdería las elecciones no sólo en 1945 sino también en el 50, el 55…[31].

[26] El *Partido Trabalhista Brasileiro* fue creado el 15 de abril de 1945 por los interventores del *Estado Novo* con el aval de Getúlio, que también fue presidente de la primera comisión directora del PSD en la convención que lo creó, el día 17 de julio de 1945 en el Teatro Municipal de Río de Janeiro.

[27] Ver 1945, «La democratización», entrada 1139, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[28] *Ibid.*, entrada 1149. Darcy, cuando fue testigo y participó en este proceso, tenía 23 años.

[29] El aristocrático Eduardo Gomes lo denominaba el *marmiteiro*, líder de las masas de trabajadores getulistas.

[30] Getúlio Vargas, recordemos, con el apoyo del PSD, siempre en alianza con el PTB (como se ha visto en la nota anterior, ambos creados por él) retornó al poder en 1950, siendo elegido presidente.

[31] Y también perdió los golpes que intentó (1952, 1955, 1961). Participante activa en las conspiraciones para derribar al gobierno reformista, desarrollista y populista de Goulart, también le iría mal en el golpe de 1964, en el que se comprometió a fondo, pero no consiguió entrar en el poder. De hecho, el imprudente Carlos Lacerda perdería la confianza de los militares. Los periodistas liberales ligados a la UDN y a la derecha, victoriosos en la primera hora, fueron después censurados por los esbirros del régimen. Algunos *udenistas* ganaron ministerios, es cierto, pero perdieron espacio y brillo, y Lacerda acabó perdiendo sus derechos políticos y el cargo de diputado.

Dictadura, Modernismo y Revolución

> Nuestra generación esta muy segura [...] Muy satisfecha de sí misma[32].
>
> Maria Eugênia Franco, 1945

En los años comprendidos entre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, denominado de entre-guerras, se asistió en São Paulo, Río y en las principales capitales del país a las primeras manifestaciones más o menos colectivas de «modernidad». Modernismo e ideas de Revolución se mezclaban de modos variados y a veces antagónicos.

La gran huelga de obreros de 1917 en la provincia de São Paulo pareció abrir un nuevo periodo en la Historia de Brasil. Los acontecimientos posteriores, tales como la fundación del Partido Comunista Brasileño y la Semana de Arte Moderno en 1922, los movimientos *tenentistas* de 1922, 1924 y 1926, la Revolución de 1930 y la Revolución Constitucionalista de 1932, el levantamiento comunista de 1935, la revuelta integralista de 1937 y la implantación del *Estado Novo* (1937-1945) jalonan un largo, intenso y contradictorio proceso de transición del orden oligárquico–rural a una sociedad marcada por las fuerzas urbano-industriales. O de una sociedad de estamentos y castas a una sociedad de clases.

São Paulo fue el principal centro de esas tentativas de renovación. En efecto, se buscó construir allí durante ese periodo una nueva identidad y una nueva memoria histórico–social y política. Se definió una nueva mentalidad, marcadamente urbana y cosmopolita; se afirmó, en las palabras de Richard Morse, el «temperamento de la metrópoli», título de capítulo de su obra clásica *Formação Histórica de São Paulo.*

Durante esa época, la historiografía tendría un notable arranque, con las obras de Taunay, Capistrano, Caio Prado Júnior, Ernani Silva Bruno, Richard Morse, Luís Saia y tantos otros. Alfredo Ellis Júnior descubre la «raza de gigantes», reforzando una asombrosa mitología *bandeirante* que acababa de ser contestada por el *Macunaíma* (1928), de Mário de Andrade. Hasta Sérgio Buarque de Holanda participaría de la moda ideológico-*bandeirológica*, que retomará con mayor vigor en sus estudios posteriores. Cuarenta años después, los inmigrantes, salvo alguna discreta excepción, comienzan a entrar en la historiografía, aunque como asunto de estudio. Y aún más tarde, pasados 60 años, serían aceptados como profesores en la Universidad...

Los esfuerzos por la industrialización, por la construcción de una sociedad moderna, con el crecimiento de las ciudades, la intensificación de las comunicaciones y la adopción de hábitos cosmopolitas, desencadenaron una fuerte crítica al Brasil «arcaico», «atrasado» y «feudal». En las pocas universidades (instituciones que

[32] Cf. Mário Neme (ed.), *Plataforma de uma geração*, Porto Alegre: Globo, 1945, p. 198. Maria Eugênia, la única mujer oída en la *Plataforma*, se sitúa en una posición distanciada de su generación cuando dice que «el intelectualismo llega al punto máximo en el ciclo de la evolución solamente en estos días, con un carácter casi de mal colectivo».

Pedro II se olvidó de crear), escuelas públicas e institutos de investigación, que ya empezaban a ser reconocidos internacionalmente, estaban a la orden del día la reforma social y la actualización de la cultura. En las mentes más abiertas y viajadas, urgía que Brasil se hiciese «moderno». En ese contexto, el combate al corporativismo –y al *coronelismo* del Imperio, al *aristocratismo* de la *República Velha*, a la reacción basada en el control de clientelas y «corrales» electorales en todos los rincones del país (sobre todo en las regiones menos urbanizadas)– y la crítica a las viejas formas de expresión político–cultural de los llamados «carcomidos», trajo una bocanada de aire fresco, sobre todo para la región de São Paulo, que empezaba a competir con la capital carioca, sede política y cultural de la antigua Corte.

En *Tristes trópicos*, el famoso antropólogo Lévy-Strauss –profesor visitante de las misiones francesas en la Universidad de São Paulo–, relata ese momento con detalle, observando «dos» sociedades distintas que se confrontaban en la capital paulista[33]. Según escribe en el capítulo XI, por un lado de la calzada del *Largo* del Arouche desfilaban los paulistas tradicionales, con aires y poses oligárquicas; del otro, caminaban los inmigrantes emergentes, ya enriquecidos y conscientes de su importancia económico–social en la ciudad, con sus fábricas, y en el estado, con sus *fazendas*. Ambas «sociedades» mirándose una a la otra, con soberbia y desprecio, en el paseo del fin de semana.

La crisis económica mundial de 1929 puso de manifiesto la precariedad del Estado brasileño y de sus mecanismos para administrar los problemas nacionales, especialmente la falta de infraestructura portuaria, aérea y de carreteras. Hasta los años 40, las vías que unían São Paulo con Río y Santos eran estrechas pistas de tierra en largos trechos.

De 1930 a 1933, la Revolución extirpó algunos (pocos) vicios del clientelismo. Apoyada en las masas populares urbanas, desarrolló un *ethos* político que se denominó «populista», de cuño autoritario y basado en la manipulación del pueblo.

Un proyecto nacional modernizador

Desde el punto de vista histórico-cultural, el carácter de la Revolución paulista de 1932 –en la que participaron Paulo Duarte, Julio de Mesquita Filho o Antônio Gomide, entre tantos otros intelectuales– es ambivalente. Por un lado fue regionalista e involucró a sectores ligados al orden social y político anterior a la Revolución de 1930, pero dio al debate nacional un nuevo contenido de tendencia democratizadora y, sobre todo, impregnó de un tono constitucionalista liberal–democrático las formulaciones sobre el Brasil contemporáneo. Vencida por las fuerzas federales, la

[33] Ver las páginas antológicas de Claude Lévy-Strauss, *Tristes trópicos*, Lisboa: Edições 70, 1993, pp. 86-96 (la primera edición es de la Librairie Plon, 1955). Su comentario no es nada sutil: «La elite paulista, abrigada por esa fauna pétrea, formaba, a semejanza de sus orquídeas predilectas, una flora indolente y más exóticas de lo que creía ser» (p. 91).

Revolución de 1932 dejó en los líderes paulistas una intensa preocupación por la formación de una nueva elite dirigente, cuestión para la que se fundó la Universidad de São Paulo en 1934, animada durante cierto tiempo (1944-1968) por la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Foco del pensamiento radical de clase media, en la Universidad se formaron Florestan Fernandes, Antonio Candido, Dante Moreira Leite o Lourival Gomes Machado, además de innumerables químicos, físicos, biólogos, filósofos, antropólogos, matemáticos, etc. que redefinirían los rumbos del pensamiento crítico brasileño.

Como ya vimos, tras la Revolución de 1932 (vista como una derrota de São Paulo desde el punto de vista de la federación), Brasil vivió los combates ideológicos de la Asamblea Constituyente de 1933, la llamada «intentona» Comunista de 1935 y el golpe de noviembre de 1937, que abría el dramático periodo dictatorial del *Estado Novo*. En São Paulo, la idea dominante era que, aunque sus líderes hubieran sido vencidos en 1932, la batalla debía ser ganada en el plano cultural, en la formación de cuadros de investigación científica y en las innovaciones tecnológicas. En el ámbito federal, se crearon órganos de incentivo a la cultura y de preservación del patrimonio histórico y artístico nacional, entre otros. Centrada en el ministro de Educación, Cultura y Salud, Gustavo Capanema y en su jefe de gabinete Drummond de Andrade, se articuló una constelación de productores culturales de diversa índole, que darían contenido a un *proyecto nacional moderno*, de Villa-Lobos a Portinari, de Lúcio Costa y Niemeyer a Sérgio Buarque de Holanda y, en São Paulo, de Mário de Andrade a Sérgio Milliet. Se radiografió Brasil desde diversos ángulos, en su huidiza modernidad. Es importante destacar que al ser funcionarios –federales, estatales o municipales– estos intelectuales circulaban de un lado a otro y se comunicaban, ocupando puestos en instalaciones públicas (bibliotecas, archivos, departamentos de cultura, etc.). El comentario sarcástico de Mário de Andrade de 1941, en *Elegia de abril*, es elocuente:

> Hubo un tiempo [...] en que el Estado se preocupó por exigir del intelectual su integración en el cuerpo del régimen; hubo un tiempo en que, al lado de movimientos más serios y honestos, el intelectual vivió de coquetear con las nuevas ideologías del telégrafo. Fue la fase de las serenatas de los simpatizantes[34].

Contra el *Estado Novo*: los intelectuales se organizan

¿Cómo se pensaba sobre Brasil en Brasil? El país necesitaba *actualizarse*: palabra clave del más importante educador brasileño del siglo XX, el profesor Anísio Teixeira. La Segunda Guerra Mundial fue la principal responsable de una profunda toma de conciencia de la vanguardia intelectual sobre su propio lugar –y el de la cultura brasileña– en la historia contemporánea.

[34] Cf. Carlos G. Mota, *Ideologia da Cultura Brasileira*, cit.; p. 302.

Actuaciones políticas más visibles no eran raras en este tiempo en que grandes conflictos y revoluciones se extendían por el mundo. Río y São Paulo volvían a centrar la vida político-cultural del país, aunque Minas también continuase siendo una referencia, a pesar de que una parte significativa de su intelectualidad había migrado para la capital federal.

Con la guerra, el mundo se abrió de otra manera para las elites brasileñas, muy conservadoras hasta aquel momento. Como ya se ha mencionado, el joven paraibano Celso Furtado, nacido en un *engenho*, luchó en la Fuerza Expedicionaria Brasileña, y el aristócrata Caio Prado Júnior actuó al final de la Guerra Civil Española, en la frontera con Francia, convirtiéndose en personaje de ficción en la obra de Jorge Amado *Os Subterrâneos da Liberdade*, uno de sus libros menos inspirados, dicho sea de paso.

En aquel momento histórico, en que los miembros de las oligarquías dominantes podían «escapar» del reclutamiento y de la guerra, muchos no lo hicieron. Convocados a luchar en Europa, no vacilaron; si hubo en la Revolución de 1924 brigadas internacionales de europeos en São Paulo, en las guerras europeas hubo soldados rasos y aviadores brasileños (como los de la Guerra Civil en España). La universidad daba prácticamente sus primeros pasos, con Facultades reaccionarias en contraste con el clima instaurado por los nuevos profesores, nacionales y extranjeros. En la izquierda o en la derecha actuaba la militancia, abierta y decisiva. En *Mémorias do Cárcere*, de Graciliano Ramos, hay referencias a São Paulo y a los militantes *paulistanos*. En *O Observador no Escritório*, de Carlos Drummond, se tiene la medida de ese turbulento «estar en el mundo» en el Brasil de los años 1930-1940, sobre todo al final del gobierno dictatorial de Vargas. Más amplios, estudios como los de Edgard Carone, en particular, *Brasil: anos de crise. 1930-1945*[35], desvelan los movimientos, las organizaciones y la recuperación de la izquierda en la crisis del *Estado Novo*.

La conflagración mundial obligó a la definición de los frentes y las corrientes de opinión. Impuso una reevaluación profunda del brumoso grupo de escritores, historiadores y artistas, críticos y productores culturales que venían de las luchas sociales de los años 20 y 30; y de movimientos estético–políticos, como la Semana del 22, movimiento que, a pesar de su raíz aristocrática, hizo eclosionar una serie de reflexiones y de nuevas formas de pensamiento que marcarían el nacimiento de un nuevo país. Mário de Andrade, sobre todo en *Elegia de abril*, tal vez sea la conciencia-extrema del pensamiento crítico de aquel momento, el documento con más coraje producido por un intelectual brasileño[36].

Tras la guerra surgió un nuevo tipo de intelectual –más comprometido, más crítico y politizado y sobre todo con mejores instrumentos teóricos y metodológicos.

[35] Edgard Carone, *Brasil: anos de crise*, São Paulo: Ática, 1991.

[36] Sobre el movimento modernista, su historia y sus límites, ver los fundamentales balances críticos, «A Elegia de Abril» (1941) y «O movimento modernista» (1942), en Mário de Andrade, *Aspectos da Literatura Brasileira,* 6.ª ed. Belo Horizonte: Itatiaia, 2002. Dos documentos decisivos para la comprensión del Modernismo y de las ideologías culturales en Brasil durante el siglo XX.

Nuevos contingentes de la población fueron llamados a «participar en la desaparición de un Brasil formal y en el nacimiento de una nación» –que es como Paulo Emílio Salles Gomes concluyó su densa declaración en la serie de entrevistas *Plataforma de uma geração*, dirigida por el historiador de Piracicaba Mário Neme y publicada en el diario *O Estado de São Paulo* entre mediados de 1942 y principios de 1944[37].

Eran enormes la inseguridad y la indefinición de los rumbos de la guerra y de la Historia, y a Brasil llegaban sin cesar los exiliados del conflicto europeo que adquiría un carácter mundial. Los soldados brasileños estaban en Europa luchando contra el Eje, mientras en Brasil el *Estado Novo* –con sus presidios, persecuciones y sus «gallinas verdes» (los integralistas)– sugería que el fascismo de los *caboclos* podría vencer. Getúlio vacilaba.

Con la llamada Política de Buena Vecindad en la relación con los Estados Unidos, viajaron a Brasil intelectuales y productores culturales (Orson Welles, Walt Disney y tantos otros), con cuya acción se buscaba reequilibrar el peso de la propaganda alemana. Los servicios de inteligencia norteamericanos informaban sobre la *entourage* pro-nazi que cercaba a Getúlio. Sin embargo, aunque los nazi-fascistas metían miedo, había cierta reserva en cuando a las consecuencias que podría tener una eventual victoria de los Aliados, cuando la Unión Soviética quisiese recoger su parte.

Es en este clima de ambigüedad –no sólo internacional sino también de los intelectuales brasileños (excepto algunos de la izquierda propiamente comunista), en general más o menos ligados al Estado– en donde se organizan las variadas manifestaciones de resistencia democrática.

Nunca en Brasil fueron tan profundas las dudas respecto al futuro. Duda principal: ¿victoria de los Aliados o del Eje? Si se daba el primer supuesto, ¿cómo habría de establecerse el papel de la Unión Soviética en el nuevo orden mundial y en la división del mundo? ¿Capitalismo, socialismo o qué? Aparte de esto, la *intelligentsia*, bastante dividida, aún saldaba cuentas estético-políticas con las «generaciones» anteriores, visualizadas por los jóvenes de entonces en la «generación del 22» y en la «generación del 30». La Guerra provocó una ruptura fundamental con el pasado, creando otro concepto de cultura y, por citar una expresión cara a Cortesão, otro *paradigma histórico*. La cultura oligárquica y sus reminiscencias fueron debilitadas por la guerra y por sus divisiones derivadas, pero también por la *modernidad propiamente dicha*, que no venía sólo de la poesía y del grupo de la Semana de Arte Moderno, sino también de los tanques y los productos industriales de los Estados Unidos (inclusive las películas), en definitiva, de la victoria del *American way of life* por aquellos pagos.

A este reducido grupo pertenece Antonio Candido, que define la función de su generación («crítica, crítica y más crítica»), los objetivos («combate a todas las formas de Reacción») y el método de lucha («aclarar el pensamiento y poner orden en las ideas»). Se encuentra en su declaración la más contundente crítica al pensamiento liberal, que justifica todos los desequilibrios sociales, y a la sociología cultural de

[37] Mário Neme (ed.), *Plataforma de uma geração*, cit., p. 233.

Gilberto Freyre, «enamorado de su ciclo cultural luso-brasileño». Tal crítica es muy anticipada y valiente, pues Freyre estaba de «moda», en aquel momento de ascendencia de la visión culturalista tropical.

Dentro de la *Plataforma*, se constata que el impacto de la Guerra fue bien percibido por el historiador Ernani da Silva Bruno. En su declaración, Ernani comenta el papel de Graciliano, Freyre, Jorge Amado, Jorge de Lima y tantos otros, mostrando cómo sacaron a la luz un Brasil tan distinto de su generación o de la de los modernistas: «Los modernistas miraban por encima del pueblo y sus manifestaciones. Los escritores del 30 se confunden con el pueblo». El problema para su generación, según pensaba, era el de elaborar un reajuste profundo para *universalizarse honestamente*. «El riesgo era que una parte de su generación de desgarrase hacia un tipo de literatura o de actividad intelectual sin compromisos con el medio o con el pueblo».

Capítulo 27
La República populista y la República de los patricios (1946-1964). Modernización y subdesarrollo

Cuando hace más de un decenio comencé a preocuparme por el subdesarrollo, la Ciencia Económica enseñada en las Universidades, tanto en Europa como en los Estados Unidos, difícilmente ofrecía puntos de partida para abordar la materia.

La falta de percepción objetiva de la realidad se debió, en el pasado, a la persistencia de ideologías orientadas a la restauración de una estructura económica superada. En un futuro inmediato, la misma podrá ser el resultado del temor a la pérdida de privilegios que son la contrapartida del elevado costo social del desarrollo reciente[1].

Celso Furtado, 1961

Tras la Segunda Guerra Mundial se definieron claramente «dos Brasiles», como los definieron los estudiosos dualistas de aquel periodo, con Jacques Lambert al frente[2]. «Dualismo» fue la palabra clave que encontraron los líderes políticos e intelectuales más progresistas para reflexionar sobre el país en aquella época, buscando su alineamiento con las potencias desarrolladas, victoriosas en la Segunda Guerra Mundial. La idea se afirmaría con la publicación, en 1957, del estudio *Dualidade básica da economia brasileira*, de Ignacio Rangel, obra en la que examina el

[1] Celso Furtado, *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Río de Janeiro: Fundo de Cultura, 1961, pp. 12 y 268.

[2] Jacques Lambert, *Os dois Brasis*, São Paulo: Nacional, 2.ª ed., 1967. La obra de Lambert, fruto de su investigación en el Centro Brasileño de Investigaciones Educativas, creado por Anísio Teixeira, espera una reevaluación, pues abrió un abanico amplio de nuevas perspectivas acerca de los problemas brasileños.

perfil de las economías del país, tratando de encontrar el lugar del Estado-nación en el orden mundial.

El «Brasil» de la región sur comprendía los estados de Río de Janeiro, Minas Gerais, São Paulo, Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul, que constituían el país «moderno», industrializado «desarrollado» y urbano, donde se encontraba presente el trabajo asalariado y el brazo del inmigrante. El otro «Brasil» comprendía los estados del norte y del nordeste, dominados por latifundistas, propietarios de grandes extensiones de tierras improductivas, el país «arcaico», rural y «subdesarrollado», según el vocabulario de la época. En este «Brasil» se hacían aún más visibles las permanencias político-culturales de la sociedad patriarcal y de la mentalidad esclavista, cristalizadas a lo largo del periodo colonial. El *sertanejo* era «ante todo, fuerte», según Euclides da Cunha, pero se encontraba lejos de los patrones sociales y de educación de una sociedad de clases moderna, basada en el contrato. Los índices de analfabetismo y de pobreza, además, seguían siendo aterradores.

Durante este periodo se produjeron en Brasil transformaciones poblacionales significativas, concomitantes a «las transformaciones globales que conducen a una sociedad al modo de vida urbano-industrial». Se asistía entonces, según la experta en demografía Neide Patarra, al fenómeno que se dio en llamar de *transición demográfica*[3]. Después de 1945, el «país del futuro» pasaba de «atrasado» a subdesarrollado (por utilizar dos palabras corrientes del lenguaje de aquel periodo que se extiende hasta 1964). Nuevas formas de capitalismo iban siendo implantadas aquí y allá, en una lentísima transición: la «modernidad» se instalaba únicamente en algunas regiones o microrregiones del país. Se trataba, en realidad, de una transición incompleta, pues la actuación de los dirigentes políticos en los terrenos económico-social y cultural jamás hizo que el país saliera fuera de los moldes de su condición periférica.

El nuevo orden liberal-democrático posterior a 1945 no comenzó bien. El primer presidente electo, el *capixaba* [natural de Espíritu Santo] Eurico Gaspar Dutra, representaba la continuidad de los conservadores en el poder; una sola palabra define su gobierno: mediocridad.

Dutra, figura apagada, sumiso a Vargas y a Góis Monteiro, no tuvo una actuación relevante en la dirección de la República. El tono político-ideológico de su periodo en la presidencia lo dieron los partidos recién creados, la UDN y el PSD, a pesar del crecimiento de las izquierdas *trabalhista* y comunista. Al ser esos dos partidos hegemónicos representantes de los intereses de los sectores exportadores y de los propietarios rurales, se asistió en Brasil a un retroceso de la industrialización y a una ralentización en el proceso de actualización del Estado. Como veremos, se trató de

[3] Para una visión general, consúltese Neide PATARRA, «Dinâmica populacional e urbanização no Brasil: o período pós-30», en Bóris FAUSTO (org.), *História Geral da Civilização Brasileira*, *O Brasil Republicano*, tomo III, vol. 4, São Paulo: Difel, 1984, pp. 249-268.

un gobierno reaccionario que, según Darcy Ribeiro, «no tocó la legislación laboral ni las grandes empresas estatales sólo porque no pudo»[4].

Durante los siguientes años, el electorado fue cambiando la posición relativa de los dos partidos. Según las palabras de Darcy Ribeiro, entonces joven miembro del Partido Comunista:

> La representación parlamentaria de 1945 a 1962 progresa de la siguiente forma: el PSD cae de 151 diputados (51,8%) a 118 (28,8%); la UDN, de 91 (26,9%) a 77 (22,9%); mientras que el PTB crece de 22 (7,6%) a 116 (28,4%). Si no nos hubieran derribado en aquel momento, habríamos constituido la mayoría seguramente en 1965[5].

En perspectiva amplia, el golpe de 1964 cortó el camino de la UDN y del PSD, pero sobre todo el del PTB y del Partido Comunista. Claro está que algunos restos de esas vertientes político-ideológicas continuaron actuando, como Ulysses Guimarães, Miguel Arraes, Tancredo Neves, Antônio Carlos Magalhães, José Sarney, José Aparecido y, más tarde, Almino Affonso, o el propio Darcy Ribeiro, entre tantos otros políticos activos. Algunos de estos hombres jugarían un papel decisivo en la redemocratización tras la dictadura, 30 años después.

Brasil continuó en situación deficitaria a pesar de los esfuerzos para la extracción de petróleo, con una economía dominada por sus exportaciones, cuyo producto más importante seguía siendo el café. El desarrollo industrial, estimulado por el lento proceso nacionalista de sustitución de importaciones por productos fabricados en el país, acentuaba aún más las disparidades entre las diversas regiones del territorio.

El gobierno Dutra representaba la consolidación de los políticos conservadores, temerosos del avance electoral de los comunistas, pero en relación a la economía su gobierno fue muy abierto, si tenemos en cuenta que la mayor parte de las reservas acumuladas durante la Segunda Guerra Mundial se gastó en la compra de productos manufacturados importados. Esta actitud causó descontento en los sectores sociales comprometidos con la industrialización, que veían en ella la única salida para la autosuficiencia del país.

Dos vertientes político-ideológicas: liberales y nacionalistas

> La autocracia autoritaria puede obrar sin que el pueblo perciba su carácter dictatorial, emergente sólo en los conflictos y en las tensiones, cuando los órganos estatales y la carta constitucional ceden su lugar al real, verdadero y activo centro del poder

[4] Cf. 1945, la democratización, entrada 1153, en Darcy Ribeiro, *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu* [*T&B*], Río de Janeiro: Guanabara, 1985, [s. p.].

[5] *Ibid.*, *T&B*, entrada 1156.

político. En último análisis, la soberanía popular no existe más que como farsa, escamoteo y señuelo[6].

RAYMUNDO FAORO

Se abría en aquel momento el conflicto entre los conservadores liberales, acusados de favorecer el «imperialismo» y los nacionalistas. Entramos aquí en el complejo campo de las *mentalidades e ideologías* políticas y culturales. Dadas sus cargas ideológicas, esos términos necesitan una mejor explicación, pues los liberales raramente adoptaron en Brasil posiciones realmente liberales, revolucionarias, renovadoras y progresistas, como ocurrió en varios países donde ocurrieron revoluciones burguesas en los siglos XIX y XX. La tónica fue –siempre y antes que nada– invariablemente conservadora, con escasa atención hacia el terreno social, ocupándose de resguardar sus derechos (sin que observaran sus deberes) en tanto que elites, defendidos por la *ideología* democrático-liberal. La regla general fue su inclinación hacia la derecha y al centro derecha y su apertura al capital internacional, sobre todo en momentos de crisis.

Sin embargo, hubo facciones nacionalistas en la burguesía preocupadas por defender los intereses nacionales, cuya inclinación fue casi siempre hacia la izquierda o al centro izquierda, aunque también hayan existido nacionalistas en la derecha y hasta en la extrema derecha.

La República populista: primera fase (1950-1954)

Esa línea nacionalista llega al poder en 1950, cuando Vargas, candidato del PTB, fue elegido presidente de la República apoyado por comunistas y sindicalistas, obteniendo el 49% de los votos y consolidando el partido como una de las principales fuerzas políticas nacionales[7]. Durante este periodo, tal como ocurriera anteriormente con la siderurgia, el ala nacionalista pretendía que el Estado se encargase de la explotación e importación de petróleo, apoyada en sectores militares que veían en el control de las reservas de energía una cuestión de seguridad nacional en caso de guerra.

En 1954 Vargas creó la Petrobras, empresa estatal de monopolio de la importación y explotación de petróleo, además de la empresa estatal de electricidad, Eletrobras. Este acontecimiento provocó la reacción de un grupo de militares que lanzaron el *Manifiesto de los Coroneles*[8], denunciando el peligro de la «subversión comunista»,

[6] Raymundo FAORO, *Os donos do poder*, vol. 2, Porto Alegre/São Paulo: Globo/Edusp, 1975, pp. 741-742.

[7] Vargas derrotó al candidato de la UDN, el liberal-conservador Eduardo Gomes, único participante en el levantamiento de los 18 del Fuerte de Copacabana en 1922 que seguía vivo.

[8] Firmado por 48 coroneles y 30 tenientes-coroneles, liderados por los coroneles «ilustrados» Bizarria Mamede y Golbery do Couto e Silva, que después tendrían un papel relevante en la dictadura de 1964-1985.

si bien la cuestión real que estaba detrás de la acción fuese la reclamación salarial. Esos coroneles –que habían estudiado en escuelas militares norteamericanas, formados por lo tanto en el clima ideológico de la guerra fría y que eran líderes en los cuarteles– se posicionaron contra el ministro de Trabajo João Golulart, que sería destituido por Getúlio. Una historia paradójica, pues Goulart era un gran propietario y heredero de latifundios con miles de cabezas de ganado…

Getúlio fue perdiendo gradualmente el apoyo de los militares y, por varias razones explicadas más adelante[9], aumentaron las denuncias de clientelismo y corrupción en su gobierno. La campaña ganó cuerpo y llevó a Vargas al suicidio en 1954. En su carta-testamento denunció la conspiración internacional en las campañas contra Petrobras, contra Eletrobras y contra los derechos de los trabajadores: «Luché contra el expolio de Brasil», escribió en el célebre documento del 24 de agosto.

La primera fase del periodo de la República Populista se cerró con la muerte de Getúlio. La segunda comenzó con la tentativa de golpe del grupo derechista reunido en torno a Café Filho, el vicepresidente (1954-1955). A pesar de las conspiraciones de la derecha, de huelgas y de intentos de golpe para desestabilizar el gobierno, Juscelino Kubitschek (también conocido como JK, presidente entre el 56 y el 61) y su vicepresidente João Goulart, victoriosos en las elecciones, tomaron posesión de sus cargos en 1956, poniendo en marcha el innovador Plan de Metas, cuyo punto central era la aceleración del proceso industrial brasileño. Una vez estabilizada la situación, el gobierno JK articuló un amplio proyecto nacional-desarrollista.

La «democracia de los patricios»: un concepto para el debate

La segunda fase de la República Populista comenzó, por lo tanto, con el suicidio de Vargas en 1954. Se consolidaba así la *democracia de los patricios*, como la definió Darcy Ribeiro[10], en la que grupos de intereses internacionales se aliaron con el patriciado político tradicional, poniendo en marcha transformaciones modernizadoras que tuvieron como resultado la desnacionalización. En este contexto, en una sociedad en fase de intensa urbanización, se ampliaron las posibilidades de expansión de los partidos y de la acción sindical. La derecha se reorganizó (tanto en la ideología como en la práctica), teniendo al frente a la UDN y a Carlos Lacerda (desde el periódico la *Tribuna da Imprensa* y en la Cámara). Toda la prensa (menos el periódico *Última Hora*, de Samuel Wainer) tomó posición contra la empresa estatal de electricidad, Eletrobras, y a favor de la Light (aglutinando a Eugênio Gudin, Roberto Campos, Otávio Gouveia de Bulhões y a muchos otros), estimulando el golpismo –desde la tentativa de impedimento de la toma de posesión de JK al levantamiento de Jacareacanga.

[9] En el epígrafe «El segundo Gobierno Vargas (1950-1954): el líder de las masas».

[10] Cf. año 1955, entrada 1445, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

En contrapartida, apareció en la Cámara el Frente Parlamentario Nacionalista, liderado por Abguar Bastos, que defendía –contra los intereses del capital extranjero– la nacionalización del petróleo y se posicionaba a favor de los trabajadores rurales, contra el desempleo y el hambre.

La ideología de la Planificación. Celso Furtado

> En la actividad universitaria, lo más difícil es romper las inhibiciones y las resistencias mentales cuando se busca a través del diálogo crear algo en común [...] Una peculiaridad de Río de Janeiro en esa época era que el debate de ideas escapaba prácticamente a los círculos universitarios. La función de la discusión de ideas era cumplida, bien o mal, gracias a la iniciativa de ciertas personas[11].
>
> Celso Furtado, 1997

En el terreno político se creó un nuevo concepto de administración, basado en la *planificación*, que tuvo como teórico al economista paraibano Celso Furtado, una de las personalidades mejor articuladas de aquel periodo. Graduado en Derecho por la Universidad de Brasil (1944) y con doctorado en Economía por la Universidad de París (1948), más tarde investigador en la Universidad de Cambridge, Furtado abrió nuevas perspectivas para la comprensión de la Historia de Brasil y de su inserción en el orden mundial, sobre todo después de participar como economista en las conferencias de la CEPAL realizadas a partir de 1950 en Uruguay (Montevideo), en México (Ciudad de México), en Brasil (Río), en Colombia (Bogotá) y en Perú (Lima) y de participar en reuniones de la UNESCO. Su libro *Formación Económica de Brasil* (1959) –de gran impacto en el mundo universitario, económico y político latinoamericano, que inauguró una importante vertiente crítica de la historiografía no-marxista, con enfoque neocapitalista– se convirtió en la interpretación clásica de Brasil.

Brasilia quedaría como símbolo de esta época de interiorización, aceleración económico-financiera e integración nacional. En el plano cultural se produjo un notable florecimiento en todos los campos, de la literatura a la música, del teatro al cine, de la investigación científica a la creación de universidades y escuelas. La televisión comenzaba su expansión: en el año 1956, 260.000 aparatos receptores llegaban a un millón de espectadores.

Mientras tanto, bajo la capa de «modernidad», visible apenas en algunas pocas «islas» dispersas de capitalismo moderno, afloraba el país subdesarrollado. Inflación, deuda externa, hambre, analfabetismo, desempleo, gastos excesivos del Estado,

[11] Celso Furtado, *A fantasia organizada*, pres. Francisco Iglésias, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1997, pp. 282-283. Véase también el papel de la revista *Cultura Brasileira* (del grupo que había dado origen al Iseb y de Hélio Jaguaribe), y más específicamente las páginas 267-269, donde escribe en referencia a Roberto Campos: «El nacionalismo le parecía una fuerza negativa, no por los valores que contenía, sino por las pasiones que despertaba» (p. 269).

persistencia del *coronelismo* en el campo, todo esto provocó una fuerte reacción a la política de JK. La «lucha contra la carestía» y la huelga general de 1956 en São Paulo, organizada por los *trabalhistas* y los comunistas, constituían el contrapunto a la euforia desarrollista. Al mismo tiempo, Brasil se situaba en la escena internacional diseñada tras la Conferencia Bandung (1955), reunión internacional en que se asociaron países no alineados o en proceso de descolonización, con la perspectiva de organizarse en una especie de tercera vía. Brasil surgía como integrante de peso en el bloque de los países emergentes del Tercer Mundo (expresión acuñada en aquel periodo)[12].

En el gobierno breve y tumultuoso de Jânio Quadros (1961), se propuso el combate a la corrupción y la adopción de una política externa independiente. Como veremos, su renuncia intempestiva y oscura abrió una violenta crisis, que ponía de manifiesto los males políticos y sociales del país.

Durante el gobierno de João Goulart (1961-1964), el vicepresidente que lo sustituyó, se agravaron los conflictos generados por la política populista y por los graves problemas urbanos y rurales. En el nordeste, las Ligas Campesinas amenazaban con la perspectiva de una revolución «campesina» socialista, siguiendo el ejemplo de la Revolución Cubana (1959). En comparación con otras regiones del globo, se descubría que el país, además de subdesarrollado, era «dependiente», concepto que ganaría densidad a lo largo del periodo. Descolonización, dependencia, reforma y revolución serían palabras clave del momento en los libros, en los medios de comunicación, en las aulas y en las guerrillas.

En esta situación de crisis, Goulart intentó poner en marcha un plan de Reformas de Base: reforma agraria, contra los latifundios; reforma política, permitiendo el voto de los analfabetos; reforma militar, con la participación de los suboficiales en la política; reforma educativa, a favor de la Escuela Pública y contra la hegemonía de la Iglesia; y ampliación de la política externa independiente.

Con el país dividido, un golpe de estado depuso a Goulart en 1964. Bien visto por los Estados Unidos, el golpe inició el ciclo más largo de gobiernos militares –20 años de dictadura– en la historia de Brasil. Como se sabe, sólo en 1984, en elección indirecta por el Congreso, sería nombrado un presidente civil, Tancredo Neves, que falleció antes de tomar posesión en 1985, asumiendo la presidencia el vicepresidente José Sarney. Se producía así el regreso del gobierno civil, aunque dentro de un modelo más cerrado y restringido que el del periodo 1946-1964.

En efecto, fue un golpe civil-militar, el de 1964 –que reunía a representantes de la incipiente burguesía nacional y del capitalismo asociado internacional, más los militares de la Segunda Guerra Mundial y los coroneles del Manifiesto–, el que dio la forma definitiva al *modelo autocrático-burgués* que venía estructurándose en el país desde 1945. La variada composición del gobierno del mariscal Castello Branco

[12] El principal y más inspirado estudio sobre el tema es de la autoría de Joseph L. LOVE, *A construção do Terceiro Mundo. Teorias do subdesenvolvimento na Romênia e no Brasil*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1998.

representaba, de modo elocuente, al espectro económico, político e ideológico de los intereses involucrados, con Roberto Campos al frente del ministerio de Planificación y Coordinación Económica, más el senador Milton Campos (constitucionalista de Minas Gerais, candidato derrotado dos veces a la vicepresidencia por la UDN) como ministro de Justicia, el mariscal Juarez Távora (derrotado en las elecciones a la presidencia en 1955) como ministro de Transportes y Obras Públicas, los derechistas Suplicy de Lacerda, en Educación, y Raimundo Brito, en Salud y el ex-integralista Vasco Leitão da Cunha para el ministerio de Relaciones Exteriores. El jefe de la Casa Militar era Ernesto Geisel, y el de la Casa Civil, el historiador bahiano Luís Viana Filho, de la UDN. El ministerio de Hacienda fue para el monetarista Octavio Gouveia de Bulhões y para el ministerio de Coordinación de las Agencias Regionales fue nombrado el general Cordeiro de Farias, un ex-*tenente*. Era por lo tanto una bien sedimentada composición de la UDN con antiguos *tenentes*.

El Brasil «liberal» de la posguerra (1945-1964): el cambio del paradigma político cultural

> Mas hete aquí que el tiempo es de inquietud y de melancolía; de entusiasmos nerviosos que se gastan para nada; de desesperaciones bruscas que rompen una vida [...] Nuestra tarea máxima debe ser el combate a todas las formas de pensamiento reaccionario[13].
>
> Antonio Candido, 1944

> La planificación es un sistema indicado para el desarrollo progresista de la economía liberal y puede ser extendida a las demás actividades públicas[14].
>
> Alberto Passos Guimarães

El fin de la Segunda Guerra Mundial abrió un nuevo periodo en la historia de Brasil y de América Latina. Con la victoria de los Aliados, la idea de democratización adquiría nuevos contenidos y demandaba nuevas formas jurídico-políticas, que la Constituyente de 1945 habría de discutir. La idea de *modernidad*, que salía de las brumas de la cultura oligárquico-estamental, requería mayor concreción, como ya previeron Mário de Andrade (en su famosa conferencia-testamento de 1942) y los participantes de la *Plataforma da Nova Geração* (1945).

En el vocabulario de la época, «redemocratización» se convirtió en la palabra principal del orden político. A partir de entonces, y sucesivamente hasta 1964, las palabras y expresiones serían «cambio», «combate a las resistencias al cambio»,

[13] Antonio Candido, a los 26 años de edad, *apud* Mário Neme (ed.), *Plataforma da Nova Geração*, Porto Alegre: Globo, 1945, pp. 31 y 37.

[14] Alberto Passos Guimarães, en *Primeiro Congresso Brasileiro de Escritores: promovido pela Associação Brasileira de Escritores* (ABDE), São Paulo: Revista dos Tribunais, enero, 22-27, 1945, p. 146; en comentario al respecto del estudio de Pontes de Miranda «Democracia e planificação», pp. 222-228, en la 5.ª sesión plenaria, en el Centro de Profesorado Paulista, el 27-1-1945.

«modernización», «subdesarrollo», o «planificación»; finalmente, «reforma estructural», «pre-revolución y «revolución». Todos estos cambios en el vocabulario, en un *crescendo* imparable, traducían lo que pasaba en las batallas por la implantación de un Estado moderno en el país. Hasta que un poderoso sistema civil-militar impuso, con el golpe de 1964, sus palabras de orden: «contrarrevolución preventiva» y «seguridad y desarrollo».

En los años 40, el surgimiento de nuevas elites y el despertar de amplios sectores de las clases medias movilizadas por la Guerra llevaron al país a buscar la concordancia con la «modernización» del mundo, intentando superar su «atraso», como fue diagnosticado en los años 30. Brasil debía ajustarse a las innovaciones tecnológicas, económicas, institucionales y culturales del nuevo orden mundial. De «país atrasado» a «país subdesarrollado», como vimos, se asistió a un cambio de mentalidad. O, en la jerga de la época, a una «toma de conciencia de la realidad nacional». Años más tarde –observaría Michel Debrun–, se construyó una ideología firme y compacta de la «realidad nacional», de la cual, junto al PCB y el PTB, el Iseb sería uno de los abanderados[15].

La experiencia vivida en Europa, al lado de militares bien nutridos, equipados y entrenados fue muy instructiva. Una experiencia que mostró a las elites locales cuan desfasadas estaban la sociedad, la economía y la cultura científico-tecnológica de los países latinoamericanos, tanto en relación a las potencias vencedoras –Estados Unidos, Francia e Inglaterra– como en relación a las vencidas, sobre todo Alemania y Japón.

Las elites brasileñas habían constatado durante la Segunda Guerra Mundial su mala preparación tecnológica e industrial. También cultural, entre otras cosas porque su red universitaria sólo había sido creada recientemente y la formación militar seguía siendo tacaña. «Cultura» era, hasta entonces, un asunto para la hora del postre de las oligarquías nativas, *bachillerescas*, diletantes y viajeras. Urgía ahora crear nuevos cuadros científico-intelectuales, una nueva elite para superar el atraso alarmante del país «arcaico».

La guerra fría: EEUU *versus* URSS

Europa perdió definitivamente su posición hegemónica mundial. A partir de entonces, dos nuevas potencias se disputarían la supremacía económica y militar: los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Los tiempos habían cambiado y Brasil, al alinearse con las potencias vencedoras del conflicto, necesitaba actualizarse para entrar en la nueva etapa: la industria

[15] Véase el excelente estudio de Daniel Pécaut, *Os intelectuais e a política no Brasil*, São Paulo: Ática, 1990. En 1985, en un seminario en la *École des hautes études en sciences sociales*, el profesor Pécault previó la ascensión de Fernando Henrique Cardoso a la presidencia de la República. Las consideraciones de Michel Debrun se encuentran en *Ideologia da realidade nacional*, *com capítulos e esboços de capítulos*, no publicado.

pesada de guerra, la industria de alimentos y la de bienes de consumo comenzaban a demostrar que un nuevo tipo de capitalismo internacional llegaba para quedarse, y con él un nuevo concepto de vida, sintetizado en la fórmula del *American way of life*, el estilo de vida americano, basado en los valores de una «clase media moderna», acomodada, bien nutrida y –conviene destacar– higienizada. País líder opulento, altamente tecnologizado y educado, los Estados Unidos fueron movilizados en la Segunda Guerra Mundial y conducidos por personas salidas de sólidas escuelas militares, como West Point, y de universidades formadoras de elites dirigentes (Princeton, Harvard, Stanford, Columbia, Yale, etc.) Gente leída, bien alimentada y bien vestida, que contrastaba con la sociedad brasileña, subalimentada y mal educada, aún atascada en el pasado colonial, con sus elites regionales europeizadas, sí, pero cultivando hábitos de oligarquías antiguas, *demodées*.

A las profundas transformaciones del capitalismo –que, especialmente después de la crisis económica mundial de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, pusieron de manifiesto el hecho de que Brasil era atrasado, «arcaico» y «rural»– correspondió una serie de iniciativas en la economía, la política, la diplomacia y la vida cultural institucionalizada del país. Brotaron denuncias y críticas al atraso de Brasil, hechas por iracundos intelectuales de mediana edad, como Gilberto Freyre, Lobato, Anísio Teixeira, Érico Veríssimo o Viana Moog entre muchos otros.

El modelo de sustitución de importaciones ganó fuerza hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se tomaron nuevas medidas para conseguir la autonomía en los sectores de los combustibles, de la siderurgia y de la industria. A partir de 1945, en la posguerra, el alineamiento de Brasil con los Estados Unidos y el progresivo aislamiento impuesto al mundo soviético –cuya revolución entusiasmaba a buena parte de la opinión pública más progresista, incluso a Carlos Drummond– resituaron al país en el diapasón pan-americanista.

El resultado de esta disputa fue la confrontación entre dos conceptos y dos formas de vida radicalmente opuestas: la del comunismo soviético y la del capitalismo norteamericano. La disputa entre las dos superpotencias y sus países satelites tuvo como resultado la formación de dos bloques mundiales. En medio, Europa occidental se inclinaba hacia el bloque capitalista. La guerra fría entre el mundo capitalista y el mundo comunista se instaló en 1947, marcando el escenario internacional de la posguerra. El bloque comunista sería ampliado en 1949 con la Revolución China, aunque solamente más tarde tendría importancia efectiva en el escenario mundial.

La guerra fría congeló a Brasil como nación vasalla del bloque capitalista occidental. El gran modelo era el de la República americana del norte, y no el europeo occidental. La importación de automóviles europeos a América del Sur, por ejemplo, empezaba a declinar, sustituida por la de vehículos norteamericanos. Se adoptaba el capitalismo a la americana, con esfuerzos dirigidos a la implantación de un concepto peculiar de sociedad y cultura de consumo.

Los gobiernos brasileños de la posguerra buscaron mantener una cierta independencia en el conflicto ideológico entre las superpotencias, pero las presiones internas y externas acabaron forzando su alineamiento con el llamado «mundo libre», en el bloque liderado por los Estados Unidos. Se aceleraba así el proceso de transición del modelo de sustitución de importaciones al de la política del nacionalismo desarrollista (1945-1964). En la práctica, más desarrollista que nacionalista; cada vez que se esbozaba algún esfuerzo en defensa de los intereses nacionales, se desataban rápidamente reacciones de los intereses del capital internacional, capitaneados por los Estados Unidos y por Gran Bretaña.

Una nueva identidad brasileña: antecedentes

En este contexto se agudizaba la confrontación mundial de políticas, de organizaciones económicas, de cuestiones culturales y de valores; y, principalmente, la cuestión de la identidad cultural de Brasil. ¿Quiénes eran los brasileños?[16]. ¿Cuál era su valor en tanto que pueblo y –dentro del marco conceptual de la época– «Nación»? ¿Cuál era el lugar de Brasil en el escenario internacional y, concretamente, en la recién creada ONU, en la que tanto batalló Oswaldo Aranha para incluir a Brasil en el Consejo de Seguridad?

En lo que se refiere al legado cultural del periodo del *Estado Novo*, a pesar de todo, no fue nada despreciable. Durante aquel periodo tuvo lugar la revolución de los medios de comunicación, sobre todo de la radio, con difusión de formas culturales diversas, de la música *sertaneja* a la música clásica, con emisoras como Radio Gazeta, en São Paulo, según su propio eslogan, «la Emisora de Elite», que radiaba óperas y «música fina», para la ilustración de la burguesía y la pequeña burguesía ascendientes. Más populares fueron la radio Mayrink Veiga, los programas de auditorio de la Radio Nacional de Río de Janeiro y las novelas de Radio São Paulo. En todos los rincones del país se oía la oficial *Hora do Brasil* (después, *Voz do Brasil*), que permanece aún en antena. Durante la guerra, emisoras de radio como la BBC de Londres o la Voz de América, de los Estados Unidos, mantuvieron informado al público occidental. Las emisiones de las provincias platinas eran captadas en Brasil en la onda corta. En muchas ciudades del interior y de la costa brasileña se oían tangos por la noche… En el interior de Rio Grande do Sul, en la posguerra, había más contacto con los países del Plata que con el resto de Brasil, no sólo por la radio,

[16] Desde un punto de vista histórico cultural, ver el brillante ensayo de Alberto da Costa e Silva, «Quem fomos nós no século XX: grandes interpretações do Brasil», en Carlos G. Mota (org.), *Viagem Incompleta: a grande transação*, vol. 2, 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000. En el mismo volumen, consultar los estudios de Carlos Fico, «O Brasil no contexto da Guerra Fria: democracia, subdesenvolvimento e ideologia do planejamento (1946-1964)»; de José Paulo Netto, «Em busca da contemporaneidade perdida: a esquerda brasileira pós-64»; de Brasílio Sallum Jr., «A condição periférica: o Brasil nos quadros do capitalismo mundial (1945-2000); de Maria Lígia Prado, «Davi e Golias: as relações entre Brasil e Estados Unidos no século XX»; de Maria Helena Capelato, «O 'gigante brasileiro' na América Latina: ser ou não ser latino-americano»; y, de Hélgio Trindade, «Brasil em perspectiva: conservadorismo liberal e democracia bloqueada».

sino también por revistas, etc. La «salida internacional» del sur estaba representada por Mar del Plata y la temporada de ópera del Colón, en Buenos Aires.

El cine nacional brasileño daba sus primeros pasos, en difícil competencia con la avasalladora presencia del cine norteamericano y, en menor escala, del europeo. Una consistente cultura urbana florecía en los bares, teatros, en el cine y en la prensa. La música popular ganaba espacio, con compositores como Pixinguinha, Guerra Peixe, Camargo Guarnieri, Heckel Tavares o Dorival Caymmi, dejando huellas profundas en el sentimiento popular (folclorizado o no) y «nacional». A lo largo de los años 30 surgían cantantes y compositores de música popular –como Noel Rosa (*Feitiço da Vila*, *Fita Amarela*), Almirante, Lamartine Babo, João de Barro (*Copacabana*), Orlando Silva u Orestes Barbosa (*Chão de Estrelas*)– que representaban a una nueva generación de *sambistas* oriunda de las clases medias, en contraste con figuras anteriores de raíz más popular, como Cartola e Ismael Silva. El gran cambio se produjo entre 1937, año en que Pixinguinha graba *Carinhoso*, con letra de João de Barro (Braguinha), cantada por Orlando Silva, y 1939, cuando es grabado por Francisco Alves el samba de exaltación *Aquarela do Brasil*, composición de Ari Barroso.

El «Brasil mulato y negro» sustituyó al patrón cultural del blanco europeo de las oligarquías. De la música americana también llegaban, a través del cine, además de los blancos Glenn Miller (*Moonlight Serenade*), los sofisticados Cole Porter, Benny Goodman y los hermanos Gershwin, las músicas de los negros Duke Ellington, Louis Armstrong o Paul Robeson, con sus orquestas, sus canciones y voces diferentes, y sus actitudes políticas *idem* (sobre todo el negro y comunista norteamericano Robeson, con su voz muy grave). De Francia, Edith Piaf, Charles Trenet, Jean Sablon (con su modelo de camisa tropical, dueño de una finca en São Roque, en el estado de São Paulo) y más tarde, Yves Montand y Charles Aznavour. En el Casino de Urca, en Río, tocaba la famosa orquesta francesa de Ray Ventura, acompañando a la cantante Juliette Greco, musa de los existencialistas. Como contrapartida, en el exterior, Marlene Dietrich cantaba, en portugués, *Luar do Sertão*, de Catulo da Paixão Cearense, y *O Mar*, de Caymmi. Brasil existía, finalmente…

También fue importante la presencia de intelectuales europeos, que en su mayoría huían de las redes del nazismo, como ocurrió con Otto Maria Carpeaux (austriaco), Paulo Rónai (rumano), Georges Bernanos y Robert Garric (franceses), Anatol Rosenfeld (alemán) o Ziembinsky (polaco), entre los más conocidos. Según Darcy Ribeiro, Thomas Mann quiso ir a Brasil, pero Itamaraty le negó el pasaporte, como a muchos otros[17].

En los años 40 destacó la presencia de Stefan Zweig (Viena, 1881-Petrópolis, 1942), el autor de *Brasil, país del futuro*, de las conocidas biografías de Maria Antonieta y Fouché, además de otros escritos. Escritor famoso, judío, «uno de los mayores éxitos literarios mundiales», no era un «turista accidental» según Alberto Dines, autor de *Morte no Paraíso. A Tragédia de Stefan Zweig*, un estudio ejemplar sobre

[17] Cf. Año 1939, entrada 942, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

el autor austriaco. En él, Dines acompaña el recorrido del famoso escritor en los trópicos, examinando el marco cultural y político nacional en aquellos años en que el fantasma del nazismo se hacía más presente. Zweig movilizó a la opinión pública, a intelectuales, políticos y autoridades extranjeras que pasaban por Brasil, y dejó fuertes impresiones en sus diarios. Su suicidio y el de su mujer Charlotte Altmann (en Petrópolis, en 1942) estremecieron al país.

El legado más importante de este periodo, sin embargo, fue la reforma de la enseñanza realizada bajo la coordinación del ministro Gustavo Capanema, incorporando ideas de educadores como Anísio Teixeira, Fernando Azevedo, Almeida Júnior y otros. Su importancia se debe al hecho de ser hombres de ideas e investigadores, profesores, formadores de «escuelas» de pensamiento y de haber participado en la formulación de políticas públicas. Aquél fue un momento de gran expansión de la Escuela Pública, democrática y laica y de uniformización de la educación a escala nacional. Este hecho provocó la reacción de la Iglesia católica, que se consideraba poseedora del monopolio de las conciencias, adoptando en todo el país una «política de campanario», como denunciaban con vehemencia los profesores militantes y defensores de la enseñanza pública crítica y de calidad. En ese ambiente se formaron jóvenes generaciones como las de Florestan Fernandes y Darcy Ribeiro, Leite Lopes y Mário Schenberg, para quedarnos con unos pocos ejemplos. Actuaron también personalidades (como Paulo Duarte) que defendieron públicamente a las nuevas generaciones de maestras que, en remotas ciudades del interior del país, tenían que enfrentarse a las derechas reaccionarias locales, que no admitían siquiera la discusión respecto a las teorías de Darwin, y mucho menos del psicoanálisis, del marxismo y de aquello que se denominaba, entonces, «higiene sexual». Los cuadros mentales establecidos eran impermeables a tantas ideas innovadoras y, en ese sentido, la llamada «influencia» americana, sobre todo de las películas importadas, fue de gran utilidad. Para la mentalidad provinciana, especialmente en las ciudades del interior del país, se consideraba incluso que Franklyn D. Roosevelt era demasiado progresista, incluso «izquierdista»…

Las relaciones laborales seguían teniendo un carácter plenamente corporativista –a pesar de los avances del capitalismo industrial, de la urbanización, de la modernización de las capitales y de la expansión de la escuela pública– con la sociedad sofocada ideológicamente por la Iglesia católica y por una mentalidad de raíz colonial. Dar «permiso» a los trabajadores los sábados o incluso las mañanas de los domingos, sonaba aún como un «lujo», un exceso.

En los años 50 y siguientes, el modelo de desarrollo –basado en la industria automovilística y en el concepto de urbanización «racional» inspirado en los Estados Unidos– y los intelectuales introductores de la planificación económica llevaban aún consigo las huellas de la política del *New Deal*. Un ejemplo de esto es Celso Furtado, que ganó en 1946 un premio de la Embajada americana por un trabajo cuyo enfoque eran las relaciones Brasil-Estados Unidos. Obsérvese que al inicio de la década de los años 50, ciudades industriales como Chicago, Pittsburg y São Paulo se parecían bastante, hasta el punto de haber provocado espanto y confusión en viajeros distraídos (y un poco ebrios, como William Faulkner en São Paulo, que exclamó al

mirar por la ventana del hotel: «Oh, my God, Chicago again?!») o atentos, como Érico Veríssimo (en Los Angeles, Oakland y San Francisco). Como contrapartida, muchos intelectuales brasileños vieron sus libros traducidos y editados en los Estados Unidos, como Euclides da Cunha, Pandiá Calógeras, Gilberto Freyre, Fernando de Azevedo o Viana Moog, o fueron marcados por sus vivencias en aquel país, como en el caso del cónsul Vinicius de Morais. El *gaúcho* Érico Veríssimo, afectado por la derrota de los republicanos en la Guerra Civil Española y por los embates ideológicos de la Segunda Guerra Mundial, sintetizaría el estado de espíritu de tantos socialistas democráticos y antitotalitarios:

> Yo estaba saturado de la hipocresía del mundo burgués pero al mismo tiempo desorientado ante el cinismo estalinista. Me repugnaban también las tendencias claramente derechistas de miembros de nuestro propio gobierno, a la vez que la indiferencia de tantos de nuestros hombres de letras[18].

A finales de los años 50 la ideología de la planificación encontró un campo fértil para su propagación en Brasil y en América Latina, bajo la inspiración del *New Deal*, pero particularmente a causa de la acción de la CEPAL. El subdesarrollo era el enemigo de Brasil, la condición trágica que precisaba ser superada y erradicada. Había que acabar con el hambre, el analfabetismo, el latifundio y la politicastra de los *coronéis*.

Era chocante el contraste entre el grupo-generación de Furtado, Darcy, Florestan Fernandes y tantos otros y los antiguos *coronéis* de la política; y entre catedráticos de universidad y los «explicadores» de la llamada Cultura Brasileña. Visto como reformista radical, Celso Furtado, la principal expresión político-intelectual de la CEPAL, sería defenestrado por el gobierno militar de 1964 acusado de «comunista»… Como se sabe, fue a enseñar a universidades europeas conservadoras, como Cambridge o la Sorbona y no a Cuba, la Unión Soviética, Argelia o China.

Americanización a la brasileña

> Llegó el hombre [F. D. Roosevelt]. Todo corrió de acuerdo con el programa establecido y que consta en los periódicos […] [Él] tiene una simpatía radiante, un idealismo pacifista sincero. Es un orador claro, simple y lleno de imaginación, pero desprovisto de las hipérboles criollas. Se mostró muy interesado en auxiliar a Brasil en la solución de los problemas de su defensa militar y económica[19].
>
> Getúlio Vargas

[18] Daniel Fresnot, *O pensamento político de Érico Veríssimo*, Río de Janeiro: Graal, 1977.

[19] Getúlio Vargas, en su diario, el día 27 de noviembre de 1936, con motivo de la visita de Roosevelt a Brasil, *apud* Antonio Pedro Tota, *O imperialismo sedutor*, São Paulo, Companhia das Letras, 2000, p. 185.

> Nelson Rockefeller dominaba, prácticamente él solo, la política de su país hacia América Latina[20].
>
> ANTONIO PEDRO TOTA

La Política de Buena Vecindad adoptada por los Estados Unidos en relación a América Latina en los años 40 puede ser entendida como una actualización de la Doctrina Monroe, de inicios del siglo XIX («América para los americanos»). Se fortalecía ahora la ideología historiográfico-cultural según la cual los pueblos americanos tendrían una historia común, además de un pasado colonial semejante. Esto determinaría la necesidad de unirse para la defensa de esa cultura «común», ante el peligro creciente y temible del esquema bélico industrial del Eje y, tras la guerra, del peligro comunista. Como ya vimos, presionado por los Estados Unidos, el gobierno de Vargas acabó alineándose con los Aliados: en 1943 Roosevelt fue a Brasil por segunda vez para encontrarse con Getúlio en Rio Grande do Norte, en la base construida por los americanos en Natal (Parnamirim Field), presionándolo para que aceptase utilizarla como trampolín para la aviación en el escenario africano de la guerra. En su libro *O imperialismo sedutor*, el historiador de la cultura Antonio Pedro Tota detalla la presencia y los vínculos de los norteamericanos con Brasil, revelando aspectos inéditos, en particular, de figuras como Orson Welles (hasta sus manifestaciones de arrogancia, poco citadas) y Errol Flynn, como también del afable presidente Roosevelt o del embajador Jefferson Caffery y su actuación; también, la sensibilidad de una personalidad tan especial como Waldo Frank, intelectual nada convencional. Personaje independiente, que veía a América Latina como «un continente sangrante», Waldo Frank era un «americano intranquilo», muy diferente del reaccionario Walt Disney, en cuya visión de Bahía no estaban incluidos los negros por ser negros… Como contrapartida, el historiador Tota examina la presencia brasileña en Estados Unidos, no sólo de Carmen Miranda y otras personalidades, sino también de la arquitectura brasileña en la Feria Internacional de Nueva York, la *New York World's Fair*. El pabellón brasileño, proyectado en 1938 por Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, tuvo la fiesta de colocación de su primera piedra el 16 de abril de 1939. El acto fue radiado a Brasil por el Departamento de Prensa y Propaganda (DIP) a través la onda corta, desde los estudios de la Radio City Music Hall:

> *This is Brazil under the behalf of Department of Press and Propaganda, we hear the Brazilian anthem*[21].

La política de alineamiento con los Estados Unidos tuvo una fuerte proyección en la formación de una mentalidad pro americana, que se consolidaría rápidamente. La aproximación de las Américas se convirtió en un objetivo primordial para la integración de los mercados y en ese «imaginario panamericano», ahora hermanado, se harían figuras populares Carmen Miranda (la «pequeña admirable»,

[20] *Ibidem*.
[21] *Ibid*., p. 96.

con sus ropas tropicales brasileñas de exportación), Orson Welles y Walt Disney, que inventó a Mickey, el tedioso ratón «clase media», a Pato Donald y a Zé Carioca, con su camisa de listas andando por ahí –creación especial que representaba a América del Sur.

Un nuevo modelo de civilización se instituía en la posguerra en América del Sur. En la periferia del sistema capitalista mundial se desarrolló con eficiencia la concepción de mundo y de sociedades «democráticas» amalgamadas, muy difundidas por revistas formadoras de opinión como *Selecciones del Reader's Digest*, de amplia circulación tanto entre las elites como en sectores ilustrados de las clases medias de las grandes capitales y de las pequeñas ciudades. Paralelamente, en Estados Unidos continuaba vigente la política racista de exclusión de los negros: el *New York Times* ni siquiera mostró comentarios sobre la obra de Gilberto Freyre.

El papel de esa ideología modernizadora, «blanca», sería decisivo, pues se implantaron los valores de la sociedad capitalista de consumo americana, poco o nada seguidos por los beneficios sociales, económicos y culturales de América del Norte. Curiosa paradoja: el chauvinismo cultural del «brasileño» nativista adoptaba ahora un americanismo ingenuo, aunque muy combativo en su anticomunismo. Un caso de conciencia ingenua y feliz.

En esos momentos se crearon en Brasil instituciones para intensificar las relaciones con los Estados Unidos, como las famosas Uniones Culturales, en las que muchos adolescentes, hijos de las nuevas clases medias emergentes, aprendieron inglés y aspectos diversos de la cultura americana. Se fundó el Museo de Arte Moderno, siguiendo indicaciones que enfatizaban la necesidad de organismos para el intercambio artístico vivo y permanente entre los pueblos americanos. No sólo se hablaba de intercambio sino también de propaganda. El Museo de Río de Janeiro debería mantener relaciones estrechas con el Museo de Arte Moderno de Nueva York para exposición de obras e incluso para creaciones más «típicas del arte popular». En esta cooperación se empeñaron, del lado norteamericano, Nelson Rockefeller, y del lado brasileño, personalidades como Manuel Bandeira, Rodrigo de Mello Franco, Carlos Drummond de Andrade y hasta Astrojildo Pereira, uno de los fundadores del Partido Comunista en 1922. Rockefeller se convirtió en la figura clave de ese programa binacional.

A Brasil fueron enviados investigadores y becarios en varias misiones, entre los que había jóvenes escritores, historiadores y antropólogos como Richard Morse, Donald Pierson y Stanley y Barbara Stein[22]. En este contexto y en tal clima político-intelectual, el lado positivo radicó en la traducción de clásicos del pensamiento americano como Ralph Waldo Emerson, William James, Salinger, Thoreau o John Dewey; y de novelistas, como John Steinbeck, Ernest Hemingway, Dos Passos, Faulkner y muchos otros, traducidos por el Club del Libro y otras editoriales. Intelectuales brasileños de diversas filiaciones teóricas se dirigieron a los Estados Unidos, entre ellos

[22] Sobre Morse, ver Helena BOMENY (org.), *Um americano intranqüilo*, Río de Janeiro: CPDOC, 1992, con textos de Antonio Candido, Roberto DaMatta y José Murilo de Carvalho, entre otros.

el educador bahiano Anísio Teixeira, que estudió con Dewey e introdujo su sistema en las escuelas y bibliotecas brasileñas, además de haber sido, posteriormente, el creador de la Universidad de Brasilia. También participaron en esa cooperación los historiadores y bibliógrafos *gaúchos* Érico Veríssimo y Viana Moog, o el diplomático Vinícius de Morais. También politólogos como Hélio Jaguaribe vieron estimuladas sus vocaciones por el paradigma de la «gran república hermana» del norte.

Una nueva idea de modernidad

La cultura «moderna» se afinaba en Brasil a través de la radio y, sobre todo, del cine, que derramaban las «novedades» y definían horizontes para la naciente sociedad de masas, que el inglés Charles Chaplin (posteriormente rechazado por el gobierno norteamericano) tan bien caracterizara. Hollywood representaba la nueva era: de las mentes y el vestuario a las marcas de automóviles y cigarros. Algunos músicos adoptaron una personalidad «americanizada» o «moderna», como el cantante Bill Farr (Antônio Medeiros Francisco), o los compositores, cantantes y pianistas Johnny Alf (Alfredo José da Silva) y Dick Farney (el nombre verdadero de este carioca era Farnésio Dutra, amigo de Frank Sinatra y Dave Brubeck), todos de excelente calidad musical e introductores del jazz en Brasil. Serían los padres de la «bossa nova»[23].

La idea de modernidad provenía en este momento sobre todo de los Estados Unidos. Nueva York y Chicago eran las nuevas referencias, modelos de ciudad moderna, con una actividad financiera febril e intensa vida cultural de vanguardia. Los productos industriales, desde los automóviles a las máquinas de coser, herramientas o productos de «materia plástica», todo revelaba el atraso brasileño. Se oían, como hasta hoy, las eternas canciones compuestas por George (música) e Ira (letra) Gershwin, el polivalente compositor, pianista y *bandleader* Duke Ellington, y el inconfundible intérprete y trompetista Louis Armstrong con su voz ronca; y, en aquellos trópicos, era Hollywood quien establecía los valores de la sociedad civil y de consumo.

Esta idea prosperaría a lo largo de los años 50, con la urbanización y una nueva concepción de ciudad, la industrialización, las mutantes demandas de la burguesía emergente, la construcción de vías de comunicación, el florecimiento de centros universitarios y de investigación, de bienales internacionales de arte y de la industria cinematográfica.

Europa, aunque continuase marcando los horizontes culturales del *senhoriato* sobrante de la *República Velha*, ahora representaba el pasado. A pesar de todo, a lo largo de la década, la cultura francesa contemporánea estaría aún presente, de forma crítica, funcionando como lenitivo contra la masificación de las ideas, con inquietudes de orden existencial, con sus directores de cine, músicos, escritores y pensadores como Sartre, Simone de Beauvoir, Raymond Aron, André Malraux y, más

[23] Para la cuestión de las «influencias» recíprocas, se han publicado estudios y ensayos como los de Ruy Castro, Sérgio Augusto, Augusto de Campos, y entrevistas con Carlinhos Lyra, Antônio Carlos Jobim, Vinicius de Morais y muchos otros, como Luís Bonfá.

tarde, Roland Barthes y Michel Foucault, transmitiendo a la periferia el malestar de la civilización occidental y del Humanismo en crisis.

Las descolonizaciones, la revisión de la Iglesia (con el papa Juan XXIII), las revoluciones de Cuba y Argelia, la renovación musical, de las artes y de las costumbre, más el realinamiento internacional, ampliarían los conceptos de cultura –en el teatro, la música, la arquitectura, el cine o en la creación de los centros populares de cultura– y, también, los conceptos de política, de educación y sociedad vigentes en Brasil. Aparecía, en suma, una nueva identidad nacional y popular.

En dirección opuesta, como reacción a ese clima de reformas, inclusión social y tercermundismo, se armaba la *contrarrevolución preventiva de 1964*.

La construcción de una sociedad «liberal-democrática»

> Bota o retrato do velho outra vez
> bota no mesmo lugar
> O sorriso do velhinho
> Faz a gente trabalhar[24].
>
> Haroldo Lobo & Marino Pinto, 1950

A pesar de la instauración de una ideología de modernización, de tipo urbano-industrial, la sombra de Vargas continuaría rondando la República. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial comenzó una nueva fase de gobiernos civiles, aunque con pesadas herencias históricas, pues los cambios producidos en el país en los 15 años desde que Getúlio Vargas llegara al poder, habían dejado profundas huellas en la sociedad brasileña. Entre tales huellas, destacaban las ideas de reforma, de afirmación nacional, de actualización cultural y de necesidad de modernización de las instituciones y de la economía; pero, paralelamente, se puso también de manifiesto el miedo colonial atávico al progreso, a los «excesos» de la democratización y, sobre todo, al comunismo internacional.

¿Cómo era la sociedad brasileña recién salida del *Estado Novo*? La población estaba experimentando un fuerte crecimiento demográfico. A comienzos de siglo, Brasil tenía 17.384.340 habitantes; en 1930, la población alcanzaría la cifra de los 37,6 millones; en 1940, 41.565.083 habitantes y, en 1950, 51.722.000 habitantes. La curva de crecimiento proseguiría: en 1960, la población alcanzó los 70.992.343 habitantes; y los 99.901.037 habitantes en 1970[25].

[24] «Pon el retrato del viejo otra vez / ponlo en el mismo lugar / la sonrisa del viejito / hace a la gente trabajar» Haroldo Lobo & Marino Pinto, *Bota o retrato do velho*, 1950, *marchinha* cantada por Francisco Alves.

[25] Números recogidos en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit., extraídos de los Censos Generales de Brasil. Algunos incluyen el índice de alfabetización y de participación en la renta nacional.

En esta época, la mayoría de la población había dejado de vivir en el campo: cerca de 52 millones vivían en la ciudad y 41 millones en el campo, dedicándose a la producción de géneros agrícolas para la exportación, fundamentalmente. En el Censo Nacional de 1980 la población subió hasta 119.070.875 habitantes. Como había pronosticado Darcy Ribeiro en 1985, con un ligero error, «si continuamos creciendo al mismo ritmo, llegaremos a doscientos millones en el año 2000»; Río y São Paulo van a convertirse en «calcutas».

Una de las principales características de la sociedad brasileña de la posguerra fue la intensificación de las migraciones internas y de la movilidad de la población. En términos generales, la sociedad se hizo más urbana. A pesar de ello, del total de habitantes de 1970, 18 millones eran analfabetos y la mitad de la población activa de 26.079.171 ganaba menos que el salario mínimo. El concepto de subdesarrollo no era un concepto vacío de sentido y, contrariamente a lo que se pensaba –se suponía que esta situación sería superada en algunos años– todavía hoy mantiene su actualidad.

El éxodo rural, que continúa todavía hoy, fue importante durante aquel periodo. La población nordestina, viéndose asolada por las constantes sequías y por el estancamiento de las actividades económicas locales, emigró hacia los centros urbanos en busca de oportunidades de empleo en las industrias.

Como consecuencia, se produjo un acelerado crecimiento de la población urbana que provocó numerosos problemas, ya que las ciudades no estaban preparadas para recibir grandes cantidades de nuevos habitantes. Faltaban viviendas, lo que hacía que las condiciones de vida de los emigrantes fueran extremadamente precarias. Se multiplicaron las corralas y las *favelas*, que acogían cada vez a más habitantes. El caso de São Paulo es el más elocuente, como observó la profesora Maria Cristina Leme: entre 1911 y 1920 llegaron 33.927 nordestinos a la metrópoli; entre 1930 y 1939, la cifra fue de 435.864. La experta en urbanismo Nadia Somekh amplía el significado de tales procesos, asociándolos a una red de factores históricos, políticos, jurídicos y económicos en el proceso de verticalización de la ciudad[26].

Los salarios eran bajos, dada la falta de cualificación de los trabajadores venidos del nordeste y su escasa organización sindical. En poco tiempo, los obreros emigrantes se hicieron más numerosos que los obreros extranjeros, preferidos hasta aquel momento por los empresarios debido a sus habilidades técnicas. Si los primeros obreros habían sido atraídos por las ideas anarquistas, creando sindicatos para defender sus intereses y luchar contra el orden burgués, los recién llegados del interior del *sertão* no tenían ninguna tradición de lucha sindical. Las mejoras laborales

[26] Para la comprensión de este proceso, asociado a la verticalización urbana, consúltese el estudio de Nadia Somekh, *A cidade vertical e o urbanismo modernizador. São Paulo 1920-1939*, São Paulo: Nobel/Fapesp/Edusp, 1997, que ofrece una periodización más amplia y datos sobre población, producción industrial, etc. Sobre las modificaciones en el centro de São Paulo, véase la obra colectiva, Cândido Malta Campos & José Geraldo Simões Jr., *Palacete Santa Helena. Um pioneiro da modernidade em São Paulo*, São Paulo: Imprensa Oficial/Senac, 2006; y, de Hugo Segawa, *Prelúdio da metrópole: arquitetura e urbanismo em São Paulo na passagem do século XIX*, São Paulo: Ateliê, 2000; y, también, de Carlos Lemos, *A República ensina a morar (melhor)*, São Paulo: Hucitec, 1999.

introducidas por la legislación *trabalhista* de Vargas, hicieron a éste muy popular entre los sectores más pobres de la sociedad. En la percepción de los desposeídos y los trabajadores sindicalizados, era el «padre de los pobres».

Las llamadas clases medias, o mejor, la pequeña y la mediana burguesía urbanas, ampliaban sus contingentes, creando nuevos barrios en las grandes ciudades, o expandiéndose en dirección a centros urbanos, antiguos y nuevos, más prósperos, sobre todo en regiones de frontera económica, a ejemplo de lo que se produjo en el interior de São Paulo y en el norte de Paraná. Se abrían nuevos horizontes y despuntaban nuevas constelaciones de ciudades. Para construirlas y consolidarlas se solicitaba la participación de nuevos segmentos de la pequeña burguesía emergente (que ya comenzaba a sufrir, al haber exceso de mano de obra cualificada y, dada la competencia, al tener menos oportunidades de empleo en las ciudades ya estabilizadas).

Este proceso de «interiorización de las metrópolis» ocurrió, con significativa intensidad, en el periodo de 1945 a 1964. El «interior» se convirtió en una realidad más próxima, con repercusiones en la educación, la literatura, la economía, etc. En 1956, el *sertão* reaparece vestido con un nuevo lenguaje –erudito y al mismo tiempo rústico, regional y universal– en la obra maestra de Guimarães Rosa, *Grande sertão. Veredas*.

Suaves vientos de cambio

Éste fue el contexto político-cultural e internacional en que surgieron las alteraciones del proceso político de la posguerra, en contraste con el modo como era ejercida la dominación política de las oligarquías agrarias de la Primera República. Como vimos, antes de 1930 las oligarquías estatales más poderosas dominaban la escena política, con sus *capangas* y *jagunços*, venciendo las elecciones y dominando directamente los gobiernos de los estados y de la federación. El poder económico de estos oligarcas garantizaba su dominio sobre los demás sectores de la sociedad local.

Después de 1930, la revolución que colocó a Vargas en el poder adoptó medidas para reducir el poder regional y acabar con el federalismo. Los estados perdieron poder a favor del gobierno central, que comenzaría a dictar las reglas del proceso económico y a centralizar los recursos provenientes de los impuestos. Con las elecciones suspensas, el presidente nombraba a todos los gobernadores (interventores) y alcaldes del país. La centralización absoluta de las decisiones políticas y económicas en las manos del gobierno federal sustituyó al liberalismo económico de las oligarquías de la Primera República, pero no desaparecieron de la escena histórica.

Río de Janeiro volvió a ser el centro neurálgico de la vida nacional, al pasar todas las actividades de la sociedad bajo el control del gobierno central. Las transmisiones de radio llegaban a todos los rincones del territorio, dictando al resto del país los patrones culturales oficiales de la capital. A pesar de todo, el *coronelismo* y el clientelismo no desaparecieron de la escena política, pues Getúlio continuó distribuyendo empleos y beneficios para los aliados locales. La vieja máquina burocrática, herencia

de los tiempos imperiales, no fue totalmente desmontada. Paralelamente, Getúlio creó una nueva burocracia de técnicos y, con su auxilio, realizó una profunda reforma administrativa. A partir de entonces, coexistirían dos burocracias de funcionarios: en el ámbito local, la política continuó siendo dominada por los *coronéis* más poderosos, que controlaban los empleos y apadrinaban a sus protegidos. Al mismo tiempo, en el ámbito federal, surgió una burocracia de formación técnica especializada. Los cargos y funciones creados en la reforma fueron ocupados por tales funcionarios, más cualificados que las clientelas mal preparadas de los *coronéis.*

Aún se hacían oír algunas voces de la Primera República, como la del ex presidente Artur Bernardes, que fue elegido diputado por Minas Gerais y vociferó en el Congreso en defensa de la Amazonia brasileña, contra lo que denominaba infiltración, por medio del Instituto Internacional Hiléia Amazónica (IIHA), dirigido por la UNESCO. Algunos de los antiguos *tenentes* golpistas y políticos nordestinos ganaron nuevos bríos. El ex *tenente* (ahora general) Juarez Távora defendería en el Club Militar la ruptura del monopolio del petróleo: su explotación sería permitida por Dutra para algunas refinerías privadas…

PSD, PTB, UDN…

En esta nueva etapa, los partidos políticos traían una cierta «racionalidad» a la situación política nacional. Creados a finales del *Estado Novo*, aún bajo la tutela de Vargas para acoger a sus aliados, dos partidos políticos –PSD y PTB– definirían cada vez más los horizontes políticos e ideológicos de la República del 46.

En ese proceso histórico y político (que marcaría la conformación de tipos diferentes de mentalidad, aunque dentro de un mismo sistema ideológico) el Partido Social Demócrata (PSD), incrustado en los aparatos de Estado, representaría los intereses de los sectores exportadores y de los grandes propietarios rurales (las oligarquías regionales), mientras que el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB), anclado en el Ministerio de Trabajo, encarnaba las fuerzas urbanas y los sindicados ligados al Estado, aún con líderes creados bajo el *Estado Novo*.

La Unión Democrática Nacional (UDN), por su parte, creada en Río en 1945, tiene su origen en la lucha contra el *Estado Novo*, aglutinando a liberales históricos, socialistas y personalidades perseguidas por la dictadura. La socialista Izquierda Democrática de la UDN (ni marxista ni antimarxista) formaba parte del arco de adeptos, pero dejó a la UDN para crear el Partido Socialista Brasileño en 1946 (con sus líderes Hermes Lima, João Mangabeira y Barbosa Lima Sobrinho al frente), fundiéndose más tarde en el PTB.

El antigetulismo se convirtió en la bandera de casi todos. La UDN, que debería ser el partido modernizador, acabó por aglutinar a empresarios, hombres de finanzas, ex militares, abogados y derechistas: su parte liberal se encaminó hacia la derecha, mientras que los demócratas se inclinaban hacia la izquierda. Completando el cuadro, el Partido Comunista (PCB) de Prestes comenzaba ahora a apoyar a Vargas, quien, apartándose de la derecha, seducía a los sectores de la izquierda, pues representaban la posibilidad de apoyarse en los trabajadores. «No fueron pocos los

analistas que vieron una tremenda dosis de oportunismo en cada una de las partes». Ese sería el esquema partidario básico de los 20 años siguientes[27].

El *take off*: ¿Brasil urbano o rural? ¿Cómo hacer despegar al país?

En esta situación, la victoria del PSD en las elecciones de 1945 mostraba que el Brasil rural, considerado más arcaico que el Brasil urbano e industrial, aún tenía esperanzas de retomar el control del proceso político, utilizando en beneficio propio sus viejos métodos electorales, como la movilización de las clientelas políticas rurales, los «corrales electorales». En efecto, el sector agroexportador significaba todavía la mayor parte de la riqueza nacional. Para equilibrar su balanza comercial, a pesar de estar en vías de industrialización, Brasil no podía prescindir de las exportaciones de café. Como señaló el historiador argentino Halperín Donghi:

> Brasil, con Volta Redonda, inauguró, al inicio de la década de 1940, la tendencia a crear una industria siderúrgica, como punto de partida para una industria pesada. Pero –a pesar de la utilización de créditos norteamericanos– este sector (que contaba con posibilidades inmensas, debido a la riqueza mineral del país) se desarrolló más lentamente que lo esperado. Igualmente, a pesar de la creación de una empresa estatal para la explotación del petróleo, Brasil continuó siendo deficitario en combustibles[28].

La dependencia externa era aún un hecho, pues en la apreciación de Halperín Donghi, la economía cafetalera continuaba siendo esencial para el desarrollo brasileño. Esencial y vulnerable, dependiente siempre de las fluctuaciones del mercado internacional:

> La posguerra reveló un país profundamente transformado, pero siempre gobernado por la suerte de sus exportaciones: el café, que las continuaba dominando, tras gozar de una bonanza de casi diez años, sufrió, al final de la década de 1950, el impacto de la competencia africana, que provocó la caída vertiginosa de los precios mundiales[29].

Con esta perspectiva, la industrialización –sobre todo la industria de automóviles– se convertiría a medio plazo en una alternativa inmejorable para el despegue del esperado desarrollo económico. El término *take off*, o «despegue» –noción maldita, dado el tipo de capitalismo a que se refería–, era el concepto introducido y defendido para toda América Latina por Walt Whitman Rostow, del Departamento de Estado norteamericano, incluso para los empresarios bisoños y sin preparación de la Federación de Industrias de São Paulo de finales de los años 50 y principios de los 60…

[27] Véase el análisis de Edgard Luiz de Barros, *O Brasil de 1945 a 1964*, São Paulo: Contexto, 1990, p. 20.

[28] Tulio Halperín Donghi, *Historia Contemporánea de América Latina,* Barcelona: Alianza, 1979, p. 386.

[29] *Ibidem*.

El Gobierno Dutra (1946-1951): anticomunismo sumiso

«How do you do, Dutra?», preguntó el presidente Truman de los EUA.
«Well. How do you tru, Truman?», respondió el presidente de Brasil.

Del anecdotario popular sobre el bisoño sucesor de Getúlio

El primer presidente «civil» tras la caída del *Estado Novo* fue… un militar. La deposición del dictador Vargas fue rápida y sin melancolía. Se precipitó cuando numerosas manifestaciones populares –bien urdidas por el PCB y por el laborismo sindicalista– comenzaron a reivindicar, en el segundo semestre de 1945, la convocatoria de una Asamblea Constituyente, además de la permanencia de Getúlio (la «Constituyente con Getúlio»). El presidente intentó manipular el Código Electoral, anticipando la elección de gobernadores de estados, que debía ser realizada en mayo de 1946, para la misma fecha de la elección presidencial y de las elecciones parlamentarias (2 de diciembre de 1945). Esta maniobra beneficiaría al PSD y su candidato Dutra, que había sido ministro de la Guerra con Vargas. El PSD controlaba bien los esquemas montados en los estados, al contrario que la novel UDN, que con su candidato Eduardo Gomes, el héroe «puro» y moralista del Fuerte de Copacabana, no tuvo tiempo para realizar las oportunas articulaciones regionales. La UDN se acercó entonces a los cuarteles, con la intención de estimular su miedo a las «masas instigadas a favor de Vargas por los comunistas y *trabalhistas*». Cuando Vargas cometió el error político de nombrar a su hermano Benjamim como jefe de policía del Distrito Federal, un cargo reservado a las Fuerzas Armadas, fue depuesto por las tropas del nuevo ministro de la Guerra, el general Góis Monteiro, que defendía el calendario electoral[30]. El día 29 de octubre de 1945, Vargas se retiró a su *fazenda* en São Borja, en Rio Grande do Sul. En una entrevista a Samuel Wainer en 1949, Getúlio diría que en 1945, «no fue derribado por el Ejército, sino por el embajador americano Spruille Braden, que ya había derrocado a Perón con las manos de los militares argentinos»[31].

Como vimos en el capítulo anterior, el presidente del Tribunal Supremo, José Linhares, asumió provisionalmente la presidencia (1945-1946) para organizar las elecciones presidenciales y efectuar al traspaso de poderes al presidente electo, además de convocar la Constituyente y reformar la Ley Electoral, que no preveía poderes constituyentes a los parlamentarios electos el día 2 de diciembre.

Al ver que la campaña de la UDN se intensificaba, los *getulistas* y los jefes políticos regionales –coaligados en el PSD e instalados en los aparatos de sus respectivos estados– se vieron obligados a buscar el apoyo de los *trabalhistas* del PTB para obtener la adhesión de las masas populares a la candidatura de Dutra.

[30] Sobre el coronel, después general Góis Monteiro (presentado por Oswaldo Aranha a Getúlio), considerado «el técnico» que habría puesto en práctica las ideas de Clausewitz en Brasil, consúltese el pequeño libro de Leonardo Trevisan, *O Pensamento Militar Brasileiro*, São Paulo: Global, 1985, en especial el capítulo III.

[31] Cf. año 1949, entrada 1252, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Como se sabe, el general Eurico Gaspar Dutra, candidato de la coalición PSD-PTB, venció las elecciones y asumió la presidencia de la República el 31 de enero de 1946. Para una población de 46.215.000 habitantes, con un total de 7.459.849 electores inscritos (apenas un 16,22% de la población), votaron 6.200.005 electores (15,9% de abstención: 1.259.884 no comparecieron) y el porcentaje de blancos y nulos fue del 5,32% (329.337 votos).

Dutra obtuvo 3.251.507 votos (55% de los votos válidos) contra 2.039.342 (35%), emitidos para Eduardo Gomes. El oscuro candidato del Partido Comunista, Iedo Fiúza, alcanzó 569.818 votos (9,83%), cifra nada despreciable, sobre todo si consideramos los que obtuvo el candidato ruralista Mário R. Teles, 10.001 votos, tan sólo un 0,17% de los votos válidos[32].

La Asamblea Constituyente

> La nueva Constitución de la República, de 1946 […] regiría el país hasta 1964. La mejor que tuvimos, a pesar de ser tímida y liberal-reaccionaria[33].
>
> Darcy Ribeiro, 1985

El nuevo presidente, que tomó posesión el día 31 de enero de 1946, convocó para el día 2 de febrero una Asamblea Constituyente con el fin de elaborar la quinta constitución del país, bajo la presión de varios sectores de la sociedad y de los partidos. Los grupos políticos y las distintas personalidades se organizaron. Las impactantes manifestaciones convocadas por Prestes llenaron los estadios de fútbol de São Januário en Río y de Pacaembú de São Paulo, asombrando a los sectores conservadores. Todos los partidos políticos, incluso el Comunista, participaron en la elaboración de la nueva constitución, a través de una comisión partidaria de 37 miembros, distribuidos proporcionalmente según los escaños obtenidos. De este modo, dominaban en la Asamblea los representantes del liberalismo conservador, vinculados a los sectores rurales, principal base electoral del PSD.

El partido más votado en los comicios fue el PSD, que obtuvo en total 151 diputados (de un total de 286). Las principales aportaciones de diputados fueron 20 por Minas, 16 por São Paulo, 17 por Rio Grande do Sul, 10 por Río de Janeiro y 10 por Pernambuco. La UDN tuvo unos buenos resultados en Bahía (12 diputados), obteniendo además 10 por Ceará, 7 por São Paulo, 7 por Minas y 4 por el Estado de Río. El PTB alcanzó 9 por el Distrito Federal, 6 por São Paulo, 4 por el Estado de Río y 2 por Minas. El PCB 4 por São Paulo, 3 por el Distrito Federal, 3 por Pernambuco y 2 por el Estado de Río.

[32] Véase el análisis de Thomas Skidmore, «Fim do Estado Novo: Governo Dutra (1945-1950)», en *Brasil: de Getúlio a Castelo*, pres. Francisco de Assis Barbosa, 3.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1975, pp. 72-109.

[33] Cf. 1946, año de los Xavantes, entrada 1169, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Vargas fue elegido senador sin esfuerzo, con 1.300.000 votos provenientes de dos estados, Rio Grande do Sul y São Paulo (optando por la representación de Rio Grande do Sul), y también diputado federal por el Distrito Federal y otros seis estados. El PSD tuvo 26 de los 42 senadores, logrando así la mayoría absoluta también en el Senado.

La Constitución del 18 de septiembre de 1946

Los constituyentes, aunque tuvieran escasa preocupación social, buscaron equilibrar las diferencias territoriales creando fondos de desarrollo regional –recursos que, bueno es decirlo, se evaporaron inmediatamente, no sólo en las obras contra las sequías, sino también en la Amazonia y en el valle del río São Francisco.

La Asamblea Constituyente, presidida por Fernando de Mello Vianna, *pesedista* de Minas Gerais, suprimió el Departamento Nacional del Café, una entidad autónoma de carácter centralista, lo que abrió una feroz disputa entre Paraná y São Paulo; atribuyó al Departamento Administrativo de Servicio Público (Dasp) la tarea de redactar la propuesta presupuestaria del Estado, pero lo despojó de sus funciones en la definición de las políticas gubernamentales y acabó con su función de fijar los criterios de promoción del funcionariado público, creando así excelentes condiciones para el renacimiento del clientelismo y el nepotismo.

Uno de los miembros más activos de la mesa constituyente, Aliomar Baleeiro, de la UDN, definió el significado social de la Asamblea de manera insuperable:

> Representante de una elite salida de las clases beneficiadas por la situación actual, si se hiciera un estudio sobre la composición social y profesional de esta asamblea, se podría comprobar que todos nosotros, o por lo menos nuestros parientes, provenimos de las clases agrarias que se han librado siempre del pago de impuestos, lo que hace que recaigan siempre sobre el proletariado[34].

La Constitución de 1946, tercera de la República y quinta en la Historia del país, restauró la democracia representativa, consagró la división de poderes y su independencia e instituyó elecciones directas para elegir a los candidatos a los cargos públicos legislativos y ejecutivos, en los ámbitos federal, estatal y municipal. Los analfabetos, que representaban una gran parte de la población, fueron excluidos del proceso electoral, así como los soldados rasos. Se negó a los sargentos la posibilidad de ser elegidos.

El Tribunal del Trabajo quedó intacto, con las mismas funciones que tenía en el *Estado Novo*, dando continuidad así a las estructuras corporativistas. El gobierno ensayó algunas medidas (mediocres) en los terrenos social y económico a través de un plan integrado de salud, alimentación, transportes y educación. Se trataba del

[34] *Apud* Edgard Luiz de Barros, *O Brasil de 1945 a 1964*, cit., p. 24.

Plan Salte, primer plan gubernamental en su género, que promulgado en 1947, sería puesto en práctica en 1949 y abandonado en 1951.

El gobierno Dutra dejó ver rápidamente los límites del liberalismo del PSD y de los partidos menores, representantes de los propietarios. La coalición, que ahora era PSD-UDN, prescindía del apoyo popular de las masas trabajadoras, al tiempo que concedía más espacios para la actuación de Carlos Lacerda, en la UDN y en la prensa.

El día 7 de mayo de 1947, el Ministerio de Justicia ordenaba sellar la sede del PCB, requería la intervención en 14 sindicatos y decretaba el cierre de la Confederación General de Trabajadores (CGTB). Al mismo tiempo, una serie de iniciativas ponía en funcionamiento la estructura oficialista sindical, de *pelegos*, interviniendo en 143 sindicatos y desmantelando cerca de 400 direcciones sindicales. Apenas transcurridos dos años desde la proclamación de la Constitución que permitía la libertad de organización de partidos políticos, el Partido Comunista era colocado en la ilegalidad. La medida se tomó porque los sectores más conservadores de la sociedad temían el avance electoral de los comunistas, a lo que se sumaban las alertas terroríficas de la derecha macartista norteamericana y las noticias de la sombría Rusia estalinista. El PCB defendió a partir de ese momento la reforma agraria y la lucha armada, organizando una táctica de guerrillas en Paraná y Goiás que tendría poco éxito.

En cuanto al mundo laboral, Dutra suprimió el derecho de huelga, lo que permitió continuar el bloqueo de los salarios, congelados desde 1942. En 1949, 234 sindicatos se encontraban intervenidos.

En el terreno económico, la política económica liberal de los ministros Eugenio Gudin y Otávio Gouveia de Bulhões favoreció a los intereses extranjeros (por ejemplo, con la Instrucción 113) y la compra de productos manufacturados de importación. En dos años se había gastado un 80% de las reservas acumuladas durante la Segunda Guerra Mundial[35].

El «liberalismo» del gobierno Dutra provocó el descontento de los sectores sociales comprometidos con la industrialización, que consideraban que el desarrollo de una industria nacional –que garantizara la autosuficiencia del país– era la única condición capaz de hacer a Brasil económicamente independiente, acabando con la necesidad de comprar productos manufacturados en el exterior. Para ello se hacía necesario desarrollar la industria pesada, siguiendo los pasos de Getúlio al crear la planta de Volta Redonda.

Los liberales, acusados de favorecer al «imperialismo» norteamericano, entraron en conflicto con los nacionalistas, que llegarían al poder en 1950 con la elección de Vargas como presidente de la República por el PTB, con el apoyo de los comunistas.

[35] Cf. Año 1946, entradas 1164 a 1166, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

El segundo Gobierno Vargas (1950-1954): el líder de las masas

Sí, volveré, no como líder político sino como líder de masas [...][36].

Getúlio Vargas, 1949

La sociedad brasileña estaba cambiando de manera importante. En 1950, el 6.º Censo General de Brasil registraba una población de 51.772.000 habitantes, entre los cuales apenas 1.256.307 eran obreros fabriles, medio millón eran burócratas civiles y militares, y millones analfabetos con más de 15 años. Se recogió un dato impresionante: más de 5.000 brasileñas tenían, cada una, más de 25 hijos[37]. Ese mismo año, con la erradicación de los cafetales poco productivos, hasta entonces subsidiados por el gobierno, millones de trabajadores rurales perdieron su empleo: eran los *camas-de-vara*, antecesores de los *bóias-frias**. En la prensa hubo denuncias de tráfico de *flagelados* nordestinos, vendidos por camioneros a los *fazendeiros* de Paraná, São Paulo, Mato Grosso y Goiás: eran los *paus-de-arara***.

En las elecciones que llevaron al poder a Vargas, candidato del PTB, el adversario fue de nuevo el brigadier Eduardo Gomes, de la Unión Democrática Nacional; por el PSD concurría el candidato Cristiano Machado. Getúlio, que llevaba a Café Filho como vicepresidente, obtuvo el 49% de los votos. Con una estrategia electoral hábil y versátil, el PTB se consolidó como una de las principales fuerzas políticas nacionales. Vargas contó además con el apoyo del gobernador de São Paulo, Adhemar de Barros, cuya máquina electoral fue decisiva en ese estado y en el Distrito Federal. El PTB venció en 18 de las 24 unidades de la Federación, con 3.849.040 votos, mientras que el brigadier obtuvo solamente el 29,7% y Cristiano Machado el 21,5%[38].

Durante este periodo Getúlio se convirtió en el gran líder populista, nacionalista y sindicalista, la imagen con la que se le recordaría. El tono general de la política era abiertamente nacionalista y antiimperialista. En los primeros nombramientos de ministros se ponía ya de manifiesto el sentido que Vargas pretendía imprimir ahora al gobierno. En el primer gabinete estaban los nacionalistas Estillac Leal (Ministerio de la Guerra), Nero Moura (Aeronáutica), Lourival Fontes (Casa Civil), Danton Coelho

[36] Getúlio Vargas, en entrevista a Samuel Wainer en São Borja, RS, en la *Fazenda do Itu* (1949). Cf. año 1949, entrada 1252, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[37] Ver «População», en el capítulo «O Estado Novo. (1937-1945)», en Edgar Carone, *Brasil: anos de crise. 1930-1945*, São Paulo: Ática, 1991, pp. 5-8, que incluye una extensa bibliografía.

(*) *Cama-de-vara* es, según el diccionario Houaiss, una cama montada sobre tablas o pedazos de madera frágiles o improvisados; por extensión, el nombre se dio a los trabajadores rurales que vivían en condiciones precarias. *Bóia-fria* es la comida que se come en el lugar de trabajo traída de casa, por extensión es el nombre que se daba a los trabajadores rurales temporeros. *N. del T.*

(**) *Pau-de-arara*, según el Houaiss, es un soporte de madera en el que los *sertanejos* llevan araras, papagayos y otras aves para vender; de este término deriva el nombre dado al camión que transportaba a los emigrantes *(retirantes)* nordestinos que iba hacia el sur, y por extensión se aplica peyorativamente a cualquier nordestino. *N. del T.*

[38] Cf. Thomas Skidmore, *Brasil: De Getúlio a Castelo*, cit., pp. 108-109. Ver también el capítulo III, «Nova Era de Vargas (1951-1954)».

y después João Goulart (Ministerio do Trabalho), y el pro-americano João Neves da Fontoura (Exteriores), teniendo como secretario a San Thiago Dantas[39]. Reunió también a asesores económicos de alto nivel, como Rômulo de Almeida, Jesus Soares Pereira, Ignácio Rangel y Cleanto de Paiva Leite.

En 1952, una serie de medidas y mensajes al Congreso Nacional señalaban el rumbo que Vargas deseaba para el país: una reforma administrativa, que diera al gobierno instrumentos para la gestión de los campos económico y social; la creación del Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDE), para conseguir los fondos para la creación de empresas estatales de energía, transporte y siderurgia; la creación del Instituto Brasileño del Café (IBC) y la del Ministerio de la Salud (que se desliga del Ministerio de Educación); la formulación de un Plan General de Industrialización; la creación del Servicio de Bienestar Social, del Instituto de Migración y Colonización, del Banco Nacional de Crédito Corporativo, del Servicio Social Rural, del Parque Nacional del Xingú y del Consejo Nacional de Investigación, el CNPq.

La presión americana llevó al gobierno brasileño a firmar un acuerdo con los Estados Unidos, comprometiéndose a no vender materiales estratégicos, incluido mineral de hierro, a los países socialistas. A pesar del acuerdo, el gobierno norteamericano envió al ministro Dean Acheson para mostrar la preocupación por el decreto que regulaba la remesa de lucros de empresas extranjeras al Exterior. En enero de 1954, Vargas había acusado a las empresas extranjeras de fraude en la facturación de las exportaciones, encubriendo remesas ilegales de beneficios. En el mismo año se promulgaría la Ley de Lucros Extraordinarios, que permitía al gobierno el control de la facturación de las exportaciones. El ministro americano manifestó también el desacuerdo de su país con el proyecto de creación de Petrobras. Seguidamente, el presidente Eisenhower suspendió la Comisión Mixta Brasil-Estados Unidos. Usando el tema del petróleo como pretexto, el gobierno americano se fue mostrando favorable al derrocamiento de Vargas, en lo que fue secundado por Cordeiro de Farias y grupos del Club Militar.

El sistema brasileño de transportes dependía del petróleo, pues, después de 1945, las líneas ferroviarias comenzaron a ser rápidamente sustituidas por carreteras asfaltadas. Además de muchas industrias, las plantas y generadores eléctricos eran movidos por combustible derivado del petróleo. No había en Brasil empresarios con capital suficiente para explotar el petróleo existente dentro de sus fronteras. El país, además, no era autosuficiente y necesitaba importar de otros países la mayor parte del hidrocarburo. Tal y como ocurrió con la siderurgia, los nacionalistas pretendían que el Estado se encargara de la explotación y de la importación de petróleo. Los sectores militares apoyaban la medida, pues consideraban el control de las reservas de energía una cuestión de «seguridad nacional». La izquierda llegó incluso a organizar una campaña popular con el lema «El petróleo es nuestro».

[39] Sobre San Thiago Dantas, ver el artículo de Guilherme Figueiredo Leite, «San Tiago e a revolução brasileira», en *Getúlio*, 1 (3), São Paulo, mayo de 2007, pp. 42-45.

En 1954, tras la intensa campaña nacional, el gobierno Vargas creó la Petrobras. A partir de ese momento, el monopolio de la extracción y el refinado de petróleo sería de exclusiva competencia de la empresa estatal.

João (Jango) Goulart y Tancredo Neves aparecen en el escenario político nacional…

La reacción contra Vargas partió inicialmente de oficiales de las fuerzas armadas: el ya mencionado Manifiesto de los Coroneles pedía la sustitución del ministro de Trabajo, João Goulart. Se criticaba en él la ineficiencia en el combate a la inflación y las medidas nacionalistas en el campo de la economía. Los líderes militares se politizaban en dos sentidos antagónicos: la facción demócrata cristiana –que incluía al general Horta Barbosa, al almirante Álvaro Alberto y al coronel Nelson Werneck Sodré–; y la facción «entreguista» (término de la época), con los militares aglutinados en torno a la UDN, Juarez Távora, Eduardo Gomes, Cordeiro de Farias o Juracy Magalhães, una generación que inspiraría a jóvenes militares intelectualizados como Golbery, Castello Branco y Bizarria Mamede.

El sector obrero se encontraba en situación de inestabilidad. Los movimientos populares ganaban las calles, aunque el ex *tenente* Prestes permaneciera al margen. En 1953 se creó el Pacto de Unidad Intersindical (PUA), que organizó huelgas y reunió a miles de obreros, como el medio millón de manifestantes en las «Marchas de las Cazuelas Vacías». En el campo, sobre todo en el nordeste, los *flagelados* de la sequía eran reclutados en frentes de trabajo o emigraban en masa hacia el sudeste. En São Paulo, el populismo adquiría un nuevo colorido, con Jânio Quadros, elegido alcalde con la campaña *Tostão contra Milhão (Duros contra millones)*, lema que hacía alusión a que Janio había hecho una campaña «pobre», sin recursos, mientras que sus adversarios contaban con medios financieros abundantes.

La base de apoyo de militares nacionalistas a Getúlio se reducía, al tiempo que se ampliaba la de los adversarios, como los generales de línea dura Zenóbio da Costa y Canrobert da Costa.

En su discurso del día 1.º de mayo de 1954, Getúlio anunciaba un 100% de aumento en el salario mínimo y acentuaba el conflicto:

> Como clase, podéis imprimir a vuestro sufragio la fuerza decisoria del número. Constituís mayoría. Hoy, estáis con el gobierno. Mañana, seréis gobierno[40].

Paralelamente se intensificaba la campaña que denunciaba el clientelismo y la corrupción del gobierno. La prensa se alineó contra Vargas (en una campaña orquestada fundamentalmente por los Diarios Asociados de Assis Chateaubriand, *O Estado de S. Paulo y O Globo* y por Carlos Lacerda en *Tribuna da Imprensa*). Para

[40] Getúlio, en su discurso del Día del Trabajador (1-5-1954); Cf. 1954, «O suicídio de Getúlio Vargas», entrada 1396, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

intentar salir del cerco, Vargas obtuvo del Banco de Brasil la financiación de una red de periódicos bajo la dirección de Samuel Wainer (que con su diario *Última Hora* era el único que apoyaba a Getúlio). Éste fue el pretexto que usó la derecha para declararle la guerra, promoviendo su *impeachment*.

El detonante de la crisis que llevó a Vargas al acto extremo fue la participación del jefe de su guardia personal, Gregório Fortunato, en el atentado contra el periodista y diputado de la UDN Carlos Lacerda, ex-comunista que era en este momento el más acerbo crítico de Vargas a través de las páginas de *Tribuna da Imprensa* –en el que murió el mayor de Aeronáutica Rubens Vaz, uno de los guardaespaldas del político y periodista. El hecho hacía pensar que el presidente utilizaba a *capangas* para la solución de problemas políticos. Getúlio mandó a Tancredo Neves, su ministro de Justicia, para depurar las responsabilidades, y designó a un fiscal para supervisar la investigación de la Aeronáutica sobre el asesinato del mayor Vaz.

Eduardo Gomes, Juarez Távora y otros militares presionaron entonces al ministro de la Guerra para retirar el apoyo del Ejército al presidente, golpe al que se unieron algunos almirantes. El sospechoso Gregório Fortunato fue detenido por fuerzas de la llamada «República de Galeão», nombre derivado de la base de la Fuerza Aérea donde se llevaba a cabo la investigación del crimen, lo que intensificó las peticiones de renuncia de Vargas. El 13 de agosto, en la Cámara de representantes, el diputado *udenista* Afonso Arinos (otra vez él) denunciaba el «mar de barro y sangre que salía de los sótanos del Catete», mientras que el diputado Gustavo Capanema defendía a la familia Vargas y declaraba que la «exigencia de renuncia no es del pueblo brasileño, sino de un partido político cuyos líderes incitan a las Fuerzas Armadas al golpismo»[41].

El suicidio de Vargas: 24 de agosto de 1954

A las 3 de la madrugada del 24 de agosto, en el transcurso de una reunión del gobierno, con presencia de la hija de Getúlio, Alzira y de su hermano Lutero, el ministro Zenóbio y los ministros militares mostraron a Vargas que no tenían ya el control de la situación y que el enfrentamiento sería sangriento. Los ministros civiles se declararon a favor de la renuncia, con excepción de Tancredo Neves, que exigió firmemente a los ministros militares que defendieran la legalidad. Alzira se mostró a favor de la resistencia, pero el almirante Amaral Peixoto, su marido, junto con José Américo y Oswaldo Aranha, optaban por la conciliación, es decir, por la renuncia. Vargas aceptó abandonar el cargo, a condición de que los militares garantizasen el orden público.

A las 6 de la mañana del mismo día, Benjamim Vargas fue llamado a declarar en la investigación que se llevaba a cabo en Galeão. A las 7, los militares lanzaron un

[41] Cf. entrada 1410, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. En la misma obra (entradas 1369 a 1432) se encuentra una cronología detallada de los hechos que llevaron a Vargas al suicidio, así como la carta-testamento íntegra.

ultimátum exigiendo la renuncia. Presionado, sintiéndose en jaque mate, Getúlio se suicidó a las 8:30, el 24 de agosto de 1954, dejando la carta-testamento, uno de los documentos más contundentes de la Historia de Brasil. A las 9, la carta fue leída en la Radio Nacional, provocando una gran conmoción en el país. Con el impacto que el suceso causó entre la población –que ocupó las plazas, en manifestaciones espontáneas, sin rumbo y sin dirigentes–, la derecha se desarticuló momentáneamente: la UDN y el gobierno americano fueron visualizados como los responsables de lo ocurrido y la Embajada y los consulados de los Estados Unidos fueron apedreados, así como las sedes de la Standard Oil (Esso) y de la Light.

En los funerales, el masivo cortejo fúnebre se dirigió al aeropuerto Santos Dumont de Río. Cuando la guardia de Aeronáutica pretendió recoger el ataúd para llevarlo a bordo del avión que lo conduciría a São Borja, la población y los amigos que lo acompañaban no lo permitieron, entre ellos Tancredo Neves, que agarraba una de las asas del féretro. Los soldados, asustados, abrieron fuego contra la multitud, hiriendo y matando a algunos; finalmente, el cuerpo fue embarcado.

Como Getúlio anunció en la última frase de la carta-testamento:

> Serenamente doy el primer paso en el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia.

La sombra de Getúlio Vargas (*trabalhista*, populista y nacionalista) se prolongaría en las elecciones de Juscelino Kubitschek, en su gestión también populista, que priorizó las reformas y el desarrollo; se prolongaría también en las dos veces en que João (Jango) Goulart fue elegido vicepresidente, la segunda con Jânio Quadros, (cuyo mandato completaría hasta el golpe de 1964) cuando intentó llevar a cabo las Reformas de Base.

Perfil de estadista carismático, «padre de los pobres», nacionalista y populista, esta es la imagen que Getúlio dejó para la historia, o por lo menos para la historia actual, consiguiendo borrar sus rasgos inseguros y dubitativos –e incluso su pusilanimidad o indiferencia en los casos de Olga Benário, Harry Berger y otras innumerables víctimas de su dictadura. La caída final, provocada por el ex comunista Lacerda, un derechista caricaturesco en aquellos momentos, se debió al hecho, banal y melancólico, de que Vargas encubrió la corrupción palaciega –un fenómeno de menor importancia si se compara con lo que se repetiría, a mucho mayor escala, en la dictadura de 1964 y en los gobiernos posdictatoriales.

Café Filho, el mediocre elemental (1954-55): interregno de la derecha

En el sudeste, Río y São Paulo se encontraban en plena agitación huelguista; en el nordeste, en Pernambuco, se habían iniciado los movimientos rurales con las Ligas Campesinas, creadas por Francisco Julião, cuyo foco principal era el Ingenio Galiléia. El vicepresidente Café Filho, *potiguar*, de modesta formación intelectual, asumió la presidencia y organizó un gabinete de derechas, básicamente *udenista*, con Eugênio Gudin (de la Bond & Share) y Raul Fernandes (de la Light), cuya política

económica sería desarrollada por Clemente Mariani y Otávio Gouveia de Bulhões. Para el Ministerio de la Guerra fue nombrado el general Teixeira Lott, legalista y fiel a la Constitución. Había temor a que los nacionalistas tomasen el poder por la vía popular. Cuando en 1955 fue lanzada la candidatura de Juscelino Kubitschek y João Goulart para la presidencia, Lacerda concentró sus ataques en este último, intentando impedir la elección presidencial de noviembre, para lo que instigó a los militares. En política económica, instruido por Gudin, Café Filho tomó medidas que abrían de par en par las puertas al capital extranjero, lo que hizo que el PUA convocase una huelga que secundaron más de un millón de trabajadores. Los militares comenzaron a conspirar abiertamente, intentando impedir la toma de posesión, pero no contaron con la reacción de varios líderes parlamentarios antigolpistas y de personalidades de la sociedad civil. Ante los ataques de los golpistas, el general Odílio Denis, comandante del 1.er Ejército y otros doce generales legalistas presionaron a Lott para que garantizase la legalidad.

La victoria de la candidatura JK-Goulart (PSD-PTB), con el 36% de los votos, provocó una tremenda reacción de la derecha civil y militar. Furibundo, Lacerda pidió en el *Tribuna da Imprensa* y en la Cámara la suspensión de la Constitución y de los derechos individuales. Café Filho, amedrentado y oportunista, simuló un infarto y pasó el gobierno al *mineiro* de la UDN Carlos Luz, que para impedir la toma de posesión de los electos intentó destituir a Lott. El general, que no aceptó la maniobra, se enfrentó al presidente en ejercicio y dio el llamado «golpe de la legalidad»: el Ejército, con el aval del Congreso, aseguró la toma de posesión del presidente del Senado, el *catarinense* Nereu Ramos, para garantizar a su vez la toma de posesión de los electos[42].

Los verdaderos golpistas intentaron organizar la reacción a partir de São Paulo, en la base aérea de Cumbica, donde, esperando articular un «contragolpe» fulminante, estaban acuartelados Eduardo Gomes y algunos oficiales. Lacerda, Prado Kelly, Carlos Luz y varios anticomunistas obstinados –como el caricaturesco almirante Pena Boto– huyeron despavoridos del Catete hacia la base aérea, pero no lograron el apoyo de Jânio para la toma del poder por Carlos Luz. El atemorizado Lacerda se exilió en Cuba, el paraíso de los norteamericanos en el Caribe, que se encontraba entonces bajo el régimen de Fulgencio Batista.

El gobierno JK (1956-1961): desarrollismo y populismo

> Es la democracia de los patricios.
>
> Darcy Ribeiro, 1985

El periodo que correspondió a la presidencia de Juscelino Kubitschek (1956-1961) puede ser definido con una palabra: desarrollismo. En su gobierno se abrió

[42] *Ibid.*, entrada 1439 y *passim.*

el periodo de lucha por la soñada modernidad del país, que caracterizaría todo el periodo 56-64. Se desencadenaron vigorosas iniciativas económico-sociales, al tiempo que se producían en varios sectores profundos cambios de carácter ideológico-cultural. A la política desarrollista correspondería una visible aceleración histórica («50 años en 5», era el lema de JK) y un cambio en las costumbres y en las mentalidades.

Como ya vimos, tras la Segunda Guerra Mundial, con el mundo dividido en dos grupos antagónicos –el capitalista y el comunista– ante las presiones externas e internas, Brasil se alineó con el primero. El gobierno Dutra favoreció el imperialismo y el modelo de vida norteamericano. Vargas volvió al poder apoyado por los comunistas, desarrollando una fuerte política de nacionalismo económico, cuyo símbolo máximo fue la creación de Petrobras. Se definió así un nuevo modelo, el del monopolio del Estado en el sector energético. Juscelino Kubitschek orientó su política en el sentido de transformar profundamente la estructura económica y política del país, lo que consiguió sólo en teoría, pues en la práctica benefició a las facciones burguesas ligadas a las multinacionales sin que ampliara la distribución de la renta a los trabajadores. El Plan de Metas, primer proyecto de planificación para el desarrollo económico, desencadenó un crecimiento industrial sin precedentes. Las multinacionales extranjeras se instalaron en Brasil, implantándose industrias automovilísticas, farmacéuticas y de alimentos, entre otras[43]. Paralelamente, pretendía superar el subdesarrollo resultante del «atraso» del sector primario en la economía. Para resolver los problemas regionales había sido creada la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste (Sudene), en 1959, cuyo primer director fue Celso Furtado. Chico de Oliveira, que fue superintendente adjunto de ese órgano, analizó con rigor ese periodo en su libro *Elegia para uma re(li)gião*, importante documento acerca de esa región y de ese grupo-generación altamente cualificado.

En el año anterior (1958), Luís Carlos Prestes reapareció en público después de 10 años de clandestinidad. Los movimientos sociales urbanos y las huelgas empezaron a tener una mayor participación de los comunistas. La Revolución Cubana, contemporánea a tales acontecimientos, al principio no socialista sino libertaria, llamaba la atención tanto del gobierno norteamericano como de los sectores conservadores brasileños, dado que la situación agraria del país podría provocar una revolución social radical, de profundidad: las Ligas Campesinas y la poesía de João Cabral de Mello Neto (*Morte e Vida Severina*) indicaban la existencia de una problemática herencia social multisecular que debía ser resuelta. El escritor Ariano Suassuna, en la pieza teatral *Auto da Compadecida*, revelaba la vertiente profunda de la historia, de las mentalidades y de la cultura *sertanejas*, de raíz medieval y colonial. La herencia colonial se manifestaba visiblemente como una pesada carga.

[43] Véase el novedoso análisis de Amélia COHN, *Crise regional e planejamento*, São Paulo: Perspectiva, 1978; Rômulo ALMEIDA, *Nordeste: desenvolvimento social e industrialização*, São Paulo: Paz e Terra/CNPq, 1985; Francisco de OLIVEIRA, *Elegia para uma re(li)gião*, São Paulo: Paz e Terra, 1977.

Las sequías continuaron causando aflicción y hambre en el nordeste. En 1959 algunas ciudades fueron invadidas –en Rio Grande do Norte, por ejemplo, la población de Natal se duplicó ese año– ante lo que el gobierno creó frentes de trabajo. Los *fazendeiros*, sin embargo, se dedicaron a hacer obras en sus latifundios con el dinero público. En Pernambuco, cuyos gobernantes eran Pelópidas da Silveira y Miguel Arraes, surgió el Frente Popular, de izquierda, que vencería a las oligarquías en las elecciones siguientes.

La efervescencia político-cultural, religiosa y educativa era enorme, con figuras como Guimarães Rosa, Jorge Amado, Dalton Trevisan, Glauber Rocha, Niemeyer, Darcy Ribeiro, Ferreira Gular, el personal del periódico *O Pasquim* y los suplementos literarios de los periódicos *O Estado de S. Paulo* y *Jornal do Brasil*. A esa altura, en el nordeste, Paulo Freire testaba su método de alfabetización, que tendría repercusión nacional e internacional.

En Río, la «Bossa nova» apareció en 1957, con la canción *Chega de Saudade*, de Vinicius y Tom Jobim. En 1958, en São Paulo, el actor Gianfrancesco Guarnieri abrió el Teatro de Arena y la pieza *Eles não usam black-tie*, una auténtica revolución en la temática, en el lenguaje y en el concepto de teatro comprometido; José Celso Martinez inauguró su Teatro Oficina, ofreciendo los primeros pasos del teatro experimental, con la pieza *A incubadeira*. Hasta hoy, el Oficina continúa abriendo nuevas fronteras en el concepto de teatro. La explosión internacional de Brasil en el exterior se produjo, sin embargo, con la película *Orfeo Negro*, tragedia griega que transcurre en una *favela* carioca, con guión de Vinicius de Morais, escenografía de Niemeyer y dirección del francés Marcel Camus. En 1959, finalmente, con Jobim, Vinicius, Carlos Lyra, Menescal, Nara Leão, Silvinha Telles y muchos otros, como el guitarrista y compositor Baden Powell, eclosionó el movimiento musical de la «Bossa nova», que expresaba un profundo cambio de mentalidad, tanto en la temática como en la armonía musical, e incluso, en su concepción de Brasil. Una revolución en el campo de la historia de las mentalidades.

El «Brasil profundo» se hacía presente también en el éxodo de *sertanejos*, cuya mano de obra podría servir en las edificaciones urbanas, aunque carecían de cualificación para los desafíos de las ciudades industrializadas. Los *sertões* brasileños, el «campesinado» expoliado en los latifundios y la cultura rústica adquirieron una nueva dimensión en las discusiones de políticas públicas, en las artes y en las tesis universitarias. La reforma universitaria necesitaba ser impulsada, para investigar, comprender y solucionar tantos problemas multiseculares no resueltos.

La construcción de la nueva capital, Brasilia, símbolo del Brasil moderno e industrializado, significó la apertura de un nuevo frente de poblamiento y de generación de empleos. La participación popular se reflejó en la figura del *candango* (el nombre que se daba a los obreros que construyeron Brasilia), el nuevo trabajador urbano, sin cualificar pero laborioso y sufrido, que entraría más tarde en composiciones de Chico Buarque como *Pedro Pedreiro* y *Construção*. La transferencia del centro de las decisiones políticas hacia el centro del territorio tuvo una función como factor de integración nacional.

Juscelino Kubitschek –el denominado «presidente bossa-nova» en la simpática composición del músico Juca Chaves– era muy astuto y decidido. Rompió con el Fondo Monetario Internacional en 1959, al ser presionado por él para abandonar su Plan de Metas, y destituyó a Roberto Campos y a Lucas Lopes, agentes económicos de la institución, ligados a banqueros internacionales. Según Darcy Ribeiro:

> Al concluir su mandato, JK comenzó a molestarse con la crítica de que a su gobierno le faltó dimensión humana. Un día me llamó al Palacio de la Alvorada para pedirme un proyecto de ley de alcance social –tal como era el de la Universidad de Brasilia, en el plano cultural– para ser enviado al Congreso como su último mensaje. Propuse un proyecto de *Reforma Agraria* –el mismo que, años después, Jango lanzaría en el Mensaje Presidencial de 1964. Juscelino, receloso, me mandó consultar a San Thiago Dantas, que cambió de asunto:
>
> –«Estoy comprando una gran *fazenda* a orillas del São Francisco», me dijo[44].

Brasilia, el horizonte de una época

> Después de 1945, la afirmación de la identidad nacional reaccionó contra el encasillamiento del país en un bloque occidental dominado por Washington. La Arquitectura moderna brasileña se convirtió en el emblema de la resistencia al imperialismo norteamericano, reaccionario por definición[45].

Carlos Eduardo Comas, 2006

El punto máximo del proceso de modernización se alcanzó, en efecto, con la rápida construcción de Brasilia, la nueva capital del país, plantada en el Brasil Central, pensada por Lúcio Costa y Oscar Niemeyer y construida en tres años[46]. La empresa constructora de Brasilia (la Novacap), dirigida por Israel Pinheiro, abría una época de esfuerzo neocapitalista que profundizaba en la discusión sobre la integración nacional, un tema presente en todos los programas gubernamentales. En 1960, el mismo año de la inauguración de la nueva capital, se abría la carretera Belém-Brasilia, un hito en el proceso de interiorización. También en el mismo año, Juscelino

[44] Cf. Año 1960, entrada 1587, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[45] Carlos Eduardo Comas, «Moderno e Nacional, uma incompatibilidade a questionar», en José Pessoa *et al.* (orgs.), *Moderno e nacional*, Niterói: EdUFF, 2006, pp. 67-82.

[46] La bibliografía es amplísima, como se sabe. Remitimos al lector a otras lecturas, en especial: Lúcio Costa, *Registro de uma vivência*, São Paulo: Empresa das Artes, 1995; los estudios de Julio Katinsky, *Brasília em três tempos*, Río de Janeiro: Revan, 1991; de Miguel Alves Pereira, *Architecture, Text and Context: the Discourse of Oscar Niemeyer*, Sheffield: The University of Sheffield, 1993; de David Underwood, *Oscar Niemeyer and the Architecture in Brazil*, Nueva York: Rizzoli, 1994. Más recientes, de Maria Alice J. Bastos, *Pós-Brasília. Rumos da arquitetura brasileira*, São Paulo: Perspectiva, 2003 y la compilación J. Pessoa *et al.* (orgs.), *Moderno e nacional*, cit., con especial atención a los estudios críticos de Carlos Eduardo Comas, Ana Tostões, Hugo Segawa e Andrey Ronsenthal Schlee.

designó a Darcy Ribeiro para realizar el proyecto de la Universidad de Brasilia, con ayuda de Niemeyer y Ciro dos Anjos.

La cuestión nacional reaparecía en varias iniciativas, como las Comisiones Parlamentarias de Investigación (CPI) contra la Shell, Esso, American Can, etc. En Rio Grande do Sul, el gobernador Leonel Brizola expropió dos empresas multinacionales norteamericanas, la Bond & Share y la International Telegraph and Telephone Corporation (ITT).

En 1957, el gobierno suspendió la exportación de torio y radio a los Estados Unidos y al año siguiente se instalaba en la Universidad de São Paulo el primer reactor nuclear. Aunque el gobierno no hacía caso a las exigencias del FMI, se otorgaron a la americana Hanna Mining Company 31 concesiones de explotación mineral en el cuadrilátero del hierro[47], anuladas más tarde por el gobierno Goulart.

En este clima de combate al subdesarrollo, surgieron proyectos de innovación para la actualización del país. «Actualización» era la palabra clave del educador Anísio Teixeira, con el lema (y el libro) *Educación no es privilegio*. La expresión «superación del subdesarrollo» aparecía en casi todos los diagnósticos de la «realidad brasileña». Parecía corto el trayecto –de la superación del subdesarrollo a la «pre-revolución brasileña»– que debía ser recorrido en los años siguientes. El sentimiento colectivo era que la Revolución (con R mayúscula) aguardaba al país a la vuelta de la esquina y que el futuro parecía siempre próximo… Entre otras cosas porque en 1960, recién proclamada la victoria de la Revolución Cubana, Fidel Castro fue a Río de Janeiro, visitando a Juscelino, a Jânio y al propio Lacerda, despertando entusiasmo en la Unión Nacional de Estudiantes (UNE).

En este contexto de desarrollismo nacional y de discusiones de carácter reformista y populista, se ampliaban las reivindicaciones del sector laboral y de las nuevas capas medias urbanas radicalizadas, exigiendo reformas de base e iniciativas progresistas, es decir, reforma agraria, política externa independiente, expansión de la escuela pública democrática y laica, etc., etc. Varias serían las personalidades de intelectuales y políticos representantes de ese momento en distintos puntos del país, como Celso Furtado, Darcy Ribeiro, Anísio Teixeira, Hermes Lima y San Thiago Dantas, entre muchos y muchos otros.

Las reformas llegarían a ser una cuestión nacional, que involucraba a estudiantes, líderes sindicales, políticos progresistas y hasta algunos sectores militares y de la diplomacia. Para los defensores de la reforma, el país era visto como una fuerza viva, integrante del bloque de países y pueblos del Tercer Mundo. «Tercer Mundo», una noción positiva que permitía a Brasil vislumbrar horizontes prometedores dentro del marco de una democracia socialista, que habría de llegar… Pero no llegó.

[47] Región de Minas Gerais, cercana a Belo Horizonte, que comprende municipios como Itabira, Sabará, Ouro Preto y otros, donde el mineral sale a cielo abierto, como verdaderas montañas de hierro.

Revolución cultural: otros horizontes

Fue esta una época de florecimiento cultural intenso, de estudios que abordaban especificidades de la historia brasileña, de toma de conciencia de los problemas nacionales, sociales e internacionales. El mercado norteamericano se abrió al consumo de la «Bossa nova» de Brasil: el *Samba de uma nota só* y *Desafinado* (*One Note Samba* y *Out of Tune*) vendieron más de un millón de copias[48].

La figura «moderna» y carismática de Juscelino inspiraba nuevas iniciativas, trayendo consigo otros personajes. Las ideas de reforma estaban en el aire y el país comenzaba a «tomar conciencia de la necesidad de cambios estructurales» (en términos de la época) en la economía, en las formas de vida y en la educación. Para combatir el analfabetismo, Paulo Freire, educador discreto, ponía en funcionamiento su metodología simple y eficaz, comenzando por Ceará y Rio Grande do Norte.

El aún joven economista Celso Furtado representaba un nuevo tipo de intelectual nordestino, graduado en Derecho pero con perfil de economista moderno, no tecnocrático, correcto y bien formado. Un intelectual del tipo «calvinista», firme en sus principios (fenómeno raro en Brasil), como lo definió Gilberto Freyre.

Brasil parecía querer desintoxicarse de tantos *coronelismos* rurales, autoritarismos de cuartel y populismos estatalizadores. Las memorias de Furtado, en tres tomos, documentan sus mejores proyectos a lo largo de los periodos históricos en que se desarrolló su vida, permitiendo seguir, al mismo tiempo, los principales acontecimientos desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad. Destaca su actuación al frente de la Sudene, cuando se enfrentó con dureza (y frialdad) a gobiernos respaldados por *coronéis* de mentalidad colonial y, también, su actuación en los gobiernos de Jânio y de João Goulart, como ministro para Asuntos de Planificación y Desarrollo[49].

En los principales centros urbanos, el nuevo cosmopolitismo renovaba las producciones nacionales, fuesen éstas musicales, teatrales, literarias o periodísticas, animando la crítica, el periodismo y la investigación en las escuelas, sobre todo en las del Estado. Brasil se transformaba, con la «Bossa nova», con el jazz más moderno, con la politización del teatro, orientándose –ahora de una manera actualizada y sofisticada– hacia lo nacional y lo popular. La música *sertaneja* nordestina y toda su poética social y cultural mostraban un enorme vigor por todo el país, con Luís Gonzaga y su acordeón al frente: en muchas de sus letras aparece la crítica a los *coronéis*, a la industria de la sequía o al éxodo hacia el sur.

[48] Cf. entrada 1612, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[49] Véase el brillante artículo de Francisco de Oliveira, «Celso Furtado e o pensamento econômico brasileiro», en Ricardo Antunes *et al.*, *Inteligência brasileira*, São Paulo: Brasiliense, 1986. También de Francisco de Oliveira, *Crítica da razão dualista*, São Paulo: Cebrap, 1972. Ver, de Paul Singer, *A crise do Milagre*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1976; del autor que viene estudiando el pensamiento económico brasileño, Luís Carlos Bresser Pereira, *Desenvolvimento e crise no Brasil entre 1930 e 1967*, Río de Janeiro: Zahar, 1968, con reedición por la Editora 34 en 2003; también, *Economia brasileira: um introdução crítica*, São Paulo: Brasiliense, 1982.

Se ampliaba la noción de vanguardia, principalmente en Bahía, con el grupo de productores culturales reunidos por el rector Edgar Santos, de la Universidad de Bahía, que incluía a la arquitecta Lina Bo Bardi, al profesor de música y compositor Joachim Hans Koellreuter y a otros muchos maestros nacionales e internacionales: era la *avant-garde* de Bahía, que tendría, entre sus frutos, a los ex alumnos Caetano Veloso, Emanoel Araújo, Gilberto Gil o Glauber Rocha, por citar unos pocos[50].

La izquierda se abre, se internacionaliza y se sofistica

Cultura, ¿factor de liberación? No, liberación, factor de cultura.

Amílcar Cabral, revolucionario de Guiné-Bissau, 1973

Fue aquél un momento decisivo en la lucha por la Escuela Pública, con los nuevos profesores formados al final del *Estado Novo*, aunque críticos con él, en todas las áreas de conocimiento. En los buenos colegios y en las facultades, además de cuadernos literarios de alto nivel, se leían revistas semanales o mensuales de cultura y política (como *Anhembi*, de Paulo Duarte y *Revista Brasiliense*, de Caio Prado Júnior); en la prensa escrita y hablada se seguía la política internacional, animada por los movimientos de descolonización en África (la realizada por el educado presidente-poeta Senghor, de Senegal, simbolizaba la descolonización «civilizada», pero había otras, más radicales y conflictivas) y por revoluciones en Asia (con el elegante –y no por eso menos revolucionario– Chu En Lai, brazo derecho de Mao Tse Tung).

Después del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS (1956) se abría la brecha para la desestalinización de las izquierdas mundiales y para la ventilación del marxismo, que tardaría aún un tiempo en ser revisado en Brasil. Fue un tiempo de renovación cultural en la Europa democrática y en los Estados Unidos, donde aparecieron nuevas formas de pensamiento liberal (Aron, Galbraith), aunque también del ideario marxista (son buenos ejemplos Wright Mills, Sweezy y Huberman, en los Estados Unidos; Hobsbawm y la *New Left Review*, en Inglaterra; *Les Temps Modernes*, de Sartre y Simone de Beauvoir, en Francia). Las personalidades de Kruschev y Kennedy y sus choques actualizaron los términos de la guerra fría. La problemática de la descolonización se acentuó con el papel de De Gaulle, héroe de la Segunda Guerra Mundial, en la Revolución Argelina (1962). Su líder, Ben Bella, junto a Fidel y Guevara, era un nombre corriente en la izquierda brasileña, ilustrada o no.

[50] Sobre este movimiento, consúltese el importante libro de Antonio Risério, *Avant-Garde na Bahia*, São Paulo: Instituto Lina Bo e P. M. Bardi, 1995, presentado por Caetano Veloso, con una nota de Marcelo Ferraz y acompañado por un excelente álbum de fotos. También de Caetano Veloso, *Verdade tropical*, São Paulo: Companhia das Letras, 1997, es un excelente documento de época, que proporciona más elementos para comprender la formación de su generación y un poco del clima cultural, existencial y político de aquella época.

Las figuras románticas del Che Guevara, Fidel y Camilo Cienfuegos abrían la posibilidad de una revolución tropical, heterodoxa e incluso alegre para la América tercermundista. Guevara, en particular, con su estampa de héroe romántico, huyendo de los viejos clichés del marxismo dogmático, abría la posibilidad de un camino tropical y cálido para la Revolución socialista.

En aquellos años llegaban a Brasil voces diferentes sobre el mundo afro-luso-brasileño, provenientes de las colonias portuguesas en África, a través de las críticas del antiluso-tropicalista angoleño Mário Pinto de Andrade y del guineano Amílcar Cabral. En efecto, en 1961 comenzaban las guerras de guerrillas en las colonias portuguesas en África contra el régimen salazarista; la joven izquierda brasileña seguía el proceso con las pocas informaciones infiltradas, proporcionadas por exiliados portugueses de la oposición a Salazar que vivían en Brasil.

En algunas aulas de la universidad era frecuente encontrar estudiantes africanos de Angola, de la República de Camerún, del Caribe y de otras regiones, con su exuberante vestuario de colores. En Salvador, Río o Recife, actuaban el Centro de Cultura Popular y el Movimiento de Cultura Popular. En Bahía, en particular, eran conocidos los cursos de lenguas africanas (yoruba, básicamente), en el Centro de Estudios Afro-orientales. En los currículos universitarios comenzaban a incluirse (muy tarde, evidentemente) asignaturas y clases de Historia y Cultura de África y Asia, dos continentes que –en una época sin Internet– parecían culturalmente más próximos de nosotros que hoy.

En fin, con los Beatles en Inglaterra, Bob Dylan en los Estados Unidos y João Gilberto en Brasil, el mundo –indudablemente– cambió…

«Democracia de los patricios» y legitimación del pacto populista

La reacción contra las políticas innovadoras y hasta osadas de Juscelino surgió en varios sectores de la sociedad. Ya en 1957 tuvo que enfrentarse a un cierre patronal de caficultores en São Paulo, Minas y Paraná que movilizó a los agricultores por las carreteras con sus tractores (la «Marcha de la Producción»), al tiempo que el Pacto de Unidad Intersindical (PUI) organizaba, en São Paulo, una huelga de 450.000 obreros contra la carestía. Al final del gobierno JK, aunque hubieran experimentado una mejora en sus condiciones de vida, las clases medias estaban insatisfechas con la política desarrollista, por haber provocado un significativo incremento de la inflación y un aumento en el endeudamiento del país con el exterior. No se resolvieron los problemas del hambre, del analfabetismo, de la reforma agraria –ni siquiera moderada–, ni del desempleo, a pesar de las medidas de interiorización, como la construcción de Brasilia, y las de industrialización en algunos centros urbanos del país. Por un lado, la construcción de la nueva capital demandó una enorme utilización de mano de obra, pero, por otro, aumentó la inflación a causa de los cuantiosos gastos ocasionados. Capítulo aparte fue el crecimiento de grupos y personas que se beneficiaron, amasando fortunas, por medio de contratos y beneficios concedidos por el gobierno a suministradores de grava y de material eléctrico e hidráulico –y hasta de

cristal– para los edificios públicos de la nueva capital, como se pudo comprobar en aquel momento.

Los sectores rurales más avanzados tampoco se beneficiaron con la política de modernización, pues la resistencia clientelista de los *coronéis* entorpecía cualquier iniciativa innovadora. Se acentuaron los desequilibrios entre el campo y la ciudad y se agudizaron las luchas de clases, tanto en el campo como en la ciudad: la cuestión agraria provocó la producción de innumerables pesquisas, proyectos, debates e iniciativas. En el terreno laboral, las luchas sindicales se incrementaban, retomando y profundizando el sentido de sus reivindicaciones: en 1959 se produjo la Protesta de la Alubia, convocada por el Pacto de Unidad Intersindical, apoyado por Jango y Brizola, contra la política salarial de JK, provocando una crisis en el gobierno. Más tarde, ya en el gobierno, el presidente Goulart aprobaría el Plan Trienal, de autoría de su ministro Furtado, destinado a controlar la inflación, mantener el desarrollo y garantizar las conquistas en la política laboral. «Si los precios suben, yo aumento los salarios», era la frase con la que Goulart amenazaba al empresariado, sintiéndose suficientemente respaldado por los líderes obreros y *trabalhistas*.

Conflictos internos, presiones externas. Como vimos, en aquel mismo año de 1959, al condicionar el préstamo de 300 millones de dólares a la adopción por el gobierno de una política deflacionista y al abandono del Plan de Metas, el FMI provocó la decisión más importante de la política externa del gobierno JK, al romper con el Fondo y despedir a sus asesores económicos, Roberto Campos y Lucas Lopes[51].

La cuestión del nacionalismo y de la lucha antiimperialista estaba de nuevo vigente, y de modo inesperado, en un gobierno que se suponía conservador, occidental y pro-imperialista. La cuestión social y económica se vería agravada y acentuada en los gobiernos siguientes, de Jânio y de Goulart, con manifestaciones, la actuación de dirigentes sindicales, la actuación de la CGT y de la UNE o la campaña por el plebiscito sobre el parlamentarismo (1962), hasta el golpe de 1964.

¿Cómo evaluar el periodo JK? El gobierno de Juscelino preservó las libertades civiles y propició un salto de calidad en los debates y proyectos relativos a Brasil, colocándolo en el mapa internacional como país civilizado. A pesar de todo, es un periodo objeto de evaluaciones diversas y controvertidas, pues, para algunos historiadores fue el periodo en que el capital internacional se instaló en el país, coartando iniciativas nacionales de desarrollo autónomo; para otros, fue el momento en que Brasil, aprovechándose de la nueva etapa vivida por el capitalismo internacional, rompió sus trabas internas para la implantación de un sistema competitivo moderno, ampliando y consolidando el mercado interno de modo irreversible. Según otras opiniones, fue un periodo de gran desarrollo, aunque con un costo social altísimo y una significativa pérdida de poder adquisitivo de los asalariados, merced a la inflación galopante. Finalmente, otros piensan que fue una época de considerables desvíos de dinero público para amigos del presidente, participantes en la construcción de

[51] Cf. entrada 1564, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Brasilia. Una «democracia de los patricios», como definió Darcy Ribeiro el periodo de Juscelino.

Darcy Ribeiro, militante de la izquierda comunista, fue un importante y controvertido personaje en este periodo. Realizó el proyecto de la Universidad de Brasilia, como vimos, de la que sería rector, y en 1962 ocupó el puesto de ministro de Educación. En el momento del golpe de 1964 era Ministro-jefe de la Casa Civil de la Presidencia de la República. Como ya dijimos, su análisis, que venimos siguiendo de cerca, como hilo conductor para la comprensión del periodo, interesa sobremanera por haber sido él uno de los actores principales del proceso político-ideológico e institucional, con epicentro en la nueva capital del país, que agrupó a toda una constelación de políticos (San Thiago Dantas y Hermes Lima), diplomáticos, intelectuales –como su maestro Anísio Teixeira y Celso Furtado– y profesores e investigadores del más alto nivel. Según Darcy, la democracia de los patricios comenzó a tomar forma ya a principios del gobierno de Juscelino cuando «implantó un pacto entre los representantes extranjeros y el patriciado político tradicional, para una política tan modernizadora como no nacionalista». Sin embargo, consiguió «abrir espacios para una acción más libre de los partidos políticos y los sindicatos»[52]. Mediante este pacto, se implantó el capitalismo monopolista de Estado a finales del periodo del gobierno JK, subordinando la economía nacional al capital extranjero, con buenos resultados para el perfeccionamiento de la máquina del Estado. Nacionalista en apariencia, con nuevos bríos, esta política abría en realidad el creciente mercado interno al capital extranjero, por medio de estímulos del Estado, importando industrias de base (Volkswagen, por ejemplo) y tecnologías avanzadas. En el campo de la energía (la creación del Ministerio de Minas y Energía es de 1960), la refinación de petróleo, el transporte y el sector privado, los incentivos favorecieron el surgimiento de una industria automovilística y de aparatos eléctricos. En las industrias de base, además de la fabricación de vehículos (camiones inclusive), el salto se dio en la industria del acero, la construcción naval y en el cemento.

Como señaló Edgard Luíz de Barros:

> Es curioso observar que, mientras Juscelino parecía entender el binomio país desarrollado/país subdesarrollado como una relación de «inferioridad» y no de explotación (dando mayor énfasis, por lo tanto, al discurso sobre «desarrollo» y no al discurso sobre «nacionalismo»), la vertiente de tendencia más hacia la izquierda, defendida por algunos sectores y agencias gubernamentales, veía en el nacionalismo un «combate» contra el capital extranjero. Sin embargo, la noción misma de «desarrollo», transmitida por la propaganda oficial, no podía ocultar que los éxitos del periodo estaban asociados al aumento de las disparidades regionales, de las desigualdades de renta, de los focos de tensión y de los llamados «bolsones de miseria»[53].

[52] Cf. Año de 1955, entrada 1445, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. La definición de «democracia de los patricios» se encuentra en esta entrada.

[53] Edgard. L. de Barros, *O Brasil de 1945 a 1964*, cit., p. 45.

Como resultado final, concluye el historiador:

> Lo que el Estado promovía, de hecho, era la legitimación del pacto populista, utilizando el desarrollo industrial como factor exclusivo de incorporación de mano de obra al mercado, provocando, incluso así, una mejoría en las condiciones de vida de buena parte de la población. Las concesiones a los trabajadores, aunque restringidas, hicieron el resto en materia de legitimidad[54].

Al final de su mandato, JK inauguró Brasilia, la nueva Capital Federal. La ex capital, la ciudad de Río, sería a partir de entonces tan sólo la sede del gobierno del nuevo Estado de Guanabara, beneficiándose de reformas como la construcción del paseo marítimo de Flamengo, la avenida Perimetral, el túnel Catumbi-Laranjeiras, etc.

Juscelino terminó su mandato con una imagen, para algunos, de buen gobernante; otros lo consideraron pésimo y lo acusaron de ser el responsable de la altísima inflación y de los discutibles gastos gubernamentales para beneficio de figuras de su grey, como Sette Câmara. Dejaba satisfechas, sin embargo, a la burguesía aliada, a la elite rural y al capital financiero (que estuvo controlado por el PSD). A Juscelino se debe, sobre todo, la implantación de la industria moderna en el país. Modernización que tuvo como subproducto el surgimiento de un nuevo sindicalismo y una organización actualizada y moderna de los trabajadores en el parque industrial de São Paulo, el mayor de América Latina. Bajo Juscelino surgía la aristocracia obrera, que alcanzará la presidencia 40 años más tarde, tiempo después de la dictadura de 1964-1985…

El breve y frustrante gobierno populista de Jânio Quadros (1961)

> El día en que Jânio Quadros dimitió, faltó alguien que lo encerrase en un cuarto de baño del Palacio[55].
>
> Golbery do Couto e Silva, 1980

> A ciertas personas, incluso a mí, nos gustaba Jânio Quadros. Creíamos que, con su brava descompostura, sería capaz de enfrentarse y tal vez podría incluso vencer a nuestro patriciado político, tan impostado como impresentable[56].

Dulce engaño. Jânio tenía el mismo recorrido corto que las clases medias urbanas brasileñas, que en aquella época no consiguieron respaldar ningún proyecto de construcción en profundidad de una sociedad civil moderna y democrática.

Pues bien. Para la sucesión de JK y Jango se establecieron dos candidaturas: la del legalista general Lott con el *trabalhista* Jango (PSD-PTB) y la de Jânio-Milton Campos

[54] *Ibid.*
[55] Cf. «O que diz Golbery», en *Veja*, n.º 602, São Paulo, 19-3-1980, p. 30.
[56] Cf. 1961, año de la Renuncia, entrada 1625, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

(UDN, *União Democrática Nacional*, PL, *Partido Liberal*, PTN, *Partido Trabalhista Nacional*, PDC, *Partido Democrata Cristão*) Como no había vinculación partidaria obligatoria para la formación de la candidatura, informal y subrepticiamente se organizó el dúo Jânio-Jango Goulart (Jan-Jan), vencedor en las urnas.

La UDN –justo la UDN– descubrió en el *mato-grossense* Jânio da Silva Quadros a su candidato. Ex concejal, ex profesor, ex diputado, ex alcalde y ex gobernador populista de São Paulo, Jânio era un fenómeno electoral. Hombre carismático, demagogo, provocador, era ya un personaje nacional controvertido. En un país cuyo 7.º Censo General, de 1960, registraba una población de 70.992.343 habitantes, con cerca de 15,816 millones de analfabetos mayores de 10 años, Jânio consiguió la victoria, asumiendo la presidencia con 5,6 millones de votos, 48% del total. Su vicepresidente sería Goulart, con 4,5 millones.

Su elección puede ser interpretada, en gran medida, como una reacción a la política de Juscelino, sobre todo por parte de las capas medias urbanas, siempre fluctuantes políticamente. Jânio se convirtió en modelo y símbolo para la creciente masa de esa pequeña burguesía urbana. Durante su breve gobierno, la bandera principal era el combate a la corrupción, siguiendo los principios del moralismo de las clases medias: su símbolo era la escoba, con la cual fustigaba a sus antagonistas predilectos, en particular al ex interventor y ex alcalde de São Paulo, el también populista Adhemar de Barros, acusado de corrupción. Se rodeó de figuras nacionales conocidas, como el (digamos) conspicuo Afonso Arinos, además de Cândido Mendes, José Aparecido y Carlos Castello Branco. Invitó a Anísio Teixeira y Darcy Ribeiro para la presentación del Plan Nacional de Educación, que sería el objetivo principal de su gobierno a partir de 1962. ¿Sería?

Al adoptar una política externa independiente, es decir, no alineada con los Estados Unidos, Jânio provocó el descontento total en las filas *udenistas*. En el primer mensaje a la Nación, retransmitido por televisión, rompió con el periódico *O Estado de S. Paulo*, tirando un ejemplar al suelo, y denunció el aumento de la deuda externa, el déficit presupuestario y la inflación galopante, heredados del gobierno anterior. Algunas de sus propuestas tenían sentido, pero sus actitudes y sus medidas populistas caían en el terreno del disparate, como la prohibición del uso de bikinis en las playas, de frascos lanza perfume en el Carnaval o de las carreras de caballos en días laborables. Llevaba trajes estilo safari, gobernaba por medio de las famosas notas, y de vez en cuando se refugiaba en Londres para pintar a orillas del Támesis. Una decepción amarga para la UDN, sobre todo para el sesudo Afonso Arinos, que como ministro de Relaciones Exteriores, fue obligado a acompañarle hasta la Habana, bajo un sol abrasador, para nada…

Para escándalo de la derecha, Jânio retomó las relaciones con la URSS y con China, nombró a un embajador negro para un país africano y no apoyó a los Estados Unidos en su propuesta de expulsar a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). A cambio, para suavizar el impacto de tales medidas, se sirvió de Roberto Campos para reactivar las negociaciones con el FMI y, por medio de la Superintendencia de Moneda y Crédito (Sumoc), abrió las puertas del país a las empresas extranjeras, sobre todo a las productoras de mercancías de consumo popular.

La gota que colmó el vaso fue la condecoración que el presidente ofreció a Ernesto «Che» Guevara, de paso por Río cuando volvía de una reunión panamericana en Punta del Este. Camino de una colisión directa con los Estados Unidos, ni siquiera el ridículo besa-manos de Otávio Mangabeira, líder de la UDN, a Eisenhower, en su visita a la Cámara de Diputados, fue suficiente para amortiguar el desentendimiento con los Estados Unidos. Alegando la actuación de «fuerzas ocultas», Jânio renunció al cargo el 25 de agosto de 1961. Su gobierno había durado tan sólo siete meses.

El gobierno Goulart (1961-1963): las «Reformas de Base»

En efecto, el vicepresidente João Goulart asumió el gobierno el día 7 de septiembre de 1961, tras superar la resistencia de los ministros militares, que intentaron impedir su toma de posesión. Se aprobó una enmienda constitucional que cambió el régimen a parlamentarista –un régimen de compromiso que duró hasta el 6 de enero de 1963, cuando fue restaurado el régimen presidencialista. Los militares derechistas se opusieron a la toma de posesión de Goulart (que estaba en China en misión diplomática) y, para dejar claro su veto, llegaron a detener al general Lott y amenazaron con derribar el avión presidencial, en el largo viaje que llevaba a Jango de vuelta a Brasil. En el sur, el gobernador Brizola, su cuñado, lanzó la Campaña por la Legalidad, defendiendo la toma de posesión.

Una vez abierto el conflicto, los golpistas dieron marcha atrás. En una solución de compromiso para evitar el golpe militar, el Congreso, en votación irregular, implantó el sistema parlamentarista a inicios de septiembre. Jango asumía la presidencia teniendo a Tancredo Neves como primer ministro, quedando los poderes del presidente bastante reducidos.

No fueron pocas las dificultades económicas y políticas, pues la sucesión de primeros ministros –todos de alto nivel y competentes– nombrados por el presidente y rechazados por el Congreso, mostraban la dificultad de implantar ese tipo de gobierno con partidos de escasa representatividad popular. El presidente Goulart reunió a un conjunto de figuras públicas de primera línea, procedentes de todo el arco de fuerzas representativas, tales como Tancredo Neves, Hermes Lima, Evandro Lins e Silva, Carvalho Pinto, João Mangabeira, Celso Furtado, Darcy Ribeiro, Waldir Pires, Paulo Freire, Cibilis Viana, Brochado da Rocha, Gabriel Passos o José Ermírio de Morais. En el mundo sindical tuvo apoyo (a veces también presión) de líderes sindicales de peso nacional, como Roberto Morena, Clodsmith Riani, Dante Pelacani y Benedito Cerqueira, formando un conjunto de líderes que vivían en las aguas turbias en que la política populista mezclaba corrientes de comunistas (divididos ya entre PCB, pro-soviético, y Partido Comunista do Brasil, PC do B, pro-chino), de *pelegos* y de *trabalhistas*-nacionalistas.

A partir de 1963, en el entorno de los líderes de la burguesía de izquierda, se produciría una distinción entre la izquierda positiva, del ahora *trabalhista* San Thiago Dantas, y la izquierda ideológica, de Miguel Arraes, Francisco Julião (que reclamaba la lucha socialista en el campo) y Leonel Brizola.

Tampoco había consenso en la derecha. Por una parte actuaban miembros de la UDN *enragés* y ultra reaccionarios como Herbert Levy, Lacerda y otros, amparados entonces por Dom Helder Câmara, que aún no había hecho su inflexión hacia la izquierda (el papa Juan XXIII abriría el camino para los frentes progresistas de la Iglesia en ese mismo año de 1961). En 1961 se produjo una escisión en la llamada «Banda de Música» (que en tiempos de Vargas había defendido la destitución de éste vía *impeachment* en el Congreso), surgiendo el grupo «Bossa nova», menos conservador, con José Aparecido (Minas), Seixas Dória (Sergipe) y Ferro Costas (Pará), que serían inhabilitados en 1964, más José Sarney (que se manifestaría contra el golpe de 1964). A este grupo pertenecía también Petrônio Portella, de Piauí, liberal que más tarde será presidente del Senado en el gobierno Geisel y que tendrá un importante papel en la apertura de negociaciones con la sociedad civil para el fin de la dictadura[57].

Interludio «Bossa nova»

«Bossa nova»… Tal denominación no era original. Al presidente JK, como vimos, dados sus modos educados aunque firmes, su mentalidad abierta a nuevos proyectos y nuevas actitudes, su personalidad marcada por su urbanidad bien *mineira* en el trato, se le pondría el apodo de «presidente Bossa nova».

La adopción de la expresión musical, suave y modernizadora en aquel año de 1962, se tomó prestada de Tom Jobim y Vinicius de Morais, autores de la composición *Garota de Ipanema*, música que consagró el nuevo ritmo –en realidad, una sofisticada actitud de espíritu, innovadora, basada en un denso sentido de la musicalidad– que conquistaría el mundo. Un cambio de mentalidad, en suma.

En ese contexto de radicalización política e intensificación de las luchas de clases, el mundo de la cultura –en ese caso, de la música– parecía lejos de los conflictos. Parecía, pues había artistas como Carlinhos Lyra que, con Chico de Assis, compusieron la canción *Subdesenvolvimento* [Subdesarrollo] (que se difundió por toda la nación, entonada por los estudiantes de la UNE), y más personas como Oduvaldo

[57] Autorizado por el presidente Geisel, el senador Petrônio Portella invitó a la plana directiva de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia, la respetable SBPC, entonces dirigida por el físico Oscar Sala y que tenía como secretario al biólogo Luiz Edmundo Magalhães de la Universidad de São Paulo, para discutir los términos de la amnistía para los profesores inhabilitados por el Acto Institucional 5, el AI-5. En la comisión que fue al Ministerio de Justicia participaron los profesores Crodowaldo Pavan, Mário Schenberg, Carolina Bori, Moysés Nussensweig y el autor. Se produjo un *impasse*, pues los profesores inhabilitados deberían requerir por escrito sus readmisiones, lo que era inaceptable, pues no pidieron ser inhabilitados… Dígase que Portella apostaba claramente por la vuelta de los profesores a sus cátedras. Los docentes no aceptaron aquella "libertad" del régimen y no volvieron, tomando rumbos diferentes. Quien perdió fue la universidad; en el área de Ciencias Humanas, las inhabilitaciones dejaron huellas indelebles, abriendo un camino para la mediocridad pseudodemocrática y para el corporativismo más descarado. La extinción de la memoria de lucha de esos antiguos maestros iracundos marca el tiempo presente de la universidad, pues daban nivel y representaban un modelo.

Vianna Filho, Glauber Rocha, Flavio Rancel, Ferreira Gullar, Paulo Pontes, João das Neves, Sérgio Ricardo, Gianfrancesco Guarnieri, Chico Buarque, seguidos después por Paulinho da Viola, Edu Lobo, Maria Betânia (*Carcará*), Milton Nascimento, Caetano Veloso, Gilberto Gil y muchos otros. De entre todos y todas, Nara Leão, la musa eterna de la «Bossa nova».

Se dibujaba el «nuevo día», «el día vendrá», «el amanecer», en un país-nación que tenía futuro e utopías, y que incluso en la denuncia hiriente de las injustas condiciones sociopolíticas y culturales, sabía reírse de sus males. Los caricaturistas de ese periodo eran graciosos, irreverentes e insuperables: Fortuna, Millôr, Jaguar, Lan, Azulay, Appe, Sábat y muchos otros. No era casualidad que en la derecha no hubiera caricaturistas: ella era la caricatura misma de la realidad.

A pesar de la creciente oposición de la derecha nacional, asociada a la presión directa o indirecta del gobierno y de los intereses norteamericanos, Jango avanzaba, consiguiendo tomar varias iniciativas importantes en los terrenos económico, social, educativo, de política energética y de la minería. Aprobó en 1962 el Plan Trienal, de Celso Furtado, para combatir la inflación; promulgó la ley de impuesto único sobre el consumo de energía eléctrica, que daría la base financiera para la expansión de Eletrobras; legalizó la organización de sindicatos rurales en el país, mientras en el sur, Brizola expropiaba dos *fazendas* de su familia para la reforma que debía dar tierras a los desposeídos; firmó también la Ley de Directrices y Bases de la Educación, por la cual el Estado asumía plenamente su obligación de garantizar el sistema público de calidad en la educación popular; ratificó, por ley, la existencia de la Eletrobras, contra el monopolio de producción y distribución de energía eléctrica en manos de los grupos canadienses Light y Amforp (American & Foreign Power Company); canceló la concesión de yacimientos de mineral en el cuadrilátero del hierro para la Hanna Mining Company (lo que ocurriría de nuevo en el gobierno Castello Branco); reestructuró el Consejo Nacional de Energía Nuclear y, finalmente, nombró a Darcy Ribeiro ministro de Educación (1962) para poner en ejecución la Ley de Directrices y Bases, que instituía fondos equitativos a todos los grados educativos (9% del presupuesto) poniendo en marcha el Plan Nacional de Educación y lanzando la Campaña Nacional de Educación, para alfabetización y publicación de libros didácticos.

Reformas de base, planificación y movilización popular

La *ideología de la planificación* tomaba cuerpo en esos planes y proyectos, ampliamente discutidos, fundamentados y aplicados.

En cuanto a la delicada cuestión agraria, Jango promulgó en 1963 la ley que instituía el Estatuto del Trabajador Rural, fruto de una organización previa de sindicatos rurales, que garantizaba derechos ya conquistados por los trabajadores urbanos (aunque no siempre fueran aplicados). Al extender los beneficios de la Seguridad Social a los trabajadores rurales y establecer una escala móvil para la revisión de los salarios, su gobierno tocó tal vez el punto más sensible del orden establecido a lo

largo de siglos de explotación en los órdenes colonial e imperial: la propiedad rural y los individuos que en ella se esforzaban[58].

Goulart no tenía periódicos para divulgar sus ideas, a excepción del *Última Hora*, de Samuel Wainer. Su concepción de socialismo pasaba por la permanencia y no por la abolición de la propiedad. Según Darcy Ribeiro, el presidente repetía sin cesar:

> Con cinco, diez millones de pequeñas propiedades rurales, la propiedad estará mucho mejor defendida y mucha más gente comerá y educará a sus hijos[59].

Tan sólo en enero de 1963 consiguieron Goulart y sus diputados y senadores el retorno al sistema presidencialista, por medio de un *plebiscito*. El país volvía a ser gobernado por la Constitución de 1946, pero el *trabalhismo* varguista perdía fuerza, y el populismo, estrategia política que mucho o poco beneficiaba a los obreros, entró en colapso. Se agravaban los problemas sociales del país y la población protestaba cada vez más, con manifestaciones y huelgas. En el nordeste la situación llegó a un punto crítico: las Ligas Campesinas, lideradas por el abogado Francisco Julião, provocaban a la derecha con la amenaza de una revolución campesina socialista, siguiendo el ejemplo de la Revolución Cubana[60].

Para hacer frente a esos problemas, nada nuevos, Jango había propuesto desde los primeros meses de su ejercicio la realización de un Plan de Reformas de Base, exigiendo al Congreso medidas legales para hacerlo efectivo. Para conseguirlo, no vaciló en movilizar a sindicatos, estudiantes e intelectuales de diversa filiación para llevar a cabo las siguientes reformas:

– la reforma urbana, con vistas a definir una Ley de Inquilinato que mejorase la condiciones de vida de la clase media no propietaria y de los trabajadores
– la reforma agraria, para facilitar el acceso a la tierra a los trabajadores rurales, atacando los latifundios improductivos al instituir el principio del *uso lícito* de la tierra
– la reforma político-electoral, que permitiría el voto de los analfabetos
– la reforma educativa, para ampliar la red pública, que asegurase a todos el derecho a la Educación de calidad, dentro de los principios del Estado laico

[58] Cf. 1963, año de Jango, entradas 1687-1688, *T&B*, cit.

[59] *Apud* Darcy Ribeiro, Año de 1962, entrada 1659, *T&B*, cit.

[60] «La presión de la izquierda radical, sin embargo, estaba lejos de ser homogénea. Por un lado, estaban los izquierdistas sinceros pero aficionados, algunas veces llamados «jacobinos», que despreciaban la disciplina del PCB y se impacientaban con la política de cooperación con la «burguesía nacional». En Thomas Skidmore, *Brasil: de Getúlio a Castelo*, cit., p. 276. Véase, en esa obra, el análisis de Skidmore en relación a las reacciones de los militares contra Goulart, así como los conflictos internos del gobierno, las reformas de base y el colapso, en los caps. VII «Goulart no poder (1961-1964)» –y VIII– «Colapso democrático (1963-1964)».

- la reforma administrativa, para modernizar el cuerpo funcionarial, racionalizando la máquina del Estado y combatiendo la corrupción
- la reforma del sector bancario, para ampliar el crédito y mejorar la financiación de las fuerzas productivas, bajando y controlando los intereses
- la reforma tributaria, para corregir las distorsiones de la tributación entre propietarios y asalariados
- la reforma militar, que permitiría la participación de los suboficiales en la política
- finalmente, la reforma del sistema de contratos con empresas multinacionales, regulados por la Ley de Remesa de Lucros[61].

Todo este plan de reformas, en todos sus puntos, tocaba en avisperos, pues atacaba intereses establecidos, varios de ellos ya seculares, como los del latifundio, los del capital financiero, los de la Iglesia y los de la Educación. No fue casualidad que los viejos *coronéis* de la política se colocaran en sus puestos para el combate al plan, así como los «liberales» de Herbert Levy, de la UDN paulista, o de los próceres de la Iglesia Católica, detentadora oficial del monopolio de las conciencias.

La presión externa aumentó después de que el presidente brasileño enviara, en 1962, una carta a Kennedy contra la invasión de Cuba. Según el texto, se trataba del derecho a la *autodeterminación de los pueblos*, bandera que venía siendo enarbolada en Brasil desde 1955. A cambio, también mostró a Fidel su preocupación por los misiles instalados por los soviéticos, lo que podría provocar una guerra centrada en el continente americano. En 1963, la visita a Brasil de Robert Kennedy, dentro del programa de la Alianza para el Progreso, dejaba claros los intereses de los Estados Unidos, al «protestar ante Jango contra el programa brasileño de producción de acero para exportación, contra la aplicación de la Ley de Remesa de Lucros aprobada por el Congreso, y contra la expropiación de las empresas de la ITT y la Bond & Share»[62].

El plano inclinado[63]

Una vez establecido el cerco al gobierno progresista y tercermundista de Goulart, los sectores que se consideraban perjudicados por la acción reformista del gobierno pasaron a la acción. Assis Chateaubriand, el dueño de la red *Diários Asociados* y Júlio de Mesquita Filho, del *O Estado de S. Paulo*, hostiles entre sí hasta aquel momento, se asociaron en un frente común. Sin embargo, el agrupamiento de auténtica «línea

[61] Cf. 1963, las reformas de Jango, entrada 1725, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[62] *Ibid*., entrada 1689.

[63] Este parágrafo también podía tener uno de aquellos largos y burlescos títulos a la moda medieval, como, por ejemplo, «Despeñado cuesta abajo. De cómo el muy insigne caballero João Goulart fue desposeído de su investidura, episodio narrado por su fiel escudero Darcy Ribeiro, que vio, oyó y vivió la misma trama».

dura» de la derecha –el grupo denominado «Sorbona»– se reunió en torno al Instituto de Pesquisas y Estudios Sociales (Ipes), foco difusor de la ideología de Planificación Estratégica, gestada en la Escuela del Estado Mayor bajo la coordinación de un general intelectualizado del Ejército, Golbery do Couto e Silva. En una composición política iniciada en la década anterior, conspiradores derechistas de las Fuerzas Armadas se unieron con sectores de las clases dirigentes, destacando entre los militares el propio Golbery, Ernesto Geisel, Augusto Corte, Jurandir Mamede y Cordeiro de Farias, todos bajo la coordinación de Castello Branco, un general ilustrado. A ese grupo se agregaron Antônio Galloti, Gustavo Borghoff, José Cecil Polland y Gilbert Huber Júnior, ligados a intereses multinacionales, más Paulo Aires Filho y José Garrido Torres, asesorados por los economistas Alexander Kafka, Glycon de Paiva, Mário Henrique Simonsen, Roberto Campos y Delfim Neto –los tres últimos serán ministros de Hacienda del régimen militar pos-64– y muchos más civiles y militares, además de una variadísima gama de testaferros de empresas multinacionales o representantes de la Federación de las Industrias de São Paulo. Se celebraron conferencias en São Paulo y Río, con larguísimos encuentros para analizar la situación nacional e internacional, en los que algunas exposiciones se prolongaban por más de tres horas, según el testimonio del mismo Golbery, general refinado, considerado un genio por esa burguesía –sobre todo la paulista– con mentalidad de la edad de piedra. Financiados por el capital internacional, el Ipes y el Ibad (Instituto Brasileño de Acción Democrática) se esmeraron en el soborno de políticos y de periódicos, radios y televisiones[64].

Los sectores más conservadores de la sociedad protestaron enseguida contra las iniciativas de reforma. Con la aprobación del voto de los analfabetos, los políticos del PSD temían perder sus clientelas electorales. Los latifundistas rechazaban dividir sus tierras con aquellos que las trabajaban. Los altos oficiales de las Fuerzas Armadas temían la participación política de los suboficiales, considerados «radicales» o «bolcheviques», supuestamente partidarios del socialismo soviético. Incluso en su cuadro de oficiales, el Ejército registraba la presencia de muchos hombres con tendencias izquierdistas y tercermundistas, lectores de la obra –muy divulgada– del coronel de la reserva Nelson Werneck Sodré, marxista y nacionalista dogmático, como se constata en *Formação Histórica do Brasil*, obra publicada por primera vez en 1962. No era imposible encontrar algunos de esos oficiales nacionalistas de izquierda, que habían recorrido la mitad de su carrera, llevando bajo el brazo *Los bienes terrenales del Hombre*, de Leo Huberman, marxista norteamericano. Todos estos militares, algunos de los cuales se habían graduado en la Escuela Superior de Perfeccionamiento de Oficiales (ESAO), serían inhabilitados después de 1964.

Las clases medias mostraban su descontento en manifestaciones y reuniones públicas, instigadas y movilizadas por los medios de comunicación concertados contra el régimen liberal-democrático, que estaría «corriendo el riesgo» de ser subvertido.

[64] Cf. Año de 1962, entradas 1664-1665, Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

En el bloque del gobierno también se produjeron grietas, como la provocada por la salida de Almino Afonso del Ministerio de Trabajo, que después intentaría crear en el PTB el «Bloque Compacto», a partir del cual saldría un nuevo partido sindicalista de izquierda con apoyo de los comunistas, con intereses divergentes del gobierno Goulart.

El Frente Parlamentario Nacionalista (FPN) del Congreso, que inicialmente apoyaba a Jango, se transformó en el Frente de Movilización Popular (liderado por Brizola, oposición de izquierda al gobierno), compuesto por parlamentarios de peso como Neiva Moreira, Rubens Paiva, Almino Afonso, Temperani Pereira, Sergio Magalhães y Max da Costa Santos. En el Frente Parlamentario, Miguel Arraes tenía sus propios proyectos, pero los *janguistas* Doutel de Andrade y Bocayuva Cunha no se sumaron a ellos. Como informa Darcy Ribeiro, Marco Antônio Coelho y Fernando Santana intentaron conciliarlos, aunque en vano[65].

El gobernador de São Paulo, el populista y derechista Adhemar de Barros, preferido del gobierno norteamericano, junto con los diputados del PSP (*Partido Social Progressista*) instruidos por él, propusieron el *impeachment* de Jango, mientras que sus «compinches» (como se autodenominaban los *ademaristas*) distribuían ametralladoras entre los *fazendeiros* y paniaguados en varias ciudades, iniciándose conflictos armados entre propietarios y campesinos sin tierras en Minas Gerais y São Paulo. Como relata Darcy Ribeiro, varios líderes de las Ligas Campesinas se habían desplazado a Goiás en busca de bases para organizar guerrillas, «con apoyo del gobierno cubano».

Lacerda, con la autoridad que le confería ser gobernador del estado de Guanabara, hizo un llamamiento a los Estados Unidos para que intervinieran, lo que desagradó a los ministros militares, que alertaron a Jango para que adoptara medidas excepcionales para prevenir un golpe que podría llevar a una guerra civil[66]. El día 18 de septiembre, a causa de la decisión que les negaba el derecho a ser elegidos, seiscientos sargentos del Ejército y de Aeronáutica se amotinaron y detuvieron a un miembro del Tribunal Supremo y al presidente de la Cámara de Diputados. El gobierno sofocó el movimiento y decretó una amnistía, pero el estrago se había producido: era lo que la derecha militar necesitaba.

La actitud golpista de los gobernadores de los estados más importantes de la federación provocó que el Congreso decretase el estado de sitio el 4 de octubre de 1963. Goulart estaba en jaque. «Situación paradójica de los regímenes reformistas», apuntó Darcy:

> La autenticidad de su acción reformadora, vista como revolucionaria por la reacción, conduce a la contrarrevolución. Frente a ella, el gobierno se paraliza. No puede dar marcha atrás en la lucha reformista, porque así se sumaría a la derecha. Tampoco puede abandonar el camino legalista y persuasivo de las reformas consentidas para

[65] *Ibid*. Año de 1963, entrada 1733.
[66] *Ibid*., entradas 1699, 1702 e 1703.

sumarse a la izquierda y marchar hacia la revolución social. En los dos casos, estaría fracasando como régimen reformista. Es el plano inclinado[67].

En el gobierno se produjeron abandonos, como la salida del ministro Paulo de Tarso, de Educación, que no se mostraba conforme con la «política de conciliación» del presidente. Los movimientos populares se extendían por el país al tiempo que la radicalización ganaba forma por la acción de Brizola, que creó el Frente de Movilización Popular, aglutinando a la CGT, la UNE, la FPN, las Ligas Campesinas y el Comando de los Sargentos y Marineros «para la lucha revolucionaria de liberación nacional»[68].

En su programa radiofónico en la emisora Mayrink Veiga y en el periódico de Neiva Moreira (*Panfleto*), Brizola asumió el mando de la campaña de reclutamiento de los «Grupos de los 11» para la resistencia al golpe y combate a las fuerzas del orden en forma de guerrillas, que se expandían por todo el país.

La movilización de la derecha

Paralelamente, la «Marcha con Dios por la Libertad» ganaba las calles en diversas ciudades. Para estos sectores de la sociedad, el presidente João Goulart era un agente del comunismo internacional. En esos momentos ya se barajaban nombres para la sucesión presidencial: por el PSD, de nuevo JK, pero sin el apoyo del PTB; por la UDN, el nombre obvio era el de Lacerda; por el PTB, se postulaba Brizola, que tendría que superar la disposición constitucional que prohibía parientes en la sucesión («Cuñado no es pariente» llegaría a decir). Se asociaron los gobernadores de São Paulo, Río (Guanabara) y Minas (el banquero Magalhães Pinto) y, también, el hasta entonces apoyo de Jango, Mauro Borges, gobernador de Goiás. De manera oportunista, Magalhães Pinto se sumó a la trama golpista, lanzando un nuevo –aunque mucho más viejo en ideas– *Manifesto dos Mineiros*; en la izquierda, salió Darcy en defensa del gobierno, intentando unir a Prestes y a Arraes a favor de Brizola.

A partir de esos momentos se sucedieron hechos graves, precipitando el golpe. Según el relato de Darcy Ribeiro, recordemos, jefe de la Casa Civil de la presidencia de la República en 1963 y 1964, el día 13 de enero de 1964, en frente del Ministerio de la Guerra, en Río, se produjo la gran manifestación por las reformas. En sus intervenciones, Brizola y Arraes hablaron contra las obstrucciones a los cambios y «la postura reaccionaria del Congreso». Jango anunció varias medidas, incluida la firma del decreto de nacionalización de las refinerías privadas, completando así el monopolio estatal del petróleo y cortando los gastos excesivos derivados de su importación.

[67] *Ibid.*, entrada 1705.
[68] *Ibid.*, entrada 1710.

El día 20 de marzo, 1.200 fusileros navales y marineros bajo el mando del «cabo» Anselmo, protestaron contra la prisión de dirigentes de su asociación, culminando con la realización en el Sindicato de Metalúrgicos de una manifestación prohibida por el Almirantazgo. El «cabo» ni siquiera era militar, sino un agente infiltrado de la CIA, como se descubriría después; llegó a tener apoyo de Cuba, y delató a unos 200 militantes a la policía política, incluso a su mujer, poniendo de manifiesto la vulnerabilidad de la izquierda brasileña en aquel momento[69]. A continuación se sucedieron manifestaciones de indisciplina más graves en la Marina, incluso en el aristocrático Club Naval. Para los militares, la situación se hacía insoportable.

El mismo día 20, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, Castello Branco, envió un manifiesto oficioso a los comandantes de diversas regiones militares, denunciando la existencia en el gobierno de una cúpula sindical agitadora «dirigida por Moscú».

El día 30 de marzo, Jango fue a un acto en el Automóvil Club de Río de Janeiro, organizado (aparentemente) «por los sargentos, para presentar las reivindicaciones de clase», pero en realidad se trataba de «otro acto de provocación contra la jerarquía militar», con el objetivo de lanzar a la oficialidad contra el gobierno[70]. Del lado de los posibles apoyos del gobierno no había unanimidad ni claridad en el diagnóstico de la situación que se vivía. El hecho es que la izquierda estaba desorientada. Prestes, por ejemplo, creyendo que el Partido ya estaba en el poder, decía que Jango era «el abanderado de la revolución brasileña»:

> No hay posibilidades para un golpe reaccionario, y si los golpistas lo intentasen, verán sus cabezas cortadas[71].

Craso error. Otro hecho grave era la existencia de la Operación «Brother Sam», el apoyo logístico y militar del gobierno de los Estados Unidos en caso de lucha armada[72]. Magalhães Pinto, el gobernador de Minas, de la UDN, comenzó a actuar como si fuera el nuevo dirigente nacional, montando un remedo de gabinete. El «ministerio» de Relaciones Exteriores recayó en Afonso Arinos, que solicitó inmediatamente la intervención armada norteamericana. El gobierno de Lyndon Johnson envió un portaaviones, un portahelicópteros, seis destructores de apoyo, cuatro petroleros, siete aviones de carga C-215, 8 cazas, ocho aviones tanque, un avión de comando aéreo y 110 toneladas de municiones. Fueron enviados primero en dirección a Santos, pues la base de los golpistas estaría en São Paulo, pero finalmente se dirigieron a Espíritu Santo, pues la base contrarrevolucionaria se desplazó a Minas.

[69] *Ibid.*, el Golpe de 1964, entrada 1786.
[70] *Ibid.*, entrada 1791.
[71] *Ibid.* Año de 1964, entrada 1789.
[72] *Ibid.*, entradas 1793-1794.

Un golpe cruento y sin resistencia armada

> Por orden mía no comienza una guerra civil en Brasil»[73].
>
> João Goulart

El día 31 de marzo de 1964, de forma precipitada, una guarnición de Juiz de Fora marchó en dirección a Río de Janeiro, comandada por el General Olímpio Mourão Filho, el mismo integralista que forjó el Plan Cohen en 1937. Un golpe militar bien tramado y bien visto por los Estados Unidos, preocupados por el avance del nacionalismo económico y social propugnado por el presidente civil, depuso a João Goulart. No habría sido difícil reprimir el levantamiento de Juiz de Fora, integrado por reclutas. Jango tenía fuerzas más que suficientes para ese primer embate, pues había militares afines a él. Pero el presidente no opuso resistencia. Según el testimonio de Darcy Ribeiro, el mandatario no autorizó la represión, «pues sabía bien que, abierta la lucha, no habría como interrumpirla: «Por orden mía no comienza una guerra civil en Brasil»[74].

La versión de Darcy es polémica, como todas las demás, pero a diferencia de las otras, contiene un dato fundamental: además de ser él, como ya se ha dicho, testigo ocular y personaje que vivió tales acontecimientos, resistiendo con valentía y firmeza, también definió e intentó ejecutar un proyecto social para Brasil, integrador de las poblaciones marginadas. Un proyecto nacionalista de alto nivel. En su opinión, Juscelino y el general Amaury Kruel propusieron, en los primeros momentos, «un giro total a la derecha, a través del cierre de la UNE y de la CGT», seguido de las dimisiones de Raul Ryff, portavoz de Goulart, y del presidente[75]. Siempre según su testimonio, San Thiago Dantas y Samuel Wainer habrían aconsejado a Jango que no resistiera. San Thiago avisaba del hecho de que un ataque al Palacio del gobernador Lacerda provocaría seguramente la invasión de la bahía de Guanabara por navíos de la armada americana, que habían sido instalados preventivamente a lo largo de la costa. Más polémica es la versión según la cual Wainer habría insinuado que la salida de Jango sería como la de Vargas, «premisa necesaria para un retorno victorioso». Según Darcy, en una afirmación contundente, para ambos (San Thiago y Wainer) y muchos otros compañeros, «lo peor sería que Jango se quedase e implantase las «reformas de base», disputando el poder con las izquierdas radicales»[76]. Poco después, el gobernador de Pernambuco Miguel Arraes fue detenido por el comandante del IV Ejército. La adhesión de otros militares también fue rápida. En Brasilia se declaró vacante la presidencia, a pesar de que el presidente se encontraba en Rio Grande do Sul, aún en territorio nacional. El puesto fue asumido por el diputado Ranieri Mazzili.

[73] João Goulart, en vísperas del golpe de 1964; *Ibid*., entrada 1796.

[74] *Ibid*. Dice Darcy: «La insurrección [...] de Juiz de Fora era fácil de derrotar porque se componía de reclutas y estaba al mando de un payaso [Mourão Filho]. Para eso bastaba con barrerla con la *metralla* de los aviones que el presidente tenía fieles a su comando».

[75] *Ibid*., entrada 1797.

[76] *Ibid*., entrada 1798.

> Amparado por civiles y protegido por militares, Mazzili entra en el Palacio de la Alvorada, va al tercer piso y se sienta en la silla presidencial. Durante más de una hora permanecen expectantes, esperando a que saliese el jefe de la Casa Civil[77], que insistía en permanecer en el cuarto piso, sin que nadie osase detenerlo. Al final sale[78].

Prosigue Darcy Ribeiro, uno de los personajes clave de aquel momento histórico:

> Las primeras prisiones fueron de líderes de la CGT, que intentaban resistir al golpe de forma improvisada. La verdad es que nadie, ni siquiera yo, esperaba el golpe antes del 1.º de mayo. Después sí, era cierto. Aún creo que Mourão [el general al mando de los reclutas de Juiz de Fora] fue un «cabo suelto»[79].

En cuanto a su destino personal, Darcy recuerda:

> Tres días después, Waldir Pires –procurador general de la República– y yo volamos en un pequeño avión monomotor, conseguido por Rubem Paiva –diputado muerto años después, asesinado por torturadores de la Base Aérea de Galeão–, para ir al encuentro de Jango. Acabamos en Montevideo. Era el exilio […] Comencé entonces a desgranar mis demasiados años de destierro, hechos de interminables meses de días incontables[80].

El golpe, que no encontró resistencia armada, fue cruento sobre todo para los trabajadores rurales de las ligas de Julião:

> Asaltados y asesinados en sus ranchos, en actos de pura crueldad, por las policías regionales y por los *jagunços* de los *senhores de engenho*, con el fin de demostrar al pueblo nordestino que su destino es la yunta de bueyes[81].

Sobre el gobierno Goulart, Darcy señala:

> Lo importante es que el gobierno de Jango no cayó en virtud de sus eventuales defectos; fue derribado por sus cualidades: representaba una amenaza tanto para el dominio norteamericano sobre América Latina como para el latifundio[82].

Fue trágica para el país la separación forzosa de la vida pública, institucional y educativa de personalidades como Celso Furtado, Darcy Ribeiro, Anísio Teixeira,

[77] Es decir, el propio Darcy, que declaró expresamente, en carta a Arturo de Moura Andrade, presidente del Congreso –leída en la Cámara por Tancredo Neves– que el presidente Goulart estaba todavía en territorio nacional.

[78] Cf. «El Golpe del 64 y La Redentora», entrada 1803, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. Véase el relato de los bofetones que el diputado Rogê Ferreira le dio al presidente del Senado Auro de Moura Andrade, que cerró precipitadamente la sesión interna y se evadió por los pasillos.

[79] *Ibid.*, «El Golpe del 64 y La Redentora», entrada 1805.

[80] *Ibid.*, entrada 1806.

[81] *Ibid.*, entrada 1808.

[82] *Ibid.*, entrada 1811.

Vítor Nunes Leal y centenas de científicos e intelectuales de primera plana nacional e internacional. Un segundo golpe, el golpe dentro del golpe de 1968, completaría el servicio de la derecha, revelando el «potencial», inimaginable, de un país atascado aún en el oscurantismo y en el atraso.

La condición periférica de Brasil se reafirmaría con la acción de una banda de primitivos que, sin resolver sus problemas básicos –en profundidad y en extensión– creían poder transformar el país en una «potencia emergente». Los golpes de 1964 y 1968 (en realidad, la parte inicial de la sucesión de golpes del periodo dictatorial) constituyeron la victoria del «Sistema»[83], para utilizar un «concepto» de aquella época, elaborado por el profesor Michel Debrun.

Quasi epílogo: la victoria de la autocracia burguesa (1946-1964)

Si examinamos el lugar de Brasil en el sistema internacional, puede decirse que fue en ese periodo de 1946 a 1964 cuando, en el ámbito de la política exterior, se asistió en el país a un cambio de mentalidad lento pero profundo. Los dirigentes más preclaros del país, al tiempo que buscaban la manera de hacer frente a la problemática del subdesarrollo y a las cuestiones de base de la economía y la sociedad brasileñas, pasaron de la sumisión y el servilismo para con la política exterior norteamericana a ver que Brasil podría desempeñar un papel relevante en el grupo de países «no alineados».

A principios de los años 60, el Estado brasileño llegó incluso a parecer el posible líder de ese bloque, en un tumultuoso escenario internacional de revoluciones y descolonizaciones, basado en las teorías de la Política Exterior Independiente (nombre que tenía también una revista importante en la época). Con el golpe de 1964, Brasil volvió a alinearse con la política imperialista norteamericana, poniendo fin a la política exterior independiente, con la victoria de las fuerzas burguesas que incentivaban el capitalismo asociado y dependiente. No fue casualidad que durante ese periodo se publicasen –y fueran objeto de muchos debates– libros sobre la Teoría de la Dependencia, como los de Cardoso-Faletto, Florestan, José Nun, Gunder Frank o el propio Furtado, entre otros, junto a los que abordaban teorías de la Revolución»[84].

[83] Sobre la noción de «Sistema», consúltese la brillante entrevista al filósofo y politólogo Michel Debrun, «Temível Conciliação», en *Isto É*, São Paulo, 5-7-1978, publicada en Michel Debrun, *Conciliação e outras estratégias*, São Paulo: Brasiliense, 1983, con prefacio de Paulo Sérgio Pinheiro. El conjunto de artículos y entrevistas de Debrun constituye uno de los mejores archivos para entender el periodo de 1976 a 1983, e incluso de sus antecedentes.

[84] Véase el artículo de Carlos G. Mota, «As Ciências Sociais na América Latina: proposta de periodização (1945-1983)», en Reginaldo Moraes *et al.* (orgs.), *Inteligência brasileira*, São Paulo: Brasiliense, 1986. Ver también, en la misma obra, los estudios de Raquel Gandini, sobre Anísio Teixeira; Francisco de Oliveira, sobre Celso Furtado; de Gabriel Cohn, sobre Florestan Fernandes; de Caio N. de Toledo, sobre el Instituto Superior de Estudos Brasileiros (Iseb), y sobre la *Revista Brasiliense*, el artículo de Heitor Ferreira Lima.

Epílogo: la breve experiencia tercermundista de Brasil

> Los ciclos aquí son largos, hechos casi exclusivamente para corredores de fondo[85].
>
> Fernando Gabeira

Los graves problemas sociales acumulados entre 1954 y 1964 provocaron debates y movilizaciones que tenían afinidades con los de otros países del Tercer Mundo, fundamentalmente con Cuba y Argelia, que vivían sus revoluciones socialistas bajo el liderazgo de Fidel y el «Che» Guevara, y de Ben Bella, respectivamente.

Distintas facciones de la burguesía reformista se asociaron en esa composición de centro-izquierda. Al adoptar una política externa independiente, Brasil comenzaba a disputar, junto con la India y Egipto, el liderazgo de los países del Tercer Mundo. Varios movimientos en el campo y en las ciudades, discusiones en las universidades, en los sindicatos e incluso en algunos sectores de las Fuerzas Armadas explicitaban el agravamiento de las contradicciones histórico-sociales acumuladas desde por lo menos la proclamación de la República: las Reformas de Base se pusieron de moda, convirtiendo a este periodo en una fase pre-revolucionaria. Celso Furtado llegó a escribir un libro, de gran circulación en la época, con el título: *A Pré-Revolução Brasileira* (1962). De la reforma a la revolución –concepto que albergaba una buena variedad de opciones para la solución de los problemas seculares de Brasil–, el camino parecía corto.

En cuanto a su significado, el golpe militar de 1964 cerró la más larga experiencia liberal del país, iniciada con la Constitución de 1946. Un liberalismo bastante limitado, conviene resaltar. El temor a una eventual república sindicalista de izquierda provocó la organización de un rígido bloque de poder, gestor del modelo político y social autocrático-burgués. Después de 1964, cortado el camino para un orden de tono social y democrático, el país se reencuadró rígidamente en el marco de la guerra fría, no siendo ya posible una política exterior independiente hasta los años 80, por lo menos.

Visto en perspectiva, es grave el hecho de que Brasil se viera obligado a apartarse en ese nuevo periodo de los movimientos contemporáneos de descolonización que ocurrieron en otros países de América Latina, África y Asia, así como de las reformas político-institucionales y sociales que se produjeron en Europa e incluso en América del Norte. El realineamiento con los Estados Unidos se hizo inevitable, bajo la divisa de la «interdependencia» (término de la época).

En los años 60, Brasil pasó de ser un país subdesarrollado a ser un país dependiente, según el concepto que formuló en la época el sociólogo Fernando Henrique Cardoso, entonces uno de los principales críticos de la dependencia y después presidente de la República por el Partido Social Demócrata Brasileño, el PSDB

[85] Fernando Gabeira, en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 26-5-2007, p. 2.

(1995-2003). El golpe de 1964 no habría sido otra cosa que la confirmación de la condición periférica y militarista de Brasil en el contexto suramericano.

En la misma época, el sociólogo paulista Florestan Fernandes, ex profesor de Cardoso, desvelaba no sólo la peculiaridad y los límites de esa revolución burguesa en Brasil sino también los dinamismos específicos de la mal formada sociedad de *clases* en la historia brasileña. Según su optimista visión de las cosas, el «modelo autocrático-burgués de transformación capitalista estará condenado a una duración relativamente corta»[86]. No lo estaba. En esta sociedad, dadas las fuertes herencias estamental-esclavistas, la *autocracia burguesa*, travestida en formas aparentemente liberales o socializantes, no sería fácilmente desmontada.

Como no lo ha sido hasta los días actuales. Por el contrario, la autocracia burguesa no ha hecho más que sofisticarse, consolidándose cada vez más y perfeccionando los mecanismos político-ideológicos que han desmovilizado todos los eventuales (aunque no siempre consistentes, dígase de paso) proyectos democratizadores o socializantes. Autocracia que no es capaz de ver todos los efectos negativos de ese modelo de acumulación capitalista periférico, que tiene como contrapartida miseria, analfabetismo, desmovilización social, violencia en el campo y en la ciudad, caos urbano y, sobre todo, una total impunidad ante la ley. Esta situación agrava toda la *malaise* psico-social y el desencanto paralizante que caracterizan a la sociedad brasileña actual, desmovilizando y minando los esfuerzos de los líderes vigilantes y laboriosos de la nueva sociedad civil, y, lo que es peor, de las mejores iniciativas renovadoras –de entonces igual que de hoy– de la Historia de Brasil.

[86] Cf. la obra clásica de Florestan FERNANDES, *A revolução burguesa no Brasil. Ensaio de interpretação sociológica*, pref. José de Souza Martins, 5.ª ed. São Paulo: Globo, 2006. La 1.ª edición es de 1975, Río de Janeiro: Zahar. La 2.ª edición, de la misma editorial, es de 1976, e incluye un notable prefacio, que no está en esta 5.ª edición.

Capítulo 28
La República civil-militar (1964-1985)

> La Revolución victoriosa, como un poder constituyente, se legitima a sí misma[1].
>
> Acto Institucional n.º 1, 1964

> Yo quiero que los cadáveres de esos desaparecidos salgan de mi armario. Quiero sacarlos de aquí. Que queden sobre el césped ahí en frente del Planalto. Habrá un periodo de asombro, de horror, pero el problema desaparece.[2]
>
> General Golbery do Couto e Silva, 1974

El golpe político-militar del 31 de marzo de 1964 inició el periodo más largo de gobierno dictatorial de la historia de Brasil, o, mejor dicho, abiertamente dictatorial. De nuevo, la contrarrevolución preventiva –recurso habitualmente aplicado por las clases y estamentos dominantes a lo largo de la evolución político-social brasileña– alteraba el rumbo del proceso histórico.

«Seguridad y Desarrollo» fue el lema del régimen que, instaurado en 1964, duraría más de 20 años. Aunque no estuvieran inscritas en la bandera nacional, estas palabras se sobreponían al lema de la República, de 1889, «Orden y Progreso», incorporado a la bandera por presión de los militares positivistas. El golpe de 1964 mantenía el viejo modelo de exclusión política y social, gestado desde la época de la fundación del régimen republicano. Esta nueva ruptura institucional –provocada por militares (entre ellos, algunos ex integralistas y ex *tenentes*) con apoyo de sectores sociales conservadores– pretendía mantener fuera de las decisiones de gobierno a la

[1] La redacción del Acto Institucional n.º 1 (AI-1) es de la autoría de Francisco Campos y Carlos Medeiros Silva.

[2] El general Golbery do Couto e Silva pronunció esta frase en mayo de 1974, cuando apareció la primera lista de desaparecidos del régimen. Cf. «O que diz Golbery», en *Veja*, nº 602, São Paulo, 19-3-1980, p. 27.

mayoría de la población que, desde la muerte de Vargas, iba poco a poco entrando en política.

La antigua cuestión del militarismo *versus* civilismo adquirió una nueva dimensión, plena de implicaciones. Los antiguos *tenentes* volvían al poder, ahora como generales[3], si bien en un contexto socioeconómico nacional e internacional marcado por el capitalismo monopolista, por las multinacionales, por las luchas de liberación nacional, por el tercermundismo desafiante y por las luchas de clases en un país que, a pesar de sus vastas regiones todavía atrasadas y rústicas, entraba en la era urbano-industrial.

Hijos de la guerra fría, los militares brasileños de las alas más conservadores eliminaron gradualmente todos los focos de oposición al régimen. A partir de 1964, en los tres ejércitos, la numerosa oficialidad progresista fue marginada y desmovilizada sistemáticamente. Al mismo tiempo, los militares se empeñaron en el proceso de modernización de la economía, creando la infraestructura necesaria para el desarrollo industrial. El régimen militar de excepción desactivó el proceso de reformas estructurales y de ampliación de las libertades democráticas en curso en el país hasta entonces, bloqueó el reformismo nacional-desarrollista y anuló los esfuerzos en la búsqueda de una política externa independiente, fuera del dominio norteamericano.

En efecto, lo ocurrido en 1964 puede ser definido como una contrarrevolución preventiva, dando continuidad a una tradición de la historia de Brasil que se remonta a la revolución o contrarrevolución de la Independencia. O, simplemente, como un golpe de Estado[4].

El contexto mundial: la guerra fría

Como vimos en el capítulo anterior, Brasil comenzó a descubrir su identidad como país del Tercer Mundo –con posibilidades, incluso, de ocupar una posición de liderazgo internacional– a finales de la década de los 50. Su parque industrial era ya considerable y había una pequeña elite bien formada, capaz de articular su propio pensamiento progresista.

[3] Cf. el artículo de José Honório Rodrigues, «Os generais-presidentes. O generalismo presidencial», en *História combatente*, Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1982, pp. 159-174. Sobre el papel del senador Petrônio Portella en las negociaciones para la apertura del régimen véase, en la misma obra, «A Missão Portella e seu sentido histórico nacional», pp. 321-327.

[4] En la apreciación de Carlos Marchi, «Fue un golpe de Estado clásico, del tipo que acompañó la historia de los países subdesarrollados, aunque en este caso, aplicado a un país que ganaba complejidad económica y social [...]. Llegaron a un punto crucial de ebullición dos modelos arcaicos y autoritarios –uno de izquierda, con raíces populistas y corporativas, otro de derecha, con un vínculo liberal salvaje y excluyente.» Carlos Marchi en un artículo en *O Estado de S. Paulo*, «Antes», cuaderno «40 Anos esta Noite», São Paulo, 31 de marzo de 2004. En el mismo cuaderno, véanse los testimonios de Ruy Mesquita, Fernando Henrique Cardoso, José Serra (presidente de la Unión Nacional de Estudiantes en 1964), Lincoln Gordon y el reportaje de Fausto Macedo sobre las alcantarillas del régimen.

Las reformas de base estaban a la orden del día. El combate a los latifundios, principal causa del «atraso» y del «subdesarrollo», dominaba el debate político. La crítica al imperialismo americano crecía. Es más: el gobierno Goulart se mostró francamente hostil a la participación de empresas extranjeras en el proceso de desarrollo brasileño. Antes de dejar la presidencia, Jango Goulart decretó el monopolio estatal del petróleo y limitó la remesa de lucros de las empresas multinacionales establecidas en Brasil.

Ante esta situación, el golpe de 1964 desarticuló la república populista-reformista, con sus propuestas apoyadas por sindicatos, estudiantes y parte de la burguesía progresista. Se trataba de una *contrarrevolución preventiva*, que buscaba realinear a la nación brasileña con los valores del «mundo occidental y cristiano», como justificaron los jefes militares golpistas. En realidad, el movimiento volvía a situar al país en el marco del dominio norteamericano.

El movimiento golpista de 1964

En la mayoría de las decisiones, se decide tan sólo decidir[5].

General Golbery do Couto e Silva

El golpe de estado se produce en un país que tenía aproximadamente 80 millones de habitantes en 1964. En él participaron latifundistas del nordeste y del sudeste, líderes de las Fuerzas Armadas y del empresariado industrial, magnates del capital financiero –como el *mineiro* Magalhães Pinto, prócer de la UDN– y sectores de las clases medias asfixiadas por la inflación.

Los latifundistas temían la revolución y la reforma agraria, pues en aquel momento las Ligas Campesinas incrementaban sus actividades. Los empresarios industriales, asociados a las multinacionales extranjeras por lo menos desde el gobierno Kubitschek, apoyaron el golpe porque temían la implantación de una república sindicalista-populista, siguiendo el ejemplo de la que se estableció por la acción peronista en Argentina. O, peor, se aterrorizaban con la posibilidad del estallido de una revolución socialista según el modelo de la ocurrida en Cuba, liderada por Fidel y Guevara.

El golpe fue inmediatamente apoyado por el gobierno norteamericano, que ya había desplazado portaaviones y navíos de guerra a los puertos brasileños con el fin de auxiliar en el combate contra las fuerzas locales del «comunismo», en caso de dificultades. Recuérdese, además, que algunos líderes militares del golpe habían participado en la FEB y habían luchado en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. En contacto con los militares norteamericanos adquirieron técnicas, armamentos, vehículos ágiles de guerra (el popular Jeep, por ejemplo, sería útil en las zonas remotas del país, donde las carreteras aún eran de tierra en su mayor parte) y se

[5] *Veja*, n.º 602, São Paulo, 19-3-1980, p. 31.

empaparon de una concepción militar de alineamiento automático con los Estados Unidos contra los países socialistas de la Cortina de Hierro (dirigida por la URSS) y de la Cortina de Bambú (China). Profundo conocedor de Brasil, el general americano Vernon Walters, amigo del general Castello Branco desde la Segunda Guerra Mundial, tuvo un papel decisivo en aquel contexto; en los años siguientes sería un «monitor» del estamento dirigente brasileño.

Del golpe de 1964 a la Constitución de 1988: Panorámica del proceso

> No concedo entrevistas. Mi misterio es no conceder entrevistas. ¿Por qué acabar con mi misterio? Los secretos sólo los cuenta quien no sabe. La izquierda es indispensable, inevitable. Algo así como la sal de la tierra[6].
>
> General Golbery do Couto e Silva

La línea del proceso *soi-disant* «revolucionario» (del golpe de 1964 al retorno del orden liberal-democrático en 1985) puede ser seguido, cronológicamente, en una serie de «Actos Institucionales» y medidas jurídico-institucionales que dieron forma al nuevo régimen. Régimen que entraría en colapso solamente 20 años después, en 1985, en vísperas del gobierno Figueiredo. El 9 de abril de 1964 la junta militar decretó el Acto Institucional n.º 1, el AI-1. El mariscal Humberto Castello Branco, cearense e «ilustrado», asumió la Presidencia de la República el 11 de abril del mismo año. En octubre del año siguiente decretó el Acto Institucional n.º 2 (AI-2). Se sucedían los «Actos» y las leyes discrecionales, al intentar el nuevo gobierno responder a las turbulencias en el orden republicano, en un contexto en que la oposición y los movimientos sociales politizados se manifestaban con fuerza creciente. Los problemas sociales adquirían volumen y los líderes progresistas y democráticos reaccionaban contra el autoritarismo del nuevo régimen. La visión, por decirlo así, «liberal» del presidente Castello Branco no lograba sacar adelante su misión «regeneradora», mostrándose incapaz de reconducir al país a la «normalidad democrática». En este *crescendo*, el gobierno decretó el Acto Institucional n.º 3 (AI-3) en febrero de 1966, y en diciembre del mismo año el Acto Institucional n.º 4 (AI-4), que estrechaban el cerco a las aspiraciones de segmentos democráticos de la sociedad civil. Esto ocurría mientras que sectores no democráticos de esta misma sociedad civil daban un apoyo decisivo a las Fuerzas Armadas (por ejemplo, líderes destacados como Herbert Levy), que aún contaban con el apoyo indirecto de empresas multinacionales y de oficinas de consultoría a empresas extranjeras como la Consultec, de Roberto Campos

[6] *Veja*, n.º 602, cit., pp. 28 y 31. En esa misma revista, véase «El fabricante de nubes» (o «El mago de la apertura» y «Revelaciones del General Golbery»). Véase también el reportaje de portada «Por qué se fue Golbery», con «El hechicero abandonó», en *Veja*, n.º 675, São Paulo, 12-8-1981, pp. 20-33, especialmente los boxes: «La dimisión lleva el miedo al medio de la oposición» (con fotos de Tancredo y Ulysses) y «El ministro quería nuevas indagaciones sobre el atentado al Riocentro». Creada por Mino Carta, *Veja* tenía entonces como director a José Roberto Guzzo, a Elio Gaspari como director adjunto y Dirceu Brisola como redactor jefe.

(hábil negociador con las multinacionales, ahora también ministro de Planificación), Muro Thibau (ministro de Minas y Energía de 1964 a 1967, uno de los creadores del Banco Nacional de Desarrollo Económico, orientado al fomento y la inversión en infraestructura) y Garrido Torres. La cartera de Hacienda fue para Otávio Gouveia de Bulhões (responsable del aumento salarial del 100% a los militares); el Servicio Nacional de Informaciones (SNI)[7] fue dirigido por el general Golbery do Couto e Silva, el principal ideólogo del régimen. Para dirigir el Consejo Monetario Nacional, fue nombrado el profesor Delfim Netto. Al frente del Ministerio de Trabajo estuvo Arnaldo Süssekind, que intervino a más de mil sindicatos.

Una voz disonante apenas tuvo repercusiones en el sistema: la del general Taurino de Resende, jefe de la Comisión General de Investigaciones, que objetó al presidente que no podía seguir investigando subversivos, «mientras la Revolución encubra a corruptos»[8].

En enero de 1967, el gobierno otorgó a la nación una nueva Carta Constitucional. Para facilitar un control más riguroso de los movimientos contestatarios, algunos de los cuales comenzaban a organizar la lucha armada, el gobierno decretó la Ley de Seguridad Nacional en marzo de 1967.

Castello Branco fue impedido de nombrar a su sucesor a la Presidencia, que sería escogido dentro de un colegiado militar restringido. En marzo de 1967 asumió el gobierno el segundo presidente militar, el mariscal *gaúcho* Costa e Silva. Ante las manifestaciones que se producían en la calle, reuniendo a miles de personas contra el régimen militar, el gobierno promulgó el Acto Institucional n.º 5 (AI-5), el 13 de diciembre de 1968. Fue un golpe dentro del golpe, en el que resultó victoriosa la derecha y los sectores más radicales de las Fuerzas Armadas contra la línea de la llamada «Sorbona» (la de los militares «ilustrados», como ya vimos en el capítulo anterior, como Golbery, Bizarria Mamede, Silva Muricy y los propios Castello Branco y Ernesto Geisel). El mariscal Costa e Silva sufrió una trombosis cerebral en agosto de 1969. Inmediatamente, los militares crearon una especie de «regencia trina», formada por los ministros del Ejército, de la Marina y de la Aeronáutica. En realidad, un triunvirato de la «línea dura». En octubre de 1969 la cúpula militar eligió al nuevo presidente de Brasil, Emílio Garrastazu Médici, de la «línea dura» y también *gaúcho*, que se convertiría en el tercer presidente militar. Fueron los años más negros del régimen oscurantista instaurado en 1964. Al final de su mandato, en 1974, tras complejas negociaciones en que se dirimían las tendencias arriba mencionadas, el general Ernesto Geisel, otro *gaúcho*, fue elegido como el cuarto militar para la Presidencia, con el apoyo decisivo de su hermano Orlando, ministro del Ejército.

Geisel representaba al grupo ilustrado de la «Sorbona militar» y tenía como propuesta, explicitada en su discurso de toma de posesión, la apertura «lenta, gradual

[7] Ver el libro de Ana Lagôa, *SNI. Como nasceu, como funciona*, prefacio de Alberto Dines, São Paulo: Brasiliense, 1983.

[8] Taurino de Resende, *apud* Darcy Ribeiro, «La Redentora», 1964, entrada 1830, en *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu* [*T&B*], Río de Janeiro: Guanabara, 1985 [s. p.].

y segura» del régimen. Entre otras cosas porque la lucha armada, los movimientos de guerrilla y las facciones de izquierda estaban ya liquidadas o desarticuladas, y la presión internacional y nacional en defensa de los derechos humanos aumentaba día tras día. Este proceso, en sus implicaciones y detalles, fue examinado con agudeza y rigor por Elio Gaspari[9].

La apertura lenta y gradual propuesta por el presidente Geisel sufrió un serio revés cuando se produjo en octubre de 1975 el asesinato del periodista y profesor Vladimir Herzog en las celdas de tortura de la dictadura en São Paulo, muerte seguida, a principios de 1976, por la del obrero Manuel Fiel Filho. Los dos crímenes fueron cometidos en dependencias de los servicios de seguridad del Ejército (en la calle Tutóia, en São Paulo). Importantes periodistas fueron bárbaramente vejados y torturados, como Duque Estrada, Rodolfo Konder y Paulo Markun, entre otros. Igualmente sufrió las mayores crueldades el *mineiro* Marco Antônio Coelho, un personaje excepcional, miembro del Partido Comunista y exponente de su grupo-generación[10]. Las fuerzas de la extrema derecha se mostraban vivas y muy bien articuladas, manifestando su desacuerdo frontal con las iniciativas del Palacio del Planalto y desafiando incluso a los gerentes de la «apertura», Geisel y Golbery. Les desagradaba hasta el hecho de que Geisel hubiera retirado la censura de los periódicos (*O Estado de S. Paulo*, por ejemplo, estuvo 6 años censurado). Momento culminante de un proceso creciente de violencias, aquella secuencia de prisiones, torturas y muertes provocó una amplia movilización de la sociedad civil contra el régimen.

Cuando se preparaba la sucesión del presidente Geisel, se produjo la afrenta del ministro del Ejército, el general Sílvio Frota, de la llamada «línea dura». Frota acusó a Geisel de condescendencia con la subversión y publicó una lista de 95 «comunistas» infiltrados en el gobierno, entre ellos, Delfim Neto…[11]. El general fue fulminantemente destituido por Geisel con apoyo de tropas, incluidos los paracaidistas comandados por el general Hugo Abreu, jefe de la Casa Militar. Hugo Abreu se animó y se postuló como candidato a la sucesión de Geisel, pero el presidente impuso el nombre del jefe del SNI, el general de Caballería João Batista Figueiredo. El mando de la Revolución dejaba así de estar directamente en manos de las Fuerzas

[9] Los libros del periodista Elio Gaspari, sólidamente documentados, constituyen obras de referencia fundamentales para la comprensión del periodo. Publicados por la Companhia das Letras, de São Paulo, son éstos *A ditadura envergonhada (O sacerdote e o feiticeiro)*, vol. 1, 2002; *A ditadura escancarada (O sacerdote e o feiticeiro)*, vol. 2, 2002; *A ditadura derrotada (As ilusões armadas)*, vol. 3, 2003; y *A ditadura encurralada (As ilusões armadas)*, vol. 4, 2004. Del volumen 2, es destacable la parte II, «A derrota», especialmente el capítulo «Marighella, início e fim»; de *A ditadura envergonhada*, destaca la parte III, «A construção», en que se analiza cómo se articuló el régimen. Del volumen 4, deben destacarse las partes I y II, «O sacerdote e o feiticeiro», es decir, Geisel e Golbery, y «O caminho de volta».

[10] Marco Antônio Coelho es considerado una de las mejores inteligencias de su generación. Un importante testimonio de su trayectoria se encuentra en Marco Antônio Coelho, *Herança de um sonho: Memórias de um comunista*, Río de Janeiro: Record, 2000.

[11] Ver 1977, «año del paquete», entradas 2254 e 2255, en Darcy Ribeiro, *T&B*, *cit*. Sobre esa tendencia más a la derecha en el estamento militar, véase el libro-testimonio de Sílvio Frota, *Ideais traídos*, Río de Janeiro: Jorge Zahar, 2006. Obsérvese que en él los ciudadanos son tratados como «elementos».

Armadas, volviendo a ser controlado por el SNI, aparato de Estado montado por el general Golbery[12].

El «paquete» de abril (1977): «este conjunto de despropósitos»

> Es preciso tener siempre en la cabeza el movimiento siguiente: por lo menos[13].
>
> Golbery do Couto e Silva

A pesar de haber sufrido sucesivas operaciones para restringir la participación de los grupos y tendencias liberales y de centro-izquierda, el modelo político-electoral recauchutado aún no garantizaba la victoria del régimen deseada por Geisel en las elecciones parlamentarias. Con la perspectiva de una derrota anunciada, previsible, el presidente que venía proponiendo la apertura se quejó de que estaba bajo una «dictadura de la minoría» y decretó el receso del Congreso Nacional, asumiendo plenos poderes. En un «paquete» de medidas jurídico-políticas, Geisel prorrogó el mandato del futuro presidente, impuso elecciones indirectas para gobernadores (que en la práctica eran nombramientos), impuso al Senado 17 senadores «biónicos»* nombrados por él, para garantizar la mayoría del gobierno en el Congreso y fijó un número de diputados por estado sin atender a las diferencias de población, dando así mayor peso a políticos de estados supuestamente manipulables. Más grave fue la determinación de que cualquier mensaje presidencial enviado al Congreso Nacional sería automáticamente aprobado si, en el plazo de 40 días, no hubiese sido examinado y votado por los parlamentarios. Sobre el «paquete» comenta Darcy Ribeiro, cargado de ironía:

> Este conjunto de despropósitos es lo que se dio en llamar *El Paquete de Abril*. Para engendrarlo, Geisel se encerró durante diez días, sólo, callado, acumulando poderes totales, comiendo raíces amargas, practicando continencia y rumiando sobre los destinos gloriosos del Brasil Potencia[14].

A esas alturas, varios líderes de la sociedad civil estaban ya camino de la apertura, presionando para la aceleración del proceso. El «paquete» significó un retroceso, generando una serie de protestas por parte de la prensa, la universidad y de varias organizaciones representativas de la sociedad civil. Algunas declaraciones críticas

[12] Análisis más detallados de estos embates se encuentran en las obras de Gaspari ya citadas en la nota 8, y en Thomas Skidmore, *De Castelo a Tancredo*, 3.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1988.

[13] Golbery do Couto e Silva pronunció esta frase cuando era ministro-jefe de la Casa Civil de la Presidencia de la República. Véase «O fabricante de nuvens: o que diz Golbery», en *Veja*, n.º 602, São Paulo, 19-3-1980, p. 31.

(*) Los senadores o diputados «biónicos» eran aquellos que habían asumido el cargo supuestamente electivo por nombramiento. Se trata de un término jocoso, según el Houaiss. *N. del T.*

[14] Cf. 1977, año del paquete, entrada 2256, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit. El mejor perfil biográfico de Ernesto Geisel fue escrito por Elio Gaspari, en *A ditadura derrotada*, cit., con el subtítulo: «Moita, é o Alemão».

individuales apuntaban en la dirección de la urgencia de la redemocratización, entre ellas la *Carta a los brasileños* en 1977, del profesor Goffredo da Silva Telles Júnior.

En octubre de 1978, finalmente, el general-presidente Geisel, acosado, revocó los Actos Institucionales promulgados durante los gobiernos militares anteriores. Al año siguiente, el general João Batista Figueiredo, ex jefe del Servicio Nacional de Informaciones, fue elegido quinto presidente. En agosto de ese mismo año de 1979, el proceso de amnistía política fue aprobado por el Congreso.

Ante el clamor popular animado por instituciones variadas de la sociedad civil (Comisión de Justicia y Paz, Sindicatos de los Periodistas, algunos periódicos y personalidades) el gobierno estableció, en 1981, *elecciones directas* para todos los cargos ejecutivos, exceptuando los de presidente y alcalde de las capitales y áreas de seguridad nacional.

La sucesión de los acontecimientos siguientes, que llevaron a la implantación del actual orden republicano, es conocida: a finales de 1984 se produjo la negociación que llevó, el 15 de enero de 1985, a la elección indirecta por el Congreso de Tancredo Neves, un presidente civil. Gravemente enfermo, se sometió a una operación quirúrgica la víspera de la toma de posesión, que debería realizarse el 15 de marzo, falleciendo poco más de un mes después, por lo que asumió el cargo del vicepresidente Sarney, abriendo el periodo que se denominó –de manera exagerada, está claro– *Nova República*. En 1988, culminando todo el proceso, fue aprobada la nueva Constitución.

La Constitución de 1988

En 1986 se celebraron elecciones para diputados a un Congreso Constituyente. En 1988 el Congreso, bajo la presidencia de Ulysses Guimarães, promulgó una nueva Constitución de carácter liberal-democrático, denominada «Constitución ciudadana». En la elaboración de esa constitución participaron, entre otras personalidades, Severo Gomes, Florestan Fernandes, José Genoíno, Roberto Campos o Delfim Netto, como veremos más adelante. Para la mayoría de sus diputados la Constitución fue considerada la más completa de todas las constituciones de la historia de Brasil. Para Roberto Campos, se trataba de una «Constitución para los pobres», un «diccionario de utopías», «un avance en el retroceso»[15]. Lo fuera o no, se convirtió en un hito fundamental en la historia contemporánea de Brasil.

De 1988 a nuestros días, la República se estabilizó desde el punto de vista político-institucional y, después del *Plano Real*, también desde el punto de vista económico-financiero. No sin sobresaltos o vicios heredados de los periodos anteriores,

[15] Véase la tesis de Tarcisio Costa, «A Profile of Contemporary Political Discourse in Brazil: the Rhetoric of Intransigence in the 1987-1988 Constituent Experience», Cambridge, MA: University of Cambridge, 1998. En ella el autor presenta un interesante contrapunto entre las ideas de dos diputados con posiciones muy antagónicas: Florestan Fernandes y Roberto Campos. Ver, en especial, los capítulos «Faust in the tropics» y «Todos somos constituintes».

está claro (como la infidelidad parlamentaria, el *impeachment* del presidente Collor, crisis inflacionarias hasta el *Plano Real*, planes económicos fracasados, innumerables «decretos presidenciales provisionales», casos clamorosos de corrupción intermitente y, más recientemente, los escándalos del *mensalão** y de impunidad en todas las esferas, etc.).

La estabilidad, sin embargo, no ha sido aprovechada para crear condiciones efectivas para las reformas estructurales de base, que propicien una efectiva distribución de la renta y unas mejores condiciones de vida para la ciudadanía –o mejor dicho, *pre-ciudadanía*– más humilde, para los «desarraigados», los «condenados de la tierra», los miserables…

El régimen militar de 1964 y sus presidentes: una síntesis

> Al brasileño no le gusta la fase operativa de los proyectos[16].
>
> General Golbery do Couto e Silva

Examinado el sentido general del proceso, volvamos a 1964, para una apreciación crítica del periodo que entonces se abría: los difíciles años de la más larga dictadura ocurrida en la historia de Brasil.

A diferencia de 1945 y 1955, las Fuerzas Armadas no entregaron el poder a un civil en 1964. A partir del golpe y hasta 1985, la historia republicana asistiría, por primera vez, a un largo desfile de presidentes militares, cuya «elección» se producía dentro del círculo del poder militar. En definitiva, la sociedad civil no participaba en el proceso. Tales «elecciones» no pasaban de ser golpes sucesivos dentro del alto estamento del generalato: el Congreso simplemente refrendaba la elección del general-presidente, legitimando su mandato.

El gobierno del «ilustrado» mariscal Castello Branco (1964-1967)

En los comienzos del proceso, aún en 1964, ocurrió un hecho inusitado: el general Artur da Costa e Silva, portavoz de la «línea dura», se nombró a sí mismo ministro de la Guerra, antes incluso de que el general Mourão Filho (el autodenominado «Vaca de Uniforme») tuviese tiempo de alcanzar Río con sus tropas. El hecho parece que desagradó al mariscal Castello Branco, de una línea más «ilustrada» y uno de los líderes más intelectualizados del movimiento.

Los civiles estaban ya, desde luego, marginados en las decisiones. Los gobernadores de Minas, São Paulo, Río, Paraná, Santa Catarina, Goiás y Rio Grande do Norte, reunidos con Lacerda en el Palacio Guanabara, fueron tomados por sorpresa con la

(*) Reciente caso de corrupción en el que supuestamente algunos diputados recibían pagos mensuales (de ahí su nombre) por parte del gobierno para garantizar su apoyo en el parlamento. *N. del T.*

[16] Ver «O fabricante de nuvens: O que diz Golbery», cit., p. 31.

comunicación, hecha por el almirante Moniz de Aragão, de la elección por el Ejército del nuevo presidente: el cearense Humberto Castello Branco.

El 9 de abril, los militares emitieron el Acto Institucional n.º 1. Descartados otros nombres, como los de Eurico Gaspar Dutra y Cordeiro de Farias, el presidente que fue escogido por la mayoría civil y militar golpista, Humberto de Alentar Castello Branco, fue refrendado por el Congreso el 11 de abril por 361 votos a favor, 75 abstenciones y 5 votos para otros militares. Dejando claro al Congreso que éste recibía su legitimidad desde arriba –y no al contrario– los juristas derechistas Francisco Campos, el mismo de la Carta de 1937, y Carlos Medeiros Silva escribieron en el preámbulo del texto del primer Acto: «La revolución victoriosa, como un poder constituyente, se legitima a sí misma»[17]. El documento inauguraba, menos que un modelo, un estilo «jurídico» que el régimen adoptaría en los años siguientes, al «editar dos «constituciones»», alteradas por «25 actos institucionales y 35 actos complementarios», y «más de dos mil decretos-leyes», entre los cuales el que establecía «el *decreto secreto*, para legalizar, clandestinamente, ilegitimidades inconfesables»[18]. Se hizo común la práctica de aprobar leyes a través del Congreso por agotamiento de plazos, como las que instituían el estado de sitio, las que establecían salvaguardas institucionales, los nombramientos de senadores «biónicos», y un largo etcétera.

Los políticos de tendencias más reformistas fueron inhabilitados de sus cargos. Hasta 1965 se expidieron 3.535 medidas punitivas. Los militares expulsaron de sus filas a 122 oficiales nacionalistas y críticos entre abril y junio; después serían despedidos centenares, de modo discreto o no, como se puede constatar por el sorprendente número de peticiones de indemnización en los últimos años, referidas al periodo de 1964 a 1985.

El nuevo gobierno se arrogó la potestad de suspender los derechos políticos de los ciudadanos durante un periodo de diez años. Se volvía así al modelo político experimentado durante el *Estado Novo*, en el cual el Poder Ejecutivo tenía un amplio margen de autonomía para tomar decisiones de gobierno. De acuerdo con el AI-1, el Ejecutivo podía decretar el estado de sitio sin previa consulta al Congreso.

El paso siguiente fue la intervención en los sindicatos, seguida de la represión y la desmovilización de los movimientos populares. El número de detenidos puede haber alcanzado los 50.000, en las estimaciones de Thomas Skidmore[19]. Las Ligas Campesinas fueron combatidas y dispersadas, y la sede de la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), incendiada. La sede del Iseb fue destruida, se liquidó el centro de investigación de Manguinhos, se desmotaron el Centro Nacional de Investigaciones Educativas y los Centros Regionales, muy activos, creados por el profesor Anísio Teixeira. Se canceló también la campaña de alfabetización de Paulo Freire y se persiguió a los profesores de la Facultad Nacional de Filosofía, invadiendo sus vidas y sus casas.

[17] «La Redentora», entrada 1819, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.
[18] *Ibid*., entrada 1820.
[19] Thomas Skidmore, *Brasil: De Castelo a Tancredo*, cit., p. 58.

En São Paulo, los profesores Mário Schenberg, Florestan Fernandes o Vilanova Artigas, entre otros, fueron detenidos, provocando protestas y manifiestos de sus colegas en la prensa. En Curitiba y en varias ciudades de Paraná, estado de origen del ministro de Educación Suplicy de Lacerda, se produjeron quemas de libros considerados subversivos en la plaza pública. Lo mismo ocurrió en Santa Catarina (donde, al igual que en Paraná, hasta la Biblia protestante fue quemada), en Pernambuco y en otros estados del nordeste. En el interior del estado de São Paulo, los profesores de las facultades de Filosofía –innovadoras en ideas y costumbres– sufrieron también los males de la mentalidad provinciana y reaccionaria, lo que constituía una grave contradicción en un régimen cuyo presidente era considerado uno de los intelectuales serios del Ejército.

La junta militar, por voz del mariscal Castello Branco, afirmaba al mismo tiempo que pretendía respetar el «orden constitucional», ya damnificado, justificando la intervención en el proceso político por el deseo de permanencia de la democracia representativa. En la práctica, sin embargo, el movimiento de 1964 transformaría de manera rápida las reglas más simples del juego democrático formal, sirviéndose de parlamentarios de la República, como Ulysses Guimarães (PSD), Pedro Aleixo (UDN) y Arnaldo Cerdeira (PSP, *Partido Social Progressista*), que el 8 de mayo de 1964 redactaron un anteproyecto de Acto Institucional –preterido por el de Chico Campos y Carlos Medeiros– que delegaba plenos poderes en el Comando Revolucionario militar, permitiendo la suspensión por quince años de los derechos de los parlamentarios y los ciudadanos considerados subversivos, el cierre de organizaciones de clase, etc.

El mariscal Humberto Castello Branco, que había sido uno de los comandantes de la FEB en Italia, no tenía el perfil de un caudillo latinoamericano. Sería, más bien, un representante tardío del despotismo ilustrado, militar con barniz cultural y ciertos escrúpulos que no permitían identificarlo con la extrema derecha militar. La situación, sin embargo, no ofrecía tranquilidad: por ejemplo, presionado por Magalhães Pinto (candidato a su sucesión), Castello no fue capaz de negarse a castigar a Juscelino Kubitschek, suspendiendo sus derechos políticos por diez años, a pesar de la oposición de la Embajada americana y hasta de Roberto Campos, que se pronunció contra la inhabilitación[20]. Castello tampoco conseguiría enfrentarse a la presión del general Costa e Silva y de la «línea dura» instigada por Carlos Lacerda, candidato, como JK, a la sucesión de Castello[21].

[20] Roberto Campos fue un personaje ambiguo, contradictorio, culto e inteligente de aquellas décadas. Prestigioso en los medios financieros y diplomáticos de las altas esferas del capitalismo internacional, dejó escritos varios libros (algunos junto con Mário Henrique Simonsen) y un libro de memorias lleno de informaciones y observaciones amenas, *Lanterna de popa: Memórias*, Río de Janeiro: Topbooks, 1994.

[21] La trama es descrita en la parte II del libro de Thomas Skidmore, *Brasil: De Castelo a Tancredo*, cit. Sobre este periodo, véanse Alberto Dines *et al.*, *Os idos de março e a queda em abril*, Río de Janeiro: José Álvaro, 1964; Luís Viana Filho, *O governo Castello Branco,* Río de Janeiro: José Olympio, 1975; Carlos Castello Branco, *Os militares no poder*, Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1976; Carlos Chagas, *A guerra das estrelas. Nos bastidores das sucessões presidenciais*, Porto Alegre: L&PM, 1985. Para una visión general de la oposición de izquierda, es fundamental el libro de Daniel Aarão Reis Filho & Jair Ferreira de Sá, *Imagens*

Su gobierno ponía de manifiesto la disposición y el clima político-ideológico que caracterizarían el nuevo orden. Para el Ministerio de Justicia fue invitado el austero senador Milton Campos, constitucionalista *mineiro* y *udenista* «ilustrado», que perdió dos veces las elecciones a la vicepresidencia de la República; para el Ministerio de Hacienda, el monetarista Otávio Gouveia de Bulhões y, para el Ministerio de Planificación y Coordinación Económica, Roberto Campos, economista y diplomático que serviría en la Comisión Económica Mixta Brasil-Estados Unidos. Como se recordará, en fase de creciente inflación, Campos fue encargado por Juscelino de crear en 1958 y 1959 un plan de estabilización económica que no tuvo éxito. Ahora tenía una nueva oportunidad.

El ex *tenente* Juarez Távora, también derrotado en 1955 como candidato a la Presidencia y también de la UDN, se quedó con el Ministerio de Transportes y Obras Públicas; otro ex *tenente*, el general Cordeiro de Farias, sería nombrado Ministro de Coordinación de Agencias Regionales; para Salud Pública, fue designado Raimundo de Brito, de la UDN; y para el Ministerio de Educación, Flávio Suplicy de Lacerda, de la extrema derecha más oscurantista de la UDN paranaense. El ex integralista y diplomático Vasco Leitão da Cunha, de perfil reaccionario, fue para el Ministerio de Relaciones Exteriores y Daniel Farazo, del PSD de Rio Grande do Sul, para el de Industria y Comercio. Para la jefatura de la Casa Civil, se nombró al historiador bahiano Luís Viana Filho[22], de la UDN de Bahía, y para la de la Casa Militar, al general Ernesto Geisel.

El primer gabinete de Castello ostentaba una fisonomía *udenista*, con inserciones de ex *tenentes*. Aunque más tarde se producirían algunos cambios, permanecieron intocados en sus puestos Geisel, Roberto Campos y Bulhões…

Se otorgaron poderes excepcionales al presidente de la República para controlar la inflación, realizar la «regeneración» institucional y la «purga» de ciudadanos del proceso político y social. Por medio de esos nuevos mecanismos, los militares pretendían eliminar todo foco de oposición al golpe. En la primera oleada de suspensiones de derechos políticos, se prohibió participar en la vida política nacional a profesores, escritores, embajadores, sindicalistas, jueces, trabajadores y hasta a militares demócratas, nacionalistas y legalistas, sospechosos de subversión. Los sindicatos fueron desmantelados, la Iglesia progresista –influenciada por la Teología de la Liberación– perseguida y la escuela pública y las universidades, vigiladas. Fue emblemático el caso de la Universidad de Brasilia, que sufrió una intervención radical y aplastante, siendo «purgados» (el nuevo orden inauguró el empleo de este término con esta

da Revolução: documentos políticos das organizações clandestinas de esquerda dos anos 1961-1971, Río de Janeiro: Marco Zero, 1985. Hay una importante cantidad de libros de brasileñistas sobre el periodo y el mariscal presidente, algunos declaradamente favorables como John W. F. Dulles, *Castello Branco: o presidente reformador*, trad. Heitor A. Herrera, Brasília: Editora da UnB, 1983.

[22] Véase la persecución durante este periodo al pensamiento crítico en Bahía, en la entrevista al historiador Luís Henrique Dias Tavares, «1968: Militares para atingir Luiz Viana Filho me atingem», *A Tarde*, Salvador, 12-1-2002, pp. 2-5.

acepción) notables profesores y científicos invitados por el rector Darcy Ribeiro, que también fue inhabilitado.

El presidente Castello Branco se iba revelando gradualmente, por la «fuerza de las circunstancias», más déspota que «ilustrado». Fueron cancelados los derechos políticos de 41 parlamentarios y de dos ex presidentes, Jango y Jânio, de los gobernadores Brizola y Arraes, de Prestes, Djalma Maranhão, Pelópidas da Silveira, de intelectuales como Celso Furtado, Josué de Castro, el ya citado Darcy Ribeiro, Osny Duarte Pereira o Jesus Soares Pereira. En la siguiente oleada fueron afectados otros 67 civiles y 24 oficiales del Ejército, incluyendo a los generales Assis Brasil, Zerbini y Crisanto de Almeida, más dos almirantes y dos brigadieres. Posteriormente, para espanto de la nación, las medidas afectaron incluso al ex presidente Juscelino, a pesar de los titubeos del mariscal presidente Castello, que no fue capaz de resistirse a la presión de la extrema derecha. En Itamaraty, la purga fue coordinada por los embajadores Vasco Leitão da Cunha, ex integralista, y por el ultraconservador Pio Correia: se ponía freno así a la política externa independiente y al ideal de una nación autónoma, retornando al clima de la guerra fría y del alineamiento automático con los Estados Unidos.

Los asuntos de Estado fueron redireccionados hacia un enfoque más agresivamente capitalista, con escasa preocupación social y mayor apertura al capital extranjero. La gestión y la realización de las grandes iniciativas del Estado (Petrobras, hidroeléctricas, carreteras, etc.) quedó bajo el control de un grupo de administradores como Costa Cavalcanti, Mário Andreazza, César Cals, Paulo de Almeida Nogueira y Shigeaki Ueki (los tres primeros oriundos de los cuarteles). El equipo jurídico estaba dirigido por Chico Campos y Carlos Medeiros, con ayuda de los «juristas»-censores Armando Falcão, Alfredo Buzaid y Luiz Antônio da Gama e Silva, este último redactor del Acto Institucional nº 5, cuya versión final fue considerada demasiado dura por los propios militares.

La ambigüedad del movimiento del 64 quedó patente cuando el general Taurino de Resende, jefe de la Comisión General de Investigaciones, como hemos mencionado, se quejó de la corrupción generalizada[23]. En vano. El presidente no consiguió hacer frente al desafío que la corrupción representaba y que aumentaría a la sombra de la dictadura, por fin institucionalizada. Los militares se fueron distanciando de los mejores ideales de los *tenentes*, impedidos para actuar en un contexto en que el capitalismo avanzado de las multinacionales imponía un nuevo ritmo al país. El resultado más nítido de este giro histórico fue la instalación en el gobierno de un grupo ligado al capital internacional, con Roberto Campos al frente del Ministerio de Planificación, cargo ocupado anteriormente por el nacionalista Celso Furtado. No causa sorpresa el hecho de que el régimen se beneficiara inmediatamente de préstamos de la Alianza para el Progreso, brazo de la política externa norteamericana para América Latina, promovida por el gobierno Kennedy.

[23] Cf. La Redentora, entrada 1830, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Con el Plan de Acción Económica del Gobierno (PAEG), se impuso una política de reducción de salarios, privatización de la economía y remedios tópicos, como la suspensión de subsidios al trigo, petróleo y papel. El gobierno promovió la devolución de las refinerías pertenecientes a particulares que habían sido expropiadas por Jango, y concedió a la Light el poder de aumentar tarifas con corrección automática.

En el terreno social, el gobierno clasista aplicó mayor rigor, anulando el derecho de huelga. La gestión del ministro de Trabajo Arnaldo Süssekind se caracterizó por la intervención de cerca de mil sindicatos por el plazo de diez años, destituyendo a sus dirigentes. Para culminar su política económico-social, el gobierno decretó la revocación de la Ley de Remesa de Lucros, abriendo las compuertas a los intereses externos.

El gobierno militar promovió la anulación de los derechos políticos de eminentes profesores como Leite Lopes, Jaime Tiomno, Roberto Salmerón o Luís Hildebrando Pereira da Silva. Detuvieron además al físico Mário Schenberg y al biólogo Warwick Kerr, uno de los fundadores de la Fundación de Amparo a la Investigación de São Paulo (FAPESP), tratándolos de manera vejatoria. Hubo manifiestos de solidaridad con los profesores y de repudio al gobierno, pero también se registraron ruidosos apoyos a las medidas dictatoriales, incluso a las inhabilitaciones en la Universidad de Brasilia, como las suscritas por el Movimiento de Agrupación Femenina (MAF), que congregaba a amas de casa extremadamente conservadoras. La derecha mostraba cada vez con mayor estridencia su disposición a defender el nuevo *statu quo*.

Golbery, el ideólogo del régimen

> Esta es la trágica realidad de nuestra conturbada época: fuera del poder, no hay salvación[24].
>
> General Golbery do Couto e Silva

El nuevo gobierno militar creó un instrumento de inteligencia muy temido, que marcó todo el periodo dictatorial: el Servicio Nacional de Informaciones (SNI), ideado por el general Golbery do Couto e Silva, militar intelectualizado de la Escuela Superior de Guerra. El SNI multiplicó sus tentáculos por todo el país, inspeccionando en secreto la vida de muchos ciudadanos, incluso las mismas Fuerzas Armadas, especializándose en escuchas telefónicas, en seguir a «sospechosos» y en otras medidas de vigilancia. «Creé un monstruo», diría el general Golbery a finales de los 70, cuando él mismo era vigilado por lo que quedaba de la «línea dura» del régimen en crisis. Ironías de la historia.

La trayectoria de Golbery se desarrolló a lo largo de casi 50 años del siglo pasado. Nacido en 1911, en la ciudad *gaúcha* de Rio Grande, estudió allí en el instituto

[24] Golbery do Couto e Silva, *Planejamento estratégico*, 2.ª ed. Brasília: Editora da UnB, 1981, p. 200.

Lemos Júnior, ingresando después en la Escuela Militar de Realengo, en Río de Janeiro, siendo aspirante en el arma de Infantería en 1930. En la década de los 30, sirvió en varias unidades del Ejército en Rio Grande do Sul. En 1941 obtuvo su admisión en la Escuela de Estado Mayor, concluyendo sus estudios en 1943, pasando a servir en el Estado Mayor de la 3.ª Región Militar. En 1944 hizo prácticas en el Ejército americano, siendo transferido para la Fuerza Expedicionaria Brasileña, en Italia. Al regresar, fue ascendido a mayor y, en 1947, fue a servir por tres años como miembro de la Misión Militar Brasileña de Instrucción, en el Ejército de Paraguay, país que se había convertido desde hacía tiempo en una especie de «satelite» de Brasil.

En 1950, Golbery pasó a formar parte del Estado Mayor, siendo designado adjunto de la Sección de Informaciones. Teniente coronel en 1951, en 1952 fue nombrado adjunto del Departamento de Estudios de la Escuela Superior de Guerra, en la división de Asuntos Internacionales y después, en la División Ejecutiva. Exonerado en 1955 de la Escuela Superior de Guerra, publicó su primer libro, *Planejamento estratégico*. En 1956 fue ascendido a coronel y transferido al Estado Mayor del Ejército, Sección de operaciones, subsección de Doctrina.

Nombrado en 1960 para el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas como jefe de la Sección de Operaciones, al año siguiente ascendió a jefe de gabinete de la Secretaría General del Consejo de Seguridad Nacional, solicitando enseguida su pase a la reserva. En la reserva comenzó su vida de ideólogo conspirador. A partir de entonces dirigió el grupo de investigación del Instituto de Pesquisas y Estudios Sociales, el Ipes, en Río de Janeiro.

Sus dos libros, *Planejamento estratégico* y *Geopolítica do Brasil*, de ensayos y conferencias, escritos en la década de 50, dan la dimensión que adquiría el pensamiento del futuro general, en el transcurso de esa década y a inicios de la de 60. Los dos libros son el resultado de varias conferencias en la Escuela Superior de Guerra, entre las cuales consta una dirigida a las «entidades más representativas de la cultura paulista»[25]. En esas conferencias, a veces larguísimas, intentaba ganarse la confianza de los empresarios.

Un «nuevo» concepto de «seguridad nacional»

La teoría de la «seguridad nacional» –en realidad, un conjunto de normas que comenzaron a ser puestas en práctica tras la renuncia de Jânio Quadros en 1961– sería realizada por el grupo capitaneado por Golbery. Lo que era un proyecto dinamizador en torno a la cuestión nacional, se convirtió en doctrina, ahora con carácter autoritario y crecientemente desmovilizador. Planear para la «seguridad nacional», formar planificadores con una clara «conciencia» de lo que fuese esa seguridad nacional, estas eran algunas de las metas enseñadas en la Escuela Superior de Guerra. En *Geopolítica do Brasil*[26], el estratega Golbery describe los «objetivos nacionales permanentes»,

[25] *Ibid.*, pp. 25 y 460.
[26] Golbery do Couto e Silva, *Geopolítica do Brasil*, Río de Janeiro: José Olympio, 1967.

entre los que figuran el mantenimiento de «un estilo de vida democrático, con base cada vez más amplia de participación efectiva y consciente del pueblo». Ex alumno del geógrafo Delgado de Carvalho, defendía en lo referente a la cuestión continental el «mantenimiento del *statu quo* territorial en América del Sur, contra cualesquier tendencias revisionistas o la formación de bloques regionales, políticos o simplemente económicos que puedan constituir una amenaza a la propia paz del continente»[27].

Golbery situaba a Brasil en este «golfo excéntrico del Atlántico Sur», ligado a los destinos de la «civilización occidental». En esta medida, se entiende que su concepto de nacionalismo, o «buen nacionalismo», sea antisoviético y anticomunista, diferente del «mal nacionalismo».

Su grupo de opinión dentro de las Fuerzas Armadas y del empresariado vislumbraba el surgimiento del Brasil Potencia, el que después de 1964 pasaría a ser denominado Brasil Potencia Emergente. Tras la movilización popular que derivó en la tentativa de implantación de las Reformas de Base durante el breve gobierno Goulart, entendida como un «mal nacionalismo», la doctrina de seguridad nacional tomó un sesgo desmovilizador. O, como el propio Golbery decía, era necesario combatir todo tipo de incursión de lo que pudiera ser identificado como «comunista» en el plano interno[28].

Extinción de los partidos políticos de 1946: nacen la ARENA y el MDB

Después de las suspensiones de derechos y del anuncio del Plan de Acción Económica del Gobierno, el siguiente paso fue acabar con los partidos políticos. En octubre de 1965 se celebraron elecciones para gobernadores en varios estados. Tras los malos resultados en Minas Gerais, en Goiás y en el estado de Guanabara, el gobierno federal reaccionó promulgando el 27 de octubre de 1965 el Acto Institucional n.º 2, que eliminaba los partidos políticos tradicionales, instituyendo elecciones indirectas para presidente de la República y creando el bipartidismo. Se produjo una vigorosa reacción de algunos diputados, como el líder del PTB en la Cámara Federal Doutel de Andrade, que en nota oficial afirmó que «combatirá enérgicamente los mensajes enviados por el presidente de la República al Congreso Nacional». Acusó al gobierno de pedir al Congreso «una edición recalentada y más refinada de la famosa «polaca», de 1937»[29]. El diputado indicaba con claridad la diferencia entre la Constitución de 1937 y la legislación de 1965, pues aquella sólo debía ser aplicada en casos de perturbación del orden[30]. Según el político:

> Ahora no. La intervención es admitida mediante razones abstractas, esto es, siempre que el gobierno federal entienda conveniente «impedir» la subversión interna [...] Está claro que se trata de intervención preventiva, basada en síntomas subjetivos,

[27] *Ibid.*, p. 252.
[28] Golbery do Couto e Silva, *Planejamento Estratégico*, cit., p. 46.
[29] «PTB decide combater energicamente o governo», *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 17-10-1965.
[30] *Ibid.*

> al arbitrio exclusivo del presidente de la República. En otras palabras, una simple huelga de estudiantes puede servir de pretexto para sacrificar la autonomía de un Estado[31].

En cuanto al Estatuto de los Inhabilitados, la nota de Doutel de Andrade lo calificaba de «inicuo, con preocupación por despreciar a los vencidos, agravando *a posteriori* las penas aplicadas y arrojándolos a los tribunales de excepción, porque no se confía en la independencia de los jueces togados»[32].

El diputado recordaba que el mariscal-presidente estaba imponiendo las reglas del juego, llegando a «ir personalmente a la sede del Tribunal Supremo Electoral a comunicar que la «revolución» no admitía la inscripción de determinados candidatos, siendo eliminados, en consecuencia, los nombres de Hélio de Almeida, Teixeira Lott y Pais de Almeida»[33]. Aún así, a pesar de contar con políticos fieles al gobierno como Magalhães Pinto (Minas) y Nei Braga (Paraná), el gobierno no logró el control de once estados, por lo que disolvió los partidos tradicionales.

Se inventó entonces el bipartidismo de la dictadura, con dos formaciones exclusivamente: la Alianza Renovadora Nacional (ARENA), oficialista y enseguida mayoritaria, que agrupaba a muchos ex miembros de la UDN, del PSP y de partidos menores; y el Movimiento Democrático Nacional (MDB) que, reuniendo a la oposición, debería actuar como un frente liderado por veteranos del PSD (como Tancredo Neves y Ulysses Guimarães), aliados a integrantes del PTB y de partidos menores, pero sin contestar al régimen. El Poder Ejecutivo continuaba investido de prerrogativas dictatoriales para suspender derechos políticos, inhabilitar mandatos de diputados y senadores, y cerrar el Congreso siempre que lo encontrase necesario. El AI-2 determinaba, además, que los delitos contra la seguridad nacional serían juzgados por tribunales militares.

De este modo, el gobierno militar creó un sistema político en que la ARENA, partido que apoyaba al gobierno, siempre obtenía mayoría en el Congreso. Con la creciente escalada de la oposición, el MDB obtenía un número cada vez mayor de parlamentarios, poniendo en riesgo el control del Congreso, lo que hacía que el gobierno reaccionase nombrando por decreto elementos de su confianza. Los políticos contemporizadores con el régimen obtenían mandatos de representación sin concurrir en las elecciones. De esta forma, alcaldes y gobernadores, diputados y senadores dóciles ayudaban a los militares a gobernar Brasil.

El colapso del populismo (de izquierda…)

Los militares acabaron con el populismo de los gobiernos anteriores, pero también con las libertades públicas. Tras la disolución de los partidos y la creación de

[31] *Ibidem.*
[32] *Ibidem.*
[33] *Ibidem.*

la ARENA y del MDB, los políticos que apoyaban al gobierno militar serían los que ganaban las elecciones. La ARENA reunió a los representantes de los sectores más conservadores de la sociedad, contrarios a cualquier reforma que minase sus privilegios.

En febrero de 1966, el presidente Castello Branco promulgó el Acto Institucional n.º 3, por el cual las elecciones para los gobiernos estatales también serían indirectas. La cuestión de la sucesión presidencial se ponía en discusión mientras se aproximaban las elecciones para el Congreso. En octubre, fuerzas militares rodearon el Congreso y lo cerraron. Con el Acto Institucional n.º 4, de diciembre de 1966, el Congreso solamente sería reabierto en enero de 1967 para ratificar una *nueva Constitución*, elaborada por el gobierno, y refrendar al nuevo presidente y candidato único, el ya mariscal Costa e Silva, que tomaría posesión el 15 de marzo de 1967. Aunque no fuese el candidato de Castello, el mariscal emergía como elemento de conciliación entre los militares «duros» y los «liberales». Llegó a crearse la expectativa de que él hasta podría, para eventual sorpresa de la nación, abrir el régimen. Otra vana ilusión.

La Constitución de 1967: la «seguridad nacional»

La nueva Carta Constitucional, redactada por Carlos Medeiros Silva y Pedro Aleixo y aprobada por un Congreso depurado, daba amplios poderes al Ejecutivo. El presidente de la República tendría la atribución de proponer proyectos de ley sobre seguridad y presupuesto y de dirigir (de forma centralizada) la estructura administrativa del Estado, controlando así directamente los empleos públicos.

A pesar de todo, la Constitución mantuvo los principios de la inmunidad parlamentaria, la independencia del poder judicial y el *habeas corpus*. En la práctica, la libertad partidaria y el derecho de huelga y de organización sindical habían sido cancelados por los Actos Institucionales. Durante este periodo, el gobierno militar promulgó una Ley de Prensa, imponiendo una rígida censura a los medios de comunicación: incluso artículos con críticas moderadas en los periódicos podían provocar el castigo de sus autores.

En aquel mismo mes de marzo, cuando se produjo la toma de posesión de Costa e Silva, el gobierno aprobó la Ley de Seguridad Nacional. Según esta ley, «toda persona natural o jurídica es responsable de la seguridad nacional, con los límites definidos por la ley»[34].

Los movimientos estudiantiles proseguían, luchando ahora por más plazas en las escuelas, mientras un nuevo sindicalismo despuntaba, con el Movimiento Sindical Antiajuste (MIA), y con la preparación de las huelgas de Contagem (Minas Gerais), Osasco (São Paulo) y São Paulo en 1968.

[34] Cf. el capítulo «A nova estrutura jurídica», en Edgard Luiz de Barros, *Os Governos Militares*, São Paulo: Contexto, 1991, pp. 30-31.

En los subterráneos de la izquierda, Carlos Marighella (1911-1969) fundaba en esos momentos la Alianza Libertadora Nacional (ALN), para el combate armado al régimen. Marighella, que inició sus estudios en la Escuela Politécnica de Bahía, entró en el Partido Comunista Brasileño en 1934, habiendo sido preso y torturado en 1936 y 1939, y pasando en esa época seis años confinado en presidios, entre otros los de las islas de Fernando de Noroña e Ilha Grande. Diputado federal en la Constituyente de 1945, fue inhabilitado en 1947. Actuó en la clandestinidad y en 1964, al ser descubierto, fue tiroteado y detenido. En 1966, por discordar de la línea pacífica del PCB, de cuya Comisión Ejecutiva era miembro, Marighella fue expulsado del partido y fundó la ALN, actuando personalmente en acciones de guerrilla urbana en 1968 y 1969. Murió en una emboscada dirigida por el comisario Sérgio Fleury, del DOPS (Departamento del Orden Político y Social) en la alameda Casa Branca de São Paulo[35].

El sistema se mantenía gracias a un poderoso y bien equipado aparato de información y represión, que penetraba en varios sectores de la sociedad. Activo como era en las alcantarillas de la dictadura, el comisario Fleury se convirtió en una figura emblemática del régimen. Su trayectoria ha merecido diversos estudios, como *Autópsia do medo*, del periodista Percival de Souza[36].

El gobierno «línea dura» de Costa e Silva (1967-1969)

Los nombramientos para el gobierno de Costa e Silva anunciaban ya los tiempos de oscurantismo que estaban por venir: de los 16 ministros, 8 eran militares. Para el SNI, fue designado el general Médici, de la «línea dura».

En la cartera de Hacienda, el ministro Delfim Netto pasaba de la política deflacionaria de contención defendida por el equipo *castelista*, dirigido por Campos y Bulhões, a una fase de expansión. Netto, profesor de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad de São Paulo (USP), contó con el apoyo de los medios empresariales nacionales que, a pesar de defender al gobierno, se quejaban de la política de contención. Llegaba así el momento en que el todopoderoso ministro Netto ponía en marcha la política de aceleración del crecimiento, aunque controlando la inflación. Jugó fuerte con dos factores: durísimo ajuste salarial para los trabajadores e intensa financiación de capitales externos. Según Edgar Luiz de Barros, «Delfim potenció un conjunto de medidas para reducir los tipos de interés,

[35] Descendiente por línea materna de Rosa, una negra de origen sudanés, revolucionaria *hauçá* del levantamiento en 1835 en Salvador, Marighella ha sido objeto de varias investigaciones. Además de las referencias en Thomas Skidmore, *Brasil: De Castelo a Tancredo*, cit., p. 207 y *passim*, ver Florestan Fernandes, *Contestação necessária: retratos intelectuais de inconformistas e revolucionários*, São Paulo: Ática, 1995, que traza el perfil de Marighella y también los de Prestes, Gregório Bezerra y otros. Por otra parte, se desconocen las causas de la muerte en extrañas circunstancias del comisario Fleury en Ilha Bela: ¿estaría ligada a drogas o sería «limpieza de archivo»?

[36] Véase Percival de Souza, *Autópsia do medo: vida e morte do delegado Sérgio Paranhos Fleury*, Río de Janeiro: Globo, 2000. Del mismo autor, *Eu, cabo Anselmo*, Río de Janeiro: Globo, 1999.

facilitar el crédito y crear subsidios capaces de estimular aún más a las empresas multinacionales»[37].

Bajo la dictadura, la politización de la vida cultural

Se prohíbe prohibir[38].

Caetano Veloso & Gilberto Gil

A pesar del proceso de bloqueo político-institucional impuesto por la dictadura (o, tal vez, provocado por él), las cuestiones culturales fueron adquiriendo una calidad creciente en los diversos nichos intelectuales de la República. La sociedad civil, humillada, descubría otro Brasil, rudo, autoritario, diferente de aquel país generoso y «cordial» de los años de Juscelino y sus sucesores.

En los años 60 se crearon una serie de periódicos y revistas alternativos, de la llamada prensa «enana». Una red de supermercados crearía, a final de la década, un pequeño diario innovador, *Bondinho*, publicado con éxito por Granville Ponce, iniciando así una serie de publicaciones de carácter alternativo a la gran prensa, que en general apoyaba el orden establecido. Raimundo Pereira sería el responsable de varios periódicos y semanarios de este tipo. Igualmente, la actuación de Fernando Gasparian animaría este mercado, favoreciendo el pensamiento crítico.

Sería, sin embargo, el semanario *O Pasquim* (creado en 1969), con sus históricas y variadas entrevistas, sus editoriales, caricaturas, su musa Leila Diniz, sus fotomontajes y toda una serie de iniciativas, el que representara el pensamiento más iracundo, irónico y crítico del periodo[39]. Sus fundadores –Jaguar, Millôr Fernandes, Sérgio Augusto, Henfil, Fortuna, Sérgio Porto, Tarso de Castro, Sérgio Cabral, Ziraldo y Paulo Francis– tuvieron frecuentes problemas con la censura y con el régimen, siendo detenidos más de una vez. Amenazada constantemente con atentados de bomba, la sede de su redacción funcionó como centro del pensamiento más vivo en Río de Janeiro.

[37] Cf. Edgard Luiz de Barros, *Os governos militares*, cit., p. 34.

[38] Título y verso del manifiesto lanzado por Caetano y Gil en la sección paulista del Festival Internacional de la Canción, en septiembre de 1968, en el Teatro de la Universidad Católica (Tuca), en São Paulo. Recibídos por los estudiantes con un estruendoso abucheo, Caetano respondió con lo que él mismo califica de «ordinariez»: «¿Es esa la juventud que quiere tomar el poder? En el fondo sois iguales que aquellos que invadieron *Roda Viva [la pieza de teatro de Chico Buarque]* y golpearon a los actores. Si sois políticamente lo que sois estéticamente, estamos listos». *Apud* Tarik de Souza, «Esta noite se improvisa», en *Vogue Brasil*, n.º 151, São Paulo, febrero de 1988, pp. 141-142. Tres meses después los dos fueron detenidos y en 1969 partieron para el exilio.

[39] Una antología con algunos (no todos) de los mejores artículos editados a lo largo de su historia, puede encontrarse en *O pasquim*, *Antologia*, organizado y presentado por Jaguar & Sérgio Augusto, vol. I (1969-1971) y vol. II (1972-1973). Hubo varias detenciones de sus directores y colaboradores, y hasta hoy hay dudas sobre la muerte de Sérgio Porto, uno de sus fundadores. La censura tuvo dificultades con *O Pasquim*…

En una época en la que el país estaba inundado por siglas gubernamentales, uno de los colaboradores de *O Pasquim*, el periodista Sérgio Porto (Stanislaw Ponte Preta) publicó en 1965 su libro *Febeapá*, *O Festival de Besteira que Assola o País*, donde ironizaba sobre los discursos oficiales.

El clima de resistencia a la dictadura se anunciaba ya en espectáculos como *Opinião*[40], estrenado en diciembre de 1964. En él el cantante Zé Kéti, imitando la voz de la *favela*, entraba en el escenario entonando, «*Podem me prender*, *podem me bater*, *que eu não mudo de opinião*» («pueden arrestarme, pueden golpearme, que no cambio de opinión»), seguido por Nara Leão cantando «Carcará» (en 1965, la canción de João do Vale y José Cândido sería cantada en su lugar por Maria Bethania, convirtiéndose en un himno contra la dictadura militar). Eran signos de resistencia al autoritarismo que después, con el gobierno Médici, se transformará en fascismo abierto.

La cultura en revista

Expresiones más duraderas de ese pensamiento crítico fueron cuatro revistas, importantes por su alcance y calidad, dirigidas por intelectuales, editores de gran visibilidad en el escenario nacional e internacional: la *Revista Brasiliense*, dirigida por Caio Prado Júnior; la revista *Anhembi*, dirigida por Paulo Duarte; la *Revista Civilização Brasileira*, mensual, con una tirada de 40.000 ejemplares, dirigida por Ênio Silveira; y la revista *Tempo Brasileiro*, dirigida por Eduardo Portella. La revista *Convivium*, ligada al pensamiento conservador, presentaba también un buen nivel.

Estas cuatro revistas de crítica y actualidad cultural y científica ofrecen un rico material para quien desee conocer mejor aquel periodo y para la profundización en la discusión sobre los determinantes básicos del pensamiento brasileño. Fueron importantes tanto por lo que ofrecían de peculiar y local, como por su interacción con otros centros de producción y reflexión, bien de la cultura contemporánea o de la llamada «Cultura Brasileña».

La *Revista Brasiliense* marcó época, especialmente por los largos y lúcidos editoriales de Caio Prado Júnior, el ya mencionado historiador y economista de formación marxista, muy bien articulado desde el punto de vista intelectual y político. Sus textos, que constituyen el norte de la revista y son una fuente inestimable para el estudio de la izquierda en Brasil, polemizan sobre diversos frentes del *establishment*, las vanguardias y retaguardias de las izquierdas y los movimientos obrero, intelectual y estudiantil[41].

[40] Creado por Oduvaldo Viana Filho, Armando Costa y Paulo Pontes.

[41] En *A contestação necessária*, obra póstuma ya citada, Florestan Fernandes describiría con maestría la «rebelión moral» de Caio Prado. En ella, el sociólogo analiza las biografía e ideas de varios personajes históricos e intelectuales, mostrando diversas aspiraciones utópicas que fueron destrozadas por las clases dominantes y por la acción radical de dos dictaduras (1937 y 1964) y lamentando «las esperanzas frustradas que asolan a la sociedad brasileña», pp. 12-13.

Anhembi, creada en los años 50, fue otra revista de ese periodo crítico. El enfoque básico de sus textos lo dio la actuación de su director y animador, Paulo Duarte, procedente del Partido Democrático de 1928. Su forma de *liberalismo* marcó un cierto tipo de disidencia de la oligarquía paulista ilustrada. Duarte, que se consideraba un socialista democrático, dejó varios volúmenes de memorias, una amplia y detallada visión de la vida político cultural del siglo XX, de los años 20 hasta los años 60, incluyendo relatos sobre la presencia de intelectuales de alto nivel en el São Paulo de los años 50 como Braudel, Métraux, Faulkner, Frost y muchos otros[42].

La revista *Civilização Brasileira*, dirigida por Ênio Silveira (responsable de la editorial del mismo nombre que –como la Zahar, también de Río de Janeiro– divulgaba la producción de la izquierda nacional e internacional), acogió importantes reflexiones y estudios actualizados de los frentes progresistas, y tuvo un papel fundamental en la articulación de una «cultura de izquierda», en general ligada al Partido Comunista Brasileño. De carácter esencialmente nacionalista y tercermundista, defendía una política externa independiente. La revista sería pronto cerrada, pero fue reabierta bajo un nuevo nombre en los años 70: *Encontros da Civilização Brasileira*, con un carácter más abierto y siguiendo el paso de las transformaciones de la izquierda, sobre todo los vientos del llamado eurocomunismo. Debe mencionarse, en esa vertiente de la producción editorial, la importancia de artículos y libros de intelectuales marxistas heterodoxos como Carlos Nelson Coutinho y Leandro Konder, entre muchos otros. Tras la muerte del notable editor Silveira, surgieron algunas publicaciones con testimonios de diferentes personalidades, como Celso Furtado, sobre él y su proyecto.

Otra importante revista fue *Tempo Brasileiro*, ligada también a una editorial del mismo nombre. Aunque de menor envergadura comercial, tuvo sin embargo una gran importancia en este panorama que analizamos, por haber publicado a autores bien conocidos como Sartre y por dar a conocer en Brasil a Michel Foucault y a los autores de la Escuela de Frankfurt, además de algunos otros de gran importancia en el escenario nacional, como Sérgio Paulo Rouanet, crítico y estudioso del psicoanálisis y de la historia de la cultura, que sería ministro de Cultura a principios de los años 90 en el gobierno Collor.

Además de todas estas revistas y del ya citado *O Pasquim*, publicaciones semanales como *Opinião*, *Movimento*, *Veja* y, más tarde, *Isto É* y *Senhor*, llevaron bocanadas de aire fresco al pesado clima de asfixia de la información periodística y de la producción cultural.

[42] Paulo Duarte fue un notable agitador cultural, un liberal que en los últimos años de su vida combatió la dictadura de 1964. Los libros de la serie *Memórias*, en cinco volúmenes, fueron editados por Hucitec en São Paulo, de 1974 a 1977.

Brasil-Estados Unidos: otras (antiguas) relaciones

Como ya se mencionó en el capítulo anterior, hubo autores y personalidades brasileñas, como Anísito Teixeira y Érico Veríssimo, que pasaron temporadas en Estados Unidos, mientras que intelectuales norteamericanos como Morse o los Stein, escribieron libros importantes sobre Brasil. El *establishment* norteamericano quiso ampliar sus conocimientos sobre el Brasil de las Ligas Campesinas, del tercermundismo emergente y de las luchas por las reformas estructurales. Lanzaron la Alianza para el Progreso y los *Peace Corps*, jóvenes que iban a Brasil en misión oficial, muchos de los cuales, entrando en política, acabaron por integrarse en la cultura local y oponiéndose a los Estados Unidos.

Un fenómeno aún no muy estudiado es el del brillante grupo-generación de brasileños que fue bien recibido y tuvo impacto en los Estados Unidos. Gilberto Freyre siempre fue el intelectual más conocido, debido a su estancia en Norteamérica, donde estudió con Franz Boas y Giddings. Su obra fue estudiada constantemente, entre otras cosas porque trataba de la espinosa cuestión de las relaciones raciales, presentando el ejemplo del «éxito» de la miscegenación en Brasil. *Os sertões*, la obra maestra de Euclides da Cunha, fue traducida por un notable intelectual norteamericano de izquierdas, el escritor Samuel Putnam. Hasta hoy, poco o nada se ha investigado sobre él. Además de a Euclides, también tradujo obras de Rabelais, Cervantes y Pirandello. Tal como Karl Lewenstein y otros, conocía bien Brasil: era divulgador de su literatura y de aquel conjunto de manifestaciones y símbolos que comenzaba a ser denominado, con mayor énfasis, «Cultura Brasileña».

Cuando en los años 20 y 30 Anísio Teixeira y Érico Veríssimo embarcaron para los Estados Unidos, ya había allí una corriente de relaciones e información bien fundamentada sobre Brasil, integrada por intelectuales como Putnam, investigadores como Casper Branner, rector de Stanford, o por historiadores como Percy Alvin Martin, de la misma universidad. Las relaciones Brasil-Estados Unidos estaban bien consolidadas cuando, en 1941, fue articulada la Política de Buena Vecindad. No es de extrañar que tantos intelectuales brasileños formados entre los años 20 y 40 hayan dirigido su mirada hacia la gran potencia del norte. En aquellos años locos Brasil pasaba de la esfera económica de la libra –y de la cultural, del franco– a la del dólar. Visto en esta perspectiva, no produce tanto espanto el hecho de que Gilberto Freyre fuera invitado para el puesto de ministro de Educación en el primer gobierno salido del golpe de Estado de 1964, en aquel contexto de realinamiento de Brasil en el ámbito de dominio americano.

El auge del ciclo militar. El terror «blanco» y la reacción civil

En cambio, la formación intelectual de los presidentes militares que gobernaron Brasil durante más de 20 años era bastante modesta o incluso mediocre. Costa e Silva y Garrastazu Médici, particularmente, avergonzaban a sus asesores de Itamaraty en las reuniones y visitas internacionales. Instruidos en el auge de la guerra fría, ambos defendían de manera ruda la implantación de una infraestructura moderna en el país, necesaria para la «seguridad nacional».

A pesar de autoproclamarse nacionalistas y de defender la necesidad de que Brasil entrase en un ritmo de desarrollo autónomo, sin la participación del capital extranjero, optaron, en la práctica, por la asociación sin restricciones con los Estados Unidos, tanto desde el punto de vista militar como del económico-financiero, permitiendo (y hasta promoviendo) el arraigo de las multinacionales en los centros económicos y políticos del país.

Las autoridades militares impulsaron la creación de una industria bélica que garantizase el reequipamiento de las Fuerzas Armadas. La asociación de los industriales brasileños con la cúpula militar era absoluto secreto de Estado, un asunto de seguridad nacional. Brasil se convirtió durante este periodo en uno de los mayores exportadores de material bélico convencional del mundo, figurando entre sus clientes Libia, Irak y Colombia (que utilizaría tanques y camiones brasileños en la lucha contra las FARC) y Angola[43]. En cambio, las libertades civiles fueron asfixiadas y los subterráneos de la dictadura se llenaron de prisioneros de todos los orígenes ideológicos de la izquierda y hasta del centro liberal. Muchos ciudadanos demócratas se convirtieron en «sospechosos de ser sospechosos»…

Los militares del cuartel, en su concepción ingenua y lineal de la sociedad, imaginaban poder tomar medidas para el crecimiento del país «teniendo en cuenta» su población «pacífica», «pasiva», «cordial», agradecida por las dádivas y las medidas tecnoburocráticas tomadas arbitrariamente, que se suponía proporcionarían beneficios a la población. Con esa perspectiva, aceptaron cándida y dócilmente las recetas de «magos» o «profesores» de la Economía, una «ciencia» vista como «exacta», manejada por el todopoderoso profesor Delfim, o por «sabios» como Mário Henrique Simonsen, verdaderos demiurgos de la realidad, que, por otro lado, mantenían íntimas relaciones con el mundo de la banca internacional.

La sociedad civil reacciona (pero pierde). La «barrera histórica»

> La revolución […] no es una creación de los sociólogos. Es un hecho de la sociedad. No se hace al arbitrio de los científicos y mucho menos de los sociólogos. Las «potencialidades explosivas» de América Latina no nos deben hacer olvidar cuán débiles e inconsistentes son aún los impulsos revolucionarios (nacionalistas y socialistas) en la mayoría de los países. Más fuertes y despiadadas que ellas son, hasta el presente, las fuerzas contrarrevolucionarias internas y externas, unificadas por el subdesarrollo y por el capitalismo dependiente. Esto supone una barrera histórica.
>
> Florestan Fernandes[44]

[43] Otros países clientes de la «Engesa» (*Engenheiros Especializados S. A.*) fueron Dubai, Zimbabwe, Paraguay, Gabón, Bolivia y Venezuela. Se vendieron camiones a 18 países, aunque los vehículos más comercializados serían los tanques «Cascavel», «Urutu» y «Osório». Además de las exportaciones, evidentemente, el cliente preferencial era el Ejército brasileño. También la Engex (*Equipamentos Especializados S. A.*) controlada por la Engesa, operaba en esta área.

[44] Florestan Fernandes, *Capitalismo Dependente e Classes Sociais na América Latina*, Río de Janeiro: Zahar, 1973, pp. 150-151.

A pesar de la recuperación del crecimiento económico durante este periodo, varios sectores sociales reaccionaron contra el régimen de exclusión política impuesto por los militares en nombre de la «seguridad nacional». Trabajadores, intelectuales, estudiantes, miembros de la Iglesia y asociaciones de clase protestaron contra la suspensión de los derechos civiles.

Sobre la situación de los abogados demócratas de aquel momento, por ejemplo, el profesor jurista Miguel Reale Júnior, entonces presidente de la Asociación de Abogados del Estado de São Paulo, hacía los siguientes comentarios:

> Fue de especial relevancia la actuación de los abogados, incluso los criminalistas, forjados en la protección del individuo frente a la represión policial, muchas veces desmedida e ilícita, que realizaba arrestos sólo para efectuar averiguaciones, simulaba actos *in fraganti* y exigía favores indebidos. El *habeas corpus* constituía un instrumento básico de trabajo en la contención del abuso del poder. La edición del Acto Institucional n.º 5, del 13 de diciembre de 1968, provocó la protesta inmediata de los abogados, especialmente de los penales, pues, entre otras medidas autoritarias, vedaba la garantía de *habeas corpus* en delitos contra la seguridad nacional y la economía popular[45].

Durante la dictadura, las situaciones de entorpecimiento de la acción de los abogados provocaron el descontento creciente de estos profesionales, que en los tribunales y en la prensa (como en los limitados debates públicos), asumieron el liderazgo de la sociedad civil frente al estamento militar, que creía tener sus propios valores jurídicos. En aquel contexto, en una visión simplista, «sociedad civil» era para muchos un concepto que se oponía al de «sociedad militar», algo con lo que ni siquiera el general Golbery estaba de acuerdo…

El año 1968: versos y reversos

> *Vem, vamos embora*
> *Que esperar não é saber*[46].
>
> Geraldo Vandré

A lo largo de 1968 se produjeron numerosas manifestaciones que reunieron a miles de personas contra el régimen militar. En Río de Janeiro, el entierro de Edson Luís Lima Souto, muerto cuando participaba en las protestas a favor de la apertura del restaurante del Calabozo (28-3-1968), reunió a 50.000 personas. El joven estudiante fue enterrado envuelto en la bandera nacional. También en Río, la *marcha de los cien mil*, liderada por estudiantes, artistas e intelectuales (Paulo Autran, Chico

[45] Testimonio de Miguel Reale Júnior a los autores el 20 de febrero de 2007.

[46] Verso de la canción *Para não dizer que não falei de flores*, con letra y música de Geraldo Vandré, conocida también como *Caminhando*, con la que participó en el III Festival Internacional de la Canción en 1968.

Buarque, José Celso Martinez Correa, Betty Faria y otros), exigía la apertura del régimen.

Estudiantes y obreros participaron intensamente en las huelgas de protesta contra el régimen militar. El 1.º de mayo de aquel año fue también violento en São Paulo: el gobernador Abreu Sodré fue alcanzado por una pedrada. Los estudiantes de secundaria también empezaron a participar en los movimientos. El 3 de octubre, en los violentos conflictos de la calle Maria Antonia –donde, en un lado estaba instalada la Facultad de Filosofía de la Universidad de São Paulo, en la que predominaba la izquierda, y en la calzada opuesta la Universidad Mackenzie, en la que predominaban líderes estudiantiles de derecha dominados entonces por el Comando de Caza a los Comunistas (o CCC) y protegidos por el Rectorado–, murió José Carlos Guimarães, un estudiante de secundaria.

Poco después, el agente de la CIA Rodney Chandler fue asesinado en São Paulo por los primeros guerrilleros, que comenzaron una serie de atentados y asaltos a bancos[47]. Los militares, temiendo la extensión de las protestas y las manifestaciones colectivas, adoptaron medidas de fuerza para contener los movimientos populares. Los actos públicos y las huelgas fueron a partir de aquel momento violentamente reprimidos. A pesar de ello, los militares de la «línea dura» exigían medidas de mayor calado. Las protestas comenzaron a llegar al Congreso y allí, Márcio Moreira Alves, un diputado enérgico, hizo un discurso público en apoyo de las manifestaciones, proponiendo un boicot al desfile del 7 de septiembre, hablando de los cuarteles como de «cubiles de torturadores» y aconsejando a las novias de los cadetes que no bailaran con ellos en las fiestas de la Independencia…

El discurso del diputado fue la gota que colmó el vaso para el régimen, que necesitaba un pretexto: en diciembre de 1968 fue promulgado el Acto Institucional n.º 5, borrando cualquier vestigio de participación de la sociedad en el proceso político.

A partir del AI-5, Brasil sería gobernado por un régimen policial-militar estricto y riguroso. El Congreso, las Asambleas estatales y las Cámaras Municipales podían ser disueltas cuando el gobierno lo encontrase necesario. La censura absoluta «se instauraba» (en pasiva, según la moda del discurso de la época de la dictadura, sin sujetos agentes, encubriendo a los responsables…) en la prensa, en los medios de comunicación, en las escuelas y en las universidades. La acción represiva iba aún más lejos, con suspensión de derechos de muchos ciudadanos, cargos inhabilitados, prisiones preventivas de civiles por los militares, despidos de servidores públicos y persecuciones en empresas privadas, pases a la reserva de militares, confiscaciones, etc.

El Congreso fue cerrado y se anularon las actas de 110 diputados federales, 161 estatales, 163 concejales, 28 alcaldes y 4 jueces del Tribunal Supremo. Miles de personas fueron detenidas, entre otras Juscelino Kubitschek, Carlos Lacerda y

[47] Véase, de Zuenir Ventura, *1968, o ano que não terminou: a aventura de uma geração*, 28.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1995; y de Luís Mir, *Revolução impossível: A esquerda e a luta armada no Brasil*, São Paulo: Best-Seller, 1994.

el general Teixeira Lott, cuyo nieto sería torturado más tarde. Darcy Ribeiro fue detenido, juzgado por un tribunal de la Marina y enviado al exilio. El campus de la Universidad de Brasilia, invadido de nuevo, acogió tropas del Ejército durante tres meses.

La extrema derecha aprovechó también la oportunidad para realizar actos de terrorismo, como el que se planeaba en Río por el «Para-Sar», grupo de paracaidistas de salvamento de las Fuerzas Armadas. Después se supo que el plan –frustrado afortunadamente por una denuncia de un paracaidista (Sérgio «Macaco», que después sería perseguido)– era el de hacer estallar la Compañía de Gas en un momento de gran afluencia de público, secuestrando a continuación a Lacerda y al brigadier Mourão junto con 40 diputados y tirarlos al mar, para atribuir la acción a los comunistas.

Con tales medidas, el régimen establecía la exclusión del proceso político de trabajadores, asalariados, estudiantes (hijos de la clase media emergente) y desposeídos. Desde el punto de vista cultural, el régimen militar desmanteló la escuela pública, dejándola en la miseria, optando rápida, gradual y firmemente por el modelo de educación de pago. Proliferaron los «cursillos», carreras de poca monta que se transformarían en «facultades» y «universidades» que, salvo pocas excepciones, serían máquinas de hacer dinero (establecimientos comerciales de «enseñanza»…). Se eliminaba así la investigación, aumentaba el número de alumnos en cada aula y se fortalecían los *lobbies* que actuaban en comunicación con el Consejo Federal de Educación, cuyo objetivo era oficializar esas instituciones que se decían universitarias. El director de uno de esos «cursillos», que se transformaría en dueño de una gran empresa de enseñanza privada –universitario y de «excelencia»– llegó a tener un papel más importante en la «República de los militares» que el propio ministro de Educación.

La formación cívica se daría, oficialmente, a través de asignaturas reunidas bajo el rótulo de «estudios sociales», en los que se disolvían los cursos tradicionales de historia, geografía, filosofía, etc. Cursos sobre «problemas brasileños», «pasteurizados», se convirtieron en la piedra de toque de la enseñanza en todo el país, ofrecidos o supervisados en general por personas nombradas por la Asociación de Diplomados de la Escuela Superior de Guerra (ADESG).

Un hito de ese proceso de degradación de la enseñanza fue la reacción contra el congreso estudiantil en Ibiúna (São Paulo), que fue desmantelado por la acción policial y militar: los estudiantes fueron cercados por una operación de guerra, en la que resultaron presos y fueron fichados 700 participantes. La dictadura hacía explícito su rompimiento con la sociedad y con las nuevas generaciones.

Paralelamente, producciones y manifestaciones culturales como el teatro, la música y los espectáculos en general, eran vigiladas y censuradas. Varios festivales y espectáculos teatrales fueron prohibidos (y ni siquiera podían ser citados por la prensa), como *Calabar*, de Chico Buarque y Ruy Guerra, o *Gota d'água*, de Paulo Pontes y Chico Buarque, elegidos como los mejores autores teatrales de 1975. El estribillo del tema principal de esta última pieza era desafiante: *E qualquer desatenção*,

*faça não, pode ser a gota d'água**. Como acto de protesta, ninguno de los dos compareció en el teatro del Hotel Nacional en la entrega de premios, pues ese mismo año habían sido censuradas *Abajur lilás*, de Plínio Marcos, y *Rasga coração*, de Oduvaldo Vianna Filho.

A lo largo del periodo la censura trabajó intensamente cortando escenas, discursos, palabras… Un célebre verso de Chico Buarque, que evocaba un texto del Brasil holandés del siglo XVII, sobre un surrealista «buey volador», fue censurado porque el censor desconfiaba de su eventual contenido provocador. No tenía ninguno, pero el compositor, en el LP *Chico canta*, respondería con otra canción en que ironizaba *buey, volar no puede*… Con dificultades, fueron aceptadas por la censura canciones como *O que será*.

Según el testimonio del propio Chico Buarque en 1976, poco después del lanzamiento de su LP *Meus caros amigos*:

> Sin embargo, surgía la idea de que si me estaban prohibiendo, prohibiendo todo lo que hacía, es porque eso debía tener alguna importancia. Mi trabajo parecía poder ser útil a alguien. Mi resistencia también. Con lo cual no podía hacer otra cosa sino resistir […] Hoy, siento a mis colegas muy activos. Los del teatro se juntan para cambiar una injusta ley de regulación de su profesión. Una película como *Xica da Silva*, de Cacá Diegues, un *show* como *Doces Bárbaros*, de los bahianos [Caetano, Gil, Bethânia y Gal], son pruebas de que el arte brasileño esta ahí, vivo y productivo[48].

Un año después del asesinato de Herzog, Chico Buarque proponía incisiva y frontalmente: «Eliminación de la censura. Libertad para crear y ver Brasil»[49].

En aquel año de 1968, la rebeldía iba tomando cuerpo en Brasil, al tiempo que se extendían los movimientos estudiantiles por los principales centros urbanos del planeta, de Tokio a San Francisco y Berkeley, de París y Berlín a Nueva York y Londres. En Brasil, las ciudades de São Paulo, Río, Recife y otras capitales descubrían otras dimensiones más conflictivas de la modernidad.

No fueron pocos los compositores y escritores que expresaron sus protestas en canciones y poesías. La canción de Geraldo Vandré «*Para não dizer que não falei de flores*» le supuso la prisión y el exilio, pero se convirtió en el canto general de la juventud de ese momento (volviendo de vez en cuando, cantada incluso en los estadios de fútbol)[50].

(*) En traducción libre: «Y no cometa descuidos, puede ser la gota que colme el vaso». *N. del T.*

[48] Entrevista a Antônio Chrysóstomo, publicada en *Veja*, São Paulo, 27-10-1976, p. 5.

[49] *Ibid.*, p. 3.

[50] Véase en este capítulo la nota 46.

La sucesión del general Costa e Silva

En agosto del 1969 el mariscal Costa e Silva sufrió una trombosis cerebral, quedando semiparalítico. Inmediatamente, los militares de la «línea dura» crearon algo así como una nueva «regencia trina», constituida por los ministros del Ejército de Tierra, de la Marina y de Aeronáutica. Los comandantes de las Fuerzas Armadas asumieron el gobierno, con el ridículo argumento de que eso era necesario para impedir la toma de posesión del vicepresidente civil, Pedro Aleixo. Es decir, «imperativos de la seguridad nacional» impedían, incluso, el cumplimiento de una legislación promulgada por el propio poder vigente.

Mientras tanto, los opositores al régimen eran violentamente reprimidos y perseguidos. Decenas de jóvenes se sumaron a la lucha armada, asaltando bancos y practicando secuestros de diplomáticos para intercambiarlos por prisioneros políticos. Se produjeron disidencias dentro del PCB y del PC do B, tras intensos debates teóricos sobre los caminos y los medios para derribar no solamente el régimen sino el sistema capitalista, con la puesta en marcha de la Revolución.

El capitán Carlos Lamarca dejó el Ejército, se sumó a la lucha armada y comandó el asalto a la caja fuerte de la amante de Adhemar de Barros, ex gobernador de São Paulo, uno de los líderes civiles del golpe de 1964. Al mismo tiempo, Carlos Marighella, que escribió un manual de guerrilla urbana, intensificaba su actuación en los principales centros.

Consultados 240 generales, la cúpula militar escogió en octubre de 1969 al ex comandante del III Ejército Emílio Garrastazu Médici como nuevo presidente de la República, en lugar del general nacionalista Albuquerque Lima, que tenía buena imagen entre los jóvenes oficiales (discretamente) nacionalistas. El Congreso, que había sufrido una purga de 93 de sus miembros, inhabilitados para la ocasión, refrendó al elegido.

El gobierno Médici (1969-1974): fin de la lucha armada

El periodo que se abrió entonces, conocido como el del «milagro económico brasileño», correspondió al gobierno de otro general *gaúcho*, el más fascista de todos. Bajo Médici se produjo el fin de la lucha armada.

La economía de Brasil, después del periodo recesivo que caracterizó el gobierno Castello Branco, experimentaría una nueva fase de importante desarrollo industrial. En realidad, este brote de crecimiento beneficiaría tan sólo al 5% más rico que en 1960 tenía en sus manos el 27,3% de la renta nacional y ahora, en 1970, había llegado al 36%.

Según el Octavo Censo General de Brasil, la población aumentó hasta los 99.901.037 habitantes; más de la mitad (52 millones) en las ciudades. El número de analfabetos mayores de 10 años era de 18 millones. 26.079.171 personas, la mitad de la población activa, ganaban menos que el salario mínimo.

En esta situación de crisis, en que el salario mínimo real se mantuvo en el nivel de 1967, las clases medias emergentes se beneficiaron de aumentos salariales, al mejorar la remuneración de técnicos y profesionales de nivel superior, comenzando a disfrutar entonces de un mercado de consumo más sofisticado. Diversos sectores de esas clases medias dieron también sus primeros pasos como inversores –en la Bolsa de Valores y en la especulación financiera–, desencadenando una impresionante euforia que duraría hasta 1976, en que la economía brasileña batió todos los records de expansión.

Al final del ciclo surgieron los Movimientos contra la Carestía, liderados por mujeres, y el Movimiento Femenino por la Aministía, que entregó a la mujer del presidente americano Jimmy Carter, Rosalyn Carter, un documento relatando la situación de presos, exiliados y desaparecidos políticos, lo que repercutiría en el gobierno Geisel. Brizola, exiliado en Uruguay, se vio obligado a regresar a Brasil, pidiendo asilo en los Estados Unidos. En el informe Carter se cita la violación de los derechos humanos en Brasil, lo que hizo que Geisel rompiera el Acuerdo de Asistencia Militar Brasil-Estados Unidos, de 1952, y que pusiera fin a la Misión Naval Brasil-Estados Unidos.

El «milagro económico» de Delfim Netto

El llamado «milagro» se debió a las excelentes condiciones del mercado internacional, permitiendo la expansión de la economía brasileña a una tasa del 8,8% en 1970, subiendo al 14% en 1973. En este año se desencadenó la crisis mundial, al aumentar los precios del petróleo.

Antônio Delfim Netto, nacido en São Paulo en 1928, en el tradicional barrio pequeño-burgués de Cambuci, se convirtió en el principal personaje de este periodo del «milagro». Considerado el «mago de la Economía» de los gobiernos militares durante la dictadura, ocupó las carteras de Hacienda, Agricultura, Planificación y otros puestos importantes en el área económica. Fue uno de los firmantes del AI-5, que cerró el Congreso Nacional, suspendió las garantías constitucionales e impuso una fuerte censura a todo tipo de manifestación (real o imaginada) en el país.

Delfim se convirtió en el ministro todopoderoso del gobierno Médici (del final de 1969 a 1974). Intentó ser gobernador de São Paulo tras su salida del gobierno, pero el presidente «electo» Geisel eligió a otro paulista, Paulo Egydio Martins. El puesto para el que fue designado fue la Embajada de Brasil en París (Roberto Campos estaba en la de Londres), de donde regresó para ser ministro de Agricultura y, después, de Planificación del gobierno Figueiredo (1979-1985). En una reciente entrevista en la revista *Nossa História*, a preguntas sobre el «milagro», Delfim comentaba[51]:

[51] Sônia Araripe & Nívia Pombo, «Delfim Netto: 'Chega de fazer História sonhada'», en *Nossa História*, 4 (38), São Paulo, dic. de 2006, pp. 54-59.

> Hablar de «Milagro Económico»… Tengo mis dudas. Milagro es efecto sin causa. Aquí las cosas son muy claras. Es simplemente un Estado que entendió que podía expandir las exportaciones contra todas las teorías vigentes, sobre todo las de la CEPAL. ¿Qué decía esta teoría? No sirve de nada manipular el cambio porque eso no aumenta las exportaciones: Brasil es exportador de materias primas y existe una tendencia secular a la bajada de los precios de las materias primas. Una política apoyada en una teoría obviamente falsa […] Creo que Geisel hizo muy bien endeudando al país para mantenerlo en funcionamiento. Si no hubiese hecho eso, Brasil sería como Bangladesh[52].

A la pregunta de si firmaría de nuevo el AI-5, Delfim Netto respondió:

> Lo que está escrito ahí [en el Proyecto Historia Oral del Ejército] es que en esas circunstancias, en las mismas circunstancias, yo firmaría de nuevo. Estábamos caminando hacia un desorden total. No tengo duda. Tampoco sirve querer esconder que el Acto, la Revolución –o, si ustedes quieren, el régimen autoritario [*sic*]–, fue producto de la voluntad del pueblo […]. Lo que hubo fue una guerra[53].

Según el historiador Edgard Luiz de Barros, tal «milagro» se debió a la concentración de riqueza en las manos del 25% de la población, y a una «tempestad continua de dólares» provocada por la favorable coyuntura económica internacional:

> Los efectos del «milagro» se extenderían por los principales centros urbanos del país, especialmente del sudeste y del sur. El mercado fue invadido por todo tipo de productos, desde yogures a lujosos modelos de electrodomésticos y de coches. Enormes supermercados y sofisticados centros comerciales, verdaderos «templos del consumo», comenzaron a surgir con gran rapidez. Las ciudades se agigantaron y alcanzaron sus contornos definitivos de metrópoli. Puentes y avenidas tomaron el lugar de las pacatas calles y residencias […][54].

La lucha armada

Durante el periodo del «milagro», varias guerrillas urbanas y rurales se enfrentaron al gobierno. Grupos armados de guerrilleros intentaron derribar el régimen militar e implantar la revolución socialista en Brasil. Con estrategias y tácticas diversas, las organizaciones armadas de izquierda practicaban asaltos a bancos para conseguir dinero para financiar la lucha, o secuestraban embajadores extranjeros para obtener la liberación de presos políticos y presionar al gobierno dictatorial. Como respuesta surgió el «Escuadrón de la Muerte», ligado a grupos policiales que, matando a diestro y siniestro (sobre todo a políticos de izquierda), sería combatido por un fiscal extremadamente

[52] *Ibid*., p. 56.
[53] *Ibid*., p. 57.
[54] Edgard Luiz de Barros, *Os governos militares*, cit., p. 59.

valiente, Hélio Picudo. Este fenómeno crecería y tomaría otras formas violentas, hasta los días actuales.

Había un clima de terror, lo que llevó al crítico de arte Mário Pedrosa a denunciar públicamente la existencia de torturas en el país. Por este motivo fue detenido, provocando la reacción de intelectuales de todo el mundo, e incluso la solidaridad de Pablo Picasso y Alexander Calder.

En un periodo en que se multiplicaban los secuestros de autoridades practicados por los guerrilleros, se produjo el caso de un funcionario del Banco de Brasil, con el pintoresco alias de «Buen Burgués», que desviaba fondos de la institución para movimientos guerrilleros, y que fue detenido y torturado.

El tenebroso comisario Sérgio Fleury se convirtió en figura prominente del régimen. Acabó preso años más tarde, en una difícil coyuntura, en la que se discutían la amnistía y el peligro del revanchismo durante el último año del gobierno Geisel. En la revista *Isto É* de marzo de 1978, cuya portada mostraba el rostro del comisario con el título «La prisión del comisario Fleury» el combativo periodista Mino Carta escribía[55]:

> En el fondo, Fleury es un mito de la clase media brasileña, un héroe pequeño-burgués, como los sheriffs pistoleros eran los héroes de los pequeño-burgueses del Oeste americano y salvaje, de los pioneros que llegaban de la Costa Este en busca de fortuna fácil y tierra al sol[56].

Por fin, la tardía reacción liberal

Durante el gobierno Médici, las libertades civiles fueron totalmente eliminadas. Por el Decreto-Ley 1077, Médici instituyó la censura previa a periódicos, libros, revistas, canciones, películas y obras de teatro. Algunos liberales protestaron, como fue el caso de un juez del Tribunal Supremo Federal, Adauto Lúcio Cardoso, que llegó a tirar su toga al suelo, en desacuerdo. Fue la primera señal elocuente de la reacción liberal –siempre tan débil a lo largo de la historia de Brasil–, pero su ejemplo tuvo repercusiones incluso en el exterior. En efecto, los representantes de la sociedad civil, de forma general –de diferentes adscripciones políticas o sociales, fueran liberales, comunistas o socialistas, defensores de minorías, trabajadores o estudiantes–

[55] Mino Carta, «O xerife, o general e o nosso *West*», *Isto É*, São Paulo, 1-3-1978, pp. 4-10. En la misma revista y en el mismo reportaje de portada, véase el artículo de Percival de Souza, «O réu Sérgio Fleury», pp. 6-10. Se trata de una edición histórica que entre otros textos importantes, contiene una entrevista con el jurista Raymundo Faoro, «La Amnistía no cura todos los males». Debe ser señalado que Mino Carta -junto con Faoro, Claudio Abramo, Sérgio Augusto, Nirlando Beirão, Chico y Paulo Caruso, Marcos Sá Corrêa, Villas-Boas Corrêa o Aloysio Biondi, entre otros– hacía tiempo que venía enfrentándose al régimen en editoriales y artículos que constituyen piezas históricas. «¿Quién podía recordar que el comisario Fleury, cuando comenzó su carrera, no era más que un simple encargado de seguridad del cantante Roberto Carlos, en sus antiguos *shows* de la Joven Guarda, en la calle Consolación, en frente del Teatro Record?»

[56] *Ibid*., p. 5.

fueron tratados con violencia. Varios profesores fueron despojados de sus cátedras, vieron sus casas invadidas y sus libros confiscados, como ocurrió con docentes de la Universidad Federal de Río de Janeiro como Evaristo de Moraes Filho, Maria Yedda Linhares, Eulália Lobo y también el compositor y actor Mário Lago, además del editor Ênio Silveira.

En el esfuerzo represivo, se produjo pronto la unión de diversos organismos dentro de las Fuerzas Armadas, siendo creado el Centro de Informaciones del Ejército (CIEX), seguido de otros órganos como la OBAN, (Operación Bandeirantes) el DOI-CODI, (Destacamento de Operaciones e Informaciones-Centro de Operaciones de Defensa Interna) el CENIMAR (Centro de Informaciones de la Marina, que llegó a tener una Escuela de Tortura en la isla de las Flores, en la bahía de Guanabara, con asistencia de americanos) y el CISA (Centro de Informaciones Secretas de la Aeronáutica)… Lo más grave es que al tiempo que la represión se unificaba, las izquierdas se multiplicaban en direcciones distintas: derivados de los Partidos Comunistas, surgieron el MR-8 (Movimiento Revolucionario 8 de Octubre), en Río, y la ALN (Acción Libertadora Nacional), en São Paulo, a veces actuando conjuntamente. De la POLOP (Política Obrera y Campesina) y del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) surgieron el POC (Partido Obrero Comunista), la VPR (Vanguardia Popular Revolucionaria), y la VAR (Vanguardia Armada Revolucionaria)[57], más una infinidad de grupos con tesis, teorías, estrategias y tácticas variadas, ligados unos a la línea china, otros a la Revolución Cubana y a las teorías de Régis Debray, algunos adeptos a la línea campesina, otros concentrando aún sus sueños y energías en el *foquismo* urbano[58]. Según Darcy Ribeiro, «en conjunto, esas microorganizaciones movilizaron a cerca de mil combatientes»[59], lo que no era mucho.

La lucha se extendía. El empresario Boilensen, de la empresa Ultragás, fue asesinado por guerrilleros en São Paulo, pues era una de las firmas acusadas de financiar a los torturadores[60]. En la Base de Galeão, en Río, oficiales de Aeronáutica asesinaron al industrial y diputado federal Rubens Paiva[61]. El año anterior mataron a Marighella en una emboscada en São Paulo, como describió Jacob Gorender en su polémico libro *Combate nas trevas*, aunque las guerrillas continuaron con Lamarca en el valle del Ribeira. Meses después, Lamarca sería perseguido y muerto en el *sertão* de Bahía y su compañera Iara Iavelberg ejecutada en Salvador[62]. Como tantos otros personajes importantes de la lucha armada en su busca por la mejoría de las condiciones de vida de la población brasileña, Iara, psicóloga de sólida formación intelectual, traducía las inquietudes, sueños y aspiraciones de una pequeña-burguesía paulista de

[57] Para esas y otras siglas revolucionarias hay un Glosario en Jacob Gorender, *Combate nas trevas*, 6.ª ed. rev.y ampl. São Paulo: Ática, 1999, pp. 292-294, libro excelente y esclarecedor.

[58] Técnica de crear varios focos (de ahí el nombre) de guerrilla (en este caso, urbanas) –inspirada en Louis Auguste Blanqui (1803-1881), en su manual de guerrilla urbana, *Instruction pour une prise d'armes* (1867-1868)– utilizada por el Che Guevara y muy difundida entre las izquierdas en la década de 1960.

[59] 1969, «año del *Pasquim*», entrada 2005, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[60] *Ibid*., 1971, «año del Lamarca», entrada 2090.

[61] *Ibid*., entrada 2086.

[62] *Ibidem*.

origen modesto, empeñada en lograr cambios rápidos en el país. Como tantas otras personas, fue víctima de la reacción.

Hacia el final de la lucha armada, que sólo terminó de forma efectiva en 1976, se produjo la masacre de la Lapa, en São Paulo. En una emboscada, agentes armados mataron a varios militantes de la cúpula del PC do B, como el paraense Walter Pomar, el paulista Ángelo Arroyo y el *mineiro* João Batista Drummond, sin que éstos opusieran resistencia[63].

Al perfeccionarse la máquina represiva, con mayor sofisticación de los servicios de información y con la contribución financiera de las empresas, finalmente la lucha armada comenzó a ser desmontada. Los revolucionarios presos fueron sometidos a torturas inimaginables, como en el caso de Mário Alves, muerto por empalamiento[64]. Los «Escuadrones de la Muerte» actuaron en las principales ciudades, «ajusticiando» a criminales, mezclando con frecuencia sus acciones de exterminio con la lucha contra la subversión política.

El límite de las guerrillas: un nuevo «descubrimiento» de Brasil

En la región de Araguaia, en el Brasil Central, los guerrilleros del PC do B ocuparon la región del Pico del Papagayo, entre los Estados de Pará, Maranhão y norte de Goiás (región que pertenece actualmente al estado de Tocantins). El Ejército intervino dura y activamente en la eliminación física de los componentes de los grupos de la guerrilla rural, movilizando a más de 20.000 efectivos. Los militantes fueron presos, torturados, muertos o exiliados.

En Brasil, como en el resto de América Latina, la guerrilla fue desmovilizada por las fuerzas represivas. Desde 1971, con las primeras derrotas, había entre los movimientos de izquierda algunos que intentaban hacer ver que Brasil no era Cuba, que el proletariado no había alcanzado formas de organización que diesen sustento a guerrillas y que el «campesinado» (concepto discutible, incluso en la época) estaba lejos de cualquier tipo de conciencia revolucionaria movilizadora. La trágica muerte de Guevara en 1967 demostraba eso, además de las órdenes provenientes de China y de Vietnam, que sugerían un cambio en las estrategias de la lucha armada ante tantas derrotas. Órdenes que no siempre llegaron a su destino, o simplemente no fueron aceptadas, lo que explicaría la prolongación de los conflictos y también de los fracasos.

Por su parte, los militares alcanzaron tal grado de impopularidad que dejaron de mostrarse uniformados en público, algo que hacían comúnmente en los años 50 y 60, cuando eran admirados. En las capas más altas de la jerarquía, surgieron los militares «civiles» en los ministerios, en las presidencias de empresas estatales o en la dirección de compañías, como fueron los casos de César Cals, Mário Andreazza,

[63] Cf. de Wladimir Pomar, *Pedro Pomar. Uma vida em vermelho*, São Paulo: Fundação Perseu Abramo, 2002, *passim*.

[64] 1970, «año de los secuestros», entrada 2056, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

Costa Cavalcanti y muchos otros, presentes incluso en la empresa privada, como el general Golbery, que ejerció un cargo en la multinacional Dow Chemical.

El Brasil utópico de los socialistas y comunistas y el Brasil republicano de los demócratas liberales fueron sobrepasados por el Brasil real, de las multinacionales, de las empresas con contratos del estado y de sus defensores –«nacionalistas» entre comillas–, ahora sin uniforme.

El problema de la cultura. El diálogo que no se produjo: Darcy Ribeiro y Roberto Schwarz

Los medios de comunicación (la televisión en particular) sólo podían transmitir lo que fuese positivo para la imagen del país, y eso de la manera como el régimen veía a «su» Brasil. ¿Pero qué Brasil y que «Cultura Brasileña»? ¿Cómo hablar de una «identidad nacional»?

La llamada «Cultura Brasileña» se reducía a un muy limitado círculo de gente ilustrada. La visión estamental de cultura seguía siendo dominante. Como señaló Roberto Schwarz en 1970, en un país de 100 millones de habitantes, apenas 50.000 personas podían disfrutar de la «cultura erudita», esto es, dominaban un código culto, letrado. Lo que provocó en Darcy Ribeiro una reflexión airada, paradójica y desconcertante:

> Es verdad Roberto, esos son los letrados en nuestro país de analfabetos. Sin embargo, suman muchos millones los brasileños que guardan, transmiten y expresan en sus variadas vertientes la verdadera cultura brasileña, en lo que ella tiene de patrimonio común que nos identifica y nos singulariza entre los pueblos. Es gracias a ella que todos somos brasileños por la lengua que hablamos y por los modos sólo nuestros de hacer y de convivir, pero también por nuestra manera de creer, de divertirnos, e incluso por nuestros estilos creativos. Reducidos a nosotros mismos, los intelectuales y nuestros consumidores seríamos unos colonos exóticos, perdidos en tierras ignotas, rezando o perorando. ¿Y no será eso lo que somos?[65].

El colapso de un modelo: la crisis del petróleo

Como ya vimos, de los 99,8 millones de habitantes de Brasil en 1970, sólo un cuarto tenía acceso al mercado de consumo creado durante el «milagro» económico. El resto continuaba viviendo en la más absoluta pobreza y miseria: alejados de la educación, de la salud y del mercado de trabajo. A pesar de todo, la economía continuaba creciendo a un ritmo acelerado.

La primera conmoción vino en 1973, con la primera crisis mundial del petróleo. En aquel año, los principales países exportadores de petróleo decidieron aumentar

[65] *Ibidem.*

vertiginosamente el precio del producto en el mercado mundial. Brasil dependía de las importaciones de petróleo para su abastecimiento energético, pues Petrobras no producía lo suficiente para cubrir la demanda interna[66].

Al mismo tiempo, subieron los tipos de interés cobrados por las instituciones financieras internacionales. Brasil debía mucho dinero a los bancos extranjeros, pues había solicitado préstamos para realizar grandes obras públicas de infraestructura, para facilitar la expansión industrial. A partir de ese momento, comenzó a desmoronarse el modelo de desarrollo adoptado por los militares, que presuponía petróleo barato y préstamos con interés bajo. A pesar de ello, los gobiernos militares continuaron tomando préstamos en el mercado financiero internacional, con el resultado obvio del aumento, muy por encima de lo habitual, de la deuda externa.

Dentro del gobierno, mientras tanto, comenzaba a haber deserciones, como la del ministro de Agricultura Cirne Lima, que rompió ruidosamente con Delfim Netto y denunció la desnacionalización de la economía agrícola, utilizando argumentos de tipo ético.

El gobierno Geisel (1974-1979): el último *tenente*

> Desde principios de 1970 [Geisel] era uno de los hombres más fuertes para la sucesión de Médici. A finales de 1971 decía: «No muevo un dedo, pero tampoco me niego». No mostraba entusiasmo por el puesto: «¿Cómo se llega hasta mi nombre?». «Mira, ¡porque fulano es un cretino, mengano un burro, zutano un obsceno! ¿Son maneras?»[67].
>
> Heitor de Aquino Ferreira

Cuando se produjo la sucesión del presidente Médici, regresó al poder el grupo militar «ilustrado», bajo la coordinación del general Golbery do Couto e Silva –que contribuyó a la organización del golpe de 1964 y que después de 1968 fue apartado por la «línea dura»–, consiguiendo imponer la candidatura del general Ernesto Geisel. El nuevo presidente contó con el apoyo de su hermano y también general Orlando Geisel, miembro de la «línea dura» y ex ministro del Ejército del presidente Médici. De este grupo de «ilustrados» formaban parte João Batista Figueiredo (hijo del general liberal Euclydes de Figueiredo, participante en la Revolución de 1932), Heitor Aquino Ferreira, Otávio Medeiros y Armando Falcão. Este último, que fue igualmente ministro de Justicia en el gobierno JK, desempeñó el papel de portavoz del gobierno, manteniendo a la prensa a distancia con su frase monocorde, «No hay nada que declarar». Falcão, portavoz de un gobierno que se pretendía ilustrado, «ante

[66] El debate sobre el nacionalismo, el monopolio, las manifestaciones sociales y el papel del general Horta Barbosa, defensor del monopolio estatal del petróleo, fue descrito por Luís Nassif en «'O petróleo é nosso', página esquecida da História», en *Folha de S. Paulo*, 4.º cuaderno, São Paulo, 2-10-1983, pp. 36-37.

[67] Heitor de Aquino Ferreira, «13-11-1971» y «26-1-1972», en *Diário* (inédito), *apud* Elio Gaspari, *A ditadura derrotada*, *cit.*, p. 28, nota 12.

las reclamaciones de las familias desesperadas […] declaraba que su cartera no es una oficina de objetos perdidos…»[68].

El gobierno de Geisel adquirió importancia cuando realizó la propuesta de apertura del régimen. El general, de formación luterana, se empeñó con determinación en llevar a cabo una «distensión lenta y gradual», con la pretensión de devolver el país, «saneado», a un régimen constitucional civil. Para realizar el proyecto de «apertura» política, su gobierno tuvo que enfrentarse a la oposición de los militares de la «línea dura», que pretendían mantener el estado de excepción política, la cerrada dictadura militar. Geisel, tal vez con algunos recuerdos todavía del *tenentismo*, se quejaba ya el 20 de enero de 1975: «Revolución, Revolución, Revolución… está bien, ¿pero cuál es la idea nueva que traemos? ¿Qué es lo que queremos realmente?»[69].

A esas alturas se acababa el plazo de las suspensiones (10 años), pero los afectados no recuperaron sus derechos políticos. Con la realización de las primeras elecciones libres –excluidos los inhabilitados– el partido oficial, la ARENA, fue derrotado en varios estados, posibilitando una renovación de la Cámara, con 16 senadores y 175 diputados de la oposición. Entre los contrarios a los candidatos del régimen, fueron elegidos senadores: por São Paulo, Orestes Quércia; por Pernambuco, Marcos Freire; en Minas, Itamar Franco y Paulo Brossard por Rio Grande do Sul.

Surgieron en ese momento nuevas figuras en el escenario político, como Teotônio Vilela, empresario del azúcar alagoano y diputado de la ARENA, que se convierte en defensor de la amnistía, la democracia y la justicia social. Darcy Ribeiro comentó con sarcasmo sobre este hecho que la izquierda quedó extasiada, pues para ella «no hay nada más irresistible que un burgués progresista»[70]. Fue también el caso del nacionalista Severo Gomes, que en tanto que ministro de Industria y Comercio de Geisel y habiendo sido una de las «caras ocultas» del presidente, formaría con Teotônio un dúo brillante y activo, propugnando la apertura del régimen[71].

Sin estar todavía plenamente instalado en la presidencia, Geisel se vio obligado a hacer frente en 1975 al problema creado por el brutal asesinato del periodista y profesor Vladimir Herzog y, poco después, del obrero Manuel Fiel Filho en las dependencias de los servicios de seguridad del Ejército en São Paulo. El general-presidente sabía que había un gobierno paralelo en el Sistema. Eso explica sus palabras de desahogo:

> «¿Por qué no hacen una dictadura bien brutal? ¡Y me echan! Porque no voy a quedarme aquí cuatro años aguantando las animaladas de los coroneles, los mayores y los

[68] Cf. 1974, «año de los *trombadinhas*», entrada 2154, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit.

[69] Ernesto Geisel, *apud* Elio Gaspari, *A ditadura encurralada*, cit., p. 32.

[70] Darcy Ribeiro, 1974, «año de los *trombadinhas*», entrada 2153, *T&B*, cit.

[71] Cf. el reportaje sobre Severo Gomes, en *Veja*, n.º 425, São Paulo, 27-10-1976, pp. 20-26. Algunos de los enfrentamientos vividos en el gobierno por Severo pueden ser encontrados en Elio Gaspari, «A tortura da pessoa jurídica», en *A ditadura encurralada*, cit., pp. 333-347.

> capitanes […] Luego se queja la gente y dicen que hay un gobierno paralelo. ¡Claro que lo hay!»[72].

A partir de ese momento, la *sociedad civil* comenzó a presionar con mayor vigor al gobierno, demandando la garantía de libertades públicas de los ciudadanos. Abogados, médicos, periodistas, científicos, miembros de la Iglesia y líderes sindicales protestaron insistentemente contra los bárbaros métodos del régimen. Al mismo tiempo, reforzaron la posición de los militares liberales dentro del círculo de hierro del poder central. A pesar de las reacciones de los militares de la «línea dura», Geisel impuso a su sucesor, el general João Batista Figueiredo, ex jefe del SNI, dando así continuidad al proceso de «apertura» política.

Antes de entregar el gobierno a su sucesor, realizó reformas políticas para acelerar la «distensión», como vimos anteriormente. El «paquete de abril» constituyó un cierre del régimen, un choque, un retroceso, cuando parecía que todo iba con «normalidad». Esa intervención brutal en la vida político-institucional, sin embargo, garantizó a Geisel-Golbery el control del proceso sucesorio[73].

La nueva sociedad civil actúa: la larga batalla jurídica

La Orden de los Abogados (OAB) de Brasil y algunas entidades profesionales, como la Asociación de Abogados de São Paulo, estaban sometidas al Ministerio de Justicia y poco podían hacer por la restauración del orden democrático. Los abogados iniciaron una ardua lucha por el restablecimiento de la importancia de su papel y por la libertad para defender a sus clientes[74]. Bajo la presidencia de Miguel Reale Júnior y con apoyo de su Consejo, la Asociación de Abogados de São Paulo se involucró en la campaña por la revocación del Acto Institucional n.º 5, por la defensa del restablecimiento urgente del *habeas corpus* y por la amnistía. La institución se hacía así colaboradora de peso en este proceso que se dio en llamar, por miembros del gobierno Geisel, de distensión. Según su testimonio:

> La Asociación se convirtió en un hervidero de propuestas, entre las que destacó la comisión instituida para presentar críticas y sugerencias a la reforma constitucional propuesta por el Ministerio de Justicia, ocupado entonces por Petrônio Portella. Com-

[72] Presidente Geisel, citado en Heitor Ferreira, «5-2-1975», en *Diário* (inédito), *apud* Elio Gaspari, en *A ditadura encurralada*, cit., p. 38.

[73] Ver Thomas Skidmore, *De Castelo a Tancredo*, cit., pp. 372-375.

[74] Algunos graduados civiles también desempeñaban el papel de celadores del sistema, como se confirma en el testimonio del jurista Miguel Reale Júnior a los autores, el 20-2-2007: «A mediados de 1973 me comprometí en la lucha contra la sumisión de la Orden de los Abogados al Ministerio de Trabajo decretada por la dictadura. En mi condición de miembro de la Dirección de la Asociación de Abogados de São Paulo fui a una audiencia con el entonces ministro de Justicia, Alfredo Buzaid. El ministro, que al principio negó que conociese la medida […] verificó que existía incluso un despacho suyo favorable a la cuestión. […] el ministro dijo que se ocuparía del problema. […] La dictadura sabía a quién debía silenciar para mantenerse, y las quejas que debían ser enmudecidas venían, en gran parte, de los órganos de clase de los abogados».

> ponían la comisión Goffredo da Silva Telles Júnior, Celso Bastos, Walter Ceneviva, Manoel Alceu Affonso Ferreira y yo mismo. Las propuestas de la asociación pedían el regreso a la normalidad democrática y se referían en gran parte a los partidos políticos y al sistema electoral, y muy especialmente a formas de democracia directa: iniciativa popular, referéndum, plebiscito[75].

A partir de ese momento la asociación acogió a los líderes políticos de la oposición, por lo que organizó dos reuniones para oír a Paulo Brossard, líder de la oposición en el Senado y a Teotônio Vilela, para analizar las consecuencias nefastas a que se podía llegar caso se prolongase la situación política a través del «paquete» de abril de 1977. Con esta actividad, la Asociación de Abogados ocupaba cada vez más espacios en la prensa, en la que reivindicaba constantemente avances en el proceso de redemocratización. Miguel Reale continúa su testimonio:

> Se organizaron debates sobre temas candentes de la realidad brasileña bajo múltiples enfoques, con las visiones de Flávio Rangel, Gianfrancesco Guarnieri, Carlos Guilherme Mota, Celso Lafer, Oliveiros Ferreira, Henry Sobel y otros. Fue importante la Conferencia Nacional de la Orden de Abogados en junio de 1978 en Curitiba, que tenía como tema central el estado de derecho. Participé como conferenciante en calidad de presidente de la Asociación de Abogados, hablando sobre el tema «Tecnoburocracia y estado de derecho». [...] Nos opusimos a esa línea [de redemocratización gradual] defendida principalmente por el entonces abogado Oscar Dias Corrêa, pues para nosotros no había media libertad política, ni la democracia debería ser apenas lo posible, sino democracia sin adjetivos. Nuestra tesis prevaleció y fueron rechazadas en plenario las tesis gradualistas, tan deseadas por Petrônio Portella[76].

Después de abril de 1977, la reacción de la sociedad civil se intensificó. Un documento contundente, la *Carta a los brasileños*, de autoría del jurista y profesor Goffredo da Silva Telles, de la Universidad de São Paulo, supuso un sonoro grito de demanda democrática a la nación y al régimen.

LA *CARTA A LOS BRASILEÑOS* (1977): DESAFÍO AL RÉGIMEN

> Declaramos ilegítima la Constitución otorgada[77].
>
> GOFFREDO DA SILVA TELLES JÚNIOR

La *Carta a los brasileños* se hizo pública en un momento particularmente difícil: el proceso de lentísima apertura del régimen vivía una gran parálisis. Estaba, por un lado, el gobierno Geisel, partidario de la apertura, pero dentro de parámetros muy estrictos. A pesar del cese fulminante del general comandante del II Ejército, tras el

[75] *Ibidem*.
[76] *Ibidem*.
[77] Goffredo DA SILVA TELLES JUNIOR, *Carta aos brasileiros*, leida el 8-8-1977.

asesinato de Vladimir Herzog y de Manoel Fiel Filho, el clima estaba muy enrarecido y la ultraderecha continuaba muy activa.

Entre los perseguidos por el régimen en el gobierno anterior, fueron innumerables los muertos y los desaparecidos, como el diputado Rubens Paiva y la filósofa y directora de teatro Heleny Guariba. Los generales Geisel y Golbery sabían que no podían distraerse con esa derecha pre-megalítica. En el interior del Sistema eran criticados por ser muy liberales y condescendientes con la izquierda y con las aspiraciones de la sociedad civil. En sus libros, ya citados, Elio Gaspari analiza detalladamente esta difícil coyuntura, particularmente en *A ditadura escancarada*.

Después de 1975-76, la sociedad civil comenzó a organizarse de modo más sistemático, al percibir que había riesgo de un retorno a la dictadura cruenta de los tiempos del general Garrastazu Médici, aumentando la presión sobre el régimen para acelerar la apertura.

En este proceso fue muy importante, incluso decisiva, la actuación de entidades de la sociedad civil, las ya mencionadas Comisión de Justicia y Paz o la Asociación de Abogados de São Paulo, además de la acción de personalidades como el cardenal Dom Paulo Evaristo, Raymundo Faoro, Dalmo Dallari, Hélio Bicudo, André Franco Montoro, Mário Covas, Ênio Silveira, Carlos Heitor Cony, Tristão de Ataíde, Otto Maria Carpeaux, Barbosa Lima Sobrinho, Audálio Dantas, Goffredo da Silva Telles Júnior, Miguel Reale Júnior, José Carlos Dias o José Gregori, entre otros.

La admiración por la figura del profesor Goffredo da Silva, personaje romántico en una era de masificación, hacía tiempo que transcendía el *largo* de São Francisco, aunque no tuviese una presencia constante en los medios de comunicación de la época. Sin embargo, se sabía de su persona, de su postura siempre firme, de su discreta actuación a favor de alumnos y colegas perseguidos[78]:

> Desde las Arcadas del *Largo* de São Francisco, desde el «Territorio Libre» de la Academia de Derecho de São Paulo, dirigimos a todos los brasileños este Mensaje de Aniversario, que es la *Proclamación de Principios* de nuestras convicciones políticas.
>
> En calidad de herederos del patrimonio recibido de nuestros mayores, con oportunidad del Sesquicentenario de los Cursos Jurídicos en Brasil, queremos dar el testimonio, para las generaciones futuras, de que los ideales del Estado de Derecho, a pesar de la coyuntura de la hora presente, viven y actúan, hoy como ayer, en el espíritu vigilante de la conciencia nacional[79].

En aquellos meses, algunos empresarios despertaron del sueño en que se sumieron con el «milagro económico» de la dictadura. Debe mencionarse aquí que siempre

[78] Recuerdo el episodio, vivido por mí, en que el profesor y jurista estuvo discretamente al frente de los estudiantes, en medio del estallido de bombas lacrimógenas, ayudándonos para que huyéramos de un cerco de la policía a la Facultad. Salimos por un pasillo poco conocido del convento de São Francisco hasta el interior de éste y desde allí pudimos salir a la calle. Aquella presencia serena, elegante con su traje y corbata, nos daba una tremenda sensación de seguridad en tiempos de total incertidumbre (C. G. Mota).

[79] Goffredo da Silva Telles Junior, *Carta aos brasileiros*…

hubo un tipo de empresario ilustrado, como José Mindlin (el caso Herzog se produjo durante su gestión en la Secretaría Estatal de Cultura de São Paulo, en el gobierno de Paulo Egydio Martins) y Severo Gomes.

En el plano internacional, la *détente* suavizaba a los gobiernos fuertes que habían sido apoyados, e incluso financiados, por los Estados Unidos y por las *corporations*. En el terreno nacional, especialistas en la imitación, los brasileños empezaron a utilizar el término «distensión», que correspondía a la moderación de los tiempos duros de la guerra fría; en aquella época visitó Brasil el presidente de los Estados Unidos, el demócrata Jimmy Carter, para hacer negocios y enfriar los ánimos de la derecha, realizando encuentros ostensivos con representantes de la sociedad civil democrática participantes en las negociaciones para la apertura (Dom Paulo, Raymundo Faoro, José Mindlin o Cândido Mendes entre otros).

Hacia 1977, los movimientos de oposición comenzaron a forzar la apertura del régimen más allá de lo tolerable por Geisel-Golbery. En las elecciones, los diputados y los pocos senadores demócratas ganaban cada vez más espacio, lo que, como vimos, llevó a la Presidencia a promulgar el famoso «paquete de abril», cerrando el Congreso por un breve periodo, para la implantación de medidas restrictivas que asegurasen la «apertura», o, por lo menos, frenasen su ritmo.

Se trataba de un retroceso. Fue en ese momento cuando surgió la *Carta a los brasileños*, advirtiendo contra el peligro de la marcha atrás y animando a las fuerzas democráticas a redoblar su presión e iniciativas en las luchas por la apertura y proponiendo una Asamblea Nacional Constituyente. Fue un acto de coraje.

La Asociación de Abogados de São Paulo, contrariando la tradición de no manifestarse sobre asuntos políticos, fue la primera entidad que suscribió la Carta, entendiendo que no se trataba de una cuestión político-partidaria, sino institucional. Algunos trechos de este documento bien fundamentado, suscrito en el primer momento únicamente por el profesor Goffredo da Silva Telles, permiten comprender la gravedad del momento[80].

El impacto político de la *Carta a los brasileños*

La carta tuvo un fortísimo impacto, provocando en el Congreso Nacional y en los diferentes ámbitos de la sociedad civil un intenso debate, pues su autor era una personalidad conocida, seria e independiente. En la USP, el profesor Goffredo era querido por sus alumnos, incluso por los de otras facultades y universidades. Alumnos de otras escuelas acudían a las Arcadas (la Facultad de Derecho de la USP, en el *largo* de São Francisco, en el centro de São Paulo), para asistir a sus brillantes conferencias. Hombre ajeno a posiciones o grupos partidarios, había actuado ya en el golpe de 1964, denunciando abusos, encubriendo a estudiantes, aconsejando

[80] En otros pasajes de la Carta se proclama la ilegitimidad del régimen y se propone con sólidos argumentos la necesidad de una Asamblea Nacional Constituyente.

tranquilamente, en época de tantas desesperanzas, lo que se podía hacer para el mantenimiento del equilibrio durante los conflictos. Fue de los primeros en suscribir varios documentos de protesta contra la dictadura. Le preocupaban las acciones de la extrema derecha y de los perros guardianes del régimen, algunos de ellos con asiento en la propia Facultad de Derecho (como Moacir Amaral Santos, Gama e Silva y Alfredo Buzaid), en los consejos universitarios del país o en los más recónditos departamentos de las facultades.

La *Carta a los brasileños* se anticipó a algunas iniciativas de juristas liberales y demócratas y aceleró otras menos célebres, aunque en la misma dirección y con semejante propósito. Muy bien redactado, incisivo, nítido y frontal, el documento hizo despertar a sectores adormecidos de la sociedad y dio aliento a otros. No provenía de alguien de la izquierda formal, ni tampoco de alguna asociación. Salía de la pluma de un jurista respetado, figura pública, aunque discreta. Algunos periódicos y revistas le dieron cobertura y multiplicaron los efectos de la Carta.

El hecho es que este documento significó un contundente toque de atención y que surgió en un contexto de recuperación del proceso de redemocratización. El *impasse* era preocupante, pues a pesar de las críticas se depositaba alguna esperanza en la apertura de Geisel, persona que parecía confiable. Muchas otras iniciativas siguieron en esa lucha por la apertura. Recordemos que los servicios de represión continuaban actuando y vigilaban a los demócratas (incluso dentro de las universidades), lo que ocurrió por lo menos hasta 1983, como se puede constatar en la documentación del DEOPS en el Archivo del Estado de São Paulo[81].

En julio de 1977, la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia (SBPC) –que se convirtió en un forum de debates en que se reunían anualmente investigadores, profesores y otros representantes de la sociedad civil– se mostraba aún muy tímida en relación a la «distensión y apertura» del régimen. La reunión realizada en la Universidad Pontificia de São Paulo (PUC-SP) en la segunda semana de aquel mes, congregó de media a tres mil personas por día. En el encuentro se llegó a pedir la extinción del AI-5 y se discutió la necesidad de proponer una Asamblea Constituyente con plenas libertades como alternativa. La propuesta fue derrotada en aquel momento, pero se realizaría largos años después…[82]. No es casualidad que algunos

[81] Los dosieres contra el profesor Goffredo, el profesor Florestan Fernandes, Antonio Candido y otros son especialmente farragosos. Hay que destacar también que la bomba que estalló en el Riocentro, acto de la extrema derecha en 1981, revelaba que el régimen dictatorial estaba bien vivo y activo, y que el gobierno Figueiredo estaba a favor de la apertura, pero era impotente. Tampoco destacó este gobierno por su eficiencia en la tal apertura negociada. La *Folha de S. Paulo* hizo una excelente cobertura de 1980 a 1983 o 1984, con Otávio Frias Filho, ex alumno de las Arcadas, al frente del periódico. Pude [Carlos G. Mota] observar de cerca su trabajo en esa dirección. Vale la pena volver a leer los valientes editoriales de la *Folha*, así como los que Mino Carta publicó en su revista semanal, *Isto É*. Se trataba de un momento de cambio político-ideológico. En Río fue muy importante Elio Gaspari, en el *Jornal do Brasil*, entre otras cosas porque tenía formación de historiador y conocía como ningún otro periodista los meandros del régimen y el esfuerzo efectivo del general Golbery para su apertura.

[82] Cf. «SBPC pede anistia, mas nega-se a votar constituinte», en *O Estado de S. Paulo*, 12-7-1977, p. 16. La mesa redonda en el anfiteatro de la PUC-SP estaba constituida por los profesores Paulo Sérgio Pinheiro

historiadores de la época –nacionales e internacionales– observaran, con una pizca de ironía, que la tan cacareada «transición a la democracia» en Brasil era una de las más largas de la historia. Y de las más incompletas.

La dictadura acorralada: reflexión sobre el poder militar

> Geisel quería menos dictadura haciéndose más dictador[83].
>
> Elio Gaspari

Quien mejor definió el concepto de poder que marcó la actuación y la época del general-presidente Ernesto Geisel (el «sacerdote») y de su jefe de la Casa Civil, el general Golbery (el «hechicero»), fue Elio Gaspari. El periodista-historiador conoció –como pocos, y no sin riesgos– las entrañas de ese poder y supo acumular, organizar y dar sentido a las informaciones recogidas en la documentación personal de personajes importantes, algunos de los cuales se convirtieron en sus interlocutores. Fundamentalmente el propio general Golbery y el secretario de Geisel, Heitor de Aquino Ferreira, autor de un minucioso *Diário* (inédito) del día a día de la Presidencia.

Sus libros permiten comprender ese periodo de transición (de la «distensión a la apertura») y representan una profunda revisión historiográfica. En ellos se prueba que aunque inflexible, la derecha no era tan compacta como se pensaba y que, en el interior de los partidos, la izquierda no actuaba con tanta eficiencia como proclamaban sus militantes y mitómanos. Lo que es más: que el empresariado estaba balbuciente y perdido en ese tiroteo sobre privatización *versus* estatalización; y que Geisel no era tan «liberal» como se imaginaba. Al final llegó a admitir que se producían torturas. Concluye Gaspari que el ideólogo Golbery, hombre cultivado y enfermizo, no logró conducir el proceso de democratización hacia un desenlace que evitase las colisiones en el periodo de Figueiredo, «un primitivo», según el historiador.

Todo nos lleva a pensar, al hojear las páginas de esa obra, que hubo más transacción que «transición». En efecto, los análisis de los libros de la serie parecen encaminarse desde el primer volumen hacia una interpretación del papel de Geisel-Golbery, el dúo que –bien o mal– logró dar un significado más profundo al régimen militar, sobre todo al explicitar sus contradicciones. Papel ya presentido por un historiador como José Honório Rodrigues, que en su apartamento-biblioteca de

(coord.), Dalmo Dallari, Marilena Chauí, Francisco de Oliveira, Lúcio Kowarick, Francisco Weffort y Carlos Guilherme Mota. Según Weffort, «el liberalismo está muerto. Pero habla». Dallari hizo objeciones a la tesis de la Constituyente, pareciéndole más correcto luchar en aquel momento por la extinción del AI-5; C. G. Mota «fue el primero en defender la tesis de la convocatoria de una Asamblea Constituyente, con plenas libertades, como salida para el *impasse* actual» (*Ibidem*).

[83] Elio Gaspari, *Ditadura encurralada*, cit., p. 34.

Ipanema alertaba en septiembre de 1967: «Esta dictadura va lejos. Hay que observar a esos hermanos Geisel [Orlando y Ernesto], cuyo poder asciende rápidamente»[84].

El historiador acertaría en su diagnóstico, aunque en aquellos momentos la que ascendía de hecho era otra derecha, la pre-megalítica, responsable de lo que Gaspari denomina «anarquía militar». A Geisel le quedaría reservado, dentro del cuadro dictatorial, el papel de domarla. En las palabras de Gaspari, en nota explicativa:

> «Entre las últimas semanas de 1974 y la jornada del 12 de octubre de 1977, cuando Ernesto Geisel destituyó al ministro del Ejército, el general Sílvio Frota, se enfrentaron la anarquía militar y el poder republicano del presidente. Era el choque que el régimen intentaba evitar desde 1964. Por la noche, cuando Frota traspasó el cargo a su sucesor, Fernando Bethlem, la anarquía estaba bajo control. Cupo al general Geisel la defensa del poder constitucional. Él, que había participado en los desórdenes militares de 1922, 24, 30, 37, 45, 61, 65, 68 y 69[85].

Efectivamente, Geisel, el «último *tenente*», puede ser entendido como una representación tardía de esa vertiente reformista y antioligárquica que surgió en la *República Velha*, atravesó buena parte del siglo XX y se enfrentó a los dilemas y opciones creados por la guerra fría, por el reformismo desarrollista-populista, por las tentativas de revolución de tipo socialista, por la «necesidad» de privatizaciones y de reforma del Estado, por el capitalismo salvaje, por la ultraderecha y por la internacionalización del país.

En las páginas iniciales de *A ditadura derrotada*, se dibuja ya un breve perfil biográfico del ex *tenente* que arroja luz sobre el modo como el general hizo frente a los dilemas creados con la «distensión» iniciada por él. Con Golbery y Heitor se molestaba y se sensibilizaba con las quejas de la sociedad civil, pero cultivó hasta el final un pétreo sentido jerárquico, gracias al cual el país escapó a lo peor, una dictadura jurásica[86].

Desde las luchas por la garantía de los derechos civiles –y de las estrategias del jurista Raymundo Faoro– hasta llegar a la derecha ilustrada de Golbery, pasando por personajes notables como el republicano Severo Gomes, ex ministro de Castello y de Geisel, Elio Gaspari presenta y saca brillo a distintas figuras, como el senador Petrônio Portella, un activista liberal de la apertura, describiendo cuidadosamente también las peripecias del empresariado paulista. En la obra son recogidas algunas declaraciones de miembros de la patronal, como la exclamación irónica de Antônio

[84] José Honório Rodrigues en conversación con el autor [Carlos G. Mota] en septiembre de 1967, en su apartamento de la calle Paulo Redfern, 23, C01, en el barrio de Ipanema, en Río de Janeiro.

[85] Elio Gaspari, *Ditadura encurralada*, cit., p. 14. Sobre la actuación de Geisel en esos episodios, ver la nota 2, en la misma página.

[86] Cf. el capítulo «Um saiu», en Elio Gaspari, *Ditadura encurralada*, cit., pp. 475-481. La formación de historiador, entonces marxista, de Gaspari en Río de Janeiro, en una universidad polarizada entre la derecha y la izquierda y en un caldo populista condimentado con generoso tercermundismo, agudizó la percepción de aquel que se convertiría en uno de los principales periodistas-historiadores de Brasil, interlocutor cualificado de la izquierda y la derecha.

Gallotti, el controvertido y «ladino» presidente de la Light (esa «madre de todos», en la expresión de la época, proveedora de energía y luz, pero también de buenos empleos a derechistas y liberales de variado pelaje): «El gobierno pasado torturaba a personas físicas. El actual tortura a personas jurídicas»[87].

Haciendo hablar a los personajes que el periodista conoció y de los que extrajo lo que tenían de mejor –hay innumerables debates y diálogos, como el de Golbery con Severo, en el momento de su dimisión, y hasta explosiones de ira de Geisel con su secretario Heitor, como cuando le tiró el teléfono–, el libro ofrece una visión de conjunto inédita, muchas veces sorprendente, de un periodo decisivo de la historia brasileña contemporánea. No fueron pocos los periodistas, políticos e historiadores (como el ya citado Thomas Skidmore, Ralph Della Cava y otros) que en esta fase salieron en busca de información, ni escasearon los agentes que seguían –a veces literalmente– los pasos de Gaspari. En el *Diario* inédito (que será publicado algún día) de Heitor de Aquino, el estratega del momento, seguramente habrá información sobre el propio Gaspari…

En el análisis de algunas ideas e intervenciones de Geisel se encuentran algunos de los momentos cumbre de la mencionada obra. En esa precaria galería de presidentes militares, marcados por su rudimentaria visión de la historia, el «Alemán» destacaba, no sólo por sus frases de impacto y sus acciones fulminantes. El presidente, consciente de la existencia de un poder paralelo, subterráneo y feroz, y de la existencia no siempre discreta de una guerra de exterminio y de fuerzas manipuladas por los «tigres» ultraderechistas (como los define Gaspari), tuvo un alto sentido histórico de su papel. Ya el 20 de enero de 1975, en el Palacio del Planalto, en una presentación para el Alto Mando de las Fuerzas Armadas (reunido por invitación suya), realizó, desde la óptica presidencial, un diagnóstico de la situación como en pocos momentos de la historia de Brasil. En esa sesión, reconstruida por Gaspari con rigor, Geisel analizó la situación mundial, la inflación y el desempleo, el desprestigio de los Estados Unidos, el avance de la izquierda en Europa y un posible peligro soviético renovado, además de la renuncia de Nixon, la caída de Salazar, seguida por la del general Spínola, y el golpe (y prisión) de los coroneles en Grecia. A continuación, pasó a examinar la situación interna, mencionando la derrota del gobierno en las elecciones de noviembre, cuando el Sistema fue cogido de sorpresa. «Por debajo, nosotros no sabíamos lo que estaba ocurriendo». Criticó el acomodo de sus pares y definió a la ARENA, el partido oficial del gobierno, como partido «extremadamente débil». Sus palabras abrieron una nueva etapa en la vida política del periodo dictatorial:

> El gobierno se despreocupó mucho de la política. […] Ahora, o nos ocupamos de este problema, o continuamos sin apreciar la política y soñamos con una dictadura, lo que me parece la peor situación[88].

[87] *Ibid.*, p. 332.
[88] *Ibid.*, p. 29. Documento extraído de una grabación, revisado por Heitor Ferreira.

Su percepción histórica –perfeccionada por la convivencia con su estratega Golbery– lo llevó a analizar el cuadro electoral, el peso y las novedades de la izquierda, su infiltración en la prensa, los problemas del sistema de Seguridad Social, los conflictos con la Iglesia, problemas de salud pública, la desfiguración del gobierno, etc. etc. Según Geisel, además, urgía conocer los cambios en la izquierda y ver como actuaba, para encontrar nuevos métodos. «No podemos cristalizar nuestro sistema de represión.» El régimen, proseguía, no podía continuar como en 1969 y 1970. Se puede percibir ahí que las acusaciones de arbitrariedad, de torturas y de procedimientos ilegales habían calado hondo en el presidente:

> Esto es un factor muy negativo para el gobierno, y tenemos que examinar, ver hasta donde podemos ir para atender este problema que se presenta ahí, de los derechos de la persona y no se qué más[89].

Conocedor de la historia, Geisel alababa la «unidad militar», pero temía una «fragmentación de las bases», advirtiendo:

> No soy un fetichista en esta historia, pero creo que tenemos que tener cuidado para que esto no se convierta en un bumerang contra nosotros[90].

A esta altura de los acontecimientos, estaba sobre la mesa la cuestión del estado de derecho. El MDB, partido en que se reunía el frente de la oposición, lanzó una campaña contra el AI-5, «objetivo remoto que nosotros debemos buscar alcanzar, pero, antes de alcanzar el estado de derecho, nosotros tenemos que preocuparnos de mantener el orden en el país». Geisel, en su discurso, repleto de términos como «renovación», «creación», «ideas nuevas de acción», dio todos los mensajes que quería, incluso al ministro del Ejército Sílvio Frota, acerca de los excesos (en el tratamiento a los «subversivos»), cuyo daño recaía en el propio régimen.

Días después, cuando se barajó la posibilidad de una nueva reunión del Alto Mando, Geisel, en un raro desbordamiento de ironía cáustica, disparó: «No voy a hacer todos los meses una pastoral para el Ejército»[91].

De este modo, ya desde el principio, el gobierno Geisel traía el mensaje de la necesidad de una lenta distensión del régimen, comenzando su debate entre dos polos: las alcantarillas del régimen querían más detenciones, torturas, desapariciones y «suicidios», mientras que el ala blanda alimentaba la distensión. Geisel-Golbery-Heitor jugaban la partida en una serie de avances y retrocesos, aceptaciones y rechazos, marchas y contramarchas, ejercitando en nuevos moldes una complicada –por no decir perversa– dialéctica del poder. En síntesis, esta es la clave para la comprensión del periodo, según Gaspari:

[89] *Ibid.*, p. 31.

[90] *Ibid.*, p. 30.

[91] Heitor Ferreira, «13-2-1975», en *Diário* (inédito), *apud* Elio Gaspari, *A ditadura encurralada*, cit., p. 34.

> Colocándose en la posición de árbitro del gradualismo, estaba al mismo tiempo descomprimiendo el proceso y dejando que se afianzara en su manera de actuar el arbitrio de la dictadura. Quería la distensión, siempre que tuviese la prerrogativa de decir, cual, como y cuando[92].

A partir de esta tesis, Gaspari elabora una serie de ideas sobre el poder, junto con narrativas minuciosas y bien fundamentadas basadas en documentación de archivos personales, noticias o entrevistas, presentándonos finalmente un cuadro bien amarrado, en el que ideologías, modelos, tendencias e instituciones (incluso partidarias) sustentan la acción de los personajes. Personajes que cubren todo el espectro jurídico-político, económico y periodístico brasileño, desde la firmeza del dr. Ulysses Guimarães o del cardenal Dom Paulo Evaristo Arns, hasta las peripecias de Marcos Vianna; de la presión del embajador americano Crimmins contra la tortura (con el apoyo del cónsul presbiteriano Chapin) a la acción decisiva del jurista Raymundo Faoro en el caso del *habeas corpus*; y de la actuación de la prensa (*O Estado*, *Jornal do Brasil*, y los periodistas Mino Carta, Otávio Frias Filho, Claudio Abramo y Audálio Dantas, entre otros) a las de Marco Maciel y Fernando Henrique Cardoso (el episodio del intento de inhabilitarlo es grotesco). Y, naturalmente, a personalidades que tuvieron un destino trágico, como Vladimir Herzog, el profesor-periodista «suicidado» por el régimen.

Este estudio sobre la historia y los proyectos de Brasil cultivados por el cuartel merece, por lo tanto, un lugar destacado en este capítulo. Es una guía que pone en su lugar a militares modernizadores, como el brigadier Délio Jardim de Mattos, de fuertes tendencias *udenistas*[93], a trogloditas como el teniente-coronel Carlos Ustra, y a las opacas figuras de energúmenos de las «alcantarillas», que torturaron de forma bárbara a hombres dignos, personalidades de ideas y de acción, como hicieron con el *mineiro* Marco Antônio Coelho, figura de las más nobles y mejor formadas de su generación[94]. Finalmente, conviene resaltar la actuación de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB), que no ahorró críticas a la dictadura. En la CNBB destacó el *gaúcho* Dom Ivo Lorscheiter (1928-2007), primero como secretario general (1971-1978), después como presidente (1979-1986), actuando con la mayor serenidad en los años duros del régimen militar. Apoyó a las familias de presos políticos, denunció torturas y asesinatos, defendió a curas, monjas y obispos amenazados, se enfrentó a generales que veían en él «excesos de la Iglesia», defendió a Dom Pedro Casaldáliga en los conflictos de tierras en São Félix do Araguaia (enfrentándose tanto al gobierno militar como al Vaticano), apoyó a Dom Waldir Calheiros en el enfrentamiento con militares en Volta Redonda, y a Dom Adriano Hipólito, secuestrado por agentes de seguridad de la Baixada Santista, etc., etc. Fue un promotor de las

[92] *Ibid.*, p. 35.

[93] Era el predilecto del brigadier Eduardo Gomes. Véase la publicación Délio Jardim de Mattos, *Palavras do tenente-brigadeiro-do-ar Délio Jardim de Mattos, ministro da Aeronáutica*, Brasilia: Palácio do Planalto/Secom, 1980.

[94] Así lo consideran intelectuales de su grupo-generación como Francisco Iglesias, Sábato Magaldi y Antonio Candido.

Comunidades Eclesiales de Base e incluso de los curas de la Teología de la Liberación. Primo de Dom Aloísio Lorscheiter, otro notable contestador de la dictadura, Dom Ivo falleció el 5 de marzo de 2007[95].

El modelo autocrático-burgués se sofistica

Sucede que el modelo autocrático-burgués, descrito por Florestan Fernandes, estaba –y continúa estando– sustentado por personas: los libros de Gaspari revelan las caras y las máscaras de ese modelo. A lo largo de sus páginas, en el suelo de la historia, todos los personajes pueden ser encontrados en su verdadera grandeza –o bajeza. Con esta obra se cierra un periodo de la historiografía brasileña y se abre una nueva pauta, con preguntas inquietantes, aún no respondidas. Por ejemplo, ¿cuál fue el papel efectivo de los empresarios, incluso los que financiaron la represión, y que no aparecen, o muy poco, en esos volúmenes? El modelo es autocrático-burgués, como se sabe, pero la burguesía, nativa y *multinacionalizada*, aparece poco; casi tangencialmente. Y, del otro lado de la barrera, ¿no valdría la pena analizar en profundidad la actuación de personalidades de esa nueva sociedad civil, como el propio jurista Faoro, que Gaspari y Mino Carta conocieron tan bien? ¿O Barbosa Lima Sobrinho, Audálio Dantas, Claudio y Perseu Abramo, el obispo Casaldáliga, Alberto Dines, Fernando Pedreira, Carlos Castello Branco, Moacyr Werneck de Castro, Villas-Boas Corrêa, Joel Silveira y tantos otros, diseminados por todo el país? Finalmente, sigue habiendo puntos oscuros, como el hecho nunca aclarado de que, semanas antes de asumir el poder, Geisel habría propiciado una «limpieza» previa, radical, en ciertas alcantarillas dominadas por la ultraderecha.

En aquella difícil coyuntura, varias figuras representativas produjeron acciones, muchas veces audaces, en las que se empeñaron con dedicación. Fue el caso de Dalmo de Abreu Dallari, presidente de la Comisión de Justicia y Paz de la Archidiócesis de São Paulo; José Carlos Dias, imbatible en sus defensas *pro bono* de reos, en la Auditoría Militar de la calle Brigadeiro Luís Antônio (en São Paulo); Miguel Reale Júnior, provocando debates de ideas y formulando propuestas democratizadoras en la Asociación de Abogados de São Paulo y en la Orden Brasileña de Abogados[96]; Barbosa Lima Sobrinho en la ABI (*Associação Brasileira de Imprensa*); José Gregori en varios ámbitos; André Franco Montoro en el Senado; y muchos otros.

Este nuevo perfil de abogado-jurista (que se contraponía al *bachillerismo* tradicionalista y reaccionario) demanda nuevas investigaciones e interpretaciones. En la comunidad religiosa aún se esperan estudios más profundos sobre la participación decisiva de Dom Paulo Evaristo Arns y sus obispos, curas y monjas, de enorme valor y coraje, y también del valiente pastor James Wright y del rabino Henry Sobel (que no admitió el entierro de Herzog en un cementerio común reservado a los suicidas,

[95] Cf. José Maria Mayrink *et al.*, *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 6-3-2007, p. A14.

[96] Entre las innumerables personalidades que Miguel Reale Júnior, al frente de la AASP, invitó para discutir la necesidad de apertura del régimen, estuvieron Gianfrancesco Guarnieri, Celso Lafer, Oliveiros S. Ferreira, Mino Carta, Franco Montoro, Mário Covas y Eduardo Suplicy.

por haber considerado que él fue asesinado, como después se comprobó), entre los líderes más destacados.

Finalmente, en octubre de 1978, el general Geisel acabó revocando los Actos Institucionales promulgados por los gobiernos militares anteriores y en 1979, su candidato, el general João Batista Figueiredo, asumió la Presidencia.

El gobierno Figueiredo (1979-1985): ¿transición o transacción?

> Digo que hay que abrir y quien quiera que yo no abra, le detengo y lo reviento[97].
>
> João Batista Figueiredo, 1979

Al convertirse en presidente, el general de caballería Figueiredo, carioca (aunque de formación *gaúcha*), permitió las elecciones directas para los gobernadores estatales, propuso una política externa más abierta y provocó una serie de polémicas sobre el propio poder militar.

La sociedad civil avanzaba en sus reivindicaciones y propuestas de *redemocratización*, aunque algunos sectores más críticos advertían de que en Brasil no se podía utilizar ese término, sino el de «democratización», pues democracia *de facto* era algo desconocido en la historia brasileña. El peligro de un recrudecimiento de la dictadura, aparecía en el horizonte. Ante las nuevas y vigorosas iniciativas de las fuerzas democratizadoras– campañas por las Elecciones Directas, por la Asamblea Constituyente, o por la abolición de la censura–, el general advertía, ampliando y haciendo más denso el vocabulario y la imaginación política nacional: «No me amenacen, ni al régimen, si no 'me recrudezco'»...[98].

Amnistía para los inhabilitados y los exiliados. ¿«Conciliación»?

En octubre de 1978, el general Figueiredo puso de nuevo en circulación el término «conciliación». El escenario político empezó a agitarse, debatiendo e intentando saber lo que estaría «en la otra mano» de los militares. Los líderes más progresistas no admitían la vuelta a la vieja metodología de la «Conciliación desde arriba», pues varios sectores de la sociedad comenzaban a exigir que fuesen tenidos en cuenta los canales de representación de la sociedad civil y que se concediera una amnistía sin restricciones.

En agosto de 1979 el Congreso aprobó el proyecto de amnistía para los presos políticos y para los ciudadanos que habían sido exiliados por el régimen militar. La

[97] *Apud* 1979, «año de la Amnistía», entrada 2318, en Darcy Ribeiro, *T&B*, cit., reproduciendo una de las inolvidables «perlas» del presidente Figueiredo.

[98] El presidente Figueiredo era prolífico en frases de efecto (dudoso). Esta expresión, que se nos escapa donde fue dicha, provocó innumerables discusiones de lengua portuguesa, por la conjugación del verbo recrudecer.

amnistía se convirtió en la cuestión esencial. El profesor Miguel Reale Júnior, como representante de São Paulo en el Consejo Federal de la OAB, presentó junto con José de Castro Bigi, un conjunto de enmiendas al proyecto de amnistía que fueron propuestas oficialmente a los parlamentarios del MDB. En las propuestas, los juristas se oponían al tratamiento discriminatorio que amparaba la ley, que concedía amnistía únicamente a los que hubieran cometido delitos colaterales, eufemismo usado por el régimen para referirse a los crímenes practicados por los militares y policías acusados de torturas y muerte de presos políticos, sin que, del otro lado, se extendiese la amnistía a los que habían participado en la lucha armada contra la dictadura. Según el jurista y profesor: «La amnistía debía ser una carretera de doble sentido, ya que el argumento que se utilizaba para amnistiar a los torturadores era el de la pacificación nacional. Creo que obtuvimos un buen resultado en esa empresa, especialmente gracias a la interpretación que dio a la ley el Tribunal Superior Militar»[99].

La mayoría de las personas inhabilitadas por los militares pudo retomar sus actividades. Los líderes Brizola, Arraes y Prestes retornaron del exterior. También regresó del exilio Fernando Gabeira y publicó el testimonio *O que é isso, companheiro?*[100], un fuerte documento de su generación, ampliamente divulgado que actualizaba y renovaba las concepciones de –y al respecto de– las izquierdas (la política y la cultural), rancias y tradicionalistas.

El ministro de Educación del gabinete de Figueiredo, el respetado escritor y profesor Eduardo Portella (los ministros anteriores eran o militares o abiertamente fascistas, con excepción del general Rubem Ludwig) intentó llevar a cabo un serio intento de reforma educativa en profundidad. Sus proyectos en defensa de la escuela pública y de una educación crítica en todos los grados estaban en desacuerdo con el conjunto del equipo ministerial, con el *establishment*. En vista de las presiones, consciente de cuán efímero es el poder, el escritor acuñó una frase que se hizo famosa, revelando su desapego del cargo: «Estoy ministro; no soy ministro». Poco después sería destituido, pero dejaría una lección y una buena frase, no exenta de ironía, describiendo de manera esclarecedora la ideología de la Cultura Brasileña:

> …luz filtrada por un vidrio empañado, figura vaga y transparente, envuelta en la niebla, cubierta de reflejos, sin contornos, sombra que deambula entre las sombras, ser y no ser, ir y no ir, la indefinición de las formas y de la voluntad creadora…[101].

[99] Testimonio del profesor Miguel Reale Júnior a los autores el 20-2-2007. En 1980, una vez restablecido el pluripartidismo, fue invitado por Mário Covas, presidente del Partido del Movimiento Democrático Brasileño, PMDB (ex MDB) de São Paulo, para ingresar en el partido, participando en la dirección de la Fundación Pedroso Horta. Miguel Reale Júnior pasaba así de la militancia en órganos de la sociedad civil a la actuación en una institución político-partidaria.

[100] Fernando Gabeira, *O que é isso, companheiro?*, Río de Janeiro: Codecri, 1979.

[101] Eduardo Portella, *apud* Raymundo Faoro, *Os donos do poder: formação do patronato político brasileiro*, vol. 2, 10.ª ed. São Paulo: Publifolha, 2000, pp. 380-381.

ELECCIONES DIRECTAS. LA «NACIÓN AMENAZADA»

> El modelo dependiente sólo conviene a las multinacionales, al sistema financiero y a la pequeña facción del gran empresariado que, hace mucho, se ha aliado con las multinacionales. Por todo eso, es hora de cerrar el ciclo histórico de la Revolución de 1964[102].
>
> GENERAL ANTÔNIO CARLOS DE ANDRADA SERPA, 1981

El gobierno decretó en 1981 la realización de elecciones directas para todos los cargos ejecutivos, menos para el de presidente y para los de alcaldes de las capitales y de las áreas de seguridad nacional, esto es, de las áreas donde había refinerías, industrias, etc. Ese mismo año, el gobierno promovió una amplia reforma partidaria, buscando obtener resultados mejores en las ya próximas elecciones[103]. En política económica, el ministro Mário Henrique Simonsen fue sustituido por Delfim Netto, que, ante la grave crisis económica y social, promovió la maxidevaluación. Con el aumento de la deuda interna y externa, sumado al desempleo y la inflación, se ampliaba la insatisfacción de la sociedad con el régimen.

En 1979, aún bajo el gobierno Geisel, Chico Buarque había publicado su disco con canciones censuradas, como *Cálice*, *Chame o ladrão* y *Apesar de você*, que firmó con el pseudónimo Julinho da Adelaide. *A pesar de você* se convertiría en una especie de himno de los movimientos de oposición.

En 1978 y 1979 se agravó el cuadro inflacionario, sintomático del agotamiento del modelo económico. Con la caída del crecimiento, la política de «hacer crecer el pastel para dividirlo después» ya sonaba (de nuevo) a engaño para la población. La crisis internacional se acentuaba, con el aumento del costo de la deuda externa. Se complicaban las negociaciones con los acreedores norteamericanos, contrarios a la reducción del valor de la deuda.

La crisis de la deuda externa latinoamericana (que estalla en 1982 y lleva al país a la recesión) tuvo dos consecuencias inmediatas: la fundación del Partido de los Trabajadores, organización inédita en el mundo del trabajo en Brasil, y el lanzamiento de la Campaña por las Elecciones Directas, movimiento político-social que se haría irreversible.

[102] Antônio Carlos de ANDRADA SERPA, *Em Defesa da Nação Ameaçada,* São Paulo: (edición restringida), 1981, p. 31. Se trata de la conferencia pronunciada el 15 de diciembre de 1980, en el Instituto de Ingeniería de São Paulo, transformada en el manifiesto *En Defensa de la Nación Amenazada* «firmado por 32 brasileños», entre los cuales, Alceu Amoroso Lima, Antonio Candido, Antônio Carlos de Andrada Serpa, A. Ermírio de Morais, A. Houaiss, Ariano Suassuna, A. Buarque de Holanda, Barbosa Lima Sobrinho, Carlos G. Mota, Cleantho de Paiva Leite, Euler Bentes Monteiro, Fernando Henrique Cardoso, Goffredo da Silva Telles, el almirante João Camarão Telles Ribeiro, José Honório Rodrigues, J. W. Bautista Vidal, Luiz Carlos Bresser Pereira, Paulo Duarte, Pompeu de Souza, Roberto Saturnino Braga, Rogério C. Cerqueira Leite, Rômulo de Almeida, Sérgio Buarque de Holanda, Severo Gomes y Sinval Guazzeli.

[103] Sobre la nueva sociedad civil emergente y la problemática social, consúltese la selección de editoriales de combate de ese periodo en el periódico *Folha de S. Paulo* en Carlos G. MOTA & Maria Helena CAPELATO, *História da Folha de S. Paulo (1921-1981)*, São Paulo: Impres, 1981. Para el mismo periodo, véanse los números temáticos del «Folletín», en aquella época bajo la coordinación de Osvaldo Mendes.

Con la reforma surgieron nuevos partidos políticos, ampliando el abanico de intereses de otras capas de la sociedad: la ARENA, partido que apoyaba al gobierno, pasó a denominarse Partido Democrático Social (PDS) y el MDB, partido de oposición, optó por la denominación Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB).

El Partido de los Trabajadores (PT), que surgió del movimiento de los obreros metalúrgicos de la región del ABC*, en la Gran São Paulo, disputó su primera elección en 1982. Despuntaba entonces el liderazgo de Lula.

El conflicto obrero en el ABC paulista, con las huelgas de 1978 y 1980, indicaba la profundidad de las transformaciones vividas por el país, sobre todo las localizadas en el mundo laboral. En estos momentos, el movimiento de los trabajadores imponía un nuevo patrón de relación contractual, de cuño sindical moderno. A estos estímulos, algunas facciones del empresariado progresista respondieron con un nuevo modelo de participación política y empresarial. Uno de los números del *Folletín*, de la *Folha de S. Paulo*[104], fue dedicado a lo que se denominó «República de São Bernardo», que el historiador Ricardo Antunes analizaría más tarde en profundidad en *A rebeldia do trabalho*[105].

El Partido Democrático *Trabalhista* (PDT), por su parte, reunía a simpatizantes del varguismo y de João Goulart. La figura principal de este grupo era el carismático Leonel Brizola, un representante importante de la izquierda, temido por los empresarios y los militares. La sigla requerida por el PDT era la de Partido *Trabalhista* Brasileño (PTB), pero Ivete Vargas, sobrina de Getúlio, se apropió de la sigla histórica, pretendiendo revivir la leyenda partidaria creada por su tío después de 1945. Sin suerte.

Durante el gobierno Figueiredo, una serie de violentos atentados –entre otros, los de Riocentro y de la OAB– a personalidades destacadas de la sociedad civil indicaba que la «línea dura» pretendía resistir al proceso de devolución del poder político a los civiles. En la apreciación de Darcy Ribeiro, «de salto en salto, Figueiredo supera todas las expectativas»[106], haciendo alusión a su condición de general de caballería. De hecho, el presidente se granjeaba la simpatía de la población con su modo populachero de hacerse el caballero armado en la lucha por la apertura del régimen; pero no se enfrentó a la extrema derecha, perdiendo la oportunidad de acabar con ella tras el trágico episodio del Riocentro, que costaría la dimisión a Golbery poco tiempo después.

(*) Región de gran concentración industrial en el estado de São Paulo constituida por los municipios de Santo André, São Bernardo do Campo y São Caetano. *N. del T.*

[104] *Folha de São Paulo*, *Folletín* nº 173, São Paulo, 11-5-1980, que contiene análisis y debates en los que participan Oswaldo Mendes (editor), Jaime Klintowitz, Ricardo Kotscho, Paulo Sérgio Pinheiro, Fernando H. Cardoso, Mino Carta, Leôncio M. Rodrigues, Tito Costa, Celso Frederico, J. Guillon de Albuquerque, Almir Pazzianotto, D. Cláudio Humes (en la época, obispo de Santo André), J. Maluly, Angeli, Grilo y Glauco.

[105] Ricardo ANTUNES, *A rebeldia do trabalho*, São Paulo/Campinas: Ensaio/Editora da Universidade Estadual de Campinas, 1988.

[106] 1979, año de la Amnistía, entrada 2321, en Darcy RIBEIRO, *T&B*, cit.

Según la apreciación del periodismo más comprometido de la época, parecía que volvía al Planalto el «paisaje antiguo, como en los tiempos de Médici»[107]. Salía Golbery y volvía el ministro-jefe de la Casa Civil Leitão de Abreu, uno de los poderosos de aquel periodo. Como se sabe, Golbery defendía, casi de forma aislada, una nueva investigación sobre el atentado terrorista al Riocentro, que veremos en el capítulo siguiente, perpetrado por militares de la derecha, pues el resultado oficial no le pareció de confianza[108].

A principios de 1985 se consumó la apertura, con la elección (indirecta, en el Congreso) de un presidente civil, después de las negociaciones que se produjeron a finales del año anterior. El *mineiro* Tancredo Neves fue elegido presidente por el Colegio Electoral, formado por diputados y senadores.

La elección de Tancredo. El gobierno Sarney (1985-1990)

Aunque se realizó mediante un modelo restringido, la elección de Tancredo simbolizaba el retorno del gobierno civil. Se inauguraba el periodo que pasó a denominarse «*Nova República*», en realidad una habilísima «Conciliación desde arriba». O, a juicio de algunos politólogos como Michel Debrun, no se verificó una transición de un régimen a otro, sino una transacción, un arreglo[109].

Tancredo falleció el 21 de abril de 1985, antes de la toma de posesión. El vicepresidente electo por el Colegio Electoral, José Sarney, asumió la Presidencia de la República. De nuevo, las distintas fuerzas organizadas de la sociedad civil se manifestaron e impusieron la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente. Para ello, se eligieron diputados y en 1986 se instaló no la Asamblea, sino un *Congreso* Constituyente. En 1988, el Congreso promulgó una nueva Constitución, la denominada «Constitución ciudadana», que examinaremos más adelante.

El fin del ciclo militar

En 1960 la población de Brasil era de 71 millones de habitantes, con 16 millones de analfabetos mayores de 10 años. En 1980, la población había aumentado hasta los 120 millones, registrándose un 25% de analfabetismo adulto.

El balance del periodo militar no es nada brillante: deuda externa, hasta entonces la más alta de la historia de la República, inflación, desempleo, miseria y analfabetismo (60% de la población de Brasil eran analfabetos y semi analfabetos). No obstante, se registraron innegables avances, resultantes de la planificación estratégica –por utilizar una expresión de la Escuela Superior de Guerra, que se difundiría hasta

[107] *Veja*, n.º 675, São Paulo, 12-8-1981, p. 30.

[108] *Ibid.*, pp. 26-27.

[109] Idea que aparece en el título y en el contenido de los artículos de los diversos autores de la obra: Carlos G. Mota (org.), *Viagem incompleta. A experiência brasileira (1500-2000): a grande transação*, vol. II, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

en las universidades– que adoptaron los militares estatistas. En el terreno de las comunicaciones, en la esfera económica (con los Planes Nacionales de Desarrollo, PNDs), en el ámbito de los recursos energéticos y de los recursos minerales (Vale do Rio Doce), así como de la industria aeronáutica, hubo un progreso significativo. La central eléctrica de Itaipú y la consolidación de Petrobras son beneficios indiscutibles.

En 1974, poco antes de su fallecimiento, Oduvaldo Vianna Filho, uno de los dramaturgos más brillantes de su generación, alertaba:

> Reducir una sociedad de 100 millones de personas a un mercado de 25 millones exige un proceso cultural muy intenso y muy sofisticado. Es necesario embrutecer a esta sociedad de una forma que sólo se consigue con el refinamiento de los medios de comunicación, de los medios publicitarios, con un cierto paisajismo urbano que disfrace la *favela*, que esconda las cosas[110].

El régimen militar se agotaba. En buena medida, también la sociedad brasileña se descubría exhausta, dividida entre patricios, plebeyos y parias. Un *apartheid* informal, como denunciaría el periodista Otavio Frias Filho, en el cambio de siglo. Se cumplía la triste profecía del dramaturgo.

Llegaba la hora de construir una nueva ciudadanía, de desembrutecer la sociedad. Tarea hercúlea, tan mal asumida y tan tarde, que continuaría décadas después muy lejos de alcanzar resultados apreciables.

[110] *Apud* Carlos Guilherme Mota, *Ideologia da cultura brasileira, 1933-1974: pontos de partida para uma revisão histórica*. 3.ª ed. São Paulo: Ática, 1977, fig. 46.

Capítulo 29
La República autocrático-burguesa. Del fin de la dictadura a los gobiernos «democráticos». De Tancredo a Lula (1985-2007)

> Brasil, un monumento a la negligencia social…[1].
>
> Eric J. Hobsbawm

> Todos los presidentes de la República brasileña fueron herederos políticos de los Braganza, prototipos de la gran habilidad brasileña de simular una Historia para no tener que hacerla. Es poéticamente justo, o por lo menos simétrico, que la fase republicana de la Era Braganza acabe como acabó la fase monárquica: con un hombre bueno en el poder, un filósofo moderno y un ciudadano del mundo, un Pedro II sin exilio, espero. Cardoso era lo mejor que nuestra oligarquía ilustrada podía producir, sin ironía […] Lula no significará, está claro, la conquista del poder por la «clase peligrosa», para tomar posesión finalmente de su propia historia. Él también dependerá para gobernar de tener a su lado una casta intelectual y de la buena voluntad del patriciado, por no hablar del Congreso y del «mercado»[2].
>
> Luís Fernando Veríssimo

Los diagnósticos del historiador y del cronista sintetizan el sentido general de la historia de Brasil en las últimas dos décadas.

En el periodo histórico que va de 1984, momento de la elección indirecta de Tancredo Neves por el Colegio Electoral, propiciando la derrota del candidato del Sistema Paulo Maluf, hasta 2006, momento de la reelección de Lula, con la derrota de

[1] Eric J. Hobsbawm, *A Era dos Extremos*, São Paulo: Companhia das Letras, 1995, p. 555. Ed. en español: *Historia del Siglo XX*, Barcelona: Crítica, 1998.

[2] Luís Fernando Veríssimo, «O último Bragança e o primeiro Silva», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 30-1-2002, p. A4.

Geraldo Alckmin, se produce una profundización de las discusiones y los conflictos en los terrenos social y político-institucional brasileños. Fue también, sin embargo, un periodo de graves dificultades en el proceso de reestructuración democrática. El país asistió a choques político-institucionales, conflictos sociales, pactos políticos de lo más dispar, y, además, a sorprendentes «deslizamientos» ideológicos –de partidos y de actores políticos, sociales y culturales.

La crisis político-ideológica se generalizó. En mayo de 2007, el ex presidente Fernando Henrique Cardoso sintetizó el desempeño de su partido, el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), con una sola palabra: «patético». Francisco de Oliveira, uno de los fundadores y ex militante del Partido de los Trabajadores, PT, observando los nuevos tiempos, subrayaba en julio de 2006 que «la política interna se ha vuelto irrelevante en el país […]. El papel transformador del PT se ha agotado […]»[3].

Más contundente si cabe fue el diagnóstico del conservador liberal renitente Cláudio Lembo, del Partido Demócratas (antes PFL), gobernador de São Paulo en diciembre de 2006, cuando criticó frontalmente a la «minoría blanca y perversa», haciendo un duro balance-denuncia de la realidad a la que tuvo que enfrentarse:

> El Estado representa el 45% de la economía brasileña. Sin embargo, en el vientre de São Paulo existe mucha desigualdad y miseria. Ciudades como Alphaville, tienen una renta per cápita de 15.000 dólares/año; municipios como Ferraz de Vasconcelos, 300[4].

El día en que paró São Paulo

Pocos ciudadanos, liberales, de izquierda o no, tuvieron el coraje de acompañar a Lembo en aquel enfrentamiento sin precedentes, en que el gobernador del estado más importante de la Federación se vio prácticamente solo. No se trataba de un simple episodio policial, mucho menos de un ataque a la persona del gobernador, sino de la crisis profunda de todo el sistema social y político institucional, explicitada en aquella «Semana del Terror» que paró la capital del estado*:

> En la crisis del *Primeiro Comando da Capital* (PCC), la minoría blanca quería la ley del talión. Querían que matasen a todos [los detenidos], para librarse de ellos. Que la policía fuera a las calles por la noche a realizar ejecuciones. Eso fue lo que más me irritó. Estábamos en un momento extremadamente difícil y teníamos que demostrar que el Estado puede vencer dentro de la ley […] El miedo fue general. Nunca había

[3] Entrevista a Francisco de Oliveira, en *Folha de São Paulo*, São Paulo, 24-7-2006, p. A12.

[4] Entrevista a Cláudio Lembo realizada por Mônica Bérgamo, en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 31-12-2006, p. A11.

(*) Se refieren los autores a los atentados indiscriminados que llevó a cabo en São Paulo uno de los grupos de la mafia local, el *Primeiro Comando da Capital* (PCC), coordinado desde el interior de las cárceles, durante la semana del 13 al 18 de mayo de 2006. *N. del T.*

> visto una sociedad en tal estado de pánico, sobre todo sus líderes, como en aquel momento[5].

Se trataba de una crisis anunciada, previsible. Meses después, el día 31 de diciembre de 2006, al dejar el gobierno, Lembo declaraba:

> Brasil es conservador, reaccionario [...] Las personas son de izquierdas cuando están en la oposición. En el poder, son conservadoras [...]. Yo soy conservador, pero no soy tonto; puedo ver el volcán social[6].

Periodo largo y complejo, como se ve, en el que no pocos militantes entraron como izquierdistas, pero cooptados por el nuevo orden de cosas salieron como *lobistas*, o como parásitos de las sinecuras del Estado; poquísimos liberales radicalizaron sus posiciones, o, por lo menos, las actualizaron o mantuvieron. Hay que reconocer, sin embargo, que la implantación del sistema de elecciones por voto directo de los presidentes y de un nuevo orden constitucional pusieron fin al ciclo militar, aunque eso no extirpase todos sus vicios ni eliminase antiguas costumbres y personajes del viejo *coronelismo*, de los pertinaces populismos y de la dictadura civil-militar.

A la crisis de la izquierda, en el poder desde la elección del ex sindicalista Lula como presidente, enredada entre sus atractivos y sus cargas –los parásitos y «exaltados» de la lumpemburguesía y del lumpemproletariado–, correspondió una crisis de la derecha, o mejor, del centro-derecha. El liberalismo se convirtió, de nuevo, en una idea fuera de lugar. La crisis de mayo de 2006 en São Paulo, puso de manifiesto la vulnerabilidad del Estado y de la «buena sociedad» (asentada en una de las mayores metrópolis del mundo), teniendo al frente del gobierno a un profesor culto, conservador y político experimentado, que paradójicamente se vio prácticamente solo en aquella semana de terror («Fui un hombre solitario»). Sus duras palabras, que sonaron a desahogo, mostraron la dimensión de la profunda crisis política, social e ideológica vivida en el país. Una crisis del sistema, de enormes proporciones.

[5] *Ibidem*.

[6] Observando que el PMDB es un partido de raíz popular, que representa particularmente a las clases medias rurales, Lembo señala que «el Partido del Frente Liberal (PFL) [al que pertenecía en aquellos momentos] tiene que ser un partido de representación de las clases medias urbanas. El PT sería el populacho, pero es Lula el que consigue los votos. Sin Lula, el PT se deshace. Puede ser que un día descubra nuevamente una vocación. Y el PSDB tiene una fuerte tendencia a convertirse en una UDN». Véase su entrevista para la *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 31-12-2006, p. A11, en que ni siquiera la universidad se salva pues, según su opinión, «se hizo de nuevo una estructura elitista aislada de la sociedad». No obstante, el ex gobernador consideraba que «hoy, sin Lula, tendríamos conflictos sociales muy violentos en Brasil [...] Las elites siempre se han aprovechado, y han vivido de las dádivas del Estado. Pero antes eran más 'cuidadosas'»...

Panorámica del proceso

En perspectiva amplia se observa que, de Tancredo a Lula, la travesía fue larga, llena de obstáculos, comenzando por el fallecimiento del primero, el astuto presidente elegido por voto indirecto; más tarde, se produjo la desaparición de uno de los principales artífices de la transición política, Ulysses Guimarães, el «Señor Directas», en el accidente en el que también murió Severo Gomes.

En esta transición hacia un nuevo orden, se produjeron varios movimientos sociales y políticos, entre los que destacaron la huelga de 40 días en São Paulo en 1981, liderada por Lula da Silva, cuando 335.000 obreros pararon y se opusieron al sistema. En 1983 se creó la Central Única de Trabajadores y, al año siguiente, arrancó el movimiento por las elecciones directas.

En efecto, la campaña «Directas, Ya» movilizó a partir de 1984 a miles de personas en las principales capitales. Movilización frustrada muy pronto, en aquel mismo año, con el rechazo del Congreso a la Enmienda del diputado Dante de Oliveira, que de aprobarse instituiría el voto directo, lo que retrasó la implantación de la democracia representativa. Como podemos recordar, las elecciones directas para gobernadores de los estados, desactivadas desde 1966, habían sido restablecidas en 1982. Sin embargo, para la presidencia de la República, permanecieron en suspenso.

Se produjo enseguida en Brasil una nueva movilización de la sociedad, dirigida ahora hacia la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, o mejor dicho, de un *Congreso Constituyente*. En él, como ya vimos –una vez instalado, con nuevos diputados electos y presidido por el diputado Ulysses Guimarães– hasta la redacción final y aprobación de la Constitución de 1988, se discutió de todo. La Constitución resultante, a pesar de todo, representa el punto de partida de un nuevo periodo de la historia del Brasil contemporáneo.

La República sufriría aún varios *impasses* y desafíos, especialmente en el ámbito económico, con la imposición de diversos planes fracasados, hasta la actual y relativa estabilización. *Impasses* institucionales, políticos, económicos, sociales y hasta en el ámbito de las costumbres –corrupción generalizada e impunidad, que se prolongan hasta los días actuales– mostraron las dificultades a que debía enfrentarse el nuevo orden republicano, no exento de contradicciones y de vicios del antiguo régimen[7].

[7] Para un visión de conjunto en las obras más recientes, remitimos al lector a los análisis contenidos en Ignacy Sachs, Jorge Wilheim & Paulo Sérgio Pinheiro (orgs.), *Brasil. Um Século de Transformações*, São Paulo: Companhia das Letras, 2001. Interesan particularmente los artículos de Bresser Pereira («Do Estado patrimonial ao gerencial») y de Eduardo Portella («Modernidade no vermelho»). También con esa misma perspectiva, el ensayo de Celso Furtado («Quando o futuro chegar») y el de Celso Lafer («O Brasil e o mundo»).

De Sarney a Lula: el sentido general del proceso

> Como se puede ver, el momento es aún de inestabilidad y de múltiples preocupaciones, y requiere impar maestría en la dirección política, buena dosis de tolerancia y capacidad de negociación[8].
>
> General Golbery do Couto e Silva, 1980

El fin del régimen militar transcurrió de forma relativamente pacífica, a pesar del atentado en el Riocentro, en el que la extrema derecha quería hacer explotar una bomba. Dirigido contra el enorme público que asistía a un espectáculo musical, el artefacto, al ser manipulado dentro de un automóvil, explotó en los brazos de un militar, matándolo, revelando al mismo tiempo la violencia y –afortunadamente– la incompetencia de los golpistas.

Aparte de las vísceras del torpe terrorista, en el episodio se exponían trágicamente las entrañas del «Sistema» que se desmoronaba. La acción escapó al control de Brasilia, al general Golbery y a la vigilancia de un sector del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), que él mismo había creado. El todopoderoso general, cogido por sorpresa, sería objeto a partir de ese momento de escuchas telefónicas, sin que pudiera coordinar con eficiencia la máquina que montó. El mayor estratega de la apertura se lamentaba meses antes en la prensa, refiriéndose al SNI: «he creado un monstruo». De hecho, incluso después de la elección de Tancredo como presidente, políticos, intelectuales, sindicalistas y hasta militares continuaban siendo vigilados por agentes del orden, varios de ellos semianalfabetos.

El régimen parecía llegar a su fin. El presidente Figueiredo –equivocadamente, como demostraría la historia–, en el ritual de transmisión de la faja presidencial, se negó a imponerla personalmente al vicepresidente elegido por el Colegio Electoral. En el proceso de retorno al estado de derecho, el hábil marañense Sarney se convirtió en la expresión viva de la «Conciliación desde arriba», con su retórica discretamente nordista, marcada por el uso de expresiones parnasianas. Al principio de su carrera en Maranhão, protagonizó un documental del joven cineasta bahiano Glauber Rocha, que más tarde dirigiría la película *Terra em Transe* (1967), denso documento de época para entender el *mores* político y mental del país de aquellas décadas[9].

La negativa de Figueiredo a imponer la faja sonaba como una metáfora de la vida política del país tras la dictadura: el día de la transmisión del poder, el último general-presidente, ex jefe del SNI, salía por la puerta de atrás del Palacio del Planalto, del mismo modo que, en 1964, los militares golpistas entraron por la puerta

[8] Golbery do Couto e Silva, *Conjuntura política nacional. O Poder Executivo*, mimeo. Brasilia: ESG, 1980, p. 45.

[9] Un hecho revelador del atraso de Brasil, donde los cuadros mentales y políticos continúan siendo prácticamente los mismos, con alteraciones estructurales mínimas, es que Sarney llega al año 2007 impávido, influyente e intocable.

de atrás de la historia de Brasil. «Quiero que me olviden», fueron las últimas palabras del pintoresco general-estadista. Pero, ¿quién puede hacerlo?

De todos modos, la elección indirecta de un presidente civil por los diputados y senadores selló la transición del régimen de excepción a un régimen (por llamarlo de alguna manera) liberal-democrático. Lo que se vislumbraba en el horizonte, sin embargo, no era un República propiamente liberal ni mucho menos democrática. La población, ahora relativamente politizada, asistía «embrutecida» al melancólico espectáculo *brasiliense* de la Conciliación desde arriba, la «temible Conciliación», embutida en la transición a la democracia, basada en la teoría y en la vieja metodología político-ideológica que el profesor Michel Debrun había analizado entre 1977 y 1983, en numerosos artículos y entrevistas a Mino Carta en la revista *Isto É*, reunidos después en su libro *A Conciliação e outras estratégias*[10].

Debrun, uno de los mejores analistas de aquel momento, circulando extramuros de los fatigantes debates de los marxismos tropicalizados y de los politólogos –casi siempre doctores formados en Estados Unidos, que con sus «ideas fuera de lugar», desaparecerían en las nieblas de la ideología *tucana**–, de los dependentismos y de los liberales de ocasión, merece que sus libros y ensayos (muchos de ellos sirven para los días actuales) sean releídos y reconsiderados, como testimonio histórico-político de aquella época de densas brumas ideológicas. Por una de esas ironías de la historia, el mismo día de la elección de Tancredo, el filósofo, *cum grano salis*, alertó en tono de broma a varios amigos en su retiro campestre en Barão Geraldo sobre una posibilidad histórica entonces impensable:

> —Ahora, lo que faltaba que le ocurriera al país es que Tancredo muera y que Sarney ocupe el cargo…

Premoniciones aparte, se hablaba mucho en aquellos días del «retorno a la democracia» y de «redemocratización», aunque la expresión y el término eran criticados por muchos que, con razón, negaban la existencia de un régimen anterior efectivamente democrático en cualquier momento de la historia política brasileña. En medio de intensos debates y enfrentamientos político-ideológicos, algunos analistas destacaban que ni siquiera en el periodo de 1946 a 1964 hubo en Brasil una democracia plena, recordando que, desde los primeros momentos, los partidos de izquierda y los diputados más comprometidos fueron puestos fuera de circulación, como fue el caso de Jorge Amado, Carlos Marighella y Caio Prado Júnior, e incluso de Prestes.

[10] Organizado por el profesor Paulo Sérgio Pinheiro, en 1983, para la Editora Brasiliense.

(*) Tucano», es decir, «tucán», es el nombre con el que se designa al partido de Fernando Henrique Cardoso y José Serra, el PSDB. *N. del T.*

Moldeando el Brasil contemporáneo. Sarney, Antonio Carlos Magalhães (ACM)

¿Qué significado tenía la llegada de José Sarney al puesto de primer mandatario del país? Su ascensión representaba sobre todo la victoria de la antigua UDN. Considerando el cuadro partidario del periodo de 1946 a 1965, un análisis del gabinete elegido por Sarney pone de manifiesto que la UDN consiguió la mayoría en relación a su tradicional adversario, el PSD. Como se sabe, las siglas UDN, PTB y PSD habían desaparecido oficialmente en 1965 por decreto del gobierno de la dictadura, pero sus próceres –Sarney, Leonel Brizola, Tancredo y Ulysses– continuaban representando a las tres corrientes o familias político-ideológicas. Además, actuando fuera de los agrupamientos formales (y legales) y de las vertientes político-ideológicas dominantes desde 1946, continuaban activos Luís Carlos Prestes, del PCB, y João Amazonas, del PC do B, agrupaciones que en los años 70 se multiplicaron a causa de las numerosas disidencias. En el recién creado Partido de los Trabajadores, Lula simbolizaba los nuevos vientos, preludio de una hipotética nueva era, aunque aún sin una implantación partidaria nacional. (Conociendo los mecanismos de la vida político-ideológica brasileña, no sería imposible imaginar que pasados treinta años, el *lulismo* sobrepasaría en fuerza y popularidad al *petismo*).

La UDN histórica. Viendo la Banda pasar

La UDN nació en 1945, en la reorganización partidaria de la segunda posguerra, y fue extinguida, junto con todos los partidos existentes en la época, por el AI-2 de 1965. Veinte años de historia en que el partido hizo oposición cerrada a Vargas (1951-1954) y al varguismo, después a JK (1956-1961) y a Jango (1961-1964), pero perdonó a Dutra (1945-1951), a Café Filho (1954-1955) y a Jânio (de enero a agosto de 1961). En su fundación participaron Daniel Krieger (1909-1990), Virgílio de Melo Franco (1897-1948), Otávio Mangabeira (1886-1960) y Paulo Nogueira Filho (1898-1969), todos con perfil liberal.

Sus diputados federales se ganaron la denominación de «Banda de Música», por haber actuado con estridencia en los años 50 (y hasta 1964), casi siempre en la oposición. Los representantes se sentaban en las sillas de la primera fila del plenario de la Cámara de Diputados, interrumpiendo ruidosamente a los oradores. Entre los *udenistas*, el carioca Carlos Lacerda (1914-1977) –hijo del antiguo líder popular y arengador de las masas Mauricio de Lacerda– ex comunista (ahora católico), era el más iracundo, el que más entusiasmo mostraba en los comentarios para interrumpir a los miembros del parlamento. En los años 40 frecuentaba São Paulo, encontrándose (Lacerda, quien lo diría) con intelectuales de la izquierda democrática, como Décio de Almeida Prado, Paulo Emílio y Antonio Candido. Concejal y periodista militante, diputado federal de 1955 a 1960, el «Cuervo» (como lo apodaban sus enemigos) se inclinó hacia la facción ultraderechista y golpista de la UDN, siendo elegido gobernador del hoy desaparecido estado de Guanabara hasta 1965. Personaje muy activo, contó con el apoyo de sucesivos gobiernos norteamericanos y de las clases medias conservadoras.

El nombre de Lacerda está ligado a la denuncia de corrupción en el gobierno de Vargas que llevó al presidente al suicidio el 24 de agosto de 1954. El periodista escapó de un atentado practicado por elementos de la seguridad del presidente, en el que murió un oficial de Aeronáutica, provocando el escándalo que llevó a Getúlio al acto extremo[11]. Seguidamente, Lacerda apoyó el intento de golpe contra JK, se pronunció contra la toma de posesión del vicepresidente Jango tras la renuncia de Jânio (1961), y más tarde, en marzo de 1964, conspiró para la caída de Jango. Al ver cómo el régimen dictatorial se cerraba, cortando incluso sus pretensiones a la presidencia, se pasó a la oposición y con ese pretexto los militares suspendieron sus derechos políticos por 10 años.

La UDN congregaba también, además de a Afonso Arinos de Melo e Franco, que lideraba el grupo en la cámara, a un grupo selecto de políticos e intelectuales conservadores que, eventualmente, actuaban en la «Banda de Música», como el jurista Adauto Lúcio Cardoso, Aliomar Baleeiro y Bilac Pinto, además de los más antiguos como Milton Campos, Juracy Magalhães y Petrônio Portella. Sobre Milton Campos, Arinos y su generación, el escritor *mineiro* Pedro Nava escribió páginas antológicas en sus libros de memorias.

El partido cambió con el tiempo. En 1946, con aspiraciones a ser un partido de perfil moderno, la UDN defendía la autonomía y el pluralismo sindical, la representación de los trabajadores en la gestión de las empresas, participación en los beneficios, derecho de huelga, reforma agraria, reducción de los impuestos y ampliación del mercado interno. En los años 50, la cuestión social no era ya prioritaria para la agrupación y sus líderes comenzaron a criticar el papel de las empresas estatales, defendiendo la moralización administrativa y, a partir de 1957, adoptaron un «moralismo cristiano» estricto, contra el comunismo y el populismo. La UDN creía tener el monopolio de la moral, con Lacerda al frente y el sesudo Arinos en la retaguardia. Apoyada por los periódicos *Estadão* (*O Estado de S. Paulo*), *Tribuna de Imprensa* y *O Globo*, por la cadena de los Diarios Asociados de Assis Chateaubriand (revistas, periódicos, televisión y radio) y, parcialmente, por el *Correio da Manhã*, tenía un amplio poder, sobre todo ideológico, que incluía desde viejos personajes como José Américo, en Paraíba, a los más jóvenes, como el *gaúcho* Paulo Brossard, en Rio Grande do Sul[12]. En política internacional, era favorable el alineamiento con los Estados Unidos, a favorecer la entrada de capitales extranjeros y firmemente anticomunista.

[11] Nuevos análisis periciales han confirmado que la bala que mató al oficial salió del arma de Lacerda.

[12] Cf. el artículo «A UDN chega ao poder no governo Sarney», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 23-02-1986, p. 8. Para una visión más profunda del partido, ver la obra de Maria Victoria Benevides, *A UDN e o Udenismo. Ambigüidades do liberalismo brasileiro*, Río de Janeiro: Paz e Terra, 1981.

Ahora Sarney, con la nueva (vieja) constelación

> Sarney siempre mencionaba [1992] al «Sacro Colegio de los Cardenales», es decir, un grupo de políticos de varios partidos que, por su experiencia y responsabilidad, tienen una visión institucional. En el momento de las crisis, consideraba que era a esos a los había que apelar[13].
>
> Fernando Henrique Cardoso, 2006

Ahora, con Sarney en la presidencia de la República, quedó claro cuál era la nueva constelación en el poder, a la hora de la distribución de los cargos ministeriales: siete ministerios fueron para la antigua UDN, mientras que el PSD se quedaba con sólo dos. Además, el propio Sarney había sido de la UDN, a la cual también pertenecieron José Aparecido, nuevo gobernador del Distrito Federal, y Helio Belatrão, presidente de Petrobras. De este modo, perdían terreno antiguos próceres del PSD, como Ulysses Guimarães. Los nuevos dirigentes, procedentes de varios estados y regiones, daban el *tono nacional* a esa composición del gabinete y caracterizarían el nuevo momento del país.

No era la UDN clásica la que conquistaba el poder, sino el grupo del llamado «Jardín de Infancia». La UDN clásica era la de Arinos, Bilac Pinto, Magalhães Pinto y Carlos Lacerda, que ya habían destacado en el escenario nacional antes del 64, al contrario que los nuevos José Sarney, Roberto Santos, Antônio Carlos Magalhães, Aureliano Chaves y el *mineiro* José Aparecido de Oliveira. Este último fue una de las figuras más interesantes del grupo. Fue el primer político que ocupó el ministerio de Cultura y también embajador de Brasil en Portugal, cargo desde el que participó en la creación de la PALOP, la comunidad de los Países Africanos de Lengua Oficial Portuguesa. Íntimamente ligado a Magalhães Pinto, el último cacique de la UDN *mineira*, empresario que creó el innovador Banco Nacional de Minas Gerais, José Aparecido había sido secretario particular del presidente Jânio Quadros.

Los «nuevos dueños del poder» y la vieja «Conciliación como bandera»...

¿Qué pretendían los miembros de la UDN? En primer lugar, defendían –también– las «reformas de base», aunque de modo discreto, sin la antigua flama oposicionista «a cualquier precio» de la tradición *udenista* iracunda. Se trataba esta vez de adoptar una línea blanda, negociadora, a favor de la amnistía, de la reformulación partidaria y de la apertura del régimen, defendiendo el diálogo con la oposición. Retomaban la vieja metodología de la Conciliación de las elites políticas brasileñas, que tenía más de un siglo y medio de antigüedad. Entre estos moderados destacaban, en 1979, Petrônio Portella, Sarney y Aparecido, además de Magalhães Pinto (éste, más intrigante, cultivaba obsesivamente la hipótesis de su propia candidatura a la presidencia).

[13] Fernando Henrique Cardoso, *A arte da política. A história que vivi*, 3.ª ed., Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006, p. 37.

Volvemos a encontrar aquí el lecho profundo de la «Historia» en que actúan las elites brasileñas. Historia antigua, que remonta al marqués de Paraná a mediados del siglo XIX, cuando se logró establecer la discutida «paz imperial», cosida entre los señores regionales. Esta actitud –embutida ahora en esa «transición desde arriba» en la que se pasó del gobierno Figueiredo al de Sarney– marcó el ambiguo y brumoso ambiente político que, esquivando la participación popular a través del voto directo, hacía recordar el clima, la mentalidad y las costumbres del Segundo Reinado.

Contra los «escombros del régimen autoritario»

Había, sin embargo, algún hecho novedoso. Viéndose excluida del proceso sucesorio, la población aplaudía y apoyaba en las calles el cada vez mayor espacio público e institucional que iban ganando los desorientados líderes de la sociedad civil que, ahora más despiertos, en una intensa y creciente campaña popular, exigían *elecciones directas* en todos los niveles, incluso para presidente.

La posibilidad de que se pudiera elegir a un presidente civil en el país tras el largo ciclo militar estimuló a la oposición y movilizó a una gran parte de la sociedad y de los medios de comunicación a favor de las elecciones directas. El resultado fue el rechazo por parte del Congreso a la Enmienda que debía introducir un sistema electoral más abierto y la imposición por parte de Figueiredo de un Colegio Electoral para la elección indirecta del presidente, cuyo desenlace veremos más adelante.

Los anhelos de una parte significativa de la sociedad habían sido frustrados de nuevo, quedando claro que la deseada transición a la democracia no podía ir más allá de aquella vieja «transacción» bajo el control de las clases dominantes, fenómeno por lo demás conocido en la historia de la Monarquía y de la República. El legado del régimen autocrático militar se hacía todavía presente, provocando cada vez en más sectores la crítica a los «escombros del autoritarismo»[14] en la legislación, en las instituciones, en la economía y en la vida en general.

Se criticaba también la fragilidad de los partidos políticos y la incorrecta utilización del dinero público. La corrupción, desde los tiempos del «milagro» y hasta aquellos días, produjo nuevos ricos y millonarios a granel, personajes que alimentaron a la sociedad con el espectáculo en la prensa «del corazón» a una escala nunca vista con anterioridad. Floreció una cultura política y financiera *neoclientelista*, apoyada en las fuertes compañías contratistas, constructoras de grandes obras del Estado y productoras de material bélico (exportado incluso a Irak, a varios países árabes, o a África), que adoptaban prácticas monopolistas corrientes en el escenario nacional. Esos «nuevos dueños del poder», acomodados en el estamento burocrático-militar, comenzaron a actuar a la luz del día con toda la gallardía de una nueva clase social, al igual que ocurrió en otros países en

[14] La expresión fue creada por Otávio Frias Filho en 1980.

que nuevas burguesías arrivistas ocupaban gradualmente el lugar de las aristocracias *declassées*[15].

En el caso de Brasil, lo que más chocaba era que esa nueva clase emergente –que incluía a sus guardianes, los austeros militares que asumieron el poder en nombre de la restauración moralizadora– se hubiera vuelto ahora promiscua con el capital. Nueva formación societaria que incluía a militares -administradores que, vestidos con trajes civiles de ejecutivo, no resistieron a las «gentilezas» en la convivencia con las multinacionales, con las empresas contratistas, industrias de automóviles, de material bélico, compañías de seguros, de aviación, etc.

Una nueva clase promiscua y deslumbrada con el capitalismo y con las páginas de sociedad en los periódicos y las revistas, el mismo capitalismo, ahora salvaje (la expresión surgió en aquellos años), que pagó las cuentas del DOI-CODI y financió la igualmente salvaje OBAN, la temida Operación Bandeirantes (y su asesor de ingrata memoria, el comisario Sérgio Fleury, condecorado «por sus servicios» por el entonces gobernador de São Paulo, Roberto de Abreu Sodré), una organización financiada por empresarios que tuvo un triste papel en la represión a los opositores del régimen militar. No es extraño que tales empresas multinacionales sacaran provecho de «altos funcionarios» reclutados en los márgenes de la aristocracia *declassée* paulista para, con algún dominio de las lenguas alemana, inglesa o francesa, actuar como relaciones públicas en esos juegos del capitalismo asociado y dependiente. De manera semejante a lo ocurrido en la Alemania nazi o en la Francia de la Ocupación, se producía en Brasil la complicidad de estamentos pretéritos con las nuevas facciones de la aún poco consolidada clase burguesa. Como el liberal Claudio Lembo ya apuntara (en una entrevista publicada en la revista *Visão* en 1979), muchas veces –cuando no siempre– las sugerencias y soluciones para los problemas nacionales se produjeron lejos de la voluntad popular:

> Eran equivocadas, pues nacían en los gabinetes fríos de los tecnócratas. Esos señores de la nueva era que, gracias al transcurso del tiempo y al clamor de la sociedad, van regresando a sus funciones de asesoría, de donde nunca deberían haber salido[16].

[15] Uno de los análisis más rigurosos y agudos sobre este proceso fue efectuado por Sebastião C. Velasco y Cruz, en el libro *Empresariado y Estado en la transición brasileña. Um estudo sobre a economia política do autoritarismo (1974-1977)*, São Paulo: Fapesp/Unicamp, 1995.

[16] *Visão*, São Paulo, 25-6-1979, publicada de nuevo en Cláudio Lembo, *O jogo da coragem. Testemunho de um liberal*, São Paulo: Cultura, 1979, p. 211. Sus intervenciones y entrevistas en la década de 1970 constituyen documentos importantes pues, aunque ligado a la ARENA, no dejaba de expresar sus opiniones independientes. Véanse otras entrevistas suyas, con periodistas –también personalidades aguerridas, a quien debe mucho la democratización del país, como Samuel Wainer (*Aqui*, 1976), Getulio Bittencourt (*Folha de S. Paulo* y *Folhetim*), Mino Carta y Silvio Lancelotti *(Isto É)*, José Augusto Ribeiro *(O Globo)*, José Nêumanne Pinto *(JB)*, Mino Carta *(Status)*, Ennio Pesce *(Jornal da Tarde)*, Roberto Muylaert (*Visão*) y varias otras al *Estado de S. Paulo*, *Folha de S. Paulo* y *Gazeta Mercantil*. Su pensamiento en lo referente a la Constituyente, la campaña por las «Directas», los conservadores, la *Nova República*, el Frente Liberal, el Parlamentarismo, el Voto por Distritos y la Democracia populista puede ser rastreado en su compilación de artículos: Cláudio Lembo, *A Opção Liberal*, São Paulo: Nacional, 1985. Vale la pena recordar que ya en 1979 liberales más a la izquierda defendían la amnistía y la Constituyente, como era el caso de Bolívar

El controvertido término «globalización» aún no era empleado en el sentido que tiene hoy en día, aunque el fenómeno ya comenzase a aparecer, con la entrada avasalladora de esas empresas internacionales y de sus ejecutivos desarraigados, que se regalaban con las facilidades del mercado, la «cordialidad» de los anfitriones y con el exceso de mano de obra barata. São Paulo, como se vio, estaba muy lejos de Wolfsburg, la ciudad alemana sede de la central de la marca Volkswagen, en todos los sentidos…

A pesar de esos moldes, el cuadro interno de la vida político-institucional fue rediseñándose y renovándose, con figuras expresivas como el profesor y senador Franco Montoro, Mário Covas (ex alcalde de Santos, inhabilitado), Roberto Freire, Paulo Brossard, Tasso Jereissati, y muchos otros.

Había también facciones del propio empresariado que despertaban del letargo adquirido en el periodo dictatorial, entre otras cosas porque las facilidades iban disminuyendo, a causa de las crisis y los sobresaltos del orden internacional. Una pequeña facción de la vanguardia empresarial de la sociedad civil –grupo significativo de empresarios de perfil moderno en mayor o menor grado, como José Mindlin, Einar Kok, Antônio Ermírio de Morais, Severo Gomes y Oded Grajew, entre otros– empezó a actuar discreta y cuidadosamente en la crítica al *mores* político, económico y cultural del gobierno saliente. La prensa daba más espacio a estas personalidades, cuyas intervenciones –Severo, Mindlin y Kok al frente– revelaban poco a poco el atraso del país en relación a los centros económica y culturalmente más desarrollados[17].

Sin embargo, el viejo Brasil de los *coronéis*, de la industria de la sequía y de los parásitos del Estado continuaba estando omnipresente, reanimado con el choque de pseudomodernidad de una extensa y nueva clase media emergente, ahora no sólo de militares, enriquecida durante la dictadura. La contradicción aparente es que algunas de esas figuras jurásicas de la ex UDN y de la ex ARENA se transfiguraban ahora en notorios «convencidos» de las libertades democráticas, poniendo de manifiesto una capacidad inimaginable de atravesar los tiempos incólumes. Esos *neocoronéis* del viejo Brasil, hábiles manipuladores de los mecanismos de la contrarrevolución preventiva, gente que desde hacía más de 150 años nunca había dejado de estar aferrada a los aparatos del Estado, reaparecían bastante «actualizados». En el periodo dictatorial los tales *neocoronéis* apenas tuvieron que enfrentarse y combatir contra diputados o líderes revolucionarios de enfoque (por así decir) jacobino, girondino o *sans-culotte*, pero lograron desmovilizar –con las inhabilitaciones y las persecuciones– a las vanguardias brasileñas en las luchas parlamentarias, o derrotarlas en la represión a las luchas armadas, evitando así lo que pudieran haber deparado las elecciones directas o el debate libre.

Lamounier, en entrevista a Fernando José Dias da Silva, «Conciliação», en *Jornal da Tarde*, São Paulo, 12-2-1979, p. 8.

[17] Debe ser destacado aquí el espacio abierto por el periodista Roberto Müller, en la *Gazeta Mercantil*, que creó un clima en el que despuntaron periodistas como Lillian Witte Fibe y Miriam Leitão. Poco más tarde, creó un importante programa de debates en la televisión, el *Crítica y Autocrítica*, en que destacaría el periodista Alexandre Machado.

Ante las presiones, el problema para ellos era el de actualizarse para hacer frente a la actividad creciente de los distintos líderes modernos, surgidos en diferentes sectores de una *nueva sociedad civil*, cuyos miembros levantaron la voz de nuevas agrupaciones, de un grupo muy pequeño pero activo de empresarios ilustrados, de nuevos sindicatos, de organizaciones urbanas y rurales, laicas y eclesiásticas, de asociaciones universitarias y de periodistas, profesores, abogados, médicos, arquitectos, etc. Gente formada al calor de las campañas contra la tortura, contra la censura y por la redemocratización política.

Luchas de clases: el nuevo aspecto

Se produjo un clamor general a causa del asesinato del *seringalista* y ecologista Chico Mendes, líder rural, a manos de pistoleros en el estado de Acre en diciembre de 1988. La muerte, que se producía tras una serie de crímenes en la región, tuvo amplia repercusión nacional e internacional, mostrando que el viejo Brasil de los matones a sueldo no pretendía admitir mejorías o reformas de las viejas estructuras de propiedad y de mando.

La violencia creciente en las ciudades, que ya alcanzaba a la sociedad de la «elite blanca» –se produjeron asaltos masivos en playas como Copacabana e Ipanema, en Río, secuestros de empresarios en sus nuevos coches recién blindados, asaltos rocambolescos a bancos y a condominios fuertemente vigilados– y la intensificación del narcotráfico, mostraban que nuevas formas de trasgresión y de pillaje obligaban a la sociedad a reconsiderar sus fundamentos. En el fondo, se trataba de un nuevo tipo de lucha de clases, propio de formaciones pre-capitalistas, en que el bandolerismo y la delincuencia adquirían proporciones y sentidos inesperados.

Aunque se observaran algunos avances en sectores importantes del país (comunicaciones, telefonía, energía, etc.), se hacía cada vez más obvio que los problemas esenciales de la sociedad continuaban sin solución (o que incluso habían empeorado). Se estaba produciendo un gravísimo rebajamiento programado de la calidad de la Educación en todos los niveles, tras dos décadas de dictadura civil-militar caracterizadas por la desactivación sistemática de los proyectos de reforma, por la censura (antes abierta y ahora discreta), por la apertura a las multinacionales y por panaceas de ministros tecnoburócratas que alimentaban el consumismo desenfrenado de las nuevas clases medias (animadas por los mensajes televisivos)–. Numerosos países y centros urbanos del planeta (como Maputo o, incluso, la periferia de Nueva York) adoptaban el método de alfabetización del educador «subversivo» Paulo Freire, mientras que la educación nacional en Brasil seguía siendo un desastre.

El país seguía estando sumido en el atraso, lo que llevó a Eric Hobsbawm a concluir en su libro *Historia del Siglo XX*, que Brasil se había convertido en «un monumento a la negligencia social», en la única mención en el libro al «país del futuro»…

La miseria y el hambre crónicas en Brasil se convirtieron en temas de discusión obligatoria en todos los foros nacionales e internacionales, junto con las discusiones sobre la corrupción, las reformas política, social, económica, educativa y sanitaria.

La enseñanza pública degradada, la sanidad colapsada, los presidios masificados, una justicia lenta e ineficaz, todo empaquetado y sin solución, eran la otra cara de la «modernidad» proclamada por los militares o por el gobierno Collor (1990-1992).

Más reciente (en perspectiva histórica), como señalamos, fue el pánico que se apoderó de São Paulo en el primer semestre de 2006. Provocado por las acciones terroristas de delincuentes tecnológicamente bien equipados, lanzadas a partir de las cárceles diseminadas por el estado, formaba parte de una antigua crónica anunciada de violencia previsible. La «modernidad» llegó, pero por la puerta de atrás… Había llegado la hora de pagar la cuenta.

Se hacían sentir los efectos a largo plazo de la dictadura, pero también, la ineptitud y la inoperancia de los gobiernos subsiguientes, cuando no su acción nociva. El tan pregonado choque de modernidad –según el «modelo Primer Mundo» del gobierno Collor– era también muy superficial, sólo de apariencias. En realidad, la cultura del *marketing* y la sociedad del espectáculo encubrían una inmensa red de intereses particulares, en la que estaba involucrada una parte significativa del empresariado y la mayoría de los políticos y sus subalternos. Solamente en 1987 y 1988, «sin la colaboración del empresariado, que sólo quería derribar las propuestas, la Constituyente dio algunas ventajas al trabajador»[18].

Fernando Collor, en realidad, no fue más que la punta del iceberg, si desnudamos la naturaleza del capitalismo en la periferia del sistema. En esa dialéctica perversa, se constató durante su mandato que una vez más, Brasil no pertenecía al Primer Mundo. Tras su *impeachment*, casi todos los sectores de la sociedad comenzaron a buscar de nuevo otra *nueva identidad nacional* –en una especie de trabajo de Sísifo colectivo–.

¿Una nueva sociedad civil?

Una vez más, una *nueva sociedad civil* despertó, lentamente, manifestándose en los variados movimientos populares, revelando sus aprensiones y formulando proyectos en los sectores económico, habitacional, político-partidario, universitario, ecológico, étnico, etc., etc.

La sucesión de gobiernos elegidos democráticamente –Fernando Collor de Mello (1989-1992), Itamar Franco (1992-1995), Fernando Henrique Cardoso (1995-2003, en dos mandatos) y Luís Inácio Lula da Silva (2003-2006, reelegido para un nuevo mandato este último año)– señala el recorrido y los bloqueos experimentados por

[18] Revista *Veja*, São Paulo, 7-9-1988, pp. 34-35. En una reunión con el entonces senador Fernando Henrique Cardoso, los empresarios bloquearon una propuesta que aseguraba la estabilidad como un principio general que debía ser incluido en la Constitución. Catorce años después, en 2002, en el gobierno de Cardoso, se puso en marcha una política de regresión social y política. Ver «Novas negociações afrontam o Congresso», que trata de la reforma de la Seguridad Social y la tentativa del Sindicato de los Obreros Metalúrgicos de São Paulo de hacer un acuerdo con las empresas, que reduciría los derechos laborales. *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 18-2-1996, pp. 1-9.

la sociedad brasileña, que muestra vestigios, mayores o menores, de su aprisionamiento en el *modelo autocrático-burgués* estructurado a lo largo del último medio siglo.

La aparición de nuevos y activos frentes políticos, que esbozaban en el horizonte histórico el perfil de esa *nueva sociedad civil* democrática e internacionalista, constituían un nuevo fenómeno que permitía imaginar, y esperar, la superación del atraso ancestral y estructural del país, de la ausencia de sentido de planificación y de ética colectiva, bajo el mando de las nuevas generaciones de actores sociales y de líderes políticos más críticos.

«Directas, Ya», el difícil paso del régimen militar a la democracia representativa

> Caminamos por la senda de la libertad, pero en lo que atañe al sistema electoral y partidario, la organización política aún echa raíces en la estructura pensada en 1946. En este campo, no hemos avanzado nada[19].
>
> Miguel Reale Júnior

La campaña «Directas, Ya», organizada por los movimientos de oposición al régimen, movilizó a amplios sectores de la población brasileña en una escala y forma nunca vistas con anterioridad. En los debates previos no se habló de un retorno a los tiempos del populismo y de las reformas de base de Jango, ni siquiera del clima liberal-desarrollista del periodo JK, como temía la derecha. Tampoco eran discusiones centradas solamente en la economía, como suele suceder. Se trataba de mucho más, de actualizar la vida político-partidaria y socio-cultural en un contexto internacional diferente, con nuevos líderes y muy activos componentes sociales, culturales y políticos, ya sin los rancios vicios de la tradición política brasileña, al menos en apariencia.

Durante todo el año 1984, el país asistiría a una movilización sin precedentes: en todas las ciudades y capitales, la población manifestó su repudio a las elecciones indirectas y exigió el voto directo para presidente. La mayor de ellas, realizada en São Paulo, reunió aproximadamente a un millón y medio de personas en el Valle del Anhangabaú. Aun así el gobierno resistía con firmeza a la apertura completa: la Enmienda Constitucional que restablecía las elecciones directas fue rechazada por el Congreso. El presidente Figueiredo, poniendo de manifiesto el temor del Sistema a la democracia plena, convocó un Colegio Electoral formado por diputados y senadores para que eligiera a su sucesor, siguiendo así el mismo procedimiento con el que habían sido «elegidos» todos los presidentes militares. El próximo presidente de la República, una vez más, sería elegido por el voto indirecto…

En la elección dentro del Colegio Electoral, Paulo Maluf, el candidato del Sistema, representaba una facción del partido del gobierno, el PDS. Por la oposición,

[19] Miguel Reale Júnior, en testimonio a los autores el 20 de febrero de 2007.

Tancredo de Almeida Neves, del PMDB, ex ministro de Vargas y ex primer ministro en el interludio parlamentarista, representaba a la alianza del *Frente Liberal*, pactada entre una facción del PDS, liderada por José Sarney, y los partidos de oposición al régimen militar, sin incluir al Partido de los Trabajadores (PT). La coalición articulada por estas fuerzas políticas formó la *Alianza Democrática*[20].

Tancredo Neves fue finalmente el elegido, pero enfermó gravemente en las vísperas del 15 de marzo (día de su toma de posesión), falleciendo el 21 de abril de 1985, con lo que la presidencia fue asumida, como vimos, por el vicepresidente José Sarney. Miembro de la facción disidente «Bossa nova» de la UDN, tuvo un papel importante desde 1979, cuando se estaban produciendo las negociaciones sobre la amnistía, la apertura y la reformulación partidaria. Con él se inició la efectiva puesta en marcha de la transición del régimen militar al régimen democrático.

La crisis económica: herencia que Sarney multiplica

A finales del gobierno Figueiredo, la inflación registraba tasas superiores a las de 1963, las mayores que había experimentado el país desde su independencia en 1822. El crecimiento de la tasa de inflación se debió, en gran parte, al desorden de las finanzas del Estado, que gastó más de lo recaudado por medio de impuestos, en gran medida para pagar la deuda externa –a ejemplo de lo que ocurría en toda América Latina.

El gobierno civil del presidente Sarney acentuó esa tendencia, pues distribuía favores a políticos y gobernadores de estados que demostrasen su apoyo al gobierno. La concesión de financiación para obras públicas, a cambio de favores políticos, marcó todo el proceso de elaboración de la nueva Constitución. A pesar de ello, el gobierno Sarney intentó contener el avance de la inflación a través de varios planes económicos[21].

El fracaso del *Plan Cruzado*

El presidente Sarney lanzó en 1986 su plan de estabilización de la economía, conocido como *Plan Cruzado*, con una serie de medidas para contener la inflación y estabilizar la economía: el *cruzeiro* fue sustituido por una nueva moneda, el *cruzado*. Todos los precios fueron congelados durante un año[22].

[20] Una descripción de esas negociaciones fue hecha por Fernando Henrique en el capítulo «Aprendendo na Política», en su libro *A Arte da Política*, *cit.*, pp. 92-100, especialmente.

[21] Al respecto del fracaso del Plan Verano y de la eventualidad de renuncia del presidente Sarney, los bastidores palaciegos están descritos en Saulo Ramos, *Código da vida*, São Paulo: Planeta do Brasil, 2007, especialmente pp. 159-162.

[22] Sobre las oscilaciones políticas, los planes económicos (Cruzado, Bresser, Verano) y los respectivos economistas responsables, véase la colección de ensayos en Lourdes Sola (org.), *O Estado da transição: política e economia da Nova República*, São Paulo: Vértice, 1988, en especial el estudio de Brasílio Sallum Júnior, «Por que não tem dado certo: notas sobre a transição política brasileira», pp. 127-144.

El gobierno, a pesar de las medidas, no cumplió su parte pues continuó gastando mucho más de lo que recaudaba. El resultado del plan fue la desaparición de los principales géneros alimenticios y el surgimiento de un mercado negro, con precios por encima de la tabla divulgada por el gobierno. El gobierno Sarney promulgó otros planes semejantes, intentado con ello detener la ola de desabastecimiento y de alza de la inflación, pero fracasó de nuevo[23].

El pago de la deuda externa: la moratoria

Además de decretar medidas contra la inflación, el gobierno Sarney decidió suspender el pago de los intereses de la deuda externa, declarando una *moratoria*. Esta disposición provocó una caída del volumen de las inversiones destinadas a Brasil por los bancos internacionales. Desde aquel momento el gobierno intentó negociar la vuelta del país a la comunidad financiera internacional a través de acuerdos provisionales sobre la deuda externa. Tales acuerdos dependían del llamado «ajuste» de la economía brasileña. En realidad, la receta del ajuste exigida por el Fondo Monetario Internacional (FMI) era semejante a los planes aplicados en Chile, en Argentina, México y Perú para la renegociación de la deuda externa: la privatización de empresas estatales; la reforma administrativa del Estado, la reducción del número de funcionarios públicos y la apertura de la economía al capital extranjero.

Rumbo al Congreso Constituyente

La crisis del Estado era patente en todas sus variadas manifestaciones. La cuestión de la democracia era planteada por las diversas corrientes, incluso las conservadoras, ya que no conseguían dominar el cuadro socio-político nacional. Uno de los más rigurosos estudiosos sobre este proceso, Brasílio Sallum Júnior, en su obra *Labirintos. Dos generais à Nova República*, demostró cómo

> La derrota del diputado Dante de Oliveira, el 26 de abril de 1984, consagró legalmente la tendencia mayoritaria entre las clases dominantes y las elites dirigentes, de impedir que las masas populares y la clase media participasen directamente en la disputa de cuotas de poder en las que se atrincheraban desde la irrupción de la crisis[24].

La sociedad, inquieta e insegura, aumentó la presión para la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente que sustituyera la Constitución de 1937, legada por los militares. La mayoría de los diputados, sin embargo, se decidió por

[23] Fue el momento de los «inspectores» de Sarney, que en algún momento deberían haber parado para pensar quien, exactamente, debería haber sido «inspeccionado».

[24] Brasílio Sallum Júnior, *Labirintos. Dos generais à Nova República*, São Paulo: Hucitec, 1996, p. 103; obra escrita al calor del momento, con extrema lucidez, que contó con el apoyo del Curso de posgrado del Departamento de Sociología de la USP. Se trata de uno de los análisis más rigurosos sobre la transición política y la Conciliación. Destacan los capítulos «Crise de Estado e Democratização» y «»Em busca de um Novo Regime», importantes para la reconstrucción histórica del periodo.

la convocatoria de un *Congreso Constituyente*, frustrando de nuevo los anhelos de los sectores más progresistas de la sociedad, que venían luchando desde mediados de los años 70 y pretendían realizar una elección exclusiva –una verdadera Asamblea Nacional Constituyente– para votar a sus representantes en la elaboración de la nueva carta constitucional. Hubo, efectivamente, una movilización nacional, pacífica y vigorosa, que fue decisiva para que la Constituyente aprobase un texto en que quedó plasmado el compromiso con los valores humanos, con la corrección de injusticias tradicionales y con la organización democrática de la sociedad.

El Congreso Constituyente se abrió finalmente en 1987, aún bajo el mandato presidencial de Sarney, presidido por el diputado Ulysses Guimarães, que adquirió notoriedad nacional como el «Señor Directas». En 1988, tras interminables negociaciones, avances y retrocesos, el Congreso promulgó la nueva Constitución, consagrando el régimen *presidencialista*, con *5 años de mandato para el presidente* y la *independencia de los poderes*. Era claramente una victoria de Sarney y de la Conciliación conservadora.

Los diputados progresistas, no obstante, consiguieron inscribir en la nueva Constitución algunos aspectos avanzados que ayudaran a diseñar la nueva ciudadanía democrática, en un país poco o nada habituado a tales valores. A pesar de sus limitaciones, se entablaron en el Congreso memorables debates, de muy alto nivel, como, por ejemplo, entre Florestan Fernandes, diputado del PT por São Paulo, y Roberto Campos, del PDS[25].

El tono general de la Constituyente. Sus principales personajes

¿Cuáles fueron los principales personajes de la Constituyente? Hubo tal vez una *eminencia parda*, el ex *udenista* Afonso Arinos de Mello Franco, ahora del PFL, un parlamentario muy respetado como jurista por conservadores y progresistas (por lo menos se suponía que muchos lo fuesen en la época). Su respetabilidad solemne (en aquel universo «carente de *bachillerismo*»…) y su conservadurismo estamental afianzaban aquello que «el sistema» entendía como seguridad institucional[26]. Otro gran nombre, un poco por encima de los grupos, era el del propio Ulysses Guimarães, que consiguió que la opinión nacional asociase la Constitución con la idea de *Carta de Derechos* («Constitución ciudadana»).

Justo por debajo de estas personalidades, deben ser mencionados algunos actores que dictaron el tono del proceso: entre los progresistas, Mário Covas (entonces PMDB, parlamentarista) fue tal vez el principal. Fernando Henrique Cardoso (entonces PMDB, parlamentarista) tuvo, sin duda, un papel importante

[25] Centrada en esos dos personajes, véase Tarcísio Costa, «A Profile of Contemporary Political Discourse in Brazil: the Rethoric of Intransigence in the 1987-1988 Constituent Experience», PhD Thesis, Cambridge, UK: Cambridge University, 1998.

[26] Consúltese el estudio «A Constituinte e a Constituição de 1988», en P. Bonavides & P. de Andrade, *História Constitucional do Brasil*, 4.ª ed. Brasilia: OAB, 2002.

como relator del reglamento interno de la Constituyente, y también Bernardo Cabral (PMDB, parlamentarista), como relator de la Comisión de Sistematización. José Richa (también del PMDB, parlamentarista), de Paraná, fue otro importante articulador.

En los bancos de la derecha, cabe registrar la acción, más que la «teoría» (comillas necesarias, pues no cultivaba ideas sofisticadas), del diputado paulista Roberto Cardoso Alves, figura clave para la creación del *Centrão**, el aglomerado llamado «fisiológico» (que buscaba sacar provecho de su proximidad con el poder público en beneficio propio) que tanto desmovilizaría el proceso y los proyectos de modernización de la República en los años siguientes. En el plano ideológico o temático del ala conservadora, debe destacarse también al culto y valeroso Roberto Campos (PDS, presidencialista, en los temas económicos y generales).

En la izquierda destacaron el profesor Florestan Fernandes (educación, ciencia y ciudadanía), Oswaldo Lima Filho y Plínio de Arruda Sampaio (cuestión agraria), Fabio Feldman (medio ambiente), los profesores Fernando Henrique Cardoso (sistema de gobierno y otros temas) y José Serra (temas económicos), más Artur da Távola (comunicación y cultura). Activo en varias de esas cuestiones, con buena formación jurídica, fue el profesor Plínio de Arruda Sampaio (entonces en el PT, presidencialista). En el centro-izquierda se situaban Nelson Jobim, en la discusión sobre las relaciones entre poderes y el sistema de gobierno, y Severo Gomes, nacionalista *enragé*, sobre economía y el nuevo orden económico internacional. Hubo, naturalmente, diferencias acentuadas dentro de este último grupo. Nombres como Fernando Henrique, Serra, Artur da Távola y Egydio destacaban por su sesgo más socialdemócrata. Los otros tenían tendencias más socialistas o nacionalistas.

¿Qué representaban los partidos de perfil socialista, particularmente el PSDB y el PT? Como se sabe, la experiencia del PSDB era contraria a lo que ocurrió en Europa, donde la socialdemocracia tuvo una fuerte base sindical. El PT cargaba un perfil mucho más próximo al modelo europeo (sólo que más plural), con la participación de la Iglesia y una base agraria, además de la presencia del sindicalismo urbano-industrial y de los servicios públicos.

(*) Es como se conoce al centro político, cuyo principal representante es el PMDB. *N. del T.*

Finalmente, nace la Constitución de 1988…

> La Constitución no cabe en el PIB…[27].
>
> Antônio Delfim Netto

En términos de derechos y libertades individuales, la Constitución de 1988 es la más progresista que ha tenido Brasil[28]. La Carta se compone de 245 artículos permanentes y 70 disposiciones transitorias, esto es, asuntos que requieren una reglamentación por ley ordinaria. La propia Constitución incluía un dispositivo que determinaba su *revisión* en octubre de 1993. La revisión constitucional fue concluida en 1994.

La Carta de 1988 también convocó un plebiscito para definir el régimen de gobierno. En abril de 1993, los ciudadanos brasileños, tras una intensa campaña en la televisión y en los periódicos, las escuelas y las plazas públicas, optaron entre el régimen republicano o la monarquía constitucional, y también entre el parlamentarismo o el presidencialismo. Resultado: el plebiscito consagró la victoria del régimen republicano y de la forma de gobierno presidencialista.

Además de definir el mandato presidencial de 5 años, se fijó la elección por voto directo a dos vueltas, tanto en el caso del presidente como de los gobernadores estatales y los alcaldes. La Carta también reforzó el poder del Legislativo y definió la independencia efectiva del poder Judicial, que estaría capacitado para juzgar, y hasta anular, decretos del Poder Ejecutivo.

En el capítulo de los derechos individuales y colectivos de la ciudadanía, la Constitución del 88 permite que cualquier ciudadano pueda promover un proceso contra el gobierno; instituyó el *habeas-data*, que permite a los ciudadanos conocer las informaciones de interés particular o general registradas en órganos públicos o en bancos de datos del gobierno; establece el fin de la censura previa a las artes y a los medios de comunicación; prohíbe la intervención del Estado en los sindicatos y garantiza el derecho amplio de huelga, ampliando los derechos de los trabajadores.

En el plano económico, reservó varias actividades solamente para empresas nacionales, protegiendo así la industria nacional. En el campo político administrativo, reforzó el federalismo, ampliando la autonomía administrativa de los estados.

[27] Delfim Neto, «Liberais, mas nem tanto», en *Economia e Cultura*, São Paulo, dic. de 93-feb. de 94, pp. 22-23.

[28] «La Constitución, con las correcciones que haremos, será el guardián de la gobernabilidad», dijo Ulysses Guimarães, en firme respuesta al discurso de Sarney contra la Constituyente (27-7-1988). Cf. P. Bonavides & P. de Andrade, *História Constitucional do Brasil*, cit., p. 909. No estaba lejos de la verdad, pues el país vivía momentos de difícil gobernabilidad, cualesquiera que fuesen los gobernantes, y se incrementaban las antiquísimas demandas sociales.

Dos comentarios a la Constitución: Dalmo Dallari y Tarcísio Costa

Según el jurista Dallari, la Constitución de 1988 es, de lejos, la más democrática que se ha aprobado en Brasil, «y debe ser respetada y aplicada para la corrección de las injusticias sociales y la democratización de la sociedad brasileña». En su visión, la Constitución actual es la más democrática no sólo por la intensa participación popular en la Constituyente sino también por el contenido, pues comienza con una afirmación de principios humanistas y democráticos, consagra los derechos civiles y políticos y también los derechos económicos, sociales y culturales constantes de los Pactos de Derechos Humanos aprobados por la ONU en 1966, creando varios instrumentos jurídicos destinados a la garantía y la implantación de los mismos:

> La alegación de que es demasiado larga y minuciosa esconde, en realidad, la resistencia de los que no quieren perder privilegios tradicionales y de los que desean eliminar de la Constitución los derechos económicos, sociales y culturales, pues tales derechos exigen del Estado un papel positivo, de planificador y realizador, dejando atrás el Estado-Policía, mero garantizador de privilegios, antes protegidos como derechos. En cuanto a las minucias, eran y son necesarias para impedir que, bajo el pretexto de la necesidad de esperar a leyes que los desarrollen, muchos derechos queden apenas como una declaración formal, sin efectividad[29].

La ideología de la Constituyente

Otro analista de la Constituyente y de la Constitución es el politólogo y diplomático Tarcísio Costa, estudioso del ambiente discursivo en Brasil en la década de 1980 y autor de una tesis de doctorado sobre la experiencia de la Constituyente, defendida en la Universidad de Cambridge[30]. Al examinar el discurso político brasileño en la segunda mitad de los años 80, contexto histórico en que tuvo lugar la Constituyente, Tarcísio Costa encontró tal vez el mejor escenario posible para una investigación sobre ideologías y partidos políticos. En declaraciones a los autores, comenta que, a su entender,

> la Asamblea fue muy representativa, a pesar de todos nuestros vicios al respecto. El formato de trabajo en la constituyente reforzó su carácter participativo, con las consultas públicas hechas por las subcomisiones, las enmiendas populares, etc. En fin, no imagino otro «acervo» de fuentes más apropiado[31].

En aquel periodo se inició la fase pos-transición. «El momento final de la transición varía según las opiniones», según el analista; para algunos, dice:

[29] Testimonio a los autores del profesor Dalmo de Abreu Dallari el 15-2-2007.
[30] Tarcísio Costa, *A Profile of Contemporary Political Discourse in Brazil*, cit.
[31] Declaraciones de Tarcísio Costa a los autores, el 12-6-2007.

> …habría sido el retorno al poder civil; para otros, la convocatoria de la Constituyente; hay quien defiende que solamente con su aprobación rematamos la gradualísima y larga salida de la dictadura. De ahí la relevancia de saber si nosotros o nuestros agentes políticos ya estaban utilizando un lenguaje democrático[32].

El lenguaje en la construcción de la democracia: una interpretación

Se iniciaba entonces en Brasil, en aquella segunda mitad de los años ochenta, un ensayo democrático en que surgió la cuestión de saber si nuestros agentes políticos, en la izquierda y en la derecha, se habían convertido ya al lenguaje de la democracia. ¿Qué lengua era aquella? ¿Existiría un lenguaje único? Quien responde es también el politólogo:

> Lejos de mí sugerir eso. No hice más que recurrir a una interpretación que me parece consagrada por algunas corrientes respetables del pensamiento político (…) como la del grupo del *Socialismo o Barbarie*, en la estela de Tocqueville. Es básicamente la idea de que el proceso histórico, bajo una concepción democrática, (i) no esta sujeto a determinismos de ninguna clase (ii) es indeterminado (no persigue un fin previamente definido); y (iii) no tiene dueño (ni clase motora, ni guías iluminados)[33].

Tarcísio Costa se detiene entonces en el análisis de dos discursos, empresa compleja, comenzando por el esfuerzo de encontrar alguna lógica en lo que decían algunos de nuestros patricios.

¿Una constitución de tendencia de derecha o de izquierda? Una mirada retrospectiva

Para el politólogo, el resultado indiscutible es que ni la derecha ni la izquierda aceptaban la autonomía del político: la derecha, subordinándolo a supuestas exigencias de la modernidad económica; la izquierda lo subjetivaba en las reclamaciones sociales. ¿Qué se puede extraer de relevante en todo eso? Tal vez dos cosas, concluye Tarcísio Costa:

> Una de valor histórico, que sería la constatación de que iniciamos la experiencia democrática (o esta nueva fase, para los que ven nuestra *República Velha* y los años cincuenta como democráticos) con una mentalidad autoritaria. La segunda es que la investigación trae algo de premonitorio en relación al comportamiento de la izquierda. Los vicios que se manifestaban en el plano del discurso en 87-88 contaminaron el ejercicio de poder por el PT veinte años después. No hubo actualización en ese medio tiempo. Mientras la socialdemocracia europea tuvo que sufrir una dura renovación en el plano del discurso antes de llegar al poder (con González, Schmidt, Blair, etc.) la nuestra entró de repente en el ejercicio del poder, con el resultado conocido[34].

[32] *Ibidem*.
[33] *Ibidem*.
[34] *Ibidem*.

En suma, los enfrentamientos vividos por los partidos durante la Constituyente fueron importantes porque obligaron a las formaciones políticas a mostrar sus verdaderas vocaciones, explicitando más claramente sus identidades ideológicas. Lo que tal vez fuera esperar demasiado, dadas sus raíces y experiencias históricas y político-ideológicas, tanto de movilización como de desmovilización. Es bien verdad que la vida se complicó en el terreno de la socialdemocracia, pues la experiencia, los avances y el contenido ideológico del PSDB fueron bastante relativizados, demostrando ser una invención de las elites locales sin base sindical alguna. Como ya se ha dicho, la vocación del PSDB es contraria a lo que ocurrió en Europa, donde la socialdemocracia creció a partir de luchas históricas durante las cuales se construyó una fuerte base sindical.

El fin de la dictadura. Las esperadas elecciones directas

> Solamente después de la caída del *Estado Novo* se produjo una verdadera eclosión de las masas en la arena política. Aún así, bajo la mediación y el control burgueses. Eso no impidió que el reiterado «pacto político» demagógico-populista provocase una prolongada crisis de inestabilidad política, que nos llevó al golpe de Estado de 1964, a la república institucional y a la presente «apertura política»[35].
>
> Florestan Fernandes

La larga dictadura iniciada en 1964 se iba agotando poco a poco[36]. Como quería Geisel, a un ritmo «lento, gradual y seguro»… para las clases burguesas. Ahora, derrotada la tesis del parlamentarismo, definido el régimen presidencialista y ajustado su *modus*, se declaró abierta la campaña para las elecciones *directas* a la presidencia de la República. Llegaba, finalmente, el momento supremo del ritual político-institucional republicano, concentrado en el paso efectivo de un orden autocrático a un régimen republicano democrático: el de las elecciones directas para presidente. Los partidos tradicionales y mayoritarios (PMDB, PSDB, PFL y PDS) mostraron poca capacidad para una victoria electoral.

Para las *primeras* e importantísimas *elecciones directas para la presidencia de la República* tras el régimen dictatorial, se presentó un candidato nuevo y joven –de un pequeño partido prefabricado, el PRN (Partido de la Reconstrucción Nacional)–, Fernando Collor de Mello. La «modernidad» redentora emergía del pequeño estado de Alagoas, de donde procedía el candidato. Las mayores posibilidades de victoria eran, en teoría, para el PDT de Brizola o para el PT de Lula, pero también entraban en la disputa Mário Covas (defendiendo el «choque de capitalismo»), ahora en el PSDB, y Roberto Freire, del PCB. Con la derecha y la izquierda divididas internamente, la cadena Globo de televisión tuvo un papel decisivo, apoyando a Collor

[35] Florestan Fernandes, *A Ditadura em questão*, São Paulo: T. A. Queirós, 1982, p. 71.

[36] Para una visión del marco general latinoamericano, véase el artículo de Rui Mauro Marini, «A nova democracia latino-americana», en *Humanidades*, n.º 13, Brasilia, mayo-jun. de 1987, pp. 5-11.

contra el «peligro del *brizolismo*». Alimentada por los medios de comunicación, «la figura de Collor adquirió importancia desde el punto de vista de la política, en un país que se degradaba moralmente», según el ex diputado constituyente comunista Roberto Freire.

Gobierno Collor (1990-1992)

> Una alianza formal entre el lúmpen y la derecha política.
>
> Raymundo Faoro[37]

Los candidatos que llegaron a la disputa final en la segunda vuelta representaban dos universos completamente diferentes, si no antagónicos: Collor de Mello, oriundo de la oligarquía, y Lula da Silva, ex metalúrgico, salido del mundo del trabajo del ABC paulista.

Se celebraban, efectivamente, en aquel año de 1989 las primeras *elecciones directas* para presidente desde 1960. El candidato Lula, con mejores resultados que Brizola, pasó a la segunda vuelta[38]. En el enfrentamiento final entre Fernando Collor de Mello, gobernador de Alagoas, representante de los sectores más conservadores de la sociedad, y Luís Inácio «Lula» da Silva, ex sindicalista pernambucano radicado en São Bernardo do Campo, venció el primero, asumiendo la presidencia en 1990.

Collor de Mello surgió como candidato prácticamente desconocido, sin programa, aparentemente distante de los grupos políticos tradicionales[39]. Montó un gobierno de «notables» –a los cuales, también aparentemente, dio plena libertad– que incluía al físico José Goldemberg, al médico Adib Jatene, al crítico y embajador Sérgio Paulo Rouanet, al jurista Celso Láfer y al almirante Mário César Flores, militar estudioso de las cuestiones nacionales. El núcleo duro de la Economía estaba dirigido por la inexperta Zélia Cardoso de Mello como ministra de Hacienda. Collor fue elegido con la promesa de llevar la moral a la administración pública, de combatir a los «marajás» (funcionarios públicos de las empresas estatales que ganaban fortunas) y

[37] Raymundo Faoro en *Isto É/Senhor*, São Paulo, 31-5-1989. Ver también el artículo de Faoro «É possível fabricar um presidente?», *Isto É/Senhor*, São Paulo, n.º 1033, 5-7-1989, p. 31; y, cuando la candidatura de Collor estaba en vertiginosa ascensión, el editorial «O fenômeno Collor», en *Isto É/Senhor*, São Paulo, 25-12-91, en que se hace un análisis del cuadro ideológico y político nacional.

[38] Para desesperación de algunos sectores de la izquierda, que pensaban que el *gaúcho* sería el único que pudiera vencer al candidato Collor.

[39] Fernando Affonso Collor de Mello es nieto del primer ministro de Trabajo de Vargas, Lindolfo Collor (poco después feroz opositor) e hijo de Arnon Afonso de Melo, senador por Alagoas, que fue protagonista de una lamentable escena de «duelo» en el plenario del Senado, el día 4 de diciembre de 1963, cuando disparó tres tiros contra su desafecto Silvestre Péricles de Góes Monteiro, también senador por Alagoas, que escapó a las balas. En el episodio, sin embargo, fue herido de muerte el senador suplente de Acre, José Kairala. Un episodio que, eufemísticamente, calificaremos como de «falta de decoro parlamentario» y que –otra triste faceta de la «Conciliación»–, según la expresión popular, «acabó en pizza», es decir, en nada. Como se ve, una costumbre que va creando, lamentablemente, una pesada tradición.

de defender a los «descamisados», expresión tomada del líder populista argentino Juan Domingo Perón, según anunciaba en su campaña política, muy bien cuidada por el creciente *marketing* político-televisivo. Pronto se comprobó que el falso «cazador de marajás» y político «modernizador» (partidario de la desnacionalización en la economía y contrario a las reservas de mercado, con imagen de persona «deportiva» y de joven «cabeza», de «Primer Mundo»), se aprovechaba de prácticas políticas muy antiguas y conocidas: intercambio de favores, cobro de comisiones para realizar obras públicas, etc.

El *Plan Collor*

Dos días antes de su toma de posesión, Collor solicitó al presidente Sarney el decreto de vacaciones bancarias durante los seis días siguientes. El primer día de su gobierno, el día 13 de marzo, Collor promulgó un nuevo plan económico destinado a contener la inflación, un plan «sorpresa» dirigido por la inexperta profesora Zélia Cardoso de Mello, que confiscó los activos financieros de todos los ciudadanos. Conmoción nacional, indignación, estupor. Fidel Castro diría, en tono de broma, que ni él mismo tuvo coraje para tanto al comienzo de la revolución cubana.

Las primeras medidas del *Plan Collor* fueron la congelación de precios y salarios; la sustitución de la moneda en vigor, adoptando el *cruzado novo*; la confiscación de activos financieros durante 24 meses, incluso las cartillas de ahorro, esto es, el secuestro de las cuentas bancarias hasta un cierto límite; la reforma administrativa del Estado y el control del déficit público. Otras medidas fueron la privatización de empresas estatales; despido de funcionarios públicos; apertura comercial, eliminando restricciones a las importaciones; creación de nuevos impuestos y elevación de otros. Fue la manera encontrada para colocar a Brasil en el mapa de la globalización, adoptando el «neoliberalismo de taberna», concepto que adquirió celebridad como expresión popular en aquel momento. Al igual que los planes anteriores, el *Plan Collor* fracasó tras un corto periodo de aparente estabilidad y la inflación volvió a subir de nuevo.

La «República de Alagoas»

El nieto de Lindolfo Collor resultó ser un fraude: representaba a una nueva burguesía de la periferia del sistema capitalista, ávida de beneficios y privilegios a la sombra del Estado. Su viaje presidencial a Estados Unidos fue un desastre, aunque revelador: expuso al mundo el subdesarrollo político y cultural brasileño. La visita oficial a Washington y su discurso al lado de un contrariado presidente Bush (padre) marcaron época.

Su grupo lo integraban sus hermanos, su madre como eje central, además de su tesorero Paulo César Frias, Renan Calheiro y Roberto Jefferson, entre otros. Empapada de la ideología de la modernidad e impulsada por la cultura del *marketing*, reaparecía en la República una antigua agrupación con aires renovados: los viejos

coronéis del *sertão*. El «Brasil profundo» afloraba con lo que había de más atrasado y, al mismo tiempo, de más grotesco.

Durante el año 1992, las denuncias de corrupción hechas por el hermano del presidente Collor desencadenaron una serie de movimientos de la sociedad civil exigiendo el castigo de los responsables del desvío de dinero público, fenómeno que se produce en coyunturas en las que hay caída del PIB… En aquel momento se vivía la mayor caída desde los años 60. A partir de julio de aquel mismo año, estudiantes de secundaria, los «caras pintadas», se reapropiaron de los símbolos verde-amarillos de la nación y ocuparon las calles en diversas ciudades de Brasil, exigiendo el fin de la corrupción y de la impunidad.

Las sospechas de corrupción se confirmaron. Su tesorero, P. C. Farias, también implicado, apareció asesinado. En mayo de 1992 se reveló que había fraude electoral, sobornos, desvío de dólares, falsificaciones de contratos públicos, etc. El Congreso instauró una comisión de investigación que confirmó la existencia de diversas formas de corrupción. Las manifestaciones populares tomaron las calles. A continuación Collor fue sometido a un procedimiento de *impeachment* y destituido por el Congreso, acción aprobada el 30 de diciembre por el Senado. Collor renunció a su mandato antes de la inhabilitación, mediante una carta llevada al Congreso por su abogado Evaristo de Morais Filho[40]. A pesar de la renuncia, fue inhabilitado, pero consiguió que sus derechos políticos fueran anulados tan sólo por 8 años. Ironías de la historia (de Brasil). Candidato a senador de la República por el Estado de Alagoas, Collor fue elegido de nuevo en 2006 y su partido entró en la coalición de apoyo al presidente Lula… En este nuevo papel, a menudo tiene palabras amables para el ex líder sindical de quien dice que «hace un buen trabajo».

Durante todo el proceso de *impeachment*, la prensa tuvo un papel fundamental en la investigación y en la reunión de pruebas y testigos, así como en la movilización de la opinión nacional.

En diciembre de 2007, un ex miembro de su *coterie* alagoana, Renan Calheiros, se vio obligado a renunciar a la presidencia del Senado, que ocupaba, tras una serie de denuncias de corrupción, en un proceso que prácticamente paralizó a la Cámara Alta durante todo el año. Sin embargo, no fue inhabilitado, pues contó con el apoyo del ex presidente José Sarney y de la mayoría del PMDB, así como del Palacio del Planalto. Una vez más, la vieja Conciliación, Brasil caminando hacia atrás…

[40] Véase la entrevista a Raymundo Faoro, «O Governo da Ineficiência», en *Isto É/Senhor*, São Paulo, 30-1-1991, pp. 4-8.

El gobierno de Itamar Franco (1992-1995)

¿Usted cree que soy ingenuo?[41].

Itamar Franco, 1992

El vicepresidente Itamar Franco, oriundo de Juiz de Fora en Minas Gerais (la segunda mayor circunscripción electoral del país), nacionalista, representante de las clases medias urbanas, asumió el gobierno y buscó el apoyo de los partidos políticos que apoyaron la inhabilitación de Collor. En su gobierno se produjo el plebiscito en que fue aprobado el régimen republicano y el sistema presidencialista. Como anunciaba la revista *Veja* en su reportaje de portada el 6 de enero de 1993: «Con la renuncia de Collor, llega la hora de que Itamar se quite el traje de la interinidad y arregle el gobierno.» El reportaje, firmado por Elio Gaspari, hablaba del fin del gobierno Collor en estos términos: «Lincharon a un difunto», refiriéndose a los 76 senadores que anularon los derechos políticos de Fernando Collor de Mello, a pesar de haber presentado su renuncia.

Itamar, con su discreción *mineira*, llegó al gobierno con un 79% de apoyo de la población y conjuró el peligro de medidas voluntarias o «paquetes» político-administrativos, insistiendo, no obstante, en que era necesario continuar con las reformas, sobre todo aquellas orientadas a favorecer la apertura de la economía. No en vano, tomaba posesión del cargo en un país que se quería del «Primer Mundo», aunque en realidad ostentaba cifras alarmantes de miseria y analfabetismo.

Invitó a formar parte de su gobierno a Fernando Henrique Cardoso, como ministro de Relaciones Exteriores, Paulo Haddad, para Planificación; Antônio Britto, en Seguridad Social; Maurício Corrêa, en el Ministerio de Justicia; y Henrique Hargreaves, en la jefatura de la Casa Civil. En la apreciación de Fernando Henrique, cuando Itamar era senador se caracterizó por su «nacionalismo extremo y su carácter siempre polémico en la política *mineira*».

[41] En respuesta a Fernando Henrique Cardoso. Cf. Fernando Henrique Cardoso, *Arte da Política*, cit., p. 38.

El *Plan Real*[42]

> Él [Fernando Henrique] sabía que el plan necesitaba dos pilares, la reforma tributaria y la reforma fiscal. Eso sería hecho al inicio del gobierno, en 1995. En lugar de hacer las reformas, encaminó todo hacia la reelección[43].
>
> Itamar Franco

En 1993, Fernando Henrique Cardoso, ministro de Relaciones Exteriores, aceptó su transferencia al ministerio de Hacienda y en marzo anunciaba un nuevo plan económico, el *Plan Real*. En julio entraba en vigor la nueva moneda, el *Real*, que tuvo como primer resultado el estancamiento del proceso inflacionario[44]. Con una antelación de dos meses, el gobierno tomó la precaución de ir preparando a la población a través de una serie de medidas que fueron aplicadas gradualmente. De este modo se evitó que la opinión pública sufriese otra sorpresa, como ocurrió con el *Plan Collor*, que se aplicó como si se sacara de la chistera. En agosto de 1993, el *cruzeiro* fue sustituido por el transitorio *cruzeiro real*, y solamente en julio de 1994 el gobierno puso en marcha el *Plan Real*, prohibiendo cualquier tipo de indexación.

En la *memoria social* estaban muy presentes la inflación y la hiperinflación, cuando la mayoría de la población estaba angustiada, haciendo cálculos para poder llegar a fin de mes, llegándose a tal descontrol que la gente se veía obligada a hacer las compras el primer día del mes para no perder más de lo que ya había perdido…

La población estaba escaldada de la política de «choques», pues la llevada a cabo por la ministra Zélia dejó a las familias arruinadas y a los mayores desamparados. Además se hizo obvio que las vacaciones bancarias o las congelaciones de precios y salarios que antecedieron a los cambios en la política económica, favorecieron a oportunistas bien posicionados. Esta vez hubo tiempo para que la población atemorizada tuviera una adaptación psicológica. También para el ámbito financiero, pues las empresas pudieron prepararse para ajustar los precios de sus productos antes de que las medidas entraran en vigor, lo que ocurriría el día 1 de julio. Se fijó un cambio de 1 real por cada 2.750 cruzeiros, al tiempo que se desaceleraba la emisión de moneda. A pesar de la estabilidad económico-financiera –y a pesar de que el gobierno Lula, que sucedió al gobierno de Fernando Henrique Cardoso, haya mantenido el *Plan*

[42] Hasta el momento, la mejor descripción del Plan Real es la del ministro de Hacienda del gobierno de Itamar Franco, Fernando Henrique Cardoso, en *A Arte da Política*, cit. Ver el capítulo 3, «O Plano Real: da descrença ao apoio popular». En el capítulo 1, «Fortuna e alguma *virtù*», narra episodios de cuño personal, cuando aceptó la invitación «de alto riesgo» hecha por Itamar para el turbulento ministerio que anteriormente, en apenas siete meses, tuvo cuatro cambios de ministro. Itamar coordinó el grupo inicial de brillantes economistas, destacando Edmar Barcha, Pérsio Arida y André Lara-Resende.

[43] En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 15-3-2008, p. A6.

[44] La actuación de Milton Dallari fue importante en esa estrategia de control de precios.

Real en sus líneas generales–, alguna crítica se hizo oír hacia la orientación «neoliberal» de la política económica (y social, dígase de paso) de la República.

El profesor Fernando Henrique se transforma en FHC

> Tenemos que entrar en la economía mundial como socios inteligentes. Tenemos que liberalizar. Tenemos que privatizar. Tenemos que buscar un equilibrio macroeconómico interno y externo [...] Pero es preciso dejar de lado la modernización apoyada en eslóganes baratos y construirla efectivamente pensando en los intereses nacionales, pues el mundo está hecho de intereses nacionales.
>
> Delfim Netto[45]

En ese clima de estabilización monetaria, el país entró en una situación de mayor tranquilidad. La candidatura de FHC (las iniciales del sociólogo, que serían su popular denominación)* se impuso casi de forma natural. En las elecciones de octubre para la presidencia, Fernando Henrique obtuvo la victoria ya en la primera vuelta, ganando a Lula, Brizola y Roberto Freire, entre los más populares. Su candidatura sellaba una coalición con el Partido del Frente Liberal, PFL –que colocó como vicepresidente a su mejor baza, el discreto senador pernambucano Marco Maciel, también profesor de Derecho Constitucional.[46] Tras un año de gestión, los *pefelistas* lo celebraban diciendo: «No necesitamos disputar la presidencia. Ya estamos en el poder...».

Se perdió la oportunidad de una coalición del PSDB, el llamado partido de los *tucanos*, con el PT, el Partido de los Trabajadores, los dos partidos modernos creados en la oposición a la dictadura. Fernando Henrique y Lula habían actuado juntos en varias luchas en la Plaza de la Sé, en el ABC paulista, en Brasilia, en Río, en la Constituyente y en otros diversos frentes del país. Unidos contra el régimen autoritario, los dos partidos se separaban en esta ocasión. Sus bases sociales e ideológicas se posicionaron para el enfrentamiento político y la disputa electoral, en los torbellinos de la corriente que los llevaba a las dos orillas opuestas del río. Al fin y al cabo, un mismo río, de aguas turbias, como se vería en los años siguientes...

[45] Ex ministro de Hacienda de los gobiernos Costa e Silva, Medici y Figueiredo e interlocutor del presidente Lula. La reiterativa afirmación se encuentra en Delfim Netto,«Liberais, mas nem tanto», *Economia e Cultura*, São Paulo, dic. de 93-feb. de 94, pp. 22-23.

(*) Pronúnciese, como en portugués, «Efe, Agá, Sé». *N. del T.*

[46] Véase Paulo Markun, *O Sapo e o Príncipe*, São Paulo: Objetiva, 2004.

Fernando Henrique y sus dos gobiernos (1995-2003)

> Evito pensar que el juego político es mera mistificación, y que por tanto, nadie está en él con propósitos auténticos, buscando mejorar las cosas [...] En la dinámica entre el Ejecutivo y el Legislativo, todo el arte para que un gobierno saque adelante su programa –si lo tiene– consiste en mantener la agenda del Congreso bajo control y a la sociedad informada de sus propósitos[47].
>
> Fernando Henrique Cardoso

Cardoso sí había elaborado un programa para su gobierno, además de llevar al Planalto un equipo bien articulado, con figuras de combate como Sérgio Motta, economistas viajados y conocedores del orden económico-financiero mundial, junto con diplomáticos de carrera bien formados. Como escribió, a pesar de «eventuales cualidades mías para hacer frente a las adversidades, a mi manera, dando impresión de suavidad»[48], actuaba con una obsesiva noción de «proceso», palabra clave en su vocabulario, como se constata en su programa:

> La experiencia del Real ha dejado una importante lección sobre el proceso de cambio: no debemos engañarnos por la ilusión del camino fácil o por intentar buscar atajos para llegar más deprisa[49].

En el discurso de su toma de posesión, en enero de 1995, presentó un programa en el que, en lo esencial, indicaba la necesidad de estabilizar la economía, impidiendo el retorno de la inflación y consolidando la nueva moneda. En su gobierno estaba Pedro Malan, economista con doctorado en Berkeley e hijo del derechista general Malan, como austero ministro de Hacienda.

La actuación de Malan fue decisiva. El historiador Perry Anderson, comparando el tandem Menem-Cavallo de Argentina, con el tandem brasileño Cardoso-Malan, señalaba que tal vez Fernando Henrique prefiriese a Malan como su sucesor:

> El Real fue obra de Malan y su equipo y FHC le debe todo. Esa deuda moral hizo que le fuese difícil descartarlo, junto con Gustavo Franco, en el momento en que políticamente debería haberlo hecho para proteger sus propios intereses. Había, sin embargo, un factor adicional: Malan, que tenía una estrecha relación con el FMI, representaba una garantía para la confianza norteamericana. Mientras él estuviera en el cargo, FHC podría estar seguro de recibir un tratamiento excepcional por parte del

[47] Véase el elaborado balance, bien escrito, de sus dos mandatos presidenciales en Fernando Henrique Cardoso, *A Arte da Política*, cit. Él es el único presidente de Brasil que ha escrito una memoria detallada, densa y bien organizada de su gobierno. En menor dimensión, Wenceslau Bráz también dejo un texto, breve e inédito.

[48] *Ibid.*, p. 43.

[49] Fernando Henrique Cardoso, *Por um Brasil mais justo: Ação Social do Governo*, Brasilia: Presidência da República, 1996, p 6.

Fondo y del Tesoro americano. Para Fernando Henrique, los Estados Unidos siempre fueron un punto de referencia en el ámbito internacional, en todos los sentidos[50].

La tranquilidad que produjo el plan de estabilización, algo que no ocurría desde finales de los 70, tuvo efectos inmediatos en los segmentos más pobres de la población.

Antes de finalizar su mandato en 1997 y a pesar de la fuerte reacción de la oposición, el Congreso aprobó la enmienda constitucional que permitía la reelección de los cargos para el poder ejecutivo, en los ámbitos federal, estatal y municipal. Pese al griterío provocado por los que criticaban su reelección, y a pesar de la resistencia de colegas de su partido (como Mário Covas), FHC presentó de nuevo su candidatura en 1998, venciendo de nuevo, y en la primera vuelta, ante Lula, Ciro Gomes y otros representantes de partidos menores (como José Maria de Almeida y Rui Costa Pimenta)[51].

El segundo gobierno de Fernando Henrique (1999-2003)

> Fernando, yo no creo que vas a dejar flotando el cambio, ¿no? Confío en que no vas a permitir que todo esto explote en el aire[52].
>
> Carlos Menem, en conversación telefónica con Fernando Henrique, 1998.

> [FHC]: «–No puedo de ningún modo devaluar el real ahora. No tengo manera de hacer eso. Va a dar la impresión de que engañé al pueblo. «–Comprendo–» continuó Clinton, añadiendo: «–Puedo decir claramente que apoyamos la política de ustedes. Pero, ¿no va a perjudicarle en las elecciones?–» Le dije que no, y que aunque me perjudicasen, sus declaraciones eran importantes para Brasil.
>
> Fernando Henrique, en conversación telefónica con Bill Clinton, en 1998[53]

Nada más asumir el mandato en 1999, el Banco Central puso fin a la «paridad cambiaria», que mantenía al dólar en un nivel artificialmente bajo respecto al real. En 2000, la crisis en Argentina y la desaceleración mundial afectaron a la economía brasileña. En ese año y en 2001, el desempleo creció significativamente. En julio de este último año, la crisis de la energía eléctrica provocó los denominados «apagones», lo que llevó al racionamiento, con efectos político-electorales muy negativos.

En 2002, el candidato Luís Inácio Lula da Silva del PT venció en las elecciones en la segunda vuelta, ante la candidatura de José Serra, de São Paulo y Rita Camata, de

[50] *Ibidem*.

[51] Fernando Rodrigues, *O Caso X*, en *Caros Amigos*, 1 (4), São Paulo, julio de 1997, pp. 30-38. Ver también la entrevista concedida a Marina Amaral y otros, *Caros Amigos*, 1 (4), São Paulo, julio de 1997, pp. 30-38.

[52] En Fernando Henrique Cardoso, *A Arte da Política*, cit., p. 394.

[53] *Ibid*., p. 394.

Espíritu Santo, de la coalición del PSDB con el PMDB. Los partidos dominantes, sin embargo, conservaron la mayoría de los gobiernos estatales.

Las críticas al gobierno de Cardoso no fueron pocas, pero destacamos una referida al plano cultural, que traduce bien el clima creado durante aquel periodo. El crítico Sérgio Augusto sintetizó la opinión de amplios sectores ligados a la producción cultural:

> Siempre que le parece oportuno, Fernando Henrique Cardoso compara las intenciones (o metas) de su gobierno con las de Juscelino Kubitschek. Engrandecerse no está prohibido, pero en el sector cultural FHC no tiene la menor posibilidad de entrar en la historia como un Pericles tupinambá. Por las evidencias disponibles, en su reinado no disfrutaremos de un renacimiento siquiera remotamente comparable al de los años JK, cuando a la sombra de una Copa del Mundo (el fútbol también es cultura) florecieron por aquí la Bossa nova, el *Cinema Novo* y otros movimientos innovadores en las áreas de las artes plásticas, la poesía y el periodismo[54].

Fernando Henrique, perfil y trayectoria

> No hay duda: Fernando Henrique será presidente de Brasil[55].
>
> Daniel Pécaut, 1985

> Esa sensación de infinitud es un consuelo para las rupturas. La más trágica de todas es la de la propia existencia. Amenazante, cruel, inevitable. Sólo los locos no la tienen en cuenta[56].
>
> Fernando Henrique Cardoso

Cardoso ocupó la presidencia de Brasil de 1995 a 2002, convirtiéndose en el primer profesor de la Universidad de São Paulo en ocupar la más alta responsabilidad política del país. Alumno aplicado y discreto, siempre estudió en escuelas públicas, desde el Colegio Estatal Presidente Roosevelt hasta la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP, en la que ganó una plaza de catedrático en las vísperas de su inhabilitación, en 1969, que le fue aplicada a la vez que a toda una generación aplicada y brillante, de diversos departamentos y especialidades de la USP.

[54] Sérgio Augusto, «*Homo debilis*», en *Lado B* (Río de Janeiro: Record, 2001), p. 18. En lo que se refiere a la universidad, sorprendentemente, el gobierno Cardoso no tuvo un mejor desempeño, como se constata en los textos de Aziz Ab'Sáber, «O governo desconsidera trabalhos produzidos na universidade», de Roberto Romano, «O docente das universidades públicas e da pós-graduação» y de J. Leite Lopes, «Universidade e ciência, as ameaças do governo federal», en *Revista da Adusp*, n.º 14, São Paulo, jul. de 1998, respectivamente en las pp. 11-12; 7-10; 17-18.

[55] Daniel Pécaut, sociólogo de la Escuela de Altos Estudios de París, en 1985, en conversación con el autor Carlos G. Mota en su residencia.

[56] En Fernando Henrique Cardoso, *A Arte da Política*, cit., p. 12.

En su carrera, Cardoso fue sometido a tribunales examinadores en los que participaron Caio Prado Júnior, Sergio Buarque, Lourival Gomes Machado o Tales de Azevedo, entre otros exponentes del pensamiento crítico brasileño, siendo interrumpido su recorrido académico en Brasil por la retirada obligada de la inhabilitación. A pesar de ello, continuó trabajando en el exterior, en Chile, en Inglaterra, en París, en los Estados Unidos (Princeton, Stanford, etc.), llegando a la presidencia de la *American Sociological Association*[57]. Desde muy pronto participó en las más variadas iniciativas político-culturales, como la Campaña por la Escuela Pública, movimientos de Reformas de Base, la campaña «Directas, Ya» y a favor de la Constituyente, reuniones de la SBPC, o en discusiones sobre el país en la «República de São Bernardo» (junto con Lula, Ulysses Guimarães, Faoro y otros). Miembro también de consejos editoriales de revistas como *Revista Brasiliense*, de la *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (MG), *Argumento*, de la Editora «Paz e Terra», y muchas otras, publicando en ellas artículos que serían referencia obligada para el debate político, económico y cultural de la época. El impacto de los libros de autores de su generación, publicados en la colección *Corpo e Alma do Brasil*, dirigida por él mismo, fue de la mayor importancia para la renovación crítica de las ciencias sociales y de la historiografía brasileña[58].

Fernando Henrique Cardoso nació en Río de Janeiro el 18 de junio de 1931, hijo del oficial del Ejército y más tarde diputado federal por el Partido *Trabalhista* Brasileño (PTB) Leônidas Fernandes Cardoso y de Naíde Silva Cardoso. Se crió en el

[57] La trayectoria de Cardoso ha sido estudiada con mayor detalle por historiadores y sociólogos, como en la compilación de sus textos e intervenciones organizada por Mauricio Font (org.), *Charting a New Course: the Politics of Globalization and Social Transformation*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2001, con un estudio introductorio. Con información sobre sus orígenes familiares, que evocan el *tenentismo* reformista, véase el libro en formato de entrevista de Aspásia Camargo & Walder de Góes, *Meio século de combate: diálogo com Cordeiro de Farias*, Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1981. Dos antepasados suyos fueron ministros de la Guerra (en 1931 y en 1951), ambos de origen *tenentista* y oriundos de la Escuela Militar, como Nelson de Melo, Eduardo Gomes, Djalma Dutra, Siqueira Campos, Serôa da Mota y el propio Cordeiro de Farias. Véase la presentación de Carlos G. Mota a la conferencia de F. H. Cardoso, «Brasil en las Relaciones Internacionales», realizada el 5-5-2005, en el Instituto de Estudios Avanzados de la USP (vídeo).

[58] En esa colección destacan los estudios de Florestan (*Mudanças Sociais no Brasil*) y Roger Bastide (*Brasil Terra de Constrastes*). También, la obra colectiva, Carlos G. Mota (coord.), *Brasil em Perspectiva*, pref. de J. Cruz Costa, São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1966, en el que aparecieron autores como Emilia Viotti, Gabriel Cohn, Maria do Carmo Campelo, Fernando Novais, Lourdes Sola y Boris Fausto, entre otros, «la génération qui monte», según el historiador Frédéric Mauro. Estos textos, como los del profesor Cardoso (autor de *Capitalismo e Escravidão*), trajeron nuevas formas de pensar, investigar y comprender la Historia de Brasil, combinando las teorías y conceptos de Marx, Weber, Hecksher, Mannheim, Braudel y también de brasileños –como Euclides, Caio, Buarque– y latinoamericanos. Representaron un avance en las ciencias sociales y en los estudios históricos, ya que sus autores estaban preocupados por captar la *especificidad* de los procesos de formación del capital en Brasil, así como del trabajo y del Estado, buscando las particularidades del pasado y el peso de la herencia colonial, el significado de la abolición del trabajo esclavo y las dificultades de implantación del trabajo asalariado, las cuestiones de relaciones raciales, de la industrialización y de la urbanización y, aunque con menos énfasis, de las *luchas de clases*. Se observaba otra innovación: de modo general, se encontraba en esos conflictos la particularidad de la tradición *estamental-esclavista* de Brasil e incluso las formaciones de castas (Florestan Fernandes y Octávio Ianni); el problema era cómo explicar las dificultades de formación de la conciencia de clase, proletaria y burguesa, en la sociedad brasileña, problemática que continúa estando oscura hasta hoy.

clima ideológico y político del estamento militar brasileño pues, por el lado paterno, pertenece a un antiguo linaje de políticos y militares, y políticos-militares, que remonta al capitán Felicíssimo do Espírito Santo (1835-1905), uno de los líderes del Partido Conservador de Goiás. El capitán Felicíssimo fue diputado, senador y presidente de aquella provincia por dos veces, terminando sus días como brigadier del Ejército imperial. De su matrimonio con D.ª Emerenciana Azevedo surgieron las dos vertientes militares de los Cardoso en el Ejército[59]. Su abuelo, el mariscal José Ignácio, actuó tanto en la propaganda, como en la proclamación y en la consolidación de la República, estando al lado del mayor Solón Ribeiro el día 16 de noviembre de 1889, cuando se entregó al emperador el requerimiento para que dejara el gobierno y se fuera al exilio. Además de otros familiares colaterales que formaron parte del movimiento *tenentista*, su padre, el general Leônidas (nacido en Curitiba; 1889-1965), formaba parte del gabinete del ministro de la Guerra Gaspar Dutra, y actuó a su lado en el ataque de la Acción Integralista contra el Palacio del Catete, donde residían Vargas y familia. Durante el gobierno Dutra, se integró en los movimientos nacionalistas, como uno de los fundadores del Centro de Estudios de Defensa del Petróleo y de la Economía Nacional (1948). En 1954 fue elegido diputado federal por el Partido *Trabalhista* Brasileño (PTB), siendo reelegido hasta 1959. Con un perfil nacionalista y populista, se presentó como candidato a la alcaldía de São Paulo en la década de 50. Favorable a las reformas de Goulart, se pronunció contra el golpe de 1964 y falleció en 1965, a los 76 años, cuando Fernando Henrique, entonces con 34 años, se encontraba auto-exiliado en Chile.

Fernando Henrique comenzó sus estudios en el Colegio Paulista, en Río de Janeiro pero con la transferencia de su padre a São Paulo, en 1940, pasó a estudiar en la capital paulista, en el prestigioso Colegio Estatal Presidente Roosevelt. Ya en su etapa de estudiante se comprometió en la política estudiantil. Ingresó en 1949 en la antigua Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo, institución universitaria de perfil innovador, donde acabó la carrera de sociología en 1952. Comenzó su trabajo de profesor ese mismo año, enseñando Historia Económica y General y de Brasil en la Facultad de Economía de la USP, dirigida entonces por la historiadora Alice Cannabrava. Prosiguió sus estudios de sociología y fue contratado como ayudante del sociólogo francés Roger Bastide, que en aquel momento era profesor visitante en la USP, en la cátedra de sociología. En 1953 se casó con la también socióloga Ruth Correira Leite. En 1954 se convirtió en el más joven miembro del Consejo Universitario de la USP, como representante de los ex alumnos, ejerciendo un importante papel en la reforma universitaria hasta los años 60. Cuando Roger Bastide retornó a Francia en 1955, la cátedra de sociología recayó en Florestan Fernandes, que tuvo como ayudantes a Fernando Henrique, Octávio Ianni, Luiz Pereira, Maria Sylvia de Carvalho Franco, Leôncio Martins Rodrigues y Maria Alice Foracchi. Aunque nunca se hubiese afiliado al Partido Comunista Brasileño (PCB), era considerado uno de sus simpatizantes, siendo colaborador

[59] Ver las raíces de Fernando Henrique, investigadas por Cláudio Moreira Bento, «Raízes familiares do presidente Fernando Henrique Cardoso no Exército», en *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, 162 (410), Río de Janeiro, en.-mar. de 2001, accesible en: www.resenet.com.br/ahimtb/fhc.htm.

del órgano de divulgación, la revista *Fundamentos*. Su discreto «noviazgo» con el PCB sería interrumpido con la crisis de la Revolución Húngara de 1956 y la invasión soviética del país, hecho que suscitó la condena internacional.

El contacto de Fernando Henrique con el marxismo se hizo mucho más nítido cuando creó el grupo de estudios de *El Capital*, con José Arthur Gianotti, en el que participaban Paul Singer, Juarez Lopes, Fernando Novais, Bento Prado Júnior, Francisco Weffort y Octávio Ianni. Además de estos profesores que ya despuntaban, su esposa Ruth, profesora de antropología en la USP, también formaba parte de ese grupo, que destacó por su utilización de algunos aspectos de la teoría marxista y de la metodología del materialismo histórico para consolidar una interpretación marxista menos ortodoxa de Brasil y para afirmar esa corriente de pensamiento crítico en el campo de las ciencias sociales. Aunque posteriormente algunos de los miembros del «grupo de *El Capital*» se hayan transferido ideológicamente para otros campos y visiones del mundo (sobre todo para el PSDB), su influencia fue significativa en aquel momento. Por este motivo, algunos de los participantes fueron forzados a retirarse en 1968, después detenidos, algunos torturados y todos vigilados durante la dictadura. Como miembro de una generación anterior, el profesor Florestan Fernandes no participó en el grupo, continuando su trayectoria individual como docente y sociólogo crítico, distanciándose, política e ideológicamente de Cardoso, sobre todo después de 1975, aunque con admiración y respeto cordial por su ex ayudante[60].

En 1961, cuando la vida universitaria cobraba animación en la calle Maria Antonia[61], Cardoso, en una sesión memorable de defensa de tesis, obtuvo el título de Doctor en Ciencias Sociales por la USP, con su estudio sobre *Capitalismo y Esclavitud*, hoy contestado por algunos historiadores como João José Reis[62].

[60] Al final de su vida, Florestan también comenzaba a distanciarse del Partido de los Trabajadores, como se puede vislumbrar en su última entrevista en el programa *Roda Viva*, de la Televisión Cultura de São Paulo, en 1994. Difícilmente habría soportado episodios como los del *mensalão*, o las negociaciones con el llamado *Centrão*.

[61] Este periodo, de enorme efervescencia cultural y política, espera la atención de los historiadores de las ideas y de la cultura. En la Facultad de Ciencias y Letras de la USP, donde trabajaban Cruz Costa, Florestan, Dante Moreira Leite, Octávio Ianni, Ruy Coelho, J. A. Gianotti, Oliveiros Ferreira, Mário Schenberg, Crodowaldo Pavan, Oswaldo Porchat, Bento Prado Júnior, Walnice Galvão, Antonio Candido o Sérgio Buarque de Holanda –además de «nuestros franceses», Michel Debrun y Gérard Lebrun–, se vivía una especie de Renacimiento político-intelectual, aunque sin pintores…

[62] Véase el estudio de João José Reis, «Nos achamos em campo a tratar de liberdade: a resistência negra no Brasil oitocentista», en Carlos G. Mota (org.), *Viagem Incompleta*, vol. 1, São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000, pp. 241-263. Año mágico en la carrera intelectual de Cardoso fue el de 1962. Por invitación del sociólogo francés Alain Touraine y de Florestan Fernandes, pasó a formar parte de la dirección del Cesit (Centro de Sociología Industrial y del Trabajo) y, al mismo tiempo, comenzó a presidir el Consejo Editorial de la Colección *Corpo e Alma do Brasil*, de la *Difusão Européia do Livro* (Difel), llevando aires nuevos a los debates sobre temas nacionales. También por invitación de Alain Touraine, realizó estudios de posgrado en París (1962-1963) y en 1963 defendió en la USP su tesis de libre docencia sobre el empresariado industrial en Brasil.

Tras el golpe de estado de 1964, Fernando Henrique comenzó a ser perseguido políticamente[63]. Establecido en Chile, elaboró junto con el sociólogo chileno Enzo Faletto su obra más importante, *Dependencia y subdesarrollo en América Latina*, sobre la llamada «teoría de la dependencia», enfatizando la idea de la división del sistema capitalista entre naciones desarrolladas y no desarrolladas. Al contrario de lo que era la opinión corriente, su trabajo afirmaba que era posible el desarrollo de estas últimas. A las naciones subdesarrolladas les correspondía la situación de «desarrollo asociado-dependiente», debiendo organizarse para instaurar un proceso de industrialización en sus territorios, en los que la presencia del capital extranjero no representaría ningún impedimento y sí, en cambio, un impulso para el desarrollo.

Entre 1967 y 1968, invitado por el sociólogo Alain Touraine, Cardoso volvió a enseñar en Francia. En 1968 volvió a Brasil y se presentó al puesto de catedrático en la USP. Aprobado en el concurso, su actividad duraría poco, pues poco después fue abolido el sistema de cátedras y con el Acto Institucional n.º 5 (AI-5), él fue uno de los profesores retirados, siendo impedido de enseñar en instituciones públicas. Creó entonces el CEBRAP (Centro Brasileño de Análisis y Planificación), base a partir de la cual mantuvo vivo el diálogo con los principales centros universitarios internacionales de la época, por donde circuló.

Durante el gobierno de Itamar Franco (1992-1995), Cardoso ocupó la cartera de Relaciones Exteriores y después la del ministerio de Hacienda (1993). Elegido presidente en 1995 y reelegido en 1998, terminó su mandato conduciendo la transición de gobierno al nuevo presidente, Luís Inácio Lula da Silva, en un marco de excepcional normalidad institucional[64]. Aunque fuera muy criticado, Fernado Henrique elevó el tono y el *mores* de la vida política nacional, restituyendo al país en el panorama internacional, de donde había sido borrado desde el golpe civil-militar de 1964.

Cardoso participó intensamente en la tarea de oposición desde la llamada Prensa Alternativa, destacando su papel en el seminario paulista *Movimento* (1975-1981), dirigido por Raimundo Pereira, que fue, como otras iniciativas en su género, duramente perseguido por la censura del régimen militar entre 1975 y 1978. Con el profesor Antonio Candido y el activo empresario Fernando Gasparian fundó la revista *Argumento*, que a pesar de ser pronto cerrada por la censura, tuvo mucha repercusión en los medios de la oposición (su lema era «Contra hechos hay argumentos»).

Apenas dos meses después del golpe contra el gobierno Allende, en Chile, Fernando Henrique intentaba interpretar los mecanismos de la sociedad chilena,

[63] El régimen militar lo consideraba «comunista». En abril del mismo año se fue a Argentina, donde se integró en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), perteneciente a la ONU y con sede en Chile, para donde se mudó en mayo de 1964. En Chile enseñó en varias instituciones, incluso en la prestigiosa FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). En la CEPAL sus contactos más destacados fueron con Raúl Prebisch, Celso Furtado (más tarde ministro de Cultura en el gobierno Sarney) y Francisco Weffort (hasta entonces secretario del Partido de los Trabajadores y, poco después –y para muchos de forma sorprendente– ministro de Cultura en los dos mandatos de Cardoso).

[64] En 2005 fundó el Instituto Fernando Henrique Cardoso en São Paulo, para preservar los documentos de la presidencia producidos durante su gestión.

especialmente en lo referente a «un extenso grupo de profesionales liberales que se comportan de forma estamental en la defensa corporativa de sus prerrogativas sociales: médicos, abogados, ingenieros, dentistas, profesores»…[65]. Quedaba claro que la Revolución esperada en América Latina debería aplazarse para otros tiempos más lejanos. En suma, un texto aún actual para reflexionar sobre el Brasil de ayer y de hoy.

La llamada *Escuela Histórico-Sociológica* de São Paulo giraba alrededor de la figura del profesor Florestan Fernandes. Todos sus componentes directos, comenzando por el más destacado entre todos, Fernando Henrique, aparecen en la dedicatoria de la obra principal del maestro, *A Revolução Burguesa no Brasil* (1975, reeditada en 2007), obra paradigmática, que examina en perspectiva histórica cómo se estructuró el actual *modelo autocrático-burgués*, aún vigente. La influencia de esta Escuela extrapoló a este grupo básico, reverberando incluso en Uruguay, México, Chile, Cuba o Haití y alcanzando incluso a algunos de los llamados *brasileñistas*, como Warren Dean, estudioso de la historia de la industrialización en São Paulo y, más tarde, del deterioro del medio ambiente. Es importante destacar que esos profesores-escritores, junto con Furtado, Cardoso, Rui Mauro Marini, Ianni y pocos más, presentaron América Latina a los nuevos investigadores brasileños. En la generación anterior, a la que pertenecían Buarque, Caio Prado Júnior, Afonso Arinos y Gilberto Freyre, apenas Manoel Bonfim abrió ventanas hacia la historia latinoamericana.

En una perspectiva más amplia, la generación de Fernando Henrique se formó en el momento decisivo posterior a la Segunda Guerra mundial y al *Estado Novo*, cuando se asistió en Brasil a la transición de un país que vivía en las brumas de una «conciencia amena de atraso» a un descubrimiento del país real y subdesarrollado. Se vivió a continuación un momento de profunda revisión de valores (aproximadamente de 1955 a 1964) en la etapa de la prerrevolución brasileña y latinoamericana. (Prerrevolución, dígase de paso, de una Revolución que no ocurrió, con la excepción de la de Cuba.) Un momento en que los líderes de la izquierda en América Latina descubrieron que la revolución no estaba a la vuelta de la esquina… En el siguiente momento vivido por esa generación, las teorías de la revolución fueron sustituidas por aquellas centradas en la problemática de la dependencia, sobre todo dentro de los conceptos formulados por André Gunder Frank, Fernando Henrique, Faletto y otros.

En aquel contexto, Cardoso profundizó en los estudios sobre el papel de las elites y del empresariado, escrutando el significado de los movimientos sociales, en busca de un modelo político que explicase las transformaciones. El golpe de 1964, intensificado con el de 1968, junto con la caída de Allende y la de otros gobiernos de tendencia socializante en toda América Latina, revelaban la resistencia estructural de la historia subterránea del país y de todo el subcontinente.

[65] Fernando Henrique Cardoso, «Chile: um caminho possível», en *Argumento*, 1 (1), Río de Janeiro, oct. de 1973, pp. 95-103; p. 96.

Como se ha mencionado, apartado de la Universidad de São Paulo, Cardoso lideró la creación de un importante centro de investigación, el CEBRAP, para acoger a profesores y a investigadores inhabilitados[66]. En esta larga transición, se vinculó a grandes centros de investigación internacionales[67]. A partir de estos momentos, comenzó su proyección en el mundo político-institucional: primero, suplente de senador, después senador, candidato a alcalde de São Paulo (perdiendo en las elecciones ante Jânio Quadros) y años después, ministro de Relaciones Exteriores y ministro de Hacienda.

En su libro *A Arte da Política*, el documento más importante y menos fragmentario escrito por un presidente de la República en Brasil, Fernando Henrique deja escapar un poco de sus emociones,

> casi siempre contenidas por mi temperamento, del día de la toma de posesión, cuando yendo todavía en el Rolls-Royce presidencial, camino de la ceremonia en el Congreso, mientras saludaba a la multitud reunida en la Explanada de los Ministerios, sentía sobre mis hombros el peso aterrador de la historia[68].

Se revelan también otros sentimientos, como los causados por la huelga de obreros del petróleo contra la quiebra de los monopolios, a comienzos de su gobierno. Fernando Henrique tomó decisiones de extrema dureza en este dramático episodio, equiparables a las de Margareth Thatcher en Inglaterra. Según Cardoso:

> No fue fácil […]. Incluso desde el punto de vista subjetivo me costó asumir las posiciones que adopté, pues mi padre, el general Leônidas Cardoso, fue uno de los baluartes de la campaña «El petróleo es nuestro», y yo mismo tuve que hacer frente a una denuncia policial y fui procesado por haber participado en el mismo movimiento como tesorero del Centro de Estudios y Defensa del Petróleo, en São Paulo[69].

Importantes fueron también las primeras intervenciones, cuando era universitario, en la vida pública de los años 60 y 70, en los periódicos, la televisión, en conferencias y seminarios, dando ejemplo a otros colegas, en un momento en que había, de modo general, un foso entre periodistas y universitarios, desconfianzas y hasta prejuicios recíprocos. Al abrir una brecha en la muralla estamental en que vivía la universidad, aún más distanciada de la sociedad de lo que está hoy, Cardoso representaba un nuevo tipo de intelectual universitario.

[66] El funcionamiento del Centro, que se convertiría en una referencia nacional e internacional, fue posible gracias a la financiación de la Fundación Ford. El CEBRAP inspiró la creación de otros centros de investigación con objetivos diversos, como el CEDEC, el IDESP, etc.

[67] Como la CEPAL con Prebisch; la Escuela de Altos Estudios en París, con Touraine; la Unesco, el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, con Albert Hirschman; la Fundación Ford, con Morse, de la que recibió un gran apoyo financiero, etc. Morse, con alto *sense of humour*, contribuyó para lograr esa financiación, aunque en sus escritos no ahorrara ironías para algunos personajes *paulistanos*.

[68] Fernando Henrique Cardoso, *A Arte da Política*, cit., p. 17.

[69] *Ibid*., p. 20.

Observador de transiciones de regímenes autoritarios o dictatoriales a sistemas democráticos, sobre todo los de Polonia y España, se preparó para actuar en la transición a la democracia en Brasil. Más recientemente, como presidente de la Cumbre de los Países Iberoamericanos, sería un interlocutor privilegiado de los socialistas españoles y portugueses[70], además de otras personalidades e intelectuales significativos. Constituye una referencia en los debates mundiales de actualidad, en la ONU y en otros foros, y ha sido invitado para enseñar en las principales universidades contemporáneas.

Su entrada en la política formal se produjo en 1974, cuando el CEBRAP fue contactado por el único partido de oposición, el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), que trataba de actualizar su programa para la participación en el proceso electoral de aquel año[71]. En 1978, con su estrella todavía en ascensión, comenzó a participar asiduamente en las actividades de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia (SBPC), que en aquella difícil coyuntura se convirtió en el foro más importante de debates políticos, científicos y culturales.

Cuando surgió la «anticandidatura» del general Euler Bentes Monteiro, militar de mente abierta, vista como un desafío simbólico a la candidatura oficial del régimen, la del general João Baptista Figueiredo, Cardoso la apoyó públicamente, junto con Severo Gomes, Saturnino Braga, Sampaio Dória y otros. En noviembre de 1978 concurrió a una vacante en el Senado por São Paulo, con el apoyo de la Orden de Abogados de Brasil, (en la época bajo la gestión de Raymundo Faoro, que consideraba que Cardoso formaba parte del mismo linaje de estadistas que Joaquim Nabuco), de la Iglesia Católica (bajo el liderazgo del cardenal Arns) y del Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo do Campo (presidido durante aquel periodo por la figura ascendente de Lula).

De esta forma, Cardoso fue el primer político inhabilitado por el AI-5 que disputara unas elecciones, siendo el segundo más votado, sólo detrás del demócrata cristiano y profesor André Franco Montoro. A pesar de participar en las negociaciones para la creación del Partido de los Trabajadores en sus comienzos (1979), Cardoso se distanció de él, permaneciendo en el PMDB (sucesor del antiguo MDB, tras la reforma partidaria ocurrida en aquel año). En 1983, cuando Montoro asumió el gobierno de São Paulo (elegido en 1982, en las primeras elecciones directas para gobernadores después de 1965), el senador suplente Cardoso ocupó su sillón en el Senado.

[70] Véase el libro de diálogo con Mario Soares, *O mundo em português*: *um diálogo*, São Paulo: Paz e Terra, 1998.

[71] Fue uno de los organizadores del acto ecuménico en memoria y protesta por el asesinato del periodista y profesor Vladimir Herzog, en las dependencias del DOI-CODI (la violenta policía política, parte del aparato represivo en São Paulo del régimen militar). Viajando por el exterior, entre 1975 y 1977 dio clases en la Universidad de Princeton y en la cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Cambridge en Iglaterra. En 1978 retornó a Princeton y recibió el título de doctor Honoris Causa por la *State University of New Jersey*.

Tancredo Neves creó el puesto de líder del gobierno en el Congreso Nacional para el senador de São Paulo, función que acabaría ejerciendo para el gobierno de Sarney. Concurrió al cargo de alcalde de la ciudad de São Paulo en 1985, pero fue derrotado por Jânio Quadros, cuando parecía segura su victoria. Dos años después, en 1987, junto con Mário Covas y Franco Montoro, participó en la fundación de un nuevo partido político, el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB), donde proseguiría su carrera como político, mirando ya hacia el futuro.

En el *Congreso Constituyente* que elaboró la Constitución de 1988, Cardoso fue relator del reglamento interno. Su ascensión se produjo, sin embargo, durante el gobierno de Itamar Franco, tras la renuncia de Collor. El *Plan Real*, creado durante su paso por el Ministerio de Hacienda, catapultó su candidatura a la presidencia de la República.

La inclinación de FHC era parlamentarista, pero perversa como es la historia de Brasil, se convirtió en presidente de un régimen presidencialista, lo que parece haberle gustado, visto que se presentó como candidato a la reelección. Asumió la presidencia el 1 de enero de 1995 y fue reelegido para otro mandato en 1998, contra la opinión incluso de aliados del PSDB, como Mário Covas, contrario a la figura de la reelección. Fue presidente de la República de Brasil hasta el 1 de enero de 2003[72].

En 2004, ya cerrado el segundo mandato presidencial, fundó el Instituto Fernando Henrique Cardoso (IFHC) cuyo objetivo es reunir y preservar documentos de la presidencia en su periodo y discutir su obra, Brasil y América Latina. En 2005, en una lista organizada por la revista inglesa *Prospect*, fue incluido entre los cien más importantes intelectuales vivos del momento. Miembro del Club de Roma, fue elegido presidente del Club de Madrid e invitado como profesor en la Universidad de Brown en Providence. El 7 de septiembre de 2006, en medio de la crisis de credibilidad que alcanzó el gobierno Lula, Cardoso publicó una nueva *Carta a los brasileños*, analizando el momento político y electoral y manifestándose contra los desvíos y la corrupción en la República.

Realizaciones: breve balance de la modernización tardía

> Aunque los beneficios derivados del *Plan Real* […] hayan evitado que el abismo social se hiciese aun más calamitoso, la distancia se mantuvo, si no se amplió. El *apartheid* informal que divide a la sociedad brasileña no sufrió alteraciones importantes[73].
>
> Otávio Frias Filho, 2002

[72] Consúltese en la *Folha de S. Paulo*, el cuaderno especial «Anos FHC. Mudanças, Estagnação», São Paulo, 19-12-2002, con artículos críticos, entre otros, de Clovis Rossi, Vinicius Mota, Fabrício Vieira, Josias de Souza y Fernando Rodrigues.

[73] Otávio Frias Filho, «FHC na História», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 19-12-2002, p. 2.

En síntesis: como ministro de Hacienda de Itamar Franco y posteriormente, en la presidencia de la República, destacan dos realizaciones principales debidas a Fernando Henrique Cardoso: la primera, el plan de estabilización económica, el *Plan Real*; la segunda, más polémica, la implementación de la llamada *Reforma del Estado*, con el proyecto de privatizaciones, retirando de la administración pública el control de diversos sectores: básicamente, la alteración del proyecto de Estado legado por el getulismo. Desde el discurso de toma de posesión, Cardoso abordó este asunto, criticando el modelo de desarrollo cristalizado por Vargas, en el que el Estado es el principal inversor del país. Fernando Henrique señalaba la necesidad de la disminución gradual de ese papel del Estado, que debía ocuparse únicamente en los sectores de sanidad y educación, además de actuar como regulador de la economía. En la práctica, Fernando Henrique inició un ambicioso proyecto para reformular el concepto de empresa nacional, abriendo las compuertas del país para la ampliación de la participación del capital extranjero. Llegaron así el fin de la reserva de mercado para la navegación de cabotaje y el fin del monopolio de las telecomunicaciones.

En 1997, tras una difícil negociación política, fue aprobado por el Congreso Nacional el proyecto de Reforma Administrativa, firmado por su relator, el diputado del PMDB Moreira Franco, de Río de Janeiro, con 309 votos, sólo uno más del mínimo necesario. Se elevó la edad de la jubilación obligatoria de los empleados públicos y se aprobó el mantenimiento de la estabilidad de los empleos estatales –una de las mayores conquistas sociales de Brasil–, pero solamente tras cinco años de ejercicio del cargo. Se posibilitaba incluso el despido de esos empleados con la justificación de gastos excesivos –por encima del 60% de la recaudación. Más difícil fue el «proyecto» de Reforma de la Seguridad Social, aprobado solamente en enero de 1998, con muchas alteraciones en relación al texto original y modificando apenas el sistema vigente.

Aparte de estas reformas[74], el gobierno Cardoso tuvo relativo éxito en otros dos sectores: el de la educación (aunque no en lo que respecta a la universidad) y el de la política externa.

EDUCACIÓN: AMBIGÜEDADES

En el terreno de la educación se buscó la innovación. Para reformar el sistema de enseñanza de Brasil se puso en marcha un proyecto nuevo y ambicioso. Basada

[74] Debe mencionarse también la enérgica, aunque no siempre eficiente, política de Derechos Humanos, sobre todo en el periodo en que fue ministro de Justicia el jurista José Gregori. En 1996, en el seminario *Negotiating Rights in Brazil*, en la Universidad de Stanford, Gregori presentó los principales objetivos y elementos del Programa Nacional de Derechos Humanos, aprobado por el presidente Cardoso el 13 de mayo de 1996. El programa fue elaborado a partir de consultas a varias organizaciones no gubernamentales. Véase «The Fernando Henrique Cardoso Administration's Human Rights Policy», *Brazilian Papers*, Stanford: Stanford University, Oct. 22, 1996, serie con presentación de João Almino, entonces Consul General de Brasil en San Francisco.

en el proyecto del ex senador Darcy Ribeiro, se sancionó en diciembre de 1995 la nueva Ley de Directrices y Bases, la LDB, que regulaba la enseñanza en el país, que en principio decidió eliminar el examen de acceso a la educación superior, el *vestibular*, aunque en la práctica no fue posible. La enseñanza media mantuvo su orientación a la profesionalización, fijándose cinco áreas específicas establecidas a partir de la segunda serie (ciencias exactas; artes y comunicación; ciencias de la vida; ciencias sociales y humanas; gerencia e informática). De las asignaturas ofrecidas, un 75% corresponderían al currículo básico, siendo competencia de los estados el 25% restante, según las necesidades regionales. El gobierno Cardoso introdujo también pruebas de evaluación del primero, segundo y tercer grados, considerando dentro de este último la licenciatura y el posgrado. Se creó el Examen Nacional de Carreras, popularmente conocido como el *provão*, que sometía a evaluación a los graduados de la Educación Superior, condicionando la obtención del diploma a los resultados en la prueba. Las universidades también comenzaron a ser evaluadas, sobre todo en lo que se refiere a la cualificación del personal docente; los títulos (Maestría, Doctorado) antes poco importantes, pasaron a ser condición necesaria para que las carreras universitarias pudieran tener el sello del Ministerio de Educación. La crítica más común a este modelo se refiere al establecimiento de un *ranking* (adoptado en este periodo, el término fue importado de matrices norteamericanas), con el que se quería establecer un control de las universidades privadas. El sistema acabaría beneficiándolas, pues una vez *rankeadas*, pueden cobrar más (o mejor) y disputar mercado. Hechas las cuentas, este tipo de universidades fueron las principales beneficiarias, mientras que las de la red federal se estancaban o declinaban.

Política Exterior: la «diplomacia presidencial»

Además de las reformas, en el terreno de la política externa el gobierno Cardoso comenzó la llamada «diplomacia presidencial», como él mismo la denominó en *A arte da Política*[75]. El gobierno se apoyó en diplomáticos experimentados, como Luís Felipe Lampreia y Rubens Barbosa, y en intelectuales como Celso Lafer, que hizo balance de aquella coyuntura en diversos documentos y ensayos, con énfasis en su gestión al frente del ministerio de Relaciones Exteriores[76].

[75] La diplomacia del gobierno Cardoso se encuentra descrita en los capítulos 5, 6 y 10 de *A Arte da Política*, cit. Véase también su testimonio en el Memorial de América Latina, en 2006, contenido en Celso Lafer (coord.), *Presidentes da América Latina*, pres. Fernando Leça, São Paulo: Fundação Memorial da América Latina/Imprensa Oficial, 2006, pp. 21-44. Para una visión más amplia de la historia de las relaciones internacionales de Brasil hasta 1998, véase Paulo Roberto de Almeida, *Relações internacionais e política externa do Brasil: dos descobrimentos à globalização*, Porto Alegre: Editora da Universidade-UFRGS, 1998.

[76] Consúltense, de Celso Lafer, *Mudam-se os tempos. Diplomacia brasileira 2001-2002*, pref. Fernando H. Cardoso, Brasilia: Fundação Alexandre de Gusmão/Instituto de Pesquisa de Relações Internacionais, 2002; también de su autoría *A identidade internacional do Brasil e a Política externa brasileira*, São Paulo: Perspectiva, 2004; y además, «Reflexões sobre uma Gestão», en *Política Externa*, 2 (4), Río de Janeiro, marzo de 2003 (publicación co-editada por Paz e Terra/USP).

Desafío a los historiadores. El *apartheid* informal

Tal vez sea aún demasiado pronto para realizar una evaluación de la larga etapa de gobierno de Fernando Henrique. Al final de su gestión, según Otávio Frias Filho, director de la *Folha de S. Paulo*, la sociedad brasileña continuaba dividida entre dos grandes sectores, uno moderno y otro «maniatado por inmensas carencias materiales que conducen a grandes contingentes a una vida sin posibilidades»[77]. Una especie de «*apartheid* informal». En su apreciación, «es desolador que el cuadro se reproduzca tras un largo paso por el poder de un grupo de intelectuales abiertos y reformistas»[78].

Para Otávio Frias Filho, los historiadores tendrán este desafío: identificar «en qué medida el gobierno posibilitó el desarrollo de las fuerzas productivas, derribando los obstáculos que mantenían al país atado». Incisivo, concluye preguntando hasta qué punto, «se guió por una política demasiado pasiva y de concesiones, evitando los enfrentamientos en nombre de la estabilidad y de la conservación, ahora frustrada, del poder»[79].

No obstante, se pueden ver algunos avances en el periodo para la sociedad brasileña, como el retorno a la normalidad democrática, la derrota de la inflación galopante y una razonable estabilidad económica. El periodo de Cardoso en la presidencia estuvo marcado por la estabilidad política, basada en la coalición con el centro derecha y con el *Centrão* (PMDB), a pesar de la ampliación de las tensiones en el campo y de la desigualdad social. Desde el punto de vista político y financiero, la *Ley de Responsabilidad Fiscal* constituye un claro avance que interrumpe una cadena de iniciativas nefastas que aumentaron la deuda pública. De hecho, la ley establece una política fiscal para los estados y los municipios, a la que se refiere el sucesor de FHC, el presidente Lula, como la «herencia bendita».

Las desnacionalizaciones y las privatizaciones, discutidas y muchas veces contestadas, abrieron la economía brasileña al comercio internacional. A pesar de las cinco crisis financieras a que tuvo que hacer frente, se asistió a un aumento del consumo y una mejora general de las condiciones de vida de la población.

Aplicando dispositivos de la Constitución de 1998, se promovió la ampliación de los gastos sociales, evitando el aumento de la pobreza y el deterioro de la distribución de la renta. Hubo, sin embargo, una mejoría en el acceso a la sanidad básica y a la medicina preventiva, con campañas de vacunación y otras medidas.

El mayor legado del gobierno de Fernando Henrique fue, sin embargo, la implantación de los valores de la democracia representativa, que permitió el crecimiento electoral de la izquierda y la práctica de la alternancia en el poder, que llevaría a la derrota del candidato del partido del presidente. A pesar de ello, Cardoso transmitió

[77] Otávio Frias Filho, «FHC na História», cit., p. 2.
[78] *Ibidem*.
[79] *Ibidem*.

el puesto a su sucesor, Luís Inácio Lula da Silva, dentro de una inusual normalidad democrática.

El legado es, sin embargo, discutible. Para Perry Anderson, el atento historiador inglés que conoce Brasil desde los años 60 y fue editor de la *New Left Review*, la huella hegemónico-ideológica del tipo de neoliberalismo que Cardoso personificó «permanece, si no intacta, ampliamente dominante en el Brasil de hoy, junto con la personalización del poder, que él intensificó». En sus palabras:

> Al contrario que Portillo o Salinas, FHC nunca fue corrupto [...] de la misma manera que Thatcher puede ver en Tony Blair su realización más duradera, de tanto que ella lo apoya, FHC también podrá felicitarse por el hecho de que hizo al orden neoliberal irreversible en Brasil por un buen tiempo.[80]

Terminada la transición, nuevas dificultades se anunciaban en el horizonte, pues a pesar de las medidas en el terreno económico y de algunas reformas institucionales iniciadas a lo largo de gobierno de Cardoso, el modelo autocrático no fue totalmente desmontado, comenzando por la utilización de decretos gubernamentales provisionales para la resolución de cuestiones que deberían ser debatidas y votadas por el Congreso, y terminando con la cancelación de la tan cacareada reforma del Poder Judicial. Al final, impunidad (en vez de responsabilidad) sería la palabra clave de los nuevos tiempos, concepto que profundizaría sus raíces en las instituciones de la República con el gobierno siguiente.

El primer gobierno de Luís Inácio Lula da Silva (2003-2006)

> Será el primer presidente de nuestra historia que no tenga el «Braganza» implícito en su nombre[81].
>
> Luís Fernando Veríssimo, 2002

La toma de posesión de Lula como presidente de la República transcurrió de forma pacífica, civilizada y festiva. Cardoso le impuso la faja presidencial en un clima extremadamente cordial. Lo que no era poco, pues además de pertenecer a la oposición, Lula era el primer representante del mundo obrero que subía la rampa del Palacio del Planalto.

A pesar de varios pronósticos agoreros de sectores del capital nacional e internacional, la política económica fue mantenida, con control de la inflación por medio de altos tipos de interés, búsqueda del equilibrio fiscal y mantenimiento de un elevado superávit primario. La sorprendente presencia (para muchos, aunque no todos) del

[80] Perry Anderson, «Paz e Amor», cit., p. A9.
[81] Luís Fernando Veríssimo, «O último Bragança», cit.

experimentado Henrique Meirelles, procedente del BankBoston, en la dirección del Banco Central, calmó inmediatamente a los especuladores.

Los economistas del PT estuvieron atentos y en general fueron muy críticos con «la lógica del neoliberalismo de Malan», llegando a prever sus fatales consecuencias, como advirtió Perry Anderson. Sin embargo, el historiador inglés observaba en 2002:

> En general, ni el PT ni el presidente electo tienen ninguna alternativa preparada para oponer a la ortodoxia reinante, como deja clara su inmediata adhesión a las directivas del FMI[82].

En el terreno político propiamente dicho, el historiador inglés advertía sobre la posible *sobreestimación* de la figura de Lula como presidente recién elegido, dados sus orígenes populares, siempre citados, incluso por él mismo. Con palabras cortantes, aunque muy actuales, Anderson apuntaba:

> La cultura brasileña es sentimental, además de cínica, y en este momento los medios de comunicación se están hartando a divulgar informaciones biográficas sobre el presidente. El ejemplo de Lech Walesa debería bastar como aviso contra los excesos en ese aspecto. Una vez dicho esto, no deja de ser verdad que Lula personifica una experiencia de vida popular y una trayectoria de lucha social y política de abajo para arriba inigualadas por cualquier otro gobernante en el mundo actual. Aparte de esto, por detrás de él está el único partido de masas nuevo que ha sido creado a partir del movimiento sindical desde la Segunda Guerra Mundial –un partido que en términos numéricos, influencia y cohesión no tiene igual en América Latina. [Sin embargo,] Lula ha recibido el doble de los votos conseguidos por el PT– lo que corre el riesgo de acentuarse por la presidencia reforzada. La combinación de Lula y PT, no obstante, todavía es muy fuerte[83].

Como se ve, en el testimonio de Perry Anderson lo más importante reside en la percepción de distanciamiento relativo que existía ya entonces entre Lula y el PT. El historiador conoce las peculiaridades de la historia de Brasil, sobre todo en lo tocante al peso de la tradición cultural, que se hace sentir sobre los agentes de cualquier intento de renovación:

> Mucho más incluso que Italia, que lanzó el concepto para el mundo, Brasil es el país del «transformismo» por excelencia, la capacidad que posee el orden establecido de abrazar e invertir las fuerzas transformadoras, hasta tal punto que resulta prácticamente imposible distinguirlas de aquello que se proponían combatir. Es el lado sombrío de la cordialidad brasileña. El «paz y amor» es, por anticipación, un vocabulario de ingestión y derrota[84].

[82] Perry ANDERSON, «Paz e Amor», cit., p. A9.
[83] *Ibidem*.
[84] *Ibidem*.

En la política cultural, el nuevo gobierno trajo una sorpresa positiva, especialmente para aquellos que imaginaban una orientación dogmática, anclada en las bases de la militancia *petista* ortodoxa. La elección para el ministerio de Cultura del talentoso compositor y cantante Gilberto Gil –uno de los activistas del movimiento «tropicalista», de enorme prestigio nacional e internacional– abrió otros horizontes, sobre todo al criticar la «ignorancia y la estrechez de los agentes del mercado». Gil tomó posesión del cargo en medio de una fuerte oposición de varios intelectuales y artistas del propio partido del gobierno, por lo que declaraba:

> Lo que entiendo por cultura va mucho más allá del ámbito restringido y restrictivo de las concepciones académicas, o de los ritos y la liturgia de una supuesta «clase artística e intelectual». Cultura, como ya dijo alguien, no es sólo una «especie de ignorancia que hace distinguirse a los estudiosos»[85].

Sobre los conflictos religiosos y étnicos que suceden en la actualidad en varias regiones del globo, advirtió:

> Brasil tiene lecciones que dar, a pesar de lo que quieren decir ciertos representantes de instituciones internacionales y sus portavoces internos que con el fin de intentar expiar sus culpas raciales, se esfuerzan para encuadrarnos en un molde de hipocresía y discordia, componiendo de nuestro pueblo un retrato interesado, capaz únicamente de convencerles a ellos mismos. Sí: Brasil tiene lecciones que dar, en el campo de la paz y en otros, con su permanente disposición al sincretismo y lo transcultural. Y es algo de lo que nunca va a prescindir[86].

Crítico con la moda bien financiada de debates sobre la llamada «identidad cultural», que produjo varios libros pagados por el ministerio de Cultura bajo la gestión anterior, Gilberto Gil señala:

> Brasil no puede continuar siendo sinónimo de aventura generosa, pero siempre interrumpida[87].

[85] Ver el artículo de Jotabê MEDEIROS, «Fragmentos de um discurso rigoroso», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 4-1-2003, p. D3; y, también, la entrevista de Carlos GALILEA a Gil, «Brasil es un país de saltos inesperados y cuánticos», en *El País*, Madrid, 22-5-2004, p. 30. Según el ministro, Brasil es «un país que no ha pagado las deudas de los siglos XVII a XIX, pero ya está pidiendo crédito para el XXI»… Hay que destacar que, pocos meses después de su toma de posesión, al constatarse la malversación de partidas públicas en proyectos arquitectónicos en su ministerio, Gil no dudó en cortarlos.

[86] Jotabê MEDEIROS, «Fragmentos», *cit*. Es verdad que, más allá de tales «disposiciones sincréticas y transculturales», las luchas de clases adquirieron grados de violencia inimaginables para la mayoría de los científicos sociales, como se observa en las grandes capitales o en la Amazonia.

[87] *Ibidem*.

Tensión en el campo, suavización en Brasilia

Varias complicaciones salpicaron el primer periodo del gobierno Lula. En mayo de 2003, el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra, el MST, amplió las invasiones de propiedades, particularmente en Rio Grande do Sul, provocando la resistencia de los *fazendeiros* y alta tensión social en el campo.

Esta tensión en el campo ha sido constante históricamente, pero en los tiempos recientes se ha visto exacerbada con las acciones de la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT), ligada al ala de la Teología de la Liberación, y el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra, el MST. La CPT, creada en el año 1975, en plena dictadura militar, contó con la cobertura de la Iglesia a sus militantes contra las fuerzas del orden. Apoyó la candidatura de Lula, pero pronto comenzó a hacer críticas al gobierno e incluso tomó iniciativas en Alagoas, Paraíba, Pernambuco y Bahía. Como ejemplo de éstas, se puede destacar la ocupación del puerto de Maceió, que paralizó el movimiento de cargas de azúcar y de etanol, y la ocupación, en 2007, de la *Fazenda* Boa Vista, del hermano del ex presidente del Senado Renan Calheiros, del PMDB, también en Alagoas.

Cerca del 90% de los asentamientos de la reforma agraria de Paraíba están bajo bandera de la pastoral, según el geógrafo Marco Mitidiero, que afirma: «cuando se produce una ocupación, las monjas y los frailes están siempre en la línea de frente». La CPT apoya al MST, pero no se confunde con él, pues tiene un método propio de actuación, adaptándose a cada región o contexto. El MST apoya los movimientos de la Pastoral, pero considera a los trabajadores rurales los verdaderos agentes del cambio. En Paraíba, el superintendente del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA), Fray Anastacio, es miembro del PT y uno de los principales líderes de la CPT en el estado, habiendo actuado siempre como líder en ocupaciones de edificios públicos y de tierras.

El MST es un movimiento más reciente, nacido en 1985, en el periodo de transición a la democracia. Sus líderes fueron formados por la Comisión Pastoral, que siempre les dio su apoyo. Lula también les respaldó, tanto en su elección en 2002 como en la reelección de 2006, pero el MST mantiene cierta distancia crítica, aunque no hostil, hacia su gobierno. Con el tiempo, el MST ha acabado dominando las reuniones con la CPT. En síntesis, el Movimiento de los Trabajadores sin Tierra es más pragmático, con un discurso fuerte, defensor de negociaciones prácticas en las cuestiones relacionadas con la reforma agraria. Tiene una estructura organizacional más compleja y amplia, que va desde la educación a la asistencia técnica, y depende de apoyos gubernamentales; la CPT, por el contrario, critica al presidente y defiende antiguas banderas, como la imposición de límites al tamaño de la propiedad rural[88].

[88] Véanse los reportajes de Roldão Arruda, «CPT vai para linha de frente» y «Pastoral não aceita posição do MST e cobra duramente o governo Lula», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 4-8-2007, p. A7. Del mismo autor y en el mismo periódico, aunque en otra fecha, véase «Total de assentados atinge 95% da

DIFICULTADES Y SOLUCIONES: «TODO LO QUE ES SÓLIDO…»

El 22 de agosto de 2003, el proyecto de programa espacial brasileño se vio comprometido con la explosión del cohete lanzador de satelites, matando a 21 personas en la Base de Alcántara (Maranhão), proyecto retomado en 2007.

A esa altura, y en primera votación, la Cámara de los Diputados aprobó el proyecto del gobierno de reforma de la Seguridad Social que preveía fijación de límites para la jubilación (con excepciones para el poder Judicial) y extensión del cobro de contribuciones a los pensionistas. En septiembre, también en primera votación, se aprobó el proyecto de ley de Reforma Tributaria, permitiendo el aumento de la carga fiscal sobre personas físicas y jurídicas.

El año terminó con el presidente Lula pronunciando un discurso en la ONU, proponiendo un fondo internacional de combate al hambre, lo que fue altamente positivo, aunque el programa *Fome Zero* (Hambre cero) de su gobierno no haya levantado el vuelo… El año, de hecho, terminaba mal, con el menor crecimiento del PIB de los registrados durante su gobierno (0,2%).

Al año siguiente fue creado el ministerio de Coordinación Política, vaciado en parte de sus funciones por el ministro jefe de la Casa Civil, cargo ocupado por el entonces diputado federal José Dirceu. El año terminó mejor, con saldo favorable, record en la balanza comercial y un crecimiento del PIB del 5,2%.

En mayo de 2005 se produjo un record en la recaudación de tributos por la Hacienda federal. Los tipos de interés, que a comienzos del gobierno Lula estaban en el 26,5%, alcanzaron el 19,75%, los más altos del mundo, aunque posteriormente llegarían a estar al 16%. El cambio del dólar cayó hasta los 2,37 reales por unidad.

Ocurrió, sin embargo, lo inesperado –y justamente en la sede del ejecutivo, en el Palacio del Planato. Una serie de denuncias hicieron tambalearse al gobierno, obligando a dimitir al todopoderoso jefe de la Casa Civil, José Dirceu, brazo derecho del presidente, ex líder estudiantil de 1968 y mito de la nueva izquierda. La crisis se acentuaba, con innumerables denuncias de corrupción (*mensalão*, *aanguessugas**, etc.).

El presidente comenzó a distanciarse del partido y expulsó a varios dirigentes del PT. Se dio entonces una aparente contradicción: mientras el partido se enredaba en cuestiones de orden ético y político (sobre todo con los enfrentamientos entre el grupo de Tarso Genro y el tándem Berzoini/José Dirceu), la popularidad de Lula

(*) Para *mensalão* ver el capítulo 28. *Sanguessuga* significa, literalmente, sanguijuela. Por extensión se refiere a individuos que explotan a otros. Este nombre se aplicó a otro de los casos de corrupción denunciados durante el primer mandato de Lula. *N. del T.*

---

meta. Incra anuncia atendimento de 381.419 famílias, mas técnicos e sem-terra afirmam que governo infla números». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 31-1-2007, p. A10.

subió a niveles inimaginables meses antes[89]. En 2006, a pesar del PT, se produjo la reelección de Lula, en disputa con el eclipsado gobernador de São Paulo, Geraldo Alckmin, del PSDB, el partido de FHC. Los pasos del nuevo periodo de gobierno indicaban un cambio de estrategia.

Lula presidente: perfil y trayectoria. Un nuevo sindicalismo

¿Cuál es el perfil de Lula da Silva, que procedente del mundo del trabajo alcanzaba tan excepcional aceptación del electorado brasileño?

Luís Inácio Lula da Silva nació el 27 de octubre de 1945 en Caetés, en el municipio de Garanhuns, en el estado de Pernambuco. Sus padres –Eurídice Ferreira de Melo y Arístides Inácio da Silva–, poseían una pequeña propiedad, con la que alimentaban a la familia. El padre dejó a la familia en Pernambuco pocos meses después del nacimiento de Lula, y se fue con una prima a São Paulo, para trabajar como cargador en el puerto de Santos. Retornó cinco años más tarde acompañado de dos niños, sus hijos con la prima que había llevado al sur. De la vuelta a Pernambuco resultó el último de los hermanos de Lula. El padre dejaría de nuevo a la familia en Pernambuco y su madre tendría serias dificultades para sustentar a la familia, dependiendo exclusivamente de su trabajo en el campo.

La figura más fuerte en la biografía de Lula es sin duda su madre, Eurídice, que en 1952 tomó la decisión de vender la tierra y emigrar para São Paulo, con la esperanza de que viviría mejor al lado de su marido en Santos. Sin embargo, Arístides ya tenía otra familia constituida allí. El viaje duró 13 largos días en un camión *pau de arara*. Se instalaron en Vicente de Carvalho, un barrio pobre de Guarujá. Para ayudar a la familia, Lula vendía cacahuetes, tapioca y naranjas en las calles. Las dificultades de supervivencia hicieron a la familia emigrar de nuevo, esta vez hacia São Paulo, en 1956. Vivieron en una casa de un solo cuarto en el barrio de Ipiranga, en la trasera de un bar.

Al contrario que sus hermanos, que sólo cursaron hasta el tercer año de primaria, Lula hizo la prueba de admisión y llegó a cursar hasta quinto. Posteriormente continuó sus estudios, cursando el Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial (Senai), haciéndose tornero mecánico. Antes de eso, Lula trabajó en una tintorería, fue limpiabotas y botones. A los 14 años, comenzó a trabajar como aprendiz en los Almacenes Generales Colúmbia, donde firmó por primera vez un contrato de trabajo. Llevado por su madre, fue a hacer un examen, que aprobó, para trabajar en la Fábrica de Tornillos Marte, donde permaneció cuatro años. En

[89] «Tenemos que recordar siempre que Lula fue elegido presidente de la República con casi el triple de votos que el PT [...] si usted mira adentro, va a ver que no hay unidad en el PT para toda la política del gobierno. El partido se ha dividido en muchas ocasiones, cuando ha tenido que hacer frente a votaciones importantes para el gobierno» (p. 40). El «recordatorio» es de José Dirceu, personaje que tuvo un importante y complejo papel en el embrollo en que se convirtió el Brasil de Lula y del PT, en entrevista a Natalia Viana, Mariana Amaral, Marcelo Salles y João de Barros, «Estamos vivendo uma fase macartista», *Caros Amigos*, vol. 106, São Paulo, enero 2008, pp. 38-45.

1964 se hizo obrero de la Metalúrgica «Independência», llegando a estar 12 horas seguidas frente al torno.

Su militancia sindical se inició en 1967, de la mano de su hermano José Ferreira da Silva, conocido como «Fray» Chico, entonces militante del Partido Comunista Brasileño (PCB). En 1969 «Fray» Chico fue invitado a ocupar un lugar en la candidatura para la dirección del Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo do Campo y Diadema. Lo rechazó, pero propuso el nombre de Lula como suplente. La candidatura venció y Lula se quedó en la suplencia, sin dejar su trabajo en la empresa Villares, en la que se encontraba en aquella época. En 1972, en unas nuevas elecciones para el Sindicato, Lula asumió el cargo de primer secretario de la dirección, dejando la Villares como liberado sindical. En los dos mandatos, la dirección de la candidatura estaba a cargo de Paulo Vidal, que en 1975 propuso a Lula para la presidencia de la entidad, cargo que llegaría a ocupar, perfeccionando así su formación política.

En 1975, «Fray» Chico fue detenido por el régimen militar. El episodio despertó la atención de su hermano hacia el autoritarismo vigente en el país. Poco a poco, Lula se desvinculó de la tutela de Paulo Vidal, aproximándose a otros militantes sindicales más comprometidos. En 1977, el año del «paquete de abril» del presidente Geisel, Lula dirigió la campaña por la recuperación salarial, tras la caída provocada por la manipulación de los índices por parte del gobierno militar entre 1973 y 1974. Esta manipulación sólo se conoció gracias a la divulgación, por la prensa internacional, de un informe secreto del Banco Mundial. Fue la primera lucha pública contra la política económica del régimen militar, y también la primera vez que Lula adquirió protagonismo en el ámbito internacional. A mediados de los 70, el canciller alemán Helmut Schmidt, en visita a Brasil, manifestó su deseo de encontrarse con aquel líder sindical emergente de quien había oído hablar a través de empresarios alemanes instalados en São Bernardo do Campo. Fue un acontecimiento de gran importancia, pues el régimen dictatorial evitaba por todos los medios ese tipo de encuentros. El histórico encuentro se produjo en el hotel Hilton de São Paulo, con un Lula vestido de traje y corbata, para extrañeza de algunos de sus compañeros e irritación y horror de la derecha empresarial, que vivía en la tradición del capitalismo burdo y atrasado.

Lula comenzaba a ser considerado el fundador del «nuevo sindicalismo» en Brasil, sin vínculos con el Estado, distante de las prácticas de los sindicatos *pelegos*, de herencia *getulista*. Hombre de creencias cristianas, su figura desde entonces no hizo más que crecer, particularmente a partir del apoyo de sectores progresistas de la Iglesia católica a los grandes movimientos sociales provocados por las huelgas en el sector metalúrgico de 1978 y 1979. En las negociaciones, Lula consiguió un reajuste salarial para los metalúrgicos y la no intervención en el sindicato, sin que hubiera castigo para los huelguistas.

Aún estaba por llegar, sin embargo, la prueba definitiva. Al surgir una nueva huelga en 1980, momento en que la represión del régimen era más fuerte, el sindicato fue intervenido, y Lula y toda la dirección fueron detenidos en el Departamento del Orden Político y Social (DOPS) de São Paulo y procesados por la Ley de Seguridad Nacional. A pesar de ser absueltos en segunda instancia por el Tribunal Supremo Militar, Lula fue

apartado definitivamente de la presidencia del sindicato. Se iniciaba en aquel momento una nueva etapa de su vida. Comenzaba su compromiso político-partidario.

En aquella época se estaba gestando la reforma en el sistema político que llevaría al multipartidismo, con una estrategia ideada por Golbery, que en principio tenía intención de mantener un solo partido de apoyo gubernamental, que cambiaría de nombre, pensando en que la tradicional divergencia de las llamadas «izquierdas» significaría la fragmentación de la oposición en varios partidos. En un primer momento, para escapar a esas estrategias gubernamentales, se hizo un intento de mantener a toda la oposición dentro del antiguo MDB, al que simplemente se le añadió la P en las siglas, quedando como Partido del Movimiento Democrático Brasileño, como ya se ha mencionado[90]. Pronto se pudo comprobar que las divergencias –que ya existían en el interior del MDB, en realidad una coalición de intereses– sólo se acentuarían. Punto para Golbery…

A pesar de varios intentos y de diversas reuniones de Lula con el ala más «progresista» del MDB[91], se comprobó que era inviable el mantenimiento del líder social y político en esas siglas, hecho que también se produjo con otros líderes como Leonel Brizola que, resurgiendo de sus cenizas, fundó el PDB (Partido Democrático *Trabalhista*), aún en litigio con Ivete Vargas por la utilización del antiguo título de PTB (Partido *Trabalhista* Brasileño). En esta pelea, la vencedora fue Ivete. Mientras tanto, Luís Inácio Lula da Silva se colocó al frente de la fundación de un nuevo partido, el Partido de los Trabajadores (PT), tras haberse puesto en contacto entre 1979 y 1980 con líderes sindicales, intelectuales simpatizantes, grupos de izquierda –descontentos con algunas «desviaciones» del MDB– y con movimientos sociales como el de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) de la Iglesia Católica.

En 1982, con la celebración de las primeras elecciones directas para gobernadores de los estados después de 1965[92], el PT propuso a Lula como candidato para el gobierno del estado de São Paulo, con una plataforma centrada en los derechos de los trabajadores, construida con eslóganes equivocados como «El trabajador vota al trabajador» y «Lula, un brasileño igual a ti», con actos de calle muy importantes (los mítines de mayor afluencia de público fueron los de Lula) y con una campaña de televisión en la que su actuación fue superior a la de los demás candidatos. Sin embargo, a medida que transcurría la campaña, el candidato que más apoyos capitalizaba era el profesor Franco Montoro, del PMDB, con un pasado de militancia en la Democracia Cristiana, y también un histórico de la persecución durante el estado

[90] Para la historia del MDB, véase el análisis de Maria D'Alva Kinzo, *Oposição e autoritarismo. Gênese e trajetória do MDB, 1966-1979*, São Paulo: Idesp/Vértice, 1988.

[91] A ese ala «progresista» se contraponía, discreta pero eficiente, el ala de los «fisiólogos», con notorios vestigios hasta los días actuales, que componía el llamado *Centrão*.

[92] Entre 1945 y 1964 había elecciones para los gobiernos estatales pero no necesariamente unificadas en todos los estados, de modo que sólo algunos tuvieron elecciones en 1965, en las últimas elecciones directas antes del proceso de apertura política.

autoritario. Montoro consiguió una gran victoria, dejando a Lula en la cuarta posición. Como se pudo comprobar, el trabajador raramente vota al trabajador…[93].

El PT, a pesar de las dificultades electorales (sólo obtuvo ocho diputados federales y varios estatales), pudo conseguir su registro definitivo en el Tribunal Superior Electoral (TSE), ya que en 1980 sólo había obtenido el registro provisional. En el año 1983, el Partido de los Trabajadores lanzó la idea de una lucha sistemática por la recuperación del derecho al voto directo para la presidencia de la República, con el apoyo del PMDB, el PDT y la CUT (Central Única de Trabajadores). El primer acto se realizó a finales de ese año en São Paulo, enfrente del tradicional Estadio Municipal de Pacaembú (no en su interior, como hiciera Prestes después del fin de la dictadura del *Estado Novo*), pero a pesar del apoyo de todas esas fuerzas sociales, contó apenas con la presencia casi exclusiva de *petistas* militantes. La implicación definitiva del PMDB, impulsada por Ulysses Guimarães, se produciría en 1984, con la participación de los gobernadores de su partido en los principales estados: Franco Montoro, en São Paulo; José Richa, en Paraná y Tancredo Neves en Minas Gerais. Fue muy importante la participación de Leonel Brizola, que llevó el apoyo del PDT.

En enero de 1984 se produjeron dos importantes actos populares en la campaña «Directas, Ya» –el movimiento ya había adquirido este contundente eslogan–, en Paraná y en São Paulo, el día del aniversario de la ciudad, 25 de enero. Comenzaría ahí un espectáculo intermitente que con el mismo tema y creciente énfasis se repetiría en los demás actos: recinto a rebosar, con las presencias de Ulysses Guimarães, Franco Montoro, Tancredo Neves y Leonel Briola, personajes carismáticos del periodo anterior al golpe del 64. Los discursos se sucedían, pero los asistentes esperaban la intervención final, la del líder metalúrgico Luís Inácio Lula da Silva, cerrada con una fuerte ovación.

La lucha por las «Directas, Ya» se ampliaría con la campaña por la aprobación en el Congreso Nacional de la llamada enmienda Dante de Oliveira, nombre del político que había sido el autor de la propuesta de elecciones directas inmediatas para la presidencia de la República. El Congreso, sin embargo, actuó en contra del deseo expresado de forma masiva en las calles por la población brasileña (las encuestas mostraban que más del 80% de los ciudadanos querían el derecho a votar en la elección de su nuevo presidente). Como ya vimos, el 25 de abril de 1984, en una lamentable e histórica votación, la Cámara rechazó la enmienda.

NUEVO SINDICALISMO, NUEVAS ENCRUCIJADAS EN EL PAÍS DE LOS *SENHORES DE ENGENHO*

> *Diario Popular:* —¿Usted cree que va a surgir un Partido *Trabalhista* en Brasil?
> *Claudio Lembo:* —Es posible. No se deben crear títulos pomposos, sin una ideología y una acción de partido que den sentido a los nombres. En el pasado ya tuvimos

[93] Las ideas continuaban fuera de lugar. Es de esa época la famosa frase del carnavalesco Joãozinho Trinta: «Al pobre le gusta el lujo; es al intelectual al que le gusta la pobreza».

partidos con designaciones bastante progresistas que, sin embargo, fueron dominados por *senhores de engenho*.

Diario Popular, 12-11-1978

Acabado el sueño de las elecciones directas, era hora de poner en marcha el «Plan B». Una coyuntura política en que las estrategias elegidas para la continuidad de la lucha iban a separar a los participantes. El PT apostaba por la continuidad del movimiento para finalmente forzar una vuelta atrás del régimen militar. El PMDB, por su parte, tendía hacia una estrategia más pragmática y pensaba en presentar una candidatura alternativa para la presidencia del gobierno, a través de elecciones indirectas en el Colegio Electoral. El régimen militar (ya debilitado) presentó la candidatura de Paulo Maluf, mientras el PMDB se posicionaba con un candidato fuerte y tolerable por el régimen: Tancredo Neves.

Con algunas discordancias, el PT se negó a participar en el Colegio Electoral. Los diputados que no aceptaron la decisión y participaron en la institución fueron expulsados. Como ya vimos, con buen margen de votos, Tancredo Neves derrotó a Paulo Maluf, obteniendo incluso el apoyo de miembros del partido gubernamental, resultando elegido el 15 de enero de 1985.

En 1986, con más de 650.000 votos, Luís Inácio fue elegido diputado federal del Congreso Constituyente, siendo el diputado más votado hasta entonces en números absolutos. Estuvo presente en un 95% de las sesiones de la Cámara y mostró su apoyo a las causas más avanzadas, desde el punto de vista social y económico, manifestándose contrario a la pena de muerte y favorable a una limitación de la deuda externa.

El PT estaba entonces dirigido por un político llegado del exilio, Plínio de Arruda Sampaio, oriundo de la democracia cristiana. Las elecciones directas municipales fortalecieron al partido, que logró 39 alcaldías.

En 1989, en las primeras elecciones directas tras el régimen militar, el nombre de Lula fue propuesto por el PT para concurrir al cargo de presidente de la República. En la que sería la primera de una serie de derrotas, Lula fue vencido por el *outsider* político Fernando Collor, que como vimos, renunciaría al cargo poco después en pleno proceso de destitución. El PT apoyó el *impeachment* y se mostró cordial con Itamar, aunque enfrió su actitud cuando una militante de enorme mérito y prestigio, Luísa Erundina, aceptó el cargo de Secretaria de Administración en el gobierno sin haber consultado al partido, por lo que fue suspensa.

Lula fue derrotado también en 1994 (cuando esperaba vencer la contienda), por Fernando Henrique Cardoso, que aprovechó bien su prestigio por haber llevado a cabo el *Plan Real*, que libró temporalmente al país de la espiral inflacionaria. Tras la polémica aprobación de la enmienda de la constitución que permitía la reelección (hubo denuncia de compra de votos de diputados, que nunca fue investigada), Lula fue derrotado por tercera vez en sus expectativas de llegar a la presidencia de la República. La población, sin embargo, no tardó en comprobar las ambigüedades y límites del *Plan Real*. En 1998, primer año del segundo mandato de Fernando

Henrique, ya era de dominio público que los costos sociales eran inmensos, y que el mantenimiento de los compromisos financieros internacionales (los famosos acuerdos con el Fondo Monetario Internacional) perjudicaba enormemente los intereses nacionales.

Finalmente, en 2002, la cuarta candidatura de Luís Inácio Lula da Silva fue victoriosa. Ejerció un primer mandato de 2003 a 2006 y, en octubre de ese mismo año, volvió a ser elegido con un porcentaje extraordinario de cerca del 60% de los votos y una popularidad inédita de su figura política. Todo ello en medio de una crisis de grave corrupción política, que se prolongó durante todo el año 2005, entrando en 2006 aún no totalmente resuelta y sin solución a la vista.

El PT no salió indemne de la crisis. Se derrumbó el aura mítica de honestidad y ética política de que el partido alardeaba desde su fundación. Lula y el PT se distanciaron a partir del descubrimiento de irregularidades graves cometidas por miembros de la cúpula del partido. Analistas como Arnaldo Jabor y Demétrio Magnoli, entre otros, detectaron en este proceso un fenómeno nuevo, el *lulismo*, una ideología invulnerable, ecuménica, en que la oposición y el partido del gobierno se confunden, convirtiéndose el presidente en «un mesías sin programa, un mesías de sí mismo»[94].

El segundo mandato de Lula: ¿«un mesías de sí mismo»?

> Finalmente, ¿qué es lo que se quiere en este país? ¿Que los evangélicos y la policía resuelvan los problemas causados por la miseria y las desigualdades?[95].
>
> Luís Felipe de Alencastro, 2006

> Lula no es más que un superviviente del pueblo brasileño. No veo riesgos en su gobierno [...] Lula no tiene tendencia a dictador. Es un obrero de fábrica. Conoce la vida de verdad. Es un pequeño-burgués, apenas eso[96].
>
> Cláudio Lembo, 2006

El 1 de enero de 2007, Luís Inácio Lula da Silva inició su segundo mandato como presidente electo de Brasil, con un discurso en el que defendió la necesidad del mantenimiento de una política económica que impidiera la vuelta del «demonio inflacionario», pero que se preocupara, al mismo tiempo, por la recuperación del crecimiento económico, interrumpida hacía mucho tiempo. El presidente daba prioridad al desarrollo educativo, señalado como base de cualquier plataforma de crecimiento, así como al desarrollo industrial y agrícola.

[94] Arnaldo Jabor, «O troço, ou: o lulismo é uma nova categoria política», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 8-5-2007, p. D14.

[95] Luís Felipe de Alencastro, entrevista concedida a Rafael Cariello, en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 15-10-2006, p. A23.

[96] Cláudio Lembo, en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 31-10-2006, p. A11.

«Lula es el elegido del pueblo», decía el historiador Luís Felipe de Alencastro, que declaró haberle votado en todas las elecciones anteriores. Esta vez, en la segunda vuelta del día 29 de octubre de 2006, le votaría «con reservas a causa de los errores y los actos delictivos cometidos por la dirección del PT».[97] Sin embargo, para el historiador, se consolidaron dos cambios positivos: el sistema a dos vueltas, garantía de resultados no sujetos a cuestionamientos, y la posibilidad de la reelección. Según Alencastro:

> Se quebró un tabú: el presidente candidato a la reelección no es imbatible. Lula recibió una reprimenda y fue mandado a la segunda vuelta. Los sondeos muestran que el 66% del electorado pensó que el hecho era positivo. Aprendió a manejar los dos turnos y quiere más explicaciones. Lula debe estar preparado para explicar el *mensalão* y el *dossiegate*[98]. Pero Alckmin tal vez tenga que dar las aclaraciones que FHC no dio sobre las privatizaciones y la compra de votos para la enmienda de la reelección[99].

La clase obrera sube/baja al paraíso. Algunas realizaciones

El realizador de cine Cacá Diégues, conocido cineasta que entre otras producciones importantes hizo *Bye Bye*, *Brasil* (1980), realizaba unas interesantes declaraciones en el periódico *O Estado de S. Paulo*, en 2006, que recogemos *in extenso*:

> Yo creía que, por lo menos desde el punto de vista de la ética, Brasil iba a cambiar radicalmente. No cambió, y eso es decepcionante. Pero tampoco estoy de acuerdo con el viejo prejuicio que veo en ese odio social a Lula. Eso existe y es muy grande. Hay una elite brasileña que, cada vez que huele a pueblo, se horroriza. Mi miedo no es ese, no. Mi miedo es a lo que ocurrió en el país en cuestión de honradez. Al mismo tiempo, el sentimiento de ciudadanía crece hoy en Brasil. Hace años [...], pasaban esos mismos escándalos y nadie lo sabía. Hoy, hay personas castigadas. No a causa del gobierno. A causa de la sociedad, de los periódicos [...] Yo salgo a la calle y veo una miseria asombrosa. No hace falta ir a la *favela*, basta con darse una vuelta por la calle. Pero llego a casa, pongo la televisión, leo el periódico, y la

[97] Para Alencastro, el candidato de la oposición, el paulista Geraldo Alckmin, sólo llegó a la segunda vuelta «a causa de las maniobras calamitosas y suicidas del PT». A esos miembros del PT involucrados en las maniobras ilícitas, el propio presidente Lula los calificó de «parásitos». Alckmin se benefició de un sistema de alianzas que abarcó a más de la mitad del electorado, con representatividad política efectiva. «Pero fue él mismo quien se forjó su imagen de actor secundario en la política brasileña, una imagen de eterno vicegobernador que jamás se preocupó, al contrario que Lula, FHC o Serra, en establecer contactos con líderes políticos extranjeros.» Luís Felipe de Alencastro en la entrevista a Rafael Cariello, cit.

[98] «Dossiegate»: un dossier inventado, cuya falsedad fue demostrada, contra el candidato al gobierno del estado de São Paulo, el *paulistano* José Serra, que causó malestar sobre todo en el Palacio del Planalto al ver perjudicada la imagen del partido del presidente.

[99] *Ibidem*.

oposición y el gobierno están ahí diciendo que la economía va muy bien. Me gustaría entender qué quiere decir eso[100].

Desde el punto de vista de las promesas de la campaña, y considerando las esperanzas populares depositadas, Lula da Silva lidera un gobierno que ha hecho y hace mucho menos de lo que se esperaba en lo que respecta a los compromisos sociales –particularmente en la cuestión de reducir de modo significativo las desigualdades. Aún así, terminó su primera administración con popularidad a niveles históricos y reivindicando que sus principales realizaciones se produjeron en las llamadas cuestiones sociales.

En lo que se refiere a la política financiera, la orientación dada por su equipo –comandado inicialmente por el ministro Antônio Palloci, médico procedente del movimiento estudiantil «Libertad y Lucha» (LIBELU, de tendencia trotskista)– fue la de profundizar, en primer lugar, en la estabilización de la economía, lo que se tradujo en el mantenimiento e incluso en la elevación de los ya altísimos tipos de interés, comprometiendo inevitablemente cualquier proyecto de crecimiento efectivo para el país. El lento e insuficiente proceso de reducción de los tipos comenzó solamente en la fase final del primer mandato.

Otro punto que causó impresión tanto a seguidores como a retractores del gobierno fue la disminución de la deuda externa pública de Brasil, que cayó de 214 a 169 millones de dólares, debido, principalmente, al pago de la deuda con el FMI –incluso con anticipación, lo que generó muchas críticas relativas al uso del dinero público y en cuanto a la legitimidad de ese préstamo– dando al país una cierta independencia en relación al «draconiano» órgano internacional. También en el ámbito financiero, es destacable la acentuada caída de Brasil en el ranking de riesgo-país. Cuando Cardoso dejó el gobierno, el índice se encontraba en 2.035 puntos. En 2006, al término del primer mandato del Presidente Lula, la caída fue significativa, registrando, en mayo de aquel año, 216 puntos. No sólo el constante aumento del salario mínimo del país (cerca de un 75%), sino también reajustes salariales considerados los mejores de los diez últimos años, junto con la inversión en diversos programas sociales y los tipos de interés nominal más bajos de la historia de Brasil, condujeron a una significativa inclusión social, crecimiento de la renta de los más pobres y una relativa disminución de la desigualdad. El Producto Interior Bruto aumentó, mejorando la situación de Brasil en el ranking del PIB mundial. A pesar de no haber cumplido la promesa de la campaña electoral de crear 10 millones de nuevos empleos, el gobierno de Lula da Silva tiene también datos positivos que ofrecer en este apartado. Han sido creados 3 millones de empleos directos e indirectos, con recursos liberados del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES) para las empresas. Sigue habiendo, no obstante, varios problemas sin resolver.

[100] Cacá Diégues, «Insatisfeito, inconveniente e sem-partido», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 27-8-2006, p. J4.

Todavía la cuestión de la tierra

La cuestión de la tierra continúa siendo una de las más graves en la problemática social brasileña[101]. Como advirtió el profesor y jurista Dalmo de Abreu Dallari, la Constitución determina, expresamente, la realización de la reforma agraria, con el objetivo de eliminar áreas improductivas y para fijar a la tierra, con garantía de supervivencia digna, a millones de trabajadores rurales que viven en condiciones de esclavitud o semi-esclavitud o que son arrojados a la mendicidad. Continúa siendo enorme en Brasil la extensión de las tierras sin uso productivo, mantenidas tan sólo como reserva económica o como base de poder político de grandes propietarios:

> El gobierno de Fernando Henrique no hizo nada en cuanto a la reforma agraria. El gobierno de Lula intensificó los asentamientos, pero sigue habiendo grandes latifundios improductivos intactos, probablemente porque el gobierno federal no se siente suficientemente fuerte para enfrentarse a los grandes *grileiros* [usurpadores de tierras], y latifundistas, que son políticamente fuertes en varios estados y en el Congreso Nacional[102].

Junto a esto, existe una conjugación de fuerzas contrarias a los movimientos de trabajadores rurales (especialmente el MST), que, por medios pacíficos, lucha por el cumplimiento de las determinaciones constitucionales. Así, según Dallari, en diversos estados, instituciones como la policía, la fiscalía y el poder judicial, tratan a los movimientos de trabajadores rurales como si fueran bandas o asociaciones criminales.

> Al mismo tiempo [continúa Dallari], fingen no ver el uso de matones, armados por los latifundistas, y de fuerzas policiales para intimidar a los trabajadores, dando a las clases propietarias la protección que debería darse a la verdadera defensa del derecho de propiedad[103].

Lo mismo ocurre, por ejemplo, en la región de Pontal do Paranapanema, en el estado de São Paulo, donde el Instituto de Tierras del Estado hizo un estudio y comprobó que un gran número de *fazendeiros*, que exigían la defensa de sus propiedades, son en realidad usurpadores de tierras públicas. Sigue siendo Dallari el que denuncia:

[101] Una serie importante y poco citada de documentos, informaciones y testimonios se encuentra en varias obras, todas ellas bajo el título «*A questão agrária*» y publicadas por una misma editorial –organizadas por João Pedro Stédile, *A questão agrária. O debate tradicional, 1500-1960*, vol. I, São Paulo: Expressão Popular, 2005; *O debate na esquerda, 1960-1980*, vol. II, São Paulo: Expressão Popular, 2005; *Programas de Reforma Agrária, 1946-2003*, vol. III, São Paulo: Expressão Popular, 2005; de Clodomir Santos de Morais *et al.*, *História e natureza das Ligas Camponesas, 1954-1964*, vol. IV, São Paulo: Expressão Popular, 2006; y, de Sônia Regina Mendonça, *A classe dominante agrária: natureza e comportamento, 1964-1990*, vol. V, São Paulo: Expressão Popular, 2006. Consúltese, también, *Reforma Agrária* (revista de la Asociación Brasileña de Reforma Agraria-ABRA). Desde el punto de vista histórico-jurídico, véase la obra de Laura Beck Varela, *Das sesmarias à propriedade moderna*, *cit.*

[102] Dalmo Dallari, *Testimonio* a los autores, febrero de 2007, *cit.*

[103] *Ibidem*.

> El caso más simbólico es Eldorado de Carajás, en el estado de Pará, donde la Policía Militar del estado masacró a más de una centena de trabajadores rurales que hacían una marcha pacífica por la reforma agraria, habiéndose comprobado que fueron el propio gobernador del estado y el Mando de la Policía Militar los que ordenaron la masacre. Los autores directos e indirectos continúan impunes[104].

El gobierno ha hecho cumplir la ley en lo que se refiere al combate al trabajo esclavo e infantil, un avance que ha merecido elogios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Pero el problema está lejos de solución en 2007, como se constata por las denuncias de inspectores de empresas europeas que van a comprar carne bovina a Brasil y que no aceptan los lotes provenientes de haciendas de ganado en las que se utiliza mano de obra esclava…

Fome Zero y *Bolsa Familia*

> Traer a los pobres a la legalidad y permitir que se hagan contribuyentes, puede ser, tal vez, la mejor forma de conciliar un segundo *round* de combate a la pobreza, compatible con el crecimiento[105].
>
> Paul Singer

Otro punto destacado en las realizaciones del gobierno Lula fue anunciado ya en el discurso de toma de posesión como presidente, al iniciar su primer mandato: el programa de combate al hambre denominado *Fome Zero*. La base del programa reside en una estrategia de integración de diferentes órganos gubernamentales[106] y en la garantía del derecho a la alimentación adecuada a todos, apuntando hacia un objetivo mayor, el de la inclusión social y la conquista de la ciudadanía para las poblaciones más vulnerables a los males de la «ignorancia y la miseria»[107].

Se trata de una acción político-social sujeta a acaloradas controversias, como se desprende de la lectura del impactante libro, en formato de diario, del encargado de

[104] *Ibidem.*

[105] Paul Singer, «Um novo *round* na luta contra a pobreza», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 1-1-2007, p. A6.

[106] Los ministerios que actúan de forma integrada en el *Fome Zero* son: Desarrollo Social y Combate al Hambre; Desarrollo Agrario; Sanidad; Educación; Agricultura, Ganadería y Abastecimiento; Trabajo y Empleo; Ciencia y Tecnología; Integración Nacional; Hacienda; Medio Ambiente; Justicia y la Secretaría Especial de Políticas de Promoción de la Igualdad Racial.

[107] La referencia aquí es el prefacio de la magistral obra de Victor Hugo, *Los Miserables*, que se inicia con el siguiente trecho: «Mientras exista, en las leyes y las costumbres, una condena social que crea infiernos artificialmente, en plena civilización, juntando al destino –que es divino por naturaleza– un fatalismo que proviene de los hombres; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por la pobreza, la humillación de la mujer por el hambre, la atrofia de los niños por no ver el sol; mientras continúe en ciertas regiones la asfixia social; en otras palabras, y dicho más claramente, mientras haya en el mundo ignorancia y miseria, los libros de esta naturaleza no habrán sido del todo inútiles. Hauteville-hose, 1 de enero de 1862».

la movilización social del *Fome Zero*, Carlos Alberto Libânio Cristo, conocido como Fray Betto, titulado *Calendário do Poder*[108]. En este documento, su autor revela los bastidores del gobierno Lula y sus frustraciones como colaborador, criticando incluso la actuación de los ex ministros José Dirceu, Benedita da Silva y Luíz Gushiken. Un equipo complejo y desigual, no siempre con buena formación político-ideológica y cultural, incapaz de acoger siquiera ideas de personalidades combativas y críticas como Fernando Gabeira, que esperó muchas veces en las antecámaras del poder para ser atendido como diputado. Gabeira, entre otros muchos constructores de una nueva sociedad civil democrática en el país…

El programa que se conoció como *Bolsa Familia*, por su parte, fue instituido en octubre de 2003. Gestionado por el ministerio de Desarrollo Social y Combate al Hambre, consiste en amparar financieramente, con una pequeña renta, a las familias consideradas en situación de pobreza y extrema pobreza, según los datos del Registro Único del Gobierno Federal.

Para Paul Singer, el cándido Secretario Nacional de Economía Solidaria del ministerio de Trabajo y Empleo, tales programas redistributivos reconocen «el derecho de los pobres a no pasar hambre, a mandar a los hijos a la escuela (incluso a la universidad), a tener luz, vivienda, etc. –servicios esenciales para sobrevivir con un mínimo de dignidad»:

> Aunque algunos de esos programas hayan sido iniciados por gobiernos anteriores, nunca llegaron a alcanzar a todos los necesitados. Ese mérito se debe al gobierno Lula. El *Bolsa Familia* ha alcanzado su objetivo -11,2 millones de familias– y ha cumplido así la promesa del *Fome Zero.* La victoria en los comicios de Lula representa el aval de los electores –es decir, de los ciudadanos de este país– al reconocimiento de este derecho[109].

Para el intransigente Fabio Comparato, profesor de la USP y miembro de la Orden de Abogados Brasileños, el problema es más complejo. Según su opinión, el asistencialismo está en la base del *Bolsa Familia*, lo que explica

> la adhesión de todas las clases pobres al actual orden conservador [pues] es mucho más fácil para el gobierno distribuir 90 reales por familia pobre que encontrar todos los años empleo para los 2,3 millones de jóvenes que entran en el mercado de trabajo.

El jurista y profesor, aunque no explicite lo que entiende por «clases medias» y cómo funcionan, amplía la discusión al examinar lo que viene ocurriendo con tales clases:

> Las clases medias han sido las más perjudicadas a partir de los años 90 en Brasil. Un estudio hecho con datos del CAGED (Registro General de Empleo y Desempleo

[108] Frei Betto, *Calendário do Poder*, Río de Janeiro: Rocco, 2007.

[109] Paul Singer, «Um novo *round* na luta contra a pobreza», cit., p. A9.

> del Ministerio de Trabajo) muestra que, de 2000 a 2006, la renta de aquellos que ganan entre 3 y 10 salarios mínimos cayó un 46%. Más de 2 millones de trabajadores en esa franja salarial estaban desempleados. Los pobres no tienen trabajo, pero tienen la *Bolsa Familia*. Los ricos nunca ganaron tanto como con el gobierno del obrero Lula. En la actualidad, la sensación de inseguridad para la clase media es brutal[110].

Al considerar las medidas en cuestión como meramente asistencialistas, la oposición cree que no atacan las raíces de los problemas estructurales del país. Sin embargo, el hecho es que los indicadores sociales de Brasil han experimentado una considerable mejoría, el mantenimiento de la estabilidad económica es una realidad, y el país camina hacia un inexorable liderazgo, no sólo de América Latina sino también, eventualmente, del mayor bloque de naciones menos desarrolladas, que incluirían, entre otras, naciones africanas y la India. Una política externa que propugna la ampliación de esas relaciones, así como el fortalecimiento de MERCOSUR, está siendo puesta en práctica y arroja algún resultado, beneficiándose también de la tradicional (aunque relativa) independencia de Brasil en el campo de las relaciones internacionales[111].

El «hombre cordial» y la cultura del *marketing*

> Brasil ha creado una nueva modalidad de transgresión, en la que la norma es corrompida mientras parece que está siendo ejercida [...] El Estado, en crisis, ha perdido su capacidad de controlar un capital que ha globalizado su producción y que ha creado un capital financiero que hace las veces de mediador, papel antes ejercido por el própio Estado[112].
>
> J. A. Gianotti

Sin embargo, ya en su segundo mandato, se generalizaron duras críticas al gobierno Lula, sobre todo en lo tocante al *mores* político que viene caracterizando su gestión. José Arthur Gianotti ironiza:

> Hemos realizado hasta el fondo el mito del hombre cordial. No ha habido en la historia de Brasil, quizá del mundo, un presidente más cordial que nuestro Lula, que se sitúa por encima de la corriente y derrama sus lágrimas a causa de los sufrimientos ajenos, que ha logrado la proeza de transformar a un niño pobre sin estudios en el mayor político de su generación.

[110] Fabio Comparato, «Um plano de vôo para o País», en *O Estado de S. Paulo*, Aliás, São Paulo, 29-7-2007, p. J4.

[111] Tema controvertido, como se puede ver en el análisis de Clóvis Rossi, «Lula desce do muro, para o lado de Bush», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 10-3-2007, p. A9. Ver también el artículo de Daniel Ortega «Lula se presenta en Davos como el gran integrador de América Latina», en *El País*, Madrid, 27-1-2007, p. 9. Recuérdese que en Davos-2007, el presidente Felipe Calderón de México propuso que su país fuese el nexo de unión entre los Estados Unidos, la Unión Europea y el Pacífico.

[112] José Arthur Gianotti, «Lei sem pudor», en *Folha de S. Paulo*, «Mais», São Paulo, 15-7-2007, p. 3.

Pero el hecho que apunta Gianotti es más grave:

> Sin embargo, más allá del espejo de agua de Narciso, surgen amenazas de enfrentamientos políticos cada vez más intensos. Primero vinieron los escándalos del *mensalão*; después la gangrena de los *sanguessugas* y otros casos más [...] El único efecto ha sido que Lula perdió a sus colaboradores más próximos, mientras que las operaciones «manos sucias» del olvido continúan tapando los agujeros de la legalidad democrática. Si todos los delitos son reducidos a incidentes triviales, se habrá perdido el sentido de la transgresión[113].

A la percepción del filósofo le escapó el hecho de que el modelo histórico-cultural y político en que se vive en el país en las últimas décadas está determinado por los valores de la sociedad del espectáculo y de la cultura del *marketing*. En realidad, es la propaganda la que dirige el juego político, centralizada en la Secretaría de Comunicación de la Presidencia de la República, que dirige los destinos de las partidas publicitarias. Como se sabe, la imagen pública del gobierno Lula fue creada por el experto en *marketing* Duda Mendonça, que fue investigado por la Comisión de Investigación Parlamentaria. Fue él quien sustituyó a Nizan Guanaes (ex publicitario del gobierno FHC, apartado de las cuentas federales de publicidad desde la llegada de Lula a la presidencia). Este último ganó en julio de 2007 la licitación de un importante concurso estatal para Correos, empresa del gobierno implicada en el caso del *mensalão*[114]. Ante esta situación, ¿cómo hablar de una nueva sociedad civil, democrática y moderna?

El sentido del proceso: de FHC a Lula (1994-2007)

> Las colisiones y antagonismos entre las fuerzas renovadoras y los líderes arcaicos han sido siempre el aspecto político dominante en Brasil, y de ello se derivan las monstruosidades sociales y educativas que presenciamos[115].
>
> José Honório Rodrigues

> En resumen, los estrategas de la burguesía nativa han buscado tenazmente una línea de acción (o de omisión) en la cual prevalece, unilateralmente, el *menor de los males*[116].
>
> Florestan Fernandes

[113] José Arthur Gianotti, «Política sem Riscos», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 1-1-2007, p. A8. Ver también la entrevista a Kenneth Maxwell, «Lula já perdeu quase meio ano», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 20-5-2007, p. A6, que señala la necesidad de una reforma tributaria y acciones en el área de seguridad pública. Entre los aspectos positivos del primer mandato ve la disminución de la vulnerabilidad de la economía del país y de la desigualdad socioeconómica, «aunque, en el segundo caso, a pequeña escala».

[114] El gobierno Lula gastó más de mil millones de reales en publicidad estatal federal en 2006. Se trata de un valor record desde el inicio de la colecta sistemática de este tipo de informaciones en 1998. Fernando Rodrigues, «Nizan, ex-FHC, ganha a conta dos Correios», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 6-7-2007, p. A11.

[115] José Honório Rodrigues, *Conciliação e Reforma no Brasil*, cit., p. 112.

[116] Florestan Fernandes, *A Ditadura em questão*, cit., p. 104.

Efectivamente, la elección de Fernando Henrique Cardoso en 1994 definió un nuevo periodo histórico, poniendo fin a la larga transición de la dictadura al régimen liberal-democrático, iniciada en 1974 por el presidente Geisel. Pasaron veinte años de movimientos de contestación, de negociación y de «Conciliación desde arriba».

A pesar de todo, si observamos la historia reciente del país en perspectiva amplia, Fernando Henrique Cardoso y su sucesor, Lula da Silva, representan, en conjunto, un nuevo momento de la historia política e histórico-cultural brasileña. Después de veintiún años de Estado autoritario –establecido por los golpes que instauraron, en 1964, un régimen civil-militar, y en 1968 un régimen abiertamente militar–, FHC y Lula fueron elegidos por el voto directo en los comicios electorales de mayor participación en la historia de la República nacional. Fueron también reelegidos democráticamente, aunque en circunstancias diversas. Aunque persisten graves problemas sociales, educativos, institucionales y de salud, si nos tuviéramos que fijar en un solo indicador, la simple elección de un músico e intelectual activo de la talla de Gilberto Gil –que tuvo que ir al exilio durante el régimen militar– como ministro de Cultura del gobierno Lula, muestra los cambios que el país viene/venía experimentando.

Examinada en la línea del tiempo, la historia republicana se caracterizó, inicialmente, por ser la «República del café con leche», cuando un sistema de elecciones viciadas conducía a la presidencia, casi siempre, a los representantes de los estados más ricos: São Paulo, el café, y Minas Gerais, la leche, con sus respectivas agrupaciones económico-financieras y de propietarios de tierras. El periodo de aquella *República Velha* fue interrumpido por un golpe de Estado, erróneamente considerado por los conservadores como «Revolución del 30», que desembocó muy pronto en un periodo dictatorial.

En aquellos largos quince años, bajo el mandato de Vargas, se vivió en Brasil un cuadro duramente autoritario, el del llamado *Estado Novo* (1937-1945), marcado por un tipo peculiar de fascismo en el que la ideología liberal-democrática, infiltrada por las fuertes pervivencias de una mentalidad oligárquica y ya bastante debilitada, fue aplastada por completo, siendo retirados de la escena política sus defensores por varios lustros. Como en la Italia de Mussolini, muchos liberales y representantes de una izquierda combativa y organizada, diseminados por el país, fueron obligados a tomar aceite de ricino, cuando no apaleados, exiliados o torturados. O muertos.

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, obligado a ajustarse al concierto internacional, Brasil entró en una etapa de liberalización política, elaborándose en 1946 una Constitución considerada la más democrática (hasta aquel momento) del sistema republicano. O mejor dicho: liberal-democrática.

Entre 1946 y 1964, si excluimos el hecho de que el Partido Comunista y otras agrupaciones de izquierda fueron puestos fuera de la ley, y que algunos de sus militantes marcharon al exilio, las reglas de la democracia liberal fueron respetadas, aunque hayan ocurrido momentos de graves conflictos y crisis políticas, como la del suicidio de Getúlio Vargas (1954) y la gran inestabilidad que siguió a este hecho. Este acontecimiento histórico inauguró una fase de golpismo desenfrenado, capitaneado

por el partido de la Unión Democrática Nacional (UDN). La agrupación política no estaba sola en esa empresa y se hacía acompañar por algunas fuerzas sociales ligadas a la propiedad rural y al empresariado más conservador, apoyados por algunos sectores de las Fuerzas Armadas. A cualquier precio, estas fuerzas maniobraban para interrumpir el proceso democrático en nombre de algunos «fantasmas de ocasión», como el célebre espectro del «comunismo» que, según denunciaban, se aproximaba y amenazaba peligrosamente la política nacional y el estilo de vida que se estaba adoptando, influenciado por el *American way of life*. La Guerra Fría creó las condiciones para el retorno y el fortalecimiento de esos miasmas político-ideológicos.

Finalmente, en 1964, estos grupos, que no lograron bloquear la toma de posesión de JK, consiguieron derribar al presidente constitucionalmente elegido, el *gaúcho* João Goulart, instaurando un régimen de fuerza por medio de un golpe de Estado. Como vimos, entre marzo y abril de 1964, el Congreso Nacional, en una reunión extraordinaria en la madrugada, declaró vacante la presidencia de la República de forma precipitada, sin tener en cuenta la presencia en territorio nacional del legítimo representante del poder Ejecutivo.

Brasil se sumergió en un largo periodo de 21 años de crecientes arbitrariedades. Solamente después de muchas movilizaciones populares (los grupos de lucha armada, la lucha por la amnistía amplia, general y sin restricciones, el plebiscito, la campaña por las «Directas, Ya», entre otras) el país consiguió, en 1985, todavía con un proceso de elecciones indirectas, nombrar a un presidente civil con una cierta representatividad, el *mineiro* Tancredo Neves, el gran maestro de la Conciliación, que ya había sido primer ministro en el brevísimo régimen parlamentarista. Elecciones indirectas, ya que, como se recordará, la enmienda «Dante de Oliveira», que proponía elecciones directas en 1984, fue derrotada por el Congreso Nacional.

El viaje incompleto

La historia, sin embargo, genera sus propias ironías y perversiones. Tancredo, cayendo gravemente enfermo en vísperas del día en que debía tomar posesión, murió el 21 de abril de 1985, después de una larga agonía, teniendo que asumir la presidencia su vicepresidente, el marañense José Sarney, ex presidente de la Alianza Renovadora Nacional (ARENA), el partido creado en 1965 por el régimen militar para ser el «partido de gobierno». El vicepresidente, una vez que tomó posesión de su cargo, comenzó a defender una duración de cinco años para su gobierno, lo que finalmente consiguió.

De este modo, las primeras elecciones *directas y libres* desde 1964 se produjeron en 1989. Procedente de un pequeño estado del nordeste, Alagoas, Fernando Collor de Mello fue elegido para la suprema magistratura del país. El nieto de Lindolfo Collor, ex ministro de Getúlio, tras una turbulenta campaña, venció a todos los demás candidatos, entre los que estaba el líder sindical y metalúrgico Lula. Collor de Mello, que pertenecía a un partido recién creado, había sido catapultado por una campaña basada en el *marketing* electoral, con un discurso en el que defendía la modernización rápida del país. Presidente de un gobierno caracterizado por un sesgo

«bufón postmoderno», fue objeto de sucesivas denuncias de corrupción, por lo que renunció al cargo en septiembre de 1992, en medio de un proceso de destitución en el Congreso. Fue sucedido por su vicepresidente, el *mineiro* Itamar Franco, que cumplió el término de su mandato e impuso la faja presidencial a Fernando Henrique Cardoso, que inició su primer mandato en enero de 1995.

Tras tantas dificultades, habiendo sido dirigido por dos vicepresidentes, el país comenzaba una fase de estabilidad política y económica, con la inflación controlada, una fase en que, a pesar de la existencia de crisis, en ningún momento se hicieron oír las voces de los golpistas del pasado. En efecto, tanto Fernando Henrique Cardoso como Lula da Silva fueron elegidos y reelegidos democráticamente.

Se puede decir que Brasil ha pasado, con esos dos gobernantes, por un proceso de consolidación inequívoca de la democracia liberal, a pesar de las pervivencias político-institucionales que la Constitución de 1988 no extirpó del todo de la vida nacional. Una democracia imperfecta, en la que los tres poderes aún no han decidido con rigor sus respectivas identidades y papeles en el orden republicano, pero en la cual, a pesar de todo, todas las vertientes del pensamiento crítico encuentran espacio para expresarse.

De la transacción a la transición: de Cardoso a Silva

> Hoy, pasados 10 años, con una nueva Constitución democrática, subsisten los «agujeros negros». ¿Cómo se puede sustentar la institucionalidad democrática en un mar de pobreza y desigualdad?[117].
>
> Fernando Henrique Cardoso

> El gobierno Lula vive de espasmos políticos, como si gobernar fuese presentar cada semana una noticia de impacto […] El gobierno Lula ha conseguido despolitizar la política […] Hasta hoy, la oposición no ha presentado ni siquiera un programa mínimo de gobierno, instrumento indispensable para la práctica política. Como mucho, ha obstruido los trabajos legislativos en el Congreso Nacional, medida mucho más de desesperación que de estrategia. La mayoría de los electores no sabe por qué la oposición es oposición.[118]
>
> Marco Antonio Villa

La pregunta que no quiere callar continúa sin ser respondida, tanto en los dos mandatos de Cardoso como en el primero de Lula. La desigualdad social apenas ha

[117] Fernando Henrique Cardoso, «Democracia e desigualdades sociais», conferencia pronunciada en el I Congreso Luso-Afro-Brasileño de Ciencias Sociales, realizado en Coimbra del 2 al 5 de julio de 1990, coord. de Boaventura de Sousa Santos, publicada en la *Revista crítica de ciências sociais*, junio de 1991, n.º 32, vol. I, pp. 23-27.

[118] Marco Antonio Villa, «Qual governo, qual oposição?», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 9-4-2007, p. A3.

mejorado y la «institucionalidad democrática» continúa dando lugar a la impunidad general y a la inoperancia de la Justicia. La mente creativa del profesor Hirschman, inventor del término «fracasomanía», tan gracioso como inútil, ha señalado que, al menos en América Latina, el movimiento sindical tal vez deba sustituir al movimiento obrero, olvidando poco a poco su antiguo papel revolucionario. Observa también el profesor de Princeton que la socialdemocracia, esa difícil combinación histórica de democracia con justicia social, necesita de nuevos intelectuales aptos para pensar en los cambios estructurales, una vez que ha muerto la creencia de que la única solución posible es la revolución. Ni tampoco, para completar, la «lógica» (¿dogma?) pura y dura del capital y del mercado. ¿Estaría, tal vez, ocurriendo ese proceso en Brasil?

De hecho, pocos fueron los intelectuales-presidentes en toda la historia del subcontinente americano (por no decir de la historia contemporánea) y, en ese sentido, el caso del profesor Fernando Henrique fue de veras excepcional. No hay que negar incluso la importancia de su reelección, aunque se produjera con un cambio previo de las reglas del juego. Cambio que ahora beneficia al Partido de los Trabajadores que, siguiendo el ejemplo del PSDB, ya sueña con el proyecto de permanecer veinte años en el poder.

En un primer momento, el profesor Fernando Henrique, hasta entonces *au dessus de la melée*, al ser succionado hacia el mundo de la *Realpolitik*, muy pronto se convirtió en una sigla, transformándose simbólicamente en FHC. Ahora, en el movimiento pendular de su propia historia, reconstruye con notable habilidad mediática la imagen de antiguo profesor-sociólogo, consultor internacional y –valor agregado– estadista. Tal como si estuviese, de nuevo, por encima de la historia, dando un ropaje postmoderno a la teoría de la Conciliación, de 150 años de antigüedad, y sin justificar por qué, en sus dos mandatos, no fue más lejos en la cuestión social[119].

No hay ninguna duda de que hubo un salto histórico durante su periodo de gobierno. Hasta esos momentos, el patriciado rústico de empresarios y propietarios de tierras no había producido ninguna figura pública a la altura de Cardoso. Tal vez el único fue Joaquim Nabuco, que no llegó a ser presidente. El hecho es que «el país es muy atrasado», como repetía el historiador Caio Prado Júnior al final de su vida. Cuando se recuerda que en las pintorescas ceremonias en plena *belle époque* tropical, algunos presidentes de la *República Velha* aún tenían el hábito de escupir en las calles; o que Jânio, Costa e Silva, Médici y Collor revelaron ignorancias vergonzantes cuando ocuparon la presidencia, se puede aquilatar mejor la calidad de su persona y de su gestión, así como el crecimiento de la figura carismática y neopopulista de Lula.

[119] La mediocridad de la constelación internacional de dirigentes le benefició, sobre todo por el contraste con Bush o Chávez, y ya sin el oscurecimiento de Bill Clinton. En el escenario nacional, FHC, dejando de ser una sigla entre otras, recupera el título estamental de Profesor…

El saldo de los mandatos de Cardoso, en términos de *mores* republicano, es positivo. Prácticamente solo, amarrado al *Plan Real*, él representó, *mutatis mutandis*, el Pacto de la Moncloa de Brasil, sobre todo en el punto de llegada[120].

A pesar del alto costo, logró una cierta estabilidad económico-financiera, el alejamiento tardío, progresivo e incompleto de algunos líderes más reaccionarios y *coronelistas*, además de un comienzo de combate más serio contra la corrupción. En su haber, cabe anotar: un esbozo de política de derechos humanos; una política externa razonable y algunas victorias en los terrenos de la sanidad y de la educación, con la excepción de los enormes errores en relación a la universidad.

En el momento de su primera elección se esperaba que se desplazase, en un buceo de profundidad, de la derecha hacia la izquierda. No lo hizo, enredándose en los sargazos del océano estamental-burocrático. Con ocasión de su segunda elección, en 1998, su trayectoria de éxitos académicos y de política conciliatoria e ilustrada relativamente fácil aún aguardaba la gran prueba: el enfrentamiento a los grupos conservadores que se oponían a la democratización efectiva del país.

En aquellos momentos, Cardoso aún maltrataba a la misma izquierda que podría ayudarlo en la resolución de cuestiones estructurales, cuando se daba la necesidad del «puente de oro» de que hablaba el citado Nabuco, olvidándose de que ningún estadista digno de ese nombre pasó a la historia sin enfrentamiento, sin diálogo y sin resolución de los bloqueos con la oposición, como hemos analizado en el artículo «Fernando Henrique y el puente de oro»[121]. El presidente reelegido se dejó enredar otra vez por el *Centrão*, por esa gente que se complacía en el *marais caboclo*, por hacer un paralelo con las Revoluciones Francesas de 1789, 1793 y, sobre todo la República del Directorio (1795-1799), cuyos límites la República brasileña jamás consiguió sobrepasar.

No entendió FHC que debería haber incorporado con vigor el visible avance del centro-izquierda, intentando aprovechar tal impulso para entrar cada vez más en la cuestión urbana y en la del desempleo, en la política industrial, en las reformas agraria, tributaria, y de la Seguridad Social, por no hablar de la necesidad de actualización jurídico-política del precario federalismo brasileño. Impresiona su concepto peculiar de la «Historia como proceso»: proceso lento, lentísimo, ante las urgencias nacionales. Una demora que explica el hecho de haberse encontrado solamente con Lula da Silva en el Palacio de la Alvorada casi al final de su segundo mandato, en un contexto de violencia social ya fuera de control, cuando se produjo el asesinato del alcalde de Santo André, Celso Daniel, hasta hoy sin esclarecer, como tampoco lo fue el del alcalde de Campinas, el Toninho del PT (Antônio Costa Gomes).

[120] Aspecto menor de su gestión, reavivó el hábito bragantino de distribución de medallas de mérito, aprovechándose de la circunstancia de no haber, por suerte, ningún Machado de Assis para comentarlo…

[121] Carlos G. Mota, «Fernando Henrique e a ponte de ouro», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 12-10-1998, p. 2.

De hecho, un intelectual no llega al poder con frecuencia. Mucho menos –vale la pena profundizar en el comentario del profesor Hirschman– un líder metalúrgico con sólida trayectoria. Personalidades y líderes de la nueva sociedad civil, que ayer tocaban a la puerta, hoy atraviesan las antecámaras de la República y alcanzan el centro del poder, no sin arrastrar consigo una corte de lumpemproletarios y lumpemburgueses, ávida de empleos y dádivas. Cambiaron las clases (poco) en el bloque de poder, pero el modelo persiste.

¿Momento de transición sin transacción? Nótese que en los primeros embates, los «estamentos pretéritos» se ven obligados a ceder el paso a las «clases futuras», para usar conceptos de Marx, teórico no incluido en la lista de citas en los discursos pronunciados en el momento de la transición *clean* de Cardoso a Lula. En otras palabras, en este proceso de cambio, tanto el «grupo del Capital», como los compañeros del PT parecen haberse olvidado del viejo intelectual alemán.

En 2003, la transición/transacción pareció, sin embargo, romper la tradición del patriciado republicano. Sarney, Antonio Carlos Magalhães (ACM) o Lobão permanecían donde siempre estuvieron. Nuevas clases sociales ascendieron al poder y, con ellas, nuevos hábitos de apropiación del espacio y del dinero públicos, administrados con la furia que solamente una lumpemburguesía asociada a un lumpemproletariado son capaces de demostrar.

¿Completando la transición? ¿Para qué? ¿Para dónde?

> Muchas veces un país recorre un largo camino para volver, cansado y herido, al punto de donde partió[122].
>
> Joaquim Nabuco

A mediados de 2005, el país ya se había transformado sustancialmente. Concurrieron a la sucesión presidencial tres candidatos bien formados (Lula, Ciro Gomes y José Serra) que ocupaban, en conjunto, un significativo espacio del centro-izquierda –significativo, pero no total, dígase de paso, pues se debe tomar en cuenta la parte de la ciudadanía que no se identificaba con ninguno de los tres. Entre otras cosas porque más allá del campo político-ideológico cubierto por las propuestas de Lula, Ciro Gomes y José Serra (se excluye aquí al candidato populista Garotinho, totalmente fuera de posibilidades), existía (existe) un espacio hasta hoy poco claro, en que se sitúan sectores del pensamiento radical de los estratos medios urbanizados, de ciertos líderes modernos de los «sin tierra», que hoy frecuentan escuelas y universidades (y que, pensando en la larga duración, no veían en aquellas elecciones nada decisivo), de inconformistas de variado pelaje, de mucha gente que en otro tiempo fue profesional liberal, profesor o empleado de un Estado mínimamente respetable. De jóvenes que, aunque (mal) empleados, están siendo explotados en servicios de

[122] Joaquim Nabuco, *Diário*, 11 de septiembre de 1877.

«monitoría», o «prácticas», sin tiempo para estudiar, en este mundo flexibilizado en que el *contrato de trabajo* (y los «contratos», en general) se ha convertido en una idea vaga…

Espacio también de personas que militan en ONGs de diversos tipos y dimensiones, todavía no atrapadas por el abrazo «solidario» y sofocante del estamento burocrático del Estado. Inclúyanse también en este elenco, además de muchos jóvenes progresistas que no aguantan lo que llaman «perorata de políticos», la masa silenciosa pero vigilante de personas mayores que han visto su futuro –que acaba de llegar– minado por ese «neoliberalismo» que ha «flexibilizado» los salarios pero ha endurecido las condiciones de subsistencia.

Brasil ha crecido. Pero habría crecido de todos modos con o sin Cardoso, Cristovam Buarque o Mário Covas (que ya no está vivo para ver estos cambios), candidatos de alto nivel a la presidencia. El problema es que, en su gobierno, Cardoso negoció demasiado, transigió demasiado, y no solamente con el PFL, sino sobre todo con el PFL de Antonio Carlos Magalhães, y con el sector conservador y «fisiológico» del PMDB.

El último y emblemático episodio: la no intervención en el estado de Espírito Santo, donde se descubrieron evidentes conexiones entre políticos y narcotraficantes, momento en que mostró su tendencia a contemporizar, que es uno de los rasgos de los mandones cordiales, que piensan o admiten practicar el «Liberalismo». Una obsesión que hunde sus raíces y continúa nutriéndose del linaje histórico al que pertenece: el de la metodología de la Conciliación, que viene del siglo XIX, estudiada por el historiador José Honório Rodrigues y por el politólogo Michel Debrun, además de por estudiosos y críticos que el presidente-sociólogo conoce muy bien.

La transición del profesor Cardoso tuvo como uno de sus principales modelos políticos el caso de la transición en España, que siguió de cerca. Cierto es que en España los partidos ejercieron su papel con razonable densidad político-ideológica: la izquierda se actualizó con líderes de alto nivel, desde por lo menos los tiempos del Eurocomunismo (mientras Brasil continuaba soportando a politólogos encantados con Lech Walesa y otros). También es cierto que la derecha positiva española supo entender que los tiempos habían cambiado, y que debería modernizarse suficientemente para ingresar en la Unión Europea. Sin embargo, el pacto a que se llegó, suponía, en definitiva, la permanencia de la Corona, es decir, transición pero con monarquía.

Fernando Henrique, como Malan, acostumbrado a las facilidades del modelo imperial del estamento burocrático-militar, se vio obligado a habituarse a la idea de una transición realizada junto a personas diferentes a él y sin régimen imperial.

¿Fin de la transición? José Serra –si hubiese llegado a la presidencia– no se habría mostrado tan benevolente. Su origen modesto (que en el caso de Lula es siempre invocado) y su biografía intelectual y política habrían garantizado el ataque inmediato a las cuestiones que permanecen pendientes. Ciro Gomes movilizó –además de los oportunistas de todo tipo– una gama de personas críticas que deseaban salir de la niebla ideológica *tucana*, cada vez más espesa, practicante de un culto intensivo al neocaciquismo de los ejecutivos *tucanos*. Neocaciquismo ese que ha creado falsas expectativas en el país, al mostrarse con ropaje cosmopolita y moderno, pero

observando la realidad desde lo alto, a vuelo de pájaro, como hacían antiguamente los intelectuales de la *República Velha*, contemplando el mundo desde la baranda.

Lula, más experimentado, adquirió cancha y credibilidad de negociador, reconocidas desde hace 30 años por importantes líderes políticos de la República Federal de Alemania y de otros países, que junto con sus inversores, siempre observan el futuro de Brasil. Aunque –como ya se observaba a mediados de 2005– debería haberse librado de las estructuras arcaicas de su partido, de sus cristianos primitivos, de asesores y coadyuvantes de ese lumpen que evoca el atraso, sustituyéndolos por militantes jóvenes, para construir, de manera efectiva, el espacio de una nueva izquierda en Brasil. Lo que cada vez se hace más difícil[123].

El presidente Lula, la crisis y el clamor nacional

> Todo el mundo habla constantemente [de la reforma política], pero nadie quiere romper el huevo[124].
>
> Presidente Lula, 8-6-2005

> Muchos sitúan la lucha contra el hambre y la penuria en primer lugar. Sin embargo, la educación y la conciencia social son los principales sustratos de los pobres en la lucha de clases. Una población trabajadora menos rústica, que hubiera dispuesto de un mejor nivel educativo y cultural, no habría sido reducida a la condición de sustituta y sucesora de la población esclava y liberta por tanto tiempo[125].
>
> Florestan Fernandes, 1991

Al entrar en su segundo mandato, la crisis político-institucional se manifestó en todos sus términos, pareciendo haber llegado la hora en que, por fin, el presidente Lula daría el paso decisivo para la solución del dilema de la realización de las reformas necesarias, lo que *parece* constituir el principal escollo de su gestión. Es esta la cuestión decisiva, aunque el presidente siga postergando las medidas más efectivas para la aceleración de las siempre citadas transformaciones estructurales[126]. A pesar de los altos índices de aprobación popular, el presidente se ahoga en dilemas.

De todos esos dilemas, ¿cuál es el principal? ¿Dejar las cosas como están para que se resuelvan «naturalmente», tónica *laissez-faire* del gobierno del ex presidente Cardoso, confiando en el «proceso»? ¿Por qué no cortar el nudo gordiano político-

[123] Cf. Carlos G. Mota, «O sucessor de FHC», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 12-6-2005, artículo publicado el domingo anterior a las denuncias del diputado Roberto Jefferson sobre la existencia de sobornos que alcanzaban a varios diputados y miembros del alto escalón del gobierno (el aún inexplicado *mensalão*).

[124] Luís Inácio Lula da Silva, 8-6-2005.

[125] Florestan Fernandes, «Crise da Educação», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 19-8-1991, p. 2.

[126] «Desde su toma de posesión, el reelegido presidente Lula perdió ya medio año de su mandato», observa el historiador Kenneth Maxwell, en entrevista a la *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 20-5-2007, p. 4.

institucional de la vida pública brasileña, y abordar, con toda la autoridad de un presidente con amplio respaldo electoral, la siempre anunciada Reforma Política? Escaparía así de esa ideología de la Conciliación compulsiva en que se dejó enredar, rasgo de la vida pública de Brasil desde 1850, y pondría luz y taquífragos sobre ese espacio sombrío que sólo beneficia a los practicantes del capitalismo salvaje (en detrimento del capitalismo civilizador) y a aquellos que, a la sombra del Estado sustentado por los «súbditos-contribuyentes» (en la expresión del profesor Maurício Tragtenberg), componen artimañas y chanchullos de toda especie. Porque un nuevo concepto comienza a definirse en las mentes de los líderes de la nueva sociedad civil: no se puede repetir lo que ocurrió en el año 2006, cuando el país asistió, de nuevo «como las bestias», al circo de horrores de la corrupción política.

En este segundo mandato, el presidente Lula vive un momento decisivo en su trayectoria, un proceso que debe apuntar hacia la profundización de su ruptura efectiva con los paradigmas del *coronelismo*[127], del populismo, del *fisiologismo*, del nepotismo abiertamente defendido por los diputados del *Centrão*, de la corrupción, incluso en el seno de su partido de origen. Es más: disponiendo de todos los instrumentos de la República presidencialista –y no parlamentarista–, le compete a él, con *virtù* y aliados correctos, cambiar radicalmente el modelo de acción política –el *mores*, en suma– que viene desde el Imperio y de las varias fases de la República, de las dictaduras y de la «redemocratización» de fachada, dentro del modelo autocrático-burgués.

Oriundo del mundo del trabajo y de la cultura política urbano-industrial, conocedor de la vida sindical y del capitalismo nacional, de los mecanismos de las corporaciones y del gran capital internacional, el presidente reúne, por la legitimidad que le confieren las urnas, todas las condiciones para acelerar la reforma política. Ninguno de los ocupantes del sillón presidencial –ni siquiera el ilustrado ex presidente Cardoso– ha sintetizado con tal profundidad la aspiración nacional de depuración de las instituciones republicanas. *Coronelismo*, patronazgo y compadreo no forman parte de su vocabulario, de su proyecto ni de su horizonte político-ideológico inicial y no es de esperar que eso ocurra. Razón por la cual no puede haber complacencia con los «parásitos» (la expresión es suya) de su propio partido y de su *coterie*.

La crisis política actual es de suma gravedad. Aunque hasta ahora no haya afectado directamente a la presidencia –ni a la gobernabilidad–, puede sin embargo hacer vulnerable todo el sistema político, al estar tocado el jefe del poder ejecutivo en su credibilidad y debilitada la seriedad de las instituciones de la República, el poder legislativo en particular, actualmente tan expuesto. Tal orden de cosas revela atraso y mediocridad, y muestra el vestigio colonial e imperial tan presente en los usos y costumbres de este orden político.

[127] Empresa difícil, como se constata con el nombramiento de un político de currículo discutible como Edson Lobão, como ministro de Minas y Energía.

La transición incompleta: todavía el mismo modelo

> Para cualquier sitio donde se mira, sólo se ve Ejecutivo. El parlamento está vacío. Pero ese parlamento vacío le interesa al Ejecutivo. Por otro lado, estamos pasando por un proceso de centralización muy fuerte en Brasil[128].
>
> Luíz Werneck Viana

> La gente que trabaja en la universidad tiene que cuestionar a los cretinos[129].
>
> Aziz Ab'Sáber

Se está haciendo imposible cerrar el ciclo histórico iniciado con la apertura del régimen militar en 1974 bajo la dictadura de Geisel. Las dos puntas del problema continúan ahí, expuestas y latentes: trabajo barato combinado con alienación política. Florestan Fernandes vio con claridad tal conexión perversa y potencialmente explosiva, al reflexionar sobre la existencia de una gran masa de desposeídos y de condenados de la tierra, los «desarraigados»:

> Lanzadas fuera de la sociedad civil, las poblaciones marginales se convierten en una mina de oro para el sistema de poder. Por un lado, suponen una barrera contra la extensión del peligro representado por una masa enorme de «enemigos públicos del orden». El orden sólo puede conjurar el peligro manteniendo y reforzando la exclusión, esto es, impidiendo o limitando su inclusión en el mercado, en el régimen de clases y en los grupos institucionalizados de los trabajadores asalariados, dejándolas al albur de su propia impotencia y desorganización y, concomitantemente, instigándolas o encadenándolas a las ilusiones de un falso paternalismo y clientelismo político[130].

Con esta dramática situación, ¿cómo pensar en la puesta en marcha de una nueva sociedad civil organizada democráticamente? ¿Las burguesías del país estarán preparadas para hacer su propia Revolución? ¿O, por lo menos, las reformas estructurales siempre aplazadas?

La masa de desposeídos del periodo colonial se extendió a lo largo del periodo imperial, mantenida siempre fuera del orden estamental-esclavista, prolongándose en el periodo republicano –aún en busca de su lugar en la historia. Sin memoria, sin tener siquiera noción del tiempo perdido por sus antepasados anónimos, la masa de «desarraigados» crece enfrentada a la «buena sociedad», celosa de sus raíces y de su «formación», «islas de excelencia» en una tierra de miserables.

En síntesis, como hasta los días actuales no se ha emprendido el desmontaje del modelo autocrático-burgués, responsable de un patrón de civilización perverso, reforzado en el periodo dictatorial –o se ha emprendido con poca habilidad–, el

[128] Luiz Werneck Viana, «O país vive o Estado Novo do PT'», en *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 5-8-2007, p. A8.

[129] Entrevista a Aziz Ab'Sáber, «Uma voz contra a corrente», en *Fórum*, 5 (52), São Paulo, jul. 2007, p. 10.

[130] Florestan Fernandes, «Os desenraizados», en *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 21-8-1986, p. 2.

proceso histórico-social se ha inclinado en el sentido de conceder fuerza política –es decir, poder decisorio– al actual *Centrão* rústico, capitaneado ahora por el PMDB. *Centrão* en que figuras como el diputado procesado por corrupción Roberto Jefferson, de la tropa de choque del ex presidente Collor de Mello, o Renan Calheiros, controvertido ex presidente del Senado Fenderal, o el ex alcalde de Brasilia Joaquim Roriz, han salido prácticamente impunes y hasta pueden tener un regio nivel de vida, desgastando las frágiles instituciones republicanas a los ojos de la nueva ciudadanía, perpleja, aunque cada vez más vigilante.

Los recientes casos de corrupción revelan la insuficiencia de los mecanismos jurídico-políticos expurgatorios del actual modelo de República. Tal modelo, marcado por la excesiva «liberalidad» y por el desprecio a la cosa pública (puesto de manifiesto en la libertad de cambios reiterados de partido), permite el deslizamiento constante hacia la impunidad o el oportunismo descarado, dada la terrible negligencia en la aplicación de las leyes.

Como ocurrió durante la Revolución Francesa –y guardadas las debidas distancias– el resultado está ahí. Pasado su momento más renovador –de Itamar y Cardoso a Lula– se asiste, en el reflujo, a la victoria de los diputados del *Centrão* (el *marais* brasileño), al triunfo de la mediocridad, a la Conciliación, como ocurrió durante la República del Directorio (1795-1799). La diferencia es que aún no ha habido, en la Historia de Brasil, nada parecido a lo que sucedió en Francia en la época de la Revolución, cuando diversas facciones de la clase burguesa propusieron y defendieron sus sólidos proyectos. Aparte de esto, los «napoleones» brasileños subdesarrollados vinieron antes, con el golpe de 1964, militares que, vale la pena resaltar, salvo honrosas excepciones, se enriquecieron durante al menos 20 años, a través de su relación con las empresas contratistas del Estado…

En una cultura en la que prospera la *dialéctica de la picaresca*, adquieren peso las palabras del presidente Lula, cuando destaca –y lo reitera siempre…– que ha llegado el momento de saber hacer frente de una vez al problema de la reforma política, tema transformado en tabú dentro del Congreso. Y de llevarla adelante, avanzando con determinación, lo que no ha demostrado hasta el momento.

¿Qué se aprende con la historia? Que en una república presidencialista el poder ejecutivo es muy fuerte, y que, en esa medida, el presidente debe conciliar menos, buscar mejores aliados, preocuparse menos por los medios de comunicación, oír lo que la *nueva sociedad civil* de veras tiene que decir. Y que lo *exige* en innumerables manifestaciones colectivas. El Poder Ejecutivo puede instigar más al Poder Legislativo, con actitudes y desafíos, escogiendo mejor sus socios, y no ser su rehén, como está ocurriendo. Le falta un poco de la ética del antiguo jacobinismo de los franceses de 1793.

En la Historia de Brasil, resurge de tiempos en tiempos, discreto, un clamor nacional, como ocurrió en la época de las «Directas, Ya», en la elección de Tancredo, en la Constituyente, o cuando el *impeachment* de Collor. En el momento de apagar las luces del año 2007, las vanguardias de la nueva sociedad civil –crítica,

moderna, democrática, internacionalista y bien preparada, cansada del «Brasil atrasado»– comienzan a dar muestras de impaciencia.

Fuertes rasgos del Brasil arcaico procedentes del periodo dictatorial –e incluso de antes– aún persisten en el *modelo autocrático-burgués*, mostrando todavía, en pleno siglo XXI, los vestigios de la tradición estamental-esclavista colonial, imperial, de la *República Velha* y del *Estado Novo*. Modelo mal disfrazado bajo los ropajes de una democracia liberal y participativa, que ampara la impunidad de graves actos delictivos lesivos para la vida republicana moderna.

En realidad, se trata de un modelo más «liberal a la antigua» y autoritario que una *democracia participativa*, según el modelo de aquellas vigentes en algunos países avanzados contemporáneos, como Alemania o Francia. En estos, los «decretos provisionales», la infidelidad partidaria y otros males no tienen lugar, sonando extravagantes.

En la cuestión de la reforma política para la construcción de una democracia efectivamente moderna, ni los gobiernos de Cardoso ni los de Lula han obtenido resultados, que permitieran –o permitan– decir que la Historia de Brasil ha cambiado bastante, y para mejor. Ha cambiado, pero muy poco.

En toda esta historia, lo que queda, camuflado, es el *modelo autocrático-burgués*, persistente, presente en los días corrientes como en aquellos en que Florestan Fernandes lo detectó, allá por 1975, en su obra clásica. Tal modelo no ha sido desmontado, aunque las apariencias de una democracia liberal lleven a pensar que se está viviendo en un modelo de República democrático-burguesa. El modelo es continuamente reavivado y realimentado con «retórica», con nuevas jergas y clichés (inclusión social, desarrollo autosostenible, defensa del medio ambiente, democracia, globalización, modernización, etc.), por actores político-sociales moderados que obran, en su mayor parte inconscientemente y de buena fe, para convertir en vanos y huecos los antiguos conceptos. Hannah Arendt temía tal mecanismo perverso, el de la *banalización de conceptos e ideas históricas llenas de contenido político y cultural*, forjados en la práctica del proceso civilizatorio.

En Brasil, la autocracia cambió de forma, se modernizó, pero los vestigios del orden y del *mores* burocrático-estamental se insertaron en una *sociedad de clases* –que ignora absolutamente lo que significa *contrato social*– mal formada y mal educada, impregnándola y amoldándola a su imagen y semejanza. Sus perversiones adquieren formas inesperadas en la condición periférica en que se (des)encuentra Brasil, a medio camino entre la mentalidad colonial y la postmoderna. Y de tal forma que juristas, abogados y educadores se ven sustituidos por «tropas de elite».

De todas formas, con los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso y de Luís Inácio Lula da Silva se rompió definitivamente el ayuno democrático a que Brasil se vio obligado –a causa de la intromisión ilegítima de fuerzas y valores nacionales e internacionales, lo que redundó en un golpe de Estado en 1964, con consecuencias catastróficas para el país. Parece haberse cerrado un largo ciclo. El país camina a pasos largos, aunque zigzagueantes, hacia la consolidación de la democracia representativa, indudablemente el mayor logro de estos nuevos tiempos. Fernando

Henrique y Lula cayeron en el tal modelo y han visto casi siempre sus acciones y proyectos iniciales limitados por los tentáculos de esa autocracia, a la cual, a veces, cedieron; otras veces, la manipularon; o fueron sus agentes.

A pesar de haber vivido en el año 2006 una crisis política sin precedentes en la historia republicana nacional, ninguna de las voces «golpistas», otrora de tanta resonancia, se hicieron oír. Definitivamente, se vive en otro país, un país mejor, sin duda.

Es de esperar que lo aprendido haya sido definitivo y que el país que estamos legando a las generaciones futuras –aunque esté marcado por graves y crecientes problemas– pueda ser colocado en la lista de las grandes naciones democráticas mundiales. A pesar del largo camino que queda por recorrer para implantar la justicia social para la sociedad brasileña –o, por lo menos, para disminuir la injusticia, lo que no es poco– varias conquistas son ya apreciables.

El saldo de la consolidación de esa democracia liberal incompleta es, por lo tanto, en cualquier caso, positivo. Urge preservarlo a toda costa y avanzar: aunque la nueva sociedad civil aún sea exigua, todavía resta retirar de su trágico destino a los miles de personas que sobreviven a duras penas por debajo de la línea de la miseria. Creando condiciones efectivas –y no paliativas– de vida para todos los brasileños, pues como afirmara Maximilien Robespierre en la Convención Nacional, el 21 de diciembre de 1792:

> Ningún hombre tiene el derecho de acaparar las porciones de trigo [dando] la espalda a su semejante, que se muere de hambre. El primero de los derechos es el de existir[131].

Todavía es bueno recordar que, pasados muchos años de la ejecución de este jacobino incorruptible, entre sus discursos famosos está el fechado el 26 de julio de 1794:

> Estoy hecho para combatir el crimen, no para gobernarlo[132.]

[131] «Nul homme n'a le droit d'ammasser des morceaux de blé à cotê de son semblable, qui se meurt de faim. Le premier des droits c'est celui d'exister». *Apud* Amable Guillaume P. Brugière de Barante, *Histoire de la Convention Nationale*, t. 2, París: Furne/Langlois & Leclerc, 1852, p. 381. El discurso de Robespierre cuyo trecho se cita aquí se dirige contra los *accapareurs* (acaparadores, monopolistas).

[132] «Je suis fait pour combattre le crime non pour le governer»; *apud* Augustin Chalamel, *Histoire-musée de la République Française*, *depuis l'Assemblée des notables jusqu'a l'Empire*, t. 2, 3.ª ed. París: Gustave Havard, 1858, p. 56. Y Robespierre continúa «Le temps n'est point arrivé où les hommes de bien peuvent servir impunément la patrie. Les defenseurs de la liberté ne seront que proscrits tant que la horde des fripons dominera», esto es, «Aún no ha llegado el tiempo en que los hombres de bien puedan servir sin persecuciones a la patria. Los defensores de la libertad no pasarán de proscritos mientras domine la horda de vellacos». Para el «lector sin miedo», vale la pena meditar acerca de la historia del Brasil contemporáneo.

Bibliografía

«80 Anos sem Júlio Mesquita». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 18-3-2007.

Abreu, João Capistrano de. *O descobrimento do Brasil.* Río de Janeiro: Sociedade Capistrano de Abreu, 1929.

— *Caminhos antigos e povoamento do Brasil.* Río de Janeiro: Briguiet, 1930.

— «Prolegômenos». En Salvador, Frei Vicente do. *História do Brasil*, 7a ed. São Paulo: Edusp, 1982.

— *Capítulos de história colonial.* Brasilia: Senado Federal, 1998.

— *Capítulos de história colonial.* São Paulo: Publifolha, 2000.

Abreu, Maurício de. *Evolução Urbana do Río de Janeiro.* 4a ed., Río de Janeiro: IPP, 2006.

Ab'Sáber, Aziz. «O governo desconsidera trabalhos produzidos na universidade». En *Revista da Adusp*, n.º 14, São Paulo, jul. de 1998.

— «Incursões à pré-história da América tropical». En Mota, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a experiência brasileira (1500-2000). Formação: histórias.* Vol. 1. 2a ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

— «Uma voz contra a corrente» [entrevista a Anselmo Massd, Glauco Faria e Mouzar Benedito. Fot. Gerardo Lazzarí]. En *Fórum*, 5 (52), São Paulo, jul. 2007.

Alambert, Francisco. *Sérgio Milliet, um intelectual oblíquo.* Tesis de doctorado. São Paulo: FFLCH-USP, 1995.

Albuquerque, Gonsalves de Mello e. *Cartas de Duarte Coelho a El Rei.* 2a ed. Recife: Fundação Joaquim Nabuco/Massangana, 1997.

Albuquerque, Manoel Maurício de. *Pequena História da Formação Social Brasileira* (Río de Janeiro: Graal, 1981).

Albuquerque, Pedro de Alcântara Cavalcanti de. *O perfil de um grande estadista da República, Dr. Wenceslau Brás.* Río de Janeiro: edición del autor, 1956.

Alencastro, Luiz Felipe de. *O trato dos viventes. Formação do Brasil no Atlântico Sul, séculos XVI e XVII.* São Paulo: Companhia das Letras, 2000.

— [Entrevista concedida a Rafael Cariello]. *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 15-10-2006.

Almeida, Manuel Antônio de. *Memórias de um sargento de milícias.* São Paulo: Martin Claret, 2001.

ALMEIDA, Maria Hermínia Tavares de. «Dilemas da Institucionalização das Ciências Sociais no Río de Janeiro». En MICELI, Sergio (org.). *História das Ciências Sociais no Brasil*. Vol. 1. São Paulo: Vértice, 1989.

ALMEIDA, Paulo Roberto de. *Relações internacionais e política externa do Brasil: dos descobrimentos à globalização*. Porto Alegre: Editora da Universidade-UFRGS, 1998.

ALMEIDA, Rômulo. *Nordeste: desenvolvimento social e industrialização*. São Paulo: Paz e Terra/CNPq, 1985.

ALVES, A. de Castro. *O Navio Negreiro*. São Paulo: Studioma, 1992.

— «Navio negreiro». En *Castro Alves. O olhar do futuro*. Catálogo da Exposição comemorativa dos 150 anos de nascimento de Antônio de Castro Alves (1847-1997). Pres. Eduardo Portella. Río de Janeiro: Fundação Biblioteca Nacional, 1997.

AMARAL, Azevedo. *O Estado Autoritário e a realidade nacional*. Río de Janeiro: José Olympio, 1938.

ANCHIETA, José de. «Informação dos primeiros aldeamentos da Bahia». En *Cartas*. Río de Janeiro: Academia Brasileira de Letras, 1933.

ANDERSON, Perry. «Paz e Amor é um vocabulário de derrota» [entrevista], *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 10-11-2002.

ANDRADE, Carlos Drummond de. «Nosso tempo». En *Nova reunião. 19 livros de poesia*. 2.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1985.

— «O medo». En *Nova reunião. 19 livros de poesia*. 2.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1985.

— *O observador no escritório*. Río de Janeiro: Record, 1985.

ANDRADE, Darcy Bessone de Oliveira. *Wenceslau: um pescador na presidência*. Río de Janeiro: Sociedade de Estudos Históricos Pedro II, 1968.

ANDRADE, Manuel Correia de. *A Guerra dos Cabanos*. Río de Janeiro: Conquista, 1965.

— *A Revolução de 1930. Da República Velha ao Estado Novo*. 2.ª ed. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1988.

ANDRADE, Mário de. «Prefácio interessantíssimo». En ANDRADE, Mário de. *Paulicéia desvairada*. São Paulo: Casa Mayença, 1922.

— «Ode ao burguês». En ANDRADE, Mário de. *Poesias Completas*. Río de Janeiro: Martins, 1972.

— *O Banquete*. Pres. Jorge Coli & L. Carlos da S. Dantas. São Paulo: Duas Cidades, 1977.

— «A Elegia de Abril» (1941). En *Aspectos da Literatura Brasileira*. 6.ª ed. Belo Horizonte: Itatiaia, 2002.

— «O movimento modernista» (1942). En *Aspectos da Literatura Brasileira*. 6.ª ed. Belo Horizonte: Itatiaia, 2002.

ANDRADE, Mário Pinto de (Buanga Fele). «O que é lusotropicalismo?». En BRAGANÇA, Aquino de & WALLERSTEIN, Immanuel (orgs.). *Quem é o inimigo?* Lisboa: Iniciativas Editoriais, 1978.

ANDRADE, Oswald de. «Manifesto Pau-Brasil». En *Correio da Manhã*, São Paulo, 18-3-1924.

ANÔNIMO (del siglo XVII). *Arte de furtar*. São Paulo: Martin Claret, 2006.

— «ANOTAÇÃO [del escribano Marcellino Pereira Cleto, del testimonio de Tiradentes, en el 1.er interrogatorio, el 22-5-1789, en el *Auto* de las preguntas hechas al alférez]. En *Autos de Devassa da Inconfidência Mineira*. Vol. 4. 2.ª ed., Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1936-1938.

ANTONIL, André João (João Antonio Andreoni, S. J.). *Cultura e opulencia do Brazil*. São Paulo: Melhoramentos, 1923 [con estudio «bio-bibliographico» de autoría de Affonso de E. Taunay].

ANTUNES, Ricardo. *A rebeldia do trabalho*. São Paulo/Campinas: Ensaio/Editora da Universidade Estadual de Campinas, 1988.

AQUINO, Laura Christina Mello de. *A participação de batalhões estrangeiros na rebelião de 1924 em São Paulo*. Tesis de maestría. São Paulo: PUC-SP, 1995.

ARARIPE, Sônia & POMBO, Nívia. «Delfim Neto: 'Chega de fazer História sonhada'». En *Nossa História*, 4 (38), São Paulo, dic. de 2006.

ARAÚJO, Emanoel (cur.). *Rostos e lugares no Brasil*. Catálogo da Exposição. Pinacoteca do Estado de São Paulo, noviembre de 1994.

— (org.). *Para nunca esquecer. Negras memórias/memórias de negros*. Río de Janeiro: Museu Histórico Nacional, 2002

ARAÚJO, Ubiratan Castro de. «A Bahia no tempo dos alfaiates». En *II Centenário da Sedição de 1798 na Bahia*. Salvador/Brasilia: Academia de Letras da Bahia/Minc, 1999.

— «A política dos homens de cor no tempo da Independência». En *Clio*, *Revista de Pesquisa Histórica*, n.º 19, Recife, 2001.

ARMITAGE, John. *História do Brasil*. 3.ª ed., Río de Janeiro: Zélio Valverde, 1943.

ARRUDA, Roldão. «CPT vai para linha de frente». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 4-8-2007.

— «Total de assentados atinge 95% da meta. Incra anuncia atendimento de 381.419 famílias, mas técnicos e sem-terra afirmam que governo infla números». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 31-1-2007.

— «Pastoral não aceita posição do MST e cobra duramente o governo Lula». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 4-8-2007.

— «Via Campesina cerca usina da Vale. Em nova onda de protestos, movimento age em sete estados». En *O Estado de S. Paulo*, 12-3-2008.

ASSIS, J. M. Machado de. *Memorial de Aires*. São Paulo: Globo, 1997.

— *Esaú e Jacó*. Porto Alegre: L&PM, 2006.

— «Pai contra mãe». En GLEDSON, John (org.). *50 contos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2007.

— «Teoria do medalhão». En GLEDSON, John (org.). *50 contos de Machado de Assis*. São Paulo: Companhia das Letras, 2007.

— «Lágrimas de Xerxes». En *Páginas recolhidas*. Disponible en: www.bibvirt. futuro.usp. br/index.php/content/view/full/1950. Consultado el 1-4-2008.

AUGUSTO, Sérgio. «Nós que amávamos tanto a revolução». En *Folha de S.Paulo*, 7-12-1985.

— «*Homo debilis*». En *Lado B*. Río de Janeiro: Record, 2001.

AURORA Fluminense, Río de Janeiro, 9-12-1829.

— Río de Janeiro, 11-4-1831.

— Río de Janeiro, 27-4-1831.

AUTOS de devassa do levantamento e sedição intentados na Bahia em 1798. Vol. XXXV. Salvador: Imprensa Oficial, 1961.

AUTOS de devassa da Inconfidência Mineira. Vol. 2. 2.ª ed., Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1936-1938.

AVELLA, Nello. «*'Odi et amo'*: Rittrato di un amore negato e riaffermato». En PRADO, Paulo. *Rittrato del Brasile. Saggio sulla tristezza brasiliana*. Roma: Bulzoni, 1995.

AXT, Gunter. «Prefácio». En AXT, Gunter & SCHÜLER, Fernando Luis (orgs.). *Intérpretes do Brasil*. Porto Alegre: Artes e Ofícios, 2004.

BAHIENSE, Norberto. *Domingos José Martins e a Revolução Pernambucana de 1817*. Pref. Barbosa Lima Sobrinho. Belo Horizonte: Littera Maciel, 1974.

BARANTE, Amable Guillaume P. Brugière de. *Histoire de la Convention Nationale*. T. 2. Paris: Furne/Langlois & Leclerc, 1852.

BARBUY, Heloisa. *A cidade-exposição. Comércio e cosmopolitismo em São Paulo, 1860-1914*. São Paulo: Edusp, 2006.

BARDAWIL, José Carlos. «Sarney vale mais que a democracia». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 8-3-1989.

BARLÉU, Gaspar. *História dos feitos recentemente praticados durante oito anos no Brasil*. Trad. Cláudio Brandão, pref. Mário Guimarães Ferri. São Paulo: Edusp, 1974.

BARMAN, Roderick J. *Brazil: The Forging of a Nation (1798-1852)*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1988.

BARRETO, Afonso Henriques de Lima. *Correspondência*. T. II. São Paulo: Brasiliense, 1956.

— *O triste fim de Policarpo Quaresma*. São Paulo: Abril Cultural, 1984.

— «O Debate». En *Lima Barreto*. Coleção Melhores Crônicas. Sel. e pref. Beatriz Rezende. São Paulo: Global, 2005.

BARRETO, Vicente. *A ideologia liberal no processo de Independência (1789-1824)*. Brasilia: Câmara dos Deputados, 1973.

BARROS, Edgard Luiz de. *O Brasil de 1945 a 1964*. São Paulo: Contexto, 1990.

— *Os Governos Militares*. São Paulo: Contexto, 1991.

BARROS, Roque Spencer M. de. «Contra qualquer espécie de totalitarismo». En *O Estado de S. Paulo*, caderno Cultura, São Paulo, 11-7-1999.

BASTIDE, Roger. *Brasil, terra de contrastes*. Trad. Maria Isaura Pereira Queiroz. Coleção Corpo e Alma do Brasil. 5a ed. São Paulo: Difel, 1973 [1.ª ed.: 1959].

BASTOS, Maria Alice J. *Pós-Brasilia. Rumos da arquitetura brasileira*. São Paulo: Perspectiva, 2003.

BELLO, José Maria de Albuquerque. *Ruy Barbosa e escritos diversos*. Río de Janeiro: Castilho, 1918.

— *Inteligência do Brasil: ensaios sobre Machado de Assis, Joaquim Nabuco, Euclides da Cunha e Rui Barbosa*. São Paulo: Nacional, 1935.

— *A questão social e a solução brasileira*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional, 1936.

— *História da República (1889-1930)*. Río de Janeiro: Simões, 1940.

— *Retrato de Eça de Queirós*. Río de Janeiro: Agir, 1945.

— *História da República. 1889-1930. Síntese de quarenta anos de vida brasileira*. 2.ª ed. rev. e aum. Río de Janeiro: Simões, 1952 (1.ª ed., 1940).

— *Retrato de Machado de Assis*. Río de Janeiro: A Noite, 1952.

— *Memórias*. Río de Janeiro: José Olympio, 1958.

— *A History of Modern Brazil: 1889-1954*. Palo Alto: Stanford University Press, 1968.

— *História da República: 1889-1954: síntese de sessenta e cinco anos de vida brasileira*. 8.ª ed. São Paulo: Nacional, 1983.

BELLUZZO, Luiz Gonzaga. «Falsa moeda do neoliberalismo». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 21-2-90.

BENEVIDES, Maria Victoria. *A UDN e o Udenismo. Ambigüidades do liberalismo brasileiro*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1981.

Benjamin, Walter. «Experiência e pobreza» (1933). En *Obras escolhidas. Magia e técnica, arte e política. Ensaios sobre literatura e história da cultura*. Vol. 1. Trad. Sérgio Paulo Rouanet. São Paulo: Brasiliense, 1987.
Bento, Cláudio Moreira. «Raízes familiares do presidente Fernando Henrique Cardoso no Exército». En *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, 162 (410), Río de Janeiro, enero-mar. de 2001, en: www.resenet.com.br/ahimtb/fhc.htm.
Berbel, Marcia. *A Nação como Artefato*. S. Paulo: Hucitec/FAPESP, 1999.
Bernardet, Jean-Claude. *Guerra camponesa no Contestado*. São Paulo: Global, 1979.
Bethell, Leslie. *A abolição do tráfico de escravos no Brasil: a Grã-Bretanha, o Brasil e a questão do tráfico de escravos, 1807-1869*. Río de Janeiro: Expressão e Cultura/ Edusp, 1976
Blackburn, Robin. *A queda do escravismo colonial, 1776-1848*. Río de Janeiro: Record, 2003.
Bomeny, Helena (org.). *Um americano intranqüilo*. Río de Janeiro: CPDOC, 1992.
Bonavides, P. & Andrade, P. de. *História Constitucional do Brasil*. 4.ª ed. Brasilia: OAB, 2002.
Bosi, Alfredo. «As letras na Primeira República». En Fausto, Boris (coord.). *História geral da civilização brasileira: o Brasil republicano, sociedade e instituições (1889-1930)*. T. III. Vol. 2. Río de Janeiro: Difel, 1977.
— *História concisa da literatura brasileira*. 2.ª ed. São Paulo: Cultrix, 1978.
Boxer, Charles Ralph. *Salvador de Sá e a luta pelo Brasil e Angola 1602-1686*. Trad. Olivério M. de Oliveira Pinto. São Paulo: Nacional, 1973.
— *O império colonial português 1415-1825*. 2.ª ed. Lisboa: Edições 70, 1981.
— *A idade de ouro do Brasil*. Trad. Nair de Lacerda. 3.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 2000.
— *O império marítimo português, 1415-1825*. Trad. Anna Olga de Barros Barreto. 2.ª reimp. São Paulo: Companhia das Letras, 2006.
Bragança, Aquino de & Wallerstein, Immanuel (orgs.). *Quem é o inimigo?* 3 vols. Lisboa: Iniciativas Editoriais, 1978.
Branco, Carlos Castello. *Os militares no poder*. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1976.
Brandão, Gildo Marçal. *A esquerda positiva*. São Paulo: Hucitec, 1997.
Brans, Isolde Helena. *Tiradentes face a face*. Río de Janeiro: Xerox do Brasil, 1992.
— *Seminar Thomas Jefferson and the Independence in the Americas: the case of the Inconfidência Mineira in Brazil, september 22nd, 1993*. Washington: Library of Congress, 1993.
— «Brasil dos Viajantes, O». En *Folha de S. Paulo*, Mais, São Paulo, 16-9-2007.
Braudel, Fernand. *Civilização material, economia e capitalismo, séculos XV-XVIII: O tempo do mundo*. São Paulo: Martins Fontes, 1995.
— «Témoignage». En Carvalho, Joaquim Barradas de. *À la recherche de la specificité de la Renaissance portugaise. L'*Esmeraldo de situ orbis *de Duarte Pacheco Pereira et la littérature portugaise de voyages à époque des Grandes Découvertes*. Vol. 1. Paris: Fondation Calouste Gulbenkian, 1983.
Burns, Bradford E. «The Intellectuals as Agents of Change». En Russel-Wood, A. J. R. (ed.). *From Colony to Nation. Essays on the Independence of Brazil*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1975.
— *A History of Brazil*. 2.ª ed. Nueva York: Columbia University Press, 1980.
Caldeira, Jorge. *Diogo Antonio Feijó*. São Paulo: Editora 34, 1999.
Calil, Carlos Augusto (org.). *Paulo Prado: retrato do Brasil, ensaio sobre a tristeza brasileira*. São Paulo: Companhia das Letras, 1997.

Calógeras, João Pandiá. *Formação histórica do Brasil*. 5.ª ed. São Paulo: Nacional, 1957.
Câmara da vila do Ribeirão do Carmo. «Representação em 17-10-1774». En Versiani, Carlos. *Cultura e Autonomia em Minas (1768-1788). A construção do ideário não colonial*. Tesis de maestría. São Paulo: FFLCH-USP, 1996.
Camargo, Aspásia & Góes, Walder de. *Meio século de combate: diálogo com Cordeiro de Farias*. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1981.
Campos, Candido Malta. *Os rumos da cidade. urbanismo e modernização em São Paulo*. São Paulo: Editora Senac de São Paulo, 2000.
Campos, Cândido Malta & Simões Junior, José Geraldo. *Palacete Santa Helena. Um pioneiro da modernidade em São Paulo*. São Paulo: Imprensa Oficial/Senac, 2006.
Campos, Regina Salgado (org.). *Sérgio Milliet*. Coleção Melhores Crônicas. Dir. Edla van Steen. São Paulo: Global, 2006.
Campos, Roberto. *Lanterna de popa: Memórias*. Río de Janeiro: Topbooks, 1994.
Candido, Antonio. «Literatura e Subdesenvolvimento». En *Argumento*, n.º 1, Río de Janeiro, oct. de 1973.
— *Formação da literatura brasileira*, Vol. 2. 5.ª ed. Belo Horizonte/São Paulo: Itaiaia/Edusp, 1975.
Caneca, Joaquim do Amor Divino. *O* Typhis Pernambucano. *Edição comemorativa do 160º aniversário da Confederação do Equador*. Dir. e org. Vamireh Chacon & Leonardo Leite. Brasilia: Senado Federal, 1984.
— *Manifesto do Frei Caneca em Reunião popular no Recife para deliberar-se sobre o juramento do Projeto de Constituição* (1824). Disponible en: www.dhnet.org.br/direitos/anthistbr/imperio/caneca_1824.html. Consultado el 20-2-2008.
Capelato, Maria Helena. «O 'gigante brasileiro' na América Latina: ser ou não ser latino-americano». En Mota, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*. Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
Capelato, Maria Helena & Mota, Carlos G. *História da Folha de S.Paulo*. São Paulo: Impres, 1981.
Cardoso, Fernando Henrique. «Chile: um caminho possível». En *Argumento*, 1 (1), Río de Janeiro, oct. de 1973.
— «Democracia e desigualdades sociais». En *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n.º 32, vol. I, junho 1991, pp 23-27. [Texto de la conferencia pronunciada en el I Congreso Luso-Afro-Brasileño de Cencias Sociales, realizado en Coimbra del 2 al 5 de julio de 1990, bajo la coordinación de Boaventura de Sousa Santos].
— *Por um Brasil mais justo: Ação Social do Governo*. Brasilia: Presidência da República, 1996.
— «Entrevista» [concedida a Marina Amaral y otros]. En *Caros Amigos*, 1 (4), São Paulo, julho de 1997.
— «Me considero de esquerda», entrevista concedida a Mario Sabino. En *Veja*, 22-03-2006, edição 1948, año 39, n.º 11.
— *O Brasil nas Relações Internacionais* [Conferencia del mes]. São Paulo: Instituto de Estudos Avançados-USP, 5-5-2005 (consulta en vídeo).
— *A arte da política. A história que vivi*. 3.ª ed., Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006.
— [Testimonio en el Memorial de América Latina, en 2006, con debate]. En Lafer, Celso (coord.). *Presidentes da América Latina*. Pres. Fernando Leça. São Paulo: Fundação Memorial da América Latina/Imprensa Oficial, 2006.

CARDOSO Fernando Henrique & SOARES, Mario. *O mundo em português*: *um diálogo*. São Paulo: Paz e Terra, 1998.

CARDOSO, Vicente Licínio. *À margem da História do Brasil*. 4.ª ed. São Paulo: Nacional, 1979.

CARNEIRO, Maria Luiza Tucci (org.). *Minorias silenciadas. História da censura no Brasil*. São Paulo: EDUSP/FAPESP/Imprensa Oficial do Estado, 2002.

CARONE, Edgar. *A Primeira República. Texto e Contexto*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1969.

— *A República Velha. Instituições e classes sociais*. São Paulo: Bertrand Brasil, 1970.

— *A República Nova (1930-1937)*. São Paulo: Difel, 1974.

— *O Tenentismo. Acontecimentos*, *personagens*, *programas*. São Paulo: Difel, 1975.

— *Revoluções do Brasil contemporâneo*, *1922/1938*. 4.ª ed. rev. São Paulo: Ática, 1989.

— *Brasil: anos de crise. 1930-1945*. São Paulo: Ática, 1991.

CARPENTIER, Alejo. «Villa-Lobos». En *Nossa América/Nuestra América*, Revista do Memorial da América Latina, n.º 1, mar.-abr. de 1989.

CARTA, Mino. «O xerife, o general e o nosso *West*». En *Isto É*, São Paulo, 10-3-1978.

— «O arquiteto da verdadeira transição». En *Senhor*, n.º 340, 22-9-1987.

CARTA CAPITAL, n.º 221, São Paulo, 25-12-2002.

CARVALHO, Joaquim Barradas de. *O obscurantismo salazarista*. Lisboa: Seara Nova, 1974.

— *Portugal e as origens do pensamento moderno*. Pref. Joel Serrão. Lisboa: Horizonte, 1981.

— *À la recherche de la specificité de la Renaissance portugaise. L'*Esmeraldo de situ orbis *de Duarte Pacheco Pereira et la littérature portugaise de voyages à époque des Grandes Découvertes*. 2 Vol. Paris: Fondation Calouste Gulbenkian, 1983.

CARVALHO, José Murilo de. «As forças armadas na Primeira República». En FAUSTO, Bóris (dir.). *História geral da civilização brasileira. O Brasil Republicano*, *Sociedade e Instituições (1889-1930)*. T. III. Vol. 2. São Paulo: Difel, 1977.

— *A construção da ordem: a elite política imperial*. Río de Janeiro: Campus, 1980.

— *Os bestializados. O Río de Janeiro e a República que não foi*. São Paulo: Companhia das Letras, 1987.

— «O encobrimento do Brasil». En *Folha de S.Paulo*, Mais, São Paulo, 3-10-1999.

— «Um antídoto contra a bestialização republicana» [entrevista a Carlos Haag]. En *Pesquisa Fapesp*, n.º 115, São Paulo, set. de 2005.

— *Perfis brasileiros: D. Pedro II*. Coords. Elio Gaspari & Lília M. Schwarcz. São Paulo: Companhia das Letras, 2007.

CARVALHO, Laerte Ramos de. *As reformas pombalinas da Instrução Pública*. São Paulo: Saraiva/Edusp, 1978.

CARVALHO, Paulo Pinto de. *Aspectos de nossa economia rural*. São Paulo: Brasiliense, 1943.

CASTRO, Ruy. «O Brasil acoelhado». En *Folha de S.Paulo*, 13-8-2007.

CASTRO, Zília Osório de. *Cultura e política: Manuel Borges Carneiro e o Vintismo*. Lisboa: Inict/Universidade Nova de Lisboa, 1990.

CAVALCANTE, Berenice. «Dilemas e paradoxos de um filósofo iluminista». En *O estabelecimento dos portugueses no Brasil (1770)*. Río de Janeiro: Arquivo Nacional/ Editora Universidade de Brasilia, 1998.

CAVALCANTI, Amaro. «Sessão de 13 de dezembro de 1890» [debate]. En CONGRESSO NACIONAL, *Annaes da Câmara dos Srs. Senadores*. Río de Janeiro: Imprensa Nacional.

CHACON, Vamireh. *Da Escola do Recife ao Código Civil*. Río de Janeiro: Simões, 1969.

CHAGAS, Carlos. *A guerra das estrelas. Nos bastidores das sucessões presidenciais*. Porto Alegre: L&PM, 1985.

CHALAMEL, Augustin. *Histoire-musée de la République Française, depuis l'Assemblée des notables jusqu'a l'Empire*. T. 2. 3.ª ed. Paris: Gustave Havard, 1858.

COCHRANE, Thomas *Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru, and Brazil, from Spanish and Portuguese Domination*. 2 vols. Londres, 1859.

COELHO, Marco Antônio. *Herança de um sonho: Memórias de um comunista*. Río de Janeiro: Record, 2000.

COHN, Amélia. *Crise regional e planejamento*. São Paulo: Perspectiva, 1978.

COIMBRA, Marcos Antônio. «O intelectual collorido». En *Isto É/Senhor*, São Paulo, 21-2-90.

COMAS, Carlos Eduardo. «Moderno e Nacional, uma incompatibilidade a questionar». En PESSOA, José *et al*. (orgs.). *Moderno e nacional*. Niterói: EdUFF, 2006.

COMPARATO, Fabio. «Um plano de vôo para o País». En *O Estado de S. Paulo*, Aliás, São Paulo, 29-7-2007.

CORREA, Anna Maria Martinez. *A rebelião de 1924 em São Paulo*. São Paulo: Hucitec, 1976.

CORRUPÇÃO: «DEDOS SEM MEMÓRIA. Os ex-ministros acusam governo (denúncias de Bresser, Funaro e Sayad)». En *Veja*, año 20, n.º 16, 20-4-1988.

COSTA, Emília Viotti da. «José Bonifácio: homem e mito». En MOTA, Carlos G. (org.). *1822: Dimensões*. São Paulo: Perspectiva, 1972.

— *Da Monarquia à República. Momentos decisivos*. 7.ª ed. São Paulo: Fundação Editora da Unesp, 1999.

COSTA, João Luiz. *Contribuição às idéias no Brasil*. 2.ª ed., Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968.

COSTA, Lúcio. *Sobre Arquitetura*. Porto Alegre: Centro dos Estudantes Universitários de Arquitetura, 1962.

— *Registro de uma vivência*. São Paulo: Empresa das Artes, 1995.

COSTA, Tarcísio. *A Profile of Contemporary Political Discourse in Brazil: the Rethoric of Intransigence in the 1987-1988 Constituent Experience*. Cambridge, MA: University of Cambridge, 1998.

— «Cidadania em Rui Barbosa: questão social e política no Brasil». En ROCHA, João Cezar de Castro (org.). *Nenhum Brasil existe. Pequena enciclopédia*. Río de Janeiro: Topbooks/UniverCidade, 2003.

— *Testimonio* a los autores. 12 de junio de 2007.

COUTINHO, J. J. da Cunha Azeredo. *Obras econômicas (1794-1804)*. Pres. Sérgio Buarque de Holanda. São Paulo: Nacional, 1966.

COUTO, Jorge. *A construção do Brasil*. Lisboa: Cosmos, 1998.

«CRIAÇÃO da USP, segundo Paulo Duarte, A». En *Ciência Hoje*, 3 (13), jul.-ago. de 1984.

CRUZ, Sebastião C. Velasco e. *Empresariado e Estado na transição brasileira. Um estudo sobre a economia política do autoritarismo (1974-1977)*. São Paulo: Fapesp/Unicamp, 1995.

CUNHA, Euclides da. *Rebellion in the Backlands*. Trad. Samuel Putnam. Chicago: Chicago University Press, 1944.

— *Os Sertões*. 25.ª ed. São Paulo: Francisco Alves, 1957.

— *Os Sertões*. Río de Janeiro: Record, 1998.

— *À margem da História*. São Paulo: Martins Fontes, 1999.

— *Diário de uma expedição*. En Juan C. P. de Andrade (org.). «Vida e obra de Euclides da Cunha site. Obra completa de Euclides da Cunha em meio eletrônico. Diário de uma expedição.» Disponible en: http://www.euclides.site.br.com. Consultado el: 22-2-2008.

D'Abbeville, Claude. *História da missão dos padres capuchinhos na ilha do Maranhão*. São Paulo: Edusp, 1975.

Dallari, Dalmo de Abreu. *O pequeno exército paulista*. São Paulo: Perspectiva, 1977.

Damatta, Roberto. «Andando de costas». En *O Estado de S. Paulo*, 19-9-2007.

Davatz, Thomas. *Memórias de um colono no Brasil*. Trad. Sergio Buarque de Holanda. Belo Horizonte: Itatiaia, 1980.

Dean, Warren. *A luta pela borracha no Brasil: um estudo de história ecológica*. São Paulo: Nobel, 1989.

Debrun, Michel. «Temível Conciliação». En *IstoÉ*, São Paulo,5-7-1978.

— *A Conciliação e outras estratégias*. Org. Paulo Sérgio Pinheiro. São Paulo: Brasiliense,1983.

— «Temível Conciliação». En *Conciliação e outras estratégias*. Pref. Paulo Sérgio Pinheiro. São Paulo: Brasiliense, 1983.

Delfim Neto, Antonio. «Liberais, mas nem tanto». En *Economia e Cultura*, São Paulo, dic. de 93-feb. de 94.

Diário Carioca, Río de Janeiro, 7-1-1936.

Dias, Maria Odila da Silva. «Aspectos da Ilustração no Brasil». En *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, vol. 278, Río de Janeiro, 1969.

Diégues, Cacá. «Insatisfeito, inconveniente e sem-partido». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 27-8-2006.

Dimenstein, Gilberto & Souza, Josias de. *A história real. Trama de uma sucessão*. São Paulo: Folha de S.Paulo/Ática, 1994.

Dines, Alberto. *Morte no Paraíso*. Río de Janeiro: Rocco, 2004.

— [«Editorial»]. En *Observatório da Imprensa*, São Paulo, 23-10-2007.

Dines, Alberto *et al*. *Os idos de março e a queda em abril*. Río de Janeiro: José Álvaro, 1964.

Documentos históricos. Vol. 102. Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, 1955.

Dolhnikoff, Miriam (org.) *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

— *Diogo Antônio Feijó. Padre regente*. São Paulo: Imprensa Oficial/Secretaria de Estado da Educação, 2006.

Donghi, Tulio Halperín. *Historia Contemporánea de América Latina*. Barcelona: Alianza, 1979.

— *The Contemporary History of Latin America*. Durham: Duke University Press, 1993.

— «Mitre e a formulação de uma história nacional para a Argentina». En *Estudos Avançados*, 8 (20), São Paulo, 1994.

Doratioto, Francisco. *Maldita guerra. Nova história da Guerra do Paraguai*. São Paulo: Companhia das Letras/ Fundação Biblioteca Nacional, 2002.

Dulles, John W. F. *Castello Branco: o presidente reformador*. Trad. Heitor A. Herrera. Brasilia: Editora da UnB, 1983.

— «Estilo Robertão, O». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 8-3-1989.

Falcão, Joaquim. *A favor da democracia. Editoriais*. Prefácios de R. Faoro e L.A. Marcuschi. Recife: Massangana/Bagaço, 2004.

Faoro, Raymundo. *Os donos do poder: Formação do patronato político brasileiro*. Vol. 1. 2.ª ed. Porto Alegre: Globo, 1958.

— *Os donos do poder: formação do patronato político brasileiro*. Vol. 2. Porto Alegre/São Paulo: Globo/Edusp, 1975.
— «Aqui a Revolução era (e é) outra coisa». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 7-6-1989.
— «É possível fabricar um presidente?». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, n.º 1033, 5-7-1989.
— «O Governo da Ineficiência». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 30-1-1991 (Páginas Vermelhas).
— «O fenômeno Collor». En *IstoÉ/Senhor*, São Paulo, 25-12-91.
— «O plano indefinido». En *IstoÉ*, São Paulo, 9-6-1993.
— *Os donos do poder. Formação do patronato político brasileiro*. 2. vols. 10.ª ed. São Paulo: Globo/Publifolha, 2000.
— «A utopia nacionalista». En *CartaCapital*, año IX, n.º 221, 25-12-2002.
Fausto, Boris. «A crise dos Anos Vinte e a Revolução de 1930». En *História geral da civilização brasileira: o brasil republicano, sociedade e instituições (1889-1930)*. T. III. Vol. 2. Río de Janeiro: Difel, 1977).
Fernandes, Florestan. *Mudanças Sociais no Brasil*. Coleção Corpo e Alma do Brasil. 2a ed. São Paulo: Difel, 1960 [1.ª ed.: 1959].
— *Capitalismo Dependente e Classes Sociais na América Latina*. Río de Janeiro: Zahar, 1973.
— *A Ditadura em questão*. São Paulo: T. A. Queirós, 1982.
— «Os desenraizados», *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 21-8-1986.
— «Crise da Educação».En *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 19-8-1991.
— [«Entrevista»]. En *Roda Viva*. São Paulo: TV Cultura, 1994.
— *Contestação necessária: retratos intelectuais de inconformistas e revolucionários*. São Paulo: Ática, 1995.
— *A revolução burguesa no Brasil. Ensaio de interpretação sociológica*. Pref. José de Souza Martins. 5a ed. São Paulo: Globo, 2006.
Fernandes, Tania. «Vacina antivariólica: seu primeiro século no Brasil (da vacina jenneriana à animal)». En *História*, *Ciências*, *Saúde*, 6 (1), Manguinhos, mar.-jun. de 1999.
Ferreira, Aurélio Buarque de Holanda *et al*. *Novo dicionário Aurélio da língua portuguesa*. 3.ª ed. Curitiba: Positivo, 2004.
Ferreira, Gabriela Nunes. *O Rio da Prata e a consolidação do Estado imperial*. São Paulo: Hucitec, 2006.
Fico, Carlos. «O Brasil no contexto da Guerra Fria: democracia, subdesenvolvimento e ideologia do planejamento (1946-1964)». En Mota, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*, Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
— *Como eles agiam. Os subterrâneos da ditadura militar: espionagem e polícia política*. Pref. de Jacob Gorender. Río de Janeiro/São Paulo: Record, 2001.
— *O grande irmão: da Operação Brother Sam aos anos de chumbo. O governo dos Estados Unidos e a ditadura militar brasileira*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2008.
Figueiredo, João. *Discurso do senhor João Figueiredo, presidente da República Federativa do Brasil*. Brasilia: Secom, 1980.
Folha de S. Paulo, Folhetim n.º 173, São Paulo, 11-5-1980.
— São Paulo, 18-2-1996.
— São Paulo, 19-12-2002.
— São Paulo, 31-10-2006.
— São Paulo, 26-5-2007.
Font, Mauricio (org.). *Charting a New Course: the Politics of Globalization and Social Transformation*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2001.

FORBES, Geraldo F. «Pela renúncia de Figueiredo». En *Veja*, 7-7-1983.
— «Pelo fim do arbítrio». En *O Estado de S. Paulo*, 25-4-1984.
FRANCIS, Paulo. «Mentira, luxúria e pretensão. Aonde foi parar a gente esclarecida que habitava Rio e SP?». En *República*, año 1, n.º 3, enero de 1997.
FRANCO, Maria Sylvia de Carvalho. *Homens livres na ordem escravocrata*. São Paulo: IEB-USP, 1969.
FREIRE, Pascoal José de Mello. «Introducção». En *Codigo Criminal intentado pela rainha D. Maria I* (Segunda edição castigada dos erros. Corrector o licenciado Francisco Freire de Mello, sobrinho do Autor. En Lisboa Estampava no mez de Agosto O Tipographo Simão Thaddeo Ferreira, cI_. I_ ccc.xxiii. [1823]). Disponible en http://bibdigital.fd.uc.pt.
FREIRE, Roberto. «A China é muito longe» [entrevista concedida a Bob Fernandes], *IstoÉ/ Senhor*, n.º 1033, 5-7-1989.
FREITAS, Sônia de. *O café e a imigração*. São Paulo: Saraiva, 2001.
FRESNOT, Daniel. *O pensamento político de Érico Veríssimo*. Río de Janeiro: Graal, 1977.
FREYRE, Gilberto. *Nordeste*. 2.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1951.
FRIAS FILHO, Otávio. «FHC na História». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 19-12-2002.
FRIEIRO, Eduardo. *O diabo na livraria do cônego*. 2.ª ed. rev. e aum. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1981.
FROTA, Sílvio. *Ideais traídos*. Río de Janeiro: Jorge Zahar, 2006.
FURTADO, Celso. *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*. Río de Janeiro: Fundo de Cultura, 1961.
— *A fantasia organizada*. Pres. Francisco Iglésias. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1997.
— «Quando o futuro chegar». En SACHS, Ignacy; WILHEIM, Jorge & PINHEIRO, Paulo Sérgio (orgs.). *Brasil. Um Século de Transformações*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.
GABEIRA, Fernando. *O que é isso, companheiro?* Río de Janeiro: Codecri, 1979.
GAFFAREL, Paul. «Notícia biográfica à obra de Jean de Léry». En LÉRY, Jean de. *Viagem à Terra do Brasil*. Río de Janeiro: Biblioteca Editora do Exército, 1961.
GALVÃO, Walnice N. *Euclides da Cunha*. Coleção Grandes Cientistas Sociais. Coord. Florestan Fernandes. São Paulo: Ática, 1984.
GALVÃO, Walnice N. & GALOTTI, Oswaldo. *Correspondência de Euclides*. São Paulo: Edusp, 1997.
— *Desconversa. Ensaios Críticos*. São Paulo: Editora UFRJ, 1998.
GAMA, Basílio da. *O Uraguai*. Disponible en: www.biblio.com.br/conteudo/basiliodagama/uraguai.html. Consultado el 18-2-2008.
GASPARI, Elio. «Ferida, a fera fere» [entrevista de Ulysses Guimarães]. En *Veja*, São Paulo, 3-8-1988.
— *A ditadura envergonhada* (O sacerdote e o feiticeiro). Vol. 1. São Paulo: Companhia das Letras, 2002.
— *A ditadura escancarada* (O sacerdote e o feiticeiro). Vol. 2. São Paulo: Companhia das Letras, 2002.
— *A ditadura derrotada* (As ilusões armadas). Vol. 3. São Paulo: Companhia das Letras, 2003.
— *A ditadura encurralada* (As ilusões armadas). Vol. 4. São Paulo: Companhia das Letras, 2004.
GHIARDELLI JUNIOR, Paulo. *História da Educação*. São Paulo: Cortez, 1994.
GIANOTTI, José Arthur. «Política sem Riscos». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 1-1-2007.
— «Lei sem pudor», *Folha de S.Paulo*, Mais, São Paulo, 15-7-2007.

GIL, Gilberto. «Brasil es un país de saltos inesperados y cuánticos» [entrevista de Carlos Galilea]. En *El País*, Madrid, 22-5-2004.

GODINHO, Vitorino Magalhães. *Estrutura da antiga sociedade portuguesa*. 2.ª ed. corr. e ampl. Lisboa: Arcádia, 1975.

— *Mito e mercadoria. Utopia e prática de navegar, séculos XIII-XVIII*. Lisboa: Difusão, 1990.

GOMES, Luiz Flávio «Nossa barbárie prisional. Brasil rumo ao troféu mundial da violência e da corrupção». En *Jus Navigandi*, 12 (1712), Teresina, 9-3-2008. Disponible en: http://jus2.uol.com.br/doutrina/texto.asp?id=11034. Consultado el: 11-3-2008.

GOMES, Severo. *Companhia Vale do Rio Doce. Uma investigação truncada*. Pref. Paulo Sérgio Pinheiro. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1987.

— «Os bárbaros». En *Folha de S.Paulo*, 14-12-80.

GONÇALVES FILHO, Antônio. [Artículo]. En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 20-6-2006.

GONÇALVES, Lisbeth Rebollo (org.). *Sérgio Milliet 100 anos. Trajetória, crítica de arte e ação cultural*. São Paulo: Imprensa Oficial/ABCA, 2005.

GONÇALVES, Victor. «Joaquim Barradas de Carvalho: para a história de um Historiador». En *Clio*, vol. 2, Lisboa, 1980.

GONZAGA, Tomás Antônio. «Soneto XI». En *Marília de Dirceu*. Lisboa: Sá da Costa, 1961.

GORENDER, Jacob. *Combate nas trevas*. 6.ª ed. rev. e ampl. São Paulo: Ática, 1999.

— *Brasil em preto & branco. O passado escravista que não passou*. São Paulo: Editora SENAC, 2000.

GRAHAM, Maria. *Diário de uma viagem ao Brasil e de uma estada nesse país durante parte dos anos de 1821, 1822 e 1823*. Trad. A. Jacobina Lacombe. São Paulo: Nacional, 1956.

— *Diário de uma viagem ao Brasil*. São Paulo: Edusp, 1990.

GRAHAM, Richard. *Britain and the Onset of Modernization in Brazil, 1850-1914*. Cambridge: Cambridge University Press, 1968.

GREGORI, José. «The Fernando Henrique Cardoso Administration's Human Rigts Policy». En Seminário *Negotiating Rights in Brazil*, Stanford University (EUA), 1996, Stanford, Stanford University, Oct. 22, 1996. São Francisco: Consulado Geral do Brasil, 1996.

GUERRA, Gregório de Matos. «Embarcado já o poeta para o seu degredo». En DIAS, Ângela Maria (org.). *Gregório de Matos. Sátira*. 3.ª ed., Río de Janeiro: Agir, 1990.

— «Soneto». En WISNIK, José Miguel (org.). *Poemas escolhidos*. São Paulo: Cultrix, 1992.

GUIMARÃES, Alberto Passos. [Informe sobre el estudio de Pontes de Miranda «Democracia e planificação»]. En *Primeiro Congresso Brasileiro de Escritores: promovido pela Associação Brasileira de Escritores* (ABDE). São Paulo: Revista dos Tribunais, 1945.

HINO da Proclamação da República. Letra de Medeiros e Albuquerque. Música de Leopoldo Augusto Miguez, 1889.

HIPPOLITO, Lúcia. *PSD, de Raposas e Reformistas (1945-1964)*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1985.

HIRSCHMAN, Albert. *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*. Cambridge: Harvard University Press, 1991.

HISTÓRIA & Crítica, n.º 9, Lisboa, jun.-jul. de 1982.

HOBSBAWN, Eric J. *A Era do Capital, 1848-1875*. Trad. Carlos Nelson Coutinho *et. al*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1979.

— *The Age of Empire, 1875-1914*. Nueva York: Pantheon, 1987.

— *A Era dos Extremos*. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

HOLANDA, Francisco B. de. [Entrevista de Antônio Chrysóstomo]. En *Veja*, São Paulo, 27-10-1976.

Holanda, Sérgio Buarque de (coord.) *História Geral da Civilização Brasileira. O Brasil monárquico: do Império à República*. Vol. 5. São Paulo: Difel, 1972.

— «Prefácio». En Castro, Jeanne Berrance de. *A milícia cidadã. A Guarda Nacional de 1831 a 1851*. São Paulo: Nacional, 1977.

Holloway, Thomas H. *Vida e morte do Convênio de Taubaté. A primeira valorização do café*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1978.

Houaiss, Antônio & Villar, Mauro de Salles. *Dicionário Houaiss da língua portuguesa*. Río de Janeiro: Objetiva, 2001.

Huizinga, Johan. *O declínio da Idade Média*. 2.ª ed. Lisboa: Ulisseia, 1985.

Iglésias, Francisco. *História Geral e do Brasil*. São Paulo: Ática, 1989.

— *Trajetória política do Brasil, 1500-1964*. 2.ª ed. São Paulo: Companhia das Letras, 1993.

Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. *Estátisticas do IBGE (para o período de 1904-1913) por nacionalidade e por data*.

IstoÉ/Senhor, São Paulo, 31-5-1989.

— São Paulo, 28-6-1989 .

— São Paulo, 26-7-1989.

— São Paulo, 21-10-1992.

Jabor, Arnaldo. «O troço, ou: o lulismo é uma nova categoria política». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 8-5-2007.

Jaguar [Sérgio de Magalhães Gomes Jaguaribe] & Augusto, Sérgio. *O Pasquim*, *Antologia (1969-1971)*. Vol. I. Río de Janeiro: Desiderata, 2006.

— *O Pasquim*, *Antologia* (1972-1973). Vol. II. Río de Janeiro: Desiderata, 2007.

Jancsó, István. *Na Bahia contra o Império. História do ensaio de sedição de 1798*. São Paulo: Hucitec, 1995.

— *Na Bahia contra o Império. História do ensaio de sedição de 1798*. São Paulo/Salvador: Hucitec/Editora da Universidade Federal da Bahia, 1996.

Jobim, Leopoldo. *Ideologia e colonialismo –um estudo sobre o pensamento político e econômico no Brasil setecentista*. Río de Janeiro: Forense Universitária, 1985.

Joffily, José. *Harry Berger*. Río de Janeiro/Curitiba: Paz e Terra/Universidade Federal do Paraná, 1987.

Julião, Francisco. *Até quarta*, *Isabela. Carta-testamento*. Petrópolis: Vozes, 1986.

Katinsky, Julio. *Brasilia em três tempos*. Río de Janeiro: Revan, 1991.

Kinzo, Maria D'Alva. *Oposição e autoritarismo. Gênese e trajetória do MDB*, *1966-1979*. São Paulo: Idesp/Vértice, 1988.

Koster, Henry. *Viagens ao Nordeste do Brasil*. 2.ª ed. Recife: Secretaria de Educação e Cultura-Governo do Estado de Pernambuco, 1978.

Lafer, Celso. «O Brasil e o mundo». En Sachs, Ignacy; Wilheim, Jorge & Pinheiro, Paulo Sérgio (orgs.). *Brasil. Um Século de Transformações*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

— *Mudam-se os tempos. Diplomacia brasileira 2001-2002*. Pref. Fernando H. Cardoso. Brasilia: Fundação Alexandre de Gusmão/Instituto de Pesquisa de Relações Internacionais, 2002.

— «Reflexões sobre uma Gestão». En *Política Externa*, 2 (4), Río de Janeiro, março de 2003 (publicação co-editada por Paz e Terra/USP).

— *A identidade internacional do Brasil e a Política externa brasileira*. São Paulo: Perspectiva, 2004.

Lagôa, Ana. *SNI. Como nasceu*, *como funciona*. Pref. Alberto Dines. São Paulo: Brasiliense, 1983.

LAMBERT, Jacques. *Os dois Brasis*. 2.ª ed. São Paulo: Nacional, 1967.
LAMOUNIER, Bolívar. «Conciliação» [entrevista de Fernando José Dias da Silva]. En *Jornal da Tarde*, São Paulo, 12-2-1979.
LEITE, Guilherme Figueiredo. «San Tiago e a revolução brasileira». En *Getúlio*, 1 (3), São Paulo, mayo de 2007.
LEITE, Paulo Moreira «Getúlio volta à cena». En *Veja*, São Paulo, 13-12-1995.
LEMBO, Cláudio. *O jogo da coragem. Testemunho de um liberal*. São Paulo: Cultura, 1979.
— *A Opção Libera*l. São Paulo: Nacional, 1985.
— [Entrevista a Mônica Bérgamo]. En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 31-12-2006.
LEMOS, Carlos. *A República ensina a morar (melhor)*. São Paulo: Hucitec, 1999.
LÉRY, Jean de. *Viagem à Terra do Brasil*. Río de Janeiro: Biblioteca Editora do Exército, 1961.
LÉVI-STRAUSS, Claude. *Triste Trópicos*. Lisboa: Portugália/Martins Fontes, s/d.
— *Tristes trópicos*. Lisboa: Edições 70, 1993 (1.ª ed. Librairie Plon, 1955).
LIMA, Heitor Ferreira. *História do pensamento econômico no Brasil*. São Paulo: Nacional, 1976.
LIMA, Manuel de Oliveira. «Anotações à história da Revolução de Pernambuco de 1817». En TAVARES, Francisco Muniz. *História da Revolução de Pernambuco em 1817*. 3.ª ed. Recife: Imprensa Industrial, 1917.
— *Pernambuco, seu desenvolvimento histórico*. 2.ª ed. Recife: Secretaria de Educação e Cultura-Governo do Estado de Pernambuco, 1975.
— *O Império brasileiro (1821-1889)*. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1989.
— *D. João VI no Brasil*. Pref. de Wilson Martins. 3.ª ed., Río de Janeiro: Topbooks, 1996 (1.ª ed. 1908).
LIMONGI, Fernando. «Mentores e clientelas da Universidade de São Paulo». En MICELI, Sergio (org.). *História das Ciências Sociais no Brasil*. Vol. 1. São Paulo: Vértice, 1989.
— «A Escola Livre de Sociologia e Política em São Paulo». En MICELI, Sergio (org.). *História das Ciências Sociais no Brasil*. Vol. 1. São Paulo: Vértice, 1989.
LOBO, Haroldo & PINTO, Marino. *Bota o retrato do velho*. Río de Janeiro: Odeon, 1951 [cantada por Francisco Alves].
LOPES, J. Leite. «Universidade e ciência, as ameaças do governo federal». En *Revista da Adusp*, n.º 14, São Paulo, jul. de 1998.
LOPEZ, Adriana. *Guerra, açúcar e religião no Brasil dos holandeses*. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2002.
LORENZOTTI, Elizabeth. *Suplemento Literário. Que falta ele faz!* São Paulo: Imprensa Oficial, 2007.
LOVE, Joseph L. *A construção do Terceiro Mundo. Teorias do subdesenvolvimento na Romênia e no Brasil*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1998.
LYRA, Maria de Lourdes Viana. *A utopia do Poderoso Império: Portugal e Brasil: bastidores da política, 1798-1822*. Río de Janeiro: Sette Letras, 1994.
LYRA, Roberto. *Contribuição para a história do primeiro governo de esquerda no Brasil*. Río de Janeiro: Sophia Rosa, 1980.
MACEDO, Fausto. «Centrais vencem batalha do imposto sindical». En *O Estado de S. Paulo*, 13-03-2008, p. A6.
MACHADO, José de Alcântara. *Vida e Morte do Bandeirante*. Intr. Sérgio Milliet. São Paulo: Martins/INL, 1972.
MACHADO, Lourival Gomes. *Barroco Mineiro*. São Paulo: Perspectiva, 1969.

MAGALHÃES, Domingos José Gonçalves de. «Ensaio sobre a história da literatura do Brasil». En *Niterói*, n.º 1, t. I. Paris, 1836.
— «Discurso sobre a História da Literatura do Brasil». En *Obras*. Vol. 8. Local: Editora, 1865.
— «Discurso sobre a História da Literatura do Brasil». En IVO, Lêdo. *Papéis avulsos* 10. Río de Janeiro: Casa de Rui Barbosa, 1994.
— *Fatos do espírito humano*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2001.
MAGALHÃES, Luiz Antonio. «Elle está de volta e pode dar trabalho em 2010». En *Diário do Comércio e Indústria*, São Paulo, 2-2-2007, Shopping News.
MAGNOLI, Demétrio. «Policiais do passado». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 30-11-2006.
Malraux, André. *Psychologie de l'art: Le musée imaginaire*. Vol. 1. Genève: Albert Skira, 1947.
MANCHESTER, Alan K. *British Preeminence in Brazil: its Rise and Decline. A Study in European Expansion*. Chapel Hill: North Caroline University Press, 1933.
— *British Preeminence in Brazil*. Nueva York: Octagon, 1964.
«MANIFESTO dos Educadores de 1959». En BARROS, Roque S. Maciel de (org.). *Diretrizes e Bases da Educação Nacional*. São Paulo: Pioneira, 1960.
MARINI, Rui Mauro. «A nova democracia latino-americana». En *Humanidades*, n.º 13, Brasilia, mayo-jun. de 1987.
MARKUN, Paulo. *O Sapo e o Príncipe*. São Paulo: Objetiva, 2004.
MARQUES, Maria Eduarda Magalhães (coord.) *A Guerra do Paraguai: 130 anos depois*. Río de Janeiro: Relume-Dumará, 1995.
MARTINS, Joaquim Pedro Oliveira. *História da civilização ibérica*. Pref. Fidelino de Figueiredo [1954]. Lisboa: Guimarães, 1994 [1879].
MASSI, Fernanda. «Franceses e norte-americanos nas Ciências Sociais Brasileiras». En MICELI, Sergio (org.). *História das Ciências Sociais no Brasil*. Vol. 1. São Paulo: Vértice, 1989.
MATTIUSSI, Dante (ed.). «Roberto Marinho, das Organizações Globo, o presidente sem mandato». En *Imprensa*, año VI, mes 9, n.º 61, São Paulo, setembro de 1992.
MATTOS, Délio Jardim de. *Palavras do tenente-brigadeiro-do-ar Délio Jardim de Mattos, ministro da Aeronáutica*. Brasilia: Palácio do Planalto/Secom, 1980.
MATTOS FILHO, Ary Oswaldo. «Reforma fiscal: uma corrida de obstáculos». En revista *Getúlio*, n.º 6, ano 1, noviembre de 2007.
MATTOSO, Katia de Queirós. *Presença francesa no movimento democrático baiano de 1798*. Salvador: Itapuã, 1969.
MAUGÜPÉ, Jean. *Les dents agacées*. Paris: Buchet-Chastel, 1982.
MAXWELL, Kenneth. *A devassa da Devassa*. 2.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1978.
— «A Inconfidência Mineira: dimensões internacionais». En *Chocolate, piratas e outros malandros: ensaios tropicais*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1999.
— «A geração de 1790 e a idéia do império luso-brasileiro». En *Chocolate, piratas e outros malandros: ensaios tropicais*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1999.
— *Marquês de Pombal. Paradoxo do Iluminismo*. Lisboa: Presença, 2001.
— «A Amazônia e o fim dos jesuítas». En *Ensaios tropicais e outros*. Pref. Elio Gaspari. Río de Janeiro: Paz e Terra, 2002.
— «Lula já perdeu quase meio ano» [entrevista]. En *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 20-5-2007.
MAZIN, Angelo Diogo & STEDILE, Miguel Enrique. *Abreu e Lima, General das Massas*. São Paulo: Expressão Popular, 2006.

McCann, Frank D. *Soldiers of the Patria. A History of the Brazilian Army, 1989-1937*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2004.

Medeiros, Jotabê. «Fragmentos de um discurso rigoroso». En *O Estado de S. Paulo*. São Paulo, 4-1-2003.

Melatti, Julio Cezar. *Índios do Brasil*. São Paulo: Edusp, 2007.

Mello, Evaldo Cabral de. *Olinda restaurada*. São Paulo: Edusp, 1975.

— *Olinda restaurada, guerra e açúcar no Nordeste, 1630-1654*. Río de Janeiro/São Paulo: Forense/Edusp, 1975.

— *A fronda dos mazombos*. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

— *A ferida de Narciso*. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2001.

— «O Império frustrado». En *Um imenso Portugal. História e historiografia*. São Paulo: Editora 34, 2002.

Mello, Fernando Barros. «Presidente Lula concentrou poder após crise do mensalão, diz professor da USP Brasílio Sallum». En *Folha de S. Paulo*, 24-8-2007.

Mello, Francisco Ignácio Marcondes Homem de. *A Constituinte perante a História*. Brasilia: Senado Federal, 1996.

Mello, José Antonio Gonsalves de. *Tempo dos flamengos*. 3.ª ed. Recife: Fundação Joaquim Nabuco/Massangana, 1987.

Melo, José Evando Vieira de. «Café com açúcar: a formação do mercado consumidor de açúcar em São Paulo e o nascimento da grande indústria açucareira paulista na segunda metade do século XIX». En *Saeculum*, n.º 14, João Pessoa, enero-jun. de 2006.

Melo, Sebastião José de Carvalho e. «Observações secretíssimas». En *Memórias secretíssimas, do Marquês de Pombal e outros escritos*. Lisboa/Sintra: Europa-América, s/d.

— «Discurso político sobre as vantagens que o Reino de Portugal pode tirar da sua desgraça por ocasião do terramoto do 1.º de novembro de 1755». En *Memórias secretíssimas do Marquês de Pombal e outros escritos*. Lisboa/Sintra: Europa-América, s/d.

— «Carta IX [Londres, 30 de marzo de 1777; en inglés en el original]». En *Memórias secretíssimas do Marquês de Pombal e outros escritos*. Lisboa/Sintra: Europa-América, s/d.

Mendonça, Sônia Regina. *A classe dominante agrária: natureza e comportamento, 1964-1990. A questão agrária*. Vol. V. São Paulo: Expressão Popular, 2006.

Menezes, Lená Medeiros de. «A devolução dos indesejáveis». En *Nossa História*, 2 (24), São Paulo, oct. de 2005.

Menucci, Sud. *O precursor do abolicionismo no Brasil: Luiz Gama*. São Paulo: Nacional, 1938.

Mercadante, Paulo. *Tobias Barreto na cultura brasileira*. São Paulo: Grijalbo/Edusp, 1972.

Mesquita Filho, Ruy (org.). *Cartas do Exílio*. São Paulo: Terceiro Nome, 2006.

Miceli, Paulo. «São Paulo e os tempos difíceis do Morgado de Mateus». En Pinto, Zélio Alves (org.). *Cadernos Paulistas: histórias e personagens*. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2002.

Milliet, Sérgio. *Ensaios*. São Paulo: Brusso, 1938.

— «Diário Crítico II». En Regina Salgado Campos (org.). *Sérgio Milliet*. Col. Melhores Crônicas. São Paulo: Global Editora, 2006.

Mindlin, Betty. «Amor e ruptura na aldeia indígena». En *Cartas falas, reflexões, memórias*, n.º 1. Brasilia: Gabinete do Senador Darcy Ribeiro, 1991.

Mir, Luís. *Revolução impossível: A esquerda e a luta armada no Brasil*. São Paulo: Best-Seller, 1994.

MONTEIRO, Duglas Teixeira. *Os Errantes do Novo Século. Um estudo sobre o surto milenarista do Contestado*. São Paulo: Duas Cidades, 1974.
MONTEIRO, Pedro Aurélio de Góes. *A Revolução de 30 e a finalidade política do Exército*. Río de Janeiro: Andersen [1934?].
MONTORO, André Franco. «Está na hora de mudar». En *O Estado de S. Paulo*. São Paulo, 29-11-1981.
— *Memórias em linha reta*. Ed. Pedro Cavalcanti. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
MORAIS, Clodomir Santos de *et al*. *História e natureza das Ligas Camponesas, 1954-1964. A questão agrária*. Vol. IV. São Paulo: Expressão Popular, 2006.
MORAIS, João Quartim de. *A esquerda militar no Brasil*. 2.ª ed. São Paulo: Expressão Popular, 2005.
MOREL, Marco. «O caso de Cipriano Barata em 1798». En *II Centenário da Sedição de 1798 na Bahia*. Salvador/Brasilia: Academia de Letras da Bahia/Minc, 1999.
— *Cipriano Barata na Sentinela da Liberdade*. Salvador: Academia de Letras da Bahia/ Assembléia Legislativa do Estado da Bahia, 2001.
MORGADO, Sérgio R. D. «Caxias e seu tempo». En *Da Cultura*, 3 (5), Río de Janeiro, mayo de 2004.
MORSE, Richard M. *Formação histórica de São Paulo. Da comunidade à metrópole*. São Paulo: Difel, 1970.
MOTA, Carlos G. (coord.). *Brasil em Perspectiva*. Pref. de J. Cruz Costa. São Paulo: Difel, 1966.
— «Europeus no Brasil à época da Independência». En *1822: Dimensões*. São Paulo: Perspectiva, 1972.
— *Nordeste 1817. Estruturas e argumentos*. São Paulo: Perspectiva, 1972.
— *Ideologia da cultura brasileira, 1933-1974: pontos de partida para uma revisão histórica*. 3.ª ed. São Paulo: Ática, 1977.
— «As idéias continuam fora do lugar». Entrevista a Antonio Carlos Prado e Nirlando Beirão. En *Senhor*, n.º 277, 8-7-86.
— «As Ciências Sociais na América Latina: proposta de periodização (1945-1983)». En MORAES, Reginaldo *et al*. (orgs.). *Inteligência brasileira*. São Paulo: Brasiliense, 1986.
— «Cultura brasileira ou cultura republicana». En *Estudos Avançados*, 4 (8), São Paulo, 1990.
— «Democracia e desigualdades sociais: em busca de uma memória comum». Em *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n.º 32, Coimbra, jun. de 1991 [trabajo presentado en el 1.º Congresso Luso-afro-brasileño de Ciencias Sociais].
— *Idéia de revolução no Brasil. Estudo das formas de pensamento, 1789-1801*. 4.ª ed. São Paulo: Ática, 1994.
— «Joaquim Barradas de Carvalho». En *Estudos Avançados*, 8 (22), São Paulo, set.-dic. de 1994.
— «História de um silêncio. A Guerra do Paraguai (1864-1870) 130 anos depois». En *Estudos Avançados*, 9 (24), São Paulo, 1995.
— «Paulo Prado, il Tommaso di Lampedusa brasiliano». En PRADO, Paulo. *Rittrato del Brasile. Saggio sulla tristezza brasiliana*. Roma: Bulzoni, 1995.
— «Fernando Henrique e a ponte de ouro». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 12-10-1998.
— (org.). *Viagem incompleta. A experiência brasileira (1500-2000):* a grande transação. Vol. II. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

— «Idéias de Brasil: formação e problemas (1817-1850)». En *Viagem Incompleta: a experiência brasileira (1500-2000). Formação: histórias*. Vol. 1. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
— «Saindo das brumas: o mundo que o português criou ruiu». En Abdalla Junior, Benjamin (org.). *Incertas relações*. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2003.
— «Apresentação». En Cardoso, Fernando Henrique. *O Brasil nas Relações Internacionais* [Conferencia del mes]. São Paulo: Instituto de Estudos Avançados da USP, 5-5-2005 (vídeo).
— «*O sucessor de FHC*». En *O Estado de S. Paulo*, Aliás, São Paulo, 12-6-2005.
— «América Latina. O ponto de vista do Brasil Moderno». En *Nossa América*, n.º 23, São Paulo, 2006.
— (coord.). *Juristas na formação do Estado-nação brasileiro, 1850-1930*. Vol. II. São Paulo: Quartier Latin, 2006.
— *Ideologia da cultura brasileira, 1933-1974: pontos de partida para uma revisão histórica*. 3.ª ed. São Paulo: Ática, 1977.
Mota, Carlos G. & Capelato, Maria Helena. *História da Folha de S.Paulo (1921-1981)*. São Paulo: Impres, 1981.
Nabuco, Joaquim. *Minha Formação*. Intr. Gilberto Freyre. Brasilia: Senado Federal, 1998.
— *O Abolicionismo*. São Paulo: Publifolha, 2000.
Nassif, Luís. «'O petróleo é nosso', página esquecida da História». En *Folha de S. Paulo*, 4.º caderno, São Paulo, 2-10-1983.
Neme, Mário (ed.). *Plataforma de uma geração*. Porto Alegre: Globo, 1945.
Netto, José Paulo. «Em busca da contemporaneidade perdida: a esquerda brasileira pós-64». En Mota, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*. Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
Nóbrega, Padre Manuel da. «Carta do padre Nóbrega para o padre mestre Simão, do anno de 1519». En *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, Río de Janeiro, 1863.
Nóbrega, Manoel da. *Cartas do Brasil, 1549-1560*. Col. Cartas jesuíticas I. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988.
Novais, Fernando A. *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*. 2.ª ed. São Paulo: Hucitec, 1983.
Novais, Fernando A. & Mota, Carlos G. *A Independência política do Brasil*. 2.ª ed. São Paulo: Hucitec, 1996.
O Estado de S. Paulo, caderno Cultura, São Paulo, 11-7-1999.
O Estado de S. Paulo, Antes, caderno 40 Anos esta Noite, São Paulo, 31-3-2004.
O Estado de S. Paulo, São Paulo, 20-6-2006.
— São Paulo, 6-3-2007.
— São Paulo, 15-3-2008.
Ofício [del obispo y censor Azeredo Coutinho a Dom Rodrigo de Sousa Coutinho, de Recife, el 23-3-1799]. Pernambuco: Arquivo Histórico Ultramarino, maço 17, p. 8.
Oliveira, Eliezer Rizzo de (org.). *Segurança e defesa nacional: da competição à cooperação regional*. São Paulo: Fundação Memorial da América Latina, 2007.
Oliveira, Francisco de. *Crítica da razão dualista*. São Paulo: Cebrap, 1972.
— *Elegia para uma re(li)gião*. São Paulo: Paz e Terra, 1977.
— «Celso Furtado e o pensamento econômico brasileiro». En Antunes, Ricardo *et al*. *Inteligência brasileira*. São Paulo: Brasiliense, 1986.
— [Entrevista]. *Folha de São Paulo*, São Paulo, 24-7-2006.

OLIVEIRA, Myriam A. Ribeiro de. «A escola mineira de imaginária e suas particularidades». En COELHO, Beatriz (org.). *Devoção e arte. Imaginária religiosa em Minas Gerais*. Pres. Antonio Augusto Arantes Neto. São Paulo: EDUSP/Vitae, 2005.

— «O QUE DIZ Golbery». En *Veja*, n.º 602, São Paulo, 19-3-1980.

ORICCHIO, Luiz Zanin. «Para pensar o mundo globalizado». En *O Estado de S. Paulo*, 17-8-2007.

ORTEGA, Daniel. «Lula se presenta en Davos como el gran integrador de América Latina». En *El País*, Madrid, 27-1-2007.

PAIM, Antônio. *A filosofia da Escola do Recife*. Río de Janeiro: Saga, 1966.

PATARRA, Neide. «Dinâmica populacional e urbanização no Brasil: o período pós-30». En FAUSTO, Bóris (org.). *História Geral da Civilização Brasileira*, *O Brasil Republicano*. Tomo III. Vol. 4. São Paulo: Difel, 1984.

PÉCAUT, Daniel. *Os intelectuais e a política no Brasil*. São Paulo: Ática, 1990.

PEDRO II. «Conselhos de Pedro II à regente Dona Isabel, Carta Primeira, 1871». En PORTO, Walter Costa (org.). *Conselhos aos governantes*. Brasilia: Senado Federal, 1988.

— «Carta segunda». En PORTO, Walter Costa (org.). *Conselhos aos governantes*, Brasilia: Senado Federal, 1988.

PEREIRA, Luís Carlos Bresser. *Desenvolvimento e crise no Brasil entre 1930 e 1967*. Río de Janeiro: Zahar, 1968.

— *Economia brasileira: um introdução crítica*. São Paulo: Brasiliense, 1982.

— «Do Estado patrimonial ao gerencial». En SACHS, Ignacy; WILHEIM, Jorge & PINHEIRO, Paulo Sérgio (orgs.). *Brasil. Um Século de Transformações*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

PEREIRA, Miguel Alves. *Architecture, Text and Context: the Discourse of Oscar Niemeyer*. Sheffield: The University of Sheffield, 1993.

«PERGUNTAS ao réu Manoel de Santa Anna [pardo, soldado del Segundo Regimiento de Línea de Salvador, Bahía, el 11-02-1799]». En *Autos de devassa do levantamento e sedição intentados na Bahia em 1798*. Vol. XXXVI. Salvador: Imprensa Oficial, 1961.

PIERRE, Sylvie. *Glauber Rocha. Textes et entretiens avec Glauber Rocha*. Collection Auteurs. Paris: Cahiers du Cinéma, 1987,

PITA, Sebastião da Rocha. *História da América portuguesa*. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1976.

PIZA, Daniel. «Tristes trópicos. Mais trágicos que os sertões eram, na visão de Euclydes da Cunha, os desertos mentais do Brasil». En *República*, año 1, n.º 3, São Paulo, janeiro de 1997.

POMAR, Wladimir. *Pedro Pomar. Uma vida em vermelho*. São Paulo: Fundação Perseu Abramo, 2002.

Pontes, Felisberto Caldeira Brant. «Ofício a José Bonifácio, em 23 de julho de 1823». En REPÚBLICA DO BRASIL, *Archivo Diplomático da Independencia*, Vol. I. Río de Janeiro: Litho-typo. Fluminense, 1922.

PORTELLA, Eduardo. «Modernidade no vermelho». En SACHS, Ignacy; WILHEIM, Jorge & PINHEIRO, Paulo Sérgio (orgs.). *Brasil. Um Século de Transformações*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

PORTO, Walter Costa. *O marquês de Olinda e seu tempo*. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1985.

PRADO, J. F. de Almeida. *Jean-Baptiste Debret*. São Paulo: Nacional/Edusp, 1973.

PRADO JÚNIOR, Caio. «Entrevista». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 21-5-1978.

— *Evolução política do Brasil*. 16.ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1987.

— *Formação do Brasil contemporâneo*. 20.ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1987.
— *Formação do Brasil contemporâneo: Colônia*. São Paulo: Publifolha, 2000.
Prado, Maria Lígia. «Davi e Golias: as relações entre Brasil e Estados Unidos no século XX». En Mota, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*. Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
Prado, Paulo. «Post scriptum». En *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*. 7.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1972.
— *Província & Nação/Paulística/Retrato do Brasil*. 3.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio Editora, 1972.
— *Memórias*. 5 vols. São Paulo: Hucitec, 1974-1977.
— *Paulística, etc*. São Paulo: Companhia das Letras, 2004.
Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes*. Nueva York: Routledge, 1992.
Prestes, Anita Leocádia. *A Coluna Prestes*. São Paulo: Brasiliense, 1990.
— *Luiz Carlos Prestes. Patriota, revolucionário e comunista*. São Paulo: Expressão Popular, 2006.
Primeiro Congresso Brasileiro de Escritores: promovido pela Associação Brasileira de Escritores (ABDE). São Paulo: Revista dos Tribunais, 1945.
Proença Filho, Domício (org.). *A poesia dos inconfidentes*. Río de Janeiro: Nova Aguilar, 1996.
«PTB decide combater energicamente o governo». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 17-10-1965.
Queirós, Maria Isaura P. de. *A Guerra Santa no Brasil: o movimento messiânico no Contestado*. São Paulo: Brasiliense, 1980.
Queirós, Maurício Vinhas de. *Messianismo e conflito social. Guerra Santa no Contestado, 1912-1916*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 1966.
Ramos, Graciliano. *Memórias do cárcere* (Río de Janeiro: Record, 2008).
Ramos, Luís de Oliveira. *Sob o signo das Luzes*. Lisboa: Imprensa Oficial/Casa da Moeda, 1987.
Ramos, Saulo. *Código da vida*. São Paulo: Planeta do Brasil, 2007.
Rattner, Jair. «Pesquisadores revelam que João VI morreu envenenado». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 10-6-2000.
Raynal, Guillaume. *História filosófica e política das possessões e do comércio dos europeus nas duas Índias: O estabelecimento dos portugueses no Brasil*. Liv. 9. Pref. Berenice Cavalcanti. Río de Janeiro/Brasilia: Arquivo Nacional/UnB, 1998.
Reale Júnior, Miguel. *Depoimento* aos autores. 20 de fevereiro de 2007.
Reali Júnior, Elpídio. *Às margens do Sena* [testimonio a Gianna Carta]. Río de Janeiro: Ediouro, 2007.
Reino de Portugal. *Diretório que se deve observar nas povoações dos índios do Pará e Maranhão*. 1757.
Reis Filho, Daniel Aarão & Sá, Jair Ferreira de. *Imagens da Revolução: documentos políticos das organizações clandestinas de esquerda dos anos 1961-1971*. Río de Janeiro: Marco Zero, 1985.
Reis Filho, Nestor Goulart. *A evolução urbana do Brasil (1500-1720)*. 2a ed. rev. e ampl. São Paulo: Pini, 2000.
— «Urbanização e Modernidade: entre o passado e o futuro (1808-1945)». En Mota, Carlos G. (org.).*Viagem incompleta (1500-2000). A grande transação*. Vol. 2. São Paulo: Editora Senac de São Paulo, 2000.

REIS FILHO, Nestor Goulart; BRUNO, Beatriz P. & BRUNO, Paulo Julio V. *Imagens de vilas e cidades do Brasil colonial*. São Paulo: Edusp/Imprensa Oficial, 2002. Con CD-ROM.

REIS, João José. *Slave Rebellion in Brazil: the Muslim Uprising of 1835 in Bahia*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1993.

— «'Nos achamos em campo a tratar da liberdade': a resistência negra no Brasil». En MOTA, Carlos G. (org.). *Viagem incompleta (1500-2000). Formação: histórias*. Vol. 1. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

— *Rebelião escrava no Brasil: a história do Levante dos Malês em 1835*. São Paulo: Companhia das Letras, 2003.

— «Comentário a 'A queda do escravismo colonial, 1776-1848' de Robin Blackburn». En *Folha de S. Paulo*, Jornal de Resenhas, São Paulo, 8-2-2003.

REIS, João José & SILVA, Eduardo. *Negociação e conflito: a resistência negra no Brasil escravista*. São Paulo: Companhia das Letras, 1989.

REVISTA de História das Idéias: António Sérgio, Vol. 5 (2 tomos). Coimbra: Faculdade de Letras, Instituto de História e Teoria das Idéias, Universidade de Coimbra, 1983.

RIBEIRO, Darcy. *Universidade Necessária*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1969.

— *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu no que deu*. Río de Janeiro: Guanabara, 1985.

— «Depoimento de Darcy Ribeiro» (dado a Luís L. Grupioni & Maria Denise Fajardo Grupioni). En *BIB-Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais*, n.º 44, Río de Janeiro, jul.-dic. de 1997.

— *Darcy Ribeiro: encontros*. Pres. Guilherme Zarvos. Río de Janeiro: Beco do Azougue, 2007.

RIBEIRO, João. *História do Brasil (Curso Superior)* (17.ª ed. revis. e aument. por Joaquim Ribeiro. Río de Janeiro: Francisco Alves, 1960) [1.ª ed. 1908].

RIBEIRO, Márcia Moisés *A ciência nos trópicos. A arte médica no Brasil do século XVIII*. São Paulo: Hucitec, 1997.

RISÉRIO, Antonio. *Avant-Garde na Bahia*. São Paulo: Instituto Lina Bo e P. M. Bardi, 1995.

ROCHA, João Cezar de Castro. *Nenhum Brasil existe. Pequena enciclopédia*. Río de Janeiro: Topbooks/UniverCidade, 2003.

ROCHA, Justiniano José da. «Ação, reação, transação: duas palavras acerca da atualidade» (1856). En MAGALHÃES JÚNIOR, Raymundo. *Três panfletários do Segundo Reinado*. São Paulo: Nacional, 1956.

ROCHA, Paulo Mendes da. «Meu medo é dessa geração educada atrás de muralhas». Entrevista a Sonia Racy. En *O Estado de S. Paulo*, 18-11-2007.

RODRIGUES, Fernando (mediador). *O Caso X*. En *Caros Amigos*, 1 (4), São Paulo, julho de 1997.

— «Nizan, ex-FHC, ganha a conta dos Correios». En *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 6-7-2007.

RODRIGUES, José Honório. Depoimento a Carlos G. Mota. Río de Janeiro: set. de 1967.

— *A Assembléia Constituinte de 1823*. Petrópolis: Vozes, 1974.

— *Independência: revolução e contra-revolução. A política internacional*. Río de Janeiro: Francisco Alves, 1975.

— *Teoria da História do Brasil*. 5.ª ed. São Paulo/Brasilia: Nacional/INL, 1978.

— *Conciliação e Reforma no Brasil: um desafio histórico e cultural*. 2.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1982.

— *História combatente*. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1982.

ROMANO, Roberto. «O docente das universidades públicas e da pós-graduação». En *Revista da Adusp*, n.º 14, São Paulo, jul. de 1998.

ROMERO, José Luís. *América Latina. As cidades e as idéias*. Río de Janeiro: Editora da UFRJ, 2004.

ROSA, João Guimarães. «Conversa de bois». En *Sagarana*. 19.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1976.

— *Grande sertão: veredas*. 19.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1979.

ROSENFELD, Anatol. «O futebol no Brasil». En revista *Argumento*, año 1, n.º 4, Río de Janeiro, Paz e Terra, fevereiro de 1974.

ROSSI, Clóvis. «Lula desce do muro, para o lado de Bush». En *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 10-3-2007.

SACHS, Ignacy; WILHEIM, Jorge & PINHEIRO, Paulo Sérgio (orgs.). *Brasil. Um Século de Transformações*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

SALLES MOREIRA, João. «As ambições do Brasil se tornaram mais medíocres». Entrevista a Silvana Arantes. En *Folha de S.Paulo*, 13-8-2007.

SALLUM JÚNIOR, Brasílio. «Por que não tem dado certo: notas sobre a transição política brasileira». En SOLA, Lourdes (org.). *O Estado da transição: política e economia da Nova República*. São Paulo: Vértice, 1988.

— *Labirintos. Dos generais à Nova República*. São Paulo: Hucitec, 1996.

— «A condição periférica: o Brasil nos quadros do capitalismo mundial (1945-2000)». En MOTA, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*. Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

SALVADOR, Frei Vicente do. *História do Brasil: 1500-1627*. 7.ª ed. São Paulo: Edusp, 1982.

SANTOS, Joaquim Felício dos. *Memórias do Distrito Diamantino da Comarca do Serro Frio*. 4.ª ed. São Paulo/Belo Horizonte: Edusp/Itatiaia, 1976.

SANTOS PÉREZ, José Manuel (ed.). *Acuarela de Brasil, 500 años después. Seis ensayos sobre la realidad histórica y económica brasileña*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2000.

— y SOUZA, George Félix Cabral de (eds.). *El desafío holandés a los imperios ibéricos en Brasil en el siglo XVII*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006.

— y PETIT, Pere (eds.). *La Amazonia brasileña en perspectiva histórica*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2006.

«SBPC pede anistia, mas nega-se a votar constituinte». En *O Estado de S. Paulo*, 12-7-1977.

SCHWARTZ, Stuart B. *Sovereignity and Society in Colonial Brasil*. Berkeley: University of California Press, 1973.

— *Segredos internos*. São Paulo: Companhia das Letras/CNPq, 1988.

— «'Gente da terra braziliense da nasção'. Pensando o Brasil: a construção de um povo». En MOTA, Carlos G. (org.). *Viagem incompleta. A experiência brasileira (1500-2000). Formação: histórias*, Vol. 1. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

SCHWARTZ, Stuart B. & LOCKHART, James. *A América Latina na época colonial*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira, 2002.

SECCO, Alexandre. «A força do contraste». En *Veja*, São Paulo, 14-3-2001.

SEGAWA, Hugo. *Prelúdio da metrópole: arquitetura e urbanismo em São Paulo na passagem do século XIX*. São Paulo: Ateliê, 2000.

— *Arquiteturas no Brasil, 1900-1990*. 2.ª ed. São Paulo: Edusp, 2002.

Sérgio, António. *Obras Completas*. 8 tomos. Lisboa: Sá da Costa, 1973.

— *Breve Interpretação da História de Portugal*. 13.ª ed. Lisboa: Sá da Costa, 1989.

SERPA, Antônio Carlos de Andrada. *Em Defesa da Nação Ameaçada*. São Paulo: [edición restringida], 1981.

SILVA, Alberto da Costa e. «Quem fomos nós no século XX: grandes interpretações do Brasil». En MOTA, Carlos G. (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*. Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

— «Sobre a rebelião de 1835 na Bahia». En *Revista Brasileira*, 8 (31), Río de Janeiro, abr.-jun. de 2002.

SILVA, Fernando José Dias da. «Um tema que volta a fazer parte da nossa História». En *Jornal da Tarde*, São Paulo, 12-2-1979.

SILVA, Golbery do Couto e. *Conjuntura política nacional. O Poder Executivo*. Mimeo. Brasilia: ESG, 1980.

— *Geopolítica do Brasil*. Río de Janeiro: José Olympio, 1967.

— *Planejamento estratégico*. 2.ª ed. Brasilia: Editora da UnB, 1981.

— «Fala do ministro Golbery do Couto e Silva: tese e prognóstico». En RODRIGUES, Leda Boechat (org.). *Ensaios Livres*. Pref. de Carlos G. Mota. São Paulo: Imaginário, 1991 [Originalmente publicada en el *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 26-4-1981, cuaderno especial].

SILVA, Janice Theodoro da. *Raízes do planejamento no Nordeste (1889-1930)*. São Paulo: Ciências Humanas, 1978.

SILVA, José Bonifácio de Andrada e. «Apontamentos para a civilização dos índios bravos do Império do Brasil». En DOLHNIKOFF, Miriam (org.). *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

— «Notas sobre meu caráter». En DOLHNIKOFF, Miriam (org.). *José Bonifácio de Andrada e Silva: projetos para o Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

— «Caráter geral dos brasileiros». En DOLHNIKOFF, Miriam (org.). *Projetos para o Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

SILVA, José Dirceu Oliveira e. «Estamos vivendo uma fase macartista» [entrevista a Natalia Viana, Mariana Amaral, Marcelo Salles e João de Barros]. En *Caros Amigos*, Vol. 106, São Paulo, enero 2008.

— «O consultor» [entrevista de Daniela Pinheiro]. En *Piauí*, n.º 16, São Paulo, 7-1-2008.

SILVA, Leonardo Dantas. «As amantes de Nassau». En *Jornal do Commercio*, Recife, 28-7-2007, p. 5.

SINGER, Paul. *A crise do Milagre*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1976.

— «Um novo *round* na luta contra a pobreza». En *Folha de S.Paulo*, São Paulo, 1-1-2007.

SKIDMORE, Thomas. *Brasil: de Getúlio a Castelo (1930-1964)*. Pres. Francisco de Assis Barbosa. Trad. Ismênia Tunes Dantas *et al*. 4.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1975.

— *De Castelo a Tancredo*. 3.ª ed., Río de Janeiro: Paz e Terra, 1988.

SLATER, Candace. *Dance of the Dolphin. Transformation and Desenchantment in the Amazonian Imagination*. Chicago: The University of Chicago Press, 1994.

SOLA, Lourdes (org.). *O Estado da transição: política e economia da Nova República*. São Paulo: Vértice, 1988.

— «O Golpe de 37 e o Estado Novo». En MOTA, Carlos G. (org.). *Brasil em Perspectiva*. 21.ª ed., Río de Janeiro: Bertrand Brasil, 2001.

SOMEKH, Nadia. *A Cidade Vertical e o urbanismo Modernizador. São Paulo 1929-1939*. São Paulo: Studio Nobel/Edusp, 1997.

SOUSA, Gabriel Soares de. *Tratado descritivo do Brasil em 1587*. 4.ª ed. São Paulo: Nacional/Edusp, 1971.

SOUSA, Otávio Tarqüínio de. *A vida de D. Pedro I*. 2 vols. 3.ª ed., Río de Janeiro: José Olympio, 1957.

— *História dos fundadores do Império do Brasil: Evaristo da Veiga*. Vol. VI. 2.ª ed. rev. e ref. Río de Janeiro: José Olympio, 1957.
— *História dos fundadores do Império do Brasil: Diogo Antonio Feijó*. Vol. VII. 2.ª ed. rev. e ref. Río de Janeiro: José Olympio, 1957.
— *José Bonifácio*. Río de Janeiro: José Olympio, 1957.
— *História dos fundadores do Império do Brasil: Evaristo da Veiga*. Pres. Francisco de Assis Barbosa. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1988.
— «Projetos para o Brasil». En Mota, Lourenço Dantas (org.). *Introdução ao Brasil: um banquete no Trópico*. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.
Sousa, Pero Lopes de. «Diário da navegação armada que foi à terra do Brasil em 1530». En Dias, Carlos Malheiro. *História da colonização portuguesa do Brasil*. Vol. III. Porto: Litografia Nacional, 1923.
Souza, Laura de Mello e. «The Devil in Brazilian History». En *Portuguese Studies*. Vol. 6. London: MHRA, 1990.
Souza, Márcio. *A expressão amazonense*. São Paulo: Alfa ômega, 1978.
— *Breve história da Amazônia*. São Paulo: Marco Zero, 1994.
— *A resistível ascensão do Boto Tucuxi*. Río de Janeiro: Marco Zero, 1982.
Souza, Maria Adélia de. *A Identidade da Metrópole. A verticalização em São Paulo*. São Paulo: Hucitec/Edusp, 1994.
Souza, Percival de. «O réu Sérgio Fleury». En *IstoÉ*, São Paulo, 10-3-1978.
— *Eu, cabo Anselmo*. Río de Janeiro: Globo, 1999.
— *Autópsia do medo: vida e morte do delegado Sérgio Paranhos Fleury*. Río de Janeiro: Globo, 2000.
Souza, Tarik de «Esta noite se improvisa». En *Vogue Brasil*, n.º 151, São Paulo, feb. de 1988.
Staden, Hans. *Duas viagens ao Brasil*. São Paulo: Edusp, 1974.
Stédile, João Pedro (org.). *O debate tradicional, 1500-1960. A questão agrária*. Vol. I. São Paulo: Expressão Popular, 2005.
— (org.). *O debate na esquerda, 1960-1980. A questão agrária*. Vol. II. São Paulo: Expressão Popular, 2005.
— (org.). *Programas de Reforma Agrária, 1946-2003. A questão agrária*. Vol. III. São Paulo: Expressão Popular, 2005.
Stein, Stanley J. *Grandeza e decadência do café no vale do Paraíba*. São Paulo: Brasiliense, 1961.
— *The Colonial Heritage of Latin America*. Nueva York: Oxford University Press, 1970.
— *Vassouras. Um município brasileiro do café, 1850-1900*. Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1990.
Taunay, Affonso d'Escragnolle. *A Missão Artística de 1816*. Río de Janeiro: PHAN-MEC, 1956.
— *A Missão Artística de 1816*. Brasilia: UnB, 1983.
Tavares, Luís Henrique Dias. *História da sedição intentada na Bahia em 1789*. São Paulo/Brasilia: Pioneira/INL, 1975.
— «Questões ainda não resolvidas na história da Sedição de 1798». En *II Centenário da Sedição de 1798 na Bahia*. Salvador/Brasilia: Academia de Letras da Bahia/Minc, 1999.
— «1968: Militares para atingir Luiz Viana Filho me atingem». En *A Tarde*, Salvador, 12-1-2002.
Telles Junior, Goffredo da Silva. *Carta aos brasileiros*. 8-8-1977.

TOLEDO, Roberto Pompeu de. *O Brasil é isso mesmo que está aí*. En *Veja*, 22-8-2007, p. 130. Edição 2022, año 40, n.º 33.

TOMAZ, Fernando. «Brasileiros nas Cortes Constituintes de 1821-1822». En MOTA, Carlos G. (org.). *1822: Dimensões*. 2.ª ed. São Paulo: Perspectiva, 1986.

TOTA, Antonio Pedro. *O imperialismo sedutor*. São Paulo: Companhia das Letras, 2000.

TRAUMANN, Thomas *et. al. Como serão os próximos quatro anos. Sozinho, Lula assumiu o comando da campanha e levou à vitória um PT que parecia esfacelado*. En *Época*, n.º 442, Globo, 1-11-2006.

TREVISAN, Leonardo. *O pensamento militar brasileiro*. São Paulo: Global, 1985.

TRINDADE, Hélgio. «Brasil em perspectiva: conservadorismo liberal e democracia bloqueada». En Carlos G. MOTA (org.). *Viagem Incompleta: a grande transação*, Vol. 2. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000).

«UDN chega ao poder no governo Sarney, A». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 23-02-1986.

UNDERWOOD, David. *Oscar Niemeyer and the Architecture in Brazil*. Nueva York: Rizzoli, 1994.

UNGER, Roberto Mangabeira. «Roberto Mangabeira Unger, ideólogo na campanha de Ciro Gomes: 'Vejo o Tasso como figura central'». Entrevista a Bob Fernandes. En *CartaCapital*, año VIII, n.º 202, 14-9-2002.

VANDRÉ, Geraldo. «Pra não dizer que não falei de flores (Caminhando)». *III Festival Internacional da Canção*. São Paulo: Tuca, 1968.

VARELA, Laura Beck. *Das sesmarias à propriedade moderna: um estudo de história do Direito brasileiro*. Río de Janeiro: Renovar, 2005.

VASCONCELOS, Antônio de Brito de Aragão e. «Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil, ou Novo Império Lusitano». *En Anais da Biblioteca Nacional*, vols. 43-44.

VEJA, São Paulo, 27-10-1976.

— São Paulo, 19-3-1980.

— São Paulo, 12-8-1981.

— São Paulo, 7-9-1988.

— São Paulo, 12-6-2002.

VELHO SOBRINHO, J. F. *Dicionário bio-bibliográfico*. Río de Janeiro: Ministério da Educação e Saúde, 1940.

VELOSO, Caetano. *Verdade tropical*. São Paulo: Companhia das Letras, 1997.

VENTURA, Roberto. «Um Brasil mestiço: raça e cultura na passagem da Monarquia à República». En MOTA, Carlos G. (org.). *Viagem incompleta: a experiência brasileira (1500-2000). Formação: histórias*. Vol. 1. 2.ª ed. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2000.

VENTURA, Zuenir. *1968, o ano que não terminou: a aventura de uma geração*. 28.ª ed., Río de Janeiro: Nova Fronteira, 1995.

VERÍSSIMO, Luís Fernando. «O último Bragança e o primeiro Silva». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 30-1-2002.

VIANA FILHO, Luís. *O governo Castello Branco*. Río de Janeiro: José Olympio, 1975.

VIANA, Luiz Werneck. «O país vive o Estado Novo do PT». En *O Estado de S. Paulo*, São Paulo, 5-8-2007.

VIANNA, Hélio. *História do Brasil*. São Paulo: Melhoramentos, 1967.

VIEIRA, Dorival Teixeira. *A obra econômica de Amaro Cavalcanti*. São Paulo: [s.e.], 1948 [Tesis de libre-docencia, FFLCH-USP].

VIEIRA, Padre Antônio. *História do futuro*. Lisboa: Antonio Pedrozo Galram, 1718.

— *História do futuro*. Org. José Carlos Brandi Aleixo, S. J. Brasilia: Editora da UnB, 2005.

— *Sermão pelo Bom Sucesso das Armas de Portugal contra as de Holanda*, pregado na Igreja de Nossa Senhora d'Ajuda da cidade da Bahia, no anno de 1640, com SS. Sacramento Exposto. Disponible en: www.cce.ufsc/~nupill/literatura/BT28030335.html. Consultado el: 14-2-2008.

VILHENA, Luís dos Santos. *Recopilação de notícias soteropolitanas e brasílicas*. Vol. 1. Salvador: Imprensa Oficial do Estado, 1921.

— *A Bahia no século XVIII*. Pres. Edison Carneiro. 3 vols. Salvador: Itapuã, 1969.

VILLA, Marco Antonio. «Qual governo, qual oposição?». En *Folha de S. Paulo*, São Paulo, 9-4-2007. *Visão*, São Paulo, 25-6-1979.

VOVELLE, Michel *et al*. (ed.). *O homem do Iluminismo*. Lisboa: Presença, 1997.

WALLERSTEIN, Immanuel. *The Modern World System*. Nueva York: Academic, 1974.

WALMRATH, A. & SOUTO, Cintia Vieira. «Garibaldi: pirata ou herói?». En *História*, 4 (37), Río de Janeiro.

WALSH, Robert. *Notícias do Brasil (1828-1829)*. 2 vols. Belo Horizonte/São Paulo: Itatiaia/Edusp, 1985.

WEINSTEIN, Bárbara. *A borracha na Amazônia: expansão e decadência (1850-1920)*. São Paulo: Hucitec/Edusp, 1993.

Carta-testamento de Getúlio Vargas

Una vez más las fuerzas y los intereses contrarios al pueblo se han coordinado y se organizan nuevamente contra mí. No me acusan, me insultan; no me combaten, me calumnian; y no me dan el derecho de defensa. Necesitan apagar mi voz e impedir mi acción, para que no continúe defendiendo, como siempre lo hice, al pueblo y principalmente a los humildes. Sigo lo que el destino me ha impuesto. Después de décadas de expoliación de los grupos económicos y financieros internacionales, lideré una revolución y vencí. Comencé el trabajo de liberación e instauré el régimen de libertad social. Tuve que renunciar. Volví al gobierno en los brazos del pueblo.

Volví al gobierno en los brazos del pueblo. La campaña subterránea de los grupos internacionales se ha aliado con grupos nacionales opuestos al régimen de garantías del trabajo. La ley de Lucros Extraordinarios ha sido bloqueada en el Congreso. Contra la justicia de la revisión del salario mínimo se han desencadenado los odios.

He querido crear la libertad nacional en la potenciación de nuestras riquezas a través de Petrobras, pero tan pronto como comienza a funcionar, la onda de agitación se acrecienta. La Eletrobras ha sido obstaculizada hasta la desesperación. No quieren que el trabajador sea libre. No quieren que el pueblo sea independiente.

Llegué al gobierno en medio de la espiral inflacionaria que destruía los valores del trabajo. Las ganancias de las empresas extranjeras alcanzaban hasta el 500% al año. En las declaraciones de valores de lo que importábamos existían fraudes constatados de más de 100 millones de dólares al año. Vino la crisis del café, se revalorizó nuestro principal producto. Intentamos defender su precio y la respuesta fue una violenta presión sobre nuestra economía, hasta el punto de vernos obligados a ceder. Vengo luchando mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo ataques constantes, incesantes, soportando todo en silencio, olvidando y renunciando a mí mismo, para defender al pueblo, que ahora se queda desamparado. Nada más os puedo dar a no ser mi sangre. Si las aves de rapiña quieren la sangre de alguien, quieren continuar chupando la sangre al pueblo brasileño, yo ofrezco

en holocausto mi vida. Escojo este medio para estar siempre con vosotros. Cuando os humillen, sentiréis mi alma sufriendo a vuestro lado. Cuando el hambre llame a vuestra puerta, sentiréis en vuestro pecho la energía para luchar por vosotros y por vuestros hijos. Cuando os desprecien, sentiréis en el pensamiento la fuerza para la reacción. Mi sacrificio os mantendrá unidos y mi nombre será vuestra bandera de lucha. Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en vuestra conciencia y mantendrá la vibración sangrada para la resistencia.

Al odio respondo con perdón. Y a los que piensan que me derrotan respondo con mi victoria. Era esclavo del pueblo y hoy me libero para la vida eterna. Pero este pueblo de quien fui esclavo ya no será esclavo de nadie. Mi sacrificio quedará para siempre en su alma y mi sangre será el precio de su rescate. He luchado contra la expoliación de Brasil. He luchado contra la expoliación del pueblo. He luchado a pecho descubierto. El odio, las infamias, la calumnia no han abatido mi ánimo. Os he dado mi vida. Ahora os ofrezco mi muerte. Nada temo. Serenamente doy el primer paso camino de la Eternidad y salgo de la vida para entrar en la Historia.

GETÚLIO VARGAS

24 de agosto de 1954

BIBLIOTECA DE AMÉRICA, 41

¿Cómo entender las inmensas injusticias sociales existentes en Brasil? Nada mejor para responder a esta pregunta que acudir a la Historia, escudriñar sus intrincados caminos, desvelar las incógnitas y presentarlas en manera amena, directa y provocativa. Esto y más consigue el libro *Historia de Brasil: una interpretación* de Adriana Lopez y Carlos Guilherme Mota. El libro sobresale por su inteligente combinación de autores clásicos y de la más reciente historiografía; por su compromiso en el intento de responder, desde la historia, a las grandes cuestiones que presenta la sociedad brasileña actual y por su capacidad para sintetizar sin simplificar. La obra es un hito en la moderna historiografía brasileña, cuya traducción a español ayuda a paliar la escasez de trabajos de historia general de Brasil publicados en este idioma.

JOSÉ MANUEL SANTOS PÉREZ
Prefacio







